

GEORGE ORWELL

WHY I WRITE

ENSAYOS





Lectulandia

Este volumen reúne la obra ensayística completa de George Orwell, un autor quizá más conocido por su obra magna, *1984*, pero que legó en estos textos un verdadero acervo de conocimiento y sentido común a la historia de la literatura. El inglés es un disertador lúcido, inteligente y sagaz, capaz de desarrollar sus exposiciones sobre temas diversos que van, por supuesto, desde la reseña de obras literarias y autores (Shakespeare, Dickens, Kipling…) hasta el análisis político y sociológico. Es digno de mención el hecho conocido de que Orwell fue un escritor comprometido, muy involucrado en los debates ideológicos de su tiempo y que no tuvo miedo de expresar por todos los medios sus opiniones e ideas.

Lectulandia

George Orwell

Ensayos

ePub r1.1
turolero 04.10.15

Título original: *Essays*
George Orwell, 2013
Traducción: Manuel Cuesta & Osmodiar Lampio & Miguel Martínez-Lage & Juan Antonio Montiel & Inga Pellisa & Jordi Soler & Miguel Temprano

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

UN HOMBRE DECENTE

Resulta tentador imaginar sobre qué escribiría hoy Orwell si viviera. ¿Qué opinaría acerca de los grandes acontecimientos de nuestro tiempo? ¿Cuáles atraerían su atención? ¿Qué autores elegiría para reseñar su obra? *The Guardian* cayó en la tentación y publicó un excelente reportaje en enero de 2013, planteando la cuestión a numerosos expertos y biógrafos de Orwell. La respuesta fue tan variable e imprevisible como el propio Orwell. Unos afirmaban que su vertiente tradicional, así como su nostalgia de la vida rural y sencilla, le habrían llevado a posturas conservadoras, y otros sostenían que habría puesto su atención en las crecientes desigualdades en los países desarrollados, o incluso que se centraría en escándalos alimentarios como la comercialización de hamburguesas de carne de caballo. Probablemente a él le desagradaría ese juego de especulaciones no contrastables, y por ello quizá vale la pena reflexionar sobre el hecho cierto: que lo escrito por Orwell ayer sigue teniendo vigencia hoy.

Lo de menos es que su Gran Hermano sea un programa de televisión, o que el lenguaje orwelliano se haya convertido en la marca distintiva de la cháchara del poder, tal como ocurría en *1984*; el futuro de hace treinta años es nuestro presente. Lo relevante es la perseverancia de Orwell en ajustar sus reflexiones a la realidad, en un siglo en que tantos escritores políticos han moldeado la realidad para adaptarla a sus reflexiones previas. Lo fundamental es su esfuerzo infatigable por dotar a sus escritos políticos de validez universal, ahora que muchos se contentan con proclamar las verdades enanas de la política de la identidad. La vigencia de los textos de Orwell se halla en la infatigable decencia con que encara la realidad y la escritura. Y ese hombre decente muestra su grandeza, más que en ningún otro lugar, en sus ensayos y artículos.

De entre los recogidos en esta antología, uno de los más estrambóticos es la respuesta que Orwell da a la *Left Review*, una de las revistas más prestigiosas de la izquierda intelectual británica, en agosto de 1937. Le remiten un cuestionario sobre distintos aspectos de la guerra de España, para incluir sus respuestas en un reportaje titulado «Los escritores toman partido sobre la guerra española». Orwell acaba de regresar de Barcelona, de donde ha conseguido huir, sin ser detenido, tras una persecución de peripecia motivada por su vinculación con el POUM. Ha temido seriamente por su vida y aún le duelen sus heridas de bala.

Su carta a los editores comienza así: «¿Quiere hacer el favor de dejar de enviarme esta maldita basura? Es la segunda o tercera vez que lo recibo. Yo no soy uno de esos

mariquitas modernos suyos, como Auden y Spender, yo estuve seis meses en España, la mayor parte del tiempo combatiendo, tengo un agujero de bala en el cuerpo ahora mismo y no me voy a poner a escribir tonterías sobre la defensa de la democracia o el "pequeño gran" lo que sea». La *Left Review* no publicó su respuesta. ¿Por qué un editor decide incluir en esta antología de artículos y ensayos una carta que carece de valor literario? Por todo aquello que hace que hoy Orwell sea imprescindible, porque está a la altura de la decencia que impregna su vida y su obra. Porque forma parte de su minucioso apego a los hechos y, en menos de un folio, nos muestra a Orwell completo.

Nos preguntamos por qué lo seguimos leyendo, por qué nos sigue deslumbrando, por qué nos interesa en 2013 un escritor político apegado a la realidad de su tiempo; por qué volvemos a él una y otra vez, confiados en encontrar en sus razonamientos el sosiego y el orden que muchos otros no nos proporcionan. Por qué sabemos a qué se refiere cuando escribe sobre «la desintegración de nuestra sociedad… el incremento del desamparo en que viven todas las personas decentes», tanto como cuando describe la imposibilidad del reseñador de novelas de decir la verdad en «En defensa de la novela». La respuesta reside en la inteligencia desbordante de sus textos, un destello en cada párrafo pese a la ausencia de alardes estilísticos, como si se ausentara para dejarnos con la verdad desnuda. Bajo ese no estilo tan personal, rehúye la frivolidad o el cinismo. Con su precisión y sencillez, Orwell quiere dirigirse a la humanidad entera, porque su visión política es de carácter universal. Pero, por encima de todo, leemos a Orwell porque, sumidos en la perplejidad de la hipocresía oficial que asegura proteger a los débiles mientras castiga al jubilado, al dependiente y al parado, inmersos en la desazón por las múltiples formas que cobra el cinismo, nos reconfortan las palabras sinceras de un hombre decente empeñado en «restablecer lo obvio», como él dijo de Russell.

La decencia es el rasgo fundamental de la obra de Orwell y, sin embargo, no se trata de una virtud literaria, como tampoco lo es el coraje, del que Orwell siempre dispuso para desmantelar las mentiras sin importarle de quién procedieran. Entonces volvemos a preguntarnos cómo es ese magnetismo irresistible de sus textos, si no es literario. Y descubrimos que, en tiempos tenebrosos, las más elementales virtudes morales cobran fuerza como virtudes literarias y políticas. Y así sucede en la escritura política de Orwell. Consigue, sin enarbolar la autoridad protectora de los clásicos, a los que raramente cita, aquello a lo que aspiraba el canon griego: aunar lo bello, lo bueno y lo justo, concebidos como la misma cosa, y hacerlo de forma natural, sin declaraciones explícitas, sin grandilocuencia ni artificio, como si no pudiera evitar ser como es. Si los buenos ensayistas políticos llegan a serlo por su capacidad de analizar la realidad, comprenderla y explicarla, Orwell nos transmite con sencillez lo que él mismo es mientras habla de otras cosas. Su genio fue convertir su propia textura moral en escritos políticos de enorme calidad literaria.

Por eso no resultan incongruentes sus contradicciones, sino que se perciben como

el fruto de la coherencia que un hombre decente le debe a la realidad cuando esta lo obliga a apearse de algunas de sus ideas previas. Si hay algún escritor al que pueda calificársele con el tópico de «incómodo», ese es Orwell: lo fue incluso para sí mismo, por su heterodoxia y su disposición a traicionarse para ser fiel a su esencia más íntima. Y desde luego molestó a todos: a cierta derecha y a cierta izquierda por ser demasiado demócrata; a otra derecha por ser antiimperialista, antifascista y defender sin ambages lo que llamó «socialismo democrático»; a otra izquierda por denunciar el totalitarismo soviético desde la primera hora; a los liberales por no ceder ni un milímetro de su libertad de escritor, incluso para denunciar la censura en las sociedades democráticas.

Orwell ha llegado a ser un clásico de popularidad mundial gracias a dos de sus obras de ficción, *Rebelión en la granja* y *1984*, es decir, por su habilidad para extraer la verdad de las mentiras, por decirlo con el título de Mario Vargas Llosa. El mejor Orwell —el ensayista y articulista— es, en cambio, un ser de este mundo empeñado en revelar la mentira de las verdades. En Orwell la verdad no es una pasión abstracta ni un concepto absoluto; él no persigue la verdad filosófica o religiosa escrita en mayúsculas, sino la simple realidad de los hechos. No es la verdad que debe ser creída, sino la que debe ser vista, porque, como afirma en su reseña a *Poder: un nuevo análisis social* de Bertrand Russell: «Hemos caído tan bajo que la reformulación de lo obvio es la primera obligación de un hombre inteligente». La extraordinaria intuición de Orwell para percibir las cosas tal como son corre pareja a su sensibilidad y su repugnancia hacia la mentira. Su pasión ciudadana por los hechos logra lo que parece casi un imposible metafísico, pues, según el lugar común, la verdad y la política son dos mundos que no casan bien. Y, sin embargo, Orwell consigue ser un escritor netamente político precisamente en su persecución de la verdad. Como siempre estuvo dispuesto a darles la razón a los hechos, los hechos han acabado por darle la razón a él. Lo ha señalado Christopher Hitchens: Orwell acertó en su antiimperialismo, su antifascismo y su antiestalinismo, que adoptó de forma precoz y a contracorriente de casi todos sus coetáneos.

Su compromiso no venal con los hechos no sólo es un pilar básico de su decencia, sino también un acicate de su escritura. «Intenté por todos los medios contar toda la verdad sin traicionar mi instinto literario». Así enuncia sus propósitos en «Por qué escribo», un ejercicio de sinceridad profundo ante el cual el lector no puede dejar de sentirse impresionado por la claridad con la que Orwell es capaz de desnudarse a sí mismo y mostrarse sin temor ante los demás, conociéndose y reconociéndose como hijo de su tiempo: «En una época de paz, podría haberme dedicado a escribir libros recargados o meramente descriptivos… Pero tal como están las cosas, me he visto obligado a convertirme en una especie de panfletista». Su escritura es una transacción constante entre la lealtad a los hechos y a sus convicciones, que quiere transformar en

influencia política: «Cada renglón que he escrito en serio desde 1936 lo he creado, directa o indirectamente, en contra del totalitarismo y a favor del socialismo democrático». ¿Cómo puede alguien que se define como panfletista reclamar al mismo tiempo la necesidad de los hechos? Ese pacto resulta inmensamente creativo en el caso de Orwell, pues «cuanto más consciente es uno de su sesgo político, mayores posibilidades tiene de actuar políticamente sin sacrificar su estética ni su integridad intelectual» (en «Por qué escribo»). Y en esa lucha por no sacrificar su integridad es capaz de plasmar todos los matices que la realidad contiene.

Algo similar cabe decir del viejo dilema entre «el arte por el arte» y el «arte comprometido». Orwell percibe con claridad que la proclama de que el arte no debe inmiscuirse en política es, en sí misma, política; pero no renuncia a dotar de altura literaria a sus textos. Su empeño en convertir la literatura política en un arte resulta de nuevo productivo, como apunta en el ensayo «Por qué escribo»: «Escribo porque existe alguna mentira que aspiro a denunciar, algún hecho sobre el cual quiero llamar la atención… Pero no podría realizar el trabajo de escribir un libro, ni tampoco de un artículo largo para una publicación periódica, si no fuera, además, una experiencia estética».

El Orwell escritor necesita de esa experiencia estética, pero su compromiso con la verdad cobra la forma de una pasión ciudadana. Sólo desde esa singular relación con la verdad se entiende que conciba su combate contra la mentira y contra el totalitarismo como batallas distintas de la misma guerra. Su afán por restablecer la simple verdad de los hechos concretos es tan sistemático y minucioso como su denuncia de los regímenes totalitarios. En «Recuerdos de la guerra de España» escribe: «Sin duda, un historiador británico y uno alemán estarían en completo desacuerdo en muchos aspectos, incluso en asuntos fundamentales, pero aun en ese caso podían contar con ese corpus de, por así llamarlos, hechos neutrales acerca de los cuales ninguno se atrevería a recusar seriamente al otro. Es justamente esa base común, que implica que los seres humanos pertenecen a la misma especie animal, lo que el totalitarismo destruye. De hecho, la teoría nazi niega específicamente que haya algo parecido a “la verdad”».

No puede ser casual que Hannah Arendt, también develadora infatigable del totalitarismo, sintiera un apego semejante por lo que ella llamó «las modestas verdades de los hechos». Abolir los hechos es una de las señas de identidad del totalitarismo, cuya labor de destrucción de la verdad arremete en primera instancia contra el significado de las palabras. Resulta revelador que un filólogo, Viktor Klemperer, escribiera uno de los libros fundamentales para entender el régimen propagandístico nazi, *LTI. La lengua del Tercer Reich*, una minuciosa anotación de las operaciones de transformación semántica llevadas a cabo por los nazis.

Orwell comprende las tres fases de ese asalto totalitario a la imaginación. En un primer momento, se destruye el significado propio de las palabras. Así se rompe ese consenso social elemental, tan básico que nos pasa desapercibido, y se deshace la

trama invisible de significados que vincula a todos los hablantes de una lengua. Esto amputa también la posibilidad de cualquier acto de raciocinio. Si la sociedad no comparte ni siquiera el significado de las palabras, ¿cómo encontrar terrenos comunes para la argumentación y la razón? El camino a la emocionalidad está abonado. En una segunda etapa, se sustituyen los significados comunes por aquellos decretados por el régimen totalitario, modificando así las relaciones entre los hablantes, cuyos vínculos semánticos se ven definidos desde el poder. Una vez logrado el asalto al significado, consumar el asalto al poder total resulta más fácil; si las batallas políticas son batallas de ideas, hacerse con el significado de las palabras equivale a tener la llave de las conciencias ciudadanas, penetrar en ellas sin ser percibido, saquearlas. Es el triunfo de la propaganda que no se percibe como tal.

El proceso es captado a la perfección por el instinto político y literario de Orwell. En cada escrito lo desenmascara con tanta sutileza que, en el lenguaje común, la palabra «orwelliano» ha quedado como descriptiva de la reformulación tiránica de los conceptos llevada a cabo por el poder para abolir los hechos, acabar con cualquier idea de verdad, y así ejercer mejor su dominación: «Los Hitler y los Stalin de este mundo encuentran que el asesinato es necesario, pero no anuncian a bombo y platillo su insensibilidad, y ni siquiera lo llaman “asesinato”. Hablan de “liquidar”, “eliminar”, o emplean cualquier otra expresión edulcorada» («En el vientre de la ballena»).

Si los filósofos ingleses de la primera mitad del siglo XX incorporaron su preocupación por el lenguaje a la filosofía mediante lo que se ha llamado «el giro lingüístico», Orwell hizo algo equivalente en la escritura política. Sin sistematicidad de filósofo, con audacia de escritor, incorporó el giro lingüístico porque era plenamente consciente de que su combate contra el totalitarismo no podía llevarse a cabo sin un trabajo conceptual previo que desmantelase la cháchara del totalitarismo y sacara a la luz sus mentiras conceptuales. El restablecimiento de las modestas verdades de los hechos constituye el paso previo al restablecimiento de la libertad. En ese ejercicio, Orwell funde su pasión ciudadana por la verdad con su pasión política antitotalitaria.

Sin pretenderlo, Orwell se revela en esto como un antiposmoderno previo a los posmodernos. Un autor tan destacado como Zygmunt Bauman ha conseguido, mediante un viraje analítico sorprendente, analizar el nazismo como «un ejercicio de gestión racional de la sociedad», identificando el totalitarismo con la razón. Pero Orwell ya había experimentado en su piel el totalitarismo como triunfo de la mentira y el poder irracional, y dedica su vida de escritor a desentrañar esa arbitrariedad que comienza en las trampas de los significados y acaba en los campos de concentración. Al desvelar esos mecanismos de la propaganda totalitaria, no sólo contribuye a desentrañar el enigma perpetuo sobre qué pudo llevar a una sociedad culta a aprobar tanta irracionalidad, sino que, además, nos recuerda la necesidad de desobedecer incluso ante objetos tan aparentemente inermes como las palabras. Muchas de sus

páginas, especialmente las de «La política y la lengua inglesa», o las de «Recuerdos de la guerra de España», recogen ese estado de alerta constante, ya sea respecto al presente o a las narraciones históricas. Orwell nos enseñó a sospechar de todo discurso y, al hacerlo, a defendernos de los saqueadores de conciencias, porque el «estado de conciencia reducida, si no indispensable, es cuando menos propicio a la conformidad política». Al leerlo es inevitable preguntarse cómo afecta hoy a la democracia el lenguaje orwelliano de los gobernantes como modo habitual de dirigirse a los ciudadanos, pues contiene los rasgos con los que él caracterizó «el idiolecto oficial»: ramplón en el pensamiento, perifrástico en la forma, cuajado de abstracciones y eslóganes, lejano pero no elevado.

Orwell nunca pensó que la democracia estuviera a salvo de vestigios totalitarios, y de ello da fe un significativo episodio de su escritura: la publicación de *Rebelión en la granja* pero no la del prólogo que debía antecederla, una denuncia de la censura en las sociedades democráticas. Cuando Orwell termina de escribir la novela, a finales de 1943, la Segunda Guerra Mundial aún no ha terminado. Él es consciente de que no se trata del mejor momento para publicar su implacable embestida contra los regímenes totalitarios, claramente dirigida contra la Rusia de Stalin, cuya alianza con Gran Bretaña goza de plena solidez. En efecto, cuatro editores la rechazan. Cuando finalmente encuentra quién la publique, Orwell decide escribir un prefacio para relatar las resistencias que ha encontrado a su novela. En él describe simplemente lo que ha vivido: las renuencias de editores de distintas adscripciones políticas, la inconveniencia sugerida a alguna editorial desde el propio gobierno, la cobardía del mundo intelectual: «Si los responsables de las editoriales se afanan por que determinados temas queden inéditos, no es porque tengan miedo de que los persiga la justicia, sino porque temen a la opinión pública. En este país, la cobardía intelectual es el peor enemigo al que tiene que enfrentarse un escritor o un periodista» («La libertad de prensa»). El prólogo, titulado «Literary censorship in England», no se publicó originalmente, sino que fue encontrado entre los papeles de Orwell años después. Desde entonces, a menudo ha aparecido también bajo el título «La libertad de prensa» con el que figura en esta antología.

Una obra contra el totalitarismo, antecedida de un prólogo denunciando la censura en los países democráticos, es el tipo de paradoja aparente que sólo cobra coherencia a la luz de la pasión orwelliana por la verdad. Cuando escribe su fábula sobre el totalitarismo soviético, se inspira en los hechos que conoce y en los que ha vivido en primera persona en España. Cuando escribe el prólogo denunciando la censura democrática, lo hace a la luz de su propia experiencia para publicar la novela. Ambas cosas son verdad, y por tanto, en la óptica orwelliana, ambas deben ser contadas.

Las para muchos irresistibles mentiras de guerra son para él artefactos que deben ser desguazados. Pero casi ninguno lo hace en esa intelectualidad inglesa a la que apoda con enorme carga de desprecio: «El servilismo con que la mayor parte de la

intelligentsia inglesa se ha tragado y ha repetido la propaganda rusa de 1941 en adelante sería realmente asombroso si no fuera porque en varias ocasiones anteriores ha obrado de modo parecido» («La libertad de prensa»). En un momento en que el mundo vive una profunda polarización, Orwell se niega sistemáticamente a elegir entre las distintas formas que adopta lo que a sus ojos es el mal en todos los casos. Se ha situado, ya desde el comienzo de la guerra, por encima del maniqueísmo imperante en Europa, pero, incluso después de abrazar con patriotismo la posición de su país, no duda en dirigir su espíritu crítico hacia los excesos contrarios a la libertad. Son los hechos y, por tanto, se deben contar.

Orwell se enfrenta a que «lo siniestro de la censura literaria en Inglaterra es que en buena medida es voluntaria» («La libertad de prensa»), siniestro porque los censores de hecho están retirados, pero han implantado los mecanismos de autocensura en el interior de cada escritor. Para la *intelligentsia* y para el gobierno, *Rebelión en la granja* es harto inconveniente, aunque se convierte en un éxito instantáneo. Pero no sólo eso, tampoco el prólogo hubiera resultado complaciente para los defensores de la democracia —que ciertamente no atravesaban su mejor momento en Europa— si hubiera sido publicado, pues deja constancia de una verdad incómoda: la deriva totalitaria de la democracia que amenaza a la libertad de expresión y de pensamiento. No hay indulgencia posible cuando los hechos hablan. Y, de nuevo, de su decencia y su escrupuloso compromiso con ellos emerge el acto literario. Resulta inevitable imaginarse, en medio de la masacre y la guerra, al hombre Eric Blair encorvado sobre sus cuartillas como él mismo relata al principio de «El león y el unicornio» («Según escribo estas líneas, seres humanos sumamente civilizados me sobrevuelan intentando matarme»), para dar testimonio simplemente de los hechos: esto sucedió, esta es mi novela, así transcurrieron los avatares de su publicación; he aquí los peligros que amenazan a las sociedades libres y al pensamiento independiente.

Aquel prólogo, recogido en este volumen e inédito durante años, concluye así: «Si algo significa la libertad [en la prensa], es el derecho a decirle a la gente lo que no quiere oír… En nuestro país, son los liberales quienes temen a la libertad y los intelectuales quienes se la tienen jurada al intelecto; es para llamar la atención sobre este hecho por lo que he escrito este prefacio». No acaba con una proclama grandilocuente, sino reafirmando su voluntad de subrayar un hecho en un mundo que se habla a bombazos y en el que pocos se arriesgan a escribir lo que nadie quiere oír. Pero él se sitúa en esa grieta a la que muchos no quieren asomarse, y donde sólo le acompañan los hechos desnudos.

No solemos pensar en Orwell como un intelectual, pese a haber escrito en el siglo de los intelectuales por excelencia, probablemente por su voluntad deliberada de ser entendido con un lenguaje directo y accesible que ha dado poco trabajo a los

exegetas, al contrario de lo que suelen exigir la alta cultura y sus circunloquios. Sin embargo, si algo distingue a un intelectual es su compromiso con la verdad y la independencia de su pensamiento. Ambos rasgos convierten al escritor en la conciencia moral de su tiempo y le otorgan influencia a la hora de conformar eso que llamamos la «opinión pública». Son ideas con resabios antiguos ahora que los intelectuales se hallan desaparecidos (en parte por circunstancias históricas objetivas que han limitado su función, y que no viene al caso enumerar aquí, y en parte por su propia venalidad). Por eso releer a Orwell es encontrar en medio del ruido multimedia una voz nítida, cuya autoridad no proviene de los oropeles de la academia, los alardes de erudición ni el estilo que sólo se eleva mediante la oscuridad deliberada. El lector le confiere autoridad —aunque él hubiera detestado esa palabra — porque sabe que puede confiar en su apego a las modestas verdades de los hechos. Y lo más tranquilizador, escaldados como estamos de los dogmáticos y los gurús, es que él no reivindica su posición superior, sino que la obtiene al mostrarnos aquello en lo que cree que puede fundar su palabra: los hechos narrados, los argumentos razonados, las opiniones fundadas.

Orwell logró la proeza de ser independiente incluso mientras militaba en alguna organización política, como el Partido Laborista Independiente (ILP), decisión que explica en «Por qué me uní al Partido Laborista Independiente». Y si bien nunca se afilió al POUM, combatió junto a sus militantes en España. Es notable la capacidad de Orwell para incorporar su experiencia vital a su obra y, así, imbricar ambas de forma congruente, pues si para muchos la coherencia estriba en militar toda la vida en el mismo partido, como si de un equipo de fútbol se tratara, para Orwell prevalece la fidelidad a sus principios, lo cual incluía altas y bajas en organizaciones humanas que él juzgara fallidas. En el complejo y sangriento siglo XX, sólo unos pocos intelectuales lograron acompasar su actuación vital y su obra literaria. Junto con Camus o Russell, Orwell es uno de ellos.

Si su viaje a España le sirvió para adoptar una postura contraria al totalitarismo y la mentira estalinista, no era esa la primera experiencia vital que dejaba una huella profunda en sus convicciones. Hijo de un funcionario destacado en distintos destinos del Imperio británico, nace en Bengala, pero pronto su madre regresa con él y su hermana para garantizarle al niño una educación de élite en Eton, una especie de salvoconducto para ingresar en Oxford o Cambridge. Sin embargo, a los diecinueve años, Eric Blair decide marcharse a trabajar a Birmania, donde ejerce como agente de policía del imperio. Cinco años después comienza a rectificar su trayectoria vital, tras experimentar un repudio hacia el imperialismo de su país del que deja una constancia casi cómica en el ensayo titulado «Matar a un elefante». Ese rechazo a los servicios prestados al imperio es la primera muestra de que, en el caso de Orwell, su realidad no determinó su conciencia. En su caso, las convicciones fueron más fuertes que su realidad cotidiana. No sólo rompió con esa ocupación imperial, sino que lo hizo para dedicarse a una actividad como la escritura, lo que equivalía a vivir *Sin blanca en*

París y Londres, experiencia que también convirtió en literatura.

El Orwell que no se deja arrastrar por sus condiciones materiales de vida sí que está, en cambio, dispuesto a someter sus ideas al tamiz de la experiencia. Ya se había mostrado crítico con los intelectuales marxistas en *El camino a Wigan Pier*, pero no tanto como para no intentar que el Partido Comunista de Gran Bretaña le preste ayuda cuando decide emprender su viaje a España. El secretario general le niega las credenciales de su partido y Orwell se dirige entonces al ILP, del que obtiene las cartas de recomendación que le permitirán entrar en contacto con miembros del POUM en España. Si su impulso fundamental para viajar a España procedía de su postura antifascista, abandona nuestro país convencido de que el totalitarismo soviético requería ser denunciado con la misma energía.

Su permeabilidad a la experiencia personal y a los grandes acontecimientos históricos reaparece para marcar otra evolución importante respecto a la Segunda Guerra Mundial, en esta ocasión dejándose llevar por su ser más básico y, para muchos, incomprensible. En 1938 había proclamado su adhesión al ILP, a su juicio el único partido que va a tomar el camino correcto en una guerra que él ve próxima: oponerse tanto a esa guerra imperialista como al fascismo («Por qué me uní al Partido Laborista Independiente»), pues ambas eran la misma cosa, y no había que dejarse arrastrar al combate en nombre de la «democracia capitalista». Sin embargo, dos años después no sólo se muestra partidario de la guerra, sino que argumenta en contra de quienes tratan de equiparar la democracia, tal como existe en Inglaterra, con el totalitarismo. Incluso intenta alistarse, sin éxito debido a sus problemas de salud. El cambio de opinión se ha producido literalmente de un día para otro, pues a ello le ha llevado un sueño, tal como relata en «Mi país, a derechas o a izquierdas»: «En el fondo yo era patriota, que no sabotearía ni actuaría en contra de mi propio bando». Aun reconociendo el componente emocional e infantil del patriotismo, asegura que «no tiene nada que ver con el conservadurismo. En realidad es todo lo contrario, ya que se trata de una devoción a algo que siempre está cambiando, y que sin embargo se percibe místicamente como algo idéntico a sí mismo… la Inglaterra que me enseñaron a amar hace tanto tiempo y por motivos tan diferentes persiste de algún modo».

¿Cómo analizar esas actuaciones de Orwell? ¿Cómo englobarlas en un solo sustantivo? Hay quienes en este punto abrirían el capítulo de incoherencias y contradicciones, para incluir en él no sólo las que lo son, sino también su porosidad a las experiencias vividas, su aceptación del cambio y su fidelidad a sus sentimientos íntimos. En todo caso, ni sus actuaciones vitales ni sus elecciones literarias se explican como una cesión ante la vida cómoda. Cuando nos preguntamos por qué se dio de baja de su militancia laborista, o por qué cambió de idea respecto a la Segunda Guerra Mundial, cualesquiera que fueran sus motivaciones, formaban parte de su propia reflexión. Procedían de su interior y no de lo que cierto mundillo político o intelectual pudiera ofrecerle a cambio. Y eso es suficiente para dotar a su

independencia de criterio de ribetes heroicos, más aún en tiempos como los nuestros. Nunca tomó partido a cambio de alguna compensación material, sino que, más bien al contrario, su vida fue una sucesión de privaciones y ascetismo, y el dinero sólo le llegó con el éxito mundial de sus dos novelas más célebres.

La pasión de Orwell por los hechos crece frente a la creencia que él ya ve asomar, marcada por su experiencia española: «Sé muy bien que hoy se estila decir que, en cualquier caso, tal como está escrita, la mayor parte de la historia es mentira. Estoy dispuesto a creer que la historia es en gran parte imprecisa y sesgada; lo peculiar de nuestra época, sin embargo, es el completo abandono de la idea de que es posible escribir la historia con veracidad», afirma en «Recuerdos de la guerra de España». Una convicción posmoderna plenamente asentada en nuestros tiempos, esa según la cual la única verdad es que nada es verdad. De hecho, refuta *avant la lettre* toda la quincalla posmoderna porque es plenamente consciente de que las propiedades de la realidad no están sometidas a la voluntad. Orwell supo aún apresar y explotar lo mejor de la modernidad, la verdad razonante, en unos tiempos en que muchos intelectuales ya habían optado por acomodar la realidad a sus prejuicios y dogmas. Y si hay algo muy valioso en su obra es la demostración de que existe —y se puede habitar— esa grieta desde la cual rechazar tanto el dogmatismo como el relativismo y de que se puede seguir caminando en pos de las modestas verdades de los hechos. Hay que ser muy valiente y muy libre para dejarse guiar por la realidad, pero, sobre todo, hay que creer en la libertad no como una abstracción sino como algo orgánico, tal y como él la percibe en Whitman: «La vida posee una cualidad despreocupada, boyante, que se percibe al leer, como una sensación física en la boca del estómago» («En el vientre de la ballena»). Algo muy distinto de la libertad de su época: «Es incuestionable de todos modos que nuestra época, al menos en Europa occidental, es mucho menos sana y mucho menos esperanzadora que la época en la que escribía Whitman. Al contrario que Whitman, vivimos en un mundo que encoge. Los "paisajes democráticos" han terminado en el alambre de espino» («En el vientre de la ballena»).

Orwell renegó, y esto resulta especialmente valioso en su época, de los dogmáticos que dispensaban verdades para ser aceptadas por lotes completos, guardados bajo las siete llaves de la pureza intelectual y política que siempre custodian otros. Se mantuvo independiente también de cualquier autoridad intelectual. Se abstuvo de pertenecer a clubes de escritores biempensantes que imponían sus formas sutiles de hegemonía intelectual. Nunca se sujetó a ninguno no sólo por su rechazo al gregarismo y a la autoridad, sino también por estar convencido de que «la atmósfera de ortodoxia es siempre perjudicial para la prosa». Su constante crítica a la *intelligentsia* sólo se entiende desde su certeza de que el escritor y el periodista también puede ser un fabulador incesante: «Era la primera vez que veía a alguien dedicado profesionalmente a contar mentiras, exceptuando a los periodistas, claro» (*Homenaje a Cataluña*).

Orwell trató de cerca a esa intelectualidad de raigambre marxista que lo laminó cuando en 1938 publicó *Homenaje a Cataluña*. Denostaba su desprecio de la realidad y su convicción de disponer de un método científico de análisis de la realidad que los hacía infalibles mientras ahogaban cualquier atisbo de pensamiento crítico, ejerciendo lo que Hobsbawm calificaría años después de «matonismo intelectual». En Orwell encontramos justamente lo contrario. No reclama cientificismo alguno, no puede hacerlo quien en ocasiones se presenta sin pudor como un «panfletista» y reivindica su subjetividad. Pero gracias a esa actitud consigue superar la prueba del tiempo, pese a centrarse en los acontecimientos de su tiempo. Estaba convencido de que la realidad, no el adoctrinamiento, demostraría la bondad de sus ideas, aunque también se lamentaba de que lo más difícil era combatir «la apatía y el conservadurismo de la gente». No teme contrastar sus convicciones con los hechos y también por ello conecta con la mentalidad de hoy, cuando, inmersos en el torrente de informaciones y contrainformaciones confusas, añoramos cada vez más las modestas verdades de los hechos, esa información de fiar sin la cual resulta imposible tomar las decisiones adecuadas que hacen progresar a una sociedad. Quizá la mayor gentileza del Orwell intelectual con sus lectores consista justamente en considerarlos mayores de edad y no pobres gentes manipuladas que necesitan ser guiadas en rebaño hacia el dogma verdadero.

Probablemente, su odio a la autoridad espoleó a Orwell a situarse al margen de las camarillas intelectuales. De nuevo aparece aquí la valentía como valor literario, tal como él mismo la reconoce en otros autores cuando escribe sobre literatura con la misma pulcritud y profundidad que aplica a la política en el ensayo «En el vientre de la ballena»: «Las buenas novelas las escriben los que no tienen miedo». Al referirse al hecho de que Joyce denuncie «las imbecilidades de la mente», dice que se atrevió porque «es cuestión de atreverse, en igual medida que lo es de técnica». Y pese a la enorme distancia literaria que los separa, Orwell valora ese coraje porque sirve al propósito de la verdad. Joyce consigue, a su juicio, que uno se aleje «de todas las mentiras y simplificaciones, de la cualidad de teatro de guiñol que tiene toda la ficción al uso, incluso algunas buenas novelas, y se encuentra ante experiencias muy reconocibles, de seres humanos de carne y hueso». Algo semejante percibe en Henry Miller, con quien no comparte casi nada, apenas una visita que le hizo en París, de camino hacia la guerra de España. Orwell, sin embargo, aprecia en él «el coraje intelectual y un don para las palabras».

Orwell se libera de las servidumbres intelectuales, incluso de las suyas, aunque conoce el precio que hay que pagar por la independencia de pensamiento. Cuando afirma que «el castigo por dejar tu tierra natal significa transferir tus raíces a un suelo más árido», nos está hablando de la pérdida de seguridad que implica el cambio, ya sea de militancia o de ideas, ya sea social, política o intelectual. Cada vez que Orwell rechaza a la *intelligentsia* gregaria o se da de baja de una organización, cada vez que rectifica una idea que ha defendido en otros momentos de su vida, deja una tierra en

la que podría haber echado raíces y se traslada a suelos más áridos.

La aceptación de ese anclaje liviano en arenas movedizas le otorga la posibilidad de explorar de forma creativa miles de matices que pasan inadvertidos para quienes se asientan poderosamente en el mismo suelo. Y le permite también autoexplorarse como escritor, dándonos páginas de una sinceridad conmovedora, como las de «En el vientre de la ballena». No teme defender la solidez de sus principios morales ni aceptar la liquidez de desechar ideas o revisar su modo de vida. El mismo Orwell que se niega a complacer a la *intelligentsia* y su opinión hegemónica, cede gustoso ante la experiencia vital, la fuerza de los hechos o la contundencia de una argumentación si cree que debe hacerlo.

Por eso, incluso cuando cambia abruptamente de opinión, su razonamiento transcurre suavemente, y apenas percibimos su lucha constante por apartar de sus ojos la bruma de los prejuicios y las creencias aceptadas. Sólo se le percibe esforzado en la persecución de la sencillez estilística, como si escribir fuera para él una minuciosa labor de artesano. Su estilo es realista en la medida en que la realidad es la materia prima con la que trabaja, pero es idealista cuando no se resigna a aceptarla y escribe para lograr un mundo más justo, sin mistificaciones.

Tal vez Orwell explicara mejor que nadie sus aparentes contradicciones cuando afirmó ser «de izquierdas por convicción, de derechas por temperamento». Fue tan nostálgico de la vida tradicional anterior a la revolución industrial como defensor de la idea de progreso; a veces sólido, otras líquido; siempre firme sin dejar de evolucionar. Y todo ello sin sufrir el mal de la fragmentación, por decirlo con una de las palabras fetiche de la posmodernidad. Cuando se contempla en conjunto su vida, se ve como la decencia lo mantuvo a salvo de actitudes maniqueas o dogmáticas y lo dotó de la independencia que no conocen los ideólogos. Tuvo la suficiente fortaleza de carácter para explorar todos los caminos por los que le condujo la razón, y convirtió esa amalgama interior en la materia prima de la que obtener escritos políticos de gran altura literaria.

Esa vida expatriada que él convierte en obra política nos sitúa frente a un autor audaz y profundo, pero también ante un ser humano que está solo ante el mundo, lo cual resulta enormemente paradójico en un escritor político. Si algo caracteriza a la política es el tratar sobre lo colectivo, sobre la vida en común. Y, sin embargo, él elige ser escritor político desde un individualismo atroz, rayano en el aislamiento en ciertas etapas de su vida. Quizá ese sea otro de los motivos por los que hoy nos resultan actuales los escritos políticos de Orwell. Porque esta sociedad que en plena crisis ha redescubierto la política como acción colectiva está buscando darle nuevas formas, alejadas de la política de masas que caracterizó al siglo XX, con sus partidos de masas y sus hombres masa. Está buscando una acción colectiva que no lamine lo individual, quizá como proponía Camus: «Pensemos en el individuo cada vez que hayamos de arreglar la cosa social y en mirar al bien de todos cada vez que el individuo solicite nuestra atención». Orwell lo hizo hace setenta años sin renunciar ni

a su libertad de escritor ni a sus aspiraciones ciudadanas de justicia.

IRENE LOZANO

1928-1937

UN PERIÓDICO DE UN CUARTO DE PENIQUE

G. K. ’s Weekly, 29 de diciembre de 1928

El *Ami du Peuple* es un periódico parisino. Se fundó hace unos seis meses, y ha conseguido algo realmente peculiar y extraordinario en un mundo en el que todo es una «sensación», ya que se vende a diez *centimes*, bastante menos de un cuarto de penique el ejemplar. Es un diario generoso, de gran formato, con noticias, artículos y caricaturas que cumplen perfectamente con los estándares habituales, y cierta inclinación por el deporte, los crímenes, el sentimiento nacionalista y la propaganda antialemana. No tiene nada de anormal excepto el precio.

Tampoco es que haya ninguna necesidad de sorprenderse ante dicho fenómeno, porque los propietarios del *Ami du Peuple* lo acaban de explicar todo al respecto, en un manifiesto enorme que han colgado por las paredes de París dondequiera que pegar carteles no esté *défendu*. Al leer este manifiesto, uno descubre con agradable sorpresa que el *Ami du Peuple* no es como otros periódicos; fue el espíritu cívico más puro, sin contaminar por miserables intenciones de lucro, el que impulsó su nacimiento. Los propietarios, que ocultan su rubor tras el anonimato, están vaciándose los bolsillos por el mero placer de hacer el bien a hurtadillas. Sus objetivos, nos informan, son hacerles la guerra a los grandes trusts empresariales, luchar por un coste de la vida más bajo y, por encima de todo, combatir a los periódicos poderosos que están asfixiando la libertad de expresión en Francia. A pesar de los siniestros intentos de esos otros periódicos por dejar al *Ami du Peuple* fuera de combate, este seguirá luchando hasta el final. En resumen, esto es todo cuanto implica su nombre.

Uno aplaudiría a este último bastión de la democracia con mucho más ímpetu, claro está, si no resultara que sabe que el propietario del *Ami du Peuple* es *monsieur* Coty, un gran industrial capitalista, propietario asimismo del *Figaro* y el *Gaulois*. Y uno miraría también con menos recelos al *Ami du Peuple* si su postura política no fuese antirradical y antisocialista, del tipo «tengamos concordia en la industria, démonos la mano y hagamos las paces». Pero todo eso no viene al caso en este momento. Las preguntas importantes, obviamente, son estas: ¿cubre sus gastos el *Ami du Peuple*? Y si es así, ¿cómo?

La segunda pregunta es la que verdaderamente importa. Dado que el avance del progreso se encamina hacia trusts cada vez más grandes y ruines, cualquier divergencia es digna de atención, lo que nos sitúa más cerca de ese día en que el periódico no será más que un folleto de publicidad y propaganda, con unas pocas noticias apropiadamente censuradas para dorar la píldora. Es muy probable que el

Ami du Peuple subsista gracias a la publicidad, pero es igualmente posible que obtenga sólo unos beneficios indirectos, transmitiendo el tipo de propaganda que interese a *monsieur* Coty y sus socios. En el manifiesto mencionado más arriba se afirmaba que los propietarios quizá llevasen su filantropía a un nuevo súmmum regalando el *Ami du Peuple*, sin coste alguno. No es algo tan imposible como pueda parecer. Vi un diario (en la India) que se repartió gratuitamente durante un tiempo con aparentes beneficios para sus promotores, un círculo de anunciantes que habían descubierto que un periódico gratuito era un medio barato y satisfactorio de darse autobombo. Su diario estaba bastante por encima del nivel medio del país, y sólo suministraba, por descontado, las noticias que ellos mismos aprobaban, ni una más. Ese recóndito periódico indio prefigura el objetivo lógico del periodismo moderno; y deberíamos prestar atención al *Ami du Peuple*, pues es un nuevo paso en esa misma dirección.

Pero tanto si sus beneficios son directos o indirectos, el *Ami du Peuple* ciertamente está prosperando. Su tirada es ya muy larga, y aunque se puso en marcha sencillamente como un diario matutino, ahora se han creado también una edición vespertina y otra nocturna. Sus propietarios no faltan en absoluto a la verdad cuando afirman que otros periódicos han hecho todo lo posible por aplastar a este paladín de la libertad de expresión. Esos otros (movidos también ellos, claro está, por los más elevados motivos altruistas) han llevado a cabo un noble intento por excluirlo de las tiendas donde se vende prensa, e incluso lo han conseguido en lo que respecta a los quioscos. En algunos comercios pequeños, además, de dueños socialistas, en los escaparates hasta se puede ver expuesto un cartel que dice «Ici on ne vend pas l'*Ami du Peuple*». Pero al *Ami du Peuple* esto no le preocupa. Se vende con fuerza en las calles y los cafés, lo venden los barberos, los estanqueros y todo tipo de gente que nunca antes se había dedicado a vender periódicos. A veces lo dejan sencillamente en el bulevar, amontonado en grandes pilas, junto con una lata para las monedas de dos *sous* y ni una sola persona atendiendo. Está claro que los propietarios están decididos, por las buenas o por las malas, a convertirlo en el periódico más leído de París.

Y suponiendo que lo consigan, entonces ¿qué? Es obvio que el *Ami du Peuple* va a hacer que desaparezcan uno o más de los periódicos menos prósperos; algunos ya están empezando a pasar apuros. Al final, cabe suponer que, o serán arrasados, o sobrevivirán imitando las tácticas del *Ami du Peuple*. Por este motivo, cualquier periódico de su clase, sean cuales sean sus intenciones, es un enemigo de la libertad de expresión. Hoy en día Francia es la patria de la libertad de expresión, en la prensa al menos. Sólo en París hay docenas de periódicos: nacionalistas, socialistas y comunistas, clericales y anticlericales, militaristas y antimilitaristas, prosemitas y antisemitas. Están el *Action Française*, un periódico monárquico que sigue siendo una de las principales cabeceras, y el *Humanité*, el diario más rojo que hay fuera de la Rusia soviética. Está *La Libertà*, escrito en italiano, aunque puede que en Italia ni siquiera se vendiera, y mucho menos se publicara. En París se imprimen periódicos

en francés, inglés, italiano, yiddish, alemán, ruso, polaco y lenguas cuyos meros alfabetos resultan irreconocibles para un europeo occidental. Los quioscos están atiborrados de diarios, todos diferentes. El trust de la prensa, del que los periodistas franceses empiezan ya a quejarse, todavía no existe realmente en Francia. Pero el *Ami du Peuple*, al menos, está haciendo el más noble de los esfuerzos por convertirlo en una realidad.

Y suponiendo que este tipo de cosa resulte ser rentable en Francia, ¿por qué no probar en otras partes? ¿Por qué no íbamos a tener nuestro periódico de un cuarto de penique, o al menos de medio, en Londres? Al igual que el periodista no existe más que como el agente de publicidad de las grandes empresas, alcanzar una tirada larga, por los medios que sean, es el principal y único objetivo del periódico. Hasta hace poco, varios de nuestros diarios conseguían llegar al nivel deseado de «ventas netas» siguiendo el sencillo método de regalar de vez en cuando unos cuantos miles de libras en los torneos de fútbol. Ahora los torneos de fútbol han sido suspendidos por ley, y sin duda algunas tiradas se habrán pegado un feo batacazo. Aquí tenemos, por tanto, un ejemplo valioso para nuestros magnates de la prensa inglesa. Que imiten al *Ami du Peuple* y vendan sus periódicos a un cuarto de penique. Aunque no sirva para nada más, al menos los pobres diablos del público sentirán al fin que lo que se les da vale exactamente lo que han pagado por ello.

ERIC A. BLAIR

EL ALBERGUE

The Adelphi, abril de 1931

Era la última hora de la tarde. Cuarenta y nueve de nosotros, cuarenta y ocho hombres y una mujer, esperábamos echados sobre la hierba a que abriese el albergue. Estábamos demasiado cansados como para hablar gran cosa. Simplemente nos hallábamos allí, tumbados, con los cigarrillos de liar sobresaliendo de las caras sucias. Sobre nuestras cabezas, las ramas de los castaños estaban cubiertas de flores, y más allá las nubes lanudas flotaban casi detenidas en el cielo claro. Desperdigados por el prado, formábamos una deprimente chusma urbana. Echábamos a perder el paisaje como las latas de sardinas y las bolsas de papel que la gente arroja en la playa.

Si abríamos la boca, era para hablar sobre el encargado de los vagabundos en el albergue. Todos estábamos de acuerdo en que era un demonio, un tártaro, un tirano, un perro ruidoso, blasfemo y miserable. Cuando estaba cerca, no se podía estar seguro ni de la propia sombra, y muchos vagabundos habían recibido patadas en mitad de la noche por haber discutido con él. Cuando uno se acercaba a que le registraran la ropa, era capaz de ponerlo boca abajo y darle una buena sacudida. Al que le encontrara tabaco le esperaba un infierno, y que Dios ayudara a quien llevara dinero encima (cosa rigurosamente prohibida).

Yo llevaba ocho peniques. «Por Dios, compañero —me advirtieron los más veteranos—, no intentes entrar con dinero. ¡Te caerían siete días por entrar en el albergue con ocho peniques!».

Así que enterré el dinero en un hoyo bajo el seto y marqué el lugar con una piedra. Enseguida nos pusimos a escondernos lo mejor posible las cerillas y el tabaco, que están prohibidos en casi todos los albergues y que se supone que uno debe entregar en la puerta. Nos los metimos en los calcetines, salvo el 20 por ciento más o menos que no llevaba calcetines y que tuvo que escondérselos en las botas, incluso bajo los dedos de los pies. Nos llenamos los tobillos de aquel contrabando hasta el punto de que cualquiera que nos hubiera visto se habría imaginado un brote de elefantiasis. Sin embargo, es una regla no escrita que ni siquiera los más severos encargados buscan por debajo de las rodillas, y al final sólo cogieron a uno, a Scotty, un vagabundo bajito y peludo con un acento que parecía un hijo bastardo del que hablan los obreros de Glasgow. La lata que llevaba repleta de colillas se le cayó del calcetín en el momento menos oportuno y le fue incautada.

A las seis, las puertas se abrieron y entramos arrastrando los pies. Un funcionario que estaba en la puerta apuntó nuestros nombres y otros detalles en el registro y nos quitó los fardos que llevábamos. A la mujer la enviaron al hospicio y a los demás, al

albergue. El lugar era lóbrego y frío, de paredes encaladas, y consistía en un cuarto de baño, un comedor y alrededor de cien estrechas celdas de piedra. El temible encargado salió a nuestro encuentro en la puerta y nos condujo en manada al cuarto de baño para que nos quitaran la ropa y nos registraran. Era un hombre desabrido, de unos cuarenta años y con pinta de soldado, que nos trató con menos ceremonia que la que habría correspondido a un rebaño de ovejas al que se conduce a un estanque en medio de gritos y maldiciones. Sin embargo, cuando llegó mi turno me miró fijamente y me dijo:

—¿Es usted un caballero?

—Supongo que sí —respondí yo.

Volvió a mirarme un buen rato y finalmente añadió:

—Pues eso sí que es mala suerte, hombre. Realmente mala.

A partir de ese momento se le metió en la cabeza tratarme con compasión, incluso con cierto respeto.

Aquel cuarto de baño ofendía la vista. Todos los indecentes secretos de nuestra ropa interior quedaron expuestos: la suciedad, los desgarrones y remiendos, los trozos de cuerda que hacían las veces de botones, las capas y capas de prendas hechas pedazos, algunas convertidas en meras colecciones de agujeros, que si no se deshacían era por obra y gracia de la mugre. La sala se convirtió en una humeante prensa de cuerpos desnudos en la que el olor a sudor de los vagabundos competía con el hedor del propio albergue, que apestaba peor que las heces. Algunos se negaron a bañarse y se limitaron a lavar los horribles y grasientos andrajos con los que los vagabundos suelen envolverse los pies. Cada uno de nosotros tuvo tres minutos para bañarse. Sólo había seis toallas grasientas y resbaladizas para todos.

Después del baño se llevaron nuestra ropa y, a cambio, nos entregaron la vestimenta del hospicio, una suerte de camisones de algodón gris que nos llegaban a la mitad de los muslos. Luego nos enviaron al comedor, donde ya estaba servida la cena. Se trataba del invariable rancho de los albergues, siempre el mismo, sin importar si se trata del desayuno, la comida o la cena: un poco de pan, un poco de margarina y una taza de algo que pretendía ser té. Nos llevó cinco minutos deglutir aquella comida barata y nociva. Entonces, el encargado nos entregó a cada uno tres mantas de algodón y nos condujo a las celdas donde pasaríamos la noche. Las puertas se cerraban por fuera un poco antes de las siete de la tarde, y así permanecían durante las siguientes doce horas.

Las celdas medían dos cincuenta por uno cincuenta y no tenían luz eléctrica, sólo un ventanuco con barrotes en la parte alta de uno de los muros y una mirilla en la puerta. No había chinches, y teníamos un catre y un colchón de paja, ambos un auténtico lujo; en muchos albergues se duerme sobre tablas de madera, y en otros sobre el suelo desnudo, con una chaqueta enrollada por almohada. Con una celda para mí solo y una cama, confiaba en disfrutar de una noche de profundo reposo. No fue así, porque en los albergues siempre hay algo que no sale bien; la peculiaridad de

este, como descubrí de inmediato, era el frío. Era a comienzos de mayo, y en honor a la estación —un pequeño sacrificio, quizá, a los dioses de la primavera— las autoridades habían cortado la calefacción. Las mantas de algodón resultaban prácticamente inútiles; uno se pasaba la noche dando vueltas, caía dormido durante diez minutos y se despertaba después medio congelado y deseando que amaneciera.

Como siempre sucede en los albergues, cuando finalmente conseguí quedarme dormido había llegado la hora de levantarse. El encargado recorrió el pasillo con pasos sonoros y gritándonos que nos levantáramos. Rápidamente, el pasillo se llenó de escuálidas figuras en camisón que corrían hacia la sala de baños, porque por la mañana sólo había un cubo de agua para todos y se trataba de ser los primeros. Cuando llegué allí, veinte vagabundos se habían lavado ya la cara. Eché un vistazo a la negra espuma que coronaba la superficie del agua y decidí seguir sucio durante el resto del día.

Nos apresuramos a vestirnos y corrimos hacia el comedor con la intención de engullir el desayuno. El pan era aún peor que de costumbre, porque el cabeza de chorlito del encargado del albergue lo había hecho rebanar por la noche, así que estaba duro como los bizcochos de los marineros; pero el té nos alegró un poco el día, tras una noche helada e insomne. No sé qué harían los vagabundos sin té, o sin eso que llaman «té»; es su comida, su medicina, su panacea para todos los males. Sin los dos litros más o menos que se beben a diario, creo que no podrían afrontar sus vidas.

Después del desayuno tuvimos que volver a desnudarnos para la inspección médica, que es una precaución contra la viruela. El doctor tardó tres cuartos de hora en llegar, de modo que tuvimos tiempo para mirar a nuestro alrededor y ver qué tipo de hombres éramos. Resultó de lo más instructivo. Formábamos dos largas filas en el pasillo, desnudos hasta la cintura y tiritando de frío. La luz que se filtraba, azulada y fría, nos iluminaba con inmisericorde claridad. Es imposible imaginar, sin haber visto algo parecido, hasta qué punto parecíamos lastimeros y ventrudos perros callejeros. Pelambreras, rostros sin afeitar y llenos de arrugas, pechos hundidos, pies planos, músculos flojos…; una variedad de deformaciones y podredumbres físicas. Todos estábamos flácidos y descoloridos, como lo están todos los vagabundos bajo su engañoso bronceado. Dos o tres de aquellos personajes permanecen indelebles en mi memoria. El viejo «Papaíto», de setenta y cuatro años, con su braguero y los ojos enrojecidos y llorosos, demacrado y famélico, con la barba rala y las mejillas hundidas, parecido al cadáver de Lázaro de algún cuadro antiguo; o un imbécil que iba de un lado a otro entre risitas, secretamente encantado de que los pantalones se le deslizaran constantemente por las piernas dejándolo desnudo. Pero pocos estábamos en mejores condiciones: no había diez con una constitución física decente, y la mitad, creo yo, deberían haber estado en el hospital.

Como era domingo, tendríamos que permanecer en el albergue durante el fin de semana. En cuanto el médico se fue, nos condujeron en tropel al comedor y cerraron la puerta. Era una habitación encalada, con suelo de piedra, indescriptiblemente

lóbrega, con sus anchos tablones, sus bancos y su olor a cárcel. Las ventanas estaban tan altas que era imposible ver lo que había fuera, y el único adorno era un reglamento que amenazaba con terribles castigos a cualquier despistado que se comportara mal. La aglomeración de personas era tal que no se podía mover un brazo sin darle un empellón a alguien. A esas alturas, a las ocho de la mañana, ya estábamos aburridos de nuestro cautiverio. No había nada de qué hablar, excepto banalidades sobre la vida errante, los buenos y malos albergues, los municipios caritativos y los que no lo eran, las iniquidades de la policía y del Ejército de Salvación. Difícilmente un vagabundo se aparta de estos temas; no hablan, podríamos decir, más que de su negocio. No mantienen entre sí nada digno de llamarse «conversación»; el desconcertante vacío de sus estómagos destierra toda especulación de sus mentes. El mundo los supera. Nunca tienen asegurada la siguiente comida y, por consiguiente, no pueden pensar en nada que no sea eso.

Pasaron dos horas largas. El viejo Papaíto, atontado por la edad, se quedó sentado en silencio, con la espalda curvada como quien hace una reverencia y los ojos inflamados lagrimando sobre el suelo. George, un vagabundo viejo y sucio, notorio por el extraño hábito de dormir con el sombrero puesto, refunfuñaba acerca de un paquete que había perdido por el camino. Bill, el chorizo, el más fuerte de todos nosotros, un vagabundo hercúleo y macizo que seguía oliendo a cerveza incluso doce horas después de haber llegado al albergue, nos hablaba de sus pequeños hurtos, de las pintas con las que se emborrachaba y de un párroco que lo había denunciado a la policía, lo que le había valido siete días de cárcel. William y Fred, dos mendigos jóvenes que habían sido pescadores en Norfolk, cantaron una canción bastante triste sobre la desgraciada Bella, que fue traicionada y murió congelada en la nieve. Por su parte, el imbécil parloteaba sobre un imaginario aristócrata que alguna vez le había regalado doscientas cincuenta y siete monedas de oro. Así pasó el tiempo, entre absurdas charlas y torpes obscenidades. Todo el mundo fumaba salvo Scotty, a quien le habían confiscado el tabaco. Se sentía tan miserable sin poder fumar que le di lo necesario para que se liara un cigarrillo. Fumábamos furtivamente, escondiendo los pitillos como colegiales cuando oíamos acercarse al encargado del albergue, porque fumar, aunque se nos consentía, estaba oficialmente prohibido.

La mayoría de los vagabundos pasaron diez horas seguidas en esta lóbrega habitación. Es difícil imaginar cómo habrían podido resistir una más. He llegado a pensar que el aburrimiento es el peor de los males de un vagabundo, peor que el hambre y las incomodidades, peor aún que la sensación constante de estar marginados de la sociedad. Resulta una crueldad estúpida confinar durante todo el día a un ignorante sin nada que hacer; es como encadenar a un perro que está dentro de un barril. Sólo los hombres cultos, que encuentran consuelo en su interior, pueden resistir el encierro. Los vagabundos, en su mayoría analfabetos, encaran la pobreza con las cabezas huecas y sin recursos. Atornillados durante diez horas a un incómodo banco, no encuentran la manera de mantenerse ocupados, y si acaso reflexionan es

para gimotear sobre su mala suerte y su anhelo de tener un trabajo. En su interior no hay nada que les permita resistir los horrores del ocio, y como la mayor parte de sus vidas transcurre sin hacer nada, sufren una auténtica agonía.

Yo tuve más suerte que los demás, porque a las diez de la mañana el encargado me escogió para llevar a cabo el más codiciado de todos los trabajos en el albergue, el de ayudar en la cocina del hospicio. En realidad, no había nada que hacer allí, de modo que conseguí escabullirme y esconderme en un cobertizo donde se guardaban las patatas junto con algunos pobres del hospicio que intentaban librarse de la misa del domingo. Había una estufa encendida, unas cajas bastante cómodas para sentarse y números atrasados del *Family Herald*, incluso un ejemplar de la revista *Raffles* perteneciente a la biblioteca del hospicio. Comparado con el albergue, aquello parecía un auténtico paraíso.

Además, me dieron de cenar en el hospicio, y aquella fue una de las comidas más abundantes de las que he disfrutado jamás. Un vagabundo no tiene la ocasión de comer de ese modo ni siquiera dos veces al año, ni en el albergue ni en ningún otro sitio. Los pobres me contaron que los domingos solían atiborrarse hasta casi reventar y que luego se morían de hambre durante los seis días siguientes. Cuando terminamos de cenar, el cocinero me puso a fregar los platos y me ordenó que tirara la comida que había sobrado. El desperdicio era impresionante: enormes platos de carne y cubos enteros de pan y verduras fueron a parar a la basura, junto con una gran cantidad de hojas de té. Llené hasta rebosar cinco cubos de basura con comida en perfecto estado mientras los demás vagabundos estaban sentados doscientos metros más allá, en el albergue, con el estómago medio vacío después de comer lo de siempre: los eternos panes con té y, en el mejor de los casos, dos patatas hervidas frías para cada cual, por ser domingo. Me pareció que la comida se arrojaba a la basura deliberadamente; en vez de eso, deberían habérsela dado a los vagabundos.

A las tres, salí de la cocina del hospicio y regresé al albergue. En aquella habitación atestada e incómoda el aburrimiento era ya insoportable. Ni siquiera se fumaba, porque un vagabundo no dispone de más tabaco que el de las colillas que consigue recoger y, como los rumiantes, se muere de hambre si lo apartan del pasto de los pavimentos. Para pasar el tiempo me puse a hablar con un vagabundo claramente menos desfavorecido, un joven carpintero que usaba cuello y corbata y que, según me dijo, vivía en la calle porque no tenía herramientas. Guardaba cierta distancia con los otros vagabundos y, más que un desgraciado, parecía un hombre libre. Le interesaba la literatura y llevaba siempre consigo una de las novelas de Walter Scott. Me explicó que jamás iba a un albergue sino obligado por el hambre y que solía dormir bajo los setos o, a ser posible, sobre montones de paja. Durante una temporada había pedido limosna durante el día a lo largo de la costa sur y dormido en las casetas de la playa.

Hablamos sobre la vida de los vagabundos. Criticó el sistema que los obliga a pasar catorce horas al día en el albergue y las diez restantes pateándose la calle y

eludiendo a la policía. Se refirió a su caso: seis meses viviendo de la beneficencia pública por no tener unas herramientas que costaban tres libras. En su opinión, era una estupidez.

Entonces le hablé del enorme desperdicio de comida del que había sido testigo en la cocina del hospicio y lo que pensaba de ello. De inmediato cambió de tema. Me di cuenta de que, sin quererlo, había despertado al alquilador de bancos de iglesia que habita en el fondo de todos los trabajadores ingleses. Aunque estaba famélico, igual que los demás, enseguida encontró razones para tirar la comida en vez de dársela a los vagabundos. Me amonestó severamente.

—Tienen que hacerlo así —dijo—. Si hicieran más agradables estos lugares, toda la escoria del país vendría en masa. Estos vagabundos son demasiado perezosos para trabajar; ese es su problema. No tiene sentido animarlos a que sigan así, son escoria.

Intenté argumentar que estaba equivocado, pero no me prestó atención. No paraba de repetir:

—No sientas lástima por ellos, son escoria. No puedes juzgarlos con la misma vara de medir que a la gente como tú y yo. Son escoria, simplemente.

Era interesante observar cómo se desvinculaba de los demás vagabundos. Había estado vagando de un lado a otro durante seis meses, pero parecía inferir que a los ojos de Dios no era un vagabundo. Puede que su cuerpo estuviera en el albergue, pero su espíritu flotaba más allá, en el puro éter de la clase media.

Las manecillas del reloj avanzaban con espantosa lentitud. En ese punto, estábamos demasiado aburridos como para seguir hablando; sólo se oían maldiciones y reverberantes bostezos. Intentábamos no mirar el reloj durante lo que parecía un siglo y después volvíamos la vista para descubrir que sólo habían pasado tres minutos. El hastío se nos pegaba en el alma como la grasa de cordero fría. Nos dolían los huesos. Las manecillas del reloj se habían detenido a las cuatro y la cena no era hasta las seis, y bajo la luna no quedaba nada que pudiera interesarnos.

Finalmente dieron las seis y el encargado del albergue y su ayudante llegaron con la cena. Los somnolientos vagabundos saltaron sobre la comida como leones hambrientos, pero esta supuso una decepción enorme. El pan, bastante malo ya por la mañana, se había vuelto decididamente incomible; estaba tan duro que ni las mandíbulas más poderosas le hacían mella. Los más viejos se quedaron prácticamente sin cenar, y nadie fue capaz de acabarse su porción a pesar del hambre que teníamos la mayoría de nosotros. En cuanto terminamos, empezaron inmediatamente a repartirnos las mantas y de nuevo nos empujaron a las celdas peladas y frías.

Transcurrieron trece horas. A las siete, nos despertaron y nos condujeron a toda prisa a la sala de baños, donde surgieron las riñas de siempre; después, a engullir las acostumbradas raciones de pan y té. Nuestra estancia en el albergue había terminado, pero no podíamos salir de allí en tropel hasta que el doctor nos hubiese examinado de nuevo, porque las autoridades temían la viruela y que los vagabundos contagiaran al

resto de la gente. El doctor nos hizo esperar durante dos horas, de modo que no pudimos escaparnos de allí hasta las diez.

Al menos ya era hora de partir, y nos dejaron salir al patio. ¡Qué brillante se veía todo y qué dulce soplaba el viento a la salida de aquel albergue apestoso y sombrío! El encargado le devolvió a cada cual los fardos que le había confiscado y, uno a uno, nos entregó un poco de pan para el almuerzo. Nos pusimos en camino ansiosos por dejar atrás el albergue y su disciplina. Empezaba un intervalo de libertad. Después de un día y dos noches de tiempo perdido, teníamos algo así como ocho horas para entretenernos, para husmear los caminos en busca de colillas, para pedir limosna y buscar trabajo. También para recorrer los quince, veinte o hasta treinta kilómetros que nos separaban del siguiente albergue, donde el juego empezaría otra vez.

Desenterré mis ocho peniques y me lancé a la carretera con Nobby, un vagabundo respetable y abatido que llevaba un par de botas de repuesto y visitaba todas las oficinas de empleo. Nuestros antiguos compañeros se dispersaban en dirección al norte, el sur, el este y el oeste, como las chinches en un colchón. Sólo el imbécil se quedó merodeando a las puertas del albergue, hasta que el encargado lo echó de allí.

Nobby y yo nos pusimos en camino hacia Croydon. Era una carretera tranquila, sin coches que pasaran. Las flores cubrían los castaños convertidos en enormes velas de cera. Todo estaba tan tranquilo y olía tan delicioso que resultaba difícil pensar en que apenas unos minutos antes nos amontonábamos como prisioneros entre olores dignos de una alcantarilla y jabones ablandados por el uso. Los otros habían desaparecido; al parecer, nosotros dos éramos los únicos vagabundos que transitaban por aquella carretera.

Entonces oí unos pasos que se apresuraban detrás de mí y sentí que me tocaban el brazo. Era el pequeño Scotty, que venía corriendo detrás de nosotros entre jadeos. Sacó una lata oxidada del bolsillo. Sonreía amistosamente, como quien devuelve un favor.

—Eh, compañero —dijo con cordialidad—. Te debo unas colillas; ayer me diste de fumar. El encargado del albergue me devolvió mi lata cuando salimos del albergue esta mañana. «Favor con favor se paga»; aquí tienes.

Y me puso cuatro colillas húmedas y deplorables en la mano.

ERIC BLAIR

UN AHORCAMIENTO

The Adelphi, agosto de 1931; publicado de nuevo en *The New Savoy*, 1946

Ocurrió en Birmania, una mañana húmeda de la temporada de lluvias. Una luz enfermiza, como un papel de estaño amarillento, trepaba por las paredes del patio de la prisión. Estábamos esperando fuera de las celdas de los condenados, una fila de cobertizos cerrados con barrotes dobles, como pequeñas jaulas. Cada celda medía aproximadamente tres por tres metros y estaba prácticamente vacía, salvo por el tablón que servía de cama y un cacharro con agua para beber. En algunas, unos hombres oscuros y silenciosos se acuclillaban junto a los barrotes interiores envueltos en sus mantas. Eran los condenados, que serían colgados una o dos semanas después.

Habían sacado a un prisionero de su celda. Era un hindú, un hombrecillo menudo con la cabeza rapada y los ojos vagos y acuosos. Tenía unos bigotes grandes y espesos, absurdamente grandes para su cuerpo, como el mostachón de un cómico del cine. Seis altos celadores indios lo custodiaban y lo preparaban para la horca. Dos de ellos se mantenían en posición de firmes, con fusiles y las bayonetas caladas, mientras los otros le ponían las esposas, que después ataron a sus cinturones usando una cadena. Finalmente, le pusieron una soga alrededor del cuerpo que le impedía separar los brazos. Estaban muy pegados a él y se cuidaban de no soltarlo ni un solo segundo, como si a cada momento quisieran asegurarse de que aún estaba allí. Parecían pescadores manipulando un pez vivo que en cualquier momento pudiera saltar de nuevo al agua. Pero él no se resistía; ofrecía las manos a las sogas como si apenas se diera cuenta de lo que ocurría.

Dieron las ocho y un toque de corneta desoladoramente débil salió flotando por el aire húmedo desde las lejanas barracas. El superintendente de la cárcel, que se hallaba apartado del resto de nosotros y rascaba la grava con su bastón con aire pensativo, levantó la cabeza en cuanto oyó aquel sonido. Era un médico militar, tenía un bigote gris que parecía un cepillo y una voz ronca.

—Por Dios, Francis, apresúrese —dijo irritado—. A esta hora ese hombre ya debería estar muerto. ¿Todavía no están listos?

Francis, el carcelero jefe, un dravidiano orondo vestido con un traje blanco de dril y con gafas doradas, agitó su negra mano.

—Sí, señor. Sí, señor —balbuceó—. Todo está listo. El verdugo espera, podemos proceder.

—Pues entonces apresúrense. Los prisioneros no pueden desayunar hasta que

terminemos con esto.

Nos dirigimos al patíbulo. Dos guardias marchaban a cada lado del prisionero con los fusiles al hombro y otros dos lo hacían muy cerca de él, sujetándolo por los brazos y los hombros, como si al mismo tiempo lo sostuvieran y fueran empujándolo. El resto de nosotros, magistrados y demás, íbamos a la zaga. De pronto, cuando habíamos avanzado unos diez metros, la procesión se detuvo sin que mediara ninguna orden o advertencia. Había ocurrido algo horrible: un perro, salido de no se sabía dónde, había aparecido de pronto en el patio. Se aproximó a nosotros brincando y dando ladridos y empezó a saltar a nuestro alrededor retorciendo todo el cuerpo, loco de felicidad de encontrar a tantos humanos juntos. Era un perro grande y lanudo, mitad airedale y mitad paria. Después de corretear entre nosotros, y antes de que nadie pudiera intervenir, se abalanzó sobre el prisionero e intentó lamerle la cara. Nos quedamos tan estupefactos que nadie acertó a detenerlo.

—¿Quién ha dejado entrar a ese maldito animal? —dijo el superintendente, enfurecido—. ¡Que alguien lo atrape!

Uno de los guardias abandonó la escolta y salió atropelladamente detrás del perro, pero este hizo una cabriola y se puso fuera de su alcance, como si todo fuera un juego. Un joven carcelero euroasiático cogió un puñado de grava e intentó ahuyentar al animal arrojándoselo, pero este esquivó las piedras y volvió a donde estábamos nosotros. Sus ladridos resonaban contra los muros de la cárcel. El prisionero, sujeto por los dos guardias, lo miraba todo sin la menor curiosidad, como si se tratara de otra de las formalidades de la ejecución. Pasaron varios minutos hasta que alguien se las arregló para atrapar al perro. Atamos mi pañuelo a su collar y avanzamos nuevamente, con el perro gimoteando y tratando de soltarse.

Unos cuarenta metros nos separaban del patíbulo. Podía ver la cobriza espalda desnuda del prisionero que marchaba frente a mí. Caminaba torpemente al tener los brazos atados, pero sin detenerse en ningún momento, con el típico bamboleo de los indios, que nunca estiran las rodillas. A cada paso podía verse claramente cómo se movían sus músculos, y un mechón de pelo que se balanceaba de arriba abajo. Sus pies hollaban la grava húmeda. De un momento a otro, a pesar de los hombres que lo agarraban por los hombros, dio un paso a un lado para salvar un charco.

Resulta curioso, pero hasta ese momento nunca me había dado cuenta de lo que significa dar muerte a un hombre saludable y consciente. Cuando vi a aquel prisionero salvar el charco advertí el misterio, el terrible error de interrumpir una vida en plenitud. Ese hombre no estaba muriéndose; estaba tan vivo como cualquiera de nosotros. Todos los órganos de su cuerpo funcionaban: sus intestinos digerían los alimentos, su piel se renovaba constantemente, crecían sus uñas, sus tejidos seguían formándose; todo continuaba trabajando de un modo solemne y estúpido. Sus uñas seguirían creciendo cuando se detuviera sobre la plataforma, cuando estuviera cayendo por el aire con apenas una décima de segundo de vida por delante. Sus ojos veían la grava amarilla y las paredes grises, y su cerebro recordaba, anticipaba,

razonaba; incluso sobre los charcos. Él y nosotros éramos un grupo de hombres que caminábamos juntos, viendo, oyendo, sintiendo, comprendiendo el mismo mundo, y dos minutos más tarde, con un súbito chasquido, uno de nosotros se habría ido; una mente menos, un mundo menos.

La horca se levantaba en un pequeño patio separado de los terrenos principales de la prisión y cubierto de hierbas altas y espinosas. Era una construcción de ladrillos como tres paredes de un cobertizo, con un tablado en lo alto y, por encima de este, dos vigas y un travesaño del cual colgaba la soga. El verdugo, un convicto canoso con el uniforme blanco de la prisión, esperaba junto a su máquina. Nos saludó con una servil reverencia en cuanto entramos. A una orden de Francis, los dos guardias, sujetando al prisionero con más fuerza que nunca, medio lo empujaron hacia la horca y después lo ayudaron torpemente a subir la escalera. Entonces subió el verdugo y le colocó la soga alrededor del cuello.

Nosotros esperábamos, cinco metros más allá. Los guardias habían formado un tosco círculo en torno al patíbulo. Entonces, cuando el lazo corredizo estuvo en su sitio, el prisionero empezó a gritarle a su dios. Era un grito agudo y reiterado: «¡Rama! ¡Rama! ¡Rama!»; no con la urgencia o el temor de una plegaria o un grito de auxilio, sino continua y rítmicamente, como el tañer de una campana. El perro respondió aullando. El verdugo, aún sobre la plataforma, sacó un pequeño saco de algodón, como los sacos de harina, y lo puso sobre la cabeza del condenado. Aunque apagado por la tela, el grito persistía, una y otra vez: «¡Rama! ¡Rama! ¡Rama! ¡Rama! ¡Rama!».

El verdugo bajó de la plataforma, listo para proceder, con la mano sobre la palanca. Los gritos del prisionero, continuos y apagados, continuaron, sin detenerse ni un momento: «¡Rama! ¡Rama! ¡Rama!». El superintendente, con la cabeza baja, seguía removiendo lentamente la grava con su bastón, como si contara los gritos y estuviera permitiéndole al prisionero proferirlos un número determinado de veces, cincuenta o cien, quizá. Todos habíamos mudado de color. Los indios se habían puesto grises como el café malo, y uno o dos de los de las bayonetas empezaban a flaquear. Mirábamos al hombre atado y encapuchado sobre la plataforma, y oíamos sus gritos, cada uno un segundo más de vida. Todos pensábamos lo mismo: «¡Mátenlo de una vez, por Dios, detengan ese ruido abominable!».

De pronto el superintendente se decidió. Levantó la cabeza e hizo un rápido movimiento con el bastón.

—*Chalo!* —exclamó casi ferozmente.

Se oyó un ruido e inmediatamente después todo se quedó en silencio. El prisionero había desaparecido y la soga giraba sobre sí misma. Solté al perro y este echó a correr de inmediato hacia la parte trasera de la horca, pero cuando llegó allí se detuvo en seco, ladró y se retiró a un rincón del patio, donde se quedó entre los hierbajos, mirándonos con timidez. Dimos un rodeo a la horca para inspeccionar el cuerpo del prisionero, que se balanceaba con los dedos de los pies apuntando al suelo,

tan inerte como una piedra.

El superintendente levantó el bastón y pinchó el cuerpo desnudo, que osciló ligeramente.

—Todo bien —dijo. Salió de debajo de la horca y dio un gran suspiro. La expresión sombría le había desaparecido repentinamente del rostro. Miró su reloj de pulsera—. Las ocho y ocho minutos. Bueno, eso es todo por esta mañana, gracias a Dios.

Los guardias les quitaron las bayonetas a sus fusiles y se alejaron marchando. El perro, más calmado y consciente de haberse portado mal, se fue detrás de ellos. Salimos del patio donde estaba el patíbulo y pasamos frente a las celdas de los condenados, donde los prisioneros aguardaban su turno, hasta llegar al gran patio central de la prisión. Los convictos, bajo la atenta vigilancia de guardias armados con grandes varas de bambú, tomaban ya su desayuno. En cuclillas, formaban largas filas, cada uno con un cazo de metal en las manos, mientras dos guardias con cubos iban de un sitio a otro sirviendo el arroz. Tras la ejecución, aquella parecía una escena hogareña y alegre. Sentíamos un enorme alivio, ahora que todo aquello había terminado. Hubiésemos querido cantar, o correr, o reír por lo bajo. De repente, todos empezamos a charlar alegremente.

El muchacho euroasiático que caminaba a mi lado señaló con la cabeza el camino por el que habíamos venido y dijo sonriendo, como quien está de vuelta de todo:

—¿Sabe usted, señor? Cuando nuestro amigo —se refería al hombre que había muerto— supo que se había rechazado su apelación, se meó en el suelo de su celda. De miedo. Coja un cigarrillo, por favor. ¿Qué le parece mi pitillera nueva de plata? Se la compré a un vendedor ambulante, por dos rupias y ocho annas. Del mejor estilo europeo.

Muchos rieron, aunque no parecían saber bien de qué.

Francis caminaba junto al superintendente, parloteando sin cesar.

—Bueno, señor, todo salió *lo más perfectamente*. Terminó así, ¡flap!, y no siempre es *assí*, no, no, no. He *ssabido* casos en los que se ha tenido que obligar al doctor a ir bajo la horca y tirar de las piernas al prisionero para asegurarse de que muera. ¡Muy *dessagradable*!

—Todavía estaba retorciéndose, ¿no? ¡Qué mal! —respondió el superintendente.

—¡Ah, señor, *ess* peor cuando se resisten! Me acuerdo de uno que se agarró a los barrotes de su jaula cuando fuimos a sacarlo. Necesitamos a seis hombres para conseguir que se soltara. «Compañero», le decíamos, «¡piensa en las *molesstias* y problemas que nos estás *caussando*!». Pero no nos hacía caso; fue un problemón.

Descubrí que estaba riéndome a carcajada limpia. Todo el mundo reía. El propio superintendente sonreía con indulgencia.

—¿Por qué no vamos todos a tomar un trago? —dijo afablemente. Tengo una botella de *whisky* en el coche, nos vendrá bien.

Atravesamos las grandes puertas dobles de la prisión y salimos a la carretera.

—¡Tirarle de las piernas! —dijo de pronto un magistrado birmano, y estalló en una carcajada. Todos volvimos a reír. En aquel momento, la anécdota de Francis nos parecía extraordinariamente divertida. Bebimos juntos, nativos y europeos por igual, amigablemente. El muerto estaba a cien metros de distancia.

ERIC A. BLAIR

EN EL TRULLO

Agosto de 1932

Esta aventura fue un fracaso teniendo en cuenta que mi objetivo era que me encarcelaran y al final no conseguí nada más que pasar cuarenta y ocho horas bajo custodia; de cualquier modo, la relato aquí porque los procedimientos judiciales, etcétera, resultaron bastante interesantes. Escribo esto ocho meses después, de modo que no estoy seguro de las fechas, pero todo ocurrió una semana o diez días antes de la Navidad de 1931.

Salí un sábado por la tarde con cuatro o cinco chelines y me dirigí a Mile End Road, puesto que mi plan era emborracharme hasta perder el conocimiento y me imaginé que en el East End serían menos tolerantes con los borrachos. Compré algo de tabaco y un ejemplar de la revista *Yank* para mi futuro encierro. Enseguida, en cuanto abrieron los bares, me tomé cuatro o cinco pintas coronadas por un cuarto de botella de *whisky*, lo que me dejó con dos peniques en el bolsillo. Para cuando terminé con el *whisky* estaba pasablemente borracho, más de lo que pretendía en un principio, porque no había comido nada y el alcohol actuó rápidamente en mi estómago vacío. Apenas podía tenerme en pie, pero tenía bastante claras las ideas. En mi caso, cuando bebo suelo seguir pensando con claridad mucho después de que mis piernas y mi lengua me hayan abandonado. Tambaleándome, recorrí la acera un buen rato en dirección oeste sin toparme con ningún policía, a pesar de que las calles estaban repletas de gente y todo el mundo me señalaba y se reía de mí. Finalmente vi acercarse a dos agentes. Saqué la botella de *whisky* que llevaba en el bolsillo y, ante sus ojos, me bebí el resto, lo que me dejó prácticamente noqueado; me agarré a una farola y me deslicé hasta el suelo. Los dos policías corrieron hacia mí, me pusieron boca arriba y me quitaron la botella de las manos.

Ellos: ¡Alto ahí! ¿Qué ha estado usted bebiendo?

Por un momento debieron de pensar que intentaba suicidarme.

Yo: ¡*Dejarme* en paz! ¡Es… es mi *whisky*!

Ellos: ¡Caramba, cómo se ha puesto! Se lo ha bebido usted todo, ¿eh?

Yo: Me he div… divertido un *boco*, nada más. *Esdamos* en Navidad, ¿no es cierto?

Ellos: Todavía falta una semana; se ha confundido usted de fechas. Más vale que nos acompañe, no vaya a ser que le suceda algo.

Yo: ¿Y b… *bor* qué he de ir con ustedes?

Ellos: Lo cuidaremos hasta que se sienta mejor. No puede ir por ahí en este estado.

Yo: Muy bien, pero vayamos por *odra* copita.

Ellos: Ya bebió bastante por hoy, amigo. Mejor acompáñenos.

Yo: ¿Adónde me llevan?

Ellos: A donde pueda echarse una siesta con sábanas limpias y un par de mantas.

Yo: ¿Y habrá de b… beber?

Ellos: Desde luego, hay un bar en el mismo edificio.

Mientras hablábamos, me iban conduciendo amablemente por la calle. Me tenían cogido de tal modo (he olvidado cómo lo llaman) que podían romperme los brazos al menor movimiento, pero me trataban como si fuera un niño. Por dentro estaba bastante sobrio, y me divertía observar la manera tan ingeniosa en que intentaban persuadirme de que fuera con ellos sin revelarme que nos dirigíamos a la comisaría. Me imagino que ese es el procedimiento habitual con los borrachos.

Cuando llegamos a la comisaría (era la de Bethnal Green, pero no lo supe hasta el lunes) me dejaron caer en una silla y empezaron a vaciarme los bolsillos mientras el sargento me interrogaba. Por mi parte, fingí estar demasiado borracho para dar respuestas coherentes, y el sargento les ordenó muy enfadado que me llevaran a una celda, cosa que hicieron. La celda tenía casi el mismo tamaño que las de los albergues para indigentes (de tres por uno cincuenta, y de unos tres metros de alto), pero era mucho más limpia y tenía mejor aspecto. Estaba recubierta de mosaicos y tenía un inodoro, un grifo de agua caliente, una cama de tablones, una almohada de crin de caballo y dos mantas. Había un ventanuco con barrotes cerca del techo y una bombilla que se mantenía encendida toda la noche, protegida por una tulipa de vidrio grueso. La puerta era de acero, con la característica mirilla y la abertura por la que pasaban la comida. Al registrarme, los agentes me habían quitado el dinero, las cerillas, la maquinilla de afeitar y la bufanda; esto último, según supe más tarde, porque algunos presos se han ahorcado con ella.

No hay mucho que contar sobre el día y la noche siguientes, que fueron extraordinariamente aburridos. Me encontraba terriblemente mal, mucho más que en cualquier otra ocasión en que me hubiera tomado una copa de más, seguramente por haber tenido el estómago vacío. El domingo me dieron de comer dos veces pan, margarina y té (tan malo como el de los albergues), y una vez carne con patatas; esto último, según creo, gracias a la amabilidad de la esposa del sargento, porque hasta donde sé a los presos sólo les dan pan y margarina. No me permitieron afeitarme, y para lavarme sólo dispuse de un poco de agua fría. Cuando tuve que declarar para rellenar la hoja de cargos, eché mano de la historia que siempre cuento: que me llamo Edward Burton y que mis padres tienen una pastelería en Blythburg, que fui dependiente en una pañería de la que me despidieron a causa de la bebida y que mis padres, hartos de mis malos hábitos, me echaron de casa. Añadí que había estado trabajando como mozo de cuerda en Billingsgate y que, después de ganar «por sorpresa» seis chelines el sábado, me había ido de juerga. Los policías fueron bastante amables y me sermonearon sobre la embriaguez aludiendo a aquello de que

«se daban cuenta de que aún había algo bueno en mí», etcétera. Me ofrecieron dejarme ir bajo fianza si prometía pagarla después, pero no tenía dinero ni adónde ir, de modo que preferí seguir bajo custodia. Resultó bastante aburrido, pero tenía mi ejemplar de *Yank* y podía fumarme un cigarrillo cada tanto si le pedía el mechero al guardia. (A los presos, desde luego, no se les permite tener cerillas).

A la mañana siguiente, muy temprano, me sacaron de la celda para que me lavara, me devolvieron la bufanda, me condujeron al patio y, de allí, a una furgoneta que llamaban la María Negra. Por dentro parecía a un baño público francés, con una fila de pequeños compartimentos cerrados a cada lado, cada uno con el espacio justo para sentarse. Algunos presos habían garabateado sus nombres, sus delitos y la duración de sus condenas por todas las paredes del compartimento, además de variantes de este pareado:

El agente Smith se cree muy chulo,
pero la boca le huele como el culo.

Pasamos por varias comisarías, donde recogimos a unos diez presos en total, hasta que la furgoneta se llenó. Aun así, íbamos bastante a gusto. Las puertas de los compartimentos tenían una abertura en la parte alta, a modo de ventilación, por donde podíamos sacar las manos y pasarnos cerillas que alguien había conseguido introducir de contrabando, así que no paramos de fumar. En algún momento empezamos a cantar y, como se acercaba la Navidad, interpretamos varios villancicos. Llegamos al juzgado de Old Street justo cuando cantábamos:

Adeste, fideles, laeti triumphantes
Venite, venite in Bethlehem, etcétera,

lo que me pareció francamente inapropiado.

Ya en los juzgados, me sacaron de la furgoneta y me recluyeron en una celda idéntica a la de Bethnal Green, hasta el punto de que tenían el mismo número de teselas (las conté en ambos casos). Junto a mí había otros tres hombres. Uno de ellos tenía unos treinta y cinco años, y era un tipo rubicundo y bien vestido que habría podido pasar perfectamente por un viajante de comercio, o quizá por un corredor de bolsa; otro era un judío de mediana edad, de aspecto igualmente atildado. El tercero era sin duda un ladrón habitual. Era bajo de estatura y tenía un aspecto tosco, el pelo gris y la cara llena de arrugas. Como se acercaba su juicio, se hallaba en un estado de agitación tal que no podía quedarse quieto ni por un instante. No paraba de caminar de un lado a otro de la celda como una bestia salvaje, de chocar contra nuestras rodillas —estábamos sentados en la cama de tablones— y de repetirnos que era inocente. Al parecer lo acusaban de andar merodeando con la intención de robar. Nos

contó que había estado detenido en otras nueve ocasiones y que, en casos así, aunque se debieran a meras sospechas, a los reincidentes se los condenaba casi siempre. De tanto en tanto agitaba el puño contra la puerta y exclamaba: «¡Puto madero! ¡Puto madero!», refiriéndose al «poli» que lo había detenido.

En ese momento metieron a dos presos más en la celda: un muchacho belga bastante poco agraciado a quien acusaban de obstruir el tráfico con una carretilla, y una insólita criatura peluda que debía de ser sorda y muda o que no sabía inglés. Salvo este último, todos los demás presos hablaron de sus casos con gran desparpajo. El elegante y rubicundo era, al parecer, un tabernero que se había embolsado el dinero de la rifa navideña. Como es usual, estaba endeudado hasta las cejas con quienes le suministraban la cerveza, y seguramente se había apropiado del dinero con la expectativa de que ganaría algún premio y podría devolverlo. Dos de los interesados se habían dado cuenta unos días antes de la rifa y lo habían denunciado. El tabernero había devuelto al instante todo el dinero menos doce libras, que devolvió poco después, antes de que se celebrara el juicio. A pesar de todo, estaba seguro de que lo condenarían, porque los jueces suelen mostrarse inflexibles en estos casos; de hecho, más tarde, ese mismo día, lo condenaron a cuatro meses. Por supuesto, podía considerarse arruinado de por vida; los cerveceros lo obligarían a declararse en bancarrota y a vender todo lo que poseía, y nunca más le concederían la licencia para tener un bar. Ante nosotros trataba de hacerse el fuerte y fumaba un cigarrillo tras otro de una reserva de paquetes de Gold Flake que llevaba consigo; me atrevería a decir que era la última vez que tendría suficientes cigarrillos. Mientras hablaba, tenía la mirada fija y un aire abstraído. Creo que poco a poco se estaba dando cuenta de que la vida que había llevado hasta entonces había llegado a su fin, al igual que la posibilidad de tener cualquier ocupación decente.

El judío había trabajado en el mercado de Smithfields para un carnicero kosher. Después de trabajar siete años para él, de repente se había quedado con veintiocho libras, se había ido a Edimburgo —no sé por qué precisamente allí—, se lo había «pasado bien» con unas fulanas y, cuando el dinero se había terminado, había decidido entregarse. Había devuelto ya dieciséis libras y el resto lo reembolsaría en plazos mensuales. Tenía esposa y varios hijos. Nos contó, y eso me pareció interesante, que su patrón se metería en problemas en la sinagoga por haberlo denunciado. Parece ser que los judíos poseen sus propios tribunales de arbitraje, y se supone que un judío no puede denunciar a otro, cuando menos tratándose de abusos de confianza como ese, sin someterlo primero a uno de esos tribunales.

Algo en lo que estos hombres insistían —se lo oí decir a casi todos los que habían cometido delitos graves— me impresionó particularmente. Era: «No es la cárcel lo que me importa, sino perder mi trabajo». Me parece algo sintomático del menguante poder de la justicia en comparación con el del capitalismo.

Nos tuvieron esperando durante varias horas. Estábamos muy incómodos en la celda, porque no había sitio para que todos se sentaran en la cama y hacía un frío

terrible a pesar de la aglomeración. Varios usaron el inodoro, lo cual resultaba muy desagradable en una celda tan pequeña, sobre todo porque la cadena no funcionaba. El tabernero distribuía sus cigarrillos generosamente y el celador nos daba cerillas. De tanto en tanto, un ruido metálico emergía de la celda contigua, donde estaba encerrado, solo, un joven que había apuñalado a su «fulana» en el estómago; según supimos, era probable que la chica se salvase. Dios sabe qué era lo que sucedía, pero sonaba como si lo hubieran encadenado a la pared. Alrededor de las diez nos dieron a cada uno una taza de té —al parecer, no lo suministraron las autoridades, sino los misioneros de los juzgados—, y poco después nos condujeron a una especie de amplia sala de espera donde aguardaríamos el juicio. Allí había quizá cincuenta prisioneros, hombres de todo tipo, pero en general mucho mejor vestidos de lo que cabría esperar. Iban de aquí para allá con los sombreros puestos y tiritando de frío. En este sitio fui testigo de algo que me interesó sobremanera. Mientras me sacaban de la celda había visto a dos rufianes mucho más sucios que yo —y que sin duda estaban allí por haberse emborrachado o por obstaculizar el tráfico— a quienes se llevaron a otra celda de la galería. Ya en la sala de espera, esos dos estaban muy atareados, con cuadernos en las manos, interrogando a los otros presos. Al parecer eran soplones a quienes habían introducido en las celdas disfrazados de presos para recoger la información que circulaba por ahí; entre los presos existe una especie de fraternidad, y hablan unos frente a otros sin la menor reserva. En mi opinión, se trataba de una treta bastante sucia.

Mientras tanto, sacaban a los prisioneros de uno en uno y de dos en dos al pasillo y los llevaban a la sala del tribunal. En algún momento, un sargento gritó: «¡A ver, los borrachos, hala!», y cuatro o cinco de nosotros formamos una fila en el pasillo y nos quedamos ahí esperando a que se abriera la puerta del juzgado. Un guardia joven que estaba de servicio me dijo:

—Quítese la gorra cuando entre, declárese culpable y no discuta. ¿Ha tenido otras condenas?

—No.

—Le pondrán seis chelines. ¿Va a pagarlos?

—No los tengo; sólo me quedan dos peniques.

—En fin, no tiene importancia. Tiene suerte de que el juez no sea el señor Brown. Es abstemio. Los borrachos no le hacen ninguna gracia.

Los juicios a borrachos se resolvían tan rápido que no tuve tiempo ni de fijarme en cómo era la sala del tribunal. Sólo me quedó la vaga impresión de haber visto un estrado coronado por un escudo de armas, funcionarios sentados a las mesas que había debajo y una barandilla. Pasamos por ahí como quien atraviesa un torniquete, y en cada caso el procedimiento sonaba más o menos igual:

—Edward-Burton-ebrio-y-haciendo-escándalo-¿iba-borracho?

—Sí.

—Seis-chelines-váyase-¡EL-SIGUIENTE!

Todo esto en cuestión de cinco segundos. Después de atravesar la sala llegamos a una habitación donde había un sargento sentado frente a un escritorio en el que había un libro de cuentas.

—¿Seis chelines? —preguntó.

—Sí.

—¿Los paga?

—No puedo.

—Bien; vuelva a su celda.

De modo que me llevaron de vuelta y volvieron a encerrarme en la misma celda. No había estado ni diez minutos fuera.

El tabernero también estaba de regreso porque su juicio se había pospuesto, lo mismo que el belga, que, al igual que yo, no tenía con qué pagar la multa. Quien no estaba era el judío; no supimos si lo habían condenado o lo habían dejado libre. A lo largo del día, los presos iban y venían, algunos en espera de juicio, otros pendientes de que hubiera espacio en la María Negra para llevarlos a prisión. Hacía frío y el olor a heces se volvía insoportable por momentos. Hacia las dos nos dieron el almuerzo; consistió en una taza de té, dos rebanadas de pan y margarina para cada uno. Aparentemente, eso era lo que indicaba el reglamento. Si uno tenía amigos fuera, podía pedir que le hicieran llegar comida, pero me pareció extraordinariamente injusto que un pobre hombre tuviera que afrontar su juicio con sólo pan y margarina en el estómago; y además sin afeitarse —en mi caso, no había podido hacerlo en cuarenta y ocho horas—, lo que podía indisponer a los magistrados en su contra.

Entre los presos que pasaron por la celda había dos amigos o socios que por lo visto se llamaban Snouter y Charlie, a quienes habían detenido por algún delito callejero; me atrevería a decir que habían obstaculizado el tráfico con una carretilla. Snouter era un tipo flaco, de tez enrojecida y apariencia maligna; Charlie, por su parte, era bajito y fuerte, y de aspecto alegre. Su conversación resultó de lo más interesante.

Charlie: Joder, qué puto frío que hace aquí. Por suerte no está el viejo Brown; ese te echa un mes en cuanto te ve.

Snouter (aburrido y canturreando): «Con el pim piririm pim pim…».

Charlie: ¡A la mierda con el pimpiririm! Lo que de veras apetece en esta época del año es robarse uno de esos pavos que se ven por ahí, formaditos como soldados sin uniforme. No me digas que no se te hace agua la boca sólo de verlos.

Snouter: Ni los miro, mejor. El que se los guisa se los come, ¿no?

Charlie: No estoy hablando de guisar, sino de revenderlos por un par de chelines.

Snouter: Nada de eso, Charlie. Lo que se lleva en esta época del año es cantar, cantar villancicos. El personal se conmueve cuando me oye; las tías se echan a llorar y yo les doy lo suyo para consolarlas, por puro espíritu navideño.

Charlie: Pues yo sé muchos villancicos, y hasta himnos de la iglesia. (Empieza a cantar, con buena voz de bajo). «Oh, buen Jesús, yo creo firmemente…».

El guardia de turno (asomándose por la rejilla): ¡Ya basta! ¿Qué os habéis creído que es esto? ¿Una reunión baptista?

Charlie (en voz baja, cuando el guardia ha desaparecido): ¡A la mierda con el poli! (Bufa). «Pequé, Señor, infiel te he rechazado…». Me sé todas las canciones que te puedas imaginar. Fui bajo durante dos años en el coro de la cárcel de Dartmoor.

Snouter: ¿Ah, sí? ¿Y qué tal en Dartmoor ahora? ¿Dan mermelada?

Charlie: Mermelada no, pero dan queso dos veces a la semana.

Snouter: ¿Y cuántos años te cayeron?

Charlie: Cuatro.

Snouter: ¡Ufff! ¡Cuatro años sin follar! Con razón los que están enchironados se vuelven locos en cuanto ven un par de piernas, de mujer, ¿eh?

Charlie: Bueno, aprovechando la neblina nos tirábamos a viejas bajo la verja del huerto. Recogedoras de patatas, como de setenta años. Nos cogieron, a más de cuarenta, y nos arrepentimos de haber nacido. Nos encadenaron y nos tuvieron a pan y agua, nos hicieron de todo. No se me hubiera ocurrido meterme en líos después de eso.

Snouter: ¡Claro! ¿Y cómo fue que te enchironaron la última vez?

Charlie: No te lo vas a creer, muchacho. ¡Me delató mi propia hermana! La puta de mi hermana. Es una vaca, la muy jodida. Se casó con un fanático religioso; el tío está tan loco que a estas alturas ya tienen quince hijos. En fin, fue él quien la obligó a espiarme. Pero me desquité, no te vayas a creer. ¿Qué dirías que fue lo primero que hice cuando salí del talego? Compré un martillo, me metí en la casa de mi hermana y le destrocé el piano. «¡Mira lo que has conseguido por soplona!», eso fue lo que le dije, etcétera.

Ese tipo de conversaciones sostuvieron todo el día esos dos, que estaban allí por algún delito menor, bastante despreocupados. Los que sabían que irían a prisión estaban callados y tensos; daba pena mirarlos a la cara. Muchos de ellos eran personas respetables que habían sido detenidas por primera vez. Alrededor de las tres, sacaron al tabernero y se lo llevaron a la prisión. Estaba un poco más alegre después de enterarse por uno de los guardias de que lo enviarían a la misma prisión que a lord Kylsant. Creía que, si le hacía la pelota a lord K mientras estuviesen en la cárcel, conseguiría que este le diera un trabajo cuando quedasen en libertad.

Yo no sabía cuánto tiempo iba a pasar encerrado, pero esperaba que al menos fuera durante varios días. Sin embargo, entre las cuatro y las cinco de la mañana me sacaron de la celda, me devolvieron las cosas que me habían confiscado y me echaron de patitas a la calle. Evidentemente, el día bajo custodia equivalía al pago de la multa. No tenía más que dos peniques, y en todo el día sólo había comido pan y margarina, de modo que me moría de hambre. En cualquier caso, como suele pasar cuando hay que escoger entre comida y tabaco, usé mis dos peniques para comprar algo de esto último. Después me dirigí al albergue del Church Army en Waterloo Road, donde, a cambio de cuatro horas aserrando madera, puedes dormir, comer pan y carne

enlatada, beber té y rezar en comunidad.

A la mañana siguiente me fui a casa, cogí dinero y me dirigí a Edmonton. Me presenté en un albergue ocasional alrededor de las nueve de la noche, sin estar borracho del todo pero, por así decirlo, bajo la influencia del alcohol, porque la Ley de Vagos prohíbe expresamente que los vagabundos aparezcan bebidos por ese tipo de albergues. De todos modos, el portero me trató con gran consideración, pensando a todas luces que un vagabundo que tenía dinero para emborracharse merecía un poco de respeto. A lo largo de los días siguientes hice varios intentos de meterme en problemas mendigando ante las mismas narices de la policía, pero al parecer tengo muy buena suerte, porque nadie me hizo caso. De modo que, no teniendo intenciones de hacer nada grave —para evitar investigaciones sobre mi identidad, etcétera—, me di por vencido. Así que la aventura fue más o menos un fracaso, pero la he relatado aquí por el interés que pueda tener.

CASAS DE POSADA

The New Statesman and Nation, 3 de septiembre de 1932

Las casas de posada, de las que existen varios centenares en Londres, son refugios nocturnos especialmente autorizados por el Consejo Municipal de la capital británica. Están destinadas a la gente que no puede pagar una posada de otro tipo, y son, en efecto, hoteles extraordinariamente baratos. Resulta difícil calcular cuánta gente hace uso de ellas, puesto que esa cantidad varía continuamente, pero está siempre alrededor de las decenas de miles, y en invierno probablemente se aproxime a las cincuenta mil personas. Teniendo en cuenta que acogen a tantísima gente y que muchas se hallan en un pésimo estado de conservación, las casas de posada no reciben la atención que merecen.

Para evaluar adecuadamente la legislación del Consejo Municipal sobre este asunto, uno debe ser consciente de cómo es la vida en estos lugares. La casa de posada más común (que en otra época solía llamarse «posada para vagabundos») consiste en una serie de dormitorios y una cocina, siempre subterránea, que sirve además de sala de estar. Las condiciones de estos lugares, especialmente en los barrios del sur, como Southwark o Berdmonsey, son lamentables. Los dormitorios son una especie de cubiles fétidos en los que suelen dormir atestados hasta cien hombres. Están equipados con camas bastante peores que las de los albergues ocasionales. Normalmente, estas camas miden alrededor de un metro setenta de largo por ochenta centímetros de ancho, y tienen un colchón duro y convexo y una almohada cilíndrica que recuerda un tronco (en las posadas más baratas, a veces ni siquiera hay almohadas). La ropa de cama consiste en dos sábanas de color crudo que deberían cambiarse una vez por semana, pero que con frecuencia se dejan durante un mes, y una colcha; en invierno puede haber mantas, pero nunca las suficientes. En función de la suerte que se tenga, las camas pueden estar o no llenas de chinches, pero en las cocinas invariablemente abundan las cucarachas y los escarabajos negros. Desde luego, no hay baños, y tampoco espacios privados de ningún tipo. Estas son las condiciones normales y aceptadas de las posadas. Suelen costar entre siete peniques y un chelín con un penique por noche. A pesar de lo barato que puedan parecer, una posada media proporciona unas cuarenta libras netas de beneficio por semana a su dueño.

Junto con las típicas posadas sucias, existen también unas pocas, como las Rowton Houses y los hostales del Ejército de Salvación, que están limpias y

adecentadas. Desafortunadamente, en el caso de esos lugares, tales ventajas van acompañadas de una disciplina tan rígida y cansina que alojarse allí es más o menos como estar en la cárcel. En Londres (a diferencia de otros lugares, en los que, curiosamente, el trato es mejor) no existe ninguna casa de posada en la que uno encuentre al mismo tiempo libertad y una cama decente.

En cuanto a la miseria y la incomodidad de estas posadas, lo más curioso es que estas son moneda corriente en lugares sujetos a una inspección constante por parte del Consejo Municipal. En vista de esas cocinas sucias y trogloditas, uno no puede sino considerarlas un rincón del siglo XIX que de algún modo ha pasado desapercibido para los reformadores; sorprende descubrir que las casas de posada en general se rigen por una serie de reglas minuciosas y (deliberadamente) tiránicas. De acuerdo con la regulación del Consejo Municipal, casi todo está prohibido. Lo están el juego, la embriaguez —incluso la mera introducción de bebidas alcohólicas—, las blasfemias, escupir al suelo, los animales domésticos, las peleas, etcétera; en resumen, la totalidad de la vida social en estos lugares. Obviamente, algunas de esas reglas suelen quebrantarse, pero otras no, y estas últimas ilustran la triste inutilidad de esta clase de reglamentos. Un ejemplo: hace algún tiempo el Consejo Municipal empezó a preocuparse por la cercanía de las camas en estos establecimientos, y ordenó que la distancia fuera de al menos noventa centímetros. Esta es la clase de norma que suele cumplirse, y las camas se separaron debidamente. Ahora bien, a los huéspedes de un dormitorio de por sí atestado les importa poco que la distancia sea de noventa centímetros o de treinta; a quienes les importa es a los propietarios, cuyas ganancias dependen del espacio. Así, el único resultado real de esta ley fue un ascenso generalizado de los precios por cama. Hay que señalar, por otra parte, que si bien el espacio entre las camas está estrictamente regulado, el reglamento no dice nada en absoluto acerca de las propias camas; nada, por ejemplo, sobre si son apropiadas para dormir en ellas. Los posaderos pueden cobrar, y suelen hacerlo, más de un chelín por una cama menos cómoda que un montón de paja, y no hay reglamento que se lo prohíba.

Otro ejemplo de las regulaciones del Consejo Municipal de Londres. En casi todas las casas de posada se prohíbe la entrada a mujeres. Existen unas cuantas especiales para ellas, y una cantidad ínfima —demasiado pequeña para tenerla en cuenta— en las que se admite a hombres y mujeres. El resultado es que cualquier pobre hombre que duerma con regularidad en una casa de posada está completamente apartado de la población femenina; de hecho, existen casos de matrimonios que se ven obligados a vivir aparte como resultado de la imposibilidad de alojarse en el mismo lugar. De nuevo, las posadas más baratas suelen ser invadidas por grupos de curiosos de clase acomodada que se pasean sin invitación por las cocinas y que organizan largas ceremonias religiosas. A los posaderos les disgustan estos grupos, pero no tienen poder para echarlos. ¿Puede alguien imaginar que algo así sucediera en un hotel? Y, sin embargo, las casas de posada no son otra cosa que hoteles en los

que se pagan ocho peniques en vez de diez chelines con seis peniques. Esta clase de abusos, de hecho, sólo se entienden si se sostiene la teoría de que cualquiera que sea lo bastante pobre como para vivir en una casa de posada pierde, como consecuencia, algunos de sus derechos como ciudadano.

No se puede evitar pensar que esa es justamente la teoría que está detrás del reglamento del Consejo Municipal para las casas de posada. Se trata de reglamentos que pretenden intervenir siempre, pero no en beneficio de los usuarios. Ponen el énfasis en la higiene y la moral, y el asunto de la comodidad se deja en manos de los posaderos, quienes, desde luego, se desentienden, o bien actúan como si se tratara de cuestiones de caridad. Vale la pena señalar las mejoras que podrían hacerse por ley en las casas de posada. En lo tocante a la limpieza, ninguna ley puede garantizarla, y en cualquier caso es un asunto menor. Pero los lugares donde se duerme, que son lo que realmente importa, podrían fácilmente adecentarse hasta un nivel razonable. Las casas de posada son sitios en los que uno paga para ir a dormir, y muchas de ellas no cumplen su propósito fundamental, porque nadie es capaz de conciliar el sueño en un dormitorio ruidoso y sobre una cama dura como una piedra. El Consejo Municipal estaría realizando un inmenso servicio si obligara a los posaderos a dividir los dormitorios en cubículos y, sobre todo, a proveer a los clientes de camas cómodas, cuando menos como las que existen en los albergues ocasionales de Londres. Y expedir licencias específicas para «posadas para hombres» y «posadas para mujeres», como si los hombres y las mujeres fuesen como el agua y el sodio y debieran mantenerse apartados por temor a una explosión; las licencias deberían expedirse para alojar a hombres y mujeres por igual, como se hace en distintas ciudades de provincia. Y la ley debería proteger a los huéspedes de los timos de propietarios y encargados. Si se dieran estas condiciones, las casas de posada podrían cumplir con su propósito, que es muy importante, mucho mejor de lo que actualmente lo hacen. Después de todo, decenas de miles de desempleados, o de gente que sólo trabaja a tiempo parcial, no tienen, literalmente, otro lugar donde vivir. Es absurdo que se los obligue a elegir, como sucede en la actualidad, entre una pocilga descuidada y una higiénica prisión.

ERIC BLAIR

RUDYARD KIPLING

New English Weekly, 23 de enero de 1936

Rudyard Kipling fue el único escritor inglés popular de su siglo que no era al mismo tiempo un escritor rematadamente malo. Su popularidad, por descontado, era básicamente de clase media. En la típica familia de clase media de antes de la guerra, en particular en las familias anglo-indias, tenía un prestigio al que ningún autor de nuestros días ni siquiera se acerca. Era una especie de divinidad familiar con la que uno crecía y que uno aceptaba sin cuestionársela, tanto si le gustaba como si no. Yo, por mi parte, idolatré a Kipling a los trece años, lo aborrecí a los diecisiete, lo disfruté a los veinte, lo desdeñé a los veinticinco, y ahora, de nuevo, le tengo cierta admiración. Lo único que no era posible en modo alguno, si es que uno lo había leído, era olvidarlo. Algunos de sus cuentos, por ejemplo «La extraña cabalgada», «Los tambores del "Fore and Aft"» y «La marca de la bestia», son casi tan buenos como pueda serlo ese tipo de relato. Además, están extremadamente bien contados. Y es que la tosquedad de su prosa no es más que una tacha superficial; en las cualidades menos obvias de la construcción y la economía es insuperable. A fin de cuentas (véase el «*Times Literature Supplement*»), es mucho más fácil escribir prosa inofensiva que contar una buena historia. Y su poesía, aunque es casi sinónimo de mediocridad, tiene también la cualidad de ser singularmente memorable.

> *He perdido la Britania, he perdido la Galia*
> *He perdido Roma y, lo peor de todo,*
> *¡He perdido a Lalage!*[*]

Puede que esta sea sólo una rimilla pegadiza y que «Camino a Mandalay» sea algo peor que eso, pero ambos «se nos quedan». Nos recuerdan que hasta para convertirse en sinónimo de algo hace falta una veta de genio.

Sin embargo, mucho más desagradable que las tramas sentimentales y los vulgares trucos estilísticos es el imperialismo al que Kipling escogió prestar su genio. Lo más que uno puede decir es que, cuando hizo esa elección, esta era más perdonable de lo que lo sería ahora. El imperialismo de los ochenta y los noventa era sentimental, ignorante y peligroso, pero no de todo punto despreciable. La imagen que evocaba en aquel entonces la palabra «imperio» era una imagen de funcionarios con exceso de trabajo y escaramuzas fronterizas, no la de lord Beaverbrook y la

mantequilla australiana. Aún era posible ser imperialista y ser un caballero, y de la decencia personal de Kipling no cabe duda alguna. Merece la pena recordar que era el escritor inglés más popular de nuestro tiempo, y, sin embargo, quizá no hubo otro que se abstuviera de forma tan sistemática de hacer de su personalidad un vulgar espectáculo.

Si no se hubiese rendido a las influencias imperialistas y se hubiera convertido —algo bien factible— en un escritor de canciones de *music hall*, habría sido un autor mejor y más estimable. En el papel que escogió, uno, cuando crecía, no podía dejar de verlo como una especie de enemigo, un hombre de genio extraño y desviado. Pero ahora que ha muerto, personalmente no puedo más que desear poder rendirle algún tipo de homenaje —una salva de cañonazos, si tal cosa fuese posible— a ese narrador que fue tan importante para mi niñez.

MATAR A UN ELEFANTE

New Writing, n.º 2, otoño de 1936

En Moulmein, en la Baja Birmania, fui objeto de odio por parte de un gran número de personas. Ha sido la única vez en toda mi vida en que he sido tan importante como para que me sucediera una cosa así. Yo era el oficial de policía de la subdivisión responsable de la localidad, donde, aunque de un modo difuso y mezquino, eran entonces muy agrios los sentimientos contrarios a los europeos. Nadie tenía agallas suficientes para rebelarse abiertamente, pero si una mujer europea iba sola a pasear por los bazares, lo más probable era que alguien le lanzara un escupitajo de jugo de betel ensuciándole el vestido. Como oficial de policía, yo era un blanco evidente de ese odio y, siempre que no hubiera riesgo para el provocador, víctima de un constante hostigamiento. Cuando un ágil birmano me zancadilleó en el campo de fútbol y el árbitro (otro birmano) miró hacia otro lado, el gentío que presenciaba el partido prorrumpió en repugnantes carcajadas. Esto me sucedió en más de una ocasión. Al final, las caras burlonas y aceitunadas de los jóvenes que me salían al paso en cualquier parte, los insultos con que me increpaban cuando estaban a una distancia segura, terminaron por atacarme los nervios muy seriamente. Los jóvenes monjes budistas eran de largo los peores. Eran varios miles los que había en la ciudad y ninguno parecía tener otra cosa que hacer, aparte de plantarse en las esquinas a mofarse de los europeos.

Todo esto era para mí motivo tanto de perplejidad como de irritación. Por aquel entonces, yo había llegado ya a la conclusión de que el imperialismo era una mala cosa y de que, cuanto antes renunciara a mi empleo y me largara de allí, tanto mejor. Teóricamente —y en secreto, claro está—, estaba a favor de los birmanos y en contra de sus opresores, los británicos. En cuanto al trabajo que desempeñaba, lo odiaba con más amargura que la que posiblemente sabré expresar con claridad. En un empleo como ese, uno ve muy de cerca el trabajo sucio del imperio. Los desdichados prisioneros que se hacinaban en las apestosas jaulas de las cárceles, las caras grises y acobardadas de los presos con largas condenas, las nalgas destrozadas de quienes habían sido azotados con cañas de bambú, todo ello me causaba una opresión redoblada por un intolerable sentimiento de culpa. Pero no era capaz de poner nada en su justa perspectiva. Yo era joven, carecía de una educación apropiada y había tenido que resolver mis problemas en el completo silencio que se impone sobre cada inglés en Oriente. Por no saber, ni siquiera sabía que el Imperio británico se está muriendo, y menos aún que es bastante mejor que los jóvenes imperios que vienen a suplantarlo. Todo cuanto alcanzaba a saber con claridad era que estaba atrapado entre

mi odio contra el imperio a cuyo servicio trabajaba y mi ira contra el espíritu malvado de las bestezuelas que trataban de hacerme la vida imposible. Por una parte, consideraba que el Raj británico era una tiranía de la que era imposible huir, algo cerrado a cal y canto, *in saecula saeculorum*, impuesto sobre la voluntad de los pueblos postrados; por otra, pensaba que la mayor alegría del mundo sería seguramente clavarle una bayoneta en las entrañas a un monje budista. Ese tipo de sentimientos son una consecuencia normal del imperialismo; pregúnteselo el lector a cualquier funcionario anglo-indio, si logra encontrarlo cuando no esté de servicio.

Un día sucedió algo que, de un modo indirecto, fue esclarecedor. En sí mismo fue un incidente mínimo, pero me permitió atisbar con más claridad que nunca la verdadera naturaleza del imperialismo, los motivos reales por los cuales los gobiernos despóticos actúan como lo hacen. A primera hora de la mañana, el subinspector de la comisaría de policía de la otra punta de la ciudad me llamó por teléfono y me dijo que un elefante había escapado y estaba causando graves estropicios en el bazar. ¿Tendría yo la amabilidad de acercarme y ver si se podía hacer algo? Yo no sabía qué podía hacer, pero me entraron ganas de ver lo que estaba ocurriendo, de modo que tomé un caballejo y me encaminé hacia allí. Me fui con mi fusil, un viejo Winchester del calibre 44, demasiado poca cosa para matar a un elefante, aunque sí pensé que el ruido de los disparos podría ser útil *in terrorem*. Varios birmanos me pararon por el camino y me hablaron de las fechorías del elefante. No era, obviamente, uno salvaje, sino domesticado, que se había vuelto majareta. Había sido encadenado, como sucede con los elefantes domesticados cuando se espera que les sobrevenga el consabido ataque de locura más o menos pasajera que por aquellas tierras llaman «must», pero la noche anterior había roto la cadena y se había escapado. Su *mahout*, la única persona capaz de lidiar con él cuando se hallaba en tal estado, había emprendido su persecución, pero siguió una dirección errónea y se encontraba a doce horas de camino. Por la mañana, el elefante había irrumpido en la localidad. Los birmanos de la población no disponían de armas, estaban desamparados ante el animal. Ya había destruido una choza de bambú, acabado con una vaca y saqueado algunos puestos de fruta, devorando cuanto había encontrado a su paso; también había tropezado con la camioneta municipal de recogida de basuras, y cuando el conductor saltó y puso pies en polvorosa, dio un vuelco a la furgoneta y prácticamente la destrozó.

El subinspector birmano y algunos policías indios me estaban esperando por el barrio donde se había visto al elefante. Era un barrio muy pobre, un laberinto de sórdidas chozas de bambú, con techumbre de hojas de palma, que se enroscaba por las empinadas cuestas de una ladera. Recuerdo que aquella mañana el calor era sofocante, al comienzo de la estación de las lluvias. Comenzamos a preguntarles a los transeúntes por dónde se había ido el elefante, lo cual, como de costumbre, no sirvió para obtener ninguna información concreta. Así sucede siempre en Oriente; un relato parece bastante claro a cierta distancia, pero cuando uno se acerca a la escena de los acontecimientos se va tornando más impreciso. Algunos dijeron que el elefante había

ido hacia allá, otros indicaron la dirección contraria, y hubo aun otros que afirmaron no haber siquiera oído nada de ningún elefante. Casi había llegado a la conclusión de que todo era una simple sarta de mentiras cuando oímos chillidos a escasa distancia. Se oyó un grito a voz en cuello, un grito escandalizado: «¡Márchate, niño! ¡Largo de aquí ahora mismo!». Una anciana con un palo en la mano apareció a la vuelta de una choza, espantando con violencia a un enjambre de niños desnudos. La siguieron algunas mujeres más, que chasqueaban la lengua y exclamaban todas a la vez; era evidente que los niños habían visto algo que no deberían haber visto. Rodeé la choza y vi el cadáver de un hombre tendido en el barro. Era un indio, un culi negro, dravídico, casi desnudo. No podía llevar muerto muchos minutos. La gente decía que el elefante se había abalanzado sobre él a la vuelta de la choza, lo había sujetado con la trompa, le había puesto una pata encima de la espalda y lo había incrustado en la tierra. Estábamos, como digo, en la estación de las lluvias, por lo que el terreno estaba reblandecido. La cara del hombre había abierto un surco de dos palmos de profundidad y un metro de largo. Estaba tendido boca abajo con los brazos en cruz y la cabeza retorcida hacia un lado. Tenía la cara recubierta de barro, los ojos como platos, los dientes al aire y una expresión de insufrible agonía. (Que nunca me venga nadie, por cierto, con eso de que los muertos parecen estar en paz. La mayoría de los cadáveres que he visto parecían diabólicos). La fricción de la pata del enorme animal le había despellejado la espalda igual que se desuella a un conejo. Nada más ver al muerto, mandé un ordenanza a casa de un amigo, a pedirle prestado un rifle para elefantes. Ya había devuelto el caballejo, pues no tenía ganas de que le entrase un susto de muerte y diera conmigo por tierra si olfateaba al elefante.

Al cabo de unos minutos regresó el ordenanza, con el rifle y cinco cartuchos. Entretanto, llegaron algunos birmanos y nos dijeron que el elefante estaba en unos arrozales, a pocos centenares de metros de allí. Al emprender yo la marcha, prácticamente toda la población del barrio salió de sus casas y me siguió. Habían visto el rifle y todos gritaban excitados que iba a matar al elefante. No habían mostrado demasiado interés por el elefante mientras se dedicó a destrozar sus hogares, pero la cosa cambió en cuanto se supo que iba a ser sacrificado. Aquello era un entretenimiento evidente para todos ellos, como lo habría sido para una muchedumbre de ingleses, pero es que, además, querían la carne del animal. Eso me producía una vaga inquietud. Yo no tenía la intención de disparar contra el elefante; tan sólo había pedido que se me trajera el rifle para defenderme en caso de que fuera necesario, y resulta siempre desconcertante que a uno le siga una multitud. Bajé por la colina con toda la pinta y toda la sensación de ser un idiota, con el rifle al hombro y un creciente ejército de personas pegadas a mis talones. Abajo del todo, al alejarnos de las chozas, arrancaba un camino de gravilla, y más allá se extendía una planicie envuelta por la bruma de los espejismos, los arrozales, tal vez de cerca de un kilómetro de anchura, todavía sin arar, aunque ya encharcados por las primeras lluvias, y salpicados de hierbas bastas. El elefante se encontraba de pie a menos de

diez metros del camino, dándonos el flanco izquierdo. No reparó en absoluto en la llegada del gentío. Arrancaba manojos de hierbas, que golpeaba contra las rodillas para limpiarlos antes de llevárselos a la boca.

Me había detenido en el camino. Tan pronto como vi al elefante, supe con total certeza que no debía dispararle. Es un asunto grave abrir fuego contra un elefante que aún puede servir de bestia de carga; es algo equiparable a destruir una máquina enorme y costosa. Era evidente que había que evitarlo a toda costa mientras fuera posible. A esa distancia, paciendo en paz, el elefante no parecía más peligroso que una vaca. Pensé entonces, y sigo pensándolo ahora, que el ataque de locura debía de estar ya remitiendo, en cuyo caso se limitaría a errar inofensivo hasta que llegara el *mahout* y se lo llevara. Por si fuera poco, de ninguna manera deseaba disparar al animal y matarlo. Decidí observarlo un rato para asegurarme de que no se volvería de nuevo agresivo, y después me iría a casa.

Pero en ese instante me volví a mirar al gentío que me había seguido. Era una muchedumbre inmensa, dos mil personas al menos, que crecía por momentos y que bloqueaba la carretera durante un trecho muy largo, a uno y otro lado. Contemplé aquel mar de rostros aceitunados que remataban las ropas de colores chillones, rostros todos ellos alegres y excitados ante aquella diversión inminente, todos convencidos de que el elefante iba a morir de un tiro. Me observaban como observarían a un mago a punto de obrar un truco de magia. No me tenían el menor aprecio, pero con el rifle mágico en las manos valía la pena mirarme durante unos momentos. Y de pronto caí en la cuenta de que tendría que matar pese a todo al elefante. Toda aquella gente esperaba que lo hiciera; tenía, por tanto, que hacerlo. Notaba la presión de sus dos mil voluntades empujándome de un modo irresistible. Y fue en ese momento, allí de pie con el rifle en las manos, cuando por vez primera capté la vacuidad, la futilidad del dominio del hombre blanco en Oriente. Allí estaba yo, el hombre blanco, de pie, al frente de un ejército de nativos inermes, cual actor protagonista de la escena, cuando en realidad no era más que una absurda marioneta manejada por la voluntad de aquellos rostros aceitunados que tenía a mis espaldas. Comprendí entonces que, cuando el hombre blanco se vuelve un tirano, es su propia libertad lo que destruye. Se convierte en una especie de muñeco sin vida, hueco, mera pose, la figura convencional del *sahib*. Y es que es condición de su mando dedicar su vida a impresionar por todos los medios a los «nativos», de modo que en cada crisis ha de hacer lo que los «nativos» esperan de él. Lleva puesta una máscara a la cual se amoldan sus facciones. Tenía que matar al elefante. Me había comprometido a hacerlo cuando mandé al ordenanza en busca del rifle. Un *sahib* tiene que actuar como un *sahib*, como si tuviera total resolución, como si no le cupiera duda, como si todo lo viese clarísimo. Haber ido hasta allí rifle en mano, con dos mil personas pegadas a mis talones, y ceder entonces a la flaqueza de marcharme sin hacer nada, era sencillamente imposible. El gentío se reiría de mí a la cara. Y toda mi vida, como la de cualquier hombre blanco en Oriente, no era sino una dilatada pugna para que no

se rieran de mí.

Sin embargo, yo no quería matar al elefante. Lo miraba golpear los manojos de hierba contra las rodillas, con ese aire de abuela preocupada que tienen a menudo los elefantes. Me parecía que disparar contra él sería un asesinato. En aquella época no tenía yo escrúpulos a la hora de matar animales, pero es que nunca había matado a un elefante y nunca había deseado hacerlo. (No sé por qué, pero siempre parece peor matar a un animal de gran tamaño). Además, había que tener en cuenta al dueño del animal. Vivo, el elefante valía al menos cien libras; muerto, tan sólo lo que valieran sus colmillos, cinco libras a lo sumo. Y tenía que actuar con celeridad. Me volví hacia algunos birmanos con aire de expertos que ya estaban allí cuando llegamos y les pregunté por el comportamiento del elefante. Todos dijeron lo mismo: el animal no se fijaba en nadie si se le dejaba en paz, pero podría cargar contra quien se acercase demasiado.

Me quedó perfectamente claro qué tenía que hacer. Tenía que acercarme caminando despacio, hasta estar a unos veinte o veinticinco metros del elefante, y poner a prueba su conducta. Si atacaba, podía disparar; si no me hacía caso, podía dejarlo allí hasta que volviera el *mahout*. Pero también sabía que no iba a hacer algo así. No tenía yo muy buena puntería con un rifle y el terreno era de barro reblandecido, en el que uno se hundía a cada paso. Si el elefante arremetía y yo no acertaba al primer disparo, tendría tantas posibilidades de sobrevivir como un sapo al paso de una locomotora. Pero es que ni siquiera entonces estaba yo pensando en mi pellejo, sino sólo en las atentas caras amarillas que me miraban desde detrás. En ese instante, con el gentío observándome, no tuve miedo en el sentido corriente, o no al menos tal como habría sido en el caso de estar solo. Un hombre blanco no debe dar muestras de temor en presencia de los «nativos», de modo que, por lo general, no siente miedo. Mi único pensamiento era que, si algo se torcía, aquellos dos mil birmanos serían testigos de cómo era perseguido, atrapado, pisoteado y reducido a la condición de un cadáver con la mueca torcida, igual que el indio de la colina. Y si tal cosa sucedía, era muy probable que más de uno se echara a reír. Y eso sí que no. Sólo me quedaba, por tanto, una alternativa. Introduje los cartuchos en el cargador y me tumbé en el camino de grava para apuntar con mayor firmeza.

La multitud se quedó muy quieta, y un suspiro hondo, feliz, como el de los espectadores que por fin ven levantarse el telón en el teatro, brotó muy quedo de innumerables bocas. A fin de cuentas, iban a tener el disfrute que se habían prometido. El rifle era un bello armatoste de fabricación alemana, con mirilla de visor cruzado. No sabía yo entonces que para matar a un elefante hay que trazar una línea imaginaria que le atraviese la cabeza de oreja a oreja. Así pues, como el elefante estaba de costado, debí de apuntar intuitivamente al oído. En realidad apunté unos centímetros más adelante, creyendo que el cerebro estaría algo más adelantado.

Cuando apreté el gatillo, no oí el restallar de la bala ni sentí el retroceso del arma —es algo que nunca se percibe cuando se da en el blanco—, pero lo que sí me llegó a

los oídos fue el diabólico rugido de la muchedumbre alborozada. En ese instante, en un lapso brevísimo, tanto que cualquiera habría pensado que había transcurrido demasiado poco tiempo para que la bala hubiera llegado a donde iba destinada, al elefante le había sobrevenido un cambio misterioso, espantoso. No se movió ni cayó al suelo, pero cada una de las líneas de su cuerpo se había alterado. Parecía de súbito golpeado, encogido, inmensamente avejentado, como si el terrible impacto de la bala lo hubiera paralizado sin abatirlo. Por fin, al cabo de lo que pareció un buen rato —yo diría que unos cinco segundos—, se hincó débilmente de rodillas. Se le abrió la boca babeante. Una senilidad enorme parecía haberse adueñado de él. Cualquiera habría dicho que pasaba de los mil años de edad. Volví a abrir fuego sobre el mismo blanco. Con el segundo disparo no se desmoronó, sino que logró levantarse con una lentitud desesperante y aguantó débilmente en pie, aunque con las patas combadas y la cabeza gacha. Disparé por tercera vez. Ese fue el tiro que acabó con él. Se pudo ver a las claras la agonía que le produjo, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera y arrancándole de cuajo la fuerza que pudiera quedarle en las piernas. Al derrumbarse, aún pareció levantarse un momento, pues, aun cuando las patas traseras se hundieron bajo su peso, pareció descollar como una roca inmensa que cayera rodando, la trompa erguida hacia el cielo igual que un árbol. Barritó por primera y única vez. Y quedó abatido, el vientre vuelto hacia mí, con un estrépito que pareció estremecer incluso el suelo donde estaba yo tendido.

Me levanté. Los birmanos ya habían echado a correr a través del arrozal embarrado. Era evidente que el elefante no volvería a levantarse, pero no estaba muerto. Respiraba rítmicamente con jadeos largos, entrecortados, su flanco alzándose y cayendo de un modo doloroso. Tenía la boca abierta de par en par, y acerté a ver las remotas cavernas que se abrían en la garganta rosa pálido. Aguardé largo rato a que muriese, pero su respiración no se debilitaba. Por fin, descargué los dos cartuchos que me quedaban donde pensé que debía de tener el corazón. La sangre espesa manó a borbotones, como un manto de terciopelo rojo, pero aún seguía con vida. Ni siquiera le retembló un espasmo en el cuerpo cuando lo alcanzaron los dos últimos cartuchos, y la torturada respiración siguió sin pausa. Se estaba muriendo muy despacio, con una terrible agonía, aunque en un mundo muy lejano, donde ni siquiera una bala habría podido causarle más daño. Creí que había llegado el momento de poner fin a aquel ruido terrible. Parecía muy cruel ver al gran animal allí tendido, incapaz de morir e incapaz de moverse, y no ser capaz siquiera de ahorrarle el sufrimiento. Mandé a alguien a por mi rifle de pequeño calibre y descargué un disparo tras otro en el corazón y en el cuello. No parecía que causaran la menor impresión en él. Los jadeos torturados siguieron con la misma firmeza con que suena el tictac de un reloj.

Al final, no pude resistir más y me fui. Más adelante supe que había tardado otra media hora en morir. Los birmanos acudían con cestos de mimbre y con cuchillos antes ya de que me fuera. Me dijeron que habían descuartizado el cuerpo hasta dejarlo casi en los huesos mediada la tarde.

Después, cómo no, hubo interminables conversaciones sobre la muerte a tiros del elefante. El dueño estaba furioso, pero sólo era un indio y no pudo hacer nada. Además, desde el punto de vista legal yo había hecho lo correcto, pues un elefante que se ha vuelto loco tiene que morir, como un perro rabioso, si su dueño no logra controlarlo. Entre los europeos hubo división de opiniones. Los de mayor edad dijeron que había obrado bien, y los jóvenes afirmaron que era una pena acabar con la vida de un elefante que ha matado a un culi, porque un elefante valía mucho más que cualquier maldito culi de Coringhee. Después me alegré mucho de que el culi hubiera fallecido, porque legalmente me daba la razón, me otorgaba un pretexto suficiente para matar al elefante. A menudo me pregunté si alguno de ellos llegó a darse cuenta de que lo hice tan sólo para no quedar como un idiota.

RECUERDOS DE UN LIBRERO

Fortnightly, noviembre de 1936

Cuando trabajaba en una librería de lance —tan fácil de imaginar, cuando no trabaja uno en una de ellas, como si fuera una suerte de paraíso donde unos caballeros encantadores hojean eternamente volúmenes en folio encuadernados en piel—, lo que más me llamaba la atención era la escasez de clientes realmente librescos. La librería contaba con unos fondos de un interés excepcional, si bien dudo mucho que ni siquiera el 10 por ciento de nuestros clientes supieran distinguir un buen libro de uno malo. Los esnobs aficionados a las primeras ediciones eran mucho más corrientes que los amantes de la literatura, aunque más corrientes aún eran los estudiantes de origen oriental que regateaban por libros de texto baratos de por sí, y también algunas mujeres de mentalidad más bien difusa, que andaban en busca de un regalo de cumpleaños para sus sobrinos. Estas eran, de largo, las más corrientes de todas.

Muchas de las personas que venían a vernos eran de esas que serían una molestia en cualquier parte, si bien gozan de una oportunidad especial para serlo en una librería. Por ejemplo, la anciana adorable que «busca un libro para un inválido» (petición de lo más corriente) y la otra anciana adorable que leyó un libro maravilloso en 1897 y se pregunta de repente si podrá uno localizarle un ejemplar. Por desgracia, eso sí, no recuerda ni el título, ni el nombre del autor, ni de qué trataba el libro, aunque sabe a ciencia cierta que tenía una cubierta de color rojo. Al margen de estas dos, hay otras dos clases muy conocidas de incordio que asedian toda librería de segunda mano. Una es la persona más bien decrépita, que huele a miga de pan revenida y que acude a diario, e incluso varias veces al día, y que trata de colocarle al librero ejemplares que no valen un comino. La otra es la persona que encarga enormes cantidades de libros que no tiene ni la más remota intención de pagar. En aquella librería no se vendía nada a crédito, aunque sí reservábamos libros, e incluso los encargábamos si era preciso, para personas que habían dicho que pasarían más adelante a recogerlos. Apenas la mitad de las personas que nos encargaban libros volvían alguna vez a la librería. Era algo que al principio me desconcertaba. ¿Por qué lo hacían? Se presentaban allí y encargaban algún libro difícil de encontrar, caro, nos obligaban a prometer una y mil veces que se lo reservaríamos, y acto seguido se desvanecían para nunca más volver. Muchos de ellos, por descontado, eran paranoicos inconfundibles. Hablaban de un modo grandilocuente casi siempre sobre sí mismos, y contaban ingeniosas anécdotas para explicar cómo era posible que hubieran salido a la calle sin dinero en el bolsillo; estoy convencido de que en muchos casos ellos mismos se creían a pie juntillas su versión. En una ciudad como

Londres, siempre hay abundantes lunáticos no del todo merecedores de que se los interne en un manicomio, que tienden a gravitar hacia las librerías, porque una librería es uno de los pocos lugares donde se puede pasar un buen rato sin gastar un penique. Al final, uno termina por reconocer a estos individuos casi a primera vista. Y es que, a pesar de su grandilocuencia, tienen algo apolillado e insensato en su persona. Es muy frecuente que, cuando tratamos con un paranoico evidente, dejemos a un lado los libros que haya pedido y los coloquemos de nuevo en los anaqueles en el mismo instante en que se marcha. Me di cuenta de que ni uno solo de todos ellos intentó jamás llevarse libros sin pagarlos. Les bastaba con encargarlos; eso les producía, imagino, la ilusión de que estaban gastando dinero de verdad.

Al igual que casi todas las librerías de lance, nos dedicábamos a algunas actividades suplementarias. Por ejemplo, vendíamos máquinas de escribir de segunda mano, y también sellos, sellos usados, quiero decir. Los filatélicos son gente extraña, callada como los peces. Son de todas las edades, pero solo del género masculino; las mujeres, a lo que se ve, no han logrado captar el peculiar encanto que tiene el engomar unos pedacitos de papel coloreado para pegarlos en un álbum. También vendíamos a seis peniques unos horóscopos compilados, por lo visto, por alguien que, al parecer, había predicho el terremoto de Japón. Venían en sobres sellados. Yo nunca abrí uno, pero, a menudo, los que los compraban volvían a la librería a decirnos qué «certeros» eran los horóscopos en cuestión. (A buen seguro, cualquier horóscopo parece «certero» si a uno le dice que es sumamente atractivo para el sexo opuesto y si hace hincapié en que su peor defecto es la generosidad). Hacíamos un buen negocio con los libros para niños, sobre todo con los «saldos». Los libros modernos para niños son algo bastante horrible, en especial cuando uno los ve en masa. Yo personalmente preferiría darle a un niño un ejemplar de Petronio antes que *Peter Pan*, pero es que hasta el propio Barrie parece viril e íntegro comparado con alguno de sus imitadores posteriores. Por Navidad pasábamos diez días febriles, de lucha incesante con las tarjetas de felicitación y los calendarios, que son fatigosos de vender, aunque siempre salen a cuenta mientras dura la temporada. En aquel entonces, presenciar el cinismo brutal con que se explota el sentimiento cristiano me resultaba interesante. Los representantes de las imprentas que hacían tarjetas navideñas venían con sus catálogos nada menos que en junio. Hay una frase de sus facturas que se me ha quedado grabada en la memoria. Decía así: «Niño Jesús con conejitos, dos docenas».

Ahora bien, nuestra principal actividad suplementaria era una biblioteca de préstamo, la habitual biblioteca de «dos peniques, sin depósito previo», compuesta por quinientos volúmenes, seiscientos a lo sumo. ¡Cómo debían de gustar aquellas bibliotecas a los ladrones de libros! Tomar prestado un libro en una librería por sólo dos peniques, quitarle la etiqueta y venderlo en otra por un chelín debe de ser el delito más fácil de cometer que existe. No obstante, los libreros por lo común descubren que sale a cuenta dejar que les roben un determinado número de libros (nosotros

perdíamos una docena al mes) en vez de espantar a los clientes pidiéndoles una cantidad en depósito.

Nuestra librería se encontraba exactamente en la frontera entre Hampstead y Camden Town. La frecuentaban toda clase de personas, desde aristócratas hasta revisores de autobús. Es probable que los suscriptores de nuestra biblioteca fueran una muestra representativa del público lector londinense. Por eso mismo vale la pena reseñar que, de todos los autores de nuestra biblioteca, el más solicitado era… ¿quién? ¿Priestley? ¿Hemingway? ¿Walpole? ¿Wodehouse? No: Ethel M. Dell, seguido de Warwick Deeping y diría que con Jeffrey Farnol en tercer lugar. Las novelas de Dell, huelga decirlo, las leen solamente las mujeres, mujeres de toda edad y condición, y no solo, como cabría suponer, las solteronas melancólicas y las obesas mujeres de los estanqueros. No es verdad que los hombres no lean novelas, pero sí es cierto que hay regiones enteras de la ficción que tienden a evitar. En términos generales, lo que cabría considerar la novela al uso —la novela corriente, la buena novela mala, una novela al estilo de Galsworthy, sólo que aguado, es decir, la norma de la novela inglesa— parece existir sólo para mujeres. Los hombres leen, o bien novelas que se pueden respetar, o bien las novelas detectivescas. Pero su consumo de novelas detectivescas es asombroso. Que yo sepa, en un año, uno de nuestros suscriptores leyó cuatro o cinco novelas detectivescas cada semana, además de otras que tomaba en préstamo de otra biblioteca. Lo que más me sorprendía es que nunca leía dos veces el mismo libro. Al parecer, almacenaba para siempre en la memoria el pavoroso cargamento, el torrente de basura (llegué a calcular que las páginas que leía en un año cubrirían una superficie de cerca de media hectárea). No reparaba en los títulos ni en los nombres de los autores, aunque sabía decir, sólo al primer vistazo, si «ya había leído» el libro en cuestión.

En una biblioteca de préstamo se ven los verdaderos gustos de las personas, no los fingidos, y una de las cosas que asombra es lo completamente de capa caída que están los novelistas ingleses «clásicos». No tiene sencillamente el menor sentido incluir a Dickens, Thackeray, Jane Austen, Trollope, etcétera, en la biblioteca habitual de préstamo; nadie se los lleva a casa. Sólo con ver una novela decimonónica, la gente suspira, dice: «¡Qué antigualla!» y pasa de largo. En cambio, es relativamente fácil seguir vendiendo bien a Dickens, como lo es vender a Shakespeare. Dickens es uno de esos autores a los que la gente siempre «se propone» leer y, al igual que la Biblia, se lo lee mucho en ejemplares de segunda mano. Todo el mundo sabe de oídas que Bill Sikes era un ladronzuelo y que Micawber era calvo, tal como saben de oídas que a Moisés lo encontraron en el río en una cesta de mimbre y que le vio «el trasero» al Señor. Otra cosa muy notable es la creciente impopularidad de los libros estadounidenses. Y otra más —con esto, los editores se suben por las paredes cada dos o tres años— es la impopularidad del relato breve. El tipo de persona que le pide al librero que le escoja un libro casi siempre empieza diciendo: «Cualquier cosa menos relatos breves». O incluso afirman: «No quiero historias

cortas», como decía un alemán que era cliente nuestro. Si se les pregunta por qué, a veces aducen que es demasiado cansino acostumbrarse a los personajes con cada nuevo relato; prefieren «entrar» en una novela que ya no les exija pensar una vez leído el primer capítulo. Sin embargo, creo que son los escritores quienes tienen más culpa en esto que los lectores. La mayoría de los relatos breves modernos, tanto ingleses como estadounidenses, son absolutamente inertes, carentes de vida, en mayor medida que las novelas. Los relatos breves que cuentan algo tienen aún popularidad de sobra, como es el caso de D. H. Lawrence, cuyos relatos son tan populares como sus novelas.

¿Me gustaría ejercer el oficio de librero? En conjunto, a pesar de la amabilidad de mi jefe y de algunos días felices que pasé en la librería, debo decir que no.

Con una buena posición en el mercado y un capital idóneo, cualquier persona culta podrá ganarse la vida con modestia y seguridad montando una librería. A menos que uno se dedique a los libros «raros», no es un oficio difícil de aprender, y se empieza con una gran ventaja si se sabe algo sobre las interioridades de los libros. (No es el caso de la mayoría de los libreros. Uno se hace una idea de por dónde van los tiros si echa un vistazo a las revistas del gremio, en las que anuncian sus objetos de deseo. Si no vemos un anuncio en busca de un ejemplar de *Decadencia y caída*, de Boswell, es casi seguro que habremos de encontrar uno que anuncie el deseo de conseguir un ejemplar de *El molino junto al Floss*, de T. S. Eliot). Además, se trata de un oficio muy humano, que no se presta a una vulgarización más allá de un punto determinado. Los grandes grupos no podrán asfixiar al pequeño librero independiente hasta arrebatarle la existencia, tal como han hecho ya con el tendero de ultramarinos y el lechero. Ahora bien, la jornada laboral es larga, muy larga —yo sólo fui empleado a tiempo parcial, pero mi jefe dedicaba setenta horas a la semana a trabajar en la librería, sin contar las constantes expediciones, fuera del horario comercial, para comprar lotes de libros—, y se lleva una vida nada sana. Por norma, una librería es horriblemente fría en invierno, porque si hace un cierto calor las ventanas se empañan, y un librero depende de sus ventanas y escaparates. Además, los libros desprenden más polvo, y más desagradable, que cualquier otra clase de objeto inventado hasta la fecha, y la parte superior de un libro es el lugar donde prefiere morir todo moscardón que se precie.

Sin embargo, la verdadera razón de que no me guste el oficio de librero, al menos de por vida, es que mientras me dediqué a él perdí todo mi amor por los libros. Un librero tiene que mentir como un bellaco cuando habla de libros, lo cual le produce un evidente desagrado. Aún peor es el hecho de estar constantemente quitándoles el polvo y moviéndolos de acá para allá. Hubo una época en la que realmente amé los libros; amaba verlos, olerlos, tocarlos, en especial si se trataba de libros con cincuenta años de antigüedad, o incluso más. Nada me agradaba tanto como comprar un lote entero por un chelín en una subasta rural. Tienen un sabor peculiar los libros baqueteados e inesperados que uno se encuentra en ese tipo de colecciones: poetas

menores del siglo XVIII, gacetilleros pasados de moda, volúmenes sueltos de novelas olvidadas, números encuadernados de revistas femeninas, por ejemplo de la década de 1860… Para leer como si tal cosa —por ejemplo, en el baño, o entrada la noche, cuando uno está demasiado fatigado para irse a la cama, o en ese cuarto de hora antes de almorzar—, no hay nada como hojear un número atrasado del *Girl's Own Paper*. Sin embargo, en cuanto comencé a trabajar en la librería dejé de comprar libros. Vistos en masa, cinco mil, diez mil de golpe, los libros se me antojaban aburridos e incluso nauseabundos. Hoy en día hago alguna que otra adquisición ocasional, aunque sólo si se trata de un libro que deseo leer y que no puedo pedir prestado. Nunca compro morralla. El olor dulzón del papel deteriorado ha dejado de resultarme atractivo. Lo relaciono muy estrechamente con los clientes paranoicos y los moscardones muertos.

EN DEFENSA DE LA NOVELA

New English Weekly, 12 y 19 de noviembre de 1936

A estas alturas, apenas será necesario señalar que el prestigio de la novela está completamente por los suelos, a tal extremo que la observación de que «nunca leo novelas», que hace una docena de años se pronunciaba por lo común con un deje de disculpa, ahora se proclama siempre con un tono de suficiencia manifiesta. Es cierto que todavía quedan en activo unos cuantos novelistas contemporáneos, o más o menos contemporáneos, a los que la intelectualidad considera permisible leer, pero lo que cuenta es que de la buena novela mala al uso suele hacerse caso omiso, mientras que los buenos libros malos al uso, sean de poesía o de crítica, aún se suelen tomar en serio. Esto significa que, si uno escribe novelas, automáticamente dispone de un público menos inteligente que aquel del que dispondría si hubiera elegido otro género. Son dos las razones, bastante obvias por otra parte, por las que esto imposibilita en la actualidad que se escriban novelas buenas. A día de hoy, la novela se deteriora a ojos vista, y se deterioraría mucho más deprisa si la mayoría de los novelistas tuvieran una cierta idea de quiénes leen sus libros. Es fácil sostener, cómo no (véase, por ejemplo, el extrañísimo y rencoroso ensayo de Belloc), que la novela es un género artístico despreciable y que su destino no tiene la menor importancia. Dudo que valga la pena poner siquiera en tela de juicio esa opinión. Sea como fuere, doy por sentado que vale la pena con creces salvar la novela, y que con la finalidad de salvarla es preciso convencer a las personas inteligentes de que se la tomen con la debida seriedad. Es por consiguiente útil analizar una de las múltiples causas —a mi juicio, la causa principal— de este desprestigio que vive hoy la novela.

El problema está en que a la novela se la condena a gritos a no existir. Pregúntesele a cualquier persona con dos dedos de frente por qué «nunca lee novelas», y por lo común se descubrirá que, en el fondo, se debe a las nauseabundas paparruchas promocionales que se escriben en las cubiertas y contracubiertas. No hace falta poner demasiados ejemplos; basta tomar una muestra del *Sunday Times* de la semana pasada: «Si usted es capaz de leer este libro sin dar alaridos de placer, es que su alma está muerta». Eso mismo, o algo muy parecido, es lo que ahora se escribe acerca de todas y cada una de las novelas que se publican, como bien se puede comprobar mediante un estudio de las citas que llevan en la cubierta o en la contracubierta. Para todo el que se tome en serio lo que dice el *Sunday Times*, la vida debe de ser una larguísima y muy dura lucha para estar al día. Nos bombardean con

novelas nuevas a razón de unas quince al día, y cada una de ellas es una inolvidable obra maestra; perdérnosla es poner en peligro nuestra alma. Así pues, decidirse por un libro en la biblioteca se vuelve muy difícil, y uno se sentirá muy culpable si no le provoca alaridos de placer. En realidad, a nadie que se precie se le engaña con este tipo de bobadas, y el desprestigio en que ha caído la reseña de novelas se extiende a las novelas mismas. Cuando todas las novelas que se publican son presentadas como obras geniales, es más que natural dar por sentado que todas ellas son paparruchas. En el seno de la intelectualidad literaria, esta suposición se da por sentada. Reconocer que a uno le gustan las novelas es hoy en día casi lo mismo que admitir que a uno le encanta el helado de coco o que prefiere leer a Rupert Brooke antes que a Gerald Manley Hopkins.

Todo esto es obvio. No me lo parece tanto, en cambio, el modo en que se ha llegado a la situación en que nos encontramos. El robo a mano armada que suponen los libros es sencillamente una estafa de lo más cínica. Z escribe un libro que publica Y y que X reseña en el *Semanario W*. Si la reseña es negativa, Y retirará el anuncio que ha incluido, por lo cual X tiene que calificar la novela de «obra maestra inolvidable» si no quiere que lo despidan. En esencia, esta es la situación, y la reseña de novelas, o la crítica de novelas, si se quiere, se ha hundido a la profundidad a la que hoy se encuentra sobre todo porque los críticos sin excepción tienen a un editor o a varios apretándoles las tuercas por persona interpuesta. Ahora bien, la cosa no es tan tosca como parece. Las diversas partes implicadas en la estafa no actúan conscientemente al unísono, y se han visto obligadas a participar de la situación actual en parte en contra de su voluntad.

Para empezar, no se debe dar por hecho, como se hace a menudo (véanse, por ejemplo, las columnas de Beachcomber, *passim*), que el novelista disfrute e incluso sea en cierto modo responsable de las críticas que reciben sus novelas. A nadie le gusta que le digan que ha escrito un relato de pasión palpitante que está llamado a perdurar mientras exista la lengua inglesa, aun cuando ciertamente sea una decepción que no se lo digan, ya que a todos los novelistas se les dice lo mismo, y verse privado de tales alabanzas posiblemente signifique que sus libros no se vendan nada bien. El reseñador que trabaja a destajo es de hecho una suerte de necesidad comercial, como lo es la cita incluida en la sobrecubierta del libro, de la cual termina por ser una mera prolongación. Pero ni siquiera el desdichado destajista de las reseñas ha de cargar con culpa alguna por las tonterías que escribe. En sus circunstancias particulares, es imposible que escriba ninguna otra cosa. Y es que, aun cuando no mediara la cuestión del soborno, directo o indirecto, sería imposible que hubiera buena crítica de novelas, al menos mientras se dé por sentado que toda novela bien merece una reseña.

Un periódico recibe la consabida pila semanal de libros, de los que remite una docena a X, el reseñador a destajo, que tiene esposa e hijos y tiene que ganarse esa guinea, por no hablar de la media corona por volumen que conseguirá vendiéndole a un librero de segunda mano sus ejemplares de cortesía. Hay dos razones por las

cuales a X le resulta totalmente imposible decir la verdad acerca del libro que recibe. Para empezar, lo más probable es que once de cada doce libros no consigan prender en él ni la más mínima chispa de interés. No serán más que consabidamente malos, meramente neutros, inertes, sin demasiado sentido. Si no se le pagase por hacerlo, jamás leería ni un solo párrafo de esos libros, y prácticamente en todos los casos la única reseña verdadera y fiel a la realidad que podría escribir sería más bien esta: «Este libro no me inspira pensamientos de ninguna clase». ¿Le pagaría alguien por escribir una cosa así? Obviamente, no. De entrada, por tanto, X se encuentra en la falsa posición de tener que escribir, digamos, trescientas palabras acerca de un libro que para él no ha significado nada. Por lo común, lo hace mediante un breve resumen de la trama (lo cual, a la sazón, le delata ante el autor; pone de manifiesto que no ha leído el libro) y unos cuantos halagos de cortesía, que a pesar de su empalago o exageración tienen el mismo valor que la sonrisa de una prostituta.

Pero hay un mal mucho peor que este. De X se espera no sólo que diga de qué trata un libro, sino también que dé su opinión y dictamine si es bueno o malo. Dado que X puede sostener una pluma con la mano, probablemente no es tonto, o no tanto como para imaginar que *La ninfa constante* de Margaret Kennedy es la tragedia más sensacional que jamás se haya escrito. Muy probablemente, su novelista preferido, si es que las novelas le importan, sea Stendhal, o Dickens, o Jane Austen o D. H. Lawrence, o Dostoievski, o, en cualquier caso, alguien inconmensurablemente mejor que cualquiera de los novelistas contemporáneos del montón. Tiene que empezar, en primer lugar, por rebajar de un modo abismal sus propios criterios. Como ya he señalado en otra parte, aplicar un criterio decente a las novelas corrientes, del montón, es como ponerse a pesar una mosca en una báscula de muelles preparada para pesar elefantes. En semejante báscula, sencillamente no se registra el peso de las moscas; hay que empezar por construir otra báscula que sirva para poner de relieve que existen moscas grandes y moscas pequeñas. Y esto es aproximadamente lo que hace X. De nada sirve decir monótonamente, un libro tras otro, «este libro es una paparrucha», porque, una vez más, nadie pagará nada por una cosa así. X tiene que descubrir algo que no sea una paparrucha, y tiene que descubrirlo con una frecuencia relativamente alta o, de lo contrario, arriesgarse al despido. Esto significa rebajar sus criterios a un nivel en el que, digamos, *El vuelo de un águila*, de Ethel M. Dell, pase por ser un libro bastante bueno. Pero en una escala de valores en la que *El vuelo de un águila* pasa por ser un libro bastante bueno, *La ninfa constante* será un libro soberbio y *El propietario* de John Galsworthy… ¿qué será? Un relato de pasión palpitante, una obra maestra sensacional, capaz de estremecer el alma misma del lector, una épica inolvidable, llamada a perdurar mientras exista la lengua inglesa, etcétera. (En cuanto a cualquier libro verdaderamente bueno, haría reventar el termómetro). Tras comenzar por la suposición de que todas las novelas son buenas, el reseñador se ve impelido a seguir subiendo por una escalera de adjetivos a la que se le acaban pronto los peldaños. Y *sic itur ad* Gould.[*] Se ve a un reseñador tras otro,

todos por el mismo camino. En menos de dos años desde que empezó, con intenciones en cualquier caso moderadas, proclama entre chillidos histéricos que *Crimson Night* («Noche carmesí»), de Barbara Bedworthy,[*] es la obra maestra más sensacional, incisiva, conmovedora e inolvidable de cuantas han sido en el mundo terrenal, etcétera, etcétera, etcétera. No hay salida de semejante laberinto cuando uno ha cometido el pecado inicial de fingir que un libro malo es bueno. Pero tampoco es posible ganarse la vida reseñando novelas sin cometer ese pecado. Entretanto, cualquier lector inteligente se da la vuelta y se larga asqueado, y despreciar las novelas pasa a ser una suerte de deber irrenunciable entre los entendidos. De ahí ese extraño hecho de que sea posible que una novela de verdadero mérito pase sin pena ni gloria, sólo porque haya sido alabada en los mismos términos que cualquier paparrucha.

Son diversas las personas que han sugerido que sería mejor para todos si no se hicieran reseñas de novelas. De ninguna clase. Es posible, pero la sugerencia es inservible, puesto que eso es algo que no va a suceder. Ningún periódico que dependa en mayor o menor grado de los anuncios de los editores puede permitirse el lujo de prescindir de las reseñas, y aunque los editores más inteligentes probablemente se hayan percatado de que no estarían mucho peor si la redacción de textos promocionales para cubiertas y contracubiertas estuviera abolida por ley, no pueden ponerle fin por la misma razón por la que no es posible un desarme completo de las naciones: porque nadie quiere ser el primero en empezar tal proceso. Así pues, durante mucho tiempo seguirán haciéndose y publicándose textos promocionales y reseñas muy similares, y seguirán yendo a peor; el único remedio consiste en ingeniar algún modo de que no se les preste atención y no se les tenga el menor respeto. Pero esto sólo podría suceder si en alguna parte se realizara una crítica decente de novelas que sirviera como punto de comparación para todas las reseñas de medio pelo. Dicho de otro modo, existe la necesidad de un periódico (uno solo sería suficiente para empezar) que se especialice en la crítica de novelas, pero que se niegue a publicar paparruchas de ninguna clase, es decir, un periódico en el que los críticos, o reseñadores, lo sean de verdad, en vez de ser meros muñecos de ventrílocuo que baten la mandíbula cuando el editor tira de los hilos correspondientes.

Se podría aducir que esos periódicos ya existen. Hay unas cuantas revistas cultas, por ejemplo, en las que la crítica de novelas, o lo que de ella se publique, es inteligente y no se pliega a sobornos. Así es, pero lo que cuenta es que las publicaciones de esa índole no se especializan en la crítica de novelas, y desde luego no intentan siquiera mantenerse al corriente de la actual producción de obras de ficción. Pertenecen al mundo de la alta cultura, el mundo en el que ya se da por sentado que las novelas, en cuanto tales, son despreciables. Pero la novela es una forma artística popular, y de nada sirve abordarla con los presupuestos del *Criterion* o del *Scrutiny*, según los cuales la literatura es un juego de puro amiguismo y compadreo (con guante de terciopelo o con garras afiladas, según sea el caso) entre

camarillas cultas diversas. El novelista es ante todo un narrador, y un hombre puede ser un muy buen narrador (véanse, por ejemplo, Trollope, Charles Reade, Somerset Maugham) sin ser estrictamente un «intelectual». Se publican cada año cinco mil nuevas novelas, y Ralph Straussnos implora que las leamos todas, o lo haría desde luego si tuviera que reseñarlas todas. El *Criterion* quizá se digna tener en cuenta una docena. Pero entre una docena y cinco mil puede haber cien o doscientas, o tal vez quinientas, que a distintos niveles posean un mérito genuino, y es en ellas en las que cualquier crítico al que le importe la novela debería concentrarse.

Ahora bien, la primera necesidad es un método de gradación. Hay un sinfín de novelas que jamás tendrían siquiera que mencionarse; imagínense, por ejemplo, los efectos perniciosísimos que sobre la crítica tendría el reseñar solemnemente cada novela por entregas que se publica en *Peg's Paper*. Pero es que incluso las que vale la pena mencionar pertenecen a categorías muy distintas. *Raffles* es un buen libro, y también lo son *La isla del doctor Moreau*, *La cartuja de Parma* y *Macbeth*, pero son «buenos» a niveles muy distintos. Del mismo modo, *Si llega el invierno*, *El bienamado*, *Un socialista asocial* y *Sir Lancelot Greaves* son libros malos, pero a niveles distintos de «maldad». Esta es la realidad que el destajista de la reseña se ha especializado en difuminar del todo. Tendría que ser viable idear un sistema, tal vez un sistema muy rígido, que clasificase las novelas por clases A, B, C, etcétera, de modo que si un reseñador alaba o desdeña una novela, uno al menos sepa en qué medida pretende que se le tome en serio.

En cuanto a los reseñadores, tendrían que ser personas a las que de veras les importase el arte de la novela (y eso probablemente signifique no que sean de la alta cultura, ni de la baja cultura, ni de la cultura media, sino de cultura elástica), personas interesadas en la técnica narrativa y aún más interesadas en descubrir de qué trata un libro. Son muy numerosas las personas de tales características; algunos de los peores reseñadores, aunque ahora no tengan remedio, empezaron siendo así, como bien se ve echando un vistazo a sus primeros trabajos. Por cierto, sería bueno que los aficionados hicieran más reseñas de novelas. Un hombre que no es un escritor hecho y derecho, sino que simplemente ha leído un libro que le ha impresionado hondamente, tiene más posibilidades de contarnos de qué trata que un profesional competente, pero sumamente aburrido. Por eso las reseñas estadounidenses, a pesar de sus estupideces, son mejores que las inglesas; son más de aficionados, es decir, más serias.

Creo que, del modo en que he indicado, el prestigio de la novela podría recuperarse. La mayor de las necesidades sigue siendo la de un periódico o una revista que se mantenga al tanto de la ficción actual y que, sin embargo, se niegue a rebajar sus criterios. Tendría que ser un periódico poco conocido, pues los editores no se anunciarían en él; por otra parte, cuando hubieran descubierto que en un medio como ese hay elogios que lo son de verdad, estarían más que dispuestos a citarlo en sus textos promocionales. Aun cuando fuera un periódico muy poco conocido,

probablemente provocaría una mejora del nivel general de las reseñas, pues las paparruchas de los dominicales sólo se siguen publicando porque no hay con qué contrastarlas. Pero, aun si los reseñadores siguieran exactamente igual que hasta ahora, no importaría tanto, al menos mientras también existiera una manera decente de reseñar y de recordarles a unas cuantas personas que los cerebros más serios todavía pueden ocuparse de la novela. Así como el Señor prometió que no destruiría Sodoma si se pudiera encontrar en la ciudad a diez hombres de probada rectitud, la novela no será completamente despreciada mientras se sepa que en algún lugar hay aunque sea un puñado de reseñadores que se han quitado el pelo de la dehesa.

En la actualidad, si a uno le importan las novelas, y todavía más si se dedica a escribirlas, el panorama es sumamente deprimente. La palabra «novela» suscita los términos «genialidad», «contracubierta» y «Ralph Straus» de un modo tan automático como «pollo» suscita «asado». Las personas inteligentes rehúyen las novelas de un modo casi instintivo; de resultas de ello, los novelistas consagrados se vienen abajo, y los principiantes que «tienen algo que decir» se pasan de manera preferente a cualquier otro género. La degradación subsiguiente es obvia. Véanse, por ejemplo, las noveluchas de cuatro peniques que se ven apiladas en el mostrador de cualquier papelería de barrio. Esa es la descendencia decadente de la novela, que guarda con *Manon Lescaut* y con *David Copperfield* la misma relación que el perrillo faldero guarda con el lobo. Es harto probable que, antes de que pase mucho tiempo, la novela media no se distinga demasiado de esas noveluchas, aunque sin duda siga publicándose con una encuadernación de a siete y a seis peniques, con grandes fanfarrias por parte de los editores. Varias personas han profetizado que la novela está condenada a desaparecer en el futuro próximo. Yo no creo que llegue a hacerlo, por razones que sería largo detallar pero que son bastante evidentes. Es mucho más probable que, si los mejores cerebros de la literatura no se dejan inducir a regresar a ella, sobreviva de una manera superficial, despreciada, sin esperanza, en una forma degenerada, como lápidas modernas o espectáculos de polichinela.

DESCUBRIENDO EL PASTEL ESPAÑOL

New English Weekly, 29 de julio y 2 de septiembre de 1937

I

Es probable que la guerra española haya producido una cosecha de mentiras más abundante que cualquier otro suceso desde la Gran Guerra de 1914-1918, pero dudo sinceramente, a pesar de todas esas hecatombes de monjas violadas y sacrificadas ante los ojos de los reporteros del *Daily Mail*, que sean los periódicos profascistas los que hayan causado el mayor daño. Son los periódicos de izquierdas, el *News Chronicle* y el *Daily Worker*, con unos métodos de distorsión mucho más sutiles, los que han impedido que el público británico comprenda la verdadera naturaleza de la contienda.

El hecho que estos periódicos han ocultado con tanto esmero es que el gobierno español (incluido el gobierno semiautónomo catalán) le tiene mucho más miedo a la revolución que a los fascistas. Ahora parece ya casi seguro que la guerra terminará con algún tipo de pacto, y existen incluso motivos para dudar que el gobierno, que dejó caer Bilbao sin mover un dedo, quiera salir demasiado victorioso; pero no cabe ninguna duda acerca de la minuciosidad con la que está aplastando a sus propios revolucionarios. Desde hace algún tiempo, un régimen de terror —la supresión forzosa de los partidos políticos, la censura asfixiante de la prensa, el espionaje incesante y los encarcelamientos masivos sin juicio previo— ha ido imponiéndose. Cuando dejé Barcelona a finales de junio, las prisiones estaban atestadas; de hecho, las cárceles corrientes estaban desbordadas desde hacía mucho, y los prisioneros se apiñaban en tiendas vacías y en cualquier otro cuchitril provisional que pudiera encontrarse para ellos. Pero la clave aquí es que los presos que están ahora en las cárceles no son fascistas, sino revolucionarios; que no están ahí porque sus opiniones se sitúen demasiado a la derecha, sino porque se sitúan demasiado a la izquierda. Y los responsables de haberlos recluido ahí son esos terribles revolucionarios ante cuyo mero nombre James Louis Garvin tiembla como un flan: los comunistas.

Mientras tanto, la guerra contra Franco continúa, aunque, con la excepción de esos pobres diablos que están en las trincheras del frente, nadie en el gobierno de España la considera la guerra de verdad. La lucha de verdad es entre la revolución y la contrarrevolución, entre los obreros que tratan en vano de aferrarse a algo de lo que conquistaron en 1936 y el bloque liberal-comunista, que con tanto éxito está logrando arrebatárselo. Es una lástima que en Inglaterra haya todavía tan poca gente al corriente de que el comunismo es ahora una fuerza contrarrevolucionaria, de que los comunistas están aliados en todas partes con el reformismo burgués y usando al completo su poderosa maquinaria para aplastar o desacreditar a cualquier partido que muestre indicios de tendencias revolucionarias. De ahí que resulte grotesco ver como los comunistas son tildados de «rojos» malvados por los intelectuales de la derecha, que están en esencia de acuerdo con ellos. El señor Wyndham Lewis, por ejemplo,

tendría que adorar a los comunistas, al menos durante un tiempo. En España, la alianza liberal-comunista ha resultado victoriosa casi por completo. De todas las conquistas que alcanzaron los obreros españoles en 1936 no queda nada firme, al margen de un puñado de granjas colectivas y una cierta extensión de tierras de las que los campesinos se apoderaron el año pasado; y es de suponer que hasta estos serán sacrificados con el tiempo, cuando ya no haya ninguna necesidad de aplacarlos. Para entender cómo surgió la situación actual, hay que volver la vista hacia los orígenes de la Guerra Civil.

La tentativa de Franco de hacerse con el poder difiere de las de Hitler o Mussolini, por cuanto se trató de una insurrección militar, comparable a una invasión extranjera, y por tanto no contaba con demasiado apoyo popular, si bien desde entonces Franco ha tratado de hacerse con él. Sus principales partidarios, aparte de ciertos sectores de las grandes empresas, eran la aristocracia terrateniente y la Iglesia, enorme y parásita. Evidentemente, un levantamiento de este tipo alinea en su contra fuerzas diversas que no están de acuerdo en ningún otro punto. El campesino y el obrero odian el feudalismo y el clericalismo, pero también los odia el burgués «liberal», que no es contrario en lo más mínimo a una versión algo más moderna del fascismo, al menos siempre y cuando no se lo llame así. El burgués «liberal» es genuinamente liberal hasta el momento en que deja de convenirle según sus intereses. Defiende ese grado de progreso al que apunta la expresión «la carrière ouverte aux talents», pues, claramente, no tiene ninguna oportunidad de desarrollarse en una sociedad feudal donde el obrero y el campesino son demasiado pobres para comprar bienes, donde la industria está lastrada por impuestos enormes con que pagar las sotanas de los obispos, y donde todo puesto lucrativo se le concede de forma sistemática al amigo del catamita del hijo ilegítimo del duque. Así pues, frente a un reaccionario tan flagrante como Franco, se consigue durante un tiempo una situación en que el obrero y el burgués, en realidad enemigos mortales, combaten codo con codo. A esta alianza precaria se la conoce como Frente Popular (o, en la prensa comunista, para otorgarle un atractivo espuriamente democrático, Frente del Pueblo). Es una combinación con más o menos la misma vitalidad, y más o menos el mismo derecho a existir, que un cerdo con dos cabezas o alguna otra de esas monstruosidades del circo de Barnum & Bailey.

Ante cualquier emergencia seria, la contradicción implícita existente en el Frente Popular se hará notar forzosamente, pues, aunque el obrero y el burgués luchan ambos contra el fascismo, no lo hacen con el mismo objetivo: el burgués está luchando por la democracia burguesa, esto es, el capitalismo, y el obrero, en la medida en que comprende el asunto, lo hace por el socialismo. Y en los primeros días de la revolución, los obreros españoles comprendían muy bien el asunto. En las zonas donde el fascismo fue derrotado, no se contentaron con expulsar de las ciudades a los soldados rebeldes, sino que también aprovecharon la oportunidad de apoderarse de las tierras y las fábricas y de sentar a grandes rasgos las bases de un gobierno obrero

por medio de comités locales, milicias obreras, fuerzas policiales y demás. Cometieron el error, sin embargo (posiblemente porque la mayoría de los revolucionarios activos eran anarquistas que desconfiaban de cualquier parlamento), de dejar el control nominal en manos del gobierno republicano. Y, a pesar de los diversos cambios de personal, todos los gobiernos posteriores han tenido prácticamente el mismo carácter reformista burgués. Al principio no pareció importar, porque el gobierno, en particular en Cataluña, apenas tenía poder, y los burgueses debían mantenerse agazapados o incluso (esto seguía sucediendo cuando llegué a España en diciembre) hacerse pasar por obreros. Más tarde, cuando el poder se les escurrió de las manos a los anarquistas y pasó a las de los comunistas y los socialistas de derechas, el gobierno fue capaz de reafirmarse, los burgueses salieron de su escondite y la antigua división social entre ricos y pobres reapareció, sin grandes cambios. De ahí en adelante, todo movimiento, salvo unos pocos, dictados por la emergencia militar, se ha encaminado a deshacer el trabajo de los primeros meses de revolución. De todos los ejemplos que podría escoger, citaré sólo uno: la disolución de las viejas milicias obreras —que estaban organizadas con un sistema genuinamente democrático y en las que los oficiales y los hombres cobraban la misma paga y se mezclaban en pie de igualdad— y su sustitución por el Ejército Popular (de nuevo, en la jerga comunista, el «Ejército del Pueblo»), estructurado en todo lo posible a la manera de un ejército burgués convencional, con una casta privilegiada de oficiales, diferencias inmensas en la paga, etcétera, etcétera. Ni que decir tiene que esto se presenta como una necesidad militar, y casi seguro que contribuye a la eficiencia militar, al menos por un corto período de tiempo. Pero el propósito indudable de este cambio fue asestarle un golpe al igualitarismo. Se ha seguido la misma política en cada departamento, con el resultado de que, tan sólo un año después del estallido de la guerra y la revolución, lo que tenemos aquí es en la práctica un Estado burgués convencional, con el añadido de un régimen del terror con el que preservar el *statu quo*.

Este proceso quizá no habría llegado tan lejos si la lucha se hubiera desarrollado sin injerencias extranjeras. Pero la debilidad militar del gobierno hizo que fuera imposible. Frente a los mercenarios extranjeros de Franco, se vio obligado a recurrir a Rusia en busca de ayuda, y aunque se ha exagerado enormemente la cantidad de armas suministradas por Rusia (en los tres primeros meses que pasé en España sólo vi un arma rusa, una solitaria ametralladora), el simple hecho de su llegada llevó a los comunistas al poder. Para empezar, los aviones y cañones rusos y las buenas cualidades militares de las Brigadas Internacionales (no necesariamente comunistas, pero bajo control comunista) elevaron inmensamente el prestigio comunista. Pero, lo que es más importante, dado que Rusia y México eran los únicos países que suministraban armas de forma pública, los rusos consiguieron no sólo obtener dinero a cambio de su armamento, sino también imponer por la fuerza ciertas condiciones. Por decirlo sin tapujos, las condiciones eran: «Aplastad la revolución o no recibiréis

más armas». La razón que suele esgrimirse para explicar la actitud de los rusos es que, si daba la impresión de estar incitando a la revolución, el pacto franco-soviético (y la esperada alianza con el Reino Unido) correría peligro; es posible también que el espectáculo de una auténtica revolución en España suscitara ecos indeseados en Rusia. Los comunistas, claro está, niegan que el gobierno ruso haya ejercido cualquier presión directa. Pero esto, incluso si fuera cierto, es prácticamente irrelevante, ya que puede considerarse que los partidos comunistas de todos los países están llevando a cabo políticas rusas; y no cabe duda de que el Partido Comunista español, junto con los socialistas de derechas bajo su control y junto con la prensa comunista del mundo entero, ha aplicado toda su inmensa y creciente influencia en el bando de la contrarrevolución.

II

En la primera mitad de este artículo sugería que la auténtica lucha en España, en el bando del gobierno, ha sido entre la revolución y la contrarrevolución; que el gobierno, si bien bastante preocupado por evitar una derrota a manos de Franco, se ha preocupado aún más de revertir los cambios revolucionarios que habían acompañado el estallido de la guerra.

Cualquier comunista rechazaría esta insinuación y la tacharía de errónea o de deliberadamente falsa. Afirmaría que es un disparate decir que el gobierno español esté aplastando la revolución, porque la revolución nunca tuvo lugar, y que nuestra tarea ahora es derrotar al fascismo y defender la democracia. Y es de suma importancia ver en esta conexión el modo en que funciona la propaganda comunista antirrevolucionaria. Es un error pensar que no tiene ninguna relevancia en Inglaterra, donde el Partido Comunista es pequeño y relativamente débil. Veremos bastante rápido la relevancia que tiene si Inglaterra establece una alianza con la URSS; o quizá incluso antes, pues la influencia del Partido Comunista está destinada a incrementarse —lo está haciendo a ojos vista— a medida que cada vez más capitalistas se den cuenta de que el comunismo moderno está jugando a su mismo juego.

En términos generales, la propaganda comunista se sustenta en el terror que infunde en la gente en relación con los horrores (por entero reales) del fascismo. Y transmite, además, la falsa impresión —no a las claras, pero sí implícitamente— de que el fascismo no tiene nada que ver con el capitalismo. El fascismo no es más que una especie de maldad sin sentido, una aberración, un «sadismo de masas», el tipo de cosa que ocurriría si dejásemos de pronto sueltos a todos los maníacos homicidas de un manicomio. Presentando el fascismo de este modo, podemos movilizar a la opinión pública en su contra, al menos por un tiempo, sin provocar un movimiento revolucionario. Podemos enfrentarnos al fascismo con la «democracia» burguesa, es decir, el capitalismo; pero, mientras tanto, tenemos que deshacernos de ese individuo fastidioso que señala que el fascismo y la «democracia» burguesa son harina del mismo costal. Al principio esto lo hacemos llamándolo «iluso visionario». Le decimos que está embrollando el asunto, que está dividiendo a las fuerzas antifascistas, que no es momento de palabrería revolucionaria, que por ahora tenemos que luchar contra el fascismo sin plantear demasiadas preguntas sobre para qué estamos luchando. Tiempo después, si sigue negándose a cerrar la boca, subimos el tono y lo llamamos «traidor». Más exactamente, lo llamamos «trotskista».

¿Y qué es un trotskista? Esta palabra terrible —en estos momentos, en España pueden encarcelarte y dejarte ahí encerrado indefinidamente, sin juicio, si corre el simple rumor de que eres un trotskista— apenas está empezando a circular aquí y allá en Inglaterra. La oiremos más a menudo dentro de un tiempo. El término «trotskista»

(o «trotskista-fascista») se usa por lo general para referirse a un fascista camuflado que se hace pasar por ultrarrevolucionario con el fin de dividir a las fuerzas de izquierdas. Pero extrae su peculiar poder del hecho de que significa tres cosas distintas. Puede referirse a alguien que, como Trotski, desea una revolución mundial; o a un miembro de la propia organización encabezada por Trotski (el único uso legítimo del término); o al fascista camuflado que mencionábamos antes. Los tres significados pueden solaparse el uno sobre el otro a voluntad. El significado número 1 puede o no conllevar el significado número 2, y el significado número 2 conlleva casi invariablemente el significado número 3. Así pues: «A XY se le ha oído hablar favorablemente de la revolución mundial; por lo tanto es trotskista, y por consiguiente fascista». En España, y en cierta medida incluso en Inglaterra, cualquiera que profese el socialismo revolucionario (esto es, que profese los ideales que el Partido Comunista defendía hasta hace pocos años) está bajo sospecha de ser un trotskista a sueldo de Franco o Hitler.

La acusación es muy astuta, porque en cualquier caso determinado, a no ser que uno por casualidad sepa lo contrario, podría ser cierta. Un espía fascista probablemente se haría pasar por revolucionario. En España, antes o después se descubre que cualquiera cuyas opiniones estén a la izquierda de las del Partido Comunista es un trotskista o, como mínimo, un traidor. En los inicios de la guerra, el POUM, un partido comunista opositor que se correspondería más o menos con el Partido Laborista Independiente inglés, estaba aceptado, y contribuyó con un ministro al gobierno catalán; más tarde dicha organización fue expulsada del gobierno, luego se denunció que era trotskista y finalmente fue suprimida, y todos los miembros que cayeron en manos de la policía acabaron en la cárcel.

Hasta hace pocos meses se decía que los anarcosindicalistas «trabajaban lealmente» junto a los comunistas. Entonces fueron expulsados del gobierno y luego pareció que no estaban trabajando tan lealmente; ahora están en proceso de convertirse en traidores. Después de eso les llegará el turno a los socialistas de izquierdas. Largo Caballero, socialista de izquierdas y presidente del Gobierno hasta mayo de 1937, ídolo de la prensa comunista, está ya en las «tinieblas de afuera», tachado de «trotskista» y «enemigo del pueblo». Y así prosigue el juego. El final lógico es un régimen en el que se elimine cualquier partido y periódico opositor, y en el que todo disidente de cierta importancia acabe en la cárcel. Por descontado, un régimen semejante será fascista. No será igual que el fascismo que impondría Franco; será incluso mejor que el fascismo de Franco, hasta el punto de que vale la pena luchar por él, pero será fascismo. Sólo que, al estar dirigido por comunistas y liberales, lo llamarán otra cosa.

Mientras tanto, ¿puede ganarse la guerra? La influencia comunista ha ido en detrimento del caos revolucionario y, por tanto, aparte de la ayuda rusa, ha tendido a aumentar la eficiencia militar. Si los anarquistas salvaron al gobierno entre agosto y octubre de 1936, los comunistas lo han hecho de octubre en adelante. Pero al

organizar la defensa han logrado ahogar el entusiasmo (dentro de España, no fuera). Hicieron posible un ejército militarizado de reclutamiento obligatorio, pero también lo han vuelto necesario. Es significativo que, ya en enero de este año, la incorporación voluntaria a filas prácticamente se haya detenido. Un ejército revolucionario puede ganar algunas veces por medio del entusiasmo, pero un ejército de reclutamiento obligatorio tiene que ganar por medio de las armas, y es poco probable que el gobierno tenga algún día una amplia preponderancia en este aspecto a no ser que Francia intervenga o Alemania e Italia decidan largarse con las colonias españolas y dejar a Franco en la estacada. En definitiva, un punto muerto parece lo más probable.

¿Y tiene el gobierno intenciones serias de ganar? No tiene la intención de perder, eso es seguro. Por otro lado, una victoria sin paliativos, con Franco a la fuga y los alemanes e italianos arrojados al mar, generaría problemas difíciles, algunos demasiado obvios como para que haya necesidad de mencionarlos. No hay pruebas palpables, y uno sólo puede juzgar en función del resultado final, pero sospecho que lo que trata de conseguir el gobierno es un pacto en el que persistiría en esencia la situación de la guerra. Todas las profecías se equivocan y, por tanto, esta también lo estará, pero me arriesgaré y diré que, aunque la guerra tal vez acabe pronto o acaso se prolongue durante años, terminará con una España dividida, ya sea por fronteras reales o en zonas económicas. Por descontado, un pacto como este sería reivindicado como una victoria por alguno de los bandos, o por ambos.

Todo lo que he dicho en este artículo parecería por completo una obviedad en España, e incluso en Francia. Sin embargo, en Inglaterra, a pesar del profundo interés que ha suscitado la guerra española, hay muy poca gente que haya oído siquiera hablar de la batalla enorme que está teniendo lugar tras las líneas gubernamentales. Esto, por supuesto, no es casual. Ha habido una conspiración deliberada (podría dar ejemplos detallados) para evitar que se comprenda la situación de España. Personas de las que cabría esperar mejor criterio se han prestado al engaño sobre la base de que si uno cuenta la verdad sobre España se usará como propaganda fascista.

Es fácil ver adónde conduce esta cobardía. Si el público británico hubiese recibido información verídica acerca de la guerra española, habría tenido la oportunidad de entender qué es el fascismo y cómo se lo puede combatir. Tal y como están las cosas, la versión del fascismo que da el *News Chronicle*, una especie de manía homicida propia del coronel Blimp[*] zumbando en el vacío económico, ha quedado asentada más firmemente que nunca. Y, así, estamos un paso más cerca de la gran guerra «contra el fascismo» (cf. 1914, «contra el militarismo»), que permitirá que nos pongan el fascismo, en su variante británica, cual soga al cuello en la primera semana.

RESPUESTA INÉDITA A «LOS ESCRITORES TOMAN PARTIDO SOBRE LA GUERRA ESPAÑOLA»

3-6 de agosto de 1937

Respuesta a un cuestionario para la *Left Review* enviado por Nancy Cunard.

¿Quiere hacer el favor de dejar de enviarme esta maldita basura? Es la segunda o tercera vez que lo recibo. Yo no soy uno de esos mariquitas modernos suyos, como Auden y Spender, yo estuve seis meses en España, la mayor parte del tiempo combatiendo, tengo un agujero de bala en el cuerpo ahora mismo y no me voy a poner a escribir tonterías sobre la defensa de la democracia o el «pequeño gran» lo que sea. Además, sé lo que está ocurriendo y ha estado ocurriendo en el bando del gobierno desde hace meses; es decir, que están imponiendo el fascismo a los obreros españoles so pretexto de la resistencia al fascismo; también que desde mayo se ha ido extendiendo un régimen de terror y que todas las cárceles y cualquier lugar que sirva de cárcel están atestadas de prisioneros que no sólo han sido encarcelados sin juicio previo, sino que están medio muertos de hambre y reciben golpes e insultos. Me atrevería a decir que usted también está al corriente, aunque bien sabe Dios que cualquiera capaz de escribir todo eso que hay al dorso sería lo bastante estúpido como para creerse cualquier cosa, incluso las noticias sobre la guerra del *Daily Worker*. Pero lo más probable es que usted —quienquiera que sea la que no deja de enviarme esto— tenga dinero y esté bien informada; así que no cabe duda de que conoce un poco los entresijos de la historia de la guerra y se ha unido deliberadamente a este tinglado por la defensa de la «democracia» (esto es, del capitalismo) con el fin de contribuir a aplastar a la clase obrera española y de este modo defender indirectamente sus sucios dividendos.

Esto ocupa más de seis líneas, pero si condenso lo que sé y pienso de la guerra española en seis líneas, usted no lo publicaría. No tendría las agallas de hacerlo.

Por cierto, dígale a ese mariquita de Spender amigo suyo que estoy preservando muestras de sus poemas heroicos sobre la guerra y que cuando llegue el momento en que se muera de vergüenza por haberlos escrito, como se mueren de vergüenza ahora los que escribieron propaganda bélica en la Gran Guerra, se lo restregaré con ganas por las narices.

1938

NOTAS SOBRE LAS MILICIAS ESPAÑOLAS

Me alisté en la milicia del POUM a finales de 1936. Las circunstancias en las que me uní a ella fueron, sobre todo, las siguientes. Había intentado viajar a España a recopilar material para artículos de periódico, etcétera, y también, si comprobaba que valía la pena, tenía la vaga idea de combatir, aunque mi mala salud y mi experiencia militar, relativamente escasa, me llenaban de dudas. Cuando estaba a punto de partir, alguien me dijo que no podría cruzar la frontera a menos que contara con documentos de alguna organización de izquierdas (esto no era verdad en esa época, aunque los carnets de partido y demás sin duda lo hubieran facilitado). Fui a presentarme junto con John Strachey, que me llevó a ver a Pollitt. Después de interrogarme, resultó evidente que P. había decidido que no era de fiar desde el punto de vista político y se negó a ayudarme, y también trató de atemorizarme para que no fuera por ahí hablando demasiado sobre terrorismo anarquista. Luego me preguntó si iba a intentar alistarme en las Brigadas Internacionales. Le dije que no podía intentar involucrarme en nada hasta que hubiera visto lo que estaba pasando. Se negó a ayudarme, pero me aconsejó que consiguiera un salvoconducto en la embajada de España en París, cosa que hice. Justo antes de dejar Inglaterra llamé también al Partido Laborista Independiente (ILP), donde tenía algunos contactos, básicamente personales, y les pedí que me escribieran alguna carta de recomendación. Me enviaron una a París dirigida a John McNair, residente en Barcelona. Cuando crucé la frontera, el personal de pasaportes y el resto de la gente, que entonces eran anarquistas, no prestaron mucha atención a mi salvoconducto, pero quedaron impresionados con el membrete del ILP que la carta llevaba impreso, que evidentemente reconocieron al primer vistazo. Fue esto lo que me hizo tomar la decisión de llevar la carta a McNair (a quien no conocía), y por eso acabé alistándome en la milicia del POUM. Una primera inspección a las tropas en España me bastó para darme cuenta de que tenía un entrenamiento relativamente bueno como soldado y para decidir que me enrolaría en la milicia. En esa época apenas tenía conciencia de las diferencias entre los partidos políticos, que la prensa inglesa de izquierdas había consignado. Si hubiera tenido una idea más cabal de la situación, quizá me hubiera alistado en la milicia de la CNT.

Por entonces las milicias, aunque teóricamente estaban estructuradas como un ejército, se organizaban aún en columnas, centurias y secciones; las centurias contaban con unos cien hombres a las órdenes de un individuo, y a menudo se las llamaba «bandera tal y tal». El jefe de la centuria tenía el grado, más o menos, de capitán, pero por debajo de él no había rangos bien definidos, con la excepción del cabo y los soldados rasos. En Barcelona la gente llevaba galones y demás para indicar su rango, pero no se los habían ganado en el frente de batalla. La promoción era, teóricamente, por elección, pero la verdad es que los oficiales y suboficiales eran nombrados desde arriba. Como explicaré más adelante, esto, en la práctica, daba más bien igual. Un detalle peculiar era que un hombre podía elegir la sección a la que

quería pertenecer, y también podía cambiar de bandera si así lo deseaba. En aquella época los hombres eran enviados al frente con muy pocos días de entrenamiento —consistente básicamente en realizar desfiles—, y en muchos casos sin haber disparado nunca un fusil. Yo traía las ideas básicas del ejército británico y la falta de disciplina me horrorizaba. Desde luego, siempre es difícil conseguir reclutas que obedezcan órdenes, y lo es mucho más cuando están metidos en la trinchera y tienen que lidiar con el frío, etcétera, sin estar acostumbrados a ello. Si no han tenido la oportunidad de familiarizarse con las armas de fuego, tienen mucho más miedo a las balas que el que deberían tener, y eso se convierte en una fuente añadida de indisciplina. (Por cierto, los periódicos de izquierdas causaron mucho daño al publicar las mentiras sobre el efecto de las balas explosivas de los fascistas. Hasta donde yo sé, no existen semejantes balas, y seguro que los fascistas no las usaban). Al principio uno tenía que hacer cumplir las órdenes *a)* apelando a la lealtad que le debíamos al partido y *b)* imponiendo mi personalidad, así que durante la primera y la segunda semana fui bastante impopular. Tras la primera, un hombre se negó de plano a ir a un sitio donde, según decía, estaría expuesto al fuego, y yo lo obligué a hacerlo (lo cual es siempre un error, y mucho más si se trata de un español). Inmediatamente me vi rodeado por un grupo de hombres que me llamaban «fascista», y aunque se produjo una discusión muy acalorada, la mayoría me apoyaron y, además, comprobé que la gente competía por alistarse en mi sección. Después de aquello, durante las siguientes semanas o meses, tanto con los españoles como con los pocos ingleses que estaban en ese frente, pasó lo mismo una y otra vez (me refiero a la indisciplina, a las discusiones sobre lo que era «justificable» y lo que era «revolucionario»). Sin embargo, en general prevalecía un consenso sobre la idea de que debía imperar una disciplina estricta combinada con una igualdad social. Había siempre muchas discusiones sobre si estaba justificado matar a un hombre por haber desertado o haber incumplido una orden, y la mayoría opinaba que sí, aunque algunos nunca se hubieran atrevido a hacerlo. Mucho después, alrededor de marzo, cerca de Huesca, unos doscientos milicianos de la CNT decidieron de repente desertar. Uno difícilmente podía culparlos, porque habían estado ahí cerca de cinco meses, pero, obviamente, era algo que no podía tolerarse y se pidió a algunos milicianos del POUM que fueran a detenerlos. Yo me ofrecí voluntario, aunque la misión no me llenara de gozo. Por fortuna, sus delegados políticos, o alguien más, los convencieron de que regresaran y el asunto no acabó en violencia. Hubo mucha discusión sobre este tema, pero nuevamente la mayoría estuvo de acuerdo en que, si fuera necesario, podría justificarse el uso del fusil contra los hombres que desertaban. Durante ese período, en enero-abril de 1937, hubo una mejora gradual de la disciplina gracias a la «difusión de la conciencia revolucionaria», que consistía en unas explicaciones y discusiones interminables sobre por qué tal y cual cosa eran necesarias. Todo el mundo se inclinaba fanáticamente por mantener la igualdad social entre oficiales y soldados, sin rangos militares ni diferencias en la comida, etcétera, y con frecuencia

se llegaba a extremos más bien ridículos, aunque en el frente, donde hasta la más mínima diferencia en cuanto a comodidades era muy apreciable, lo parecían menos. Cuando las milicias fueron incorporadas, teóricamente, al Ejército Popular, se esperaba que todos los oficiales entregaran su paga extra —es decir, cualquier cantidad por encima de las diez pesetas al día— a las arcas del partido, y todos estaban de acuerdo, aunque no sé si al final eso sucedió; no estoy seguro de que nadie recibiera paga extra antes de que los efectivos de la milicia del POUM fueran redistribuidos. Los castigos por desobediencia, no obstante, se siguieron aplicando cuando menos hasta el momento en que llegué al frente por primera vez. Resulta extremadamente difícil castigar a los hombres que ya están en primera línea de fuego, cara a cara con la muerte, ya que es complicado hacerlos sentir más incómodos. El castigo usual era la doble guardia, poco convincente porque ahí, en cualquier caso, se duerme poco. Ocasionalmente, los hombres morían fusilados. Un hombre que intentó cruzar las líneas fascistas, y que era evidentemente un espía, fue ejecutado. Otro, que fue descubierto robándole a un miliciano, fue enviado al paredón, pero me parece que al final no lo ejecutaron. Los tribunales marciales estaban constituidos por un oficial, un suboficial y un miliciano, pero yo nunca vi ninguno en acción.

Periódicamente, el partido enviaba a los delegados políticos a visitar a los hombres en el frente y, cuando era posible, a soltar una especie de discurso. Además, cada centuria tenía uno o más hombres en sus propias filas a los que se nombraba delegados políticos. Nunca entendí cuál era la función original de estos hombres; evidentemente, al principio debían de haber desempeñado una que más tarde ya no fue necesaria. Cuando estaba con el ILP fui nombrado delegado político, pero en esa época dicha figura no era más que el mensajero al que se enviaba a los cuarteles para quejarse de las raciones y demás, de modo que los ingleses se preocupaban simplemente de escoger entre los pocos hombres que hablaban español. A la hora de elegir oficiales, los ingleses eran más estrictos que los españoles, y en una o dos ocasiones celebraron una votación para reemplazar un suboficial. También nombraron un comité de cinco hombres que supuestamente regularía todos los asuntos de la sección. Aunque yo participé en la votación para el comité, me opuse a su formación aduciendo que ya formábamos parte de un ejército que era controlado desde arriba de la forma más o menos habitual, y que por lo tanto el comité no desempeñaba ninguna función. De hecho, no tenía ninguna importante, pero de vez en cuando servía para regular pequeños asuntos. Al contrario de lo que suele pensarse, los líderes políticos del POUM veían con mucha hostilidad la idea del comité, y la posibilidad de que esta idea se extendiera entre los españoles los tenía inquietos.

Antes de unirme a los ingleses estuve varias semanas en una bandera española, y de los ochenta hombres que había ahí, sesenta eran reclutas novatos. En esas semanas la disciplina mejoró mucho, y después, hasta finales de abril, los milicianos siguieron mejorando, si bien más lentamente. En abril, cuando una unidad de milicianos tenía

que marchar hacia algún sitio, daba la extraña impresión de venir en retirada desde Moscú, pero en parte eso se debía a que aquellos hombres no tenían más experiencia bélica que las trincheras. Aun así, en esa época no era difícil hacer cumplir una orden, no había el temor de que te desobedecieran en cuanto les dieras la espalda. Por lo visto, las características especiales del «revolucionario» permanecieron intactas hasta finales de mayo, pero en realidad ya podían apreciarse ciertas diferencias. Ese mes, cuando yo comandaba una sección (que hoy sería propiamente un pelotón), los españoles más jóvenes me trataban de «usted». Apoyé la iniciativa porque el uso generalizado del «tú» durante los primeros meses de la guerra era una afectación que en boca de gente latina sonaba poco natural. Una cosa que para marzo parecía haber llegado a su fin eran los eslóganes revolucionarios contra los fascistas. Ya no se gritaban en Huesca, a pesar de que las trincheras enemigas estaban muy cerca. En el frente de Zaragoza se habían lanzado regularmente, y eso quizá había tenido cierta influencia en el regreso de los desertores, que ahí eran muchos (a veces hasta quince en una semana, en un sector del frente donde había aproximadamente mil hombres). Sin embargo, el uso universal de «camarada» y la idea de que todos éramos iguales persistieron hasta que las milicias fueron redistribuidas. Cabe señalar que los primeros reemplazos del Ejército Popular que llegaron al frente mantenían dicha actitud. Entre las milicias del POUM y las del PSUC no había diferencias apreciables en cuanto a la disciplina ni el ambiente social, al menos hasta principios de marzo, cuando dejé de ver a las segundas.

La organización general era a veces muy buena, pero otras era ridículamente incompetente. Una de las características notables de esta guerra era la organización del suministro de comida. Hasta mayo de 1937, cuando ya algunas cosas comenzaron a torcerse, la comida era invariablemente buena, y llegaba siempre con regularidad, algo nada fácil de conseguir, incluso en una guerra sin muchos desplazamientos. Los cocineros se implicaban mucho, y a veces llevaban la comida bajo un fuego intenso. Quedé impresionado con la logística de la comida detrás del frente y por la forma en que cooperaban los campesinos. La ropa de los reclutas se lavaba de vez en cuando, pero no se hacía bien ni de manera regular. El correo era bueno y las cartas enviadas desde Barcelona llegaban con rapidez al frente, aunque también se perdía un número extraordinario de misivas del resto de España en su ruta hacia Barcelona. El concepto de sanidad prácticamente no existía, y lo único que mantenía las epidemias a raya era, sin duda, el clima seco. No había servicio médico digno de ese nombre, aparte del que estaba a dieciséis kilómetros del frente. Pero esto no importaba demasiado porque el número de bajas era escaso, aunque es verdad que se perdieron innecesariamente muchas vidas. Al principio las trincheras eran sumamente primitivas, pero ya en marzo las labores del batallón se habían organizado. Se habían vuelto muy eficientes y eran capaces de construir grandes tramos de trinchera rápidamente y sin hacer demasiado ruido. No obstante, para mayo seguía sin haber mucha idea acerca de las trincheras de comunicación, ni siquiera donde el frente se

situaba cerca del enemigo, y, por ejemplo, no era posible recoger a los hombres heridos sin transportarlos bajo el fuego. Cuando nos replegábamos, no se hacía ningún esfuerzo por mantener los caminos detrás del frente, a pesar de que habría sido un trabajo muy sencillo. El Socorro Rojo del POUM, al que uno podía inscribirse de manera voluntaria-obligatoria, cuidaba muy bien a los heridos en el hospital, etcétera. En los almacenes probablemente había algo de desfalco y de favoritismo, pero me parece que muy poco. Cuando los cigarrillos comenzaron a escasear, la pequeña sección de los ingleses recibía un poco más de su ración habitual, un homenaje al carácter español. El gran e inexcusable error cometido en esta guerra, en cualquier punto del frente de Aragón, fue tener a los hombres allí durante períodos innecesariamente prolongados. Para las Navidades de 1936, la guerra era básicamente estacionaria, y durante largos períodos, en los siguientes seis meses, hubo muy poca acción. Hubiera sido perfectamente posible organizar un sistema de cuatro días en el frente y cuatro fuera, o quizá cuatro días en él y dos fuera. Con este arreglo no hubieran tenido más horas de descanso, pero hubieran pasado algunas noches en la cama, o al menos hubieran tenido la oportunidad de quitarse la ropa. En cambio, con el otro sistema los hombres podían pasar cinco meses seguidos en el frente. A veces sucedía que las trincheras estaban muy lejos del enemigo, pongamos que a novecientos metros, pero esto era más aburrido, y a la larga más perjudicial para la moral, que si hubieran estado a cincuenta o cien metros. Mientras tanto dormían en las trincheras con una incomodidad intolerable, generalmente entre la suciedad y, hasta abril, siempre con frío. Además, cuando uno se encuentra a novecientos metros del enemigo, de todas formas corre el peligro de que lo alcance un proyectil o un tiro, y esto produce un goteo de bajas y que el miedo se vaya acumulando. Y en esas circunstancias es difícil hacer más que mantenerse vivo. Durante febrero y marzo, dos meses en los que hubo muy poca actividad militar en torno a Huesca, se intentó entrenar a los hombres en varios aspectos, como el uso de la ametralladora, la señalización, órdenes diversas (por ejemplo, desplazarse entre los arbustos), etcétera. Pero aquello no funcionó porque todos tenían falta de sueño y estaban demasiado agotados para aprender. Yo mismo traté por entonces de estudiar el mecanismo de la ametralladora Hotchkiss, pero pronto reparé en que la falta de sueño había disminuido mi capacidad de aprendizaje. Hubiera sido factible, sin duda, dar permisos con más frecuencia, pero en el fondo quizá había otras razones además de la incompetencia. Habría sido muy fácil sacar a los hombres de las trincheras, como acabo de explicar, y proporcionar algún tipo de diversión a las tropas que no estaban en el frente. Hasta en los sitios distantes como Barbastro, la vida de las tropas era mucho más aburrida de lo necesario. Con un poco de organización hubiera sido posible montar enseguida, detrás de las líneas, baños calientes, una zona de despioje, entretenimientos de algún tipo, una cafetería (hubo tímidos intentos de instalar algunas) y también mujeres. Las pocas accesibles que había en el frente, o cerca de este, eran una fuente de celos. Había algunos sodomitas entre los jóvenes españoles.

No estoy seguro de que los soldados puedan librar una guerra de trincheras y, al mismo tiempo, ser formados para desplazarse por el campo de batalla, pero no cabe duda de que, con un poco de descanso, hubieran podido tener un entrenamiento más completo. Por eso estaban exhaustos, sin razón aparente, en los períodos en que la guerra estaba estancada. Echando la vista atrás, me parece que resistían extraordinariamente bien, y, cuando menos hasta ese momento, era un hecho que no se venían abajo ni se mostraban proclives a amotinarse bajo aquellas condiciones intolerables, que me hicieron comprender (hasta cierto punto) el concepto de «disciplina revolucionaria». Sin embargo, el rigor con que se les trataba era, en parte, innecesario.

De los celos entre las diferentes milicias, al menos entre los soldados rasos, no encontré indicios serios hasta mayo de 1937. Sobre el tema de hasta qué punto el frente de Aragón fue saboteado por motivos políticos, supongo que tarde o temprano nos enteraremos. No sé hasta qué punto hubiera sido importante la captura de Huesca, pero pocas dudas caben de que, con la artillería adecuada, podría haberse tomado en febrero o marzo. Toda la ciudad fue rodeada salvo un tramo de aproximadamente un kilómetro de ancho, y esto, sumado al pobre bombardeo preliminar que efectuó la artillería, dio lugar a que todo aquello sirviera sólo de advertencia. Esto significaba que los ataques debían ser siempre por sorpresa, y realizados por unos cien hombres a lo sumo. A principios de abril Huesca parecía condenada a caer, pero aquel tramo nunca se cerró, los ataques fueron perdiendo fuerza y, al poco tiempo, quedó claro que las trincheras fascistas estaban bien pertrechadas y que habían mejorado sus defensas. A finales de junio tuvo lugar la gran ofensiva sobre Huesca, claramente por motivos políticos, para darle una victoria al Ejército Popular y desacreditar a las milicias de la CNT. El resultado fue el que era de prever: un gran número de bajas y el debilitamiento de la posición. Aun así, las sospechas entre los militantes del partido, al menos entre los milicianos, no pasaron por regla general de vagos rumores según los cuales «ellos» (es decir, los del PSUC) habían robado armas, etcétera, destinadas en principio a nosotros. En el frente de Zaragoza, donde las milicias del POUM y del PSUC ocupaban posiciones más o menos alternas, las relaciones eran buenas. Cuando el POUM se hizo cargo de un sector del PSUC en Huesca, los celos empezaron a manifestarse, pero creo que se trataba de algo puramente militar; los milicianos del PSUC habían fracasado en el intento de tomar Huesca, y los del POUM se jactaban de que ellos podrían haberlo hecho. La victoria de Guadalajara en febrero puede ser vista —y de hecho lo fue— como una victoria comunista, pero todos estaban sinceramente contentos e incluso entusiasmados. Un poco después de esto uno de nuestros aeroplanos, presumiblemente ruso, soltó una bomba en el lugar equivocado y mató a numerosos milicianos del POUM. Más tarde, sin duda, se habrá dicho que fue «a propósito», pero en ese momento esto no se le ocurrió a nadie. Alrededor de mayo, quizá como consecuencia de lo sucedido en Barcelona, las relaciones empeoraron. En Lérida, donde se entrenaba a un importante número de

reclutas del nuevo Ejército Popular, cuando pasaban marchando destacamentos de este último vi a unos hombres, de no sé qué milicia, arrojándoles frambuesas e imitando el balido de los corderos. Sobre el duro trato recibido por los milicianos que habían servido en el POUM, no supe cuál era la causa hasta que se destapó el asunto del presunto espionaje. Por lo visto, inmediatamente después de aquello tuvieron lugar uno o dos incidentes serios. Asimismo, parece ser que a finales de junio se envió un destacamento de las milicias del PSUC —o bien lo decidieron por su cuenta — a atacar una de las posiciones del POUM fuera de Huesca, y los hombres apostados en ella tuvieron que defenderse con sus metralletas. No dispongo de datos exactos y sólo conozco el caso a grandes rasgos, pero, por la fuente de la que provienen, no cabe duda de que fue así como pasó. Sin duda fue el resultado de declaraciones irresponsables en la prensa sobre casos de espionaje, deserciones, etcétera, que causaron, o estuvieron a punto de causar, problemas en ocasiones anteriores.

El hecho de que las milicias estuvieran organizadas por diferentes partidos y que les debieran a estos lealtad, tuvo efectos negativos después de cierto tiempo. Al principio, cuando todos rebosaban entusiasmo, quizá no era tan mala la rivalidad entre los partidos —esta es, al menos, la impresión que tuve de aquellas primeras batallas, como la de Siétamo—, pero cuando, a causa el Ejército Popular, las milicias comenzaron a reducirse, cada partido empezó a mostrarse ansioso por retener a cualquier precio su poder. Creo que esta era una de las razones de que, como he mencionado antes, no dieran permisos a los soldados con la frecuencia requerida. En realidad, hasta junio más o menos no hubo manera de que un soldado al que se le hubiera concedido un permiso se reintegrase a su unidad y se pusiera al servicio del Ejército Popular. Aunque existía un reglamento (he olvidado cuándo fue aprobado exactamente), este no tenía ningún efecto. Por tanto, cuando un miliciano se iba de permiso, o bien se iba simplemente a casa con el premio de una gran bolsa con sus pagas atrasadas, o bien podía afiliarse a otra organización, cosa que se hacía mucho en esa época. En la práctica, muchos hombres regresaban tras el permiso, pero otros no, y eso significaba que cada permiso concedido podía suponer una disminución del número de efectivos. Además, estoy seguro de que el deseo de mantener íntegro el ejército hacía que los excesivamente ansiosos comandantes locales no se arriesgaran a tener bajas si estas no iban a reportarles grandes éxitos en el campo de batalla. En el frente de Zaragoza, pequeñas pero valiosas oportunidades —el tipo de acción que no hubiera salido en los periódicos pero que hubiera marcado ciertas diferencias— fueron desaprovechadas debido a esto, mientras que las bajas que se producían de todas formas carecían por completo de sentido. Por otra parte, la gentuza inútil —en torno al 5 o el 10 por ciento— que se encuentra en cualquier ejército, y que debe ser echada sin piedad, nunca o rara vez era expulsada. En enero, cuando me quejé de la falta de disciplina, un oficial de alto rango me dijo que, en su opinión, en las milicias la indisciplina era un instrumento para distinguir a un miliciano de otro. No sé si esto

era verdad o si me lo dijo en un momento de hartazgo.

No creo que los milicianos del POUM fueran distintos del resto. Físicamente eran más o menos iguales que los del PSUC. El POUM no exigía que sus milicianos fueran militantes del partido, seguramente porque al ser un partido minoritario no les resultaba fácil atraer reclutas. Una vez que estos llegaban al frente, se hacía el esfuerzo de que se afiliaran al partido, aunque hay que decir que no se ejercía ningún tipo de presión. Había la proporción usual de gentuza, además de cierto número de campesinos muy ignorantes y de gente sin una ideología política particular que se habían unido al POUM probablemente de manera accidental. A todo ello se sumaban los que se habían alistado porque se trataba de un trabajo. El hecho de que en diciembre de 1936 hubiera una grave escasez de pan en Barcelona y los milicianos no sufrieran ninguna, tuvo mucho que ver con esto. Sin embargo, algunas de estas personas terminaron por convertirse en buenos soldados. Aparte del numeroso contingente de refugiados alemanes, había un goteo de extranjeros de muchas nacionalidades, incluidos algunos portugueses. Dejando a un lado a los alemanes, los mejores soldados eran los de las ametralladoras, que se organizaban en grupos de seis y solían mantenerse al margen de los demás. La actitud fetichista que estos hombres desarrollaban alrededor de su arma, como si se tratara del dios de la familia, es muy interesante, y debería ser estudiada. Algunos eran viejos soldados que habían prestado sus servicios una y otra vez debido al sistema español de reemplazos, pero la mayoría eran «buenos elementos del partido», algunos de ellos de mucho carácter y gran inteligencia. Llegué a la conclusión, un poco en contra de mi voluntad, de que a la larga el «buen elemento del partido» se convertía en el mejor soldado. La partida de treinta ingleses y estadounidenses enviados por el ILP trazó una clara división entre los viejos soldados sin afiliación política particular y los «buenos elementos del partido» sin experiencia militar. Como yo estaba más cerca de los primeros, no creo ser parcial si digo que los segundos eran mejores. Por supuesto, los soldados viejos son más útiles al principio de la campaña y lo hacen muy bien en cualquier batalla, pero se cansan más y en los períodos de calma se desmoronan con más facilidad. El hombre que está completamente identificado con un partido político es de fiar bajo cualquier circunstancia. Uno puede meterse en problemas si dice esto en los círculos de la izquierda, pero el sentimiento de muchos socialistas hacia su partido es muy similar a lo que siente un cafre por su viejo colegio de pago. Hay individuos que no tienen ningún tipo de adscripción política y que son completamente de fiar, pero suelen tener un origen burgués. En la milicia del POUM había una ligera pero perceptible tendencia a elegir los oficiales entre la gente de dicho origen, al que, dada la estructura de clases que rige en la sociedad, me parece inevitable. La gente de clase media y alta suele tener más confianza en sí misma en situaciones poco familiares, y en los países donde el servicio militar no es obligatorio suelen tener mayor tradición militar que la clase trabajadora. Es lo que ocurre en Inglaterra. En cuanto a la edad, entre los veinte y los treinta y cinco años parece ser la apropiada para los soldados

que van al frente. Por encima de los treinta y cinco yo no confiaría en ningún soldado o mando intermedio que estuviera en el frente, a menos que tuviera una credibilidad política intachable. Y en cuanto al límite para los jóvenes, los menores de catorce, que suelen ser muy valientes y de fiar, sencillamente son incapaces de resistir la falta de sueño. Son capaces de quedarse dormidos de pie.

Con respecto a las trincheras, la confraternización, etcétera, circulaban rumores suficientes como para deducir que esas cosas ocurrían de tanto en tanto, y de hecho son inevitables en una guerra civil. Había vagos rumores de que, en algún momento, en una zona neutral, se pactaba una tregua para intercambiar periódicos. Yo no vi nada de esto, pero una vez me encontré unos periódicos fascistas que debían de haber llegado de esa manera. Las historias que circulan en la prensa comunista sobre pactos de no agresión y sobre gente que iba y venía entre nuestras líneas y las fascistas, eran falsas. Sin duda se producían traiciones entre los campesinos. La razón por la que súbitamente se suspendían ataques a la hora programada no era sólo la incompetencia; también contaba que, si la hora se fijaba con cierta antelación, invariablemente los fascistas se enteraban. Al parecer, estos siempre sabían qué efectivos los iban a atacar, mientras que nosotros sólo podíamos inferirlo por las patrullas de reconocimiento, etcétera. No sé qué método usaban los espías para enviar mensajes a Huesca, pero el habitual era con la luz de una linterna. Todas las noches, a cierta hora, había señales en código morse. Siempre eran registradas, aunque, salvo eslóganes como «Viva Franco», estaban invariablemente en clave. Ignoro si esos mensajes podían ser descifrados. A pesar de todos los esfuerzos, nunca se atrapó a los espías que estaban detrás de las líneas. Las deserciones eran muy raras, aunque hasta mayo de 1937 hubiera sido muy fácil, quizá con un riesgo mínimo, caminar hasta las líneas fascistas. Me enteré de algunas deserciones entre nuestros hombres y de algunas otras de gente del PSUC, pero el número total debía de ser insignificante. Es notable cómo los hombres, en una formación de este tipo, conservan el sentimiento político contra el enemigo, algo que no pasa en un ejército corriente. Cuando llegué por primera vez al frente, se daba por hecho que los oficiales que caían prisioneros debían ser fusilados, mientras que los fascistas decían que fusilarían a todos los prisioneros; una mentira, sin duda, pero lo importante era que la gente se lo creía. En marzo de 1937 oí que un oficial, hecho prisionero por nosotros, había sido fusilado; lo significativo, de nuevo, era que nadie pensaba que fuera mentira.

En lo tocante a la actuación real de la milicia del POUM, lo que sé me lo contaron en su mayor parte otros, ya que mi paso por el frente coincidió con el período más inactivo de la guerra. Participaron en la toma de Siétamo y en el avance sobre Huesca, y después de esto la división fue separada; unos fueron a Huesca, otros al frente de Zaragoza y unos terceros a Teruel. Creo que bastantes también se marcharon al frente de Madrid. A finales de febrero toda la división estaba concentrada en el flanco oriental de Huesca. Desde el punto de vista táctico se trataba del menos importante, y durante marzo y abril el papel desempeñado por el POUM

consistió en organizar emboscadas y rechazar ataques, acciones que involucraban a doscientos hombres a lo sumo y que implicaban muy pocas bajas. En algunas ocasiones lo hicieron bien, especialmente los alemanes refugiados. En el ataque contra Huesca, a finales de junio, la división sufrió cuantiosas bajas, entre cuatrocientos y seiscientos muertos. Yo no asistí al espectáculo, pero a los que sí estuvieron ahí les oí decir que las tropas del POUM lo hicieron bien. Por esa época las campañas en la prensa comenzaban a producir cierta desafección. En abril, incluso los desinteresados en la política habían comprendido que, salvo en su propia prensa y en la de los anarquistas, nada bueno se decía de ellos, sin importar cuál hubiera sido su actuación. En esa época esto no produjo más que irritación, pero sé que después, cuando la división fue redistribuida, los hombres que pudieron evitar su reclutamiento lo hicieron y buscaron empleos civiles porque estaban cansados de ser calumniados. Varios de los hombres que estuvieron en el ataque a Huesca me aseguraron que el general Pozas retuvo deliberadamente la artillería para que murieran el mayor número posible de milicianos del POUM (algo falso sin duda, pero que demuestra el efecto de campañas como la orquestada por la prensa comunista). No sé qué pasó con la redistribución, pero creo que la mayoría fue a parar a la 26.ª División. Habida cuenta de las circunstancias y las oportunidades, diría que la actuación de la milicia del POUM fue aceptable, pero en modo alguno brillante.

POR QUÉ ME UNÍ AL PARTIDO LABORISTA INDEPENDIENTE

The New Leader, 24 de junio de 1938

Quizá lo más honesto sea abordarlo en primer lugar desde un punto de vista personal.

Yo soy escritor, y el impulso de cualquier escritor es el de «mantenerse al margen de la política». Lo que quiere es que lo dejen en paz para poder seguir escribiendo libros sin estorbos. Pero, por desgracia, se está volviendo evidente que ese ideal es tan poco factible como el del pequeño tendero que aspira a preservar su independencia desafiando a las cadenas comerciales.

Para empezar, la era de la libertad de expresión está en pleno ocaso. La libertad de prensa en Gran Bretaña tuvo siempre algo de impostura, ya que, en último término, el dinero controla las opiniones. Aun así, mientras exista el derecho legal a decir lo que uno quiere, siempre quedarán resquicios para un escritor poco ortodoxo. Desde hace algunos años, me las he apañado para que la clase capitalista me pague varias libras a la semana por escribir libros en contra del capitalismo. Pero no me engaño a mí mismo pensando que este estado de cosas vaya a durar para siempre. Ya hemos visto lo que ha ocurrido con la libertad de prensa en Italia y Alemania, y ocurrirá aquí más tarde o más temprano. Se acerca el día —no el año que viene, quizá tampoco en los diez o veinte próximos, pero está cerca— en el que todo escritor deberá escoger entre ser silenciado por completo o producir el material que exija una minoría privilegiada.

Yo tengo que luchar contra eso, del mismo modo que tengo que luchar contra el aceite de ricino, las porras de goma y los campos de concentración. Y el único régimen que, a largo plazo, se atreverá a permitir la libertad de expresión es uno socialista. Si el fascismo triunfa, estoy acabado como escritor; es decir, acabado en la que es mi única aptitud efectiva. Ese sería en sí mismo motivo suficiente para unirme al partido socialista.

He puesto por delante el aspecto personal, pero obviamente no es el único.

No es posible para ninguna persona racional vivir en una sociedad como la nuestra sin tener deseos de cambiarla. A lo largo de, tal vez, los últimos diez años, he alcanzado un cierto conocimiento de la verdadera naturaleza de la sociedad capitalista. He visto el imperialismo británico en acción en Birmania, y he visto los efectos de la pobreza y el desempleo en Gran Bretaña. En la medida en que he luchado contra el sistema, lo he hecho principalmente escribiendo libros que esperaba que influyeran en el público lector. Continuaré haciéndolo, por descontado, pero en

un momento como el actual no basta con escribir libros. El ritmo de los acontecimientos se está acelerando; los peligros que en su día parecían estar a una generación de distancia nos miran ahora cara a cara. Tenemos que ser socialistas de un modo activo, no meramente partidarios del socialismo, o les estaremos haciendo el juego a nuestros activísimos enemigos.

¿Y por qué el Partido Laborista Independiente y no otro?

Porque el ILP es el único partido británico, o al menos el único lo bastante grande como para entrar a considerarlo, que aspira a algo que yo considere socialismo.

No pretendo decir que haya perdido toda mi fe en el Partido Laborista; mi más ferviente esperanza es que el Partido Laborista obtenga una clara mayoría en las próximas elecciones generales. Pero sabemos cuál ha sido la historia del Partido Laborista, y sabemos también cuál es la terrible tentación del momento actual: la tentación de lanzar por la borda todos los principios con el fin de prepararse para una guerra imperialista. Es de vital importancia que exista un grupo de gente de la que podamos esperar, incluso ante una persecución, que salvaguarde sus principios socialistas.

Creo que el ILP es el único partido que probablemente, como tal, tomará el camino correcto tanto contra la guerra imperialista como contra el fascismo cuando este aparezca en su variante británica. Y, mientras tanto, el ILP no recibe el respaldo de ningún interés del gran capital y es calumniado sistemáticamente desde varios frentes. Es obvio que necesita toda la ayuda posible, incluida cualquiera que yo mismo pueda darle.

Por último, estuve con el contingente del ILP en España. Nunca pretendí estar de acuerdo, ni entonces ni en adelante, con todos los detalles de la política que planteó el POUM y que el ILP apoyó, pero se ha visto confirmada por el curso general de los acontecimientos. Las cosas que vi en España me revelaron el peligro mortal de un «antifascismo» meramente negativo. Cuando comprendí los puntos esenciales de la situación española, me di cuenta de que el ILP era el único partido británico al que me apetecía unirme, y también el único al que podía hacerlo con la certeza de que al menos nunca me la daría con queso en nombre de la democracia capitalista.

REFLEXIONES POLÍTICAS SOBRE LA CRISIS

The Adelphi, diciembre de 1938

De todas las controversias alrededor del Frente Popular, la cuestión que menos se suele debatir es la de cómo semejante formación podría ganar unas elecciones.

Para empezar, resultaba muy obvio que el Frente Popular en Inglaterra sería distinto del Frente Popular francés, que vio la luz a raíz de una amenaza fascista interna. Si se formara, su propósito, más o menos declarado, sería el de afrontar la guerra contra Alemania. ¿Qué sentido tenía sostener que la seguridad colectiva y demás comportaban la paz y no la guerra? Nadie se lo creía. El punto que había que debatir en realidad era si la izquierda debía apoyar una guerra que significara reforzar el imperialismo británico. Los defensores del Frente Popular gritaban: «¡Detengan a Hitler!», y sus oponentes vociferaban: «¡No hay que alinearse con los capitalistas!». Y parece que los dos daban por hecho que si se formara un Frente Popular los británicos lo votarían.

Entonces llegó la crisis de la guerra. ¿Qué sucedió? Es demasiado pronto para decirlo con absoluta certeza, pero si las señales quieren decir algo, la crisis ha revelado dos cosas. En primer lugar, que los británicos van a la guerra si se les dice que lo hagan, y en segundo lugar, que no quieren guerra y que votarán contra cualquier partido que apoye el belicismo. Cuando Chamberlain regresó de Munich no fue vituperado ni abucheado, sino saludado por miles de personas que lo vitorearon. Y no importó demasiado que después, cuando todo estuvo a salvo, se produjera cierto rechazo, gracias al cual los laboristas pudieron obtener la victoria en algunas elecciones parciales. En el momento decisivo, la mayoría de la gente se puso del lado de Chamberlain, y si en las elecciones generales revive el espíritu de la crisis, lo que probablemente suceda, volverán a hacer lo mismo. Desde hace dos años, las publicaciones *News Chronicle*, *Daily Worker, Reynold's, New Statesman* y los patrocinadores del Left Book Club han estado engañando a su público, y se han estado engañando a sí mismos, sosteniendo que toda la nación británica, excepto algunos viejos caballeros de los clubes del West End, no quería nada mejor que una guerra de diez millones de muertos en defensa de la democracia.

¿Por qué se comete un error de semejante magnitud? Básicamente, porque un reducido grupo de vocingleros pueden aparentar, durante un tiempo, que son una multitud. La masa suele ser silenciosa. No firma manifiestos, ni asiste a manifestaciones, ni responde cuestionarios, ni milita en partidos políticos. Y la consecuencia es que resulta fácil confundir a unos cuantos que vociferan consignas con la nación entera. A primera vista, los cincuenta mil miembros del Left Book Club

parecen una multitud. Pero ¿qué son cincuenta mil en una población de cincuenta millones? Para tener una idea real del equilibrio de fuerzas, no hay que fijarse en las cinco mil personas que hacen ruido en el Albert Hall, sino en los cinco millones que están fuera sin decir nada, pero que probablemente están sacando conclusiones y van a votar en las próximas elecciones. Esto es, precisamente, lo que la propaganda de organizaciones como el Left Book Club quiere impedir. En lugar de tratar de evaluar el estado de la opinión pública, reiteran que ellos son la opinión pública, y ellos mismos y los que se encuentran a su alrededor terminan creyéndoselo.

El resultado final de los esfuerzos de Strachey y compañía ha sido ofrecer una estimación falsa de lo que piensan los ingleses y presionar a los líderes del Partido Laborista para que vayan un poco más allá en el camino que conduce a la guerra. Con esto los laboristas se han acercado a la posibilidad de perder las elecciones.

(II)

Hasta donde se puede juzgar por la prensa francesa, parece claro que nadie en Francia, salvo los comunistas y el señor Kerillis, desea de verdad la guerra. Creo que los hechos demuestran que los ingleses tampoco la quieren, pero sería absurdo pretender que no hay en Inglaterra una influyente minoría que ansía la guerra con vehemencia y que aúlla de decepción cuando no logra hacer entender sus razones. Y en modo alguno toda esa gente es comunista. Un tipo de persona que en Francia es comparativamente rara es el intelectual de clase media hambriento de guerra. ¿Por qué este tipo es más común en unos países que en otros? Se pude pensar en muchas razones secundarias, pero probablemente la pregunta sólo pueda responderse satisfactoriamente con estas dos palabras: servicio militar.

Comparado con Inglaterra, Francia es un país democrático, el estatus ofrece pocos privilegios y el servicio militar no es fácil de eludir. Casi cualquier adulto francés ha hecho el servicio y tiene la dureza de la disciplina militar bien grabada en la memoria. A menos que sea un menor, o que goce de una posición excepcional, la guerra significará para él algo muy distinto de lo que significa para un inglés de clase media. Significa un cartel en la pared, «Movilización general», y tres semanas más tarde, si tiene mala suerte, una bala en las entrañas. ¿Cómo puede un hombre así sostener que «debemos declarar la guerra a Alemania, Japón y cualquier otro país que tengamos a mano»? Está obligado a considerar la guerra desde una óptica realista.

Resultaría imposible decir lo mismo de la intelectualidad inglesa. De todos los periodistas de izquierdas que afirman un día sí y otro también que, si esto, aquello y lo de más allá sucediera, tendríamos que combatir, ¿cuántos imaginan que la guerra podría afectarlos personalmente? Si la guerra estallara, ellos harían lo mismo que hacen ahora, escribir artículos repletos de propaganda. Por otra parte, son conscientes de esto. El tipo de persona que escribe artículos para la izquierda política no cree que la guerra sea algo de lo que pueda salir herido. La guerra es algo que acontece en el papel, es una maniobra diplomática, algo desde luego muy deplorable pero necesario para destruir al fascismo. Su participación en esto es la placentera y estimulante labor de escribir artículos propagandísticos. Curiosamente, bien podrían estar equivocados. Hasta hoy no sabemos lo que es un bombardeo aéreo a gran escala, y la próxima guerra podría ser bastante desagradable, incluso para los periodistas. Pero esta gente que nació en el seno de la intelectualidad adinerada y que siente en los huesos los privilegios de su clase, es en verdad incapaz de ver más allá. La guerra es algo que acontece en el papel, y por tanto pueden decidir si tal o cual guerra es necesaria, sin más conciencia del peligro que la que tendrían si estuvieran moviendo una pieza de ajedrez.

Nuestra civilización produce dos tipos que van al alza, el mafioso y el afeminado.

Nunca se cruzan, pero uno necesita del otro. Alguien en Europa oriental liquida a un trotskista, y alguien en Bloomsbury escribe una justificación del asesinato. A causa, precisamente, de la seguridad y de la absoluta comodidad de la vida en Inglaterra, existe el anhelo de un derramamiento de sangre —derramamiento de sangre a distancia—, un anhelo común de nuestra intelectualidad. El señor Auden puede escribir sobre «la aceptación de la culpa por el asesinato necesario» porque nunca ha cometido uno, porque quizá ninguno de sus amigos haya sido asesinado y, posiblemente, porque nunca haya visto el cadáver de un hombre asesinado. La presencia de esta intelectualidad absolutamente irresponsable, que hace diez años adoptó el catolicismo romano, hoy adopta el comunismo y, dentro de unos cuantos años, adoptará una variante inglesa del fascismo, es un rasgo especial de la situación en Inglaterra. Son importantes porque, con su dinero, sus influencias y su oficio literario, son capaces de controlar gran parte de la prensa.

(III)

De no ser por algún escándalo imprevisto, o por un problema serio en el Partido Conservador, las probabilidades que tienen los laboristas de ganar las elecciones son más bien escasas. Si se constituye algún tipo de Frente Popular, sus probabilidades serían quizá menores que las que tienen sin alianzas. La esperanza que queda es que, si los laboristas pierden, la derrota los reconducirá a una «línea» más coherente.

Pero el factor tiempo es fundamental. El gobierno nacional se está preparando para la guerra. Sin duda va a fanfarronear, manipular y hacer todo tipo de concesiones para ganar un poco más de tiempo, pero seguirá preparándose para la guerra. Algunos creen que los preparativos bélicos son un farol del gobierno, o también que van dirigidos a la Rusia soviética. Se trata sólo de buenos deseos. La verdadera razón es que saben que, cuando Chamberlain entre en guerra con Alemania (en defensa de la democracia, por supuesto), estará haciendo lo que piden sus oponentes y, por tanto, quitándoles el viento de las velas. Parece que la actitud de la clase gobernante inglesa la resume un comentario que le oí hace unos días a un integrante de la guarnición de Gibraltar: «Ya viene. Está claro que Hitler va a invadir Checoslovaquia. Lo mejor será no intervenir y estar preparados para 1941». De hecho, la diferencia entre los belicistas de derechas y los belicistas de izquierdas es puramente estratégica.

La verdadera cuestión es cuán rápido va a oponerse el Partido Laborista a los planes de guerra del gobierno. Supongamos que la guerra estalla. En algunos periódicos de izquierdas se ha discutido recientemente bajo qué «condiciones» debería «apoyar» el Partido Laborista al gobierno en caso de guerra. ¡Como si un gobierno en guerra fuera a aceptar que se le pongan «condiciones»! En cuanto la guerra empiece, los partidos de izquierdas deberán elegir entre ofrecer lealtad incondicional o ser aplastados. El único grupo con el tamaño suficiente para resistir, y que probablemente podría disuadir al gobierno de ir a la guerra, es el Partido Laborista. Pero si no empieza a hacerlo ahora, ya no podrá hacerlo después. Tras dos años, incluso uno, de aceptar de forma tácita los preparativos para la guerra, el poder que ahora tiene se habrá resquebrajado.

Si el Partido Laborista pierde las elecciones, habrá gritos de desesperación en el sentido de que se podrían haber ganado si se hubiera formado un Frente Popular. Esto podría ensombrecer el asunto durante mucho tiempo, puede que incluso durante dos años. Por tanto, más frentepopulismo, más puños al aire y consignas por una «línea firme», y más exigencias de un fuerte rearme; en suma, más presionar al gobierno en la dirección que ya lleva. Mientras los laboristas pidan una «línea firme», que implica el riesgo de que estalle la guerra, no pueden hacer más que fingir que se oponen al proceso fascistizante que implican los preparativos para la guerra. ¿Qué sentido tiene exigir una política exterior fuerte y, al mismo tiempo, fingir que te opones al aumento

de las horas de trabajo, a la reducción de los salarios, a la censura en la prensa y hasta al servicio militar? La réplica será siempre la misma: «¿Cómo vamos a controlar a Hitler si te opones al rearme?». La guerra, e incluso sus preparativos, puede ser la excusa para cualquier cosa, y debemos asegurarnos de que el gobierno aproveche todas sus oportunidades. Al final, la percepción de lo que está pasando puede hacer que el Partido Laborista regrese a su propia «línea». Pero ¿cuánto falta para que esto suceda?

El 28 de septiembre, en el Congreso Nacional Laborista, se hizo uno de esos gestos sensibles que se han ido haciendo a lo largo de la crisis de la guerra. Se ha pedido en la radio al pueblo alemán que se oponga a Hitler. La petición no ha llegado lo bastante lejos, era de un subido tono autoindulgente y no admitía que el capitalismo inglés, al igual que el nazismo alemán, tiene sus defectos; sin embargo, sirvió para marcar cuál puede ser el método de aproximación. Pero ¿qué esperanza tenemos, con el método que se está siguiendo, si el Partido Laborista continúa mucho tiempo en la línea del patrioterismo y el imperialismo? Podría ser que, tarde o temprano, el solo hecho de estar en la oposición haga regresar al Partido Laborista a su «línea» antimilitarista y antiimperialista. Pero esto será más temprano que tarde. Si continúa mucho tiempo con la postura anómala que defiende, sus enemigos se lo van a merendar.

1939

LA DEMOCRACIA EN EL EJÉRCITO BRITÁNICO

The Left Forum, septiembre de 1939

Cuando el duque de Wellington describió al ejército británico como «la escoria de la Tierra que se alista para beber», probablemente estaba diciendo una gran verdad. Pero lo más significativo es que su opinión la podría haber repetido cualquier civil inglés durante los siguientes cien años.

La Revolución francesa y el nuevo concepto de guerra «nacional» cambiaron el carácter de la mayoría de los ejércitos continentales. Pero Inglaterra tenía una posición excepcional, era inmune a una invasión y su gobierno, durante la mayor parte del siglo XIX, había sido burgués, no militar. Por consiguiente, su ejército se mantuvo, como ya lo era hasta entonces, como una pequeña fuerza profesional más o menos aislada del resto de la nación. El pánico bélico de la década de 1860 condujo a la creación del Cuerpo de Voluntarios, que luego se convirtió en el de Reservistas, pero no fue hasta unos años antes de la Gran Guerra cuando empezó a hablarse con seriedad del servicio militar. Hasta finales del siglo XIX el número total de soldados, incluso en tiempos de guerra, no pasaba del cuarto de millón, y es probable que las grandes batallas de los ingleses, desde la de Blenheim hasta la de Loos, fueran libradas básicamente por soldados extranjeros.

En el siglo XIX, el soldado británico común solía ser un campesino o un proletario de barrio deprimido que llegaba al ejército huyendo del hambre. Se alistaba por un período mínimo de siete años —que a veces se extendía hasta los veintiuno— y llevaba una vida de barracón y de instrucción permanente, de rígida y estúpida disciplina, y de castigos físicos degradantes. No podía casarse ni tenía derecho a voto. En las guarniciones de la India podía patear a los «negros» con total impunidad, pero en Inglaterra la gente lo odiaba o lo miraba con desprecio salvo en tiempos de guerra, cuando por breves períodos se le veía como a un héroe. Este hombre, obviamente, cortaba sus lazos con la sociedad. Era ante todo un mercenario, y su autoestima dependía de la visión que tuviera de sí mismo, pero no como trabajador o ciudadano, sino como animal de pelea.

Tras el estallido de la guerra, las condiciones de vida han mejorado y la disciplina se aborda con mayor inteligencia, pero el ejército británico conserva sus características especiales (un tamaño pequeño, el alistamiento voluntario y un servicio de larga duración con énfasis en la lealtad al regimiento). Cada regimiento tiene su propio nombre (no sólo un número, como en la mayoría de los ejércitos), su historia y sus reliquias, sus costumbres, sus tradiciones, etcétera, etcétera, y gracias a todo eso el ejército está repleto de esnobismos que resultan increíbles si uno no ha

visto de cerca los cuarteles. Entre los oficiales de un regimiento «fino» y los de uno común y corriente —de infantería o, peor aún, de los que sirven en la India— existen celos como si se tratara de clases sociales distintas. Y no cabe duda de que el soldado voluntario profesionalizado se siente a menudo tan identificado con su regimiento como el oficial. La consecuencia de todo ello es que el estrecho concepto apolítico de «mercenario» termina ajustándose a él. Por otra parte, el hecho de que el ejército británico tenga muchos oficiales probablemente disminuye las fricciones entre clases y hace que los rangos inferiores estén menos expuestos a las ideas «subversivas».

Pero lo que afecta sobre todo a la imagen reaccionaria que se tiene del soldado común son las guarniciones del extranjero. Un regimiento de infantería normalmente permanece dieciocho años consecutivos acuartelado, moviéndose de un lugar a otro cada cuatro o cinco, así que muchos soldados sirven toda su vida en la India, África, China, etcétera. Su propósito ahí es contener a la población hostil, y muchas reacciones a las que se enfrentan se lo recuerdan. Las relaciones con los «nativos» son invariablemente malas, y los soldados, más que los oficiales, son los blancos naturales del sentimiento antibritánico. Por supuesto, los soldados toman represalias y desarrollan una actitud contra los «negros» mucho más violenta que la que puedan tener los oficiales o los hombres de negocios. En Birmania estaba permanentemente sorprendido por el hecho de que los soldados eran el sector más odiado de la comunidad blanca, y si se los juzgaba sólo por su comportamiento, con toda seguridad se lo merecían. Incluso en Gibraltar, que está más cerca, caminan por la calle con un aire fanfarrón que va dirigido a los españoles nativos. En la práctica, gran parte de esta actitud es absolutamente necesaria; no se puede mantener un imperio a base de tropas infectadas con ideas de solidaridad de clase. La mayor parte del trabajo sucio del Imperio francés, por poner un ejemplo, no lo llevan a cabo tropas regulares francesas, sino negros iletrados y la Legión Francesa, un cuerpo de mercenarios puros.

En resumen: a pesar de los avances técnicos que no permiten al oficial profesional ser tan idiota como solía serlo, y a pesar de que al soldado común se lo trata ahora de una forma un poco más humana, el ejército británico sigue siendo, en esencia, el mismo que hace cincuenta años. Hasta hace muy poco, todos los socialistas hubieran admitido este hecho sin dudarlo. Pero resulta que estamos en un momento en que el ascenso de Hitler ha asustado a los líderes de la izquierda y los ha llevado a adoptar una actitud muy cercana al patrioterismo. Infinidad de publicistas de izquierda hacen, con mucho descaro, campaña a favor de la guerra. Sin entrar a fondo en este tema, puede señalarse que un partido de izquierdas que, dentro de la sociedad capitalista, apoye la guerra ha tirado la toalla, porque está apoyando una política que sólo puede ser defendida por sus oponentes. Los líderes laboristas se preocupan de manera intermitente por su confusión en el asunto del servicio militar. Así que, entre los gritos de «¡Frente firme!», «¡Prestigio británico!», etcétera, compaginan discursos bastante contradictorios bajo el argumento de que «esta vez» las cosas serán

«diferentes». La militarización no acarreará en realidad una militarización, el coronel Blimp ya no es el coronel Blimp… Y en la más descafeinada prensa de izquierdas puede leerse una frase recurrente: «Democratizar el ejército». Vale la pena considerar lo que esto implica.

«Democratizar» un ejército, si esto quiere decir algo, significaría acabar con la clase dominante e implantar una forma de disciplina menos mecánica. En el ejército británico esto conllevaría una reconstrucción integral cuyo coste sería cinco o diez años de ineficacia. Semejante proceso puede ser posible, si acaso, mientras el Imperio británico exista, pero es impensable mientras, al mismo tiempo, el objetivo sea pararle los pies a Hitler. Lo que en realidad va a pasar durante los siguientes dos años, con o sin guerra, es que las fuerzas armadas van a crecer significativamente, pero las nuevas unidades se formarán a imagen y semejanza de las ya existentes. Al igual que en la Gran Guerra, tendremos el mismo ejército pero más grande. Sectores empobrecidos de la clase media ocuparán los puestos de oficial, pero la casta de militares profesionales retendrá su poder. Respecto a las nuevas milicias, es probablemente un error pensar que son el núcleo del «ejército democrático» en el que todas las clases comenzarán desde cero. Sería sensato profetizar que, aun cuando no hubiera favoritismo de clase (como, presumiblemente, ocurriría), los milicianos de origen burgués tenderían a ser ascendidos antes. Hore-Belisha y algunos otros ya lo han insinuado en sus discursos. Un hecho que los socialistas no siempre aprecian es que en Inglaterra toda la burguesía está, en cierta forma, militarizada. Casi cualquier muchacho que haya estado en la escuela privada ha pasado por el OTC (teóricamente voluntario, pero obligatorio en la práctica), y aunque este entrenamiento se realiza entre los trece y los dieciocho años, no debe ser despreciado. En efecto, los milicianos que han pasado por el OTC empiezan con varios meses de ventaja respecto a los demás. En cualquier caso, la Ley de Adiestramiento Militar no es más que un experimento dirigido, en parte, a impresionar a la opinión pública internacional y, en parte, a que los ingleses se vayan habituando a la idea del servicio militar. Una vez que la novedad haya pasado, se ideará algún método para mantener al proletariado lejos de los puestos de mando.

Es probable que la propia naturaleza de la guerra moderna vuelva contradictorio el concepto de «ejército democrático». El ejército francés, por ejemplo, basado en el servicio militar obligatorio, difícilmente es más democrático que el británico. También está controlado por oficiales y suboficiales veteranos, pero el oficial francés quizá tiene una perspectiva más prusiana que el inglés. Las milicias republicanas españolas, durante los primeros seis meses de la guerra —y durante un año en Cataluña—, fueron un auténtico ejército democrático, pero también eran un ejército muy primitivo, capaz tan sólo de ejecutar acciones defensivas. En aquel caso particular, una estrategia defensiva combinada con propaganda probablemente hubiera tenido más probabilidades de éxito que los métodos improvisados que se adoptaban. Pero si lo que se quiere es eficacia militar en sentido estricto, no hay más

opción que el soldado profesional, y el propio soldado profesional verá que el ejército no es democrático. Y lo que es verdad en las fuerzas armadas lo es en el resto de la nación; cuanto más se incrementa el poderío de la maquinaria militar, más poderosas son las fuerzas reaccionarias. Es probable que algunos de nuestros patrioteros de izquierdas estén actuando con los ojos abiertos. Si es así, deben ser conscientes de que la versión de la «defensa de la democracia» del *News Chronicle*, incluso en el sentido estrecho que tenía la libertad política en el siglo XIX, apunta en sentido contrario de la democracia, de la independencia de los sindicatos y de la libertad de expresión y de prensa.

MARRAKECH

New Writing (nueva época), n.º 3, Navidad de 1939

Al pasar el cadáver, las moscas abandonaron la mesa del restaurante y lo siguieron volando en tropel, aunque volvieron al cabo de unos minutos.

El pequeño grupo de dolientes —todos ellos hombres y muchachos, ni una sola mujer— avanzaba abriéndose paso por el mercado, entre montones de granadas, los taxis y los camellos, con voces plañideras que entonaban un cántico breve, repetido una y otra vez. Lo que en verdad atrae a las moscas es que los cadáveres aquí nunca son acomodados en un ataúd, sino tan sólo envueltos en una pieza de tela tosca y portados sobre unas angarillas de madera, a hombros de cuatro amigos del difunto. Cuando los amigos llegan al lugar donde se hará el entierro, cavan un agujero oblongo, de medio metro de profundidad, en el cual depositan el cuerpo para cubrirlo después con terrones de tierra reseca, como ladrillo triturado. No hay lápida, no hay nombre, no hay nada que identifique la presencia de nadie. El lugar del enterramiento es una vasta extensión de tierra yerma, como un solar abandonado, donde no se ha construido nada. Al cabo de un mes, o dos, nadie tiene la menor certeza de dónde están enterrados sus familiares.

Cuando uno deambula por una ciudad como esta —doscientos mil habitantes, de los cuales al menos veinte mil son dueños literalmente de nada más que los andrajos que los cubren—, cuando ve cómo vive la gente, e incluso con qué facilidad muere, siempre es difícil creer que uno camina entre seres humanos. Todos los imperios coloniales, en efecto, han sido erigidos sobre esta realidad. La gente tiene la cara morena, oscura; además, ¡son muchísimos! ¿Son de veras tan de carne y hueso como uno mismo? ¿Acaso tienen un nombre propio, o están hechos tan sólo de una suerte de pasta informe, de tonalidad tostada, tan individuados como las abejas u otros insectos que viven en colonias? Surgen de la tierra, sudan y pasan hambre durante unos cuantos años, y al cabo vuelven a hundirse en los montículos sin nombre de los cementerios, sin que nadie repare en que ya no están. E incluso las tumbas se desdibujan, se difuminan pronto en el terreno. A veces, cuando uno sale a pasear, a medida que avanza entre las chumberas, repara en que el terreno es desigual, y sólo una cierta regularidad en los abultamientos del terreno le indica que, de hecho, camina sobre los esqueletos.

Fui a dar de comer a una de las gacelas de los jardines públicos.

Las gacelas son casi los únicos animales apetecibles de comer cuando aún están vivos. De hecho, es difícil mirarles la grupa sin pensar en una buena salsa de menta. La gacela a la que daba yo de comer parecía leer mis pensamientos, pues me resultó evidente que, aunque se llevó el mendrugo de pan que le tendía, yo no le había caído nada bien. Mordisqueó el pan deprisa, bajó la testuz y trató de embestirme; mordisqueó otro poco e hizo un nuevo amago de embestida. Es probable que pensara que, si conseguía alejarme un poco, el pan quedaría a su alcance, suspendido en el aire.

Un jornalero árabe que trabajaba en la senda dejó a un lado su pesado azadón y se acercó a nosotros. Dirigía la mirada de la gacela al mendrugo de pan y de este al animal con una suerte de tranquila perplejidad, como si nunca hubiera visto nada semejante. Al final se dirigió a nosotros tímidamente, en francés:

—Ya me comía yo un poco de ese pan.

Partí un pedazo, se lo di y lo guardó agradecido en algún secreto lugar, bajo sus andrajos. El hombre es un empleado municipal.

Cuando se recorre la judería, uno se hace una idea seguramente acertada de cómo eran los guetos de la Edad Media. Bajo el poder de los musulmanes, los judíos sólo tenían permiso para poseer tierras en determinadas zonas restringidas, y al cabo de muchos siglos de recibir ese trato han dejado de preocuparse por la superpoblación. Muchas de las calles tienen una anchura que ni de lejos llega a los dos metros, las casas carecen de ventanas y los niños, con los ojos irritados por alguna infección, se arraciman por doquier en cantidades inauditas, como enjambres de moscas. Por el centro de la calle corre casi siempre un riachuelo de orines.

En el bazar, familias muy numerosas de judíos, vestidos todos con una túnica negra y también con el pequeño casquete negro, trabajan en lúgubres zaquizamíes infestados de moscas, que más parecen cavernas. Hay un carpintero sentado con las piernas cruzadas ante un torno prehistórico, torneando patas de sillas a una velocidad de vértigo. Lo hace girar con un arco que sujeta con la mano derecha, y guía el escoplo con el pie izquierdo. Gracias a que ha pasado la vida entera en esa postura, tiene la pierna izquierda totalmente combada, deforme. A su lado está su nieto, de seis años de edad, que ya conoce lo más elemental del oficio.

Pasaba yo por delante de los tenderetes de los caldereros cuando alguien se fijó en que acababa de prender un cigarrillo. En el acto, de los oscuros agujeros que había en derredor salió en tropel una frenética avalancha de judíos, muchos de ellos ya abuelos, con luengas barbas grises, todos pidiendo a voz en cuello un cigarro. Incluso un ciego que se había guarecido en lo más recóndito de un cuchitril oyó el rumor a cuento del tabaco y salió a gatas, palpando el aire con la mano. En menos de un minuto se me había acabado todo el paquete. Ninguno de ellos, creo yo, trabaja

menos de doce horas al día. Todos contemplan un simple cigarrillo como si de un lujo inaccesible se tratara.

Como los judíos viven en una comunidad cerrada, se dedican a los mismos oficios que los árabes, con la excepción de la agricultura. Hay vendedores de fruta, alfareros, orfebres, herreros, carniceros, curtidores, sastres, aguadores, mendigos, mozos de cuerda… Se mire a donde se mire, no se ven más que judíos. De hecho, son unos trece mil, que viven hacinados en muy pocas hectáreas. Menos mal que Hitler no ronda por aquí. Quién sabe, tal vez ya esté en camino. Se oyen los rumores siniestros de costumbre a cuento de los judíos, y no sólo entre los árabes, sino también entre los europeos con menos medios económicos.

—Pues sí, *mon vieux*, a mí me quitaron el puesto de trabajo y se lo dieron a un judío. ¡Peste de judíos! Son los que en verdad tienen el poder en este país. Son los que tienen todo el dinero. Controlan los bancos, las finanzas, todo.

—Pero veamos —dije yo—, ¿no es cierto que el judío normal y corriente trabaja por un penique a la hora?

—Ah, eso lo dicen sólo para darnos pena. En realidad, todos son prestamistas. Muy astutos, los judíos, ya lo creo.

Más o menos de esa forma, hace doscientos años quemaban a las viejas pobres en la hoguera acusándolas de brujería, cuando no eran capaces de hacer magia ni para comer algo decente.

Todas las personas que viven de trabajos manuales son en parte invisibles, y cuanto más importante sea su trabajo, menos visibles son. Aun así, una piel blanca siempre llama la atención. En el norte de Europa, cuando se ve a un labrador que faena en el campo, posiblemente lo miramos dos veces. En un país de clima caluroso, en cualquier lugar al sur de Gibraltar o al este de Suez, lo más probable es que ni siquiera lo veamos. Es algo en lo que he reparado una y mil veces. En un paisaje tropical el ojo lo absorbe todo, salvo los seres humanos. Absorbe la tierra reseca, la chumbera, la palmera, las montañas lejanas, pero siempre pasa por alto al campesino que labra su terruño. Es del mismo color que la tierra, y mucho menos interesante de ver.

Sólo por esta razón, a los países asiáticos y africanos azotados por las hambrunas se los considera lugares idóneos para el turismo. Nadie en su sano juicio organizaría viajes baratos a las regiones más deprimidas. En cambio, allí donde los seres humanos tienen la piel morena, oscura, su pobreza apenas se percibe. ¿Qué significa Marruecos para un francés? Un naranjal o un trabajo de funcionario. ¿Y para un inglés? Camellos, palmeras, la Legión Extranjera, bandejas de cobre y bandidos. Es probable que uno pudiera vivir años aquí sin darse cuenta de que, para el 90 por ciento de la población, la realidad de la vida no es sino una lucha inacabable en la que se desloman con tal de arrancarle a una tierra erosionada algo que llevarse a la boca.

La mayor parte de Marruecos es tan desértica que ningún animal salvaje más grande que una liebre puede vivir. Zonas muy amplias, en otro tiempo boscosas, se han convertido en eriales sin un solo árbol, sin vegetación, donde el terreno parece de polvo de ladrillo. No obstante, en gran medida está cultivado, aunque a costa de un trabajo espantoso. Todo se hace a mano. Largas colas de mujeres encorvadas como una ele mayúscula invertida faenan despacio por los campos, arrancando las malas hierbas con las manos, y el campesino que recoge alfalfa para el forraje arranca las plantas tallo a tallo en vez de segarlas con la guadaña, con lo cual ahorra unos centímetros en cada tallo. El arado es un artilugio de madera tan frágil que se puede llevar al hombro, y que remata en un extremo una tosca punta de hierro que revuelve el terreno a una profundidad no mayor que un palmo. A eso equivale la fuerza de las bestias de carga. Es normal que aren la tierra con una yunta compuesta por una vaca y un asno. Dos asnos juntos suman la fuerza suficiente, mientras que dos vacas son más costosas de alimentar. Los campesinos no tienen rastras; se limitan a arar la tierra varias veces, cada una en un sentido diferente, dejándola al final con largos surcos, tras lo cual es preciso dar forma al terreno a golpe de azada, en trechos desiguales, para conservar el agua de riego. Salvo en los dos días posteriores a un chubasco, casi nunca hay agua suficiente. A lo largo de la linde de los campos, se cavan acequias de hasta nueve metros de profundidad para recoger cualquier gota que pueda circular por el subsuelo.

Todas las tardes pasa por delante de mi casa una hilera de mujeres de avanzada edad, cada una con un hato de leña. Todas están momificadas por la edad y el sol, y todas son muy delgadas. Parece ser corriente en las comunidades primitivas que las mujeres, cuando pasan de cierta edad, se encojan hasta quedar del tamaño de un niño. Una vez, una pobre mujer que no medía más de un metro y veinte centímetros de estatura pasó por debajo de donde yo estaba con una carga de leña enorme. La detuve y le puse en la palma de la mano una moneda de cinco sous (poco más que un céntimo). Respondió con un quejido agudísimo, un chillido casi, en parte de gratitud, pero sobre todo de sorpresa. Supongo que, desde su punto de vista, al haber reparado en ella prácticamente había quebrado yo una ley de la naturaleza. Aceptaba su condición de anciana, esto es, de bestia de carga. Cuando una familia viaja, es habitual ver a un padre y a un hijo crecido montados en sendos asnos, mientras una anciana los sigue a pie, cargando con el equipaje.

Pero lo extraño de estas personas es su invisibilidad. Durante varias semanas, siempre a la misma hora del día, la hilera de ancianas pasaba renqueando por delante de la casa, cargadas con sus hatos de leña. Pues bien, aun cuando mis pupilas las registrasen, dudo que en verdad pudiera decir que las había visto. Era la leña lo que pasaba por allí; así lo veía yo. Sólo un día en que me vi por azar caminando tras ellas, el curioso movimiento de sube y baja que efectuaba cada hato de leña hizo que me llamara la atención la figura humana que caminaba bajo el pesado fardo. Fue entonces cuando reparé en los pobres y viejos cuerpos del color de la tierra, cuerpos

reducidos a poco más que los huesos y la piel correosa, encorvados bajo un peso descomunal. Sin embargo, supongo que no llevaba ni cinco minutos en tierra marroquí cuando me percaté de que todos los asnos iban cargados en exceso, cosa que me enfureció. No cabe duda de que a los asnos se los trata de una manera execrable. En Marruecos, el asno es apenas más grande que un perro San Bernardo, pero porta una carga que en el ejército británico se tendría por excesiva para un mulo. Muy a menudo no se lo despoja del aparejo de carga durante varias semanas. Lo más penoso de todo es que se trata del ser más voluntarioso y terco de la Tierra, que sigue a su amo como un perro, y que no necesita ni brida ni ronzal. Tras una docena de años dedicado a trabajar de sol a sol, de repente se cae muerto, momento en el cual su dueño lo arroja a una zanja y los perros de la aldea le devoran las entrañas antes de que se haya enfriado.

Es algo que a uno le hace hervir la sangre, mientras que, en general, no sucede lo mismo con la penosa condición de los seres humanos. No me extiendo en comentarios, me limito a señalar un hecho. La gente de piel oscura es poco menos que invisible. Cualquiera siente lástima del asno con el lomo arqueado, aunque en general se debe a un mero accidente que uno llegue a percatarse de la anciana que se fatiga bajo el peso de la leña.

Así como las cigüeñas volaban rumbo al norte, los negros caminaban hacia el sur; una larga y polvorienta columna de infantería, baterías de cañones desmontables y más infantería, cuatro o cinco mil hombres en total serpenteando por la carretera, con el atronar de las botas y el retumbar de las ruedas de hierro.

Eran senegaleses, los negros más negros de África, tan negros que a veces es difícil verles el nacimiento del cabello en la nuca. Sus cuerpos espléndidos iban ocultos bajo los uniformes caqui heredados, y llevaban los pies embutidos en botas que parecían bloques de madera y cascos de acero varias tallas menores de lo debido. Hacía mucho calor y los hombres habían recorrido un larguísimo trecho a pie. Iban encorvados bajo el peso de la impedimenta, y los rostros curiosos, sensibles, rebrillaban debido al sudor.

Cuando pasaron de largo, un negro alto y muy joven me miró a los ojos. La mirada que me lanzó no se pareció en nada a lo que cabría esperar. No fue hostil, ni despectiva, ni malhumorada, ni siquiera inquisitiva. Fue la mirada tímida, con los ojos como platos, de un negro; en realidad, una mirada que denota un profundo respeto. Vi de qué se trataba: ese desdichado muchacho, ciudadano francés y, por tanto, arrastrado desde la selva para fregar suelos y enfermar de sífilis en cualquier cuartel, en realidad siente un respeto reverencial ante la piel de un blanco. Se le ha enseñado que la raza blanca es su dueña y señora. Y lo sigue creyendo a pie juntillas.

Pero hay un pensamiento que tiene todo hombre blanco (y, en este sentido, importa un comino que se considere socialista) cuando ve a un ejército de negros

pasar de largo: «¿Por cuánto tiempo seguiremos engañando a toda esta gente? ¿Cuánto falta para que empuñen sus fusiles contra nosotros?».

Fue curioso, de veras. Cada hombre blanco tiene este pensamiento alojado en alguna parte. Yo lo tenía y lo tenían los demás testigos que presenciaron el momento, así como los oficiales con sus casacas sudorosas y los suboficiales blancos que marchaban en las filas. Era una suerte de secreto que todos sabemos, y que no caeremos en la estupidez de revelar a nadie. Sólo los negros lo ignoraban. Y la verdad es que fue casi como ver a un gran rebaño mientras mirábamos la larga columna, tal vez tres kilómetros de hombres armados, que avanzaba en paz por el camino, mientras las grandes aves de color blanco volaban sobre ellos en dirección opuesta, brillantes como pedacitos de papel esparcidos al aire.

1940

CHARLES DICKENS

11 de marzo de 1940

1

Dickens es uno de esos escritores que vale la pena apropiarse. Si se para uno a pensarlo, incluso su entierro en la abadía de Westminster fue una especie de robo.

Cuando Chesterton escribió sus introducciones a la edición Everyman de las obras de Dickens, le pareció natural atribuirle su marcada dosis de medievalismo, y más recientemente un escritor marxista, el señor T. A. Jackson, ha hecho un enérgico esfuerzo por convertir a Dickens en un revolucionario sediento de sangre. El marxista afirma que es «casi» un marxista, el católico asegura que es «casi» un católico, y ambos lo retratan como un campeón del proletariado (o de «los pobres», como habría dicho Chesterton). Por otro lado, Nadezhda Krupskaya, en su librito sobre Lenin, cuenta que hacia el final de su vida el líder revolucionario fue a ver una versión teatral de *El grillo del hogar* y el «sentimentalismo de clase media» de Dickens le pareció tan insoportable que se fue en mitad de una escena.

Si entendemos por «clase media» lo que cabe esperar que Krupskaya quisiera decir con ello, es probable que su juicio fuese más certero que los de Chesterton y Jackson, aunque vale la pena subrayar que el disgusto implícito en ese comentario es poco habitual. Muchos lo han considerado ilegible, pero muy pocos parecen haber sentido hostilidad hacia el espíritu general de su obra. Hace algunos años, el señor Bechhofer Roberts publicó un extenso ataque contra Dickens en forma de novela (*This Side Idolatry*), pero en gran parte fue sólo un ataque personal por el modo en que Dickens trató a su mujer. Narraba incidentes de los que no había oído hablar ni siquiera uno de cada mil lectores, y que no invalidaban su obra más de lo que la «segunda mejor cama» invalida *Hamlet*. Lo único que el libro demostraba en realidad era que la personalidad literaria de un escritor poco o nada tiene que ver con su comportamiento en la intimidad. Es muy probable que en su vida privada Dickens fuese el egoísta insensible que describe el señor Bechhofer Roberts, pero en su obra publicada hay implícita una personalidad muy diferente, una personalidad que le ha granjeado muchos más amigos que enemigos. Podría haber sido de otro modo, pues aunque Dickens fuese un burgués, no cabe duda de que era un escritor subversivo, un radical y podríamos decir sinceramente que un rebelde. Cualquiera que haya leído su obra ha reparado en ello. Gissing, por ejemplo, el mejor de los estudiosos sobre Dickens, era cualquier cosa menos un radical, desaprobaba esa vena de Dickens y habría preferido que no la tuviese, pero nunca se le ocurrió negarla. En *Oliver Twist*, *Tiempos difíciles*, *Casa desolada* y *La pequeña Dorrit*, Dickens atacó las instituciones inglesas con una ferocidad sin parangón desde entonces. Y, no obstante, se las ingenió para hacerlo sin que nadie lo odiara; es más, las mismas personas a quienes atacaba lo han asimilado hasta tal punto que se ha convertido en una institución nacional. La actitud del público inglés en relación con Dickens siempre se

ha parecido a la del elefante que cree que un bastonazo es un agradable cosquilleo. Yo aún no había cumplido los diez años, y unos maestros en quienes incluso a esa edad veía un notable parecido con el señor Creakle ya me estaban embuchando a Dickens, y todo el mundo sabe sin que sea necesario decirlo que a los abogados les encanta Serjeant Buzfuz y que *La pequeña Dorrit* es uno de los libros favoritos del Ministerio del Interior. Dickens parece haber conseguido atacar a todo el mundo sin enemistarse con nadie. Como es natural, eso hace que uno se pregunte si no habría algo irreal en su ataque contra la sociedad. ¿Cuál era exactamente su postura desde un punto de vista social, moral y político? Como de costumbre, es más fácil definir dicha postura si empezamos decidiendo lo que no era.

En primer lugar, no era, como pretenden dar a entender los señores Chesterton y Jackson, un escritor «proletario». Para empezar, no escribe sobre el proletariado, y en eso se parece a la gran mayoría de los novelistas pasados y actuales. Si se busca a las clases trabajadoras en la ficción, y sobre todo en la ficción inglesa, lo único que se encuentra es un hueco. Esta afirmación tal vez requiera algunos matices. Por razones que son fáciles de entender, el trabajador agrícola (en Inglaterra, un proletario) aparece bastante en la ficción, y se ha escrito mucho sobre criminales, indigentes y, más recientemente, sobre la intelectualidad de la clase trabajadora. Pero los novelistas siempre han pasado por alto al proletariado común de las ciudades, a quienes hacen que la maquinaria funcione. Cuando consiguen abrirse paso entre las cubiertas de un libro, casi siempre es como objeto de conmiseración o de mofa. La acción principal de los relatos de Dickens transcurre de manera casi invariable en un ambiente de clase media. Si uno estudia con detalle sus novelas, descubre que el verdadero protagonista de estas es la burguesía comercial londinense y sus adláteres: abogados, empleados, comerciantes, taberneros, pequeños artesanos y criados. No hizo un solo retrato de un trabajador agrícola, y sólo uno (Stephen Blackpool, en *Tiempos difíciles*) de un trabajador industrial. Los Plornish de *La pequeña Dorrit* son probablemente su mejor retrato de una familia de trabajadores —los Peggotty, por ejemplo, difícilmente puede decirse que pertenezcan a la clase trabajadora—, pero en general no se le dan bien ese tipo de personajes. Si se pregunta a un lector medio qué personajes proletarios recuerda, los tres que citará con toda seguridad son Bill Sikes, Sam Weller y la señora Gamp. Un ladrón, un criado y una comadrona, una muestra no demasiado representativa precisamente de la clase trabajadora inglesa.

En segundo lugar, en el sentido aceptado de la palabra, Dickens no es un escritor «revolucionario». Aunque conviene precisar su postura.

Fuera lo que fuese Dickens, no era un hipócrita salvador de almas, uno de esos idiotas bienintencionados que creen que el mundo sería perfecto si se cambiaran un par de leyes y se abolieran unas pocas anomalías. Vale la pena compararlo con Charles Reade, por ejemplo. Reade era un hombre mucho mejor informado que Dickens y, en cierto sentido, más interesado por el bien general. Odiaba de verdad los abusos que veía, los mostró en una serie de novelas que resultan muy entretenidas

pese a ser un tanto absurdas, y probablemente contribuyó a cambiar la opinión pública sobre unas cuantas cuestiones menores pero importantes. Sin embargo, no llegó a comprender que hay ciertos males que, en la sociedad actual, no tienen remedio. Repara en un abuso menor, denúncialo, sácalo a la luz, llévalo ante un jurado británico y todo irá bien; así es como lo veía él. Dickens, en cambio, nunca creyó que pudieran curarse los granos extirpándolos. En cada una de sus páginas se nota que es consciente de que la sociedad es injusta desde las raíces. Es al preguntarnos «¿en qué raíz?» cuando empezamos a entender su postura.

Lo cierto es que la crítica que hace Dickens de la sociedad es casi exclusivamente moral, y de ahí la total falta de propuestas constructivas en su obra. Ataca la ley, el gobierno parlamentario, el sistema educativo y demás, sin sugerir con claridad cómo los reemplazaría. Por supuesto, la labor de un novelista, o un satírico, no consiste necesariamente en plantear propuestas constructivas, pero la clave es que la actitud de Dickens en el fondo ni siquiera es destructiva. No hay el menor indicio claro de que quiera subvertir el orden vigente, o de que piense que hacerlo supondría una gran diferencia, pues en realidad su objetivo no es tanto la sociedad como la «naturaleza humana». Sería difícil encontrar en sus libros un solo pasaje que diera a entender que el sistema económico es injusto como tal. En ningún sitio, por ejemplo, ataca a la empresa o la propiedad privadas. Incluso en un libro como *Nuestro amigo común*, que trata del poder de los muertos para inmiscuirse en el mundo de los vivos mediante un testamento absurdo, no se le ocurre sugerir que los individuos no deberían disponer de un poder tan irresponsable. Por supuesto, uno puede deducirlo por sí mismo, y puede deducirlo también por las observaciones acerca del testamento de Bounderby al final de *Tiempos difíciles*, y de hecho en toda su obra es posible deducir los males del capitalismo de *laissez-faire*. Se cuenta que Macaulay se negó a escribir una reseña de *Tiempos difíciles* porque desaprobaba su «hosco socialismo». Evidentemente, Macaulay estaba utilizando la palabra «socialismo» en el mismo sentido en que, hace veinte años, una comida vegetariana o un cuadro cubista podían ser tildados de «bolcheviques». No hay una sola línea en el libro que pueda considerarse propiamente socialista; de hecho, en todo caso su tendencia es procapitalista, porque la moraleja es que los capitalistas deberían ser más amables, no que los obreros tengan que ser rebeldes. Bounderby es un charlatán y un bravucón y Gradgrind está moralmente cegado, pero a grandes rasgos el mensaje es que, si fuesen mejores personas, el sistema funcionaría bastante bien. Poca más crítica social puede encontrarse en Dickens, a menos que se le atribuyan deliberadamente otras ideas. Todo su «mensaje» se reduce a lo que a primera vista parece un enorme lugar común: que si las personas se portaran con decencia, el mundo sería un lugar decente.

Naturalmente, eso exige unos pocos personajes que ocupen puestos de autoridad y se porten con decencia. De ahí la figura recurrente en Dickens del rico bondadoso, un personaje especialmente característico de la época juvenil y optimista del autor. Por lo general, se trata de un «comerciante» (no siempre se nos dice con qué

mercancías comercia), y siempre es un amable y anciano caballero casi sobrenatural que va de aquí para allá subiéndoles el sueldo a sus empleados, dando palmaditas en la cabeza a los niños, sacando a los morosos de la cárcel y haciendo de hada madrina. Por supuesto, es una figura puramente soñada, mucho más alejada de la vida real que, digamos, Squeers o Micawber. Incluso Dickens debió de pensar alguna vez que alguien tan desesperado por regalar su dinero nunca habría llegado a adquirirlo. El señor Pickwick, por ejemplo, había «estado en la City», pero es difícil imaginárselo amasando una fortuna allí. No obstante, ese personaje aparece como un hilo conductor en la mayoría de sus primeros libros. Pickwick, los Cheeryble, el viejo Chuzzlewit, Scrooge…; una y otra vez la figura del rico bondadoso repartiendo guineas. Sin embargo, Dickens da señales de evolucionar. En los libros de su época intermedia, el rico bondadoso hasta cierto punto desaparece. Nadie desempeña ese papel en *Historia de dos ciudades* ni en *Grandes esperanzas* —de hecho, esta última novela es un ataque claro contra el patrocinio—, y en *Tiempos difíciles* sólo lo interpreta dudosamente Gradgrind después de reformarse. El personaje reaparece de una forma distinta en el Meagles de *La pequeña Dorrit* y el John Jarndyce de *Casa desolada*, y tal vez podríamos añadir a la Betsy Trotwood de *David Copperfield*. Pero en esos libros el rico bondadoso ha dejado de ser un «comerciante» y se ve reducido a la condición de rentista. Resulta significativo. Un rentista forma parte de la clase dominante y puede, casi sin darse cuenta, hacer que otros trabajen para él, pero tiene muy poco poder directo. A diferencia de Scrooge o los Cheeryble, no puede solucionar las cosas subiéndole el salario a todo el mundo. La deducción aparente de los libros más bien pesimistas que escribió Dickens en torno a 1850 es que había comprendido la inutilidad de un individuo bienintencionado en una sociedad corrupta. No obstante, en su última novela completa, *Nuestro amigo común* (publicada entre 1864 y 1865), el rico bondadoso regresa en todo su esplendor en la persona de Boffin. Boffin es de origen proletario y si se ha enriquecido ha sido sólo gracias a una herencia, pero es el consabido *deus ex machina* que resuelve los problemas de todos repartiendo dinero por doquier. Incluso va de aquí para allá como los Cheeryble. En varios sentidos, *Nuestro amigo común* es un regreso al estilo anterior, y no precisamente fallido. El pensamiento de Dickens parece haber completado el círculo. Una vez más, la bondad individual es el remedio para todo.

Uno de los males más escandalosos de la época y del que Dickens apenas dice nada es el trabajo infantil. En sus libros hay muchos niños que sufren, pero por lo general padecen más en las escuelas que en las fábricas. El único ejemplo de trabajo infantil que nos ofrece es la descripción del pequeño David en *David Copperfield* mientras lava botellas en el almacén de Murdstone & Grinby. Eso, claro, es autobiográfico. El propio Dickens había trabajado, con sólo diez años, en la fábrica de betún de Warren en el Strand. Para él era un recuerdo terriblemente amargo, en parte porque le parecía un descrédito para sus padres, hasta el punto de que se lo ocultó a su mujer hasta después de muchos años de casados. Al recordar aquella

época, dice en *David Copperfield*:

> … incluso hoy me parece sorprendente que pudiesen abandonarme tan fácilmente a esa edad. Un niño de habilidades excelentes, y con notable capacidad de observación, listo, impaciente, delicado, y vulnerable tanto física como mentalmente, me parece increíble que nadie hiciese nada por mí. Pero no lo hicieron; y me convertí a los diez años en un pequeño siervo al servicio de Murdstone & Grinby.

Y luego, tras describir a los rudos muchachos con quienes trabajaba:

> No hay palabras para expresar la secreta agonía de mi alma al mezclarme con aquellos compañeros… y notar cómo mis esperanzas de crecer y ser un hombre educado y distinguido se aplastaban en mi interior.

Evidentemente, quien habla no es David Copperfield, sino el propio Dickens. Utiliza casi las mismas palabras en la autobiografía que empezó y abandonó unos meses más tarde. Por descontado, Dickens tiene razón al decir que un niño inteligente no debería trabajar diez horas al día pegando etiquetas en botellas, pero lo que no dice es que ningún niño debería verse condenado a ese destino, y no hay motivo alguno para deducir que lo piense. David se escapa del almacén, pero Mick Walker y Mealy Potatoes se quedan allí, y no parece que eso le preocupe especialmente a Dickens. Como de costumbre, no da la impresión de ser consciente de que la estructura de la sociedad puede ser transformada. Desprecia la política, no cree que nada bueno pueda salir del Parlamento —había sido taquígrafo parlamentario y sin duda la vivencia le desilusionó— y se muestra levemente hostil con el movimiento más esperanzador de la época, el sindicalismo. En *Tiempos difíciles* lo retrata poco menos que como una estafa, algo que sucede porque los empresarios no son lo bastante paternalistas. La negativa de Stephen Blackpool a ingresar en el sindicato parece casi una virtud a ojos de Dickens. Además, como ha señalado el señor Jackson, la asociación de aprendices de *Barnaby Rudge*, a la que pertenece Sim Tappertit, probablemente sea un ataque contra los sindicatos ilegales o apenas legales de la época, con sus asambleas secretas, contraseñas y demás. Es evidente que Dickens quiere que se trate bien a los trabajadores, pero nada hace suponer que quiera que tomen las riendas de su propio destino, y menos aún por medio de la violencia.

Da la casualidad de que Dickens aborda la revolución en sentido estricto en dos de sus novelas, *Barnaby Rudge* e *Historia de dos ciudades*. En la primera de ellas, se trata más bien de una algarada que de una revolución. Los Disturbios de Gordon de 1780, aunque tuvieron como pretexto el fanatismo religioso, al parecer fueron poco más que una absurda orgía de saqueos. La actitud de Dickens ante sucesos como ese queda suficientemente clara por el hecho de que su primera intención era que los cabecillas de los disturbios fueran tres locos huidos del manicomio. Al final cambió de idea, pero la figura principal del libro es de hecho un tonto del pueblo. En los capítulos dedicados a los disturbios, Dickens muestra un profundo horror ante la violencia de la turba. Se regodea describiendo escenas en las que las «heces» de la población se comportan con una bestialidad atroz. Son capítulos de gran interés psicológico porque demuestran lo mucho que había meditado sobre la cuestión. Lo

que describe sólo puede proceder de su imaginación, pues en la época en que él vivió no se habían producido disturbios a esa escala. He aquí, por ejemplo, una de sus descripciones:

> Si hubiesen abierto las puertas de Bedlam, no habría escapado ningún loco como los que produjo el frenesí de aquella noche. Hubo hombres que bailaron y pisotearon los lechos de flores como si aplastaran a sus enemigos, y arrancaron los tallos como salvajes que retorciesen cuellos humanos. Hubo quienes lanzaron al aire antorchas encendidas que les cayeron en la cara y la cabeza y les produjeron horribles quemaduras. Hubo quienes se abalanzaron contra el fuego y nadaron en él braceando como en el agua, y otros a quienes les impidieron saltar y cumplir su mortal anhelo. Sobre el cráneo de un joven borracho —de menos de veinte años, a juzgar por su aspecto— que yacía en el suelo con una botella en la boca, cayó goteando como una lluvia de fuego líquido el plomo al rojo vivo de un tejado y le fundió la cabeza como si fuese de cera… Pero nadie en la rugiente multitud se apiadó o se asqueó al presenciar aquellas escenas, ni se aplacó la rabia absurda, estúpida y feroz de nadie.

Uno casi tiene la impresión de estar leyendo una descripción de la España «roja» hecha por un partidario del general Franco. Por supuesto, es necesario tener en cuenta que, cuando Dickens escribió eso, la «turba» londinense todavía existía. (Hoy ya no hay turba, sólo un rebaño). Los salarios bajos y el crecimiento y los movimientos de la población habían dado lugar a un nutrido y peligroso proletariado en los suburbios, y hasta mediados del siglo XIX apenas existió nada parecido a una fuerza policial. Cuando empezaban a volar los adoquines, no había término medio entre cerrar los postigos y ordenar a las tropas que abrieran fuego. En *Historia de dos ciudades*, Dickens escribe sobre una revolución que sí estalló por un motivo real y su actitud es diferente, aunque no mucho. De hecho, *Historia de dos ciudades* es un libro que tiende a dejar una falsa impresión, sobre todo al cabo de un tiempo.

Lo que recuerda cualquiera que haya leído *Historia de dos ciudades* es el Reinado del Terror. Todo el libro está dominado por la guillotina: carretas que vienen y van, cuchillos ensangrentados, cabezas que caen en el cesto y siniestras ancianas que tejen mientras asisten al espectáculo. En realidad, dichas escenas ocupan sólo unos pocos capítulos, aunque estén escritas con una intensidad enorme, y el resto del libro es mucho más lento. No obstante, *Historia de dos ciudades* no es un tomo complementario de *La pimpinela escarlata*. Dickens ve con claridad que la Revolución francesa era inevitable y que muchos de los que fueron ejecutados se merecían semejante destino. Si uno se comporta como lo había hecho la aristocracia francesa, nos dice, la venganza es ineludible. Lo repite una y otra vez. Constantemente se nos recuerda que mientras «mi señor» haraganea en su cama con cuatro lacayos con librea sirviéndole el chocolate y fuera los campesinos pasan hambre, en algún lugar del bosque está creciendo el árbol del que se sacarán los tablones para construir el patíbulo donde instalar la guillotina, etcétera, etcétera, etcétera. Se insiste claramente en la inevitabilidad del Terror, dadas sus causas:

> Se acostumbraba demasiado… a hablar de esta terrible revolución como si fuese la única cosecha conocida bajo el cielo que nadie hubiera sembrado, como si nunca se hubiese hecho o dejado de hacer nada que condujera hasta ella, como si los observadores de los millones de desdichados de Francia, y de los recursos corrompidos y desperdiciados, que deberían haberles hechos prósperos, no lo hubiesen visto venir

inevitablemente, y no hubiesen escrito con claridad sobre lo que veían.

Y en otra parte:

> Todos los monstruos devoradores e insaciables imaginados desde que existe la imaginación se funden en un único hecho: la guillotina. Y, sin embargo, no hay en toda Francia, con su gran variedad de suelos y climas, una brizna de hierba, una hoja, una raíz, una rama, un grano de pimienta que madure bajo condiciones más seguras que las que han producido ese horror. Si uno deformase a la humanidad con los mismos martillos volvería a retorcerse con las mismas formas torturadas.

En otras palabras, los aristócratas franceses habían cavado sus propias tumbas. Pero no hay percepción aquí de lo que hoy se llama «necesidad histórica». Dickens entiende que los resultados son inevitables dadas las causas, pero cree que estas últimas podrían haberse evitado. La revolución tiene lugar porque siglos de opresión habían vuelto infrahumanos a los campesinos franceses. Si los malvados nobles hubiesen sabido pasar página y empezar de cero, como Scrooge, no habría habido revolución, ni *jacquerie*, ni guillotina…, y todo habría sido para bien. Es justo lo contrario de la actitud «revolucionaria». Desde el punto de vista «revolucionario», la lucha de clases es la causa principal del progreso, y por tanto el noble que roba al campesino y lo empuja a rebelarse está desempeñando un papel tan necesario como el del jacobino que guillotina a ese mismo noble. Dickens no escribió una sola línea que pudiera dar a entender tal cosa. A su juicio, la revolución es sólo un monstruo engendrado por la tiranía que siempre acaba devorando a sus propios instrumentos. La visión de Sydney Carton al pie de la guillotina prefigura la muerte de Defarge y otros espíritus dirigentes del Terror bajo esa misma hoja afilada, y, de hecho, fue más o menos lo que ocurrió.

Dickens está totalmente convencido de que la revolución es un monstruo. Por eso todo el mundo recuerda las escenas revolucionarias de *Historia de dos ciudades*, porque tienen la cualidad de una pesadilla, que es la del propio Dickens. Una y otra vez insiste en los absurdos horrores de la revolución: las matanzas en masa, la injusticia, el constante temor a los espías, la terrible sed de sangre de la turba. Las descripciones de la turba parisina —por ejemplo, la de la multitud de asesinos forcejeando en torno a la piedra de afilar para sacar filo a sus armas antes de matar a los prisioneros en las matanzas de septiembre— superan a las de *Barnaby Rudge*. Los revolucionarios le parecen unos salvajes degenerados, de hecho unos locos. Se regodea en su frenesí con una peculiar intensidad imaginativa. Por ejemplo, los describe bailando «La Carmagnole»:

> Serían al menos quinientas personas y bailaban como cinco mil demonios… Danzaban al son de la popular canción revolucionaria, llevando ferozmente el compás como si hicieran crujir los dientes al unísono… Se adelantaban, retrocedían, daban palmas, se llevaban las manos a la cabeza, daban vueltas, se abrazaban y giraban en parejas, hasta que muchos caían al suelo… De pronto volvían a detenerse, hacían una pausa, volvían a empezar, ocupaban toda la calle, y con la cabeza gacha y los brazos en alto se ponían a chillar. Ningún combate habría podido ser ni la mitad de horrible que aquel baile. Era muy evidente que se trataba de una diversión degenerada, de algo inocente que se había ido al diablo…

Incluso atribuye a alguno de aquellos miserables el gusto de guillotinar niños. El

pasaje que acabo de resumir debería leerse entero. En él y en otros parecidos se ve hasta qué punto era profundo el horror de Dickens por la histeria revolucionaria. Nótese, por ejemplo, esa pincelada, «con la cabeza gacha y los brazos en alto», etcétera, y la imagen perversa que evoca. *Madame* Defarge es una figura ciertamente espantosa, sin duda el mejor retrato hecho por Dickens de un personaje maligno. Defarge y otros son sencillamente «los nuevos opresores surgidos de la eliminación de los antiguos», los tribunales revolucionarios los preside «el populacho más bajo y cruel», etcétera, etcétera. Dickens insiste todo el tiempo en la inseguridad de pesadilla de un período revolucionario, y en eso demuestra tener gran clarividencia. «Una ley basada en la sospecha, que eliminaba cualquier seguridad para la vida o la libertad, y dejaba a las personas buenas e inocentes en manos de las malas y las culpables; cárceles abarrotadas de gente que no había cometido ningún delito y no conseguía audiencia». Son palabras que podrían aplicarse con mucha exactitud a varios países de nuestros días.

Los apologistas de cualquier revolución procuran por lo general relativizar sus horrores, mientras que el impulso de Dickens es exagerarlos, y desde un punto de vista histórico sin duda los ha exagerado. Incluso el Reinado del Terror fue un acontecimiento mucho menos dramático de lo que él pretende. Aunque no proporciona cifras, da la impresión de que fue una matanza frenética que duró años, cuando en realidad todo el Terror, en lo que se refiere a número de muertos, fue una broma en comparación con una batalla napoleónica. Pero los cuchillos ensangrentados y las carretas yendo y viniendo crean en su imaginación una visión particular y siniestra que ha conseguido transmitir a generaciones de lectores. Gracias a Dickens, la propia palabra «carreta» ha adquirido connotaciones homicidas, y se olvida que una carreta es sólo un tipo de carro agrícola. Incluso hoy en día, para el inglés medio, la Revolución francesa se reduce a poco más que una pirámide de cabezas cortadas. Es curioso que Dickens, que simpatizaba mucho más con las ideas de la revolución que la mayoría de los ingleses de su tiempo, desempeñara un papel en crear esa impresión.

Si uno odia la violencia y no cree en la política, el único remedio que le queda es la educación. Es posible que la sociedad ya no tenga remedio, pero siempre queda esperanza para el individuo mientras se pueda influir en él cuando todavía es lo bastante joven. Esa creencia explica en parte la preocupación de Dickens por la infancia.

Nadie, o en cualquier caso ningún escritor inglés, ha escrito mejor sobre la infancia que Dickens. A pesar de todos los conocimientos acumulados desde entonces, a pesar de que el hecho de que, en comparación, hoy se trata mucho mejor a los niños, ningún novelista ha sabido adoptar el punto de vista de un niño como lo hizo él. Yo debía de tener unos nueve años cuando leí *David Copperfield*. El ambiente mental de los primeros capítulos me resultó tan familiar e inteligible que pensé vagamente que los había escrito un niño. Y, no obstante, cuando uno relee el

libro de adulto y ve, por ejemplo, a los Murdstone transformados de una especie de figuras gigantescas y funestas a unos monstruos casi cómicos, dichos pasajes apenas pierden fuerza. Dickens ha sabido colocarse dentro y fuera de la imaginación del niño de modo que una misma escena puede constituir una parodia brutal o una realidad siniestra según la edad a la que se lea. Piénsese, por ejemplo, en la escena en la que acusan injustamente a David Copperfield de comerse las chuletas de cordero; o la escena de *Grandes esperanzas* en la que Pip, al volver de la casa de la señorita Havisham y sentirse incapaz de describir lo que ha visto, se refugia en una serie de absurdas mentiras a las que, por supuesto, todos dan crédito. Ahí está todo el aislamiento de la infancia. Y con qué exactitud ha reproducido los mecanismos de la mente infantil, su tendencia a la visualización y la sensibilidad ante determinadas impresiones. Pip cuenta como, en su infancia, se formó una idea de sus padres fallecidos fijándose en sus lápidas:

> La forma de las letras en la tumba de mi padre me producía la extraña sensación de que era un hombre fornido, moreno y con el cabello negro y rizado. De los trazos de la inscripción «Y Georgiana, esposa del anterior» saqué la infantil conclusión de que mi madre tenía pecas y era enfermiza. A cinco rombos de piedra de un pie y medio de largo, que estaban colocados formando una pulcra hilera junto a la tumba y estaban consagrados al recuerdo de mis cinco hermanos pequeños, debo la religiosa creencia de que todos habían nacido de espaldas con las manos en los bolsillos, y que no se las habían sacado jamás.

En *David Copperfield* hay un pasaje similar. Cuando David le muerde la mano al señor Murdstone, lo envían a un colegio y lo obligan a llevar un cartel a la espalda que pone: «Tengan cuidado. Muerde». Ve una puerta del patio donde los niños han grabado sus nombres y, por la apariencia de cada nombre, le parece saber con qué tono de voz leerá cada uno de ellos el cartel:

> Había un niño, un tal J. Steerforth, que había grabado muy profundamente su nombre varias veces, e imaginé que lo leería en voz muy alta y luego me tiraría del pelo. Había otro, un tal Tommy Traddles, que temí que se burlase y fingiera asustarse de mí. Y supuse que un tercero, George Demple, se pondría a cantarlo.

Al leer este pasaje de niño, me pareció que esas eran justamente las imágenes que evocaban aquellos nombres. La razón, claro, son sus asociaciones sonoras (Demple: «Templo»; Traddles, probablemente «skedaddle», en inglés, «huida apresurada»). Pero ¿cuántos antes de Dickens habían reparado en esas cosas? En su época era mucho más raro que ahora mostrar una actitud compasiva con los niños. Los inicios del siglo XIX no eran una buena época para ellos. Cuando Dickens era joven, todavía eran sometidos «solemnemente a juicio en los tribunales donde eran sometidos al escarnio público», y no hacía tanto que habían ahorcado a chicos de trece años por robos de escasa cuantía. La doctrina de «quebrantar el espíritu del niño» estaba en pleno vigor, y *The Fairchild Family* fue un libro corriente para educarlos hasta finales del siglo. Esa obra perversa se publica hoy en bonitas ediciones censuradas, pero vale la pena leer la versión original. Se hace uno una idea de los extremos a que se llevaba a veces la disciplina infantil. El señor Fairchild, por ejemplo, cuando sorprende a sus

hijos peleándose, primero los azota recitando el poema del doctor Watts «Deja que los perros ladren y muerdan» entre golpes de vara, y luego los obliga a pasar la tarde debajo de un patíbulo en el que cuelga el cadáver podrido de un asesino. A principios de siglo, decenas de miles de niños, a veces de hasta seis años de edad, trabajaban literalmente hasta la muerte en las minas o las hilanderías de algodón, e incluso en los colegios privados más elegantes se azotaba a los niños hasta hacerles sangre si se equivocaban al recitar los versos en latín. Un aspecto en el que Dickens por lo visto reparó y que sus contemporáneos pasaron por alto es el componente sádico y sexual presente en los azotes. Así se deduce, a mi entender, en *David Copperfield* y *Nicholas Nickleby*. No obstante, la crueldad mental con los niños le enfurece tanto como la física, y aunque hay unas pocas excepciones, sus maestros de escuela son por lo general unos sinvergüenzas.

Salvo las universidades y los grandes colegios privados, Dickens vapulea todas las instituciones educativas existentes en la Inglaterra de la época. Están la academia del doctor Blimber, donde atiborran de griego a los niños hasta hacerles estallar la cabeza, y las repulsivas escuelas caritativas de la época, que produjeron especímenes como Noah Claypole y Uriah Heep, y Salem House y Dotheboys Hall, o la deshonrosa escuela para señoritas regentada por la tía abuela del señor Wopsle. Parte de lo que dice Dickens sigue teniendo validez incluso hoy. Salem House es el antecedente de la «escuela preparatoria» moderna, y se le sigue pareciendo mucho; y en cuanto a la tía abuela del señor Wopsle, en casi todos los pueblos de Inglaterra sigue perpetrándose un engaño de índole muy similar. Pero, como de costumbre, la crítica de Dickens no es ni creativa ni destructiva. Comprende la estupidez de un sistema educativo basado en el léxico griego y la vara encerada, y no le inspira ninguna confianza la nueva enseñanza que hizo su aparición en los años cincuenta y sesenta, la escuela moderna con su obstinada insistencia en los «hechos». ¿Qué es lo que quiere, entonces? Como siempre, a lo que parece aspirar es a una versión moralizada de lo ya existente, una escuela a la antigua, pero sin vara, sin amenazas y con una buena alimentación (y sin tanto griego). La escuela del doctor Strong, a la que asiste David Copperfield después de escapar de Murdstone & Grinby, es sencillamente Salem House quitándole los vicios y añadiéndole un ambiente de «piedras grises y venerables»:

> La escuela del doctor Strong era excelente, tan distinta de la del señor Creakle como pueda serlo el bien del mal. Estaba organizada con decoro y seriedad y según un sistema sensato, apelando en todo al honor y la buena fe de los niños… lo cual obraba maravillas. Todos teníamos la sensación de participar en la dirección de la escuela y de contribuir a su carácter y dignidad. Por ello, pronto nos sentimos identificados con ella —al menos eso me ocurrió a mí, y no conocí a ningún niño al que le sucediera lo contrario— y estudiamos de buen grado. En los recreos disfrutábamos de mucha libertad y jugábamos a juegos nobles, y recuerdo que incluso entonces gozábamos de buena reputación en el pueblo y raramente hacíamos que nuestra apariencia o nuestros modales pudiesen ser motivo de deshonra para la reputación del doctor Strong y sus alumnos.

En la imprecisa vaguedad de este pasaje se percibe que Dickens carecía por completo de cualquier teoría acerca de la educación. Es capaz de imaginar el

ambiente moral de una buena escuela, pero nada más. Los niños estudian «de buen grado», pero ¿qué? Sin duda, el temario del doctor Blimber un poco aligerado. Al considerar la actitud implícita acerca de la sociedad en todas las novelas de Dickens, resulta sorprendente que enviara a su hijo mayor a Eton y mandara a los demás a colegios normales. Gissing al parecer opina que tal vez lo hiciera porque era consciente de carecer él mismo de educación, y en eso Gissing acaso esté influenciado por su propio amor por la educación clásica. Dickens apenas había recibido una educación formal, pero con eso no se había perdido nada, y en conjunto da la impresión de ser consciente de ello. Si Dickens era incapaz de imaginar una escuela mejor que la del doctor Strong, o que Eton en la vida real, es probable que se debiera a una laguna intelectual muy distinta de la que sugiere Gissing.

Da la impresión de que, en todos sus ataques contra la sociedad, Dickens apunta más a un cambio de espíritu que de estructura. Es inútil buscar en él un remedio concreto, y menos aún una doctrina política. Su aproximación es siempre en el plano moral, y su actitud está suficientemente resumida en la observación de que la escuela de Strong era tan distinta de la de Creakle como «pueda serlo el bien del mal». Dos cosas pueden parecerse mucho y ser abismalmente distintas. El cielo y el infierno se hallan en el mismo lugar. Es inútil cambiar las instituciones sin «cambiar su espíritu»; he ahí, en esencia, lo que nos dice siempre.

Si eso fuese todo, estaríamos tan sólo ante un escritor optimista, un charlatán reaccionario. Un «cambio de espíritu» es, de hecho, la excusa de quienes no quieren poner en peligro el *statu quo*. Pero Dickens no es un charlatán salvo en algunas cuestiones menores, y la impresión más profunda que uno extrae de sus obras es su odio a la tiranía. He dicho antes que Dickens no es un escritor revolucionario en el sentido aceptado de la palabra. Pero no está claro por qué una simple crítica moral de la sociedad no puede ser tan «revolucionaria» —y una revolución, al fin y al cabo, es poner las cosas patas arriba— como la crítica político-económica tan de moda en nuestros días. Blake no era un político, pero hay más comprensión de la naturaleza de la sociedad capitalista en un poema como «Londres» que en las tres cuartas partes de los libros socialistas. El progreso no es una ilusión, pero es lento e invariablemente decepcionante. Siempre hay un nuevo tirano esperando para reemplazar al antiguo, por lo general menos malo, pero aun así un tirano. Por consiguiente, pueden defenderse dos puntos de vista. El primero, ¿cómo va a mejorar la naturaleza humana sin cambiar antes el sistema? El segundo, ¿de qué sirve cambiar el sistema sin antes mejorar la naturaleza humana? Ambos atraen a diferentes tipos de persona, y probablemente muestren una tendencia a alternarse en el tiempo. El moralista y el revolucionario están minándose sin cesar el uno al otro. Marx hizo explotar cien toneladas de dinamita bajo las posturas del moralista, y todavía vivimos entre el eco de tan enorme explosión. Pero en algún lugar los zapadores están trabajando ya y se está acumulando la dinamita para hacer volar a Marx hasta la Luna. Luego Marx, o alguien como él, volverá con más dinamita y el proceso continuará, hasta un

desenlace que resulta imprevisible. El problema central —cómo impedir los abusos de poder— sigue sin estar resuelto. Dickens, que no tuvo suficiente clarividencia para ver que la propiedad privada era un obstáculo, sí la tuvo para comprender eso. Lo de que «si la gente se portara con decencia el mundo sería un lugar decente» no es un lugar común tan evidente como pudiera parecer.

2

Tal vez sea posible explicar mejor a Dickens que a otros autores basándose en su origen social, aunque en realidad la historia de su familia no fue la que podría deducirse de sus novelas. Su padre era un empleado del gobierno, y su madre tenía parientes tanto en el ejército como en la armada. No obstante, desde los nueve años se crio en Londres, en un ambiente comercial y, por lo general, entre apuros económicos. Mentalmente pertenece a la pequeña burguesía urbana, y resulta un ejemplar excepcionalmente característico de dicha clase, con todos sus rasgos muy desarrollados. Eso es en parte lo que hace que sea tan interesante. Si uno busca un equivalente moderno, el más parecido sería H. G. Wells, que tiene una historia parecida y sin duda está en deuda con Dickens como novelista. Arnold Bennett también entraría en esta categoría, pero, a diferencia de los otros dos, procedía del centro de Inglaterra y de un trasfondo industrial e influido por el puritanismo inconformista, en lugar de comercial y anglicano.

La gran desventaja, y la ventaja, de la pequeña burguesía urbana es su perspectiva limitada. Para ella, el mundo se reduce al de la clase media, y todo lo que queda fuera de esos límites le parece risible o ligeramente perverso. Por un lado, no está en contacto ni con la tierra ni con la industria, y, por otro, no tiene relación con las clases gobernantes. Cualquiera que haya estudiado con detalle las novelas de Wells habrá reparado en que, aunque detesta al aristócrata, no pone grandes objeciones al plutócrata ni siente particular entusiasmo por el proletario. Los tipos humanos que más odia, y a quienes tiene por responsables de todos los males de la humanidad, son los reyes, los terratenientes, los curas, los nacionalistas, los soldados, los intelectuales y los campesinos. A primera vista, una lista que empieza por los reyes y acaba por los campesinos podría parecer un simple *totum revolutum*, pero en realidad todos tienen algo en común. Son personas arcaicas, gente que se rige por la tradición y que tiene la mirada puesta en el pasado; al revés, por tanto, de la creciente burguesía que ha invertido su dinero en el futuro y para la que el pasado es, sencillamente, algo muerto.

En realidad, aunque Dickens vivió en una época en la que la burguesía era una clase en expansión, esa característica no está tan marcada en él como en Wells. Apenas se fija en el futuro y conserva un afecto sentimentaloide por lo pintoresco (la vieja y típica iglesia, etcétera). No obstante, su lista de personajes más odiados se parece lo suficiente a la de Wells para que la semejanza resulte sorprendente. Está vagamente del lado de la clase trabajadora —siente una especie de simpatía generalizada por ella porque está oprimida—, pero en realidad apenas la conoce; en sus libros aparece representada más que nada por criados, y además son criados cómicos. Por otro lado, detesta al aristócrata y —en eso es mejor que Wells—

también a los grandes burgueses. Sus verdaderas simpatías limitan con el señor Pickwick por arriba y con el señor Barkis por abajo. No obstante, el término «aristócrata» para referirse al individuo odiado por Dickens es muy vago y necesita ser definido.

Lo cierto es que el objetivo de Dickens no es tanto la gran aristocracia, que apenas aparece en sus libros, como sus vástagos menores: las viudas gorronas que viven en callejuelas de Mayfair, los burócratas y los soldados profesionales. En todas sus obras encontramos incontables esbozos hostiles de estas personas y apenas alguno amistoso. Prácticamente no hay un solo retrato benévolo de la clase terrateniente. Podría hacerse una dudosa excepción con *sir* Leicester Dedlock; de lo contrario, sólo nos quedarían el señor Wardle (que es una figura tópica, «el viejo y benévolo terrateniente») y Haredale en *Barnaby Rudge*, que goza de las simpatías de Dickens porque es un católico perseguido. No hay retratos amistosos de soldados (es decir, de oficiales) ni de ningún marino. En cuanto a sus burócratas, jueces y magistrados, la mayoría se sentirían a sus anchas en la Oficina de Circunlocuciones. Resulta elocuente que los únicos funcionarios a quienes Dickens trata con cierta amabilidad sean policías.

Esta postura de Dickens le resulta fácil de entender a cualquier inglés porque forma parte de la tradición puritana inglesa, que no ha muerto ni siquiera hoy. La clase a la que pertenecía Dickens, al menos por adopción, se estaba enriqueciendo de pronto tras varios siglos de haber sido relegada a la oscuridad. Se había desarrollado sobre todo en las grandes ciudades, sin mantener contacto alguno con la agricultura y lejos del poder político; según su experiencia, el gobierno era algo que o perseguía o se entrometía. Por tanto, era una clase sin tradición de servicio público y sin demasiada tradición de utilidad. Lo que más sorprende en la actualidad de la nueva clase adinerada del siglo XIX es su absoluta irresponsabilidad; todo lo ve en términos de éxito individual, sin reparar apenas en la existencia de la comunidad. Por otro lado, un Tite Barnacle, incluso cuando estuviera incumpliendo sus obligaciones, tendría cierta vaga idea de las obligaciones que estaba incumpliendo. Dickens nunca es irresponsable, y menos aún apoya la codiciosa actitud smilesiana, pero en el fondo de su imaginación suele anidar el convencimiento de que el aparato del gobierno es innecesario. El Parlamento es sólo lord Coodle y *sir* Thomas Doodle, el imperio es sólo el comandante Bagstock y su criado indio, el ejército es sólo el coronel Chowser y el doctor Slammer, la administración pública es sólo Bumble y la Oficina de Circunlocuciones, y así sucesivamente. Lo que no ve, o sólo acierta a ver de vez en cuando, es que Coodle, Doodle y los demás cadáveres del siglo XVIII están llevando a cabo una función por la que nunca se interesarían Pickwick ni Boffin.

Y, por supuesto, esa estrechez de miras supone en cierto modo una gran ventaja para él, porque para un caricaturista ver demasiado resulta fatal. Desde el punto de vista de Dickens, la «buena» sociedad no es más que una colección de tontos de pueblo. ¡Menuda pandilla! ¡*Lady* Tippins! ¡La señora Gowan! ¡Lord Verisopht! ¡El

honorable Bob Stables! ¡La señora Sparsit (cuyo marido era un Powler)! ¡Los Tite Barnacle! ¡Nupkins! Casi parecen sacados de un manual de psiquiatría. Pero, al mismo tiempo, su distanciamiento de la clase terrateniente-militar-burocrática le incapacita para una sátira más profunda. Sólo lo consigue cuando los describe como deficientes mentales. La acusación que solía hacérsele a Dickens en su época de que «no sabía retratar a un caballero» era absurda, pero cierta en el sentido de que lo que dice contra la clase de los «caballeros» rara vez resulta muy dañino. *Sir* Mulberry Hawk, por ejemplo, es un triste ejemplo de *baronet* malvado. Harthouse, en *Tiempos difíciles*, está más conseguido, pero para Trollope o Thackeray habría sido un logro de lo más normal. El pensamiento de Trollope rara vez se mueve fuera de la clase de los «caballeros», mientras que Thackeray cuenta con la enorme ventaja de tener un pie en cada uno de los dos campos morales. En algunos aspectos su perspectiva es muy similar a la de Dickens. Como él, se identifica con la clase puritana y adinerada frente a la aristocracia ludópata, estafadora y ahogada en deudas. El siglo XVIII, tal como lo ve él, se proyecta en el XIX en la persona del malvado lord Steyne. *La feria de las vanidades* es una versión larga de lo que Dickens hizo en unos capítulos en *La pequeña Dorrit*. Pero, por su origen y su educación, Thackeray está más cerca de la clase que satiriza, de modo que puede crear personajes más sutiles en comparación, como, por ejemplo, el comandante Pendennis y Rawdon Crawley. El primero es un esnob viejo y superficial, y Crawley es un rufián estúpido que no ve nada de malo en ganarse la vida durante varios años estafando a los comerciantes; pero en lo que repara Thackeray es que, según su tortuoso código, ninguno de ellos es una mala persona. El comandante Pendennis, por ejemplo, nunca firmaría un cheque sin fondos. Rawdon sin duda sí que lo haría, pero no dejaría en la estacada a un amigo que estuviese en un apuro. Ambos se comportarían con valentía en el campo de batalla…, algo que no impresionaría especialmente a Dickens. El resultado es que, al final, acabamos sintiendo una indulgencia regocijante por el comandante Pendennis y casi llegamos a sentir respeto por Rawdon; y aun así comprendemos, mejor que mediante cualquier diatriba, la absoluta corrupción de esa vida de sablistas y aduladores en los márgenes de la sociedad elegante. Dickens habría sido incapaz de conseguir eso. En sus manos, tanto Rawdon como el comandante habrían quedado reducidos a caricaturas tradicionales. Y, en conjunto, sus ataques a la «buena sociedad» son más bien superficiales. La aristocracia y la gran burguesía aparecen en sus libros como una especie de «ruido de fondo», un coro de risas entre bambalinas, como las cenas de Podsnap. Cuando consigue un retrato verdaderamente sutil y conmovedor, como los de John Dorrit o Harold Skimpole, se trata por lo general de alguna persona corriente y sin importancia.

Una característica sorprendente de Dickens, sobre todo teniendo en cuenta la época en que vivió, es su falta de nacionalismo ramplón. Todos los pueblos que han llegado al punto de convertirse en naciones tienden a despreciar a los extranjeros, pero no cabe duda de que los anglohablantes son los peores. Se nota en el hecho de

que, en cuanto reparan en la existencia de alguna raza extranjera, inventan un apelativo insultante para referirse a ella. «Espagueti», «franchute», «godo», «ladino», «negro», «amarillo» e «indio» son sólo unos cuantos ejemplos. Antes de 1870, la lista habría sido mucho más corta porque el mapa del mundo era diferente al de hoy, y sólo tres o cuatro pueblos extranjeros habían entrado plenamente a formar parte de la conciencia inglesa. No obstante, el paternalismo de los ingleses hacia ellos, y sobre todo hacia Francia, la nación más cercana y detestada, era tan intolerable que la «arrogancia» y la «xenofobia» inglesas continúan siendo legendarias. Y, por supuesto, siguen estando en parte vigentes incluso hoy. Hasta hace muy poco, se educaba a casi todos los niños ingleses en el desprecio a los pueblos europeos meridionales, y la historia que se enseñaba en los colegios era básicamente una lista de batallas ganadas por Inglaterra. Pero para conocer verdaderamente esa jactancia hay que leer, por ejemplo, la *Quarterly Review* de los años treinta. Eran los días en que los ingleses estaban construyendo su leyenda de «robustos isleños» y «obstinados corazones de roble», y en que se aceptaba como una especie de hecho científico que un inglés valía por tres extranjeros. En todas las novelas y periódicos satíricos decimonónicos aparece la tradicional figura del «gabacho», un hombrecillo ridículo con perilla y sombrero de copa, que se pasa la vida gesticulando y parloteando, vanidoso, frívolo y aficionado a jactarse de sus logros en el campo de batalla, pero dispuesto a salir corriendo ante el menor indicio de verdadero peligro. Frente a él estaba John Bull, el «recio soldado inglés», o (en una versión de colegio privado) el «inglés fuerte y silencioso» de Charles Kingsley, Tom Hughes y otros.

Thackeray, por ejemplo, comparte esa perspectiva, aunque hay momentos en que comprende su ridiculez y se burla de ella. El único hecho histórico que permanece fijo en su imaginación es que los ingleses vencieron en la batalla de Waterloo; no es posible avanzar mucho en sus libros sin encontrar alguna referencia al respecto. Los ingleses, tal como él los ve, son invencibles debido a su tremenda fuerza física, gracias a que se alimentan sobre todo de ternera. Como muchos ingleses de su tiempo, alberga la curiosa ilusión de que los ingleses son más corpulentos que otros pueblos (Thackeray, de hecho, lo era), de modo que es capaz de escribir pasajes como este:

> Te digo que eres mejor que un francés. Incluso estaría dispuesto a apostar a que quien está leyendo estas líneas mide más de uno setenta y pesa ochenta kilos, mientras que un francés apenas mide uno sesenta y no llega a los setenta kilos. El francés, después de la sopa, se toma un plato de verdura, mientras que tú comes uno de carne. Eres un animal superior y diferente; un animal especializado en derrotar a los franceses (tal como prueban cientos de años de historia), etcétera, etcétera.

Hay pasajes similares en todas las obras de Thackeray. En cambio, Dickens jamás hubiera incurrido en algo semejante. Sería exagerado decir que nunca se burla de los extranjeros, y por supuesto, como casi todos los ingleses del siglo XIX, desconoce la cultura europea. Pero nunca cae en la típica jactancia inglesa o en la cháchara al estilo de la «raza isleña», el «linaje de bulldogs» o «esta pequeña isla firme y justa». En

Historia de dos ciudades no hay una sola línea que pueda interpretarse como: «¡Mirad cómo se comportan estos malvados franceses!». El único momento en que parece hacer gala de odio por los extranjeros es en los capítulos estadounidenses de *Martin Chuzzlewit*. No obstante, se trata sólo de la reacción de un espíritu generoso contra la hipocresía. Si Dickens estuviese vivo hoy viajaría a la Rusia soviética y volvería con un libro muy parecido a *Regreso de la URSS*, de Gide. Pero no cae en la estupidez de considerar a las naciones como individuos. Rara vez bromea sobre la nacionalidad. No recurre al irlandés o al galés cómicos, por ejemplo, y no precisamente porque tenga objeciones contra los tópicos o las bromas preconcebidas. Más significativo aún resulta que no demuestre tener prejuicios contra los judíos. Es cierto que da por supuesto (*Oliver Twist* y *Grandes esperanzas*) que un perista ha de ser judío, lo cual probablemente estaría justificado en su época, pero el «chiste de judíos» omnipresente en la literatura inglesa hasta el ascenso de Hitler al poder no aparece en sus libros, y en *Nuestro amigo común* incluso realiza un piadoso aunque no muy convincente intento de defender a los judíos.

La ausencia de nacionalismo ramplón en Dickens es, en parte, un indicio de un espíritu verdaderamente generoso y, en parte, el resultado de su actitud política negativa y más bien impotente. Es muy inglés pero apenas se da cuenta, y sin duda la idea de ser inglés no le emociona. No alberga sentimientos imperialistas ni opiniones discernibles sobre política exterior, y la tradición militar le es ajena. Por temperamento se halla mucho más próximo al pequeño comerciante adepto al inconformismo que desprecia a los «casacas rojas» y cree que la guerra es perversa, una visión parcial, aunque, al fin y al cabo, la guerra es perversa. Resulta llamativo que Dickens apenas escriba sobre los conflictos bélicos, ni siquiera para denunciarlos. Pese a su maravillosa capacidad de descripción y para contar cosas que no había visto, jamás describe una batalla, a menos que contemos como tal el asalto a la Bastilla en *Historia de dos ciudades*. Probablemente no pensara que tuviese interés, y en cualquier caso no consideraba que un campo de batalla fuera un sitio donde ambientar nada que valiera la pena, lo cual coincide con la mentalidad puritana de la clase media baja.

3

Dickens había vivido tan cerca de la pobreza cuando era niño que le inspiraba pánico y, a pesar de su generosidad de espíritu, no está libre de los prejuicios de los modestos pero dignos. Es frecuente tildarlo de escritor «popular» y defensor de las «masas oprimidas». Y en efecto lo es, en tanto en cuanto las considera oprimidas; pero hay dos cosas que condicionan su postura. En primer lugar, Dickens es del sur de Inglaterra y, por si fuera poco, *cockney*, y por tanto no está en contacto con las masas verdaderamente oprimidas, los trabajadores industriales y agrícolas. Es interesante que Chesterton, otro *cockney*, siempre presente a Dickens como el portavoz de «los pobres», sin tener muy claro quiénes son en realidad «los pobres». Para Chesterton, son los humildes tenderos y criados. «Sam Weller —nos dice— es el gran símbolo en la literatura inglesa del populacho característico de Inglaterra»; ¡y Sam Weller es un ayuda de cámara! Por otro lado, las primeras vivencias de Dickens causaron en él un horror por la violencia del proletariado. Así se aprecia, de manera inconfundible, siempre que habla de los más pobres entre los pobres, los habitantes de los suburbios. Sus descripciones de los arrabales de Londres están siempre preñadas de una repugnancia que no se esfuerza en disimular:

> Las calles eran sucias y estrechas; las tiendas y las casas, miserables, y la gente era fea e iba medio desnuda, ebria y descalza. Los callejones y los pasadizos vertían como pozos negros su vida, sus olores y su porquería en las calles desordenadas; y todo el barrio apestaba a crimen, suciedad, miseria, etcétera, etcétera.

Hay muchos pasajes similares en Dickens. De ellos uno saca la impresión de que se trata de poblaciones enteras sumergidas y consideradas inaceptables. Al igual que el socialista doctrinario moderno, descarta con desprecio a una gran parte de la población como «lumpenproletariat». Dickens demuestra también una menor comprensión de los criminales de lo que cabría esperar de él. Aunque es consciente de las causas sociales y económicas de los delitos, a menudo parece pensar que, cuando alguien quebranta la ley, se sitúa fuera de la sociedad humana. Hay un capítulo al final de *David Copperfield* en el que David visita la cárcel donde Littimer y Uriah Heep están cumpliendo condena. Dickens parece considerar demasiado humanas las horribles cárceles «modelo» que Charles Read atacó en su memorable *It is Never too Late to Mend*. ¡Se queja de que la comida es demasiado buena! Siempre que se topa con el crimen o con las peores profundidades de la pobreza sale a relucir la actitud de «yo siempre he sido una persona respetable». La actitud de Pip (obviamente, la del propio Dickens) con Magwitch en *Grandes esperanzas* es muy interesante. Pip es consciente de su ingratitud con Joe, pero mucho menos de su ingratitud con Magwitch. Cuando descubre que la persona que le ha ayudado durante años es en realidad un presidiario deportado, siente asco. «Lo mucho que aborrecía a

aquel hombre, el miedo que me inspiraba, la repugnancia con que me apartaba de él no habrían sido mayores si se hubiese tratado de una bestia espantosa», etcétera, etcétera. Y por lo que podemos deducir del texto, no es porque Magwitch lo amenazara de niño en el cementerio de la iglesia, sino porque es un delincuente y un presidiario. Aún percibimos otro toque «siempre he sido respetable» en el hecho de que Pip dé por supuesto que no puede aceptar el dinero de Magwitch. El dinero no es producto del delito, ha sido ganado honradamente, pero es el dinero de un expresidiario y, por tanto, está «sucio». En eso no hay falsedad psicológica. Desde ese punto de vista, la última parte de *Grandes esperanzas* es de lo mejor que escribió Dickens; al leerla uno piensa: «Sí, justo así es como se portaría Pip». Pero la clave radica en que, en lo que respecta a Magwitch, Dickens se identifica con Pip, y en el fondo su actitud es la de un esnob. El resultado es que Magwitch pertenece a la misma extraña clase de personajes que Falstaff y, probablemente, don Quijote, personajes más patéticos de lo que pretendía su autor.

Por supuesto, cuando se trata de pobres que no son delincuentes, los pobres normales, honrados y trabajadores, la actitud de Dickens no tiene nada de desdeñoso. Siente una admiración sincera por gente como los Peggotty y los Plornish, aunque es dudoso que los vea como a iguales. Resulta muy interesante leer el capítulo XI de *David Copperfield* y compararlo con el fragmento autobiográfico (una parte se incluye en la *Vida* de Forster) en el que Dickens expresa sus sentimientos sobre el episodio de la fábrica de betún de manera mucho más intensa que en la novela. Durante más de veinte años, el recuerdo le resultó tan doloroso que daba un rodeo para no tener que pasar por esa parte del Strand. Afirma que «pasar por allí me hacía llorar, incluso cuando mi hijo mayor ya había aprendido a hablar». El texto deja muy claro que lo que más le dolía, en aquel entonces y al recordarlo después, era el obligado contacto con sus compañeros «plebeyos»:

> No tengo palabras para expresar la secreta agonía de mi alma al verme en aquella compañía; comparar aquellos compañeros con los de mi infancia más feliz… No obstante, también gozaba de cierto estatus en la fábrica de betún… Pronto llegué a ser tan hábil y expeditivo con las manos como cualquiera de los otros chicos. Aunque era cordial con ellos, mi conducta y mis modales eran lo bastante diferentes como para que hubiera cierta distancia entre nosotros. Ellos, y los hombres, me llamaron siempre «el joven caballero». Cierto individuo… me llamaba a veces Charles, pero creo que era porque nos teníamos mucha confianza… Poll Green se rebeló una vez contra lo de «joven caballero»; pero Bob Fagin enseguida lo llamó al orden.

Se nota que le gustaba que hubiese «cierta distancia» entre ellos. Por mucho que Dickens admirase a las clases trabajadoras, no quería ser como ellas. Dados sus orígenes y la época en que vivió, no podía ser de otra manera. Puede que, a principios del siglo XIX, las animosidades entre clases no fuesen mayores que hoy, pero las diferencias superficiales entre una clase y otra sí que lo eran. El «caballero» y el «hombre común» debían de parecer especies diferentes. Dickens está sinceramente del lado de los pobres y en contra de los ricos, pero le habría sido casi imposible no considerar un estigma tener apariencia de trabajador. En una de las fábulas de Tolstói, los campesinos de un pueblo juzgan a todos los forasteros por el estado de sus manos.

Si tienen las palmas endurecidas por el esfuerzo, les dejan pasar; si las tienen suaves, los echan. Eso casi sería incomprensible para Dickens; todos sus héroes tienen suaves las palmas de las manos, y sus héroes más jóvenes —Nicholas Nickleby, Martin Chuzzlewit, Edward Chester, David Copperfield, John Harmon— tienen eso que se llama «aspecto de caballero». Le gusta que tengan un aspecto burgués y acento burgués (no aristocrático). Un detalle curioso es que no permite que nadie que vaya a desempeñar un papel heroico hable como un trabajador. Sus héroes cómicos, como Sam Weller, o las figuras sencillamente patéticas, como Stephen Blackpool, pueden hablar con acento, pero el *jeune premier* siempre utiliza el equivalente de la época al inglés de la BBC. Y es así aunque resulte absurdo. El pequeño Pip, por ejemplo, se educa con gente con acento de Essex, pero él habla inglés de clase alta desde su primera infancia; en realidad, debería haber hablado el mismo dialecto que Joe, o al menos que la señora Gargery. Lo mismo les ocurre a Biddy Wopsle, Lizzie Hexam, Sissie Jupe y Oliver Twist, y tal vez deberíamos añadir a la pequeña Dorrit. Incluso Rachel, en *Tiempos difíciles*, apenas tiene un leve acento de Lancashire, lo que en su caso habría sido imposible.

Un detalle que a menudo proporciona una clave respecto a los verdaderos sentimientos de un novelista sobre la cuestión de las clases sociales es la actitud que adopta cuando la clase choca con el sexo. Es un asunto demasiado doloroso para mentir sobre él y, por tanto, uno de los puntos en los que la pose de «no soy un esnob» tiende a venirse abajo.

Esto resulta aún más evidente cuando la distinción de clase es también una distinción de raza. Algo parecido a la actitud colonial (las mujeres «nativas» están permitidas, mientras que las blancas son sacrosantas) existe de manera velada en las comunidades de blancos y causa un amargo rencor en ambas partes. Cuando se plantea esta cuestión, los novelistas caen a menudo en crudos sentimientos de clase que habrían ocultado en otros casos. Un buen ejemplo de esa reacción «de clase» lo tenemos en una novela casi olvidada, *The People of Clopton*, de George Bartram. El código moral del autor está claramente mezclado con un odio de clase. Que una chica pobre sea seducida por un rico le parece atroz, una especie de profanación, algo muy diferente de que la seduzca alguien de su misma clase social. Trollope aborda la cuestión dos veces (en *The Three Clerks* y *The Small House at Allington*) y, como era de esperar, desde el punto de vista de la clase alta. Para él, un amorío con una camarera o la hija de la patrona de una pensión es sólo un «enredo» que hay que rehuir. Trollope, cuyos esquemas morales son estrictos, no permite que llegue a producirse la seducción, pero la conclusión a la que siempre se llega es que los sentimientos de una joven de clase trabajadora no tienen demasiada importancia. En *The Three Clerks* incluso cae en la típica reacción clasista al señalar que la joven «huele». Meredith (*Rhoda Fleming*) adopta un punto de vista más «concienciado» en lo que se refiere a la clase social. Thackeray, como le pasa a menudo, da la impresión de dudar. En *Pendennis* (Fanny Bolton) su actitud es similar a la de Trollope; en *A*

Shabby Genteel Story se parece más a la de Meredith.

Podría adivinarse mucho sobre el origen social de Trollope, de Meredith o de Bartram por el modo en que abordan la cuestión de la clase social y el sexo. Lo mismo ocurre con Dickens, pero lo que se deduce, como de costumbre, es que se inclina más por identificarse con la clase media que con el proletariado. El único incidente que parece contradecir esto es la historia de la joven campesina en el manuscrito del doctor Manette de *Historia de dos ciudades*. No obstante, se trata sólo de una anécdota de época incluida para explicar el odio implacable de *madame* Defarge, que Dickens no pretende justificar. En *David Copperfield*, donde aparece una típica seducción decimonónica, no parece conceder gran importancia a la cuestión de la clase social. Una ley de las novelas victorianas es que las afrentas sexuales no queden nunca sin castigo, y por eso Steerforth se ahoga en las arenas de Yarmouth, aunque ni Dickens ni el viejo Peggotty, ni siquiera Ham, parecen pensar que el delito de Steerforth sea peor por ser hijo de ricos. Los Steerforth se mueven por ambiciones de clase, pero los Peggotty no, ni siquiera en la escena entre la señora Steerforth y el viejo Peggotty; es evidente que, si lo hiciesen, probablemente se revolverían contra David en igual medida que contra Steerforth.

En *Nuestro amigo común*, Dickens trata el episodio de Eugene Wrayburn y Lizzie Hexam de manera muy realista y sin aparente sesgo de clase. Según la tradición del «suélteme, monstruo», Lizzie debería, o bien «rechazar» a Eugene, o bien dejar que le arruine la vida y arrojarse desde el puente de Waterloo; Eugene debería ser o un traidor despiadado o un héroe enfrentado a la sociedad. Pero ninguno de los dos se comporta así. Lizzie se asusta de los avances de Eugene y huye de ellos, pero no finge que le disgusten; Eugene se siente atraído por ella, es demasiado decente para intentar seducirla y no se atreve a casarse con ella a causa de su familia. Al final contraen matrimonio y nadie sale perjudicado, salvo tal vez el señor Twemlow, a quien dejarán de invitar a algunas cenas. Todo se parece mucho a lo que podría haber ocurrido en la vida real. Un novelista con «conciencia de clase» se la habría entregado a Bradley Headstone.

Sin embargo, cuando ocurre al revés, cuando se trata de un hombre pobre que aspira a alguna mujer que está «por encima de él», Dickens vuelve a adoptar de inmediato la actitud de clase media. Le gusta la idea victoriana de que una mujer (una mujer en mayúsculas) esté «por encima» de un hombre. Pip tiene la sensación de que Estella está «por encima» de él, y Esther Summerson está «por encima» de Guppy, la pequeña Dorrit está «por encima» de John Chivery y Lucy Manette está «por encima» de Sydney Carton. En algunos casos se trata de una superioridad sencillamente moral, pero en otros es social. Hay una reacción de clase inconfundible cuando David Copperfield descubre que Uriah Heep está planeando casarse con Agnes Wickfield. El repulsivo Uriah anuncia de pronto que está enamorado de ella:

> —¡Oh, señorito Copperfield, con qué afecto tan puro adoro el suelo que pisa mi Agnes!
> Creo que albergué la delirante idea de sacar el atizador al rojo vivo del fuego y atravesarlo con él. La

descarté con una conmoción, como la bala disparada por un fusil, pero la imagen de Agnes, ultrajada aunque sólo fuese de pensamiento por aquel animal rubicundo, perduró en mi imaginación cuando lo vi sentado al desgaire como si su alma mezquina retorciera su cuerpo, y la cabeza me dio vueltas…

—¡Creo que Agnes Wickfield está tan por encima de usted [dirá después David], y tan alejada de sus aspiraciones, como la mismísima luna!

Si se tiene en cuenta cómo se ha insistido a lo largo de todo el libro en la baja extracción social de Heep, en sus modales serviles, sus haches arrastradas y demás, no cabe duda de los sentimientos de Dickens. Heep, claro, representa al villano, pero incluso los villanos tienen vida sexual, y lo que verdaderamente le repugna a Dickens es imaginar a la «pura» Agnes en la cama con un hombre que arrastra las haches. No obstante, su tendencia habitual es tomarse a broma que un hombre se enamore de una mujer que está «por encima» de él. Es uno de esos chistes manidos de la literatura inglesa, de Malvolio en adelante. Guppy, en *Casa desolada*, es un ejemplo, y John Chivery es otro, y la cuestión aparece tratada con mucha mala intención en la «suaré» de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. En ella, Dickens describe a los lacayos de Bath viviendo una especie de fantasía, celebrando cenas a imitación de sus «mejores» y engañándose a sí mismos creyendo que sus amantes están enamoradas de ellos. Es evidente que a él le parece muy gracioso. Y en cierto modo lo es, aunque uno podría preguntarse si no es mejor para un lacayo engañarse de ese modo que aceptar sin más su estatus según el espíritu del catecismo.

En su actitud hacia los criados, Dickens no va por delante de su tiempo. En el siglo XIX acababa de empezar la revuelta contra el servicio doméstico, para disgusto de quienes ganaban más de quinientas libras al año. Gran parte de los chistes de los periódicos satíricos trataban de los humos que se daban los criados. Durante años, *Punch* publicó una serie de chistes titulados «Criad-ismos», que versaban sobre el hecho entonces sorprendente de que un criado es un ser humano. Dickens a veces cae en lo mismo. En sus libros abundan los criados cómicos y vulgares; los hay deshonestos (*Grandes esperanzas*), incompetentes (*David Copperfield*), que arrugan la nariz ante la buena comida (*Los papeles de Pickwick*), etcétera, etcétera, todos al estilo del ama de casa que explota a su cocinera. Pero lo curioso, tratándose de un radical decimonónico, es que, cuando quiere esbozar un retrato compasivo de un criado, lo que crea es un personaje inequívocamente feudal. Sam Weller, Mark Tapley y Clara Peggotty son figuras feudales. Pertenecen al género del «viejo criado de la familia»; se identifican con la familia de su amo y son al mismo tiempo fieles como perros y totalmente familiares. Sin duda Mark Tapley y Sam Weller están inspirados hasta cierto punto en Smollett, y por tanto en Cervantes; pero lo curioso es que Dickens se interesara por personajes así. La actitud de Sam Weller es claramente medieval. Se deja detener para acompañar al señor Pickwick a la cárcel, y luego se niega a casarse porque piensa que el señor Pickwick todavía requiere sus servicios. Hay una elocuente escena entre ambos:

—… con sueldo o sin él, con despido o sin él, con comida y alojamiento o sin ellos, el Sam Weller que contratasteis en la taberna del distrito se quedará a su lado suceda lo que suceda.

—Mi querido amigo —dijo el señor Pickwick cuando el señor Weller volvió a tomar asiento, abrumado por su propio entusiasmo—, debéis tener en cuenta a la joven.

—Ya la tengo en cuenta, señor —dijo Sam—. La he tenido en cuenta. He hablado con ella y le he explicado la situación. Está decidida a esperar hasta que yo esté dispuesto, y creo que lo hará. De lo contrario, será que no se trata de la joven que había pensado que es y estaré encantado de dejarla marchar.

Es fácil imaginar lo que habría respondido la joven en la vida real. Pero vale la pena reparar en el ambiente feudal. Sam Weller está dispuesto a sacrificar sin pensarlo años de su vida por su amo, y puede sentarse en su presencia. A ningún criado moderno se le pasaría por la cabeza ni lo uno ni lo otro. Las opiniones de Dickens sobre la cuestión de la servidumbre no van mucho más allá de desear que amo y criado se profesen afecto mutuo. Sloppy, en *Nuestro amigo común*, pese a ser un personaje totalmente fallido, representa la misma lealtad que Sam Weller. Dicha lealtad, por supuesto, es natural, humana y simpática; pero también lo era el feudalismo.

Lo que, como de costumbre, da la impresión de hacer Dickens es aspirar a una versión idealizada de la realidad. Escribió en una época en que el servicio doméstico debía de parecer un mal totalmente inevitable. No había máquinas que ahorrasen trabajo, y las desigualdades económicas eran enormes. Era una época de familias numerosas, comidas pretenciosas y casas incómodas, en la que trabajar catorce horas al día como un esclavo en la cocina del sótano resultaba tan corriente que no llamaba la atención. Y, dado el hecho de la servidumbre, la relación feudal es la única tolerable. Sam Weller y Mark Tapley son figuras no menos idealizadas que los Cheeryble. Si tiene que haber amos y criados, cuánto mejor que el amo sea el señor Pickwick y el criado sea Sam Weller. Claro que aún sería mejor que no hubiese criados, pero probablemente Dickens fuese incapaz de concebirlo siquiera. Sin un alto grado de desarrollo mecánico, la igualdad humana no es posible en la práctica, y Dickens se esfuerza en demostrar que tampoco es imaginable.

4

Que Dickens no escriba nunca sobre agricultura y, en cambio, lo haga constantemente sobre comida no es una simple coincidencia. Era un *cockney*, y para él Londres es el centro del mundo en el mismo sentido en que el estómago pueda ser el centro del cuerpo. Es una ciudad de consumidores, de gente profundamente civilizada pero no especialmente útil. Un detalle que sorprende al mirar debajo de la superficie de los libros de Dickens es que, comparado con los demás novelistas decimonónicos, es bastante ignorante. Sabe muy poco de cómo funcionan realmente las cosas. Es una afirmación que a primera vista no parece real y que requiere cierta justificación.

Dickens había vislumbrado con viveza la vida de los bajos fondos —la vida en la cárcel de deudores, por ejemplo— y era un novelista popular capaz de escribir sobre la gente corriente, al igual que les ocurría a casi todos los novelistas decimonónicos ingleses representativos. Se sentían a sus anchas en el mundo en el que vivían, mientras que los escritores de hoy están tan irremisiblemente aislados que la típica novela moderna suele ser una obra sobre un novelista. Incluso cuando Joyce, por ejemplo, se pasa casi un decenio haciendo pacientes esfuerzos por estar en contacto con el «hombre corriente», su «hombre corriente» resulta ser un judío, y además levemente intelectual. Dickens al menos se libra de eso. No tiene inconveniente en introducir los motivos habituales, el amor, la ambición, la avaricia, la venganza y demás. No obstante, nunca escribe del trabajo.

En las novelas de Dickens, cualquier cosa que tenga que ver con el trabajo ocurre fuera del escenario. El único de sus personajes que tiene un empleo creíble es David Copperfield, que primero es taquígrafo y luego novelista, como el propio Dickens. En el caso de casi todos los demás, el modo en que se ganan la vida queda arrinconado en el trasfondo. Pip, por ejemplo, «se dedica a los negocios» en Egipto, pero nunca se nos aclara de qué negocios se trata, y su vida laboral ocupa menos de media página en todo el libro. Clennam se ha dedicado a un negocio sin especificar en China y luego emprende otro, del que apenas se dan detalles, con Doyce. Martin Chuzzlewit es arquitecto, pero no parece tener mucho tiempo para ejercer, y sus aventuras no tienen que ver en ningún caso con el trabajo. En eso, el contraste entre Dickens y, pongamos por caso, Trollope resulta sorprendente. Y una de las razones es, sin duda, que Dickens sabe muy poco de las profesiones a las que se supone que se dedican sus personajes. ¿Qué sucede exactamente en las fábricas de Gradgrind? ¿Cómo amasó su fortuna Podsnap? ¿Cómo llevaba a cabo sus chanchullos Merdle? Sabemos que Dickens nunca entendió los detalles de las elecciones al Parlamento o las estafas en la bolsa del mismo modo en que lo hizo Trollope. Siempre que tiene que tratar del comercio, las finanzas, la industria o la política, se refugia en la inconcreción o en la sátira. Lo mismo ocurre incluso con los procedimientos jurídicos, con los que debía

de estar muy familiarizado. Basta comparar, por ejemplo, cualquier pleito en Dickens con el de *Orley Farm*.

Eso permite explicar en parte las innecesarias ramificaciones de las novelas de Dickens, las terribles «tramas» victorianas. Es cierto que no todas sus novelas son iguales. *Historia de dos ciudades* es una narración muy buena y bastante sencilla, y lo mismo puede decirse de *Tiempos difíciles*, pero son justo las dos que nunca se consideran «típicas de Dickens», y curiosamente no fueron publicadas por entregas. Las dos novelas escritas en primera persona también son muy buenas, si dejamos aparte las subtramas. Pero la típica novela dickensiana —*Nicholas Nickleby, Oliver Twist, Martin Chuzzlewit* o *Nuestro amigo común*— tiene siempre una estructura melodramática. Lo último que recuerda uno de ellas es la historia central. Y, al mismo tiempo, no creo que nadie las haya leído jamás sin llevarse el recuerdo de algunas de sus páginas al lecho de muerte. Dickens describe a los seres humanos con la mayor viveza, pero siempre en el ámbito de la vida privada, como «personajes», no como miembros funcionales de la sociedad; es decir, los ve estáticamente. Así pues, su mayor éxito es *Los papeles de Pickwick*, que no es una historia sino una serie de esbozos; apenas hay desarrollo, los personajes se limitan a seguir comportándose como idiotas en una especie de eternidad. En cuanto intenta que entren en acción, empieza el melodrama. Es incapaz de hacer que la acción gire en torno a sus ocupaciones normales; de ahí la maraña de coincidencias, intrigas, asesinatos, disfraces, testamentos enterrados, hermanos largo tiempo desaparecidos, etcétera, etcétera. Al final, incluso gente como Squeers y Micawber acaban absorbidos por la maquinaria.

Por supuesto, sería absurdo sostener que Dickens es un escritor confuso o simplemente melodramático. Gran parte de lo que escribió es muy real, y nadie ha igualado su capacidad para evocar imágenes visuales. Cuando Dickens describe algo, uno lo ve el resto de su vida. Aun así, en cierto sentido la concreción de su visión es un indicio de lo que se pierde, pues, después de todo, eso es lo que ve siempre el observador casual: lo no funcional, la superficie de las cosas. Nadie verdaderamente inmerso en un paisaje llega a ver jamás el propio paisaje. Por muy bien que sepa describir una apariencia, Dickens muy pocas veces describe un proceso. Las vívidas imágenes que logra grabar en nuestra memoria son casi siempre imágenes de cosas observadas en momentos de ocio, en los salones de las tabernas de pueblo, o a través de las ventanillas de una diligencia; le llaman la atención los carteles de las tabernas, las aldabas de latón, las jarras pintadas, el interior de las casas y los domicilios particulares, la ropa, las caras y, ante todo, la comida. Todo se ve desde el punto de vista de un consumidor. Cuando escribe acerca de Coketown consigue evocar, en unos pocos párrafos, el ambiente de una ciudad de Lancashire tal como lo vería un sureño ligeramente asqueado. «Tenía un canal negro y un río cuyas aguas corrían purpúreas y malolientes, enormes moles de edificios cubiertos de ventanas donde todo el día se oían traqueteos y temblores, y donde los pistones de las máquinas de

vapor se movían monótonamente arriba y abajo, como la cabeza de un elefante dominado por una demencial melancolía». Es la descripción más dickensiana que encontramos del funcionamiento de las hilanderías. Un ingeniero o un comerciante de algodón lo habría visto de manera diferente, pero ninguno de ellos habría sido capaz de introducir el toque impresionista de las cabezas de elefante.

En un sentido distinto, su actitud ante la vida es muy poco física. Dickens vive a través de los ojos y los oídos más que a través de las manos y los músculos. En realidad, sus costumbres no eran tan sedentarias como pueda deducirse. A pesar de su mala salud y su físico delicado, era un hombre activo e inquieto; toda su vida fue muy caminador, y tenía suficientes conocimientos de carpintería para levantar un escenario. Aun así, no era de esos que necesitan usar las manos. Es difícil imaginarlo cavando entre unas coles, por ejemplo. No sabía nada de agricultura, y es evidente que no estaba familiarizado con ningún juego ni deporte. El pugilismo, por ejemplo, no le interesaba lo más mínimo. Teniendo en cuenta la época en que fueron escritas, resulta sorprendente la poca brutalidad física que hay en las novelas de Dickens. Martin Chuzzlewit y Mark Tapley, por ejemplo, se comportan con notable apocamiento entre los estadounidenses que constantemente los amenazan con revólveres y cuchillos. Un novelista inglés o norteamericano típico habría hecho que intercambiaran puñetazos en la mandíbula y tiros de pistola por doquier. Dickens es demasiado recatado; es consciente de la estupidez de la violencia, y también pertenece a una cauta clase urbana que no da puñetazos en la mandíbula, ni siquiera en teoría. Y su actitud hacia el deporte se entremezcla con sus sentimientos sociales. En Inglaterra, por razones sobre todo geográficas, los deportes al aire libre y el esnobismo están unidos inextricablemente. Los socialistas ingleses a menudo muestran incredulidad cuando se les dice que Lenin, por ejemplo, era muy aficionado al tiro con escopeta. Para ellos, el tiro, la caza y demás son entretenimientos esnobs de los terratenientes; olvidan que esas prácticas pueden ser diferentes en un enorme país virgen como Rusia. Desde el punto de vista de Dickens, el deporte es a lo sumo un objeto de sátira, y, por consiguiente, una parte de la vida decimonónica —el boxeo, las carreras, las peleas de gallos, la caza de tejones, el furtivismo y la caza de ratas, tan maravillosamente captados en las ilustraciones de Leech— no tiene cabida en sus obras.

Lo más sorprendente, en un radical aparentemente «avanzado», es que las máquinas le traen sin cuidado. No demuestra el menor interés por los detalles de la maquinaria ni por lo que puedan hacer las máquinas. Como observa Gissing, Dickens no describe en ninguna parte un viaje en tren con el mismo entusiasmo con que describe un viaje en diligencia. En casi todos sus libros, uno tiene la sensación de estar viviendo en el primer cuarto del siglo XIX, y, de hecho, tiende a regresar a dicho período. *La pequeña Dorrit*, escrita a mediados de siglo, está ambientada en torno a 1820, y *Grandes esperanzas* (1861) no tiene fecha, pero es evidente que transcurre en los años veinte y treinta del siglo XIX. Muchos de los inventos y descubrimientos que

han hecho posible el mundo moderno (el telégrafo eléctrico, el fusil de repetición, el caucho, el gas de carbón, el papel de pulpa) hicieron su aparición en vida de Dickens, pero apenas alude a ellos en sus libros. Nada más peculiar que la vaguedad con que habla del «invento» de Doyce en *La pequeña Dorrit*. Lo describe como algo extremadamente ingenioso y revolucionario, «de gran importancia para su país y sus conciudadanos», y en el libro tiene cierta importancia secundaria, ¡pero nunca llega a aclararnos en qué consiste! Por otro lado, la apariencia física de Doyce tiene el típico toque dickensiano; mueve el pulgar de una manera peculiar, como lo hacen los ingenieros. Después de eso, Doyce queda firmemente arraigado en nuestro recuerdo, aunque, como de costumbre, Dickens lo haya logrado recurriendo a un detalle externo.

Hay gente (Tennyson es un ejemplo) que carece de facultades mecánicas, pero que es capaz de ver las posibilidades de las máquinas. Dickens no tenía esa impronta imaginativa. Demuestra muy poco interés por el futuro. Cuando se refiere al progreso humano, por lo general lo hace en el sentido del progreso moral, de que los hombres sean mejores, y probablemente no habría admitido que la gente es tan buena como se lo permite el desarrollo técnico. En eso la brecha entre Dickens y su análogo moderno, H. G. Wells, es muy evidente. Wells lleva el futuro atado al cuello como una piedra de molino, pero la actitud acientífica de Dickens resulta igual de perjudicial en otro sentido, pues le impide adoptar cualquier actitud positiva. Se muestra hostil con el pasado feudal y agrícola y no está en verdadero contacto con el presente industrial, de modo que sólo le queda ese futuro (en el sentido de la ciencia, el «progreso» y demás), en el que apenas se detiene a pensar. Por eso, aunque critica todo lo que se le pone por delante, carece de un modelo de comparación. Como he indicado ya, ataca con justicia el sistema educativo de la época, pero, en último extremo, no se le ocurre más solución que contratar profesores bondadosos. ¿Por qué no dijo cómo podía ser una escuela? ¿Por qué no mandó educar a sus hijos según algún plan propio, en lugar de enviarlos a colegios privados para que los atiborraran de griego? Porque carecía de ese tipo de imaginación. Posee un sentido moral infalible, pero muy poca curiosidad intelectual. Y ahí topamos con un enorme defecto de Dickens que hace que el siglo XIX nos parezca muy remoto: que no tiene un ideal del trabajo.

Con la dudosa excepción de David Copperfield (que es sencillamente el propio Dickens), es imposible señalar uno solo de sus personajes cuyo principal interés sea el trabajo. Sus protagonistas trabajan para ganar dinero y casarse con la chica, no porque sientan un interés apasionado por algo. Martin Chuzzlewit, por ejemplo, no arde en deseos de ser arquitecto; lo mismo podría ser médico o abogado. Y, en cualquier caso, en la típica novela dickensiana el *deus ex machina* aparece con un saco de billetes en el último capítulo y el protagonista se libra de seguir trabajando. El sentimiento de «Para esto he venido al mundo. Todo lo demás carece de interés. Lo haré aunque tenga que pasar hambre» que convierte a hombres de diverso

temperamento en científicos, inventores, artistas, sacerdotes, exploradores y revolucionarios, casi brilla por su ausencia en los libros de Dickens. Él mismo, como es sabido, trabajó como un esclavo y creía en su labor como pocos novelistas. Pero es como si no hubiese ninguna vocación, salvo la de escribir novelas (y tal vez la interpretación), por la que pudiera sentir esa misma devoción. Después de todo, resulta bastante lógico si se tiene en cuenta su actitud más bien negativa hacia la sociedad. En última instancia, lo único que admira es la bondad. La ciencia no le interesa y las máquinas le parecen crueles y feas (las cabezas de elefante). Los negocios son para rufianes como Bounderby. En cuanto a la política… la deja para los Tite Barnacle. En realidad, el único objetivo es casarse con la chica, establecerse, vivir con solvencia y ser una buena persona. Y eso se consigue mucho mejor en la vida privada.

Ahí tal vez podamos vislumbrar el secreto trasfondo imaginativo de Dickens. ¿Cuál era para él el modo de vida más deseable? Después de que Martin Chuzzlewit se reconcilie con su tío, después de que Nicholas Nickleby se case con una mujer adinerada y después de que John Harmon se haya enriquecido gracias a Boffin, ¿qué hacen esos personajes?

La respuesta, evidentemente, es que no hacen nada. Nicholas Nickleby invirtió el dinero de su mujer junto con los Cheeryble y «se convirtió en un rico y próspero comerciante», pero como justo después se retiró a Devonshire, podemos suponer que no trabajó demasiado. El señor y la señora Snodgrass «compraron y cultivaron una pequeña granja más por entretenerse que por sacarle partido». He ahí el espíritu con que acaban la mayoría de los libros de Dickens, una especie de luminosa ociosidad. Cuando da la impresión de desaprobar a los jóvenes que no trabajan (Harthouse, Harry Gowan, Richard Carstone, Wrayburn antes de reformarse) es porque son cínicos o inmorales o porque suponen una carga para otros; si uno es «bueno» y puede mantenerse a sí mismo, no hay razón para que no pueda pasar cincuenta años de su vida viviendo sin más de las rentas. La vida hogareña siempre es suficiente. Después de todo, era la idea más extendida en la época. La «suficiencia gentil», la «independencia», el «caballero de medios» (o «en circunstancias acomodadas»)…; las propias expresiones nos lo dicen todo sobre el extraño y vacío sueño de la burguesía dieciochesca y decimonónica. Era un sueño de ociosidad total. Charles Reade lo retrata muy bien en el final de *Hard Cash*. Alfred Hardie, el protagonista, es el típico héroe de novela decimonónica (al estilo de los colegios privados), cuyo talento, según Reade, roza lo «genial». Es un antiguo alumno de Eton y estudiante de Oxford, se sabe de memoria casi todos los clásicos griegos y latinos, puede boxear con púgiles y ganar el Diamond Sculls en Henley. Vive increíbles aventuras en las que, por supuesto, hace gala de un heroísmo intachable, y luego, a los veinticinco años, hereda una fortuna, se casa con Julia Dodd y se establece en las afueras de Liverpool, en la misma casa que sus suegros:

> Todos vivieron juntos en Albion Villa, gracias a Alfred… ¡Oh, dichosa casita! Eras lo más parecido al

Paraíso que pueda serlo una morada habitada por mortales. No obstante, llegó un día en que tus paredes no pudieron albergar a todos tus felices habitantes. Julia le dio a Alfred un niño precioso; añádanse dos niñeras, y la casa parecía a punto de explotar. Dos meses más, y Alfred y su mujer se mudaron a la vivienda de al lado. Estaba sólo a veinte metros de allí; y hubo dobles motivos para el traslado. Como suele suceder tras una larga ausencia, el cielo concedió al capitán y a la señora Dodd otro niño que jugase sobre sus rodillas, etcétera, etcétera.

Es el típico final feliz victoriano: una enorme familia de tres o cuatro generaciones abarrotando la misma casa y multiplicándose sin cesar como un banco de ostras. Lo más llamativo es la vida cómoda, protegida y sin esfuerzos que implica. Ni siquiera se trata de una ociosidad violenta, como la del señor Western. He ahí el significado del trasfondo urbano de Dickens y de su falta de interés por el lado canalla, deportivo o militar de la vida. Sus protagonistas, en cuanto consiguen dinero y se «establecen», no sólo no se dignarían a trabajar, sino a montar a caballo, cazar, disparar, combatir en duelo, fugarse con actrices o perder dinero en las carreras. Se limitarían a vivir en sus casas y a llevar una vida respetable en un lecho de plumas, y a ser posible cerca de algún pariente que llevara exactamente el mismo tipo de vida:

Lo primero que hizo Nicholas cuando se convirtió en un próspero y acaudalado comerciante fue comprar la antigua casa de su padre. Con el paso del tiempo, empezó a estar rodeado de preciosos niños y tuvo que ampliarla y reformarla, pero no derribó ninguna de las antiguas habitaciones ni arrancó ningún árbol, no cambió ni quitó nada que le recordara al pasado.

A un tiro de piedra había otra casa, también animada por las agradables voces de los niños, en la que vivía Kate… la misma criatura amable y sincera, la misma hermana cariñosa y feliz con todo lo que la rodeaba en los días de su infancia.

Es el mismo ambiente incestuoso del pasaje de Reade citado antes, y está claro que para Dickens se trata del final perfecto. Se consigue en *Nicholas Nickleby, Martin Chuzzlewit* y *Pickwick*, y hay aproximaciones a él, en mayor o menor grado, en casi todas las demás novelas. Las excepciones son *Tiempos difíciles* y *Grandes esperanzas*; la última, de hecho, incluye un «final feliz», pero contradice la tendencia general del libro y fue añadido a petición de Bulwer Lytton.

El ideal al que se aspira parece ser, por tanto, algo así: cien mil libras, una casa antigua y pintoresca cubierta de hiedra, una mujer dulce y femenina, una caterva de críos y ningún trabajo. Todo es seguro, dulce, pacífico y, ante todo, doméstico. En el cementerio cubierto de musgo que hay siguiendo el camino, están las tumbas de los allegados que fallecieron antes de producirse el final feliz. Los criados son cómicos y feudales, los niños balbucean a tus pies, los viejos amigos se sientan junto a tu chimenea a hablar del pasado, hay una sucesión infinita de comidas copiosas, ponche frío, jerez caliente, lechos de pluma y calentadores de cama, fiestas navideñas con acertijos y la gallina ciega, pero nunca ocurre nada aparte del nacimiento anual de rigor. Lo curioso es que resulta una imagen verdaderamente feliz, o al menos Dickens consigue que lo parezca. Con concebir dicha existencia le parece suficiente. Sólo con eso bastaría para saber que han pasado más de cien años desde que escribiera su primer libro. Ningún hombre moderno podría combinar tanta vitalidad con semejante falta de propósito en la vida.

5

A estas alturas es probable que cualquiera a quien le guste Dickens y haya leído lo que llevo escrito esté enfadado conmigo.

He estado hablando de Dickens sólo en lo relativo a su «mensaje», y casi he pasado por alto sus cualidades literarias. Pero todos los escritores, sobre todo los novelistas, tienen un «mensaje», tanto si lo admiten como si no, y los detalles más ínfimos de su obra están influidos por él. Todo arte es propaganda. Ni a Dickens ni a la mayoría de los novelistas victorianos se les habría ocurrido negarlo. Por otro lado, sin embargo, no toda la propaganda es arte. Como dije antes, Dickens es uno de esos escritores que vale la pena apropiarse. Es lo que han hecho los marxistas, los católicos y, sobre todo, los conservadores. La pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué iba a interesarse alguien por Dickens? ¿Por qué me intereso yo por él?

Es una pregunta de difícil respuesta. Por lo general, una preferencia estética, o bien es algo inexplicable, o bien está tan corrompida por motivos no estéticos como para que uno se pregunte si la crítica literaria no será una enorme sarta de estupideces. En el caso de Dickens, el factor que lo complica todo es nuestra familiaridad con él. Es uno de esos «grandes autores» que a todo el mundo le obligan a tragarse en la infancia. En esa época produce rebelión y vómitos, pero después puede causar otros efectos secundarios. Por ejemplo, casi todo el mundo siente cierto afecto por los poemas patrióticos que aprendió de memoria cuando era niño, «Marineros de Inglaterra» o «La carga de la brigada ligera», por ejemplo. Lo que nos gusta no son tanto los poemas como los recuerdos que evocan. Y con Dickens ocurre lo mismo. Probablemente haya ejemplares de uno o dos de sus libros en casi todas las casas inglesas. Muchos niños empiezan a familiarizarse con sus personajes antes de saber leer, pues Dickens tuvo suerte con sus ilustradores, y lo que se asimila tan pronto no resiste ningún juicio crítico. Asimismo, si uno se para a meditarlo, piensa en todo lo que es malo y estúpido en Dickens: los argumentos manidos, los personajes increíbles, las *longueurs*, los párrafos en verso blanco, las horribles páginas de *pathos*. Y luego se pregunta: cuando digo que me gusta Dickens, ¿no será que me gusta recordar mi infancia? ¿Es Dickens sólo una institución?

En el caso de que lo sea, es una de esas instituciones de las que no hay forma de rehuir. Resulta difícil calcular con qué frecuencia piensa uno en un escritor, aunque sea de su gusto; pero dudo que nadie que haya leído a Dickens pueda pasar más de una semana sin acordarse de él en uno u otro contexto. Tanto si nos gusta como si no, está ahí, como la columna de Nelson. En cualquier momento podemos recordar una escena o un personaje, tal vez sacados de un libro cuyo título ni siquiera recordamos. ¡Las cartas de Micawber! ¡Winkle en el estrado de los testigos! ¡La señora Gamp! ¡La señora Wititterly y *sir* Tumley Snuffim! ¡La pensión de la señora Todgers! (George

Gissing decía que cuando pasaba cerca del Monumento nunca pensaba en el Gran Incendio de Londres, sino en la pensión Todgers). ¡La señora de Leo Hunter! ¡Squeers! ¡Silas Wegg y el *Declive y caída del Imperio ruso*! ¡La señorita Mills y el desierto del Sáhara! ¡Wopsle interpretando a Hamlet! ¡La señora Jellyby! Mantalini, Jerry Cruncher, Barkis, Pumblechook, Tracy Tupman, Skimpole, Joe Gargery, Pecksniff…, y así sucesivamente. No es tanto una serie de libros como una especie de mundo. Y no un mundo puramente cómico, pues parte de lo que recuerda uno de Dickens es su morbosidad y necrofilia victorianas, las escenas sangrientas y escabrosas: la muerte de Sikes, la combustión espontánea de Krook, Fagin en la celda de los condenados, las mujeres tejiendo en torno a la guillotina. Todo eso ha calado de modo sorprendente incluso en la imaginación de gente a la que Dickens le trae sin cuidado. Un comediante de *cabaret* puede (o al menos podía hasta hace poco tiempo) salir al escenario e interpretar a Micawber o a la señora Gamp con la seguridad de que el público lo entenderá, aunque ni siquiera uno de cada veinte haya leído un libro de Dickens hasta el final. Incluso quienes le desprecian lo citan sin darse cuenta.

Dickens es un escritor al que se puede imitar, hasta un cierto punto. En la literatura genuinamente popular, por ejemplo, en la versión de *Sweeny Todd* interpretada en el teatro de Elephant and Castle lo han plagiado desvergonzadamente. No obstante, lo que han imitado es sólo una tradición que el propio Dickens tomó y desarrolló de novelistas anteriores: el culto al «carácter», es decir, la excentricidad. Lo que no puede imitarse es la fertilidad de sus invenciones, que no son tanto invenciones de personajes, y menos aún de «situaciones», como de giros y detalles concretos. La marca más inconfundible y destacada de la escritura de Dickens es el detalle innecesario. He aquí un ejemplo de lo que quiero decir. La historia contada más abajo no es especialmente divertida, pero hay una frase en ella que es tan característica como una huella dactilar. Jack Hopkins, en la fiesta de Bob Sawyer, cuenta la anécdota del niño que se tragó el collar de su hermana:

> Al día siguiente, el niño se tragó dos cuentas; un día después, se embuchó otras tres, y así sucesivamente, hasta que al cabo de una semana se había tragado el collar entero, veinticinco cuentas en total. La hermana, que era muy trabajadora y pocas veces se permitía algún capricho, lloró amargamente por la desaparición del collar, lo buscó por todas partes, aunque no hace falta decir que no lo encontró. Unos días después, la familia estaba cenando —paletilla de cordero asada con patatas— y el niño, que no tenía hambre, estaba jugando en la estancia cuando de pronto se oyó un ruido muy raro, como una tormenta de granizo. «No hagas eso, hijo», dijo el padre. «No he hecho nada», respondió el niño. «Bueno, pues no lo hagas más», insistió el padre. Se produjo una pausa y el ruido volvió a empezar más fuerte que nunca. «Perdona que insista, hijo —dijo el padre—, pero te vas a ir a tu cuarto en menos que canta un gallo». Zarandeó al chico para que le obedeciera y se oyó un repiqueteo como nadie había oído antes. «Caramba, está dentro del niño —exclamó el padre—. ¡Tiene la difteria por dentro!» «No, padre —dijo el niño antes de echarse a llorar—, es el collar. Me lo he tragado». El padre cogió al niño en brazos y corrió al hospital, con las cuentas repiqueteando en su estómago con el balanceo y la gente mirando desde las ventanas y los sótanos para ver de dónde procedía aquel ruido tan raro. «Ahora está en el hospital —dijo Jack Hopkins—, ¡y hace tanto ruido cuando pasea por ahí que no tienen más remedio que envolverlo en el abrigo del guardia para que no despierte a los demás pacientes!».

En conjunto, la anécdota podría aparecer en cualquier periódico satírico decimonónico. Pero el toque dickensiano inconfundible, lo que no se le habría

ocurrido a nadie, es lo de la paletilla de cordero con patatas. ¿Cómo ayuda a la progresión de la historia? La respuesta es que en modo alguno. Es totalmente innecesaria, un florido garabato al borde de la página; pero es con esos garabatos con los que Dickens consigue crear un ambiente especial. La otra característica en la que uno repara es en el modo tan prolijo que tiene de contar una historia. Un ejemplo interesante, demasiado largo para reproducirlo aquí, es el relato del paciente testarudo que cuenta Sam Weller en el capítulo XLIV de *Los papeles de Pickwick*. Resulta que tenemos con qué compararla porque, consciente o inconscientemente, Dickens está plagiando. La anécdota la cuenta también un antiguo escritor griego. No he encontrado el pasaje, pero lo leí hace años en el colegio, y es más o menos como sigue:

> A cierto tracio, famoso por su testarudez, le advirtió el médico de que si bebía una jarra de vino moriría. El tracio se bebió la jarra de vino e, inmediatamente después, saltó desde el tejado de su casa y se mató. «Así —dijo— probaré que no es el vino lo que me ha matado».

Narrada por el griego, la anécdota se reduce a eso, a unas pocas líneas. Contada por Sam Weller, se prolonga unas mil palabras. Mucho antes de llegar al final, nos ha hablado de la ropa del paciente, de sus comidas, sus modales e incluso de los periódicos que lee y de la peculiar forma del carruaje del médico, que sirve para ocultar que los pantalones del cochero no pegan con su levita. Luego está el diálogo entre el médico y el paciente: «Los bizcochos son saludables, señor», dice el paciente. «No lo son, caballero», responde el médico muy enfadado, etcétera, etcétera. Al final, la historia original queda enterrada por los detalles. Y lo mismo ocurre en todos los pasajes típicos de Dickens. Su imaginación lo cubre todo, como una especie de mala hierba. Squeers se levanta para arengar a sus alumnos, y acto seguido nos habla del padre Bolder, a quien le faltaban dos libras y diez peniques, y de la madrastra de Mobbs, que lo llevó a su cama cuando se enteró de que no quería comer manteca con la esperanza de que el señor Squeers le hiciese cambiar de idea a base de azotes. La señora de Leo Hunter escribe un poema, «Rana agonizante», y nos cita dos estrofas. A Boffin se le ocurre hacerse pasar por avaro y, al instante, estamos inmersos en las viles biografías de unos avaros del siglo XVIII, con nombres tan pintorescos como Vulture Hopkins y reverendo Blewberry Jones, y capítulos con encabezamientos como «La historia de las empanadas de cordero» y «Los tesoros de un montón de estiércol». La señora Harris, que ni siquiera existe, acumula más detalles que tres personajes en cualquier novela normal. Justo a mitad de una frase sabemos, por ejemplo, que el feto de su sobrino recién nacido fue exhibido en una botella en la Feria de Greenwich, junto con la dama de ojos rosas, el enano prusiano y el esqueleto viviente. Joe Gargery describe cómo se colaron los ladrones en casa de Pumblechook, el comerciante de cereales y semillas, «y se llevaron la caja registradora y la caja del dinero, se bebieron su vino, se comieron su comida, lo abofetearon, le retorcieron la nariz, lo ataron a la cama, le dieron de golpes y le llenaron la boca de plantas floridas para que no gritase». Una vez más encontramos el

inconfundible toque dickensiano —las plantas floridas—, pero cualquier otro novelista habría reproducido sólo la mitad de esos ultrajes. Todo se va amontonando, detalle sobre detalle, bordado sobre bordado. Resulta fútil apuntar que eso es rococó, pues lo mismo podría decirse de un pastel de boda. O te gusta o no te gusta. Otros escritores decimonónicos, como Surtees, Barham, Thackeray o incluso Marryat, comparten ese estilo prolijo y abrumador de Dickens, pero ninguno a la misma escala. El atractivo de esos escritores depende hoy en parte de cierto sabor de época, y aunque Marryat sigue siendo un «escritor para niños» y Surtees goza de una fama casi legendaria entre los aficionados a la caza, es probable que los lea sobre todo gente más bien libresca.

Significativamente, los libros más exitosos de Dickens (no sus mejores libros) son *Los papeles de Pickwick*, que no es una novela, y *Tiempos difíciles* e *Historia de dos ciudades*, que no son divertidos. Como novelista, su fertilidad natural constituye un gran obstáculo, pues ese sentido paródico al que nunca logra resistirse irrumpe constantemente en las situaciones más serias. Un buen ejemplo es el capítulo inicial de *Grandes esperanzas*. El preso fugado, Magwitch, acaba de atrapar al niño de seis años Pip en el cementerio. La escena empieza de un modo terrorífico desde el punto de vista de Pip. El preso, cubierto de barro y con los grilletes colgando de una pierna, salta de pronto de entre las tumbas, agarra al niño, lo pone patas arriba y le vacía los bolsillos. Después lo amenaza para que le lleve comida y una lima:

> … me puso de pie sujetándome los brazos encima de la lápida y prosiguió en estos términos:
>
> «Mañana, a primera hora, me traerás la lima y los víveres. Llévalo todo a la vieja batería que se ve allí. Hazlo y no te atrevas a decir nada ni dar a entender que me has visto a mí ni a nadie, y te dejaré seguir con vida. De lo contrario, si no sigues mis instrucciones hasta el más ínfimo detalle, te arrancaré el corazón y el hígado, los asaré y me los comeré. No creas que estoy solo, por más que haya podido parecértelo. Hay conmigo un joven escondido, y comparado con él soy un ángel. Ese joven está escuchando lo que digo y tiene un modo peculiar de arrancarles el corazón y el hígado a los niños. De nada sirve que un niño intente ocultarse de él. Podrá cerrar la puerta, meterse caliente en su cama, arroparse y cubrirse con las sábanas, creerse cómodo y a salvo, pero el joven del que te hablo se colará en su casa y lo abrirá en canal. Hasta ahora he podido impedir, con grandes dificultades, que ese joven te haga daño. Pero es muy difícil. ¿Qué dices ahora?».

Sencillamente Dickens ha sucumbido a la tentación. Para empezar, ningún hombre hambriento y perseguido hablaría de ese modo. Además, aunque su arenga demuestra una considerable comprensión del modo en que funciona la imaginación infantil, sus palabras no concuerdan con lo que ocurre después. Convierten a Magwitch en una especie de tío malvado sacado de una pantomima, o, si lo vemos con la mirada de un niño, en un monstruo espantoso. Sin embargo, después demuestra no ser ni lo uno ni lo otro y su exagerada gratitud, que es en lo que se basa la trama, resulta increíble precisamente por esas palabras. Como de costumbre, le ha traicionado su imaginación. Los detalles pintorescos eran demasiado buenos para renunciar a ellos. Incluso con personajes más íntegros que Magwitch, suele dejarse enredar por alguna frase tentadora. El señor Murdstone, por ejemplo, tiene la costumbre de terminar las clases matutinas que imparte a David Copperfield con una

horrible suma. «Si voy a una quesería y compro cinco mil quesos de Gloucester a cuatro peniques y medio cada uno, precio actual…», empieza siempre. Una vez más, el típico detalle dickensiano: los quesos de Gloucester. No obstante, es un toque demasiado humano para Murdstone; él habría sumado cinco mil cajas fuertes. Cada vez que toca ese registro, la unidad de la novela se ve perjudicada. No es que importe demasiado, porque es evidente que Dickens es un autor en el que las partes son más importantes que el conjunto. En él todo son fragmentos y detalles —una arquitectura carcomida, pero con gárgolas maravillosas—, y nunca brilla más que al forjar algún personaje que después tendrá que comportarse de manera incoherente.

Por supuesto, no es frecuente atacar a Dickens diciendo que sus personajes se comportan de forma incoherente. Por lo general se le acusa justo de lo contrario. Se supone que sus personajes son «tipos» que representan con crudeza un único rasgo y a los que añade una etiqueta que los hace reconocibles. La acusación habitual es decir que Dickens es «sólo un caricaturista», lo que supone al mismo tiempo cometer una injusticia y hacerle justicia. Para empezar, no se consideraba un caricaturista, y siempre introducía personajes que deberían haber sido puramente estáticos. Squeers, Micawber, la señorita Mowcher[1], Wegg, Skimpole, Pecksniff y muchos otros acaban implicados en «tramas» en las que se encuentran fuera de lugar y en las que se comportan de manera bastante increíble. Empiezan como transparencias de linterna mágica y acaban metidos en una película de tercera. A veces es posible señalar una única frase en la que se destruye la ilusión original. Hay una frase así en *David Copperfield*. Después de la famosa cena (en la que la pierna de cordero queda poco hecha), David acompaña a la puerta a sus invitados y detiene a Traddles en lo alto de las escaleras:

> —Traddles —dije—, el señor Micawber no tiene mala intención, pobre hombre; pero yo en su lugar no le prestaría nada.
>
> —Mi querido Copperfield —respondió Traddles con una sonrisa—, no tengo nada que prestarle.
>
> —Tiene usted un nombre, ¿no? —contesté.

Cuando uno lee esta observación resulta un tanto impactante, aunque algo así era inevitable más tarde o más temprano. La historia es bastante realista y David está creciendo; por fuerza tiene que terminar viendo a Micawber como lo que es, un sinvergüenza y un sablista. Luego, por supuesto, el sentimentalismo de Dickens acaba dominándole y concede a Micawber una segunda oportunidad. Sin embargo, a partir de ese momento, y a pesar de sus esfuerzos desesperados, el Micawber original no vuelve a recuperarse. Por lo general, la «trama» en que se enredan los personajes de Dickens no es particularmente creíble aunque intente aparentar cierta realidad, pero el mundo al que pertenecen es un país inexistente, una especie de eternidad, y, en ese sentido, lo de decir que es «sólo un caricaturista» no equivale a una condena. El hecho de que se piense en Dickens como un caricaturista, aunque él se esforzara en ser otra cosa, es tal vez la prueba más clara de su genio. Las monstruosidades que creó son recordadas como tales, por más que aparezcan en melodramas más o menos

inverosímiles. El primer impacto es tan vívido que nada que ocurra después puede borrarlo. Al igual que ocurre con la gente que conocemos en la infancia, las recordamos con una actitud particular y haciendo algo particular. La señora Squeers siempre está tomando medicinas a cucharadas, la señora Gummidge siempre está lloriqueando, la señora Gargery siempre está golpeándole la cabeza a su marido contra la pared, la señora Jellyby siempre está escribiendo tratados filantrópicos mientras descuida a sus hijos; y ahí están, fijas para siempre como relucientes miniaturas pintadas en cajitas de rapé, totalmente fantásticas e increíbles, y no obstante más sólidas e infinitamente memorables que los personajes de otros novelistas más serios. Incluso para su época, Dickens era un escritor extraordinariamente artificioso. Tal como dijo Ruskin, «escogía trabajar en un círculo de fuego». Sus personajes están incluso más deformados y simplificados que los de Smollett. Pero no hay normas a la hora de escribir novelas, y la única prueba que vale la pena tener en cuenta para una obra de arte es su supervivencia. Los personajes de Dickens la han superado, aunque quienes los recuerdan apenas los consideren seres humanos. Son monstruos, pero no hay duda de que existen.

En cualquier caso, escribir sobre monstruos tiene una desventaja, y es que Dickens sólo puede dirigirse a ciertos espíritus. Hay extensos ámbitos de la imaginación humana que ni siquiera aborda tangencialmente. En ninguno de sus libros hay sentimiento poético ni auténtica tragedia, e incluso el amor sexual queda fuera de su alcance. En realidad, sus libros no son tan asexuados como se dice a veces, y, teniendo en cuenta la época en que escribió, resultan bastante explícitos. Aun así, en él no hay ni rastro de lo que encontramos en *Manon Lescaut, Salambó, Carmen* o *Cumbres borrascosas*. Según Aldous Huxley, D. H. Lawrence dijo una vez que Balzac era un «enano gigantesco», y, en cierto sentido, lo mismo puede afirmarse de Dickens. Hay mundos enteros que, o bien desconoce por completo, o bien no le interesa citar. Salvo de un modo muy indirecto, no se puede aprender gran cosa de Dickens. Y eso nos induce a pensar casi de inmediato en los grandes novelistas rusos del siglo XIX. ¿Por qué el alcance de Tolstói parece mayor que el de Dickens? ¿Por qué da la impresión de ser capaz de contarnos mucho más sobre sí mismo? No es cuestión de talento; ni siquiera, en último extremo, de una mayor inteligencia. Es porque escribe de personas que cambian. Sus personajes se esfuerzan en dar forma a sus almas, mientras que en Dickens son perfectos y están ya terminados. En mi imaginación, los personajes de Dickens están más presentes y más vivos que los de Tolstói, pero siempre en una actitud única e inmutable, como cuadros o partes del mobiliario. No se puede mantener una conversación imaginaria con un personaje de Dickens como podría mantenerse con, digamos, Piotr Bezukhov. Y no sólo porque Tolstói sea más serio, puesto que también hay personajes cómicos con quienes uno podría conversar —Bloom, por ejemplo, o Pécuchet, o incluso el señor Polly de Wells —, sino porque los personajes de Dickens no tienen vida interior. Dicen exactamente lo que tienen que decir, pero es imposible imaginarlos hablando de ninguna otra cosa.

Nunca aprenden, nunca especulan. El más meditativo de todos quizá sea Paul Dombey, y sus pensamientos rozan la sensiblería. ¿Significa eso que las novelas de Tolstói son «mejores» que las de Dickens? La verdad es que es absurdo efectuar tales comparaciones en términos de «mejor» o «peor». Si me viese obligado a comparar a Tolstói con Dickens, diría que el atractivo del primero será mayor a largo plazo, porque el segundo difícilmente resulta comprensible fuera de la cultura inglesa; sin embargo, Dickens es capaz de llegar a la gente sencilla, mientras que Tolstói no. Los personajes de Tolstói pueden cruzar fronteras, y los de Dickens pueden aparecer retratados en un anuncio de cigarrillos. Pero elegir entre uno y otro es tan necesario como elegir entre una rosa y una salchicha. Apenas tienen nada en común.

6

Si Dickens hubiese sido sólo un escritor cómico, lo más probable es que hoy nadie lo recordara. O, en el mejor de los casos, habrían sobrevivido algunos de sus libros, al igual que lo han hecho *Frank Fairleigh*, *Mr. Verdant Green* y *Mrs. Caudle's Curtain Lectures*, como una especie de resaca del ambiente victoriano, un agradable aroma de ostras y cerveza negra. ¿Quién no ha pensado a veces que es «una pena» que Dickens dejara de lado la vena de *Pickwick* para escribir libros como *La pequeña Dorrit* y *Tiempos difíciles*? La gente siempre le exige a un novelista popular que escriba el mismo libro una y otra vez, olvidando que quien puede escribir el mismo libro dos veces no puede hacerlo una sola. Cualquier escritor que no sea totalmente exánime se mueve en una especie de parábola, y la curva de descenso está implícita en la de ascenso. Joyce tiene que empezar con la frígida competencia de *Dublineses* y concluir con el lenguaje onírico de *Finnegans Wake*, pero *Ulises* y *Retrato del artista adolescente* forman parte de la trayectoria. Lo que impulsó a Dickens hacia una forma artística para la que en realidad no estaba hecho y, al mismo tiempo, lo convirtió en memorable, fue sencillamente que era un moralista, su conciencia de «tener algo que decir». Siempre está predicando un sermón, y en eso radica el secreto último de su inventiva, pues la única forma de crear es implicándose. Ningún escritorzuelo que quisiera ser gracioso habría podido crear personajes como Squeers y Micawber. Cualquier chiste que valga la pena tiene detrás una idea, y por lo general subversiva. Dickens puede seguir siendo divertido porque se opone a la autoridad, y la autoridad siempre es risible. Siempre hay sitio para otro pastel de crema.

Aunque su radicalismo no puede ser más impreciso, no deja de estar presente. He ahí la diferencia entre ser un moralista y un político. No hace propuestas constructivas, ni siquiera llega a comprender con claridad la sociedad a la que ataca, sino que sólo tiene la percepción emocional de que algo no funciona. Lo único que acierta a decir es «Sed honrados», que, como he insinuado antes, no es tan superficial como parece. La mayoría de los revolucionarios son conservadores en potencia, pues creen que todo puede solucionarse cambiando la forma de la sociedad, y una vez realizado ese cambio, como ocurre a veces, no les parece necesario ninguno más. Dickens no adolece de esa tosquedad intelectual. La imprecisión de su descontento es señal de su permanencia. No se enfrenta a tal o cual institución, sino, como dice Chesterton, a «una expresión del rostro humano». Dicho a grandes rasgos, su moralidad es la moralidad cristiana, pero, a pesar de su educación anglicana, era en esencia un cristiano bíblico, tal como se esforzó en dejar claro al redactar su testamento. En cualquier caso, no se le puede describir propiamente como un hombre religioso. Sin duda «creía», pero la religión, en el sentido de la devoción, no parece

haber ocupado gran parte de su tiempo[2]. Es cristiano en su alineamiento casi instintivo con los oprimidos y contra los opresores. Automáticamente, en todo momento está de parte de los desvalidos. Si se quiere llevar eso hasta sus consecuencias lógicas, es necesario cambiar de bando cuando el desvalido deja de serlo, y de hecho es lo que tiende a hacer Dickens. Por ejemplo, detesta a la Iglesia católica, pero se pone de su parte en cuanto los católicos se convierten en los perseguidos (*Barnaby Rudge*). Aún detesta más a la clase aristocrática, pero en el momento en que son derrocados (en los capítulos revolucionarios de *Historia de dos ciudades*) sus simpatías cambian. Siempre que se aparta de esa actitud emocional acaba extraviándose. Un ejemplo bien conocido lo encontramos al final de *David Copperfield*, donde notamos que algo no acaba de encajar. Y es que los capítulos finales están impregnados, leve pero perceptiblemente, del culto al éxito. Es el evangelio según Smiles, no el evangelio según Dickens. Se quita de encima a los personajes humildes y atractivos, Micawber amasa una fortuna, Heep va a la cárcel —dos sucesos claramente imposibles— e incluso Dora muere para dejar paso a Agnes. Si se quiere, es posible identificar a Dora con la mujer de Dickens y a Agnes con su cuñada, pero lo esencial es que Dickens se ha «vuelto respetable» y ha violentado su propia naturaleza. Tal vez por eso Agnes sea la más antipática de sus heroínas, el verdadero ángel sin piernas de la novela victoriana, casi tan mala como la Laura de Thackeray.

Ningún adulto puede leer a Dickens sin notar sus limitaciones, y aun así ahí está su generosidad innata, que actúa como una especie de ancla y casi siempre lo deja donde debe estar. Es probable que en eso radique el secreto de su popularidad. Una de las características de la cultura popular occidental es una afable antinomia muy al estilo de Dickens. La encontramos en los cuentos populares y en las canciones cómicas, en figuras imaginarias como Mickey Mouse y Popeye el Marino (ambos variantes de Juanito el Matagigantes), en la historia del socialismo de las clases trabajadoras, en las protestas populares (siempre ineficaces, pero no siempre un fraude) contra el imperialismo, en el impulso que mueve a un jurado a conceder indemnizaciones excesivas cuando el coche de un rico atropella a un pobre; es la emoción de ponerse siempre del lado del desvalido y de los débiles frente a los fuertes. En cierto modo se trata de una emoción cincuenta años anticuada. El hombre corriente sigue viviendo en el mundo mental de Dickens, pero casi todos los intelectuales modernos se han pasado a una u otra variante de totalitarismo. Desde el punto de vista marxista o fascista, casi todo lo que defiende Dickens puede descartarse como «moralidad burguesa», pero, desde una perspectiva moral, no había nada más «burgués» que las clases trabajadoras inglesas. La gente corriente de los países occidentales nunca ha entrado mentalmente en el mundo del «realismo» y el poder de la política. Puede que lo haga pronto, en cuyo caso Dickens quedará tan trasnochado como el coche de caballos, pero en su época y en la nuestra ha sido popular sobre todo porque supo expresar de un modo cómico, simplificado y, por

tanto, memorable la decencia innata de la gente corriente. Y es importante subrayar que, desde ese punto de vista, es posible describir como tal a gente muy diversa. En un país como Inglaterra, a pesar de su estructura de clases, existe cierta unidad cultural. Durante toda la era cristiana y sobre todo a partir de la Revolución francesa, el mundo occidental se ha obsesionado con la idea de la libertad y la igualdad; es sólo una idea, pero ha calado en todas las capas sociales. En todas partes encontramos injusticias atroces, crueldades, mentiras y actitudes esnob, pero no hay mucha gente capaz de considerarlas con la indiferencia de, por ejemplo, un romano propietario de esclavos. Incluso los millonarios tienen un vago sentimiento de culpa, como el perro que se come una pierna de cordero robada. Casi todo el mundo, con independencia de cuál sea su comportamiento, responde con emoción a la idea de la fraternidad entre los seres humanos. Dickens dio voz a un código en el que la gente creía y en el que en conjunto sigue creyendo, incluso aunque lo quebrante. De otro modo resulta difícil explicar al mismo tiempo por qué lo leían los obreros (algo que no ha ocurrido con ningún otro novelista de su talla) y por qué está enterrado en la abadía de Westminster.

Cuando uno lee cualquier obra marcadamente individual, tiene la impresión de estar viendo un rostro detrás de cada página. No tiene por qué ser la cara del escritor. Me sucede con Swift, con Defoe, con Fielding, con Stendhal, con Thackeray y con Flaubert, aunque en algunos casos ignoro qué aspecto tenían y tampoco quiero saberlo. Lo que uno ve es la cara que el escritor debería tener. Pues bien, en el caso de Dickens veo un rostro que no es el de las fotografías, aunque se le parece. Es el rostro de un hombre de unos cuarenta años, rubicundo y con perilla. Se está riendo con una risa un tanto enfurecida, pero sin rastro de triunfo ni maldad. Es el rostro de un hombre que siempre está luchando contra algo, pero que lo hace abiertamente y sin miedo, el rostro de un hombre generoso y airado; en otras palabras, un liberal decimonónico, una inteligencia libre, un tipo odiado por igual por todas las malolientes y alicortas ortodoxias que pugnan hoy por dominar nuestras almas.

SEMANARIOS JUVENILES

11 de marzo de 1940

Nunca se puede adentrar uno lo suficiente en un barrio empobrecido de cualquier gran ciudad sin toparse con una pequeña papelería o quiosco. Por regla general, la apariencia de estas tiendecitas es casi siempre la misma; fuera, unos cuantos carteles anuncian el *Daily Mail* y el *News of the World*, hay un escaparate cochambroso, con refrescos y paquetes de Players, y el interior es oscuro, huele a regaliz y a golosinas, y está tapizado del suelo al techo con semanarios de una pésima calidad de impresión que se venden a dos peniques, la mayor parte con chillonas ilustraciones de cubierta a tres tintas.

Con la excepción de los diarios matutinos y vespertinos, el género de estas tiendas casi nunca se solapa con el de los grandes quioscos. Su principal línea de venta es la de los semanarios a dos peniques, que presentan una cantidad y una variedad punto menos que increíble. Todas las aficiones y pasatiempos —pájaros enjaulados, calado y marquetería, carpintería, apicultura, palomas mensajeras, filatelia, ajedrez— cuentan al menos con un semanario dedicado a sus asuntos, pero es corriente que haya varios. La jardinería, la ganadería, la horticultura y los animales domésticos cuentan al menos con una veintena de revistas. Luego están los periódicos deportivos, los periódicos con la programación de la radio, los tebeos infantiles, los periódicos de cotilleos como *Tit-Bits*, la amplia gama de revistas y periódicos dedicados al cine, que explotan en mayor o menor medida las piernas de las mujeres, las diversas revistas gremiales, las revistas con novelas para mujeres (*Oracle, Secrets, Peg's Paper*, etcétera, etcétera), las revistas de ganchillo y punto de cruz —son tan numerosas que ocuparían por sí solas todo el escaparate— y la extensa serie de «revistas americanas» (*Fight Stories, Action Stories, Western Short Stories*, etcétera), que se importan en pésimas condiciones de Estados Unidos y se venden a dos o tres peniques a lo sumo. Y los periódicos propiamente dichos editan también novelitas a cuatro peniques: las de *Aldine Boxing*, la *Biblioteca de Amigos del Muchacho*, la *Biblioteca de las Niñas* y muchas más.

Es probable que todo lo que contienen estas tiendas de barrio sea el mejor indicio con que contamos acerca de lo que siente y piensa la gran mayoría de la población inglesa. Desde luego, no existe nada ni la mitad de revelador en forma de documento. Las novelas que más se venden, por ejemplo, dicen mucho, pero es que la novela está destinada de manera casi exclusiva a un público que se encuentra por encima del nivel salarial de las cuatro libras por semana. Las películas son probablemente una guía mucho menos fidedigna sobre el gusto popular, porque la industria

cinematográfica es casi un monopolio, con lo que no se ve en la obligación de estudiar atentamente a su público. Lo mismo cabe decir en cierta medida de los diarios y de la mayor parte de los programas de radio. No es este el caso de los semanarios de circulación bastante reducida y temática especializada. Periódicos como *Exchange and Mart* («Cambio y Mercado»), por ejemplo, o *Cage-birds* («Aves Enjauladas»), o el *Oracle*, el *Prediction* o el *Matrimonial Times*, existen única y exclusivamente porque hay una demanda de ellos, y por eso reflejan la mentalidad de sus lectores de una manera que un gran diario de circulación nacional, con una tirada de millones de ejemplares, no podría reflejar.

Aquí tan sólo me ocuparé de una serie de periódicos, los semanarios juveniles de dos peniques, a menudo descritos, si bien con gran inexactitud, como «tostones de a penique». Estrictamente dentro de este género figuran al menos diez publicaciones: *Gem, Magnet, Modern Boy, Triumph* y *Champion*, de las que es propietaria la firma Amalgamated Press, y *Wizard, Rover, Skipper, Hotspur* y *Adventure*, que pertenecen a D. C. Thomson & Co. Desconozco qué circulación tienen estas publicaciones. Los directores y propietarios se niegan a dar ninguna cifra. En cualquier caso, la circulación de una publicación que imprime relatos por entregas ha de sufrir por fuerza grandes fluctuaciones. De todos modos, no cabe duda de que el público total de estas diez publicaciones es muy nutrido. Se hallan a la venta en todas las localidades de Inglaterra, y prácticamente cualquier muchacho con afición a la lectura pasa por una fase en la que lee uno o varios semanarios de esta índole. *Gem* y *Magnet*, de largo los más antiguos, son de un tipo que se diferencia bastante de los demás, y es evidente que han perdido parte de su popularidad en los últimos años. Un buen número de muchachos los consideran anticuados y «lentos». No obstante, de ellos quiero ocuparme en primer lugar, porque psicológicamente son más interesantes que los demás, y también porque la mera pervivencia de estas publicaciones hasta la década de 1930 es un fenómeno cuando menos asombroso.

Gem y *Magnet* son publicaciones hermanas (los personajes de una a menudo aparecen en la otra), y las dos echaron a andar hace más de treinta años. En aquel entonces, junto con *Chums* y la vieja *BOP* (*Boy's Own Paper*), eran las principales publicaciones para chicos, y siguieron conservando esa posición dominante hasta hace muy poco. Todas las semanas, cada una de ellas contiene un relato de tema colegial de unas quince mil o veinte mil palabras, un relato con sentido propio, aunque por lo común suele guardar relación en mayor o menor grado con el de la semana anterior. *Gem*, además del relato, incluye un folletín de aventuras. Por lo demás, las dos son tan similares que pueden ser tratadas como si fueran una única publicación, aun cuando *Magnet* ha sido la más conocida de las dos, seguramente porque posee un personaje realmente de primera clase, el rechoncho Billy Bunter.

Los relatos versan sobre lo que pasa por ser la vida en los colegios privados, colegios (Greyfriars, en *Magnet*; St. Jim, en *Gem*) que son descritos como antiquísimas instituciones muy de moda, del estilo de Eton o Winchester. Los

personajes principales son muchachos de catorce o quince años, de modo que los chicos mayores o menores aparecen sólo en pasajes muy breves. Al igual que Sexton Blake y Nelson Lee, estos muchachos siguen igual semana tras semana, un año tras otro, sin envejecer jamás. Muy de vez en cuando llega un chico nuevo o desaparece un personaje secundario, pero lo cierto es que el elenco apenas ha sufrido alteraciones en los últimos veinticinco años. Los principales personajes de ambos semanarios —Bob Cherry, Tom Merry, Harry Wharton, Johnny Bull, Billy Bunter y todos los demás— ya cursaban estudios en Greyfriars o en St. Jim mucho antes de que estallase la Gran Guerra, exactamente con la misma edad que tienen hoy y con aventuras muy similares a las actuales, además de hablar casi exactamente el mismo idiolecto. No sólo los personajes, sino también el ambiente de *Gem* y de *Magnet*, se han preservado sin un solo cambio, en parte mediante una estilización sumamente elaborada. Los relatos de *Magnet* los firma «Frank Richards» y los de *Gem*, «Martin Clifford», aunque una serie con treinta años de antigüedad difícilmente puede ser obra de una misma persona en todas sus entregas semanales[3]. Por consiguiente, han de estar escritos en un estilo que sea muy fácil de imitar, un estilo extraordinariamente artificioso, muy repetitivo, completamente distinto de todo lo que ahora se hace en la literatura en lengua inglesa. Nos servirán de ilustración un par de extractos. He aquí uno del *Magnet*:

—Gruñido.

—¡Cállate la bocota, Bunter!

—¡Gruñido!

Callarse la boca no era en realidad algo propio de Billy Bunter. Rara vez se callaba la boca, aunque a menudo se le exigiera callar. En esta ocasión espantosa, el rechoncho Búho de Greyfriars se sintió menos inclinado que nunca a callarse la boca. ¡Y no se calló! Gruñó, gruñó y gruñó, y no dejó de seguir gruñendo.

Ni siquiera los gruñidos expresaron los sentimientos de Bunter. Sus sentimientos, en realidad, eran inexpresables.

¡Estaban los seis en el ajo! Sólo uno de ellos manifestó su irritación y sus lamentos de manera audible. Pero esa única excepción, William George Bunter, manifestó lo suficiente para cubrir la ausencia de todo el grupo, e incluso de alguno más.

Harry Wharton y compañía formaban un grupo iracundo y preocupado. ¡Estaban empantanados y atascados, atorados, hundidos, acabados!, etcétera, etcétera, etcétera.

Y he aquí otro tomado de Gem:

—¡Ay, mielda!

—Ay, caray.

—¡Aaaaj!

—¡Urrgg!

Arthur Augustus se incorporó aturdido. Sacó el pañuelo y se lo llevó a la nariz, muy perjudicada. Tom Merry se incorporó sin poder siquiera respirar. Se miraron uno al otro.

—¡Por Júpiter! ¡Vaya pirula que nos han hecho, chaval! —barbotó Arthur Augustus—. ¡Me han puesto como un pingajo! ¡Aaaaj! ¡Qué tunantes! ¡Qué rufianes! ¡Qué malditos forasteros!, etcétera, etcétera, etcétera.

Ambos pasajes son del todo característicos; otros de la misma guisa aparecen en absolutamente todos los capítulos de todos los números de ambas publicaciones, ya sea hoy o hace veinticinco años. Lo primero que comprobará cualquiera es la

extraordinaria cantidad de tautologías que se acumulan (el primero de los dos pasajes cuenta con ciento veinticinco palabras, que se podrían comprimir en unas treinta), en apariencia con el propósito de extender el relato, aunque en realidad con la función de crear un ambiente determinado. Por idénticas razones, varias expresiones burlescas se repiten hasta la saciedad; «iracundo», por ejemplo, es una de las más habituales, al igual que «empantanados y atascados, atorados, hundidos, acabados». «¡Oooogh!», «¡Grooo!» y «¡Yaroo!» (estilizadas expresiones de dolor) son recurrentes, al igual que «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!», que siempre ocupa una línea, de modo que, a veces, la cuarta parte de una columna consta de «Ja, ja, ja» y nada más. El lenguaje coloquial («Go and cat coke!», «What the thump!», «You frabjous ass!», etcétera)[*] no ha sido alterado nunca, de modo que los chicos utilizan a día de hoy un argot que lleva treinta años desfasado. Asimismo, se aplican diversos apodos y motes a la menor ocasión. Cada pocas líneas se nos recuerda que Harry Wharton y compañía son «los Cinco de la Fama», Bunter es siempre «el Búho rechoncho» o «el Búho en la Distancia», Vernon-Smith es siempre «el Ancla de Greyfriars», Gussy (el Honorable Arthur Augustus D'Arcy) es siempre «el Orgullo de St. Jim», y así sucesivamente. Hay un esfuerzo constante, incansable, por mantener intacto el ambiente, por asegurarse de que cada nuevo lector aprenda de inmediato quién es quién. El resultado no ha sido otro que hacer de Greyfriars y St. Jim un extraordinario mundillo encerrado en sí mismo, un mundo que nadie puede tomarse en serio si tiene más de quince años, pero que en cualquier caso no resulta fácil de olvidar. Mediante una corrupción de la técnica de Dickens, se han creado una serie de «personajes» estereotipados, en algunos casos con un éxito notable. Billy Bunter, por ejemplo, debe de ser una de las figuras más conocidas de la ficción en lengua inglesa; habida cuenta de la cantidad de personas que lo conocen, se halla a la par de Sexton Blake, Tarzán, Sherlock Holmes y un puñado de personajes dickensianos.

Ni que decir tiene que estos relatos son fantásticamente ajenos a cuanto acontece en un verdadero colegio privado. Forman ciclos de un tipo muy distinto al del curso escolar, aunque en general son relatos divertidos, con una comicidad de sal gruesa, de modo que el interés se centra en las gamberradas, las bromas de gusto dudoso, los maestros iracundos, las peleas, las palizas y azotainas, el fútbol, el críquet y la comida. Uno de los relatos más recurrentes es aquel en que a un chico se lo acusa de una travesura que ha cometido otro, ya que el primero es demasiado bueno para decir la verdad. Los muchachos «buenos» lo son en el sentido de la impoluta tradición del inglés honrado: se entrenan a fondo, se lavan detrás de las orejas, nunca dan un golpe bajo, etcétera, etcétera; por el contrario, hay una serie de chicos «malos», como Racke, Crooke, Loder y otros, cuya maldad se cifra en que apuestan, fuman cigarrillos y frecuentan las tabernas. Todos ellos se encuentran continuamente al borde de la expulsión, pero como esto supondría un cambio del elenco, a nadie nunca se lo descubre cometiendo un delito grave. El robo, por ejemplo, apenas es uno de los motivos temáticos habituales. El sexo es completamente tabú, sobre todo en la

modalidad en que de hecho surge en los colegios privados. A veces aparecen algunas chicas en los relatos, y muy rara vez hay nada que se acerque ni de lejos a un tibio flirteo, que, si se da, es sólo con el espíritu de la sana diversión. Un chico y una chica pueden disfrutar de un paseo en bicicleta; a eso se llega a lo sumo. Los besos, por ejemplo, serían considerados una simple muestra de «bobaliconería», e incluso los chicos malos pasan por ser totalmente asexuados. Cuando se lanzaron *Gem* y *Magnet*, es probable que existiera una intención deliberada de alejarse por completo del ambiente de culpa a causa del sexo que impregnaba buena parte de las publicaciones anteriores para chicos. En la década de 1890, el *Boy's Own Paper*, por ejemplo, acostumbraba a llenar las columnas de cartas al director con aterradoras advertencias en contra de la masturbación, y libros como *St. Winifred's* y *Tom Brown's Schooldays* rezumaban sentimientos homosexuales, aunque es evidente que sus autores no eran conscientes de ello. En *Gem* y *Magnet*, el sexo lisa y llanamente no existe como problema. La religión es otro tabú; en los treinta años de vida de ambas publicaciones, la palabra «Dios» seguramente sólo aparece en el contexto de «Dios salve al rey». Por otra parte, siempre ha existido una línea clara en favor de la abstinencia. La bebida y, por añadidura, el consumo de tabaco se consideran hechos deshonrosos incluso en un adulto («turbio» es el adjetivo habitual), aunque al mismo tiempo pasa por ser algo irresistible y fascinante, una suerte de sucedáneo del sexo. En cuanto al ambiente moral, *Gem* y *Magnet* tienen mucho en común con el ideario del movimiento de los Boy Scouts, que tiene sus orígenes en la misma época.

Toda la literatura de esta índole es en parte plagiaria. Sexton Blake, por ejemplo, empezó siendo con toda franqueza una imitación de Sherlock Holmes, y todavía se le parece demasiado: tiene rasgos aguileños, vive en Baker Street, fuma sin cesar y se pone un batín cuando necesita sentarse a pensar. *Gem* y *Magnet* probablemente les deban algo a los autores de la vieja escuela que estaban en pleno apogeo cuando las dos revistas iniciaron su andadura, Gunby Hadath, Desmond Coke y demás, pero es mucho mayor su deuda con los modelos decimonónicos. En la medida en que Greyfriars y St. Jim sean colegios auténticos, se parecen mucho más al Rugby de Tom Brown que a cualquier colegio privado moderno. Ninguno de los dos, por ejemplo, tiene un director de estudios, los deportes no son de práctica obligatoria y a los chicos se les permite vestir como quieran. Pero no cabe duda de que el origen fundamental de ambas publicaciones se halla en *Stalky & Co.*, un libro que ha influido enormemente en la literatura juvenil, una de esas obras que tienen una suerte de reputación tradicional entre personas que ni siquiera han visto nunca un ejemplar. En más de una ocasión, en los semanarios juveniles me he encontrado con referencias a *Stalky & Co.*, aunque allí se dijera «Storky». El nombre del profesor más cómico de Greyfriars, el señor Prout, está tomado de *Stalky & Co.*, al igual que buena parte del argot coloquial que se emplea: «jape», «merry», «giddy», «bizney» («business»), «frabjous», «don't» por «doesn't», etcétera,[*] todos ellos vocablos en desuso cuando comenzaron a publicarse *Gem* y *Magnet*. Hay también huellas de orígenes anteriores.

El propio nombre «Greyfriars» probablemente haya sido tomado de Thackeray, y Gosling, el portero del colegio en *Magnet*, utiliza un lenguaje que constituye una imitación del idiolecto de Dickens.

Con todo esto, al presunto «*glamour*» de los colegios privados se le saca todo el jugo. Aparece toda la parafernalia al uso: los encierros, el pasar lista, los enfrentamientos entre equipos del colegio, los abusos, los monitores, las agradables meriendas en torno a la chimenea, etcétera, etcétera, y hay constantes referencias a la «vieja escuela», a las «viejas piedras grises» (ambos colegios fueron fundados a comienzos del siglo XVI) y al «espíritu de equipo» de los «hombres de Greyfriars». En cuanto al atractivo de lo esnob, es completamente desvergonzado. En cada uno de los colegios hay un muchacho o dos con títulos nobiliarios que al lector se le restriegan constantemente por la cara; otros muchachos ostentan los apellidos de familias aristocráticas de sobra conocidas, como los Talbot, los Manners o los Lowther. En todo momento se nos recuerda que Gussy es el Honorable Arthur A. D'Arcy, hijo de lord Eastwood, que Jack Blake habrá de heredar «anchurosos terrenos», que Hurree Jamset Ram Singh (apodado «Inky») es el *nabab* de Bhanipur o que el padre de Vernon-Smith es un millonario. Hasta hace relativamente poco, las ilustraciones de ambos semanarios siempre representaban a los chicos con una vestimenta que imitaba a la de Eton; en los últimos años, los de Greyfriars han pasado a llevar chaqueta azul cruzada y pantalones de franela, si bien St. Jim sigue con la chaqueta de Eton y Gussy no ha perdido su sombrero de copa. En la revista del colegio, que sale todas las semanas como una sección adjunta de *Magnet*, Harry Wharton publica un artículo en el que comenta la paga que reciben los «compañeros en la Distancia», y revela que a algunos les dan nada menos que cinco libras a la semana. Se trata de una incitación premeditada y directa a las fantasías asociadas a la acumulación de riquezas. En este punto vale la pena reseñar, aunque sea un hecho harto curioso, que el relato de temática colegial es algo peculiar y privativo de Inglaterra. Hasta donde sé, hay poquísimos relatos de temática colegial en lenguas extranjeras. La razón, obviamente, estriba en el hecho de que en Inglaterra la educación es ante todo una cuestión de estatus. La línea divisoria más definitiva entre la pequeña burguesía y la clase obrera es que la primera paga por su educación, y dentro de la burguesía existe otro abismo insalvable entre el colegio «privado» y el colegio «público». Salta a la vista que son decenas de miles, por no decir centenares de miles, las personas a las cuales cada detalle de la «pijería» del colegio privado, de la vida que en él se lleva, les resulta apasionante a la vez que cargado de romanticismo. Son personas que se hallan fuera del mundo místico de los patios claustrales y de los escudos y colores de cada casa, pero que anhelan todo eso, sueñan con ello, lo viven mentalmente, a veces durante muchas horas seguidas. La pregunta, así pues, es esta: ¿quiénes son esas personas? ¿Quién lee *Gem* y *Magnet*?

Obviamente, nunca se puede estar seguro en este tipo de cosas. Lo que sí puedo decir, a partir de mis propias observaciones, es que los chicos que tienen la

posibilidad de ir a un colegio privado leen por lo general *Gem* y *Magnet*, pero que casi siempre dejan de hacerlo a los doce años más o menos. Tal vez sigan leyéndolas un año más por la fuerza de la costumbre, pero ya sin tomárselas en serio. Por otra parte, los internos de los colegios públicos más baratos, los pensados para las personas que no pueden permitirse uno privado pero consideran que los colegios municipales son «una vulgaridad», siguen leyendo *Gem* y *Magnet* durante unos cuantos años más. Hace un tiempo fui profesor en dos colegios de este tipo. Descubrí que no sólo prácticamente todos los alumnos leían *Gem* y *Magnet*, sino que se los seguían tomando muy en serio entre los quince y los dieciséis años de edad. Aquellos chicos eran hijos de tenderos, oficinistas, pequeños empresarios y profesionales, y es evidentemente esta la clase que tienen por lector ideal tanto *Gem* como *Magnet*. Sin embargo, también leen ambos semanarios chicos de la clase obrera. Están por lo común a la venta en los barrios más pobres de las grandes ciudades, y sé con certeza que los leen chicos a los que cualquiera consideraría inmunes al «*glamour*» del colegio privado. Por ejemplo, he visto a un joven minero, un chaval que ya había trabajado un año o dos bajo tierra, leyendo con ganas las páginas de *Gem*. Hace poco ofrecí un montón de publicaciones británicas a los legionarios ingleses de la Legión Extranjera francesa en el norte de África; lo primero que escogieron fueron *Gem* y *Magnet*. Ambos semanarios tienen también numerosas lectoras[4], y la sección de cartas de los lectores de *Gem* demuestra que se lee en todos los rincones del Imperio británico; hay misivas de australianos, canadienses, palestinos, judíos, malayos, árabes, chinos, etcétera. Los responsables cuentan evidentemente con que sus lectores ronden los catorce años de edad, y la publicidad (chocolate con leche, sellos, pistolas de agua, remedios para el sonrojo, trucos de magia casera, polvos para el picor, etcétera) apunta más o menos a esa misma edad; también están los anuncios del Almirantazgo, que convocan a reclutas de diecisiete a veintidós años. Y no cabe duda de que también los leen los adultos. Es frecuente que quien escriba una carta al director afirme que ha leído todos los números de *Gem* o de *Magnet* durante los últimos treinta años. He aquí una de una señora de Salisbury:

> Puedo decir de los espléndidos relatos sobre Harry Wharton y compañía, de Greyfriars, que nunca dejan de alcanzar un altísimo nivel. Son sin duda las mejores historias de este tipo que hay en el mercado, y esto es mucho decir. Parece que nos pusieran cara a cara con la naturaleza. He leído *Magnet* desde sus comienzos, y he seguido las aventuras de Harry Wharton y compañía con embeleso e interés. No tengo hijos, pero sí dos hijas, y siempre hay disputas por ver quién será la primera en leer el grandioso semanario. Mi marido también era un lector empedernido de *Magnet* hasta que nos fue repentinamente arrebatado.

Vale la pena hacerse con unos cuantos ejemplares de *Gem* y de *Magnet*, sobre todo del primero, y echar un vistazo a la sección de cartas. Lo asombroso de veras es la intensidad y el interés con que los lectores se toman cada mínimo detalle de la vida en Greyfriars y en St. Jim. He aquí una muestra de las preguntas que remiten los lectores:

> «¿Qué edad tiene Dick Roylance?» «¿Qué antigüedad tiene St. Jim?» «¿Me podría dar una lista de los

Shell y de sus asignaturas?» «¿Cuánto costó el monóculo de D'Arcy?» «¿Cómo es que individuos como Crooke son de la Shell, e individuos decentes como tú están sólo en la Fourth?» «¿Cuáles son los tres principales cometidos de los monitores?» «¿Quién es el profesor de química en St. Jim?» (de una lectora). «¿Dónde está situado St. Jim?» «¿Podría indicarme cómo llegar? Me encantaría ver el edificio». «¿Es una impresión mía o todos los chicos son "falsos"?».

Está claro que muchos de los chicos y chicas que envían estas cartas viven inmersos en una fantasía absoluta. A veces, un chico escribe, por ejemplo, y especifica su estatura, su peso, las medidas de su perímetro torácico y de sus bíceps, y pregunta qué miembro de la Shell o de la Fourth es el que más se le parece. La petición de una lista de los ocupantes de la Shell y de los estudios de cada uno es muy corriente. Los responsables del semanario, como es natural, hacen todo lo posible por mantener la ilusión. En *Gem*, Jack Blake presuntamente escribe a sus corresponsales; en *Magnet* se dedican siempre dos páginas a la revista del colegio (el *Greyfriars Herald*, que edita Harry Wharton), y hay otra página en la que escribe uno u otro de los personajes. Los relatos son cíclicos, con dos o tres de los personajes en primer plano durante varias semanas seguidas. Primero se suceden algunas aventuras disparatadas, con los Cinco de la Fama y Billy Bunter; luego, una serie de relatos sobre el tema de la identidad equívoca, con Wibley (el mago) en el papel estelar; viene a continuación una tanda de índole más seria, en la que Vernon-Smith parece al borde de la expulsión. He aquí el verdadero secreto de *Gem* y de *Magnet*, y la probable razón por la cual la gente los continúa leyendo a pesar de estar tan obviamente desfasados.

Se trata de que los personajes están cuidadosamente clasificados, de modo que dan a todo tipo de lectores la posibilidad de identificarse con uno u otro. Esto es algo que hacen casi todos los semanarios juveniles, y de ahí el muchacho ayudante (el Tinker de Sexton Blake, el Nipper de Nelson Lee, etcétera) que generalmente acompaña al explorador, al detective, o lo que sea, en sus aventuras. Pero en estos casos sólo hay un chico, por lo común del mismo tipo. En *Gem* y en *Magnet* hay un modelo prácticamente para todo el mundo. Están el muchacho normal, atlético y animoso (Tom Merry, Jack Blake, Frank Nugent), una versión algo más canallesca de este tipo (Bob Cherry), una versión más aristocrática (Talbot, Manners), otra más apacible y más seria (Harry Wharton) y una versión terca, tipo *bulldog* (Johnny Bull). Luego están el muchacho intrépido, sin miedo a nada (Vernon-Smith), el inteligente y estudioso (Mark Linley, Dick Penfold), el excéntrico al que no se le dan bien los deportes, aunque tiene un talento especial (Skinner, Wibley). Y también está el becado (Tom Redwing), una figura importante en este tipo de relatos, porque hace que a los chicos de familia más pobre les sea posible identificarse con el ambiente de colegio privado. Además, están los chicos de Australia, Irlanda, Gales, la Isla de Man, Yorkshire y Lancashire, con los que se aprovecha el patriotismo local. Pero la sutileza de la caracterización va mucho más allá. Si se estudian las secciones de cartas, se ve a las claras que seguramente no hay un solo personaje en *Gem* o en *Magnet* con el cual no se identifique tal o cual lector, con la excepción de los más

cómicos y chabacanos, como Coker, Billy Bunter, Fisher T. Fish (el estadounidense que roba dinero) y los profesores, claro está. Bunter, aunque su origen probablemente le deba mucho al muchacho gordo de *Pickwick*, es una creación auténtica. Los pantalones ceñidos, contra los cuales golpean cada dos por tres las botas de los otros, o las fustas, su astucia en la búsqueda de alimentos y su paquete postal, que nunca llega, le han hecho famoso allí donde ondea una bandera británica. Pero es poco probable que haga soñar a los lectores. Por el contrario, otra figura graciosa como es Gussy (el Honorable Arthur A. D'Arcy, «el orgullo de St. Jim») goza de una evidente admiración. Al igual que todo lo demás en *Gem* y en *Magnet*, Gussy está al menos treinta años desfasado. Es el dandi de comienzos del siglo XX, e incluso de finales del XIX (aunque hable con un marcado acento rural), el idiota del monóculo que sirvió con hombría en las batallas de Mons y Le Cateau. Y su manifiesta popularidad viene a demostrar qué hondo es el atractivo esnob de este tipo. Los ingleses sienten un cariño inagotable por el asno que tiene un título nobiliario (por ejemplo, lord Peter Wimsey, que siempre juega una baza ganadora en los momentos de apuro). He aquí una carta de una admiradora de Gussy:

> Creo que sois demasiado duros con Gussy. Por el modo en que lo tratáis, me sorprende que siga existiendo. Es mi héroe. ¿Sabíais que escribo poemas, letras de canciones? ¿Qué os parece esta? Va con la melodía de «Goody Goody».
>
> *Voy a pillar mi máscara antigás,*
> *me sumo a las baterías antiaéreas,*
> *porque sé cómo parar las bombas que me tiráis.*
> *Me voy a cavar una trinchera*
> *dentro del jardín.*
> *Voy a sellar las ventanas*
> *para que no pueda entrar el gas.*
> *Voy a plantar mi cañón en la acera*
> *con una nota para Adolf Hitler: «¡No molestar!».*
> *Y si jamás caigo en manos de los nazis*
> *a mí ya me es suficiente.*
> *Voy a pillar mi máscara antigás,*
> *me sumo a las baterías antiaéreas.*[*]
>
> P.S.: ¿Te llevas bien con las chicas?

Lo cito por extenso por su interés, por ser probablemente la primera aparición (con fecha de abril de 1939) de Hitler en *Gem*. En este semanario también hay un chico obeso con trazas de héroe, Fatty Wynn, la contrapartida de Bunter. Vernon-Smith, un personaje de hechura byroniana, siempre al borde de la expulsión, es otro de los grandes preferidos. E incluso algunos de los bellacos tendrán sus seguidores. Loder, por ejemplo, «la escoria de sexto», es un bellaco, pero también es intelectual y propenso a hablar con sarcasmo del fútbol y el espíritu de equipo. Los Cinco de la Fama lo consideran tanto más bellaco por eso, pero habrá seguramente un

determinado tipo de muchacho que se identifique con él. Los propios Racke, Crooke y compañía gozan probablemente de admiración entre los más pequeños, los que piensan que fumar es algo de una perversidad diabólica. (Frecuente pregunta en la sección de cartas: «¿Qué marca de tabaco fuma Racke?»).

Como es natural, el sesgo político de *Gem* y de *Magnet* es conservador, aunque totalmente al estilo del anterior a 1914, sin tintes fascistas. En realidad, los supuestos políticos de fondo son dos: nunca cambia nada y los extranjeros son graciosos. En los números de *Gem* de 1939, los franceses siguen siendo «sapos» y los italianos, «dagos». Mossoo, el profesor de francés en Greyfriars, es el típico gabacho de tira cómica, con barba puntiaguda, pantalones con dobladillo, etcétera. Inky, el chico de la India, aunque sea un rajá y, por tanto, posea atractivo esnob, es asimismo el cómico babú de la tradición de *Punch*. («Las ganas de pendencia no son el remate adecuado, mi estimado Bob —dijo Inky—. Que se deleiten los perros con sus ladridos y sus mordiscos. La respuesta reposada es la jarra rajada que más lejos le llega al ave en el matorral, como reza el proverbio inglés»). Fisher T. Fish es el viejo yanqui arquetípico (con marcado acento y modismos estadounidenses), que data de un período de intensos celos mutuos entre Inglaterra y Estados Unidos. Wun Lung (últimamente apenas aparece, sin duda porque algunos de los lectores de *Magnet* son de las colonias del Lejano Oriente), es el clásico chino de pantomima decimonónica, con sombrero de plato, coleta y un inglés inefable. En todo momento se da por sentado no sólo que los extranjeros son cómicos y aparecen en escena para que nos riamos de ellos, sino que además se los puede clasificar igual que a los insectos. Por ese motivo, en todos los semanarios juveniles, y no sólo en *Gem* y *Magnet*, un chino es retratado invariablemente con coleta. Es el rasgo por el cual se le reconoce, como la barba del francés o el organillo del italiano. En las publicaciones de este tipo, de tanto en tanto sucede que, cuando un relato está ambientado en el extranjero, se hace algún intento por describir a los nativos como seres humanos, pero por regla general se da por supuesto que los extranjeros, sean de la raza que sean, son todos iguales y se amoldan con mayor o menor exactitud a los siguientes patrones:

FRANCÉS: irascible. Gasta barba, gesticula mucho.
ESPAÑOL, MEXICANO, etc.: siniestro, traicionero.
ÁRABE, AFGANO, etc.: siniestro, traicionero.
CHINO: siniestro, traicionero. Lleva coleta.
ITALIANO: irascible. Toca el organillo o lleva una daga.
SUECO, DANÉS, etc.: amable, estúpido.
NEGRO: cómico, muy fiel.

La clase obrera sólo tiene cabida en estas publicaciones en calidad de cómicos o semivillanos (corredores de apuestas y demás). En cuanto a las tensiones de clase, el sindicalismo, las huelgas, las crisis económicas, el fascismo y la guerra civil, ni siquiera se mencionan. En algún momento, a lo largo de los treinta años de ambos semanarios, tal vez sea posible hallar la palabra «socialismo», pero sólo después de mucho buscarla. Si se hace alguna referencia a la Revolución rusa, será de manera

indirecta, mediante la palabra «bolshy», para designar a una persona de costumbres violentas y desagradables. Hitler y los nazis empiezan a asomar en el tipo de referencias que he citado antes. La crisis prebélica de septiembre de 1938 causó la impresión suficiente para que se publicase un relato en el que el señor Vernon-Smith, el millonario padre del personaje, se beneficia del pánico generalizado comprando casas de campo para venderlas como «refugios de crisis». Pero eso es probablemente la única constancia que dejarán *Gem* y *Magnet* sobre la situación europea, al menos mientras no estalle la guerra.[5] Eso no significa que ambas publicaciones sean antipatrióticas. Muy al contrario. A lo largo de la Gran Guerra, *Gem* y *Magnet* fueron quizá las publicaciones más insistente y animadamente patrióticas de Inglaterra. Casi todas las semanas, los chicos cazaban a un espía o alistaban en el ejército a un objetor de conciencia, y durante el período del racionamiento aparecía el rótulo «COMED MENOS PAN» impreso en todas las páginas con un cuerpo de letra generoso. Sin embargo, su patriotismo no tiene nada que ver con la política del poder ni con la guerra ideológica. Es algo emparentado más bien con la lealtad familiar, y de hecho proporciona una clave muy valiosa acerca de la actitud de la gente corriente, sobre todo del inmenso e indiferente sector social que conforman la clase media y las capas superiores de la clase obrera. Se trata de patriotas hasta la médula, aunque no entiendan que lo que sucede en otros países sea de su incumbencia. Cuando Inglaterra está en peligro, acuden a defenderla como si tal cosa; mientras tanto, no les interesa. A fin de cuentas, Inglaterra siempre lleva la razón y siempre triunfa, de modo que, ¿para qué preocuparse? Se trata de una actitud que ha remitido un tanto durante los últimos veinte años, aunque no hasta el extremo que a veces se da por supuesto. No entenderlo tal como es constituye una de las razones por las cuales los partidos de izquierdas rara vez son capaces de elaborar una política exterior aceptable.

El mundo mental que prima en *Gem* y en *Magnet* viene a ser, por tanto, como sigue:

El año es 1910 o 1940, pero eso es lo de menos. Nos encontramos en Greyfriars. Uno es un mozalbete de catorce años, de mejillas coloradas, con ropa de calidad confeccionada por uno de los mejores sastres. Está sentado en su estudio, en un ala del colegio, tras un apasionante partido de fútbol que se ganó por un solo gol marcado en el último minuto. Arde un fuego acogedor en la chimenea, y fuera sopla el viento. La hiedra recubre con gran espesor las antiguas piedras grises. El rey sigue en su trono y una libra vale una libra. Por toda Europa, los cómicos extranjeros gesticulan y balbucean, aunque los imponentes buques de guerra de la armada británica custodian el canal de la Mancha, y en las avanzadillas del imperio los ingleses con monóculo mantienen a raya a los negros. Lord Mauleverer acaba de recibir otras cinco libras, y todos nos disponemos a merendar opíparamente a base de salchichas, sardinas, panecillos, carne enlatada, mermelada y rosquillas. Después de la merienda seguiremos sentados en el estudio, riéndonos a gusto con Billy Bunter y comentando el equipo que formaremos en el partido de la semana que viene contra

Rookwood. Todo está en orden, un orden sólido e incuestionable. Todo seguirá igual por siempre jamás. Ese viene a ser, más o menos, el ambiente.

Pero dejemos ahora *Gem* y *Magnet* y pasemos a otros semanarios que han aparecido después de la Gran Guerra. Lo verdaderamente significativo es que tienen más similitudes que diferencias con *Gem* y *Magnet*. Pero mejor será analizar primero las diferencias.

Hay ocho publicaciones de este tipo, a saber: *Modern Boy, Triumph, Champion, Wizard, Rover, Skipper, Hotspur* y *Adventure*. Todas ellas han nacido después de la Gran Guerra, pero con la sola excepción de *Modern Boy*, ninguna tiene más de cinco años de antigüedad. Dos semanarios que habría que reseñar aquí, aunque no pertenezcan estrictamente a la misma categoría que los demás, son *Detective Weekly* y *Thriller*, los dos propiedad de Amalgamated Press. *Detective Weekly* se ha hecho con el personaje de Sexton Blake. Ambas publicaciones dan cuenta de un cierto interés por cuestiones sexuales, y aunque no cabe duda de que las leen los muchachos, no están destinadas sólo a ellos. Todas las demás son semanarios juveniles, tal cual, y son tan parecidas que se las puede considerar en bloque. No parece que haya diferencias notables entre las publicaciones de Thomson y las de Amalgamated Press.

Basta con echar un vistazo para captar la superioridad técnica que tienen estas publicaciones con respecto a *Gem* y *Magnet*. De entrada, cuentan con la ventaja de que no están escritas solamente por una persona. En vez de un relato largo y completo, un número de *Wizard* o de *Hotspur* consta de media docena de entregas parciales, ninguna de las cuales se dilatará eternamente. Por consiguiente, hay mucha más variedad y mucho menos relleno, a la vez que desaparece la cansina estilización y la comicidad ramplona de *Gem* y *Magnet*. Veamos dos pasajes a modo de ejemplo:

> Billy Bunter soltó un gruñido.
>
> Había pasado un cuarto de hora de las dos horas a que Bunter estaba castigado a estudiar francés.
>
> ¡En un cuarto de hora sólo había quince minutos! Pero todos y cada uno de esos minutos se le hacían larguísimos a Bunter. Parecían avanzar al ritmo de un caracol cansado.
>
> Viendo el reloj del aula número 10, el Búho rechoncho a duras penas podía creer que sólo hubieran pasado quince minutos. Más bien se le antojaba que hubieran pasado quince horas, y quince días incluso.
>
> Otros alumnos estaban castigados a estudiar francés en esas horas, al igual que Bunter. A ellos les daba igual. A Bunter sí que le importaba. [*Magnet*]
>
> Tras un ascenso terrible, picando la lisa pared de hielo para crear asideros en todo momento, el sargento Corazón de León Logan, de la policía montada, se hallaba como una mosca humana, pegado a la cara de un acantilado de hielo, liso y traicionero como una inmensa lámina de cristal.
>
> Una ventisca procedente del Ártico soplaba con toda su furia y zarandeaba su cuerpo a la vez que le arrojaba cegadores copos de nieve a la cara, como si quisiera arrancarle los dedos de los asideros y precipitarlo a una muerte segura contra los afilados cantos que yacían al pie del acantilado, treinta metros más abajo.
>
> Agazapados entre los cantos se encontraban los once tramperos, los once villanos que habían hecho todo lo posible por abatir a tiros a Corazón de León y a su compañero, el comisario Jim Rogers, hasta que la tempestad ocultó a los dos policías montados de la vista escrutadora de los malhechores. [*Wizard*]

El segundo extracto impone una cierta distancia entre el lector y el relato, mientras que el primero necesita un centenar de palabras para decirnos que Bunter

está castigado. Por si fuera poco, al no centrarse solamente en historias de colegio (rasgo predominante en todas estas publicaciones, con la excepción de *Thriller* y *Detective Weekly*), *Wizard*, *Hotspur*, etcétera, tienen de largo mayores probabilidades de incurrir en el sensacionalismo. Basta con ver las ilustraciones de portada que tengo ahora encima de la mesa. En una, un vaquero se sujeta al ala de un avión con la punta de los pies, a la vez que dispara contra otro avión. En otra, un chino nada como un poseso para salvar la vida en una cloaca en la que nadan también docenas de ratas hambrientas que lo persiguen. En otra, un ingeniero prende la mecha de un cartucho de dinamita mientras un robot de acero lo sujeta con los garfios. En otra, un tipo con atuendo de piloto lucha desarmado contra una rata más grande que un burro. En otra, un hombre semidesnudo, provisto de una musculatura asombrosa, acaba de sujetar a un león por la cola y lo va a lanzar a treinta metros por encima de la valla del circo, mientras dice: «¡Quedaos con vuestro maldito león!». Es evidente que ningún relato de ambiente colegial puede competir con este género. De vez en cuando, los edificios del colegio pueden incendiarse o el profesor de francés puede ser el cabecilla de una banda internacional de anarquistas, pero, por lo común, todo el interés ha de centrarse en el críquet, las rivalidades con otros colegios, las bromas de mejor o peor gusto, etcétera. No hay sitio para las bombas, los rayos mortales, las ametralladoras submarinas, los aviones, los purasangres, los osos pardos o los gángsteres.

El examen de un gran número de estas publicaciones demuestra que, dejando a un lado los relatos de colegio, los temas preferidos son los siguientes: el Salvaje Oeste, el Polo Norte, la Legión Extranjera, el delito (siempre desde el punto de vista del detective), la Gran Guerra (las fuerzas aéreas o el servicio secreto, no la infantería), distintas versiones de Tarzán, el fútbol profesional, la exploración de los trópicos, las aventuras históricas (Robin Hood, los Caballeros de la Mesa Redonda, la guerra civil del siglo XVII, etcétera) y las invenciones y descubrimientos científicos. El Salvaje Oeste sigue siendo el predominante, al menos en cuanto a ambientación, si bien los pieles rojas parecen ir a la baja. El único tema realmente nuevo es el científico. Los rayos mortíferos, los marcianos, los hombres invisibles, los robots, los helicópteros y los cohetes interplanetarios son abundantes; aquí y allá aparecen incluso rumores acerca de la psicoterapia y las glándulas sin conducto. Así como *Gem* y *Magnet* proceden de Dickens y Kipling, *Wizard*, *Champion*, *Modern Boy*, etcétera, son deudores de H. G. Wells, quien, en mayor medida que Julio Verne, es el verdadero padre de la «ciencia ficción». Naturalmente, el aspecto más explotado de la ciencia es el mágico, el de los marcianos, aunque hay uno o dos semanarios que también publican artículos serios sobre temas científicos, además de gran cantidad de retazos de información. (Ejemplos: «Un árbol del Kauri, en Queensland, Australia, tiene más de doce mil años de antigüedad»; «A diario tienen lugar casi cincuenta mil tormentas con aparato eléctrico»; «El helio tiene un coste de una libra por noventa metros cúbicos»; «Hay más de quinientas variedades de arañas en Gran Bretaña»; «Los bomberos de Londres emplean seiscientos treinta millones de litros de agua al año»,

etcétera). Hay un notable progreso en el campo de la curiosidad puramente intelectual y, en líneas generales, en las exigencias que se plantean a la atención del lector. En la práctica, *Gem, Magnet* y los semanarios de posguerra los lee en gran medida el mismo público, aunque la edad mental a la que están destinados en principio estos últimos parece haberse incrementado un año o dos, mejora que probablemente se corresponda con los progresos de la educación primaria a partir de 1909.

La otra cuestión que apareció en los semanarios juveniles de posguerra, aunque no en la medida en que cabría suponer, es el culto a los abusones y a la violencia.

Si se comparan *Gem* y *Magnet* con un semanario genuinamente moderno, lo que de inmediato nos llama la atención es la ausencia del principio de liderazgo. No existe un personaje central y dominante sino que, por el contrario, hay unos quince o veinte, todos ellos más o menos en pie de igualdad, con los que pueden identificarse toda clase de lectores. En los semanarios más modernos no suele ser así. En vez de identificarse con un colegial de su misma edad, el lector de *Skipper, Hotspur*, etcétera, es emplazado a identificarse con un espía, con un soldado de la Legión Extranjera, con alguna variante de Tarzán, con un as de la aviación, con un explorador, con un púgil…; en cualquier caso, con algún personaje singular y poderoso, que domina a quienes lo rodean y que utiliza un buen directo a la mandíbula como método para resolver problemas. Este personaje está caracterizado como un superhombre, y como la fuerza física es la forma de poder que los muchachos mejor entienden, por lo común es una especie de gorila humano; en los relatos del estilo de Tarzán, a veces llega incluso a ser un gigante de tres metros de altura. Al mismo tiempo, las escenas de violencia de casi todas estas historias son notablemente inofensivas y poco o nada convincentes. Hay una gran diferencia de tono entre los semanarios ingleses más sangrientos y las revistas baratas estadounidenses, como *Fight Stories, Action Stories*, etcétera (que no son estrictamente semanarios juveniles, aunque en gran medida las lean los jóvenes). En las revistas norteamericanas hay auténtica sed de sangre, descripciones horripilantes y detalladas peleas con abundantes patadas en los testículos, escritas en una jerga que han perfeccionado quienes nunca dejan de meditar sobre la violencia. Una revista como *Fight Stories*, por ejemplo, tendría muy poco atractivo salvo para los sádicos y los masoquistas. Salta a la vista la relativa bondad de la civilización inglesa por el tono de aficionado con que se describen siempre los combates de boxeo en los semanarios juveniles. No existe un vocabulario especializado. Veamos estos cuatro extractos, dos ingleses y dos estadounidenses:

> Cuando sonó el gong, los dos jadeaban pesadamente, y ambos tenían grandes marcas enrojecidas en el pecho. A Bill le sangraba el mentón, y Ben tenía un corte en la ceja derecha.
>
> Cada cual cayó rendido en su rincón, pero cuando volvió a sonar el gong estaban los dos en pie, apresTándose a saltar como un tigre sobre el otro. [*Rover*]
>
> Echó a caminar como una bestia y me dio con un palo en toda la cara. Manó la sangre a borbotones y caí hacia atrás, a pesar de lo cual me rehice y le lancé un derechazo al corazón. Otro derechazo alcanzó de lleno a Ben en toda la boca, que ya tenía aplastada, y escupiendo los fragmentos de una muela, me lanzó un izquierdazo al costado. [*Fight Stories*]

Era asombroso ver a la Pantera Negra en acción. Los músculos se le ondulaban y se le tensaban bajo la negrura de la piel. En su ágil, terrible ataque, se notaba todo el poderío y toda la elegancia de un felino negro y gigante.

Lanzaba los golpes con una velocidad desconcertante para ser tan grandullón. En cuestión de momentos, Ben sólo pudo limitarse a bloquear sus intentonas de la mejor manera que supo. Ben era de hecho un maestro de la defensa. Muchas victorias le avalaban. Pero los derechazos y los izquierdazos del negro pasaban por resquicios que ningún otro boxeador habría sabido encontrar. [*Wizard*]

Los segadores que recogieron los pesados cuerpos como bastones de los monarcas del bosque aplastados bajo el hacha se lanzaron sobre los cuerpos de los dos pesos pesados que intercambiaban golpes. [*Fight Stories*]

Nótese cuánto más profesionales suenan los dos extractos estadounidenses. Están escritos para los devotos del cuadrilátero, al contrario que los otros dos. Asimismo, conviene hacer hincapié en que, a su nivel, el código moral de los semanarios juveniles ingleses es aceptable. La delincuencia y la falta de honradez nunca suscitan la menor admiración. No se perciben el cinismo y la corrupción que abundan en las historias de gángsteres norteamericanos. Las enormes ventas de las revistas estadounidenses en Inglaterra demuestran que hay una demanda considerable de ese género, aunque muy pocos escritores ingleses parezcan capaces de producirlo. Cuando el odio a Hitler pasó a ser una emoción generalizada en Estados Unidos, fue interesante comprobar cuán rápidamente se adaptó el «antifascismo» a los propósitos pornográficos que animan a los directores de las revistas norteamericanas. Una publicación que tengo delante de mí dedicó un número entero a un relato largo, completo, titulado «Cuando llegó el infierno a Estados Unidos», en el que los agentes de un «dictador europeo enloquecido y ávido de sangre» tratan de conquistar el país sirviéndose de rayos mortíferos y aviones invisibles. Se percibe una fascinación muy sincera por el sadismo, hay escenas en que los nazis atan bombas a la espalda de mujeres y las lanzan desde las alturas para verlas estallar en mil pedazos; hay otras en las que atan por el pelo a dos muchachas desnudas y las pinchan con cuchillos para obligarlas a bailar, etcétera, etcétera. El director comenta con solemnidad todo esto, y lo emplea como argumento para reforzar las restricciones a la inmigración. En otra página del mismo número puede leerse: «LAS VIDAS DE LAS CORISTAS DE HOTCHA. Revela todos los secretos íntimos y los fascinantes pasatiempos de las famosas coristas de Hotcha, Broadway. NO SE OMITE NADA. Precio: 10 CENTAVOS»; «CÓMO APRENDER A AMAR. 10 CENTAVOS»; «FOTO DE UN *RING* EN FRANCIA. 25 CENTAVOS»; « DESNUDOS TRAVIESOS. Por fuera del cristal se ve a una bella muchacha vestida con toda inocencia. Se le da la vuelta y ¡vaya diferencia! Conjunto de 3 cristales, 25 centavos», etcétera, etcétera. No hay nada así en la prensa británica, nada que sea susceptible de que lo lean los jóvenes. Sin embargo, el proceso de norteamericanización sigue adelante. El ideal estadounidense, el «hombre varonil», el «tipo duro», el gorila que deshace entuertos a mamporro limpio, es una figura habitual en la mayoría de los semanarios para jóvenes. En una serie que *Skipper* ahora publica por entregas, aparece siempre retratado de manera ominosa, armado con una cachiporra.

La novedad de *Wizard*, *Hotspur*, etcétera, en contraposición a los semanarios juveniles más antiguos, se reduce a esto: mejor técnica, más interés científico, más derramamiento de sangre, más adoración a los cabecillas. Pero, a fin de cuentas, es la falta de novedad lo que resulta más pasmoso.

Para empezar, no hay novedad política de ninguna clase. El mundo de *Skipper* y de *Champion* sigue siendo el mundo anterior a 1914, el mismo de *Magnet* y de *Gem*. El relato del Salvaje Oeste, por ejemplo, con los vaqueros, los linchamientos y demás parafernalia, es propio de la década de 1880. Es una curiosidad arcaica. Vale la pena señalar que en los semanarios de este tipo siempre se da por sentado que las aventuras solamente tienen lugar en los confines de la Tierra, en las selvas tropicales, en las llanuras del Ártico, en los desiertos africanos, en las praderas del Oeste norteamericano, en los fumaderos de opio de China…; en cualquier lugar, de hecho, salvo allí donde las cosas de veras suceden. Esta es una creencia que data de hace treinta o cuarenta años, cuando los nuevos continentes aún estaban abriéndose poco a poco a la colonización. Hoy, evidentemente, si uno quiere aventuras, el lugar idóneo es Europa. Pero, al margen de la faceta pintoresca de la Gran Guerra, la historia contemporánea queda cuidadosamente excluida de estas publicaciones. Y con la salvedad de que hoy a los estadounidenses se los admira en vez de ser motivo de burla, los extranjeros siguen siendo las mismas figuras cómicas de siempre. Si aparece un chino, siempre será con la siniestra coleta, con el aire de contrabandista de opio propio de la obra de Sax Rohmer. No hay indicio alguno de que haya pasado nada en China desde 1912. No se dice nada, por ejemplo, de que allí se esté librando ahora una guerra. Si aparece un español, sigue siendo el tipo malencarado que lía cigarrillos y acuchilla a otro por la espalda. Ni la menor señal de lo que ha ocurrido en España. Hitler y los nazis aún no han hecho acto de presencia, o apenas empiezan a hacerlo. Seguro que llenarán páginas dentro de muy poco, aunque sea desde un punto de vista estrictamente patriótico (Gran Bretaña contra Alemania), dejando al margen, en la medida de lo posible, el verdadero significado de la pugna. En cuanto a la Revolución rusa, es sumamente difícil encontrar ninguna referencia en estas publicaciones. Cuando aparece Rusia, por lo general lo hace en un retazo informativo (ejemplo: «En la URSS hay veintinueve mil personas con más de cien años de edad»), y toda referencia a la revolución es indirecta y errónea en cuanto a las fechas. En un relato de *Rover*, por ejemplo, alguien tiene un oso domesticado, y como es un oso ruso se le llama Trotski, obviamente un eco del período de 1917-1923 sin ninguna relación con las controversias recientes. El reloj se ha detenido en 1910. Britannia se yergue sobre las olas y nadie tiene conocimiento de las crisis económicas, los *booms*, el desempleo, las dictaduras, las purgas o los campos de concentración.

En cuanto a los aspectos sociales, apenas se nota el menor avance. El esnobismo es algo menos manifiesto que en *Gem* y en *Magnet*; eso es lo máximo que se puede decir. De entrada, el relato de tema colegial, siempre dependiente en gran parte del

atractivo de lo esnob, no ha desaparecido de ninguna manera. Todos los números de los semanarios juveniles incluyen al menos un relato colegial, que son más numerosos, aunque por poco, que los del Salvaje Oeste. La sofisticadísima vida de fantasía que se predica en *Gem* y en *Magnet* no llega a imitarse conscientemente, y se hace más hincapié en lo aventurero, aunque el ambiente social (las antiguas piedras grises) sigue siendo muy similar. Cuando se presenta un colegio nuevo al comienzo de un relato, a menudo se nos dice, con estas mismas palabras, que «era un colegio muy pijo». De vez en cuando aparece una historia que supuestamente carga contra el esnobismo. El muchacho becado (Tom Redwing en *Magnet*) aparece con frecuencia, y lo que en esencia es el mismo tema se presenta a veces de esta forma: existe una intensa rivalidad entre dos colegios, uno de los cuales se considera más «pijo» que el otro, y hay peleas, bromas, partidos de fútbol, etcétera, que siempre terminan con la derrota de los esnobs. Tras un vistazo muy superficial a algunos de estos episodios, es fácil imaginar que se ha colado cierto espíritu democrático en los semanarios juveniles, pero una análisis más minucioso revela que sólo reflejan los celos enquistados que se dan en el seno de las clases pudientes. Su verdadera función consiste en permitir al chico que va a un colegio público de los más baratos (no a uno municipal o estatal) la sensación de que su escuela es igual de «pija» que Winchester o Eton. El sentimiento de lealtad colegial («Somos mejores que aquellos otros»), algo casi por completo desconocido entre la verdadera clase obrera, se sigue manteniendo tal cual. Como estos relatos son obra de autores muy diversos, varían, qué duda cabe, en cuanto al tono. Algunos se hallan razonablemente libres de esnobismo, mientras que otros explotan el dinero y la alcurnia con más desvergüenza incluso que en *Gem* y en *Magnet*. En uno de los que he encontrado, la mayoría de los alumnos eran de origen aristocrático.

Si aparecen personajes de la clase obrera, suelen ser figuras cómicas (bromas con mendigos, presidiarios, etcétera) o luchadores profesionales, acróbatas, vaqueros, futbolistas profesionales o soldados de la Legión Extranjera; es decir, aventureros. No se abordan las realidades de la vida de la clase obrera, ni tampoco se habla del trabajo bajo ningún concepto. Muy de vez en cuando es posible hallar una descripción realista, pongamos por caso, del trabajo en una mina de carbón, aunque con toda probabilidad sólo sea como trasfondo de alguna aventura rocambolesca. En cualquier caso, el personaje central rara vez será un minero. Casi en todo momento, el muchacho que lee estos semanarios —en nueve de cada diez casos, alguien que va a terminar pasando el resto de su vida trabajando en una tienda, en una fábrica, en un empleo de subordinado en una oficina— se ve impelido a identificarse con las personas que ocupan los puestos de mando, sobre todo las personas que nunca han tenido el menor problema económico. La figura al estilo de lord Peter Wimsey, el idiota sólo en apariencia, que tartamudea y lleva monóculo pero que siempre sabe reaccionar como corresponde en los momentos de peligro, aparece una y otra vez. (Este personaje es uno de los preferidos en los relatos de espías). Y, como de

costumbre, los personajes heroicos hablan el inglés de la BBC; otros tal vez hablen con acento escocés, irlandés o estadounidense, pero ninguno de los estelares deja de pronunciar debidamente las haches. Vale la pena comparar el ambiente social de los semanarios juveniles con el de la prensa femenina, el de *Oracle, Family Star, Peg's Paper*, etcétera.

La prensa femenina está destinada a un público de mayor edad, aunque la leen sobre todo las chicas que ya trabajan para ganarse la vida. Por consiguiente, a primera vista son mucho más realistas. Por ejemplo, se da por sentado que todo el mundo tiene que vivir en una gran ciudad y tiene que trabajar en un empleo más o menos tedioso. El sexo, lejos de ser tabú, es el tema principal de estas publicaciones. Los relatos breves, siempre completos, que constituyen el material específico de estas revistas, son en general del tipo «y entonces amaneció»: la heroína evita por poco perder a su «chico» ante una rival taimada, o bien el «chico» se queda sin trabajo y debe aplazar la boda, aunque a su debido tiempo consigue un trabajo mejor. La fantasía del niño sustituido por otro al nacer (una muchacha que se ha criado en un hogar pobre es «en realidad» la hija de una pareja adinerada) es otro de los temas habituales. Allí donde surge el sensacionalismo, por lo común en los seriales, aparece el tipo de delito más doméstico, como la bigamia, la falsificación o, a veces, el asesinato; no hay marcianos, rayos mortíferos ni bandas de anarquistas internacionales. Este tipo de revistas apunta en todo caso a la verosimilitud, y mantiene un vínculo con la vida real en la sección de cartas, donde se comentan problemas muy reales. La columna de consejos que publica Ruby M. Ayres en *Oracle*, por ejemplo, es sumamente sensata y está muy bien escrita. Con todo, el de *Oracle* y el de *Peg's Paper* es un mundo de pura fantasía. Se trata de la misma ensoñación en todo momento: fingir que uno es más rico de lo que es en realidad. La principal impresión que se tiene es la que proviene de casi todos los relatos recogidos en estos semanarios: de un «refinamiento» terrorífico, abrumador. En apariencia, los personajes son de clase obrera, aunque sus costumbres, el interior de sus casas, su ropa, su apariencia física y, sobre todo, su manera de hablar son totalmente propios de la clase media. Todos viven con varias libras a la semana, por encima de su nivel de ingresos. Y ni que decir tiene que esa es justamente la impresión que se pretende transmitir. La idea consiste en dar a la aburrida obrera de una fábrica o a la fatigada madre de cinco hijos una vida de ensueño con la que se pueda identificar imaginariamente, no ya como una duquesa (esa convención ha desaparecido), sino al menos como la esposa de un director de banco. No sólo se establecen unos ingresos de cinco o seis libras a la semana como ideal de vida, sino que tácitamente se da por supuesto que así es como la clase obrera puede vivir y de veras vive. Los hechos esenciales no tienen cabida. Se admite, por ejemplo, que a veces uno se queda sin trabajo, pero los negros nubarrones siempre terminan por pasar de largo y la situación mejora. Nada se dice acerca de que el desempleo pueda ser algo permanente e inevitable, nada se dice del subsidio de paro, nada se dice del sindicalismo. No hay

un solo indicio de que pueda haber algo erróneo en el sistema en cuanto tal; sólo tienen lugar infortunios individuales, que en general se deben a la perversidad de alguien y que, en todo caso, se pueden solucionar cuando llegue el último capítulo. Los nubarrones siempre se disipan, siempre aparece un amable empresario que contrata a quien no tenía trabajo o bien decide subirle el sueldo a Alfred, y hay trabajo para todos salvo para los alcohólicos. Seguimos en el mundo de *Wizard* y de *Gem*, sólo que hay narcisos en lugar de ametralladoras.

La mentalidad que se inculca en estos semanarios es la de un integrante excepcionalmente estúpido de la Navy League en 1910. Sí, todo eso se puede decir, pero ¿qué más da? Y, en cualquier caso, ¿qué cabía esperar?

Claro está que nadie en su sano juicio aspirará a que los tostones de a penique se conviertan en una novela realista ni en un tratado socialista. Por su propia naturaleza, un relato de aventuras debe estar más o menos alejado, y mucho, de la vida real. Pero tal como he intentado dejar claro, la irrealidad de *Wizard* y de *Gem* no es tan inocente como parece. Estas publicaciones existen porque hay una demanda especializada de ellas, porque los chicos de ciertas edades creen que tienen la necesidad de leer algo acerca de los marcianos, los rayos mortíferos, los osos pardos y los gángsteres. Encuentran en ellas lo que estaban buscando, aunque se lo encuentren envuelto en las ilusiones que sus futuros jefes consideran más adecuadas para ellos. En qué medida las personas toman sus ideas de la ficción es algo cuando menos discutible. Personalmente, creo que la mayoría de las personas reciben una influencia mayor de lo que reconocen de las novelas, los seriales, las películas, etcétera, y que desde este punto de vista los peores libros son a menudo los más importantes, porque son por lo común aquellos que se leen a una edad más temprana. Es probable que muchas personas que se consideran sumamente sofisticadas y «avanzadas», en realidad carguen a lo largo de la vida con un trasfondo imaginario que adquirieron en la niñez, a partir, por ejemplo, de Sapper y de Ian Hay. De ser así, los semanarios baratos para chicos tienen una importancia enorme. Contienen las cosas que, entre los doce y los dieciocho años, lee un porcentaje elevado de la población, seguramente la mayoría de los muchachos de Inglaterra, incluidos muchos que jamás leerán otra cosa que los periódicos; y con todo ello absorben un conjunto cerrado de creencias que se considerarían totalmente desfasadas incluso en la sede central del Partido Conservador. Tanto mejor, ya que se lleva a cabo de una forma indirecta y se les insufla a esos muchachos la convicción de que los principales problemas de nuestro tiempo no existen, de que no pasa nada con el capitalismo *laissez-faire*, de que los extranjeros son cómicos sin la menor importancia, de que el Imperio británico es una suerte de obra de caridad que seguirá existiendo siempre. Teniendo en cuenta quiénes son los dueños de estos periódicos, resulta muy difícil que todo esto no responda a una intención bien definida. De los doce semanarios que he comentado (doce, en efecto, si incluyo *Thriller* y *Detective Weekly*), siete son propiedad de Amalgamated Press, que es uno de los mayores consorcios de prensa del mundo entero y controla

más de un centenar de publicaciones distintas. *Gem* y *Magnet*, por tanto, se hallan estrechamente ligados al *Daily Telegraph* y al *Financial Times*. Esto bastaría para despertar fundadas suspicacias, aun cuando no fuera evidente que los relatos de los semanarios están vetados políticamente. Parece darse el caso de que, si uno siente la necesidad de tener una vida de fantasía en la cual viaje a Marte y luche con leones a brazo partido (¿y qué muchacho no la siente?), sólo podrá satisfacerla entregándose por entero, mentalmente, a personas como lord Camrose. Y es que no hay competencia. Las diferencias entre todas estas publicaciones son despreciables, y a ese nivel no existe ninguna otra. Lo cual nos lleva a plantearnos una pregunta: ¿por qué no existen semanarios juveniles de izquierdas?

A primera vista, a uno semejante idea le produce algo así como náuseas. Es espantosamente fácil imaginar cómo sería un semanario juvenil de izquierdas en caso de que existiera. Recuerdo que en 1920 o 1921 algún optimista distribuía pasquines comunistas entre un grupo de alumnos de un colegio privado. El pasquín era del tipo pregunta/respuesta:

P: ¿Puede un muchacho comunista ser un *boy scout*, camarada?
R: No, camarada.
P: Y ¿por qué, camarada?
R: Porque verás, camarada: un *boy scout* debe rendir saludo a la bandera británica, que es el símbolo de la tiranía y la opresión. Etcétera, etcétera.

Supongamos que en este momento alguien lanzara un semanario de izquierdas destinado esencialmente a muchachos de doce a catorce años. No quiero dar a entender que todo el contenido fuera como lo que acabo de citar, aunque ¿alguien pone en duda que sería más o menos del mismo tenor? Inevitablemente, tal semanario sería algo tan tedioso como un prontuario de ejercicios espirituales o bien estaría bajo la influencia del comunismo y sería un cántico en loor de la Rusia soviética. En un caso y en otro, ningún muchacho normal se tomaría jamás la molestia de echarle un vistazo. Al margen de la literatura culta, toda la prensa izquierdista que existe, en la medida en que es vigorosamente izquierdista, no pasa de ser más que un panfleto. El único rotativo socialista que podría sobrevivir una semana por méritos propios, en calidad de periódico, es el *Daily Herald*. ¿Y qué dosis de socialismo es posible hallar en las páginas del *Daily Herald*? En estos momentos, un periódico de sesgo izquierdista pero capaz de tener al mismo tiempo un cierto atractivo para los adolescentes corrientes es algo prácticamente inconcebible.

Pero de ahí no se deduce que sea inviable. No hay una sola razón más o menos clara por la cual todo relato de aventuras haya de tener tintes esnobs y una vena de patriotería impresentable. A fin de cuentas, los relatos de *Hotspur* y de *Modern Boy* no son tachados de conservadurismo; son tan sólo relatos de aventuras con un marcado sesgo conservador. Es sumamente fácil imaginar cómo podría subvertirse el proceso. Es posible, por ejemplo, imaginar un semanario como algo apasionante, vivo, como es *Hotspur*, aunque con una temática y una «ideología» algo más puestas

al día. Es incluso posible (aunque ello plantee otras dificultades) imaginar una revista femenina con el mismo nivel literario que *Oracle*, que tratase más o menos de los mismos relatos, aunque teniendo mucho más en cuenta las realidades de la vida de la clase obrera. Este tipo de iniciativas se han llevado a cabo antes, aunque no en Inglaterra. En los últimos años de la monarquía española hubo una gran producción de novelitas de izquierdas, algunas de origen obviamente anarquista. Por desgracia, en el momento de su aparición no acerté a ver el significado social que revestían y perdí la colección que tenía, aunque no cabe duda de que aún tiene que haber ejemplares que se puedan encontrar. En cuanto al planteamiento y el estilo narrativo, eran muy similares a las novelitas inglesas de cuatro peniques, con la única peculiaridad de que su inspiración era izquierdista. Si, por ejemplo, hay un relato en el que se describe a la policía que persigue a los anarquistas por las montañas, está narrado desde el punto de vista de los anarquistas, no de la policía. Un ejemplo más cercano es una película soviética titulada *Chapaiev*, que en Londres se ha proyectado bastantes veces. Técnicamente, según el criterio del momento en que se rodó, *Chapaiev* es una película de primerísima fila, aunque mentalmente, a pesar de lo desconocido del trasfondo ruso en que está ambientada, no se halle tan lejos de Hollywood. Lo que la convierte en un filme fuera de lo común es el extraordinario trabajo del actor que encarna a un oficial de los blancos, una interpretación que parece una inspiradísima muestra de gags sucesivos. Por lo demás, el ambiente es conocido. Nos encontramos con toda la parafernalia al uso, la lucha del héroe contra todo pronóstico, las fugas en el último momento, los planos de caballos al galope, los intereses del amor, el alivio de lo cómico. La película es de hecho muy normal, con la peculiaridad de que su tendencia es «izquierdista». En una película de Hollywood sobre la guerra civil rusa, los blancos seguramente serían los ángeles y los rojos, los demonios. Es también una mentira, pero a la larga es menos perniciosa que la otra.

Aquí se nos presentan varios problemas de difícil solución. La naturaleza general de todos ellos es evidente, y no entraré a comentarlos. Sólo me limito a señalar el hecho de que, en Inglaterra, la literatura popular es un campo en el que la izquierda jamás ha querido entrar. Toda la ficción contenida en las novelas de las enmohecidas bibliotecas está censurada según los intereses de la clase dirigente, y ese es sobre todo el caso de la ficción juvenil, los relatos de sangre y truenos que prácticamente todo muchacho devora en un momento u otro, que está empapada de las peores ilusiones de 1910. Este es un hecho que sólo carece de importancia si uno cree que lo que se lee en la infancia no deja una impresión duradera. Lord Camrose y sus colegas obviamente opinan todo lo contrario. Y, a fin de cuentas, si alguien sabe de todo esto es lord Camrose.

EN EL VIENTRE DE LA BALLENA

11 de marzo de 1940

1

Cuando en 1935 se publicó *Trópico de Cáncer*, la novela de Henry Miller, fue recibida con elogios más bien cautos, condicionados en no pocos casos por el temor a dar la impresión de que uno disfrutaba con la pornografía. Entre quienes lo elogiaron se encontraban T. S. Eliot, Herbert Read, Aldous Huxley, John Dos Passos o Ezra Pound; en conjunto, escritores que hoy en día no están precisamente de moda. Y lo cierto es que la temática del libro, y en cierta medida su ambiente intelectual, son más propios de los años veinte que de los treinta.

Trópico de Cáncer es una novela escrita en primera persona, o bien una autobiografía novelada, como se prefiera considerarla. El propio Miller insiste en que es directamente una autobiografía, aunque el ritmo y el método narrativo son los de una novela. Es la historia del París de los expatriados estadounidenses, aunque no a la manera habitual, ya que resulta que los norteamericanos que en ella aparecen no tienen dinero. Durante los años del *boom*, cuando abundaban los dólares y el valor de cambio del franco era muy bajo, invadió París un enjambre de artistas, escritores, estudiantes, diletantes, turistas, libertinos y simples vagos, probablemente como nunca se ha visto en el mundo. En algunos barrios de la ciudad, los presuntos artistas debían de ser más numerosos que la población activa. De hecho, se ha calculado que a finales de los años veinte llegaron a ser hasta treinta mil los pintores que pululaban por París, en su inmensa mayoría impostores. La gente se había acostumbrado tanto a la presencia de los artistas que las lesbianas de voz áspera, con sus pantalones de pana, y los jóvenes vestidos con disfraces griegos o medievales podían pasear a su antojo por la calle sin llamar la atención, y a orillas del Sena, cerca de Notre Dame, era prácticamente imposible pasar debido a la cantidad de caballetes desplegados. Era la época en que ganaban los tapados en las carreras de caballos, la época de los genios desconocidos. La frase que corría en boca de todos era: «Quand je serai lancé?». Pero, como pronto se vio que nadie iba a ser lanzado al estrellato, el fracaso cayó sobre todos ellos como una nueva glaciación. La chusma cosmopolita de los artistas desapareció como por ensalmo, y los espaciosos cafés de Montparnasse, que sólo diez años antes estaban llenos hasta la bandera incluso de madrugada, repletos de hordas de alborotadores que se las daban de interesantes y entendidos, se han convertido en tumbas lúgubres que ni siquiera visitan los espectros. Es este mundo, descrito, entre otras novelas, en *Tarr*, de Wyndham Lewis, el que sirve de material a Henry Miller, aunque en realidad se ocupa solamente de los bajos fondos, de los sectores más marginales del lumpenproletariado que han logrado sobrevivir a la Depresión precisamente por estar compuestos, al menos en parte, por artistas genuinos y, en parte, por sanguijuelas no menos auténticas. Los genios desconocidos, los paranoicos que siempre están «a punto» de escribir una novela que dejará a Proust

a la altura del betún, siguen estando ahí, aunque sólo son genios en los contados momentos en que no andan desesperados por llevarse algo a la boca, si es que pueden. En su mayor parte, se trata de una historia que transcurre en habitaciones sórdidas, llenas de chinches, en hoteles de medio pelo, o bien de pelea en pelea, de una melopea a la siguiente, en burdeles baratos, entre refugiados rusos, limosneos, camelos, timos y trabajillos ocasionales. Y todo el ambiente de los barrios más pobres de París tal como los ve un extranjero —los callejones adoquinados, el agrio hedor de los desperdicios, los bistrós con sus grasientos mostradores de cinc y sus desgastados suelos de ladrillo, las verdes aguas del Sena, los capotes azules de la Guardia Republicana, los orinales de peltre desportillado, el peculiar y dulzón olor de las estaciones del metro, los cigarrillos compartidos entre dos o más, las palomas de los jardines de Luxemburgo— está ahí presente. Al menos, está presente la sensación de estar ahí.

Visto lo visto, es difícil encontrar un material menos prometedor. Cuando se publicó *Trópico de Cáncer*, los italianos invadían Abisinia y los campos de concentración de Hitler ya empezaban a llenarse. Los focos intelectuales del mundo eran Roma, Moscú y Berlín. No parecía un momento propicio para que nadie escribiera una novela de gran valor acerca de unos cuantos haraganes estadounidenses que bebían de gorra en el Barrio Latino. Por descontado, ningún novelista está obligado a escribir directamente sobre la historia contemporánea, si bien un novelista que sencillamente prescinde de los grandes acontecimientos públicos del momento en que le ha tocado vivir es, por lo general, un majadero o un simple imbécil. A partir de un somero examen de la materia narrativa de *Trópico de Cáncer*, la mayoría de las personas probablemente sacarían en claro que es poco más que un resto, un sobrante pícaro de los años veinte. En realidad, casi todo el que la haya leído se ha dado cuenta de que no tiene nada que ver con eso. Es un libro muy notable. ¿Cómo y por qué notable? Esta pregunta nunca es fácil de responder. Es mejor comenzar por describir la impresión que *Trópico de Cáncer* ha dejado en mi ánimo.

Cuando abrí *Trópico de Cáncer* por primera vez y vi que estaba repleto de palabras malsonantes y obscenidades, mi reacción inmediata fue negarme en redondo a dejarme impresionar, y la de la mayoría de la gente debió de ser muy similar, digo yo. No obstante, al cabo de un tiempo, el ambiente del libro, además de sus innumerables detalles, parecen persistir en mi recuerdo de una manera especial. Un año después se publicó el segundo libro de Miller, *Primavera negra*. Para entonces, *Trópico de Cáncer* volvía a estar mucho más presente en mi memoria, de manera más vívida de lo que lo estuvo cuando lo leí por primera vez. Mi primera impresión fue que *Primavera negra* denotaba menos talento, y es evidente que carece de la unidad que posee el otro libro. Sin embargo, al cabo de otro año hubo muchos pasajes de *Primavera negra* que también habían arraigado en mi memoria. Es evidente que estos libros son de los que dejan cierto sabor; son obras que «crean un mundo propio»,

como se suele decir. Los libros en los que esto sucede no por fuerza son buenos; pueden ser obras bastante malas, como *Raffles* o los relatos de *Sherlock Holmes*, o bien perversas, mórbidas, como *Cumbres borrascosas* o *La casa de las persianas verdes*. Pero de vez en cuando aparece una novela que abre un mundo nuevo no sólo por revelar lo extraño, sino también por revelar lo familiar que hay en él. Lo realmente llamativo de *Ulises*, por ejemplo, es cuán tópicos son sus materiales. Obviamente, en *Ulises* hay mucho más que esto, pues Joyce es al mismo tiempo un poeta y un pedante colosal, aun cuando su verdadero logro haya sido reflejar sobre el papel lo más conocido. Osó —es cuestión de atreverse, en igual medida que lo es de técnica— denunciar las imbecilidades de la mente en sus momentos más íntimos, y de ese modo descubrió un continente que en realidad estaba delante de las narices de cualquiera. Hay en este libro todo un mundo de asuntos que cualquiera ha vivido desde que era niño, asuntos que cualquiera suponía que eran de naturaleza incomunicable, y resulta que llega alguien que es capaz de comunicarlo. El efecto que tiene es que se quiebra, al menos momentáneamente, la soledad en que vive el ser humano. Cuando se leen determinados pasajes de *Ulises*, se llega a creer que la mentalidad de Joyce y la nuestra son una y la misma, que lo sabe todo acerca de nosotros, por más que nunca haya oído nuestro nombre, y que existe un mundo fuera del espacio y del tiempo en el que uno está a solas con él. Y aunque en múltiples aspectos no se asemeje a Joyce, en Henry Miller se da en cierto modo esta misma cualidad. No siempre, porque su obra es muy desigual, y sobre todo en *Primavera negra* tiende a deslizarse hacia la mera verborrea o hacia el universo cenagoso del surrealismo. Pero si se leen cinco o diez páginas, se siente ese peculiar alivio que proviene no tanto de entender cuanto más bien de ser entendido. Uno piensa: «Lo sabe todo acerca de mí; esto lo ha escrito expresamente para mí». Es como si fuera posible oír una voz que nos habla directamente, una amistosa voz con acento norteamericano que no se anda por las ramas, sin intención moralista, que sencillamente asume que todos somos iguales. Por un instante, uno se ha alejado de todas las mentiras y simplificaciones, de la cualidad de teatro de guiñol que tiene toda la ficción al uso, incluso algunas buenas novelas, y se encuentra ante experiencias muy reconocibles, de seres humanos de carne y hueso.

Pero ¿qué tipo de experiencia? ¿Qué tipo de seres humanos? Miller escribe sobre el hombre de la calle, y, dicho sea de paso, es una lástima que esa calle esté llena de burdeles. Ese es el precio que se paga por abandonar la tierra natal. Supone trasladar las propias raíces a un terreno menos profundo. El exilio es probablemente más dañino para un novelista que para un pintor e incluso un poeta, porque el efecto que tiene es privarlo del contacto con la vida del trabajo, menguar su abanico de opciones y reducirlo a la calle, el café, la iglesia, el burdel y el estudio que habita. En general, en los libros de Miller uno lee acerca de seres humanos que llevan la vida de los expatriados, personas que beben, hablan, meditan y fornican, y no acerca de personas que trabajan, que se casan, que crían a sus hijos. Es una lástima, porque en tal caso

habría descrito tan bien un conjunto de actividades como el otro. En *Primavera negra* hay un maravilloso *flashback* sobre Nueva York, el Nueva York bullicioso e infestado de irlandeses del período de O. Henry, pero las escenas parisinas son mejores y, habida cuenta de su absoluta falta de valor como tipos sociales, los borrachos y la gente de mal vivir de los cafés son tratados de un modo en que se nota un gran talento para describir los personajes y una maestría técnica que no tienen parangón en ninguna novela reciente. Todos ellos no sólo son verosímiles, sino también absolutamente familiares. Tenemos la sensación de haber vivido esas aventuras. No es que estas sean especialmente asombrosas. Henry encuentra un trabajo en el que tiene a un indio melancólico por alumno, encuentra otra ocupación en una temible escuela francesa, en plena ola de frío, cuando hasta el agua de los retretes se congela, sigue de juerga por El Havre con su amigo Collins, el capitán de un mercante, se va a burdeles en los que encuentra unas negras estupendas y charla con su amigo Van Norden, el novelista, que tiene en la cabeza la gran novela de todos los tiempos, pero que nunca es capaz de sentarse a escribirla. Su amigo Karl, a punto de morir de inanición, liga con una viuda rica que se quiere casar con él. Hay interminables conversaciones hamletianas en las que Karl trata de precisar qué es peor, si pasar hambre o acostarse con la vieja. Describe con sumo detalle sus visitas a la viuda, cómo se dirige al hotel todo endomingado, cómo antes de entrar se olvida de orinar, de modo que toda la velada es un tormento cada vez más insoportable, etcétera, etcétera. Y al fin nada es verdad, la viuda ni siquiera existe, Karl se la ha inventado para darse un poco de importancia. Todo el relato discurre más o menos así. ¿A qué se debe que estas monstruosas trivialidades sean tan apasionantes? Sencillamente, a que todo el ambiente resulta profundamente familiar, a que tenemos la sensación todo el tiempo de que lo que cuenta nos está ocurriendo a nosotros. Y esto ocurre porque alguien ha decidido prescindir del lenguaje ginebrino de la novela normal y corriente y ha sacado a campo abierto la *Realpolitik* íntima de la mentalidad humana. En el caso de Miller, no es tanto cuestión de explorar los mecanismos de la mente como de reconocer los hechos cotidianos, las emociones normales. La verdad es que muchas personas de a pie, tal vez la mayoría, hablan y se comportan de hecho tal como aquí queda escrito. La insensible aspereza con que hablan los personajes de *Trópico de Cáncer* es muy poco habitual en la ficción, pero sumamente común en la vida real; yo he oído una y otra vez esa clase de conversaciones entre personas que ni siquiera eran conscientes de que estaban hablando de manera vulgar. Vale la pena señalar que *Trópico de Cáncer* no es el libro de un autor joven. Miller tenía cuarenta y tantos cuando lo publicó, y aunque desde entonces ha escrito otros tres o cuatro, es evidente que este primer libro ha convivido con él durante años. Es uno de esos libros que maduran lentamente en medio de la pobreza y en el anonimato, escrito por una de esas personas que saben qué tienen que hacer, y que por tanto saben esperar. La prosa es impresionante. En algunos pasajes de *Primavera negra* es incluso mejor. Por desgracia, no puedo incluir citas; hay muestras de lenguaje malsonante casi a cada

paso. Aun así, aconsejo vivamente al lector que se haga con un ejemplar de *Trópico de Cáncer*, o de *Primavera negra*, y que lea muy en especial las primeras cien páginas. Dan una buena idea de lo que aún se puede hacer, incluso en fecha tan avanzada como esta, cincelando la prosa inglesa. En ambos, el inglés recibe el trato de la lengua oral, pero hablada sin ningún temor, esto es, sin miedo a la retórica, sin miedo a la palabra inesperada o poética. El adjetivo ha vuelto tras diez años de exilio. Es una prosa que fluye, una prosa fecunda, una prosa llena de ritmos, muy distinta de las afirmaciones huecas y cautelosas y de los idiolectos de cafetería que ahora están de moda.

Cuando se publica un libro como *Trópico de Cáncer*, es natural que lo primero que llame la atención sea su obscenidad. Si se tienen en cuenta las ideas que actualmente prevalecen sobre la decencia en literatura, no es nada fácil abordar con el debido desapego un libro que roza lo impublicable. O bien se siente horror y asco, o bien uno se siente morbosamente incitado, o incluso uno se decide, ante todo, a no dejarse impresionar. Es posible que esta sea la reacción más habitual, de resultas de lo cual los libros impublicables a menudo reciben menos atención de lo que se merecen. Está muy de moda decir que no hay nada más fácil que escribir un libro obsceno, que la gente lo hace para que se hable de ellos, para ganar dinero, etcétera. Lo que prueba que esto no es cierto es bien sencillo: los libros obscenos en el sentido policial y judicial del término son claramente insólitos. Si se pudiera ganar dinero fácil con un libro escrito a golpe de palabras malsonantes, lo haría mucha más gente. Pero precisamente porque los libros «obscenos» no aparecen muy a menudo, hay una tendencia, generalmente injustificable, a ponerlos en un mismo saco. *Trópico de Cáncer* ha sido relacionado de manera más bien vaga con otros dos libros, *Ulises* y *Viaje al fin de la noche*. En ninguno de ambos casos es muy grande el parecido. Miller tiene en común con Joyce, a lo sumo, la voluntad de hablar de los hechos sórdidos e inanes de la vida cotidiana. Dejando a un lado las diferencias técnicas, la escena del funeral que figura en *Ulises*, por ejemplo, encajaría en *Trópico de Cáncer*. Todo el capítulo es una suerte de confesión, una denuncia de la insensibilidad interior, terrible, del ser humano. Pero ahí terminan las semejanzas. Como novela, *Trópico de Cáncer* está muy por debajo de *Ulises*. Joyce es un artista en un sentido en el que Miller no lo es, ni probablemente desee serlo. En cualquier caso, aspira a mucho más. Explora distintos estados de conciencia, de ensoñación, de sueño (el capítulo en el que «se da bronce por oro»), de embriaguez, etcétera, y los ensambla en un patrón narrativo de una complejidad inmensa, dándoles casi una «trama» en el sentido victoriano. Miller es simplemente una persona dura como el pedernal que habla de la vida, un estadounidense que se dedica a sus asuntos, que tiene valentía intelectual y el don de la palabra. Tal vez sea significativo que su aspecto externo se corresponda con la idea que cualquiera tiene de un norteamericano que se dedica a sus asuntos. En cuanto a la comparación con *Viaje al fin de la noche*, este último es un libro con una clara intención, que consiste en protestar contra el horror y el sinsentido de la vida

moderna o, más bien, de la vida misma. Es un grito que surge de una repugnancia insoportable, una voz que proviene de las cloacas. *Trópico de Cáncer* es casi exactamente todo lo contrario. Ha ocurrido algo tan insólito que parece casi anómalo, pero se trata del libro de un hombre que es feliz. Igual sucede con *Primavera negra*, sólo que en menor medida, porque en ocasiones está teñido de nostalgia. Con muchos años de vida de lumpen a sus espaldas, de hambre, de vagabundeo, de suciedad, de noches al raso, de batallas con los funcionarios de inmigración, de pugnas interminables y picarescas por obtener un poco de dinero, Miller descubre que se lo está pasando muy bien. Le atraen exactamente los mismos aspectos de la vida que a Céline lo han colmado de espanto. Lejos de protestar, acepta. Y la palabra «aceptación» recuerda su verdadera afinidad precisamente con otro estadounidense, con Walt Whitman.

Pero hay algo realmente extraño en el hecho de ser un Whitman en los años treinta. No está del todo claro que si Whitman siguiera vivo escribiera nada ni remotamente parecido a *Hojas de hierba*. Lo que dice a cada paso es, en el fondo, «acepto», y hay una diferencia radical entre aceptar hoy en día y hacerlo en aquel entonces. Whitman escribía en una época de prosperidad sin igual. Aún más: lo hacía en un país donde la libertad era algo más que una palabra. La democracia, la igualdad, la camaradería de la que habla de continuo no son ideales remotos, sino realidades que existían ante sus propios ojos. En el Estados Unidos de mediados del siglo XIX, los hombres se sentían libres e iguales, y eran libres e iguales en la medida en que tal cosa es posible fuera de una sociedad puramente comunista. Había pobreza aquí y allá, había incluso diferencias de clase, pero, con la excepción de los negros, no existía una clase permanentemente subyugada. Todo el mundo albergaba en su interior, cual núcleo intocable, la certeza de que podía ganarse la vida con decencia y sin lamerle el culo a nadie. Cuando leemos cosas sobre los barqueros y pilotos del Mississippi descritos por Mark Twain o sobre los mineros del oro que describe Bret Harte, nos parecen hoy más lejanos que los caníbales de la Edad de Piedra. La razón es simple: se trata de seres humanos libres. Pero lo mismo sucede incluso con la Norteamérica apacible y domesticada de la costa Este, la de *Mujercitas, Los niños de Helen* o «De vuelta de Bangor». La vida posee una cualidad despreocupada, boyante, que se percibe al leer, como una sensación física en la boca del estómago. Eso es lo que Whitman celebra, aunque en realidad lo haga de muy mala manera, porque es uno de esos escritores que nos dicen qué deberíamos sentir en vez de hacérnoslo sentir. Por suerte para sus creencias, quizá, murió demasiado pronto y no llegó a presenciar el deterioro de la vida que se produjo en Estados Unidos con el ascenso de la industria a gran escala y la explotación de la mano de obra barata que suponían los inmigrantes.

El planteamiento de Miller es sumamente afín al de Whitman. Prácticamente todo el que lo ha leído lo ha señalado. *Trópico de Cáncer* termina con un pasaje de resonancias muy whitmanianas, en el cual, tras tanta lascivia, timos, peleas,

borracheras e imbecilidades, se sienta a ver fluir las aguas del Sena en una suerte de mística aceptación de las cosas tal cual son. Ya, pero ¿qué es lo que acepta? En primer lugar, no Estados Unidos, sino ese antiquísimo montón de huesos que es Europa, donde cada palmo de terreno ha sido pisado por innumerables cuerpos humanos. En segundo lugar, no una época de expansión y libertad, sino una de miedo, tiranía y regimentación. Decir «acepto» en una época como la nuestra es decir que uno acepta los campos de concentración, las porras de caucho, Hitler, Stalin, las bombas, los aviones, la comida en lata, las ametralladoras, los *putsches*, las purgas, los eslóganes, las cadenas de montaje, las máscaras antigás, los submarinos, los espías, los saboteadores, la censura de la prensa, las cárceles secretas, las aspirinas, las películas de Hollywood y los asesinatos políticos. No sólo estas cosas, claro está, sino estas entre otras. Y esta es en conjunto la actitud de Henry Miller. Aunque no siempre; en algunos momentos da muestras de una nostalgia literaria bastante habitual. Hay un largo pasaje, en el arranque de *Primavera negra*, en alabanza de la Edad Media; por la calidad literaria de su prosa, debe de ser uno de los fragmentos escritos más notables de los últimos años, aun cuando despliegue una actitud no muy distinta de la de Chesterton. En *Max y los fagocitos blancos* aparece una diatriba contra la moderna civilización estadounidense (cereales para el desayuno, papel de celofán, etcétera) desde el ángulo habitual en el literato que detesta el industrialismo. Pero la actitud en general sigue siendo la de «traguémonoslo todo», y de ahí la aparente preocupación por la indecencia y por el aspecto de pañuelo sucio que tiene la vida. Sólo es aparente, pues lo cierto es que la vida, la vida cotidiana común, consta de muchos más horrores de lo que los escritores de ficción suelen estar dispuestos a reconocer. El propio Whitman «aceptó» muchas cosas que a sus contemporáneos les resultaban innombrables. Y es que no sólo escribe sobre las praderas, sino que también se pierde en la ciudad y toma nota del cráneo resquebrajado del suicida, de «las caras grises y enfermizas de los onanistas», etcétera. Es incuestionable de todos modos que nuestra época, al menos en Europa occidental, es mucho menos sana y mucho menos esperanzadora que la época en la que escribía Whitman. Al contrario que Whitman, vivimos en un mundo que encoge. Los «paisajes democráticos» han terminado en el alambre de espino. Es menor la sensación de creación y crecimiento; cada vez se pone menor énfasis en la cuna, que se mece sin fin, y cada vez mayor en la tetera, que bulle sin fin. Aceptar la civilización tal cual es prácticamente implica aceptar la decadencia. Ha dejado de ser una actitud denodada y ha pasado a ser pasiva, e incluso «decadente», si es que la palabra aún significa algo.

Pero precisamente porque en cierto sentido es pasivo ante la experiencia, Miller es capaz de acercarse al hombre corriente mucho más de lo que pueden hacerlo los escritores más decididos. El hombre corriente también es pasivo. Dentro de un círculo reducido (la vida doméstica y, tal vez, la política sindical o local) se siente dueño de su destino, pero frente a los grandes acontecimientos se halla tan desvalido

como ante la furia de los elementos. Lejos de esforzarse por influir en el futuro, se abstiene y deja que las cosas le sucedan. Durante los últimos diez años, la literatura se ha implicado cada vez más a fondo en la política, con el resultado de que ahora hay en ella menos sitio para el hombre corriente que a lo largo de los dos siglos anteriores. El cambio se ve en la actitud literaria predominante, y basta comparar los libros escritos sobre la Guerra Civil española con los escritos a propósito de la guerra de 1914-1918. Lo que llama de inmediato la atención sobre los primeros, al menos los escritos en inglés, es que son aburridos y están mal redactados. Pero es mucho más significativo que en casi todos ellos, sean de izquierdas o de derechas, prime el punto de vista político, el engreimiento de los militantes que vienen a decirnos qué debemos pensar, mientras que los libros sobre la Gran Guerra son obra de soldados rasos o de oficiales de baja graduación que ni siquiera se las dieron de haber entendido de qué iba todo aquello. Libros como *Sin novedad en el frente, El fuego, Adiós a las armas, Muerte de un héroe, Adiós a todo eso, Memorias de un oficial de infantería* y *Un oficial en el Somme* son obra no de propagandistas, sino de víctimas de la guerra. En efecto, vienen a decir: «¿De qué va todo esto? Sabe Dios. A lo sumo, podremos resistir». Y aunque no escriban sobre la guerra ni, en conjunto, sobre la infelicidad del hombre, están más próximos a la actitud de Miller que a la omnisciencia que ahora está en boga. El *Booster*, una publicación de corta vida en la que fue codirector, se anunciaba como «apolítica, no educativa, no progresista, no cooperativa, no ética, no literaria, incoherente y no contemporánea». La propia obra de Miller podría describirse en esos mismos términos. La suya es una voz entre las masas, la voz de los sometidos, del vagón de tercera, del hombre corriente, no político, amoral y pasivo.

He utilizado la expresión «hombre corriente» con cierta imprecisión, y he dado por hecho que el «hombre corriente» existe, algo de lo que ahora reniegan algunos. No quiero decir que las personas sobre las que escribe Miller constituyan una mayoría, y menos aún que escriba acerca del proletariado. Ningún novelista inglés o estadounidense ha intentado aún tal cosa en serio. Asimismo, los personajes de *Trópico de Cáncer* distan mucho de ser corrientes en la medida en que son ociosos, infames y más o menos «artísticos». Como he dicho antes, es una lástima, pero es un resultado inevitable de la expatriación. El «hombre corriente» de Miller no es el obrero ni el inquilino de los suburbios, sino el náufrago, el desclasado, el aventurero, el intelectual norteamericano desarraigado y sin dinero. Con todo, las experiencias incluso de este tipo se solapan ampliamente con las de otras personas más normales. Miller ha sabido sacar el mejor partido de materiales más bien limitados, porque ha tenido el coraje de identificarse con ellos. El hombre corriente, el «hombre normal y sensual», ha recibido el don de la palabra como si fuera el asno de Balaam.

Bien se ha de ver que esto es algo extemporáneo, o que al menos no está en boga. El hombre normal y sensual tampoco está de moda. La actitud pasiva, apolítica, no está de moda. La preocupación por el sexo y la veracidad acerca de la vida interior no

están de moda. El París de los estadounidenses no está de moda. Un libro como *Trópico de Cáncer*, publicado en tal momento, ha de ser, o bien de un preciosismo tedioso, o bien sencillamente insólito, y entiendo que la mayoría de sus lectores coincidirán conmigo en que no es lo primero. Vale la pena tratar de descubrir qué significa este desvío de la moda literaria actual. Para ello, hay que verlo en su debido trasfondo, es decir, dentro del marco general en que se desarrolla la literatura inglesa en los veinte años posteriores a la Primera Guerra Mundial.

2

Cuando se dice que un escritor está de moda, prácticamente siempre se quiere dar a entender que goza de la admiración de los menores de treinta años. A comienzos del período al que me refiero, los años de la guerra y los inmediatamente posteriores, el escritor que más había prendido en el ánimo de los jóvenes con capacidad de pensar era casi con toda seguridad Housman. Entre los que fueron adolescentes entre 1910 y 1925, Housman tuvo una influencia enorme, que ahora no resulta fácil de entender. En 1920, teniendo yo unos diecisiete años, probablemente me sabía de memoria la totalidad de *A Shropshire Lad* («Un mozalbete de Shropshire»). Me pregunto qué impresión causará hoy en día este libro de Housman en un muchacho de la misma edad, de la misma mentalidad. A buen seguro que lo conoce al menos de oídas, y es posible que lo haya hojeado; quizá le parezca más bien poesía barata, probablemente eso sea todo. Ahora bien: son los poemas que los muchachos de mi generación y yo nos recitábamos una y otra vez, en éxtasis, tal como las generaciones anteriores habían recitado «Amor en el valle», de Meredith, o «El jardín de Proserpina», de Swinburne, entre otros.

De pesar tengo el corazón colmado
pues amigos de oro tuve,
y muchas doncellas de labios rosados
y mozos alegres y dulces.

Junto a arroyos que no se pueden saltar
yacen los mozos alegres;
las doncellas de labios rosados duermen
en campos de rosas marchitas.[*]

Suena bien y ya está. Pero en 1920 no lo parecía. ¿Por qué las burbujas acaban siempre por estallar? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta las condiciones externas que dan popularidad a determinados escritores en determinadas épocas. Los poemas de Housman apenas llamaron la atención cuando fueron publicados. ¿Qué había en ellos que tanto atrajo a una sola generación, la de los nacidos en torno a 1900?

En primer lugar, Housman es un poeta «rural». Sus poemas rebosan del encanto de las aldeas recónditas, la nostalgia de los topónimos, Clunton y Clunbury, Knighton, Ludlow, «en los cerros de Wenlock», «en verano en Bredon», las techumbres de paja, el repicar de las herrerías, los junquillos silvestres en los pastos, «las colinas azules en el recuerdo». Dejando a un lado los poemas de guerra, la poesía inglesa de 1910-1925 es poesía «de campo». La razón, sin duda, es que la clase de los

profesionales rentistas empezaba a no mantener ninguna relación real con la tierra de la que procedía, aunque entonces, mucho más que ahora, aún prevalecía una suerte de esnobismo en la pertenencia al campo, tan alabado, y en el menosprecio de la ciudad. Inglaterra era a la sazón un país poco más agrícola que ahora, pero antes de que la industria ligera comenzara a extenderse era fácil considerarlo aún agrícola. La mayoría de los muchachos de clase media crecieron a la vista de una granja; como es natural, era la faceta pintoresca de la vida rural lo que les atraía, es decir, la aradura, la cosecha, la trilla, etcétera. A menos que tenga que hacerlo él con sus propias manos, un muchacho rara vez se dará cuenta del tedio y la pesadez horribles que suponen arar las nabizas, ordeñar las vacas de ubres resecas a las cuatro de la mañana, etcétera. Justo antes, justo después y, en efecto, durante la guerra, tuvo lugar la edad dorada del poeta de la naturaleza; estaban en su apogeo Richard Jefferies y W. H. Hudson. «Grantchester», de Rupert Brooke, fue el poema estrella de 1913, y no es sino una enorme regurgitación de sentimiento «rústico», una suerte de vómito acumulado en un estómago atiborrado de topónimos. Como poema, «Grantchester» es aún peor que lo indigno; como ilustración de lo que pensaba el joven de clase media en esa época, es un valioso documento.

Housman, en cambio, no se entusiasma con los rosales silvestres en ese estilo de poeta de fin de semana que tenían Brooke y los demás. El motivo «rústico» está presente en cada verso, pero más que nada como telón de fondo. La mayoría de los poemas tienen un sujeto casi humano, en realidad Estrefonte o Coridón puestos al día. Esto es lo que tenía un profundo atractivo. La experiencia demuestra que las personas civilizadas en exceso gozan cuando leen lo que sea acerca de los rústicos (frase clave: «pegados a la tierra»), porque se los imaginan más primitivos y más apasionados. De ahí las novelas «de la tierra oscura» de Sheila Kaye-Smith, etcétera. En aquella época, un muchacho de clase media, con su propensión hacia «el campo», se identificaba con un trabajador agrario tanto o más, seguro, que con un obrero de la ciudad. La mayoría de los chicos tenían en mente la visión de un labrador idealizado, o bien de un gitano, de un trotamundos, que llevaría una vida de trampero para cazar conejos, de asiduo de las peleas de gallos, de conocedor de los caballos, de bebedor de cerveza y de frecuentador de las mujeres. «Everlasting Mercy» («Misericordia eterna»), de Masefield, es otra pieza del período que tiene cierto valor, que tuvo una popularidad inmensa entre los chicos durante los años de la guerra y que nos propone esta visión de manera muy cruda. En cambio, los Maurice y los Terence de Housman se podían tomar en serio justo allí donde el Saul Kane de Masefield no llegaba. En ese sentido, Housman era Masefield con unas gotas de Teócrito. Por si fuera poco, su temática es adolescente: asesinato, suicidio, amor desdichado, muerte prematura. Son temas que se ocupan de los desastres sencillos e inteligibles que nos dan la sensación de estar frente a «la dureza de pedernal» que tiene la vida misma:

Calienta el sol la colina de hierba sin segar,

ya la sangre se ha secado;
y Maurice yace quieto entre el heno
y mi cuchillo en su costado.[*]

Y también:

Nos ahorcan ahora en la cárcel de Shrewsbury;
suenan abatidos los silbatos,
y se quejan los trenes de noche en las vías
por los hombres que mueren al alba.[*]

Todo transcurre en la misma línea. Todo se viene abajo. «Dick yace en el cementerio, y Ned está tumbado en la cárcel». Y nótese la exquisitez con que se duele de sí mismo, la sensación del «nadie me quiere»:

Las gotas diamantinas adornan
tu túmulo en el prado,
son las lágrimas del alba,
que lloran, aunque no sea por ti.[*]

¡Mala suerte, compañero! Son poemas que podrían estar expresamente escritos para adolescentes. Y el pesimismo sexual constante (la chica siempre muere o se casa con otro) parecía sabiduría en estado puro para los chicos que vivían enclaustrados en las escuelas privadas y que eran propensos a pensar en las mujeres como en algo inalcanzable. Dudo mucho que Housman revistiera idéntico atractivo para las chicas. En sus poemas, el punto de vista femenino jamás tiene cabida. La mujer no pasa de ser la ninfa, la sirena, la traicionera criatura no del todo humana que se lo lleva a uno lejos y luego le da calabazas.

Ahora bien, la poesía de Housman no habría tenido un atractivo tan profundo para quienes eran jóvenes en 1920 de no haber sido por otra vena importante: una vena blasfema, antinómica, «cínica». La pugna que siempre se da entre las generaciones fue excepcionalmente enconada al final de la Gran Guerra; en parte se debió a la guerra y, en parte, fue resultado indirecto de la Revolución rusa, aunque una pugna intelectual tenía que darse de todos modos en esas fechas. Debido probablemente a la facilidad, a la seguridad con que se vivía en Inglaterra, donde apenas se notó perturbación bélica alguna, muchas personas cuyas ideas se habían formado en la década de 1880 o incluso antes entraron sin modificarlas en los años veinte. Entretanto, por lo que atañe a las jóvenes generaciones, las creencias oficiales se desmoronaban como castillos de arena. La disminución de la fe religiosa, por ejemplo, fue espectacular. Durante varios años, el antagonismo entre los jóvenes y los adultos adquirió tintes de verdadero odio. Lo que quedó de la generación de la guerra

salió a duras penas de la matanza para encontrarse con sus mayores aún pletóricos e imbuidos de los eslóganes de 1914, y una generación de muchachos algo más jóvenes se retorcía bajo la férula de los maestros de escuela célibes y con mentalidad de cloaca. A ellos apeló Housman con su revuelta sexual implícita y su agravio personal contra la divinidad. Era un patriota, qué duda cabe, pero de una manera inofensiva y anticuada, más en la línea de los casacas rojas y el «Dios salve a la reina» que en la de los cascos de acero y la de «Muerte al káiser». Y era satisfactoriamente anticristiano; defendía una suerte de paganismo amargo y desafiante, la convicción de que la vida es breve y de que los dioses nos son adversos, que encajaba a pedir de boca con el humor más extendido entre los jóvenes. Y todo ello en sus encantadores y frágiles versos, compuestos casi íntegramente de monosílabos.

Como puede verse, me he referido a Housman como si fuera tan sólo un propagandista, un distribuidor de máximas, un forjador de citas. Obviamente, era mucho más que eso. No tiene sentido infravalorarlo ahora porque estuviera sobrevalorado hace unos años. Aunque hoy en día uno se busque complicaciones por decirlo, hay unos cuantos poemas suyos («Entra en mi corazón un aire que mata», por ejemplo, o «¿Están mis bueyes arando?») que dudosamente gozarán ya de ningún favor. No obstante, en el fondo queda siempre la tendencia de un escritor, su «propósito», su «mensaje», y es lo que le lleva a ser apreciado o desdeñado. Prueba de ello es la extrema dificultad de hallar ningún mérito literario en cualquier libro que ponga seriamente en entredicho nuestras creencias más profundas. Y no hay un solo libro que sea de veras neutral. Siempre se discierne tal o cual tendencia, tanto en verso como en prosa, aun cuando no haga otra cosa que determinar la forma y la elección de las imágenes empleadas. Pero los poetas que alcanzan una amplia popularidad, como Housman, suelen quedar definidos, por norma, como escritores gnómicos.

Después de la guerra, después de Housman y los poetas de la naturaleza, aparece un grupo de escritores de tendencia radicalmente distinta: Joyce, Eliot, Pound, Lawrence, Wyndham Lewis, Aldous Huxley y Lytton Strachey. Durante mediados y finales de los años veinte, conforman «el movimiento», al igual que el grupo de Auden-Spender ha sido «el movimiento» de estos últimos años. Es cierto que no todos los escritores de veras buenos que hubo en la época encajan en esta pauta. E. M. Forster, por ejemplo, si bien escribió su mejor libro en 1923 más o menos, era en esencia un autor de antes de la guerra, y no parece que Yeats pueda pertenecer en ninguna de sus fases a la década de los veinte. Otros que aún estaban vivos y en activo, como Moore, Conrad, Bennett, Wells y Norman Douglas, habían echado el resto mucho antes de que la guerra asomase por el horizonte. Por otra parte, un escritor que deberíamos adscribir al grupo, aunque en sentido estrictamente literario difícilmente «pertenece» a él, es Somerset Maugham. Por supuesto, las fechas no encajan del todo; la mayoría de los mencionados habían publicado antes de la guerra, si bien se los puede clasificar como escritores de posguerra en el mismo sentido en

que son post-Depresión los jóvenes que escriben ahora. Asimismo, se podrían leer las revistas literarias de la época sin tener la sensación de que esas personas fueran «el movimiento». Más aún entonces que en ningún otro momento, los mandamases del periodismo literario andaban atareados con la pretensión de que la época anterior a la suya no había terminado aún. Squire dirigía el *London Mercury*, Gibbs y Walpole eran los dioses de las bibliotecas de préstamo, se daba un culto de la alegría y la virilidad, de la cerveza y el críquet, de las pipas de madera de brezo, de la caoba, y en todo momento era viable ganarse unas cuantas guineas escribiendo un artículo en el que se denunciase a los miembros de la «alta cultura». A pesar de los pesares, fueron los integrantes de la «alta cultura» los que cautivaron a los jóvenes. Soplaba un viento procedente de Europa, que mucho antes de 1930 había dejado en cueros a los defensores de la cerveza y del críquet, aunque sin arrebatarles sus títulos nobiliarios.

No obstante, lo primero que se percibe acerca del grupo de escritores que he mencionado antes es que ni de lejos parecen un grupo. Para colmo, son varios los que con toda certeza pondrían variadas objeciones a su emparejamiento con algunos de los restantes. Lawrence y Eliot se profesaban una antipatía absoluta; Huxley adoraba a Lawrence, pero le repugnaba Joyce; casi todos los demás habrían despreciado a Huxley, Strachey y Maugham, y Lewis no dejó títere con cabeza entre todos ellos. La reputación que tiene como escritor se funda en gran medida en sus diatribas. Y, sin embargo, existe cierta afinidad temperamental, hoy evidente, aunque hace una docena de años no lo fuera tanto. Equivale *grosso modo* a una suerte de «pesimismo de planteamientos». Pero es preciso aclarar a qué me refiero al decir «pesimismo».

Si la tónica de los poetas georgianos era la «belleza de la naturaleza», la de los escritores de posguerra sería «el sentido trágico de la vida». El espíritu que anima los poemas de Housman, por ejemplo, no es trágico, sino tan sólo quejumbroso. El suyo es un hedonismo decepcionado. Y lo mismo cabe decir de Hardy, aunque es preciso hacer una excepción con *Los dinastas*. Pero el grupo Joyce-Eliot llegó con posterioridad, su principal adversario no es el puritanismo, y desde el primer momento saben «calar» casi todas las cosas por las que pelearon sus antecesores. Todos ellos son fuertemente hostiles a la noción de «progreso»; se siente que el progreso no sólo no acontece, sino que no tendría que acontecer. Habida cuenta de esta similitud general, hay ciertas diferencias, claro está, en el enfoque que prefieren los escritores a los que me he referido, así como grados diversos de talento. El pesimismo de Eliot es en parte el pesimismo cristiano, que entraña cierta indiferencia ante las desdichas del ser humano, y, en parte, un lamento por la decadencia de la civilización occidental («Somos los hombres huecos, somos los hombres rellenos», etcétera, etcétera), una suerte de sentimiento propio del crepúsculo de los dioses que a la sazón le conduce, en *Sweeney Agonistes*, por ejemplo, a lograr una hazaña sumamente difícil: dar a la vida moderna un aire peor que el que tiene. En el caso de Strachey, es tan sólo un cortés escepticismo dieciochesco mezclado con el gusto por desacreditar y demoler. En Maugham se trata de una especie de resignación estoica,

el gesto altivo y desdeñoso del *pukka sahib* que se halla al este de Suez y que sigue adelante con su trabajo aun cuando no crea en él, como el emperador Antonino. A primera vista, Lawrence no parece un escritor pesimista; como Dickens, es un hombre partidario de «mudar de corazón», que insiste a cada paso en que la vida aquí y ahora sería estupenda con que sólo supiéramos verla de otro modo. Pero lo que en realidad exige es un alejamiento de la civilización mecanizada, algo que no ha de suceder y que él sabe que no sucederá. De ahí su exasperación con el presente, que da lugar, una vez más, a una idealización del pasado, esta vez un pasado seguro, mitológico, la Edad de Bronce. Cuando Lawrence prefiere a los etruscos (sus etruscos, en realidad) antes que a nosotros, es difícil no estar de acuerdo con él, si bien, a fin de cuentas, lo que propugna es una especie de derrotismo, ya que no es esa la dirección en la que el mundo avanza. El tipo de vida a la que continuamente apunta, una vida centrada en torno a misterios sencillos —el sexo, la tierra, el fuego, el agua, la sangre—, es tan sólo una causa perdida. De ahí que todo lo que ha sido capaz de producir sea un deseo de que las cosas sucedan de una manera que, manifiestamente, no ocurrirán. «Una oleada de generosidad o una oleada de muerte», dice, pero es evidente que no hay oleadas de generosidad a este lado del horizonte. Por eso huye a México y muere a los cuarenta y cinco, pocos años antes de que la oleada de muerte comience a desplazarse. Se verá seguramente que, una vez más, hablo de todas estas personas como si no fueran artistas, sino tan sólo propagandistas empeñados en la difusión de un «mensaje». Y se verá una vez más, es evidente, que todos ellos son mucho más que eso. Sería absurdo, por ejemplo, considerar *Ulises* tan sólo como una exposición del horror de la vida moderna, la «sucia era del *Daily Mail*», como dijera Pound. Joyce es en realidad más «artista puro» que la mayoría de los escritores. No podría haber escrito *Ulises* alguien que sólo experimentase con estructuras verbales. Es producto de una muy especial visión de la vida, la visión de un católico que ha perdido la fe. Lo que dice Joyce es: «He aquí la vida sin Dios. ¡Miradla!». Y sus innovaciones técnicas, por importantes que sin duda sean, ante todo están al servicio de este propósito.

Lo que sí es notable en todos estos escritores es que sus «propósitos», sean los que sean, están muy en el aire. No prestan atención a los problemas urgentes del momento; ante todo, nada de política en el sentido estricto del término. Guían nuestra mirada hacia Roma, Bizancio, Montparnasse, México y Etruria, hacia el subconsciente, hacia el plexo solar, hacia todo salvo a los lugares donde realmente están sucediendo las cosas. Cuando uno repasa los años veinte, nada resulta tan extraño como el modo en que todos los acontecimientos europeos de importancia escaparon a la atención de la intelectualidad inglesa. Por ejemplo, la Revolución rusa se ha volatilizado en la conciencia inglesa entre la muerte de Lenin y las hambrunas de Ucrania, unos diez años en total. A lo largo de esos años, Rusia era Tolstói, Dostoievski y los condes exiliados que conducían un taxi. Italia era las galerías de pintura, las ruinas, las iglesias y los museos, pero no los Camisas Negras. Alemania

era el cine, el nudismo, el psicoanálisis, pero no Hitler, del cual prácticamente nadie oyó nada negativo hasta 1931. En los círculos «cultos», el arte por el arte se extendió prácticamente hasta la adoración de lo que carecía de sentido. Se suponía que la literatura había de consistir única y exclusivamente en la manipulación de las palabras. Juzgar un libro según el tema de que tratase era tenido por pecado imperdonable; tomar conciencia del tema era incluso un gesto de mal gusto. Hacia 1928, en uno de los tres chistes genuinamente graciosos que han salido en *Punch* desde la Gran Guerra, un joven intolerante aparece delante de su venerable tía, a la que informa de que se propone «escribir». «¿Y sobre qué piensas escribir, querido?», pregunta la tía. «Querida tía —dice el joven de manera tajante—, no escribe uno sobre nada. Uno tan sólo escribe». Los mejores escritores de los años veinte no suscribían esta doctrina; su «propósito» en casi todos los casos era manifiesto, aunque era por lo común un «propósito» que seguía líneas morales, religiosas, culturales. Asimismo, cuando se podía traducir a términos políticos, no quedaba litigio por ventilar. Lewis, por ejemplo, pasó años dedicado frenéticamente a rastrear la presencia de los «bolcheviques», y supo detectarla por medios casi brujeriles en los lugares más insospechados. Recientemente ha cambiado en parte de postura, tal vez influido por el trato que ha dispensado Hitler a los artistas, pero no es arriesgado apostar que no llegará a situarse muy a la izquierda. Pound parece haber optado por el fascismo, al menos en su variante italiana. Eliot ha permanecido al margen, aunque si se le obligasen a punta de pistola a elegir entre el fascismo y una forma más democrática de socialismo, es probable que se quedara con la primera opción. Huxley arranca con la desesperanza acostumbrada ante la vida y, bajo la influencia del «oscuro abdomen» de Lawrence, abre una vía llamada «adoración de la vida» para terminar en el pacifismo, postura defendible y en este momento encomiable, aunque a la larga seguramente comporte el rechazo del socialismo. Es también notorio que la mayoría de los escritores del grupo demuestran cierta ternura hacia la Iglesia católica, aunque no sea por lo común del tipo que la ortodoxia católica podría aceptar de buena gana.

La conexión mental que hay entre el pesimismo y los planteamientos reaccionarios es sin duda evidente. Tal vez no lo sea tanto por qué los principales escritores de los años veinte son predominantemente pesimistas. ¿Por qué aparece siempre esa sensación de decadencia, las calaveras y los cactus, el anhelo de la fe perdida y las civilizaciones imposibles? ¿No era, a fin de cuentas, porque todas esas personas escribían en una época en la que reinaba una comodidad excepcional? Es en tales ocasiones cuando florece la «desesperación cósmica». Quien tiene el estómago vacío nunca desespera del universo; ni siquiera piensa en él. Todo el período 1910-1930 fue de gran prosperidad, e incluso los años de la guerra fueron físicamente tolerables con tal de que uno fuese un no combatiente en uno de los países aliados. En cuanto a los años veinte, fueron la edad de oro del intelectual rentista, un período de irresponsabilidad como nunca se había visto. Había terminado la guerra, no habían

surgido los nuevos estados totalitarios, se habían disipado los tabúes morales y religiosos, y el dinero contante y sonante corría a espuertas. La «desilusión» estaba de moda. Todo el que ingresara quinientas libras al año se volvía adepto a la alta cultura y comenzaba a adiestrarse en el *taedium vitae*. Fue una época de águilas y de chicas fáciles, de desesperación frívola, de Hamlets de andar por casa, de billetes baratos de ida y vuelta al fin de la noche. En algunas novelas menores pero características del período, libros como *Told by an Idiot* («Lo cuenta un idiota»), la desesperación vital llega a constituir una atmósfera de autocompasión tan impenetrable como los vapores de un baño turco. E incluso los mejores escritores de la época son reos de una actitud demasiado olímpica, de una celeridad excesiva a la hora de lavarse las manos ante cualquier problema práctico e inmediato. Ven la vida en su totalidad, mucho más que los que les anteceden y que los que llegaron después, pero la ven por el extremo erróneo del telescopio. No es que esto reste validez a sus libros en cuanto tales. La primera prueba de cualquier obra de arte es su pervivencia, y es evidente que gran parte de lo escrito entre 1910 y 1930 ha sobrevivido y que tiene todas las trazas de seguir haciéndolo. Basta con pensar en *Ulises*, *Servidumbre humana*, casi todas las obras de Lawrence en su etapa inicial —sobre todo los relatos— y prácticamente todos los poemas de Eliot hasta 1930 para preguntarse qué es lo que, de cuanto ahora se escribe, tiene las trazas de aguantar igual de bien el correr de los años.

De un modo muy repentino, entre 1930 y 1935 sucede algo. Cambia el clima literario. Un nuevo grupo de escritores, Auden, Spender y todos los demás, ha hecho su aparición, y aunque técnicamente están en deuda con sus predecesores, su «tendencia» es muy distinta. De pronto hemos salido del crepúsculo de los dioses y nos hallamos en un ambiente de *boy scouts*, de rodillas desnudas, de cánticos en grupo. El literato tipo deja de ser un expatriado con inclinaciones que lo aproximan a la Iglesia y pasa a ser un colegial de mentalidad ansiosa con inclinaciones hacia el comunismo. Si la tónica de los escritores de los años veinte era «el sentido trágico de la vida», la de los nuevos escritores es «la seriedad de intenciones».

Las diferencias entre ambas escuelas las comenta por extenso Louis MacNeice en su obra *Modern Poetry*. Es un libro, cómo no, escrito por completo desde la perspectiva de los jóvenes, que da por sentada la superioridad de sus criterios. Según MacNeice:

> Los poetas de *New Signatures*,[6] al contrario que Yeats y Eliot, están emocionalmente comprometidos. Yeats propuso dar la espalda al deseo y al odio; Eliot se retrepó en un sillón a contemplar las emociones ajenas envuelto en el tedio y en una autocompasión irónica… En cambio, toda la poesía de Auden, Spender y Day Lewis implica que tienen deseos, que odian y, más aún, que piensan que unas cosas son deseables y otras son odiosas.

Asimismo, afirma:

> Los poetas de *New Signatures* han vuelto… a la preferencia griega por la información o la declaración. El primer requisito es tener algo que decir; después, hay que decirlo tan bien como sea posible.

Dicho de otro modo: ha vuelto la «intención», el «propósito». Los escritores jóvenes «han optado por la política». Tal como ya he señalado, Eliot y compañía no son en realidad tan indiferentes en ese sentido como MacNeice parece dar a entender. Con todo, en términos generales es verdad que en los años veinte la literatura hizo más hincapié en la técnica y menos en la temática que ahora.

Las principales figuras de este grupo son Auden, Spender, Day Lewis, MacNeice y una larga lista de escritores más o menos de la misma tendencia: Isherwood, John Lehmann, Arthur Calder-Marshall, Edward Upward, Alec Brown, Philip Henderson y muchos más. Al igual que hice antes, los agrupo sencillamente en función de su tendencia. Es evidente que hay grandes diferencias de talento, pero cuando uno compara a todo este grupo con la generación de Joyce y Eliot, lo que sorprende enseguida es lo fácil que resulta, mucho más que antes, incluirlos a todos en un mismo grupo; técnicamente tienen mayores afinidades, políticamente son casi intercambiables, y sus críticas de la obra de unos y otros siempre han sido (por decirlo con suavidad) afables y favorables. Los escritores que sobresalieron en los años veinte eran de orígenes muy dispares; pocos habían pasado por el rodillo educativo habitual en Inglaterra (por cierto: los mejores, salvo Lawrence, ni siquiera eran ingleses), y la mayoría habían tenido en un momento u otro que bregar con la pobreza, el abandono e incluso la persecución. Por otra parte, casi todos los escritores jóvenes encajan fácilmente en el modelo que viene dado por el colegio privado, la universidad y Bloomsbury. Los que son de extracción proletaria, muy pocos, pertenecen al tipo de los que se desclasan en época muy temprana, primero mediante becas y luego mediante el refinamiento que entraña la inmersión en la «cultura» londinense. Es significativo que varios de los escritores de este grupo hayan sido no sólo alumnos, sino después también profesores, en colegios privados. Hace algunos años describí a Auden diciendo de él que era «una especie de Kipling sin redaños». Como crítica, el comentario es indigno; fue, en efecto, una observación hecha con rencor, aunque es cierto que en la obra de Auden, sobre todo en sus primeros libros, nunca está muy lejos un ambiente de elevación muy semejante al que prevalece en «Si», de Kipling, o en «Play up, Play up, and Play the Game!», de *sir* Henry Newbolt. Tómese, por ejemplo, un poema como «You’re leaving now, and it’s up to you, boys» («Ahora os marcháis, muchachos, de vosotros depende»). Es pura palabrería de un monitor de *boy scouts*; da el tono exacto de la clásica charla de diez minutos de duración para advertir al muchacho de los peligros que entraña la masturbación. No cabe duda de que hay un elemento paródico, pero también existe una semejanza más profunda y en modo alguno deseada. Y es evidente que el deje un tanto remilgado que es común a la mayoría de estos autores es síntoma a su vez de una liberación. Al arrojar por la borda el «arte puro», se han liberado del temor a que se rían de ellos, a la par que han ampliado enormemente su espectro. Por ejemplo, la faceta profética del marxismo es un material nuevo para la poesía, que entraña grandes posibilidades:

No somos nada.
Hemos caído
en las tinieblas y seremos destruidos.
Piensa, no obstante, que en esas tinieblas
sostenemos el núcleo secreto de una idea
cuya rueda viva y soleada gira en los años futuros ahí fuera.[*]

Al mismo tiempo, pese a ser literatura de corte marxista, no se ha acercado nada a las masas. Aun admitiendo el desfase temporal, Auden y Spender están incluso más lejos de ser escritores populares que Joyce y Eliot, por no hablar ya de Lawrence. Al igual que antes, son muchos los escritores contemporáneos que están fuera de la corriente dominante, pero no caben muchas dudas sobre qué y cómo es esa corriente. A mediados y finales de los años treinta, Auden, Spender y compañía son «el movimiento», tal como Joyce, Eliot y compañía lo eran en los años veinte. Y el movimiento avanza en dirección a algo bastante mal definido y llamado «comunismo». Ya en 1934 o 1935, en los círculos literarios se consideraba excéntrico no ser más o menos «de izquierdas», y al cabo de uno o dos años había cuajado una ortodoxia de izquierdas en aras de la cual eran absolutamente de rigor ciertas opiniones acerca de asuntos determinados. Había comenzado a ganar terreno (véanse Edward Upward y otros) la idea de que un escritor, o era activamente «de izquierdas», o era un mal escritor. Entre 1935 y 1939, el Partido Comunista ejerció una fascinación poco menos que irresistible sobre todo escritor menor de cuarenta años. Era tan normal enterarse de que Fulano se había afiliado a él como lo había sido años antes, cuando el catolicismo estaba de moda, enterarse de que Zutano se había convertido y había sido «recibido» en el seno de la Iglesia. De hecho, durante unos tres años la válvula de escape de la literatura inglesa estuvo más o menos bajo el control directo de los comunistas. ¿Cómo había sido posible tal cosa? Al mismo tiempo, ¿qué significa «comunismo»? Es mejor responder antes a esta segunda pregunta.

El movimiento comunista en Europa occidental empezó como un movimiento en pro del derrocamiento violento del capitalismo, y degeneró en pocos años hasta ser un instrumento de la política exterior de Rusia. Probablemente fue algo inevitable una vez que el fermento revolucionario que siguió a la Gran Guerra hubo remitido casi por completo. Por lo que alcanzo a saber, la única historia exhaustiva en inglés sobre este asunto es *La Internacional Comunista*, de Franz Borkenau. Lo que aclaran los hechos que recoge Borkenau, aún más que sus deducciones, es que el comunismo nunca podría haberse desarrollado hasta llegar a convertirse en lo que hoy es si hubiera existido un sentimiento revolucionario real en los países industrializados. En Inglaterra, por ejemplo, es obvio que ese sentimiento no ha existido desde hace muchos años. Las cifras de miembros de todos los partidos extremistas son patéticas, por lo que esa inexistencia se demuestra con toda claridad. Es, por tanto, natural que el movimiento comunista británico esté controlado por personas que mentalmente son

sumisas a Rusia y que no tienen más objetivo real que manipular la política exterior de Gran Bretaña en aras de los intereses rusos. Claro está que ese objetivo no se puede reconocer abiertamente, y es este hecho el que le da al Partido Comunista su muy peculiar carácter. El tipo de comunista más militante es, en efecto, un agente que publicita los intereses de Rusia y que se las da de socialista internacional. Se trata de una pose fácil de mantener en ocasiones normales, pero que se vuelve muy difícil en momentos de crisis debido a que la URSS no tiene más escrúpulos en su política exterior que el resto de las grandes potencias. Las alianzas, los cambios de fachada, etcétera, que sólo tienen sentido como parte del juego de la política del poder, tienen que ser explicados y justificados en términos del socialismo internacional. Cada vez que Stalin cambia de socios, hay que darle al «marxismo» una nueva forma, así sea a martillazos. Esto entraña súbitos y violentos cambios de «línea», purgas, denuncias, la destrucción sistemática de la literatura de partido, etcétera, etcétera. Cualquier comunista es de hecho susceptible, en cualquier momento, de tener que alterar sus convicciones más fundamentales o bien abandonar el partido. El dogma incuestionable del lunes puede ser la herejía más abyecta del martes. Y así sucesivamente. Esto es algo que ya ha ocurrido al menos tres veces en los últimos diez años. De ahí se sigue que en cualquier país occidental un partido comunista sea siempre inestable y, por lo común, muy reducido. Los miembros que lo son a largo plazo suelen ser tan sólo el círculo interno de intelectuales que se han identificado con la burocracia soviética, junto con un cuerpo algo mayor de gente de clase obrera que siente hacia la Unión Soviética una lealtad absoluta, sin que forzosamente entiendan su política. Por lo demás, el resto de los miembros vienen y van. Con cada cambio de «línea», entran unos cuantos y se van otros tantos.

En 1930, el Partido Comunista inglés era una organización minúscula, apenas legal, cuya actividad principal era difamar al Partido Laborista. Pero en 1935 la cara de Europa había cambiado, y la política de izquierdas cambió también de manera sustancial. Hitler había ascendido al poder y había comenzado el rearme de Alemania; los planes quinquenales de la Unión Soviética habían dado sus frutos. Rusia era de nuevo una gran potencia militar. Como las tres dianas de Hitler eran a todas luces Gran Bretaña, Francia y la URSS, estos tres países se vieron forzados a una suerte de *rapprochement* forzoso. Ello supuso que el comunista inglés o francés se viera obligado a convertirse en un buen patriota y en un imperialista, esto es, a defender precisamente todo lo que llevaba quince años vituperando. Los eslóganes del Comintern de pronto se desdibujaron, pasaron del rojo al rosa. La «revolución mundial» y el «socialfascismo» dejaron paso a una «defensa de la democracia» y a un «¡Paremos a Hitler!» en toda regla. El período 1935-1939 fue el del antifascismo y el Frente Popular, el del apogeo del Left Book Club, la época en que las duquesas rojas y los deanes «de amplias miras» visitaban los campos de batalla en la guerra de España y en que Winston Churchill era el muchacho de ojos azules del *Daily Worker*. Desde entonces, cómo no, aún se ha dado otro cambio de «línea». Pero lo que

importa, de cara a mis intenciones, es que fue durante esta fase «antifascista» cuando los jóvenes escritores ingleses gravitaron hacia el comunismo.

La lucha a cara de perro entre el fascismo y la democracia era sin duda una gran atracción en sí misma, aunque la conversión de todos ellos ya era un hecho en esa fecha. Era evidente que el capitalismo de *laissez-faire* estaba acabado y que tenía que darse una especie de reconstrucción, del tipo que fuera. En el mundo de 1935 a duras penas era posible mantener una indiferencia política a toda costa. Ahora bien: ¿por qué todos estos jóvenes recurrieron a algo tan ajeno a ellos como era y es el comunismo ruso? ¿Por qué unos escritores iban a dejarse atraer por una forma de socialismo que imposibilita la honradez intelectual? La explicación, en realidad, reside en algo que ya se había dejado sentir antes de la Depresión, antes de Hitler: el desempleo galopante de la clase media.

El desempleo no es una mera cuestión de no tener trabajo. La mayoría de las personas siempre pueden encontrar un empleo, incluso en los peores momentos. Lo grave es que alrededor de 1930 no había actividades, excepto tal vez la investigación científica, el arte y la política de izquierdas, en las que pudiera creer de veras una persona capaz de pensar. El descrédito y la demolición de la civilización occidental habían alcanzado su momento culminante; la «desilusión» estaba muy extendida. ¿Quién iba a dar por sentado que era posible prosperar en la vida a la manera habitual de la clase media, o en calidad de soldado, clérigo, agente de bolsa, funcionario civil en la India o lo que fuera? ¿Cuántos de los valores a tenor de los cuales vivieron nuestros abuelos se podían tomar todavía en serio? El patriotismo, la religión, el imperio, la familia, la santidad del matrimonio, la corbata y el uniforme del colegio, la cuna, la crianza, el honor, la disciplina… Cualquiera que tuviese una educación normal y corriente podía darles la vuelta a todos ellos como si fueran calcetines, y en menos de tres minutos. Ahora bien: ¿qué se consigue a fin de cuentas al despojarse de cosas tan primordiales como el patriotismo y la religión? No es necesario desprenderse de la necesidad de algo en lo cual se puede creer. Años antes se había producido una suerte de falso amanecer cuando muchos jóvenes intelectuales, incluidos algunos escritores excepcionales (Evelyn Waugh, Christopher Hollis y otros), se convirtieron al catolicismo. Es significativo que estas personas optaran de manera invariable por la Iglesia católica romana, no por la anglicana, la ortodoxa griega ni las sectas protestantes. Ingresaron, por así decir, en una Iglesia que contaba con una organización mundial, la Iglesia provista de una disciplina rígida, la que tenía el poder y el prestigio. Tal vez valga la pena señalar que el único converso de última hora, el único que tenía dones literarios realmente de primera clase, Eliot, no se ha acogido al catolicismo, sino al anglocatolicismo, el equivalente eclesiástico del trotskismo. No creo, sin embargo, que sea preciso ir más allá en busca de la razón por la cual los jóvenes escritores de los años treinta ingresaron en masa en el Partido Comunista. Era, lisa y llanamente, algo en lo que era posible creer. Era en cierto modo una Iglesia, un ejército, una ortodoxia, una disciplina. Era una patria y —al

menos a partir de 1935— tenía su Führer. Todas las lealtades y supersticiones que el intelecto en apariencia había prohibido, podían volver en tropel envueltas en una finísima gasa. El patriotismo, la religión, el imperio, la gloria militar…, todo ello en una sola palabra: Rusia. El padre, el rey, el jefe, el héroe, el salvador…, todo ello en una sola palabra: Stalin. Dios: Stalin. El demonio: Hitler. El cielo: Moscú. El infierno: Berlín. Todas las grietas quedaron selladas. Al fin y al cabo, el «comunismo» del intelectual inglés es algo que se explica por sí solo. Es el patriotismo de los desarraigados.

Sin embargo, hay algo que sin duda reforzó el culto a Rusia entre los jóvenes intelectuales británicos durante estos años: la placidez y la seguridad de la vida en la propia Inglaterra. A pesar de todas sus injusticias, Inglaterra sigue siendo la tierra del *habeas corpus*, y la inmensa mayoría del pueblo inglés no tiene experiencia de la violencia ni de la ilegalidad. Cuando uno se ha criado en ese tipo de ambiente, no es nada fácil imaginar cómo es de veras un régimen despótico. Casi todos los escritores importantes de los años treinta pertenecían a la clase media emancipada y relamida, y eran demasiado jóvenes para conservar algún recuerdo de la Gran Guerra. Para ese tipo de personas, las purgas, la policía secreta, las ejecuciones sumarias, el encarcelamiento sin juicio previo, etcétera, etcétera, son algo demasiado remoto para resultar de veras terrorífico. Se pueden tragar el totalitarismo porque no tienen experiencia de nada que no sea el liberalismo. Véase, por ejemplo, este pasaje de «España», el poema de Auden (dicho sea de paso, una de las pocas cosas decentes que se han escrito sobre la guerra de España):

> *El mañana para los jóvenes, los poetas que estallan cual bombas,*
> *los paseos a la orilla del lago, las semanas de comunión perfecta;*
> *mañana, las carreras de bicis*
> *por los suburbios, las tardes de verano. Pero hoy es la lucha.*
>
> *Hoy el intencionado aumento de las posibilidades de morir,*
> *la aceptación consciente de la culpa en el asesinato necesario;*
> *hoy el gasto de todos los poderes*
> *en el panfleto insulso y efímero y en el mitin tedioso.*[*]

La segunda estrofa tiene por objeto ser una pequeña reseña de un día en la vida de un «buen militante». Por la mañana, un par de asesinatos políticos, después un interludio de diez minutos para ahogar cualquier remordimiento «aburguesado», y luego un almuerzo presuroso y una tarde ajetreada, más una noche de pintadas y de distribuir panfletos. Muy edificante. Sin embargo, véase la frase que habla del «asesinato necesario». Sólo la ha podido escribir alguien para quien el asesinato sea a lo sumo una palabra. Yo personalmente no hablaría tan a la ligera del asesinato. Se da el caso de que he visto los cadáveres de bastantes hombres asesinados. No digo muertos en combate, digo asesinados. Por tanto, tengo una idea bastante precisa de lo

que representa el asesinato: el terror, el odio, el llanto desgarrador de los familiares, las autopsias, la sangre, el mal olor. Para mí, el asesinato es algo que hay que evitar a toda costa. También es así para cualquier persona normal. Los Hitler y los Stalin de este mundo encuentran que el asesinato es necesario, pero no anuncian a bombo y platillo su insensibilidad, y ni siquiera lo llaman «asesinato». Hablan de «liquidar», «eliminar», o emplean cualquier otra expresión edulcorada. La clase de amoralidad que esgrime Auden sólo es posible cuando uno pertenece a ese tipo de personas que siempre están en otra parte cuando se aprieta el gatillo. Gran parte del pensamiento de la izquierda consiste en gran medida en jugar con fuego, pero por parte de personas que ni siquiera saben que el fuego quema. La belicosidad abierta a la que la intelectualidad inglesa se entregó en el período 1935-1939 se fundamentaba sobre todo en una sensación clara de inmunidad personal. En Francia, la actitud fue muy distinta; allí es difícil zafarse del servicio militar, y también los literatos saben cuánto pesa una mochila reglamentaria.

Ya al final del reciente libro de Cyril Connolly *Enemigos de la promesa*, aparece un pasaje interesante y revelador. La primera parte del libro es más o menos una evaluación de la literatura actual. Connolly pertenece con toda exactitud a la generación de escritores del «movimiento»; no sin bastantes reservas, sus valores son los de Connolly. Es interesante comprobar que, entre los prosistas a los que admira, destacan los que se han especializado en la violencia: la escuela estadounidense de los duros, Hemingway, etcétera. En cambio, la última parte del libro es autobiográfica, y consta de una relación, fascinante por su exactitud, de la vida en una escuela preparatoria y en Eton entre los años 1910 y 1920. Connolly termina por señalar lo siguiente:

> Si tuviera que sacar algo en claro de mis sentimientos cuando me fui de Eton, habría que llamarlo «la teoría de la adolescencia permanente». Es la teoría de que las experiencias sufridas por los chicos en los grandes colegios privados son tan intensas que llegan a dominar toda su vida y ponen freno a su desarrollo.

Cuando se lee la segunda frase de este pasaje, el impulso natural que se tiene es buscar una errata de imprenta. Uno piensa que debe de faltar un «no», o dos «noes», algo, pero no, ¡ni mucho menos! Quiere decir lo que afirma. Y lo que es peor, dice la verdad, aunque de una forma retorcida. La vida de la clase media «culta» ha alcanzado tal grado de amodorramiento que la educación de los colegios privados —cinco años a remojo en un baño tibio de esnobismo— puede contemplarse como si hubiera sido un período preñado de acontecimientos. Para casi todos los escritores que cuentan en los años treinta, ¿qué más ha ocurrido, al margen de lo que Connolly registra en *Enemigos de la promesa*? Siempre se da la misma pauta: colegio privado, universidad, algunos viajes al extranjero, Londres. El hambre, las adversidades, la soledad, el exilio, la guerra, la cárcel, la persecución, los trabajos manuales… apenas palabras. No es de extrañar que esa nutrida tribu a la que se llama «la buena gente de izquierdas» lo haya tenido tan fácil a la hora de tolerar la faceta de las purgas y de la OGPU del régimen soviético, así como los horrores propios del primer plan

quinquenal. Estaban gloriosamente incapacitados para entender qué significaba todo eso.

En 1937, toda la intelectualidad estaba mentalmente en guerra. El pensamiento izquierdista había sufrido un proceso reduccionista hasta no ser más que «antifascista», es decir, negativista, un torrente de literatura del odio dirigida contra Alemania y contra los políticos que se suponía que eran afines a Alemania, que no dejaba de aflorar en la prensa. Para mí, lo más aterrador de la guerra de España no fue la violencia que tuve ocasión de presenciar, ni tampoco las pugnas entre partidos tras el frente de batalla, sino la inmediata reaparición en los círculos de izquierdas del ambiente mental que había predominado en la Gran Guerra. Las mismas personas que durante veinte años se habían reído por lo bajo, a golpe de superioridad moral, de la histeria bélica, fueron justamente las mismas que volvieron de golpe a la ruindad mental de 1915. Todas las estupideces habituales de la guerra —la caza de espías, la custodia de la ortodoxia («¿Eres un buen antifascista?»), la repetición hasta la saciedad de algunas atrocidades increíbles— volvieron a estar de moda como si los años transcurridos desde entonces ni siquiera hubieran pasado. Antes de que terminase la guerra de España, antes incluso de Munich, algunos de los mejores escritores de la izquierda comenzaban a retorcerse de puro desasosiego. Ni Auden ni, en general, Spender escribieron sobre la guerra de España tal y como se esperaba de ellos. Desde entonces se ha producido un cambio de sentimiento, y ha habido gran consternación y confusión, porque el curso real que han tomado los acontecimientos ha dejado en agua de borrajas, o en puro papanatismo, la ortodoxia predicada por la izquierda durante los últimos años. Claro que no fue precisa una gran perspicacia para darse cuenta de que todo ello era, en gran medida, puro papanatismo ya desde el principio. No existe la menor certeza, por tanto, de que la siguiente línea ortodoxa que surja pueda ser mejor que la anterior.

En conjunto, la historia literaria de los años treinta parece justificar la opinión de que un escritor hace bien si se mantiene alejado de la política. Cualquier escritor que acepte total o parcialmente una disciplina de partido, tarde o temprano se encuentra ante una disyuntiva: o seguir la línea marcada o mantener la boca cerrada. Siempre es posible, desde luego, seguir la línea marcada y continuar escribiendo… en cierto modo. Cualquier marxista puede demostrar con absoluta tranquilidad que la libertad de pensamiento «burguesa» es mera ilusión. Pero, una vez que haya terminado su demostración, sigue en pie la realidad psicológica de que sin esa libertad «burguesa» el poder creativo se marchita. En el futuro es posible que surja una literatura totalitaria, pero habrá de ser muy distinta de todo lo que ahora podamos imaginar. La literatura, tal como la conocemos, es algo individual, que requiere honradez mental y la menor censura posible. Esto es aún más cierto en la prosa que en la poesía. Probablemente no sea una coincidencia que los mejores escritores de los años treinta hayan sido poetas. Un ambiente de ortodoxia siempre perjudica a la prosa; sobre todo es totalmente ruinoso para la novela, el más anárquico de los géneros literarios.

¿Cuántos católicos han sido buenos novelistas? Incluso los pocos a los que se podría nombrar han sido católicos más bien dudosos o malos. La novela es prácticamente un arte protestante; es producto de la mentalidad libérrima, del individuo autónomo. No hay una sola década, en el último siglo y medio, tan yerma en cuanto a la prosa imaginativa como la de los años treinta. Han aparecido buenos poemas, buenas obras de sociología, panfletos brillantes, pero prácticamente no hay ficción de verdadera enjundia. A partir de 1933, el clima mental estaba cada vez más en su contra. Cualquiera que fuera sensible al *Zeitgeist* estaba también involucrado en la política. No todos, por descontado, estaban metidos de hoz y coz en el tinglado de la política, pero casi todos estaban en su periferia, y más o menos implicados en las campañas de propaganda, en las controversias de chichinabo. Los comunistas y los que prácticamente lo eran aun sin militar tuvieron una influencia desproporcionada en las revistas literarias. Era la hora de las etiquetas, los eslóganes, las evasiones. En los peores momentos, de uno se esperaba que se encerrase en una jaula de mentiras astringentes; en los mejores, que ejerciese una especie de censura voluntaria («¿Debería yo decir esto? ¿No será pro-fascista?»), que estaba en activo prácticamente en el ánimo de todos. Es casi inconcebible que se hayan escrito buenas novelas con semejante ambiente. Las buenas novelas no las escriben los custodios de la ortodoxia ni quienes andan concienciados al máximo de su propia heterodoxia. Las buenas novelas las escriben los que no tienen miedo. Lo cual me devuelve a Henry Miller.

3

Si fuera este un momento idóneo para el lanzamiento de «escuelas» literarias, Henry Miller podría ser el punto de partida de una nueva «escuela». Sea como fuere, Miller ha señalado una inesperada oscilación del péndulo. En sus libros, uno se aleja del «animal político» y regresa a un punto de vista no sólo individualista, sino completamente pasivo: el punto de vista de un hombre que cree que los procesos mundiales están completamente fuera de su control, y que en cualquier caso tampoco tiene un gran deseo de controlarlos.

Conocí a Henry Miller a finales de 1936, cuando pasé por París camino de España. Lo que más me intrigó de él fue descubrir que no tenía el menor interés por la guerra de España. Se limitó a decirme con contundencia que ir a España en aquellos momentos era sencillamente una necedad. Podía entender, dijo, que cualquiera fuese por motivos puramente egoístas, por curiosidad incluso, pero que mezclarse en semejantes situaciones por un sentido de la obligación era una solemne estupidez. En todo caso, mis ideas acerca del hecho de combatir contra el fascismo, defender la democracia, etcétera, eran una imbecilidad. Nuestra civilización estaba destinada a verse barrida y sustituida por algo tan distinto que a duras penas podría parecernos siquiera humano, perspectiva que a él no le quitaba el sueño, dijo; es un punto de vista que se halla implícito en toda su obra. Por doquier se tiene la sensación de un cataclismo inminente, y casi en todas partes se da la creencia implícita de que eso no importa nada. La única declaración política que, en la medida que alcanzo a saber, ha hecho Miller por escrito es puramente negativa. Hace más o menos un año, una revista norteamericana, el *Marxist Quarterly*, envió un cuestionario a varios escritores estadounidenses pidiéndoles que definieran su actitud con respecto a la guerra. Miller defendió un pacifismo extremo, aunque fuese uno puramente personal, una negativa tajante a tomar las armas, sin el menor deseo, en apariencia al menos, de convencer a nadie de que adoptara su misma opinión. Prácticamente fue una declaración de irresponsabilidad.

Sin embargo, hay irresponsabilidades de bastantes tipos. Por norma, los escritores que no desean identificarse con el proceso histórico del momento en que viven, o bien lo ignoran, o bien luchan contra él. Si son capaces de ignorarlo, probablemente son idiotas. Si logran entenderlo bien y desean luchar contra él, es probable que tengan la inteligencia suficiente para comprender que no podrán ganar. Véase, por ejemplo, un poema como «El gitano erudito» de Matthew Arnold, con sus diatribas contra «la extraña enfermedad de la vida moderna», con su generosa sonrisa de derrotismo en la última estrofa. Expresa una de las actitudes literarias más al uso, tal vez incluso la que ha prevalecido durante el último siglo. Por otra parte, están los «progresistas», los que dicen que sí, al estilo de Shaw o Wells, siempre dispuestos a

dar un salto adelante con tal de aferrarse a la proyección del propio ego, que confunden con el futuro. En conjunto, los escritores de los años veinte optaron por la primera línea y los de los treinta, por la segunda. Y en cualquier momento, cómo no, hay una nutrida tribu, integrada por gente como Barrie, Deeping o Dell, que lisa y llanamente no toma nota de lo que sucede en realidad. La obra de Miller tiene una importancia sintomática porque evita cualquiera de estas actitudes. Ni trata de lograr que avance el proceso mundial ni trata de detenerlo, y, por otro lado, no lo pasa en absoluto por alto. Debería decir sin ambages que cree en la ruina inminente de la civilización occidental con mucha mayor firmeza que la mayoría de los escritores «revolucionarios», sólo que no siente que nada ni nadie le llame para hacer nada al respecto. Se limita a tocar el laúd mientras Roma arde, y, al contrario que la mayoría de los que lo hacen, lo toca encarado a las llamas.

En *Max y los fagocitos blancos* se encuentra uno de esos pasajes reveladores en que un escritor cuenta muchísimo de sí mismo aun cuando está hablando de otra persona. El libro incluye un largo ensayo sobre los diarios de Anaïs Nin, de los que yo sólo he leído algunos fragmentos sueltos, y que tengo entendido que no han sido publicados aún. Miller sostiene que esos diarios son la única muestra de escritura verdaderamente femenina que se haya publicado, al margen de lo que tal afirmación pueda dar a entender. Sin embargo, el pasaje de mayor interés es uno en el que compara a Anaïs Nin —evidentemente, una escritora del todo subjetiva e introvertida — con Jonás en el vientre de la ballena. De pasada, hace referencia a un ensayo que Aldous Huxley escribió hace ya algunos años a propósito de un cuadro de El Greco, *El sueño de Felipe II*. Huxley comenta que los personajes de los cuadros de El Greco siempre producen la sensación de hallarse en el vientre de una ballena, y afirma haber encontrado algo especialmente horripilante en la idea de hallarse dentro de una «prisión visceral». Miller replica que, muy al contrario, hay muchas cosas peores que verse engullido por una ballena, y el pasaje aclara que a él en particular la idea le resulta harto atractiva. Aquí incide sobre algo que, casi con toda seguridad, es una fantasía muy extendida. Tal vez valga la pena señalar que todo el mundo, o al menos las personas de lengua inglesa, habla siempre de Jonás y la ballena. Obviamente, el animal que engulló a Jonás era un pez, y así es descrito en la Biblia (Jonás, I: 17), si bien los niños lo confunden con una ballena, y este fragmento de habla infantil suele cobrar vida cuando uno ya es adulto, señal, seguramente, del poder que el mito de Jonás ejerce sobre nuestra imaginación. Lo cierto es que hallarse dentro de una ballena es un pensamiento muy cómodo, placentero, hogareño incluso. El Jonás histórico, si es que así puede llamársele, se alegró sin duda de huir de su prisión, pero en la imaginación, en las ensoñaciones, son numerosísimas las personas que lo han envidiado. El porqué, naturalmente, salta a la vista. El vientre de la ballena es un útero con capacidad suficiente para un adulto. Allí se encuentra uno a oscuras, en un espacio mullido que encaja a la perfección con el propio cuerpo, con metros y metros de grasa entre uno mismo y la realidad, capaz de mantener una actitud de absoluta

indiferencia, al margen de lo que suceda o deje de suceder. Una tormenta que hiciera naufragar a todos los buques de guerra del mundo entero apenas le llegaría a uno salvo en forma de eco lejano. Los propios movimientos de la ballena le resultan a uno imperceptibles. Da igual que se meza en las olas de la superficie o que descienda brutalmente a la negrura del fondo en alta mar (según Herman Melville, más de un kilómetro y medio de profundidad); ni siquiera notaría la diferencia. Casi como si estuviera muerto, esa es la etapa final e insuperable de la irresponsabilidad máxima. Y, al margen de cómo sea el caso de Anaïs Nin, no cabe duda de que el propio Miller se halla en el vientre de la ballena. Sus mejores pasajes, los más característicos, están escritos desde el punto de vista de un Jonás, un Jonás engullido de buen grado. No es que sea especialmente introvertido, sino más bien todo lo contrario. En su caso, la ballena diríase que es transparente, sólo que él no siente el menor impulso de alterar o controlar el proceso que experimenta. Ha llevado a efecto el acto esencial de Jonás, dejándose engullir con absoluta pasividad; aceptándolo.

Es fácil ver a qué equivale todo esto. Es una especie de quietismo, que entraña, o bien una total incredulidad, o bien un cierto grado de fe, equivalente al misticismo. La actitud es la de «Je m'en fous» («Me importa un comino») o «Aunque me mate, creeré en Él»,[*] da igual cómo se quiera considerar. De cara a un propósito práctico, las dos son idénticas, ya que en ambos casos la lección es la misma: «Más vale quedarse sentado como si tal cosa». Pero en una época como la nuestra, ¿es esta una actitud defendible? Vale la pena señalar que es casi imposible abstenerse de formular esta pregunta. En el momento en que escribo, estamos aún inmersos en un período en el que se da por sentado que los libros siempre han de ser positivos, serios, «constructivos». Hace una docena de años, esa idea habría sido recibida con risas. («Querida tía, no escribe uno sobre nada. Uno tan sólo escribe»). Luego, el péndulo osciló violentamente de la frívola idea de que el arte no es sino técnica —aunque es verdad que osciló hasta un punto muy lejano— hasta el punto de afirmar que un libro sólo puede ser «bueno» si se funda en una visión «verdadera» de la vida. Como es natural, quienes creen en esto también creen que están en posesión de la verdad. Los críticos católicos, por ejemplo, tienden a afirmar que los libros sólo son buenos cuando responden fielmente a la tendencia católica, y los críticos marxistas hacen esa misma afirmación con mayor osadía. Por ejemplo, Edward Upward («A marxist interpretation of literature», en *The Mind in Chains* [«La mente encadenada».]):

> La crítica literaria que aspira a ser marxista debe… proclamar a los cuatro vientos que ningún libro escrito *en la actualidad* puede ser «bueno» a menos que esté escrito desde un punto de vista marxista o cercano al marxismo.

Son otros los escritores que han hecho declaraciones similares o cuando menos comparables. Upward pone en cursiva «en la actualidad» porque se da cuenta de que no se puede, por ejemplo, descartar *Hamlet* porque Shakespeare no fuera marxista. Sin embargo, en su interesante ensayo sólo considera de manera muy fugaz este inconveniente. Buena parte de la literatura que nos ha llegado desde el pasado está

impregnada por —y, de hecho, fundada en— determinadas creencias (la creencia en la inmortalidad del alma, sin ir más lejos) que ahora se nos antojan falsas y, en algunos casos, despreciablemente ridículas. Sin embargo, en caso de que la pervivencia sirva de prueba, es literatura «de calidad». Upward sin lugar a dudas respondería que una creencia que tenía fundamento y lógica hace varios siglos puede ser inapropiada y estulta «en la actualidad». Pero esto no nos debe llevar mucho más lejos, porque se da por supuesto que en cualquier época habrá solamente un conjunto de creencias que constituya la aproximación más atinada a la verdad, y que la mejor literatura del momento estará más o menos en armonía con dicho conjunto. La verdad es que esa uniformidad no ha existido nunca. En la Inglaterra del siglo XVII, por ejemplo, había una escisión religiosa y política que recuerda con toda claridad al antagonismo entre izquierda y derecha de hoy en día. Al echar la vista atrás, la mayoría de las personas de nuestra época tendrían la impresión de que el punto de vista burgués y puritano constituía una mejor aproximación a la verdad que el punto de vista católico y feudal, aunque lo cierto es que los mejores escritores de la época, ni siquiera en su mayoría, no eran puritanos. Más aún: existen «buenos» escritores cuya visión del mundo en cualquier época histórica se tendría por falsa y necia. Edgar Allan Poe es un buen ejemplo. Su planteamiento es en el mejor de los casos de un romanticismo desaforado, y en el peor no dista mucho de la demencia, en el sentido clínico y literal del término. ¿Cómo es posible, pues, que relatos como *El gato negro, El corazón delator, La caída de la casa de Usher* y tantos otros, que prácticamente podría haber escrito un loco de atar, no transmitan ni por asomo una mínima sensación de falsedad? Porque son verdaderos dentro de un determinado marco referencial, porque cumplen las reglas de su propio mundo, tan peculiares, como sucede en el caso de los cuadros de la pintura japonesa. Ahora bien, da la impresión de que para escribir bien acerca de un mundo así es preciso creer en él. La diferencia salta a la vista si se comparan los *Cuentos* de Poe con lo que, en mi opinión, es un intento poco sincero de crear un ambiente semejante: *Minuit,* de Julian Green. Lo que llama de inmediato la atención en *Minuit* es que no hay razón alguna por la cual haya de suceder ninguno de los hechos que se relatan. Todo es completamente arbitrario; no hay una secuencia emocional. Pero es que esto es precisamente lo que no se percibe en los relatos de Poe. Su lógica maníaca, en su propia ambientación, es de lo más convincente. Por ejemplo, cuando el borracho agarra al gato negro y le atraviesa el ojo con el cortaplumas, uno sabe con toda precisión por qué lo hace, hasta el extremo de sentir que uno habría actuado igual en caso de estar en su pellejo. Parece por tanto que, para un escritor creativo, estar en posesión de la «verdad» es menos importante que la sinceridad emocional. Ni siquiera Upward llegaría al extremo de sostener que un escritor no necesita nada más allá de un adiestramiento marxista. También requiere talento. Pero el talento, aparentemente, es cuestión de que uno sea capaz de que le afecten sus propias creencias, sean verdaderas o falsas. La diferencia que, por ejemplo, existe entre Céline y Evelyn Waugh es de intensidad emocional. Es

la diferencia que se da entre una desesperación genuina y una desesperación que es al menos en parte fingimiento. Y a esto se le une otra consideración que tal vez no sea tan obvia: que hay ocasiones en que una creencia «no verdadera» tiene más probabilidades de ser sincera que una creencia «de verdad».

Si se analizan los libros de recuerdos y memorias escritos sobre la guerra de 1914-1918, uno se percata de que casi todos los que han seguido siendo legibles al cabo de un tiempo están escritos desde un punto de vista pasivo, negativo. Son el registro de algo completamente carente de sentido, de una pesadilla que acontece en el vacío. Esa no era en realidad la verdad acerca de la guerra, pero era la verdad sobre la reacción personal de quienes habían participado en ella. El soldado que avanzaba hacia un fuego de ametralladoras o que estaba metido hasta la cintura en el agua, en una trinchera inundada, sólo sabía que estaba viviendo una experiencia aberrante con total desvalimiento. Tenía más probabilidades de escribir un buen libro a partir de ese desamparo, de su ignorancia, que a partir de un presunto poder de ver todo aquello en perspectiva. En cuanto a los libros escritos durante la propia guerra, los mejores fueron casi siempre obra de personas que simplemente le dieron la espalda y procuraron no reparar en lo que estaba ocurriendo. E. M. Forster ha explicado que en 1917 leyó «Prufrock» y otros poemas primerizos de Eliot, y que le insuflaron valor en una época como aquella, por ser poemas «inocentes de todo espíritu de entusiasmo público»:

> Eran poemas en los que se cantaba el asco más privado, la inseguridad, el retraimiento de personas que parecían genuinas por carecer de todo atractivo, por su propia debilidad… Eran una protesta, aunque débil, y tanto más cordial por ser débil… Quien fuera capaz de hacer un aparte para quejarse de las damas y de los salones iba a conservar un ápice de nuestro respeto, pues portaba aún la herencia de la humanidad.

Está muy bien dicho. En el libro que he mencionado antes, MacNeice cita este pasaje, y añade con cierta desfachatez:

> Al cabo de diez años, algunos poetas iban a expresar protestas menos débiles, y la herencia de la humanidad se iba a transmitir de una forma bien distinta… La contemplación de un mundo fragmentario se torna aburrida; a los sucesores de Eliot les importa más poner un poco de orden.

En el libro de MacNeice abundan los comentarios de este jaez. Lo que quiere hacernos creer es que los «sucesores» de Eliot (con lo cual se refiere a MacNeice y a sus amigos) en cierto modo han «protestado» con mayor eficacia que Eliot al publicar su «Prufrock» en un momento en que los ejércitos aliados atacaban la Línea Hindenburg. Desconozco dónde se hallan tales «protestas», pero en el contraste entre el comentario de Forster y el de MacNeice radica toda la diferencia que existe entre un hombre que sabe cómo fue la guerra de 1914-1918 y otro que a duras penas la recuerda. Lo cierto es que en 1917 nada podía hacer una persona con capacidad de pensar y de sentir, nada salvo seguir siendo un ser humano, si tal cosa era posible. Y un gesto de desvalimiento, incluso de frivolidad, bien podría ser la mejor manera de hacerlo. De haber sido yo un combatiente de la Gran Guerra, habría preferido tener a mano «Prufrock» antes que *Los primeros cien mil* o las *Cartas a los chicos de las*

trincheras, de Horatio Bottomley. Habría tenido la sensación, al igual que Forster, de que sólo manteniéndose altivo, al margen, en contacto con las emociones previas a la guerra, Eliot portaba sobre sus hombros la herencia de la humanidad. ¡Qué alivio habría supuesto en tales momentos leer algo sobre los titubeos de un hombre de mediana edad y de nivel cultural medio, calvo para más señas! ¡Qué diferencia con los ejercicios para atacar a bayoneta calada! Tras las bombas, las colas para comprar comida y los carteles de reclutamiento, ¡una voz humana! ¡Qué alivio!

Al fin y al cabo, la guerra de 1914-1918 sólo fue el momento culminante de una crisis casi constante. A día de hoy apenas se requiere una guerra para hacernos entender el punto al que hemos llegado en la desintegración de nuestra sociedad, en el incremento del desamparo en que viven todas las personas decentes. Por este motivo pienso que la actitud pasiva, de no cooperación, implícita en la obra de Henry Miller está plenamente justificada. Sea o no una expresión de lo que tendría que sentir la gente, es algo que probablemente se aproxime a la expresión de lo que siente. Una vez más, es la voz humana en medio de las bombas que explotan, es una voz de acento estadounidense y amigo, «inocente de todo espíritu de entusiasmo público». No hay sermones, sólo se plasma la verdad subjetiva. Y siguiendo estos criterios, al parecer, aún es posible escribir una buena novela. No por fuerza una novela edificante, pero sí una que valga la pena leer y que, con toda seguridad, vaya a ser recordada después de leída.

Mientras estaba escribiendo este ensayo ha estallado una nueva guerra en Europa. Habrá de durar varios años y hacer añicos la civilización occidental, o bien habrá de terminar sin resultados concluyentes, de modo que abra el camino para otra nueva conflagración que termine de una vez por todas esa tarea. Ahora bien, la guerra no es sino «paz intensificada». Lo que a todas luces está aconteciendo, con guerra o sin ella, es la destrucción del capitalismo del *laissez-faire* y de la cultura liberal y cristiana. Hasta hace muy poco eran imprevisibles las implicaciones de todo esto en su totalidad, pues por lo general se suponía que el socialismo podría preservar e incluso ampliar el ambiente del liberalismo. Ahora empezamos a darnos cuenta de lo falsa que era esta suposición. Casi con toda seguridad, nos adentramos en una época de dictaduras totalitarias, una época en que la libertad de pensamiento será en primera instancia un pecado moral, y después una abstracción desprovista de sentido. El individuo autónomo va a desaparecer de la faz de la Tierra. Pero esto significa que la literatura, en la forma en que la conocemos, habrá de pasar cuando menos por una muerte pasajera. La literatura del liberalismo se halla próxima a su fin, y la literatura del totalitarismo aún no ha aparecido y es prácticamente imposible de imaginar. En cuanto al escritor, se halla sentado sobre un iceberg que se derrite; es poco más que un anacronismo, un residuo de la edad de la burguesía, seguramente tan condenado a desaparecer como el hipopótamo. Miller se me antoja un hombre que se sale de lo común, pues vio y anunció esta realidad mucho antes que cualquiera de sus contemporáneos, en una época, en efecto, en que muchos de ellos farfullaban frases

ininteligibles sobre el renacer de la literatura. Wyndham Lewis había dicho años antes que la gran época de la historia de la lengua inglesa había llegado a su fin, pero se basaba en razones muy distintas y bastante triviales. En adelante, el hecho que revestirá la máxima importancia para el escritor creativo que haya de llegar será que este no es un mundo de escritores. Esto no significa que no pueda ayudar al alumbramiento de una sociedad nueva, sino tan sólo que no podrá tomar parte en ese proceso en calidad de escritor, pues en cuanto tal es un liberal, y lo que ahora acontece es la destrucción del liberalismo. Parece por tanto probable que, en los años que aún resten de libertad de expresión, cualquier novela que merezca la pena leer siga más o menos los derroteros que ha seguido Miller. No me refiero a la técnica ni al material narrativo, sino a los planteamientos que ello implica. Habrá de volver esa actitud pasiva, que será incluso más conscientemente pasiva que antaño. El progreso y la reacción han resultado sendas estafas. En apariencia, no queda sino el quietismo, es decir, el despojamiento de los terrores de la realidad mediante la sumisión a la realidad misma. Adentrémonos en el vientre de la ballena o, más bien, reconozcamos que nos hallamos en él (pues lo estamos, qué duda cabe). Pleguémonos al proceso mundial, dejemos de luchar contra todo ello, dejemos de fingir que tenemos aún el control. Es hora de aceptarlo, de apechugar con ello, de registrarlo. Esa parece ser la fórmula que cualquier novelista coherente ha de aceptar. Una novela basada en líneas más positivas, «constructivas», no emocionalmente espúrea, es a día de hoy muy difícil de imaginar siquiera.

Ahora bien, ¿quiero decir con esto que Miller es un «gran escritor», una nueva esperanza para la prosa en lengua inglesa? Ni muchísimo menos. El propio Miller sería el último que realizaría tal afirmación, y el último en desear que así fuera. No cabe duda de que seguirá escribiendo —todo el que ha comenzado a escribir siempre sigue haciéndolo—, y junto con él cabe mencionar no pocos escritores de un estilo semejante, como Lawrence Durrell, Michael Fraenkel y otros, que prácticamente forman una «escuela». Sin embargo, él se me antoja esencialmente un hombre de un solo libro. Yo diría que, tarde o temprano, descenderá al terreno de lo ininteligible, a la charlatanería; hay síntomas de ello en sus obras más recientes. Su último libro, *Trópico de Capricornio*, ni siquiera lo he leído, y no porque no quisiera, sino porque, hasta la fecha, la policía y los agentes de aduanas se las han ingeniado para impedirme que me hiciera con un ejemplar. De todas formas, me sorprendería que se acercase a *Trópico de Cáncer* o a los capítulos iniciales de *Primavera negra*. Al igual que algunos novelistas autobiográficos, tenía a su alcance hacer algo a la perfección, y lo hizo. Considerando cómo ha sido la ficción de la década de los treinta, eso no es poco.

Los libros de Miller los publica Obelisk Press en París. Desconozco qué será de esta editorial ahora que ha estallado la guerra y Jack Kahane, el editor, ha fallecido. En cualquier caso, aún es posible procurarse sus libros. Con toda honestidad, aconsejo a quien aún no lo haya hecho que lea al menos *Trópico de Cáncer*. Con un

poco de ingenio o pagando un poco más, no mucho, que el precio que marca el ejemplar, es posible hacerse con uno sin demasiadas complicaciones, y aunque algunos pasajes puedan llegar a provocar repugnancia, es un libro que ha de permanecer en la memoria del lector. Es además un libro «importante», si bien en un sentido muy distinto del que por lo general suele dársele a ese adjetivo. Por regla general, se dice que una novela es «importante», o bien cuando se trata de una «terrible acusación» contra algo, o bien cuando introduce una determinada innovación de tipo técnico. Ninguno de los dos supuestos se da en *Trópico de Cáncer*. Su importancia es meramente sintomática. A mi juicio, aquí tenemos al único autor de prosa de ficción que tiene cierto valor aparecido de entre los escritores en lengua inglesa desde hace ya bastantes años. Aun cuando se objete que esta puede ser una afirmación desmesurada, probablemente haya que reconocer que Miller es un escritor fuera de lo común, merecedor de algo más que un simple vistazo. A fin de cuentas, se trata de un escritor completamente negativo, que no construye nada, amoral; un mero Jonás, alguien que pasivamente acepta todo mal, una suerte de Whitman entre los cadáveres. De un modo sintomático, eso es mucho más significativo que el mero hecho de que sólo en Inglaterra se publiquen cinco mil novelas al año, cuatro mil novecientas de las cuales son pura bazofia. Es una demostración cabal de la imposibilidad de que exista una gran literatura mientras el mundo no se haya despertado para adoptar su nueva forma.

APUNTES SOBRE LA MARCHA

Time and Tide, 30 de marzo y 6 de abril de 1940

El otro día, al leer la afirmación del doctor Ley de que «razas inferiores como, por ejemplo, polacos y judíos» no necesitan comer tanto como los alemanes, súbitamente me vino a la memoria la primera imagen que vi al pisar suelo asiático (o, mejor dicho, justo antes).

El trasatlántico en el que viajaba había atracado en Colombo, y la habitual multitud de culíes subió a bordo para ocuparse del equipaje. Los supervisaban algunos policías, entre ellos un sargento blanco. Uno de los culíes se hizo cargo de un portauniforme metálico alargado, e iba llevándolo con tal torpeza que por poco no dio a alguien en la cabeza. Le soltaron un improperio por su negligencia. El sargento de policía se volvió, vio lo que el hombre hacía y le pegó una terrible patada en el trasero que lo mandó trastabillando al otro extremo de la cubierta. Entre los pasajeros, mujeres incluidas, hubo murmullos de aprobación.

Transfiramos ahora esta escena a la estación de Paddington o al puerto de Liverpool. Sencillamente, no podría ocurrir. Un mozo de equipajes inglés a quien pateasen devolvería el golpe o, al menos, no cabría descartar que lo hiciera. El policía, por su parte, no le patearía por tan poca cosa, y desde luego no ante testigos. Pero, sobre todo, quienes lo presenciasen se indignarían. El millonario más egoísta de Inglaterra, si viera tratar a un compatriota suyo así, a patadas, se sentiría ofendido siquiera un momento. Y, sin embargo, aquellas personas —gente corriente, honrada, de clase media, con rentas de unas quinientas libras anuales— contemplaban la escena sin emoción alguna salvo una leve aprobación. Ellos eran blancos; el culi, negro. Dicho de otra forma: el culi era infrahumano, una clase distinta de animal.

De esto hace casi veinte años. ¿Siguen ocurriendo cosas por el estilo en la India? Yo tiendo a pensar que probablemente sí, pero cada vez con menos frecuencia. Prácticamente no cabe duda, en cambio, de que en este momento, en algún lugar, un alemán estará pegando una patada a un polaco. No cabe duda alguna de que en algún lugar un alemán estará pegando una patada a un judío. Y tampoco cabe duda (*vide* la prensa alemana) de que se están imponiendo penas de prisión a granjeros alemanes por mostrar una «condescendencia culpable» para con los prisioneros polacos a su servicio. Y es que la siniestra conquista de los últimos veinte años ha sido la extensión del racismo al propio suelo de Europa.

El racismo no es una simple aberración de profesores locos, y nada tiene que ver

con el nacionalismo. El nacionalismo probablemente sea deseable hasta cierto punto; en cualquier caso es inevitable. A los pueblos con culturas nacionales bien desarrolladas no les gusta que los gobiernen extranjeros, y la historia de países como Irlanda y Polonia es en gran medida la historia de ese hecho. En cuanto a la teoría de que «el proletario no tiene país», en la práctica siempre resulta absurda. Acabamos de tener otra prueba en Finlandia.

Pero el racismo es algo completamente distinto. Es la invención no de naciones conquistadas, sino de naciones conquistadoras. Es una forma de llevar la explotación más allá de lo normalmente posible, pretendiendo que aquellos a quienes se explota no son seres humanos.

Casi todas las aristocracias con poder real se han fundado sobre una diferencia de raza; el normando domina al sajón, el alemán al eslavo, el inglés al irlandés, el blanco al negro, y así sucesivamente. Vestigios de la hegemonía normanda se han conservado en nuestra lengua hasta hoy. Y es mucho más fácil para el aristócrata ser implacable si se imagina que el siervo es distinto de él en sangre y osamenta. De ahí la tendencia a exagerar las diferencias raciales, esas idioteces al uso sobre formas de cráneos, colores de ojos, hemogramas, etcétera, etcétera. En Birmania he oído teorías raciales menos salvajes, sí, que las de Hitler sobre los judíos, pero no menos estúpidas.

Los ingleses han forjado en la India toda una mitología a partir de las supuestas diferencias entre sus propios cuerpos y los de los orientales. He oído decir mucho, valga como ejemplo, que un blanco no puede sentarse sobre sus talones como hace un oriental (así se sientan, por cierto, a la hora del almuerzo los trabajadores en las minas de carbón).

A la gente de sangre mixta, aunque sea completamente blanca, se supone que la delatan ciertas peculiaridades misteriosas de las uñas. A las diversas supersticiones surgidas en torno a la insolación, hace ya tiempo que alguien debería haberles dedicado una monografía. Y es innegable que este tipo de sandeces nos han puesto más fácil sacarle el jugo a la India. A día de hoy, a los obreros ingleses no podríamos tratarlos como a los obreros indios; y no sólo porque ellos no lo tolerarían, sino porque, pasado cierto punto, nosotros no lo toleraríamos. Dudo que nadie en Inglaterra encuentre ahora apropiado que haya niños de seis años trabajando en fábricas. Pero no son pocos los empresarios que, en la India, con mucho gusto emplearían a niños en caso de permitirlo la ley.

Si creyera que una victoria en esta guerra fuese a suponer, sencillamente, la inyección de savia nueva para el imperialismo británico, supongo que me alinearía con Rusia y Alemania. Y soy consciente de que hay entre nuestros gobernantes quien no pretende más que eso. Imaginan que, si logran ganar la guerra (o dejarla en suspenso y volver a Alemania contra Rusia), podrán disfrutar de otros veinte años de explotación colonial. Pero yo veo bien probable que las cosas se desarrollen de otra forma. Para empezar, la lucha mundial ya no es entre el socialismo y el capitalismo.

En la medida en que el socialismo no significa más que propiedad centralizada y planificación de la producción, todos los países industrializados serán «socialistas» dentro de poco. Quienes realmente se enfrentan son el socialismo democrático y una especie de sociedad de castas racionalizada. Y es mucho más verosímil que sea el primero el que prevalezca si no se despoja por completo de influencia a los países occidentales, donde las ideas democráticas están firmemente arraigadas entre la gente común.

En el sentido económico estricto, el socialismo nada tiene que ver con ningún género de libertad, igualdad o dignidad. Nada impide, por ejemplo, que internamente un Estado sea socialista y, externamente, imperialista. Desde un punto de vista técnico, sería posible «socializar» Inglaterra mañana y seguir explotando la India y las colonias de la Corona en beneficio de la población de la metrópoli. Parece evidente que Alemania avanza rápido hacia el socialismo; y, sin embargo, este proceso lleva aparejada una determinación clarísima, diáfana, de hacer de los pueblos sometidos una reserva de mano de obra esclava; algo bastante factible en la medida en que se dé crédito al mito de las «razas inferiores». Si judíos y polacos no son seres humanos, ¿por qué no expoliarlos? Hitler es, simplemente, el espectro de nuestro propio pasado irguiéndose contra nosotros. Es partidario de extender y perpetuar nuestros propios métodos precisamente cuando empiezan a avergonzarnos.

Nuestra relación real con la India no ha cambiado mucho desde la revuelta de 1857, pero en los últimos veinte años nuestros sentimientos al respecto lo han hecho enormemente, y en ello hay un destello de esperanza. Si tuviéramos que volver a conquistar la India como lo hicimos en los siglos XVIII y XIX, descubriríamos que somos incapaces. Pero no porque la empresa militar fuera a ser más ardua ahora —sería de lejos más fácil—, sino porque no habría dónde hallar a los rufianes necesarios.

Los hombres que conquistaron la India para nosotros —aventureros puritanos de Biblia y espada, hombres capaces de liquidar a tiros a cientos de «nativos» y describir la escena en sus memorias con todo realismo y sin mayor escrúpulo que el que uno sentiría al matar un pollo— constituyen simplemente una raza extinguida. Las opiniones de la izquierda en la metrópoli han calado incluso en la percepción del anglo-indio medio. Son ya historia los días —que eran sólo anteayer— en que uno enviaba a la cárcel al sirviente díscolo con una nota que rezaba: «POR FAVOR, DENLE AL PORTADOR QUINCE LATIGAZOS». Hemos perdido, por la razón que sea, la antigua fe en nuestra misión sagrada. Cuando nos llegue la hora de saldar deudas, qué duda cabe que nos resistiremos; pero, a mi juicio, la posibilidad de que al final tengamos que pagar está ahí.

Una vez empezada la guerra, eso que llaman «neutralidad» es imposible. Toda acción constituye un acto de guerra. Uno se ve forzado, quiera o no, a ayudar, bien a su bando, bien al enemigo. Pacifistas, comunistas, fascistas, etcétera, en este momento están ayudando a Hitler. Y están en todo su derecho, siempre que crean que

la causa de Hitler es mejor y estén dispuestos a asumir las consecuencias. Yo, si me alineo con Gran Bretaña y Francia, es porque antes lo haría con los viejos imperialismos —decadentes, como con toda la razón Hitler los llama— que con esos otros recientes, completamente seguros de sí mismos y, por ello, completamente despiadados. No pretendamos, eso sí —por el amor de Dios—, que vamos a esta guerra con las manos limpias. Si algo nos legitima para defendernos es, precisamente, haber cobrado conciencia de que no tenemos las manos limpias.

• • •

Leyendo *The Thirties*, un lúcido y deprimente libro de Malcolm Muggeridge, me acordé de una perrería bastante cruel que en una ocasión infligí a una avispa. Estaba chupando mermelada de mi plato, y la corté por la mitad. Ella no se enteró; se limitó a seguir comiendo mientras de su esófago seccionado manaba un hilillo de mermelada. No se dio cuenta del hecho horroroso que le había sucedido sino cuando quiso echarse a volar. Con el hombre moderno ocurre lo mismo. Lo que le han cercenado es el alma, y durante un tiempo —veinte años quizá— no lo advirtió.

Amputar el alma era realmente imprescindible. Las creencias religiosas, en su versión que conocíamos, había que abandonarlas. Hacia el siglo XIX, en esencia ya constituían una mentira: un mecanismo semiinconsciente para que siguiera siendo rico el rico y pobre el pobre. El pobre había de contentarse en su pobreza porque su recompensa le aguardaba en el mundo de ultratumba, que solía representarse como una mezcla de Kew Gardens y joyería. Diez mil libras anuales para mí y dos semanales para ti, pero todos hijos de Dios por igual. Y transía entero el tejido de la sociedad capitalista una mentira afín que era realmente imprescindible extirpar.

Hubo, por tanto, un período dilatado durante el cual todo hombre perspicaz fue en cierto sentido un rebelde; uno, de hecho, a menudo bastante irresponsable. La literatura era, en buena medida, literatura de revuelta o desintegración. Gibbon, Voltaire, Rousseau, Shelley, Byron, Dickens, Stendhal, Samuel Butler, Ibsen, Zola, Flaubert, Shaw, Joyce…; de una forma u otra todos se dedicaron a destruir, a echar abajo, a sabotear. Durante doscientos años estuvimos serruchando, serruchando y serruchando la rama donde estábamos sentados. Y, al final —mucho más súbitamente de lo que hubiese imaginado nadie—, nuestro esfuerzo surtió efecto y nos precipitamos. Lo que abajo había resultó no ser un lecho de rosas; era una cloaca repleta de alambre de espino.

Es como si en cuestión de diez años hubiésemos retrocedido a la Edad de Piedra. Tipos humanos supuestamente extintos desde hacía siglos —el derviche extático, el cacique rapaz, el gran inquisidor— han reaparecido de súbito, pero no internados en psiquiátricos sino como amos del mundo. Da la impresión de que la mecanización y una economía colectiva no bastan. Por sí solas no llevan sino a la pesadilla que estamos padeciendo ahora: guerra sin fin y, por la guerra, hambruna igualmente sin

fin; poblaciones reducidas a la esclavitud penando entre alambradas; mujeres arrastradas entre alaridos al matadero; sótanos revestidos de corcho donde el verdugo te vuela los sesos por la espalda. Conque amputar el alma no parece que sea una intervención quirúrgica sencilla, como extirparse el apéndice. La herida tiende a infectarse.

La clave del libro del señor Muggeridge está contenida en dos textos del Eclesiastés, «Vanidad de vanidades, dijo el Predicador: todo es vanidad» y «Teme a Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre». Es un punto de vista al que se han ido adhiriendo últimamente infinidad de personas que hace tan sólo algunos años se lo habrían tomado a risa. Vivimos una pesadilla precisamente por haber querido establecer un paraíso terrenal. Hemos creído en el «progreso», hemos fiado en el liderazgo humano, hemos dado al César lo que es de Dios. Tal es, a grandes rasgos, la línea argumental.

Lamentablemente, el señor Muggeridge no da muestras de creer él mismo en Dios. Parece, al menos, dar por sentado que la fe religiosa está desapareciendo de la mente humana. Es bastante patente que tiene razón, y si uno asume que no hay castigo que funcione sino el sobrenatural, la conclusión se impone. No hay sabiduría sino en el temor de Dios; nadie cree, sin embargo, en Dios; no existe, pues, sabiduría. La historia del hombre se reduce al ascenso y la caída de civilizaciones materiales, una torre de Babel tras otra. Y si eso es así, lo que nos espera está bien claro: guerras y más guerras, revoluciones y contrarrevoluciones, Hitlers y super-Hitlers…, e ir sumiéndonos así, cada vez más hondo, en abismos de visión hórrida; aun así, tiendo a pensar que el señor Muggeridge disfruta con semejante perspectiva.

Habrán pasado como treinta años desde que, en su libro *El estado servil*, Hilaire Belloc predijo con sorprendente exactitud las cosas que andan sucediendo ahora. Pero, lamentablemente, no proponía solución. Las únicas alternativas que veía eran la esclavitud o la vuelta a una economía de pequeños propietarios, que es evidente que no va a producirse y, de hecho, no se puede producir. Se nos plantea ahora la cuestión de evitar una sociedad colectivista. La única pregunta es si se fundamentará en la buena voluntad de sus miembros o en la represión. El Reino de los Cielos del pasado ha fracasado definitivamente, pero, por otra parte, el «realismo marxista» también, con independencia de sus posibles logros materiales. Parece que no hay más alternativa que aquello contra lo que tan seriamente nos previenen el señor Muggeridge, F. A. Voigt y los demás que piensan como ellos: ese «Reino de la Tierra» tan ridiculizado; la idea de una sociedad en que los hombres, aun sabiéndose mortales, estén dispuestos a actuar como hermanos.

La fraternidad implica un padre común, por lo que suele sostenerse que el hombre no podrá desarrollar un sentimiento de comunidad salvo creyendo en Dios. La respuesta es que, de modo semiinconsciente, la mayoría ya lo ha desarrollado. El ser humano no es un individuo, es una mera célula en un cuerpo imperecedero, y de alguna forma lo sabe. Otra explicación no cabe para el hecho de que alguien acepte

morir en combate. Decir que lo hace sólo porque lo llevan allí es absurdo. En caso de tener que coaccionar a ejércitos enteros, sería imposible sacar adelante guerra alguna. Un hombre muere en combate —lógicamente no encantado, pero en cualquier caso voluntariamente— por abstracciones llamadas «honor», «deber», «patriotismo» y cosas así.

Lo que de verdad cuenta es que perciba la existencia de algún tipo de organismo que lo supere extendiéndose por el futuro y el pasado, y en cuyo seno se sienta inmortal. «Si Inglaterra vive, ¿quién muere?» suena a brindis al sol, pero si sustituimos «Inglaterra» por lo que sea que prefiramos, veremos que expresa uno de los motivos últimos de la conducta humana. Las personas se sacrifican en aras de comunidades fragmentarias —la nación, la raza, el credo, la clase— y sólo cobran conciencia de que no son individuos en el momento mismo de enfrentarse a las balas. Un ligerísimo empujón adicional, y su sentimiento de lealtad podría extrapolarse directamente a la humanidad, que no es ninguna abstracción.

En *Un mundo feliz*, Aldous Huxley caricaturizaba bien la utopía hedonística, prototipo de lo que parecía posible e incluso inminente hasta que entró en escena Hitler, pero eso nada tenía que ver con lo que sería el futuro. Hacia donde ahora vamos se parece más a la Inquisición española o, gracias a la radio y a la policía secreta, a algo probablemente aún peor. Escasas posibilidades tenemos de evitarlo a menos que seamos capaces de restablecer la fe en la fraternidad humana sin necesidad de «otro mundo» que le dé sentido. Esto es lo que lleva a personas ingenuas como el deán de Canterbury a creer que han descubierto el verdadero cristianismo en la Rusia soviética. Es evidente que son meras víctimas de la propaganda, pero si tan receptivos se muestran al engaño es porque saben que, de alguna forma, el Reino de los Cielos ha de erigirse sobre la Tierra. Tenemos que ser hijos de Dios, aunque el Dios del devocionario ya no exista.

Los mismos que han dinamitado nuestra civilización han sido en ocasiones conscientes de esto. El célebre dicho de Marx según el cual «la religión es el opio del pueblo» suele sacarse de contexto y recibir un sentido sutilmente distinto —pero otro al fin y al cabo— del que él le diera. Marx no decía —desde luego no en ese pasaje— que la religión sea un narcótico suministrado desde arriba; decía que es algo que la gente se crea para cubrir una necesidad que él reconocía como real. «La religión es el suspiro del alma en un mundo desalmado. La religión es el opio del pueblo». ¿Qué está diciendo sino que no sólo de pan vive el hombre, que con odiar no basta, que un mundo en que merezca la pena vivir no puede estar fundamentado en el «realismo» y la represión? De haber sabido lo enorme que sería su influencia intelectual, quizá lo hubiese dicho más veces y más alto.

PALABRAS NUEVAS

¿Febrero-abril de 1940?

Hoy en día la formación de palabras nuevas es un proceso lento (he leído en alguna parte que el inglés gana unas seis palabras y pierde unas cuatro al año), y no se acuña ningún vocablo nuevo de forma intencionada salvo si es el nombre de un objeto material. Nunca se acuñan términos abstractos, aunque a veces se distorsionan palabras antiguas (como «condición», «reflejo», etcétera) para adoptar nuevos significados con finalidades científicas. Lo que voy a proponer aquí es que sería bastante factible inventar un vocabulario, quizá de unos cuantos miles de palabras, que abordara partes de nuestra experiencia que son ahora mismo prácticamente inmanejables para el lenguaje. Hay diversas objeciones obvias a esta idea, y me iré ocupando de ellas a medida que surjan. El primer paso es indicar el tipo de finalidad para la que son necesarias esas nuevas palabras.

Cualquiera que piense un poco se habrá dado cuenta de que nuestro lenguaje es prácticamente inservible a la hora de describir cualquier cosa que ocurra dentro del cerebro. Es algo aceptado de forma tan amplia que escritores de gran destreza (como Trollope y Mark Twain) comienzan sus autobiografías afirmando que no pretenden describir su vida interior porque esta es por naturaleza indescriptible. De modo que, tan pronto como nos enfrentamos a cualquier cosa que no sea concreta o visible (e, incluso ahí, hasta cierto punto; pensemos en la dificultad de describir la apariencia de alguien), nos encontramos con que las palabras no se parecen más a la realidad de lo que las piezas de ajedrez se asemejan a los seres vivos. Por poner un ejemplo obvio que no suscite cuestiones secundarias, pensemos en los sueños. ¿Cómo describes un sueño? Está claro que nunca lo haces, porque no existen palabras en nuestro lenguaje que transmitan la atmósfera de los sueños. Por descontado, puedes esbozar muy por encima los principales sucesos del sueño. Puedes decir: «Soñé que bajaba por Regent Street con un puercoespín que llevaba un sombrero hongo», etcétera. Pero esta no es una verdadera descripción del sueño. E incluso si un psicólogo lo interpreta en clave de «símbolos», se basa en gran parte en conjeturas, pues la cualidad real del sueño, esa cualidad que otorgaba al puercoespín una relevancia única, está fuera del dominio de las palabras. De hecho, describir un sueño es como traducir un poema al lenguaje de las chuletas de Bohn:[*] una paráfrasis que carece de sentido a no ser que uno conozca el original.

He escogido el ejemplo de los sueños porque es irrebatible, aunque si sólo los sueños fueran indescriptibles, quizá no valdría la pena darle vueltas al asunto. Sin embargo, como se ha señalado una y otra vez, la mente en estado de vigilia no es tan

diferente de la mente durante el sueño como parece, o como nos gusta hacer creer. Es cierto que la mayoría de nuestros pensamientos conscientes son «razonables»; es decir, en nuestras mentes existe una especie de tablero de ajedrez en el que los pensamientos se mueven lógica y verbalmente. Empleamos esta parte de nuestras mentes para cualquier problema intelectual básico, y adquirimos la costumbre de pensar (esto es, de pensar en nuestros momentos ajedrecísticos) que eso es toda la mente. Pero, obviamente, no lo es. El mundo desordenado y no verbal de los sueños nunca se ausenta del todo de nuestras mentes, y si fuera posible efectuar algún cálculo, me atrevería a decir que nos encontraríamos con que la mitad del volumen de nuestros pensamientos conscientes es de este orden. No cabe duda de que los pensamientos oníricos intervienen incluso cuando tratamos de pensar verbalmente, influyen en nuestros pensamientos verbales y son en gran medida ellos los que hacen que nuestra vida interior sea valiosa. Examinemos nuestros pensamientos en cualquier momento escogido al azar. El movimiento principal será una corriente de cosas difusas; tan difusas que uno apenas sabe si llamarlas «pensamientos», «imágenes» o «sensaciones». En primer lugar están los objetos que vemos y los sonidos que oímos, que son en sí mismos describibles, pero tan pronto como entran en nuestra mente se convierten en algo completamente diferente y del todo indescriptible.[7] Y, además de esto, está la vida onírica que nuestra mente crea sin cesar por sí misma; y aunque en su mayor parte es trivial y pronto la olvidamos, contiene cosas más hermosas, divertidas, etcétera, que cualquier otra que pueda describirse jamás con palabras. En cierto modo esta parte no verbal de nuestra mente es incluso la más importante, ya que es la fuente de prácticamente todos los «motivos». Todas las preferencias y aversiones, todos los sentimientos estéticos, todas las nociones de lo que está bien y lo que está mal (las consideraciones estéticas y morales son siempre inextricables) manan de sentimientos que son —está generalmente aceptado— más sutiles que las palabras. Cuando a uno le preguntan: «¿Por qué haces o no haces esto y lo otro?», nos damos cuenta invariablemente de que nuestras razones reales no podrán ponerse en palabras, aun cuando no tengamos deseo alguno de encubrirlas, de modo que racionalizamos nuestra conducta, con mayor o menor deshonestidad. No sé si todo el mundo lo reconocería, y es un hecho que mucha gente parece ignorar que está influenciada por su vida interior, o incluso que tiene vida interior. Me he dado cuenta de que mucha gente nunca se ríe estando sola, y supongo que si un hombre no se ríe cuando está sólo su vida interior debe de ser relativamente estéril. Aun así, todo individuo tiene una vida interior, y es consciente de la imposibilidad práctica de comprender a los otros o de ser comprendido; consciente, en general, del aislamiento cósmico en el que vivimos los seres humanos. Casi toda la literatura es un intento de escapar de este aislamiento por vías indirectas, pues las vías directas (las palabras en sus significados primarios) son prácticamente inservibles.

La escritura «imaginativa» es, como si dijésemos, un ataque por el flanco contra

posiciones que resultan inexpugnables desde el frente. Un autor que intente escribir algo que no sea fríamente «intelectual» puede hacer bien poco con las palabras en sus significados primarios. Consigue producir su efecto, si lo consigue, utilizando los vocablos de un modo astuto e indirecto, apoyándose en las cadencias y demás, como se apoyaría al hablar en el tono y los gestos. En el caso de la poesía, se trata de algo demasiado consabido para que merezca la pena discutirlo. Nadie con el mínimo entendimiento de poesía supondrá que

Resistió la mortal luna su eclipse
Y los tristes augures se burlan de su propio presagio[*]

significa realmente lo que sus palabras «significan» según el diccionario. (Se dice que este par de versos hacen referencia a la reina Isabel, que superó sin percances su gran climaterio). El significado del diccionario tiene, casi siempre, algo que ver con el significado real, pero no más de lo que la «anécdota» de un cuadro tiene que ver con su plasmación. Y lo mismo ocurre con la prosa, *mutatis mutandis*. Pensemos en una novela, aunque sea una que no tenga en apariencia nada que ver con la vida interior, lo que se llama una «historia realista». Pensemos en *Manon Lescaut*. ¿Por qué inventa el autor esta larga peripecia sobre una chica infiel y un abate a la fuga? Porque tiene un sentimiento, una visión determinada o como se lo quiera llamar, y sabe, posiblemente tras cierta experimentación, que es inútil tratar de transmitir esa visión describiéndola como uno describiría un cangrejo de río en un libro de zoología. Pero no describiéndola, inventando otra cosa (en este caso una novela picaresca; en otra época escogería un género diferente), es capaz de transmitirla, o de transmitir parte de ella. De hecho, el arte de la escritura consiste en gran medida en la perversión de las palabras, e incluso diría que, cuanto menos evidente es esta perversión, más exhaustivamente se ha llevado a cabo. Y es que un escritor que parece retorcer las palabras hasta deformar su significado (como Gerard Manley Hopkins) está en realidad, si uno presta atención, haciendo un intento desesperado de usarlas de un modo directo. En cambio, un escritor que no parece usar trucos de ningún tipo, como por ejemplo los antiguos autores de baladas, está lanzando un ataque por el flanco especialmente sutil; aunque, en el caso de los autores de romances, este es sin duda inconsciente. Por supuesto, se oye mucha monserga que viene a decir que todo el arte bueno es «objetivo» y que todo verdadero artista se guarda para sí su vida interior. Pero no es eso lo que quieren decir. Lo único que pretenden señalar es que quieren que esa vida interior se exprese por medio de un método excepcionalmente indirecto, como en las baladas o en las «historias realistas». El punto flaco de este método indirecto, aparte de su dificultad, es que acostumbra a fracasar. Para cualquiera que no sea un artista notable (y posiblemente también para el que lo sea), la torpeza de las palabras resulta en una constante

falsificación. ¿Hay alguien que haya escrito jamás ni que sea una carta de amor con la que sintiera que había dicho exactamente lo que pretendía? Un escritor se falsea a sí mismo tanto intencionada como inintencionadamente. Intencionadamente, porque las cualidades imprevistas de las palabras no dejan de tentarlo y ahuyentarlo de lo que realmente quiere decir. Tiene una idea, comienza a intentar expresarla y entonces, en el caos terrible de palabras que por lo general se produce, empieza a formarse un patrón de manera más o menos accidental. No es en modo alguno el patrón que quiere el autor, pero al menos no es vulgar o desagradable; es «arte bueno». Y se lo queda, porque el «arte bueno» es un don más o menos misterioso caído del cielo, y parece una lástima desperdiciarlo cuando se manifiesta. Cualquiera con cierto grado de honestidad mental, ¿acaso no es consciente de que cuenta mentiras todo el día, tanto al hablar como al escribir, simplemente porque las mentiras encajan en una forma artística y la verdad no? Si las palabras representasen los significados con la plenitud y precisión con que la altura multiplicada por la base representa el área de un paralelogramo, al menos la necesidad de mentir no existiría. Y en la mente del que lee o escucha hay aún otras falsificaciones porque, como las palabras no son un canal directo de pensamiento, ve constantemente significados que no están ahí. Un buen ejemplo de ello es nuestra supuesta comprensión de la poesía extranjera. Sabemos, por aquellas historias de la Vie Amoureuse du Docteur Watson de los críticos extranjeros, que una verdadera comprensión de la literatura extranjera es casi imposible. Sin embargo, gente bastante inculta afirma extraer, y en efecto extrae, un placer enorme de la poesía en lenguas extranjeras e incluso muertas. Es evidente que el placer que obtienen quizá provenga de algo que el escritor nunca pretendió, algo que posiblemente lo haría revolcarse en su tumba si supiera que se lo han atribuido. Me digo a mí mismo «Vixi puellis nuper idoneus», y lo repito una y otra vez durante cinco minutos por la belleza de la palabra «idoneus». Aun así, teniendo en cuenta la brecha temporal y cultural, mi ignorancia del latín y el hecho de que nadie sabe siquiera cómo se pronunciaba, ¿es posible que el efecto del que estoy disfrutando sea el que buscaba Horacio? Es como si entrara en éxtasis ante la belleza de un cuadro, y todo por unas salpicaduras de pintura que cayeron por casualidad sobre el lienzo doscientos años después de que fuese pintado. Ojo, no estoy diciendo que el arte fuera a mejorar necesariamente si las palabras transmitieran el significado de forma más fiable. Por lo que yo sé, el arte prospera en la tosquedad y la ambigüedad del lenguaje. Sólo estoy criticando las palabras en cuanto presuntos vehículos del pensamiento. Y me parece a mí que, desde el punto de vista de la exactitud y la expresividad, nuestro lenguaje se ha quedado en la Edad de Piedra.

La solución que propongo es inventar palabras nuevas con la misma intencionalidad con la que inventaríamos componentes nuevos para un motor de coche. Supongamos que existiera un vocabulario que expresara con precisión la vida de la mente, o gran parte de ella. Supongamos que no tuviésemos esa sensación sofocante de que la vida es inexpresable, que no tuviésemos que hacer triquiñuelas

artísticas, que expresar lo que uno quiere decir fuese simplemente cuestión de escoger las palabras adecuadas y ponerlas en su sitio, como resolver una ecuación algebraica. Creo que las ventajas serían obvias. No lo es tanto, sin embargo, que sentarse y acuñar palabras de forma deliberada sea un procedimiento sensato. Antes de sugerir una manera con la que podrían acuñarse palabras satisfactorias, será mejor que aborde las objeciones que con seguridad surgirán.

Si le decimos a cualquier persona racional: «Vamos a crear una asociación para inventar palabras nuevas y más sutiles», en primer lugar objetará que es una idea de chiflado, y luego seguramente dirá que las palabras actuales, manejadas adecuadamente, pueden hacer frente a cualquier dificultad. (Esta última, claro está, no es más que una objeción teórica. En la práctica todo el mundo reconoce la insuficiencia del lenguaje; pensemos en expresiones como «No tengo palabras», «No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo», etcétera). Pero al final nos dará una respuesta del tipo: «No se pueden hacer las cosas de esa forma pedante. Los lenguajes sólo pueden crecer lentamente, como flores; no se les puede hacer un apaño, como si fueran piezas de maquinaria. Cualquier lenguaje inventado carecerá de carácter y de vida, mira el esperanto, etcétera. Todo el significado de una palabra está en sus asociaciones, adquiridas poco a poco», etcétera.

En primer lugar, este argumento, como la mayoría de los argumentos que surgen cuando alguien propone cambiar algo, es una forma farragosa de decir que si las cosas son así es por algo: hasta ahora nunca nos hemos puesto a la tarea de crear palabras de forma intencionada, y todas las lenguas vivas han crecido lenta y erráticamente; *por tanto*, las lenguas no pueden crecer de otro modo. Hoy en día, cuando queremos decir algo que exceda el nivel de una definición geométrica, nos vemos obligados a hacer trucos de magia con los sonidos, las asociaciones, etcétera; *por tanto*, esta necesidad es inherente a la naturaleza de las palabras. El *non sequitur* es obvio. Y hay que tener en cuenta que cuando propongo acuñar palabras abstractas lo único que estoy proponiendo es una ampliación de la práctica actual. Porque ya acuñamos palabras concretas. Se inventan los aviones y las bicicletas, y nosotros inventamos nombres para ellos, que es lo natural. Está sólo a un paso acuñar palabras para las cosas hoy en día sin nombre que existen en nuestra mente. Si me dicen: «¿Por qué no le cae bien el señor Smith?» y yo respondo: «Porque es un mentiroso, un cobarde, etcétera», es casi seguro que estoy dando los motivos equivocados. En mi mente la respuesta dice así: «Porque es un hombre…», siendo «…» algo que yo comprendo y que el otro también comprendería si pudiese decírselo. ¿Por qué no buscarle un nombre a «…»? La única dificultad es ponerse de acuerdo sobre qué estamos nombrando. Pero mucho antes de que surja esta dificultad, el hombre leído, racional, ya habrá reculado ante una idea tal como la de inventar palabras. Presentará argumentos como el que he mencionado más arriba, u otros más o menos desdeñosos o sofísticos. En realidad, todos estos argumentos son una farsa. El rechazo proviene de un instinto profundo e irracional, supersticioso en origen. Es el sentimiento de que

cualquier acercamiento racional a las dificultades, cualquier intento de resolver los problemas de la vida como uno resolvería una ecuación, no nos lleva a ninguna parte; aún más, es decididamente arriesgado. Podemos ver esta idea expresada de un modo indirecto por doquier. Toda esa cháchara que oímos sobre nuestro genio nacional para «salir del paso», todo ese pantanoso misticismo ateo que se lanza contra cualquier fortaleza o solidez del intelecto, significan *au fond* que es más seguro no pensar. Este sentimiento nace, estoy seguro de ello, de la creencia común en los niños de que el aire está lleno de demonios vengadores prestos a castigar cualquier presunción.[8] En los adultos esta creencia sobrevive como un miedo al pensamiento demasiado racional. Yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso; antes del quebrantamiento es la soberbia, etcétera; y la soberbia más peligrosa es la falsa soberbia del intelecto. David fue castigado porque hizo un recuento de la gente; esto es, porque usó científicamente su intelecto. De ahí que una idea como, por ejemplo, la ectogénesis, aparte de sus posibles efectos sobre la salud de la raza, la vida familiar, etcétera, sea considerada en sí misma blasfema. De modo similar, cualquier ataque contra algo tan fundamental como el lenguaje, un ataque, como si dijéramos, contra la propia estructura de nuestra mente, es blasfemo y, en consecuencia, peligroso. Reformar el lenguaje es casi como interferir en la obra de Dios, aunque no estoy afirmando que nadie lo dijera exactamente con esas palabras. Esta objeción es importante, porque haría que mucha gente no considerara siquiera una idea como la de la reforma del lenguaje. Y, claro está, esta idea no sirve de nada si no la adopta un gran número de gente. Que un solo hombre, o una camarilla, coja e intente inventar un lenguaje, como creo que está haciendo James Joyce, es tan absurdo como que un hombre intente jugar sólo al fútbol. Lo que se necesita son varios miles de personas, dotadas pero normales, que se entreguen a la invención de palabras con la misma seriedad con la que la gente se entrega hoy en día a la investigación shakespeariana. Contando con ellos, creo que podríamos obrar maravillas con el lenguaje.

Y ahora en lo que respecta a los medios. Vemos ejemplos de una lograda invención de palabras, si bien burda y a pequeña escala, entre los miembros de familias numerosas. Todas ellas tienen dos o tres palabras características, palabras que han inventado y que transmiten significados sutiles ajenos al diccionario. Dicen «El señor Smith es un hombre…», empleando alguna palabra de fabricación casera, y los demás lo comprenden perfectamente; aquí, por tanto, dentro de los límites de la familia, existe un adjetivo que llena uno de los muchos huecos dejados por el diccionario. Lo que permite que una familia invente estas palabras es la base de una experiencia común. Sin una experiencia común, por descontado, ninguna palabra puede significar algo. Si me dicen: «¿A qué huele la bergamota?», yo respondo: «Tiene un olor parecido a la verbena», y siempre y cuando el otro conozca el olor de la verbena, acertará más o menos a comprenderme. El método de invención de palabras, por tanto, es un método de analogía basado en un conocimiento común e inequívoco; tiene que haber unos patrones a los que poder referirse sin posibilidad

alguna de confusión, al igual que podemos referirnos a algo físico como el olor de la verbena. En la práctica, debe consistir en otorgar a las palabras una existencia física (probablemente visible). Limitarse a hablar de definiciones es fútil; es algo que podemos comprobar siempre que se intenta definir alguna de las palabras que emplean los críticos literarios (por ejemplo, «sentimental»,[9] «ordinario», «morboso», etcétera, todas ellas carentes de significado o, más bien, con un significado diferente para cada cual que la use). Lo que hace falta es mostrar un significado de algún modo inequívoco, y después, cuando diversas personas los hayan identificado en sus propias mentes y lo consideren digno de un nombre, dárselo. La cuestión es, sencillamente, encontrar una forma de dotar al pensamiento de una existencia objetiva.

Lo primero que nos viene a la mente es el cinematógrafo. Todo el mundo habrá reparado en los poderes extraordinarios que hay latentes en el cine: el poder de la distorsión, la fantasía; el poder, en general, de escapar a las restricciones del mundo físico. Supongo que se debe sólo a necesidades comerciales el que el cine se haya empleado principalmente en imitaciones ridículas de obras escénicas, en lugar de concentrarse, como debería, en cosas que están más allá del escenario. Usado adecuadamente, el cine es el único medio con el que es posible transmitir los procesos mentales. Un sueño, por ejemplo, como decía antes, es por completo indescriptible en palabras, pero puede representarse bastante bien en la pantalla. Hace años vi una película de Douglas Fairbanks que incluía la representación de un sueño. La mayor parte, por supuesto, eran bromas estúpidas en torno a ese sueño en el que uno va desnudo en público, pero durante unos pocos minutos era realmente como un sueño, de un modo que sería imposible mediante las palabras, o incluso mediante un cuadro o, imagino, la música. He visto atisbos de cosas parecidas en otras películas. Por ejemplo, en *El gabinete del doctor Caligari*; una película, no obstante, que era en su mayor parte directamente ridícula, y en la que el elemento fantástico se explotaba en su propio interés, y no para transmitir algún significado definido. Si nos paramos a pensarlo, hay muy poco en la mente que no pudiera representarse de algún modo mediante los extraños poderes distorsionadores del cine. Un millonario con un cinematógrafo privado, todo el atrezo necesario y una compañía de actores inteligentes podría, si quisiese, dar a conocer prácticamente toda su vida interior. Podría explicar los motivos reales de sus acciones en lugar de contar mentiras racionalizadas, destacar las cosas que le parecieron hermosas, conmovedoras, divertidas, etcétera; cosas que el hombre corriente tiene que guardar dentro de sí porque no hay palabras con que expresarlas. En términos generales, podría hacer que otras personas lo comprendieran. Por descontado, no es deseable que un hombre cualquiera, salvo si es un genio, convierta en un espectáculo su vida privada. Lo necesario es descubrir esos sentimientos por ahora sin nombre que los hombres tienen en común. Podríamos identificar todos los motivos poderosos que no pueden ponerse en palabras y que son la causa de una mentira y una confusión constantes; podríamos

darles una forma visible, aceptarlos de común acuerdo y otorgarles un nombre. Estoy seguro de que el cine, con sus poderes de representación prácticamente ilimitados, podría servirnos, en las manos de los investigadores adecuados, para lograrlo. Aun así, plasmar los pensamientos en un formato visible no siempre sería fácil; de hecho, al principio sería tan difícil como cualquier otro arte.

Un apunte sobre la forma en sí que deberían adoptar las nuevas palabras. Supongamos que varios miles de personas con el tiempo, los talentos y el dinero necesarios comenzasen a realizar adiciones al lenguaje y supongamos que consiguieran llegar a un acuerdo sobre el número de palabras nuevas y necesarias; aun así tendrían que ir con cuidado de no crear un simple volapük[*] que cayera en desuso tan pronto como lo inventaran. Me parece probable que una palabra, incluso una palabra que aún no exista, tenga una forma natural; o, mejor dicho, varias formas naturales en las diversas lenguas. Si el lenguaje fuese verdaderamente expresivo, no habría necesidad de jugar con los sonidos de las palabras, como hacemos hoy en día, pero supongo que siempre debe de haber alguna correlación entre el sonido y el significado de una palabra. Una teoría aceptada (creo) y verosímil sobre el origen del lenguaje es esta: el hombre primitivo, antes de disponer de palabras, se apoyaba de forma natural en los gestos y, como cualquier otro animal, gritaba en el momento de gesticular para atraer la atención. Ahora realizamos de forma instintiva el gesto que se adecua a lo que queremos decir, y todas las partes del cuerpo siguen el ejemplo, incluida la lengua. De ahí que ciertos movimientos de la lengua —es decir, ciertos sonidos— hayan quedado asociados a ciertos significados. En la poesía podemos destacar palabras que, al margen de sus significados directos, acostumbran a trasmitir ciertas ideas a través del sonido. Por ejemplo, «Deeper than did ever *plummet* sound» [«Más hondo de lo que sondeara jamás el plomo»] (Shakespeare, más de una vez, creo); «Past the *plunge* of *plummet*» [«Más allá de donde se zambulle el plomo»] (A. E. Housman); «The *unplumbed*, salt, estranging sea» [«El mar no sondado por el plomo, salado, alienante»] (Matthew Arnold), etcétera. Claramente, al margen de significados directos, el sonido «plum-», o «plun-», tiene algo que ver con océanos insondables. Por consiguiente, a la hora de formar palabras nuevas debemos prestar atención a la adecuación del sonido en igual medida que a la exactitud del significado. No bastaría, como actualmente, con formar una palabra nueva para una auténtica novedad a partir de recortes de palabras antiguas, pero tampoco bastaría con formarla a partir de una simple selección arbitraria de letras. Habría que determinar la forma natural de la palabra, y al igual que a la hora de ponerse de acuerdo en el significado en sí, esto requeriría la cooperación de un gran número de personas.

He escrito todo esto apresuradamente y, al releerlo, me doy cuenta de que mi exposición tiene cabos sueltos y de que gran parte de ella son obviedades. En cualquier caso, a la mayoría de la gente todo esto de reformar el lenguaje le parecerá cosa de diletantes o de chiflados. Aun así, merece la pena considerar la incomprensión tan absoluta que existe entre los seres humanos, al menos entre

aquellos que no tienen una relación muy estrecha. Actualmente, como dijo Samuel Butler, el mejor arte (esto es, la más perfecta transferencia de pensamientos) debe ser «vivido» de una persona a otra. No tendría por qué ser así si nuestro lenguaje fuera más apropiado. Es curioso que, mientras nuestros conocimientos, la complejidad de nuestra vida y, por tanto (creo que en consecuencia), nuestra mente se desarrollan tan rápido, el lenguaje, el medio principal de comunicación, apenas varíe. Por este motivo, creo que la idea de una invención intencionada de palabras merece al menos ser tenida en cuenta.

AL DIRECTOR DE «TIME AND TIDE»

22 de junio de 1940

Señor: Es casi seguro que Inglaterra será invadida en los próximos días o semanas, y una invasión por mar a gran escala es bastante probable. En un momento como este nuestro eslogan debería ser «ARMAS PARA EL PUEBLO». No estoy capacitado para abordar cuestiones más amplias en torno al asunto de repeler la invasión, pero me permito sugerir que la campaña en Francia y la reciente guerra civil en España han dejado sentados dos hechos. Uno es que, cuando la población civil está desarmada, los paracaidistas, los motoristas y los tanques desperdigados no sólo pueden causar estragos terribles, sino que apartan de sus puestos a enormes contingentes de soldados regulares que deberían estar plantando cara al principal enemigo. El otro hecho (demostrado en la guerra española) es que las ventajas de armar a la población son mayores que el peligro de poner armas en las manos equivocadas. Y las elecciones parciales desde que empezó la guerra han puesto de manifiesto que sólo una pequeña minoría del pueblo llano de Inglaterra se muestra desafecta, y la mayor parte de dicha minoría ya ha sido identificada.

«ARMAS PARA EL PUEBLO» es en sí misma una expresión ambigua, y no sé, por descontado, qué armas están disponibles para su distribución inmediata. Pero hay en cualquier caso varias cosas que pueden y deberían hacerse ahora; esto es, en los próximos tres días:

1. Granadas de mano. Es la única arma de guerra moderna que se puede fabricar rápida y fácilmente, y una de las más útiles. Cientos de miles de hombres en Inglaterra están acostumbrados a utilizar granadas de mano y estarían más que preparados para instruir a otros. Se dice que son útiles contra los tanques, y serán absolutamente necesarias si los paracaidistas enemigos armados con ametralladoras consiguen asentarse en nuestras grandes poblaciones. Vi en primera fila los combates callejeros acaecidos en Barcelona en mayo de 1937, y quedé convencido de que unos pocos centenares de hombres armados con ametralladoras pueden paralizar la vida de una gran ciudad, pues las balas no atraviesan una pared normal de ladrillo. Se puede derribar con artillería, pero no siempre es posible utilizar los cañones. Por otro lado, esos primeros combates callejeros en España mostraron que se puede expulsar a hombres armados de edificios de piedra con granadas e incluso con cartuchos de dinamita si se emplean las tácticas correctas.
2. Escopetas. Se habla de armar con escopetas algunos de los contingentes de los Voluntarios de Defensa Local. Puede que ello sea necesario si todos los fusiles y ametralladoras Bren tienen que destinarse a las tropas regulares. Pero en ese caso la distribución debería llevarse a cabo ya, y habría que requisar de inmediato todo el material de las armerías. Semanas atrás se habló de hacerlo, pero lo cierto es que los escaparates de muchas armerías exhiben hileras de escopetas que no sólo son inútiles donde están, sino que son de hecho un peligro, pues estas tiendas podrían ser asaltadas fácilmente. Las capacidades y limitaciones de las escopetas (con perdigones, letales hasta unos cincuenta y cinco metros) deberían explicárseles al público por la radio.
3. Bloquear los campos para evitar los aterrizajes aéreos. Se ha hablado mucho de esto, pero sólo

esporádicamente. La razón es que se ha delegado en los voluntarios; esto es, a gente que no tiene el tiempo suficiente ni tampoco el poder para requisar materiales. En un país pequeño y densamente poblado como Inglaterra podríamos, en unos pocos días, hacer que fuera imposible el aterrizaje de aviones en cualquier sitio que no fuese un aeródromo. Lo único que se necesita es mano de obra. Por tanto, las autoridades locales deberían tener poderes para reclutar mano de obra y requisar los materiales necesarios.

4. Tapar con pintura los nombres de los lugares. Esto se ha hecho muy bien en lo que respecta a los postes de señalización, pero quedan por todas partes letreros de tiendas, furgonetas de reparto, etcétera, que llevan el nombre de la localidad. Las autoridades locales deberían tener el poder de ordenar que se tapasen con pintura inmediatamente. Esto incluiría los nombres de las destilerías en las tabernas. La mayoría están circunscritas a zonas bastante pequeñas, y seguramente los alemanes son lo bastante metódicos para saberlo.
5. Puestos de radio. Todos los cuarteles generales de los Voluntarios de Defensa Local deberían disponer de un receptor de radio, de modo que pudieran recibir órdenes por aire si fuese necesario. Es nefasto depender del teléfono en un momento de emergencia. Al igual que con las armas, el gobierno no debería dudar en requisar lo que necesite.

Todo esto podría hacerse en el plazo de pocos días. Mientras tanto, sigamos repitiendo eso de «ARMAS PARA EL PUEBLO», con la esperanza de que se unan más y más voces. Por primera vez en décadas tenemos un gobierno con imaginación, y existe al menos una posibilidad de que nos escuche.

MI PAÍS, A DERECHAS O A IZQUIERDAS

Folios of New Writing, n.º 2, otoño de 1940

Contrariamente a lo que suele creerse, el pasado no estuvo más lleno de acontecimientos que el presente. Si produce esa impresión es porque, cuando echamos la vista atrás, vemos solapadas cosas que ocurrieron con años de diferencia, y porque pocos de nuestros recuerdos nos llegan en un estado genuinamente puro. Es en gran parte a causa de los libros, películas y relatos surgidos tras la guerra de 1914-1918 que le suponemos ahora a esta un carácter épico y formidable del que carece la guerra actual.

Pero si uno vivió en los años de aquella guerra, y si separa laboriosamente sus recuerdos reales de las adiciones posteriores, descubre que normalmente no eran los grandes acontecimientos los que lo conmovían en su momento. No creo que la batalla del Marne, por ejemplo, tuviera para el público general las propiedades melodramáticas que se le han otorgado posteriormente. Ni siquiera recuerdo haber oído la expresión «batalla del Marne» hasta años después. Fue simplemente que los alemanes llegaron a treinta y cinco kilómetros de París —algo ciertamente bastante aterrador tras oír los relatos de las atrocidades que habían cometido en Bélgica—, y que luego, por algún motivo, se retiraron. Yo tenía once años cuando comenzó la guerra. Si organizo con honestidad mis recuerdos y hago caso omiso de lo que he ido sabiendo desde entonces, debo admitir que nada en toda la guerra me conmovió tan profundamente como lo había hecho el hundimiento del *Titanic* unos años antes. Este desastre, nimio en comparación, estremeció al mundo entero, y la conmoción aún no se ha disipado del todo. Recuerdo las terribles y detalladas crónicas que leíamos en torno a la mesa del desayuno (en aquellos tiempos era costumbre leer el periódico en voz alta), y recuerdo que, de toda la larga lista de horrores, el que más me impresionó fue que, en el último momento, el *Titanic* se irguió en vertical y se hundió por la proa, de modo que la gente que se aferraba a la popa fue impulsada hasta no menos de noventa metros por los aires antes de zambullirse en el abismo. Me provocaba un nudo en el estómago que casi puedo sentir todavía. Nada durante la guerra me provocó esa misma sensación.

Del estallido de la guerra tengo tres recuerdos vívidos que, al ser nimios e irrelevantes, no están influenciados por nada de lo que ha venido después. Uno es de la caricatura del «emperador alemán» (creo que el odiado nombre de «káiser» no se popularizó hasta un poco después) que salió en los últimos días de julio. La gente

estaba medio conmocionada ante esta mofa de la realeza («Pero si es un hombre muy bien parecido, ¡de verdad!»), aunque estábamos al borde de la guerra. Otro es del día en que el ejército confiscó todos los caballos de nuestro pequeño pueblo de campo, y un cochero rompió a llorar en el mercado cuando su caballo, que le había servido durante años, le fue arrebatado. Y otro es de una turba de hombres jóvenes en la estación ferroviaria, peleándose por los periódicos de la tarde que acababan de llegar en el tren de Londres. Y recuerdo la pila de diarios verdes como guisantes (algunos seguían siendo verdes en aquellos días), los cuellos altos, los pantalones ajustados y los sombreros hongo mucho mejor de lo que recuerdo los nombres de las batallas terribles que se propagaban ya con furia por la frontera francesa.

De los años centrales de la guerra recuerdo sobre todo las espaldas fornidas, las pantorrillas protuberantes y el tintineo de las espuelas de los artilleros, cuyo uniforme me gustaba mucho más que el de la infantería. Y en cuanto al período final, si me piden que diga sinceramente cuál es mi recuerdo principal, debo responder sencillamente: margarina. El que para 1917 la guerra casi hubiera dejado de afectarnos, salvo por el estómago, es un ejemplo del terrible egoísmo de los niños. En la biblioteca de la escuela había un mapa enorme del frente occidental clavado en un caballete, con un hilo de seda rojo recorriéndolo a lo largo de un zigzag de chinchetas. De vez en cuando el hilo se movía un dedo para aquí o para allá, y cada movimiento daba por resultado una pirámide de cadáveres. No le prestaba atención. Iba a la escuela con chicos que tenían una inteligencia superior a la media, y aun así no recuerdo que un solo suceso significativo de la época se nos mostrara con su verdadera relevancia. La Revolución rusa, por ejemplo, no causó ninguna impresión, salvo en aquellos pocos cuyos padres resultaron tener dinero invertido en Rusia. Entre los más jóvenes la reacción pacifista se había instalado ya mucho antes de que terminara la guerra. Ser tan descuidado como uno se atreviese en los desfiles del Cuerpo de Instrucción de Oficiales y no interesarse en absoluto por la guerra se consideraban señal de progresismo. Los oficiales jóvenes que habían vuelto, curtidos por la terrible experiencia e indignados por la actitud de la generación más joven, para la que esa experiencia no significaba absolutamente nada, solían sermonearnos por nuestra bobería. Por descontado, eran incapaces de darnos un argumento que nosotros pudiésemos entender. Sólo nos vociferaban que la guerra era «algo bueno», que «nos hacía fuertes», que «nos mantenía en forma», etcétera, etcétera. Nosotros nos limitábamos a reírnos de ellos por lo bajo. El nuestro era ese pacifismo estrecho de miras característico de países resguardados y con una armada poderosa. Durante años después de la guerra, tener cualquier conocimiento de asuntos militares o interés por ellos, ni que fuera saber por qué lado del cañón sale la bala, era sospechoso en los círculos «progresistas». Lo de 1914-1918 se despachó como una matanza sin sentido, e incluso a los hombres que habían caído en la carnicería se los consideraba en parte responsables. Me he reído a menudo al pensar en ese anuncio de reclutamiento, «¿Qué hiciste tú en la Gran Guerra, papá?» (un niño haciéndole esta pregunta a un

padre sobrecogido por la vergüenza), y en todos los hombres que deben de haberse sentido empujados a alistarse en el ejército sólo por ese anuncio y que luego han sido desdeñados por sus hijos por no declararse objetores de conciencia.

Pero los muertos se cobraron venganza después de todo. A medida que la guerra se fue convirtiendo en un acontecimiento de un pasado cada vez más lejano, mi generación en particular, la de esos que eran entonces «demasiado jóvenes», fue tomando conciencia de la enormidad de la experiencia que se habían perdido. Sentíamos que no éramos del todo hombres, porque nos lo habíamos perdido. Pasé la mayor parte de los años 1922-1927 entre hombres un poco mayores que yo y que habían estado en la guerra. Hablaban de ello sin cesar, con horror, claro está, pero también con una nostalgia que crecía de forma sostenida. Ahora podemos ver esta nostalgia perfectamente clara en los libros bélicos ingleses. Además, la reacción pacifista no fue más que una fase, e incluso los «demasiado jóvenes» habían recibido todos instrucción para la guerra. La mayor parte de la clase media inglesa la recibe desde la cuna en adelante, no técnica sino moralmente. El primer eslogan político que recuerdo es «Queremos ocho [acorazados] y no vamos a esperar». A los siete años era miembro de la Liga Naval y llevaba un traje de marinero con la inscripción «HMS *Invencible*» en el gorro. Incluso antes de ingresar en el Cuerpo de Instrucción de Oficiales de la escuela privada ya había estado en un cuerpo de cadetes de la escuela pública. Llevo cargando con un fusil, de forma intermitente, desde que tenía diez años, como preparación no sólo para la guerra sino para un tipo concreto de guerra; una en la que los cañones se elevan en un orgasmo frenético de sonido, y en la que en el momento designado sales trepando de la trinchera, rompiéndote las uñas con los sacos de arena, y avanzas a trompicones a través del barro y las alambradas hacia la cortina de fuego de las ametralladoras. Estoy convencido de que parte de la fascinación por la Guerra Civil española que tenía la gente de mi edad se debía a que era muy parecida a la Gran Guerra. En ciertos momentos, Franco consiguió juntar los aviones suficientes como para librar una guerra de tipo moderno, y estos fueron los puntos de inflexión. Pero por lo demás fue una copia mala de la guerra de 1914-1918, una guerra de posiciones, de trincheras, artillería, incursiones, francotiradores, barro, alambre de púas, piojos y estancamiento. A principios de 1937, el pedazo del frente de Aragón en el que estaba yo debía de parecerse mucho a un sector tranquilo de la Francia de 1915. La artillería era lo único que faltaba. Incluso en las raras ocasiones en que todos los cañones de Huesca y de las afueras disparaban simultáneamente, sólo alcanzaban a hacer un ruido intermitente y poco impresionante, como el final de una tormenta. Los proyectiles de los cañones de 150 mm de Franco caían con bastante estruendo, pero nunca eran más de una docena a la vez. Sé que lo que sentí cuando oí por primera vez la artillería disparando «con rabia», como suele decirse, fue, al menos en parte, decepción. Era tan diferente del rugido formidable, ininterrumpido, que había estado esperando durante veinte años…

No acabo de recordar en qué año estuve por primera vez seguro de que se

acercaba la guerra actual. Después de 1936, claro está, era evidente para cualquiera que no fuese idiota. Durante varios años, la guerra que se avecinaba fue una pesadilla para mí, y en ocasiones incluso pronuncié discursos y escribí panfletos contra ella. Pero la noche antes de que se anunciara el pacto germano-soviético soñé que la guerra había estallado. Fue uno de esos sueños que, al margen del significado profundo y freudiano que puedan tener, a veces ciertamente nos revelan el verdadero estado de nuestros sentimientos. Me enseñó dos cosas: en primer lugar, que debería estar sencillamente aliviado cuando la tan temida guerra comenzara; en segundo lugar, que en el fondo yo era patriota, que no sabotearía ni actuaría en contra de mi propio bando, que apoyaría la guerra, que lucharía en ella si era posible. Al bajar me encontré en el periódico con la noticia del vuelo de Ribbentrop a Moscú. De modo que la guerra se avecinaba, y el gobierno, incluso el de Chamberlain, tenía asegurada mi lealtad. Ni que decir tiene que esta lealtad era y sigue siendo un mero gesto. Al igual que con casi toda la gente que conozco, el gobierno ha rechazado de plano emplearme en ningún puesto, ni siquiera como oficinista o soldado raso. Pero eso no cambia los sentimientos de uno. Además, se verán obligados a hacer uso de nosotros tarde o temprano.

Si tuviera que defender mis motivos para apoyar la guerra, creo que podría hacerlo. No hay en realidad ninguna alternativa entre oponer resistencia a Hitler y rendirse a él, y desde una perspectiva socialista diría que es mejor lo primero. En todo caso, no veo razón alguna para la rendición que no convirtiera en un sinsentido la resistencia republicana en España, la resistencia china frente a Japón, etcétera, etcétera. Pero no pretendo decir que esa sea la base emocional de mis acciones. Lo que supe en mi sueño aquella noche fue que el largo y machacón adiestramiento para el patriotismo al que es sometida la clase media había hecho su trabajo, y que cuando Inglaterra se encontrara en un grave apuro me sería imposible sabotearla. Pero que nadie malinterprete lo que significa esto. El patriotismo no tiene nada que ver con el conservadurismo. Es la devoción hacia algo que está cambiando pero que sentimos que es místicamente lo mismo, como la devoción de los exbolcheviques blancos hacia Rusia. Ser leal tanto a la Inglaterra de Chamberlain como a la Inglaterra del mañana puede parecer un imposible, si no supiéramos que es un fenómeno cotidiano. Sólo la revolución puede salvar a Inglaterra, eso es obvio desde hace años, pero ahora la revolución ha comenzado, y podría avanzar bastante rápido si conseguimos que Hitler no nos invada. En dos años, tal vez uno, si conseguimos tan sólo aguantar, veremos cambios que sorprenderán a esos idiotas incapaces de ver más allá. Me atrevo a decir que la sangre correrá por los sumideros de Londres. Muy bien, que así sea si es necesario. Pero cuando las milicias rojas estén acuarteladas en el Ritz, sentiré todavía que la Inglaterra que me enseñaron a amar hace tanto tiempo y por motivos tan diferentes persiste de algún modo.

Crecí en una atmósfera teñida de totalitarismo, y más tarde pasé cinco aburridos años entre el sonido de cornetas. Aún hoy noto una ligera sensación de sacrilegio por

no ponerme en posición de firmes durante el «Dios salve al Rey». Es infantil, por supuesto, pero prefiero haber recibido ese tipo de educación que ser como esos intelectuales de la izquierda, tan «progresistas» que son incapaces de comprender las emociones más normales y corrientes. Es precisamente esa gente a la que nunca le ha dado un vuelco el corazón al contemplar la Union Jack, la que se acobardará cuando llegue el momento. Que cualquiera compare el poema que escribió John Cornford no mucho antes de que lo mataran («Antes del asalto a Huesca») con el «There's a breathless hush in the Close tonight» de *sir* Henry Newbolt. Si dejamos a un lado las diferencias técnicas, que no son más que una cuestión de su época, veremos que el contenido emocional de los dos poemas es casi exactamente el mismo. El joven comunista que murió heroicamente en las Brigadas Internacionales era obra de la escuela privada hasta la médula. Había transformado sus lealtades, pero no sus sentimientos. ¿Qué prueba eso? Simplemente, la posibilidad de construir un socialista sobre el armazón de un Blimp, la capacidad de un tipo de lealtad para transmutarse en otro, la necesidad espiritual de patriotismo y las virtudes militares, para las cuales, por poco que les gusten a los blandengues de la izquierda, no se ha encontrado todavía ningún sustituto.

1941

EL LEÓN Y EL UNICORNIO: EL SOCIALISMO Y EL GENIO DE INGLATERRA

19 de febrero de 1941

PRIMERA PARTE: INGLATERRA, TU INGLATERRA

I

Según escribo estas líneas, seres humanos sumamente civilizados me sobrevuelan intentando matarme.

No sienten ninguna enemistad personal hacia mí, ni yo hacia ellos. Sólo «cumplen con su deber», según se suele decir. La mayoría, no me cabe duda, son hombres bondadosos, respetuosos con las leyes, que nunca soñarían con cometer un asesinato en su vida privada. Por otra parte, si uno de ellos consigue hacerme pedazos gracias a una bomba bien lanzada, no dormirá peor. Está al servicio de su país, y su país tiene plenos poderes para absolverlo de todo mal.

No es posible evaluar el mundo moderno tal como es sin reconocer la fuerza abrumadora del patriotismo y la lealtad nacional. En determinadas circunstancias el patriotismo puede venirse abajo, y en ciertos niveles de la civilización ni siquiera existe, pero posee una fuerza innegable, al lado de la cual nada resiste la comparación. El cristianismo y el socialismo internacional son débiles como la paja al lado del patriotismo. Hitler y Mussolini ascendieron al poder en sus países sobre todo porque supieron apropiarse de esta realidad, y sus adversarios no.

Asimismo, es preciso reconocer que las divisiones entre una nación y otra se fundan en diferencias reales a la hora de ver las cosas. Hasta hace muy poco tiempo, se consideraba correcta la suposición de que todos los seres humanos son iguales, cuando lo cierto es que todo el que sepa ver con claridad es consciente de que el comportamiento humano medio difiere enormemente entre un país y otro. Hay cosas que podrían suceder en un país y que son impensables en otro. La purga llevada a cabo por Hitler en junio, por ejemplo, nunca podría haber sucedido en Inglaterra. Los ingleses son muy diferentes del resto de los pueblos occidentales. Hay una admisión tácita de esto en el desagrado que prácticamente todos los extranjeros sienten hacia nuestra forma de vida más idiosincrásica. Pocos europeos pueden soportar vivir en Inglaterra, y hasta los estadounidenses se sienten más a sus anchas en el continente.

Cuando uno regresa a Inglaterra procedente de cualquier país extranjero, de inmediato tiene la sensación de respirar un aire diferente. Incluso en los primeros minutos hay docenas de pequeños elementos que conspiran para causarnos esta sensación. La cerveza es más amarga, las monedas pesan más, la hierba es más verde y los anuncios son más descarados. Las muchedumbres de las grandes ciudades, con sus rostros blandos y abotargados, sus dientes cariados y sus modales afables, son muy distintas de las europeas. Asimismo, la vastedad de Inglaterra nos engulle, y uno deja por unos instantes de percibir que la nación posee un carácter único e identificable. ¿Existen de veras las naciones? ¿No somos más bien cuarenta y seis millones de individuos todos diferentes? ¡Y qué diversidad, qué caos! El estrépito de los zuecos en las calles de las localidades agrarias de Lancashire, el ir y venir de los

camiones por la Great North Road, las colas ante las oficinas de empleo, el traqueteo de las máquinas del millón en los *pubs* del Soho, las solteronas que van a misa en bicicleta, a recibir la sagrada comunión, en las brumosas mañanas de otoño… Todos ellos no son sólo fragmentos, sino fragmentos característicos del panorama inglés. ¿Cómo extraer ningún patrón preciso de semejante batiburrillo?

En cambio, basta con hablar con extranjeros, leer libros o periódicos extranjeros, y uno vuelve a la misma idea. En efecto, hay algo distintivo y reconocible en la civilización inglesa. Se trata de una cultura tan peculiar como la española. Tiene algo que ver con los desayunos copiosos, los domingos tristones, las ciudades que humean, las carreteras serpenteantes, los campos verdes y los buzones de correos de color rojo. Tiene un sabor propio. Por si fuera poco, es algo continuo, algo que se propaga hacia el futuro y hacia el pasado, algo que persiste como si fuera en un ser vivo. ¿Qué tendrá en común la Inglaterra de 1940 con la Inglaterra de 1840? Aunque, a fin de cuentas, ¿qué tiene uno en común con el niño de cinco años cuya fotografía conserva su madre sobre la repisa de la chimenea? Nada de nada, salvo que se trata de la misma persona.

Y, sobre todo, se trata de la propia civilización, se trata de uno mismo. Por mucho que uno la odie, por más que uno se ría de ella, nunca será feliz si permanece lejos durante demasiado tiempo. Los pudines de sebo y los buzones de correos de color rojo se han instalado en el alma de uno. Para bien o para mal, es algo que le pertenece, algo a lo que uno pertenece a su vez. A este lado de la tumba no se librará uno, jamás, de todo cuanto le ha marcado.

Entretanto, Inglaterra, como el resto del mundo, cambia sin cesar. Al igual que todo lo demás, sólo puede cambiar en determinadas direcciones, que al menos hasta cierto punto son previsibles. No quiero decir con esto que el futuro esté escrito, sino tan sólo que hay alternativas posibles y otras que no lo son. Una semilla puede crecer o no crecer, pero, sea como sea, un nabo no podrá madurar y convertirse en chirivía. Es por tanto de la máxima importancia tratar de precisar qué es Inglaterra antes de hacer conjeturas sobre el papel que pueda desempeñar Inglaterra en los acontecimientos inmensos que están teniendo lugar.

II

Las características nacionales nunca son fáciles de definir, y una vez definidas a menudo resultan meras banalidades, o bien se da el caso de que no guardan ninguna relación entre sí. Los españoles son crueles con los animales, los italianos no saben hacer nada si no es con un ruido ensordecedor, los chinos son adictos al juego. Es obvio que estos hechos no tienen en sí mismos ninguna importancia. No obstante, no hay nada que no obedezca a una causa, e incluso el hecho de que los ingleses tengan los dientes cariados bien puede decirnos algo acerca de la realidad de la vida en Inglaterra.

He aquí un par de generalizaciones sobre Inglaterra que podría aceptar casi con toda seguridad cualquier observador. Una sostiene que los ingleses no tienen dones artísticos. Carecen de la musicalidad de los alemanes o los italianos; la pintura y la escultura nunca han florecido en Inglaterra como en Francia. Otra afirma que, comparados con el resto de los europeos, los ingleses no son intelectuales. El pensamiento abstracto les horroriza, no sienten la necesidad de una «cosmovisión» filosófica o sistemática. Tampoco se debe a que sean «pragmáticos», como tanto les gusta afirmar acerca de sí mismos. Para hacerse una idea, basta con fijarse en sus métodos de planificación ciudadana y de suministro de aguas, en su obstinado afán por aferrarse a todo lo que esté pasado de moda y sea una molestia como si les fuera la vida en ello, en su ortografía, que no por nada desafía todo análisis, y en su sistema de pesos y medidas, inteligible sólo para los compiladores de manuales de aritmética. Sin embargo, tienen una cierta capacidad de pasar a la acción sin pensárselo dos veces. Su hipocresía, mundialmente famosa —su actitud ambivalente ante el imperio, por ejemplo—, está íntimamente ligada a esto. Asimismo, en los momentos de crisis máxima, toda la nación es capaz de aunar fuerzas y actuar llevada por una suerte de instinto, en realidad, un código de conducta que todos los ciudadanos entienden al instante, si bien nunca llega a formularse de manera explícita. La frase que acuñó Hitler para definir a los alemanes, «un pueblo de sonámbulos», mejor cabría aplicarla a los ingleses. Y no es que sea motivo de orgullo que a uno le llamen sonámbulo, claro está.

Sin embargo, vale la pena reseñar un rasgo secundario del pueblo inglés, muy acusado, aunque no se comenta con frecuencia: el amor por las flores. Este es uno de los primeros rasgos que llaman la atención cuando se llega a Inglaterra desde el extranjero, en especial desde el sur de Europa. ¿No se contradice de lleno con la indiferencia de los ingleses por las artes? En realidad no, porque se encuentra en personas desprovistas de todo sentimiento estético. Con lo que sí enlaza, en cambio, es con otra característica inglesa que forma parte de nosotros hasta tal extremo que ni siquiera la percibimos: la adicción a las aficiones y las ocupaciones propias del

tiempo libre, o sea, la privacidad de la vida inglesa. Somos una nación de amantes de las flores, pero también de filatélicos, de colombófilos, de carpinteros aficionados, de recortadores de cupones de descuento, de jugadores de dardos, de chiflados por los crucigramas. Toda manifestación cultural que es de veras autóctona gira en torno a aficiones que, incluso cuando son comunes, no son oficiales: el *pub*, el partido de fútbol, el jardín detrás de la casa, la chimenea, la «buena taza de té». Se sigue creyendo en la libertad del individuo, casi como en el siglo XIX; pero esto no tiene nada que ver con la libertad económica, el derecho de explotar a los demás para sacar tajada. Se trata de la libertad de tener una casa propia, de hacer lo que uno quiera en su tiempo libre, de elegir sus diversiones sin que se le impongan desde arriba. Para un oído inglés, el nombre más odioso de todos es el de Nosey Parker («metomentodo»). Es evidente, por supuesto, que también esta libertad privada es una causa perdida. Al igual que los demás pueblos modernos, los ingleses están siendo numerados, etiquetados, reclutados a la fuerza, «coordinados». Pero sus impulsos van justo en la dirección contraria, y el tipo de regimentación que se les pueda imponer habrá de ser modificada en consecuencia. Nada de mítines de partido, nada de movimientos juveniles, nada de camisas de un determinado color, nada de acoso a los judíos, nada de manifestaciones «espontáneas». Nada de Gestapo, tampoco, con toda probabilidad.

Ahora bien, en todas las sociedades el pueblo llano ha de vivir, al menos en cierta medida, en contra del orden existente. La cultura genuinamente popular de Inglaterra es algo que palpita por debajo de la superficie, de manera oficiosa y más o menos con la desaprobación de las autoridades. Una de las cosas que salta a la vista si uno se fija directamente en las personas corrientes, en especial en las grandes ciudades, es que no son puritanas. Son jugadores inveterados, beben toda la cerveza que se pueden permitir con sus salarios, son aficionados a los chistes subidos de tono y usan seguramente el lenguaje más vulgar del mundo. Han de satisfacer estos gustos a despecho de unas leyes pasmosas, hipócritas (las leyes sobre la venta de alcohol, sobre el juego y la lotería, etcétera, etcétera), destinadas a entrometerse en la vida de cualquiera, pero que en la práctica permiten que suceda cualquier cosa. Asimismo, el común de los ingleses carece de creencias religiosas definidas, y así ha sido desde hace siglos. La Iglesia anglicana nunca ha tenido verdadero predicamento entre la población, pues siempre fue un coto reservado de la nobleza y los terratenientes, mientras que las sectas no conformistas sólo influyeron en ciertas minorías. Sin embargo, el común de los ingleses retienen un marcado tinte de sentimiento cristiano, al tiempo que olvidan casi del todo el nombre de Cristo. La adoración del poder, que es la nueva religión de Europa y ha infectado a la intelectualidad inglesa, nunca ha arraigado entre el pueblo llano. Este nunca se ha dejado enredar con la política del poder. El «realismo» que se predica en los periódicos japoneses e italianos le horrorizaría. Es mucho lo que se puede aprender acerca de Inglaterra estudiando las postales coloreadas, cómicas, que se exponen en los escaparates de las papelerías de

baratillo. Esas ilustraciones conforman una especie de diario en el cual el pueblo inglés, de un modo más o menos inconsciente, ha dejado registro de su idiosincrasia. Su apariencia anticuada, su esnobismo sesgado, su mezcla de procacidad e hipocresía, su extrema amabilidad y su profunda actitud moral ante la vida están reflejadas en ellas.

La amabilidad de la civilización inglesa posiblemente sea su rasgo más acusado. Es algo que salta a la vista nada más poner los pies en suelo inglés. Esta es una tierra en la que los revisores de autobús son afables y los policías no llevan pistola al cinto. En ningún otro país habitado por hombres blancos es más fácil lograr que la gente se aparte de en medio cuando uno camina con prisa. Y de la mano de esto va algo que los observadores europeos siempre descartan y tachan de «decadencia» o hipocresía, a saber, el odio inglés por la guerra y el militarismo. Es algo muy enraizado en la historia y un sentimiento muy fuerte tanto en las clases media y baja como en la clase obrera. Las guerras sucesivas lo han debilitado un poco, pero no lo han destruido. Todavía se recuerda el tiempo en que «los casacas rojas» recibían abucheos en plena calle y los dueños de las tabernas públicas más respetables negaban la entrada a los soldados. En tiempos de paz, incluso cuando hay cerca de dos millones de desempleados, es difícil nutrir las filas del reducido ejército regular que sigue en pie, cuyos oficiales suelen provenir de la pequeña nobleza rural y de un estrato especializado de la clase media, y cuyas tropas están formadas por aparceros y proletarios de los arrabales. La masa popular carece de conocimientos y de tradición militar, y su actitud frente a la guerra es invariablemente defensiva y reticente. Ningún político accedería jamás al poder prometiendo conquistas o «glorias» militares. Ningún himno al odio les ha resultado nunca atractivo. En la guerra anterior a esta, las canciones inventadas y cantadas por los soldados nunca fueron vengativas, sino humorísticas y derrotistas en son de chanza.[10] Los únicos enemigos a los que llamaron por su nombre fueron el sargento o el capitán del regimiento.

En Inglaterra, toda la bravuconería, todo el ondear de las banderas y todo lo del «Rule Britannia» corre a cargo de reducidas minorías. El patriotismo del pueblo llano no es ruidoso, ni siquiera es consciente. No se conserva entre sus recuerdos históricos el nombre de una sola victoria militar. En la literatura inglesa, como en otras, abundan los poemas bélicos, pero vale la pena reseñar que los que se han granjeado una popularidad innegable son siempre los que versan sobre desastres y retiradas. No hay, por ejemplo, un solo poema popular sobre Trafalgar o sobre Waterloo. El ejército de *sir* John Moore en la batalla de La Coruña, donde llevó a cabo una desesperada acción de retirada antes de huir por mar (¡igualito que Dunkerque!), tiene más atractivo que una victoria brillante. El poema bélico más emocionante en lengua inglesa versa sobre una brigada de caballería que cargó hacia donde no debía. De la última guerra, los cuatro nombres que han quedado grabados de un modo indeleble en el recuerdo del pueblo llano son Mons, Ypres, Galípoli y Passchendaele, cuatro desastres sin paliativos. Los nombres de las grandes batallas en las que por fin se

pudo derrotar a los ejércitos alemanes son desconocidos para el gran público.

La razón por la cual el antimilitarismo de los ingleses desagrada a los observadores extranjeros es que pasa por alto la existencia del Imperio británico. Parece hipocresía pura y dura. A fin de cuentas, los ingleses se han apropiado de la cuarta parte del planeta y han conservado sus colonias gracias a un enorme contingente naval. ¿Cómo se atreven a darse la vuelta, encogerse de hombros, decir que la guerra es perversa?

Es muy cierto que los ingleses pecan de hipocresía en lo tocante a su imperio. En la clase obrera, esa hipocresía adquiere la forma del desconocimiento de que el imperio existe. Sin embargo, su desagrado ante los ejércitos regulares obedece a un instinto perfectamente sólido. En la armada cuenta con relativamente pocos efectivos, y es una fuerza de uso externo que no afecta directamente a la política interior. Existen dictaduras militares por todas partes, pero no existe algo llamado «dictadura naval». Lo que aborrece el pueblo inglés prácticamente de toda extracción social, y lo aborrece con todo su corazón, es ese oficial baladrón y jactancioso, el tintineo de las espuelas, el ruido de las botas. Décadas antes de que se tuviera noticia de Hitler, la palabra «prusiano» tenía en Inglaterra un sentido muy semejante al que hoy posee la palabra «nazi». Tan arraigado está este sentimiento que, desde hace un siglo, en tiempos de paz los oficiales del ejército británico siempre visten ropa de civil cuando no están de servicio.

Un indicio tan rápido como infalible para tomar el pulso del ambiente social de un país es el paso con el que marcha el ejército en los desfiles. Un desfile militar es una suerte de baile ritual, una especie de *ballet*, que expresa una determinada filosofía de la vida. El paso de la oca, por ejemplo, es uno de los espectáculos más espantosos del mundo, mucho más aterrador que un bombardero cuando desciende en picado sobre su objetivo. No es más que una reafirmación del poder puro y duro, en la cual se incluye, de manera tan consciente como premeditada, la visión de una bota que aplasta un rostro ajeno. Su fealdad forma parte de su esencia, pues lo que viene a decir es: «Sí, soy feo, pero atrévete a reírte de mí», como el matón que se burla de su víctima. ¿Por qué no se emplea el paso de la oca en Inglaterra? Les aseguro que a muchos oficiales del ejército les encantaría que se introdujera algo así. No se recurre al paso de la oca porque la gente de la calle se reiría a mandíbula batiente. Más allá de un punto determinado, todo despliegue militar es posible solamente en los países donde el pueblo llano no ose reírse del ejército. Los italianos adoptaron el paso de la oca más o menos cuando Italia pasó a estar definitivamente bajo control alemán; como era de suponer, no les sale tan bien como a los teutones. El gobierno de Vichy, en el supuesto de que sobreviva, tenderá a introducir una disciplina más rigurosa en los desfiles de lo que aún quede del ejército francés. En el británico, en cambio, los ejercicios son rigurosos y complicados, repletos de resonancias dieciochescas, pero carecen de ese indudable pavoneo. La marcha es tan sólo un andar un tanto formalizado. Es propio de una sociedad que se rige por la espada, desde luego, pero

se trata de una espada que nunca se desenvaina.

Con todo, la amabilidad de la civilización inglesa se mezcla con las barbaridades y los anacronismos. Nuestro código penal está tan desfasado como los mosquetes de la Torre de Londres. Ante las tropas de asalto del ejército nazi hay que colocar a esa figura típicamente inglesa que es el juez encargado de condenar a la horca al reo, un viejo abusón gotoso cuya mentalidad está arraigada en el siglo XIX cuando dicta sentencias brutales. En Inglaterra se sigue ahorcando a los delincuentes y se los sigue flagelando con el látigo de nueve colas. Ambos castigos son tan obscenos como crueles, aunque nunca ha habido una protesta genuinamente popular contra ellos. El pueblo los acepta (al igual que las instituciones penitenciarias de Dartmoor y de Borstal) tal como se acepta la climatología. Forman parte de «la ley», y se da por hecho que esta es inalterable.

Aquí nos topamos con un importantísimo rasgo inglés: el respeto por el constitucionalismo y la legalidad, la creencia en «la ley» como si fuera algo que está por encima del Estado, por encima del individuo, algo que es cruel y estúpido, por supuesto, pero en todo caso incorruptible.

No es que nadie piense que la ley es justa. Todo el mundo sabe que hay una ley para los ricos y otra para los pobres. Pero nadie acepta las implicaciones de esta realidad, todo el mundo da por sentado que la ley, en cuanto tal, ha de ser respetada, y todo el mundo se siente ultrajado cuando no es así. Comentarios como «A mí no me pueden encarcelar, yo no he hecho nada malo» o «No me lo pueden hacer, es contrario a la ley» forman parte del ambiente de Inglaterra. Los enemigos confesos de la sociedad albergan este sentimiento con tanta fuerza como cualquier otro. Se nota a la legua en los libros de tema carcelario, como *Walls Have Mouths* («Los muros hablan»), de Wilfred Macartney, o *Jail Journey* («Viaje carcelario»), de Jim Phelan, y se nota a la legua en las solemnes idioteces que se producen en los juicios de los objetores de conciencia y en las cartas al director que envían los eminentes profesores de sesgo marxista, cuando señalan que tal o cual hecho es «un fallo injusto de la Justicia británica». Todo el mundo cree de corazón que la ley puede ser, tiene que ser y, en general, será administrada de manera imparcial. La idea totalitaria de que no existe la ley, de que sólo existe el poder, nunca ha echado raíces entre nosotros. La intelectualidad misma la ha aceptado sólo en teoría.

Una ilusión siempre puede convertirse en una verdad a medias, y una máscara puede alterar la expresión de un rostro. Los consabidos argumentos en el sentido de que la democracia «es igual que» o «es tan mala como» el totalitarismo nunca tienen en cuenta este hecho. Todos esos argumentos se reducen a lo mismo que decir que media barra de pan es igual que no tener pan. En Inglaterra se sigue creyendo en conceptos como la justicia, la libertad y la verdad objetiva. Quizá sean ilusiones, pero son ilusiones muy poderosas. La creencia en ellos influye en la conducta, la vida nacional es distinta gracias a esos conceptos. Basta con mirar en derredor. ¿Dónde están las porras de caucho o el aceite de ricino? La espada sigue envainada. Mientras

siga ahí, la corrupción no irá más allá de un determinado punto. El sistema electoral inglés, por ejemplo, es poco menos que un fraude manifiesto. Está manipulado de una docena de maneras distintas, a cuál más evidente, en beneficio de la clase acaudalada. Pero hasta que la mentalidad del público cambie por completo, no podrá tratarse de un sistema totalmente corrupto. Nadie llega a la cabina en la que ha de emitir su voto para encontrarse con hombres armados que le digan a quién debe votar; tampoco hay trampas en el recuento de votos ni se da el soborno directo. Incluso la hipocresía es una poderosa salvaguardia. El juez de la horca, ese viejo perverso con su estola escarlata y su peluca de crin, al que nada, salvo la dinamita, podrá demostrarle en qué siglo vive, y que en cualquier caso interpretará la ley según los libros y bajo ningún concepto aceptará un soborno, es una de las figuras simbólicas de Inglaterra. Es un símbolo de la extraña mezcla de realidad e ilusión, democracia y privilegio, patraña y decencia, de la sutil red de pactos en aras de la cual la nación se mantiene fiel a sí misma.

III

He hablado en todo momento de «la nación», de «Inglaterra», de «Gran Bretaña», como si cuarenta y cinco millones de almas pudieran ser tratadas como una unidad. Ahora bien, ¿no está Inglaterra compuesta, de un modo llamativo, más bien por dos naciones, la de los ricos y la de los pobres? ¿Puede alguien fingir que exista nada en común entre quienes gozan de unos ingresos de cien mil libras anuales y quienes viven con una libra a la semana? ¿Es acaso probable que los lectores galeses y escoceses se ofendan porque he empleado el término «Inglaterra» más a menudo que «Gran Bretaña», como si toda la población del país habitase en Londres y en los condados circundantes, y como si el norte y el oeste no tuvieran una cultura diferenciada y propia?

Se obtiene una visión más nítida de esta cuestión si se considera primero el punto menor relevante. Es muy cierto que los llamados «pueblos de Gran Bretaña» se sienten muy distintos unos de otros. Un escocés, por ejemplo, nunca agradecerá que se le llame inglés. Bien se ven nuestros titubeos al respecto en el hecho de que llamamos a nuestras islas al menos de seis maneras distintas: Inglaterra, Bretaña, Gran Bretaña, Islas Británicas, Reino Unido y, en los momentos de máxima exaltación, Albión. A nuestros propios ojos, también las diferencias entre el norte y el sur de Inglaterra son importantes. Es muy poco frecuente conocer a un extranjero, si no es estadounidense, que sepa distinguir entre ingleses y escoceses, e incluso entre ingleses e irlandeses. Para un francés, el bretón y el natural de Auvernia parecen seres muy distintos; el acento marsellés da pie a toda clase de chistes en París. Sin embargo, hablamos de «Francia» y de «los franceses» y reconocemos ese país como una entidad, una sola civilización, como en efecto lo es. Lo mismo sucede con nosotros. Vistos desde fuera, incluso el *cockney* y el natural del condado de York tienen un notable parecido, un aire de familia.

La misma distinción entre ricos y pobres se atenúa un poco cuando se observa la nación desde fuera. La desigualdad del reparto de la riqueza en Inglaterra es algo evidente. Es mucho más grosera que en cualquier otro país europeo. Y basta con ver la calle más cercana para darse cuenta de ello. Económicamente, Inglaterra es sin duda dos naciones, cuando no tres o cuatro. Al mismo tiempo, la inmensa mayoría de sus habitantes se sienten parte de una única nación, y son conscientes de parecerse entre sí mucho más de lo que se puedan parecer a los extranjeros. El patriotismo suele ser más fuerte que el odio de clase, y siempre lo es más que cualquier clase de internacionalismo. Salvo en una breve fase de los años veinte (el movimiento que propugnaba que «a Rusia ni tocarla»), la clase obrera británica nunca ha pensado ni actuado en términos internacionales. Durante dos años y medio vieron el lento estrangulamiento de sus camaradas en España sin acudir jamás en su ayuda, aunque

fuera con una sola huelga.[11] En cambio, cuando su país (el de lord Nuffield y Montagu Norman) se halló en peligro, su actitud fue muy distinta. Cuando la invasión de Inglaterra parecía estar cerca, Anthony Eden hizo un llamamiento en la radio a la creación del cuerpo de los Voluntarios para la Defensa Local. En tan sólo veinticuatro horas se presentaron un cuarto de millón de hombres, y otro millón a lo largo del mes siguiente. Basta comparar estas cifras, por ejemplo, con el número de objetores de conciencia para darse cuenta de lo enorme que es la fuerza de las lealtades tradicionales en comparación con las lealtades de nuevo cuño.

En Inglaterra, el patriotismo adquiere formas distintas según las clases sociales, pero las recorre casi todas como un hilo que las conectase. Sólo la intelectualidad más europeizada es inmune a esa fuerza. Como emoción positiva, es más fuerte entre la clase media que entre la alta —los colegios privados más baratos, por ejemplo, son más propensos a las manifestaciones patrióticas que los caros y elitistas—, pero el número de hombres adinerados e indudablemente traidores, al estilo de Laval o Quisling, es probablemente muy exiguo. Entre la clase obrera el patriotismo es profundo, aunque inconsciente. El corazón del obrero no da saltos de alegría cuando ve la bandera nacional. Sin embargo, la famosa «insularidad» y la «xenofobia» del inglés están mucho más arraigadas entre la clase obrera que entre la burguesía. En todos los países, los pobres están más apegados a la nación que los ricos, aunque la clase obrera inglesa sobresale cuando se trata de aborrecer toda costumbre extranjera. Incluso cuando se ven obligados a vivir durante años en otros países, se niegan a acostumbrarse a su comida y rara vez aprenden su lengua. Prácticamente cualquier inglés que tenga sus orígenes en la clase obrera considera afeminado pronunciar correctamente una palabra extranjera. Durante la guerra de 1914-1918, la clase obrera inglesa estuvo en contacto con extranjeros en un grado que hoy rara vez sería posible. El único resultado de semejante contacto fue que se trajeron de vuelta un profundo odio hacia todos los europeos salvo hacia los alemanes, cuya valentía fue objeto de su admiración. En cuatro años en territorio francés, ni siquiera adquirieron el gusto por beber vino. La insularidad de los ingleses, su negativa a tomarse en serio a los extranjeros, es una estupidez cuyo precio altísimo hay que pagar de vez en cuando, si bien desempeña su papel en la mística nacional inglesa. Y los intelectuales que han tratado de ponerle fin han hecho más daño que provecho. En el fondo, se trata del mismo atributo del carácter inglés que repele a los turistas y que mantiene a raya a todo invasor.

Aquí hemos de volver a dos rasgos ingleses que antes ya señalé, en apariencia al azar, al comienzo del capítulo anterior. Uno es la falta de habilidad artística. Quizá sea esta otra manera de decir que los ingleses habitan fuera de la cultura europea, y es que sí hay un arte en el que han dado sobradas muestras de talento: a saber, la literatura. Pero esta es asimismo la única de las disciplinas artísticas que no puede salvar las fronteras. La literatura, y en especial la poesía —y la poesía lírica en grado extremo—, viene a ser una suerte de chiste de familia, con poco o ningún valor fuera

de su ámbito lingüístico. Con la excepción de Shakespeare, los mejores poetas ingleses apenas son conocidos en Europa, ni siquiera de oídas. Los únicos poetas a los que se lee ampliamente son Byron, a quien se admira por razones erróneas, y Oscar Wilde, que inspira compasión por haber sido víctima de la hipocresía inglesa. Ligada a todo esto, aunque no de manera muy obvia, está la falta de la facultad filosófica, la ausencia en casi todos los ingleses de la necesidad de disponer de un sistema ordenado de pensamiento e incluso del uso de la lógica.

Hasta cierto punto, el sentido de la unidad nacional es un sustituto de una «cosmovisión». Como el patriotismo es prácticamente universal y ni siquiera los ricos se sustraen a su influencia, puede haber momentos en los que toda la nación de pronto actúe al unísono, igual que un rebaño de ovejas ante la presencia del lobo. Hubo un momento de esta índole, inconfundible, cuando se produjo el desastre en Francia. Tras ocho meses de vaguedades y dudas acerca de lo que era la guerra en sí, el pueblo supo de pronto qué era lo que tenía que hacer: en primer lugar, sacar al ejército de Dunkerque, y, en segundo lugar, impedir por todos los medios la invasión. Fue como el despertar de un gigante. ¡Deprisa! ¡Peligro! ¡Sansón, los filisteos caen sobre ti! La agilidad y la unanimidad de la acción llegaron de inmediato; luego, por desgracia, sobrevino la pronta recaída en el sueño. En una nación dividida, ese habría sido exactamente el momento idóneo para que surgiera un gran movimiento pacifista. ¿Quiere esto decir que el instinto del inglés siempre le dirá qué es lo que ha de hacer? Ni mucho menos; simplemente le indicará que haga lo mismo. En las elecciones generales de 1931, por ejemplo, todos hicimos al unísono lo que no había que hacer. Obramos como un solo hombre, igual que los cerdos gadarenos. Sin embargo, sinceramente dudo que podamos decir que se nos precipitó cuesta abajo en contra de nuestra voluntad.

De todo esto se sigue que la democracia británica es menos fraudulenta de lo que en ocasiones parece. Un observador extranjero verá solamente la enorme desigualdad que hay en la distribución de la riqueza, el sistema electoral plagado de injusticias, el control que ejerce la clase dirigente sobre la prensa, la radio y la educación, y concluirá que la democracia no pasa de ser un mero eufemismo para designar la dictadura. Pero de ese modo pasa por alto el considerable grado de acuerdo que, por desgracia, existe entre los dirigentes y los dirigidos. Por mucho que le disguste a uno reconocerlo, es casi seguro que entre 1931 y 1940 el gobierno nacional representó la voluntad de la masa popular. Toleró la existencia de los arrabales malsanos y del desempleo, y propugnó una política exterior caracterizada por la cobardía. En efecto, pero también lo hizo la opinión pública. Fue un período de estancamiento. Sus dirigentes naturales fueron unos mediocres.

A pesar de las campañas de unos cuantos millares de izquierdistas, es bastante cierto que la mayoría de la población inglesa respaldó la política exterior de Chamberlain. Es más: es bastante cierto que en el ánimo de Chamberlain se dirimía la misma pugna que en el ánimo del pueblo llano. Sus adversarios aseguraban haber

visto en él a un intrigante siniestro y artero, que tramaba la venta de Inglaterra a Hitler. Es mucho más probable que se tratara tan sólo de un viejo estúpido que hizo todo cuanto pudo, al menos según sus muy limitadas luces. De lo contrario, es difícil explicar las numerosas contradicciones de su política, su fracaso a la hora de entender los diversos rumbos posibles y abiertos ante él. Al igual que la masa popular, no deseaba pagar el precio ni de la paz ni de la guerra. Y la opinión pública estuvo con él en todo momento, incluso en medidas políticas que eran totalmente incompatibles entre sí. Estuvo de su parte cuando viajó a Munich, cuando trató de llegar a un acuerdo con Rusia, cuando dio garantías a Polonia, cuando cumplió la promesa, cuando emprendió la guerra sin ningún convencimiento. Sólo cuando los resultados de su política fueron evidentes, la opinión pública se volvió contra él. Es decir, se revolvió contra su propio letargo, en el que había permanecido durante siete años. En consecuencia, el pueblo escogió a un dirigente más próximo a su estado de ánimo, Churchill, que en cualquier caso fue capaz de entender que las guerras no se ganan sin plantar cara y combatir. Más adelante, tal vez, elijan a otro dirigente capaz de entender que sólo las naciones socialistas pueden luchar con eficacia.

¿Quiero decir con todo esto que Inglaterra es una auténtica democracia? No, ni siquiera un lector del *Daily Telegraph* se tragaría semejante afirmación.

Inglaterra es el país más lastrado por el sistema de clases que hay bajo el sol. Es una tierra donde priman el esnobismo y los privilegios, gobernada en gran medida por los viejos y los tontos. Sin embargo, en todo cálculo que se haga al respecto, uno tiene que tomar en consideración su unidad emocional, la tendencia de prácticamente todos sus habitantes a sentirse igual, a actuar al unísono en los momentos de crisis. Es la única gran nación de Europa que no está obligada a empujar a cientos de miles de sus habitantes al exilio o a un campo de concentración. En estos momentos, tras un año de guerra, los periódicos y los panfletos que vilipendian al gobierno, que alaban al enemigo, que claman por la rendición, se venden impunemente en las calles sin la menor interferencia. Y ello no se debe tanto a un cierto respeto por la libertad de expresión como a la simple percepción de que tales cosas no tienen ninguna importancia. Permitir la venta de un periódico como *Peace News* no reviste ningún peligro porque es seguro que el 95 por ciento de la población nunca querrá leerlo. La nación está aglutinada por medio de una cadena invisible. En cualquier época normal, la clase dirigente robará, saboteará, nos llevará de cabeza al fango; ahora bien, dejemos que la opinión popular se deje oír de veras, dejemos que haga caso del empuje que por fuerza siente desde abajo, y es difícil que no responda. Los autores de izquierdas que denuncian a la totalidad de la clase dirigente por sus tendencias «pro-fascistas» incurren en una simplificación flagrante. Es incluso dudoso que los políticos más cercanos al poder, los que nos han metido en el actual atolladero, sean traidores a conciencia. La corrupción que se da en Inglaterra rara vez es de esa índole. Casi siempre es más próxima a la naturaleza del autoengaño, a que la mano derecha no sepa qué ha hecho la izquierda. Y, precisamente por ser inconsciente, es limitada.

Se ve a las claras en la prensa inglesa. ¿Es la prensa inglesa honesta o deshonesta? En épocas normales es profundamente deshonesta. Todos los periódicos que importan viven gracias a la publicidad, y los anunciantes ejercen una censura indirecta sobre las noticias que se publican. Sin embargo, no creo que haya un solo periódico en Inglaterra que se deje sobornar mediante dinero contante y sonante, mientras que en la Francia de la Tercera República todos los periódicos, salvo unos pocos, tenían fama de poder ser comprados a sabiendas de todos, como si fueran kilos de queso. En Inglaterra, la vida pública nunca ha sido abiertamente escandalosa. No ha llegado a ese grado de desintegración máxima a partir del cual todo es posible.

Inglaterra no es la isla enjoyada del pasaje de Shakespeare tantas veces citado, ni es el infierno que describe el doctor Goebbels. Si acaso, más bien recuerda a una familia, una familia victoriana y enclaustrada, sin demasiadas ovejas negras, pero con los armarios repletos de esqueletos. Posee parientes ricos a los que es preciso rendir pleitesía, y tiene parientes pobres a los que se trata de manera horrible. Y hay una densa conspiración de silencio en torno a las fuentes de los ingresos familiares. Es una familia en la que los jóvenes suelen ver frustradas sus aspiraciones y en que la mayor parte del poder queda en manos de tíos irresponsables, de tías que no se levantan de la cama debido a sus achaques. Con todo, sigue siendo una familia. Dispone de su lenguaje particular, de sus recuerdos comunes, y ante un enemigo que se esté aproximando, cierra filas. Una familia cuyo mando está en manos de quienes no deberían tenerlo; tal vez esa sea la frase que mejor describe a Inglaterra.

IV

Probablemente, la batalla de Waterloo se ganó en los patios de recreo de los colegios de Eton, pero las batallas abiertas de todas las guerras posteriores se han perdido también allí. Uno de los rasgos dominantes de la vida inglesa en los últimos tres cuartos de siglo ha sido la decadencia de la clase dirigente, la disminución de su capacidad.

En los años que van de 1920 a 1940, esto sucedió a la velocidad de una reacción química. Sin embargo, en el momento de escribir estas líneas sigue siendo posible hablar de una clase dominante. Al igual que el cuchillo que ya lleva dos hojas nuevas y tres mangos nuevos, el estrato superior de la sociedad inglesa sigue siendo prácticamente el mismo que a mediados del siglo XIX. A partir de 1832, la antigua aristocracia terrateniente perdió rápidamente su cuota de poder, pero en vez de desaparecer o fosilizarse, simplemente se mezcló vía matrimonio con los comerciantes, los industriales y los financieros que la habían venido a sustituir, y bien pronto los convirtió en fieles copias de sí misma. El naviero adinerado o el propietario de una fábrica de algodón idearon una coartada para vivir como caballeros de campo, mientras sus hijos aprendían los rígidos manierismos de la época en los colegios privados que habían creado con esa finalidad. Inglaterra pasó a ser regida por una aristocracia constantemente reclutada entre los nuevos ricos y los advenedizos. Y teniendo en cuenta la energía que poseían los hombres que se habían hecho a sí mismos, teniendo en cuenta que estaban pagando por su acceso a una clase social que en cualquier caso tenía ya una vocación dirigente, cualquiera hubiera esperado que fuese posible contar con gobernantes capaces.

Sin embargo, de alguna manera, la clase dirigente entró en declive, perdió su capacidad, su osadía; por último, perdió incluso su talante implacable, hasta que llegó el día en que los más estirados, como Eden o Halifax, podían destacar entre los demás como si fueran hombres de talento excepcional. En cuanto a Baldwin, nadie podría concederle siquiera la dignidad de considerarlo un estirado. Era sencillamente un cero a la izquierda. La administración de los problemas internos de Inglaterra durante la década de los veinte había sido suficientemente mala, pero es que la política exterior de Gran Bretaña entre 1931 y 1939 constituyó una de las maravillas más inconcebibles de este mundo. ¿Por qué? ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué en cada momento decisivo cualquier estadista británico cometía un craso error llevado por un instinto infalible?

Subyacía en todo esto que la posición misma de las clases adineradas había dejado de ser justificable mucho tiempo atrás. Seguían acomodadas en el centro de un vasto imperio, de una red financiera de alcance mundial, obteniendo intereses y

pingües beneficios y gastándolos… ¿en qué? Había que reconocer que la vida en el Imperio británico era, en múltiples sentidos, mejor que la vida fuera de él. Con todo, el imperio estaba subdesarrollado, la India dormía aún sumida en la Edad Media, los Dominios eran pura vacuidad, los extranjeros habían sido celosamente proscritos de cualquier puesto de mando, e incluso Inglaterra estaba llena de arrabales malsanos, de desempleo. Sólo medio millón de habitantes, los de las mansiones de campo, se beneficiaban sin lugar a dudas del sistema prevaleciente. Por si fuera poco, la tendencia de los pequeños comerciantes a fusionarse y formar empresas más poderosas fue despojando cada vez más a la clase adinerada de la función que se había arrogado hasta entonces, con lo cual pasaron a ser meros propietarios, cuyo trabajo llevaban a cabo administradores y técnicos asalariados. Durante muchísimo tiempo había existido en Inglaterra una clase entera carente de función, que vivía del dinero invertido en apenas se sabía dónde; eran los «ricos desocupados», las personas cuyas fotografías aparecen en *Tatler* y en *Bystander*, siempre y cuando quiera uno tomarse la molestia. La existencia de esas personas era injustificable desde cualquier punto de vista. Eran meros parásitos, menos útiles para la sociedad que las pulgas para un perro.

Hacia 1920 eran ya muchas las personas conscientes de esta situación, y en 1930 eran millones los que estaban al cabo de la calle. Sin embargo, la clase dirigente británica no era capaz de reconocer, ni siquiera para sus adentros, que su utilidad estaba tocando a su fin. De haberlo hecho, habrían tenido que abdicar. No les era posible convertirse en meros bandidos, como es el caso de los millonarios estadounidenses, que de manera muy consciente se aferran a privilegios injustos y aplastan toda oposición mediante el soborno y los gases lacrimógenos. A fin de cuentas, pertenecían a una clase dotada de una cierta tradición; habían estudiado en colegios privados donde el deber de morir por la patria, si tal es necesario, se inculca como si fuera el primero y más importante de los mandamientos. Tenían ante todo que sentirse verdaderos patriotas, aun cuando saquearan a sus compatriotas. Claramente, les quedaba una única vía de escape: la que lleva a la estupidez. Podían mantener intacta a la sociedad inglesa sólo de una manera, esto es, mostrándose e incluso siendo incapaces de comprender que era posible introducir alguna mejora. Por difícil que fuera, lo consiguieron sobre todo dirigiendo la mirada al pasado y negándose en redondo a percibir los cambios que se iban sucediendo a su alrededor.

En Inglaterra es mucho lo que todo esto explica. Explica la decadencia de la vida en el campo, debido al mantenimiento a toda costa de un feudalismo falso, que expulsa del cultivo de la tierra a los aparceros y campesinos más avezados. Explica la inmovilidad de los colegios privados, que apenas han sufrido la menor alteración desde la década de 1880. Explica la incompetencia del estamento militar, que una y otra vez ha dejado al mundo entero con un palmo de narices. Desde la década de 1850, todas las guerras en las que ha tomado parte Inglaterra han comenzado con una serie de desastres en el campo de batalla, tras lo cual la situación la han salvado

personas que pertenecían a un estrato relativamente bajo de la escala social. Los altos mandos, extraídos de la aristocracia, nunca pudieron prepararse para la guerra moderna, porque a tal fin habrían tenido que reconocer que el mundo estaba cambiando. Siempre se han aferrado por todos los medios posibles a métodos y armas obsoletos, porque ineludiblemente consideraban cada guerra una simple repetición de la anterior. Antes de la guerra de los bóeres se prepararon para la guerra anglo-zulú; antes de 1914, para la guerra de los bóeres, y antes de la guerra que ahora tiene lugar, para la de 1914. En estos momentos, cientos de miles de hombres son adiestrados en Inglaterra en el uso de la bayoneta, un arma absolutamente inservible si no es para abrir latas de conservas. Vale la pena señalar que en la armada y, recientemente, en las fuerzas aéreas, la eficacia ha sido bastante mayor que en el ejército regular de tierra. Pero es que la armada sólo está de manera muy parcial dentro de la órbita de las clases dirigentes, y las fuerzas aéreas no lo están en absoluto.

Hay que reconocer que, mientras se mantuvo la paz, los métodos de la clase dirigente británica sirvieron para cumplir sus propios fines. El pueblo a todas luces los toleraba. Por injusta que fuera la organización social de Inglaterra, no iba de ninguna manera a desgarrarse por la guerra de clases, ni tampoco iba a estar vigilada por la policía secreta. El imperio disfrutó de una paz como jamás se ha dado en ninguna región de dimensiones equiparables. A lo largo y ancho de su vasto territorio, prácticamente la cuarta parte de la Tierra, había menos hombres armados que los que necesitaría un Estado balcánico. En lo tocante a quienes tuvieran que vivir bajo ese poder, y contemplándolos desde un punto de vista meramente negativo y liberal, la clase dirigente británica se había salido con la suya. Eran preferibles a los hombres modernos de verdad, a los nazis y los fascistas. Pero mucho tiempo antes ya era evidente que se verían indefensos ante cualquier ataque en serio lanzado desde el exterior.

No les iba a ser posible plantar cara al nazismo o al fascismo, porque no estaba en su mano entenderlos. Tampoco podrían haber plantado cara ante el comunismo en caso de que este hubiera sido una fuerza de peso en Europa occidental. Para comprender el fascismo habrían tenido que estudiar la teoría del socialismo, lo cual les hubiera llevado a comprender que el sistema económico gracias al cual vivían como vivían era injusto, ineficaz y anticuado. Pero es que este era precisamente el hecho del que, según la educación que habían recibido, debían hacer caso omiso. Afrontaron el fascismo como los generales de caballería en 1914 hicieron frente a las ametralladoras: ignorando su existencia. Tras años de agresiones y matanzas, habían entendido una sola cosa: que Hitler y Mussolini eran hostiles al comunismo. Por tanto, se sostuvo, tenían que ser por fuerza amigos de la caja registradora donde se guardaban los dividendos británicos. De ahí el espectáculo realmente aterrador de los parlamentarios conservadores recibiendo con alborozo la noticia de que los barcos británicos que llevaban alimentos al gobierno de la República española habían sido bombardeados por la aviación italiana. Incluso cuando comenzaron a intuir que el

fascismo era un peligro, cuando comprendieron su naturaleza esencialmente revolucionaria, el enorme esfuerzo militar que era capaz de desarrollar, las tácticas a las que podía recurrir, etcétera, todo eso siguió bastante más allá del alcance de sus entendederas. Cuando estalló la Guerra Civil española, todo el que tuviera el conocimiento político que se puede obtener de un panfleto socialista de los que se vendían a seis peniques sabía que, si Franco ganaba la guerra, el resultado sería estratégicamente desastroso para Inglaterra, a pesar de lo cual los generales y los almirantes que se habían pasado la vida estudiando la guerra fueron incapaces de entenderlo. Esa misma ignorancia política atraviesa de punta a cabo la vida oficial inglesa, desde los ministros del gabinete hasta los embajadores, los cónsules, los jueces, los magistrados y los comisarios de policía. El policía que procede a la detención de un «rojo» no entiende las teorías que este predica. Si lo hiciera, su posición de guardaespaldas de la clase adinerada le resultaría menos plácida. Hay motivo para pensar que incluso el espionaje militar está lastrado por la ignorancia acerca de las nuevas doctrinas económicas y las distintas ramificaciones de los partidos clandestinos.

La clase dirigente británica no se equivocó del todo al pensar que el fascismo estaba de su parte. Es una verdad incontestable que cualquier rico, a menos que se trate de un judío, tiene menos que temer del fascismo que del comunismo o del socialismo democrático. Esto es algo que conviene no olvidar, pues prácticamente la totalidad de la propaganda alemana e italiana está ideada de manera que lo disimule. El instinto natural de hombres como Simon, Hoare, Chamberlain, etcétera, era llegar a un acuerdo con Hitler. Sin embargo —y aquí vuelve a tener peso ese particular rasgo de la vida en Inglaterra al que me he referido antes, el hondo sentimiento de solidaridad nacional—, sólo hubieran podido hacerlo desmembrando el imperio y vendiendo a su propio pueblo en condición de semiesclavos. Una clase dirigente realmente corrupta lo habría hecho sin vacilar, como sucedió en Francia. Pero en Inglaterra las cosas no habían llegado tan lejos. Los políticos capaces de pronunciar discursos estremecedores sobre «el deber de mostrar lealtad a nuestros conquistadores» apenas existen en la vida pública inglesa. Ante la disyuntiva de mantener sus ingresos o sus principios, era imposible que hombres como Chamberlain hicieran nada más que elegir lo peor de ambos mundos.

Una de las particularidades que siempre han sido síntoma de que la clase dirigente inglesa es bastante sólida desde el punto de vista ético es que, en tiempos de guerra, siempre se ha mostrado presta a morir. Varios duques, condes y qué sé yo qué otros miembros relevantes de la nobleza perdieron la vida en la reciente campaña de Flandes. Esto es algo que no podría suceder en el caso de que esos individuos fueran los cínicos bribones que a veces se afirma que son. Es importante no malinterpretar sus motivos, pues en tal caso no será posible predecir sus actos. Lo que de ellos cabe esperar no es la traición ni la cobardía en lo físico, sino la estolidez, el sabotaje inconsciente, el instinto infalible de hacer lo peor que se pueda hacer. No son

perversos, o no son malvados del todo; son simplemente incapaces de aprender. Sólo cuando desaparezcan su dinero y su poder, podrán sus miembros más jóvenes comenzar a entender en qué siglo viven.

V

El estancamiento del imperio en los años de entreguerras afectó a todo el mundo en Inglaterra, pero tuvo un efecto especial y muy directo en dos sectores importantes de la clase media. Uno es el estamento militar e imperialista de la clase media, los llamados Blimps o «reaccionarios»; el otro, la intelectualidad de izquierdas. Estos dos tipos en apariencia hostiles y simbólicamente opuestos —el coronel retirado, con su cuello de toro y su cerebro de alfeñique, como un dinosaurio; el intelectual de frente prominente y cuello de garza— están mentalmente ligados uno al otro e interactúan de continuo. En cualquier caso, nacen en gran medida en el seno de las mismas familias.

Hace treinta años, la clase de los reaccionarios ya empezaba a perder vitalidad. Las familias de clase media cuyas alabanzas cantó Kipling, las prolíficas familias sin demasiada cultura, cuyos vástagos eran oficiales del ejército y de la armada y acudían como enjambres a los parajes más desérticos de la Tierra, desde el Yukon hasta el Irrawaddy, estaban ya de capa caída antes de 1914. Lo que acabó con ellas fue el telégrafo. En un mundo cada vez más pequeño, cada vez más gobernado desde Whitehall, había cada vez menos espacio para las iniciativas individuales. Hombres como Clive, Nelson, Nicholson o Gordon no iban a encontrar un lugar propio en el moderno Imperio británico. En 1920, prácticamente cada palmo del imperio colonial estaba en manos de Whitehall. Los hombres bienintencionados, civilizados en exceso, con sus trajes oscuros y sombreros hongo, con los paraguas perfectamente enrollados y colgados del antebrazo izquierdo, imponían su rígida visión de la vida en Malasia y en Nigeria, en Mombasa y en Mandalay. Los antiguos forjadores del imperio se vieron reducidos a funcionarios, enterrados cada vez más bajo montañas de documentos oficiales atados con balduque rojo. A comienzos de los años veinte, se veía por todo el imperio a los funcionarios de mayor edad, que habían vivido días de más holgura, retorcerse de impotencia ante los cambios que se sucedían. Desde entonces, ha sido punto menos que imposible animar a los jóvenes de espíritu emprendedor a que tomen parte en la administración imperial. Y lo que era evidente en el mundo oficial no lo era menos en el comercial. Los grandes monopolios engulleron huestes de pequeños comerciantes. En vez de aventurarse a comerciar en las Indias, uno se limitaba a ocupar una mesa de despacho en Bombay o en Singapur, y la vida en esas ciudades era en realidad más tediosa, y más segura, que la vida en Londres. El sentimiento imperialista no perdió fuerza entre las clases medias, debido más que nada a las tradiciones familiares, pero el trabajo real de la administración del imperio ya no tenía el menor atractivo. Pocos hombres de veras capaces viajaban al este de Suez si tenían forma de ahorrárselo.

No obstante, el debilitamiento generalizado del imperialismo, y hasta cierto punto

de la propia moral británica, que tuvo lugar en los años treinta, fue en parte obra de la intelectualidad de izquierdas, en sí misma resultado del estancamiento del imperio.

Convendría señalar que no existe a día de hoy ninguna intelectualidad que, de un modo u otro, no sea «de izquierdas». Es posible que el último intelectual de derechas fuese T. E. Lawrence. Más o menos a partir de 1930, cualquier persona susceptible de ser tachada de «intelectual» ha vivido en un estado de descontento crónico con el orden existente. En un imperio sencillamente anquilosado, que no se desarrollaba y que tampoco se caía a pedazos, y en una Inglaterra gobernada por personas cuyo principal valor en bolsa era la estupidez, ser «inteligente» era ser sospechoso. A quien tuviese la inteligencia necesaria para entender los poemas de T. S. Eliot o las teorías de Karl Marx, las altas esferas se encargarían de mantenerlo lejos de todo trabajo de cierta importancia. Los intelectuales podrían encontrar su función sólo en las reseñas literarias y en los partidos políticos de izquierdas.

La mentalidad de la intelectualidad inglesa de izquierdas se puede estudiar en media docena de semanarios y revistas mensuales. Lo que sorprende de inmediato en estas publicaciones es la actitud en general negativa, quejumbrosa, la completa falta de sugerencias constructivas, que no se dan en ningún momento. Contienen poco más que las críticas irresponsables de quienes nunca han ocupado, ni esperan ocupar nunca, un puesto de poder. Otro rasgo muy acusado es la superficialidad emocional de unas personas que viven en un mundo hecho puramente de ideas y que tienen escaso contacto con la realidad física de las cosas. Muchos intelectuales de la izquierda fueron pacifistas moderados hasta 1935, pidieron a voz en grito la guerra contra Alemania entre 1935 y 1939, y enfriaron su entusiasmo cuando esta estalló. Es verdad a grandes rasgos, aunque no con cierta precisión, que quienes fueron más antifascistas durante la Guerra Civil española son ahora mismo los más derrotistas. En todo esto subyace un hecho realmente importante en lo referente a muchos de los intelectuales ingleses: su absoluto distanciamiento de la cultura común de su país.

Al menos en cuanto a sus intenciones, la intelectualidad inglesa está europeizada. De París toman las recetas de cocina; de Moscú, las opiniones. Dentro del patriotismo general del país, forman una suerte de isla de pensamiento disidente. Inglaterra tal vez sea el único gran país cuyos intelectuales se avergüenzan de su propia nacionalidad. En los círculos izquierdistas siempre se tiene la sensación de que ser inglés es una leve deshonra y de que es un deber mofarse de cualquiera de las instituciones británicas, desde las carreras de caballos a los pudines de sebo. Es algo extraño, pero una verdad incontrovertible, que a prácticamente cualquier intelectual inglés le avergonzaría más ponerse en posición de firmes mientras se entona el «Dios salve al rey», el himno nacional, que robar la limosna de los pobres. Durante todos estos años críticos, muchos izquierdistas han ido minando la moral británica, tratando de difundir un planteamiento que a veces era blandamente pacifista y a veces violentamente prorruso, pero siempre antibritánico. No está claro qué efecto pudo tener este afán de difusión, pero lo cierto es que alguno tuvo. Si el pueblo de

Inglaterra ha sufrido durante varios años un verdadero debilitamiento de la moral, al punto de que las naciones fascistas llegaran a juzgar que se encontraba en «decadencia» y que no era un desatino lanzarse a la guerra, el sabotaje intelectual por parte de la izquierda fue en parte responsable. Tanto el *New Statesman* como el *News Chronicle* protestaron contra el pacto de Munich, aunque también estos dos medios hicieron algo para que ese acuerdo fuera posible. Esos diez años de acoso contra los reaccionarios llegaron a afectar a los propios reaccionarios, con lo cual fue más difícil que antes lograr el ingreso de jóvenes inteligentes en las fuerzas armadas. Habida cuenta del anquilosamiento del imperio, la clase media militar habría entrado en decadencia de todos modos, si bien la difusión de ese izquierdismo superficial aceleró más si cabe el proceso.

Es evidente que la especial postura de los intelectuales ingleses a lo largo de los últimos diez años como seres puramente negativos, meramente antirreaccionarios, fue un efecto colateral de la estupidez de la clase dirigente. La sociedad no tenía función que atribuir a los intelectuales, quienes tampoco supieron comprender que la devoción por el país comporta estar a las duras y a las maduras, en la salud y en la enfermedad. Tanto los reaccionarios como los intelectuales dieron por sentado, como si fuera una ley de la naturaleza, el divorcio entre el patriotismo y la inteligencia. Un patriota leía la *Blackwood's Magazine* y daba gracias a Dios por no ser muy listo; un intelectual se mofaba de la bandera nacional y consideraba la valentía un rasgo propio de los bárbaros. Es evidente que esta ridícula convención es hoy insostenible. El intelectual de Bloomsbury, con sus burlas automáticas, se halla tan anticuado como el coronel de caballería. Una nación moderna no puede permitirse la actividad ni de uno ni de otro. El patriotismo y la inteligencia tendrán que aunarse de nuevo. Y esto será posible precisamente porque estamos librando una guerra, y una guerra muy peculiar.

VI

Una de las novedades que más importancia han tenido en Inglaterra a lo largo de los últimos veinte años ha sido el desplazamiento ascendente y descendente de la clase media. Se ha producido a tal escala que la antigua estratificación de la sociedad, dividida en capitalistas, proletarios y pequeñoburgueses (dueños de pequeñas propiedades), ha quedado obsoleta.

Inglaterra es un país en el que la propiedad y las finanzas se concentran en manos de muy pocos. Pocas personas, en la Inglaterra moderna, son dueñas de algo que no sea su ropa, sus muebles y, a lo sumo, una casa. El campesinado ha desaparecido hace mucho, el tendero independiente va siendo destruido de manera sistemática, el pequeño empresario se extingue día a día. Al mismo tiempo, la industria moderna es tan compleja que no puede funcionar sin una gran cantidad de administradores, vendedores, ingenieros, químicos, etcétera; técnicos de todo tipo que ganan un salario bastante generoso. Estos, a su vez, requieren toda una clase profesional de médicos, abogados, profesores, artistas, etcétera. La tendencia del capitalismo avanzado consiste en ampliar la clase media, no en hacerla desaparecer, tal como en su día parecía más que probable.

Sin embargo, mucho más importante que todo esto es la difusión de las ideas de la clase media, de sus hábitos, entre la clase obrera. La clase obrera británica se encuentra hoy mejor, en todos los sentidos, que hace treinta años. En parte, esto se debe a los esfuerzos de los sindicatos, pero en parte es producto del avance de las ciencias. No siempre se comprende que, dentro de unos límites bastante estrechos, puede mejorarse el nivel de vida de todo un país sin que se produzca la correspondiente mejora salarial. Hasta cierto punto, la civilización es capaz de auparse tirando de las lengüetas de sus propias botas. Por injusta que sea la organización de la sociedad, determinados progresos técnicos beneficiarán por fuerza a toda la comunidad porque hay un determinado tipo de bienes que necesariamente se tienen en común. Por ejemplo, un millonario no podrá iluminar las calles para su comodidad y dejarlas a oscuras para los demás. Prácticamente todos los ciudadanos de los países civilizados disfrutan hoy de buenas carreteras, de agua corriente sin gérmenes, de protección policial, de bibliotecas gratuitas y, probablemente, de educación hasta cierto punto gratuita. La enseñanza pública en Inglaterra ha sido mezquinamente despojada del dinero que tanto necesita, a pesar de lo cual ha mejorado, debido sobre todo a los esfuerzos y la abnegación de los profesores. El hábito de la lectura se ha extendido muchísimo. Cada vez en mayor medida, los ricos y los pobres leen los mismos libros, ven las mismas películas, escuchan los mismos programas radiofónicos. Y las diferencias existentes en su forma de vida se han reducido gracias a la producción en masa de ropa barata y a las mejoras de la

vivienda. En lo que atañe a la apariencia externa, la ropa de los ricos y los pobres, en especial de las mujeres, es menos diferente de lo que lo era hace treinta o incluso tan sólo quince años. En cuanto a la vivienda, en Inglaterra todavía hay arrabales que son una lacra para la civilización, si bien se han construido muchas viviendas nuevas en los últimos diez años, sobre todo por iniciativa municipal. Las modernas viviendas de protección oficial, con su cuarto de baño y su suministro eléctrico, son más pequeñas que la casa donde vive el agente de cambio y bolsa, pero siguen siendo a todas luces el mismo tipo de vivienda, al contrario que la granja del campesino. Una persona que haya crecido en una vivienda de protección oficial tendrá probablemente más aspecto de integrante de la clase media —y es más visiblemente de clase media— que una persona que haya crecido en un arrabal.

El efecto de todo esto ha sido una suavización generalizada de las costumbres, algo realzado por el hecho de que los modernos métodos industriales tienden siempre a exigir un menor esfuerzo físico y, por tanto, permiten que todo el mundo disponga de una cierta reserva de energía al terminar su jornada laboral. Muchos obreros de las industrias ligeras trabajan de manera menos manual que un médico o un tendero. En cuanto a los gustos, los hábitos, los modales y la apariencia, la clase obrera y la clase media son cada vez más semejantes. Siguen en pie distinciones injustas, pero las verdaderas diferencias disminuyen. El «proletario» a la antigua usanza —sin cuello de la camisa, sin afeitar, con los músculos tensos por el arduo trabajo— sigue existiendo, pero en número cada vez menor. Sólo predomina en las regiones de la industria pesada, en el norte de Inglaterra.

A partir de 1918 comenzó a aparecer algo que previamente no existía en Inglaterra: personas de clase social indeterminada. En 1910, todo habitante de las islas podía ser «identificado» en el acto por medio de su atuendo, sus modales y su acento. Ya no es así. Sobre todo, es algo que no sucede en las nuevas aglomeraciones urbanas que se han desarrollado de resultas de los automóviles nuevos y baratos, del desplazamiento de la industria hacia el sur. El lugar donde es posible buscar los embriones de la futura Inglaterra se halla en las zonas donde prima la industria ligera y a lo largo de las principales carreteras. En Slough, Dagenham, Barnet, Letchworth y Hayes —en realidad, en cualquier punto situado a las afueras de las grandes poblaciones—, poco a poco va cambiando la vieja pauta y evoluciona algo novedoso. En esas vastas y desoladas extensiones de cristal y ladrillo, las agudas distinciones que eran propias de la ciudad a la antigua usanza, con sus arrabales y mansiones, o bien propias del campo, con sus casas solariegas y sus granjas depauperadas, dejan de estar presentes. Hay amplias gradaciones en cuanto a ingresos, pero se trata de un mismo tipo de vida que se vive en distintos niveles, en pisos que ahorran trabajo doméstico, en viviendas de protección oficial, a lo largo de las carreteras asfaltadas, cementadas, y en la democracia sin tapujos de las piscinas públicas. Se trata de una vida bastante inquieta que ha dado la espalda a la cultura, que gira en torno a los alimentos enlatados, el *Picture Post*, la radio y el motor de combustión interna. Se

trata de una civilización en la que los niños crecen con un íntimo conocimiento de las magnetos y las dinamos, en completa ignorancia de la Biblia. A esa civilización pertenecen las personas que más a sus anchas se sienten en el mundo moderno, las que más inequívocamente pertenecen a él, los técnicos, los obreros especializados y bien remunerados, los aviadores y sus mecánicos, los químicos. Forman el estrato indeterminado ante el que han comenzado a resquebrajarse las antiguas distinciones de clase.

Esta guerra, a menos que salgamos derrotados de ella, borrará del todo la mayoría de los privilegios de clase que todavía existen. A cada día que pasa son menos las personas deseosas de que sigan vigentes. No hay por qué temer que con este cambio de patrones la vida en Inglaterra vaya a perder su sabor peculiar. Las nuevas ciudades de ladrillo rojo que crecen en el cinturón periférico de Londres son sin duda toscas, pero se trata solamente del sarpullido que acompaña a todo cambio. Sea cual sea la forma en que Inglaterra salga de la guerra, estará profundamente imbuida de las características a las que me he referido antes. Los intelectuales que aspiren a verla rusificada, o germanizada, se verán decepcionados. La amabilidad, la hipocresía, el descuido, la reverencia por la ley y el odio a los uniformes seguirán existiendo junto con los pudines de sebo, los cielos nublados y la bruma. Hace falta un desastre de grandes proporciones, como un largo período de sojuzgamiento ante un enemigo extranjero, para destruir una cultura nacional. La bolsa de valores será demolida, el arado con caballo dejará su sitio al tractor, las casas de campo se reconvertirán en colonias de vacaciones infantiles, pero Inglaterra seguirá siendo Inglaterra, un animal eterno que se estira hacia el futuro y hacia el pasado y que, como todos los seres vivos, tendrá el poder de cambiar hasta ser irreconocible, si bien seguirá siendo igual.

SEGUNDA PARTE: TENDEROS EN GUERRA

I

Comencé este libro al son de las bombas alemanas, y ahora inicio la segunda parte con la barahúnda adicional de las baterías antiaéreas. Los destellos amarillentos de los faros que guían a los artilleros iluminan el cielo, las esquirlas llueven sobre los tejados, el Puente de Londres se va a derrumbar, se va a derrumbar, se va a derrumbar. Todo el que sepa leer un mapa sabe que corremos un gravísimo peligro. No quiero decir que estemos derrotados, ni que tengamos por qué estarlo. El resultado, casi con toda certeza, dependerá de nuestra propia voluntad. Pero en este momento estamos con el agua al cuello, literalmente encenagados, y hasta aquí nos ha traído la sarta de estupideces en las que seguimos incurriendo, y que terminará por ahogarnos del todo si no nos enmendamos cuanto antes.

Lo que esta guerra ha venido a demostrar es que el capitalismo privado —esto es, un sistema económico en el que la tierra, las fábricas, las minas y los medios de transporte son de propiedad privada, y son explotados única y exclusivamente según sean los dividendos que arrojen— sencillamente no funciona. No puede satisfacer las necesidades. Esta realidad la conocían millones de personas desde hace varios años, pero de ella nunca se ha derivado nada porque no existía una verdadera urgencia por cambiar el sistema desde abajo, al tiempo que quienes estaban en la cima se habían aprestado a exhibir una estupidez impenetrable sobre este punto. Los argumentos y la propaganda no nos llevaron a ninguna parte. Los señores de la propiedad privada seguían cómodamente sentados sobre sus posaderas, empeñados en proclamar que todo era precisamente para mejor. La conquista de Europa por parte de Hitler, no obstante, sí que fue una desacreditación, una demolición física, del capitalismo. A pesar de todos sus males, la guerra es en cualquier caso una incontestable prueba de fuerza, como una de esas máquinas de feria en las que los forzudos demuestran su valía. A quien haga una gran demostración de fuerza, se le devuelve el penique insertado en la ranura. Y no hay manera de falsear el resultado.

Cuando se inventó la hélice náutica, hubo una polémica, que duró años, en torno a si eran mejores los barcos de vapor de hélice o los de palas. Estos, como todo lo que se queda obsoleto, tuvieron sus adalides, que aportaron argumentos ingeniosos. A la postre, sin embargo, un distinguido almirante amarró por la popa un vapor de hélice con otro de palas, los dos con idéntica potencia, y puso los motores en marcha. Así se zanjó la cuestión de una vez por todas. Y algo similar ha ocurrido en los campos de Noruega y de Flandes. De una vez por todas, se demostró que una economía planificada es mejor que aquella que no obedece a planes. Ahora bien, es necesario introducir aquí una definición de esos dos términos de los que tanto se ha abusado, los de «socialismo» y «fascismo».

El socialismo suele definirse como «la propiedad común de los medios de

producción». Dicho con mayor crudeza: el Estado, que representa a toda la nación, es el dueño de todo, y todos los ciudadanos son empleados del Estado. No quiere esto decir que a las personas se las despoje de sus pertenencias, tales como la ropa y los muebles, aunque sí quiere decir que todos los bienes de producción, como la tierra cultivable, las minas, los barcos y las máquinas, son propiedad del Estado. El Estado es el único productor a gran escala. No es cierto que el socialismo sea en todos los sentidos superior al capitalismo, pero sí es verdad que, al contrario que el capitalismo, puede resolver los problemas derivados de la producción y el consumo. En épocas normales, una economía capitalista nunca podrá consumir todo cuanto produce, de modo que siempre hay un remanente que se echa a perder (el trigo que se quema en hornos, los arenques que son devueltos al mar, etcétera) y siempre hay desempleo, en mayor o menor grado. En cambio, en tiempos de guerra, tiene ciertas dificultades para producir todo cuanto se necesita, porque no se produce nada que no le sirva a alguien para extraer un beneficio.

En una economía socialista, estos problemas no se dan. El Estado sencillamente calcula qué bienes serán necesarios y hace cuanto está en su mano para asegurarse de que se produzcan. La producción sólo está limitada por la cantidad de mano de obra y de materias primas disponible. El dinero, en lo tocante a su utilidad para la nación, deja de ser algo misterioso y todopoderoso, y pasa a ser una suerte de cupón o de cartilla de racionamiento, emitida en cantidades suficientes para que sea posible comprar los bienes de consumo que en tal o cual momento estén disponibles.

De todos modos, en estos últimos años empieza a estar claro que «la propiedad común de los medios de producción» no basta para definir el socialismo. Hay que añadir lo siguiente: un régimen de ingresos más o menos igualitario (basta con que lo sea de manera aproximada), democracia política y la abolición de todo privilegio hereditario, sobre todo en la educación. Estas son, sencillamente, las salvaguardias necesarias frente a la posible reaparición del sistema de clases. La propiedad centralizada apenas significa nada si la mayor parte del pueblo no disfruta de un nivel de vida más o menos parecido y si no tiene alguna suerte de control sobre el gobierno. El «Estado» puede terminar por ser nada más que un partido político que se elige a sí mismo, y la oligarquía y los privilegios pueden volver a instaurarse, más sobre la base del poder que sobre la base del dinero.

Pero ¿en qué consiste, pues, el fascismo?

El fascismo, al menos en su modalidad alemana, es una forma de capitalismo que toma prestados del socialismo los rasgos que lo volverán eficaz al máximo de cara a una guerra. En el plano interno, Alemania tiene mucho en común con un Estado socialista. La propiedad privada nunca ha sido abolida, sigue habiendo capitalistas y trabajadores, y —este es el punto realmente importante, la verdadera razón por la cual todos los ricos del mundo tienden a mostrar su simpatía por el fascismo— en términos generales esos dos grupos sociales son los mismos que antes de la revolución nazi. Al mismo tiempo, el Estado, que no es sino el Partido Nazi, está al

mando de todo. Controla las inversiones, las materias primas, los tipos de interés, la jornada laboral y los salarios. El dueño de la fábrica sigue siéndolo, aunque por razones prácticas quede reducido a la condición de administrador. Todos los ciudadanos son en realidad empleados del Estado, aunque los salarios varían muchísimo. La eficacia de un sistema como este, la eliminación de los sobrantes y de todo obstáculo, es evidente. En siete años ha construido la más poderosa maquinaria de guerra jamás vista en el mundo.

Ahora bien, la idea que subyace al fascismo es irreconciliablemente diferente de la idea que subyace al socialismo. Este tiende en última instancia a un Estado mundial de seres humanos libres e iguales; da por sentada la universalidad de los derechos humanos. El nazismo defiende todo lo contrario. La fuerza motriz que subyace al movimiento nazi es la creencia en la desigualdad humana, la superioridad de los alemanes respecto de cualquier otra raza, el derecho de Alemania a regir los destinos del mundo. Fuera del Reich alemán no reconoce ninguna obligación. Eminentes profesores nazis han «demostrado» una y mil veces no sólo que el hombre nórdico es el único plenamente humano, sino que han dado incluso a entender que los pueblos que no son nórdicos (por ejemplo, nosotros) ¡son capaces de cruzarse con los gorilas! Por tanto, así como existe dentro del Estado alemán una especie de socialismo de guerra, su actitud ante las naciones conquistadas es sencillamente la de un explotador. La función de los checos, polacos, franceses, etcétera, es lisa y llanamente producir los bienes que Alemania pueda necesitar, y recibir a cambio tan sólo lo justo para que no se declaren en rebelión abierta. Si nosotros somos conquistados, nuestro cometido probablemente no sea otro que fabricar armas para que Hitler libre sus próximas guerras contra Rusia y Estados Unidos. Los nazis, en efecto, se proponen establecer una especie de sistema de castas, con cuatro castas principales que se correspondan bastante al pie de la letra con las de la religión hindú. En la cúspide, el Partido Nazi; por debajo, el pueblo alemán; en tercer lugar, las poblaciones europeas conquistadas, y en cuarto y último lugar, los pueblos de color, los «medio simios», como los llama Hitler, que han de ser reducidos sin tapujos a la condición de esclavos.

Por horrible que pueda parecernos este sistema, lo cierto es que funciona. Funciona porque se trata de un sistema planificado y ajustado para un propósito bien definido, la conquista del mundo, que no permite que ningún interés particular, ni capitalista ni obrero, se interponga en su camino. El capitalismo británico no funciona porque se trata de un sistema competitivo en el que el beneficio privado es, y tiene que ser, el objetivo primordial. Es un sistema en el que todas las fuerzas empujan en direcciones opuestas y en el que los intereses individuales se oponen con frecuencia a los del Estado.

A lo largo de todos estos años críticos, el capitalismo británico, con su inmensa industria y su disponibilidad sin parangón de mano de obra cualificada, no ha estado a la altura de la tensión necesaria para prepararse para una guerra a gran escala. A tal

fin, es preciso destinar la mayor parte del producto nacional a la construcción de armamento, lo cual significa reducir los bienes de consumo. Un bombardero, por ejemplo, tiene un precio equiparable al de cincuenta automóviles pequeños, o al de ochenta mil pares de medias de seda, o al de un millón de barras de pan. Es evidente que no se puede disponer de muchos bombarderos sin reducir sustancialmente el nivel de vida de la población. O cañones o mantequilla, como señaló el mariscal Goering. Pero en la Inglaterra de Chamberlain no fue posible llevar a cabo esa transición. Los ricos no quisieron hacer frente a los impuestos necesarios, y mientras los ricos sigan siendo visiblemente ricos, tampoco es posible imponer unos impuestos excesivos a los pobres. Por si fuera poco, mientras el beneficio sea el objetivo principal del fabricante, este no tendrá el menor incentivo para pasar de la fabricación de bienes de consumo a la de armamento. El principal deber que tiene un empresario es el que ha contraído con sus accionistas. Es posible que Inglaterra necesite tanques, pero tal vez salga más a cuenta fabricar automóviles. Impedir que el material de guerra caiga en manos del enemigo es de sentido común, pero obtener los mayores rendimientos mercantiles es un deber supremo. A finales de agosto de 1939, los comerciantes británicos se peleaban por vender a Alemania latón, cobre y barnices. Y lo hacían sin tapujos, a sabiendas de que la guerra estallaría en cuestión de una o dos semanas. Se trata de una maniobra tan sensata como venderle una navaja de afeitar a quien se dispone a rebanarnos el pescuezo. Pero fue «un buen negocio».

Ahora, a la vista están los resultados. A partir de 1934 se supo que Alemania había procedido a rearmarse. A partir de 1936, todo el que tuviera ojos en la cara sabía que se avecinaba la guerra. Después del pacto de Munich, sólo era cuestión de tiempo que estallara la guerra. En septiembre de 1939 se iniciaron las hostilidades. Ocho meses después se supo que, en lo tocante al equipamiento, el ejército británico se hallaba a la altura de 1918. Vimos a nuestros soldados abrirse paso a la desesperada hacia la costa, con un avión nuestro por cada tres aparatos enemigos, con fusiles contra los tanques, con bayonetas contra las ametralladoras. Ni siquiera todos los oficiales estaban provistos de una pistola reglamentaria. Un año después de comenzada la guerra, el ejército aún necesitaba trescientos mil cascos. Previamente hubo escasez de uniformes… ¡en uno de los países que más lana producen en el mundo entero!

Lo que ocurrió fue que la totalidad de la clase adinerada, contraria a un posible cambio en su forma de vida, había cerrado los ojos ante la naturaleza del fascismo y de la guerra moderna. Asimismo, al público en general se le nutrió de un falso optimismo por medio de la prensa sensacionalista, que vive de sus anunciantes y que, por tanto, tiene interés en preservar dentro de la normalidad las condiciones comerciales. Año tras año, la prensa de Beaverbrook nos aseguraba en grandes titulares que no habría guerra, y nada menos que a comienzos de 1939, lord Rothermere dijo de Hitler que era «todo un caballero». Así pues, mientras Inglaterra, en el momento del desastre, se vio sumida en una gravísima escasez de material de

guerra de todo tipo, con la excepción de los barcos, no se registró que hubiera la menor escasez de automóviles, abrigos de pieles, gramófonos, barras de labios, chocolatinas o medias de seda. ¿Hay quien todavía ose afirmar que no sigue dándose ese mismo tira y afloja entre el beneficio privado y la necesidad pública? Inglaterra combate ahora por salvar la vida, pero las empresas deben luchar por sus beneficios. Apenas es posible abrir un periódico sin ver cómo siguen dándose codo con codo los dos procesos contradictorios. En una misma página aparecen un aviso del gobierno en el que nos insta a ahorrar y el anuncio del vendedor de algún artículo de lujo que nos insta a gastar. Prepárese para la defensa, pero… Guinness le sienta bien. Compre un Spitfire, pero también una botella de Haig and Haig, crema facial Pond's y chocolatinas Black Magic.

Hay algo que da pie a la esperanza: el visible giro de la opinión pública. Si sobrevivimos a esta guerra, la derrota sufrida en Flandes será uno de los grandes momentos decisivos de la historia de Inglaterra. En aquel desastre de proporciones espectaculares, la clase obrera, la clase media e incluso una parte de la comunidad empresarial pudieron comprobar la absoluta podredumbre del capitalismo privado. Antes, las acusaciones contra el capitalismo nunca habían sido demostradas de manera concluyente. Rusia, el único país definitivamente socialista, estaba lejos y vivía sumido en el atraso. Todo amago de crítica quedaba invalidado ante las caras de trampa para ratones de los banqueros y ante las risas estridentes de los agentes de cambio y bolsa. ¿Socialismo? Ja, ja, ja. ¿Y de dónde vendrá el dinero? Ja, ja, ja. Los amos y señores de la propiedad seguían firmes en sus poltronas, y además lo sabían. Sin embargo, tras el desastre de Francia sobrevino algo de lo que ya no era posible reírse así como así, algo que ni los talonarios ni los policías podían impedir: los bombardeos. ¡Zzzz… bum! ¿Qué ha sido eso? Ah, poca cosa, una bomba que ha caído en la bolsa de valores. ¡Zzzz… bum! Otra media hectárea de arrabales, propiedad a saber de quién, que se ha ido al cuerno. Hitler sin lugar a dudas pasará a la historia por haber sido el hombre que hizo a la City de Londres reírse a carcajadas, pero con cara de no saber qué estaba pasando. Por vez primera en toda su vida, los cómodos se sintieron incómodos, y los optimistas profesionales tuvieron que reconocer que la cosa iba francamente mal. Fue un gran paso adelante. A partir de entonces, el espantoso empeño por tratar de convencer a una serie de personas fingidamente estupefactas de que una economía planificada podía ser mucho mejor que una liberalizada, en la cual son los peores los que se alzan con el santo y la limosna… ese empeño ya no volverá a ser tan espantoso.

II

La diferencia que hay entre socialismo y capitalismo no es primordialmente de tipo técnico. No es posible reemplazar un sistema por otro sin más complicaciones, tal como sería posible instalar una máquina nueva en una fábrica y seguir la producción como si tal cosa, con las mismas personas en los puestos de mando. Obviamente, se necesita asimismo un desplazamiento del poder. Sangre nueva, hombres nuevos, ideas nuevas; una revolución, en el verdadero sentido de la palabra.

Me he referido antes a la solidez y la homogeneidad de Inglaterra, a ese patriotismo que recorre como un hilo conductor las distintas clases sociales. Después de Dunkerque, esto lo vio todo el que tuviera ojos en la cara. Sin embargo, es absurdo pretender que la promesa de aquellos momentos se haya cumplido. Casi con toda certeza, la población está preparada para los cambios inmensos que resultan necesarios, pero lo cierto es que esos cambios ni siquiera han empezado a producirse.

Inglaterra es una familia a cuyo mando están quienes no deberían estarlo. Estamos gobernados casi completamente por los ricos, y por personas que ocupan puestos de mando por ser ese su derecho de nacimiento. Pocas de estas personas, si es que alguna, son traidoras a conciencia. Algunas ni siquiera son estúpidas, pero como clase son incapaces de conducirnos a la victoria. No podrían hacerlo ni siquiera si sus intereses puramente materiales no las llevaran de continuo a tropezar. Como ya señalé antes, son personas que han caído en una estupefacción afectada. Al margen de todo lo demás, la ley del dinero se encarga de que nos gobierne sobre todo gente de edad avanzada, esto es, gente absolutamente incapaz de entender la época en la que vive o el enemigo contra el cual combate. Al comienzo de esta guerra, nada era tan desolador como el modo en que toda la generación de mayor edad conspiró para dar a entender que se trataba de la misma guerra de 1914-1918, como si hubiese vuelto a empezar. Y todos los viejos volvieron a sus puestos, con veinte años más a sus espaldas, con la calavera más visible bajo los rasgos faciales. Ian Hay vitoreaba a las tropas, Belloc escribía artículos sobre estrategia, Maurois emitía programas radiofónicos, Bairnsfather volvía a dibujar caricaturas. Fue como una merienda con fantasmas por invitados. Y la situación apenas ha cambiado desde entonces. El sobresalto del desastre llevó al frente a unos pocos hombres capaces, como Bevin, pero en general seguimos bajo el mando de personas que se las ingeniaron para vivir entre 1931 y 1939 sin haber descubierto siquiera que Hitler era peligroso. De nuestros cuellos cuelga, como un collar hecho de cadáveres, una generación de incompetentes incapaces de aprender.

Cuando uno considera cualquiera de los problemas de esta guerra, y da lo mismo que sean los aspectos más amplios de la estrategia o las cuestiones de detalle de la organización nacional, enseguida constata que es imposible poner en marcha las

iniciativas necesarias mientras la estructura social de Inglaterra siga siendo la que es. De manera inevitable, debido a su posición y a la educación recibida, la clase dirigente lucha por sus privilegios, que de ninguna manera pueden reconciliarse con los intereses públicos. Es un error imaginar que los objetivos bélicos, la estrategia, la propaganda y la organización industrial existen en compartimentos estancos. Todos están interrelacionados. Cada plan estratégico, cada método táctico, incluso cada arma, llevará el sello del sistema social que la haya producido. La clase dirigente británica lucha contra Hitler, al que siempre había tenido, y algunos todavía tienen, como su protector frente al bolchevismo. Eso no significa que vayan a traicionar al país, pero sí que es probable que en cualquier momento decisivo titubeen, que se anden con miramientos, que cometan un error.

Hasta que el gobierno de Churchill detuvo de alguna manera el proceso, la clase dirigente británica había incurrido en errores sucesivos de manera tan instintiva como infalible. Así ha sido desde 1931. Ayudó a Franco a derrocar al gobierno español, aunque todo el que no fuera un simple idiota les podría haber dicho que una España fascista sería hostil a Inglaterra. Pertrechó a Italia con material bélico a lo largo del invierno de 1939-1940, aunque al mundo entero le resultaba evidente que Italia nos atacaría en primavera. A fin de obtener unos pocos dividendos, ahora están haciendo que la India pase de aliada a enemiga. Por si fuera poco, mientras la clase adinerada siga al mando, es imposible que desarrollemos nada que no sea una estrategia meramente defensiva. Cada victoria entraña un cambio en el *statu quo*. ¿Cómo vamos a echar a los italianos de Abisinia sin suscitar la indignación de las poblaciones de color de nuestro propio imperio? ¿Cómo vamos a aplastar a Hitler sin correr el riesgo de que los socialistas y comunistas alemanes se hagan con el poder? Los izquierdistas que se quejan de que «esta es una guerra capitalista» y de que «el imperialismo británico» lucha sólo para hacerse con el botín de guerra, tienen la cabeza atornillada del revés al cuello, de manera que miran para atrás. Lo último que desea la clase adinerada británica es la adquisición de nuevos territorios. Sería demasiado vergonzoso. Su objetivo de guerra, tanto inalcanzable como inconfesable, no es otro que seguir disfrutando de lo que tienen.

Por lo que se refiere a la política interior, Inglaterra sigue siendo el paraíso de los ricos. Todo lo que se dice de la «igualdad de sacrificio» es pura paparrucha. Al tiempo que a los obreros de las fábricas se les pide que hagan jornadas más largas, aparecen en la prensa anuncios como este: «Mayordomo. Uno en la familia, ocho criados en total». Los habitantes del East End que han perdido sus casas en los bombardeos pasan hambre y siguen sin cobijo, mientras otras víctimas más acaudaladas se suben a sus automóviles y huyen a sus cómodas casas de campo. La Home Guard cuenta con un millón de voluntarios en pocas semanas, y se organiza deliberadamente desde arriba de tal manera que sólo las personas que dispongan de ingresos asegurados ocupen los puestos de mando. Hasta el sistema de racionamiento está gestionado de tal manera que perjudica siempre a los pobres, mientras que

quienes ganan más de dos mil libras al año prácticamente ni siquiera lo sufren. En tales circunstancias, hasta la propaganda resulta imposible. Como intento de agitar los sentimientos patrióticos, los carteles rojos que distribuyó el gobierno de Chamberlain a comienzos de la guerra batieron todos los récords de intensidad. Ahora bien, difícilmente pudieron haber sido distintos de lo que eran, pues ¿cómo iban a arriesgarse Chamberlain y sus seguidores a suscitar un fuerte sentimiento popular contra el fascismo? Todo el que fuera genuinamente hostil al fascismo también tenía que oponerse al propio Chamberlain y a todos los que ayudaron a Hitler a hacerse con el poder. Y eso mismo sucedió con toda la propaganda exterior. En todos los discursos de lord Halifax no hay una sola propuesta concreta en virtud de la cual un solo habitante del continente europeo pudiera arriesgar ni la última falange del dedo meñique. ¿Qué objetivo bélico puede tener Halifax, o cualquiera de su ralea, si no es volver a poner el reloj a la hora que marcaba en 1933?

Sólo mediante la revolución podrá liberarse el genio nativo del pueblo inglés. La revolución no es cosa de banderas rojas y luchas callejeras, sino que entraña un sustancial desplazamiento del poder. Que se logre con o sin derramamiento de sangre es en gran medida algo accidental, supeditado al tiempo y el lugar. Tampoco significa la dictadura de una única clase social. Los ingleses que entienden la necesidad de los cambios, los que son capaces de llevarlos a efecto, no están circunscritos a una sola clase social, aunque es cierto que pocas personas que dispongan de más de dos mil libras al año se cuentan entre ellos. Lo que se necesita es una revuelta abierta y consciente, llevada a cabo por la gente de a pie contra la ineficacia, los privilegios de clase y el gobierno en manos de los vejestorios. No se trata ante todo de un cambio de gobierno. En términos generales, los gobiernos británicos representan la voluntad popular, y si alteramos la estructura desde abajo lograremos el gobierno que necesitamos. Los embajadores, los generales, los funcionarios y los administradores de las colonias, que o son personajes seniles o son profascistas, son más peligrosos que los propios ministros del gabinete, que han de cometer sus estupideces a la vista del público. A lo largo de la historia de la nación hemos tenido que luchar contra el privilegio, contra la idea de que un mentecato educado en un colegio privado está mejor preparado para mandar que un mecánico inteligente. Aunque haya individuos bien dotados y honestos entre ellos, hemos de librarnos del poder que sobre nosotros tiene la clase adinerada en conjunto. Inglaterra debe asumir la forma que realmente le corresponde. La Inglaterra que late bajo la superficie, en las fábricas y las redacciones de los periódicos, en los aviones y los submarinos, tiene que hacerse cargo de su propio destino.

A corto plazo, la igualdad de sacrificios, el «comunismo de guerra», es aún más importante que cualquier cambio económico radical. Es muy necesario que la industria sea nacionalizada, pero es aún más urgente que monstruosidades tales como los mayordomos y los ingresos de que se dispone sin trabajar desaparezcan de inmediato. Casi con toda certeza, la principal razón de que la República española

pudiera seguir luchando durante dos años y medio frente a un enemigo inmensamente más poderoso fue que no hubiera en su seno contrastes de riqueza muy marcados. El pueblo padeció sufrimientos espantosos, pero todos los padecieron por igual. Cuando el soldado raso no tenía tabaco que fumar, el general tampoco. Con la igualdad del sacrificio, la moral de un país como Inglaterra probablemente sería inquebrantable. Pero en la actualidad no tenemos nada a lo que recurrir, salvo el patriotismo tradicional, más profundo aquí que en ninguna otra parte, aunque no por eso sea inagotable. En un momento u otro hay que acabar con el hombre que asegura que «con Hitler no estaría mucho peor». Claro que, ¿qué respuesta se le puede dar —es decir, qué respuesta es posible que atienda— cuando los soldados rasos arriesgan la vida por dos chelines y seis peniques al día, y cuando hay mujeres gordas que se pasean en sus Rolls-Royce cuidando de sus pequineses?

Es muy probable que esta guerra dure tres años. Traerá consigo una cruel carga de trabajo en exceso, inviernos fríos y apagados, comida insípida, falta de diversiones y bombardeos prolongados. Por fuerza hará descender el nivel de vida del ciudadano medio, porque el acto esencial de la guerra consiste en la fabricación de armamento en vez de producir bienes de consumo. La clase obrera experimentará sufrimientos horribles y sin duda los padecerá de un modo casi indefinido, siempre y cuando sepa por qué están luchando. No son cobardes; no tienen ni siquiera una mentalidad internacional. Podrán soportar todo lo que soportaron los obreros españoles, y más aún. Pero querrán alguna prueba irrefutable de que les aguarda una vida mejor a ellos y a sus hijos. La única prueba concluyente de eso será que, cuando les impongan subidas de impuestos y jornadas laborales extenuantes, vean que los ricos aún sufren mayores padecimientos. Y si los ricos se ponen a chillar a voz en cuello, pues tanto mejor.

Podemos hacer realidad todas estas cosas, basta con desearlo. No es verdad que la opinión pública no tenga poder en Inglaterra. Nunca se hace oír sin lograr algo a cambio. Ha sido responsable de la mayoría de las mejoras de los últimos seis meses. Pero nos hemos desplazado con la lentitud de un glaciar, y hemos aprendido sólo gracias a los desastres. Hizo falta que cayera París para librarnos de Chamberlain; fue preciso el sufrimiento, por otra parte innecesario, de decenas de miles de personas en el East End para librarnos, al menos parcialmente, de *sir* John Anderson. No vale la pena perder una batalla sólo con el fin de enterrar un cadáver. Y es que luchamos contra inteligencias malignas y ágiles, el tiempo apremia y, además,

> *la historia a los vencidos*
> *podrá decir «¡lo siento!», pero no podrá cambiarlos ni pedirles perdón.*[*]

III

Durante el último semestre se ha hablado mucho de la «quinta columna». De vez en cuando se encarcela a algún que otro lunático por hacer un discurso a favor de Hitler. Se ha internado en campos a un gran número de refugiados alemanes, hecho que casi con toda seguridad nos ha causado grandes perjuicios en Europa. Es evidente, por supuesto, que la idea de que exista un ejército amplio y organizado de quintacolumnistas, dispuesto a presentarse en las calles con las armas en la mano, como en Bélgica y Holanda, es una absoluta ridiculez. No obstante, existe el peligro de la quinta columna. Es preciso tenerlo en cuenta si es preciso considerar de qué modo podría Inglaterra salir derrotada.

No parece probable que los bombardeos aéreos sirvan para zanjar una guerra de tan grandes proporciones. Inglaterra bien podría ser invadida y conquistada, pero la invasión sería una apuesta arriesgada y peligrosa, y si fracasara nos dejaría más unidos y menos lastrados por los reaccionarios de lo que lo estábamos antes. Además, si Inglaterra fuera arrasada por tropas extranjeras, el pueblo inglés sería plenamente consciente de haber sufrido una derrota, con lo cual continuaría la lucha. Es dudoso que los ingleses pudiéramos ser sojuzgados de manera permanente, o que los deseos de Hitler sean efectivamente mantener un ejército de un millón de hombres acuartelado en estas islas. A Hitler le convendría mucho más un gobierno compuesto por —, — y — (el lector podrá rellenar los espacios en blanco). Los ingleses probablemente no podrán ser obligados a firmar la rendición ni siquiera mediante abusos, pero con cierta facilidad sería posible aburrirlos, engatusarlos o engañarlos para que se rindan, siempre y cuando, como en Munich, no sepan que se están rindiendo. Podría suceder con suma facilidad cuando parezca que la guerra va más bien que mal. El tono amenazador de gran parte de la propaganda alemana e italiana es un error psicológico. Sólo da en el blanco cuando se trata de los intelectuales. Con el público en general, el enfoque adecuado sería este: «Dejémoslo en empate, ¿de acuerdo?». Cuando se haga una oferta de paz en esos términos, los profascistas levantarán la voz.

Sin embargo, ¿quiénes son los profascistas? La idea de una victoria de Hitler atrae a los muy ricos, a los comunistas, a los seguidores de Mosley, a los pacifistas y a ciertos sectores de los católicos. Asimismo, si las cosas se torcieran lo suficiente en el frente interno, la totalidad de los sectores más pobres de la clase obrera podrían adoptar una posición derrotista, aunque no activamente prohitleriana.

En esta lista heterogénea se ve bien a las claras la osadía de la propaganda alemana, su determinación de ofrecérselo todo a todo el mundo. Pero las diversas fuerzas profascistas no actúan conscientemente juntas, y operan de maneras bien distintas.

Los comunistas sin duda han de ser tenidos por prohitlerianos, y por fuerza lo seguirán siendo a menos que cambie la política de Rusia, si bien no tienen demasiada influencia. Los camisas negras de Mosley, aunque pasen casi del todo inadvertidos, constituyen un peligro más serio debido a la presencia que probablemente poseen en las fuerzas armadas. Con todo, incluso en el momento de máximo apogeo, los seguidores de Mosley difícilmente habrán llegado a ser cincuenta mil. El pacifismo es más una rareza psicológica que un movimiento político. Algunos de los pacifistas más radicales, tras empezar renunciando por completo a la violencia, han terminado por defender acaloradamente a Hitler, e incluso no le han hecho ascos al antisemitismo. Es algo interesante, pero no tiene demasiada importancia. El pacifismo «puro», que es un producto colateral del poderío naval, sólo puede ser atractivo para personas que se hallen en una situación muy segura. Además, al ser negativo e irresponsable, no inspira demasiado afecto. De los miembros de la Unión por el Compromiso de la Paz, menos del 15 por ciento pagan siquiera sus cuotas anuales. Ninguno de estos grupos —pacifistas, comunistas, camisas negras— podría dar pie a un movimiento a gran escala a favor de la suspensión de las hostilidades, pero es cierto que podrían contribuir a que las cosas fueran mucho más fáciles para un gobierno traidor que negociara la rendición en secreto. Al igual que los comunistas franceses, podrían convertirse en agentes parcialmente conscientes de los millonarios.

El verdadero peligro procede de arriba. No conviene prestar la menor atención a las recientes palabras de Hitler al efecto de amistarse con los pobres, a su afirmación de que es enemigo de la plutocracia, etcétera, etcétera. El verdadero rostro de Hitler es *Mein Kampf*. Su yo está en sus actos. Nunca ha perseguido a los ricos, salvo cuando eran judíos o cuando trataron de oponerse activamente a sus intenciones. Defiende una economía centralizada que despoja al capitalista de casi todo su poder, aunque deja intacta la estructura de la sociedad. El Estado controla la industria, pero sigue habiendo pobres y ricos, lacayos y amos. Por tanto, al igual que contra el socialismo genuino, la clase adinerada siempre ha estado de su parte. Esto está más claro que el agua, como ya se vio en la Guerra Civil española y como se volvió a comprobar cuando se produjo la rendición de Francia. El gobierno títere de Hitler no es el de la clase obrera, sino una banda de banqueros, de viejos generales que chochean, de políticos derechistas corruptos.

Esa clase de traición espectacular y consciente tiene menos probabilidades de salir adelante en Inglaterra. De hecho, es poco probable que alguien llegue a intentarlo. No obstante, para muchos de los que pagan impuestos muy elevados, esta guerra es tan sólo una enloquecida riña familiar que sería preciso atajar a toda costa. No hay por qué poner en duda que exista ya un movimiento «por la paz» entre las altas esferas. Es probable que ya se haya formado un gabinete en la sombra. Esas personas hallarán su oportunidad no en el momento de la derrota, sino en algún período de estancamiento, cuando el aburrimiento se vea reforzado por el

descontento. No hablarán de rendición, sino de paz; sin duda, se convencerán a sí mismos, y convencerán tal vez a otros, de que actúan en busca de lo mejor. Un ejército de desempleados encabezado por millonarios que citen el Sermón de la Montaña, ese es nuestro peligro. Pero no podrá surgir cuando hayamos introducido la justicia social en un grado razonable. La rolliza dama del Rolls-Royce es más perjudicial para la moral que una flotilla de bombarderos a las órdenes de Goering.

TERCERA PARTE: LA REVOLUCIÓN INGLESA

I

La revolución inglesa comenzó hace varios años, y empezó a cobrar verdadero impulso cuando regresaron las tropas de Dunkerque. Al igual que todo lo demás en Inglaterra, se produce de una manera soñolienta, sin querer casi, pero tiene lugar de todos modos. La guerra la ha acelerado, aunque también ha incrementado, y a la desesperada, la necesidad de que sea veloz.

El progreso y la reacción dejan ahora de tener relación alguna con las etiquetas partidistas. Quien desee cifrarla en un momento determinado, podrá decir que la vieja distinción entre derecha e izquierda se vino abajo cuando empezó a publicarse el *Picture Post*. ¿Cuál es la orientación política del *Picture Post*? ¿Cuál es la de *Cavalcade*, o la de los programas de radio de Priestley, o la de los artículos de opinión del *Evening Standard*? Ninguna de las antiguas clasificaciones se ajusta a ellas. Sencillamente apuntan a la existencia de infinidad de ciudadanos que en el último año, o en los dos últimos, han comprendido que algo no marcha nada bien. Aun así, dado que una sociedad sin clases, sin propietarios, suele considerarse propia del «socialismo», podemos dar ese nombre a la sociedad hacia la que ahora nos encaminamos. La guerra y la revolución son inseparables. No podemos establecer nada que una nación occidental considere socialismo sin derrotar a Hitler; por otra parte, no podemos derrotar a Hitler mientras sigamos enclavados social y económicamente en el siglo XIX. El pasado lucha contra el futuro. Disponemos de uno o dos años, tal vez sólo de unos meses, para lograr que el futuro triunfe.

No podemos dejar en manos de este gobierno, ni de ninguno similar, la iniciativa para llevar a cabo los cambios necesarios. Dicha iniciativa tendrá que venir de abajo, y eso significa que habrá de surgir algo que nunca ha existido en Inglaterra, un movimiento socialista que de veras cuente con el apoyo de la masa popular. Pero hay que empezar por estudiar por qué ha fallado el socialismo inglés de momento.

En Inglaterra sólo existe un partido socialista que haya tenido alguna vez cierta importancia, el laborista, que nunca ha sido capaz de lograr ningún cambio de verdadero peso, porque, salvo en cuestiones puramente internas, nunca ha poseído una política genuinamente independiente. Ha sido y sigue siendo ante todo un partido de los sindicatos, dedicado a los aumentos salariales y a la mejora de las condiciones laborales. Esto acarreó que, a lo largo de los años críticos, estuvo directamente interesado en la prosperidad del capitalismo británico. En particular, le interesaba el mantenimiento del Imperio británico, ya que la riqueza de Inglaterra procedía en gran medida de Asia y África. El nivel de vida de los trabajadores de los sindicatos, a los que representaba el Partido Laborista, dependía de manera indirecta del sudor de los culíes de la India. Al mismo tiempo, el Partido Laborista era un partido socialista, que

empleaba la fraseología socialista, que pensaba en términos de un antiimperialismo anticuado, más o menos resuelto a restituir lo suyo a las poblaciones de color. Tenía que defender la «independencia» de la India, al igual que tenía que defender, en términos generales, el desarme y el «progreso». No obstante, todo el mundo estaba al tanto de que esto eran paparruchas. En la época del tanque y del bombardero, los países agrarios y atrasados, como la India y las colonias de África, no pueden ser más independientes que un perro o un gato. De haber llegado al poder cualquier gobierno laborista con una clara mayoría, de haber procedido a otorgar a la India algo que pudiera en verdad llamarse independencia, la excolonia sencillamente habría terminado absorbida por Japón, o repartida entre Japón y Rusia.

Un gobierno laborista habría podido optar por tres posibles políticas imperiales. Una, continuar la administración del imperio igual que hasta entonces, es decir, abandonar toda pretensión de socialismo. Otra, dar carta de libertad a los pueblos sometidos, es decir, entregarlos en la práctica a Japón, Italia y otras potencias depredadoras y, dicho sea de paso, causar un fortísimo descenso del nivel de vida en Gran Bretaña. La tercera habría sido desarrollar una política imperial positiva y proponerse la transformación del imperio en una federación de estados socialistas, una especie de versión menos constreñida y más libre de la Unión de Repúblicas Soviéticas. Sin embargo, la historia del Partido Laborista y su propio trasfondo imposibilitaban este camino. Era un partido de los sindicatos, de aspecto y planteamientos irremisiblemente provincianos, sin mucho interés por los asuntos del imperio, sin contactos entre los hombres que de hecho aglutinaban al imperio. Habría tenido que entregar la administración de la India y de África, y toda la tarea de la defensa del imperio, a hombres procedentes de una clase muy distinta, tradicionalmente hostiles al socialismo. Por encima de todo planeaba la duda de que un gobierno laborista que fuera en serio pudiera hacerse obedecer. A pesar del número de sus seguidores, el Partido Laborista no tenía presencia en la armada, apenas la tenía en el ejército o en las fuerzas aéreas, no la tenía en las administraciones coloniales, y ni siquiera tenía peso en la administración pública del país. En Inglaterra su posición era fuerte, pero no inexpugnable; fuera, todos los puntos clave estaban en manos de sus enemigos. Una vez en el poder, se habría visto siempre ante la misma disyuntiva: cumplir con las promesas hechas y arriesgarse a una revuelta, o bien continuar con la misma política de los conservadores y dejar de hablar del socialismo. Los líderes laboristas nunca dieron con la solución idónea. A partir de 1935 fue muy dudoso que desearan siquiera ocupar puestos de gobierno. Habían degenerado hasta ser la oposición permanente.

Fuera del Partido Laborista existían varios partidos extremistas, el más fuerte de los cuales era el comunista. Los comunistas tuvieron una influencia considerable en el Partido Laborista entre 1920 y 1926 y entre 1935 y 1939. Su principal contribución, y la de toda el ala izquierda del movimiento laborista, fue el papel que desempeñaron al alejar a la clase media del socialismo.

La historia de los últimos siete años ha dejado clarísimo que el comunismo no tiene la menor posibilidad de éxito en Europa occidental. El atractivo del fascismo es infinitamente mayor. En un país tras otro, los comunistas han sido expulsados de la vida política por obra y gracia de los nazis, sus enemigos más modernizados. En los países de habla inglesa nunca contaron con un verdadero apoyo popular. El credo que difundían podía ser atractivo sólo para un tipo de personas bastante infrecuente, que se encontraban sobre todo en la intelectualidad de clase media, es decir, el tipo que ha dejado de tener amor por su país, pero que sigue sintiendo la necesidad del patriotismo y que, por tanto, desarrolla sentimientos patrióticos hacia Rusia. Alrededor de 1940, tras trabajar durante veinte años e invertir grandes cantidades de dinero, el Partido Comunista británico apenas contaba con veinte mil miembros, cifra de hecho menor que la que tuvo en sus comienzos, en 1920. Los otros partidos marxistas tenían una importancia aún menor. Carecían del dinero y del prestigio de Rusia a manera de respaldo. Más aún que los comunistas, estaban ligados a la doctrina decimonónica de la guerra de clases. Siguieron año tras año predicando su evangelio anticuado, y nunca llegaron a extraer ninguna conclusión coherente del hecho de que esas prédicas no les valieran seguidores.

En Inglaterra tampoco creció ningún movimiento fascista fuerte. Las condiciones materiales no eran del todo malas, pero ningún líder al que se pudiera tomar en serio hizo acto de presencia. Habría sido preciso buscar mucho para encontrar a un hombre más falto de ideas que *sir* Oswald Mosley. Era más hueco que un tarro. Se le había escapado incluso el hecho de que el fascismo no debe ser una ofensa para el sentimiento nacional. Todo su movimiento era una burda imitación de los existentes en el extranjero: el uniforme y el programa del partido tomados de Italia, el saludo calcado de Alemania, y el acoso a los judíos adoptado casi a destiempo, pues Mosley de hecho comenzó su movimiento político contando con algunos judíos entre sus seguidores más destacados. Un hombre con el temple de Bottomley o de Lloyd George tal vez hubiera sido capaz de dar existencia a un genuino movimiento fascista británico, pero tales líderes sólo aparecen cuando existe la necesidad psicológica de que lo hagan.

Al cabo de veinte años de estancamiento y de desempleo, el movimiento socialista inglés era incapaz de generar una versión del socialismo que a las masas populares les resultara siquiera deseable. El Partido Laborista representaba un tímido reformismo, y los marxistas miraban el mundo moderno con lentes propias del siglo XIX. Unos y otros hicieron caso omiso de los problemas agrarios y de los problemas imperiales, y ambos se enfrentaron a la clase media. La asfixiante estupidez de la propaganda izquierdista había aterrorizado y alejado a una clase de personas necesaria: gerentes de fábricas, aviadores, oficiales de la armada, granjeros, oficinistas, tenderos, policías. Todos habían aprendido a considerar el socialismo algo que amenazaba su *modus vivendi*, algo sedicioso, extranjerizante, «antibritánico», como habrían dicho muchos de ellos. Sólo los intelectuales, el sector menos

provechoso de la clase media, gravitaban hacia ese movimiento.

Un partido socialista que deseara de verdad alcanzar algo habría empezado por afrontar diversos hechos que incluso a día de hoy se consideran innombrables en los círculos de la izquierda. Habría reconocido que Inglaterra está más unida que la mayoría de los países, que los trabajadores británicos tienen mucho que perder además de sus cadenas, y que las diferencias de planteamientos y de hábitos que se dan entre una clase y otra disminuyen rápidamente. En general, habría reconocido que la «revolución proletaria» a la antigua usanza es inviable. Pero en todos los años de entreguerras no llegó a surgir un programa socialista que fuese revolucionario y viable. Básicamente, no cabe duda de ello, porque nadie ansiaba realmente un cambio sustancial. Los líderes del laborismo deseaban seguir como si tal cosa, con sus salarios intactos, intercambiando periódicamente sus puestos con los de los conservadores. Los comunistas deseaban seguir como si tal cosa, sufriendo un plácido martirio, arrostrando interminables derrotas y, después, echándoles la culpa a los demás. La intelectualidad de izquierdas deseaba seguir como si tal cosa, mofándose de los reaccionarios y minando la moral de la clase media, pero manteniendo a la vez sus puestos de favor en calidad de parásitos de las cajas registradoras donde se generaban los dividendos. La política laborista había terminado por ser una mera variante del conservadurismo. La política «revolucionaria» no era más que una farsa.

Ahora, en cambio, las circunstancias han cambiado. Los años de ensueño han tocado a su fin. Ser socialista ya no significa dar patadas teóricas contra un sistema con el que en la práctica uno está plenamente satisfecho. Esta vez nos encontramos en una tesitura difícil. Ahora sí se da el caso de que «¡Sansón, los filisteos caen sobre ti!». O damos forma y sustancia a nuestras palabras o pereceremos. Sabemos muy bien que con su estructura social actual Inglaterra no podrá sobrevivir, y hemos de lograr que otros comprendan esta realidad y que actúen en consecuencia. No podemos ganar la guerra sin introducir el socialismo, ni podemos tampoco establecer el socialismo sin ganar la guerra. En estos momentos es posible, como no lo fue en los años de paz, ser a la vez revolucionario y realista. Un movimiento socialista capaz de poner en movimiento a la masa popular, de echar a los profascistas de los puestos de poder, de erradicar las injusticias más flagrantes, de permitir que la clase obrera entienda que tiene algo por lo que debe luchar, y de ganarse el respaldo de la clase media en vez de insistir en el antagonismo, amén de elaborar una política imperial viable en vez de un batiburrillo de patrañas y utopías, y de coaligar la inteligencia con el patriotismo, por vez primera un movimiento de tales características es posible.

II

Que estemos en guerra significa que el socialismo ha pasado de ser un concepto de manual a constituir una política viable.

La ineficacia del capitalismo privado se ha demostrado en toda Europa. Su injusticia ha sido puesta de manifiesto en el East End londinense. El patriotismo, contra el cual tanto y tan arduamente lucharon los socialistas, se ha convertido en una herramienta poderosa en sus manos. Personas que en otras circunstancias se aferrarían a sus nimios y miserables privilegios varios, ahora renunciarán al punto a todos ellos cuando su país corra peligro. La guerra es el mayor de los agentes transformadores. Acelera todos los procesos, borra toda distinción irrelevante, saca las realidades a la superficie. Por encima de todo, la guerra hace comprender al individuo que no lo es todo ni es únicamente eso. Sólo por ser conscientes de esto mueren los hombres en los campos de batalla. En estos momentos, no es tanto cuestión de renunciar a la vida, sino al lujo, las comodidades, la libertad económica, el prestigio social. Son muy pocas las personas que en Inglaterra quieren de veras ver a su país conquistado por Alemania. Si quedase claro que derrotar a Hitler traerá consigo la desaparición de todo privilegio de clase, la gran masa de la clase media, aquella que vive con unos ingresos que se hallan en una horquilla que va de las seis libras semanales a las dos mil libras al año, probablemente se pondría de nuestra parte. Son personas imprescindibles, ya que entre ellas se encuentran la mayoría de los expertos técnicos. Obviamente, el esnobismo y la ignorancia política de personas como los pilotos de aviación y los oficiales de la armada serán obstáculos muy difíciles de sortear. Pero sin esos pilotos, sin esos capitanes de destructores, etcétera, no sobreviviríamos ni siquiera una semana. La única manera de seducirlos es a través de su patriotismo. Un movimiento socialista inteligente utilizará su patriotismo en vez de limitarse a insultarlo, como ha hecho hasta la fecha.

¿Quiero decir con todo esto que no habrá oposición? Claro que no. Sería pueril esperar algo así.

Habrá una encarnizada lucha política, y habrá sabotajes conscientes e inconscientes por todas partes. En un momento u otro quizá sea necesario recurrir a la violencia. Es fácil imaginar que estalle una rebelión profascista, por ejemplo, en la India. Tendremos que luchar contra los sobornos, la ignorancia y el esnobismo. Los banqueros y los grandes empresarios, los terratenientes y los inversores, los funcionarios de posaderas prensiles se dedicarán a obstruir y poner trabas con ahínco. Incluso la clase media pondrá el grito en el cielo cuando vea que su acostumbrado *modus vivendi* se halla amenazado. Pero precisamente porque el sentido inglés de la unidad nacional jamás se ha desintegrado, porque el patriotismo por fin es más fuerte que el odio de clase, es muy probable que prevalezca la voluntad de la mayoría. De

nada sirve especular con que sea posible llevar a cabo cambios fundamentales sin causar una escisión nacional; ahora bien, la minoría traidora será mucho más reducida en tiempos de guerra que en cualquier otra etapa de la historia.

La transformación de la opinión pública se está produciendo ya de manera visible, pero no se puede contar con que suceda a una velocidad suficiente por su cuenta y riesgo. Esta guerra es una carrera entre la consolidación del imperio de Hitler y el crecimiento de la conciencia democrática. En Inglaterra, por doquier se ven muestras de una reñida batalla que se desarrolla ante nuestros ojos, en el Parlamento y en el gobierno, en las fábricas y en las fuerzas armadas, en las tabernas y en los refugios antiaéreos, en los periódicos y en la radio. A diario se sabe de pequeñas derrotas, de victorias pírricas. Morrison es nombrado ministro de Seguridad Nacional… pequeño paso adelante. Priestley deja de emitir programas en la radio… pequeño paso atrás. Es una pugna entre los que andan a tientas y los que se niegan en redondo a aprender, entre los jóvenes y los viejos, entre los vivos y los muertos. Ahora bien, es muy necesario que el descontento que sin lugar a dudas existe hoy adopte una forma determinada, no meramente obstruccionista. Es hora de que el pueblo defina sus propios objetivos de guerra. Lo que se necesita es un programa de acción sencillo y concreto, al cual se le pueda dar la máxima publicidad, en torno al cual sea posible aglutinar a la opinión pública.

Propongo el siguiente programa, compuesto por seis puntos, por parecerme que algo así es lo que necesitamos. Los tres primeros se refieren a la política interior de Inglaterra y los otros tres, al imperio y al mundo en general.

1. Nacionalización de la tierra, las minas, los ferrocarriles, los bancos y las industrias principales.
2. Limitación de los ingresos, de tal modo que el más elevado y libre de impuestos no exceda al más bajo en una proporción superior a diez a uno.
3. Reforma del sistema educativo según planteamientos democráticos.
4. Concesión inmediata del estatus de Dominio a la India, con la potestad de escindirse del imperio cuando termine la guerra.
5. Formación de un Consejo General del Imperio en el que estén representados los pueblos de color.
6. Declaración de una alianza formal con China, Abisinia y el resto de las víctimas de las potencias fascistas.

La tendencia general de este programa es inconfundible. Apunta con franqueza a la conversión de este conflicto bélico en una guerra revolucionaria, y a la conversión de Inglaterra en una democracia socialista. Deliberadamente, no he incluido nada que no pueda entender hasta la persona más simple. Tal como lo expreso, podría publicarse en la primera plana del *Daily Mirror*. Sin embargo, de cara a las intenciones de este libro me parece necesario ampliar algunas cuestiones.

1. *Nacionalización*. Es posible «nacionalizar» una industria de un plumazo, pero el proceso real es más lento y complejo. Lo que se necesita es que la propiedad de todas las industrias principales pase formalmente al Estado, en representación del pueblo llano. Cuando se haya hecho esto, será posible eliminar la clase de los

propietarios que viven no en virtud de nada que produzcan, sino mediante la posesión de acciones y títulos de propiedad. La propiedad estatal implica, por tanto, que nadie pueda vivir sin trabajar. No está tan claro, en cambio, hasta qué punto lo repentino del cambio afectaría al comportamiento de la industria. En un país como Inglaterra, no podemos desmantelar toda la estructura y reconstruirla empezando por abajo, y menos aún en tiempos de guerra. Es inevitable que los grandes consorcios industriales continúen en gran medida con el mismo personal que antes, de modo que los que fueron propietarios o directores de los consejos de administración mantengan sus puestos de trabajo como empleados del Estado. Hay motivos para pensar que muchos de los pequeños capitalistas verían con buenos ojos semejantes medidas. La resistencia provendría de los grandes capitalistas, los banqueros, los terratenientes y los ricos desocupados; *grosso modo*, la clase que vive con más de dos mil libras al año. Si se calcula cuántas personas dependen de ellos, no llegan a medio millón de ciudadanos. La nacionalización de la tierra cultivada implica expulsar al terrateniente y al recaudador de diezmos, aunque no ha de interferir necesariamente en la vida del simple granjero. Es difícil imaginar cualquier reorganización de la agricultura inglesa que no mantenga la mayor parte de las granjas existentes como unidades, al menos en un primer momento. Mientras sea competente, el granjero seguirá siendo un gestor asalariado. Virtualmente ya lo es, aunque con la desventaja añadida de que ha de obtener beneficios y se halla permanentemente endeudado con el banco. En algunos tipos de pequeño comercio, e incluso en la propiedad de la tierra a pequeña escala, el Estado no interferiría en modo alguno. Por ejemplo, sería un craso error comenzar por la victimización de la clase de los pequeños terratenientes. Se trata de personas necesarias, que en general son competentes. El trabajo que llevan a cabo depende del sentimiento de que «son sus propios amos y señores». Sin embargo, el Estado ciertamente impondría un límite por arriba a la propiedad de la tierra cultivada (ocho hectáreas a lo sumo), y nunca permitiría la propiedad privada de tierras en las zonas urbanas.

A partir del momento en que todos los bienes de producción se hayan declarado propiedad del Estado, el pueblo llano tendrá la sensación clara, ahora mismo imposible, de que el Estado es el propio pueblo. Los ciudadanos estarán dispuestos a soportar los sacrificios que nos esperan, tanto con la guerra como sin ella. Y aun cuando el rostro visible de Inglaterra apenas parezca cambiar, el día en que nuestras industrias principales estén formalmente nacionalizadas se habrá quebrantado del todo el dominio de una clase única. A partir de entonces, y en lo sucesivo, dejará de hacerse hincapié en la propiedad y se hará, en cambio, en la administración; habremos pasado del privilegio a la competencia. Es muy probable que la propiedad estatal traiga consigo menos cambios sociales que los que nos serán impuestos por las penalidades usuales de la guerra, pero es el primer paso necesario, sin el cual toda reconstrucción verdadera es imposible.

2. *Ingresos*. La limitación de ingresos implica fijar un salario mínimo, lo cual a su vez comporta una moneda nacional regulada, basándose sencillamente en la cantidad de bienes de consumo que estén disponibles. Y esto a su vez conlleva un plan de racionamiento más estricto que el que ahora funciona. De nada sirve, en esta etapa de la historia universal, sugerir que todos los seres humanos deben tener exactamente los mismos ingresos. Se ha demostrado una y mil veces que sin una recompensa monetaria, la que sea, no hay incentivos para emprender determinadas tareas. Por otra parte, la recompensa monetaria no tiene por qué ser exagerada. En la práctica, es imposible que las ganancias se limiten de una manera tan rigurosa como la que he propuesto; siempre habrá anomalías y evasiones. Pero no hay motivo por el cual la proporción de diez a uno no pueda ser la variación máxima en condiciones normales, y dentro de esos límites es posible cierta idea de igualdad. El hombre que gana tres libras a la semana y el que gana mil quinientas al año pueden sentirse congéneres. El duque de Westminster y quienes duermen a la intemperie en los bancos de Embankment no pueden sentirse así.

3. *Educación*. En tiempos de guerra, la reforma educativa por fuerza ha de ser más una promesa que una realidad. Por el momento, no estamos en condiciones de elevar la edad a la que los niños dejan de asistir a la escuela, ni tampoco de incrementar el personal de la enseñanza en las escuelas primarias. Sin embargo, hay algunos pasos inmediatos que sí podrían darse de cara a un sistema educativo democrático. Podríamos empezar por abolir la autonomía de los colegios privados y de las universidades más antiguas, e inundarlos de alumnos que cuenten con una ayuda del Estado, escogidos simplemente según su probada capacidad. En la actualidad, la educación que se da en los colegios privados es en parte un adiestramiento a fondo en los prejuicios de clase y, en parte, una suerte de impuesto que la clase media paga a la clase alta a cambio del derecho a ingresar en ciertas profesiones. Es verdad que la situación está cambiando. La clase media ha comenzado a rebelarse contra el elevado coste de la enseñanza, y la guerra, si se prolonga otro año, u otros dos, dejará en la bancarrota a la mayoría de los colegios privados. La evacuación también está dando pie a

transformaciones de menor entidad. Pero existe el peligro de que algunos de los colegios de mayor antigüedad, que podrán capear más tiempo la tormenta financiera, sobrevivan en forma de centros emponzoñados del esnobismo a ultranza. En cuanto a los diez mil colegios de pago que posee Inglaterra, la inmensa mayoría no se merecen otra cosa que desaparecer. Son sencillamente empresas de vocación comercial; en muchos casos, su nivel educativo es en realidad inferior al de las escuelas primarias. Existen solamente debido a la extendida idea de que hay algo deshonroso en que a un niño lo eduquen las autoridades públicas. El Estado podría acabar con esta idea declarándose responsable de toda la educación, aunque en un primer momento no fuera más que un gesto. Necesitamos gestos en igual medida que acciones. Es evidentísimo que hablar de «defender la democracia» es una soberana estupidez mientras sea un mero accidente de nacimiento lo que decida si un niño dotado recibe o no la educación que merece.

4. *India*. Lo que debemos ofrecerle a la India no es la «libertad», que como ya he dicho antes resulta ahora mismo inviable, sino una alianza, una sociedad; en una palabra, igualdad. Pero también debemos decirles a los habitantes de la India que son libres para escindirse si así lo desean. Sin eso, no puede haber igualdad en la sociedad común, y la afirmación de que defendemos a los pueblos de color frente al fascismo nunca será creíble. Sin embargo, es un error imaginar que si los ciudadanos de la India fueran libres para escindirse e ir a la deriva lo harían sin dudarlo. Cuando un gobierno británico les ofrezca una independencia incondicional, se negarán a aceptarla. En cuanto tengan el poder de escindirse, las principales razones para hacerlo habrán desaparecido.

   Una ruptura completa entre ambos países sería un desastre tanto para la India como para Inglaterra. Los indios inteligentes lo saben. Tal como están ahora las cosas, la India no sólo no puede defenderse, sino que es incluso a duras penas capaz de alimentarse. Toda la administración del país depende de una red de expertos (ingenieros, gestores forestales, ferroviarios, soldados, médicos) que son en su mayor parte ingleses, y que no podrían ser reemplazados por otros en cinco o, tal vez, ni siquiera diez años. Además, el inglés es la principal *lingua franca*, y casi la totalidad de la intelectualidad india está hondamente influida por la cultura británica. Cualquier transferencia a otra potencia extranjera —y es que, si los británicos abandonaran la India, los japoneses y otras potencias se apoderarían de inmediato de ella— entrañaría una inmensa dislocación. Ni los japoneses, ni los rusos, ni los alemanes ni los italianos serían capaces de administrar la India ni siquiera con el bajísimo nivel de eficacia alcanzado por los británicos. No poseen la cantidad suficiente de expertos ni el conocimiento de las lenguas locales, de las condiciones de la zona, y probablemente no se granjearían la confianza de los intermediarios indispensables, como son los euroasiáticos. Si la India sencillamente se «liberase», esto es, si se viera privada de la protección militar británica, el primer resultado sería una conquista inmediata por parte de algún país extranjero; el segundo, una serie de hambrunas pavorosas que acabarían con la vida de millones de personas en pocos años.

   Lo que la India necesita es el poder de redactar su propia Constitución sin interferencia británica, aunque formando algún tipo de sociedad que garantice su protección militar y su asesoría técnica. Esto es algo impensable mientras no haya un gobierno socialista en Gran Bretaña. Durante ochenta años al menos, Inglaterra ha impedido de manera artificial el desarrollo de la India, en parte por miedo a la competencia comercial si las industrias indias hubieran alcanzado un alto grado de desarrollo y, en parte, porque un pueblo atrasado es más fácil de gobernar que un pueblo civilizado. Es un lugar común que el ciudadano medio de la India sufre mucho más a manos de sus compatriotas que a manos de los británicos. El pequeño capitalista indio explota al obrero urbano de forma totalmente despiadada; el campesino vive, desde que nace hasta que muere, en las garras del prestamista. Pero todo esto es resultado indirecto del gobierno británico, que prefiere semiconscientemente mantener a la India en un atraso tan grande como sea posible. Las clases más leales a Gran Bretaña son los príncipes, los terratenientes y la comunidad empresarial; en general, las clases reaccionarias, a las que las cosas les van francamente bien gracias al *statu quo*. En el momento en que Inglaterra dejara de mantener con la India la relación que el explotador mantiene con el explotado, el equilibrio de fuerzas interno quedaría alterado. No habría entonces necesidad de que los británicos adulasen a los ridículos príncipes de la India, con sus elefantes engalanados con oro y joyas y sus ejércitos de cartón, ni de que impidieran el desarrollo de los sindicatos en la India, ni de que enfrentasen a musulmanes con hindúes, ni de que protegieran la vida insignificante del prestamista, ni de que recibieran los parabienes de los funcionarios más aduladores, ni de que prefiriesen al gurka, un bárbaro, antes que al civilizado bengalí. Una vez detenido el flujo de dividendos que fluye de los cuerpos de los culíes de la India a las cuentas bancarias de las viejas damas residentes en Cheltenham, todo el nexo del *sahib* con el nativo, con la altanería ignorante de una parte y la envidia y el servilismo de la otra, podría tocar a su fin. Los ingleses y los indios podrían trabajar codo con codo en pro del desarrollo de la India, así como en pro del adiestramiento de todos los indios en las artes y los oficios que hasta la fecha se les ha impedido aprender.

Harina de otro costal sería precisar cuántos de los integrantes del personal británico en la India, comercial o administrativo, estarían de acuerdo con semejante disposición, que comportaría el que dejaran de ser *sahibs* de una vez por todas. Sin embargo, en términos generales, es mucho lo que cabe esperar de los más jóvenes y de los funcionarios (ingenieros de caminos, canales y puertos, expertos en explotaciones forestales y en agricultura, médicos, pedagogos) que disponen de una educación científica. En los altos funcionarios, en los gobernadores de provincias, en los comisarios, jueces, etcétera, no es posible confiar; pero también son los más fáciles de sustituir.

A grandes rasgos, eso es lo que supondría el estatus de Dominio si un gobierno socialista se lo ofreciera a la India. Se trata de la propuesta de formar una sociedad comercial en igualdad de términos, duradera hasta el momento en que el mundo deje de estar regido por los bombarderos. Sin embargo, hemos de añadir a esto el derecho incondicional a escindirse. Es la única forma de demostrar que lo que decimos lo decimos en serio. Y lo aplicable a la India lo es también, *mutatis mutandis*, a Birmania, Malasia y la mayor parte de nuestras posesiones en África.

Los puntos 5 y 6 se explican por sí solos. Son los prolegómenos necesarios a toda afirmación de que libramos esta guerra por la protección de los pueblos pacíficos frente a las agresiones del fascismo.

¿Es una esperanza imposible, descabellada, pensar que una política como esta tendría un predicamento masivo en Inglaterra? Hace un año, incluso hace sólo seis meses, tal vez lo hubiera sido, pero ahora no es ningún desatino. Por si fuera poco —y esta es la peculiar oportunidad de este momento—, se le podría dar la publicidad necesaria. Existe ahora una abundante prensa semanal, con una circulación de millones de ejemplares, que estaría dispuesta a popularizar, si no exactamente el que acabo de esbozar, sí un programa político pactado sobre esas bases. Hay incluso tres o cuatro periódicos de difusión diaria que estarían preparados para darle la resonancia apetecida. Esa es la distancia que hemos recorrido en los últimos seis meses.

Ahora bien, ¿es viable semejante iniciativa política? Eso depende enteramente de nosotros.

Algunos de los puntos que he planteado podrían llevarse a efecto de inmediato, mientras que otros nos costarán años o incluso décadas, y ni siquiera entonces sería posible aplicarlos a la perfección. Ningún programa político se lleva nunca a la práctica en su totalidad. Pero lo que cuenta es que ese programa, o alguno semejante, debería constituir nuestra política declarada. Siempre es la dirección lo que importa. Es, por supuesto, un desatino contar con que el gobierno actual se pliegue a ninguna política que entrañe la transformación de este conflicto bélico en una guerra revolucionaria. En el mejor de los casos, no pasa de ser un gobierno de compromiso, en el que Churchill cabalga a lomos de dos caballos, como un acróbata en el circo. Antes de que medidas tales como la limitación de los ingresos sean siquiera concebibles, tendrá que producirse un total desplazamiento del poder, lejos de la anquilosada clase dirigente. Si a lo largo de este invierno la guerra entra en otra fase de estancamiento, en mi opinión deberíamos comenzar la agitación en pro de unas nuevas elecciones generales, cosa que la maquinaria del Partido Conservador hará cuanto esté en su mano por impedir. Pero es que también sin unas elecciones podemos instaurar el gobierno que deseamos, siempre y cuando lo deseemos con vehemencia. Un verdadero empujón desde abajo bastará para lograrlo. En cuanto a

quiénes hayan de estar en ese gobierno, cuando llegue, no aventuro ninguna opinión. Sólo sé que los hombres adecuados estarán ahí cuando el pueblo de veras los necesite, pues son los movimientos los que hacen a sus líderes, y no a la inversa.

Dentro de un año, quizá dentro de sólo seis meses, si seguimos sin dejarnos conquistar, veremos el ascenso de algo que nunca ha existido hasta ahora, un movimiento socialista específicamente inglés. Hasta la fecha sólo han existido el Partido Laborista —creación de la clase obrera, desde luego, pero sin aspiraciones de lograr ningún cambio fundamental— y el marxismo, que era una teoría alemana interpretada por los rusos y trasplantada sin éxito a Inglaterra. No había en ello nada que de veras conmoviera el corazón del pueblo inglés. A lo largo de toda su historia, el movimiento socialista inglés no ha dado pie a un cántico de melodía pegadiza, nada parecido a «La marsellesa» o a «La cucaracha», por ejemplo. Cuando aparezca un movimiento socialista autóctono de Inglaterra, los marxistas, al igual que todo el que tiene intereses creados en el pasado, serán sus más enconados enemigos. Inevitablemente lo denunciarán por «fascista». Ya es costumbre entre los intelectuales más blandos de la izquierda afirmar que si luchamos contra los nazis deberíamos «volvernos nazis». Por la misma regla de tres, igual podrían decir que si luchamos contra los negros deberíamos volvernos negros. Para «volvernos nazis» deberíamos tener detrás la historia de Alemania. Las naciones no escapan a su pasado mediante una mera revolución. Un gobierno socialista inglés transformará la nación de arriba abajo, pero esta, pese a todo, conservará por doquier las huellas inconfundibles de nuestra civilización, la peculiar civilización a la que me referí al comienzo de este libro.

No será doctrinario. Ni siquiera será lógico. Abolirá la Cámara de los Lores, pero muy probablemente no derogará la monarquía. Dejará anacronismos y cabos sueltos por todas partes, el juez con su ridícula peluca de crin de caballo, el león y el unicornio en los botones de las gorras de los soldados. No creará ninguna dictadura de clase explícita. Se agrupará en torno al viejo Partido Laborista y su masa de seguidores, los sindicatos, aunque se surtirá también de la mayor parte de la clase media y de muchos de los jóvenes hijos de la burguesía. La mayor parte de sus cerebros y dirigentes provendrán de esa nueva clase indeterminada, de trabajadores cualificados, de expertos técnicos, de pilotos, científicos, arquitectos y periodistas, las personas que se sienten a sus anchas en la época de la radio y del hormigón armado. Sin embargo, nunca perderá el contacto con la tradición del compromiso, con la creencia en que la ley está por encima del Estado. Fusilará a los traidores, pero no sin antes juzgarlos solemnemente, y de vez en cuando los exonerará de la pena. Aplastará con prontitud y crueldad toda intentona de revuelta, pero apenas interferirá en la palabra escrita y en la expresión oral de la ciudadanía. Seguirán existiendo partidos políticos con distintos nombres, y las sectas revolucionarias seguirán publicando sus periódicos y causando una impresión tan nula como siempre. Desestabilizará a la Iglesia, pero no perseguirá la religión. Conservará un vago respeto por el código

moral cristiano, y de vez en cuando hará referencia a Inglaterra como «país cristiano». La Iglesia católica opondrá resistencia, pero las sectas disidentes y el grueso de la Iglesia anglicana serán capaces de llegar a un acuerdo con el gobierno. Mostrará un poder notable de asimilar el pasado, que dejará atónitos a los observadores extranjeros y a veces los llevará incluso a dudar de que se haya llevado a cabo una revolución de verdad.

Aun así, habrá hecho lo esencial. Habrá nacionalizado la industria, habrá reducido el nivel de ingresos de los inversores, habrá creado un sistema educativo ajeno a las clases sociales. Su verdadera naturaleza quedará de manifiesto en el odio que le profesen los ricos del mundo que sobrevivan. Aspirará no a la desintegración del imperio, sino a su conversión en una federación de estados socialistas, libres no tanto de la bandera inglesa cuanto del prestamista, del inversor y del funcionario británico más tarugo. Su estrategia bélica será totalmente distinta de la puesta en práctica por el Estado que se rige de acuerdo con la propiedad privada, porque no temerá los efectos secundarios revolucionarios que se produzcan cuando un régimen sea derrocado. No tendrá ni el menor escrúpulo en atacar a los países neutrales que le sean hostiles ni en desencadenar la rebelión de los nativos en las colonias enemigas. Combatirá de tal manera que, incluso si es derrotado, su recuerdo será peligroso para el vencedor, tal como el recuerdo de la Revolución francesa fue peligroso en la Europa de Metternich. Los dictadores lo temerán mucho más que al régimen británico actual, aun cuando su fuerza militar fuese diez veces superior a la que hoy tiene.

Sin embargo, en este momento en que la vida soñolienta de Inglaterra apenas se ha empezado a alterar, en que el injurioso contraste entre riqueza y pobreza sigue siendo visible en todas partes, e incluso entre las bombas, ¿por qué me atrevo a decir que todas estas cosas han de suceder?

Pues porque ha llegado el momento en que uno puede predecir el futuro en términos de una disyuntiva: o esto o aquello. O bien convertimos esta conflagración en una guerra revolucionaria (no digo que nuestra política será exactamente la que he indicado; tan sólo digo que ha de transcurrir sobre esas líneas generales), o bien la perdemos y, con ello, perdemos mucho más. Muy pronto será posible decir con total certeza que avanzamos por una senda o por la otra. En cualquier caso, es seguro que con nuestra estructura social actual no podemos ganar la guerra. Nuestras verdaderas fuerzas, físicas, morales o intelectuales, no se pueden movilizar.

III

El patriotismo no tiene nada que ver con el conservadurismo. En realidad es todo lo contrario, ya que se trata de una devoción a algo que siempre está cambiando, y que sin embargo se percibe místicamente como algo idéntico a sí mismo. Es el puente entre el futuro y el pasado. Ningún revolucionario de verdad ha sido jamás un internacionalista.

Durante los últimos veinte años, el planteamiento negativo y *fainéant* que ha estado en boga entre los izquierdistas europeos, las burlas constantes de que han sido objeto el patriotismo y la valentía física por parte de los intelectuales, los empeños por minar la moral de Inglaterra y por difundir una actitud ante la vida más bien hedonista, o propia de quien se plantea «y yo qué saco de esto», sólo ha causado perjuicios. Habría sido perjudicial aunque viviésemos en el mundo blandengue de la Sociedad de Naciones, tal como habían imaginado esas personas. En una época de Führers y de bombarderos fue un desastre. Por poco que nos pueda gustar, la dureza es el precio de la supervivencia. Una nación educada en el pensamiento hedonista no puede sobrevivir entre pueblos que trabajan como esclavos y se reproducen como conejos, pueblos cuya principal industria nacional no es otra que la guerra. Los socialistas ingleses de todo pelaje y condición han querido plantar cara al fascismo, aunque al mismo tiempo han aspirado a que sus compatriotas no tuvieran un talante belicista. Han fracasado porque en Inglaterra las lealtades tradicionales son más fuertes que las lealtades de nuevo cuño. No obstante, a pesar de todas las heroicidades «antifascistas» de la prensa izquierdista, ¿qué posibilidades habríamos tenido cuando llegara el momento de entablar el verdadero combate contra el fascismo si el inglés medio hubiera sido el tipo de individuo en que el *New Statesman*, el *Daily Worker* e incluso el *News Chronicle* deseaban convertirlo?

Hasta 1935, la práctica totalidad de los izquierdistas ingleses eran vagamente pacifistas. A partir de 1935, los que más se hacían oír se lanzaron afanosos al movimiento del Frente Popular, que fue sencillamente una mera elusión del problema que constituía el fascismo. Se propusieron ser «antifascistas» de una manera puramente negativa, posicionándose «contra» el fascismo sin estar «a favor» de ninguna política concebible, y por debajo de tal actitud subyacía la pusilánime idea de que, cuando llegara el momento, serían los rusos los que se encargarían de entablar combate en nuestro nombre. Es asombroso que esta ilusión persista. Todas las semanas vemos infinidad de cartas a la prensa en las cuales se señala que, si tuviésemos un gobierno sin conservadores, los rusos difícilmente podrían renunciar a ponerse de nuestra parte. O si no, se publican resonantes objetivos de guerra (por ejemplo, libros como *Unser Kampf, A Hundred Million Alies – If We Choose*, etcétera), en virtud de los cuales la población de toda Europa indefectiblemente se

alzará en nuestro nombre. Siempre se esgrime la misma idea: busquemos en el extranjero las fuentes de inspiración, logremos que alguien se ocupe de luchar por nosotros. Por debajo subyace el aterrador complejo de inferioridad del intelectual inglés, la creencia de que los ingleses han dejado de ser un pueblo marcial, de que ya no tienen capacidad de resistencia.

En verdad, no hay ningún motivo para pensar que alguien se vaya a ocupar de luchar por nosotros al menos de momento, tal vez con la salvedad de los chinos, que llevan haciéndolo desde hace ya tres años.[12] Los rusos quizá se verían impelidos a luchar de nuestra parte si sufriesen una agresión directa, aunque han dejado bien claro que no se enfrentarán al ejército alemán mientras exista alguna manera de evitar la contienda. En cualquier caso, no es probable que se sientan atraídos por el espectáculo de un gobierno inglés de izquierdas. Casi con toda certeza, el actual régimen ruso será hostil a cualquier revolución en Occidente. Los pueblos sometidos de Europa se rebelarán cuando Hitler empiece a tambalearse, pero no antes de que dé muestras de flaqueza. Nuestros aliados potenciales no son los europeos, sino, por una parte, los estadounidenses, que aún necesitarán un año al menos para movilizar sus recursos, incluso en el caso de que las grandes empresas entren en vereda, y, por otra, los pueblos de color, que no podrán estar de nuestra parte ni siquiera sentimentalmente mientras nuestra propia revolución no haya comenzado. Durante mucho tiempo, tal vez dos o seguramente tres años, Inglaterra tendrá que ser el parachoques del mundo entero. Debemos hacer frente a los bombardeos, al hambre, al exceso de trabajo, a las epidemias de gripe, al tedio, a los traicioneros ofrecimientos de paz. Este es a todas luces un momento para fortalecer la moral, no para debilitarla. En vez de adoptar la actitud mecánicamente antibritánica que suele ser usual en la izquierda, es preferible considerar cómo sería en realidad el mundo si pereciera la cultura en lengua inglesa. Y es que es pueril suponer que los demás países de habla inglesa, incluido Estados Unidos, no se sentirán afectados en el caso de que Gran Bretaña sea conquistada.

Lord Halifax y toda su tribu creen que cuando termine la guerra las cosas seguirán exactamente igual que antes. Volveremos al demencial ambiente de los salones de Versalles, a la «democracia», es decir, al capitalismo; volveremos a las colas del paro y a los Rolls-Royce, a los sombreros de copa y los pantalones de chaqué, *in saecula saeculorum*. Es evidente, huelga decirlo, que nada de eso ha de suceder. Podría darse a lo sumo un feble remedo de todo aquello en caso de que se llegase a una paz negociada, pero por poco tiempo. El capitalismo del *laissez-faire* ha muerto.[13] La disyuntiva se encuentra entre el tipo de sociedad colectivizada que Hitler establecerá y el tipo de sociedad que pueda surgir si es derrotado.

Si Hitler gana esta guerra, consolidará su dominio en Europa, África y Oriente Medio, y si sus ejércitos no se encuentran demasiado extenuados, podrá incluso hacerse con vastos territorios de la Rusia soviética. Establecerá una sociedad a imagen y semejanza del más puro sistema de castas, en la que el *Herrenvolk* alemán

(la «raza suprema» o «raza aristocrática») gobierne a los eslavos y a otros pueblos considerados inferiores, cuyo cometido no será otro que el suministro de productos agrarios a bajo precio. Reducirá a los pueblos de color, de una vez por todas, a una esclavitud sin paliativos. La verdadera inquina de las potencias fascistas con el imperialismo británico estriba en que son conscientes de que se está desintegrando. Otros veinte años siguiendo las actuales líneas de desarrollo, y la India será una república campesina ligada a Inglaterra sólo mediante una alianza voluntaria. Los «medio simios» de los que habla Hitler con tanto aborrecimiento pilotarán aviones y fabricarán ametralladoras. El sueño fascista de un imperio esclavo estará al alcance de la mano. Por otra parte, si somos derrotados nos limitaremos a entregar a nuestras víctimas a nuevos amos, que llegarán ansiosos de ejercer como tales sin haber desarrollado el menor escrúpulo.

Pero es mucho más lo que está en liza, no sólo el destino de los pueblos de color. Se ha entablado una lucha sin cuartel entre dos visiones de la vida antitéticas e incompatibles. «Entre democracia y totalitarismo —dice Mussolini— no puede haber una solución de compromiso». Son dos credos que no podrán coexistir ni siquiera por un breve tiempo. Mientras exista la democracia, incluso en la muy imperfecta forma que ha adoptado en Inglaterra, el totalitarismo corre un peligro mortal. Todo el mundo de habla inglesa está obsesionado con la idea de la igualdad entre los seres humanos, y aunque sería una mentira inexcusable afirmar que nosotros o los estadounidenses alguna vez hayamos actuado a la altura de las creencias que profesamos, la idea sigue estando ahí, y sigue siendo capaz de convertirse un buen día en realidad. De la cultura de lengua inglesa, si no perece antes, brotará una sociedad de seres humanos libres e iguales. Pero es precisamente la idea de la igualdad entre los hombres —la idea de igualdad «judía» o «judeocristiana»— la que Hitler se ha propuesto destruir a toda costa. Lo ha dicho en multitud de ocasiones, eso lo sabe cualquiera. La idea de un mundo en el que los negros valgan lo mismo que los blancos y en el que los judíos sean tratados como los seres humanos que son, le produce el mismo horror, la misma desesperación, que a nosotros nos inspira la idea de una esclavitud sin fin.

Es importante tener en cuenta cuán irreconciliables son los dos puntos de vista. En el plazo de un año es probable que tenga lugar, en la intelectualidad de izquierdas, una reacción prohitleriana. Ya hay señales premonitorias. Los logros positivos de Hitler resultan atractivos para estas personas vacuas; en el caso de los que tienen inclinaciones pacifistas, son atractivos por su masoquismo. Se sabe de antemano, más o menos, qué es lo que dirán. Empezarán por negarse a reconocer que el capitalismo británico esté evolucionando hacia algo diferente o que la derrota de Hitler pueda significar nada más que una victoria de los millonarios británicos y estadounidenses. A partir de ahí, pasarán a sostener que, a fin de cuentas, la democracia es «lo mismo que» el totalitarismo o que es «igual de mala». No hay demasiada libertad de expresión en Inglaterra; por tanto, no es mucho mayor que la existente en Alemania.

Estar en paro es una experiencia horrorosa; por tanto, no es mucho peor encontrarse en las salas de tortura de la Gestapo. En general, negro más negro es igual a blanco, y media barra de pan equivale a no tener pan.

En realidad, al margen de lo que pueda ser cierto acerca de la democracia y el totalitarismo, no es verdad que sean iguales. No sería verdad que son iguales ni siquiera aunque la democracia británica fuese incapaz de evolucionar más allá de su etapa actual. Toda la concepción del Estado continental militarizado, con su policía secreta, su censura y su mano de obra forzosa, es absolutamente distinta de la concepción de una democracia marítima más o menos laxa, con sus arrabales y su desempleo, sus huelgas y sus partidos políticos. Es la diferencia que hay entre el poder terrestre y el poder naval, entre la crueldad y la ineficacia, entre la mentira y el autoengaño, entre el hombre de las SS y el cobrador del alquiler. Y al elegir entre una y otra se escoge no tanto según la fuerza de lo que ahora son, sino en función de lo que son capaces de llegar a ser. Aun así, en cierto sentido es irrelevante que la democracia, en su máximo esplendor o en su momento más bajo, sea «mejor» que el totalitarismo. Para decidir eso habría que tener acceso a criterios absolutos. Lo único que importa es dónde pondrá uno sus simpatías cuando llegue la hora de la verdad. Los intelectuales a los que tanto les gusta cotejar democracia y totalitarismo, pesarlos en la misma balanza, «demostrar» que una es tan perniciosa como el otro, son simplemente unos frívolos que nunca se han tenido que enfrentar a la cruda realidad. Muestran la misma incomprensión, la misma superficialidad, que los fascistas ahora que empiezan a flirtear con el fascismo, la misma que cuando hace un año o dos vociferaban y protestaban en contra del fascismo. La cuestión no es si la postura de Hitler se puede o no defender en un debate en sociedad. La cuestión es más sencilla: ¿acepta uno esa defensa?; ¿está dispuesto a acatar el dominio de Hitler?; ¿desea ver a Inglaterra conquistada, sí o no? Sería mejor estar bien seguros sobre este punto antes de incurrir en la frivolidad de ponerse de parte del enemigo. Y es que en la guerra no existe eso que se llama «neutralidad»; en la práctica, uno ha de ponerse de uno u otro bando.

Cuando llegue la hora de la verdad, nadie que se haya educado en la tradición occidental podrá aceptar la visión de la vida que propugna el fascismo. Es importante comprenderlo ahora mismo y asumir todo lo que entraña. A pesar de su desidia, hipocresía e injusticia, la civilización anglohablante es el único obstáculo de envergadura que se interpone en los planes de Hitler. Es una contradicción patente de todos los dogmas «infalibles» del fascismo. Por eso, durante bastantes años, todos los escritores fascistas se han mostrado de acuerdo en que es preciso destruir el poderío de Inglaterra. Inglaterra ha de ser «exterminada», «aniquilada», «debe dejar de existir». En el plano estratégico, sería posible que la guerra terminase con toda Europa continental en manos de Hitler, y con el Imperio británico y el poderío naval de Gran Bretaña más o menos intactos. Pero en el plano ideológico no lo sería; si Hitler hiciera una oferta en este sentido, sólo sería una trampa con el objetivo de

conquistar Inglaterra de un modo indirecto o de reanudar el ataque en un momento más favorable. A Inglaterra no se le puede permitir que permanezca en calidad de embudo a través del cual las ideas mortíferas que lleguen del otro lado del Atlántico puedan fluir hacia los estados policiales de Europa. Y dando la vuelta al argumento, desde nuestro punto de vista, bien se ve la enormidad de la cuestión que nos aguarda, la importancia suprema de preservar nuestra democracia más o menos tal como la hemos conocido. Ahora bien, preservar es siempre ampliar. El dilema que se abre ante nosotros no es la disyuntiva entre victoria y derrota, sino entre revolución y apatía. Si aquello por lo que luchamos es destruido del todo, habrá sido destruido en parte por nuestros actos.

Podría ocurrir que en Inglaterra se introdujera el socialismo, que esta guerra se convirtiera en una guerra revolucionaria, y a pesar de todo fuésemos derrotados. No es del todo impensable. Pero, por terrible que fuera para cualquier persona que en estos momentos es adulta, sería mucho menos atroz que el «compromiso de paz» que esperan unos cuantos ricos, y por el que abogan los mentirosos a sueldo de esos ricos. La ruina final de Inglaterra sólo ocurriría con un gobierno inglés que actuase a las órdenes de Berlín. Pero eso no podrá suceder si Inglaterra despierta antes. Porque en ese caso la derrota sería innegable, la lucha continuaría y la idea en sí habría sobrevivido. La diferencia que hay entre caer luchando y rendirse sin luchar no es en modo alguno una cuestión de «honor», de heroísmo adolescente. Hitler dijo una vez que aceptar la derrota destruye el alma de una nación. Suena a demagogia, pero estrictamente es verdad. La derrota de 1870 no hizo disminuir la influencia mundial que tenía Francia. La Tercera República tuvo mayor influencia desde el punto de vista intelectual que la Francia de Napoleón III. En cambio, el tipo de paz que Pétain, Laval y compañía han aceptado sólo se puede comprar eliminando deliberadamente y a conciencia la cultura nacional. El gobierno de Vichy disfrutará de una independencia espuria sólo con la condición de que destruya las señas distintivas de la cultura francesa: el republicanismo, el laicismo, el respeto por el intelecto, la ausencia de todo prejuicio racial. No podremos ser totalmente derrotados si antes hemos hecho nuestra revolución. Tal vez lleguemos a ver las tropas alemanas desfilar por Whitehall, pero entonces estará en marcha otro proceso que a la postre será mortal para los sueños alemanes de poder. El pueblo español fue derrotado, pero todo lo que aprendió durante aquellos dos años y medio memorables se volverá un buen día contra los fascistas españoles como un bumerán.

A comienzos de la guerra se citaron a menudo unos versos de grandilocuencia shakespeariana. Si mal no recuerdo, hasta el propio Chamberlain los citó una vez:

Así venga el enemigo de los cuatro puntos cardinales alzado en armas,
lo hemos de hacer pedazos: nada nos hará arrepentirnos
con tal de que Inglaterra sólo a sí misma se mantenga fiel.[*]

Si se interpretan correctamente, no les falta razón. Pero Inglaterra ha de ser fiel a sí misma, y no lo será mientras los refugiados que han buscado nuestras costas se

hacinen en campos de concentración, mientras los directores de las empresas urdan sutiles tramas para no tener que pagar el impuesto por exceso de beneficios. Es hora de decir adiós al *Tatler* y al *Bystander*, a la dama del Rolls-Royce. Los herederos de Nelson y de Cromwell no están en la Cámara de los Lores, están en los campos y en las calles, en las fábricas y en las fuerzas armadas, en el bar donde sirven cuatro cervezas distintas y en el plácido jardín de un barrio de los alrededores de la ciudad. En la actualidad, siguen bajo el mando de una generación de fantoches. Comparada con la necesidad de hacer que la verdadera Inglaterra aflore, la tarea de ganar la guerra, por necesaria que sea, es secundaria. Mediante la revolución seremos más nosotros mismos, no menos. No es cuestión de quedarnos como estamos, de hallar una solución de compromiso, de salvar a toda costa la «democracia», de perseverar en el inmovilismo. Nada permanece inmóvil, nunca. Hemos de acrecentar nuestra herencia cultural o hemos de perderla. Hemos de engrandecernos o empequeñecernos. Hemos de avanzar o retroceder. Yo creo en Inglaterra, y creo que avanzaremos.

LOS LÍMITES DEL ARTE Y LA PROPAGANDA

Emisión, 30 de abril de 1941; *The Listener*, 29 de mayo de 1941

Estoy hablando de crítica literaria, y en el mundo en el que vivimos eso es algo casi tan poco prometedor como hablar de la paz. No son tiempos de paz, y no son tiempos de crítica. En la Europa de los últimos diez años, la crítica literaria a la vieja usanza —crítica realmente juiciosa, escrupulosa, imparcial, que trataba la obra de arte como algo valioso en sí mismo— ha estado al borde de lo imposible.

Si echamos un vistazo a la literatura inglesa de los últimos diez años, no tanto a la literatura como a la actitud literaria imperante, lo que nos llama la atención es que casi ha dejado de ser estética. La literatura ha quedado inundada de propaganda. No pretendo decir que todos los libros escritos en ese período sean malos. Pero los escritores característicos de la época, gente como Auden, Spender y MacNeice, han sido autores didácticos, políticos; con conciencia estética, por supuesto, pero más interesados en el tema en cuestión que en la técnica. Y la crítica más vivaz ha sido casi toda ella obra de escritores marxistas, de gente como Christopher Caudwell, Philip Henderson y Edward Upward, que conciben todo libro prácticamente como un panfleto político y que están mucho más interesados en extraer las implicaciones políticas y sociales que en las cualidades literarias en sentido estricto.

Esto es de lo más chocante, pues contrasta de forma muy marcada y repentina con el período inmediatamente anterior. Los escritores característicos de los años veinte —T. S. Eliot, por ejemplo, Ezra Pound, Virginia Woolf— eran autores que ponían el énfasis principal en la técnica. Tenían sus ideas y prejuicios, claro está, pero les interesaban muchísimo más las innovaciones técnicas que cualquier moral, sentido o implicación política que pudiera contener su obra. El mejor de todos, James Joyce, era un técnico y muy poco más, lo más parecido a un artista «puro» que pueda llegar a ser un escritor. Ni siquiera D. H. Lawrence, que le daba más importancia a la «misión de la literatura» que la mayoría del resto de los escritores de su época, tenía demasiado de eso que hoy llamaríamos «conciencia social». Y aunque me he ceñido a los años veinte, en realidad había sido así desde más o menos la década de 1890 en adelante. A lo largo de todo ese período, la idea de que la forma era más importante que el tema, la idea del «arte por el arte», se había dado por sentada. Hubo autores que no estuvieron de acuerdo, por descontado —Bernard Shaw fue uno de ellos—, pero era la perspectiva predominante. El crítico más destacado de ese período, George Saintsbury, era ya un hombre muy anciano en los años veinte, pero tuvo una

poderosa influencia hasta 1930, y siempre defendió con firmeza un enfoque técnico del arte. Afirmaba que él mismo podía juzgar —y de hecho lo hacía— cualquier libro basándose por entero en la ejecución, en el «estilo», y que era prácticamente indiferente a las opiniones del autor.

Pero ¿cómo se explica este súbito cambio de perspectiva? Hacia finales de los años veinte teníamos un libro como el de Edith Sitwell sobre Pope, con un énfasis completamente frívolo en la técnica, en el que la literatura era considerada una especie de labor de bordado, casi como si las palabras carecieran de significado; en cambio, pocos años después tenemos a un crítico marxista como Edward Upward según el cual los libros sólo pueden ser «buenos» si su tendencia es marxista. En cierto modo, tanto Edith Sitwell como Edward Upward fueron representativos de su época. La cuestión es: ¿por qué sus perspectivas eran tan distintas?

Creo que hay que buscar el motivo en circunstancias externas. La actitud, tanto estética como política, hacia la literatura fue generada, o al menos vino condicionada, por la atmósfera social de un período concreto. Y ahora que ha concluido otro período —pues el ataque de Hitler sobre Polonia en 1939 marcó el fin de una época, algo tan innegable como que la debacle económica de 1931 marcó el fin de otra—, uno puede echar la vista atrás y ver con más claridad de lo que era posible hace unos años el modo en que las actitudes literarias se ven afectadas por los acontecimientos externos. Algo que llama la atención si pensamos en los últimos cien años es que la crítica literaria digna de consideración, y la actitud crítica hacia la literatura, apenas existieron en Inglaterra entre, aproximadamente, 1830 y 1890. No es que no se produjesen buenos libros en aquel período; varios escritores de la época —Dickens, Thackeray, Trollope y otros— probablemente serán recordados durante más tiempo que cualquiera de los que vinieron después. Pero en la Inglaterra victoriana no hay figuras literarias equiparables a Flaubert, Baudelaire, Gautier y otros muchos más. Lo que ahora se nos presenta como escrupulosidad estética apenas existía. Para un escritor inglés de mediados de la época victoriana, un libro era en parte algo que le reportaba dinero y, en parte, un vehículo para la prédica de sus sermones. Inglaterra estaba cambiando muy rápido, una nueva clase adinerada había emergido de las ruinas de la vieja aristocracia, se había cortado el contacto con Europa y se había roto una larga tradición artística. Los escritores ingleses de mediados del siglo XIX eran bárbaros, incluso cuando resultaban ser artistas de talento, como Dickens.

Sin embargo, en el último tramo del siglo el contacto con Europa quedó restablecido de la mano de Matthew Arnold, *Pater*, Oscar Wilde y otros, y se recuperó el respeto por la forma y la técnica en la literatura. Ese es el momento al que se remonta verdaderamente la noción de «el arte por el arte»; una expresión muy pasada de moda, si bien, a mi juicio, la más apropiada de las disponibles. Y el motivo por el que pudo prosperar durante tanto tiempo, y darse tan por sentada, fue que todo el período entre 1890 y 1930 estuvo marcado por una comodidad y una seguridad excepcionales. Fue lo que podríamos llamar el «otoño dorado» de la era capitalista.

Ni siquiera la Gran Guerra lo perturbó realmente. Mató a diez millones de hombres, pero no conmocionó al mundo como lo hará, y lo ha hecho ya, esta guerra. Entre 1890 y 1930, prácticamente todo europeo vivió con la creencia tácita de que la civilización duraría para siempre. Uno podía ser afortunado o desafortunado desde el punto de vista personal, pero albergaba la sensación de que nada cambiaría nunca en lo fundamental. Y en ese tipo de atmósfera el desapego intelectual, y también el diletantismo, son factibles. Era esa sensación de continuidad, de seguridad, la que permitía que un crítico como Saintsbury, una auténtica vieja gloria de los *tories* y de la Alta Iglesia anglicana, fuera escrupulosamente imparcial con libros escritos por hombres cuya postura política y moral detestaba.

Pero desde 1930 esa sensación de seguridad ha desaparecido. Hitler y la debacle económica la hicieron pedazos como no lo habían logrado la Gran Guerra ni aun la Revolución rusa. Los escritores surgidos a partir de 1930 han vivido en un mundo en el que no sólo su propia vida, sino todo su esquema de valores, están constantemente amenazados. En tales circunstancias, el desapego no es posible. Uno no puede sentir un interés puramente estético por una enfermedad de la que está muriendo; no puede ver de un modo desapasionado al hombre que está a punto de cortarle el cuello. En un mundo en el que el fascismo y el socialismo combatían uno contra otro, cualquier persona inteligente tenía que tomar partido, y sus sentimientos permeaban no sólo sus escritos sino también sus juicios literarios. La literatura tuvo que volverse política, porque cualquier otra cosa habría conllevado una falta de honestidad mental. Las afinidades y los odios de cada uno estaban demasiado cerca de la superficie de la conciencia como para ser ignorados. El tema que tratasen los libros parecía tener una importancia tan perentoria que daba la impresión de que la forma en que estuviesen escritos era casi irrelevante.

Y este período de más o menos diez años en que la literatura, e incluso la poesía, se mezclaron con el panfletarismo, prestó un gran servicio a la crítica literaria, ya que destruyó la ilusión de un esteticismo puro. Nos recordó que la propaganda, en una forma u otra, acecha en todo libro; que toda obra de arte tiene un sentido y un propósito —un propósito político, social y religioso—, y que nuestros juicios estéticos están siempre teñidos por nuestros prejuicios y creencias. Desacreditó el arte por el arte. Pero también nos ha conducido por el momento a un callejón sin salida, porque llevó a incontables escritores jóvenes a tratar de supeditar sus mentes a una disciplina política que, de haberse mantenido fieles a ella, habría imposibilitado la honestidad mental. El único sistema de pensamiento que estaba a su disposición en aquel momento era el marxismo oficial, que exigía una lealtad nacionalista a Rusia y obligaba a todo escritor que se llamara a sí mismo marxista a mezclarse en las indignidades de la política del poder. E, incluso si eso fuera deseable, los supuestos que habían erigido estos escritores se rompieron súbitamente en pedazos con el pacto germano-soviético. Del mismo modo que muchos autores habían descubierto alrededor de 1930 que uno no podía desvincularse verdaderamente de los

acontecimientos contemporáneos, muchos otros estaban descubriendo en 1939 que no podía sacrificarse la integridad intelectual en nombre de un credo político; o, si más no, que no podía hacerse tal cosa y seguir siendo escritor. La escrupulosidad estética no basta, pero la rectitud política tampoco es suficiente. Los acontecimientos de los últimos diez años nos han dejado bastante en vilo; han dejado a Inglaterra, por el momento, sin ninguna tendencia literaria reconocible, pero nos han ayudado a definir, mejor de lo que era posible antes, los límites del arte y la propaganda.

TOLSTÓI Y SHAKESPEARE

Emisión, 7 de mayo de 1941; *The Listener*, 5 de junio de 1941

La semana pasada señalaba que el arte y la propaganda nunca pueden separarse del todo, y que lo que se supone que son juicios puramente estéticos están siempre contaminados por lealtades políticas o religiosas. Y añadí que en tiempos difíciles, como los últimos diez años, en los que ninguna persona inteligente puede ignorar lo que ocurre a su alrededor o abstenerse de tomar partido, estas lealtades subyacentes se ven impulsadas hacia la superficie de la conciencia. La crítica se vuelve más abiertamente partidista, e incluso la pretensión de desapego resulta muy difícil. Pero no se puede deducir de ello que no exista algo semejante a un juicio estético, que toda obra de arte sea simple y llanamente un panfleto político y pueda ser juzgada sólo como tal. Si seguimos ese razonamiento, conducimos nuestras mentes hacia un callejón sin salida en el que ciertos hechos, significativos y obvios, resultan inexplicables. Y como ejemplo de esto quiero examinar una de las mayores muestras de crítica moral y no estética —de crítica antiestética, podríamos decir— jamás escritas: el ensayo de Tolstói sobre Shakespeare.

Hacia el final de su vida, Tolstói escribió un formidable ataque contra Shakespeare con la intención de demostrar que este no sólo no era el gran hombre que afirmaban que era, sino que se trataba de un escritor que carecía por completo de mérito, uno de los peores autores, y de los más despreciables, que el mundo hubiera visto. El ensayo generó una indignación enorme en su momento, pero no estoy seguro de que recibiera jamás una réplica satisfactoria. Es más, hay que señalar que en su mayor parte no admite réplica. Algunas de las cosas que dice Tolstói son estrictamente ciertas, y otras son hasta tal punto una cuestión de opinión personal que no merece la pena entrar a discutirlas. No pretendo decir, claro está, que no haya en el ensayo detalles que puedan ser contestados. Tolstói se contradice varias veces; el hecho de lidiar con un idioma extranjero lo lleva a muchas malinterpretaciones, y creo que no cabe duda de que su odio y sus celos hacia Shakespeare lo llevan a recurrir a cierta dosis de falsificación, o al menos de ceguera intencionada. Pero esto no viene al caso ahora. En general, lo que dice Tolstói está a su manera justificado, y seguramente en su momento actuó como un correctivo muy útil frente a la tonta adulación de la que era objeto Shakespeare, de moda por aquel entonces. La réplica no está tanto en nada que pueda decir yo como en ciertas cosas que el propio Tolstói se ve obligado a decir.

El principal argumento de Tolstói es que Shakespeare es un escritor trivial, vacío, sin una filosofía coherente, sin pensamientos o ideas dignos de consideración, sin ningún interés por los problemas sociales o religiosos ni dominio alguno de los personajes y la verosimilitud, y en la escasa medida en que se pueda decir que tiene algún tipo de postura identificable, su perspectiva de la vida es cínica, inmoral y mundana. Lo acusa de escribir sus obras improvisando, sin importarle un rábano la credibilidad; de andarse con fábulas fantásticas y situaciones imposibles; de hacer hablar a todos sus personajes en un lenguaje artificial y florido que no tiene nada que ver con el de la vida real. También lo acusa de incluir en sus obras absolutamente de todo —soliloquios, fragmentos de baladas, debates, chistes vulgares, etcétera— sin pararse a pensar si tenían alguna relación con el argumento, y también de dar por sentadas la política inmoral del poder y las injustas distinciones sociales de la época en la que vivía. En pocas palabras, lo acusa de ser un escritor atropellado y descuidado, un hombre de moral dudosa y, por encima de todo, lo acusa de no ser un «pensador».

Pues bien, gran parte de esto podría rebatirse. No es cierto, en el sentido al que apunta Tolstói, que Shakespeare sea un escritor inmoral. Puede que su código moral sea diferente del de Tolstói, pero indudablemente posee un código moral, que es evidente a lo largo de toda su obra. Tiene más de moralista que, por ejemplo, Chaucer o Boccaccio. Tampoco es tan estúpido como Tolstói pretende dar a entender. En algunos momentos, de pasada, podríamos decir, muestra una visión que va mucho más allá de su tiempo. A este respecto, me gustaría destacar la crítica que Karl Marx —el cual, a diferencia de Tolstói, admiraba a Shakespeare— escribió sobre *Timón de Atenas*. Pero, de nuevo, lo que dice Tolstói es en general cierto. Shakespeare no es un pensador, y los críticos que afirmaban que era uno de los grandes filósofos del mundo no sabían lo que decían. Sus pensamientos no son más que un batiburrillo, un cajón de sastre. Era como la mayoría de los hombres ingleses: tenía un código de conducta, pero no una cosmovisión ni facultades filosóficas. Y también es muy cierto que a Shakespeare le importa bastante poco la verosimilitud y que rara vez se toma la molestia de hacer que sus personajes sean coherentes. Como sabemos, solía robarles los argumentos a otros y luego los convertía apresuradamente en obras, introduciendo a menudo absurdidades e inconsistencias que no estaban presentes en el original. De vez en cuando, si se hace por casualidad con un argumento a prueba de necios —*Macbeth*, por ejemplo—, sus personajes son razonablemente coherentes, pero en muchos casos se ven involucrados en acciones que son completamente increíbles bajo cualquier criterio convencional. Muchas de sus obras carecen incluso del tipo de credibilidad propio de un cuento de hadas. En todo caso, no tenemos pruebas de que él mismo se tomara en serio sus obras, salvo como un modo de ganarse la vida. En sus sonetos ni siquiera se refiere a ellas como parte de sus logros literarios, y sólo en una ocasión menciona algo avergonzado que había sido actor. Hasta aquí, lo que dice Tolstói está justificado. La afirmación de que Shakespeare era un pensador de calado

que expuso una filosofía coherente en obras técnicamente perfectas y plagadas de una sutil observación psicológica, es ridícula.

Pero ¿qué ha conseguido Tolstói? Con este ataque furioso tendría que haber demolido a Shakespeare por completo, y es evidente que cree haberlo hecho. Desde el momento en que Tolstói escribió el ensayo, o si más no desde el momento en que empezó a difundirse su lectura, la reputación de Shakespeare debería haberse esfumado. Los amantes de Shakespeare tendrían que haber visto que su ídolo había sido desacreditado, que en realidad no tenía ningún mérito, y deberían haber dejado de disfrutar con él en el acto. Pero eso no ocurrió. Shakespeare es demolido y aun así, de algún modo, sigue en pie. Lejos de quedar relegado al olvido como resultado del ataque de Tolstói, es el propio ataque el que ha caído prácticamente en el ostracismo. Aunque Tolstói es un escritor popular en Inglaterra, las dos traducciones de su ensayo están descatalogadas, y tuve que recorrer todo Londres antes de dar con una en un museo.

Da la impresión por tanto de que, pese a que Tolstói puede encontrarle explicación a casi todo lo que tenga que ver con Shakespeare, hay algo que no puede aclarar, y es su popularidad. El propio Tolstói es consciente de ello, y le desconcierta enormemente. He dicho antes que la respuesta estaba en realidad en algo que él mismo se ve obligado a decir. Se pregunta cómo puede ser que a ese Shakespeare, un escritor pésimo, estúpido e inmoral, lo admiren en todas partes; y al final sólo puede explicarlo como una especie de conspiración mundial para tergiversar la verdad. O una especie de alucinación colectiva —una hipnosis, lo llama— en la que ha caído todo el mundo excepto Tolstói. Por lo que respecta a cómo empezó esta conspiración o delirio, se ve obligado a atribuirlo a las maquinaciones de ciertos críticos alemanes de principios del siglo XIX. Comenzaron a contar la retorcida mentira de que Shakespeare era un buen escritor, y nadie desde entonces ha tenido la valentía de contradecirlos. En fin, no hace falta dedicarle mucho tiempo a una teoría como esta. Es un disparate. La inmensa mayoría de la gente que ha disfrutado viendo las obras de Shakespeare no ha estado jamás influida por un crítico alemán, ni directa ni indirectamente. Y es que la popularidad de Shakespeare es bien real, y se trata de una popularidad que se extiende a la gente común, en modo alguno estudiosa. Desde su época en adelante, ha sido un favorito de los escenarios en Inglaterra, y no sólo es popular en los países de habla inglesa, sino también en la mayor parte de Europa y en algunas regiones de Asia. Casi al mismo tiempo que digo esto, el gobierno soviético está celebrando el 325.º aniversario de su defunción, y en Ceilán vi una vez una obra suya representada en un idioma del que no entendí ni una sola palabra. La única conclusión a la que podemos llegar es que hay algo bueno —algo sólido— en Shakespeare que millones de personas corrientes son capaces de apreciar, aunque Tolstói, casualmente, no lo fuera. Sobrevive aunque lo desenmascaren como un pensador confundido cuyas obras están llenas de inverosimilitudes. Ya no se lo puede desacreditar con métodos como este, no más de lo que podemos destruir una flor

echándole un sermón.

Y eso, creo, nos dice algo más sobre un tema al que me refería la semana pasada: los límites del arte y la propaganda. Nos muestra las limitaciones de cualquier crítica que sea puramente una crítica de argumento y sentido. Tolstói critica a Shakespeare no como poeta, sino como pensador y maestro, y en ese aspecto no le cuesta mucho demolerlo. Y, sin embargo, todo cuanto dice es irrelevante; a Shakespeare lo deja incólume. Tanto su reputación como el placer que nos reporta continúan siendo exactamente los mismos. Es evidente que un poeta es algo más que un pensador y un maestro, aunque tiene que ser también eso de todos modos. Todo texto tiene un aspecto propagandístico, y aun así en cualquier libro, obra, poema o lo que sea que pretenda perdurar tiene que haber un residuo de algo que, sencillamente, sea inmune a su moral o su sentido; un residuo de algo que sólo podemos llamar «arte». Dentro de ciertos límites, un pensamiento pobre o una moral pobre pueden ser buena literatura. Si un hombre de la talla de Tolstói no consiguió demostrar lo contrario, dudo que nadie más pueda conseguirlo.

EL SIGNIFICADO DE UN POEMA

Emisión, 14 de mayo de 1941; *The Listener*, 12 de junio de 1941

Empezaré citando el poema titulado «Felix Randal», de Gerard Manley Hopkins, el conocido poeta inglés —era sacerdote católico romano— que murió en 1893.

Felix Randal, el herrador, ¿ha muerto?, ¿ha terminado todo mi deber
después que he visto cómo su humana forma, su cuerpo poderoso, su varonil belleza
se apagaban hasta que la razón perdió su norte
y cuatro desórdenes fatales se cebaron en él, en él lucharon?
La enfermedad lo destrozó. Él maldijo primero, después se resignó
a recibir los óleos; aunque ya un más celeste corazón le brotara
algunos meses antes, cuando pude ofrecerle nuestro alivio suave y redentor.
¡Que Dios le dé la paz de cualquier modo que él lo haya ofendido!

Contemplar a un enfermo lo hace objeto de amor y también a nosotros.
Mi lengua te ha enseñado palabras de consuelo y el toque de mi mano ha calmado tus lágrimas,
lágrimas que han tocado mi corazón, hijo, Felix, pobre Felix Randal.

¡Qué lejos de presentirlo estabas cuando, en medio del bullicio de tus años mejores,
en la oscura herrería, poderoso entre iguales,
al gran caballo gris preparabas brillante la sonora sandalia![*]

Es lo que la gente llama un poema «difícil» —tengo un motivo, al que volveré en un momento, para escoger un poema difícil—, pero sin duda queda bastante claro por dónde va el sentido general. Felix Randal es un herrero, un herrador. El poeta, que es además su sacerdote, lo ha conocido en la flor de la vida, cuando era un hombre grande y fuerte, y luego lo ha visto muriendo, consumido por la enfermedad y sollozando en su cama como un niño. Eso es todo lo que hay por lo que respecta a la «historia» del poema.

Pero ahora volvamos al motivo por el que he escogido deliberadamente un poema tan abstruso y, podría decirse, afectado. Hopkins es lo que la gente llama un «escritor para escritores». El suyo es un estilo muy extraño y enrevesado —quizá sea un mal estilo, en realidad; en todo caso, sería un mal ejemplo que imitar—, que si bien no es en absoluto fácil de entender, resulta atractivo para la gente interesada de un modo profesional en cuestiones técnicas. En las críticas de Hopkins, por tanto, todo el énfasis acostumbra a ponerse en el uso del lenguaje, y los temas que trata se tocan muy de pasada. Y en cualquier crítica de poesía, por descontado, parece natural juzgar primordialmente por el oído. Porque es evidente que, en verso, las palabras —

el sonido de las palabras, sus asociaciones, y las armonías de sonidos y asociaciones que la unión de dos o tres palabras puede establecer— importan más que en la prosa. De otro modo no habría ninguna razón para escribir en forma métrica. Y en el caso de Hopkins en particular, su lenguaje extraño y la pasmosa belleza de algunos de los efectos sonoros que logra eclipsan todo lo demás.

El mejor toque de este poema —el toque especial, podría decirse— se debe a una coincidencia lingüística; pues la palabra que remacha el poema y le otorga finalmente un aire de majestuosidad, un sentimiento trágico, en lugar de simplemente patético, es esa última palabra, «sandal», que si a Hopkins le vino a la mente, no cabe duda de que fue sólo porque dio la casualidad de que rimaba con «Randal». Cabría añadir quizá que la palabra «sandal» es mucho más impactante para un lector inglés de lo que lo sería para un oriental, que ve sandalias todos los días y tal vez lleve unas él mismo. Para nosotros, una sandalia es algo exótico, que asociamos principalmente con los antiguos griegos y romanos. Cuando Hopkins describe la herradura del caballo de tiro como una sandalia, lo convierte de pronto en una magnífica bestia mítica, en una especie de animal heráldico. Y refuerza el efecto con el ritmo espléndido del último verso —«Didst fettle for the great grey drayhorse his bright and battering sandal»—, que es de hecho un hexámetro, el mismo metro en el que escribían Homero y Virgilio. Mediante la combinación de sonido y asociación, logra elevar una muerte en una aldea cualquiera al plano de la tragedia.

Pero ese efecto trágico no puede existir en el vacío, sostenerse meramente en la fuerza de cierta combinación de sílabas. No podemos concebir un poema como una simple disposición de palabras sobre el papel, a la manera de un mosaico. Este poema es conmovedor por su sonido, por sus cualidades musicales; pero también lo es gracias a un contenido emocional que no estaría ahí si la filosofía y las creencias de Hopkins no hubiesen sido las que eran. Es el poema, en primer lugar, de un católico; y, en segundo lugar, de un hombre que vive en un momento muy concreto, la última parte del siglo XIX, cuando el antiguo modo de vida agrícola —la vieja comunidad de aldeas sajonas— estaba desapareciendo finalmente en Inglaterra. Todo el sentimiento del poema es cristiano. Versa sobre la muerte, y la actitud hacia la muerte varía entre las grandes religiones del mundo. La actitud cristiana no considera la muerte como algo que deba ser bienvenido, o a lo que haya que enfrentarse con una indiferencia estoica, o que tenga que evitarse mientras sea posible, sino como algo profundamente trágico con lo que hay que apechugar. Si a un cristiano, supongo, le ofrecieran la posibilidad de la vida eterna en este mundo, la rechazaría; pero seguiría sintiendo que la muerte es profundamente triste. Y este sentimiento condiciona el uso que hace Hopkins de las palabras. Si no fuera por la relación especial que mantiene con él como sacerdote, seguramente no se le ocurriría referirse al herrero fallecido como «child». Y es probable que no hubiera desarrollado esa expresión que he citado —«all thy more boisterous years»— si no tuviera esa particular visión cristiana de la necesidad y la tristeza de la muerte. Pero, como he dicho, el poema también está

condicionado por el hecho de que Hopkins vivió en los últimos años del siglo XIX. Había vivido en las comunidades rurales cuando todavía se parecían de forma notable a lo que habían sido en los tiempos sajones, pero empezaban ya a desintegrarse bajo el impacto del ferrocarril. Es por eso que puede ver a un hombre como Felix Randal, el pequeño artesano independiente de una aldea, en perspectiva, como sólo se puede ver algo cuando está desapareciendo. Puede admirarlo, por ejemplo, como no podría haberlo hecho quizá un escritor anterior. Y ese es el motivo por el que al hablar de su trabajo puede componer frases como «the random grim forge» o «powerful amidst peers».

Sin embargo, uno acaba volviendo a la consideración técnica de que un tema de este tipo se ve muy apoyado por el estilo peculiar de Hopkins. El inglés es una mezcla de varias lenguas, pero principalmente del sajón y el francés normando; y a día de hoy, en los distritos rurales, existe todavía una distinción de clase entre ambos. Muchos trabajadores agrícolas hablan un sajón casi puro. Pues bien, el lenguaje de Hopkins es muy sajón, tiende a encadenar varias palabras inglesas seguidas en lugar de usar una única palabra latina, como hace la mayoría de la gente cuando quiere expresar un pensamiento complejo, y bebe intencionadamente de los primeros poetas ingleses, los que precedieron a Chaucer. En este poema emplea incluso algunas palabras dialectales, como «road» en lugar de «way» y «fettle» en lugar de «fix». Ese poder especial que tiene para recrear la atmósfera de una aldea inglesa no estaría en sus manos si no fuera por los estudios puramente técnicos que había realizado, siendo más joven, sobre los antiguos poetas sajones. Como se verá, el poema es la síntesis —o, más que la síntesis, una especie de fusión— de un vocabulario particular y de una perspectiva religiosa y social particular. Ambos se fusionan, de modo inseparable, y el resultado es mayor que las partes.

He intentado analizar este poema lo mejor que he podido en poco tiempo, pero nada de lo que he dicho puede explicar, o justificar, el placer que me reporta. Esto es en último término inexplicable, y es sólo porque resulta inexplicable por lo que merece la pena la crítica detallada. Los hombres de ciencia pueden estudiar el proceso vital de una flor o pueden dividirla en los elementos que la componen, pero cualquier científico nos dirá que una flor no resulta menos maravillosa, sino más, si lo sabemos todo de ella.

LITERATURA Y TOTALITARISMO

Emisión, 21 de mayo de 1941; transcripción

En estas charlas semanales he estado hablando de crítica, la cual, a fin de cuentas, no forma parte de la corriente principal de la literatura. Una literatura vigorosa puede existir sin apenas crítica ni espíritu crítico, como lo hizo en la Inglaterra del siglo XIX. Pero hay una razón por la cual, en este momento concreto, no se pueden ignorar los problemas que implica cualquier crítica seria. Dije al principio de mi primera charla que estos no son tiempos de crítica. Son tiempos de tomar partido, no de desapego; unos tiempos en los que resulta especialmente difícil ver los méritos literarios de un libro con cuyas conclusiones no estemos de acuerdo. La política —la política en el sentido más general— ha invadido la literatura hasta unos extremos que no acostumbramos a encontrar, y esto ha llevado hasta la superficie de nuestra conciencia la lucha constante que existe entre el individuo y la comunidad. Es en el momento en que uno considera la dificultad de escribir crítica honesta e imparcial en una época como la nuestra, cuando empieza a comprender la naturaleza de la amenaza que pende sobre el conjunto de la literatura en la época venidera.

Vivimos tiempos en los que el individuo autónomo está dejando de existir; o quizá deberíamos decir: en los que el individuo está dejando de tener la ilusión de ser autónomo. En fin, en todo lo que decimos de la literatura —y, sobre todo, en lo que decimos de la crítica— damos instintivamente por sentada la noción del individuo autónomo. Toda la literatura europea moderna —hablo de la literatura de los últimos cuatrocientos años— se basa en el concepto de la honestidad intelectual o, si se prefiere, en aquella máxima de Shakespeare: «Sé sincero contigo mismo». Lo primero que le pedimos a un escritor es que no cuente mentiras, que diga lo que piensa realmente, lo que siente realmente. Lo peor que podemos afirmar de una obra de arte es que no es sincera. Y esto es aún más cierto en relación con la crítica que con la escritura creativa, en la que no importa cierta dosis de pose y artificiosidad, e incluso cierta dosis de farsa pura y dura, siempre y cuando el escritor posea cierta sinceridad fundamental. La literatura moderna es en esencia algo individual. O es la fiel expresión de lo que alguien piensa y siente, o no es nada.

Como digo, damos esta idea por sentada, y, sin embargo, tan pronto como la reflejamos por escrito nos damos cuenta de cuán amenazada está la literatura. Pues esta es la época del Estado totalitario, que no permite, y probablemente no puede permitirle al individuo, ni la más mínima libertad. Cuando uno menciona el

totalitarismo piensa de inmediato en Alemania, Rusia, Italia; pero creo que debemos afrontar el riesgo de que este fenómeno pase a ser mundial. Es evidente que el período de capitalismo liberal está tocando a su fin, y que los países, uno detrás de otro, están adoptando una economía centralizada que podemos llamar «socialismo» o «capitalismo de estado» según se prefiera. Con ello, la libertad económica del individuo, y en gran medida su libertad para hacer lo que quiera, escoger trabajo y moverse de un lado a otro de la superficie del planeta, llegan a su fin. Bueno, hasta hace poco no se habían previsto las implicaciones de esto. No se había comprendido por completo que la desaparición de la libertad económica tendría algún efecto sobre la libertad intelectual. Al socialismo se lo solía considerar una especie de liberalismo moralizado; el Estado se encargaría de nuestra vida económica y nos liberaría del miedo a la pobreza, el desempleo y demás, pero no tendría ninguna necesidad de interferir en nuestra vida intelectual privada. El arte podría prosperar tal como lo había hecho en la época capitalista-liberal; un poco más, de hecho, porque el artista ya no estaría sometido a imposiciones económicas.

Pero, a tenor de las evidencias, hay que admitir que estas ideas han sido falseadas. El totalitarismo ha abolido la libertad de pensamiento hasta unos límites inauditos en cualquier época anterior. Y es importante que comprendamos que este control del pensamiento no es sólo de signo negativo, sino también positivo: no sólo nos prohíbe expresar —e incluso tener— ciertos pensamientos; también nos dicta lo que debemos pensar, crea una ideología para nosotros, trata de gobernar nuestra vida emocional al tiempo que establece un código de conducta. Y, en la medida de lo posible, nos aísla del mundo exterior, nos encierra en un universo artificial en el que carecemos de criterios con los que comparar. El Estado totalitario trata, en todo caso, de controlar los pensamientos y emociones de sus súbditos al menos de modo tan absoluto como controla sus acciones.

La pregunta que nos preocupa es: ¿puede sobrevivir la literatura en una atmósfera semejante? Creo que uno debe responder tajantemente que no. Si el totalitarismo se convierte en algo mundial y permanente, lo que conocemos como literatura desaparecerá. Y no basta con decir —como podría parecer factible en un primer momento— que lo que desaparecerá será simplemente la literatura de la Europa posterior al Renacimiento. Creo que la literatura de toda clase, desde los poemas épicos hasta los ensayos críticos, se encuentra amenazada por el intento del Estado moderno de controlar la vida emocional del individuo. La gente que lo niega acostumbra a presentar dos argumentos. Afirma, en primer lugar, que esa supuesta libertad que había existido a lo largo de los últimos siglos no era más que el reflejo de la anarquía económica y que, en cualquier caso, se trataba en gran medida de una ilusión. Y también señala que la buena literatura, mejor que nada de lo que podamos producir hoy en día, fue escrita en las épocas pasadas, cuando el pensamiento no era precisamente más libre que en la Alemania o la Rusia actuales. Esto es verdad hasta cierto punto. Es verdad, por ejemplo, que la literatura pudo existir en la Europa

medieval, cuando el pensamiento estaba sometido a un férreo control —principalmente, el de la Iglesia— y a uno podían quemarlo vivo por pronunciar una ínfima herejía. El control dogmático de la Iglesia no impidió, por ejemplo, que Chaucer escribiera *Los cuentos de Canterbury*. También es cierto que la literatura medieval, y el arte medieval en general, no era tanto un asunto personal como algo más comunitario que en la actualidad. Es probable que las baladas inglesas, por ejemplo, no se puedan atribuir en absoluto a un individuo. Seguramente se componían de manera comunitaria, como he visto hace muy poco que se hace en los países orientales. Es obvio que la libertad anárquica que ha caracterizado a la Europa de los últimos siglos, ese tipo de atmósfera en la que no existen criterios rígidos de ninguna clase, no es necesaria, quizá no es ni siquiera beneficiosa, para la literatura. La buena literatura puede crearse dentro de un marco rígido de pensamiento.

Sin embargo, hay varias diferencias fundamentales entre el totalitarismo y todas las ortodoxias del pasado, tanto en Europa como en Oriente. La más importante es que las ortodoxias del pasado no cambiaban, o al menos no lo hacían rápidamente. En la Europa medieval, la Iglesia dictaba lo que debíamos creer, pero al menos nos permitía conservar las mismas creencias desde el nacimiento hasta la muerte. No nos decía que creyésemos una cosa el lunes y otra distinta el martes. Y lo mismo puede decirse más o menos de cualquier ortodoxo cristiano, hindú, budista o musulmán hoy en día. En cierto modo, sus pensamientos están restringidos, pero viven toda su vida dentro del mismo marco de pensamiento. Nadie se inmiscuye en sus emociones. Pues bien, con el totalitarismo ocurre exactamente lo contrario. La peculiaridad del Estado totalitario es que, si bien controla el pensamiento, no lo fija. Establece dogmas incuestionables y los modifica de un día para otro. Necesita dichos dogmas, pues precisa una obediencia absoluta por parte de sus súbditos, pero no puede evitar los cambios, que vienen dictados por las necesidades de la política del poder. Se afirma infalible y, al mismo tiempo, ataca el propio concepto de verdad objetiva. Por poner un ejemplo obvio y radical, hasta septiembre de 1939 todo alemán tenía que contemplar el bolchevismo ruso con horror y aversión, y desde septiembre de 1939 tiene que contemplarlo con admiración y afecto. Si Rusia y Alemania entran en guerra, como bien podría ocurrir en los próximos años, tendrá lugar otro cambio igualmente violento. La vida emocional de los alemanes, sus afinidades y odios, tiene que revertirse de la noche a la mañana cuando ello sea necesario. No hace falta señalar el efecto que tienen este tipo de cosas en la literatura. Y es que escribir es en gran medida una cuestión de sentimiento, el cual no siempre se puede controlar desde fuera. Es fácil defender de boquilla la ortodoxia del momento, pero la escritura de cierta trascendencia sólo es posible cuando un hombre siente la verdad de lo que está diciendo; sin eso, falta el impulso creativo. Todas las pruebas que tenemos indican que los repentinos cambios emocionales que el totalitarismo exige a sus seguidores son psicológicamente imposibles. Y ese es el motivo principal por el que sugiero que, en caso de que el totalitarismo triunfe en todo el mundo, la literatura tal como la

conocemos estará a un paso del fin. Y, de hecho, parece que el totalitarismo ha tenido ya ese efecto. En Italia la literatura ha quedado imposibilitada, y en Alemania parece casi haberse detenido. La actividad más característica de los nazis es la quema de libros. E incluso en Rusia el renacimiento literario que esperábamos no ha tenido lugar, y los escritores rusos más prometedores muestran una marcada tendencia a suicidarse o a desaparecer en las prisiones.

He dicho antes que el capitalismo liberal está llegando de forma obvia a su fin y, en consecuencia, puede haber dado la impresión de que insinúo que la libertad de pensamiento está irremediablemente condenada. Pero no creo que sea así, y en resumen diré sencillamente que creo que la esperanza de la supervivencia de la literatura reside en aquellos países en los que el liberalismo ha echado raíces más profundas, los países no militaristas, Europa occidental y las Américas, India y China. Creo —y puede que no sea más que una vana esperanza— que, aunque es seguro que está por venir una economía colectivizada, esos países sabrán cómo desarrollar una forma de socialismo que no sea totalitaria, en la que la libertad de pensamiento pueda sobrevivir a la desaparición del individualismo económico. Esa es, en todo caso, la única esperanza a la que puede aferrarse cualquiera que se preocupe por la literatura. Cualquiera que sienta el valor de la literatura, que sea consciente del papel central que desempeña en el desarrollo de la historia humana, debe ver también que es una cuestión de vida o muerte oponerse al totalitarismo, tanto si nos viene impuesto desde fuera como desde dentro.

ESTIMADO DOKTOR GOEBBELS: ¡SUS AMIGOS BRITÁNICOS COMEN BIEN!

Daily Express, 23 de julio de 1941

La frambuesa desaparecida, el huevo invisible y las cebollas que se huelen pero no se ven son fenómenos con los que todos estamos familiarizados. Es sólo por el daño mortífero que pueden hacerle a la moral por lo que merece la pena mencionar estos juegos de manos tan viejos.

Cuando se regula el precio de un artículo, este desaparece rápidamente del mercado. Pero la fruta, el pescado, los huevos y la mayoría de las verduras no pueden conservarse por un tiempo indefinido.

Si desaparecen de forma repentina podemos apostar a que se están vendiendo clandestinamente a un precio ilegal; y, de hecho, cualquiera que conozca a gente de dinero sabe muy bien que se están vendiendo.

Los huevos, por ejemplo, están disponibles en grandes cantidades a cuatro peniques la unidad. Me han informado de que figuran siempre en la cuenta como «guisantes en lata».

La gasolina también parece bastante fácil de conseguir si uno puede pagar por ella el doble de su precio.

Y, aparte de transgresiones directas de la ley, no tenemos más que meter la nariz en cualquier hotel o restaurante elegante para ver cómo se desvanece del modo más obvio el espíritu de las regulaciones alimentarias.

La regla del «plato único», por ejemplo, se incumple de forma habitual, pero la infracción no cuenta, porque a los platos adicionales de carne o pescado se les cambia el nombre por el de «entremeses».

En cualquier caso, el hecho de que la comida que se consume en los restaurantes no se racione favorece a aquellos con ingresos altos y mucho tiempo libre. Para cualquiera con más de dos mil libras al año resultaría fácil vivir sin recurrir jamás a su cartilla de racionamiento.

Pero ¿importan realmente estas cosas? Y si es así, ¿por qué y cuánto importan?

No tienen importancia por el material adicional consumido. Y dado que se trata de la evasiva preferida de la gente egoísta que compra frambuesas bajo mano y malgasta la gasolina yendo a las carreras, es necesario admitirlo, y luego poner las cosas en su sitio.

El gasto real de material a manos de los ricos es desdeñable, porque los ricos incluyen a muy poca gente.

Son las personas corrientes, que son y deben ser las principales consumidoras de todos los productos, las que importan.

Si cogiésemos toda la carne, el pescado y el azúcar adicionales que acaban en los hoteles elegantes y los dividiésemos entre la población general, no habría ninguna diferencia apreciable.

De hecho, aunque acabásemos con todos los grandes ingresos a base de impuestos, seguiría sin haber mucha diferencia en los impuestos que tendríamos que pagar el resto de nosotros.

La gente corriente recibe la mayor parte de los ingresos nacionales, del mismo modo que come la mayor parte de la comida y desgasta la mayor parte de la ropa, porque constituye la inmensa mayoría.

Las frambuesas que desaparecen hoy en día por gargantas privilegiadas en Harrogate y Torquay no tienen un efecto directo demasiado importante en la batalla del Atlántico.

Por tanto, se afirma, ¿qué más da que haya una cierta dosis de injusticia sin importancia? Dado que la situación alimentaria general apenas se ve afectada, ¿por qué no deberían medio millón de personas afortunadas pasarlo tan bien como las circunstancias lo permitan?

Este argumento es una completa falacia, porque no tiene en cuenta el efecto de la envidia sobre la moral, sobre el sentimiento de «estamos juntos en esto» que es absolutamente necesario en tiempos de guerra.

No hay manera de hacer la guerra sin reducir el nivel general de vida. La clave de la guerra es derivar la mano de obra de los bienes de consumo al armamento, lo que significa que la gente debe comer menos, trabajar más horas y arreglárselas con menos diversiones.

¿Y por qué deberían hacer eso —o, si más no, por qué deberíamos esperar que lo hagan— cuando tienen ante los ojos a una pequeña minoría que no sufre privaciones de ningún tipo?

Si bien se sabe que los artículos alimentarios menos habituales acostumbran a ser vendidos de contrabando, ¿cómo se le puede pedir a la gente que reduzca el consumo de leche y se muestre entusiasmada con las gachas y las patatas?

El «socialismo de guerra» puede tener un importante efecto moral aun cuando no tenga ninguna importancia en el plano estadístico. Los pocos cargamentos de naranjas que llegaron recientemente a Inglaterra son un ejemplo de ello.

Me pregunto cuántas de esas naranjas llegaron a los niños de los barrios bajos de Londres. Si se hubiesen repartido equitativamente, no habría tocado a más de una o dos naranjas por persona para toda la población.

En términos de vitaminas, no habría habido ninguna diferencia; pero les habría dado sentido a los discursos actuales sobre la «igualdad del sacrificio».

La experiencia nos muestra que los seres humanos pueden soportarlo prácticamente todo siempre y cuando perciban que están siendo tratados con justicia.

Los republicanos españoles soportaron dificultades que nosotros aún ni siquiera imaginamos. Durante el último año de la Guerra Civil, el ejército republicano combatió casi sin cigarrillos; los soldados lo sobrellevaron porque las cosas eran iguales para todos, tanto para los generales como para los soldados.

Y nosotros podemos hacer lo mismo si es necesario.

Si somos sinceros, tenemos que admitir que, al margen de las incursiones aéreas, la población civil no ha tenido que pasar muchas dificultades; nada en comparación con lo que pasamos en 1918, por ejemplo.

Será más adelante, en el momento de crisis, en el que quizá sea necesario imponer de golpe las más drásticas restricciones de todo tipo, cuando se ponga a prueba nuestra solidaridad nacional.

Si nos preparamos ahora con vistas a ese momento, aplicamos mano dura contra el mercado negro, atrapamos a media docena de tragaldabas y chanchulleros de la gasolina y les imponemos condenas lo bastante duras como para asustar a los de su calaña, prohibimos los lujos más flagrantes y, en general, demostramos que lo de la igualdad del sacrificio no es meramente una frase, nos irá bien.

Pero en estos momentos —y pueden confirmar esta afirmación echando un vistazo al asador de cualquier hotel elegante, si es que logran que los porteros los dejen pasar—, las burlas interminables del doktor Goebbels sobre la «plutocracia británica» no hacen mucha falta.

Unas pocas decenas de miles de holgazanes y egoístas le están haciendo el trabajo sin cobrar.

WELLS, HITLER Y EL ESTADO MUNDIAL

Horizon, agosto de 1941

En mayo o abril, dicen los sabihondos, va a caer un aplastante y formidable golpe sobre Gran Bretaña… Qué tiene que ver Hitler en esto, no puedo imaginarlo. Sus recursos militares, dispersos y en declive, no son ahora, seguramente, demasiado superiores a los de los italianos antes de que los pusieran a prueba en Grecia y África.

Las fuerzas aéreas alemanas se han desgastado enormemente. Están anticuadas, y sus hombres de primer rango están en su mayoría muertos, desmoralizados o exhaustos.

En 1914 el ejército de los Hohenzollern era el mejor del mundo. Detrás de ese tarado vocinglero de Berlín no hay nada que se le parezca… Aun así, nuestros «expertos» militares hablan del fantasma acechante. En sus fantasías tiene un equipamiento perfecto y una disciplina imbatible. De vez en cuando va a lanzar un «golpe» decisivo desde España y el norte de África, o va a marchar a través de los Balcanes, a marchar desde el Danubio hasta Ankara, hasta Persia, hasta la India, o a «aplastar Rusia», o a «abalanzarse» por el Brennero en dirección a Italia. Pasan las semanas y el fantasma no hace ninguna de estas cosas; por una excelente razón: no existe hasta tal punto. La mayoría de los cañones y las municiones tan insuficientes que poseía deben de haberle sido arrebatados o se habrán desperdiciado en los estúpidos amagos de Hitler para invadir Gran Bretaña. Y su disciplina tosca y chapucera se debilita ante la progresiva toma de conciencia de que el *Blitzkrieg* no da para más y de que la guerra se va a volver contra ellos.

Estas citas no están tomadas del *Cavalry Quarterly*, sino de una serie de artículos de prensa escritos por H. G. Wells a principios de este año y recopilados ahora en un libro titulado *Guide to the New World*. Desde que fueron escritos, el ejército alemán ha invadido los Balcanes y reconquistado la Cirenaica, puede marchar a través de Turquía o España en el momento en que le convenga y ha emprendido la invasión de Rusia. Desconozco qué resultado tendrá esta campaña, pero cabe tener en cuenta que el Estado Mayor alemán, cuya opinión probablemente valga algo, no la habría puesto en marcha si no estuviera bastante seguro de poder completarla antes de tres meses. Esto por lo que respecta a la idea de que el ejército alemán es como el coco, que su equipamiento es insuficiente, que su moral se está desmoronando, etcétera, etcétera.

¿Qué puede invocar Wells ante este «tarado vocinglero de Berlín»? Pues el galimatías de costumbre sobre un Estado Mundial, junto con la Declaración Sankey, que es un intento de definir los derechos humanos fundamentales, de corte antitotalitario. Con la salvedad de que ahora Wells anda especialmente preocupado por el control federal mundial de las fuerzas aéreas, es el mismo evangelio que ha ido predicando casi sin interrupción a lo largo de los últimos cuarenta años, siempre con un aire de irritada sorpresa ante la incapacidad de los seres humanos para comprender algo tan obvio.

¿De qué sirve decir que necesitamos un control federal mundial del aire? La cuestión es cómo vamos a conseguirlo. ¿De qué sirve señalar que un Estado Mundial es aconsejable? Lo que importa es que a ninguna de las cinco grandes potencias

militares se le ocurriría someterse a algo semejante. En las décadas pasadas, todos los hombres sensatos han estado sustancialmente de acuerdo con lo que sostiene Wells; pero los hombres sensatos no tienen poder ni, en demasiados casos, disposición alguna para el sacrificio. Hitler es un demente criminal, y Hitler tiene un ejército de millones de hombres, aviones por millares y decenas de miles de tanques. En su nombre, una gran nación ha estado dispuesta a dejarse la piel trabajando durante seis años y luego a combatir otros dos, mientras que en la visión del mundo, racional y esencialmente hedonista, que presenta Wells, una criatura humana difícilmente está dispuesta a derramar una gota de sangre. Antes de ponernos a hablar siquiera de la reconstrucción mundial, o incluso de la paz, hay que eliminar a Hitler, lo que supone crear una dinámica que no tiene que ser necesariamente la misma que la de los nazis, pero que seguramente será igual de inaceptable para la gente «progresista» y hedonista. ¿Qué es lo que ha mantenido en pie a Inglaterra este último año? En parte, no cabe duda de ello, alguna idea difusa sobre un futuro mejor, pero ante todo ese sentimiento atávico de patriotismo, esa sensación arraigada entre los pueblos de habla inglesa de que son superiores a los extranjeros. Durante los últimos veinte años, el objetivo principal de los intelectuales ingleses de izquierdas ha sido el de acabar con este sentimiento, y en el caso de que lo hayan logrado podríamos ver en breve a los hombres de las SS patrullando las calles de Londres. De modo similar, ¿por qué están los rusos peleando como tigres contra la invasión alemana? En parte, quizá, por algún ideal de socialismo utópico que recuerdan a medias, pero lo hacen ante todo en defensa de la Santa Rusia (la «tierra sagrada de nuestra madre patria», etcétera, etcétera), que Stalin ha revivido sólo ligeramente modificada. La energía que, en efecto, da forma al mundo brota de las emociones —el orgullo racial, la adoración a un líder, las creencias religiosas, la fascinación por la guerra— que los intelectuales liberales descartan sistemáticamente como anacronismos, y que a menudo han destruido de un modo tan completo en su interior que han perdido todo poder de acción.

La gente que dice que Hitler es el Anticristo, o bien el Espíritu Santo, está más cerca de comprender la verdad que esos intelectuales que llevan diez espantosos años manteniendo que no es más que una figura salida de una ópera bufa que no merece ser tomada en serio. Lo único que refleja de verdad esta idea es el ambiente protegido de la vida inglesa. El Left Book Club era en el fondo un producto de Scotland Yard, del mismo modo que la Peace Pledge Union es un producto de la Royal Navy. Uno de los acontecimientos de los últimos diez años ha sido el surgimiento del «libro político», una versión ampliada de un panfleto en el que se combina la historia con la crítica política, como un importante género literario. Pero los mejores escritores en esta línea —Trotski, Rauschning, Rosenberg, Silone, Borkenau, Koestler y otros— no han sido nunca ingleses, y son casi todos ellos renegados de uno u otro partido extremista, gente que ha visto de cerca el totalitarismo y conoce el significado del exilio y la persecución. Sólo en los países de habla inglesa estaba de moda creer,

hasta el mismo estallido de la guerra, que Hitler era un loco sin importancia y que los tanques alemanes estaban hechos de cartón. El señor Wells, como se verá en las citas que he reproducido más arriba, cree todavía algo por el estilo. Supongo que ni las bombas ni la campaña alemana en Grecia habrán modificado su opinión. La rutina de pensamiento de toda una vida se interpone entre él y la comprensión del poder de Hitler.

El señor Wells, como Dickens, pertenece a la clase media no militarista. El estruendo de los cañones, el tintineo de las espuelas, el nudo en la garganta cuando desfila la vieja bandera, lo dejan frío. Siente un odio inquebrantable hacia el lado combativo, cazador, temerario de la vida, simbolizado en todas sus obras primerizas mediante una violenta propaganda contra la caballería. El villano principal de su obra *Outline of History* es el militar aventurero Napoleón. Si examinamos prácticamente cualquiera de los libros que ha escrito en los últimos cuarenta años, encontramos la misma idea recurrente: la supuesta antítesis entre el hombre de ciencia que trabaja por un Estado Mundial planificado y el reaccionario que trata de restablecer un pasado turbulento. En sus novelas, utopías, ensayos, películas y panfletos aflora esta antítesis, siempre más o menos igual. En un lado, la ciencia, el orden, el progreso, el internacionalismo, los aviones, el acero, el hormigón, la higiene; en el otro, la guerra, el nacionalismo, la religión, la monarquía, los campesinos, los profesores de griego, los poetas, la caballería. Para él la historia es una sucesión de victorias logradas por el hombre científico frente al hombre romántico. Puede que tenga razón al dar por supuesto que una forma de sociedad «razonable», planificada, controlada por científicos en lugar de por hechiceros, se impondrá antes o después, pero eso no es lo mismo que dar por sentado que está a la vuelta de la esquina. Pervive ahí, en algún punto, una interesante controversia que tuvo lugar entre Wells y Churchill en tiempos de la Revolución rusa. Wells acusa a Churchill de no creerse realmente su propia propaganda sobre los bolcheviques, monstruos chorreando sangre, etcétera, sino de temer sin más que fueran a introducir una era de sentido común y control científico en la que no habría lugar para patrioteros como él. La opinión que tenía Churchill de los bolcheviques, sin embargo, estaba más cerca de la verdad que la de Wells. Puede que los primeros bolcheviques fueran ángeles o demonios, según como prefiriera considerarlos uno, pero en cualquier caso no eran hombres sensatos. No estaban introduciendo una utopía wellsiana, sino un Gobierno de los Santos, el cual, como el Gobierno de los Santos inglés, era un despotismo militar alentado por tribunales de brujería. Este mismo error de interpretación reaparece, a la inversa, en la actitud de Wells hacia los nazis. Hitler es como todos los señores de la guerra y hechiceros de la historia en un solo individuo. Por tanto, argumenta Wells, es un absurdo, un fantasma del pasado, una criatura condenada a desaparecer casi de inmediato. Por desgracia, la ecuación de la ciencia con sentido común no se cumple. El avión, que se esperaba con impaciencia como una influencia civilizadora, pero que en la práctica apenas ha sido usado para algo más que tirar bombas, es un símbolo de ello. La Alemania

moderna es mucho más científica que Inglaterra, y mucho más bárbara. Mucho de lo que Wells ha imaginado, y para lo que ha trabajado, está físicamente ahí, en la Alemania nazi. El orden, la planificación, el apoyo del Estado a la ciencia, el acero, el hormigón, los aviones, todo está ahí, pero al servicio de unas ideas propias de la Edad de Piedra. La ciencia está combatiendo en el bando de la superstición. Pero es obvio que para Wells es imposible aceptarlo. Eso contradeciría la cosmovisión en la que se basan sus propias obras. Los señores de la guerra y los hechiceros deben fracasar; el Estado Mundial del sentido común, tal como lo concibe un liberal del siglo XIX cuyo corazón no da un vuelco al oír el son de las cornetas, debe triunfar. Traiciones y derrotismos aparte, Hitler no puede ser un peligro. Que al final triunfara sería una inversión imposible de la historia, como una restauración jacobita.

Pero ¿no es una especie de parricidio que alguien de mi edad (treinta y ocho años) encuentre defectos en H. G. Wells? Las personas pensantes que nacieron alrededor de principios de siglo son en cierto modo obra de Wells. Cuánta influencia puede tener un simple escritor, y especialmente un escritor «popular» cuya obra surte un rápido efecto, es discutible, pero dudo que otro que haya escrito libros entre 1900 y 1920, si más no en inglés, haya influido tanto en los jóvenes. Las mentes de todos nosotros, y por lo tanto el mundo material, serían sensiblemente diferentes si Wells jamás hubiese existido; sólo que la uniformidad de su pensamiento, la unilateralidad de su imaginación, que hicieron que pareciera un inspirado profeta en la época eduardiana, hacen ahora de él un pensador vacío, inadecuado. Cuando Wells era joven, la antítesis entre la ciencia y las fuerzas reaccionarias era real. La sociedad estaba gobernada por gente estrecha de miras y con una falta de curiosidad enorme, rapaces hombres de negocios, terratenientes alelados, obispos, políticos que podían citar a Horacio pero que nunca habían oído hablar del álgebra. La ciencia tenía una ligera mala fama, y la creencia religiosa era obligatoria. El tradicionalismo, la estupidez, el esnobismo, el patriotismo, la superstición y la fascinación por la guerra parecían estar todos en el mismo bando; hacía falta alguien que pudiera defender el punto de vista contrario. En la década de 1900, descubrir a H. G. Wells era una experiencia maravillosa para un niño. Ahí estabas tú, en un mundo de pedantes, clérigos y golfistas, con tus futuros jefes presionándote («espabila o quítate de en medio»), tus padres pervirtiendo de manera sistemática tu vida sexual, tus estúpidos maestros de escuela soltando una risita con sus muletillas en latín; y aquí estaba ese hombre maravilloso que podía contarte cosas de los habitantes de otros planetas y del fondo del mar, y que sabía que el futuro no iba a ser lo que la gente respetable imaginaba. Más o menos diez años antes de que los aviones fuesen factibles técnicamente, Wells sabía que en poco tiempo los hombres serían capaces de volar. Lo sabía porque él mismo quería ser capaz de volar y, por tanto, tenía la seguridad de que continuarían las investigaciones en esa dirección. Por otro lado, incluso cuando era pequeño, en una época en que los hermanos Wright ya habían conseguido elevar su máquina sobre el suelo durante cincuenta y nueve segundos, la opinión mayoritariamente aceptada era que si Dios

hubiese querido que voláramos nos habría puesto alas. Hasta 1914 Wells era, en general, un verdadero profeta. En los detalles materiales, su visión del nuevo mundo se estaba cumpliendo hasta extremos sorprendentes.

No obstante, dado que pertenecía al siglo XIX y a una nación y una clase no militaristas, no podía comprender la fuerza tremenda del viejo mundo, que en su mente simbolizaban esos *tories* aficionados a la caza del zorro. Wells era, y sigue siendo, totalmente incapaz de entender que el nacionalismo, la intolerancia religiosa y la lealtad feudal son fuerzas mucho más poderosas que eso que él mismo describiría como cordura. Criaturas salidas de la Edad Oscura han llegado marchando hasta el presente, y aunque se trata de fantasmas, en todo caso son fantasmas que no podremos apaciguar más que con potentes poderes mágicos. Las personas que han mostrado una mejor comprensión del fascismo son, o bien las que lo han sufrido, o bien las que poseen ellas mismas una vena fascista. Un libro tan descarnado como *El talón de hierro*, escrito hace casi treinta años, es una profecía más acertada sobre el futuro que *Un mundo feliz* o *The Shape of Things to Come*. Si tuviésemos que elegir entre los contemporáneos de Wells a un escritor que le enmendara la plana, ese podría ser Kipling, que no estaba sordo a las voces malignas del poder y la «gloria» militar. Kipling habría comprendido el atractivo de Hitler y, en ese sentido, también el de Stalin, cualquiera que hubiese sido su postura al respecto. Wells es demasiado cuerdo para entender el mundo moderno. El torrente de novelas de clase media-baja que constituyen su mayor logro se detuvo de golpe en la otra guerra y nunca se reanudó del todo, y desde 1920 ha desperdiciado su talento matando dragones de papel. Pero qué difícil es, a fin de cuentas, tener talento que desperdiciar.

EL ARTE DE DONALD McGILL

Horizon, septiembre de 1941

¿Quién no conoce las viñetas que se muestran en los escaparates de las papelerías baratas, las postales coloreadas que se venden a un penique o a dos, con su interminable sucesión de mujeres gordas, embutidas en prietos bañadores, de dibujo tosco, de colores chillones, sobre todo yema de huevo de gorrión y rojo de los buzones de correos?

La pregunta tendría que ser retórica, pero es curioso que sean muchas las personas que no parecen al tanto de que existan esos objetos, o que tengan incluso la vaga sensación de que sólo se encuentran en las localidades de la costa, como los negros que cantan por la calle o los caramelos de menta. Lo cierto es que se venden en cualquier parte, a la vuelta de la esquina, en cualquier Woolworth, sin ir más lejos, y es evidente que se fabrican en grandes cantidades y que continuamente aparecen nuevas series. No hay que confundirlas con muchos otros tipos de postales ilustradas de tipo sentimental en las que aparecen cachorros de perro y gatitos, o las de estilo Wendy, punto menos que pornográficas, que explotan los amores infantiles. Constituyen un género en sí mismas, especializado en un humor muy «ramplón», chocarrero, donde aparecen la suegra, los pañales del bebé, los chistes del tipo de la bota del policía, y que se distingue de todos los demás por carecer de toda pretensión artística. Son media docena las editoriales que las comercializan, aunque las personas que las dibujan nunca han dado la impresión de ser demasiadas.

Yo las relaciono con el nombre de Donald McGill, porque no sólo es el artista de postales contemporáneo más prolífico y mejor, con diferencia, sino que también es el más representativo, el más perfecto de esta tradición. Desconozco quién es Donald McGill. Al parecer se trata de un nombre de marca, ya que al menos una serie de postales se comercializa con el nombre de «Las viñetas de Donald McGill», pero es incuestionable que se trata de una persona de carne y hueso, que tiene un estilo de dibujo reconocible a primera vista. Todo el que examine sus postales a bulto se dará cuenta de que muchas no son despreciables ni siquiera como meros dibujos, aun cuando sería caer en un diletantismo absurdo presumir que tengan algún valor estético directo. Una postal de viñeta es tan sólo la ilustración de un chiste, un chiste invariablemente ramplón, y se sostiene o se cae por su capacidad de incitar a la risa. Más allá de esto posee tan sólo un interés «ideológico». McGill es un dibujante inteligente, con un verdadero don para la caricatura en el dibujo de las caras, aunque el valor especial de sus postales radica en que sean tan completamente típicas. Representan, por así decir, la norma de la postal cómica. Sin ser en modo alguno

imitativas, son exactamente lo que han sido las postales cómicas en cualquier momento a lo largo de los últimos cuarenta años, y a partir de ellas se pueden inferir sin complicaciones el sentido y el propósito de todo el género.

Basta con hacerse con media docena de muestras, preferiblemente de McGill; si se escogen de un montón las que tengan más gracia, es probable que casi todas ellas sean de McGill. Extendámoslas sobre una mesa. ¿Con qué nos encontramos?

La primera impresión es de una vulgaridad abrumadora que, sin embargo, no tiene nada que ver ni con la obscenidad omnipresente ni con lo repugnante de los colores que se emplean. Revelan una absoluta bajeza de mentalidad que proviene no sólo de la naturaleza de los chistes, sino, sobre todo, de lo grotesco, lo descarado de los dibujos. Las líneas, como las que pintaría un niño, tienden a ser gruesas y dejan espacios en blanco, y todas las figuras que representan, todos sus gestos y actitudes, son de una fealdad deliberada, los rostros sonrientes, vacuos, las mujeres mostradas de una manera monstruosa, con unos traseros como hotentotes. La segunda impresión, en cambio, es la de una familiaridad indefinible. ¿A qué nos recuerdan estas imágenes? ¿A qué se parecen tanto? En primer lugar, por descontado, nos recuerdan a las postales apenas distintas de nuestra niñez. Pero más aún nos damos cuenta de que estamos viendo algo tan tradicional como una tragedia griega, una suerte de submundo de azotainas en el trasero y de suegras malencaradas que es parte de la conciencia colectiva de Europa occidental. No se trata de que los chistes, tomados de uno en uno, sean por fuerza rancios. No carentes de indecencia, las postales cómicas se repiten a menudo con menor frecuencia que las columnas de chistes de las revistas bien consideradas, aunque su temática elemental, el tipo de chiste al que apuntan, es siempre la misma. Vayan unos cuantos ejemplos genuinamente ingeniosos, en una vena propia del actor de *music-hall* Max Miller:

—Me gusta acompañar a casa a chicas con experiencia.
—¡Pero si yo no tengo experiencia!
—Aún no estás en casa.

—Llevo años luchando por conseguir un abrigo de pieles. ¿Cómo has conseguido el tuyo?
—Dejé de luchar.

JUEZ: Caballero, está usted prevaricando. ¿Durmió con esta mujer, sí o no?
ACUSADO: ¡No pegué ojo, señoría!

Sin embargo, y en líneas generales, no son ingeniosos, sino más bien humorísticos, y hay que decir, de las postales de McGill en particular, que el dibujo suele tener más gracia que el chiste que se reproduce al pie del primero. Obviamente, la característica más sobresaliente de las postales cómicas es su obscenidad, aspecto del que luego me ocuparé. Sin embargo, adelanto aquí un análisis a grandes rasgos de la temática de que tratan, con los comentarios y explicaciones que parecen de rigor.

Sexo: Más de la mitad, quizá las tres cuartas partes de los chistes, son chistes de sexo, que van desde los inofensivos hasta los poco menos que impublicables. El favorito es seguramente el del hijo ilegítimo. Típicos pies de ilustración: «¿Me

cambiaría usted este amuleto por un biberón?»; «No me invitó al bautizo, así que no pienso ir a la boda». También los recién casados, las solteronas, las mujeres en traje de baño. Las tres categorías parecen tener gracia *ipso facto*, y una simple mención es suficiente para suscitar la risa. El chiste del cornudo se explota rara vez. No hay referencias a la homosexualidad.

Convenciones del chiste de sexo:

a) El matrimonio sólo beneficia a las mujeres. Todos los hombres intrigan en busca de la seducción, y todas las mujeres intrigan en busca del matrimonio. Ni una sola mujer se ha quedado soltera, nunca, de manera voluntaria.

b) El atractivo sexual desaparece a los veinticinco años de edad. Nunca se representa a personas bien conservadas, atractivas, que hayan superado la primera juventud. La parejita amorosa, en su luna de miel, reaparece en forma de esposa de semblante serio y marido con bigotes, la nariz roja, alelado, sin que parezca haber mediado una etapa intermedia.

Vida doméstica: Además del sexo, el marido víctima de la mujer es el otro chiste preferido. Típico pie de ilustración: «¿Han hecho una radiografía de la mandíbula de su esposa en el hospital? No, le han hecho una película entera».

Convenciones:

a) No existe eso que se llama «matrimonio feliz».

b) En una discusión con una mujer, el hombre siempre pierde.

Embriaguez: Tanto la embriaguez como la abstinencia son graciosas *ipso facto*.

Convenciones:

a) Todos los borrachos tienen ilusiones ópticas.

b) La embriaguez es algo particular de los hombres de mediana edad. Nunca aparecen jóvenes ni mujeres que se hayan emborrachado.

Chistes de retrete: No son muchos. Los orinales son graciosos *ipso facto*, al igual que los urinarios públicos. Una típica postal con el pie «Un amigo necesitado» muestra un hombre al que el viento le arranca el sombrero de la cabeza y lo arrastra volando hacia un urinario de señoras.

Esnobismo en la clase obrera: Muchas de estas postales dan a entender que tienen por público a los obreros más favorecidos y a la clase media baja. Son muchos los chistes que se basan en los errores que se cometen al confundir un vocablo con otro similar o en el analfabetismo, en la pronunciación defectuosa y en los malos modales de los habitantes de los arrabales. Infinidad de postales muestran a viejas brujas, dos mujeres con aspecto de carboneras intercambiando insultos impropios de una dama. Típico diálogo: «Ojalá tú fueras una estatua y yo una paloma». Algunas de las que han sido impresas después de la guerra tratan el tema de la evacuación desde un punto de vista hostil a los evacuados. Son habituales los chistes sobre mendigos, vagabundos y delincuentes, y la criada de tintes cómicos aparece con frecuencia. También el obrero cómico de los canales, el barquero, etcétera, aunque todavía no se han visto chistes hostiles a los sindicatos. En términos generales, todo el que ande muy por encima o muy por debajo de la franja salarial de las cinco libras semanales

es un sujeto risible. El «elegante» es tan susceptible de convertirse en una figura de chiste como el arrabalero.

Tipos: Rara vez aparecen los extranjeros. Los escoceses, en cambio, son una fuente inagotable de chistes. El abogado es siempre un estafador, y el clérigo es siempre un idiota nervioso que dice lo que no hay que decir. El joven petimetre aún aparece, al igual que en los tiempos eduardianos, vestido con ropa elegante, pero pasada de moda, y sombrero para ir a la ópera, e incluso con polainas y bastón de caña. Otra de las figuras que ha pervivido es la sufragista, uno de los grandes motivos de los chistes anteriores a 1914 y demasiado jugosa como para renunciar a ella. Ha reaparecido sin el menor cambio en su apariencia física, en calidad de feminista o fanática de la templanza y la abstinencia. Rasgo habitual en los últimos años es la total ausencia de postales antisemitas. El «chiste de judíos», siempre peor intencionado que el de los escoceses, desapareció súbitamente con la llegada de Hitler al poder.

Política: Cualquier acontecimiento contemporáneo, cualquier culto o actividad de la época, si reviste posibilidades cómicas (por ejemplo, el amor libre, el feminismo, la artillería antiaérea, el nudismo), rápidamente encuentra una vía de acceso a las postales, aunque el ambiente general con que se trata estos temas suele ser sumamente anticuado. El planteamiento político que se sobreentiende es un radicalismo propio del año 1900 más o menos. En épocas normales no sólo no son patrióticos, sino que incluso dan rienda suelta a una moderada vena antipatriótica, con chistes sobre «Dios salve al rey», la bandera británica, etcétera. La situación en Europa sólo comenzó a reflejarse más o menos en 1939, al principio mediante los aspectos más cómicos de la artillería antiaérea y los bombardeos. Salvo en este contexto, pocas postales hacen mención de la guerra (una mujer gruesa que no cabe por la puerta de un refugio antiaéreo, vigilantes que descuidan sus obligaciones cuando una joven se desviste en una ventana y ha olvidado apagar las luces, etcétera, etcétera). Unas pocas expresan sentimientos antihitlerianos, aunque no de tipo muy reivindicativo. Una en concreto, y no es de McGill, muestra a un Hitler con la espalda hipertrofiada de costumbre, agachándose para coger una flor. El pie dice así: «¿Qué os sugiere esto, chicos?». Ese es el grado sumo de patriotismo al que llega una postal. Al contrario que los periodicuchos semanales más baratos, las postales cómicas no son el producto de una gran empresa que tenga un monopolio del mercado, y es evidente que no se considera que tengan una gran relevancia en la formación de la opinión pública. No hay en ninguna de ellas el menor síntoma de que puedan inducir a creer en planteamientos aceptables para la clase dirigente.

Aquí nos volvemos a encontrar con el rasgo más sobresaliente e importante de las postales cómicas, que es su obscenidad. Esta es la razón primordial de que todo el mundo las recuerde, y eso es capital para el propósito que tienen, aunque no de un modo obvio.

Uno de los motivos recurrentes, casi predominantes, en las postales cómicas es la mujer con el trasero respingón. Tal vez en la mitad de ellas, puede que en algunas más, el sentido del chiste no tiene nada que ver con el sexo, pero aparece esa misma figura femenina, una figura regordeta y «voluptuosa», con el vestido tan ceñido como una segunda piel, y con unos senos y unas nalgas groseramente enfatizados, según hacia qué lado esté vuelta. No cabe ninguna duda de que esas imágenes ponen al descubierto una represión muy extendida, sin duda natural en un país en el que las mujeres jóvenes tienden a ser delgadas e incluso flaquísimas. Pero, al mismo tiempo, las postales de McGill —y esto es aplicable a otras del género— no pretenden pasar por pornografía, sino, con una sutileza mayor, por una parodia de la pornografía. Las figuras de mujeres como hotentotes son caricaturas del ideal secreto que tiene el inglés típico, no retratos del natural. Cuando uno examina las postales de McGill con mayor detenimiento, enseguida se percata de que su humor característico sólo tiene sentido en relación con un código moral bastante estricto. Si bien en publicaciones como *Esquire*, por ejemplo, o *La Vie Parisienne*, el trasfondo imaginario de los chistes es siempre la promiscuidad, el completo hundimiento de todos los criterios morales al uso, el trasfondo que se emplea en las postales de McGill es el matrimonio. Los cuatro temas más socorridos en los chistes son la desnudez, los hijos ilegítimos, las viejas solteronas y las parejas de recién casados, ninguno de los cuales tendría la menor gracia en una sociedad de veras disoluta e incluso «sofisticada». Las postales que versan sobre las parejas en su luna de miel desprenden siempre esa indecencia entusiasta de las bodas de pueblo, en las que aún se considera el no va más de la risa coser campanillas al lecho de los recién casados. En una de ellas, por ejemplo, un joven recién casado aparece cuando sale de la cama a la mañana siguiente a su noche de bodas. «Nuestra primera mañana en nuestro hogar, querida —dice—; voy a por la leche y el periódico y te traigo una taza de té». Encuadrada, aparece una imagen del portal de entrada a la casa, en el que hay cuatro periódicos y cuatro botellas de leche. Es algo obsceno, si se quiere, pero dista mucho de ser inmoral. Lo que implica —y esta es la clase de mensaje que *Esquire* o el *New Yorker* evitarían a toda costa— es que el matrimonio es algo sumamente emocionante, importantísimo, el mayor de los acontecimientos que se produce en la vida del ser humano normal y corriente. Lo mismo sucede con los chistes a propósito de las esposas regañonas y las suegras tiranas. Al menos dan por sobreentendida una sociedad estable, en la cual el matrimonio es indisoluble y la lealtad familiar se da por sentada. A esto cabe añadir algo que señalé antes, el hecho de que no haya imágenes, o apenas las haya, de parejas de buen ver más allá de su primera juventud. Aparece la pareja que se hace carantoñas y la pareja de mediana edad que se lleva como el perro y el gato, pero entre uno y otro extremo no hay nada. La relación de pareja, la historia de amor ilícita pero más o menos decorosa, que era el chiste habitual en las publicaciones francesas de corte cómico, no es tema propio de las postales. Y esto viene a reflejar, en un nivel puramente cómico, los planteamientos de

la clase obrera, que se toma como si tal cosa el hecho de que la juventud y la aventura, por no decir, de hecho, la vida del individuo, terminen en el momento del matrimonio. Una de las pocas diferencias de clase auténticas que aún se da en Inglaterra, por oposición a las distinciones de clase, es que el obrero envejece mucho antes. No llega a vivir tanto tiempo, en el supuesto de que llegue a superar la niñez, y tampoco pierde la capacidad para la actividad física antes, pero sí su lozanía. Esto es algo que se puede observar en cualquier parte, aunque con mayor facilidad si nos fijamos en uno de los grupos de edad más avanzada que hoy se inscribe para cumplir el servicio militar. Los miembros de las clases media y alta tienen por lo general un aspecto diez años más joven que los demás. Es habitual atribuirlo a la dura vida que lleva la clase obrera, aunque es dudoso que alguna de las diferencias que hoy existen baste por sí sola para explicarlo. Más probable es que la verdad radique en que la clase obrera llega antes a la edad madura porque la acepta con anterioridad. Parecer joven pasados los treinta es sobre todo cuestión de quererlo. Esta generalización es menos cierta en el caso de los trabajadores mejor pagados, en especial aquellos que viven en viviendas de protección oficial y en pisos donde el trabajo doméstico es menos extenuante que en casas a la antigua usanza, pero es sin duda cierto que presupone una diferencia de aspecto físico. Y en esto, como de costumbre, son más tradicionales, están más de acuerdo con el pasado cristiano, que las mujeres adineradas, que tratan de seguir pareciendo jóvenes a los cuarenta por medio de extravagancias físicas y cosméticos, además de evitando tener hijos. El impulso de aferrarse a la juventud a toda costa, de mantener intacto el propio atractivo sexual, de ver incluso en la edad madura un futuro para sí mismo, y no sólo un futuro para los hijos, es algo de reciente invención y desarrollo, que se ha establecido aún de un modo muy precario. Probablemente desaparezca cuando nuestro nivel de vida se reduzca, cuando aumente la tasa de natalidad. «La juventud es asunto perecedero»; esa es la expresión de la actitud tradicional. Esta es la antigua sabiduría popular que McGill y sus colegas reflejan, sin duda de manera inconsciente, cuando suprimen toda etapa de transición entre la pareja en plena luna de miel y esas figuras sin brillo que son mamá y papá.

He dicho que al menos la mitad de las postales de McGill son chistes sexuales, y tal vez el 10 por ciento sean mucho más obscenas que todo lo que ahora se imprime en Inglaterra. Los quioscos a veces son objeto de denuncias por venderlas, y habría muchas más si los chistes de peor gusto no tuvieran invariablemente la protección del doble sentido. Bastará un solo ejemplo para mostrar cómo se consigue. En una postal cuyo pie reza «No le creyeron», una mujer joven muestra algo de unos sesenta centímetros de largo, con las manos bien separadas, a una pareja de conocidos suyos. A sus espaldas, en la pared, hay un pez disecado en una vitrina, junto al cual se halla la fotografía de un atleta casi desnudo. Obviamente, no se está refiriendo al pez, pero esto jamás se podría demostrar. Es dudoso que exista un solo periódico en Inglaterra capaz de publicar un chiste de semejantes características, y no hay uno solo, desde

luego, que lo haga de manera habitual. Abunda la pornografía suave, son incontables las publicaciones ilustradas que se ceban en las piernas de las mujeres, pero no existe una literatura popular especializada en lo «vulgar», en el aspecto más farsesco del sexo. Por otra parte, los chistes al estilo de McGill son la calderilla de las revistas y de los guiones de los espectáculos de *music-hall*, y también se oyen en la radio, cuando el censor está distraído. En Inglaterra, el margen entre lo que se puede decir y lo que se puede publicar es excepcionalmente amplio. Los comentarios y los gestos que prácticamente a nadie le merecen una objeción en escena desatarían un clamor popular de protesta si se hiciera el menor intento por publicarlos. (Compárese la cháchara escénica de Max Miller con su columna semanal en el *Sunday Dispatch*). Las postales cómicas son la única excepción existente a esta regla, el único medio en el que el humor «soez» se considera susceptible de ser impreso. Sólo en las postales y en la escena puede explotarse libremente el chiste del trasero respingón, el perro y la farola, los pañales del bebé. Cuando se tiene esto en cuenta, se entiende la función que estas postales, de manera sin duda humilde, desempeñan.

Si acaso sirven de cauce de expresión a la visión sanchopancesca de la vida, la actitud vital que Rebecca West resumió una vez diciendo que «se trata de extraer tanto entretenimiento como sea posible de las azotainas propinadas en las cocinas de los sótanos». La combinación don Quijote-Sancho Panza, que es evidentemente el antiguo dualismo del cuerpo y el alma en forma de ficción, se repite en la literatura de los últimos cuatro siglos más a menudo de lo que cabría explicar mediante simple imitación. Retorna una y otra vez en variaciones interminables, Bouvard y Pécuchet, Jeeves y Wooster, Bloom y Dedalus, Holmes y Watson (esta última variante es sumamente sutil, ya que los rasgos físicos de los dos socios se han transpuesto). Evidentemente, se corresponde con algo de gran resistencia en nuestra civilización, no en el sentido de que uno u otro de los personajes se encuentre en su forma «pura» en la vida misma, sino en el sentido de que los dos principios, la nobleza de la locura y la bajeza de la sabiduría, coexistan uno junto al otro casi en la totalidad de los seres humanos. Si uno se examina a fondo, ¿quién es? ¿Don Quijote o Sancho Panza? Casi con total certeza es ambos. Hay una parte de nosotros que aspira a ser un héroe o un santo, pero hay otra que es un hombrecillo grueso que ve con absoluta claridad cuáles son las ventajas de seguir vivo, con el pellejo intacto. Es la voz oficiosa de todos nosotros, la voz de la barriga, que protesta contra los desmanes del alma. Sus gustos se inclinan hacia las camas mullidas, la ociosidad, la cerveza en abundancia y las mujeres de figura «voluptuosa». Él es quien desinfla nuestras actitudes positivas, quien nos apremia a considerar lo principal, a serle infiel a nuestra esposa, a no pagar las deudas, y a tantas cosas más. Harina de otro costal es que nos dejemos influir por él, aunque sería falso decir que no forma parte de nosotros, tal como sería falso asegurar que don Quijote no es parte de nosotros, aunque casi todo lo que se ha dicho y se ha escrito sea una mentira o la otra, por lo común la primera.

Aun cuando en formas muy diversas sea una de las figuras tópicas de la literatura,

en la vida real, sobre todo en la manera en que se ordena la sociedad, su punto de vista nunca se deja oír del todo. Hay una constante conspiración mundial tendente a fingir que no se encuentra ahí, o que al menos no importa. Ciertos códigos de la ley y de la moral, o los propios sistemas religiosos, nunca dejan demasiado espacio para una visión humorística de la vida. Todo lo que tenga gracia es subversivo, todos los chistes son en última instancia un pastel de nata que se puede lanzar a la cara de alguien, y la razón por la cual son tantos los chistes que giran en torno a la obscenidad es sencillamente que todas las sociedades, como precio por su pervivencia, han de insistir en un elevado criterio de moralidad sexual. Un chiste verde no es un ataque serio contra la moralidad, por supuesto, pero sí es una suerte de rebelión mental, un momentáneo deseo de que las cosas fueran de otro modo. Igual sucede con todos los demás chistes, que siempre giran en torno a la cobardía, la pereza, la deshonestidad u otras cualidades que la sociedad no puede permitirse el lujo de fomentar. La sociedad tiene siempre que demandar de los seres humanos un poco más de lo que obtendrá en la práctica. Tiene que exigir una disciplina impecable, una abnegación total, y ha de contar con que quienes a ella se someten trabajen como bestias, paguen sus impuestos y les sean fieles a sus esposas; ha de dar por supuesto que a los hombres les parece glorioso morir en el campo de batalla y que las mujeres desean arruinarse a fuerza de traer hijos a este mundo. La totalidad de lo que cabría llamar «literatura oficial» se basa en tales presuposiciones. Nunca he leído las proclamas e invectivas de los generales antes de la batalla, los discursos de los Führers y los primeros ministros, los cantos de solidaridad de los colegios privados y de los partidos de izquierdas, los himnos nacionales, los tratados sobre la abstinencia y la templanza, las encíclicas papales y los sermones contra el juego y la anticoncepción, sin tener la sensación de que oía al fondo un coro de pedorretas emitidas por todos los millones de hombres de a pie a los que tan nobles sentimientos no mueven a nada. Al margen de que los sentimientos elevados al final siempre triunfen, los líderes que ofrecen sangre, sudor y lágrimas siempre les sacan más partido a sus seguidores que los que les ofrecen seguridad y bondad. Cuando la cosa se pone fea, el ser humano demuestra su heroísmo. Las mujeres afrontan el parto y las tareas del hogar, los revolucionarios callan en las cámaras de tortura, los barcos se van a pique sin dejar de disparar contra el enemigo cuando el puente de mando está anegado. Pero el otro elemento que está presente en el hombre, ese perezoso, cobarde, adúltero y moroso que reside en todos nosotros, nunca será suprimido del todo, y en ocasiones necesita que se le escuche.

Las postales cómicas son una de las expresiones de este punto de vista, sin duda humilde y menos importante que los musicales, si bien sigue siendo merecedora de atención. En una sociedad que sigue siendo básicamente cristiana, se concentran de manera natural en los chistes verdes; en una sociedad totalitaria, si hubiera una mínima libertad de expresión, probablemente se concentrarían en la pereza y la cobardía, en una u otra forma de comportamiento no heroico. De nada vale

condenarlas sobre la base de que son feas y vulgares. Eso es exactamente lo que pretenden ser. Todo su sentido, toda su virtud, se halla en esa bajeza que nada redime, no sólo en el sentido que tiene la obscenidad, sino en la bajeza en todos los terrenos. El más mínimo indicio de una influencia «elevada» las echaría a perder en el acto. Representan la visión de la vida que tiene el gusano, el mundo del musical en el que el matrimonio es de por sí un chiste verde o un desastre cómico, en el que siempre se adeuda el pago del alquiler y la ropa siempre está tendida, en el que el abogado siempre es malvado y el escocés siempre es tacaño, en el que los recién casados quedan como idiotas en sus repugnantes camas, en una pensión de una localidad costera, y los maridos borrachos, con la nariz colorada, llegan a casa a las cuatro de la madrugada esperando encontrarse a las esposas en camisón, entre las sábanas, cuando en realidad los están esperando a la entrada con el atizador en la mano. Su existencia, el hecho de que haya personas que deseen tener estas postales, es un síntoma importante. Al igual que los musicales, son una suerte de saturnalia, una rebelión inofensiva contra la virtud. Tan sólo expresan una tendencia del ser humano, pero que está siempre presente y que siempre encuentra una válvula de escape, como el agua. En general, el ser humano quiere ser bueno, aunque no todos lo quieran al mismo tiempo. Y es que

> hay un hombre justo que pereció por su rigor, y hay un hombre perverso que prolongó la vida por su maldad. No seas justo en exceso, no seas demasiado sabio: ¿por qué habías de destruirte? No seas perverso en exceso, no seas estúpido: ¿por qué ibas a morir antes de que te llegue la hora?

Antiguamente, el aire de las postales cómicas podía ingresar en la corriente central de la literatura, y chistes no muy distintos de los de McGill se los podían contar como si tal cosa los asesinos de las tragedias de Shakespeare. Esto ha dejado de ser posible, y existe por tanto toda una categoría del humor, integral en nuestra literatura antes de 1800 poco más o menos, que se ha circunscrito a estas postales mal dibujadas, con lo cual lleva una existencia apenas legal en los escaparates de las papelerías baratas. El rincón del corazón del hombre al que sirven de portavoz podría fácilmente manifestarse en formas mucho peores, y yo personalmente lamentaría asistir a su desaparición.

1942

DINERO Y ARMAS

Through Eastern Eyes, 20 de enero de 1942

Es muy habitual que, mientras uno camina por las calles de Londres, vea en las portadas de los periódicos las noticias sobre una gran batalla en Rusia o en el Lejano Oriente y las noticias de un partido de fútbol o de un combate de boxeo. Y, probablemente, en una pared cercana verá un enorme anuncio del gobierno invitando a las mujeres jóvenes a unirse al Servicio Territorial Auxiliar, y otro anuncio, sucio y medio roto, invitando al público a comprar cerveza o *whisky*. Quizá esto haga que uno se detenga y se pregunte: ¿cómo puede alguien que está luchando por su vida encontrar tiempo para ver partidos de fútbol? ¿No hay algo contradictorio en instar a la gente a poner su vida al servicio de su país y, al mismo tiempo, alentarla a gastar su dinero en frivolidades? Esto plantea el tema del ocio en tiempos de guerra, que no es tan sencillo como parece.

Un pueblo en guerra —y esto quiere decir, como regla general, un pueblo que trabaja más y en peores condiciones de lo habitual— no puede resistir sin descanso y diversión. Es probable que estos elementos sean más necesarios durante la guerra que en tiempos de paz. Cuando un país está en guerra no puede permitirse malgastar material precioso en lujos, porque esta es una conflagración de máquinas y cada fragmento del metal que se utiliza para construir gramófonos o cada centímetro de seda que se destina a la confección de prendas significa menos metal para armas y aeroplanos, y menos seda para dirigibles y paracaídas. Nos reíamos del mariscal Goering cuando decía, unos años antes de la guerra, que Alemania tendría que elegir entre armas o mantequilla, pero sólo se equivocaba en el sentido de que su país no necesitaba preparar una agresión contra sus vecinos y, por tanto, arrastrar al mundo entero a la guerra. Una vez que la guerra estalla, todos los contendientes tienen que elegir entre armas y mantequilla. No es más que un asunto de porcentajes. ¿Cuántas armas se necesitan para derrotar al enemigo?, ¿qué cantidad de mantequilla es necesaria para mantener saludable y contenta a la población?

Una vez que la población está suficientemente descansada y alimentada, el problema principal de la guerra es desviar el gasto en bienes de consumo hacia el relacionado con la fabricación de armamento. La población trabajadora, incluidos los militares cuando están de permiso o fuera de servicio, necesita sus diversiones, y estas, a ser posible, no deben utilizar mucho material ni consumir demasiado tiempo. Además, como Inglaterra es una isla y depende en buena medida del comercio

marítimo, es preferible no echar mano de materiales de importación. No es conveniente reducir la capacidad adquisitiva de la población más allá de cierto punto. Como resultado de la elevada carga impositiva, los ingresos muy elevados casi han dejado de existir, y los salarios no han subido tanto como los precios, pero es probable que el poder adquisitivo de la población haya aumentado porque ya no hay desempleo. Muchachos y muchachas de dieciocho años ganan hoy un sueldo de adultos, y al final de la semana, una vez que han pagado la manutención y el alojamiento, les queda algo de dinero. La pregunta es: ¿cómo van a gastárselo sin desviar parte de las imprescindibles horas de trabajo a la fabricación de bienes de lujo? En la respuesta a esta pregunta, se puede apreciar el modo en que la guerra ha alterado los hábitos e incluso los gustos de los británicos.

Por hacer una distinción a grandes rasgos: los lujos que hay que descartar durante la guerra son la comida muy procesada y las bebidas caras, la ropa de marca, los cosméticos y los perfumes —que llevan mucho tiempo elaborar y utilizan materiales importados—, el personal de servicio y los viajes recreativos, en los que se utilizan materiales muy valiosos, como caucho y petróleo. Las diversiones que deben incentivarse, en cambio, son los juegos, los deportes, la música, la radio, el baile, la literatura y las artes en general. En la mayor parte de estas opciones uno crea su propia diversión, en lugar de pagarle a alguien para que la ponga en práctica. Si se tienen dos horas libres y se dedican a caminar, nadar, patinar o jugar al fútbol, según la época del año, no se utiliza ningún material y la fuerza laboral del país queda intacta. Por el contrario, si esas dos horas se invierten en sentarse frente al fuego comiendo chocolatinas, se consume carbón que hay que extraer de una mina y llevar en tren hasta la tienda, y también azúcar y granos de cacao que hay que transportar por medio mundo. En el caso de los bienes de lujo innecesarios, el gobierno opta por sacarlos de la circulación y desvía así el gasto en la dirección correcta. Por ejemplo, durante casi dos años nadie ha visto un plátano en Inglaterra, el azúcar escasea, las naranjas se ven muy de vez en cuando, hay tan pocas cerillas que nadie se atreve a encenderlas, hay restricciones para realizar viajes y se raciona de manera estricta la ropa.

Paralelamente, la gente que trabaja todo el día no tiene tiempo para crear sus actividades de ocio, así que lo deseable es concentrarse en alguna de tipo colectivo que no reste muchas horas de trabajo. Esto me remite a lo que mencioné hace unos minutos, la noticia del partido de fútbol y la correspondiente a la guerra compartiendo espacio en el mismo periódico. ¿Está mal que diez mil ciudadanos de un país en guerra inviertan dos horas en ver un partido de fútbol? En realidad no, porque la única fuerza laboral que utilizan es la de los veintidós jugadores. Además, si se trata de un partido jugado por aficionados, como suele suceder ahora —un partido entre el ejército y las fuerzas aéreas, por ejemplo—, a los jugadores ni siquiera se les paga. Y si se trata de un partido local, los asistentes no habrán gastado combustible para llegar al campo. Disfrutarán de dos horas de entretenimiento, que probablemente necesiten,

casi sin desperdiciar material o fuerza laboral.

Así, puede observarse que las necesidades generadas por la guerra han vuelto a los ingleses más creativos a la hora de divertirse. Un síntoma de este hecho afloró durante los bombardeos. La gente que se refugió en las estaciones del metro estuvo horas encerrada sin nada que hacer, sin ningún tipo de artilugio que las entretuviera. Tenían que entretenerse por su cuenta, así que improvisaron conciertos de aficionados, que a veces eran sorprendentemente buenos y tenían bastante éxito. Pero quizá lo más significativo de todo sea el gran incremento de lectores que ha habido durante los últimos dos años, algo que en parte se debe al gran número de hombres que hay en el ejército, alejados de todo y sin nada que hacer con su tiempo libre. Leer es una de las diversiones más baratas que existen, y no genera desperdicios. La publicación de diez mil ejemplares de un libro no usa más papel, ni más mano de obra, que la impresión del periódico del día, y cada ejemplar puede ir pasando por cientos de manos antes de llegar a la trituradora para reciclar el papel. Asimismo, gracias a que el hábito de la lectura ha crecido notablemente y a que la gente va formándose a medida que lee cada vez más, el nivel intelectual de los libros que se publican ha aumentado considerablemente. No cabe duda de que el nivel de lo editado no alcanza una altura extraordinaria, pero el libro medio que hoy lee el hombre corriente es uno mejor que el que leía hace tres años. Uno de los fenómenos de la guerra ha sido el enorme volumen de ventas de libros de las editoriales Penguin o Pelican y de algunas otras ediciones baratas, que hace unos años el público en general consideraba demasiado intelectuales. Además, esto ha repercutido a su vez en los periódicos, que se han vuelto más serios y menos sensacionalistas de lo que solían ser. Probablemente, también repercutirá en la radio y, con el paso del tiempo, en el cine.

Al mismo tiempo, entre las fuerzas armadas ha habido un renacimiento del deporte amateur y del teatro, y también de pasatiempos como la jardinería que, lejos de suponer un derroche de recursos, son muy productivos. A pesar de que Inglaterra no es precisamente un país agrícola, el pueblo inglés siente aprecio por la jardinería, y desde que empezó la guerra el gobierno se esfuerza por promoverla. Hay parcelas disponibles casi en cualquier sitio, hasta en las grandes ciudades, y miles de hombres que de otra forma pasarían las tardes jugando a los dardos en el *pub*, ahora las dedican a cultivar verduras para su familia. Asimismo, mujeres que en tiempos de paz hubieran empleado su tiempo libre en ir al cine, ahora están en sus casas remendando calcetines y reparando cascos para los soldados rusos.

Antes de la guerra, el pueblo tenía muchos incentivos para derrochar, al menos hasta donde se lo permitían sus medios económicos. Todos trataban de venderle algo a alguien y el hombre de éxito, tal como se lo concebía entonces, era el que vendía más bienes y recibía a cambio más dinero. Sin embargo, ahora hemos aprendido que el dinero en sí carece de valor y que sólo los bienes cuentan. Al aprender esto hemos tenido que simplificar nuestras vidas y recurrir cada vez más a los recursos de nuestra

imaginación, en lugar de a los placeres sintéticos manufacturados para nosotros en Hollywood o por los fabricantes de prendas de seda, alcohol y chocolate. Y, bajo la presión de esta necesidad, hemos redescubierto los placeres simples —leer, caminar, la jardinería, nadar, bailar, cantar— que casi habíamos olvidado antes de la guerra, durante los años del dispendio.

RUDYARD KIPLING

Horizon, febrero de 1942

Es una lástima que el señor Eliot estuviera tan a la defensiva en el largo ensayo que sirve de prefacio a esta selección de poemas de Kipling, aunque en el fondo era inevitable, ya que antes incluso de poder hablar siquiera de Kipling es necesario dejar de lado la leyenda que han creado dos grupos de personas que no han leído en realidad sus obras. Kipling se encuentra en la muy peculiar posición de quien ha sido un lugar común durante cincuenta años. A lo largo de cinco generaciones literarias, toda persona ilustrada lo ha despreciado por completo; una vez concluido ese período, nueve décimas partes de esos ilustrados han caído en el olvido, mientras que Kipling en cierto modo sigue ahí. Eliot nunca llega a explicar de manera satisfactoria esta realidad, ya que, al dar respuesta a la superficial y de sobra conocida acusación de que Kipling es un «fascista», cae en el error contrario y pasa a defenderlo precisamente donde no es defendible. De nada sirve fingir que la visión de la vida que Kipling profesa en conjunto es aceptable o perdonable para una persona civilizada. De nada sirve sostener, por ejemplo, que cuando Kipling describe a un soldado británico en el trance de apalear a un «negro» con el fin de sacarle unos dineros, meramente actúa como reportero, y que no necesariamente aprueba lo que describe. No hay en toda la obra de Kipling ni la más ligera muestra de que condene ese tipo de conducta; al contrario, se percibe en él un sadismo innegable, muy superior a la brutalidad que un escritor de esta clase ha de tener. Kipling es un patriotero imperialista, es moralmente insensible y estéticamente repugnante. Es mejor comenzar por reconocerlo, y ver después, si acaso, por qué sobrevive su obra mientras que las personas más refinadas, que se han burlado de él y lo han despreciado, aguantan tan mal el paso del tiempo.

Sin embargo, hay que responder a esa acusación de «fascista», porque la primera clave para comprender a Kipling, desde un punto de vista moral o político, es precisamente el hecho de que no lo era. Estaba más lejos de serlo que cualquier persona de talante humanitario, más que la gente más «progresista» de hoy en día. Ejemplo interesante del modo en que las citas se repiten como lo hacen los loros y van de un lado a otro sin que se produzca el menor intento por precisar su contexto o desentrañar su sentido, es un verso tomado del poema «Recessional» («Himno»): «Razas inferiores y sin ley». Es un verso que siempre se presta a la mofa en los círculos más relamidos de la izquierda. Se da por sentado que esas «razas inferiores» son los «nativos», y se invoca al punto la imagen mental de un *pukka sahib* con su salacot, dando puntapiés a un culi. En su contexto, el sentido del verso es

prácticamente el contrario. La expresión «razas inferiores» hace referencia casi con toda certeza a los alemanes, y muy en especial a los escritores pangermánicos, que «carecen de ley» en el sentido de estar fuera de toda ley, no en el de carecer de poder. Todo el poema, interpretado tradicionalmente como una orgía de jactancia, es de hecho una denuncia de la política del poder, tanto británica como alemana. Vale la pena citar dos estrofas (y las cito por su contenido político, no por su calidad poética):

Si, embriagados a la vista del poder,
soltamos la lengua en desatinos que no Te respeten,
jactanciosos cual gentiles,
o cual razas inferiores y sin ley,
Señor Dios de los Ejércitos, no nos abandones,
no sea que olvidemos, ¡no sea que olvidemos!

Pues el corazón pagano que pone todo su empeño
en cañones apestosos y en hojas de hierro,
valiente polvareda que sobre el polvo se erige,
y vigila sin invocar Tu vigilancia,
es frenética jactancia y es palabra estúpida:
¡ten misericordia de Tu pueblo, Señor![*]

Gran parte de la fraseología de Kipling está tomada de la Biblia. En la segunda estrofa, sin duda tiene en mente el texto del Salmo 127: «Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia». No es un texto que cause una honda impresión en la mentalidad posthitleriana. En nuestro tiempo, nadie cree que exista mayor sanción que la del poder militar; nadie cree que sea posible superar la fuerza si no es con una fuerza mayor. No hay «ley», solamente poder. No quiero dar a entender que esta sea una creencia verdadera; tan sólo señalo que se trata de una creencia que todos los hombres modernos comparten. Quienes finjan lo contrario son, o bien cobardes desde el punto de vista intelectual, o bien adoradores del poder disfrazados, o sencillamente no están a la altura de la época en que les ha tocado vivir. El planteamiento de Kipling es prefascista. Sigue creyendo que el orgullo precede a la caída y que los dioses castigan la *hybris*. No alcanza a presagiar la existencia del tanque, el bombardero, la radio y la policía secreta, ni los resultados psicológicos que habían de tener.

Ahora bien, al decir esto, ¿no queda desmentido casi automáticamente lo que dije antes sobre la patriotería imperialista y la brutalidad de Kipling? No, en realidad equivale tan sólo a decir que el planteamiento imperialista del siglo XIX y el planteamiento del gángster moderno son dos cosas bien distintas. Kipling pertenece sin ningún género de dudas al período que va de 1885 a 1902. La Gran Guerra y sus consecuencias le causaron una profunda amargura, pero apenas da una sola muestra

de haber aprendido nada con posterioridad a la guerra de los bóeres. Fue un profeta del imperialismo británico en su fase expansionista (más aún que sus poemas, su única novela, *La luz que se apaga*, plasma a la perfección el ambiente de la época), y fue asimismo el historiador oficioso del ejército británico, el viejo ejército mercenario que comenzó a cambiar de forma en 1914. Toda su confianza, toda su vulgar vitalidad, su brío, brota de limitaciones que ningún fascista o parafascista comparte.

Kipling pasó los últimos años de su vida enfurruñado, y no cabe duda de que la razón de ello, más que la vanidad literaria, fue la decepción en lo político. De alguna manera, la historia no había seguido su curso de acuerdo con sus planes. Tras la más grande de sus victorias, Gran Bretaña era una potencia mundial de menor entidad que antes, y Kipling tuvo la agudeza suficiente para percatarse de ello. Había desaparecido la virtud de las clases sociales que él idealizase, la juventud había caído en el hedonismo y el desafecto, se había evaporado el deseo de pintar de rojo el mapamundi. Kipling no alcanzaba a entender del todo qué estaba ocurriendo, ya que nunca había tenido una comprensión precisa de cuáles eran las fuerzas económicas subyacentes a la expansión imperial. Es notable que Kipling al parecer no cayera en la cuenta, muy en la línea de cualquier soldado, de cualquier funcionario de la administración colonial, de que un imperio es ante todo una empresa destinada a amasar dinero. El imperialismo, tal como él lo ve, es una suerte de evangelización por la fuerza. Primero se apunta con los fusiles a una multitud de «nativos» desarmados y después se establece «la Ley», que incluye las carreteras, los ferrocarriles y un tribunal. No pudo prever, por tanto, que los mismos motivos que dieron lugar a la existencia del imperio terminasen por destruirlo. Por ejemplo, el motivo que dio pie a que las junglas de Malasia fuesen despejadas para crear grandes haciendas dedicadas a la extracción de caucho era el mismo que ahora provoca la entrega de esas mismas junglas, intactas, a los japoneses. Los totalitarios modernos bien saben qué están haciendo, y los ingleses del siglo XIX no sabían qué se traían entre manos. Ambas actitudes tienen sus ventajas, si bien Kipling nunca fue capaz de pasar de la una a la otra. Su cometido, teniendo siempre en cuenta que al fin y al cabo era un artista, era el del burócrata asalariado que menosprecia al *box-wallah*, el vendedor ambulante, y que a menudo se pasa la vida entera sin caer en la cuenta de que es el *box-wallah* quien lleva la voz cantante.

Aun así, como Kipling se identifica plenamente con la clase oficial, posee una cualidad que las personas «ilustradas» rara vez poseen, y es el sentido de la responsabilidad. La izquierda de la clase media lo odiaba tanto por esto como por su crueldad y su vulgaridad. Todos los partidos de izquierdas de los países altamente industrializados son en el fondo una falacia, ya que se dedican a luchar contra algo que en realidad no desean destruir. Tienen objetivos internacionalistas y, al mismo tiempo, pugnan por mantener un nivel de vida con el cual esos objetivos son incompatibles. Todos nosotros vivimos de robar a los culis asiáticos, y quienes son «ilustrados» entre nosotros sostienen que habría que concederles la libertad a esos

culis, si bien nuestro nivel de vida, y por tanto nuestra «ilustración», exigen que esos robos no dejen de producirse. Una persona humanitaria es siempre un hipócrita, y el modo en que Kipling entendía esta realidad es tal vez el secreto central de su poderosa capacidad para crear frases reveladoras. Sería difícil dar en el clavo del pacifismo tuerto de los ingleses con menos palabras: «Burlándoos de los uniformes que velan por vuestro descanso». Es cierto que Kipling no comprende los aspectos económicos de la relación entre los culis y los reaccionarios. No se da cuenta de que el mapa está pintado de rojo sobre todo para que se pueda explotar a los culis. En vez del culi, él tiene en mente al funcionario destinado a la India, pero es que, incluso en ese plano, su manera de entender las funciones de cada cual, el quién protege a quién, es sumamente sólida. Capta con toda claridad que los hombres sólo pueden ser sumamente civilizados mientras otros hombres, ineludiblemente menos civilizados, velen por su descanso y les den de comer.

¿Hasta qué punto se identifica Kipling con los administradores, con los soldados e ingenieros cuyas alabanzas entona? No tanto como a veces se piensa. Viajó mucho cuando aún era joven; creció, con una inteligencia deslumbrante, en entornos esencialmente hipócritas, y una tendencia propia, tal vez un tanto neurótica, lo llevó a preferir al hombre de acción antes que al hombre sensible. Los anglo-indios del siglo XIX, por mencionar a los menos gratos de sus ídolos, eran cuando menos personas propensas a hacer cosas. Es muy probable que mucho de lo que hicieran fuese un cúmulo de maldades, pero transformaron la faz de la Tierra (es aleccionador tomar un mapa de Asia y comparar la red de ferrocarriles de la India con la de los países vecinos), mientras que no podrían haber logrado nada, no podrían haberse mantenido allí una sola semana, si la mentalidad normal de los anglo-indios hubiera sido, por ejemplo, la de E. M. Forster. Pese a ser escabrosa, de mal gusto y además superficial, la de Kipling es la única panorámica literaria que poseemos de la India británica del siglo XIX, y si pudo pintarla fue sólo porque era tan tosco que pudo subsistir y mantener la boca cerrada en los clubes y en los comedores de los cuarteles. Lo cierto es que no se asemejaba demasiado a las personas a las que admiraba. Sé por varias fuentes que no puedo revelar que muchos de los anglo-indios contemporáneos de Kipling no le tenían aprecio ni le veían con buenos ojos. Decían, sin duda con razón, que no sabía nada de la India, y, por otra parte, desde su punto de vista era una persona demasiado culta. Mientras estuvo en la India tendió a mezclarse con la gente «inadecuada», y por su tez morena se suponía erróneamente que tenía sangre asiática en las venas. Buena parte de su trayectoria es atribuible al hecho de que naciera en la India y abandonara temprano los estudios. En otras circunstancias, podría haber sido un buen novelista o un autor de canciones superlativo. Pero ¿hasta qué punto es verdad que era un vulgar patriotero, una suerte de agente publicitario al servicio de Cecil Rhodes? Es cierto; pero no lo es, en cambio, que fuera un hombre aquiescente, al servicio de su tiempo. Nunca cortejó a la opinión pública pasada la juventud (y seguramente tampoco entonces). Eliot dice que cuanto contra él se sostiene es que

expresó ideas impopulares con un estilo popular. Y esto reduce en exceso la cuestión si se asume que «impopular» significa impopular para la intelectualidad, cuando es evidente que el «mensaje» de Kipling era uno que el público mayoritario no deseaba conocer, uno que jamás aceptó. La masa popular, tanto en la década de 1890 como ahora, era antimilitarista, estaba harta del imperio, y era patriota sólo de manera inconsciente. Los admiradores oficiales de Kipling son los funcionarios de clase media, los lectores de la revista *Blackwood*. En los abotargados años iniciales del siglo, los reaccionarios, que por fin habían descubierto a alguien a quien se podía llamar poeta y que estaba de su parte, colocaron a Kipling en un pedestal, y algunos de sus poemas más sentenciosos, como «Si», alcanzaron un estatus casi bíblico. Ahora bien, es dudoso que los reaccionarios lo hayan leído con la debida atención, tal como es dudoso que hayan leído la Biblia. Gran parte de lo que dice no podrían verlo con buenos ojos. Pocas personas que hayan criticado a Inglaterra desde dentro han dicho cosas más amargas sobre la nación que este patriota barriobajero. Por norma, suele ser la clase obrera británica la que concita sus ataques, aunque no siempre es así. Esa frase que habla de «los idiotas de franela en el críquet y los embarrados botarates ante la línea de gol» sigue punzando como una flecha a día de hoy, y tiene por diana tanto los partidos entre Eton y Harrow como la final de copa. Algunos de los versos que escribió sobre la guerra de los bóeres tienen un deje extrañamente moderno, al menos en lo referente al tema de que tratan. «Stellenbosch», que debió de escribir hacia 1902, resume lo que cualquier oficial de infantería con un mínimo de inteligencia decía en 1918 o diría ahora mismo.

Las románticas ideas que Kipling defendía acerca de Inglaterra y el imperio tal vez no tendrían la menor importancia si hubiera sido capaz de sostenerlas sin los prejuicios de clase que en aquel entonces iban necesariamente unidos a ellas. Si se examinan sus obras mejores y más representativas, sus poemas de la soldadesca y, sobre todo, *Baladas de los barracones*, salta a la vista que lo que más los estropea es el aire subyacente de patronazgo. Kipling idealiza al oficial del ejército, sobre todo al de menor rango, y lo hace con una desmesura idiotizada, pero el soldado raso, aunque amable, romántico incluso, resulta por fuerza una figura cómica. Siempre lo hace hablar con una especie de acento *cockney* estilizado, no demasiado cerrado, aunque sin aspirar las haches y olvidándose de las ges en posición final. Muy a menudo, el resultado produce sonrojo, tanto como un chiste subido de tono en una reunión social de los feligreses de la parroquia. Y así se explica un hecho curioso: que a menudo sea posible mejorar bastante los poemas de Kipling, darles un aire menos burlón, menos descarado, trasplantándolos del *cockney* al habla normalizada. Sucede sobre todo con sus estribillos, que a menudo poseen una auténtica calidad lírica. Me servirán dos ejemplos, uno sobre un funeral y el otro sobre una boda:

¡Es hora de abandonar las gaitas y seguirme!
¡Terminad de abatiros y seguidme!

¡Atended la llamada del gran tambor,
seguidme! ¡Seguidme a casa![*]

Y asimismo:

¡Tres hurras por la boda del sargento!
¡Dadle aún otra felicitación!
Van los caballos de tiro uncidos al landó,
¡y el granuja se ha casado con una fulana![*]

He restablecido la ortografía al uso. Kipling tendría que haber sido más sensato. Tendría que haberse dado cuenta de que los dos últimos versos de la primera estrofa son muy bellos, lo cual tendría que haberlo llevado a abstenerse de burlarse del acento de la clase obrera. En las baladas de antaño, el señor y el vasallo hablan la misma lengua. Esto le resulta imposible a Kipling, que desdeña a la clase obrera mediante una distorsión de la perspectiva, y en aras de una innegable justicia poética se estropea uno de sus mejores versos, pues «follow me 'ome» («seguidme a casa») es infinitamente más feo que «follow me home». Pero, aun cuando no haya diferencias desde el punto de vista de la musicalidad, el desdén implícito en su manera de plasmar ese dialecto *cockney* resulta irritante. No obstante, a Kipling se le cita más de viva voz de lo que se le lee, y casi todo el mundo tiende instintivamente a introducir las alteraciones necesarias.

¿Es posible imaginar a un soldado raso, en la década de 1890 o incluso ahora, leyendo *Baladas de los barracones* y teniendo la impresión de que se encuentra ante un autor que hablaba por él? Es sumamente difícil. Cualquier soldado capaz de leer un libro de poemas se daría cuenta en el acto de que Kipling es totalmente ajeno a la guerra de clases que se libra tanto en el ejército como en cualquier parte. Al soldado no sólo lo considera cómico, sino que además lo cree patriota, feudal, pronto admirador de sus superiores, orgulloso de ser un soldado del ejército de la reina. Por supuesto que, en parte, eso es verdad, pues de lo contrario no se librarían las batallas, pero ese «¿Qué he hecho yo por ti, Inglaterra, mi Inglaterra?» es en esencia un lamento propio de la clase media. Casi cualquier obrero respondería al punto: «¿Y qué ha hecho Inglaterra por mí?». En la medida en que Kipling entiende este aspecto, lo reduce al «intenso egoísmo de la clase baja» (palabras textuales suyas). Cuando escribe no sobre los británicos, sino sobre los indios «leales», lleva el motivo del «Salaam, *sahib*» a extremos a veces repugnantes. A pesar de todo, sigue siendo cierto que siente un interés mucho mayor por el soldado corriente, mucha más angustia por la suerte que pueda correr, que la mayor parte de los llamados «liberales» de su época o de la nuestra. Se da cuenta de que al soldado se le desatiende, se le paga una miseria, se le desprecia con total hipocresía entre aquellas personas cuyos ingresos él salvaguarda. «Llegué a comprender —dice en sus memorias póstumas— cuál es el

descarnado horror en que vive el soldado raso, los innecesarios tormentos que ha de soportar». Se le acusa de ensalzar la guerra, y es posible que lo haya hecho, aunque no a la manera habitual, fingiendo que es una especie de partido de fútbol. Al igual que la mayoría de las personas capaces de escribir poesía de combate, Kipling jamás estuvo presente en una batalla, si bien su visión de la guerra es realista. Sabe que los balazos duelen, sabe que ante los disparos todo el mundo es presa del pánico, sabe que el soldado corriente nunca sabe de qué trata la guerra, qué es lo que está ocurriendo, salvo en el reducido espacio que ocupa en el campo de batalla, y sabe que las tropas británicas, como las de cualquier otra nación, no pocas veces se dan a la fuga:

Oí los cuchillos a mi espalda, pero no osé dar la cara,
ni sé adónde fui, porque no me paré a mirar
hasta que oí a un mendigo que suplicaba una moneda al correr,
y creí reconocer su voz, ¡que era la mía![*]

Modernícese el estilo, y bien podría haber salido de uno de los libros en los que tanto se vilipendió la guerra durante los años veinte. Asimismo:

Y ahora las feas balas picotean la polvareda
y nadie quiere dar la cara, aunque todo mendigo haya de hacerlo.
Como un hombre encadenado, que no se alegra de ir,
los pone en marcha en bloque, con insólita rigidez y lentitud.[*]

Compárese con esto:

¡A la carga la Brigada Ligera!
¿Hubo alguno amedrentado?
¡No! Aunque el soldado sabía
que alguien se había equivocado.[*]

Si acaso, Kipling exagera los horrores, pues las guerras de su juventud apenas fueron como las de hoy en día. Tal vez se deba a esa tendencia neurótica a la que hacía alusión, al hambre de crueldad. Pero por lo menos sabe que los hombres a los que se ordena atacar objetivos imposibles de conquistar también pasan miedo, y que cuatro peniques al día no son un sueldo generoso.

¿Hasta qué punto es completa o fiel la panorámica que Kipling nos ha dejado a propósito del ejército mercenario, de la excesiva duración del servicio que en él se prestaba, a finales del siglo XIX? Acerca de esto es preciso decir, al igual que acerca de lo que escribió Kipling sobre la India británica del siglo XIX, que no sólo es el

mejor cuadro literario que tenemos, sino prácticamente el único. Ha guardado registro de una inmensa cantidad de materiales que, de lo contrario, sólo sería posible recoger a partir de la tradición oral o a partir de las historias ilegibles de cada uno de los regimientos. Es posible que su imagen de la vida en el ejército parezca más plena y más exacta de lo que es, pero ello se debe a que cualquier inglés de clase media sabe lo suficiente para completar las lagunas que puedan quedar en ella. En cualquier caso, al leer el ensayo que sobre Kipling acaba de publicar o está a punto de publicar Edmund Wilson, me sorprendió la cantidad de conceptos que a nosotros nos resultan tediosos, por familiares, y que parecen punto menos que ininteligibles para los estadounidenses. Sin embargo, a partir de las obras de la primera época de Kipling, parece emerger sin duda una imagen vívida y no del todo engañosa acerca del antiguo ejército, de la época anterior a la invención de la ametralladora: los asfixiantes barracones de Gibraltar o de Lucknow, las casacas rojas, los cinturones acanalados, los casquetes, la cerveza, las trifulcas, las azotainas, los ahorcamientos y las crucifixiones, los toques de corneta, el olor de la avena y los orines de caballo, los sargentos vociferantes con bigotones descomunales, las sangrientas escaramuzas, invariablemente mal dirigidas, los barcos en los que se apretujaban los soldados, los campamentos sobre los que caía el azote del cólera, las concubinas «nativas», la muerte, al fin, en un asilo de pago. Se trata de una imagen cruda y vulgar, en la que ciertos dejes del vodevil patriotero parecen haberse entreverado con los pasajes más descarnados de Zola, aunque a partir de él las generaciones futuras serán capaces de hacerse una idea más o menos precisa de cómo era aquel ejército de voluntarios que prestaban servicio durante largos períodos. Más o menos a ese mismo nivel, podremos aprender bastante de la India británica en los tiempos en que los vehículos de motor y los frigoríficos eran todavía una quimera. Es un error imaginar que podríamos haber dispuesto de libros mejores sobre todas estas cuestiones en el supuesto de que, por ejemplo, George Moore, Gissing o Thomas Hardy hubieran tenido las oportunidades que tuvo Kipling. Ese es el clásico accidente que nunca podrá suceder. No era posible que en la Inglaterra del siglo XIX se publicara un libro como *Guerra y paz* ni algo como los relatos menores del propio Tolstói sobre la vida en el ejército, como son *Sebastopol* o *Los cosacos*, y no porque faltara talento, sino porque nadie dotado de la sensibilidad suficiente para escribir tales libros habría hecho jamás los contactos adecuados. Tolstói vivió en un gran imperio militar, en el que parecía lógico y natural que casi cualquier joven de buena familia pasara al menos unos años, mientras que el Imperio británico estaba, y aún está, desmilitarizado hasta un extremo que a los observadores del continente europeo les resulta prácticamente increíble. Los hombres civilizados no parecen dispuestos a alejarse de los centros metropolitanos de la civilización, y en prácticamente todas las lenguas existe en abundancia eso que podríamos denominar «literatura colonial». Hizo falta una más que improbable combinación de circunstancias para que Kipling generase su vibrante panoplia de escritos, en la que el soldado Ortheris y la señora

Hauksbee posan con un fondo de palmeras mientras resuenan las campanas del templo, y una de esas circunstancias imprescindibles fue que el propio Kipling fuera una persona sólo a medias civilizada.

Kipling es el único escritor inglés de nuestro tiempo que ha aportado frases hechas a la lengua en que escribe. Las frases y los neologismos que tomamos y utilizamos sin recordar siquiera su precedencia no siempre provienen de escritores a los que admiramos. Resulta extraño, por ejemplo, oír a los locutores de las emisoras de radio nazis referirse a los soldados rusos llamándolos «robots», tomando de ese modo prestada, de manera inconsciente, una palabra acuñada por un demócrata checoslovaco al que hubieran matado sin dudarlo en caso de haber podido echarle el guante. He aquí media docena de expresiones acuñadas por Kipling que uno ve citadas en los titulares de la prensa amarilla o que oye en los bares, pronunciadas por personas que tal vez ni siquiera conozcan su nombre. Se notará sin duda que todas ellas tienen ciertas características en común: «Oriente es Oriente y Occidente es Occidente»; «La pesada carga del hombre blanco»; «¿Qué sabrá de Inglaterra quien sólo Inglaterra conozca?»; «La hembra es en la especie más mortífera que el macho»; «En algún lugar al este de Suez»; «Pagar tributo para protegerse de los daneses».

Hay unas cuantas más, incluidas algunas que han sobrevivido de largo al contexto en que fueron acuñadas. La expresión «matar a Kruger de palabra», por ejemplo, era habitual hasta hace muy poco. También es posible que fuera Kipling quien por vez primera pusiera en circulación el uso de la palabra «hunos» para hacer referencia a los alemanes; en todo caso, empezó a utilizarla en cuanto los cañones abrieron fuego en 1914. Ahora bien, lo que tienen en común las expresiones que he enumerado es que todas ellas son frases de tipo sentencioso que uno pronuncia con un tono semidespectivo (como sucedería con «Es que voy a ser la reina de mayo, madre, voy a ser la reina de mayo»), frases que uno por fuerza ha de emplear tarde o temprano. No hay nada que supere el desprecio que hacia Kipling muestra, por ejemplo, el *New Statesman*, si bien me pregunto cuántas veces, a lo largo de la época de Munich, dicho periódico citó la frase acerca del pago de los daneses.[14] Lo cierto es que Kipling, aparte de su sabiduría de barra de bar y de su talento para concentrar muchos detalles pintorescos y chabacanos en muy pocas palabras («la palmera y el pino», «al este de Suez», «camino a Mandalay»), por lo general habla acerca de cuestiones que son del máximo y más apremiante interés. Desde este punto de vista, poco importa que las personas decentes y con capacidad de pensar se encuentren por lo común en el campo contrario al suyo. «La pesada carga del hombre blanco» es una expresión que evoca en el acto un problema real, aun cuando uno sienta que debiera ser alterada para designar «la pesada carga [que sobrelleva] el hombre negro». Es posible estar en absoluto desacuerdo con la actitud política que se da por supuesta en «Los isleños», pero no cabe decir que esta sea una actitud frívola. Kipling trata de pensamientos que son a la vez vulgares y permanentes. Esto plantea la cuestión de su especial estatus en calidad de poeta, o de versificador.

Eliot se refiere al trabajo métrico de Kipling como «versos», sin llamarlo nunca «poesía», aunque añade que se trata de «versos de gran calidad», y lo remacha diciendo que un escritor sólo puede ser descrito como un «gran versificador» si hay una parte sustancial de su obra «que no sabemos calificar de verso o de poesía». Así pues, Kipling sería un versificador que ocasionalmente escribía poemas, en cuyo caso es una lástima que Eliot no especificara cuáles eran estos poemas. El problema estriba en que, siempre que un juicio estético sobre la obra de Kipling parece realmente necesario, Eliot se pone demasiado a la defensiva y no es capaz de hablar con la claridad suficiente. Lo que no dice, y lo que a mi entender habría que empezar por decir en cualquier discusión sobre Kipling, es que la mayoría de los versos de Kipling son de una vulgaridad tan horrible que uno tiene la misma sensación que cuando va a ver un musical de cuarta fila en el que uno de los actores recita «La coleta de Wu Fang Fu» con la luz púrpura de las candilejas en la cara, a pesar de todo lo cual consigue procurar verdadero placer a las personas que saben qué significa la poesía. En el peor de los casos, y también en sus momentos de mayor vitalidad, en poemas como «Gunga Din» o «Danny Deever», Kipling produce un placer que casi raya en la vergüenza, como quien tiene un acusado gusto por las golosinas que aún le dura en la edad adulta. Pero es que, incluso al leer sus mejores pasajes, uno tiene la misma sensación de ser seducido por algo espurio, a pesar de lo cual la seducción es incuestionable. A menos que uno sea un puro esnob y un mentiroso de tomo y lomo, es imposible afirmar que nadie a quien de veras le importe la poesía podría sentir un placer auténtico con versos como estos:

> *Pues sopla el viento en las palmeras, y las campanas del templo cantan:*
> *«¡Vuelve, soldado británico, vuelve a Mandalay!».*[*]

Y esos versos siguen sin ser, a pesar de todo, poesía en el sentido en que lo son «Felix Randal» o «Cuando los carámbanos penden del techo». Quizá sea posible poner a Kipling de un modo más satisfactorio en el lugar que le corresponde no haciendo juegos malabares con los términos «verso» y «poesía», sino describiéndole simplemente como un buen poeta malo. Él es tan poeta como novelista era Harriet Beecher Stowe. La mera existencia de una obra de tales características, que una generación tras otra percibe como algo vulgar y, sin embargo, sigue leyendo, dice mucho acerca de la época en que nos ha tocado vivir.

Hay una cantidad considerable de buena poesía mala en lengua inglesa, toda la cual, diría yo, es posterior a 1790. Ejemplos de buenos poemas malos —y elijo adrede muestras muy variadas— son «El puente de los suspiros», «Cuando el mundo es joven, muchacho», «La carga de la brigada ligera», «Dickens en el campamento», de Bret Harte, «El entierro de *sir* John Moore», «Jenny me ha besado», «Keith de Ravelston» o «Casablanca». Todos ellos apestan a sentimentalismo barato, a pesar de

lo cual, no estos poemas en concreto, sino seguramente los de esa misma especie, son capaces de dar placer verdadero a personas que a todas luces se dan cuenta de qué es lo que no funciona en ellos. Podríamos confeccionar una antología de extensión notable sólo con esos buenos poemas malos, de no ser por el muy significativo hecho de que la buena poesía mala es habitualmente tan conocida que no vale la pena reimprimirla. De nada sirve indicar ahora que, en una época como la nuestra, la «buena» poesía pueda gozar de una popularidad genuina. Es, y ha de ser, objeto de culto de muy pocas personas, la menos tolerada de todas las artes. Es posible que esta afirmación requiera ciertas matizaciones. La verdadera poesía puede a veces ser aceptable para la mayor parte de la población cuando se disfraza de algo distinto. Se puede ver un ejemplo en la poesía folclórica que aún posee Inglaterra, ciertas canciones infantiles, sin ir más lejos, y algunos poemas de rima puramente mnemotécnica, así como en las canciones que inventan los soldados, incluida la letra que se canta con algunos toques de corneta. En términos generales, la nuestra es una civilización en la que la misma palabra «poesía» evoca un desdén hostil o, a lo sumo, ese gélido desagrado que sienten casi todas las personas al oír la palabra «Dios». Si a uno se le da bien tocar la concertina, es probable que se acerque a la taberna más cercana y se granjee un público favorable en menos de cinco minutos. En cambio, ¿cuál sería la actitud de ese mismo público si uno les leyera los sonetos de Shakespeare, por ejemplo? La buena poesía mala, no obstante, puede llegar a los públicos menos prometedores si antes se crea una atmósfera apropiada. Hace unos cuantos meses, Churchill logró un gran golpe de efecto al citar «Endeavour» («Esfuerzo»), de Clough, en uno de los discursos que difunde por la radio. Escuché ese discurso entre personas a las que ciertamente no se las podría acusar de que les importe ni mucho, ni poco ni nada la poesía, y estoy convencido de que esa caída en el verso les impresionó, sin avergonzarlas de ninguna manera. Pero ni siquiera Churchill se habría salido con la suya en caso de citar algo mucho mejor que lo elegido para la ocasión.

En la medida en que un escritor puede llegar a ser popular, Kipling lo ha sido, y seguramente lo es, como ninguno. En vida suya, algunos de sus poemas llegaron mucho más allá de los límites del público lector, más allá del mundo de los días de asueto en la escuela, las cantinelas de los *boy scouts*, las ediciones en símil cuero, los grabados y el ganchillo, para llegar al mundo mucho más amplio de los musicales. No obstante, Eliot entiende que vale la pena editarlo, confesando de ese modo un gusto que otros comparten, pero que no siempre tienen la sinceridad de reconocer. El hecho de que exista algo como la buena poesía mala es síntoma del solapamiento emocional que se da entre el intelectual y el hombre corriente. El intelectual es distinto del hombre corriente, pero sólo en algunos segmentos de su personalidad, y ni siquiera en todo momento. Sin embargo, ¿cuál es la peculiaridad de un buen poema malo? Un buen poema malo es un monumento más o menos elegante a la obviedad. Recoge en forma memorable —ya que el verso es, entre otras cosas, un

instrumento de la memoria— alguna emoción que prácticamente cualquier ser humano puede sentir. El mérito de un poema como «Cuando todo el mundo es joven, muchacho» consiste en que, por sentimental que pueda ser, ese sentimiento es «fiel» y verdadero, en el sentido en que uno mismo es probable que cualquier día tenga ese pensamiento que expresa; entonces, si se da el caso de que uno conoce el poema, este regresa a su memoria y se le antoja incluso mejor que cuando lo leyó por vez primera. Tales poemas son una especie de proverbio con rima, y es evidente que la poesía popular resulta sin lugar a dudas gnómica o sentenciosa. Bastará un ejemplo de Kipling:

Blancas manos sostienen las riendas,
resbala la espuela del talón;
las más tiernas voces exclaman: «¡Vuelve!».
Rojos labios bruñen el acero envainado:
abajo a la Gehena o arriba al Trono,
más veloz llega quien viaja solo.[*]

He aquí un pensamiento vulgar expresado con gran vigor. Puede que sea verdad o puede que no, pero al menos es un pensamiento que todo el mundo tiene alguna vez. Tarde o temprano tendrá ocasión de sentir que viaja más deprisa quien viaja solo, y en ese momento se encuentra con el pensamiento hecho a medida, se lo encuentra como si lo hubiera encargado, por así decir. Es probable que, habiendo oído alguna vez esos versos, uno todavía los recuerde.

Una de las razones que explican el poderío de Kipling en calidad de buen poeta malo ya la he dado a entender, y es su sentido de la responsabilidad, que le hizo poseedor de una cosmovisión precisa, aun cuando fuera falsa. Aunque nunca estuvo directamente relacionado con ningún partido político, Kipling era un conservador, y lo era de un modo que a día de hoy no existe. Quienes en la actualidad se hacen llamar conservadores son, o bien liberales, o bien fascistas, o bien cómplices de estos últimos. Él se identificaba con el poder gobernante, no con la oposición. En un escritor de talento, esto es algo que nos resulta extraño, e incluso repugnante, aunque tenía la ventaja de dar a Kipling ciertos asideros en la realidad. El poder gobernante siempre se encuentra frente a un interrogante: «En tales o cuales circunstancias, ¿qué harías tú?», mientras que la oposición no tiene la obligación de asumir la responsabilidad ni tampoco debe tomar decisiones. Allí donde se trata de una oposición permanente, con estipendios propios, como en el caso de Inglaterra, la calidad de su pensamiento se deteriora en consonancia. Por si fuera poco, todo el que comience con una visión pesimista y reaccionaria de la vida tiende a hallar justificación en los propios acontecimientos, porque la Utopía nunca llega a hacerse realidad, y «los bienes de los encabezamientos de los cuadernos de caligrafía», como dijera el propio Kipling, siempre terminan por volver. Kipling se vendió a la clase

dirigente de Gran Bretaña no ya económicamente, sino también en el plano emocional. Esto es algo que deformó su capacidad de juicio en política, pues la clase dirigente británica no era lo que él había supuesto, y que le condujo a grandes abismos de idiotez y de esnobismo, mientras que logró, en cambio, una ventaja correspondiente por haber al menos intentado imaginar cómo son la acción y la responsabilidad. Dice mucho en su favor que no sea un escritor ingenioso ni «osado», y que no tenga la menor intención de *épater les bourgeois*. Se ocupó sobre todo de lugares comunes, y mucho de lo que dijo permanece. Incluso sus peores estupideces parecen menos superficiales y menos irritantes que las declaraciones «ilustradas» de la misma época, como pueden ser los epigramas de Wilde o la colección de lemas y aforismos que figura al final de *Hombre y superhombre*.

EL REDESCUBRIMIENTO DE EUROPA

«Literatura entre guerras», I, *BBC Eastern Service*, 10 de marzo de 1942

Cuando era niño y me enseñaban historia —bastante mal, desde luego, como les ocurre a casi todos en Inglaterra—, solía pensar que era un largo rollo de papel con intervalos divididos por gruesas líneas negras. Cada una de esas líneas marcaba el final de lo que se conocía como un «período», y de acuerdo con lo que había aprendido, el que venía después era completamente distinto del que lo precedía. Por ejemplo, en 1499 estábamos en la Edad Media, con caballeros de armadura plateada cabalgando y combatiendo entre sí con sus largas lanzas en ristre, y de pronto el reloj cambiaba a 1500 y ya estábamos en una época llamada Renacimiento, en la que todos iban vestidos de jubón y gorguera y estaban ocupados en robar los tesoros de los galeones de la armada española. Había otra línea negra muy gruesa en el año 1700. Entonces daba comienzo el siglo XVIII, y la gente, súbitamente, dejaba de ser caballeros y piratas para convertirse en personajes extraordinariamente elegantes con pantalones bombachos hasta la rodilla y sombreros de tres picos. Todos se empolvaban el cabello, esnifaban rapé y hablaban con frases de estructura perfectamente simétrica que sonaban acartonadas porque, por alguna razón que no acababa de entender, pronunciaban la mayoría de las eses como efes. En mi cabeza la historia era así, una sucesión de períodos completamente distintos que cambiaban al final de un siglo, o en otra fecha exacta.

Pero ahora estas transiciones abruptas no tienen lugar, ni en política, ni en las costumbres ni en la literatura. Cada era perdura en la siguiente y se incorpora a ella; como es natural, pues hay multitud de vidas humanas que transcurren en ambas. Y, sin embargo, existe eso denominado «períodos». Tenemos la impresión de que nuestra época es completamente distinta de, por ejemplo, la primera parte de la era victoriana, y un escéptico del siglo XVIII como Gibbon se hubiera sentido entre salvajes si alguien lo hubiera mandado por sorpresa a la Edad Media. Siempre está pasando algo —que últimamente podríamos identificar sin duda con los avances de la tecnología industrial, aunque la relación no siempre resulta obvia—, el espíritu y el tempo de la vida cambian, y la gente adquiere una nueva perspectiva que se refleja en su comportamiento político, en sus costumbres, en su arquitectura, en su literatura y en todo lo demás. Hoy nadie puede escribir un poema como «Elegía en un cementerio campestre», de Thomas Gray, al igual que nadie podría haber creado la lírica de

Shakespeare en tiempos de Gray. Se trata de dos períodos distintos. Y, desde luego, esas gruesas líneas negras que dividen las páginas de la historia son una ilusión, puesto que hay tiempos en que la transición es muy rápida, tan rápida que es posible asignarle una fecha precisa. Se puede decir, sin riesgo a simplificar, que «entre tal y tal año comenzó tal y tal estilo de literatura». Si alguien me preguntara por el momento en que empezó la literatura moderna —y el hecho de que sigamos llamándola «moderna» indica que este período concreto no ha finalizado todavía— diría que fue en 1917, el año en que T. S. Eliot publicó su poema «Prufrock». En cualquier caso, se trata de una fecha que no se desvía más de cinco años, puesto que es indudable que, hacia el final de la última guerra, el clima literario se transformó, el tipo de escritor cambió notablemente y los mejores libros de ese período parecían escritos en un mundo distinto del que existía cuatro o cinco años atrás.

Para ilustrar lo que quiero decir, sugiero comparar mentalmente dos poemas que no tengan ninguna conexión entre ellos, con el propósito de mostrar dos piezas típicas de este período. Comparemos, por ejemplo, un poema característico de la primera etapa de Eliot con uno de Rupert Brooke, que fue, tengo que decirlo, el poeta inglés más admirado durante los años anteriores a 1914. Quizá lo más representativo de Brooke sean sus poemas patrióticos, escritos durante los primeros días de la guerra. Uno bueno es el soneto que empieza así: «Si tengo que morir, sólo piensa esto de mí, / que hay algún rincón de un campo extranjero que siempre será Inglaterra». Ahora leamos junto a este uno de Eliot, del ciclo de poemas de Sweeney, por ejemplo «Sweeney entre los ruiseñores», que dice: «Los círculos de la luna tormentosa se desplazan hacia el oeste por el río de plata». Como he dicho, estos poemas no poseen ningún vínculo temático ni de ninguna otra índole, pero en cierto modo es posible compararlos, porque cada uno es representativo de su propia época y los dos parecían buenos cuando fueron escritos. El segundo todavía sigue pareciéndolo.

No sólo la técnica, sino también el espíritu, la perspectiva sobre la vida que subyace en ellos y la parafernalia intelectual de estos poemas, son radicalmente distintos. Entre los jóvenes universitarios británicos de escuela privada que se lanzaron a morir por la patria con entusiasmo y con la cabeza llena de versos ingleses, rosas silvestres y demás, y los estadounidenses cosmopolitas más bien hastiados que vislumbraban destellos de la eternidad en algún restaurante ligeramente sórdido del Barrio Latino de París, hay una distancia abismal. Tal vez se trate sólo de diferencias personales, pero el caso es que uno se encuentra con el mismo tipo de diferencia, una que plantea las mismas comparaciones si se leen, uno al lado del otro, dos escritores de ambos períodos. Y lo mismo que con los poetas sucede con los novelistas; por ejemplo, con Joyce, Lawrence, Huxley y Wyndham Lewis, por un lado, y Wells, Bennett y Galsworthy, por otro. Los escritores más recientes son mucho menos prolíficos que los viejos, más escrupulosos, menos optimistas, están más interesados en la técnica y, en general, no tienen tanta confianza en su actitud ante la vida. Pero, más allá de esto, uno siempre tiene la sensación de que el bagaje

estético e intelectual es diferente, al igual que se tiene al comparar a un escritor francés del siglo XIX, pongamos por caso a Flaubert, con un escritor inglés del mismo siglo, como Dickens. El primero parece mucho más sofisticado que el segundo, aunque esto no lo convierta necesariamente en un escritor mejor. Pero permítanme retroceder un poco para valorar lo que era la literatura inglesa antes de 1914.

Los gigantes de esa época eran Thomas Hardy —que había dejado de escribir novelas un poco antes—, Shaw, Wells, Kipling, Bennett, Galsworthy y, un poco diferente del resto —no un inglés, sino un polaco que eligió escribir en inglés—, Joseph Conrad. También estaban A. E. Housman (*A Shropshire Lad*) y varios poetas georgianos, como Rupert Brooke y algunos otros. También estaban los innumerables escritores cómicos, como *sir* James Barrie, W. W. Jacobs, Barry Pain y muchos otros. Si se lee a estos escritores que acabo de mencionar, se tendrá una imagen precisa de la mentalidad inglesa antes de 1914. Hay otras tendencias literarias, los escritores irlandeses por ejemplo, y muy cercano a nuestro tiempo, si bien distinto, está el novelista estadounidense Henry James, pero los principales son los que he citado antes. ¿Cuál es el común denominador de escritores tan distantes como Bernard Shaw y A. E. Housman, o como Thomas Hardy y H. G. Wells? Pues, en mi opinión, el hecho fundamental de que casi todos los escritores ingleses de esa época desconocían todo lo que estuviera más allá de la escena inglesa de aquella época. Algunos son mejores escritores que otros, otros tienen una mayor conciencia política, pero todos mantienen su virginidad frente a las influencias europeas. Esto es así hasta en el caso de novelistas como Bennett y Galsworthy, que provienen, en un sentido muy superficial, del modelo francés y quizá del ruso. Todos estos escritores tienen una vida normal, respetable, de clase media inglesa, y la creencia medio inconsciente de que este tipo de vida continuará para siempre, proporcionando todo el tiempo más luz y más humanidad. Algunos de ellos, como Housman y Hardy, albergan una visión pesimista, pero al menos creen que el denominado «progreso», en el caso de ser posible, sería deseable. Además —algo que por regla general va unido a la falta de sensibilidad estética—, ninguno está interesado en el pasado. Es muy raro encontrar en un escritor de ese tiempo algo que en la actualidad podamos considerar sentido histórico. Incluso Thomas Hardy, cuando presenta un gran drama poético basado en las guerras napoleónicas —*The Dynasts*, se titula—, lo hace desde el punto de vista de un manual escolar de historia. Es más, el pasado no les interesa ni desde el punto de vista estético. Arnold Bennett, por ejemplo, escribió mucha crítica literaria, y está claro que es incapaz de verle el mérito a algún libro anterior al siglo XIX; de hecho, no le interesan los escritores que no sean sus contemporáneos. Para Bernard Shaw, la mayor parte del pasado es un caos que deberíamos barrer en nombre del progreso, la higiene, la eficiencia, etcétera. H. G. Wells, aunque más tarde escribiría una historia del mundo, mira al pasado con una mezcla de desconcierto y desagrado, la misma actitud que un hombre civilizado adoptaría al ver una tribu de caníbales. Toda esta gente, le gustara o no su propia época, pensaba que era mejor que las anteriores, y

daba por sentados los patrones literarios de su tiempo. El fundamento de todas las críticas de Bernard Shaw a Shakespeare es en realidad la denuncia —que era verdad, desde luego— de que no era un miembro ilustrado de la Sociedad Fabiana. Si a cualquiera de ellos le hubieran dicho que los escritores que vendrían inmediatamente después regresarían a los poetas ingleses de los siglos XVI y XVII, y a los franceses de mediados del XIX y los filósofos medievales, los habría acusado de diletantes.

Fijémonos ahora en los escritores que empezaron a cobrar notoriedad —algunos, por supuesto, comenzaron a escribir antes— justo después de la última guerra: Joyce, Eliot, Pound, Huxley, Lawrence y Wyndham Lewis. La primera impresión al compararlos con los otros —y esto es cierto incluso en el caso de Lawrence— es que algo se ha ido al traste. Para empezar, han arrojado por la borda la idea de progreso. Ninguno piensa que estemos en la era del progreso ni que este pueda llegar un día, ya no creen que el hombre sea cada vez mejor por tener tasas de mortalidad más bajas, un control de la natalidad más eficaz, mejores cañerías, más aviones y automóviles más rápidos. Casi todos sienten nostalgia del pasado remoto o de algún período de la Antigüedad, de los etruscos de D. H. Lawrence en adelante. Todos son políticamente reaccionarios o, en el mejor de los casos, no les interesa la política. Nadie da un céntimo por los temas que eran importantes para sus predecesores, como el sufragio femenino, el movimiento en pro de la prohibición del alcohol, el control de la natalidad o las iniciativas para impedir la crueldad con los animales. Todos muestran una actitud más amigable, o menos hostil que sus antecesores, hacia las iglesias cristianas, y casi todos parecen estar vivos desde el punto de vista estético, de una forma en que ningún escritor inglés lo había estado desde el Romanticismo.

Para ilustrar esto hay que recurrir a ejemplos concretos, es decir, confrontar libros relevantes, más o menos similares, de los dos períodos. Como primer ejemplo, comparemos los cuentos de H. G. Wells —hay un buen número de estos en la antología *El país de los ciegos*— con los de D. H. Lawrence, como «Inglaterra mía» y «El oficial prusiano».

No se trata de una comparación injusta, porque lo mejor de estos dos escritores son probablemente sus cuentos, y cada uno expresó una nueva visión de la vida que tuvo una gran influencia en los jóvenes de su generación. La temática fundamental de las historias de H. G. Wells es, en primer lugar, la de los descubrimientos científicos, y, a continuación, la de los pequeños esnobismos y la tragicomedia de la vida inglesa contemporánea, especialmente la de la clase media baja. Su principal «mensaje», por usar una expresión que no me gusta, es que la ciencia puede resolver todas las enfermedades que padece la humanidad, pero que el hombre de hoy en día es demasiado ciego y no alcanza a ver las posibilidades de su poder. La alternancia entre los ambiciosos temas utópicos y la comedia ligera, casi en la línea de W. W. Jacobs, es muy marcada en la obra de Wells. Escribe sobre viajes a la Luna y al fondo del mar, y también sobre pequeños tenderos que tratan de evitar la bancarrota y se esfuerzan por mantener su horrible vida esnob de provincias. El nexo es la fe de

Wells en la ciencia. Todo el tiempo sostiene que, si el pequeño tendero adoptara un punto de vista científico, sus problemas se acabarían, y desde luego creía que esto iba a pasar, probablemente en un futuro no muy lejano. Unos pocos millones de libras más para la investigación científica, algunas generaciones más con educación científica, ciertas supersticiones tiradas a la basura, y el trabajo estará hecho. Ahora bien, si analizamos los cuentos de Lawrence, no encontraremos esta confianza en la ciencia —más bien, si acaso, hostilidad hacia esta— ni ningún interés muy evidente en el futuro, en un futuro racionalizado y hedonístico como el que le gusta a Wells. Tampoco hallaremos la idea de que al pequeño tendero, o a alguna otra víctima de nuestra sociedad, les iría mejor si contaran con una educación más sólida. Lo que encontraremos, en cambio, es la idea recurrente de que el hombre, al volverse civilizado, pierde el patrimonio que atesoraba al nacer. El tema principal de casi todos los libros de Lawrence es la incapacidad del hombre contemporáneo, sobre todo en los países de habla inglesa, de vivir la vida con suficiente intensidad. La obra de Lawrence, naturalmente, se centra en la vida sexual de sus personajes, pero no pide, como a veces se cree, más de eso que la gente llama «libertad sexual». Esto es algo que lo tiene completamente desilusionado, y odia la llamada «sofisticación» de la intelectualidad bohemia casi tanto como el puritanismo de la clase media. Lo que sostiene es, simplemente, que los hombres modernos no están vivos del todo, ya sea por tener pautas de comportamiento demasiado estrechas o por no tener ninguna en absoluto. Y concediendo que sí puedan estar completamente vivos, a Lawrence no le importa demasiado el sistema económico o político en el que vivan.

En sus historias, Lawrence da por sentada la estructura de la sociedad existente, con sus distintas clases y todo lo demás, y no manifiesta ningún deseo apremiante de cambiarla. Todo lo que pide es que los hombres vivan con mayor sencillez, más apegados a la tierra, con mayor conciencia de las cosas mágicas, como la vegetación, el fuego, el agua, el sexo o la sangre, de lo que pueden hacerlo en un mundo de hormigón y celuloide donde los gramófonos nunca dejan de sonar. Lawrence imagina, aunque probablemente esté equivocado, que la gente primitiva o salvaje vivía más intensamente que la gente civilizada, y construye una figura mítica que no está lejos de ser, de nuevo, el buen salvaje. A la postre, proyecta esas virtudes en los etruscos, un pueblo prerromano que vivió en el norte de Italia y sobre el que, de hecho, no sabemos nada. Desde el punto de vista de H. G. Wells, todo este abandono de la ciencia y del progreso, el deseo de reinstaurar lo primitivo, no es más que una herejía y un sinsentido. Con todo, debe admitirse que la visión de la vida que alberga Lawrence, ya sea la verdad o bien una perversión, es cuando menos un avance respecto del culto a la ciencia de Wells, o respecto del superficial progresismo fabiano de escritores como Bernard Shaw. Se trata de un progreso en el sentido de que es el resultado de mirar las cosas con otra actitud, y no de manera errónea. Ello se debe, en parte, al efecto de la guerra de 1914-1918, que desacreditó, con mucho éxito, a la ciencia, al progreso y al hombre civilizado. Al final, el «progreso» terminó en la

mayor matanza de la historia, la ciencia se convirtió en la creadora de bombarderos y gas venenoso, y el hombre civilizado, en aquel momento, estaba preparado para comportarse como el peor de los salvajes. Aun así, Lawrence, inconforme con la civilización de las máquinas modernas, habría sido el mismo, sin duda, aunque la guerra de 1914 no hubiese acontecido.

Ahora quisiera efectuar otra comparación, esta vez entre *Ulises*, la gran novela de Joyce, y *La saga de los Forsyte*, el larguísimo ciclo novelístico de John Galsworthy. La comparación resulta injusta porque es entre un libro bueno y otro malo, y la cronología tampoco ayuda porque las últimas partes de *La saga de los Forsyte* fueron escritas en los años veinte. Aun así, las partes que todo el mundo recuerda lo fueron alrededor de 1910 y son las que me sirven para la comparación, porque ambos escritores se esfuerzan por pintar un lienzo enorme, entre las tapas de un solo libro, que capte el espíritu social e histórico de una época. Puede ser que hoy en día no encontremos en *El propietario* una crítica social muy profunda, pero sus contemporáneos sí que lo hicieron, como puede apreciarse en lo que escribieron entonces al respecto.

Joyce escribió *Ulises* en siete años, entre 1914 y 1921, trabajó durante la guerra prestándole poca atención o quizá ninguna, y ganándose la vida de manera miserable como profesor de lenguas en Italia y Suiza. Estaba dispuesto a trabajar durante siete años en la pobreza y en la oscuridad hasta ver concluido su gran libro. Pero ¿qué era eso tan importante que quería expresar? Hay pasajes de *Ulises* que no son muy inteligibles, pero la lectura completa del libro deja dos impresiones primordiales. La primera es que Joyce está interesado, hasta la obsesión, en la técnica. Esta ha sido una de las características principales de la literatura moderna, aunque últimamente ya no lo sea tanto. Existe un desarrollo paralelo en las artes plásticas, con pintores e incluso escultores más interesados en el material con que trabajan, en las marcas del pincel sobre la pintura, por ejemplo, que en el diseño en sí, y no digamos ya en la temática. A Joyce sólo le interesan las palabras, las asociaciones y los sonidos de las palabras, y hasta la geometría de las palabras sobre el papel, hasta un punto en que no le habían interesado a ningún escritor de las generaciones precedentes, con la excepción, hasta cierto punto, del anglo-polaco Joseph Conrad. Con Joyce volvemos al estilo, a la prosa fina, a la escritura poética y a los pasajes grandilocuentes. Por otra parte, un escritor como Bernard Shaw diría que las palabras sirven para expresar de la forma más precisa posible el sentido exacto de algo. Aparte de su obsesión por la técnica, el otro gran tema de *Ulises* es la miseria, el sinsentido de la vida moderna después del triunfo de las máquinas y de la desaparición de las creencias religiosas. Joyce —un irlandés, recordémoslo, porque es justo hacer notar que en los años veinte los mejores escritores en inglés no eran ingleses— escribe como un católico que ha perdido la fe pero que conserva el marco mental que le dejó la educación católica de su niñez y juventud. *Ulises*, que es una novela muy larga, es la descripción de los eventos que acontecen en un solo día, vistos en su mayor parte a través de los ojos de un mísero

viajante judío. Cuando el libro salió a la luz, se produjo un gran escándalo y Joyce fue acusado de explotar deliberadamente la sordidez; pero, de hecho, teniendo en cuenta cómo es la vida si la observamos con detalle, no parece que haya exagerado las miserias y las estupideces que suelen llenar un día. La sensación a lo largo del libro es que Joyce no puede escapar de sus convicciones, que todo ese mundo moderno que describe no tiene ningún sentido ahora que la Iglesia no tiene credibilidad. Anhela la fe religiosa contra la que, en nombre de la libertad de pensamiento, tuvieron que pelear las dos o tres generaciones precedentes. Sin embargo, al final el mayor interés que reviste el libro es técnico. Buena parte de él se basa en el pastiche o en la parodia, parodias de todo, desde las leyendas irlandesas hasta las de la Edad del Bronce, pasando por los reportajes del periodismo de su época. Y puede apreciarse con claridad que, como los literatos característicos de su tiempo, Joyce no deriva de los escritores ingleses del siglo XIX, sino de Europa y del pasado remoto. Tiene parte de la cabeza puesta en la Edad del Bronce, otra parte en la Edad Media y una tercera parte en la Inglaterra isabelina. El siglo XX, con su higiene y sus automóviles, no parece interesarle demasiado.

Ahora regresemos al libro de Galsworthy, *La saga de los Forsyte*, y veamos cuán estrecho es su alcance en comparación con el de *Ulises*. Ya he dicho que no se trata de una comparación justa, y de hecho, desde el punto de vista estrictamente literario, el libro es ridículo, pero me sirve para ilustrar el modo en que ambos intentan describir, en una obra, a la sociedad existente. Lo primero que desconcierta de Galsworthy es que, a pesar de su intento de ser iconoclasta, es incapaz de ver más allá de la pujante sociedad burguesa que es el objeto de su obra. Con pequeñísimas modificaciones, da por buenos todos sus valores. Todo el problema que percibe es que los humanos son un poco inhumanos, demasiado apegados al dinero y no muy sensibles estéticamente. Cuando describe lo que él considera un ser humano ideal, el resultado es uno simplemente culto, la versión humanitaria del rentista de clase media alta, el tipo de persona que en aquella época estaba obsesionada con las galerías de arte italianas y muy comprometida con alguna sociedad protectora de animales. Y este hecho, que Galsworthy no sienta una verdadera aversión por los tipos sociales que él cree que ataca, nos da la clave de su mayor punto débil, a saber, que no mantiene contacto con nada que quede fuera de la sociedad literaria inglesa de su tiempo. Podrá pensar que no le gusta, pero forma parte de ella. Su dinero y su seguridad, la flota de buques de guerra que lo separan de Europa, han sido demasiado para él. En el fondo de su corazón desprecia a los extranjeros, de la misma forma en que lo haría un hombre de negocios iletrado de Manchester. La sensación que uno experimenta ante Joyce o Eliot, o incluso ante Lawrence, en el sentido de que tienen toda la historia de la humanidad dentro de la cabeza y de que pueden ver más allá de su propio lugar y tiempo, hacia Europa y hacia el pasado, no la tiene ante Galsworthy ni ante ninguno de los escritores ingleses característicos del período anterior a 1914.

Antes de terminar, otra breve comparación: entre cualquiera de los libros utópicos

de H. G. Wells, por ejemplo *Una utopía moderna*, *El sueño* u *Hombres como dioses*, y *Un mundo feliz*, de Aldoux Huxley. Nuevamente observamos el mismo contraste, el contraste entre el escritor seguro de sí mismo y el inseguro, entre el hombre que cree inocentemente en el progreso y el que ha nacido más tarde y que, por tanto, ha vivido dicho progreso, como si hubiera sido concebido en los primeros días del aeroplano y reaccionara como si se tratara de una estafa.

La explicación obvia de la aguda diferencia existente entre los escritores de antes de la guerra de 1914-1918 y los que vinieron después es, precisamente, la guerra. Algo sucedió en cualquier caso, como la revelación de la moderna civilización materialista, un proceso que se aceleró con la guerra, en parte porque puso de manifiesto la superficialidad del mundo civilizado y, en parte, porque hizo que Inglaterra fuera menos próspera y, por tanto, estuviera menos aislada. Después de 1918 ya no se podía vivir en un mundo tan estrecho y acotado, como cuando Britannia dominaba no sólo los mares, sino también los mercados. Uno de los efectos de la horrible historia de los últimos veinte años ha sido la exageración de las virtudes de la literatura antigua para que pareciera moderna. Mucho de lo que ha acontecido en Alemania desde el ascenso de Hitler podría haber salido de los últimos volúmenes de la *Historia de la decadencia y la caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon. Recientemente vi la puesta en escena de *El rey Juan*, de Shakespeare (la vi por primera vez porque es una obra que no se representa con mucha frecuencia). La había leído de niño y me había parecido arcaica, un episodio sacado de un libro de historia que no tenía nada que ver con nuestra época. Pues bien, cuando asistí a la puesta en escena, con sus intrigas y traiciones, sus pactos de no agresión, sus engaños y sus personajes cambiando de bando en mitad de la batalla, me pareció perfectamente actual. Eso fue más o menos lo que pasó en la escena literaria entre 1910 y 1920. El temperamento prevaleciente en la época confirió una nueva realidad a todo tipo de temas que parecían anticuados y pueriles cuando Bernard Shaw y sus fabianos estaban —o eso creían— transformando el mundo en una suerte de superciudad jardín. Temas como la venganza, el patriotismo, el exilio, la persecución, la xenofobia, la fe, la lealtad o el liderazgo, de pronto parecían otra vez reales. Tamerlán y Gengis Kan parecen hoy figuras creíbles y Maquiavelo, un pensador serio, cosas que no parecían en 1910.

Hemos salido de un remanso y regresado a la historia. No profeso una admiración incondicional por los escritores de principios del siglo XX, los escritores entre los que Eliot y Joyce son los nombres relevantes. Los que les siguieron tuvieron que batallar con sus obras. Su concepción superficial del progreso los llevó, en el plano político, en la dirección equivocada, y no es un accidente que Ezra Pound, por ejemplo, pregone ahora su antisemitismo en la radio romana. Aunque debemos conceder que su escritura es más madura y tiene una perspectiva más amplia que la de los que venían justamente antes que ellos. Ellos rompieron el círculo cultural en el que Inglaterra estuvo encerrada durante un siglo. Ellos restablecieron el contacto con

Europa, devolvieron el sentido histórico y la posibilidad de la tragedia. Sobre esa base descansa toda la literatura inglesa que viene después y que tiene algo de valor, y la vía que inauguraron Eliot y los otros durante los últimos años de la guerra no ha tocado aún a su fin.

T. S. ELIOT

Poetry (Londres), octubre-noviembre de 1942

En los últimos trabajos de Eliot hay muy poco que me haya causado una profunda impresión. Al decir esto estoy confesando alguna carencia interna, pero, al contrario de lo que podría parecer a primera vista, no es motivo para arrojar la toalla y decir basta, ya que el cambio operado en mi actitud probablemente apunte a algún cambio exógeno que vale la pena investigar.

Me sé de memoria una cantidad respetable de las primeras obras de Eliot. No me senté a aprenderlas, sino que simplemente se alojaron en mi cabeza como lo hace cualquier verso que logra dar en el blanco. A veces basta con una lectura para memorizar todo un poema de, pongamos por caso, veinte o treinta versos, pues el acto de la memoria es en parte un acto de reconstrucción. Sin embargo, sus últimos tres poemas los he leído, me parece, dos o tres veces desde que fueron publicados, y ¿qué recuerdo de ellos? «El tiempo y la campana han enterrado al día», «en el punto fijo del mundo que da vueltas», «las vastas aguas del petrel y la marsopa» y fragmentos de un pasaje que comienza así: «Oscuridad, oscuridad, oscuridad. Todos van hacia la oscuridad» (no tengo en cuenta «en mi principio está mi fin», por tratarse de una cita). Eso es todo lo que se me quedó grabado en la memoria. Ahora bien, no podemos tomar esto como la prueba de que «Burnt Norton» y los demás no son tan buenos como sus primeros poemas, y quizá hasta sea lo contrario, pues es posible que aquello que se queda grabado en la memoria sea lo más obvio, incluso lo más vulgar. Con todo, resulta claro que algo se ha ido, que algún tipo de energía se ha desvanecido, que el último verso no contiene el anterior, aunque se afirme que se trata de una mejora evidente. Creo que está justificado explicar esto en razón del deterioro sufrido por la temática del señor Eliot. Antes de seguir adelante, he aquí dos extractos que, por su semejanza en cuanto al significado, pueden ser comparables. El primero es el último pasaje de «The Dry Salvages»:

Y la acción justa es libertad
respecto al pasado y el futuro.
Para la mayoría de nosotros este es el objetivo
que aquí jamás alcanzaremos.
Sólo estamos invictos porque seguimos intentando;
nosotros, los finalmente satisfechos
si nuestra reversión temporal nutre
(a no mucha distancia del ciprés)

la existencia de un suelo en que hay sentido.[*]

Y he aquí un extracto de un poema bastante anterior:

¡Bulbos de narciso en vez de esferas
miraban desde los huecos de sus ojos!
Sabía que el pensamiento se agarra
en torno a miembros muertos.

…

Conocía la angustia del tuétano,
la calentura del esqueleto;
ningún contacto posible a la carne
aliviaba la fiebre del hueso.[*]

Ambos admiten la comparación porque versan sobre el mismo tema: la muerte. El primero es un largo pasaje en el que se explica, en primer lugar, que la investigación científica es absurda, una superstición infantil al mismo nivel que la adivinación del futuro, y que las únicas personas que han alcanzado alguna vez el pleno entendimiento del universo son los santos, mientras que los demás estamos circunscritos a «indicios y suposiciones». La clave del pasaje final es la «resignación». La vida tiene un «significado», y también la muerte; desafortunadamente, no sabemos cuál es, pero el hecho de que exista debería confortarnos mientras arrancamos las malvas, o lo que sea que crece debajo de los cipreses en los cementerios campestres. Pero analicemos ahora los otros pasajes que he citado. Aunque se refieren a otra persona, probablemente expresan lo que el señor Eliot pensaba de la muerte en esa época, o en ciertos momentos al menos. No nos hablan de resignación, sino, por el contrario, de la actitud pagana frente a la muerte, de la creencia en el más allá como un lugar etéreo y sombrío, con espíritus gimientes envidiosos de los vivos, y de la creencia de que, por mala que haya sido la vida, la muerte será peor. Esta parece ser la concepción general de la muerte que imperaba en la Antigüedad, y en cierto sentido también en la actualidad. «La angustia del tuétano, el escalofrío del esqueleto», la famosa oda de Horacio «Eheu fugaces» y los pensamientos de Bloom durante el funeral de Paddy Dignam son tres cuartos de lo mismo. Mientras el hombre se vea a sí mismo como un individuo, su actitud frente a la muerte será el resentimiento. Por más desagradable que esta sea, si se siente con intensidad es más probable que produzca buena literatura antes que fe religiosa, porque esta última no se siente, sino que simplemente se acepta con resignación. Me parece que los dos pasajes son perfectamente comparables. No creo que quepa duda de que el segundo es un verso superior, y también más poderoso en cuanto al sentimiento, a pesar de sus tintes burlescos.

¿De qué tratan los tres poemas, «Burnt Norton» y los otros? No es fácil decirlo,

pero, a simple vista, tienen que ver con ciertos lugares de Inglaterra y Estados Unidos con los que el señor Eliot mantiene un vínculo ancestral. Desde esta perspectiva, se trata más bien de meditaciones sombrías sobre la naturaleza y el propósito de la vida, todo ello mezclado con la vaga conclusión que he mencionado más arriba. La vida tiene un «significado», pero se trata de uno ante el cual no se vuelve uno demasiado lírico; hay fe, pero no mucha esperanza, y mucho menos entusiasmo. Por otra parte, la temática de los primeros poemas de Eliot es muy diferente. No eran poemas esperanzados, pero tampoco lúgubres ni deprimentes. Podríamos decir que los últimos expresan una fe melancólica y los primeros, una luminosa desesperación. Se basan en el dilema del hombre moderno, cuya vida lo desespera pero aun así no quiere morir, y por encima de todo manifiestan su horror por el intelectual civilizado en exceso confrontado con la fealdad y el vacío espiritual de la era de las máquinas. En lugar de «no muy lejos del ciprés», el punto clave sería «llorosas, llorosas multitudes», o quizá «las uñas rotas de las manos sucias». Por supuesto, estos poemas fueron tachados de «decadentes» cuando aparecieron, y los ataques sólo cesaron cuando se entendió que las tendencias políticas y sociales de Eliot eran las de un reaccionario. Había un sentido, no obstante, en que la acusación de «decadente» podía estar justificada. Estos poemas eran a todas luces un producto final, el último suspiro de una tradición cultural, composiciones que sólo se dirigían a los rentistas cultos de tercera generación, a gente capaz de sentir y criticar pero no de actuar. E. M. Forster alabó «Prufrock» cuando apareció porque «era un canto a la gente débil e ineficaz» y porque era «inocente del espíritu público». (Esto era en la otra guerra, cuando el espíritu público era mucho más desaforado que ahora). Obviamente, las cualidades que toda sociedad que pretenda perdurar más de una generación debe poseer y fomentar —la industria, el valor, el patriotismo, la frugalidad, la inclinación a la paternidad— no aparecen en los primeros poemas de Eliot. Sólo había espacio para los valores del rentista, los de la gente demasiado civilizada para trabajar, combatir o incluso reproducirse. Pero ese era el precio que había que pagar en esa época para escribir un poema que mereciera ser leído. Lo que la gente sensible en realidad sentía era el estado de lasitud, ironía, descreimiento y repugnancia, no ese tipo de entusiasmo fervoroso que pedía la gente común. Está de moda decir que en poesía sólo cuentan las palabras y que el significado es irrelevante, pero la verdad es que las palabras de cada poema tienen significado, y cuando la composición es buena se debe a que hay un significado que al poeta le urgía expresar. Todo el arte es, en cierta medida, propaganda. «Prufrock» es la expresión de la futilidad, pero también un poema poderoso de maravillosa vitalidad, que culmina con una suerte de estallido pirotécnico en las últimas estrofas:

Sobre las olas las he visto mar adentro cabalgar,
peinando el pelo blanco de olas empujadas por el viento
cuando arrastra el viento el agua blanca y negra.

Nos hemos demorado en las estancias marinas
junto a ninfas ornadas con algas bermejas y pardas,
hasta que voces humanas nos despierten, y nos ahoguemos.[*]

No hay nada parecido a esto en los últimos poemas, aunque la desesperanza del rentista en la que se basan estos versos ha sido conscientemente desechada.

Sin embargo, el problema es que la futilidad consciente está hecha sólo para los jóvenes. Uno no puede «desesperarse con la vida» cuando es viejo. Uno no puede ser siempre «decadente», porque decaer quiere decir estar cayendo, y uno solo puede decir que está cayendo si va a llegar al fondo en un tiempo razonable. Uno está obligado, tarde o temprano, a adoptar una actitud positiva frente a la sociedad y frente a la vida. Sería una crueldad sostener que todos los poetas de nuestro tiempo deben morir en la juventud, pertenecer a la Iglesia católica o militar en el Partido Comunista, pero es en realidad así como se puede escapar a la conciencia de la futilidad. Hay otras muertes además de las físicas, y hay otras sectas y credos además de la Iglesia católica y del Partido Comunista; pero sigue siendo verdad que después de cierta edad uno debe, o bien dejar de escribir, o bien dedicarse a un quehacer no totalmente estético, y dicha dedicación significa necesariamente una ruptura con el pasado:

… cada intento es un comienzo enteramente nuevo
Y es un tipo distinto de fracaso.
Porque uno solo ha aprendido a dominar las palabras
para decir lo que ya no tiene que decir.
O de ese modo en que no está dispuesto ya a decirlo.
Por eso cada intento
es un nuevo comienzo, una incursión en lo inarticulado
con un mísero equipo cada vez más roído
en el desorden general de la inexactitud del sentimiento
escuadras de la emoción sin disciplina.[*]

Eliot escapó del individualismo refugiándose en la Iglesia, da la casualidad que en la Iglesia anglicana. No deberíamos pensar que el lúgubre petainismo al que por lo visto se ha entregado ahora sea el resultado inevitable de su conversión. El movimiento anglocatólico no impone ninguna «línea» política a sus fieles, y siempre hubo una tendencia reaccionaria o austrofascista en su obra, especialmente en sus piezas de prosa. En teoría, es posible ser un creyente religioso ortodoxo sin quedar intelectualmente tullido en el proceso de conversión; pero ello no es fácil, y en la práctica los libros de los creyentes ortodoxos hacen gala de una estrechez de miras similar a la de los libros de los estalinistas ortodoxos u otros que carecen de libertad mental. La razón es que las iglesias cristianas siguen imponiendo doctrinas en las que nadie puede seriamente creer. El ejemplo más obvio es el de la inmortalidad del alma.

Las diversas «pruebas» de la inmortalidad personal que pueden presentar los apologistas del cristianismo no tienen ninguna importancia psicológica; lo que sucede, desde el punto de vista psicológico, es que hoy resulta difícil que alguien se sienta inmortal. En cierto modo, puede «creerse» en la vida eterna, pero esto ya no tiene la misma vigencia que tenía hace algunos siglos. Comparemos, por ejemplo, los murmullos sombríos de estos tres poemas con el himno religioso «Jerusalén, mi amado hogar» (la comparación no carece de sentido). En el segundo caso tenemos a un hombre para el cual el mundo del más allá es tan real como este. Es verdad que su visión es increíblemente vulgar —un coro ensayando en una joyería—, pero él cree en lo que está diciendo, y su fe dota de vitalidad a sus palabras. En el otro caso tenemos a un hombre que, en realidad, no siente su fe, pero la acepta por razones complejas, algo que no le da ningún impulso literario renovador. En cierto momento siente la necesidad de tener un «propósito», y desea uno que no sea progresista sino reaccionario; el refugio que le queda más a mano es la Iglesia, que exige a sus miembros ideas absurdas, así que su tarea se convierte en un interminable husmear alrededor de esas ideas absurdas, en un intento por hacer que sean aceptables para él. La imaginería de la Iglesia ya no está viva ni tiene un nuevo vocabulario que ofrecer:

> *… lo demás*
> *es oración, observancia, disciplina, pensamiento y acciones.*[*]

Quizá lo que necesitemos sea plegaria, observancia, etcétera, pero no se puede escribir un solo verso asociando esas palabras. El señor Eliot también nos habla de

> *… la intolerable lucha*
> *con las palabras y los significados.*
> *La poesía no importa.*[*]

No lo sé a ciencia cierta, pero puedo imaginar que, al ir mermando la lucha con los significados, la poesía podría haber cobrado mayor importancia si él hubiera logrado encontrar una creencia que no nos hubiera obligado a aceptar lo increíble.

Quién sabe si la evolución de la obra del señor Eliot podría haber sido distinta. Los escritores buenos evolucionan a lo largo de su vida, y eso acaba determinando la orientación de sus obras. Resulta absurdo atacar a Eliot, como han hecho muchos críticos de izquierdas, por ser un «reaccionario» y considerar que debería utilizar sus dones para apoyar a la democracia y al socialismo. Su escepticismo frente a la democracia y su descreimiento ante el progreso son, obviamente, parte integral de su persona; sin estos no hubiera podido escribir un solo verso. Sin embargo, se puede argumentar que podría haberlo hecho mejor, que podría haber ido más lejos en la dirección que comportaba su famosa declaración «anglocatólica y monárquica». No

se podría haber convertido al socialismo, pero podría haber devenido el último apologista de la aristocracia.

Ni el feudalismo ni el fascismo son necesariamente letales para los poetas, como sí lo son para los prosistas. Lo que es verdaderamente letal para ambos es el conservadurismo tibio de los tiempos que corren.

Es cuando menos imaginable que si Eliot se hubiera entregado de todo corazón a su pulsión antidemocrática y antiperfeccionista, habría dado con una nueva vena, comparable a la que tenía al principio. Pero la negación, el petainismo, que vuelve la vista al pasado, acepta la derrota, escribe sobre la imposibilidad de la felicidad en la Tierra, murmura sobre plegarias y arrepentimiento, y piensa que ver la vida como un montón de gusanos en «las entrañas de la mujer de Canterbury» constituye un avance espiritual, seguramente es el último camino que un poeta debería seguir.

RECUERDOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA

[¿1942?]

1

Antes que nada los recuerdos físicos: los sonidos, los olores, la superficie de las cosas.

Es curioso que, de la guerra de España, lo que recuerde más vívidamente que cualquier otra cosa que sucediera luego sea la semana de «adiestramiento» que recibimos antes de que nos enviaran al frente: los enormes barracones de caballería en Barcelona, con sus ventosos establos y patios empedrados, el frío helador de la bomba de agua en la que nos aseábamos, la comida asquerosa —sólo tolerable gracias a un vino que nos bebíamos en unos cacitos metálicos—, las milicianas que cortaban leña vestidas con pantalones y el pase de lista al amanecer, cuando mi prosaico nombre inglés servía de pequeño interludio cómico a los sonoros nombres españoles: Manuel González, Pedro Aguilar, Ramón Fenellosa, Roque Ballester, Jaime Doménech, Sebastián Viltrón, Ramón Nuvo Bosch. Si menciono justamente estos nombres es porque recuerdo las caras de todos ellos. Salvo dos, que eran gentuza y a estas alturas se habrán hecho sin duda falangistas, es probable que estén muertos. Sé con certeza que dos han fallecido. El mayor debía de tener alrededor de veinticinco años; el menor, dieciséis.

Una de las experiencias esenciales de la guerra es la imposibilidad absoluta de eludir los repugnantes olores de origen humano. Las letrinas son un tema recurrente en la literatura bélica, y no las mencionaría si no fuera porque la letrina de nuestros barracones desempeñó un papel importante en el desvanecimiento de mis ilusiones sobre la Guerra Civil española. La letrina de tipo latino, en la que uno tiene que acuclillarse, es en el mejor de los casos bastante mala, pero aquellas estaban hechas de alguna clase de piedra pulida, tan resbaladiza que lo más que podía hacerse era intentar mantenerse en pie. Para colmo, siempre estaban atascadas. A estas alturas, guardo muchos otros recuerdos repugnantes en la memoria, pero creo que esas letrinas fueron lo primero que inspiró en mí una idea que después se volvería recurrente: «Henos aquí, soldados de un ejército revolucionario, defendiendo la democracia contra el fascismo, peleando en una guerra con un objetivo claro, y los detalles de nuestras vidas son tan sórdidos y degradantes como podrían serlo en una prisión, por no decir en un ejército burgués». Más tarde, otras muchas cosas reforzaron aquella impresión, como, por ejemplo, el tedio y el hambre animal que acompañaban la vida en las trincheras, las mezquinas intrigas por las sobras de la comida, y las patéticas y reiteradas rencillas a las que se entregaba la gente, exhausta por la falta de sueño.

El horror esencial de la vida militar (quien haya sido soldado sabrá de lo que hablo) guarda escasa relación con la naturaleza de la guerra en la que a uno le toca combatir. La disciplina, por ejemplo, es al cabo idéntica en todos los ejércitos; las

órdenes deben acatarse y, si es necesario, hay que hacerlas cumplir con castigos, y la relación entre los oficiales y los soldados rasos ha de ser la de un superior con un inferior. La imagen de la guerra plasmada en libros como *Sin novedad en el frente* es sustancialmente verdadera. Las balas hieren, los cadáveres apestan y, bajo el fuego enemigo, los hombres a menudo se atemorizan hasta el punto de orinarse encima. Es verdad que la procedencia social de los miembros de un ejército tiñe de un color determinado su entrenamiento, sus tácticas e incluso su eficacia, y también que la conciencia de llevar la razón puede elevar la moral, aunque esto último vale más para la población civil que para las tropas. (La gente suele olvidar que, cerca del frente, un soldado está por lo común demasiado hambriento, asustado o muerto de frío, o sobre todo demasiado cansado, para preocuparse por las causas políticas de la guerra). Pero las leyes de la naturaleza son las mismas para un ejército «rojo» que para uno «blanco». Un piojo es un piojo y una bomba es una bomba, incluso si uno pelea por una causa justa.

¿Por qué vale la pena señalar cuestiones tan obvias? Porque, a todas luces, la mayor parte de la intelectualidad británica y estadounidense no las sabía entonces, ni parece saberlas ahora. Últimamente, nuestra memoria se ha vuelto frágil; sin embargo, miremos un poco atrás, desempolvemos la hemeroteca del *New Masses* o del *Daily Worker* y echemos un vistazo a la romántica basura belicista que los izquierdistas difundían en aquel entonces. ¡Aquellas frases trasnochadas! ¡Y su imaginación escasa y atroz! ¡La sangre fría con la que Londres se tomó el bombardeo de Madrid! No me refiero con esto a la contrapropaganda de la derecha, los Lunn, los Garvin *et hoc genus* —sobre ellos no hay nada que agregar—, sino a los mismos que durante veinte años habían denostado la guerra y se habían mofado de su «gloria», de los relatos sobre las atrocidades, del patriotismo, incluso del valor físico, y que ahora afirman cosas que, cambiando unos cuantos nombres, habrían encajado perfectamente en el *Daily Mail* de 1918. Si la intelectualidad británica se había comprometido con algo, era con el desenmascaramiento de la guerra, con la teoría de que la guerra no es sino cadáveres y letrinas y de que jamás conduce a nada bueno. Pues bien, la misma gente que en 1933 se reía compasivamente por lo bajo si decías que en determinadas circunstancias pelearías por tu país, en 1937 te denunciaba como «trotsko-fascista» si sugerías que los reportajes del *New Masses* sobre heridos recientes que pedían volver al frente podían ser pura exageración. Y los intelectuales de izquierdas hicieron ese viaje desde «la guerra es el infierno» hasta «la guerra es gloriosa» no sólo sin conciencia de estar siendo incongruentes, sino de un día para otro. Más tarde, la mayoría de ellos efectuarían otras transiciones igualmente violentas. Debe de haber un gran número de gente, una suerte de núcleo central de la intelectualidad, que en 1935 aprobó la declaración «Por el rey y por la patria», en 1937 pidió a gritos una «línea dura contra Alemania», en 1940 apoyó la Convención Popular, y ahora exige que se forme un segundo frente.

Por lo que respecta a las masas, los extraordinarios cambios de opinión que se

producen a cada instante, las emociones que pueden avivar y sofocar como un fuego, son el resultado de la hipnosis a que las someten los periódicos y la radio. Los intelectuales, a mi juicio, dependen más bien del dinero y de la seguridad física. En función de las circunstancias, pueden estar a favor o en contra de la guerra, pero en ningún caso poseen una imagen realista de esta. Cuando se entusiasmaron con la guerra de España sabían, por supuesto, que allí se estaba matando a la gente, y que morir no es precisamente grato; tenían la sensación, sin embargo, de que para un soldado del ejército republicano español la experiencia de la guerra de algún modo no resultaba degradante. De alguna manera, las letrinas apestaban menos, la disciplina era menos fastidiosa. Sólo hay que echar una mirada al *New Statesman* para comprobar que eso era lo que creían entonces; las mismas paparruchas se escriben ahora sobre el Ejército Rojo. Nos hemos vuelto demasiado civilizados para captar lo obvio. Porque la verdad es muy simple: para sobrevivir, a menudo debemos pelear, y para hacerlo hay que ensuciarse. La guerra es el mal, y en ocasiones es el mal menor. Aquellos que toman la espada perecen por la espada, y los que no, mueren de enfermedades apestosas. El hecho de que valga la pena escribir tales verdades de Perogrullo demuestra en qué nos han convertido todos estos años de capitalismo, durante los cuales hemos vivido de rentas.

2

En relación con lo que acabo de decir, inserto una nota al pie sobre el tema de las atrocidades.

Tengo pocas pruebas de primera mano sobre las atrocidades de la Guerra Civil española. Sé que algunas las cometieron los republicanos, y muchas más (que continúan) los fascistas. Pero lo que me impresionó entonces, y sigue haciéndolo ahora, es que se dé o no crédito a las atrocidades únicamente en función de las preferencias políticas. Todo el mundo se cree las atrocidades del enemigo y descree de las que hayan cometido los de su propio bando, sin preocuparse siquiera por tener en cuenta las pruebas. Recientemente redacté una lista de atrocidades cometidas durante el período transcurrido entre 1918 y el presente; no ha habido un solo año en que no se haya cometido una atrocidad en un lugar u otro, y es difícil dar con un caso en que la derecha y la izquierda dieran crédito a la misma historia. Y lo que es más extraño: la situación puede invertirse de pronto y las atrocidades probadas «más allá de toda duda» pueden convertirse en mentiras ridículas, simplemente porque el horizonte político ha cambiado.

En la guerra actual nos encontramos ante la curiosa situación de que nuestra «campaña de difusión de atrocidades» tuvo lugar mucho tiempo antes de que la propia guerra empezara, y corrió a cargo de la izquierda, gente que normalmente se enorgullece de su incredulidad. En el mismo período, la derecha, los principales responsables de las atrocidades de 1914-1918, miraba hacia Alemania y simplemente se negaba a reconocer allí ninguna maldad. Luego, tan pronto como la guerra estalló, eran los pronazis del día anterior los que no paraban de repetir historias horribles, mientras los antinazis se descubrían a sí mismos dudando de si la Gestapo existía de veras. La causa de lo anterior no ha de buscarse tan sólo en el pacto germano-soviético, sino que se debió, en parte, a que antes de la guerra la izquierda había creído erróneamente que Gran Bretaña y Alemania no se enfrentarían jamás, gracias a lo cual se sentían libres para ser antialemanes y antibritánicos al mismo tiempo, y, en parte, también a que la propaganda oficial de guerra, con su hipocresía repugnante y sus pretensiones de superioridad moral, tiende siempre a hacer que la gente que piensa simpatice con el enemigo. Parte del precio que pagamos por las mentiras sistemáticas del período que va de 1914 a 1918 fue la exagerada reacción progermana que vino a continuación. Entre 1918 y 1933, los círculos de izquierdas se mofaban de cualquiera que se atreviera a sugerir que Alemania había tenido la más mínima responsabilidad en el estallido de la guerra. Entre todas las denuncias del Tratado de Versalles vertidas durante aquellos años, no creo haber oído jamás mencionar, y no digamos ya discutir, la pregunta: «¿Qué habría ocurrido si Alemania hubiese ganado la guerra?». Pues lo mismo sucede con las atrocidades. La verdad —esa es la

sensación general— deviene mentira si es tu enemigo quien la dice. Recientemente descubrí que la misma gente que en 1937 se tragó todas y cada una de las horribles historias sobre los japoneses en Nankín, se negaba a creerse lo mismo sobre Hong Kong en 1942. Existía incluso la tendencia a percibir que las atrocidades de Nankín se habían vuelto, por así decirlo, retrospectivamente falsas, sólo porque el gobierno británico les prestaba ahora atención.

Por desgracia, la verdad sobre las atrocidades es mucho peor que las mentiras que se dicen sobre ellas para convertirlas en propaganda. La verdad es que ocurren. El hecho que a menudo se aduce como razón para el escepticismo, que las mismas historias de horror reaparecen guerra tras guerra, sólo hace más probable que esas historias sean ciertas. Evidentemente, se trata de fantasías muy difundidas, y la guerra proporciona la oportunidad de ponerlas en práctica. Además, aunque haya dejado de estar de moda decirlo, pocas dudas caben de que quienes solemos llamar los «blancos» cometen más y mayores atrocidades que los «rojos». No existe la menor duda, por ejemplo, acerca del comportamiento de los japoneses en China, ni hay demasiadas dudas sobre la larga lista de ultrajes fascistas que han tenido lugar durante los últimos diez años en Europa. La cantidad de testimonios es enorme, y un porcentaje considerable de ellos provienen de la radio y la prensa alemanas. Estas cosas tuvieron lugar de verdad, eso es lo que no hay que perder de vista. Ocurrieron aunque lord Halifax haya dicho que ocurrieron. Las violaciones y las matanzas en las ciudades chinas, las torturas en los sótanos de la Gestapo, los ancianos profesores judíos arrojados a las fosas sépticas, el ametrallamiento de refugiados en las carreteras de España…; todos estos hechos tuvieron lugar, y no ocurrieron menos porque el *Daily Telegraph* los haya descubierto de repente con cinco años de retraso.

3

Dos recuerdos, uno que no prueba nada en particular y otro que, a mi juicio, arroja cierta luz sobre la atmósfera de un período revolucionario.

Una mañana temprano, un hombre y yo estábamos acechando fascistas en las trincheras a las afueras de Huesca. Sus líneas y las nuestras estaban a unos trescientos metros, distancia desde la cual nuestros viejos fusiles no podían disparar con precisión; sin embargo, avanzando furtivamente hasta un punto situado a unos cien metros de la trinchera fascista, uno tenía la posibilidad, con un poco de fortuna, de alcanzar a alguien a través de una abertura en el parapeto. Por desgracia, el terreno entre un lugar y otro era un campo de remolachas perfectamente plano, sin más cobertura que unas pocas zanjas, y era necesario salir cuando aún estaba oscuro y volver poco antes del amanecer, antes de que la luz fuese demasiado intensa. En aquella ocasión no apareció ningún fascista, esperamos demasiado y nos sorprendió el alba. Estábamos en una zanja, pero detrás de nosotros había unos doscientos metros de terreno llano que no le hubiera permitido ponerse a cubierto ni siquiera a un conejo. Aún estábamos intentando reunir valor para emprender la carrera campo a través cuando oímos un tumulto y unos silbidos en la trinchera fascista. Se acercaban algunos de nuestros aviones. En ese momento, un hombre que presumiblemente le llevaba un mensaje a un oficial saltó fuera de la trinchera y echó a correr a lo largo del parapeto a plena vista. Iba a medio vestir y se sujetaba los pantalones con ambas manos mientras corría. No le disparé. Es cierto que soy un mal tirador, incapaz de acertar a un hombre que vaya corriendo cien metros más allá; además, en ese instante pensaba sobre todo en volver a nuestra trinchera mientras toda la atención de los fascistas se concentraba en los aviones. Aun así, si no intenté matarlo fue en parte a causa del detalle de los pantalones. Había ido allí a matar «fascistas», pero un hombre que tiene que sujetarse los pantalones no es un «fascista»; es a todas luces un prójimo, alguien como uno, y no se tienen deseos de dispararle.

¿Qué demuestra este incidente? Nada en realidad, porque es ese tipo de cosas que suceden continuamente en todas las guerras. Lo otro es distinto. No creo que baste con que lo cuente para conmover a quienes me lean, pero a mí sí que me conmueve; lo veo como un incidente característico de la atmósfera moral de una determinada época.

Uno de los reclutas que se nos unió estando yo aún en los barracones era un chico de aspecto asilvestrado que provenía de un barrio pobre de Barcelona. Iba descalzo y vestido con harapos. Era, además, extremadamente oscuro de piel (de sangre árabe, me atrevería a decir) y gesticulaba de un modo que no es propio de un europeo. En uno de esos gestos en particular —el brazo extendido, la palma de la mano vertical— reconocí un ademán característico de la gente de la India. Un día desapareció de mi

litera un paquete de puritos, que por entonces todavía podían comprarse por muy poco dinero. Estúpidamente, di parte a un oficial, y uno de esos sinvergüenzas que he mencionado antes se apresuró a inventarse que a él le habían robado veinticinco pesetas de su litera. Por algún motivo, el oficial decidió en el acto que el chico de piel oscura debía de ser el ladrón. En las milicias, robar no era cualquier cosa, y en teoría se podía fusilar a alguien por eso. El desdichado muchacho permitió que lo llevaran al puesto de guardia para registrarlo. Lo que me impresionó más fue que apenas intentó defender su inocencia. En el fatalismo de su actitud podía verse la desesperada pobreza en que había sido criado. El oficial le ordenó que se desnudara. Él lo hizo con espantosa humildad, y registraron sus ropas. Por supuesto, ahí no estaban ni los cigarros ni el dinero; de hecho, no era él quien los había robado. Lo más doloroso era que, una vez demostrada su inocencia, no parecía estar menos avergonzado. Esa noche lo llevé al cine y le di coñac y chocolate. Pero eso también fue terrible; me refiero al intento de borrar un agravio con dinero. Durante un rato estuve dispuesto a creer que era un ladrón, y eso no puede borrarse.

Pues bien, unas semanas más tarde, en el frente, tuve problemas con uno de los hombres de mi sección. Para entonces yo era cabo,[*] y tenía doce hombres bajo mi mando. Era una guerra estática, terriblemente fría, y mi labor principal consistía en conseguir que los centinelas permanecieran despiertos en sus puestos. Un día, un hombre se negó de pronto a ir a un puesto determinado alegando, con razón, que estaría expuesto al fuego enemigo. Era una criatura endeble, de modo que lo sujeté y me dispuse a arrastrarlo hasta allí. Esto caldeó los ánimos en mi contra, porque los españoles, creo yo, toleran peor que los ingleses que alguien les ponga las manos encima. Al instante estaba rodeado de hombres que me gritaban: «¡Fascista, fascista! ¡Déjale en paz! ¡Este no es un ejército burgués! ¡Fascista!», etcétera, etcétera. Les espeté lo mejor que pude, en mi mal español, que debían obedecer las órdenes, y la riña derivó en una de esas fuertes discusiones que terminan por minar la disciplina en los ejércitos revolucionarios. Algunos dijeron que yo estaba en lo correcto, y otros que me equivocaba. La cuestión es, sin embargo, que uno de los que se puso de mi lado fue el chico de piel oscura. Tan pronto como descubrió qué era lo que pasaba, saltó al cuadrilátero y empezó a defenderme apasionadamente. Repitiendo aquel gesto asilvestrado, indio, no paraba de exclamar: «¡No hay cabo como él!».[*] Poco después, solicitó que lo trasladaran a mi sección.

¿Por qué me resulta conmovedor este incidente? Porque en circunstancias normales habría sido imposible que los buenos sentimientos se restablecieran jamás entre aquel muchacho y yo. Mis esfuerzos por disculparme de mi acusación implícita de robo probablemente habrían empeorado las cosas antes que mejorarlas. Uno de los efectos de la vida segura y civilizada es una hipersensibilidad que da a las emociones primarias un cariz un tanto repugnante. La generosidad es tan hiriente como la maldad, y la gratitud, tan odiosa como la ingratitud. Pero en España, en 1936, no vivíamos una época normal. Era un tiempo en que los gestos y sentimientos

generosos surgían más espontáneamente. Podría relatar una docena de incidentes similares; incomunicables, en realidad, pero que mi mente vincula con la atmósfera especial de aquella época: las ropas raídas y los coloridos carteles revolucionarios, el uso generalizado de la palabra «camarada», las baladas antifascistas impresas en papel finísimo que se vendían por una moneda, las frases como «solidaridad internacional proletaria», patéticamente repetidas por hombres ignorantes que pensaban que significaban algo en realidad. ¿Es posible ser amigo de alguien, y ponerse de su parte en una trifulca, tras ser registrado ignominiosamente en su presencia en busca de algo que se supone que le has robado? No, no lo es; a menos que ambos hayan vivido una experiencia emocionalmente enriquecedora. Ese es uno de los subproductos de la revolución, aunque en aquel caso no fuera sino el comienzo de una revolución a todas luces predestinada al fracaso.

4

La lucha por el poder entre los distintos partidos republicanos españoles es un asunto triste y lejano que, a estas alturas, no tengo deseos de revivir. Si lo menciono, es solamente para lanzar una advertencia: no se crean nada, o casi nada, de lo que lean acerca de los asuntos internos en el bando del gobierno. Sin importar la fuente, no será más que mera propaganda partidaria, es decir, mentiras. La pura verdad sobre la guerra es más simple: la burguesía española vio la ocasión de aplastar al movimiento obrero y la aprovechó, con la ayuda de los nazis y de las fuerzas reaccionarias del mundo entero. Dudo que algo distinto pueda sacarse en claro jamás.

Recuerdo haberle dicho alguna vez a Arthur Koestler que «la historia se detuvo en 1936», ante lo cual él asintió, comprendiéndolo de inmediato. Ambos estábamos pensando en el totalitarismo en general, pero más particularmente en la Guerra Civil española. En mi juventud ya me di cuenta de que los periódicos jamás informan correctamente sobre evento alguno, pero en España, por primera vez, vi reportajes periodísticos que no guardaban la menor relación con los hechos, ni siquiera el tipo de relación con la realidad que se espera de las mentiras comunes y corrientes. Vi como se daba cuenta de grandes batallas donde no había habido el menor enfrentamiento y se silenciaban acciones de guerra en que cientos de hombres habían perdido la vida. Vi tropas que habían peleado valerosamente y que eran tachadas de cobardes y traidoras, y soldados que jamás habían disparado un solo tiro saludados como héroes de victorias imaginarias; vi como los periódicos de Londres vendían estas mentiras, y a ávidos intelectuales que construían superestructuras emocionales sustentadas en eventos que no ocurrieron jamás. Vi, de hecho, como se escribía la historia no según lo ocurrido en realidad, sino según lo que debería haber ocurrido de acuerdo con las «directrices del partido». Y a pesar de todo, por horrible que fuera, nada de lo anterior tenía la menor importancia. Se trataba de asuntos secundarios, de la lucha por el poder entre la Internacional Comunista y los partidos españoles de izquierdas, de los esfuerzos del gobierno ruso de impedir la revolución en España. Pero el panorama de la guerra que el gobierno republicano español presentó al mundo entero no era falso. Los asuntos fundamentales estaban ahí. Ahora bien, en el caso de los fascistas y sus valedores, ¿cómo podrían haber revelado sus auténticos propósitos? Su versión de la guerra era pura fantasía y, dadas las circunstancias, no podría haber sido de otro modo.

La única línea propagandística que los nazis y los fascistas podían seguir era presentarse a sí mismos como patriotas cristianos que buscaban salvar a España de la dictadura rusa. Lo anterior implicaba hacer creer que la vida bajo el gobierno de la República no era sino una interminable matanza (véanse el *Catholic Herald* o el *Daily Mail*, aunque aquellos eran juegos de niños en comparación con la prensa

fascista del continente), y suponía exagerar enormemente la escala de la intervención rusa. Permítaseme entresacar sólo un ejemplo de la enorme pirámide de mentiras que la prensa católica y reaccionaria del mundo entero construyó: la presencia en España de un ejército ruso. La totalidad de los devotos partidarios de Franco lo creían a pies juntillas. Se llegó a estimar que aquella fuerza contaba con medio millón de soldados. Ahora bien, no había ningún ejército ruso en España. Puede que hubiera un puñado de oficiales de aviación y otro puñado de técnicos; unos cuantos cientos a lo sumo, pero no un ejército. Los miles de extranjeros, por no hablar de los millones de españoles, que lucharon en España son testigos de ello. Sin embargo, su testimonio no causó la menor impresión entre los propagandistas de Franco, ninguno de los cuales puso jamás un pie en la España que aún estaba bajo el gobierno de la República. Esta gente se negaba a admitir la realidad de la intervención alemana o italiana al tiempo que la prensa alemana e italiana se jactaba abiertamente de las hazañas de sus «legionarios». He escogido mencionar tan sólo este punto, pero de hecho la totalidad de la propaganda fascista sobre la guerra se movía por esos cauces.

Lo anterior me asusta porque a ratos hace que tenga la impresión de que el propio concepto de verdad objetiva está desapareciendo del mundo. Después de todo, hay muchas posibilidades de que esas mentiras, u otras parecidas, pasen a la historia. ¿Cómo se escribirá la historia de la guerra de España? Si Franco continúa en el poder, serán sus acólitos los que escriban los libros de historia, y —por insistir en el punto anterior— aquel inexistente ejército ruso se convertirá en un hecho histórico, y los niños de las generaciones venideras lo estudiarán en las escuelas. Pero supongamos que el fascismo es finalmente derrotado y que en un futuro próximo se restablece algún tipo de gobierno democrático en España. Aun en ese caso, ¿cómo se escribirá la historia de España? ¿Qué clase de documentos dejará Franco? Supongamos que los archivos del bando del gobierno pueden recuperarse; aun así, ¿cómo podrá escribirse la verdadera historia de la guerra? Porque, como he dicho, el propio gobierno se encargó de poner en circulación abundantes mentiras. Es posible escribir una historia de la guerra, verdadera en términos generales, desde la perspectiva antifascista, pero sería una historia partidista, poco fiable en última instancia. No obstante, algún tipo de historia de la guerra habrá de escribirse, y cuando aquellos que recuerdan la realidad de la guerra hayan muerto, esta versión será universalmente aceptada. A todos los efectos, y desde un punto de vista práctico, la mentira se habrá vuelto verdad.

Sé muy bien que hoy se estila decir que, en cualquier caso, tal como está escrita, la mayor parte de la historia es mentira. Estoy dispuesto a creer que la historia es en gran parte imprecisa y sesgada; lo peculiar de nuestra época, sin embargo, es el completo abandono de la idea de que es posible escribir la historia con veracidad. En el pasado se mentía deliberadamente, o se coloreaba inconscientemente lo escrito, o se hacían esfuerzos por hallar la verdad, a sabiendas de que se cometerían muchos errores. En cualquier caso, sin embargo, los historiadores creían en la existencia de

los «hechos», y en que estos eran más o menos determinables. En la práctica, existía un corpus considerable de hechos en los que casi todos estaban de acuerdo. Si uno repasa, por ejemplo, la historia de la última guerra publicada por la *Enciclopedia Británica*, descubrirá que una cantidad considerable de material se ha tomado de fuentes alemanas. Sin duda, un historiador británico y uno alemán estarían en completo desacuerdo en muchos aspectos, incluso en asuntos fundamentales, pero aun en ese caso podían contar con ese corpus de, por así llamarlos, hechos neutrales acerca de los cuales ninguno se atrevería a recusar seriamente al otro. Es justamente esa base común, que implica que los seres humanos pertenecen a la misma especie animal, lo que el totalitarismo destruye. De hecho, la teoría nazi niega específicamente que haya algo parecido a «la verdad». No existe, por ejemplo, aquello que llamamos la «ciencia», tan sólo «ciencia alemana», «ciencia judía», etcétera. El objetivo tácito de este modo de pensar es un mundo de pesadilla en el que el líder máximo, o bien la camarilla dirigente, controle no sólo el futuro, sino incluso el pasado. Si sobre tal o cual acontecimiento el líder dictamina que «jamás tuvo lugar»… pues bien: no tuvo lugar jamás. Si dice que dos más dos son cinco, así tendrá que ser. Esta posibilidad me atemoriza mucho más que las bombas. Y conste que, tras nuestras experiencias de los últimos años, una declaración así no puede hacerse frívolamente.

Sin embargo, ¿no será pueril, o morboso, atemorizarse con visiones de un futuro totalitario? Antes de descartar el mundo totalitario como una pesadilla que no llegará a verificarse jamás, se impone recordar que en 1925 el mundo actual nos habría parecido una pesadilla imposible. En realidad, sólo existen dos maneras de permanecer a salvo de ese mundo fantasmagórico y cambiante en el cual lo negro puede mañana ser blanco y el clima de ayer ser modificado por decreto. Una consiste en que, por más que se niegue la verdad, esta continúa existiendo, por así decirlo, a nuestras espaldas, y por tanto no se puede violar en menoscabo de la eficacia militar. La otra es que, mientras existan lugares del mundo que no hayan sido conquistados, la tradición liberal estará en condiciones de seguir con vida. Si permitimos que el fascismo, o posiblemente incluso la combinación de varios fascismos, conquiste el mundo entero, esas dos condiciones dejarán de existir. En Inglaterra subestimamos el peligro de esta situación porque nuestras tradiciones y nuestra seguridad pretérita nos han enseñado a creer que al final todo sale bien y que lo que más tememos no llega a suceder jamás. Alimentados durante cientos de años de una literatura en la que el bien siempre triunfa en el último capítulo, creemos casi por instinto que a la larga el mal siempre se derrota a sí mismo. El pacifismo, por ejemplo, se funda ampliamente en esta creencia: no opongáis resistencia al mal y este de algún modo se destruirá a sí mismo. Pero ¿por qué habría de ser así? ¿Qué evidencia existe en ese sentido? ¿Qué ejemplos hay de un Estado industrializado moderno que se haya venido abajo sin haber sido conquistado por una fuerza militar extranjera?

Consideremos, por ejemplo, la reinstauración de la esclavitud. ¿Quién podría

haber imaginado hace veinte años que la esclavitud regresaría a Europa? Pues bien, la esclavitud ha resurgido bajo nuestras propias narices. Los campos de trabajos forzosos a lo largo y ancho de toda Europa y el norte de África, en los que polacos, rusos, judíos y prisioneros políticos de todas las razas son obligados a construir carreteras o a drenar pantanos a cambio de míseras raciones de alimentos, no son sino esclavitud, pura y dura. Lo máximo que puede alegarse es que la compraventa de esclavos no está aún permitida. En otros aspectos —la separación de las familias, por ejemplo—, las condiciones son hoy probablemente peores que las que existían en las plantaciones de algodón de Estados Unidos. Mientras subsista cualquier tipo de dominación totalitaria, no habrá motivo alguno para pensar que este estado de cosas cambiará. No comprendemos sus implicaciones porque, a nuestra manera mística, sentimos que un régimen fundado en la esclavitud forzosamente tiene que caer. Pero vale la pena comparar la duración de los estados esclavistas de la Antigüedad con la de cualquier Estado moderno. Algunas civilizaciones fundadas en la esclavitud subsistieron por períodos de hasta cuatro mil años.

Cuando pienso en la Antigüedad, el detalle que más me aterra es que de aquellos cientos de millones de esclavos sobre cuyas espaldas recayó el peso de la civilización, una generación tras otra, no exista la menor constancia. Ni siquiera conocemos sus nombres. En la larga historia griega y romana, ¿cuántos nombres de esclavos nos resultan conocidos? Por mi parte, apenas puedo recordar dos, tres a lo sumo. Recuerdo a Espartaco y a Epicteto. Y en la sala romana del Museo Británico hay una jarra de vidrio con el nombre del artesano escrito en la base: «Felix fecit». Tengo en la mente una imagen del pobre Félix (un galo pelirrojo con un collar metálico alrededor del cuello), pero quizá ni siquiera fuera un esclavo. Así pues, sólo hay dos esclavos cuyo nombre conozco con certeza, y probablemente muy poca gente recuerde más. Los demás han quedado sumidos en el más absoluto silencio.

5

La columna vertebral de la resistencia contra Franco fue la clase obrera española, especialmente los miembros de los sindicatos de las zonas urbanas. A la larga —y es importante recordar que sólo a la larga—, la clase obrera sigue siendo el más sólido enemigo del fascismo, simplemente porque es la que más gana con una reconstrucción social como es debido. Al contrario que otras clases o categorías, no puede ser sobornada permanentemente.

Decir lo anterior no implica idealizar a la clase obrera. En la larga lucha que ha seguido a la Revolución rusa, los que han sido derrotados han sido los trabajadores manuales, y resulta imposible no tener la sensación de que ese fracaso fue culpa suya. Época tras época, país tras país, el movimiento obrero organizado ha sido aplastado por medio de la violencia abierta e ilegal, y sus camaradas extranjeros, unidos a ellos por un teórico vínculo de solidaridad, simplemente se han limitado a quedarse de brazos cruzados. La realidad de fondo es que entre los trabajadores blancos y negros no existe solidaridad, ni siquiera de dientes para fuera; esa es la causa secreta de muchas traiciones. ¿Quién puede creer en la conciencia de clase del proletariado internacional después de los acontecimientos de los últimos diez años? Para la clase obrera británica, el asesinato de sus camaradas de Viena, Berlín, Madrid o cualquier otro sitio pareció ser menos interesante e importante que el partido de fútbol de la víspera. Con todo, sigue siendo un hecho que la clase obrera seguirá luchando contra el fascismo cuando todos los otros hayan sucumbido. Una particularidad de la conquista nazi de Francia fueron las pasmosas defecciones de miembros de la intelectualidad, incluidos algunos de izquierdas. Los intelectuales son quienes más alzan la voz contra el fascismo, pero una buena parte de ellos se abandonan al derrotismo en cuanto comienzan las dificultades. Son suficientemente lúcidos para percibir los riesgos que corren, y se dejan sobornar (porque es evidente que los nazis piensan que vale la pena sobornar a intelectuales). Con la clase obrera sucede lo contrario. Demasiado ignorante para descubrir cuál es la trampa en la que se la hace caer, fácilmente se traga las promesas del fascismo; a pesar de todo, sin embargo, tarde o temprano retoma la lucha. Está obligada a hacerlo porque siempre termina descubriendo por experiencia propia que las promesas del fascismo no pueden cumplirse. Para triunfar permanentemente sobre la clase obrera, los fascistas tendrían que elevar el nivel general de vida, una meta que son incapaces de alcanzar y que quizá tampoco ansíen conseguir. La lucha de la clase obrera se parece al crecimiento de una planta. La planta es ciega y carece de inteligencia, pero sabe que debe seguir alzándose hacia la luz, y seguirá buscándola por más obstáculos que encuentre. ¿Por qué luchan los obreros? Pues sencillamente por una vida mejor, que en la actualidad —y ellos están cada vez más al tanto de ello— es técnicamente posible. Su

conciencia acerca de este objetivo fluctúa, como la marea. Durante un tiempo, en España la gente actuaba conscientemente, moviéndose hacia una meta que deseaba alcanzar y que creía que podía alcanzar. Esto determinó en gran medida el peculiar optimismo que inundó la vida en la España republicana durante los primeros meses de la guerra. La gente común sabía muy bien que la República era su amiga y Franco, su enemigo. Sabían que estaban en lo correcto, porque luchaban por algo que el mundo les debía y estaba en condiciones de darles.

Hay que recordar lo anterior para ver la guerra de España en su auténtica dimensión. Cuando uno piensa en la crueldad, la miseria y la futilidad de la guerra —y en este caso particular en las intrigas, las persecuciones, las mentiras y los malos entendidos—, siempre tiene la tentación de decir: «Un bando es tan malo como el otro. Yo soy neutral». En la práctica, sin embargo, permanecer neutral es imposible, y difícilmente existe algo como una guerra en la que no importe quién gane. Por lo común, uno de los bandos apuesta más o menos por el progreso y el otro, más o menos por lo contrario. El odio que la República española suscitó en los millonarios, duques, cardenales, *playboys*, conservadores y no sé cuántos otros bastaría para mostrar cómo son las cosas en realidad. En esencia, se trataba de una guerra de clases. De haber triunfado, la causa de la gente común habría salido fortalecida en todas partes. Pero se perdió, y los que viven de sus rentas en el mundo entero se frotaron las manos. Ese fue el asunto de fondo, y el resto es mero parloteo.

6

El desenlace de la guerra de España se fraguó en Londres, París, Roma y Berlín; en ningún caso en España. A partir del verano de 1937, todos aquellos que tenían ojos para ver se dieron cuenta de que el gobierno no podía ganar la guerra a menos de que se produjera una profunda modificación en la escena internacional, y la decisión de Negrín y los suyos de continuar luchando hasta el final pudo haber estado influida en parte por la expectativa de que la guerra mundial, que efectivamente empezó en 1939, estuviera a punto de estallar en 1938. La tan publicitada desunión en el bando del gobierno no fue la causa principal de la derrota. Las milicias del gobierno se organizaron demasiado deprisa, estaban pésimamente armadas y carecían de imaginación desde el punto de vista militar, pero nada habría sido distinto de haber existido un consenso político absoluto desde el inicio. Cuando la guerra estalló, el obrero español medio no sabía ni siquiera cómo disparar un fusil (jamás había existido servicio militar obligatorio en España), y el tradicional pacifismo de la izquierda supuso un inconveniente enorme. Los miles de extranjeros que sirvieron en España constituían una buena infantería, pero entre ellos había muy pocos expertos de ninguna clase. La tesis trotskista de que se podría haber ganado la guerra si la revolución no hubiese sido saboteada era probablemente falsa. Nacionalizar fábricas, demoler iglesias y lanzar manifiestos revolucionarios no habrían vuelto más eficientes a los ejércitos. Los fascistas ganaron porque eran más fuertes; poseían armas modernas, y los otros no. Ninguna estrategia política podría haber contrarrestado algo así.

Lo más desconcertante de la guerra de España fue el comportamiento de las grandes potencias. En realidad, los alemanes e italianos, cuyos motivos para intervenir eran suficientemente obvios, ganaron la guerra para Franco. Las razones de Francia y de Gran Bretaña resultan más difíciles de entender. En 1936 todo el mundo tenía claro que si el gobierno británico ayudaba al español, así fuera con unos cuantos millones de libras en armas, Franco se vendría abajo y la estrategia alemana quedaría en gran medida invalidada. En aquella época no había que ser adivino para prever que la guerra entre Gran Bretaña y Alemania estaba próxima; se podía incluso predecir que daría comienzo en un período de uno o dos años. Y, sin embargo, la clase dirigente británica, del modo más malvado, cobarde e hipócrita, hizo todo lo posible para entregar España, sin más, a Franco y los nazis. ¿Por qué? Porque eran profascistas; esa es la respuesta obvia. Aun así, aunque sin duda lo eran, a la hora de la verdad decidieron plantarle cara a Alemania. Sus intenciones al respaldar a Franco siguen siendo inciertas; incluso es posible que no tuvieran ninguna estrategia clara. Determinar si la clase dirigente británica es malévola o meramente estúpida es una de las cuestiones más complejas de nuestro tiempo, si bien en determinados momentos

resulte de suma importancia. En cuanto a los rusos, sus motivos para participar en la guerra de España son absolutamente inescrutables. ¿Intervinieron, como creen los rojos menos radicales, en defensa de la democracia y en pro del fracaso de los nazis? Si es así, ¿por qué lo hicieron de un modo tan cicatero y, al final, dejaron a España en la estacada? ¿O intervinieron, como presumían los católicos, para fomentar la revolución en España? Entonces, ¿por qué hicieron todo lo que estuvo en sus manos para aplastar los movimientos revolucionarios españoles, defender la propiedad privada y entregar el poder a la clase media en vez de dárselo a la clase obrera? O bien, como han sugerido los trotskistas, ¿intervinieron con el único propósito de impedir una revolución en España? Si ese es el caso, ¿por qué no apoyaron a Franco? De hecho, cuanto hicieron se explica más fácilmente si uno asume que actuaban guiados por diversos motivos contradictorios. Creo que en el futuro llegaremos al convencimiento de que la política exterior de Stalin, en vez de ser tan diabólicamente lúcida como se presume, ha sido meramente oportunista y estúpida. En cualquier caso, sin embargo, la Guerra Civil española demostró que los nazis sabían lo que estaban haciendo y sus oponentes no. La guerra se libró a un nivel técnicamente muy bajo, y en general siguiendo una estrategia muy simple. El bando capaz de hacerse con armas estaba destinado a ganar. Los nazis y los italianos se las proporcionaron a sus amigos fascistas de España, mientras que las democracias occidentales y los rusos no hicieron lo mismo con aquellos que deberían haber sido sus amigos. Como resultado de todo ello, la República española sucumbió habiendo «ganado lo que a república alguna faltó».[*]

En cuanto a si fue correcto o no animar a los españoles a continuar la lucha aun a sabiendas de que era imposible ganarla, tal como sin duda hicieron los izquierdistas de todos los países, esa es una pregunta difícil de responder. Por mi parte, pienso que fue lo correcto, porque creo que luchar y perder es preferible, incluso desde el punto de vista de la supervivencia, que rendirse sin dar batalla. Los efectos de esa decisión en la gran estrategia de la lucha contra el fascismo no pueden determinarse todavía. Los andrajosos y mal armados ejércitos republicanos resistieron durante dos años y medio, un tiempo que sin duda superó las expectativas de sus enemigos. Ahora bien, si esa resistencia trastocó la agenda del fascismo o si, por el contrario, meramente pospuso la guerra a gran escala y dio a los nazis más tiempo para afinar su maquinaria bélica, es algo que aún resulta incierto.

7

Nunca pienso en la guerra de España sin que me vengan a la memoria dos recuerdos. Uno es de la sala del hospital de Lérida, y de las voces más bien tristes de los milicianos cantando una canción cuyo estribillo terminaba así:

Una resolución:
¡luchar hasta el fin![*]

Pues bien: en efecto, lucharon hasta el fin. Durante los últimos dieciocho meses de la guerra, los ejércitos republicanos debieron de estar combatiendo sin cigarrillos siquiera, y con muy poca comida. Ya para cuando dejé España, a mediados de 1937, la carne y el pan escaseaban, el tabaco era algo insólito y el café y el azúcar, prácticamente imposibles de conseguir.

El otro recuerdo es el del miliciano italiano que me estrechó la mano en la sala de guardia el día en que me incorporé a las milicias. Escribí acerca de este hombre en mi libro sobre la guerra de España,[*] y no quisiera repetir lo que ya he dicho allí. Cuando recuerdo —¡cuán vivamente!— su uniforme raído y su rostro fiero, conmovedor, inocente, los complejos asuntos que envuelven a la guerra parecen desvanecerse y veo con claridad que no existe la menor duda de quién estaba en lo correcto. A pesar de la política del poder y de las mentiras periodísticas, la cuestión central de la guerra fue el intento de este tipo de personas de acceder a una vida decente, en la que reconocían un derecho nato. Resulta difícil pensar sin amargura en el probable destino de ese hombre. Debía de ser trotskista, puesto que lo conocí en el cuartel Lenin, o bien anarquista, y en las peculiares circunstancias de nuestra época, cuando estas personas no son asesinadas por la Gestapo, lo son por la GPU. Eso, sin embargo, a la larga no modifica las cuestiones importantes. El rostro de aquel hombre, que miré solamente durante un par de minutos, se convirtió para mí desde entonces en una especie de recordatorio visual de lo que realmente importaba en la guerra. A mis ojos, ese hombre simboliza a la flor y nata de la clase obrera europea, acosada por la policía de todos los países, a la gente que abarrota las fosas comunes de los campos de batalla españoles o la que ahora se pudre por millones en los campos de trabajos forzados.

Cuando uno piensa en la gente que apoya o ha apoyado al fascismo, se queda sorprendido de su diversidad. ¡Vaya cuadrilla! ¡Imaginemos un programa que, de algún modo, pusiera durante un tiempo en el mismo barco a Hitler, Pétain, Montagu Norman, Pavelitch, William Randolph Hearst, Streicher, Buchman, Ezra Pound, Juan March, Cocteau, Thyssen, el padre Coughlin, el muftí de Jerusalén, Arnold Lunn,

Antonescu, Spengler, Beverley Nichols, *lady* Houston y Marinetti! Sin embargo, la clave es bastante simple: se trata, en todos los casos, de gente que tiene algo que perder, o que añora una sociedad jerárquica y teme la posibilidad misma de un mundo poblado de seres humanos libres e iguales. Tras toda la propaganda sobre la Rusia «atea» y el «materialismo» de la clase obrera yace el sencillo propósito de quienes tienen dinero o privilegios de aferrarse a ellos. Y lo mismo vale para todo ese discurso de la futilidad de una reconstrucción social que no vaya acompañada de un «cambio interior», por más que esa idea contenga un germen de verdad. A los piadosos, desde el Papa hasta los yoguis de California, les fascina esa idea del «cambio interior», mucho más tranquilizador desde su punto de vista que un cambio de sistema económico. Pétain atribuye la caída de Francia al «apego a los placeres» de la gente común. Es posible ver esta idea en su auténtica dimensión deteniéndose a pensar cuánto placer puede haber en la vida de un típico campesino u obrero francés en comparación con la del propio Pétain. ¡Hay que ver la impertinencia de estos políticos, sacerdotes, literatos y demás, que sermonean a los obreros socialistas a causa de su «materialismo»! Todo lo que estos trabajadores piden es lo que ellos considerarían el mínimo indispensable sin el cual es imposible vivir humanamente. Comida suficiente, una vida sin el temor acuciante del desempleo, la certeza de que los hijos tendrán oportunidades de prosperar, un baño una vez al día, ropa de cama limpia con una frecuencia razonable, un techo que no esté lleno de goteras y un horario de trabajo suficientemente acotado como para conservar un mínimo de energía al final de la jornada. Ni uno solo de esos que predican en contra del «materialismo» consideraría vivible una vida sin estas cosas. ¡Y qué fácil sería alcanzar ese mínimo si escogiéramos concentrarnos en ello durante sólo veinte años! Elevar el nivel de vida del mundo entero hasta el que tiene Gran Bretaña no supondría una empresa mayor que la guerra que acabamos de librar. No sostengo, y no sé de nadie que lo haga, que eso resolvería nada por sí solo; se trata simplemente de que la pobreza y el trabajo inhumano deben erradicarse antes de abordar los auténticos problemas de la humanidad. El mayor de estos últimos es el declive de la creencia en la inmortalidad personal, y no podrá afrontarse mientras el ser humano medio esté trabajando como una mula, o bien temblando de miedo ante la policía secreta. ¡Cuánta razón tiene la clase obrera en su «materialismo»! ¡Cuánta razón tienen al darse cuenta de que el estómago está antes que el alma, no en la escala de valores sino en el tiempo! En cuanto lo entendemos, el dilatado horror que hemos soportado se vuelve cuando menos inteligible. Todo aquello que podría hacernos vacilar —los cantos de sirena de un Pétain o de un Gandhi, el hecho ineludible de que, para pelear, uno debe degradarse, la equívoca postura moral de Gran Bretaña, con su palabrería democrática y su imperio de culíes, el siniestro derrotero seguido por la Rusia soviética, la miserable farsa de los políticos de izquierdas— se desvanece, y descubrimos entonces el despertar gradual de la gente común, su lucha contra los señores de la propiedad y los lameculos y mentirosos a sueldo. El asunto es

sencillo: ¿debe o no permitirse que la gente como aquel soldado italiano viva la vida decente, plenamente humana, que la técnica hace posible hoy? Personalmente creo, quizá sobre bases insuficientes, que el hombre común ganará esta batalla tarde o temprano, y quisiera que fuese más temprano que tarde: en algún momento dentro de los próximos cien años, pongamos por caso, y no dentro de diez mil. Eso era lo que estaba auténticamente en juego en la guerra de España y en la última guerra, y quizá lo esté también en otras guerras por venir.

Jamás volví a ver a aquel miliciano italiano ni averigüé nunca su nombre. Puede darse por seguro que falleció. Casi dos años después, cuando la guerra estaba ya claramente perdida, escribí estos versos en su memoria:

El soldado italiano me estrechó la mano
junto a la mesa del cuartel.
La mano fuerte y la mano sutil:
palmas que tan sólo pueden

toparse bajo el fragor de las armas.
¡Qué paz, sin embargo, conocí entonces,
mirando aquel rostro maltrecho
más puro que un rostro de mujer!

Las turbias frases que allí balbuceé
se volvieron sagradas en sus oídos:
sabía él desde la cuna cosas que, por mi parte,
remisamente aprendí, y en los libros.
Las aviesas armas contaron historias
que ambos creímos,
mi lingote, empero, resultó de oro,
¡ay, quién lo hubiera dicho!
¡Ventura para ti, soldado italiano!
Aunque los bravos no sepan de suerte.
¿Qué podría darte el mundo?
Sin duda menos de lo que le diste tú.

Entre sombras y fantasmas,
blancos y rojos,
entre mentiras y balas,
¿dónde esconderías la cabeza?

¿Dónde está Manuel González,
y dónde Pedro Aguilar
y Ramón Fenellosa? Sólo
las lombrices lo saben.

Antes incluso de que tus huesos se secaran
se olvidaban ya tus hazañas y tu nombre,
y la mentira que acabó contigo está enterrada
bajo otra mentira mayor.

No hay poder, sin embargo, que nos desherede
de aquello que vi en tu rostro un día,
ni bomba que haga añicos
tu espíritu de cristal.[*]

ENTREVISTA IMAGINARIA: GEORGE ORWELL Y JONATHAN SWIFT

BBC, Servicio Africano, 6 de noviembre de 1942

ORWELL: Mi edición de las obras de Swift salió de la imprenta en algún momento entre 1730 y 1740. Son doce pequeños volúmenes, con cubiertas de piel de ternero, un poco menos fina que la que se utiliza para las prendas de vestir. No es fácil leerlos. La tinta está borrosa y las eses largas son una molestia, pero me gustan más que cualquier otra edición moderna que haya visto. Cuando abro uno de estos libros, aspiro el olor del papel viejo y veo los grabados y las letras capitulares retorcidas, tengo la sensación de que puedo oír a Swift dirigiéndose a mí. Guardo un vivo recuerdo de él en la memoria, con sus pantalones hasta la rodilla, su sombrero de tres picos, la caja de tabaco y los anteojos de los que habla en *Los viajes de Gulliver*, aunque no recuerdo haber visto un retrato de él. Hay algo en su manera de escribir que parece indicarnos cómo era su voz. Por ejemplo, he aquí uno de sus «Pensamientos sobre diversos temas»: «Cuando un verdadero genio aparece en el mundo…».

SWIFT (*con desdén*): «Cuando un verdadero genio aparece en el mundo puedes reconocerlo por esta señal infalible: todos los borricos se confabulan contra él».

ORWELL: Así que usaba usted peluca, doctor Swift. Siempre me lo había preguntado.

SWIFT: Así que tiene usted la primera edición de mis obras completas.

ORWELL: Sí, las compré por cinco chelines en una subasta.

SWIFT: Quisiera advertirle sobre las ediciones modernas, incluso la de los *Viajes*. Los malditos editores deshonestos se han ensañado conmigo como con ningún otro escritor. Mi desgracia es que usualmente me han editado los clérigos, que me ven como una tragedia para su gremio. Han hecho chapuzas con mis textos desde mucho antes de que el doctor Bowdler naciera o siquiera pensara en hacerlo.

ORWELL: Ya ve, doctor Swift, los ha puesto en una situación difícil. Ellos saben que usted es nuestro gran prosista, aunque utilice palabras y aborde temas que no pueden aprobar. De cierta manera, yo tampoco lo apruebo a usted.

SWIFT: Me deja usted desolado, señor.

ORWELL: Creo que *Los viajes de Gulliver* ha significado más para mí que cualquier otro libro que se haya escrito. No recuerdo cuándo lo leí por primera vez, debía de tener ocho años como mucho, y desde entonces se ha quedado conmigo de tal manera que no pasa un año sin que vuelva a releerlo, o al menos una parte.

SWIFT: Me siento inmensamente gratificado.

ORWELL: Y, sin embargo, no puedo evitar pensar que ha cargado usted demasiado las tintas. Ha sido demasiado duro con la humanidad y con su propio país.

SWIFT: ¡Vaya!

ORWELL: Por ejemplo, he aquí un pasaje que he tenido siempre clavado en la memoria, e incluso un poco en la molleja. Pertenece al final del capítulo VI de *Los viajes de Gulliver*. Gulliver acaba de realizar ante el rey de Brobdingnag una larga descripción de la vida en Inglaterra. El rey lo escucha, y después lo levanta con la mano y le dice… Un momento, aquí tengo el libro, aunque quizá usted recuerde el pasaje.

SWIFT: Oh, sí. «De nada de lo que habéis dicho resulta que entre vosotros sea precisa perfección alguna para aspirar a ninguna posición; ni mucho que los hombres sean ennoblecidos en atención a sus virtudes (*sube el tono de voz*), ni que los sacerdotes asciendan por su piedad y sus estudios, ni los soldados por su comportamiento y su valor, ni los jueces por su integridad, ni los senadores por el amor a su patria, ni los consejeros por su sabiduría… (*Ya más tranquilo*). Pero, por lo que he podido colegir de vuestro relato y de las respuestas que con gran esfuerzo os he arrancado y sacado, no puedo más que deducir que el conjunto de vuestros semejantes es la raza de odiosas alimañas más perniciosa que la naturaleza (*crescendo*) haya permitido nunca que se arrastraran por la superficie de la Tierra».

ORWELL: Puedo aceptar «perniciosa», «odiosas» y «alimañas», doctor Swift, pero me detendría a pensar en el «más». «La más perniciosa». ¿De verdad estamos en esta isla peor que en el resto del mundo?

SWIFT: No. Pero les conozco mejor de lo que conozco al resto del mundo. Cuando lo escribí fue basándome en el principio de que, si existía un animal inferior a ustedes, yo sería incapaz de imaginarlo.

ORWELL: Eso fue hace doscientos años. Seguramente admitirá que hemos hecho algunos progresos desde entonces.

SWIFT: Progreso en cantidad, sí. Los edificios son más altos y los vehículos, más veloces. Los seres humanos son más numerosos y cometen una mayor cantidad de estupideces. Una guerra mata a millones cuando anteriormente mataba a miles. Y

en cuanto a los grandes hombres, como usted insiste en llamarlos, debo admitir que su época supera a la mía. Antes un tiranillo alcanzaba el punto más alto de su fama si destruía una provincia o robaba media docena de pueblos (*con un placer irónico*), mientras que hoy sus grandes hombres pueden devastar continentes enteros y condenar a la esclavitud a un pueblo entero de hombres.

ORWELL: A eso iba. Una cosa que me siento inclinado a decir en favor de mi país es que ni producimos grandes hombres ni nos gusta la guerra. Después de la época de usted, apareció algo llamado «totalitarismo».

SWIFT: ¿Es nuevo?

ORWELL: No es estrictamente nuevo, pero se practica con armas modernas y modernos métodos de comunicación. Hobbes y otros escritores del siglo xvii lo predijeron. Usted mismo, con una previsión extraordinaria, escribió sobre esto. Hay pasajes en la tercera parte de *Los viajes de Gulliver* que me dejan la impresión de estar leyendo un relato del juicio por el incendio del Reichstag. Estoy pensando en un pasaje específico de la cuarta parte en que el Houyhnhnm, que es el amo de Gulliver, le habla sobre los hábitos y las costumbres de los yahoos. Parece que cada tribu de yahoos tenía un dictador, o Führer, y que a este dictador le gustaba rodearse de hombres-sí. El Houyhnhnm dice:

SWIFT (*tranquilo*): «Había oído que existía una clase de yahoo que mandaba, que era siempre el que tenía el cuerpo más deformado, y tenía una disposición más maliciosa que los demás. Que ese líder tenía usualmente un (*con ternura*) favorito, tan parecido a él como fuera posible, cuyo empleo era lamer los pies de su amo y (*acaramelado*) llevar a las hembras yahoo a su perrera, por lo que era recompensado, una y otra vez, con una carnosa pieza de nalga. Este favorito era odiado por toda la manada y, para protegerse, se mantenía siempre cerca de su líder. Normalmente continuaba en el cargo hasta que llegaba uno peor; y en el preciso momento en que era depuesto, su sucesor, a la cabeza de los yahoos de ese distrito, jóvenes y viejos, hembras y varones, llegaban y…».

ORWELL: Deberíamos evitar esa parte.

SWIFT: Gracias, doctor Bowdler.

ORWELL: Recuerdo ese pasaje cada vez que pienso en Goebbels o en Ribbentrop, o incluso en *monsieur* Laval. Mirando el mundo en general, ¿cree usted que el hombre sigue siendo un yahoo?

SWIFT: En mi camino hasta aquí he observado con atención a los londinenses, y le aseguro que no he encontrado muchas diferencias. Me he visto rodeado por las mismas caras horribles, por los mismos cuerpos amorfos cubiertos con las mismas prendas mal ajustadas que había hace doscientos años.

ORWELL: Pero, aunque la gente no haya cambiado, ¿no ha notado cambios en la ciudad?

SWIFT: Desde luego, ha crecido prodigiosamente. Muchos de los verdes parques donde Pope y yo solíamos pasear después de la cena en las tardes de verano, son ahora madrigueras de ladrillo y hormigón, para las perreras de los yahoo.

ORWELL: Pero la ciudad es ahora mucho más segura, más ordenada de lo que era en su época. Hoy uno puede caminar sin la zozobra de llevarse un tajo en la garganta, incluso por la noche. Debe usted admitir que ha habido una mejora, aunque dudo que eso suceda. Además, es una ciudad más limpia. En su época todavía había leprosos en Londres, por no mencionar la peste negra. Ahora nos bañamos con frecuencia, y las mujeres no se dejan el cabello intacto durante un mes y llevan pequeñas agujas de plata para rascarse la cabeza. ¿Recuerda un poema suyo titulado «Descripción del guardarropa de una dama»?

SWIFT:

Strephon, que encontró la habitación vacía
y a Betty ocupada en otro asunto,
robó y efectuó un estricto estudio
de toda la basura que allí había,
de manera que, para dejarlo todo claro,
he aquí un inventario.

ORWELL: Desafortunadamente, no creo que el inventario venga al caso en esta transmisión.

SWIFT: ¡Pobre doctor Bowdler!

ORWELL: Pero la cuestión es: ¿firmaría usted hoy este poema? Dígamelo con toda franqueza, ¿apestamos igual que antes?

SWIFT: Ciertamente los olores son distintos. Hay uno nuevo que he distinguido mientras recorría las calles (*olisquea*).

ORWELL: Se llama petróleo. Pero ¿no encuentra que, en general, la gente es más inteligente o, cuando menos, más educada? Y ¿qué me dice de los periódicos y de la radio? ¿No le parece que han abierto un poco la mentalidad de la gente? Ahora hay muy poca en Inglaterra que no sepa leer, por ejemplo.

SWIFT: Por eso es tan fácil engañarlos. (*Sube la voz*) Hace doscientos años sus ancestros estaban llenos de supersticiones bárbaras, pero no eran tan ingenuos como para creerse (*se pone amable*) las noticias de sus periódicos. Como por lo visto usted conoce mi obra, quizá recuerde otra cosita que escribí, un «Ensayo

sobre la conversación ingeniosa y gentil».

ORWELL: Por supuesto, lo recuerdo bien. Es la descripción de unas damas elegantes y de caballeros que conversan; una horrenda profusión de tonterías que van y vienen sin parar durante seis horas.

SWIFT: En mi camino hasta aquí me encontré con algunos clubes de moda, y con cafeterías de barrio, y escuché las conversaciones. Casi llegué a creer que estaban haciendo una parodia de mi pequeño ensayo. Lo único que ha cambiado es la lengua inglesa, que ha perdido algo de naturalidad.

ORWELL: ¿Y qué me dice sobre los avances científicos y tecnológicos de los últimos doscientos años, como el tren, los automóviles, los aeroplanos y demás? ¿No ha quedado usted impresionado?

SWIFT: En mi camino hasta aquí pasé por la calle Cheapside. Casi ha dejado de existir. Alrededor de San Pablo no hay más que ruinas. Casi han hecho desaparecer el templo, y de la pequeña iglesia sólo queda la carcasa. Estoy hablando sólo de los sitios que conozco, pero tengo la impresión de que pasa lo mismo en toda la ciudad. Eso es lo que sus máquinas han hecho por ustedes.

ORWELL: Me hago cargo de lo peor de sus argumentos, doctor Swift, pero hay algo profundamente erróneo en su punto de vista. ¿Recuerda lo que dijo el rey de Brobdingnag cuando Gulliver le describió la pólvora y los cañones?

SWIFT: «El rey quedó horrorizado con la descripción que hice de esas máquinas terribles y con la propuesta que había planteado. Estaba asombrado; qué impotente y rastrero insecto era yo (así lo dijo) para entretenerme con esas ideas inhumanas y mantenerme inconmovible ante esas escenas de sangre y desolación que me eran tan familiares, y que había descrito para ilustrar los efectos de esas máquinas destructivas, de las que —dijo— algún genio diabólico, enemigo del género humano, tenía que haber sido el inventor. Por lo que a él mismo se refería, aseguró que, aun cuando pocas cosas le satisfacían tanto como los nuevos descubrimientos en las artes o en la naturaleza, prefería perder la mitad de su reino antes que estar al tanto de este secreto, que me ordenaba, si apreciaba en algo mi vida, no volver a mencionar nunca».

ORWELL: Supongo que el rey podría haber hablado con más encono sobre los tanques o el gas mostaza. Pero no puedo evitar sentir que su actitud, y la de usted, demuestran cierta falta de curiosidad. Quizá lo más brillante que ha escrito usted sea la descripción de la academia científica, en la tercera parte de *Los viajes de Gulliver*. Aunque, después de todo, estaba usted equivocado. Pensaba que todo el proceso de la investigación científica era absurdo, porque no podía creer que de ahí surgiera algún resultado tangible. Pero después de todo hubo resultados. La civilización de las máquinas modernas está ahí, para bien o para mal. Y la persona

más pobre de hoy está mejor, en lo referente a las comodidades físicas, de lo que podía estarlo un noble en tiempos de los sajones, o incluso en los de la reina Ana.

SWIFT: ¿Y todo esto añade verdadera sabiduría o verdadero refinamiento? Permítame recordarle otra de las cosas que he dicho: «Los grandes inventos han tenido lugar en tiempos de ignorancia, como el uso del compás, la pólvora y la imprenta, y en las naciones más aburridas, como Alemania».

ORWELL: Ahora veo en lo que podemos coincidir, doctor Swift. Creo que la sociedad, y por tanto la naturaleza humana, pueden cambiar. Usted no. ¿Sigue pensando esto después de la Revolución francesa y de la Revolución rusa?

SWIFT: Usted conoce a la perfección mi última palabra. La escribí en la última página de *Los viajes de Gulliver*, pero voy a repetírsela: «Mi reconciliación con la especie yahoo en general no sería tan difícil si ellos se contentaran sólo con los vicios y las insensateces que la naturaleza les ha otorgado. No me causa el más pequeño enojo la vista de un abogado, un ratero, un coronel, un necio, un lord, un tahúr, un político, un médico, un delator, un cohechador, un procurador, un traidor y otros parecidos; todos están en el curso natural de las cosas. Pero cuando contemplo una masa informe de fealdades y enfermedades, así del cuerpo como del espíritu, forjada a golpes de orgullo, ello excede los límites de mi paciencia, y jamás comprenderé como tal animal…» (*la voz se desvanece*).

ORWELL: Ah, ¡se está desvaneciendo! ¡Doctor Swift! ¡Doctor Swift! ¿Es esa su última palabra?

SWIFT (*con una voz ligeramente más potente que finalmente se desvanece*): Jamás comprenderé cómo tal animal y tal vicio pueden ajustarse. Y ruego a los que tengan una pizca de este vicio que procuren no acercarse a mí.

ORWELL: Se ha ido. No he logrado convencerlo de casi nada. Fue un gran hombre, aunque estuviera parcialmente ciego. Era capaz de ver una sola cosa a la vez. Su perspectiva de la sociedad es muy penetrante, aunque es falsa si se analiza a fondo. No podía ver lo que ve una persona normal. Que vale la pena vivir la vida y que los seres humanos, aunque sean ridículos y sucios, son decentes en su mayoría. Sin embargo, si hubiera podido ver esto no habría escrito *Los viajes de Gulliver*. Bueno, dejémoslo descansar en paz en Dublín, donde, según reza su epitafio: «La indignación salvaje ya no puede lacerar su corazón».

SWIFT: *Ubi saeva indignatio ulterius cor lacerare nequit.*

1943

FALTA DE DINERO: UNA SEMBLANZA DE GEORGE GISSING

Tribune, 2 de abril de 1943

Todos los libros que merecen ser leídos «delatan» su época, y George Gissing, tal vez el mejor novelista que haya dado Inglaterra, está ligado más estrechamente que la mayoría de los escritores a un tiempo y un lugar particulares. El suyo es el mundo gris del Londres de la década de 1880, con sus lámparas de gas titilando en la niebla sempiterna, sus raídos gabanes y bombines, su melancolía dominical atemperada con alcohol, sus insoportables «apartamentos amueblados» y, por encima de todo, la lucha desesperada contra la pobreza de una clase media que era pobre, principalmente, porque se había mantenido «respetable». Es difícil pensar en Gissing sin hacerlo en un cabriolé. Pero hizo mucho más que preservar una atmósfera que, a fin de cuentas, también se encuentra en las primeras novelas de Sherlock Holmes, y es como novelista como será recordado, más incluso que como intérprete de la visión de la vida que tenía la clase media.

Cuando sugiero que Gissing es el mejor novelista que ha dado Inglaterra no lo digo frívolamente. Es evidente que Dickens, Fielding y otra docena de autores lo superan en talento natural, pero Gissing es un novelista «puro», algo que han sido pocos escritores ingleses de talento. No sólo tiene un genuino interés por los personajes y por relatar una historia, sino que cuenta con la gran ventaja de no sentir ninguna tentación por la parodia. Casi todos los novelistas ingleses característicos, desde Smollett hasta Joyce, tienen la debilidad de querer ser «como la vida misma» y, al mismo tiempo, querer arrancar unas risas siempre que sea posible. Pocos novelistas ingleses se mueven todo el tiempo en el mismo nivel de verosimilitud. Gissing solventa este problema sin aparente dificultad, y puede que su pesimismo nato le fuera de ayuda. Pues, aunque ciertamente no le faltaba sentido del humor, sí que carecía de un ánimo alegre, de ese instinto para las bufonadas que hacía que Dickens, por ejemplo, fuera tan incapaz de desaprovechar la oportunidad de hacer un chiste como lo es alguna gente de pasar de largo ante un *pub*. Y es un hecho que *Mujeres sin pareja*, por citar sólo una, es más «como la vida misma» que las novelas de escritores más importantes pero menos meticulosos.

En la actualidad, el libro más conocido de Gissing probablemente sea *The Private Papers of Henry Ryecroft*, escrito hacia el final de su vida, cuando lo peor de sus luchas contra la pobreza ya había quedado atrás. Pero sus auténticas obras maestras son tres novelas, *Mujeres sin pareja*, *Demos* y *La nueva Grub Street*, y su libro sobre

Dickens. En un artículo de esta extensión no puedo siquiera resumir los argumentos de las novelas, pero su tema central puede expresarse en tres palabras: «falta de dinero». Gissing es el cronista de la pobreza, no de la pobreza de la clase obrera (desprecia y puede que incluso odie a la clase obrera), sino de la pobreza cruel, miserable y «respetable» de los oficinistas que pasan hambre, las institutrices esclavizadas, los comerciantes arruinados. Creía, y tal vez no se equivocaba, que la pobreza generaba más sufrimiento en la clase media que en la clase obrera. *Mujeres sin pareja*, su novela más perfecta y quizá la más deprimente, relata los destinos de unas solteras de clase media lanzadas al mundo sin dinero ni formación profesional. *La nueva Grub Street* cuenta los horrores del periodismo por libre, aún peores que hoy en día. En *Demos* el tema del dinero aparece de un modo algo diferente. Es la historia de la corrupción moral e intelectual de un socialista de clase obrera que hereda una fortuna. Pese a escribir en la década de 1880, Gissing muestra una gran clarividencia, y también un conocimiento bastante sorprendente de los mecanismos internos del movimiento socialista. Pero el motivo del «pobre pero digno» está presente en el personaje de la heroína, empujada a un matrimonio detestable por unos padres de clase media reducidos a la pobreza. Algunas de las condiciones sociales que describe Gissing han desaparecido, pero la atmósfera general de sus libros sigue siendo terriblemente reconocible, tanto que algunas veces he pensado que ningún escritor profesional debería leer *La nueva Grub Street* ni ninguna soltera, *Mujeres sin pareja*.

Lo que resulta interesante es que, pese a su capacidad de penetración, Gissing no tenga ninguna tendencia revolucionaria. Es abiertamente antisocialista y antidemócrata. Aun comprendiendo mejor que prácticamente ningún otro los horrores de una sociedad gobernada por el dinero, tiene pocos deseos de cambiarla, porque no cree que el cambio supusiera en realidad ninguna diferencia. El único objetivo que merece la pena, en su opinión, es una huida puramente individual de la miseria de la pobreza, y luego llevar una vida civilizada y acorde al buen gusto. No es un esnob, no desea lujos o grandes riquezas, es consciente de la falsedad de la aristocracia y desprecia por encima de todas las cosas al hombre de negocios ambicioso y hecho a sí mismo; pero sí que anhela una vida apacible y dedicada al estudio, el tipo de vida que no puede vivirse por menos de unas cuatrocientas libras al año. Respecto a los miembros de la clase obrera, los considera unos salvajes, y así lo dice con enorme franqueza. Por equivocado que estuviera en su postura, no se puede decir que hablara desde la ignorancia, ya que él mismo provenía de una familia muy pobre, y las circunstancias lo obligaron a vivir gran parte de su vida entre los más pobres de la clase obrera. Sus actitudes son dignas de estudio, aun hoy en día. Aquí tenemos a un hombre humano e inteligente, de gustos eruditos, obligado a un contacto estrechísimo con los pobres de Londres, y su conclusión fue simplemente esta: que eran unos salvajes a los que no debía concederse poder político bajo ningún concepto. Es una variante más excusable de la actitud habitual del hombre de clase media-baja, que

está lo bastante cerca de la clase obrera como para temerla. Por encima de todo, Gissing comprendió que las clases medias sufren más a causa de la precariedad económica que la clase obrera, y que están más dispuestas a tomar medidas contra ellas. Ignorar este hecho ha sido uno de los mayores resbalones de la izquierda, y de este novelista sensible, que amaba las tragedias griegas, odiaba la política y empezó a escribir mucho antes de que naciera Hitler, podemos aprender algunas cosas sobre los orígenes del fascismo.

LA LITERATURA Y LA IZQUIERDA

Tribune, 4 de junio de 1943

«Cuando aparece en el mundo un auténtico genio, lo reconoceréis por esta señal infalible: todos los necios se conjuran contra él». Así lo afirmó Jonathan Swift, doscientos años antes de la publicación de *Ulises*.

Si consultamos cualquier manual deportivo o cualquier anuario, encontraremos muchas páginas dedicadas a la caza del zorro y de la liebre, pero ni una sola palabra sobre la caza del intelectual. Y, sin embargo, este es, más que ningún otro, el deporte británico característico; la temporada dura todo el año y disfrutan de él los ricos y los pobres por igual, sin complicaciones por lo que respecta al sentimiento de clases ni a la ideología política.

Y es que cabe destacar que, en esta actitud hacia los «intelectuales» —esto es, hacia todo escritor o artista que experimente con la técnica—, la izquierda no es menos hostil que la derecha. No es sólo que el *Daily Worker* emplee «intelectual» como un insulto, en el sentido de «intelectualoide», casi tanto como lo hace la revista *Punch*, sino que son exactamente aquellos escritores que muestran originalidad y capacidad de perdurar en los que se centran los ataques de los doctrinarios marxistas. Podría enumerar una larga lista de ejemplos, pero estoy pensando especialmente en Joyce, Yeats, Lawrence y Eliot. A Eliot, en particular, la prensa de izquierdas lo machaca de un modo tan automático y rutinario como a Kipling, y esto por parte de críticos que hace apenas unos años caían extasiados ante las obras maestras, ya olvidadas, del Left Book Club.

Si le preguntamos a un «buen hombre de partido» (y esto sirve para casi todos los partidos de izquierdas) qué objeciones tiene contra Eliot, la respuesta que obtenemos se reduce en último término a lo siguiente: Eliot es un reaccionario (se ha declarado monárquico, anglocatólico, etcétera) y, además, es un «intelectual burgués» que ha perdido el contacto con el hombre común; por tanto, es un mal escritor. Esta afirmación contiene una confusión de ideas más o menos consciente que pervierte prácticamente toda la crítica político-literaria.

Que no nos guste la tendencia política de un escritor es una cosa, y que no nos guste porque nos obliga a pensar es otra, no necesariamente incompatible con la primera. Pero tan pronto como empezamos a hablar de «buenos» y «malos» escritores, estamos apelando tácitamente a la tradición literaria y, por consiguiente, trayendo a colación un conjunto de valores totalmente diferentes. Porque ¿qué es un «buen» escritor? ¿Era «bueno» Shakespeare? La mayoría de la gente estaría de acuerdo en que lo era. Sin embargo, Shakespeare es —tal vez incluso para los

patrones de su época— un autor de tendencia reaccionaria, y también un escritor difícil, dudosamente accesible para el hombre común. ¿Dónde queda entonces eso de descalificar a Eliot por ser, por así decirlo, un monárquico anglocatólico aficionado a las citas latinas?

La crítica literaria de izquierdas no ha errado al insistir en la importancia del meollo de la cuestión. Puede que no haya errado siquiera, teniendo en cuenta la época en que vivimos, al exigir que la literatura sea por encima de todo propaganda. Donde ha errado ha sido al emitir lo que son juicios manifiestamente literarios con fines políticos. Por poner un ejemplo palmario, ¿qué comunista se atrevería a reconocer en público que Trotski es mejor escritor que Stalin, como por supuesto es? Afirmar que «X es un escritor de talento, pero es un enemigo político y tengo que hacer todo lo que esté en mi mano por silenciarlo» es bastante inofensivo. Incluso si acabamos silenciándolo con fusiles Thompson, no estamos pecando, en realidad, contra el intelecto. El pecado mortal consiste en decir que «X es un enemigo político; por tanto, es un mal escritor». Y si hay alguien que diga que estas cosas no ocurren, mi respuesta es, sencillamente, que busque en las páginas literarias de la prensa de izquierdas, desde el *News Chronicle* hasta el *Labour Monthly*, y a ver qué encuentra.

Es imposible saber cuánto ha perdido el movimiento socialista mostrando su aversión por la *intelligentsia* literaria. Pero lo ha hecho, en parte confundiendo los panfletos con la literatura y, en parte, porque no hay espacio en él para la cultura humanista. Un escritor puede votar a los laboristas tan fácilmente como cualquier otro, pero lo tiene muy difícil para formar parte del movimiento socialista como escritor. Tanto al doctrinario educado en los libros como al político práctico lo tachan de «intelectual burgués», y no pierden la oportunidad de hacérselo saber. Tienen hacia su trabajo una actitud muy parecida a la que mostraría un corredor de bolsa aficionado al golf. La incultura de los políticos es un rasgo particular de nuestra época —como dice G. M. Trevelyan, «en el siglo XVII, los parlamentarios citaban la Biblia; en los siglos XVIII y XIX, los clásicos, y en el XX, nada»—, y su corolario es la impotencia literaria de los escritores. En los años posteriores a la última guerra, los mejores autores ingleses eran de tendencia reaccionaria, si bien la mayoría no participaban de forma directa en la política. Tras ellos, alrededor de 1930, llegó una generación de escritores que se esforzaron muchísimo por ser útiles de forma activa en el movimiento de izquierdas. Muchos de ellos se afiliaron al Partido Comunista, y allí tuvieron exactamente la misma acogida que habrían tenido en el Partido Conservador. Es decir, primero los trataron con paternalismo y recelo, y luego, al descubrir que los escritores no querían o no podían convertirse en discos de gramófono, los expulsaron. La mayoría se refugiaron en el individualismo. No cabe duda de que siguen votando a los laboristas, pero el movimiento ha desperdiciado su talento, y, lo que es peor, tras ellos llega una nueva generación de escritores que, sin ser estrictamente apolíticos, están ya de entrada fuera del movimiento socialista. De entre los jovencísimos escritores que inician ahora su carrera, los más dotados son

pacifistas y unos pocos puede que tengan incluso una inclinación hacia el fascismo, pero no hay prácticamente ninguno para el que la mística del movimiento socialista parezca significar algo. La lucha de diez años contra el fascismo no tiene sentido ni interés para ellos, y así lo afirman abiertamente. Podríamos explicarlo de diversas maneras, pero es probable que la actitud desdeñosa de la izquierda hacia los «intelectuales burgueses» sea parte del motivo.

Gilbert Murray explica en alguna parte que en una ocasión pronunció una conferencia sobre Shakespeare en un círculo de debate socialista. Al terminar pidió, como es habitual, si había alguna pregunta, y la única que le hicieron fue: «¿Shakespeare era capitalista?». Lo deprimente de esta historia es que bien pudiera ser cierta. Pensemos en sus implicaciones y tal vez vislumbremos los motivos por los que Céline escribió *Mea culpa* y Auden se está mirando el ombligo en Estados Unidos.

¿PUEDEN SER FELICES LOS SOCIALISTAS?

Tribune, 24 de diciembre de 1943

Cuando pensamos en la Navidad, lo hacemos casi automáticamente en Dickens, y por dos buenas razones. Para empezar, es uno de los pocos escritores ingleses que ha escrito realmente sobre ella. La Navidad es la festividad inglesa más popular, pero aun así, sorprendentemente, ha generado muy poca literatura. Están los villancicos, de origen medieval en su mayor parte; está ese puñado de poemas escritos por Robert Bridges, T. S. Eliot y algunos otros, y está Dickens; pero poco más. En segundo lugar, Dickens destaca entre los escritores modernos —sin duda es prácticamente único— por su capacidad para ofrecer un retrato convincente de la felicidad.

Dickens abordó con éxito el tema de la Navidad dos veces, en un conocido capítulo de *Los papeles póstumos del Club Pickwick* y en *Canción de Navidad*. Esta última obra se la leyeron a Lenin en su lecho de muerte y, según su esposa, su «sentimentalismo burgués» le pareció completamente insoportable. En cierto modo Lenin tenía razón, pero si hubiese estado en mejores condiciones de salud tal vez se habría dado cuenta de que la historia tiene ciertas implicaciones sociológicas interesantes. Para empezar, por mucho que Dickens recargue las tintas, por repelente que sea el patetismo del pequeño Tim, la familia Cratchit ciertamente da la impresión de pasárselo bien. Parecen felices, mientras que, por ejemplo, los ciudadanos de *Noticias de ninguna parte*, de William Morris, no lo parecen. Además —y la comprensión que tenía Dickens de esto es uno de los secretos de su poder—, esa felicidad radica principalmente en el contraste; están contentos porque, por una vez, en cierto modo tienen lo bastante para comer. El lobo está en la puerta, pero meneando la cola. Los vapores del pudin de Navidad flotan sobre un trasfondo de casas de empeño y trabajo mal pagado, y el fantasma del señor Scrooge está, en un doble sentido, junto a la mesa. Bob Cratchit quiere incluso beber a la salud de Scrooge, a lo que la señora Cratchit se niega con razón. Los Cratchit son capaces de disfrutar de la Navidad precisamente porque acontece sólo una vez al año. Su felicidad es convincente porque se la representa como una felicidad incompleta.

Todos los esfuerzos para representar una felicidad permanente, por el contrario, han fracasado, desde los principios de la historia en adelante. Las utopías (la palabra «utopía», por cierto, no significa «un buen lugar», sino simplemente «un lugar que no existe») han sido frecuentes en la literatura de los últimos trescientos o cuatrocientos años, pero las «favorables» son invariablemente poco atractivas, y acostumbran además a carecer de vitalidad.

Las utopías modernas más conocidas son, de lejos, las de H. G. Wells. Su visión

del futuro, implícita a lo largo de sus primeras obras y expuesta en parte en *Anticipations* y en *Una utopía moderna*, alcanza su máxima expresión en dos libros escritos a principios de los años veinte, *El sueño* y *Hombres como dioses*. Aquí tenemos un retrato del mundo como a Wells le gustaría verlo, o como cree que le gustaría verlo. Es un mundo basado en el hedonismo ilustrado y la curiosidad científica. Todos los males y miserias que sufrimos hoy en día se han esfumado. La ignorancia, la guerra, la pobreza, la suciedad, la enfermedad, la frustración, el hambre, el miedo, el exceso de trabajo, la superstición…, todos se han desvanecido. Así expuesto, no se puede negar que es el tipo de mundo que todos esperamos. Todos queremos abolir las cosas que Wells quiere abolir. Pero ¿hay alguien que de verdad quiera vivir en una utopía wellsiana? Por el contrario, no vivir en un mundo como ese, no despertarse en una zona residencial higiénica, ajardinada y plagada de institutrices desnudas, se ha convertido de hecho en un propósito político consciente. Un libro como *Un mundo feliz* es la expresión del miedo real que siente el hombre moderno frente a la sociedad hedonista y racionalizada que está en su mano crear. Un escritor católico dijo hace poco que las utopías eran ahora técnicamente factibles y que, por consiguiente, cómo evitar la utopía se había convertido en un serio problema. Con el movimiento fascista delante de nuestros ojos, no podemos descartarlo como si fuera un simple comentario estúpido, ya que una de las fuentes del movimiento es el deseo de evitar un mundo demasiado racional y demasiado cómodo.

Todas las utopías «favorables» parecen coincidir en postular la perfección al tiempo que son incapaces de transmitir felicidad. *Noticias de ninguna parte* es una especie de versión mojigata de la utopía wellsiana. Todo el mundo es bondadoso y razonable, toda la tapicería es de Liberty,[*] pero la sensación que nos deja es la de una especie de melancolía desvaída. El reciente esfuerzo de lord Samuel en esta misma dirección, *An Unknown Country*, es aún más deprimente. Da la impresión de que los habitantes de Bensalem (nombre tomado de Francis Bacon) ven la vida simplemente como un mal por el que hay que pasar con el menor jaleo posible. Lo único que les ha reportado su sabiduría es un desánimo permanente. Pero sorprende aún más que Jonathan Swift, uno de los escritores más imaginativos que haya existido nunca, no salga mejor parado que los otros a la hora de forjar una utopía «favorable».

Las primeras partes de *Los viajes de Gulliver* son probablemente el ataque más devastador contra la sociedad humana que jamás se haya escrito. Cada una de sus palabras tiene relevancia hoy en día; algunos pasajes contienen profecías bastante detalladas de los horrores políticos de nuestro tiempo. Donde falla Swift, sin embargo, es al tratar de describir una raza de seres a los que sí admire. En la última parte, en contraste con los despreciables yahoos, se nos presenta a los houyhnhnms, una noble raza de caballos inteligentes exentos de defectos humanos. Pero esos caballos, pese a su carácter elevado y su intachable sentido común, son unas criaturas

notablemente aburridas. Como a los habitantes de otras utopías, lo que más les preocupa es evitar el jaleo. Llevan vidas rutinarias, apagadas, «razonables», exentas no sólo de peleas, desorden o inseguridad de cualquier tipo, sino también de «pasión», incluido el amor físico. Escogen a sus parejas en función de principios eugénicos, evitan los excesos de afecto y parecen algo contentos de morir cuando les llega la hora. En partes anteriores del libro, Swift nos había mostrado adónde llevaban al hombre su locura y vileza, y al parecer lo único que nos queda es una existencia insípida, apenas digna de ser vivida.

Los esfuerzos por describir una felicidad decididamente celestial no han tenido más éxito. El cielo es un fiasco tan grande como la utopía, si bien llama la atención que el infierno ocupe un lugar muy respetable en la literatura, y que a menudo haya sido descrito de una forma de lo más minuciosa y convincente.

Es un tópico que el cielo cristiano, tal como se acostumbra a representar, no atraería a nadie. Casi todos los escritores cristianos que abordan el tema del cielo afirman directamente que es indescriptible o evocan una imagen difusa de oro, piedras preciosas y cánticos sin fin. Esto ha inspirado, es verdad, algunos de los mejores poemas del mundo:

> *Tus muros son de calcedonia,*
> *Tus baluartes bloques de diamante,*
> *Tus puertas todas de perla de Oriente,*
> *¡No se vio riqueza igual!*[*]

O:

> *Señor, Señor, Señor, todos los santos Te adoran,*
> *Inclinan sus coronas doradas por todo el mar cristalino,*
> *Los querubines y serafines se postran a Tus pies,*
> *¡El que fue, es y por siempre será!*[*]

Pero lo que no consiguió fue describir un lugar o estado en el que el común de los humanos quisieran seriamente estar. Muchos pastores evangelistas y sacerdotes jesuitas (véase, por ejemplo, el formidable sermón del *Retrato del artista adolescente* de James Joyce) han aterrorizado a sus congregaciones hasta helarles la sangre con sus vívidas descripciones del infierno. Pero, en cuanto llega el turno del cielo, se recurre de inmediato a palabras como «éxtasis» o «dicha» sin esforzarse demasiado en decir en qué consisten. Tal vez el fragmento más decisivo al respecto sea ese célebre pasaje de Tertuliano en el que explica que uno de los placeres del cielo es contemplar las torturas de los condenados.

Las versiones paganas del paraíso no son mucho mejores. Uno tiene la sensación de que en los Campos Elíseos siempre está atardeciendo. El Olimpo, donde vivían los

dioses, con su néctar y su ambrosía, sus ninfas y Hebe —las «furcias inmortales», como las llamó D. H. Lawrence—, puede que resulte un poco más acogedor que el cielo cristiano, pero tampoco querríamos pasar mucho tiempo allí. Y en cuanto al paraíso musulmán, con sus setenta y siete huríes por cada hombre —todas ellas, es de suponer, exigiendo atención al mismo tiempo—, es sencillamente una pesadilla. Y tampoco los espiritualistas, pese a asegurarnos sin cesar que «todo es hermoso y brillante», son capaces de describir ninguna actividad en el más allá que una persona racional considere soportable, no hablemos ya de que le resulte atractiva.

Lo mismo ocurre con los intentos de descripción de la felicidad perfecta que no son utópicos ni celestiales, sino meramente sensuales. Dan siempre una impresión de vacío o de vulgaridad, o de ambas cosas. Al comienzo de *La doncella de Orleans*, Voltaire describe la vida de Carlos VII con su amante, Agnès Sorel. Eran «siempre felices», afirma. ¿Y en qué consistía su felicidad? Al parecer, en pasarse el día comiendo, bebiendo, yendo de cacería y haciendo el amor. ¿Quién no se hartaría de una existencia semejante después de unas semanas? Rabelais habla de los espíritus afortunados que se lo pasan bien en el otro mundo como consolación por haberlo pasado mal en este. Cantan una canción que podría traducirse más o menos como sigue: «Brincar, bailar, gastar bromas, beber vino, blanco y tinto, y no hacer nada en todo el día más que contar coronas doradas». ¡Parece muy aburrido, a fin de cuentas! La vacuidad que subyace a la idea de «pasárselo bien» eternamente queda reflejada en el cuadro de Brueghel *El país de Jauja*, donde tres gordinflones yacen dormidos, cabeza con cabeza, mientras van apareciendo espontáneamente huevos duros y jamones asados listos para comer.

Uno pensaría que los seres humanos sólo son capaces de describir, tal vez ni siquiera de imaginar, la felicidad por medio de la contraposición. Es por eso que la concepción del cielo o de la utopía varía de una época a otra. En la sociedad preindustrial, el cielo era presentado como un lugar de reposo eterno, adoquinado de oro, porque la experiencia del común de los humanos era la del trabajo excesivo y la pobreza. Las huríes del paraíso musulmán son el reflejo de una sociedad polígama en la que la mayoría de las mujeres desaparecían en los harenes de los ricos. Pero estas imágenes de «dicha eterna» fracasaban porque, tan pronto como la dicha se volvía eterna (entendiendo la eternidad como un tiempo sin fin), el contraste dejaba de funcionar. Algunas de las convenciones que han quedado incorporadas a nuestra literatura se originaron en condiciones materiales que ya no existen hoy en día. El culto a la primavera es un ejemplo. En la Edad Media la primavera no era sinónimo, ante todo, de prados y flores silvestres; era sinónimo de verdura, leche y carne fresca después de varios meses viviendo a base de tocino en salazón en chozas llenas de humo y sin ventanas.

Las canciones de la primavera eran felices:

Nada más que comer y celebrar

Y dar gracias al Señor por este año feliz,
Cuando la carne es barata y las mujeres, caras,
Y muchachos lozanos van de aquí para allá,
Tan felices,
¡Siempre tan felices![*]

Y es que había algo por lo que estar felices. El invierno se había terminado, eso era lo maravilloso. La propia Navidad, una festividad precristiana, seguramente apareció porque tenía que haber algún arranque ocasional en el que comer en exceso y beber para darse un respiro en mitad del insoportable invierno del norte.

La incapacidad de la humanidad para imaginar la felicidad más que como una forma de alivio, ya sea del esfuerzo o del dolor, les plantea a los socialistas un grave problema. Dickens puede presentarnos a una familia hundida en la miseria zampándose un ganso asado y hacer que se los vea felices; por el contrario, los habitantes de universos perfectos parecen carecer de alegría espontánea y, para colmo, acostumbran a ser algo repelentes. Pero es evidente que nuestro objetivo no es el tipo de mundo que Dickens describió ni, seguramente, ningún mundo que fuera capaz de imaginar. La meta socialista no es una sociedad en la que al final todo acabe bien porque un anciano y amable caballero reparta pavos. ¿Cuál es nuestro objetivo si no una sociedad en la que la «caridad» sea innecesaria? Queremos un mundo en el que Scrooge, con sus dividendos, y el pequeño Tim, con su pierna tuberculosa, sean ambos impensables. Pero ¿significa eso que nuestro objetivo es una utopía sin dolor ni esfuerzo?

A riesgo de decir algo que los editores del *Tribune* tal vez no aprueben, sugiero que el verdadero objetivo del socialismo no es la felicidad. Hasta ahora la felicidad ha sido un efecto derivado, y, por lo que sabemos, puede que siga siéndolo siempre. El verdadero objetivo del socialismo es la fraternidad humana. Ese es el sentimiento generalizado, aunque no acostumbre a decirse, o no se diga lo bastante alto. Los hombres entregan sus vidas a luchas políticas desgarradoras, o los matan en guerras civiles, o los torturan en las cárceles secretas de la Gestapo, no con el fin de instaurar un paraíso con calefacción central, aire acondicionado y luz de fluorescentes, sino porque quieren un mundo en el que los seres humanos se amen los unos a los otros en lugar de engañarse y matarse los unos a los otros. Y quieren ese mundo como un primer paso. Qué harán llegados a ese punto no está tan claro, y tratar de pronosticarlo en detalle no hace más que confundir el asunto.

El pensamiento socialista tiene que trabajar con predicciones, pero sólo en términos generales. A menudo uno tiene que dirigirse a objetivos que apenas entrevé. En estos momentos, por ejemplo, el mundo está en guerra y quiere paz. Sin embargo, el mundo no conoce la paz, nunca la ha conocido, a no ser que el Buen Salvaje existiera alguna vez. El mundo quiere algo de cuya existencia es vagamente consciente, pero que no puede definir con precisión. El día de Navidad, miles de hombres sangrarán hasta la muerte sobre la nieve de Rusia, o se ahogarán en aguas

heladas, o se harán saltar en pedazos unos a otros con granadas de mano en islas pantanosas del Pacífico, y niños sin hogar rebuscarán entre los escombros de las ciudades alemanas en busca de comida. Intentar que ese tipo de cosas sean imposibles es un buen objetivo. Pero explicar en detalle cómo sería un mundo en paz es otra cuestión, y tratar de hacerlo tiende a conducirnos a los horrores que con tanto entusiasmo ha expuesto Gerald Heard.

Casi todos los creadores de utopías han sido como ese hombre que tiene dolor de muelas y, por tanto, cree que la felicidad consiste en no tenerlo. Quieren forjar una sociedad perfecta mediante la prolongación sin fin de algo que sólo era valioso porque era provisional. El camino más sabio sería decir que existen ciertos criterios por los que la humanidad debe guiarse, que la estrategia global está trazada, pero que las profecías detalladas no son asunto nuestro. Todo aquel que intenta imaginar la perfección no hace más que delatar su propio vacío. Esto es así incluso en el caso de un gran escritor como Swift, que es capaz de despellejar a un obispo o a un político con toda habilidad y luego, cuando trata de crear un superhombre, nos deja sólo con la impresión —nada más lejos de sus intenciones— de que los apestosos yahoos llevan dentro de sí más potencial de desarrollo que los ilustrados houyhnhnms.

1944

EL PUEBLO INGLÉS

Escrito a principios de 1944 pero inédito hasta 1947

INGLATERRA A PRIMERA VISTA

En tiempos de paz, es poco habitual que los extranjeros que visiten este país reparen en la existencia del pueblo inglés. Incluso ese acento al que los estadounidenses se refieren como «el acento inglés» no está extendido, en realidad, entre más de una cuarta parte de la población. En las caricaturas de los periódicos del continente, Inglaterra aparece personificada como un aristócrata con monóculo, un capitalista siniestro con sombrero de copa o una solterona con gabardina Burberry. Animosa o amistosamente, casi todas las generalizaciones sobre Inglaterra se basan en la clase propietaria e ignoran a los otros cuarenta y cinco millones de personas.

Pero los azares de la guerra han traído a Inglaterra, ya sea como soldados o como refugiados, a cientos de miles de extranjeros que no habrían venido en circunstancias normales y que se ven empujados a un contacto muy estrecho con la gente corriente. Checos, polacos, alemanes y franceses para los que «Inglaterra» era sinónimo de Picadilly y del Derby de Epsom se vieron acuartelados en tranquilos pueblos de Anglia Oriental, en poblaciones mineras del norte o en las enormes zonas de clase obrera de Londres, de las que el mundo no había oído hablar jamás hasta que fueron bombardeadas. Los que posean el don de la observación habrán visto por sí mismos que la verdadera Inglaterra no es la que aparece en las guías turísticas. Blackpool es más popular que Ascot, el sombrero de copa es una rareza pasada de moda, y el lenguaje de la BBC apenas es comprensible para las masas. Ni siquiera el físico predominante coincide con el de las caricaturas, pues esa complexión alta y larguirucha típicamente inglesa está casi restringida a las clases altas; los miembros de la clase obrera, por norma, son bastante bajos, de extremidades cortas y movimientos rápidos, y con una tendencia entre las mujeres a ponerse rechonchas al principio de la mediana edad.

Merece la pena intentar ponerse por un momento en el lugar de un observador extranjero, recién llegado a Inglaterra, pero sin prejuicios; uno que esté en contacto, debido a su trabajo, con la gente corriente y útil, poco excepcional. Algunas de sus generalizaciones serían erróneas, pues no tendría lo bastante en cuenta las perturbaciones provisionales fruto de la guerra. Dado que no ha visto Inglaterra en épocas normales, podría subestimar el poder de las diferencias de clase, o pensar que la agricultura inglesa es más próspera de lo que lo es, o quedar demasiado impresionado por la suciedad de las calles de Londres o por la preponderancia del alcohol. Pero, con su mirada nueva, vería muchas cosas que a un observador nativo le pasan por alto, y merece la pena enumerar sus posibles impresiones. Casi con seguridad, consideraría que las características principales del común de los ingleses son la falta de sensibilidad artística, la cortesía, el respeto por la ley, el recelo hacia los extranjeros, el sentimentalismo con los animales, la hipocresía, unas diferencias de clase exageradas y la obsesión por el deporte.

Por lo que respecta a nuestra falta de sensibilidad artística, frondosas extensiones de bellísima campiña están quedando arruinadas por la construcción sin control, se está permitiendo que las industrias pesadas conviertan condados enteros en desiertos renegridos, antiguos monumentos son derribados gratuitamente o enterrados en un mar de ladrillo, estatuas espantosas de don nadies tapan las bonitas vistas…, todo ello sin la menor protesta popular. Cuando se habla del problema de la vivienda en Inglaterra, al hombre común ni se le pasan por la cabeza los aspectos estéticos. Tampoco hay un interés generalizado por ningún arte, salvo la música tal vez. La poesía —de entre todas las artes, aquella en la que Inglaterra más ha destacado— hace más de un siglo que no tiene ningún interés para la gente corriente. Sólo es aceptable cuando, como en algunas canciones populares o en versos nemotécnicos, se hace pasar por otra cosa. De hecho, la misma palabra «poesía» provoca, o bien la burla, o bien la incomodidad de noventa y ocho de cada cien personas.

Nuestro observador extranjero imaginario sin duda quedaría impresionado por nuestra cortesía: por el comportamiento ordenado de las muchedumbres, por la ausencia de empujones y altercados, por la disposición a formar colas, por el buen carácter de gente tan agobiada y sobrecargada de trabajo como los conductores de autobús. Las maneras de la clase obrera inglesa no siempre son muy gráciles, pero sí extremadamente consideradas. Se pone mucho cuidado a la hora de dar indicaciones a los forasteros, y las personas ciegas pueden recorrer Londres de punta a punta con la seguridad de que alguien las ayudará a subir y bajar de cada autobús y a cruzar cada calle. En tiempos de guerra algunos policías llevaban revólveres, pero Inglaterra no tiene nada parecido a la Gendarmerie, una policía medio militar alojada en barracones y armada con fusiles (y, algunas veces, hasta con tanques y aviones) que ejerce de guardiana de la sociedad desde Calais hasta Tokio. Y salvo en ciertas zonas bien definidas en media docena de ciudades, hay muy pocos crímenes y violencia. La media de honradez es más baja en las ciudades que en el campo, pero incluso en Londres un vendedor de periódicos puede dejar tranquilamente su pila de peniques en el suelo mientras va a beber algo. De todos modos, la cortesía que predomina en las maneras es algo reciente. Aún quedan cerca los tiempos en que a una persona vestida con elegancia le era imposible andar por Ratcliff Highway sin que la asaltaran, y en que, cuando a un jurista eminente le pedían que mencionara un crimen típicamente inglés, este podía responder: «Patear a tu mujer hasta matarla».

No hay ninguna tradición revolucionaria en Inglaterra, e incluso en los partidos políticos radicales, son sólo los miembros de la clase media los que piensan en términos revolucionarios. Las masas dan más o menos por sentado que «en contra de la ley» es sinónimo de «está mal». Es sabido que el código penal es severo y está lleno de anomalías, y que los costes judiciales son tan elevados que favorecen siempre al rico frente al pobre; pero existe el sentir general de que la ley, aunque no sea gran cosa, se aplicará escrupulosamente, que no es posible sobornar a un juez o a un magistrado, que nadie será condenado sin un juicio previo. Un inglés no tiene la

sensación, como la tiene un campesino español o italiano, de que la ley no es más que un fraude. Y es precisamente esta confianza generalizada en la ley la que ha permitido que buena parte de las manipulaciones recientes del *habeas corpus* hayan pasado inadvertidas para la opinión pública. Pero también hace que ciertas situaciones complicadas acaben pacíficamente. En lo peor de los bombardeos sobre Londres, las autoridades trataron de evitar que las estaciones de metro fueran usadas como refugios. La gente no respondió asaltando las taquillas, sino que se limitó a comprar billetes de un penique y medio; de este modo tenían el estatus de pasajeros, y no se volvió a pensar en echarlos.

La típica xenofobia inglesa es más intensa entre la clase obrera que entre la clase media. Fue en parte la resistencia de los sindicatos la que impidió una entrada realmente cuantiosa de refugiados procedentes de los países fascistas antes de la guerra, y cuando se internó a los refugiados alemanes en 1940, no fue la clase obrera la que protestó. La diferencia de costumbres, especialmente en la comida y en el lenguaje, hace muy difícil que los obreros ingleses se entiendan con los extranjeros. Su dieta es muy diferente de la de cualquier nación europea, y son extremadamente conservadores al respecto. Por norma, se niegan a probar siquiera un plato de fuera, les repugnan cosas como el ajo y el aceite de oliva, y la vida es inasumible a menos que tengan té y pudin. Además, las peculiaridades del idioma inglés hacen prácticamente imposible que cualquiera que haya dejado el colegio a los catorce aprenda una lengua extranjera de mayor. En la Legión Extranjera francesa, por ejemplo, los legionarios británicos y estadounidenses rara vez suben de rango, porque son incapaces de aprender francés, mientras que un alemán lo hace en pocos meses. A los obreros ingleses, por lo general, les parece amanerado incluso pronunciar correctamente una palabra extranjera. Esto está muy relacionado con el hecho de que las clases altas aprendan lenguas extranjeras como parte habitual de su educación. Viajar por otros países, hablar lenguas extranjeras o disfrutar con la comida de fuera se perciben vagamente como costumbres de clase alta, una especie de esnobismo, por lo que la envidia de clase refuerza la xenofobia.

Es posible que los espectáculos más horribles que haya en Inglaterra sean los cementerios de perros de Kensington Gardens, el de Stoke Poges (que linda, de hecho, con el camposanto en el que Gray escribió su famosa *Elegía*) y otros lugares. Y también estaban los centros de Precauciones frente a Ataques Aéreos para animales, con camillas en miniatura para gatos, y en el primer año de la guerra tuvo lugar el espectáculo del Día de los Animales, que se celebró con toda la pompa habitual en plena evacuación de Dunkerque. Aunque las mayores locuras las cometen las mujeres de clase alta, el culto a los animales es característico de toda la nación, y seguramente esté relacionado con el declive de la agricultura y la baja tasa de natalidad. Los varios años de racionamiento estricto no han conseguido reducir la población de perros y gatos, e incluso en los barrios pobres de las ciudades las tiendas para entusiastas de los pájaros exhiben alpiste de canario a precios que llegan a los

veinticinco chelines la pinta.

La hipocresía está aceptada de un modo tan general como parte del carácter inglés que puede que un observador extranjero esté predispuesto a toparse con ella a cada paso, pero encontraría ejemplos especialmente flagrantes en las leyes que abordan el juego, la bebida, la prostitución y la blasfemia. Le sería difícil conciliar los sentimientos antiimperialistas que suelen manifestarse en Inglaterra con el tamaño del Imperio británico. Si fuera un europeo del continente, repararía en la divertida ironía de que a los ingleses les parezca inmoral tener un gran ejército pero no vean nada malo en contar con una gran armada. Eso también lo consideraría una hipocresía; no del todo justamente, pues es el hecho de ser una isla, y de no necesitar por tanto un gran ejército, lo que ha permitido el desarrollo de las instituciones democráticas británicas, y el grueso de la población es bastante consciente de ello.

Las exageradas diferencias de clase han ido disminuyendo en los últimos treinta años y la guerra seguramente haya acelerado el proceso, pero los recién llegados a Inglaterra se quedan todavía asombrados, y a veces horrorizados, ante las flagrantes diferencias entre una clase y otra. La gran mayoría de la gente aún puede «ser ubicada» al instante por sus maneras, su vestimenta y su apariencia general. Incluso la complexión física difiere de modo considerable; los miembros de las clases altas son por término medio varios centímetros más altos que los de la clase obrera. Pero la diferencia más llamativa de todas está en el lenguaje y el acento. Los obreros ingleses, como dijo el señor Wyndham Lewis, «llevan la marca grabada en la lengua». Y pese a que las diferencias de clase no coinciden exactamente con las diferencias económicas, el contraste entre ricos y pobres es mucho más patente y está más asumido que en la mayoría de los países.

Los ingleses fueron los inventores de varios de los juegos más populares del mundo, y los han difundido de forma más amplia que cualquier otro producto de su cultura. El término «football» lo pronuncian mal decenas de millones de personas que no han oído hablar jamás de Shakespeare o de la Carta Magna. Los ingleses en sí no son excepcionalmente buenos en todos los deportes, pero disfrutan jugando y, hasta un punto que a los extranjeros les resulta infantil, disfrutan leyendo sobre el tema y haciendo apuestas. Durante los años de entreguerras, las quinielas futbolísticas ayudaron más que ninguna otra cosa a hacerles la vida soportable a los desempleados. Los futbolistas, boxeadores, jinetes e incluso jugadores de críquet profesionales gozan de una popularidad con la que ningún científico o artista puede aspirar a competir. Sin embargo, el culto al deporte no se lleva hasta extremos tan imbéciles como uno imaginaría leyendo la prensa popular. Cuando el brillante peso ligero Kid Lewis se presentó como candidato al Parlamento, en su distrito natal sólo consiguió 125 votos.

Estas características que he enumerado son probablemente las que le llamarían antes la atención a un observador extranjero inteligente. Quizá pensaría poder elaborar un retrato fidedigno del carácter inglés basándose en ellas. Pero entonces,

seguramente, le vendría un pensamiento a la cabeza: ¿existe algo semejante a un «carácter inglés»? ¿Se puede hablar de las naciones como si se tratara de individuos? Y suponiendo que se pueda, ¿existe una verdadera continuidad entre la Inglaterra de hoy en día y la Inglaterra del pasado?

Al deambular por las calles de Londres, repararía en los periódicos antiguos de los escaparates de las librerías y se le ocurriría que, si esas cosas son representativas, entonces Inglaterra tiene que haber cambiado muchísimo. No hace mucho más de cien años, la seña distintiva de la vida inglesa era la brutalidad. El pueblo llano, a juzgar por los periódicos, se veía arrastrado a una espiral prácticamente incesante de peleas, prostitución, borracheras y hostigamientos de toros. Además, hasta la complexión física parece haber cambiado. ¿Dónde están los forzudos carreteros y los toscos luchadores, los marineros fornidos con el trasero asomando por los pantalones blancos, y esos bellezones exuberantes de pechos prominentes, como los mascarones de proa de los barcos de Nelson? ¿Qué tiene en común toda esa gente con los ingleses de maneras corteses, reservados y respetuosos con la ley de hoy en día? ¿Existen realmente las «culturas nacionales»?

Esta es una de esas cuestiones, como el libre albedrío o la identidad del individuo, en que todos los argumentos están de un lado y la intuición, del otro. No es fácil descubrir el hilo conductor que recorre la vida inglesa desde el siglo XVI en adelante, pero todos los ingleses que se preocupan por estos temas piensan que existe. Creen comprender las instituciones que les han llegado del pasado —el Parlamento, por ejemplo, el sabatarianismo, o la sutil gradación del sistema de clases— con un conocimiento heredado inaccesible a un extranjero. También consideran que los individuos se ajustan a un patrón nacional. A D. H. Lawrence se lo considera «muy inglés», pero lo mismo ocurre con Blake; Samuel Johnson y G. K. Chesterton son de algún modo el mismo tipo de persona. La creencia de que nos parecemos a nuestros ancestros —que Shakespeare, digamos, se parece más a un inglés moderno que a un francés o un alemán modernos— puede parece irracional, pero por el hecho de existir influye en la conducta. Cuando se cree en unos mitos, estos tienden a hacerse realidad, porque establecen un estereotipo, o «imagen», al que la gente corriente intenta parecerse lo mejor que puede.

Durante los malos tiempos de 1940 quedó claro que en Gran Bretaña la solidaridad nacional es más fuerte que los antagonismos de clase. Si era realmente cierto que «el proletariado no tiene patria», 1940 era el momento de demostrarlo. Fue justamente entonces, sin embargo, cuando el sentimiento de clase pasó a un segundo plano, y sólo reapareció cuando el peligro inmediato hubo pasado. Además, es posible que el comportamiento imperturbable de la población de las ciudades inglesas frente a los bombardeos se debiera en parte a la existencia de esa «imagen» nacional; esto es, a su idea preconcebida de ellos mismos. El inglés es tradicionalmente flemático, poco imaginativo, y no es fácil que pierda la calma; y, dado que eso es lo que cree que debe ser, eso es en lo que tiende a convertirse. El desagrado por la

histeria y el «jaleo», la admiración por la tenacidad, son casi universales en Inglaterra, y los comparte todo el mundo salvo la *intelligentsia*. Millones de ingleses aceptan gustosos que el bulldog sea su emblema nacional, un animal famoso por su obstinación, su fealdad y su estupidez impenetrable. Tienen una notable disposición a admitir que los extranjeros son más «listos» que ellos, y aun así les parecería un ultraje a las leyes de Dios y la Naturaleza que Inglaterra estuviese gobernada por extranjeros. Nuestro observador imaginario reparará, tal vez, en que los sonetos que escribió Wordsworth durante las guerras napoleónicas casi podrían haber sido escritos en esta. Sabría ya que Inglaterra ha dado más poetas y científicos que filósofos, teólogos y teóricos puros de cualquier clase. Y terminaría por concluir que un profundo patriotismo casi inconsciente y la incapacidad para pensar con lógica son los rasgos perdurables del carácter inglés, que se puede rastrear en la literatura inglesa desde los tiempos de Shakespeare en adelante.

LA PERSPECTIVA MORAL DEL PUEBLO INGLÉS

Durante tal vez ciento cincuenta años, la religión organizada, o las creencias religiosas conscientes de cualquier clase, han tenido muy poca influencia en el conjunto del pueblo inglés. Sólo alrededor del 10 por ciento de la población se acerca alguna vez a un lugar de culto si no es para casarse o para que lo entierren. Es probable que un leve teísmo y una creencia intermitente en la vida después de la muerte estén bastante extendidos, pero las principales doctrinas cristianas hace mucho que cayeron en el olvido. Si le preguntáramos qué quiere decir con «cristianismo», el hombre común lo definiría por entero en términos éticos («altruismo» o «amar a tu prójimo» serían el tipo de definición que daría). Lo mismo debió de ocurrir en los comienzos de la revolución industrial, cuando la vida de las antiguas aldeas se hizo pedazos súbitamente y la Iglesia oficial perdió el contacto con sus feligreses. Pero, en las épocas recientes, también las sectas inconformistas han perdido gran parte de su fuerza, y en la última generación la lectura de la Biblia, que era una tradición en Inglaterra, ha ido en declive. Hoy en día es bastante habitual encontrarse con gente joven que no conoce las historias de la Biblia ni siquiera como simples historias.

Pero hay un aspecto en el que el pueblo llano se ha mantenido más cristiano que las clases altas, y probablemente más que en ninguna otra nación europea: en su rechazo del culto moderno consistente en la adoración al poder. Aun ignorando las doctrinas enunciadas por la Iglesia, se han aferrado a una que esta nunca formuló porque la daba por sentada; a saber, que tener el poder no es tener la razón. Es ahí donde la brecha entre la *intelligentsia* y el pueblo es más pronunciada. A partir de Carlyle, pero especialmente en la última generación, la *intelligentsia* británica ha tendido a adoptar como propias las ideas procedentes de Europa y se ha contagiado de unas rutinas de pensamiento que proceden en último término de Maquiavelo. Todos los cultos que han estado de moda en los últimos doce años —el comunismo, el fascismo y el pacifismo— son en el fondo formas de adoración al poder. Es significativo que en este país, a diferencia de lo ocurrido en la mayoría, la variante marxista del socialismo haya encontrado sus más fervientes partidarios entre la clase media. Sus métodos, si no sus teorías, están obviamente reñidos con lo que se denomina «moralidad burguesa» (esto es, la pura decencia), y en cuestiones morales los «burgueses» son los proletarios.

Uno de los cuentos populares fundamentales en los países de habla inglesa es el de Jack el Matagigantes: el pequeño contra el grande. Mickey Mouse, Popeye el Marino y Charlie Chaplin son, en esencia, el mismo personaje. (Cabe mencionar que las películas de este último fueron prohibidas en Alemania tan pronto como Hitler llegó al poder, y Chaplin ha recibido ataques feroces por parte de los escritores fascistas ingleses). No sólo un odio hacia el abuso, sino también una tendencia a apoyar al bando más débil por el mero hecho de serlo, son casi universales en

Inglaterra. De ahí la admiración por el «buen perdedor» y la facilidad para olvidar los fracasos, ya sea en el deporte, en la política o en la guerra. Incluso en cuestiones muy serias, el pueblo inglés no piensa que una acción fracasada sea necesariamente fútil. Un ejemplo durante la guerra de 1939-1945 fue la campaña de Grecia; nadie esperaba que tuviera éxito, pero casi todo el mundo pensaba que debía emprenderse. Y la postura popular hacia la política exterior está casi siempre teñida del instinto de alinearse con el que lleve las de perder.

Un ejemplo obvio y reciente fue el sentimiento profinlandés en la guerra ruso-finlandesa de 1940. Era bastante genuino, como lo demostraron varias elecciones parciales en las que el principal tema de debate giró en torno a esta cuestión. El sentimiento popular de simpatía hacia la Unión Soviética llevaba algún tiempo creciendo, pero Finlandia era un país pequeño atacado por uno grande, y ese era el factor decisivo para la mayoría de la gente. En la guerra de Secesión estadounidense, la clase obrera británica se alineó con el norte —el bando que defendía la abolición de la esclavitud—, pese a que el bloqueo unionista de los puertos del algodón estaba generando grandes dificultades en Gran Bretaña. En la guerra franco-prusiana, el sentimiento profrancés existente en Inglaterra se concentraba en la clase obrera. Las pequeñas nacionalidades oprimidas por los turcos hallaron a sus simpatizantes en el Partido Liberal, en aquel momento el de la clase obrera y de la clase media-baja. Y en la medida en que se preocupó por esos asuntos, el sentimiento popular británico estuvo a favor de los abisinios contra los italianos, de los chinos contra los japoneses y de los republicanos españoles contra Franco. Y también simpatizó con Alemania en el período en que esta era débil y estaba desarmada, y no es de sorprender que veamos un movimiento parecido después de la guerra.

La sensación de que uno debe alinearse siempre con el bando más débil probablemente provenga de la política de equilibrio de poder que ha seguido Gran Bretaña del siglo XVIII en adelante. Un crítico europeo añadiría que eso es un disparate, y señalaría como prueba el hecho de que la propia Gran Bretaña mantiene sometidas a las poblaciones de la India y otros lugares. No sabemos, en realidad, qué postura adoptaría la gente corriente del país respecto a la India si la decisión fuera suya. Todos los partidos políticos y todos los periódicos, sea cual sea su tendencia, han conspirado para evitar que los ciudadanos vean el asunto con claridad. Sí sabemos, no obstante, que en ocasiones han abogado por el débil frente al fuerte incluso cuando era evidente que no les favorecía. El mejor ejemplo es el de la guerra civil irlandesa, en que la auténtica arma de los rebeldes irlandeses era la opinión pública británica, que estaba sustancialmente de su lado y evitaba que el gobierno británico aplastara la rebelión de la única manera posible. Incluso en la guerra de los bóeres hubo un sentimiento probóer considerable, si bien no lo bastante fuerte como para influir en los acontecimientos. Cabe concluir que en estas cuestiones el pueblo llano inglés se ha quedado rezagado respecto a su tiempo. No ha conseguido seguirles el ritmo a la política de poder, el «realismo», el *sacro egoísmo* y la doctrina de que el

fin justifica los medios.

El odio general de los ingleses al abuso y el terrorismo se traduce en que ningún tipo de criminal violento obtiene demasiada compasión. El gangsterismo a la manera estadounidense no podría prosperar en Inglaterra, y es significativo que los gángsteres norteamericanos no hayan tratado nunca de transferir sus actividades a este país. Si fuera necesario, la nación entera se uniría contra esa gente que secuestra a niños y dispara metralletas en la calle, pero incluso la eficiencia de las fuerzas policiales inglesas depende en realidad del hecho de que la policía cuenta con el respaldo de la opinión pública. Lo malo de esto es la tolerancia prácticamente universal ante castigos crueles y desfasados. No es como para sentirse orgullosos que Inglaterra siga tolerando suplicios como la flagelación, que se sigue practicando en parte por una ignorancia psicológica generalizada y, en parte, porque los hombres sólo son flagelados por crímenes que los despojan de la compasión de casi todo el mundo. Habría una gran protesta si se aplicara a delitos no violentos, o si se restaurara para las faltas militares. En Inglaterra, a diferencia de la mayoría de los países, los castigos militares no se aceptan sin más. La opinión pública está casi con seguridad en contra de la pena de muerte por cobardía y deserción, aunque no existe una fuerte oposición al ahorcamiento de asesinos. En términos generales, la postura de los ingleses hacia el crimen es ignorante y anticuada, y el trato humano, incluso hacia los menores delincuentes, es algo reciente. Aun así, si Al Capone estuviera en una cárcel inglesa no sería por evasión de impuestos.

Asuntos más complejos que el de la postura de los ingleses frente al crimen y la violencia son la pervivencia del puritanismo y la afamada hipocresía inglesa.

El pueblo inglés propiamente dicho, la masa obrera que constituye el 75 por ciento de la población, no es puritano. La lúgubre teología calvinista no llegó nunca a popularizarse en Inglaterra como lo hizo durante un tiempo en Gales y Escocia. Pero el puritanismo en ese sentido más amplio en el que acostumbra a usarse la palabra (esto es, como mojigatería, ascetismo, espíritu «aguafiestas») es algo que los pequeños comerciantes y manufactureros que están justo por encima de la clase obrera han tratado de imponerle sin éxito alguno. En su origen, esto tenía detrás un marcado, si bien inconsciente, motivo económico; si se conseguía persuadir al obrero de que todo esparcimiento era pecado, se le podía sacar más trabajo por menos dinero. A principios del siglo XIX, había incluso una escuela de pensamiento que sostenía que los obreros no deberían casarse. Pero no sería justo insinuar que el código moral puritano era un simple disparate. Su miedo exagerado a la inmoralidad sexual, que abarcaba la reprobación de las obras de teatro, el baile e incluso los colores vivos, era en parte una protesta ante la corrupción real de finales de la Edad Media; y había también un factor nuevo, la sífilis, que apareció en Inglaterra en torno al siglo XVI y causó estragos a lo largo de una centuria o dos. Algo más tarde apareció otro factor nuevo: la introducción de los licores destilados —la ginebra, el *brandy* y demás—, que emborrachaban mucho más que la cerveza y el hidromiel a los que

estaban acostumbrados los ingleses. El movimiento de «moderación» era una respuesta bienintencionada al alcoholismo terrible del siglo XIX, producto de las míseras condiciones de vida y de la ginebra barata. Pero estaba encabezado inevitablemente por fanáticos que consideraban pecaminoso no sólo el alcoholismo, sino también el consumo moderado de alcohol. Durante más o menos los últimos cincuenta años, ha habido un impulso similar contra el tabaco. Hace un siglo o dos, fumar estaba muy mal visto, pero sólo sobre la base de que era algo sucio, vulgar y perjudicial para la salud; en cambio, la idea de que es un exceso inmoral es moderna.

Esta línea de pensamiento nunca ha atraído de verdad a las masas. Como mucho, se han sentido lo bastante intimidadas por el puritanismo de clase media como para darse algunos de sus placeres bastante a escondidas. Está generalmente aceptado que la clase obrera es mucho más moral que la clase alta, pero la idea de que la sexualidad es en sí misma inmoral no cuenta con ningún apoyo popular. Las bromas de los espectáculos de variedades, las postales de Blackpool y las canciones que inventan los soldados son de todo menos puritanas. Por otro lado, casi nadie en Inglaterra aprueba la prostitución. Hay algunas ciudades en las que esta es muy flagrante, pero no tiene ningún atractivo y nunca ha estado tolerada de verdad. No se pudo regular y humanizar como se ha hecho en algunos países, porque el inglés siente en su fuero interno que está mal. En cuanto a la relajación generalizada de la moral sexual que ha tenido lugar en los últimos veinte o treinta años, es seguramente algo temporal, fruto del excesivo número de mujeres respecto al de hombres en la población.

En cuanto al tema de la bebida, el único resultado tras un siglo de agitación «moderadora» ha sido un ligero incremento de la hipocresía. La práctica desaparición del alcoholismo de entre los vicios ingleses no se ha debido al fanatismo antialcohol, sino a la competencia de otros entretenimientos, a la educación, a la mejora de las condiciones industriales y al precio elevado de la propia bebida. Los fanáticos se han encargado de que el inglés se beba un vaso de cerveza entre dificultades y con un leve sentimiento de estar haciendo algo malo, pero no han conseguido evitar que se lo beba. El *pub,* una de las instituciones fundamentales de la vida inglesa, sigue adelante pese a las tácticas acosadoras de las autoridades inconformistas locales. Y lo mismo cabe decir del juego. La mayoría de las formas de juego son ilegales según la ley escrita, pero todas se practican a gran escala. El lema de los ingleses podría ser el estribillo de aquella canción de Marie Lloyd: «Darse un poquito el gusto sienta bien». No son viciosos, ni siquiera vagos, pero tendrán su poco de diversión digan lo que digan los de arriba, y parece que poco a poco les están ganando la batalla a las minorías aguafiestas. Incluso los horrores del domingo inglés se han mitigado mucho durante los últimos doce años. Algunas de las leyes que regulan los *pubs* —concebidas todas ellas para disuadir a los dueños y para que beber resulte menos atractivo— se relajaron durante la guerra. Y es muy buena señal que esa estúpida norma que impedía a los niños entrar en los *pubs* —lo que tendía a deshumanizar los

locales y a convertirlos en simples licorerías— esté empezando a ignorarse en ciertas zonas del país.

Tradicionalmente, el hogar del inglés es su castillo. En una época de reclutamiento obligatorio y documentos identificativos, esto no es así realmente. Pero el odio a la reglamentación, la idea de que el tiempo libre es de cada uno y de que un hombre no debe ser perseguido por sus opiniones, está profundamente arraigado, y los procesos centralizadores, que son inevitables en tiempos de guerra y todavía se siguen imponiendo, no han acabado con él.

Es un hecho que la tan cacareada libertad de la prensa inglesa es más teórica que real. Para comenzar, la concentración de la prensa supone en la práctica que las opiniones impopulares sólo se puedan publicar en libros o periódicos con una tirada muy corta. Además, el conjunto del pueblo inglés no está lo bastante interesado en la palabra escrita como para mantenerse muy alerta en relación con este aspecto de sus libertades, y a lo largo de los últimos veinte años ha habido muchas manipulaciones en la libertad de prensa, sin grandes protestas populares. Probablemente, hasta las manifestaciones contra la supresión del *Daily Worker* estuvieron orquestadas por una pequeña minoría. Por otra parte, la libertad de expresión es una realidad, y el respeto a ella es casi general. Muy poquísima gente en Inglaterra tiene miedo de expresar sus opiniones políticas en público, y ni siquiera hay muchos que quieran silenciar las opiniones de los demás. En tiempos de paz, cuando el desempleo puede usarse como arma, hay cierta dosis de persecución, de poca importancia, contra los «rojos», pero una verdadera atmósfera totalitaria, en la que el Estado se esfuerce por controlar los pensamientos de la gente así como sus palabras, es difícilmente imaginable.

La salvaguarda contra esto es en parte el respeto por la integridad de la conciencia, y la disposición a escuchar a ambas partes, que pueden observarse en cualquier encuentro público. Pero también se debe en parte a la predominante falta de intelectualidad. Los ingleses no están lo bastante interesados en asuntos intelectuales como para ser intolerantes al respecto. Las ideas «peligrosas» o «desviadas» no parecen importarles demasiado. Un inglés normal y corriente, conservador, socialista, católico, comunista o lo que sea, pocas veces comprende por completo las implicaciones lógicas del credo que profesa; casi siempre pronuncia herejías sin darse cuenta. Las ortodoxias, ya sean de izquierdas o de derechas, prosperan principalmente entre la *intelligentsia* literaria, esas personas que en teoría deberían ser las guardianas de la libertad de pensamiento.

El pueblo inglés no sabe odiar; tiene mala memoria, su patriotismo es en gran parte inconsciente y no siente ninguna fascinación por la gloria militar ni tampoco mucha admiración por los grandes hombres. Tiene los vicios y las virtudes de un pueblo anticuado. No responde a las teorías políticas del siglo XX con una teoría propia, sino con una cualidad moral que cabe describir vagamente como decencia. Aquel día de 1936 en que los alemanes volvieron a ocupar la Renania, yo estaba en una población minera del norte. Entré en un *pub* por casualidad justo después de que

la radio difundiera la noticia, que conllevaba de forma evidente la guerra, y les comenté a los que estaban en el bar: «El ejército alemán ha cruzado el Rin». Con un ligero aire de estar rematando una cita, alguien respondió: «Parley-voo».[*] ¡Esa fue toda la respuesta! «Nada va a despertar nunca a esta gente», pensé. Pero más tarde esa noche, en el mismo *pub*, alguien cantó una canción que había salido hacía poco, con el estribillo:

> *Porque no puedes hacer eso aquí,*
> *No, no puedes hacer eso aquí,*
> *Puedes hacerlo en cualquier otra parte,*
> *¡Pero no puedes hacer eso aquí!*[*]

Y se me ocurrió que tal vez esa fuera la respuesta inglesa al fascismo. En cualquier caso, es cierto que no ha pasado aquí, a pesar de haber circunstancias bastante favorables. No debería exagerarse el nivel de libertad, intelectual ni de otro tipo, del que gozamos en Inglaterra, pero el hecho de que no se redujera de forma visible después de casi seis años de guerra desesperada, es un síntoma esperanzador.

LA PERSPECTIVA POLÍTICA DEL PUEBLO INGLÉS

El pueblo inglés no sólo es indiferente a las sutilezas de la doctrina, sino que tiene una incultura política notable. Sólo ahora está empezando a emplear la terminología política que lleva años siendo de uso común en los países del continente. Si le pidiésemos a un grupo de gente elegida al azar de cualquier estrato social que definiera el capitalismo, el socialismo, el comunismo, el anarquismo, el trotskismo o el fascismo, nos darían respuestas en su mayoría vagas, y algunas serían increíblemente estúpidas.

Pero también resulta evidente lo poco que sabe acerca de su propio sistema político. En los últimos años, por diversas razones, ha habido un resurgimiento de la actividad política, pero, a lo largo de un prolongado período, el interés por la política de partidos ha ido en declive. Un gran número de adultos ingleses no se han molestado en votar en unas elecciones en toda su vida. En las ciudades es muy habitual que la gente no sepa quién es su representante en el Parlamento o en qué distrito electoral vive. Durante los años de la guerra, dado que no se renovó el censo, los jóvenes no podían votar (en cierto momento, nadie menor de veintiún años podía hacerlo), y no parecían muy preocupados por el hecho. Tampoco despiertan muchas protestas las anomalías del sistema electoral, que acostumbra a favorecer al Partido Conservador, pese a que en 1945 pareció ayudar al Partido Laborista. La atención se centra en las políticas y en los individuos (Chamberlain, Churchill, Cripps, Beveridge, Bevin) más que en los partidos. La idea de que el Parlamento controla realmente los acontecimientos y de que pueden esperarse cambios sensacionales cuando entra un nuevo equipo de gobierno, se ha ido desvaneciendo poco a poco desde la primera legislatura laborista, en 1923.

A pesar de las muchas subdivisiones, en la práctica Gran Bretaña sólo tiene dos partidos políticos, el conservador y el laborista, que entre ambos representan ampliamente los principales intereses de la nación. Sin embargo, a lo largo de los últimos veinte años la tendencia de estos dos partidos ha sido la de irse pareciendo cada vez más el uno al otro. Todo el mundo sabe de antemano que puede confiar en que ningún gobierno, sean cuales sean sus principios políticos, hará ciertas cosas. Por tanto, ningún gobierno conservador volverá jamás a lo que en el siglo XIX se habría denominado «conservadurismo», y ningún gobierno socialista acabará con la clase propietaria, ni siquiera la expropiará sin una compensación. Un buen ejemplo reciente del cambio de actitud de la política es la recepción que tuvo el Informe Beveridge. Hace treinta años, cualquier conservador habría denunciado que se trataba de caridad del Estado, mientras que la mayoría de los socialistas lo habrían rechazado por considerarlo un soborno capitalista. En 1944 la única discusión que surgió fue la de si aprobarlo en su totalidad o sólo en parte. Las diferencias entre partidos se están difuminando en casi todos los países, en parte porque, en general, salvo quizá en

Estados Unidos, todo deriva hacia una economía planificada, y en parte porque en una época de política de poder la supervivencia nacional se considera más importante que la lucha de clases. Pero Gran Bretaña tiene ciertas particularidades que se deben al hecho de ser una isla pequeña y el centro de un imperio. Para empezar, dado el sistema económico actual, la prosperidad del país depende en parte del imperio, al tiempo que todos los partidos de izquierdas son en teoría antiimperialistas. Los políticos de izquierdas son por tanto conscientes —o han tomado conciencia hace poco— de que, una vez en el poder, tienen que escoger entre abandonar algunos de sus principios o reducir el nivel de vida de los ingleses. En segundo lugar, para Gran Bretaña es imposible pasar por un proceso revolucionario como el de la Unión Soviética. Es un país demasiado pequeño, demasiado organizado, demasiado dependiente de las importaciones de alimentos. Una guerra civil en Inglaterra significaría la inanición o la conquista a manos de alguna potencia extranjera, o ambas cosas. En tercer lugar, y por encima de todo, una guerra civil es moralmente imposible en Inglaterra. El proletariado de Hammersmith no se alzará, bajo ninguna circunstancia que podamos prever, y aniquilará a la burguesía de Kensington; no son lo bastante diferentes. Incluso los cambios más drásticos tendrán que producirse de forma pacífica y con apariencia de legalidad, y todo el mundo, excepto el ala radical de los diversos partidos políticos, es consciente de ello.

Estos hechos conforman el trasfondo de la perspectiva política de los ingleses. La inmensa mayoría de la gente quiere cambios profundos, pero no quiere violencia. Quiere preservar su nivel de vida, y al mismo tiempo quiere tener la sensación de que no están explotando a los menos favorecidos. Si le hiciésemos un cuestionario al conjunto de la nación preguntando: «¿Qué quiere usted de la política?», la respuesta sería la misma en una mayoría aplastante de los casos. Básicamente: «Seguridad económica, una política exterior que garantice la paz, más igualdad social y un pacto con la India». La primera es de lejos la más importante, pues el desempleo es una pesadilla aún mayor que la guerra, pero poca gente consideraría necesario mencionar el capitalismo ni el socialismo. Ninguna de las dos palabras suscita demasiada atracción emocional. Ningún corazón late más rápido al pensar en la nacionalización del Banco de Inglaterra; por otro lado, las masas ya no se tragan las viejas monsergas sobre la fuerza del individualismo y los derechos sagrados de la propiedad. Saben que no es cierto que haya «espacio de sobra en la cima» y, en cualquier caso, la mayoría de ellos no quieren llegar a la cima, quieren trabajos estables y un trato justo para sus hijos.

En el transcurso de los últimos años, debido a las fricciones sociales generadas por la guerra, al descontento por la patente ineficacia del capitalismo a la vieja usanza y a la admiración hacia la Rusia soviética, la opinión pública se ha desplazado considerablemente a la izquierda, pero sin volverse más doctrinaria o resentida. Ninguno de los partidos políticos que se autodenominan «revolucionarios» ha experimentado un incremento importante de seguidores. Hay en torno a media

docena de partidos así, pero el número total de miembros, aun contando lo que queda de los Camisas Negras de Mosley, seguramente no supere los ciento cincuenta mil. El más importante es el Partido Comunista, pero incluso este, tras veinticinco años de existencia, debe ser considerado un fracaso. Pese a que tuvo una influencia considerable en algunos momentos en los que las circunstancias lo favorecieron, no ha mostrado nunca indicios de convertirse en un partido de masas como el que existe en Francia o el que existía en Alemania antes de Hitler.

Durante muchos años, el número de miembros del Partido Comunista ha ido aumentando o disminuyendo en respuesta a los cambios en la política exterior de Rusia. Cuando la URSS mantiene buenas relaciones con Gran Bretaña, los comunistas británicos siguen una línea «moderada» prácticamente indistinguible de la del Partido Laborista, y la cifra de miembros aumenta hasta varias decenas de miles. Cuando las políticas de Gran Bretaña y Rusia divergen, los comunistas regresan a la línea «revolucionaria» y la cifra de miembros se desploma de nuevo. Sólo pueden conseguir un seguimiento que valga la pena, de hecho, abandonando sus objetivos esenciales. El resto de los partidos marxistas, que afirman todos ellos ser los verdaderos e incorruptos sucesores de Lenin, están en una situación aún más desesperada. El inglés de a pie es incapaz de entender sus doctrinas y no tiene ningún interés en sus reivindicaciones. Además, en Inglaterra la mentalidad conspiradora que se ha desarrollado en los países europeos controlados por la policía es un gran obstáculo. La mayoría de los ingleses no aceptarán nunca ningún credo cuyos rasgos dominantes sean el odio y la ilegalidad. Las ideologías implacables del continente —no sólo el comunismo y el fascismo, sino también el anarquismo, el trotskismo e incluso el catolicismo ultramontano— únicamente las acepta en su forma pura la *intelligentsia*, que constituye una especie de isla de intolerancia entre la indefinición general. Es significativo que los escritores ingleses revolucionarios se vean obligados a recurrir a un vocabulario espurio cuyas expresiones clave son en su mayoría traducciones. No existen palabras nativas en inglés para la mayor parte de los conceptos que manejan. Hasta el término «proletario», por ejemplo, es extranjero, y sólo una pequeña minoría de ingleses saben lo que significa. En general se usa —cuando se hace— en el sentido sencillamente de «pobre». Pero, aun así, se le da un matiz más social que económico, y la mayoría de la gente diría que un herrero o un zapatero son proletarios y que un empleado de banca no lo es. En cuanto al término «bourgeois», lo emplean de manera casi exclusiva las personas que son ellas mismas de origen *bourgeois*. El único uso genuinamente popular de la palabra es el que hacen de ella los tipógrafos. Y entonces, como cabe esperar, se anglicaniza y se pronuncia «boorjoyce».

Pero hay otro término político abstracto que se emplea de manera bastante generalizada y que tiene un significado muy laxo pero bien entendido. Es la palabra «democracia». En cierto modo, el pueblo inglés sí siente que vive en un país democrático. No es que nadie sea tan estúpido como para tomárselo en un sentido

literal; si la democracia significa gobierno del pueblo o igualdad social, entonces está claro que Gran Bretaña no es democrática. Sí lo es, no obstante, en un segundo sentido que ha quedado vinculado a la palabra desde el ascenso de Hitler. Para empezar, las minorías tienen algún poder para hacerse oír. Pero aún más: no se puede ignorar a la opinión pública cuando esta decide expresarse. Puede que tenga que actuar por medios indirectos, con huelgas, manifestaciones y cartas a los periódicos, pero puede influir, y sin duda influye visiblemente, en las políticas del gobierno. Un gobierno británico puede ser injusto, pero no puede ser del todo arbitrario. No puede hacer el tipo de cosas que un gobierno totalitario hace sistemáticamente. Un ejemplo, de los miles que podrían ponerse, es el ataque alemán contra la Unión Soviética. Lo significativo no es que se lanzara sin una declaración previa de guerra —eso es bastante natural—, sino que se lanzara sin ningún tipo de propaganda elaborada de antemano. El pueblo alemán se levantó y descubrió que estaba en guerra contra un país con el que la noche antes mantenía buenas relaciones. Nuestro gobierno no se atrevería a hacer algo semejante, y el pueblo inglés es bastante consciente de ello. El pensamiento político en Inglaterra está muy gobernado por la palabra «Ellos». «Ellos» son los de arriba, los poderes misteriosos que te hacen cosas contra tu voluntad. Pero hay un sentimiento generalizado de que «Ellos», si bien tiránicos, no son omnipotentes. «Ellos» responderán ante las presiones si nos tomamos la molestia de aplicarlas; «Ellos» pueden incluso ser depuestos. Y pese a toda su incultura política, los ingleses muestran a menudo una sensibilidad sorprendente cuando algún pequeño incidente parece indicar que «Ellos» se están pasando de la raya. De ahí, en mitad de la apatía aparente, ese repentino jaleo de vez en cuando a raíz de unas elecciones parciales amañadas o de un control demasiado cromwelliano del Parlamento.

Una cosa de la que es muy difícil asegurarse es de la pervivencia en Inglaterra de un sentimiento monárquico. No cabe duda de que al menos en el sur de Inglaterra era fuerte y genuino hasta la muerte del rey Jorge V. La respuesta popular ante el Jubileo de Plata de 1935 cogió a las autoridades por sorpresa, y hubo que prolongar las celebraciones una semana más. En tiempos normales, sólo las clases ricas se muestran abiertamente monárquicas; en el West End de Londres, por ejemplo, la gente se pone en posición de firmes cuando suena el «Dios salve al Rey» al final de una película, mientras que en barrios más pobres la gente se levanta y se va. Pese a todo, el afecto mostrado a Jorge V en el Jubileo de Plata fue claramente auténtico, y era incluso posible ver en él la pervivencia, o el rebrote, de una idea casi tan antigua como la historia: la de que el rey y el pueblo llano tienen una especie de alianza en contra de las clases altas; por ejemplo, algunas de las calles de los barrios marginales de Londres exhibieron durante el Jubileo el lema, bastante servil, de «Pobres pero leales». Otros lemas, sin embargo, asociaban la lealtad al rey con la hostilidad hacia el propietario, como «Larga vida al rey. Abajo el propietario» o, más a menudo, «Aquí no queremos propietarios» o «Propietarios fuera». Es demasiado pronto para

decir si la abdicación destruyó por completo el sentimiento monárquico, pero es incuestionable que le asestó un duro golpe. A lo largo de los últimos cuatrocientos años ha ido fluctuando en función de las circunstancias. La reina Victoria, por ejemplo, fue decididamente impopular durante parte de su reinado, y en el primer cuarto del siglo XIX el interés popular por la familia real no fue ni mucho menos tan intenso como cien años después. Es probable que en estos momentos el común de los ingleses sean moderadamente republicanos, pero bien puede ser que otro reinado largo, similar al de Jorge V, haga revivir el sentimiento monárquico y lo convierta —como ocurrió más o menos entre 1880 y 1936— en un factor significativo de la política.

EL SISTEMA DE CLASES INGLÉS

En tiempos de guerra, el sistema de clases inglés es el mejor argumento de la propaganda enemiga. A la acusación del doctor Goebbels de que Inglaterra son todavía «dos naciones», la única respuesta veraz que podría haberse dado es que, de hecho, son tres naciones. Pero la peculiaridad de las diferencias de clase en Inglaterra no es que sean injustas —a fin de cuentas, la riqueza y la pobreza coexisten en casi todos los países— sino anacrónicas. No se corresponden exactamente con diferencias económicas, y el fantasma del sistema de castas merodea, por lo que es, en esencia, un país industrial y capitalista.

Es habitual clasificar la sociedad moderna en tres categorías: la clase alta, o burguesía; la clase media, o pequeña burguesía, y la clase obrera, o proletariado. Esto se ajusta más o menos a la realidad, pero no podemos extraer ninguna conclusión útil si no tenemos en cuenta las subdivisiones que existen en las diferentes clases y comprendemos hasta qué punto la perspectiva inglesa está teñida de romanticismo y de puro esnobismo.

Inglaterra es uno de esos últimos países que siguen aferrados a los aspectos externos del feudalismo. Se mantienen los títulos y se crean otros nuevos sin cesar, y la Cámara de los Lores, formada principalmente por pares cuyo cargo es hereditario, tiene poderes reales. Al mismo tiempo, Inglaterra carece de una verdadera aristocracia. La diferencia de raza en la que acostumbraba a asentarse el gobierno aristocrático estaba desapareciendo ya a finales de la Edad Media, y las familias medievales famosas se han extinguido casi por completo. Las denominadas «antiguas dinastías» son aquellas que se enriquecieron en los siglos XVI, XVII y XVIII. Por otra parte, la idea de que la nobleza existe por derecho propio, de que uno puede ser noble aunque sea pobre, ya se estaba perdiendo en tiempos de la reina Isabel, un hecho que Shakespeare comentó. Y aun así, curiosamente, la clase gobernante inglesa nunca ha llegado a convertirse simple y llanamente en una burguesía. Nunca se ha vuelto una clase puramente urbana o abiertamente comercial. La ambición de ser un noble terrateniente, de poseer y administrar tierras y obtener de las rentas al menos una parte de los ingresos, ha sobrevivido a todos los cambios. De modo que resulta que cada nueva oleada de advenedizos, en lugar de limitarse a reemplazar a la clase gobernante existente, ha adoptado sus hábitos, se ha unido en matrimonio con ella y, después de una o dos generaciones, se ha vuelto indistinguible de ella.

La razón fundamental de esto quizá sea que Inglaterra es muy pequeña y tiene un clima estable y unos paisajes agradablemente variados. En Inglaterra es casi imposible —ni siquiera en Escocia es fácil— estar a más de treinta kilómetros de una población. La vida rural no es en términos generales tan ruda como en países más grandes y con inviernos más fríos, y la integridad relativa de la clase gobernante inglesa —que, al fin y al cabo, no se ha comportado de un modo tan despreciable

como sus homólogos europeos— probablemente esté vinculada al hecho de que se consideran a sí mismos terratenientes feudales. Esta visión la comparten sectores considerables de la clase media. Prácticamente todo aquel que se lo pueda permitir se establece como terrateniente, o al menos hace algún esfuerzo en esa dirección. La casa señorial, con su parque y sus jardines tapiados, reaparece en versión reducida en el chalet de fin de semana del corredor de bolsa; en la casa de la zona residencial, con su césped y su arriate de flores; quizá incluso en las macetas de capuchinas sobre el alféizar de la ventana del apartamento de Bayswater. Esta ensoñación generalizada es indudablemente esnob, ha tendido a asentar las diferencias de clase y ha contribuido a evitar la modernización de la agricultura inglesa, pero está mezclada con una especie de idealismo, el sentimiento de que el estilo y la tradición son más importantes que el dinero.

Dentro de la clase media hay una división muy marcada, cultural y no económica, entre aquellos que aspiran a la nobleza y los que no. Según la clasificación habitual, a todos los que están entre el capitalista y el trabajador que cobra un sueldo semanal se los puede meter en el mismo saco: *la petite bourgeoisie*. Esto significa que el médico de Harley Street, el oficial del ejército, el verdulero, el granjero, el alto funcionario, el procurador, el clérigo, el maestro de escuela, el director de banco, el especulador inmobiliario y el pescador dueño de su propio bote están todos en la misma categoría. Pero nadie en Inglaterra piensa que pertenezcan a la misma clase, y lo que los distingue no es una diferencia en los ingresos sino en el acento, las maneras y, en cierta medida, el punto de vista. Cualquiera que preste alguna atención a las diferencias de clase considerará que un oficial del ejército que cobre mil libras al año es socialmente superior a un tendero que cobre dos mil. Incluso dentro de la clase alta se aplica una distinción similar, pues a una persona con título nobiliario se la trata con más deferencia que a una persona sin título con ingresos superiores. A la gente de clase media, en realidad, se la clasifica según su grado de similitud a la aristocracia; los profesionales liberales, los altos funcionarios, los oficiales de las fuerzas de combate, los profesores de universidad e incluso la *intelligentsia* literaria y científica tienen una posición superior a la del hombre de negocios, aunque en general ganen menos dinero. Esta clase tiene la peculiaridad de que su mayor gasto es la educación. Mientras que un comerciante próspero enviará a su hijo al instituto de bachillerato local, un clérigo con la mitad de sus ingresos comerá de menos durante años para enviar a su hijo a una escuela de prestigio, aun sabiendo que no obtendrá un beneficio directo por el dinero que gaste.

Existe, sin embargo, otra división llamativa en la clase media. Antes, la distinción se hacía entre el hombre que era «un caballero» y el hombre que no lo era. En los últimos treinta años, no obstante, las exigencias de la industria moderna, así como las escuelas técnicas y las universidades provinciales, han dado lugar a un nuevo tipo de hombre, de clase media en lo tocante a sus ingresos y, hasta cierto punto, a sus costumbres, pero poco interesado en su estatus social. Los profesionales como los

ingenieros de radio y los químicos industriales —que han recibido un tipo de educación que no les transmite ninguna reverencia por el pasado y que acostumbran a vivir en bloques de pisos o en urbanizaciones donde el viejo esquema social ha quedado derruido— son lo más parecido a individuos sin clase que posee Inglaterra. Son un sector importante de la población, porque su número crece constantemente. La guerra, por ejemplo, hizo necesaria la formación de unas fuerzas aéreas enormes, de modo que miles de jóvenes procedentes de la clase obrera se graduaron en escuelas técnicas de clase media por medio de la RAF. Cualquier reorganización importante de la industria tendrá ahora efectos similares. Y la postura característica de los técnicos ya se está difundiendo entre estratos más antiguos de la clase media. Un síntoma es que los matrimonios mixtos dentro de la clase media son más libres de lo que solían serlo. Otro es la reticencia creciente, entre la gente con ingresos por debajo de las dos mil libras anuales, a arruinarse en aras de la educación.

Otra serie de cambios, que probablemente tengan su origen en la Ley de Educación de 1871, se están produciendo en el seno de la clase obrera. No se la puede absolver por completo ni de ser esnob ni de ser servil. Para empezar, existe una distinción bastante marcada entre los obreros mejor pagados y los muy pobres. Incluso en la literatura socialista es habitual encontrar referencias desdeñosas a los habitantes de los barrios marginales (la palabra alemana «lumpenproletariat» se usa mucho), y a los trabajadores importados con un nivel de vida bajo, como los irlandeses, se los mira por encima del hombro. Existe además, seguramente, una mayor disposición a aceptar las diferencias de clase como algo permanente, e incluso a aceptar a la clase alta como la clase dirigente natural, que la que perdura en la mayoría de los países. Es significativo que, en pleno desastre, el hombre más capaz de unir a la nación fuese Churchill, un conservador de orígenes aristocráticos. La palabra «*sir*» se usa mucho en Inglaterra, y un hombre cuyo aspecto sea a todas luces de clase alta acostumbra a recibir muchas más deferencias que las que le corresponderían por parte de conserjes, revisores, policías y similares; es este aspecto de la vida inglesa el que les resulta más chocante a los visitantes de Estados Unidos y los Dominios británicos. Y es probable que la tendencia al servilismo no disminuyera en los veinte años transcurridos entre guerra y guerra; puede incluso que haya aumentado, debido principalmente al desempleo.

Pero el esnobismo nunca puede separarse del todo del idealismo. La tendencia a dar a las clases altas más de lo que merecen está mezclada con un respeto por las buenas maneras y por algo que podría definirse vagamente como «cultura». En el sur de Inglaterra al menos, es incuestionable que la mayoría de la gente de clase obrera quiere parecerse a la clase alta en sus maneras y costumbres. La actitud tradicional de desdeñar a los de clase alta por amanerados y repipis se conserva más en las regiones de la industria pesada. Algunos apodos negativos casi han desaparecido, y hasta el *Daily Worker* publica anuncios del «Sastre para los caballeros con clase». Además, en todo el sur de Inglaterra existe una aprensión casi generalizada hacia el acento

cockney. En Escocia y el norte de Inglaterra también hay cierto esnobismo en relación con el acento local, pero ni mucho menos tan fuerte y extendido. Muchos habitantes de Yorkshire se enorgullecen decididamente de su «u» larga y su «a» corta, y las defienden con argumentos lingüísticos. En Londres aún queda gente que dice «fice» en lugar de «face», pero seguramente nadie cree que «fice» sea superior. Incluso aquellos que afirman despreciar a la *bourgeoisie* y todas sus costumbres, se encargan de todos modos de que sus hijos crezcan pronunciando las haches como es debido.

Pero, paralelamente, ha habido un aumento considerable de la conciencia política y de la impaciencia con los privilegios de clase. Desde hace veinte o treinta años, la clase obrera se ha ido volviendo cada vez más hostil hacia la clase alta en el plano político y cada vez menos hostil en el cultural. Esto no tiene nada de incongruente; ambas tendencias son síntomas de la nivelación de las maneras, fruto de la civilización técnica, que hace que el sistema de clases inglés resulte cada vez más un anacronismo.

Las evidentes diferencias de clase que perviven todavía en Inglaterra dejan pasmados a los observadores extranjeros, pero son mucho menos marcadas, y mucho menos reales, que hace treinta años. La gente con un origen social diferente, arrojada toda junta a las fuerzas armadas durante la guerra, o en fábricas y oficinas, o como vigilantes de incendios o voluntarios de la Home Guard, pudo mezclarse mejor que en la guerra de 1914-1918. Merece la pena enumerar las diversas influencias que —mecánicamente, como si dijéramos— tendieron a hacer que los ingleses fueran cada vez menos diferentes los unos de los otros.

En primer lugar, la mejora de la técnica industrial. Cada año hay menos gente contratada en trabajos manuales pesados, que les provocan un cansancio constante y, debido a la hipertrofia de determinados músculos, les dejan un porte característico. En segundo lugar, las mejoras en la vivienda. Entre las dos guerras, la mayor parte del realojamiento estuvo a cargo de las autoridades locales, que crearon un tipo de casa (la casa de protección oficial, con su baño, su jardín, su cocina independiente y su inodoro en el interior) que está más cerca del chalet de un corredor de bolsa que de la casita de un campesino. En tercer lugar, la fabricación en serie de muebles que, en tiempos normales, se pueden comprar mediante el sistema de pago a plazos. El resultado es que el interior de una casa de clase obrera se parece mucho más al de una casa de clase media que una generación atrás. En cuarto lugar, y quizá sea lo más importante de todo, la producción en serie de ropa barata. Hace treinta años, en Inglaterra se podía determinar el estatus social de prácticamente cualquier persona por su aspecto, incluso a doscientos metros de distancia. Toda la clase obrera vestía con ropa preconfeccionada, que no sólo no se ajustaba bien sino que a menudo seguía las modas de la clase alta con diez o quince años de retraso. La gorra de paño era prácticamente un distintivo del estatus social. Era de uso universal entre la clase obrera, mientras que la clase alta sólo la llevaba para jugar al golf o para el tiro al

blanco. Este estado de cosas está cambiando rápidamente. Ahora la ropa preconfeccionada sigue las modas muy de cerca, se fabrica en muchas tallas diferentes para adaptarse a todo tipo de figura e, incluso cuando está hecha con tejidos muy baratos, a simple vista no es muy diferente de la ropa cara. Así pues, cada año es más difícil, especialmente en el caso de las mujeres, determinar de un vistazo el estatus social.

La literatura y los entretenimientos producidos en serie tienen el mismo efecto. Los programas de radio, por ejemplo, son por fuerza los mismos para todo el mundo. Las películas, si bien a menudo tienen una postura implícita extremadamente reaccionaria, deben resultarle atractivas a un público de millones de personas y, por tanto, no pueden incitar al antagonismo de clase. Lo mismo ocurre con algunos de los periódicos de mayor tirada —los lectores del *Daily Express*, por ejemplo, provienen de todos los estratos sociales—, y también sucede con algunas de las revistas que han aparecido en los últimos doce años; *Punch* es obviamente de clase media y alta, pero *Picture Post* no está dirigida a ninguna clase en concreto. Asimismo, las bibliotecas de préstamos y los libros baratos, como los de Penguin, popularizan el hábito de la lectura y probablemente tienen un efecto nivelador en los gustos literarios. Incluso los gustos culinarios tienden a uniformizarse debido a la proliferación de restaurantes baratos pero bastante elegantes, como los de Messieurs Lyons.

No tenemos razones para dar por hecho que las diferencias de clase estén desapareciendo realmente; la estructura esencial de Inglaterra sigue siendo casi la misma que en el siglo XIX. Pero es evidente que las diferencias reales entre un hombre y otro están disminuyendo, y este hecho lo comprenden y lo aplauden personas que hace sólo unos años se aferraban desesperadamente a su prestigio social.

Cualquiera que sea el destino último de los más ricos, la tendencia de la clase obrera y de la clase media es a todas luces la de fusionarse. Puede ocurrir más rápido o más despacio, en función de las circunstancias. La guerra aceleró el proceso, y puede que otros diez años de racionamiento general, ropa funcional, impuestos elevados y servicio militar obligatorio lo completen de una vez por todas. Los efectos finales no podemos preverlos. Hay observadores, tanto nacionales como extranjeros, que creen que el nivel considerable de libertad del que se goza en Inglaterra depende de un sistema de clases bien definido. La libertad, según algunos, es incompatible con la igualdad. Pero al menos es seguro que la tendencia actual es hacia una mayor igualdad social, y que eso es lo que desea la inmensa mayoría del pueblo inglés.

LA LENGUA INGLESA

La lengua inglesa tiene dos características excepcionales de las que derivan en último término la mayoría de sus pequeñas rarezas. Estas características son un vocabulario muy amplio y la sencillez de su gramática.

Si no es el más amplio del mundo, el vocabulario inglés está sin duda entre los que más lo son. El inglés consiste en realidad en dos lenguas, el anglosajón y el francés normando, y a lo largo de los tres últimos siglos se ha reforzado enormemente con palabras nuevas creadas de forma expresa a partir de raíces latinas y griegas. Pero, además, este vocabulario se amplía en mayor medida de lo que parece mediante la práctica de convertir una categoría léxica en otra. Por ejemplo, casi todos los sustantivos pueden usarse como verbos, lo que en la práctica proporciona una gama adicional de verbos, de modo que tenemos «knife» y «stab», «school» y «teach», «fire» y «burn»,[*] y así sucesivamente. Por otro lado, ciertos verbos pueden tener hasta veinte significados diferentes con sólo añadirles preposiciones, como, por ejemplo, «get out of», «get up», «give out» o «take over».[*] Los verbos también pueden transformarse en sustantivos con una libertad considerable, y por medio de afijos como *-y*, *-ful* o *-like*, cualquier sustantivo se convierte en un adjetivo. Más libremente que en la mayoría de las lenguas, los verbos y los adjetivos pueden pasar a tener el significado opuesto añadiéndoles el prefijo *un-*. Y se puede añadir énfasis a los adjetivos o darles un giro nuevo asociándolos a un sustantivo; por ejemplo, «lily-white», «sky-blue», «coal-black», «iron-hard», etcétera.[*]

Pero el inglés posee además, y hasta extremos innecesarios, un lenguaje prestado. Se apodera de buena gana de cualquier palabra extranjera que parezca satisfacer una necesidad, a menudo alterando su significado en el proceso. Un ejemplo reciente es el término «blitz». Como verbo, no apareció impreso hasta finales de 1940, pero ya ha pasado a formar parte del idioma. Otros ejemplos del enorme arsenal de préstamos léxicos son «garage», «charabanc», «alias», «alibi», «steppe», «thug», «role», «menu», «lasso», «rendezvous» y «chemise». Se verá que en la mayoría de los casos existe un término inglés equivalente, por lo que esos préstamos vienen a acrecentar un inventario de sinónimos ya de por sí extenso.

La gramática inglesa es sencilla. El lenguaje no tiene apenas flexiones, una peculiaridad que lo distingue de casi todos los idiomas al oeste de China. Cualquier verbo regular inglés tiene sólo tres conjugaciones: la tercera persona del singular, el participio presente y el participio pasado. Así, por ejemplo, el verbo «to kill» («matar») consiste en «kill», «kills», «killing», «killed», y eso es todo. Existe, claro está, una gran riqueza de tiempos verbales, con unas diferencias de significado muy sutiles; pero estas se consiguen con el uso de verbos auxiliares modales que apenas tienen flexiones; así, «may», «might», «shall», «will», «should» y «would» no se conjugan de ningún modo, salvo en la obsoleta segunda persona del singular. El

resultado es que todas las personas en todos los tiempos verbales de un verbo como «to kill» pueden expresarse con sólo unas treinta palabras incluyendo los pronombres, o unas cuarenta si incluimos la segunda persona del singular. En francés, por ejemplo, la cifra rondaría las doscientas palabras. Y el inglés tiene, además, la ventaja añadida de que los verbos auxiliares que se usan para marcar el tiempo verbal son iguales en todos los casos.

No existe en inglés nada parecido a la declinación nominal, ni al género. Tampoco hay demasiados plurales o comparativos irregulares. Además, la tendencia es siempre hacia una mayor simplicidad, tanto en la gramática como en la sintaxis; las frases largas con subordinadas son cada vez más impopulares, las construcciones irregulares pero que ahorran tiempo, como el «subjuntivo americano» («it is necessary that you go», en lugar de «it is necessary that you should go»)[*] ganan terreno, y las normas complicadas, como la diferencia entre «shall» y «will», o entre «that» y «which», se ignoran cada vez más. Si continúa evolucionando en la dirección actual, el inglés acabará teniendo más en común con las lenguas sin flexiones del Lejano Oriente que con las de Europa.

La mayor cualidad del inglés es su enorme variedad no sólo de significados, sino también de tono. Es capaz de sutilezas sin fin, y de cualquier cosa desde la retórica más altisonante a la ordinariez más brutal. Por otro lado, la sencillez de la gramática hace que sea fácilmente comprensible. Es el lenguaje de la poesía lírica, pero también el de los titulares. En los niveles más básicos es fácil de aprender, a pesar de su ortografía irracional. Además, se puede reducir con fines internacionales a dialectos muy simples, desde el «Basic English» al «Bêche-de-Mer English» que se utiliza en el Pacífico Sur. Es por tanto muy apropiado para usarlo como lengua franca, y de hecho se ha difundido más ampliamente que cualquier otro idioma.

Pero existen también grandes desventajas, o al menos grandes peligros, cuando uno tiene el inglés como lengua nativa. Para empezar, como ya he señalado antes, los ingleses son unos lingüistas pésimos. Su idioma tiene una gramática tan simple que, a menos que hayan sido sometidos a la disciplina de aprender una lengua extranjera en la niñez, a menudo son por completo incapaces de entender qué son el género, la persona y el caso. Un indio totalmente analfabeto aprende el inglés mucho más rápido de lo que un soldado británico aprende el indostaní. Casi cinco millones de indios saben leer y escribir en inglés, y algunos millones más lo hablan en una variante simplificada. Hay decenas de miles de indios que hablan inglés con toda la corrección que es posible; sin embargo, el número de ingleses que hablan correctamente alguna lengua india no debe de ascender más que a unas pocas docenas. Pero el gran punto débil del inglés es su capacidad para rebajarse; dado que es tan fácil de usar, es fácil usarlo mal.

Escribir en inglés, e incluso hablarlo, no es una ciencia sino un arte. No hay reglas fiables; sólo tenemos el principio general de que las palabras concretas son mejores que las abstractas y de que la forma más corta de decir algo es siempre la

mejor. La mera corrección no es ninguna garantía de una buena escritura. Una frase como «An enjoyable time was had by all present» («Todos los asistentes se divirtieron mucho») es perfectamente correcta en inglés, y también lo es el revoltijo ininteligible de palabras de una declaración de impuestos. Todo aquel que escribe en inglés se enzarza en una lucha que no afloja ni en una sola frase. Lucha contra la ambigüedad, contra lo abstruso, contra la tentación del adjetivo decorativo, contra la intrusión del latín y el griego y, por encima de todo, contra las expresiones trilladas y las metáforas muertas que proliferan en el idioma. Al hablarlo es más fácil esquivar estos peligros, pero el inglés hablado difiere del inglés escrito de forma más acusada que en la mayoría de los idiomas. En la lengua hablada, toda palabra que se pueda omitir se omite, y cualquier posible abreviación se usa. El significado se transmite en gran medida mediante el énfasis, aunque, curiosamente, los ingleses no gesticulan, como cabría razonablemente esperar. Una frase como «No, I don't mean that one, I mean that one» («No, no me refiero a ese, me refiero a ese») es perfectamente inteligible si se pronuncia en voz alta, incluso sin gestos. Pero el inglés hablado, cuando intenta ser solemne y lógico, acostumbra a adoptar todos los vicios del inglés escrito, como se puede ver pasando media hora en la Cámara de los Comunes o en el Marble Arch.

El inglés es particularmente susceptible a las jergas; los médicos, los científicos, los hombres de negocios, los funcionarios, los deportistas, los economistas y los teóricos políticos, todos ellos tienen su perversión característica del lenguaje, que puede estudiarse en las revistas adecuadas, desde *The Lancet* hasta *Labour Monthly*. Pero es probable que el mayor enemigo mortal del buen inglés sea lo que se conoce como «inglés estándar». No cabe duda de que ese dialecto tedioso, el lenguaje de los editoriales, de los libros blancos del gobierno, de los discursos políticos y de los noticiarios de la BBC, se está propagando; lo está haciendo hacia abajo en la escala social, y hacia fuera en el lenguaje hablado. Se caracteriza por su dependencia de expresiones prefabricadas —«a su debido tiempo», «en cuanto haya oportunidad», «cálido agradecimiento», «el más sentido pesar», «explorar todas las vías», «darle un giro al asunto», «romper una lanza», «presunción fundada», «respuesta en sentido afirmativo», etcétera, etcétera—[*] que puede que en su día fuesen frescas y vívidas, pero que ahora se han convertido en simples instrumentos para no pensar y mantienen la misma relación con el inglés vivo que la que una muleta mantiene con una pierna. Todo aquel que prepara una retransmisión o que escribe una carta al *Times* adopta ese tipo de lenguaje casi instintivamente, y también contagia al lenguaje hablado. Tanto se ha debilitado nuestra lengua que la cháchara imbécil del ensayo de Swift *Polite Conversation* (una sátira sobre la forma de hablar de la clase alta en tiempos de Swift) sería de hecho una conversación bastante buena para los estándares modernos.

Esta decadencia temporal del inglés se debe, como tantas otras cosas, a nuestro anacrónico sistema de clases. El inglés «culto» ha ido languideciendo porque durante mucho tiempo no ha sido revigorizado desde abajo. La gente más proclive a usar un

lenguaje sencillo y concreto, y a idear metáforas que evoquen realmente una imagen visual, es aquella que está en contacto con la realidad física. Es más fácil que una expresión útil, como «bottleneck» («cuello de botella»), por ejemplo, se le ocurra a alguien acostumbrado a vérselas con una cinta transportadora, mientras que, por su parte, la elocuente expresión militar «winkle out» («sacarlos de su madriguera») implica cierta familiaridad tanto con madrigueras como con nidos de ametralladoras. Y la vitalidad del inglés depende del suministro constante de imágenes de este tipo, de lo cual se deduce que la lengua, si más no la lengua inglesa, se ve perjudicada cuando las clases cultas pierden el contacto con los trabajadores manuales. Tal y como están las cosas, prácticamente todos los ingleses, sea cual sea su origen social, tienen la impresión de que la forma de hablar de la clase obrera, e incluso sus frases hechas, son inferiores. El *cockney*, el dialecto más extendido, es el más denostado de todos. Cualquier palabra o cualquier giro supuestamente *cockney* es considerado vulgar, incluso cuando, como ocurre a veces, se trata de un mero arcaísmo. Un ejemplo es «ain't», que ahora ha quedado abandonado por la forma mucho más insulsa «aren't». Pero «ain't» era perfecto inglés hace ochenta años, y la reina Victoria habría dicho «ain't».

A lo largo de los últimos cuarenta años, y especialmente desde hace doce, el inglés ha tomado muchos préstamos del americano, mientras que Estados Unidos no ha mostrado tendencia alguna a tomar préstamos del inglés. La razón es en parte política. El sentimiento antibritánico en Estados Unidos es mucho más fuerte que el sentimiento antiamericano en Inglaterra, y a la mayoría de los estadounidenses no les gusta utilizar una palabra o expresión que sepan que es británica. Pero el americano ha logrado introducirse en Inglaterra, gracias en parte a la cualidad vívida y casi poética de su lenguaje coloquial; por otro lado, porque ciertos usos americanos (por ejemplo, la formación de verbos añadiendo *-ise* al sustantivo) ahorran tiempo y, por encima de todo, porque uno puede adoptar una palabra americana sin cruzar ninguna frontera de clase. Desde el punto de vista inglés, las palabras norteamericanas no llevan ninguna etiqueta de clase. Esto se aplica incluso a la jerga de los ladrones: términos como «secuaz» («stooge») y «chivato» («stoolpigeon») se consideran mucho menos vulgares que otros como «soplón» («nark») y «rajado» («split»). Incluso a un inglés muy esnob seguramente no le importaría llamar «cop» a un policía, que es una palabra americana, pero sí tendría inconveniente en llamarlo «copper», que es inglés de clase obrera. Para esta última, por otro lado, el uso de americanismos es una forma de evitar el *cockney* sin adoptar el dialecto de la BBC, que detesta instintivamente y no resulta fácil dominar. De ahí que, especialmente en las ciudades, los niños de clase obrera utilicen ahora coloquialismos americanos desde el mismo momento en que aprenden a hablar. Y hay una tendencia considerable a emplear americanismos incluso cuando no son coloquiales y ya existe un equivalente inglés. Es el caso, por ejemplo, de tranvía («car/tram»), escaleras mecánicas («escalator/moving staircase»), coche («automobile/motor-car»).

Este proceso seguramente se prolongará algún tiempo. No es posible frenarlo limitándose a protestar, y, en cualquier caso, muchas palabras y expresiones americanas merecen ser adoptadas. Algunas son neologismos necesarios, mientras que otras (por ejemplo, «fall» por «autumn»)[*] son términos antiguos que jamás tendríamos que haber desechado. Pero debemos darnos cuenta de que, en general, el inglés americano es una mala influencia que ya ha tenido un efecto empobrecedor.

Para empezar, el americano tiene algunos de los vicios del inglés en versión exagerada. El carácter intercambiable de las categorías lingüísticas se ha llevado más lejos, la distinción entre verbos transitivos e intransitivos tiende a desmoronarse, y muchas palabras se usan sin significado alguno. Por ejemplo, mientras que el inglés modifica el significado de un verbo fijándole una preposición, en el americano la tendencia es la de recargar todo verbo con preposiciones que no añaden nada a su significado («win out», «lose out», «face up to», etcétera). Por otro lado, el americano ha roto de una forma más completa con el pasado y las tradiciones literarias que el inglés. No sólo crea palabras como «beautician», «moronic» y «sexualise», sino que a menudo reemplaza palabras fundamentales y potentes por flojos eufemismos. Por ejemplo, muchos americanos consideran al parecer que la palabra «death» («muerte») y los diversos términos asociados a ella («corpse», «coffin», «shroud»: «cadáver», «ataúd», «mortaja») son casi innombrables. Pero, por encima de todo, la adopción incondicional del lenguaje americano probablemente suponga una pérdida enorme de vocabulario, ya que, si bien el inglés americano crea giros vívidos e ingeniosos, es muy pobre en lo tocante a nombres para objetos naturales y topónimos. En Estados Unidos, incluso las calles de las ciudades acostumbran a ser conocidas por números en lugar de nombres. Si realmente pretendiésemos modelar nuestra lengua a imagen y semejanza del inglés americano, tendríamos que coger las mariquitas, los zancudos, las moscas de sierra, los barqueritos, los escarabajos peloteros, los escarabajos del reloj de la muerte y los grillos y meterlos a todos dentro del inexpresivo nombre de «bug» («bichos»). Tendríamos que abandonar los nombres poéticos de nuestras flores silvestres, y también, probablemente, nuestra costumbre de otorgarle un nombre particular a cada calle, *pub*, prado, sendero y loma. En la medida en que se adopte el inglés americano, esa será la tendencia. Esos que extraen su lenguaje de las películas, o de revistas como *Life* o *Time*, prefieren siempre una palabra resultona que ahorre tiempo a otra con una historia detrás. En cuanto al acento, es cuestionable que el americano tenga la superioridad que está de moda reivindicar. El acento americano «culto», un producto de los últimos treinta años, es sin duda malísimo y es probable que sea abandonado, pero el inglés de a pie seguramente habla con tanta claridad como el estadounidense de a pie. La mayoría de los ingleses mezclan las vocales, pero la mayoría de los norteamericanos se comen las consonantes; muchos pronuncian, por ejemplo, «water», como si no tuviera ninguna «t», o incluso como si no hubiera ninguna consonante más que la «w». En general, tenemos motivos para mirar el

inglés americano con recelo. Debemos estar dispuestos a tomar prestadas sus mejores palabras, pero no podemos dejar que modifique la estructura de nuestra lengua.

De todos modos, no tenemos ninguna posibilidad de oponernos a la influencia americana a menos que inyectemos savia nueva en nuestro inglés. Y es difícil hacerlo cuando se impide que las palabras y las frases hechas circulen libremente por todos los sectores de la población. Hoy en día, a los ingleses de todas las clases les parece natural expresar incredulidad mediante la expresión coloquial americana «sez you». Muchos incluso dirían de buena fe que «sez you» no tiene ningún equivalente inglés. En realidad hay un sinfín de ellos, como, por ejemplo, «not half» («ni de coña»), «I don't think» («no creo»), «come off it» («venga ya»), «less of it» («menos lobos»), «and then you wake up» («y entonces te despiertas») o, sencillamente, «garn» («¡anda!»). Pero la mayoría serían considerados vulgares; nunca veríamos una expresión como «not half» en un editorial del *Times*, por ejemplo. Por otro lado, muchos términos abstractos necesarios, especialmente los de raíz latina, son rechazados por la clase obrera porque suenan a escuela de pago, amanerados y de postín. La lengua debería ser la creación conjunta de poetas y trabajadores manuales, y en la Inglaterra moderna es muy difícil que estas dos clases se encuentren. Cuando puedan volver a hacerlo —como podían, de una forma diferente, en el pasado feudal —, tal vez el inglés revele de un modo más claro que ahora su parentesco con la lengua de Shakespeare y Defoe.

EL FUTURO DEL PUEBLO INGLÉS

Este no es un libro sobre política exterior, pero si pretendemos hablar del futuro del pueblo inglés, debemos empezar por considerar el tipo de mundo en el que probablemente vivirá y el papel concreto que desempeñará en él.

Las naciones no acostumbran a extinguirse, y el pueblo inglés seguirá existiendo dentro de cien años, pase lo que pase entretanto. Pero si Gran Bretaña quiere sobrevivir como eso que llamamos una «gran» nación y desempeñar un papel importante y útil en los asuntos mundiales, hay que dar ciertas cosas por seguras. Debemos contar con que Gran Bretaña siga manteniendo buenas relaciones con Rusia y Europa, conserve sus vínculos particulares con América y los Dominios, y resuelva el problema con la India de algún modo amistoso. Son tal vez muchas cosas que dar por hechas, pero sin ellas no hay demasiada esperanza para la civilización en conjunto, y aún menos para la propia Gran Bretaña. Si la encarnizada lucha internacional de los últimos veinte años continúa, en el mundo sólo quedará espacio para dos o tres grandes potencias, y a la larga Gran Bretaña no será una de ellas. No tiene ni la población ni los recursos necesarios. En un mundo dominado por la política de poder, los ingleses acabarían reducidos a un pueblo satélite, y se perdería la aportación particular que está en sus manos hacer.

Pero ¿cuál es esa aportación particular? La cualidad excepcional y —para los estándares contemporáneos— sumamente original de los ingleses es su costumbre de no matarse los unos a los otros. Al margen de pequeños estados «modelo», que están en una posición excepcional, Inglaterra es el único país europeo en el que la política nacional se lleva de un modo más o menos humano y decente. Es el único país —y esto ya era así mucho antes del ascenso del fascismo— donde no hay hombres armados rondando por las calles y nadie vive con miedo a la policía secreta. Y el conjunto del Imperio británico, a pesar de sus abusos flagrantes, de su anquilosamiento en unos lugares y de su explotación en otros, al menos tiene el mérito de ser pacífico dentro de sus fronteras. Siempre ha conseguido arreglárselas con un número muy reducido de hombres armados, pese a contener una cuarta parte de la población del planeta. En el período de entreguerras, sus fuerzas armadas ascendían a unos seiscientos mil hombres, de los cuales una tercera parte eran indios. Cuando estalló la guerra, el imperio al completo fue capaz de movilizar alrededor de un millón de hombres entrenados; casi tantos como los que podría haber movilizado, por ejemplo, Rumanía. Los ingleses son probablemente más capaces que la mayoría de los pueblos de llevar a cabo cambios revolucionarios sin derramamientos de sangre. Si hubiera algún lugar donde fuese posible abolir la pobreza sin destruir las libertades, ese sería Inglaterra. Y si los ingleses se tomaran la molestia de hacer que su democracia funcionara, se convertirían en los líderes de Europa occidental, y es probable que también de algunas otras partes del mundo. Proporcionarían la tan necesitada alternativa al autoritarismo ruso, por un lado, y al materialismo

estadounidense, por otro.

Sin embargo, para tener un papel destacado, los ingleses tienen que saber qué están haciendo, y tienen que conservar su vitalidad. Para ello, deben producirse ciertos avances en la próxima década: un aumento en la tasa de natalidad, más igualdad social, menos centralización y más respeto por el intelecto.

Hubo un pequeño incremento de la tasa de natalidad durante los años de la guerra, pero seguramente fue insignificante, y la tendencia general es negativa. La situación no es por completo tan desesperada como se dice a veces, pero, para corregirla, la curva de población debe subir vertiginosamente y, además, hacerlo dentro de los próximos diez o, como máximo, veinte años. De otro modo, la población no sólo caerá, sino que, peor aún, estará formada de manera predominante por personas de mediana edad. Si se alcanza ese punto, puede que el descenso no se pueda subsanar jamás.

En el fondo, las causas de la reducción de la natalidad son económicas. Es un disparate decir que esto ha ocurrido porque a los ingleses les dan igual los hijos. En el siglo XIX había una tasa de natalidad altísima, y tenían una actitud hacia ellos que a día de hoy nos parece increíblemente desalmada. Sin apenas condena pública, se vendía a niños de tan sólo seis años para trabajar en las minas, y la muerte de un hijo, el suceso más espantoso que la gente de hoy sea capaz de imaginar, se veía como una tragedia de muy poca importancia. En cierto modo, lo cierto es que en la actualidad los ingleses tienen familias pequeñas porque les tienen mucho cariño a los hijos. Creen que está mal traer un niño al mundo a no ser que uno tenga la completa seguridad de que será capaz de mantenerlo, y a un nivel no inferior al de uno mismo. En los últimos cuarenta años, crear una gran familia suponía que los hijos tendrían que ir peor vestidos que otros de su mismo grupo, recibirían menos comida y menos atención y, seguramente, empezarían antes a trabajar. Y esta idea se aplicaba a todas las clases salvo a los muy ricos y a los desempleados. No cabe duda de que la escasez de niños se debe en parte a la rivalidad de otros intereses, como los coches y las radios, pero la causa principal es una mezcla típicamente inglesa de esnobismo y altruismo.

El instinto filoprogenitor probablemente volverá cuando las familias bastante numerosas sean ya la norma, pero los primeros pasos en esta dirección deben ser económicos. La tímida concesión de subsidios a las familias no servirá, en particular cuando haya una escasez grave de vivienda, como la que se produce ahora. La gente debería estar en una posición más acomodada para tener hijos, como ocurre en una comunidad agrícola, en lugar de quedar incapacitada económicamente, como ocurre en la nuestra. Cualquier gobierno, con unos pocos plumazos, podría hacer que no tener hijos fuera una losa financiera tan insoportable como lo es hoy en día una familia numerosa; pero ningún gobierno se ha decidido a hacerlo, debido a la idea ignorante de que una población más grande supone más desempleados. Los impuestos deberían aplicarse por tramos, de un modo mucho más drástico que el que

haya propuesto nadie hasta la fecha, para promover la natalidad e impedir que las mujeres con hijos pequeños se vean obligadas a trabajar fuera de casa. Y esto implica un reajuste de los alquileres, una mejora de los servicios públicos en lo tocante a guarderías y parques infantiles, y la construcción de casas más grandes y apropiadas. Y, probablemente, también la ampliación y mejora de la educación gratuita, de modo que las familias de clase media no desaparezcan a causa de matrículas escolares inasumibles, como ocurre hoy en día.

Los ajustes económicos deberían ser el primer paso, pero también es preciso un cambio de perspectiva. En la Inglaterra de los últimos treinta años, ha parecido de lo más natural que en los bloques de apartamentos se rechazara a los inquilinos con hijos; que se vallaran los parques y plazas para mantener fuera a los niños; que el aborto, en teoría ilegal, fuera considerado un simple pecadillo, y que el objetivo principal de la publicidad fuera popularizar el concepto de «pasarlo bien» y mantenerse joven todo el tiempo posible. Incluso el culto a los animales, fomentado por los periódicos, ha aportado su granito de arena a la disminución de la tasa de natalidad. Las autoridades no se han preocupado seriamente de esta cuestión hasta hace muy poco. Gran Bretaña tiene hoy un millón y medio de niños menos que en 1914, y un millón y medio de perros más. Pero todavía hoy, cuando el gobierno diseña una casa prefabricada, la hace con sólo dos dormitorios; es decir, con espacio para dos hijos como máximo. Cuando uno considera la historia de los años de entreguerras, sorprende quizá que la tasa de natalidad no haya caído de forma aún más catastrófica. Pero no es probable que crezca hasta el nivel de reemplazo mientras aquellos que están en el poder, así como la gente de a pie, no se den cuenta de que los niños son más importantes que el dinero.

Puede que los ingleses no encuentren tan fastidiosas las diferencias de clase, que sean más tolerantes con los privilegios y cosas absurdas como los títulos nobiliarios, que la mayoría de los demás. Pero existen no obstante, como he señalado antes, un deseo creciente de una mayor igualdad y una tendencia, entre quienes cuentan con unos ingresos por debajo de las dos mil libras anuales, a que las diferencias entre clase y clase vayan desapareciendo. En la actualidad esto está ocurriendo sólo de forma mecánica y en gran medida como resultado de la guerra. La cuestión es cómo puede acelerarse, pues incluso la transición a una economía centralizada que, a excepción tal vez de Estados Unidos, se está produciendo con un nombre u otro en todos los países, garantiza en sí misma una mayor igualdad entre los hombres. Cuando la civilización ha alcanzado ya un nivel tecnológico bastante alto, las diferencias de clase son un mal evidente. No sólo llevan a una gran cantidad de gente a desperdiciar sus vidas en busca del prestigio social, sino que provocan un desperdicio enorme de talento. No se trata únicamente de que en Inglaterra la propiedad se concentre en unas pocas manos; también todo el poder, tanto administrativo como financiero, pertenece a una sola clase. Al margen de un puñado de políticos laboristas y de hombres «hechos a sí mismos», los que controlan nuestros

destinos son producto de aproximadamente una docena de colegios de prestigio y un par de universidades. Una nación está usando al máximo sus capacidades cuando cualquier hombre puede acceder a un trabajo para el que esté cualificado. Para comprobar que este no es el caso en Inglaterra, sólo tenemos que pensar en algunas de las personas que han ocupado puestos de importancia vital en los últimos veinte años y preguntarnos qué habría sido de ellos si hubiesen nacido en el seno de la clase obrera.

Además, las diferencias de clase suponen un desgaste incesante de la moral, tanto en tiempos de paz como de guerra. Y cuanto más consciente se vuelve el conjunto de gente, cuanto mejor es su educación, tanto mayor es el desgaste. La palabra «Ellos», el sentir universal de que «Ellos» tienen todo el poder y toman todas las decisiones, y de que sólo se puede influir en «Ellos» por medios indirectos e inciertos, es un gran obstáculo en Inglaterra. En 1940, el «Ellos» mostró una marcada tendencia a dar paso al «Nosotros», y es hora de que lo haga de forma permanente. Tres medidas son a todas luces necesarias, y comenzarían a surtir efecto en unos pocos años.

La primera es una subida y una reducción proporcionales de los ingresos. La flagrante desigualdad de riqueza que existía en Inglaterra antes de la guerra no puede permitirse de nuevo. Por encima de un cierto punto —que debería guardar una proporción fija con el salario más bajo en cada momento—, todos los ingresos deberían ser eliminados a base de impuestos. Al menos en teoría, esto ya ha ocurrido, con resultados beneficiosos. La segunda medida necesaria es que haya más democracia en la educación. Un sistema educativo completamente unificado quizá no sea deseable; algunos adolescentes le sacan partido a la educación superior y otros no, es necesario diferenciar entre la enseñanza de letras y la técnica, y es mejor que sigan existiendo unas pocas escuelas experimentales independientes. Pero debería ser la norma, como lo es ya en algunos países, que todos los niños asistieran al mismo tipo de escuelas hasta los doce años de edad, o al menos hasta los diez. Por encima de esa edad se vuelve necesario separar a los niños más dotados de los que lo son menos, pero un sistema educativo uniforme en los primeros años arrancaría una de las raíces más profundas del esnobismo.

La tercera medida que hace falta es eliminar las etiquetas de clase de la lengua inglesa. No es deseable que todos los acentos locales desaparezcan, pero debería haber una forma de hablar que fuera decididamente nacional y que no se limitara a ser una copia —como el acento de los locutores de la BBC— de las peculiaridades de la clase alta. Este acento nacional —una modificación del *cockney*, tal vez, o de uno de los acentos del norte— debería enseñárseles de forma sistemática a todos los niños por igual. Después de eso podrían volver, y en algunas zonas del país seguramente lo harían, al acento local, pero serían capaces de hablar en inglés estándar si así lo quisieran. Nadie debería llevar «la marca grabada en la lengua». Debería ser imposible, como lo es en Estados Unidos y en algunos países europeos, deducir el estatus de alguien por su acento.

Necesitamos también un menor grado de centralización. La agricultura inglesa se revitalizó durante la guerra, y ese renacimiento podría continuar, pero el pueblo inglés sigue teniendo una perspectiva demasiado urbana. Desde el punto de vista cultural, además, el país está excesivamente centralizado. No sólo el conjunto de Gran Bretaña está en la práctica gobernado desde Londres, sino que el sentimiento localista —el sentimiento de ser, pongamos, de Anglia Oriental o del sudoeste de Inglaterra además de inglés— se ha debilitado mucho a lo largo del pasado siglo. La ambición del trabajador agrícola suele ser la de llegar a una ciudad, y el intelectual de provincias siempre quiere mudarse a Londres. Tanto en Gales como en Escocia hay movimientos nacionalistas, pero están fundados en un resentimiento económico contra Inglaterra más que en un orgullo local genuino. Tampoco hay ningún movimiento literario o artístico de importancia que sea verdaderamente independiente de Londres y de las ciudades universitarias.

No está claro que esta tendencia centralizadora sea reversible por completo, pero se podría hacer mucho por refrenarla. Tanto Escocia como Gales podrían y deberían ser mucho más autónomos que en la actualidad. Las universidades provinciales deberían equiparse de un modo más generoso, y habría que subvencionar la prensa provincial. (En estos momentos, casi toda Inglaterra está «cubierta» por ocho periódicos londinenses. Ninguno de gran tirada, ni ninguna revista de primera línea, se edita fuera de la capital). El problema de conseguir que la gente, y especialmente la gente joven y con energía, se quede en el campo se resolvería en parte si los agricultores tuviesen mejores casas, las poblaciones rurales estuviesen más civilizadas y el servicio de autobús fuera más eficaz en estas zonas. Por encima de todo, habría que estimular el orgullo local en la escuela primaria. Todo niño debería aprender por sistema algo de la historia y la topografía de su condado. La gente tendría que sentirse orgullosa de su región, sentir que sus paisajes, su arquitectura e incluso su cocina son los mejores del mundo. Y sentimientos así, que sí existen en ciertas zonas del norte pero que han decaído en la mayor parte de Inglaterra, reforzarían la unidad nacional más que debilitarla.

Se ha sugerido antes que la supervivencia de la libertad de expresión en Inglaterra es en parte consecuencia de la estupidez. La gente no es lo bastante intelectual como para dedicarse a cazar herejes. No queremos que se vuelvan menos tolerantes y, vistos los resultados, tampoco querríamos que desarrollaran la sofisticación política que se impuso en la Alemania anterior a Hitler o en la Francia anterior a Pétain. Aun así, los instintos y tradiciones en los que confían los ingleses les hacían mejor servicio cuando eran un pueblo excepcionalmente afortunado, protegido por la geografía de catástrofes graves. En el siglo XX, los intereses limitados del hombre común, el nivel bastante bajo de la educación inglesa, el desdén por los «intelectualoides» y la apatía casi general hacia las cuestiones estéticas son cargas muy pesadas.

Lo que piensan las clases altas de los «intelectualoides» puede juzgarse

atendiendo a la Lista de Honores. Las clases altas consideran que los títulos son muy importantes y, sin embargo, casi nunca se confiere ningún honor importante a alguien que podamos definir como un intelectual. Con muy pocas excepciones, los científicos no pasan del título de *baronet*, y ningún hombre de letras pasa del de caballero. Pero la actitud del ciudadano de la calle no es mejor. No le inquieta la reflexión de que Inglaterra gasta cientos de millones al año en cerveza y quinielas mientras la investigación científica languidece por falta de fondos, o que nos podamos permitir innumerables canódromos pero ni un solo teatro nacional. En el período de entreguerras, Inglaterra toleró la existencia de periódicos, películas y programas de radio de una necedad inaudita, y estos, cegando los ojos del público ante problemas de vital importancia, generaron en él un alelamiento aún mayor. Esta necedad de la prensa inglesa es en parte artificial, dado que obedece al hecho de que los periódicos viven de los anuncios de bienes de consumo. Durante la guerra los diarios se volvieron mucho más inteligentes sin perder público, y millones de personas leían una prensa que unos años antes habrían rechazado por ser insoportablemente «intelectualoide». Sin embargo, existe no sólo un gusto de un nivel bastante bajo, sino un desconocimiento generalizado de que las consideraciones estéticas puedan tener alguna importancia. El realojamiento y los planos de urbanismo suelen ser sometidos a debate sin la más mínima mención a la belleza o la fealdad. Los ingleses son grandes amantes de las flores, la jardinería y la «naturaleza», pero esto forma parte, simplemente, de su difusa aspiración a una vida agrícola. En general, no tienen ningún problema con la urbanización a pie de carretera ni con la suciedad y el caos de las poblaciones industriales. No ven nada de malo en sembrar los bosques de bolsas de papel y en llenar cada charca y riachuelo de latas y cuadros de bicicleta. Y están más que dispuestos a escuchar a cualquier periodista que les diga que confíen en sus instintos y desdeñen a los «intelectualoides».

Una de las consecuencias de esto ha sido un mayor aislamiento de la *intelligentsia* británica. Los intelectuales ingleses, en particular los más jóvenes, sienten una profunda hostilidad hacia su propio país. Se pueden encontrar excepciones, claro está, pero en general cualquiera que prefiera a T. S. Eliot frente a Alfred Noyes desdeña a Inglaterra, o cree que debería hacerlo. En los círculos «progresistas», expresar sentimientos probritánicos requiere un coraje moral considerable. Por otra parte, durante los últimos doce años ha habido una fuerte tendencia a desarrollar una lealtad nacionalista furibunda hacia algún país extranjero, normalmente la Rusia soviética. Puede que esto hubiese ocurrido de todos modos, porque el capitalismo en sus últimas fases empuja al intelectual literario e incluso al científico a una posición en la que este tiene seguridad sin demasiadas responsabilidades. Pero el filisteísmo del público inglés genera una alienación aún mayor de la *intelligentsia*, y la pérdida para la sociedad es muy grande. Supone que la gente con una visión más perspicaz —la gente, por ejemplo, que comprendió que Hitler era peligroso diez años antes de que nuestros políticos lo descubrieran— apenas sea capaz de establecer contacto con las

masas y que se interese cada vez menos en los problemas de Inglaterra.

Los ingleses no se convertirán jamás en una nación de filósofos. Siempre preferirán el instinto a la lógica, el carácter al intelecto. Pero deben deshacerse de su desprecio categórico por la inteligencia. No se lo pueden permitir por más tiempo. Tienen que volverse más intolerantes hacia la fealdad, y más atrevidos intelectualmente. Y tienen que dejar de desdeñar a los extranjeros. Los ingleses son europeos, y deberían ser conscientes de ello. Por otro lado, mantienen unos vínculos particulares con otros anglohablantes de ultramar, y responsabilidades imperiales, por los que deberían preocuparse más de lo que lo han hecho en estos últimos veinte años. La atmósfera intelectual de Inglaterra es ya mucho más inquieta que antes. La guerra acalló, si no fulminó, ciertos tipos de locura. Pero aún es necesario un esfuerzo consciente para la reeducación nacional. El primer paso es una mejora de la educación primaria, lo que implica no sólo elevar la edad de finalización de la escolarización obligatoria, sino gastar más dinero para garantizar que las escuelas primarias dispongan del personal y el equipamiento adecuados. Asimismo, hay un potencial educativo inmenso en la radio, en el cine y, si pudiera librarse de una vez por todas de los intereses publicitarios, en la prensa.

Estas, por tanto, parecen ser las necesidades inmediatas del pueblo inglés. Tienen que reproducirse con mayor rapidez, trabajar más y, probablemente, vivir de un modo más sencillo, pensar con mayor profundidad, desprenderse del esnobismo y de sus anacrónicas distinciones de clase, prestar más atención al mundo y dejar de mirarse tanto el ombligo. Prácticamente todos aman ya a su país, pero tienen que aprender a amarlo de una forma inteligente. Deben tener una idea clara de su propio destino y hacer oídos sordos tanto a aquellos que les dicen que Inglaterra está acabada como a los que afirman que la Inglaterra del pasado puede volver.

Si son capaces de hacerlo, podrán poner los pies en el mundo de la posguerra, y con ello podrán dar a millones de seres humanos el ejemplo que están esperando. El mundo está harto de caos y de dictadura. De todos los pueblos, el inglés es el que tiene más probabilidades de encontrar un modo de evitar ambas cosas. Con la excepción de una pequeña minoría, están totalmente preparados para los cambios económicos drásticos que hacen falta, y al mismo tiempo no tienen ningún deseo de llevar a cabo una revolución violenta ni de conquistar territorios extranjeros. Saben desde hace cuarenta años, tal vez, algo que los alemanes y los japoneses sólo han comprendido hace poco, y que los rusos y los estadounidenses aún no han acertado a comprender: que ninguna nación puede gobernar el mundo. Quieren por encima de todo vivir en paz, dentro y fuera de sus fronteras. Y la inmensa mayoría de los ingleses seguramente están preparados para los sacrificios que la paz comporta.

Sin embargo, tendrán que tomar las riendas de su destino. Inglaterra sólo puede cumplir su particular misión si los ingleses de a pie logran de algún modo echarle mano al poder. Durante los años de la guerra nos dijeron con mucha frecuencia que esta vez, cuando pasara el peligro, no habría oportunidades perdidas, ningún retorno

al pasado. Nada de estancamiento económico salpicado por guerras, nada de Rolls-Royces pasando relucientes junto a las colas del paro, nada de volver a la Inglaterra de las «Zonas Marginales», del té dejado reposar siempre demasiado, del cochecito de niño vacío y del panda gigante.[*] No podemos estar seguros de que se vaya a cumplir esta promesa. Sólo nosotros mismos podemos asegurarnos de que se convierta en una realidad, y si no lo hacemos puede que no tengamos más oportunidades. Los últimos treinta años han sido una sucesión de cheques a cuenta de la buena voluntad acumulada por el pueblo inglés. Pero puede que esos fondos no sean inagotables. Dentro de otros diez años estará al fin claro si Inglaterra va a sobrevivir o no como una gran nación. Y si queremos que la respuesta sea afirmativa, es la gente común la que debe lograrlo.

EL PRIVILEGIO DEL FUERO. ALGUNOS APUNTES SOBRE SALVADOR DALÍ

Pensado para el *Saturday Book*, n.º 4, 1944

De una autobiografía sólo podemos fiarnos cuando revela algo vergonzoso. Un hombre que da una buena imagen de sí mismo seguramente está mintiendo, pues cualquier vida vista desde dentro no es más que una sucesión de derrotas. Sin embargo, hasta el libro más flagrantemente hipócrita (los escritos autobiográficos de Frank Harris son un ejemplo) puede ofrecer sin pretenderlo un retrato verídico de su autor. La *Vida secreta* de Dalí, publicada recientemente, entra dentro de esa categoría. Algunos de los hechos que aparecen son directamente increíbles y otros se han alterado e idealizado, y no sólo las humillaciones, sino también la persistente trivialidad de la vida cotidiana, han quedado fuera. Dalí es, incluso en su propio diagnóstico, un narcisista, y su autobiografía no es más que un número de *striptease* bajo luces rosas. Pero como muestra de la fantasía, de la perversión del instinto que ha hecho posible la era de la técnica, tiene un gran valor.

Aquí encontramos algunos de los episodios de la vida de Dalí, de sus primeros años en adelante. Cuáles son ciertos y cuáles imaginarios apenas importa; la clave es que este es el tipo de cosa que a Dalí le habría *gustado* hacer.

Cuando tiene seis años, hay cierta excitación en torno a la llegada del cometa Halley:

> De pronto apareció un ayudante del despacho de mi padre a la puerta de la sala y anunció que podía verse el cometa desde el terrado… Mientras cruzaba la entrada, vi a mi hermanita, de tres años, pasar una puerta discretamente a gatas. Me detuve, vacilé un segundo, y luego le di un terrible puntapié en la cabeza, como si fuera una pelota, y continué mi carrera, en alas de una «alegría delirante» inducida por este acto salvaje. Pero mi padre, que se hallaba a mi espalda, me cogió y me condujo a su despacho, donde permanecí castigado hasta la hora de comer.

Un año antes de esto, Dalí, «de pronto, como ocurre en la mayor parte de mis ideas», había arrojado a otro niñito desde un puente en construcción. Se cuentan varios incidentes más de esta índole, incluido uno (cuando tenía veintinueve años) en el que tumbó y pisoteó a una chica «hasta que tuvieron que arrastrarla, ensangrentada, fuera de mi alcance».

Cuando tiene unos cinco años, se hace con un murciélago herido que introduce en un pequeño cubo de hojalata. A la mañana siguiente descubre que el murciélago está medio muerto y cubierto de hormigas que lo están devorando. Se lo lleva a la boca, con hormigas y todo, y le da un mordisco que casi lo parte en dos.

De adolescente, una joven se enamora locamente de él. Dalí la besa y la acaricia para excitarla tanto como sea posible, pero rechaza ir más lejos. Se decide a mantener la situación durante cinco años (su «plan quinquenal», lo llama), pues disfruta de la humillación de la chica y de la sensación de poder que le otorga. A menudo le dice que cuando pasen cinco años la abandonará y, cuando llega el momento, así lo hace.

Hasta bien entrado en la edad adulta continúa con la práctica de la masturbación, y le gusta hacerlo, al parecer, delante de un espejo. A efectos prácticos es impotente, en principio, hasta más o menos los treinta años. Cuando conoce a su futura esposa, Gala, se siente enormemente tentado de empujarla por un precipicio. Sabe que hay algo que ella quiere que le haga, y después de su primer beso llega la confesión:

> Eché atrás la cabeza de Gala, tirándola del pelo, y temblando en una completa histeria, ordené:
>
> —¡Dime ahora lo que quieres que te haga! ¡Pero dímelo despacio, mirándome a los ojos, con las palabras más crudas, más ferozmente obscenas, que puedan hacernos sentir la mayor vergüenza!
>
> …
>
> Entonces Gala, transformando el último brillo de su expresión de placer en la dura luz de su propia tiranía, contestó:
>
> —¡Quiero que me revientes!

Se queda algo decepcionado por esta petición, puesto que no es más que lo que él ya quería hacerle. Sopesa la idea de lanzarla desde el campanario de la catedral de Toledo, pero se contiene.

Durante la Guerra Civil española evita astutamente tomar partido y realiza un viaje a Italia. Se siente cada vez más atraído hacia la aristocracia, frecuenta salones elegantes, se agencia valedores ricos y se fotografía con el rechoncho vizconde de Noailles, al que se refiere como su «mecenas». Cuando se avecina la guerra europea sólo tiene una preocupación: encontrar un lugar donde haya buena cocina y desde el que pueda huir como un rayo si el peligro se acerca demasiado. Se establece en Burdeos, y durante la batalla de Francia escapa puntualmente a España. Se queda en el país el tiempo suficiente para recopilar algunas historias de atrocidades cometidas por los rojos, y luego parte a Estados Unidos. La historia termina con un despliegue de respetabilidad: Dalí, a los treinta y siete años, se ha convertido en un marido devoto, está curado de sus aberraciones, o de algunas de ellas, y se ha reconciliado por completo con la Iglesia católica. Y está además, se entiende, ganando un montón de dinero.

Sin embargo, no ha dejado en modo alguno de enorgullecerse de sus obras del período surrealista, con títulos como *El gran masturbador, Calavera atmosférica sodomizando un piano de cola*, etcétera. Hay reproducciones de ellas a lo largo de todo el libro. Muchos de los dibujos de Dalí son sencillamente figurativos y tienen una característica de la que hablaremos después. Pero, en estas pinturas y fotografías surrealistas, las dos cosas que destacan son la perversidad sexual y la necrofilia. Los objetos y símbolos sexuales —algunos bien conocidos, como nuestro viejo amigo el zapato de tacón; otros, como la muleta o el vaso de leche templada, patentados por el propio Dalí— se repiten una y otra vez, y vemos también un motivo escatológico

bastante recurrente. Sobre su cuadro *El juego lúgubre*, escribe: «Los calzoncillos manchados de excremento estaban pintados con tan minuciosa y realista complacencia, que todo el grupito surrealista se angustiaba con la pregunta: ¿es o no coprófago?». Dalí añade rotundamente que no lo es, y que lo considera una «repulsiva aberración», pero parece que es sólo en este punto cuando cesa su interés por los excrementos. Incluso cuando relata la experiencia de contemplar a una mujer orinando de pie, tiene que incluir el detalle de que esta apunta mal y se mancha los zapatos. No le está concedido a nadie poseer todos los vicios, y Dalí se jacta de no ser homosexual, pero por lo demás parece el mayor inventario de perversiones que alguien pudiera desear.

No obstante, su característica más llamativa es la necrofilia. Él mismo lo reconoce abiertamente, y afirma haberse curado de ella. Rostros muertos, calaveras y cadáveres de animales asoman con bastante frecuencia en sus cuadros, y aquellas hormigas que devoraban al murciélago moribundo reaparecen incontables veces. Una fotografía muestra un cuerpo exhumado, en avanzado estado de descomposición. Otra muestra a los asnos muertos pudriéndose sobre pianos de cola que formaban parte de la película surrealista *El perro andaluz*. Dalí sigue recordando a aquellos animales con gran entusiasmo:

> Yo «arreglé» la putrefacción de los asnos con grandes tarros de pegajosa cola que les eché encima. Asimismo vacié sus órbitas y las ensanché a cortes de tijera. Del mismo modo abrí furiosamente sus bocas, para que se vieran mejor sus blancas hileras de dientes, y añadí varias mandíbulas a cada boca, de modo que pareciese que, a pesar de estarse pudriendo los asnos, estaban aún vomitando algo más de su propia muerte, sobre esas otras hileras de dientes formadas por las teclas de los negros pianos.

Y, por último, está esa fotografía —al parecer, algún tipo de montaje— del *Taxi lluvioso*. En su interior, por la cara algo abotargada y el pecho de un maniquí que parece una chica muerta, se arrastran enormes caracoles. En el texto del pie, Dalí señala que son caracoles de Borgoña, esto es, comestibles.

Por descontado, en este extenso libro de cuatrocientas páginas de formato generoso hay muchas más cosas que las que he mencionado, pero no creo que haya dado una imagen injusta de su atmósfera moral y su paisaje intelectual. Es apestoso. Si fuera posible que un libro desprendiera físicamente hedor a través de sus páginas, este lo haría; y a Dalí le encantaría la idea, ya que antes de cortejar por primera vez a su futura esposa se embadurnó todo el cuerpo con un ungüento hecho de estiércol de cabra hervido en cola de pescado. Pero, frente a esto, hay que apuntar el hecho de que Dalí es un dibujante con unas dotes sumamente excepcionales. Y es también, a juzgar por la minuciosidad y la precisión de sus pinturas, un trabajador incansable. Dalí es un exhibicionista y un arribista, pero no es un fraude. Tiene cincuenta veces más talento que la mayoría de la gente que podría condenar su moral y mofarse de sus cuadros. Y esos dos conjuntos de hechos, combinados, ponen sobre la mesa una cuestión que, por falta de un acuerdo de partida, nunca se somete realmente a debate.

La clave es que tenemos aquí un ataque directo e incuestionable contra la cordura

y la decencia; incluso, dado que algunos de los cuadros de Dalí tienden a envenenar el imaginario como una postal pornográfica, contra la vida misma. Qué ha hecho Dalí y qué ha imaginado es debatible, pero en su perspectiva, en su carácter, no existen los fundamentos de la decencia de un ser humano. Es antisocial como una pulga. Claramente, las personas como él son indeseables, y algo va mal en una sociedad que permite que florezcan.

Ahora bien, si les enseñáramos este libro y sus ilustraciones a lord Elton, al señor Alfred Noyes, a esos editorialistas del *Times* que se regocijan con el «eclipse del intelectualoide», si se lo enseñáramos, de hecho, a cualquier inglés «sensato» que odie el arte, es fácil imaginar el tipo de respuesta que obtendríamos. Se negarían de plano a reconocerle el más mínimo mérito a Dalí. Ese tipo de gente no sólo es incapaz de admitir que lo moralmente degradado pueda ser estéticamente correcto, sino que su verdadera exigencia hacia cualquier artista es que les dé una palmadita en la espalda y les diga que el pensamiento es innecesario. Y pueden ser especialmente peligrosos en un momento como el actual, en el que el ministro de Información y el British Council están poniendo poder en sus manos. Pues su impulso no se limita a aplastar todo nuevo talento tan pronto como surja, sino que también quieren castrar el pasado. Véase el renovado hostigamiento contra los intelectuales que se está produciendo en este país y en Estados Unidos, con protestas no sólo contra Joyce, Proust y Lawrence, sino incluso contra T. S. Eliot.

Pero si hablamos con el tipo de persona capaz de ver los méritos de Dalí, la respuesta que obtenemos no es, por lo general, mucho mejor. Si dices que Dalí, pese a ser un dibujante brillante, es un sucio canalla, te miran por encima del hombro como a un cafre. Si dices que no te gustan los cadáveres putrefactos, y que la gente a la que le gustan los cadáveres putrefactos está mentalmente enferma, se da por hecho que careces de sentido estético. Dado que *Taxi lluvioso* es una buena composición (como sin duda lo es), no puede ser una fotografía repugnante, degradante, mientras que Noyes, Elton, etcétera, te dirían que, dado que es repugnante, no puede ser una buena composición. Y entre estas dos falacias no hay término medio; o, mejor dicho, sí que hay un término medio, pero rara vez se habla de él. En un lado, el *Kulturbolschevismus*; en el otro (si bien la expresión en sí está pasada de moda), el arte por el arte. La obscenidad es una cuestión sobre la que resulta muy difícil debatir con honestidad. La gente está demasiado asustada, bien de parecer escandalizada, bien de no parecerlo, como para ser capaz de definir la relación entre el arte y la moral.

Está claro que lo que reivindican los defensores de Dalí es una especie de privilegio de fuero. El artista debe estar exento de las leyes morales que rigen sobre la gente común. Sólo hay que pronunciar la palabra mágica «arte» y está todo bien; los cadáveres putrefactos con caracoles arrastrándose sobre ellos están bien, darle un puntapié en la cabeza a una niñita está bien, incluso una película como *La edad de oro* está bien. Y también está bien que Dalí prosperara a costa de Francia durante

años y que luego se escabullera como una rata en cuanto Francia estuvo en peligro. Mientras pintes lo bastante bien como para pasar la prueba, todo se te perdonará.

Podemos ver la falsedad de esto si lo extendemos a los crímenes comunes. En una época como la nuestra, cuando el artista sea una persona por completo excepcional, debería concedérsele cierto margen de irresponsabilidad, como se le concede a una mujer embarazada. Ahora bien, nadie diría que hay que permitirle a una mujer embarazada que cometa un asesinato, y nadie pediría eso para los artistas, por mucho talento que tengan. Si Shakespeare volviera a la vida mañana y se descubriera que su pasatiempo favorito es violar a niñas en vagones de tren, no le diríamos que adelante con el argumento de que tal vez escriba otro *Rey Lear*. Y, a fin de cuentas, los peores crímenes no siempre son los sancionables por la ley. Es probable que, alentando las ensoñaciones necrófilas, uno haga tanto daño como, pongamos por caso, robando carteras en el hipódromo. Debemos ser capaces de tener en cuenta simultáneamente ambos hechos: que Dalí es un buen pintor y que es un ser humano repugnante. Una cosa no invalida ni, en cierto modo, afecta a la otra. Lo primero que le pedimos a un muro es que se sostenga en pie. Si se sostiene en pie es un buen muro, y el propósito al que sirva es una cuestión independiente. Y, aun así, incluso el mejor muro del mundo merece ser derribado si rodea un campo de concentración. Del mismo modo, sería posible decir: «Este es un buen libro, o es un buen cuadro, y el verdugo tendría que echarlo al fuego». A no ser que uno pueda decir eso, si más no en su imaginación, está obviando las implicaciones del hecho de que un artista es también un ciudadano y un ser humano.

Por supuesto, no es que la autobiografía de Dalí o sus cuadros tengan que ser suprimidos. Menos en el caso de las postales indecentes que solían venderse en los pueblos costeros del Mediterráneo, suprimir algo es una política cuestionable; y es probable que las fantasías de Dalí arrojen una luz muy útil sobre la decadencia de la civilización capitalista. Pero lo que le hace falta, claramente, es un diagnóstico. La cuestión no es tanto qué es, sino por qué es como es. No debería caber ninguna duda de que se trata de una mente enferma, seguramente no demasiado transformada por su presunta conversión, ya que los auténticos penitentes, la gente que regresa a la cordura, no alardean de sus vicios pasados de un modo tan satisfecho. Dalí es un síntoma de la enfermedad del mundo. Lo importante no es condenarlo por ser un sinvergüenza al que habría que idolatrar, ni defenderlo como a un genio al que no habría que cuestionar, sino averiguar por qué hace gala de ese repertorio concreto de aberraciones.

Quizá sea posible encontrar la respuesta en sus cuadros, y yo no estoy cualificado para examinarlos. Pero sí puedo señalar una pista que podría servir para avanzar un poco en el camino: ese estilo anticuado, sobrecargado, eduardiano, al que Dalí tiende a volver cuando no es surrealista. Algunos de los dibujos de Dalí recuerdan a Durero, otro parece revelar la influencia de Beardsley, un tercero parece haber tomado algo prestado de Blake. Pero la vena más persistente es la eduardiana. Cuando abrí el libro

por primera vez, mientras miraba las incontables ilustraciones me acompañaba una sensación de parecido que no podía acabar de precisar. Reparé en el candelabro decorativo que hay al principio de la primera parte. ¿A qué me recordaba ese libro? Finalmente di con ello. Me recordaba a una edición, grande, de mal gusto, a todo lujo, de Anatole France (en traducción) que debió de publicarse más o menos en 1913. Tenía encabezados y pies de página decorativos del mismo estilo. El candelabro de Dalí tiene en uno de los extremos una criatura pisciforme y llena de florituras que resulta curiosamente familiar (parece estar inspirada en el típico delfín), y en el otro está la vela encendida. Esta vela, que se repite en un dibujo tras otro, es una vieja conocida. La encontraremos —con las mismas gotas de cera, tan pintorescas, colgando del borde— en esas lámparas eléctricas diseñadas en forma de falso candelabro tan populares en los hoteles rurales de impostado estilo Tudor. Esta vela, y los demás motivos, transmiten de inmediato una profunda sensación de sentimentalismo. Como para contrarrestarlo, Dalí ha salpicado de tinta toda la hoja. Pero no ha servido de nada; la misma sensación nos sigue asaltando página tras página. El dibujo al pie de la página 62, por ejemplo, casi podría ir en una edición de *Peter Pan*. La figura de la página 224, a pesar de que el cráneo se alarga hasta tener la forma de una salchicha inmensa, es la típica bruja de los cuentos de hadas. El caballo de la página 234 y el unicornio de la 218 podrían ser ilustraciones de James Branch Cabell. Los dibujos, bastante afeminados, de los jóvenes de las páginas 97, 100 y otras, transmiten la misma impresión. El pintoresquismo no deja de irrumpir. Si quitamos las calaveras, las hormigas, las langostas, los teléfonos y demás parafernalia, volvemos cada tanto al mundo de Barrie, Rackham, Dunsany y *Where the Rainbow Ends*.

Curiosamente, algunos de los toques de niño malo que aparecen en la autobiografía de Dalí están relacionados con ese mismo período. Cuando leí el pasaje que he citado al principio, en el que le daba un puntapié en la cabeza a su hermanita, tuve de nuevo la sensación de que me recordaba vagamente a algo. ¿Qué era? ¡Claro! Las *Ruthless Rhymes for Heartless Homes* de Harry Graham. Estas rimas eran muy populares alrededor de 1912, y una que decía

> *Pobrecito Willy, qué hartón de llorar.*
> *Un niñito triste, ay, qué pena da.*
> *Le ha roto el cuello a su hermanita,*
> *Y no tendrá mermelada para merendar.*[*]

casi podría haber estado inspirada en la anécdota de Dalí. Este, por descontado, es consciente de sus tendencias eduardianas y les saca partido, más o menos con el espíritu de un pastiche paródico. Profesa un afecto especial por el año 1900, y afirma que todo objeto decorativo de esa fecha está lleno de misterio, poesía, erotismo, locura, perversidad, etcétera. El pastiche, no obstante, acostumbra a implicar un

afecto real por lo que se está parodiando. Parece ser, si no la norma, al menos notablemente habitual que las inclinaciones artísticas vayan acompañadas de un impulso irracional, incluso infantil, en la misma dirección. Un escultor, por ejemplo, está interesado en los planos y las curvas, pero también es alguien que disfruta del acto físico de manosear piedra o arcilla. Un ingeniero es una persona que disfruta con el tacto de las herramientas, el ruido de las dinamos y el olor del aceite. Un psiquiatra a menudo tiene él mismo cierta inclinación hacia la aberración sexual. Darwin se hizo biólogo en parte porque era un hombre de campo aficionado a los animales. Puede ser, por tanto, que el culto aparentemente perverso de Dalí hacia las cosas eduardianas (por ejemplo, su «descubrimiento de las bocas de metro 1900») no sea más que el síntoma de un afecto mucho más profundo y mucho menos consciente. Las innumerables y magníficas copias de ilustraciones de libros de texto —con leyendas como «le rossignol» o «une montre»— que Dalí esparce a lo largo del todo el libro, acaso estén pensadas en parte como una broma. El niño con pantalones bombachos que aparece jugando al diábolo en la página 103 es una muestra perfecta de ese período. Pero quizá esas cosas estén ahí porque Dalí no puede evitar dibujarlas, porque es con esa época y con ese estilo de dibujo con los que se siente realmente cómodo.

Si así es, sus aberraciones son en parte explicables. Tal vez sean una forma de asegurarse de que no es una persona cualquiera. Las dos cualidades que Dalí posee de forma incuestionable son un don para el dibujo y una egolatría atroz. «Cuando tenía seis años quería ser cocinero y a los siete, Napoleón —dice en el primer párrafo de su libro—. Desde entonces mi ambición ha ido aumentando sin parar». Está escrito con la clara intención de desconcertar, pero no cabe duda de que es bastante cierto. Este tipo de ideas son bastante comunes. «Sabía que era un genio —me dijo alguien una vez—, mucho antes de saber en qué iba a ser un genio». Y supongamos que no tienes nada salvo tu egolatría y una destreza que no va más allá del codo; que tu verdadero don es para el dibujo detallado, académico, figurativo; que tu auténtico *métier* es el de ilustrador de libros de texto científicos. Entonces, ¿cómo te vas a convertir en Napoleón?

Siempre hay una vía de escape: la maldad. Haz siempre aquello que conmocione y cause daño a la gente. A los cinco, arroja a un niño por un puente, crúzale la cara con un látigo a un viejo doctor y rómpele los anteojos; o, al menos, sueña con hacer estas cosas. Veinte años después, vacíales los ojos a unos asnos con unas tijeras. De este modo, siempre puedes sentir que eres original. Y, al fin y al cabo, ¡sale a cuenta! Es mucho menos peligroso que el crimen. Teniendo en cuenta todas las posibles omisiones que pueda haber en la autobiografía de Dalí, es evidente que no ha sufrido por sus excentricidades lo que habría padecido en una época anterior. Creció en el mundo corrupto de los años veinte, cuando la sofisticación estaba enormemente generalizada y todas las capitales europeas rebosaban de aristócratas y rentistas que habían dejado de lado el deporte y la política y se habían aficionado al mecenazgo de

las artes. Tú le lanzabas asnos muertos a la gente, ella te lanzaba dinero. La fobia a los saltamontes, que unas décadas antes no habría provocado más que una risita de desdén, era ahora un «complejo» interesante que podía ser provechosamente explotado. Y cuando ese mundo se desmoronó frente al ejército alemán, Estados Unidos estaba esperando. Incluso podías acabarlo de rematar con una conversión religiosa, pasando de un saltito y sin sombra de arrepentimiento de los elegantes salones de París al seno de Abraham.

Estas son, quizá, las líneas esenciales de la historia de Dalí. Pero por qué sus aberraciones fueron esas en particular, y por qué fue tan fácil venderle horrores tales como cadáveres putrefactos a un público sofisticado, son cuestiones para los psicólogos y los críticos sociológicos. La crítica marxista no se anda con miramientos ante fenómenos como el surrealismo. Son la «decadencia burguesa» (se juega mucho con expresiones como «la gangrena de la sociedad» o «una clase rentista corrompida»), y eso es todo. Pero, aunque esto probablemente exponga un hecho, no establece una conexión. Seguimos queriendo saber por qué Dalí tendía a la necrofilia (y no, por ejemplo, a la homosexualidad), y por qué los rentistas y los aristócratas compraban sus cuadros en lugar de cazar y hacer el amor, como sus abuelos. La simple desaprobación moral no nos lleva más lejos, pero tampoco debemos fingir, en nombre del «desapego», que fotografías como la de *Taxi lluvioso* sean moralmente neutrales. Son enfermizas y repugnantes, y cualquier indagación debería partir de este hecho.

¿SON DEMASIADO CAROS LOS LIBROS?

Manchester Evening News, 1 de junio de 1944

La decisión del señor H. G. Wells de publicar su reciente libro *'42 to '44* en una edición limitada al precio exorbitante de dos guineas ha dado que hablar a mucha gente sobre el precio excesivo de los libros y sobre si esto es necesario o justificable. El tema es de una importancia extrema, pero, antes de entrar a debatirlo, quizá merezca la pena mencionar de pasada que el precio de este libro en concreto no es una proeza financiera por parte del señor Wells. Incluso si se quedara con la mitad de las ventas sólo conseguiría unas mil libras, lo cual no es mucho para un escritor tan conocido. Ganaría lo mismo vendiendo diez mil ejemplares a un precio normal.

En cualquier debate sobre el precio de los libros, hay dos proposiciones que uno debe considerar axiomáticas. Una es que cuanto más lea el público, mejor; siempre y cuando no consista en leer pura basura. La otra es que no es aconsejable que los escritores se mueran de hambre. Y es importante comprender que se morirían de hambre o, si más no, tendrían que buscarse otro medio de vida, si los libros baratos fueran la norma en lugar de la excepción.

En tiempos de paz, un libro corriente —una novela, digamos— se vende a 7,5 chelines. Este es el precio de cubierta, pero el precio al por mayor es de 5 chelines; si se vende en una tienda, el librero se lleva media corona. De esos 7,5 chelines, el porcentaje del autor acostumbra a rondar el chelín. Esto quiere decir que obtiene cincuenta libras (aunque en la práctica siempre es menos a causa de los honorarios de los agentes y demás) por cada mil ejemplares vendidos. Pocos novelistas son capaces de escribir más de un libro al año, de modo que para obtener unos modestos ingresos de doscientas cincuenta libras al año se tienen que vender al menos cinco mil ejemplares de cada uno de sus libros. Y los autores que no están consagrados no venden por lo general cinco mil ejemplares; es bastante habitual que un primer libro venda sólo unos seiscientos o setecientos.

Resulta evidente que, desde el punto de vista del autor, 7,5 chelines no es un precio demasiado elevado. Lo es, no obstante, desde el punto de vista del público, especialmente teniendo en cuenta que, en general, los libros ingleses no están muy bien encuadernados y tienen un aspecto extremadamente feo. Y tan extendida está la idea de que los libros son demasiado caros que mucha gente tiene la costumbre de afirmar (normalmente con cierto aire de orgullo) que ellos «no compran un libro jamás». Esto, sin embargo, es una falsa ilusión. Cualquiera que lea compra libros, de

forma indirecta, a través de las suscripciones a las bibliotecas.

Si uno toma prestado un libro a la semana de una biblioteca con una tarifa de dos peniques, está pagando al menos el equivalente a uno nuevo al año, y un porcentaje de lo que paga por la suscripción va también a la compra de obras para las bibliotecas. De hecho, son estas, y no el público que compra libros, las que mantienen con vida a los escritores y editores.

Pero, si bien no es aconsejable que los libros nuevos sean baratos, sí es obvio que tiene que haber reediciones asequibles. Inglaterra ha tenido siempre un suministro bastante bueno de reediciones económicas de los «clásicos» (las de la Everyman Library, los World's Classics, etcétera), pero en 1935 John Lane, con los libros Penguin, llevó a cabo el experimento aparentemente poco prometedor de reeditar obras contemporáneas al reducidísimo precio de medio chelín.

Los intentos previos en ese sentido habían terminado por lo general en fracaso, pero los libros de Penguin fueron un éxito inmediato, en parte porque para 1935 el número de lectores había aumentado enormemente y, en parte, porque Lane tuvo imaginación para escoger bien sus títulos y para editarlos con una letra legible y una portada atractiva.

El éxito de los Penguins ha llevado a muchísima gente a decir: «Si pueden editar un libro tan bueno como este por medio chelín, ¿por qué deberíamos pagar normalmente quince veces más? ¿Por qué no pueden publicarse los libros nuevos, al igual que los antiguos, en este formato de medio chelín?».

La respuesta es que sería posible, pero sólo a cambio de despojar al autor de su autonomía. Si todos los libros costaran cada uno medio chelín (o, como en tiempos de guerra, tres cuartos de chelín), nunca se venderían los suficientes como para que los autores tuvieran con qué vivir.

Los libros, como cualquier otro tipo de producto, tienen un punto de saturación. Si una persona acostumbra a gastar diez libras al año en libros, puede obtener, quizá, treinta libros nuevos por su dinero. Si lo invirtiera todo en Penguins se haría con cuatrocientos, y, a fin de cuentas, ¿quién quiere comprar cuatrocientos libros al año?

Con toda probabilidad se gastaría, por ejemplo, dos libras en libros y dedicaría el resto a discos de gramófono. Por su parte, el escritor no sobreviviría, porque mientras que gana aproximadamente un chelín por cada ejemplar vendido de un libro de 7,5 chelines, no saca más que un cuarto de penique por cada uno de Penguin. La mayor parte de los Penguins sólo les reportan a sus autores cincuenta libras, cien como máximo. Y aunque es cierto que no se tarda más que un par de meses en escribir ciertos libros, la media es de unos seis meses o un año.

En la Francia de antes de la guerra, al igual que en la mayoría de los países europeos, los libros eran muy baratos. Uno nuevo solía costar entre 1,5 y 2 chelines; y dado que el servicio de bibliotecas no estaba tan desarrollado como aquí, se consideraba que un libro había funcionado bien si vendía dos mil ejemplares. El resultado era que sólo un pequeñísimo número de escritores podían ganarse el

sustento únicamente de los libros; el resto tenían que vivir de subvenciones del gobierno y premios literarios, con todas las componendas que eso implica, o vendiéndose como publicistas a algún partido político. En los países totalitarios los problemas económicos de los escritores están resueltos, pero sólo si se convierten en propagandistas del régimen, arruinando así tanto su potencial creativo como su honestidad.

Nuestra literatura de los últimos veinte años ha tenido defectos muy graves, pero no han sido fruto del estatus económico del autor. Los escritores han gozado de más libertad de expresión que nunca, y al mismo tiempo sólo han tenido que rendirle cuentas al público, y no a un «mecenas» o al Estado. La única manera de que esto siga siendo así es que los derechos de autor sean lo bastante altos y los libros, por tanto, lo bastante caros. Además, si los libros son muy baratos es imposible que haya una gran variedad. Un libro de medio chelín no sale a cuenta a menos que venda decenas de miles de ejemplares, así que abaratar los libros de forma generalizada supondría inevitablemente que se editaran menos títulos y que menos escritores noveles tuviesen una oportunidad.

Es cierto que hay mucho tejemaneje en torno a ciertas obras que poseen un atractivo esnob, pero en general nada justifica la reducción del precio de los libros nuevos. Por otro lado, sí que merecemos mejores colecciones de reediciones baratas. Es una vergüenza —por mencionar un solo ejemplo— que no podamos hacernos con las obras completas e íntegras de Swift sin pagar varias libras por ellas.

Asimismo, dado que nuestros libros son caros, deberían ser (y podrían serlo fácilmente) objetos de mejor calidad. Tendrían que ser tan duraderos como los libros estadounidenses y tan agradables a la vista como los franceses.

Pese a todo, 7,5 chelines, o media guinea en tiempos de guerra, no es un precio descabellado para un libro. Permite que el autor sobreviva y conserve una pizca de honestidad. Y, al fin y al cabo, incluso con los libros a 7,5 chelines uno puede sacar media docena de la biblioteca por un chelín. ¿En qué otra faceta de la vida da un chelín para tanto?

RAFFLES Y MISS BLANDISH

28 de agosto de 1944; *Horizon*, octubre de 1944; *Politics*, noviembre de 1944

Casi medio siglo después de su primera aparición, Raffles, «el caco aficionado», sigue siendo uno de los personajes más conocidos de la novela inglesa. Muy pocas son las personas que no estén enteradas de que defendió los colores de Inglaterra jugando al críquet, de que vivía de soltero en unas habitaciones del hotel Albany y de que saqueó a su antojo no pocas casas del elegante barrio de Mayfair, en las que, además, entraba previa invitación de sus dueños. Por ese motivo, sus hazañas constituyen un telón de fondo excelente para examinar una novela de detectives más moderna, como es el caso de *El secuestro de Miss Blandish*. Semejante decisión es arbitraria —podría haber elegido, por ejemplo, *Arsenio Lupin*—; en cualquier caso, *El secuestro de Miss Blandish* y los libros de Raffles[15] tienen en común la cualidad de ser novelas de detectives en las que el delincuente tiene más protagonismo que el policía. Se pueden comparar, así pues, por motivos sociológicos. *El secuestro* es la versión de 1939 del delito pintado de color rosa, mientras que *Raffles* es la de 1900. Lo que de hecho me importa es la inmensa diferencia que se produce en el ambiente moral de ambos libros, así como el cambio de la actitud popular que seguramente entraña.

A fecha de hoy, el encanto de *Raffles* se debe en parte a la ambientación de época y, en parte, a la excelencia técnica de los relatos. Hornung era un escritor muy concienzudo y, dentro de su estilo, sumamente capaz. Todo el que aprecie la eficacia narrativa sentirá admiración por su obra. De todos modos, lo realmente dramático de Raffles, lo que lo convierte en una especie de santo y seña incluso hoy en día (hace muy pocas semanas, en un juicio por robo, un magistrado se refirió al acusado llamándolo «un Raffles en la vida real»), es el hecho de que sea un *gentleman*. Raffles se nos presenta —y lo subrayan infinidad de diálogos y comentarios que parecen pronunciados al desgaire— no como un hombre en el fondo honrado que ha tomado un camino erróneo, sino como uno educado en un colegio privado que se convierte en una oveja descarriada. Sus remordimientos, en el caso de que los tenga, son casi puramente sociales. Ha deshonrado a «la vieja escuela», ha perdido su derecho a frecuentar «la sociedad decente», ha dilapidado su condición de *amateur* y se ha convertido en un bellaco. Ni Raffles ni Bunny parecen pensar que robar es una vileza en sí misma, aunque Raffles se justifica una vez realizando un comentario puntual: «La distribución de la propiedad privada ya está mal hecha de por sí». Se

consideran no pecadores, sino renegados, o fuera de la ley. Y el código moral que respetamos la mayoría de nosotros sigue estando tan próximo al del propio Raffles que su situación nos resulta especialmente irónica. ¡Un hombre que es miembro de uno de los mejores clubes del West End y que en realidad es un ladrón! ¿Y si se tratara de un tendero o de un fontanero que fuese en realidad un malhechor? ¿Habría en eso algo intrínsecamente dramático? No, aunque el tema de la doble vida, o de la respetabilidad que encubre al delincuente, siguiera estando ahí. El mismísimo Charles Peace, con su alzacuellos de cura, parece algo menos hipócrita que Raffles con su chaqueta de buen paño y el escudo del club de críquet I Zingari en la pechera.

A Raffles, cómo no, se le dan bien todos los juegos, pero es particularmente acertado que su deporte predilecto sea el críquet. Este detalle no sólo permite establecer inacabables analogías entre su astucia al batear las bolas lentas y su astucia como ladrón, sino que también sirve para definir la naturaleza exacta de sus delitos. El críquet, en realidad, no es un deporte muy popular en Inglaterra —no llega ni de lejos a contar con la popularidad del fútbol, por ejemplo—, pero da expresión a un rasgo bien marcado del carácter inglés, la tendencia a valorar la «forma» o el «estilo» por encima de los resultados. A ojos de cualquier amante del críquet, es posible que una entrada de diez carreras sea «mejor» (es decir, más elegante) que una de cien carreras: el críquet también es uno de los contados deportes en los que el aficionado puede aventajar al profesional. Es un deporte en el que menudean las esperanzas vanas y los cambios de suerte súbitos y dramáticos, y sus reglas están definidas de tal modo que su interpretación forma parte de una cuestión ética. Por ejemplo, cuando Larwood practicaba en Australia el lanzamiento contra el cuerpo del bateador, no llegó en realidad a vulnerar el reglamento; sencillamente, hacía algo que «no era críquet». Como un partido de críquet lleva mucho tiempo y es un deporte caro, es sobre todo propio de la clase alta, aunque en toda la nación se lo relaciona con conceptos tales como la «buena forma», el «buen juego», etcétera, y su popularidad ha decaído a la vez que la tradición de «no hacer leña del árbol caído». No es un deporte del siglo XX, y a casi nadie que tenga una mentalidad moderna le gusta. Los nazis, por ejemplo, tuvieron que esforzarse para disuadir la práctica del críquet, que había adquirido cierta raigambre en Alemania tanto antes como después de la última guerra. Al hacer de Raffles un jugador de críquet además de un ladrón, Hornung no sólo le presta un disfraz verosímil, sino que también traza el contraste moral más acusado que le cupo imaginar.

Raffles, en no menor medida que *Grandes esperanzas* o *Rojo y negro*, es una historia de esnobismo, y gana muchísimo gracias a la precariedad de la situación social del protagonista. Un escritor dotado de menor finura habría hecho del «*gentleman* ladronzuelo» un miembro de la nobleza, al menos un *baronet*. Raffles, en cambio, es de clase media, y si se le acepta en el seno de la aristocracia es sólo por su encanto personal. «Nos mezclábamos con la alta sociedad, pero no formábamos parte de ella —le dice a Bunny ya hacia el final del libro—. Me preguntaron por mi

dedicación al críquet». Tanto él como Bunny aceptan los valores de la «alta sociedad» sin cuestionárselos, y de buen grado se acomodarían en su seno siempre y cuando pudieran dar un golpe cuantioso. La ruina que de continuo los amenaza es tanto más negra por su más que dudosa «pertenencia a la clase alta». Un duque que haya cumplido condena en la cárcel sigue siendo un duque, mientras que un simple hombre de la calle, si cae en la deshonra, deja de ser para siempre un hombre que ronda la calle. Los últimos capítulos del libro, en los que Raffles ha sido descubierto y ha de vivir bajo un nombre falso, desprenden una sensación pareja a la del crepúsculo de los dioses, un ambiente mental bastante parejo al de aquel poema de Kipling titulado «Soldado y caballero»:

> *Así es, ¡un soldado de las fuerzas armadas*
> *que ha montado en sus seis caballos!, etcétera.*[*]

Raffles pertenece de manera irrevocable a la «cohorte de los condenados». Todavía podrá cometer robos de los que salga airoso, pero ya es imposible que vuelva a entrar en el Paraíso, esto es, en Piccadilly y el Marylebone Cricket Club. De acuerdo con el código de colegio privado, sólo existe una manera de rehabilitarse: la muerte en la batalla. Así pues, Raffles perece en combate contra los bóeres (cualquier lector avezado lo habría previsto desde el primer momento), y a ojos de Bunny y de su creador este hecho lo redime de sus delitos.

Tanto Raffles como Bunny, por supuesto, carecen de toda creencia religiosa y no se rigen por un verdadero código ético, sino guiándose tan sólo por ciertas normas de conducta que cumplen de una manera más bien laxa e instintiva. Pero en esto reside la honda diferencia moral que hay entre Raffles y *El secuestro de Miss Blandish*. Raffles y Bunny, a fin de cuentas, son dos caballeros, y los criterios morales que poseen no pueden incumplirse. Hay determinadas cosas que «no se hacen». La mera idea de llevarlas a cabo ni siquiera se llega a plantear. Por ejemplo: Raffles no abusará nunca de la hospitalidad que se le brinde. Cometerá un robo en una casa en la que viva en calidad de huésped, pero la víctima debe ser otro huésped, nunca el anfitrión. No asesinará,[16] y evita la violencia siempre que le es posible, pues prefiere llevar a término sus latrocinios sin recurrir a las armas. Considera que la amistad es algo sagrado, y es caballeroso, aunque amoral, en su trato con las mujeres. Es capaz de asumir riesgos adicionales en nombre del «espíritu deportivo», y a veces también por motivos puramente estéticos. Por encima de todo, es intensamente patriota. Celebra el Jubileo de Diamante («Durante sesenta años, Bunny, nos ha gobernado absolutamente la más espléndida soberana que el mundo haya conocido») enviando a la reina, por correo, una antigua taza de oro previamente robada en el Museo Británico. Por motivos en parte políticos, roba una perla que el emperador de Alemania envía a uno de los enemigos de Gran Bretaña, y cuando la guerra de los

bóeres empieza a torcerse, su única idea es presentarse en el frente de batalla. Una vez allí, desenmascara a un espía aun a costa de revelar su verdadera identidad, y muere gloriosamente cuando le alcanza un balazo disparado por los bóeres. En esta mezcolanza de delincuencia y patriotismo recuerda a Arsenio Lupin, prácticamente contemporáneo suyo, quien también le gasta una jugarreta al emperador de Alemania y limpia su muy mancillado pasado alistándose en la Legión Extranjera.

Es importante precisar que, según los criterios de hoy en día, los delitos de Raffles son más bien insignificantes; joyas por valor de cuatrocientas libras se le antojan un muy buen botín. Y si bien los relatos resultan convincentes en sus detalles físicos, no son sensacionalistas; pocos cadáveres, apenas sangre, ningún delito sexual, nada de sadismo, ninguna perversión. Parece darse el caso de que la novela policíaca, al menos en sus cotas más altas, ha incrementado sobremanera la sed de sangre en los últimos veinte años. Algunas de las primeras novelas de detectives ni siquiera contienen un solo asesinato. Las novelas de Sherlock Holmes, por ejemplo, no son sólo de asesinatos, y algunas ni siquiera contienen un delito impugnable. Lo mismo sucede con las novelas de John Thorndyke, mientras que pocas de las de Max Carrados tratan de asesinatos. Sin embargo, desde 1918, una novela de detectives que no contenga un asesinato es algo muy infrecuente, y los detalles más repugnantes de la desmembración y la exhumación están a la orden del día. Algunas de las novelas de Peter Wimsey, por ejemplo, despliegan un morboso interés por lo cadavérico. Las novelas de Raffles, escritas desde el punto de vista del delincuente, son mucho menos antisociales que muchas de las modernas novelas escritas desde el punto de vista del detective. La principal impresión que dejan es de pura inmadurez. Pertenecen a una época en la que las personas se regían por determinados criterios morales, aunque fueran una ridiculez. La frase clave es «no hecho». La distinción que trazan entre el bien y el mal es tan insensata como un tabú de la Polinesia, si bien, y al igual que ese tabú, al menos tiene la ventaja de que todo el mundo la admite.

Hasta ahí lo concerniente a *Raffles*. Ahora, de cabeza a la ciénaga. *El secuestro de Miss Blandish*, obra de James Hadley Chase, se publicó en 1939, pero al parecer gozó de una gran popularidad en 1940, durante la batalla de Inglaterra y el *blitz*. En líneas generales, el argumento es como sigue.

Miss Blandish, hija de un millonario, es secuestrada por unos gángsteres que se ven casi de inmediato sorprendidos y son asesinados por otra banda más nutrida y mejor organizada. Piden rescate por ella y le sacan a su padre medio millón de dólares. El plan original consistía en matarla en cuanto se recibiera el dinero del rescate, pero, por azar, la secuestrada sigue con vida. Uno de los gángsteres es un joven llamado Slim, cuyo único placer en la vida consiste en acuchillar a todo el que se le ponga por delante. En su infancia ya hizo pruebas al eviscerar a animales vivos con unas tijeras oxidadas. Slim es sexualmente impotente, pero se encapricha de Miss Blandish. La madre de Slim, verdadero cerebro de la banda, ve en este detalle la posibilidad de curar la impotencia que padece Slim, y decide hacerse con la custodia

de Miss Blandish hasta que Slim logre violarla. Tras muchos esfuerzos y no pocos intentos de persuasión, incluida una flagelación de Miss Blandish con una manguera de goma, se consuma la violación. Entretanto, el padre de Miss Blandish ha contratado a un detective privado; mediante sobornos y torturas, el detective y la policía logran asediar y exterminar a toda la banda. Slim escapa con Miss Blandish y es asesinado tras una última violación. El detective se dispone a devolver a Miss Blandish a su familia, pero, a esas alturas, ella se ha encariñado tanto de las caricias de Slim[17] que se siente incapaz de vivir sin él, de modo que se arroja desde la ventana de un rascacielos.

Hay algunos otros puntos que cabe destacar antes de captar plenamente todo lo que este libro entraña. Para empezar, la trama central tiene una semejanza más que notable con *Santuario*, la novela de William Faulkner. En segundo lugar, y al contrario de lo que cabría suponer, no es la obra de un plumífero analfabeto, sino una muestra de escritura brillante, en la que apenas hay una sola palabra de más o una nota discordante. Tercero: todo el libro, tanto la narración como los diálogos, está escrito en dialecto norteamericano; el autor, un inglés que, según tengo entendido, nunca ha puesto un pie en Estados Unidos, parece haber llevado a cabo una transferencia mental completa al submundo de ese país. Cuarto: la obra, según sus editores, ha vendido nada menos que medio millón de ejemplares.

Ya he esbozado el argumento, pero la materia narrativa es todavía más sórdida y brutal de lo que se podría pensar. El libro contiene ocho asesinatos con todas las letras, incontables homicidios y lesiones que se producen como si tal cosa, una exhumación (con un cuidadoso recordatorio del hedor reinante), la flagelación de Miss Blandish, la tortura de otra mujer con la brasa de un cigarrillo, una actuación de *striptease*, una escena de una crueldad inaudita, un tercer grado, y mucho más de esta guisa. Presupone una gran sofisticación de los lectores en material sexual (hay una escena, por ejemplo, en la que un gángster, seguramente con inclinaciones masoquistas, tiene un orgasmo en el momento en que es acuchillado), y da por sentada la corrupción más absoluta y egoísta como si fuera lo más natural del mundo en cuanto norma del comportamiento humano. El detective, por ejemplo, es un granuja redomado, del mismo calibre que los gángsteres, y actúa movido prácticamente por los mismos motivos; al igual que ellos, anda en busca de «quinientos de los grandes». Para la maquinaria de la trama, es necesario que el señor Blandish ansíe recobrar a su hija; al margen de esto, cuestiones como el afecto, la amistad, la amabilidad o la mera cortesía ni siquiera se tienen en consideración. En gran medida, tampoco se da una sexualidad normal. En resumidas cuentas, sólo funciona una única motivación en todo el relato: el ansia de poder.

Conviene tener presente que el libro no es pornográfico en el sentido normal del término. Al contrario que los libros que tratan del sadismo en materia sexual, hace hincapié en la crueldad, no en el placer. Slim, el violador de Miss Blandish, tiene unos «labios húmedos y carnosos»; es un detalle repugnante, y tiene por objeto

provocar repulsa. Pero las escenas que tratan de la crueldad con las mujeres son relativamente llevaderas. Los verdaderos momentos culminantes del libro son las crueldades en que incurren los hombres con otros hombres, sobre todo el tercer grado al que es sometido un gángster, Eddie Schultz, que es atado a una silla y aporreado en el cuello, y al que además le rompen los brazos a golpe limpio cuando intenta desatarse. En otro de los libros del señor Chase, *Ya no le hará falta*, el héroe, que está destinado a resultar un personaje simpático y tal vez incluso noble, aparece descrito mientras desfigura a mamporros a otra persona y, tras haberle partido la boca, le aplasta la cara a pisotones. Incluso si no se dan incidentes puramente físicos de esta índole, el ambiente mental de estos libros es el mismo. La única temática de que tratan es la pugna por el poder y el triunfo de los fuertes sobre los débiles. Los gángsteres más grandes acaban con los pequeños de manera tan inmisericorde como el pez grande que se come al chico. La policía mata a los delincuentes con la misma crueldad con que un pescador pesca al pez grande. Si uno se pone finalmente de parte de los policías y en contra de los gángsteres, es tan sólo porque están mejor organizados y son más poderosos; porque, a decir verdad, la ley es más fuerte que el crimen. El poder y la fuerza tienen razón: *vae victis*.

Tal como ya he señalado, *El secuestro* disfrutó de su máxima popularidad en 1940, si bien la versión teatral gozó de gran éxito algún tiempo después. Fue, de hecho, una de esas cosas que ayudaron a sobrellevar el tedio de los bombardeos. A comienzos de la guerra, el *New Yorker* publicó una foto de un hombrecillo acercándose a un quiosco empapelado de periódicos con titulares como «GRANDES BATALLAS DE TANQUES EN EL NORTE DE FRANCIA», «GRAN BATALLA NAVAL EN EL MAR DEL NORTE», «FEROCES BATALLAS AÉREAS EN EL CANAL DE LA MANCHA», etcétera, etcétera. El hombrecillo le pide al quiosquero «novelas de acción, por favor». Ese hombrecillo representaba a los millones de personas drogadas para las cuales el mundo de los gángsteres y del boxeo es más «real», más «duro», que algo tan nimio como las guerras, las revoluciones, los terremotos, las hambrunas y las epidemias. Desde el punto de vista del lector de novelas de acción, una descripción de los bombardeos de Londres o de las luchas clandestinas de la resistencia europea sería «cosa de señoritas». Por otra parte, una batalla a tiro limpio en Chicago, que tuviera como resultado quizá media docena de muertos, parecería genuinamente «dura». Este hábito mental está hoy en día sumamente extendido. Un soldado está boca abajo en una trinchera fangosa, los disparos de las ametralladoras hacen blanco a menos de dos palmos de donde está, y engaña el tedio intolerable leyendo una novela de gángsteres norteamericanos. ¿Qué es lo que le da tanta emoción a esa novela? Precisamente, ¡el hecho de que la gente ande ametrallándose! Ni el soldado ni nadie más ven que haya en esto nada curioso. Se da por sentado que una bala imaginaria es mucho más apasionante que una bala real.

La explicación evidente de todo esto es que en la vida real uno suele ser una víctima pasiva de las circunstancias, mientras que en la novela de aventuras uno

puede considerarse el centro de los acontecimientos. Pero hay bastante más. En este punto es preciso volver a hacer referencia a que *El secuestro* está escrito —tal vez con ciertos errores técnicos, pero con una habilidad más que notable— en lenguaje norteamericano.

Existe en Estados Unidos una abundantísima literatura de sesgo más o menos similar a *El secuestro*. Al margen de los libros propiamente dichos, hay numerosas «revistas pulp», clasificadas de manera que satisfagan los gustos y fantasías más diversos, aunque todas ellas compartan un mismo ambiente mental. No son pocas las que resultan manifiestamente pornográficas, aunque la inmensa mayoría más bien tienden a un público puramente sádico y masoquista. A tres peniques el ejemplar, con el título de «Yank Mags»,[18] estas revistas tuvieron también una popularidad considerable en Inglaterra, aunque al escasear el suministro durante la guerra no se encontró un sustitutivo del todo satisfactorio. Las imitaciones inglesas de las revistas pulp sin duda existen, pero son más bien pobres en comparación con las originales. Las películas inglesas de malvados, asimismo, nunca tendrán la misma calidad que las películas estadounidenses de malvados, al menos en lo tocante a la brutalidad descrita. Con todo, la trayectoria del señor Chase pone de manifiesto la hondura que tiene la influencia norteamericana. No sólo habita en una fantasía continua en el submundo de Chicago, sino que también puede dar por sentado que existen cientos de miles de lectores que saben a qué se refiere cuando emplea palabras de jerga como «hotsquat» («silla caliente», por la silla eléctrica), que no tienen que efectuar cálculos mentales cuando se ven ante «cincuenta de los grandes» y que entienden a primera vista una frase como esta: «Johnny era un borrachín, y estaba a dos pasos de la fábrica de majaretas».[*] Evidentemente, hay muchísimas personas en Inglaterra que están parcialmente norteamericanizadas en cuestiones de lenguaje y, es de ley añadirlo, también en cuanto a planteamientos morales. Nunca se produjo una protesta popular contra *El secuestro*. A la postre fue retirado de la circulación de manera meramente retrospectiva, cuando una obra posterior, *Las penas de Miss Callaghan*, puso los libros del señor Chase en el punto de mira de las autoridades. A juzgar por las conversaciones normales de la época, los lectores de a pie quedaron un tanto impresionados —tampoco en exceso— con las obscenidades de *El secuestro*, aunque no llegaron a considerar que el libro fuera indeseable en su totalidad. Por cierto, muchas personas tenían la falsa impresión de que era un libro estadounidense reimpreso en Inglaterra.

Aquello a lo que tendría que haberle puesto objeciones el lector de a pie —algo que, casi con total certeza, habría objetado tan sólo unas décadas antes— es a la equívoca actitud ante el delito que sostiene el libro. A lo largo de *El secuestro* se da por sobreentendido que ser un delincuente es algo reprobable solamente en el sentido de que no sale a cuenta. Ser un policía está mejor pagado, pero no hay una verdadera diferencia moral, toda vez que la policía emplea en esencia métodos delictivos. En un libro como *Ya no le hará falta*, la distinción entre delito y prevención del delito está

prácticamente ausente. Se trata de un nuevo rumbo en la ficción sensacionalista en lengua inglesa, en la que hasta hace muy poco siempre ha existido una marcada diferenciación entre lo correcto y lo erróneo, y un acuerdo general en cuanto a que la virtud ha de triunfar en el último capítulo. Los libros en inglés que glorifican el delito (el delito moderno, claro está; los piratas y los bandoleros son un asunto bien distinto) son muy poco frecuentes. Incluso un libro como *Raffles*, como ya he señalado, se rige por tabúes muy poderosos, y se entiende con toda claridad que los delitos de Raffles han de ser expiados tarde o temprano. En Estados Unidos, tanto en la vida misma como en la ficción, la tendencia a tolerar la delincuencia, e incluso a admirar al delincuente en la medida en que triunfe, es mucho más acusada. Es esta actitud, en definitiva, la que ha hecho posible el florecimiento de la delincuencia a tan gran escala. Se han escrito libros sobre Al Capone cuyo tono apenas difiere de los escritos sobre Henry Ford, Stalin, lord Northcliffe y toda la cuadrilla que ha pasado «de la cabaña de troncos a la Casa Blanca». Y con sólo retroceder ochenta años, vemos que Mark Twain adoptó casi la misma actitud ante un bandolero tan desagradable como Slade, héroe y autor de veintiocho asesinatos, y ante los forajidos del Salvaje Oeste en general. Tuvieron éxito, lo «hicieron bien»; por eso mismo los admiraba.

En un libro como *El secuestro*, el lector no se limita, como en la antigua novela policíaca, a escapar de una realidad tediosa y sombría para adentrarse en un mundo imaginario y repleto de acción. La huida nos lleva de hecho hacia la crueldad y la perversión sexual. *El secuestro* está dirigido al instinto de posguerra, de un modo en que no podían estarlo ni *Raffles* ni las novelas de Sherlock Holmes. Al mismo tiempo, la actitud británica hacia el delito no es tan superior a la estadounidense como tal vez haya podido dar a entender. También está involucrada en la adoración del poder, y ha pasado a ser mucho más llamativa en los últimos veinte años. Vale la pena examinar a un escritor como Edgar Wallace, sobre todo en libros tan ejemplares como *El orador* y en los relatos que tienen por protagonista el señor J. G. Reeder. Wallace fue uno de los primeros autores de novela policíaca que se apartó de la vieja tradición del detective privado y que hizo que su protagonista fuera un agente de Scotland Yard. Sherlock Holmes es un simple aficionado que resuelve sus casos sin ayuda de la policía e incluso con su plena oposición, sobre todo en sus primeras apariciones. Por si fuera poco, al igual que Lupin, es esencialmente un intelectual, incluso un científico. Razona con lógica a partir de los hechos empíricos; su intelectualidad se halla de continuo en marcado contraste con los métodos rutinarios de la policía. Wallace planteó serias objeciones a este desaire, a su juicio, contra Scotland Yard, y en varios artículos de prensa se desvivió por denunciar públicamente el proceder de Holmes. Su ideal era el del detective e inspector que captura a los delincuentes no por su brillantez intelectual, sino porque forma parte de una poderosa organización. De ahí la curiosidad de que, en los relatos más característicos de Wallace, las «pistas» y la «deducción» no desempeñen ningún papel. El delincuente siempre cae derrotado por una coincidencia increíble, o porque, de una manera que no llega a explicarse,

resulta que la policía está de antemano al corriente del delito. El tono de los relatos no deja lugar a dudas en cuanto a que la admiración de Wallace por la policía es lisa y llanamente la adoración del que abusa. Un detective de Scotland Yard es el tipo de persona más poderosa que alcanza a imaginar, mientras que el delincuente ocupa en su escala de valores un lugar fuera de la ley, contra el cual todo está permitido, como los esclavos romanos condenados al circo. Sus policías se comportan con mucha más brutalidad que los policías británicos en la vida real —golpean a las personas sin que medie provocación, les disparan el revólver junto al oído sólo para aterrorizarlas, etcétera—, y algunos de sus relatos son una exhibición de temible sadismo intelectual. (Por ejemplo, a Wallace le gusta disponer las cosas de tal modo que el villano sea ahorcado el mismo día en que se casa la heroína). Pero es un sadismo a la inglesa, es decir, inconsciente, sin demasiado sexo manifiesto y todavía dentro de los márgenes de la ley. El público británico tolera una ley penal endurecida y disfruta con los juicios por asesinato cuando pecan de una injusticia monstruosa, pero eso sigue siendo mejor, en todos los sentidos, que tolerar e incluso admirar al delincuente. Si uno ha de adorar a un abusón, mejor que sea un policía y no un gángster. En cierta medida, Wallace se rige todavía por el concepto de lo «no hecho». En *El secuestro* se «hace» de todo, con tal de que conduzca al poder. Caen todas las barreras, los motivos están a la vista de todos. Chase es un síntoma peor que Wallace, en el mismo sentido que la lucha libre y sin reglas de ninguna clase es peor que el boxeo, en el mismo sentido que el fascismo es peor que la democracia capitalista.

En los préstamos que toma de *Santuario*, la novela de Faulkner, Chase sólo aprovecha la trama; el ambiente mental que prima en ambos libros no es ni siquiera similar. Chase bebe en realidad de otras fuentes, y este préstamo en particular es más bien simbólico. Lo que simboliza es la divulgación de las ideas que hoy en día se produce a todas horas, probablemente más acelerada que nunca gracias a la imprenta. Se ha dicho de Chase que es un «Faulkner para las masas», pero sería más preciso definirlo como un Carlyle para las masas. Es un escritor popular —hay muchos del mismo corte en Estados Unidos, aunque en Inglaterra siguen siendo habas contadas— que ha sabido ponerse al día de lo que hoy es moda llamar «realismo», y que en realidad hace referencia a la doctrina de que es el poder el que tiene la razón. La expansión del «realismo» ha sido el gran rasgo dominante de la historia intelectual de nuestra época. El porqué de esto es una cuestión más compleja. La interconexión existente entre sadismo, masoquismo, adoración del éxito, adoración del poder, nacionalismo y totalitarismo es una cuestión de gran tamaño en la que apenas hemos empezado a arañar la superficie, y sólo mencionarla suele ser considerado algo cuando menos falto de delicadeza. Por tomar tan sólo el primer ejemplo que me viene a la cabeza, creo que nadie ha señalado jamás el elemento sádico y masoquista que está presente en la obra de Bernard Shaw, y menos aún se ha sugerido que esto probablemente guarde alguna relación con la admiración que Shaw profesa hacia los dictadores. El fascismo se suele equiparar con el sadismo, aunque casi siempre por

parte de personas que no ven nada malo en la adoración más sumisa que se profesa a Stalin. La verdad, cómo no, es que incontables intelectuales ingleses que actúan como lameculos de Stalin no son para nada distintos de la minoría que otorga su lealtad a Hitler o a Mussolini, ni de los expertos en eficacia que en los años veinte cantaban las alabanzas del «golpe», el «impulso», la «personalidad» y el «aprenda usted a ser un hombre tigre», ni de una generación de intelectuales anterior —Carlyle, Creasey y los demás— que agachó la cabeza ante el militarismo alemán. Todos ellos son adoradores del poder y de la crueldad que sale a cuenta porque lleva al éxito. Es importante reseñar que el culto al poder tiende a mezclarse con el amor por la crueldad y la perversidad en sí mismas. A un tirano se le admira tanto más si encima resulta que es un sanguinario, y eso de que «el fin justifica los medios» deviene, en efecto, en que «los medios se justifican por sí solos siempre y cuando sean sucios». Esta idea da color al planteamiento de todos los simpatizantes del totalitarismo, y explica, por ejemplo, el deleite innegable con que muchos intelectuales ingleses recibieron el pacto nazi-soviético. Fue un paso de utilidad más que dudosa para la URSS, pero fue sobre todo absolutamente inmoral, razón por la cual suscitó admiración. Las explicaciones de todo ello, y fueron tan numerosas como contradictorias, podían quedar para más adelante.

Hasta hace poco, las típicas novelas de aventuras de los pueblos de habla inglesa han sido las historias en las que el héroe se enfrenta en desventaja a toda suerte de enemigos. Así ha sido desde Robin Hood hasta Popeye el Marino. Es posible que el mito más básico del mundo occidental sea el de Jack el Matagigantes, aunque para ponerlo al día habría que llamarlo Jack el Mataenanos, y ya existe una literatura más que considerable que enseña, explícita o implícitamente, que uno debe ponerse de parte del fuerte y en contra del débil. La mayor parte de lo que hoy en día se escribe sobre política exterior es lisa y llanamente un encaje sobre el bastidor de este mismo tema, y hace ya varias décadas que frases hechas como «Juego limpio», «No hacer leña del árbol caído» o «Eso no es críquet» no dejan de suscitar una clara muestra de burla por parte de quien tenga pretensiones intelectuales. Lo relativamente nuevo es hallar la pauta aceptada según la cual: *a*) lo correcto es lo correcto y lo erróneo es lo erróneo, al margen de quién gane, y *b*) hay que respetar la debilidad, y debe desaparecer del todo de la literatura popular. Cuando leí por vez primera las novelas de D. H. Lawrence, más o menos a los veinte años de edad, me desconcertó que no pareciera existir ni la más remota clasificación de los personajes en «buenos» y «malos». Lawrence parecía mostrar simpatía por todos ellos, algo tan insólito que me dio incluso la sensación de haber perdido los papeles. Hoy en día a nadie se le ocurriría buscar héroes y villanos en una novela seria, mientras que en la ficción popular aún se cuenta con hallar una nítida diferenciación entre lo bueno y lo malo, entre legalidad e ilegalidad. La gente corriente, en general, todavía habita en un mundo de bien y mal absolutos, del cual los intelectuales hace mucho tiempo que huyeron. Sin embargo, la popularidad de *El secuestro* y de los libros y revistas

estadounidenses con los que tiene parentesco demuestra cuán rápidamente gana terreno la doctrina del «realismo».

Algunas personas, tras leer *El secuestro*, me han comentado que «es puro fascismo». Es una descripción correcta, aunque el libro no tiene la menor relación con la política, y muy escasa con la problemática social o económica. Guarda con el fascismo la misma relación que, por ejemplo, las novelas de Trollope con el capitalismo decimonónico. Es una ensoñación muy apropiada para una época totalitaria. En su imaginario mundo poblado de gángsteres, Chase presenta, por así decirlo, una versión destilada de la moderna escena política, en la que asuntos como los bombardeos a gran escala contra civiles, el uso de rehenes, la tortura para obtener una confesión, las cárceles secretas, las ejecuciones sin juicio previo, el apaleamiento con porras de caucho, ahogar a alguien en una ciénaga, falsificar sistemáticamente los registros y las estadísticas, la traición, el soborno o el colaboracionismo son normales y moralmente neutros, e incluso admirables cuando se hacen a lo grande, con osadía. Al hombre de a pie no le interesa directamente la política, y cuando se pone a leer desea que los actuales litigios del mundo queden traducidos al lenguaje de un relato muy simple, que trate de individuos precisos. Slim y Fenner pueden suscitar su interés de un modo en que la GPU y la Gestapo no pueden hacerlo. La gente adora el poder en la forma en que es capaz de comprenderlo. Un chiquillo de doce años adora a Jack Dempsey. Un adolescente de una barriada pobre de Glasgow adora a Al Capone. Un estudiante de empresariales adora a lord Nuffield. Un lector del *New Statesman* adora a Stalin. Hay una diferencia en cuanto a madurez intelectual, pero no en cuanto a planteamientos morales. Hace treinta años, los héroes de la ficción popular no tenían nada en común con los gángsteres y los detectives de Chase, y los ídolos de la intelectualidad liberal británica eran figuras también relativamente simpáticas. Entre Holmes y Fenner, por una parte, y entre Abraham Lincoln y Stalin, por otra, hay una brecha semejante.

No es posible deducir gran cosa del éxito que han cosechado los libros de Chase. Tal vez se trate de un fenómeno aislado, producto de la mezcla de tedio y brutalidad que comporta la guerra. Pero si tales libros han de arraigar definitivamente en Inglaterra, en vez de ser tan sólo una importación de Estados Unidos digerida a medias, habrá motivos de sobra para que cunda el desánimo. Al elegir *Raffles* como antecedente de *El secuestro*, me he decantado a propósito por un libro que a tenor de los criterios morales de su época era, cuando menos, equívoco. Como ya he apuntado, Raffles carece de un verdadero código moral, de religión, de conciencia social. Todo lo que tiene es un conjunto de reflejos propios del sistema nervioso, por así decir, que corresponden a un caballero. Si se le da un golpe en tal o cual reflejo (que atienden a nombres como «deporte», «amigo», «mujer», «rey y patria», etcétera), se obtiene una reacción previsible. En los libros de Chase no hay caballeros ni tabúes. La emancipación es total. Freud y Maquiavelo han llegado a los suburbios más alejados del centro. Si se comparan el ambiente colegial de uno y la crueldad y la corrupción

del otro, uno se siente impelido a pensar que el esnobismo, al igual que la hipocresía, actúa como freno de un comportamiento cuyo valor, desde un punto de vista social, fue menospreciado.

PROPAGANDA Y LENGUAJE POPULAR

Persuasion, verano de 1944, vol. 2, n.º 2

Cuando me disponía a partir de Inglaterra en dirección a Marruecos a finales de 1938, alguna gente de mi pueblo (a menos de ochenta kilómetros de Londres) quiso saber si había que cruzar el mar para llegar hasta allí. En 1940, durante la campaña africana del general Wavell, descubrí que la mujer a la que le compraba mis raciones pensaba que la Cirenaica estaba en Italia. Hace un año o dos, un amigo mío, que había estado dando una charla de la ABCA[*] a algunas integrantes de los Servicios Auxiliares Territoriales, llevó a cabo el experimento de hacerles unas pocas preguntas de cultura general. Entre las respuestas que obtuvo se decía: *a*) que el Parlamento sólo tenía seis miembros, y *b*) que Singapur era la capital de la India. Si tuviera algún sentido hacerlo, podría dar muchos más ejemplos de este tipo. Menciono estos tres tan sólo como un recordatorio preliminar de la ignorancia que debe tener presente cualquier discurso o escrito que se dirija al gran público.

Sin embargo, cuando examinamos los folletos y los Libros Blancos del gobierno, o los editoriales de los periódicos, o los discursos y retransmisiones de los políticos, o los panfletos y manifiestos de cualquier partido político, lo que casi siempre nos llama la atención es lo alejadísimos que están de la gente de la calle. No se trata únicamente de que den por hechos unos conocimientos inexistentes; a menudo es acertado y necesario hacerlo así. Es, además, que el lenguaje claro, popular y cotidiano parece evitarse instintivamente. El dialecto anodino de los portavoces del gobierno (cuyas expresiones características son «a su debido tiempo», «no dejaremos piedra por mover», «en cuanto haya oportunidad», «respuesta en sentido afirmativo») es demasiado conocido como para que valga la pena detenerse en él. Los editoriales de los periódicos se escriben también en este dialecto, o en un estilo ampuloso y rimbombante con tendencia a recurrir a términos anticuados («azaroso», «gallardía», «poderío», «contendiente», «arrimo», «resarcimiento», «canallesco», «abyección», «fortín», «bastión», «baluarte») que a ninguna persona normal se le ocurriría emplear. Los partidos de izquierdas están especializados en un vocabulario espurio formado por expresiones rusas y alemanas traducidas con la máxima torpeza. E incluso los carteles, los folletos y las difusiones por radio destinados a dar instrucciones, a decirle a la gente qué tiene que hacer en determinadas circunstancias, a menudo fracasan en su cometido. Por ejemplo, durante los primeros bombardeos aéreos sobre Londres, se descubrió que innumerables personas no sabían qué sirena significaba «alerta» y cuál significaba «despejado». Y esto después de meses o años viendo los carteles de Prevención de Ataques Aéreos. En ellos, la señal de alerta se describía

como un «sonido gorjeante»; una expresión que no causaba el menor efecto, dado que las sirenas de bombardeo no gorjean, y poca gente relaciona la palabra con algún significado definido.

Cuando *sir* Richard Acland, en los primeros meses de la guerra, estaba redactando un manifiesto que iba a presentarle al gobierno, contrató a un escuadrón de «observadores de la masa» para descubrir qué significados asociaba el hombre común, si es que asociaba alguno, a los términos abstractos y altisonantes que se sueltan aquí y allá en la política. Salieron a la luz confusiones de lo más estrafalarias. Descubrieron, por ejemplo, que la mayoría de la gente no relaciona «inmoralidad» con otra cosa que la inmoralidad sexual. Un hombre pensaba que un «movimiento» tenía algo que ver con el estreñimiento. Y en cualquier *pub* uno puede comprobar todas las noches como los discursos retransmitidos y los noticiarios no causan ningún efecto en el oyente común, porque están pronunciados en un lenguaje afectado y pedante y, por cierto, con acento de clase alta. En la época de Dunkerque vi a un grupo de peones comiéndose su pan con queso en un *pub* mientras la radio daba las noticias de la una. Ninguna reacción; se limitaron a seguir comiendo impasibles. Pero luego, por un instante, al reproducir las palabras de un soldado al que habían izado a bordo de un barco, el locutor se pasó al inglés oral con la frase: «Bueno, ¡al menos en este viaje he aprendido a nadar!». De inmediato se vio como aguzaban el oído; era lenguaje normal, y por eso les llegaba. Unas semanas más tarde, el día después de que Italia entrara en la guerra, Duff Cooper anunció que la temeridad de Mussolini conduciría a «acrecentar las ruinas que han hecho famosa a Italia». Era ingenioso y una auténtica profecía, pero ¿qué efecto provoca este tipo de lenguaje en nueve de cada diez personas? La versión coloquial habría sido: «Italia siempre ha sido famosa por las ruinas. Bueno, pues ahora van a tener ruinas a carretadas». Pero así no es como hablan los ministros, al menos en público.

Ejemplos de lemas inútiles, a todas luces incapaces de avivar los sentimientos o de circular de boca en boca, son: «Dignos de la victoria», «La libertad bajo amenaza: defiéndela con arresto», «El socialismo es la única solución», «Expropiemos a los expropiadores», «Austeridad», «Evolución, no Revolución» o «La paz es indivisible». Ejemplos de lemas expresados en inglés oral son: «Largo de Rusia», «Alemania tiene que pagar», «Paremos a Hitler», «Nada de impuestos sobre el pan», «Compra un Spitfire» o «Votos para las mujeres». Y ejemplos a medio camino entre una cosa y otra son: «Vamos allá», «Siembra por la victoria», «Todo depende de MÍ» y algunas de las frases de Churchill, como «El fin del principio», «El punto flaco», «Sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas» y «Nunca tantos les debieron tanto a tan pocos». (Significativamente, en la medida en que esta última ha circulado de boca en boca, ha desaparecido de ella la parte pedante de la frase, «… en el ámbito de los conflictos humanos»). Hay que tener en cuenta que prácticamente todos los ingleses sienten aversión por cualquier cosa que suene pomposa y jactanciosa. Lemas como «No pasarán» o «Mejor morir de pie que vivir de rodillas», que han entusiasmado a

las naciones del continente, a un inglés, especialmente a un obrero, le resultan ligeramente embarazosos. Pero el principal punto débil de los propagandistas y divulgadores es su incapacidad para darse cuenta de que el inglés hablado y el escrito son dos cosas distintas.

Recientemente, cuando protesté en un artículo contra el dialecto marxista que hace uso de frases como «desviacionismo de izquierda objetivamente contrarrevolucionario» o «liquidación drástica de elementos pequeñoburgueses», recibí cartas indignadas de socialistas de toda la vida que me decían que estaba «insultando el lenguaje del proletariado». Con un espíritu bastante similar, el profesor Harold Laski dedica un largo pasaje de su último libro, *Fe, razón y civilización*, a atacar al señor T. S. Eliot, al que acusa de escribir «sólo para unos pocos». Pero el caso es que Eliot es uno de los contados escritores de nuestros días que ha intentado seriamente escribir en inglés tal como se habla. Versos como

> *Y nadie llegó, y nadie se fue,*
> *pero él entró la leche y pagó el alquiler*

están lo más cerca del inglés oral que pueda estarlo un texto. Por el contrario, he aquí una frase perfectamente típica de la escritura de Laski:

> En conjunto, nuestro sistema era un pacto entre la democracia en el ámbito político —en sí misma un desarrollo muy reciente de nuestra historia— y un poder económico oligárquicamente organizado que estaba a su vez vinculado a un cierto vestigio aristocrático capaz todavía de influir profundamente en las costumbres de nuestra sociedad.

Esta frase, por cierto, proviene de una conferencia reeditada, de modo que debemos suponer que el profesor Laski, en efecto, se subió a una tarima y la declamó con inciso y todo. Está claro que la gente capaz de hablar o escribir de un modo semejante ha olvidado, sencillamente, cómo es el lenguaje cotidiano. Pero esto no es nada comparado con otros pasajes que podría extraer de los escritos del profesor Laski o, mejor aún, de la literatura comunista o, lo mejor de todo, de los panfletos trotskistas. De hecho, al leer la prensa de izquierdas uno tiene la sensación de que, cuanto más alto pontifican algunos sobre el proletariado, más desprecian su lenguaje.

Ya he dicho antes que el inglés hablado y el inglés escrito son dos cosas distintas. Esta diferencia existe en todas las lenguas, pero en el inglés es posiblemente más acentuada que en la mayoría de ellas. El inglés hablado está lleno de lenguaje coloquial, se abrevia allí donde sea posible, y las personas de todas las clases sociales tratan su gramática y su sintaxis de un modo muy descuidado. Son poquísimos los ingleses que le ponen jamás el broche a una frase cuando hablan improvisando. Y, por encima de todo, el vasto vocabulario inglés incluye miles de palabras que todo el mundo usa por escrito, pero que no tienen una auténtica difusión en el lenguaje hablado; y contiene, además, miles de palabras que están ya obsoletas pero que van

siendo arrastradas por cualquiera que quiera sonar inteligente o edificante. Con esto en mente, uno puede buscar la manera de asegurarse de que la propaganda, escrita o hablada, llegue al público al que va dirigida.

Por lo que respecta a la escritura, lo único que podemos intentar es llevar a cabo un proceso de simplificación. El primer paso —y cualquier organización de encuestas sociales podría hacerlo por unos pocos cientos o miles de libras— es averiguar cuáles de los términos abstractos que los políticos utilizan habitualmente comprende de verdad un gran número de gente. Si expresiones como «violación sin escrúpulos de compromisos públicos» o «amenaza insidiosa a los principios básicos de la democracia» no significan nada para el hombre común, entonces es estúpido usarlos. En segundo lugar, uno puede tener siempre en mente el lenguaje hablado mientras escribe. Reflejar en el papel el auténtico inglés oral es un asunto complicado, como mostraré en un momento, pero si nos preguntamos habitualmente «¿Podría simplificar esto? ¿Podría hacer que sonara más oral?», no es muy probable que escribamos frases como esa del profesor Laski que he citado más arriba, ni tampoco que digamos «eliminar» cuando queremos decir «matar», o «agua estática» cuando nos referimos a un «depósito contra incendios».

La propaganda oral, sin embargo, ofrece mayores posibilidades de mejora. Es aquí donde aflora realmente el problema de escribir en inglés hablado.

Los discursos, las radiodifusiones, las conferencias e incluso los sermones acostumbran a ponerse por escrito de antemano. Los oradores más capaces, como Hitler o Lloyd George, suelen improvisar, pero son casos muy excepcionales. Por norma —y se puede comprobar escuchando un rato en Hyde Park Corner—, los presuntos improvisadores sólo consiguen seguir adelante con sucesivos clichés. Y, en cualquier caso, es probable que estén pronunciando un discurso que han dado ya decenas de veces. Sólo unos pocos oradores excepcionalmente dotados pueden alcanzar la sencillez y la inteligibilidad que logra hasta la persona más tartajosa en una conversación trivial. En directo, lo de improvisar rara vez se intenta siquiera. Con la excepción de algunos programas, como *Brains Trust*, que de todos modos se ensayan a conciencia de antemano, cada palabra que sale de la BBC ha sido puesta por escrito y se reproduce exactamente como fue escrita. Esto no se debe sólo a la censura, sino también a que muchos oradores son propensos a quedarse sin palabras frente al micrófono si no tienen un guión que seguir. El resultado es esa jerga pesada, aburrida y pedante que lleva a muchos oyentes a apagar la radio tan pronto como se anuncia un discurso. Cabría pensar que podríamos acercarnos más al lenguaje oral dictando que escribiendo, pero, de hecho, es justo al revés. Dictar, al menos para un ser humano, es siempre un tanto embarazoso. Uno tiene el impulso de evitar las pausas largas, y lo hace aferrándose inevitablemente a expresiones prefabricadas y metáforas en desuso («cambiar las tornas», «echar a los leones», «cruzar la espada», «romper una lanza») de las que la lengua inglesa está plagada. Un guión dictado acostumbra a ser menos natural que uno escrito. Lo que se busca, evidentemente, es

algún modo de llevar al papel el inglés convencional, descuidado, coloquial.

Pero ¿es esto posible? Yo creo que lo es, y siguiendo un método bastante sencillo que, por lo que yo sé, nunca ha sido probado. Es este: colocamos a un orador bastante elocuente frente al micrófono y lo dejamos hablar sin más, ya sea de forma continuada o intermitente. Hacemos lo mismo con una docena de oradores diferentes, grabándolos a todos. Lo alternamos con algunos diálogos o conversaciones entre tres o cuatro personas. Entonces reproducimos las grabaciones y le pedimos a un taquígrafo que las ponga por escrito, no en la versión resumida y mejorada que los taquígrafos acostumbran a redactar, sino palabra por palabra, con la puntuación que parezca apropiada. Así tendríamos en papel —por primera vez, creo yo— algunos ejemplares auténticos de inglés oral. Seguramente no serían legibles a la manera de un libro o un periódico, pero es que el inglés oral no está pensado para ser leído, sino para ser escuchado. A partir de estos ejemplares, creo que podríamos formular las normas del inglés oral y averiguar en qué se diferencia del lenguaje escrito. Y cuando escribir en inglés hablado fuera ya factible, el orador o el conferenciante que tuviera que escribir su discurso de antemano podría asemejarlo más a su dicción natural, darle una esencia más oralizable, de lo que está en su mano actualmente.

Por descontado, el lenguaje popular no consiste solamente en ser coloquial y evitar palabras que den lugar a confusión. Está también la cuestión del acento. Parece evidente que, en la Inglaterra moderna, el acento «culto» de la clase alta es letal para cualquier orador que se dirija a un público amplio. Todos los buenos oradores de los tiempos recientes han tenido un acento *cockney* o bien de provincias. El éxito de las radiodifusiones de Priestley en 1940 se debió en gran medida a su acento de Yorkshire, que probablemente recalcó un poco para la ocasión. Churchill es una excepción sólo en apariencia. Demasiado viejo para haber aprendido el acento «culto» moderno, habla con ese deje eduardiano de clase alta que al hombre común le suena a *cockney*. El acento «culto» —al lado del cual el acento de los locutores de la BBC parece una especie de parodia— no tiene ninguna ventaja salvo su inteligibilidad para los anglohablantes extranjeros. En Inglaterra, a esa minoría entre la que es innato no le gusta particularmente, mientras que en las otras tres cuartas partes de la población despierta un antagonismo de clase inmediato. También llama la atención que, allí donde existen dudas sobre la pronunciación de una palabra, los oradores competentes se quedan con la pronunciación de la clase obrera aunque sepan que es incorrecta. Churchill, por ejemplo, pronunció mal «nazi» y «Gestapo» mientras lo hizo la gente de la calle. Y durante la última guerra, Lloyd George transcribía «káiser» como «káyser», que era la versión popular de la palabra.

En los inicios de la guerra, el gobierno tuvo enormes dificultades para hacer que la gente se tomara la molestia de ir a recoger sus cartillas de racionamiento, y en las elecciones al Parlamento, incluso cuando los censos están actualizados, ocurre a menudo que menos de la mitad del electorado ejerce su derecho a voto. Cosas como estas son síntomas de una brecha intelectual entre los gobernantes y los gobernados.

Pero la misma brecha existe siempre entre la *intelligentsia* y el hombre de a pie. Los periodistas, como podemos ver en sus pronósticos electorales, nunca saben qué piensa el público. La propaganda revolucionaria es increíblemente ineficaz. Las iglesias de todo el país están vacías. La mera idea de tratar de averiguar qué piensa el hombre común, en lugar de dar por supuesto que piensa lo que tiene que pensar, es una novedad, y no muy bien recibida. Las encuestas entre la población reciben ataques feroces de la izquierda y la derecha por igual. Sin embargo, es obvio que los gobiernos modernos necesitan algún mecanismo para pulsar la opinión pública, y más si se trata de un país democrático que de uno totalitario. El segundo paso es tener la capacidad de hablarle al hombre de la calle con palabras que comprenda y frente a las cuales reaccione.

Actualmente, la propaganda sólo parece dar resultado cuando coincide con lo que la gente está inclinada a hacer de todos modos. Durante la presente guerra, por ejemplo, el gobierno ha hecho muy poco por preservar la moral; se ha limitado a servirse de las reservas existentes de buena voluntad. Y todos los partidos políticos han fracasado por igual a la hora de conseguir que el público se interesase por cuestiones de una importancia vital, como el problema de la India, por mencionar sólo uno. Pero puede que algún día tengamos un gobierno verdaderamente democrático, un gobierno que quiera explicarle a la gente lo que está ocurriendo, qué debe hacerse a continuación, qué sacrificios son necesarios y por qué. Necesitará contar con los mecanismos para hacerlo, de los cuales el primero es disponer de las palabras adecuadas, del tono adecuado. El hecho de que, cuando uno propone averiguar cómo es el hombre de la calle y dirigirse a él consecuentemente, lo acusen de ser un esnob intelectual que quiere hablarles a las masas con paternalismo, o se convierta en sospechoso de estar conspirando para instaurar una Gestapo inglesa, muestra cuán indolente y decimonónica sigue siendo nuestra idea de la democracia.

ARTHUR KOESTLER

11 de septiembre de 1944. Texto mecanografiado

Sorprende constatar hasta qué punto la literatura inglesa del presente siglo ha estado dominada por extranjeros; por ejemplo, Conrad, Henry James, Shaw, Joyce, Yeats, Pound y Eliot. No obstante, quien opte por convertirlo en una cuestión de prestigio nacional y estudie nuestros logros en las diversas ramas de la literatura, descubrirá que Inglaterra no lo ha hecho tan mal salvo en lo que, a grandes rasgos, podríamos denominar escritos «políticos» o «panfletarios». Me refiero a un tipo de literatura peculiar surgida de las luchas políticas europeas a partir del auge del fascismo. Bajo ese mismo epígrafe podemos incluir novelas, autobiografías, libros de «reportajes», tratados sociológicos y simples panfletos que comparten un mismo origen y participan en gran medida del mismo ambiente emocional.

Algunas figuras destacadas de esa escuela de escritores son Silone, Malraux, Salvemini, Borkenau, Victor Serge y el propio Koestler. Algunos son escritores imaginativos y otros no, pero todos se parecen en que se esfuerzan por escribir historia contemporánea no oficial, de la que no aparece en los libros de texto y sobre la que se miente en los periódicos. Además, todos son europeos del continente. Tal vez sea exagerado, aunque no mucho, afirmar que, cuando en este país se publica un libro sobre el totalitarismo y al cabo de seis meses sigue valiendo la pena leerlo, es porque se trata de un libro traducido de algún otro idioma. En los últimos doce años, los escritores ingleses han producido una gran cantidad de escritos políticos, pero casi ninguno tiene valor estético y muy pocos tienen valor histórico. El Club del Libro de Izquierdas, por ejemplo, existe desde 1936. ¿Cuántos títulos recuerda el lector de sus obras escogidas? La Alemania nazi, la Rusia soviética, España, Abisinia, Austria, Checoslovaquia…; todo lo que se ha escrito en Inglaterra sobre esos asuntos y otros afines son reportajes arteros y panfletos mistificadores en los que la propaganda se deglute entera y luego se regurgita a medio digerir, y muy pocas guías y libros de texto que sean de fiar. No ha habido nada comparable, por ejemplo, a *Fontamara* o *El cero y el infinito*, porque apenas hay escritores ingleses que hayan visto el totalitarismo desde dentro. En Europa, durante el pasado decenio, a la gente de clase media le ha sucedido cosas que en Inglaterra no ha tenido que experimentar ni siquiera la clase obrera. La mayor parte de los escritores europeos que he citado, y decenas de otros parecidos, se han visto obligados a quebrantar la ley para participar en política; a algunos los han bombardeado, otros han participado en combates

callejeros, muchos han estado en la cárcel o en campos de concentración, o han tenido que cruzar la frontera con nombre falso y pasaportes falsificados. Es imposible imaginar, por ejemplo, al profesor Laski dedicado a semejantes actividades. Inglaterra carece, por tanto, de lo que podríamos llamar «literatura concentracionaria». El peculiar mundo creado por las fuerzas policiales secretas, la censura, la tortura y los juicios amañados, por supuesto, es bien conocido y hasta cierto punto despierta rechazo, pero ha causado muy poco impacto emocional. Debido a ello, apenas existe en Inglaterra literatura sobre el desencanto con la Unión Soviética. Están la postura de quienes la desaprueban por ignorancia y la de quienes la admiran de manera acrítica, pero muy pocas cosas entre ambas. Por ejemplo, la opinión sobre los juicios por sabotaje en Moscú estuvo muy dividida, pero sobre todo acerca de si los acusados eran o no culpables. Muy poca gente reparó en que, justificados o no, los juicios eran un horror indescriptible. Y la desaprobación inglesa de las atrocidades nazis también ha sido un tanto irreal, más o menos explícita según la conveniencia política. Para entender cosas como estas uno tendría que poder imaginarse como víctima, y que un inglés escriba *El cero y el infinito* sería tan improbable como que un traficante de esclavos escribiese *La cabaña del tío Tom*.

La obra de Koestler se centra en los procesos de Moscú. El asunto principal es la decadencia de las revoluciones debido a los efectos corruptores del poder, pero la peculiar naturaleza de la dictadura de Stalin le ha empujado a una postura no muy lejana del conservadurismo pesimista. Ignoro cuántos libros ha escrito. Es un húngaro que empezó redactándolos en alemán, y en Inglaterra se han publicado cinco: *Testamento español*, *Los gladiadores*, *El cero y el infinito*, *La espuma de la tierra* y *Llegada y salida*. El asunto de todos ellos es similar, y ninguno se libra más que en unas pocas páginas de un ambiente de pesadilla. De los cinco libros, tres transcurren por entero, o casi, en la cárcel.

En los primeros meses de la Guerra Civil española, Koestler fue corresponsal del *News Chronicle*, y a principios de 1937 fue detenido cuando los fascistas capturaron Málaga. Poco faltó para que lo fusilaran, y luego pasó varios meses encarcelado en una fortaleza, oyendo noche tras noche el estampido de los fusiles mientras ejecutaban a un grupo tras otro de republicanos y corriendo un grave peligro de ser fusilado también él. No fue una aventura casual que «podría haberle sucedido a cualquiera», pero estaba en consonancia con el estilo de vida de Koestler. Una persona sin interés en la política no habría estado en España en esa época, un observador más cauto habría salido de Málaga antes de que llegaran los fascistas, y a un periodista británico o estadounidense lo habrían tratado con más miramientos. El libro que escribió Koestler sobre esas vivencias, *Testamento español*, tiene pasajes notables, pero, dejando a un lado el carácter fragmentario habitual de cualquier reportaje, también incluye muchas falsedades. En las escenas de la cárcel, Koestler acierta al describir el ambiente de pesadilla que, por así decirlo, se ha convertido en su marca de fábrica, pero el resto está demasiado teñido de la ortodoxia del Frente

Popular de la época. Uno o dos pasajes incluso parecen redactados por encargo del Club del Libro de Izquierdas. Por entonces Koestler era, o había sido hasta poco antes, miembro del Partido Comunista, y la complejidad política de la Guerra Civil impedía que ningún comunista escribiera honradamente sobre las luchas internas en el bando gubernamental. El pecado de casi todos los izquierdistas de 1933 en adelante es que han pretendido ser antifascistas sin ser antitotalitarios. En 1937 Koestler lo sabía, pero no se sentía con la libertad de decirlo. Más cerca estuvo —y de hecho lo afirmó, aunque se pusiera una máscara para hacerlo— en su libro siguiente, *Los gladiadores*, que fue publicado un año antes de la guerra y, por alguna razón, pasó sin pena ni gloria.

Los gladiadores, en ciertos aspectos, no llega a ser un libro redondo. Versa sobre Espartaco, el gladiador tracio que encabezó una rebelión de los esclavos en Italia en torno al año 65 a. C., y cualquier libro sobre ese tema está en desventaja en comparación con *Salambó*. En nuestra época habría sido imposible escribir un libro como *Salambó*, incluso teniendo el talento necesario. Lo mejor de *Salambó*, incluso más que el detalle físico, es que es totalmente despiadado. Flaubert pudo imaginarse la férrea crueldad de la Antigüedad porque a mediados del siglo XIX la gente todavía conservaba cierta paz de espíritu. Tenía tiempo de viajar al pasado. Hoy en día, el presente y el futuro son demasiado aterradores para escapar de ellos, y si alguien se interesa por la historia es para encontrar en ella significados modernos. Koestler convierte a Espartaco en una figura alegórica, una versión primitiva del dictador del proletariado. Mientras que Flaubert, con un prolongado esfuerzo de la imaginación, había conseguido que sus mercenarios fuesen verdaderamente precristianos, Espartaco parece un hombre moderno disfrazado. Pero eso no tendría mayor importancia si Koestler fuese consciente del significado de su alegoría. Las revoluciones siempre acaban mal; he ahí el tema principal. En lo que falla es al responder por qué, y su vacilación se contagia al relato y hace que los personajes principales parezcan irreales y enigmáticos.

Durante varios años, los esclavos conocen un triunfo tras otro. Su número llega a superar los cien mil, dominan grandes zonas del sur de Italia, derrotan a una expedición punitiva tras otra, se alían con los piratas que en la época dominaban el Mediterráneo y, finalmente, emprenden la construcción de una ciudad, que deciden llamar la Ciudad del Sol. En dicha urbe, las personas serán libres e iguales, y por encima de todo serán felices; no habrá esclavitud, ni hambre, ni injusticias, ni azotes ni ejecuciones. Es el sueño de una sociedad justa que parece obsesionar perpetuamente a la imaginación humana en todas las épocas, ya se llame «Reino de los Cielos» o «sociedad sin clases», o se conciba como una edad de oro que existió en el pasado y de la que hemos degenerado. No hace falta decir que los esclavos terminan fracasando en su empeño. En cuanto terminan de organizar la comunidad, su modo de vida vuelve a ser tan injusto, laborioso y temible como cualquier otro. Incluso la cruz, símbolo de esclavitud, tiene que ser resucitada para castigar a los

malhechores. El punto de inflexión tiene lugar cuando Espartaco se ve obligado a crucificar a veinte de sus seguidores más antiguos y fieles. Después de eso, la Ciudad del Sol está condenada, los esclavos se dividen y son derrotados en diversas escaramuzas, y los últimos quince mil son capturados y crucificados de una tacada.

El verdadero punto débil del relato radica en que los motivos del propio Espartaco no acaban de estar claros. El abogado romano Fulvio, que se une a la rebelión y se convierte en su cronista, plantea el habitual dilema de los fines y los medios. Es imposible conseguir nada sin emplear la fuerza y la astucia, pero al hacerlo se pervierten los fines originales. No obstante, Espartaco no es un hombre sediento de poder, ni tampoco un visionario. Lo empuja una fuerza misteriosa que no acaba de entender, y a menudo duda de si abandonar la empresa y huir a Alejandría mientras esté a tiempo. En todo caso, la república de los esclavos se hunde más a causa del hedonismo que de la lucha por el poder. Los esclavos están descontentos con su libertad porque aún tienen que trabajar, y la ruptura final se produce porque los esclavos más turbulentos y menos civilizados, sobre todo los galos y los germanos, siguen comportándose como bandidos tras la creación de la república. Acaso sea lo que ocurrió —como es lógico, sabemos muy poco de las rebeliones de esclavos de la Antigüedad—, pero al permitir que la Ciudad del Sol acabe siendo destruida por la imposibilidad de impedir que Crixo el Galo saquee y viole, Koestler ha dudado entre la historia y la alegoría. Si Espartaco es el prototipo del revolucionario moderno —y es evidente que es lo que el autor pretende—, debería haber fracasado por la imposibilidad de combinar el poder con la rectitud. En cambio, queda reducido a una figura pasiva que, más que actuar, sufre las consecuencias de los actos ajenos, y a veces muy poco convincente. El relato no acaba de funcionar porque elude el problema de la revolución, o al menos no lo soluciona.

Koestler vuelve a esquivarlo de manera más sutil en el siguiente libro, su obra maestra *El cero y el infinito*. Pero en este caso el argumento no se echa a perder porque se ocupa de individuos y su interés es puramente psicológico. Se trata de un episodio escogido de un trasfondo que no tiene por qué cuestionar. *El cero y el infinito* describe el encarcelamiento y la ejecución de un viejo bolchevique, Rubashov, que al principio niega y finalmente confiesa unos crímenes que es consciente de no haber cometido. La madurez, la falta de sorpresa o de denuncia, la compasión y la ironía con que se nos cuenta la historia demuestran la ventaja de ser europeo al abordar un asunto así. El libro alcanza la altura de una tragedia, mientras que un inglés o un estadounidense lo habría convertido a lo sumo en un panfleto. Koestler ha digerido el material y es capaz de tratarlo a un nivel estético. Al mismo tiempo, el modo en que lo hace tiene ciertas implicaciones políticas, que en este caso carecen de importancia, pero que podrían perjudicar a sus próximos libros.

Como es lógico, todo gira en torno a una cuestión: ¿por qué confiesa Rubashov? No es culpable; es decir, sólo lo es del crimen esencial de estar en desacuerdo con el régimen de Stalin. Los actos concretos de traición que se supone que ha cometido son

inventados. Ni siquiera lo han torturado, o al menos no con demasiada violencia. Se viene abajo por la soledad, el dolor de muelas, la falta de tabaco, las luces que lo deslumbran y los continuos interrogatorios, pero en sí mismas esas cosas no deberían ser suficientes para quebrantar la voluntad de un revolucionario curtido. Los nazis le han hecho cosas peores sin conseguirlo. Las confesiones obtenidas en los procesos rusos pueden explicarse de tres maneras:

1) Los acusados eran culpables.
2) Los torturaron, y tal vez los chantajearon con amenazas a amigos y parientes.
3) Actuaron por desesperación, por haberse venido abajo desde un punto de vista psicológico y por la costumbre de la lealtad al Partido.

El propósito de Koestler en *El cero y el infinito* nos permite descartar la primera explicación, y aunque este no es el lugar para hablar de las purgas rusas, debo añadir que apenas hay pruebas que permitan deducir que los juicios a los que fueron sometidos los viejos bolcheviques fuesen un montaje. Si damos por sentado que los acusados no eran culpables —o al menos que no lo eran de los crímenes que confesaron—, la segunda es la explicación más sensata. No obstante, Koestler apunta a la tercera, que es la que acepta también el trotskista Boris Souvarin en su panfleto *Cauchemar en URSS*. Rubashov confiesa porque es incapaz de encontrar un motivo para no hacerlo. La justicia y la verdad objetiva hace mucho que dejaron de significar nada para él. Durante decenios ha sido sólo una criatura del Partido, y lo que el Partido le exige ahora es que confiese unos crímenes inexistentes. Al final, aunque sea necesario debilitarlo y amenazarlo, se siente orgulloso de su decisión de confesar. Se siente superior al pobre oficial zarista que ocupa la celda contigua y que se comunica con Rubashov dando golpes en la pared. El oficial se sorprende cuando descubre que Rubashov tiene la intención de rendirse. Desde su punto de vista «burgués», uno tiene que mantenerse firme, incluso aunque sea un bolchevique. El honor, afirma, consiste en hacer lo que consideramos correcto. «El honor consiste en ser útil y no causar problemas», responde Rubashov, y piensa con cierta complacencia que está dando los golpes con unos quevedos, mientras que el otro, una reliquia del pasado, lo hace con un monóculo.

Como Bujarin, Rubashov está «mirando una negra oscuridad». ¿En nombre de qué código, de qué lealtad, de qué idea del bien y del mal puede desafiar al Partido y soportar más torturas? No solamente está solo, sino también vacío. Ha cometido crímenes peores que el que están perpetrando contra él. Por ejemplo, como enviado secreto del Partido a la Alemania nazi, se libró de los seguidores desobedientes entregándolos a la Gestapo. Curiosamente, la única fuerza interior a la que puede aferrarse son sus recuerdos de infancia, cuando era hijo de un terrateniente. Lo último que recuerda, antes de ser fusilado por la espalda, son las hojas de los álamos en la finca de su padre. Rubashov pertenece a la vieja generación de bolcheviques que fue

eliminada en las purgas. Entiende de arte y de literatura, y conoce el mundo fuera de Rusia. Ofrece un claro contraste con Gletkin, el joven de la GPU que lleva a cabo el interrogatorio, y que es el típico «buen miembro del Partido», totalmente desprovisto de escrúpulos o curiosidad, un gramófono pensante. Rubashov, a diferencia de Gletkin, no tiene la revolución como punto de partida. Su imaginación no era una hoja en blanco cuando ingresó en el Partido. Su superioridad ante el otro acaba remontándose a su origen burgués.

En mi opinión, es imposible argüir que *El cero y el infinito* es sólo un relato sobre las aventuras de un individuo imaginario. Está claro que se trata de un libro político, basado en hechos históricos, y que ofrece una interpretación de unos sucesos polémicos. Rubashov podría ser Trotski, Bujarin, Rakovski o cualquier otra figura relativamente civilizada entre los viejos bolcheviques. Si uno quiere escribir sobre los procesos de Moscú tendrá que responder a la pregunta: «¿Por qué confesaron los acusados?», y su respuesta será una decisión política. La de Koestler es: «Porque esa gente había sido corrompida por la revolución a la que servía», y eso casi le lleva a concluir que las revoluciones son malas por naturaleza. Si damos por sentado que a los acusados en los procesos de Moscú los obligaron a confesar mediante una especie de terrorismo, sólo estamos afirmando que un grupo concreto de líderes revolucionarios se descarrió. La culpa es de los individuos y no de la situación. Sin embargo, la conclusión de Koestler es que si Rubashov estuviese en el poder no sería mejor que Gletkin; o, más bien, que sólo lo sería en el sentido de que su punto de vista seguiría siendo en parte prerrevolucionario. La revolución, parece decir Koestler, es un proceso corruptor. Si uno participa en ella en serio, acabará convirtiéndose por fuerza en Rubashov o Gletkin. No es sólo que «el poder corrompa», sino que también lo hace el modo de llegar al poder. Por ello cualquier esfuerzo de regenerar la sociedad «por medios violentos» conduce a los sótanos de la OGPU. Lenin lleva a Stalin, y habría llegado a parecerse a él si hubiese sobrevivido.

Por supuesto, Koestler no lo dice de manera tan explícita, y es posible que ni siquiera sea consciente de ello. Escribe sobre la oscuridad, pero una que se produce cuando debería ser mediodía. Parte del tiempo intuye que las cosas podrían haber salido de otra forma. La idea de que alguien cometió una «traición», o de que las cosas salieron mal por la perversidad de algunos individuos, es omnipresente en el pensamiento de la izquierda. Más tarde, en *Llegada y salida*, Koestler deriva hacia posturas mucho más antirrevolucionarias, pero entre ambos libros hay otro, *La espuma de la tierra*, que es puramente autobiográfico y que guarda una relación sólo indirecta con los problemas planteados en *El cero y el infinito*. Fiel a su estilo de vida, a Koestler lo apresaron en Francia al estallar la guerra y, como extranjero y conocido antifascista, fue detenido y encarcelado por el gobierno Daladier. Pasó los primeros nueve meses de la guerra en un campo de prisioneros, y luego, durante la caída de Francia, se escapó y huyó de modo rocambolesco a Inglaterra, donde volvieron a encarcelarlo como enemigo extranjero. No obstante, en esa ocasión lo pusieron

enseguida en libertad. El libro es un testimonio valioso, y, junto con otros ejemplos de escritura honrada de la época, constituye un recordatorio de lo bajo que puede llegar a caer la democracia burguesa. Ahora, con Francia recién liberada y la caza de brujas de los colaboracionistas en pleno apogeo, es fácil olvidar que en 1940 varios observadores sobre el terreno consideraron que alrededor del 40 por ciento de la población francesa era activamente proalemana o sencillamente apática. Los verdaderos libros sobre la guerra nunca son bien recibidos por los no combatientes, y el de Koestler no tuvo muy buena acogida. Nadie en él salía bien parado, ni los políticos burgueses, cuya idea de combatir al fascismo consistía en encarcelar a cualquier izquierdista al que pudieran atrapar, ni los comunistas franceses, que eran directamente pronazis e hicieron cuanto estuvo en su mano por sabotear el esfuerzo bélico francés, ni la gente corriente, que apoyaba a bufones como Doriot como si fuesen dirigentes respetables. Koestler reproduce algunas conversaciones impagables con sus compañeros en el campo de concentración, y añade que hasta entonces, como la mayoría de los comunistas y socialistas de clase media, no había entrado en contacto con verdaderos proletarios, sino sólo con la minoría educada. La conclusión que extrae es pesimista: «Sin educación de las masas, no hay progreso social; sin progreso social, no hay educación de las masas». En *La espuma de la tierra*, Koestler deja de idealizar a la gente corriente. Ha abandonado el estalinismo, pero tampoco es trotskista. Es el verdadero vínculo con *Llegada y salida*, en el que abandona, tal vez para siempre, lo que suele llamarse la «perspectiva revolucionaria».

Llegada y salida no es un libro redondo. La pretensión de que se trata de una novela apenas se sostiene; de hecho, es un panfleto que intenta demostrar que los credos revolucionarios son racionalizaciones de impulsos neuróticos. Con una simetría demasiado pulcra, el libro empieza y termina con la misma acción, un salto a un país extranjero. Un joven excomunista que ha escapado de Hungría desembarca en la costa de Portugal, donde espera poder entrar al servicio de Gran Bretaña, en aquel entonces la única potencia enfrentada a Alemania. Su entusiasmo se enfría cuando el consulado británico no muestra ningún interés durante meses, el dinero se le acaba y otros refugiados más astutos huyen a América. Le tienta con éxito el Mundo, en la forma de un propagandista nazi; la Carne, en la forma de una joven francesa, y, tras un colapso nervioso, el Demonio, en la forma de un psicoanalista. El psicoanalista le hace admitir que su entusiasmo revolucionario no se funda en ninguna creencia sincera en la necesidad histórica, sino en un morboso complejo de culpa que surge de un intento de cegar a su hermano pequeño en la primera infancia. Cuando le surge una oportunidad de servir a los aliados, ha perdido cualquier motivación para querer hacerlo, y está a punto de partir para América cuando sus impulsos irracionales vuelven a adueñarse de él. En la práctica no puede abandonar la lucha. Cuando el libro termina, está suspendido en un paracaídas sobre el negro paisaje de su país natal, donde va a trabajar como agente secreto para Gran Bretaña.

Como aserto político (y el libro es poco más que eso) resulta insuficiente. Por

supuesto, en muchos casos es cierto —y tal vez lo sea en todos— que la actividad revolucionaria es el resultado de un desajuste personal. Quienes combaten contra la sociedad son, en conjunto, los que tienen razones para que les desagrade, y la gente saludable y normal no se siente más atraída por la violencia y la ilegalidad que por la guerra. El joven nazi de *Llegada y salida* hace la penetrante observación de que lo equivocado del movimiento de izquierdas se nota en la fealdad de sus mujeres. Pero, después de todo, eso no invalida los motivos de los socialistas. Es posible que las razones últimas de Marx fuesen la envidia y el rencor, pero eso no demuestra que sus conclusiones fuesen erróneas. Al hacer que el protagonista de *Llegada y salida* tome su decisión definitiva por un mero instinto de no eludir la acción y el peligro, Koestler hace que sufra una súbita pérdida de inteligencia. Con una historia como la suya, debería poder ver que ciertas cosas hay que hacerlas, tanto si nuestros motivos son «buenos» como si son «malos». La historia debe moverse en cierta dirección, incluso aunque quienes la empujen sean neuróticos. En *Llegada y salida* los ídolos de Peter van cayendo uno tras otro. La Revolución rusa ha degenerado; Gran Bretaña, simbolizada por el anciano cónsul de dedos gotosos, no es mucho mejor, y el proletariado internacionalista y con conciencia de clase es un mito. Pero la conclusión (puesto que, después de todo, Koestler y su protagonista apoyan la guerra) debería ser que librarse de Hitler sigue siendo un objetivo que vale la pena, una limpieza necesaria en la que los motivos apenas son relevantes.

Para adoptar una decisión política racional, es preciso tener una imagen del futuro. Actualmente Koestler no parece tener ninguna, o más bien da la impresión de tener dos que se anulan mutuamente. Como objetivo final, cree en el paraíso terrenal, el Estado del Sol que los gladiadores deciden crear y que ha obsesionado a socialistas, anarquistas y herejes religiosos desde hace cientos de años. Pero su inteligencia le dice que el paraíso terrenal se aleja en la distancia y que lo que tenemos por delante es un baño de sangre, tiranía y privaciones. Hace poco se describió a sí mismo como un «pesimista a corto plazo». Por el horizonte asoman toda clase de horrores, pero de un modo u otro las cosas acabarán saliendo bien. Esta perspectiva probablemente esté ganando terreno entre la gente más racional; es el resultado de la gran dificultad, una vez que abandona uno la fe religiosa, de aceptar que la vida en la Tierra es intrínsecamente desdichada y, por otro lado, de comprender que hacerla tolerable es mucho más difícil de lo que parecía hasta ahora. Más o menos desde 1930, el mundo no nos ha dado un solo motivo para el optimismo. A la vista sólo hay un cúmulo de mentiras, odios, crueldades e ignorancia, y más allá de nuestros problemas actuales asoman otros aún mayores que sólo ahora empiezan a tener cabida en la conciencia europea. Es muy probable, ¡y al mismo tiempo inconcebible!, que los problemas de la humanidad no lleguen a resolverse nunca. Pero ¿quién se atreve a mirar el mundo actual y decirse: «Siempre será así, ni en un millón de años mejorará ni un ápice»? Por eso hay quien llega a albergar la creencia casi mística de que, de momento, no hay remedio y toda acción política es inútil, pero

que de algún modo, en alguna parte del espacio y el tiempo, la humanidad dejará de ser tan brutal y mísera como lo es ahora.

La única salida fácil es la fe religiosa de quien considera esta vida sólo una fase de preparación para la siguiente. Pero poca gente racional cree hoy en la vida después de la muerte, y es probable que su número esté disminuyendo. Las iglesias cristianas probablemente no sobrevivirían por méritos propios si se destruyera su base económica. El verdadero problema es cómo restablecer la actitud religiosa y aceptar al mismo tiempo que la muerte es algo definitivo. La humanidad sólo puede ser feliz si no da por sentado que el objetivo de la vida es la felicidad. No obstante, es muy improbable que Koestler acepte este punto de vista. En sus escritos hay una vena hedonista muy marcada, y fruto de ella es su fracaso a la hora de adoptar una posición política tras su ruptura con el estalinismo.

La Revolución rusa, el acontecimiento principal en la vida de Koestler, empezó con grandes esperanzas. Hoy lo hemos olvidado, pero hace un cuarto de siglo la gente confiaba en que la Revolución rusa condujese a la Utopía. Es evidente que no ha sido así. Koestler es demasiado agudo para no darse cuenta de ello, y demasiado sensible para haber olvidado el objetivo original. Además, desde su perspectiva europea, puede ver las purgas y las deportaciones masivas como lo que son; a diferencia de Shaw y Laski, no está mirando por el lado equivocado del telescopio. De ahí que llegue a la conclusión de que a eso es a lo que conducen las revoluciones, y de que no hay nada que hacer salvo ser un «pesimista a corto plazo»; es decir, dejar la política, crearse una especie de oasis en el que tú y tus amigos podáis conservar la cordura, y esperar que la cosa mejore dentro de cien años. En la base de eso late ese hedonismo que le lleva a considerar deseable el paraíso terrenal. No obstante, deseable o no, tal vez no sea posible. Puede que cierto grado de sufrimiento sea inevitable en la vida y que debamos elegir entre varios males; incluso es posible que el objetivo del socialismo no sea crear un mundo perfecto sino uno mejor. Todas las revoluciones son fracasos, pero todos los fracasos son iguales. Su reticencia a admitirlo ha llevado temporalmente la imaginación de Koestler a un punto muerto, y hace que *Salida y llegada* parezca superficial en comparación con sus primeros libros.

TOBIAS SMOLLETT, EL MEJOR NOVELISTA DE ESCOCIA

Tribune, 22 de septiembre de 1944

«Realismo», un término del que se abusa mucho, tiene al menos cuatro significados de uso corriente, pero cuando se aplica a las novelas acostumbra a referirse a una imitación fotográfica de la vida cotidiana. Una novela «realista» es aquella en que los diálogos son coloquiales y los objetos físicos son descritos de tal modo que uno puede visualizarlos. En este sentido, casi todas las novelas modernas son más «realistas» que las del pasado, porque la descripción de escenas cotidianas y la construcción de unos diálogos que suenen naturales son en gran medida una cuestión de artimañas técnicas que se transmiten de generación en generación, mejorando gradualmente durante el proceso. Pero hay otro aspecto en el que los novelistas afectados y artificiales del siglo XVIII son más «realistas» que prácticamente cualquiera de sus sucesores, y es en su actitud hacia los impulsos humanos. Puede que sean flojos describiendo el decorado, pero se les da extraordinariamente bien describir la bellaquería. Esto es cierto incluso en el caso de Fielding, que en *Tom Jones* y en *Amelia* muestra ya la tendencia moralizante que iba a caracterizar a las novelas inglesas durante ciento cincuenta años. Pero lo es aún más en el de Smollett, cuya notable honestidad intelectual tal vez guarde alguna relación con el hecho de que no era inglés.

Smollett es un novelista picaresco, un escritor de historias largas, deslavazadas, llenas de aventuras improbables y grotescas. Bebe hasta cierto punto de Cervantes, al que tradujo al inglés y también plagió en *Las aventuras de sir Lancelot Greaves*. Inevitablemente, gran parte de lo que escribió no merece ya ser leído, incluida tal vez su obra más aclamada, *La expedición a Humphrey Clinker*, que está escrita en forma de cartas y era considerada relativamente respetable en el siglo XIX, ya que la mayoría de las obscenidades se ocultaban tras juegos de palabras. Pero las verdaderas obras maestras de Smollett son *Las aventuras de Roderick Random* y las de *Peregrine Pickle*, que son abiertamente pornográficas de un modo inofensivo y contienen algunos de los mejores pasajes de pura farsa en lengua inglesa.

En *David Copperfield*, Dickens cita estos dos libros entre los favoritos de su infancia, pero el parecido que a veces afirman que existe entre Smollett y Dickens es muy superficial. En *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, y en otras de las primeras obras de Dickens, encontramos la estructura picaresca, los viajes sin fin de un lado para otro, las aventuras fantásticas, la voluntad de sacrificar cuanta

verosimilitud haga falta en favor del humor; pero la atmósfera moral ha cambiado muchísimo. Entre los tiempos de Smollett y los de Dickens había tenido lugar no sólo la Revolución francesa, sino también el ascenso de la nueva clase media industrial, cuya teología era la de la Baja Iglesia y cuya perspectiva, la puritana. Smollett escribe acerca de la clase media, pero de una clase media de comerciantes y profesionales, el tipo de gente que tiene primos terratenientes y adopta las maneras de la aristocracia.

Los duelos, el juego y la fornicación le parecen cosas prácticamente neutrales desde el punto de vista moral. El caso es que en su vida privada era mejor persona que la mayoría de los escritores. Fue un marido fiel que acortó su vida trabajando sin descanso por el bien de su familia, un firme republicano que odiaba a Francia por ser el país de la Gran Monarquía, y un patriota escocés en un momento —quedaba aún cerca la rebelión de 1745— en el que no estaba ni mucho menos de moda ser escocés. Pero no tenía un gran sentido del pecado. Sus héroes hacen cosas, y las hacen casi en cada página, que en cualquier novela inglesa del siglo XIX atraerían instantáneamente la venganza divina. Acepta como una ley natural la depravación, el nepotismo y el desorden de la sociedad del siglo XVIII, y ahí reside su encanto. Muchos de sus mejores pasajes se echarían a perder con cualquier intrusión del sentido moral.

Tanto Peregrine Pickle como Roderick Random siguen más o menos el mismo camino. Ambos héroes atraviesan grandes vicisitudes de la fortuna, realizan largos viajes, seducen a numerosas mujeres, cumplen condena por sus deudas y acaban como hombres prósperos y felizmente casados. De los dos, Peregrine tiene algo más de tunante, porque carece de profesión —Roderick es cirujano naval, como lo fue el propio Smollett durante un tiempo— y, por tanto, puede dedicar más tiempo a la seducción y a las inocentadas. Pero ninguno de los dos aparece nunca actuando por motivos altruistas, y tampoco se reconoce en ningún momento que cosas tales como las creencias religiosas, las convicciones políticas o siquiera la simple honestidad sean factores de importancia en los asuntos humanos.

En el mundo de las novelas de Smollett sólo existen tres virtudes. Una es la lealtad feudal (Roderick y Peregrine tienen sendos sirvientes que les son fieles en las duras y en las maduras); otra es el «honor» masculino, es decir, la disposición a pelear por cualquier provocación, y la tercera es la «castidad» femenina, que está ligada de forma inextricable a la idea de cazar un marido. Por lo demás, todo vale. No es nada del otro mundo hacer trampas a las cartas, por ejemplo. Y a Roderick le parece lo más normal del mundo, tras sacar mil libras de alguna parte, comprarse ropas elegantes e irse a Bath haciéndose pasar por rico con la esperanza de echarle el anzuelo a alguna heredera. Mientras está en Francia, sin trabajo, decide alistarse en el ejército, y como da la casualidad de que el más cercano es el francés, se une a él y combate contra los británicos en la batalla de Dettingen. Aun así, poco después está dispuesto a batirse en duelo con un francés que ha insultado a Gran Bretaña.

Peregrine se consagra durante meses seguidos a las elaboradas inocentadas, de una crueldad terrible, con las que se deleitaban en el siglo XVIII. Cuando, por ejemplo,

encierran en la Bastilla a un desafortunado pintor inglés por algún delito sin importancia y este está a punto de salir en libertad, Peregrine y sus amigos, aprovechándose de su desconocimiento de la lengua, le hacen creer que ha sido condenado a ser torturado y ejecutado en la rueda. Poco después, le dicen que le han conmutado esta pena por la castración, y luego extraen de sus terrores una última gota de diversión haciéndole creer que se está fugando disfrazado cuando lo único que ocurre es que lo están poniendo en libertad.

¿Qué hace que valga la pena leer estas mezquinas diabluras? En primer lugar, que son divertidas. Puede que entre los escritores del continente de los que bebe Smollett haya cosas mejores que la descripción de las aventuras de Peregrine Pickle en el Grand Tour, pero en inglés no hay nada mejor de ese estilo. En segundo lugar, con sólo descartar los impulsos «buenos» y no mostrar el más mínimo respeto por la dignidad humana, Smollett logra a menudo una veracidad que novelistas más serios no consiguen alcanzar. Está dispuesto a mencionar cosas que ocurren en la vida real pero que, casi invariablemente, se dejan fuera de la ficción. Roderick Random, por ejemplo, en cierto punto de su carrera, contrae una enfermedad venérea; es el único héroe de la novela inglesa, creo yo, al que le ocurre esto. Y el hecho de que Smollett, a pesar de sus ideas bastante ilustradas, dé por sentados el clientelismo, los chanchullos oficiales y la corrupción general, dota a ciertos pasajes de sus libros de un gran interés histórico.

Smollett estuvo un tiempo en la armada, y en *Roderick Random* encontramos no sólo un relato sin adornos de la expedición a Cartagena, sino también una descripción extraordinariamente vívida y repugnante del interior de un buque de guerra, en aquellos días una especie de compendio flotante de enfermedad, incomodidad, tiranía e incompetencia. Durante un tiempo, el mando del barco de Roderick queda en manos de un joven de buena familia, un petimetre perfumado y homosexual que apenas ha visto un navío en su vida y que se pasa el viaje entero metido en su camarote para evitar el contacto con los ordinarios marineros, al borde del desmayo cada vez que huele tabaco. Las escenas en la cárcel de morosos son todavía mejores. En las prisiones de aquellos días, un deudor que careciera de recursos podía realmente llegar a morir de hambre a no ser que se mantuviera en vida mendigando a prisioneros más afortunados. Uno de los compañeros de cárcel de Roderick está en una situación tan miserable que no le queda nada de ropa, y mantiene la decencia lo mejor que puede llevando una barba larguísima. Algunos de los presos, huelga decirlo, son poetas, y la novela incluye un relato independiente, «La tragedia del señor Melopoyn», que debería hacer que cualquiera que piense que el mecenazgo aristocrático es una buena base para la literatura se lo pensara dos veces.

La influencia de Smollett en los escritores ingleses posteriores no ha sido tan grande como la de su contemporáneo, Fielding. Este aborda el mismo tipo de aventuras escandalosas, pero su sentido del pecado nunca acaba de abandonarlo. Es interesante ver como, en *Joseph Andrews*, Fielding arranca el relato con la intención

de escribir una pura farsa y luego, a pesar de sí mismo, como si dijésemos, empieza a condenar el vicio y a recompensar la virtud de un modo que iba a volverse habitual en las novelas inglesas hasta prácticamente ayer. Tom Jones encajaría en una novela de Meredith o, ya puestos, de Ian Hay, mientras que Peregrine Pickle parece salido de un trasfondo más europeo. Los escritores más próximos a Smollett quizá sean Surtees y Marryat, pero cuando la sexualidad explícita dejó de ser posible, la literatura picaresca quedó despojada de, tal vez, la mitad de su sustancia. La posada dieciochesca en la que entrar en la habitación correcta era algo casi anormal se convirtió en un territorio perdido.

En nuestros días, diversos escritores ingleses —Evelyn Waugh, por ejemplo, y Aldous Huxley en sus primeras novelas—, bebiendo de otras fuentes, han intentado resucitar la tradición picaresca. Sólo hay que fijarse en sus denodados esfuerzos por escandalizar, y la facilidad con la que se escandalizan ellos mismos —mientras que Smollett sólo trataba de ser divertido de la manera que le parecía natural—, para ver qué cantidad de piedad, decencia y espíritu cívico se ha acumulado entre sus tiempos y los nuestros.

DIVERTIDO, PERO NO VULGAR

1 de diciembre de 1944; *Leader Magazine*, 28 de julio de 1945

La gran época de la literatura humorística inglesa —ni ingeniosa ni satírica, sino sencillamente humorística— fue en los tres primeros cuartos del siglo XIX. Dentro de ese período se encuentran la enorme producción cómica de Dickens; los brillantes relatos y parodias de Thackeray, como *The Fatal Boots* y *A Little Dinner at Timmins's* ; el *Handley Cross* de Surtees; la *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll; las *Mrs. Caudle's Curtain Lectures* de Douglas Jerrold, y un volumen considerable de poesía humorística compuesta por Thomas Barham, Thomas Hood, Edward Lear, Arthur Hugh Clough, Charles Stuart Calverley y demás. Otras dos obras maestras cómicas, *Vice Versa* de F. Anstey y *Diario de un don nadie* de los Grossmith, quedan justo fuera del período que he mencionado. Y, al menos hasta 1860 aproximadamente, todavía existía el oficio del dibujante cómico; véanse al respecto las ilustraciones de Cruikshank para Dickens, las de Leech para Surtees, e incluso las que hizo Thackeray para sus propias obras.

No quiero exagerar dando a entender que, en nuestro siglo, Inglaterra no ha producido ninguna literatura humorística de valor. Hemos tenido, por ejemplo, a Barry Pain, a W. W. Jacobs, a Stephen Leacock, a P. G. Wodehouse, a H. G. Wells en sus momentos más ligeros, a Evelyn Waugh y (más un escritor satírico que humorístico) a Hilaire Belloc. Aun así, no sólo no hemos escrito nada que haga reír ni mucho menos tanto como *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, sino que, y esto quizá sea más significativo, no hay y no ha habido desde hace décadas nada parecido a una revista humorística de primer orden. La acusación habitual contra *Punch*, que «ya no es lo que era», tal vez no esté justificada en estos momentos, porque la revista es algo más divertida que hace diez años; pero también es muchísimo menos divertida de lo que lo era hace noventa.

Asimismo, la poesía humorística ha perdido toda su vitalidad —en Inglaterra no ha habido nada de poesía ligera de valor en este siglo, salvo la del señor Belloc y un poema o dos de Chesterton—, mientras que un dibujo que sea divertido por méritos propios, y no sólo por el chiste al que acompaña, es una rareza enorme.

Todo esto está generalmente aceptado. Si quieres reírte, es más probable que vayas al teatro de variedades o a ver una película de Disney, o que sintonices a Tommy Handley, o que compres algunas postales de Donald McGill, antes que recurrir a un libro o a una revista. Y también está generalmente reconocido que los

escritores e ilustradores cómicos estadounidenses son superiores a los nuestros. Ahora mismo no tenemos a nadie que les plante cara ni a James Thurber ni a Damon Runyan.

No sabemos con seguridad cómo nació la risa o a qué propósito biológico sirve, pero sí sabemos, en términos generales, qué hace reír.

Algo es divertido cuando, de algún modo que no es en realidad ofensivo o aterrador, altera el orden establecido. Cada chiste es una diminuta revolución. Si tuviésemos que decir en una sola frase qué es el humor, podríamos definirlo como la dignidad sentada en una tachuela. Todo lo que destruya la dignidad y baje a los poderosos de sus asientos, a poder ser haciendo que se den un batacazo, es divertido. Y cuanto más alta la caída, más bueno el chiste. Sería más divertido lanzarle una tarta de crema a un obispo que a un cura. Y con este principio general en mente, uno puede, a mi juicio, empezar a ver qué ha fallado en la literatura cómica inglesa en el transcurso de este siglo.

Casi todos los humoristas ingleses actuales son demasiado correctos, demasiado bondadosos y demasiado conscientemente adocenados. Los libros de P. G. Wodehouse o los versos de A. P. Herbert parecen estar siempre dirigidos a prósperos corredores de bolsa haciendo tiempo durante media hora suelta en el salón de algún campo de golf de las afueras. Ellos y todos los de su clase están dominados por el afán de no remover el fango, ya sea moral, religioso, político o intelectual. No es casualidad que la mayoría de los mejores escritores cómicos de nuestra época (Belloc, Chesterton, «Timothy Shy» y el reciente «Beachcomber») hayan sido apologistas católicos; esto es, gente con un firme propósito y la voluntad patente de lanzar golpes bajos. La tradición tontaina del moderno humor inglés, la evitación de la brutalidad y el terror a la inteligencia, queda resumida en la expresión «divertido sin ser vulgar». En este contexto, «vulgar» acostumbra a significar «obsceno», y podemos admitir sin más que los mejores chistes no son necesariamente chistes verdes. Edward Lear y Lewis Carroll, por ejemplo, jamás hicieron chistes de esa categoría, y Dickens y Thackeray, muy rara vez.

En general, los escritores de principios de la era victoriana evitaban los chistes sexuales, si bien unos pocos, como Surtees, Marryat y Barham, conservaron trazas de la desvergüenza dieciochesca. Pero la clave es que el énfasis moderno en lo que se conoce como «diversión sana» es en realidad un síntoma de las reticencias generales a entrar en cualquier tema serio o controvertido. La obscenidad es, a fin de cuentas, un tipo de subversión. «El cuento del molinero» de Chaucer es una rebelión en la esfera moral, del mismo modo que *Los viajes de Gulliver* es una rebelión en la esfera política. La verdad es que uno no puede ser memorablemente divertido sin exponer en algún momento temas que los ricos, los poderosos y los vanidosos preferirían que dejasen tranquilos.

He citado más arriba algunos de los mejores escritores cómicos del siglo XIX, pero el argumento cobra mucha más fuerza si tenemos en cuenta a los humoristas ingleses

de épocas anteriores como, por ejemplo, Chaucer, Shakespeare, Swift y los novelistas picarescos, como Smollett, Fielding y Sterne. Y aún más si consideramos a los escritores extranjeros, tanto antiguos como modernos, por ejemplo, Aristófanes, Voltaire, Rabelais, Boccaccio y Cervantes. Todos ellos destacan por su brutalidad y obscenidad. La gente es manteada, cae en invernaderos de cristal, la esconden en cestos de la ropa sucia, roba, miente, estafa y la pillan en todas las situaciones humillantes concebibles. Y todos los grandes humoristas muestran una voluntad de atacar las creencias y virtudes en las que reposa inevitablemente la sociedad. Boccaccio trata el infierno y el purgatorio como una fábula ridícula, Swift se mofa de la propia concepción de la dignidad humana, Shakespeare hace que Falstaff suelte un discurso a favor de la cobardía en plena batalla. Y en cuanto a la santidad del matrimonio, fue el tema humorístico primordial en la sociedad cristiana durante cerca de un milenio.

Todo esto no equivale a decir que el humor sea, por naturaleza, inmoral o antisocial. Un chiste es como mucho una rebelión pasajera contra la virtud, y su objetivo no es degradar al ser humano sino recordarle que ya está degradado. La voluntad de contar chistes extremadamente obscenos puede coexistir con unos criterios morales muy estrictos, como en el caso de Shakespeare. Algunos autores cómicos, como Dickens, tienen un propósito político directo, y otros, como Chaucer o Rabelais, aceptan la corrupción de la sociedad como algo inevitable, pero ningún escritor cómico de cierta envergadura ha insinuado jamás que la sociedad sea «buena».

El humor es la desmitificación de la humanidad, y nada es divertido salvo en relación con los seres humanos. Los animales, por ejemplo, sólo son divertidos porque son caricaturas de nosotros mismos. Una piedra no puede hacer gracia de por sí, pero puede convertirse en algo gracioso si le golpea en el ojo a alguien o si es tallada dándole un aspecto humano.

No obstante, hay métodos más sutiles de desmitificación que lanzar tortas de crema. Existe también el humor de la pura fantasía, que ataca la concepción que tiene el hombre de sí mismo, no sólo como un ser digno sino también racional. El humor de Lewis Carroll consiste fundamentalmente en reírse de la lógica, y el de Edward Lear, en una especie de intromisión paranormal en el sentido común. Cuando la Reina Roja afirma: «Yo he visto colinas tan altas que, en comparación, a esto lo llamarías un valle», a su manera está atacando las bases de la sociedad con tanta violencia como Swift o Voltaire. La poesía cómica, como en el poema de Lear «El cortejo del Yonghy-Bonghy-Bo», a menudo se basa en la construcción de un universo fantástico lo bastante parecido al real como para despojarlo de dignidad. Pero, con más frecuencia, se basa en el anticlímax, esto es, en arrancar con un lenguaje altisonante y luego, de pronto, darse un batacazo. Por ejemplo, en la estrofa de Calverley:

Ayer, un niño feliz, cantaba yo alegremente
En los verdes prados todo el día,
Sin que me ataviaran a disgusto,
En un apretado traje azul…[*]

donde los dos primeros versos darían la impresión de que va a tratarse de un poema sentimental sobre las maravillas de la infancia. O en las diversas evocaciones de África que hace el señor Belloc en The Modern Traveller:

Oh, África, tierra misteriosa,
Rodeada de montones de arena
Y llena de prados y árboles…
Lejana tierra de Ofir, excavada en busca de oro
Por el señorial Salomón de antaño,
Que, al partir al norte, hacia Perim,
Se llevó con él todo el oro
Y la dejó llena de agujeros, etccétera.[*]

La secuela de «Maud Muller» que escribió Bret Harte, con pareados como

Pero el mismo día en que se casaron,
Bob, el hermano de Maud, se emborrachó[*]

utiliza la misma estratagema, y también lo hacen, de un modo diferente, el poema épico burlesco *La doncella de Orleans*, de Voltaire, y muchos pasajes de Byron.

La poesía ligera inglesa de este siglo —véase la obra de Owen Seaman, Harry Graham, A. P. Herbert, A. A. Milne y otros— ha sido en su mayoría muy pobre, desprovista no sólo de imaginación sino también de inteligencia. Los autores están demasiado preocupados por no ser intelectuales e incluso, pese a escribir en verso, por no ser poetas. La poesía ligera de principios de la era victoriana está poseída por el espíritu de la poesía; a menudo muestra una pericia extrema, y algunas veces es «difícil» y está llena de referencias. Cuando Barham escribió

Tu Calipigia está herida por detrás,
sanguinario Jack,
tu De Médici, herida por delante,
y tu Anadiómena, herida en tantos
lugares, que creo que hay veinte,
si no más,
dedos suyos en el suelo[*]

estaba realizando un hazaña de puro virtuosismo que el poeta más serio respetaría. O,

por citar a Calverley de nuevo, en su «Ode to Tobacco»:

Tú, que cuando los miedos atacan,
Los ahuyentas, y a la Negra
Cuita, que lleva el jinete
Montada a la grupa, la derribas;[*]
Dulce cuando la mañana es gris,
Dulce cuando recogen
La mesa, y a la caída de la tarde
¡Quizá el más dulce![*]

Calverley no tiene miedo, como se verá, de poner a prueba la atención del lector y traer a colación una recóndita referencia latina. No escribe para gente inculta y —en particular en «Ode to Beer»— es capaz de alcanzar anticlímax magníficos porque está dispuesto a entrar en el terreno de la poesía auténtica y a suponerles a sus lectores unos conocimientos considerables.

Da la impresión de que no es posible ser divertido sin ser vulgar; esto es, vulgar según los criterios de la gente a la que parece dirigirse mayormente la literatura humorística inglesa de nuestros días. Y es que no sólo el sexo es «vulgar», sino también la muerte, el alumbramiento y la pobreza, los otros tres temas a los que recurre el mejor humor del teatro de variedades. En cuanto al intelecto y a las convicciones políticas, si no realmente vulgares, se los mira con desdén y se los considera de dudoso gusto. Uno no puede ser divertido de verdad si su objetivo principal es adular a las clases acomodadas; supone dejar fuera demasiadas cosas. Para ser divertido, de hecho, uno tiene que ponerse serio. *Punch*, al menos en los últimos cuarenta años, ha dado la impresión de intentar tranquilizar antes que entretener. El mensaje implícito es que todo sucede para bien y que nada cambiará jamás realmente.

Esos no son en modo alguno los principios con los que partió.

OSTRAS Y CERVEZA NEGRA

Tribune, 22 de diciembre de 1944

G. K. Chesterton dijo una vez que todo novelista escribe un libro cuyo título parece ser una síntesis de su actitud hacia la vida. Ponía como ejemplo, para Dickens, *Grandes esperanzas*, y para Scott, *Cuentos de un abuelo*.

¿Qué libro escogeríamos como especialmente representativo en el caso de Thackeray? Lo obvio sería *La hoguera de las vanidades*, pero creo que, si lo examináramos más atentamente, nos decantaríamos por *Libros de Navidad*, *Burlesques* o *El libro de los esnobs*; si más no, uno elegiría el título de alguna de las colecciones de esbozos que Thackeray había publicado previamente en *Punch* y otras revistas. No sólo era un escritor paródico por naturaleza, sino también, principalmente, un periodista, un escritor de fragmentos, y su obra más característica no es del todo desligable de las ilustraciones. Algunas de las mejores eran de Cruikshank, pero Thackeray era, también él, un dibujante cómico brillante, y en algunas de sus brevísimas historias, la imagen y el texto forman un todo orgánico. Lo mejor de sus novelas extensas parece provenir de sus colaboraciones en *Punch*, e incluso *La hoguera de las vanidades* tiene una cualidad fragmentaria que nos permite empezar a leerla por prácticamente cualquier página, sin hojearla para ver qué ha pasado antes.

A día de hoy, algunas de sus principales obras —*La historia de Henry Esmond* o *Los Virginianos*, por ejemplo— apenas son legibles, y sólo en una ocasión, en un libro bastante corto, *A Shabby Genteel Story*, escribió algo que ahora consideraríamos una novela seria. Los dos temas primordiales de Thackeray son el esnobismo y la extravagancia, pero da lo mejor de sí cuando los maneja con una vis cómica, porque —a diferencia de Dickens, por ejemplo— no posee demasiada perspicacia social y ni siquiera tiene un código moral muy claro. *La hoguera de las vanidades*, bien es verdad, constituye un valioso documento social, así como un libro entretenido y extremadamente agradable de leer. Registra, con una fidelidad notable por lo que respecta a los detalles materiales, la terrible competitividad social de principios del siglo XIX, cuando una aristocracia que ya no podía permitirse su modo de vida seguía siendo el árbitro de la moda y la conducta. En *La hoguera de las vanidades* y, de hecho, en todos los escritos de Thackeray, es casi excepcional encontrar a alguien que no viva por encima de sus posibilidades económicas.

Vivir en una casa demasiado grande para ti, tener sirvientes a los que no puedes pagar, arruinarte ofreciendo cenas pretenciosas con lacayos contratados, estafar a tus tenderos, dejar en descubierto tu cuenta del banco, vivir permanentemente en las

garras de los prestamistas…; esta es prácticamente la norma del comportamiento humano. Se da por sentado que, si es posible, cualquiera que no sea medio santo imitará como un mono a la aristocracia. El deseo de ropas caras, carruajes dorados y hordas de criados vestidos con librea se acepta como un instinto natural, como el deseo de comer y beber. Y la gente que a Thackeray se le da mejor describir es esa que lleva una vida elegante sin ingresos de ningún tipo, gente como Becky Sharp y Rawdon Crawley en *La hoguera de las vanidades*, o como esos innumerables aventureros de mala fama —el comandante Loder, el capitán Rook, el capitán Costigan, el señor Deuceace— cuya vida es un constante ir y venir de la mesa de juego a la cárcel de morosos.

Dentro de lo que cabe, el retrato de sociedad que hace Thackeray seguramente sea fiel. Los personajes que describe —los aristócratas asfixiados por la hipoteca, los oficiales del ejército aficionados al *brandy*, los galanes entrados en años con sus corsés y sus bigotes teñidos, las madres casamenteras, los vulgares magnates de la City— ciertamente existían. Pero se fija sobre todo en lo superficial. A pesar de las cavilaciones sin fin sobre la Revolución francesa, un tema que le fascinaba, no ve que la estructura de la sociedad está cambiando; aborda el fenómeno nacional del esnobismo y la extravagancia sin ver sus causas profundas. Además, a diferencia de Dickens, no ve que la lucha social es a tres bandas; sus simpatías apenas alcanzan a los miembros de la clase obrera, en los que repara principalmente como sirvientes. Tampoco está nunca seguro de cuál es su posición. Es incapaz de decidir quién es más censurable, si la disoluta clase alta o la avariciosa clase media. Al carecer de unas convicciones sociales, políticas o, seguramente, religiosas definidas, apenas puede imaginar otras virtudes que no sean la sencillez, el coraje y, en el caso de las mujeres, la «pureza». (Las mujeres «buenas» de Thackeray, por cierto, son completamente insoportables). La moral implícita que hay tanto en *La hoguera de las vanidades* como en *Pendennis* es una moral bastante hueca: «No seas egoísta, no seas mundano, no vivas por encima de tus ingresos». Y *A Shabby Genteel Story* dice lo mismo de un modo más delicado.

Pero el limitado alcance intelectual de Thackeray es, de hecho, una ventaja cuando abandona el intento de retratar a seres humanos reales. Resulta muy sorprendente la vitalidad de sus escritos «menores», incluso de textos que él mismo debió de considerar puramente efímeros. Si echamos un vistazo en prácticamente cualquier punto de sus obras completas —incluso en sus reseñas de libros, por ejemplo—, nos topamos con ese sabor característico. En parte se debe a la atmósfera excesiva propia del siglo XIX, una atmósfera compuesta de ostras, cerveza negra, *brandy* con agua, sopa de tortuga, solomillo asado, pata de venado, vino de Madeira y puros, que Thackeray es bien capaz de evocar porque tiene muy buen ojo para los detalles y está extremadamente interesado en la comida.

Escribe sobre comida quizá más a menudo que el propio Dickens, y más concienzudamente. El relato de sus cenas en París —cenas no muy caras, además—

en *Memorials of Gormandising* es una lectura fascinante. Y «The Ballad of the Bouillabaisse» es uno de los mejores poemas ingleses de su género. Sin embargo, el sabor característico de Thackeray es el de la parodia, de un mundo en el que nadie es bueno y nada es serio. Permea todos los mejores pasajes de sus novelas, y alcanza su perfección en retratos y relatos breves como *Dr. Birch and His Young Friends, La rosa y el anillo, The Fatal Boots* y *A Little Dinner at Timmins's.*

La rosa y el anillo es una especie de pantomima, similar en espíritu a *Las leyendas de Ingoldsby; A Little Dinner at Timmins's* es una historia relativamente naturalista, y *The Fatal Boots* está más o menos a medio camino de una y otra. Pero en todas ellas, y en otros textos parecidos, Thackeray ha eludido el problema que acosa a la mayoría de los novelistas y que no ha conseguido resolver jamás ningún escritor típicamente inglés: el de combinar personajes que están pensados para ser reales y existir «con todo detalle» con meras figuras cómicas.

A los escritores ingleses, de Chaucer en adelante, les ha resultado siempre muy difícil resistirse a la parodia, pero tan pronto como la parodia entra en la realidad, la historia se resiente. Fielding, Dickens, Trollope, Wells e incluso Joyce han tropezado con este problema. Thackeray, en la mejor de sus piezas breves, lo solventa convirtiendo a todos sus personajes en caricaturas. No cabe ninguna posibilidad de que el héroe de *The Fatal Boots* exista «con todo detalle»; es tan plano como un icono. En *A Little Dinner at Timmins's* —uno de los mejores relatos cómicos jamás escritos, aunque rara vez se reedita—, Thackeray hace en realidad lo mismo que hizo en *La hoguera de las vanidades*, pero sin la complicación de tener que simular la vida real e introducir motivos sin interés. Es una pequeña historia, sencilla, exquisitamente contada, que va subiendo de forma gradual hasta una especie de crescendo que se detiene justo en el momento preciso. Un abogado que ha cobrado unos honorarios excepcionalmente altos decide celebrarlo ofreciendo una cena. Incurre de inmediato en más gastos que los que se puede permitir, y a eso lo siguen una serie de desastres que lo dejan cargado de deudas, con sus amigos haciéndole el vacío y su suegra instalada de forma permanente en su casa. De principio a fin, de la cena nadie saca más que miseria. Y cuando, al final, Thackeray comenta: «En verdad, ¿por qué se les habría ocurrido a los Timmins dar esa fiesta?», uno siente que la locura de la ambición social ha quedado demostrada de manera más concluyente que en *La hoguera de las vanidades*. Este es el tipo de cosa que Thackeray era capaz de hacer a la perfección, y es la recurrencia de incidentes grotescos como este, más que la historia central, lo que hace que merezca la pena leer sus novelas más extensas.

1945

EN DEFENSA DE P. G. WODEHOUSE

The Windmill, n.º 2 [julio de] 1945

En su rápido avance por Bélgica a principios del verano de 1940, los alemanes capturaron, entre otras cosas, al señor P. G. Wodehouse, que desde el principio de la guerra estaba viviendo en su villa de Le Touquet y, por lo visto, no se dio cuenta del peligro hasta el último momento. Se dice que cuando se lo llevaron detenido afirmó: «Tal vez ahora tenga que escribir un libro serio». Durante un tiempo estuvo sometido a arresto domiciliario, y a juzgar por sus declaraciones posteriores parece que lo trataron de manera bastante amistosa y que los oficiales alemanes que vivían en los alrededores se pasaban a menudo por su casa «a darse un baño o celebrar alguna fiesta».

Cerca de un año después, el 25 de junio de 1941, se recibió la noticia de que Wodehouse había sido liberado de su confinamiento y estaba viviendo en el hotel Adlon de Berlín. Al día siguiente, el público se quedó perplejo al saber que había accedido a participar en algunas emisiones radiofónicas de carácter «no político» en la radio alemana. El texto completo de dichas emisiones no es fácil de obtener hoy, pero por lo visto Wodehouse tomó parte en cinco programas entre el 26 de junio y el 2 de julio, cuando los alemanes volvieron a apartarlo de las ondas. El primero de ellos, el del 26 de junio, no fue en una emisora nazi, sino que consistió en una entrevista con Harry Flannery, el representante de la Columbia Broadcasting System, que mantenía aún sus corresponsales en Berlín. Wodehouse publicó también en el *Saturday Evening Post* un artículo escrito durante su cautiverio.

El artículo y los programas radiofónicos trataban sobre todo de las vivencias de Wodehouse mientras duró su confinamiento, pero incluían algunos comentarios sobre la guerra. He aquí algunos ejemplos:

> Nunca me ha interesado la política. Soy incapaz de exaltarme hasta tener sentimientos beligerantes. Siempre que estoy a punto de odiar algún país, conozco a algún tipo honrado. Salimos a tomar algo y olvido mis ideas o pensamientos combativos.
>
> Hace poco me vieron desfilar y tuvieron una gran idea; nos enviaron al manicomio del pueblo. Y he pasado allí cuarenta y dos semanas. Estar detenido tiene sus ventajas. Se frecuentan menos bares y uno puede ponerse al día con sus lecturas. Lo malo es que se pasa demasiado tiempo fuera de casa. Cuando vuelva con mi mujer, más me vale llevar una larga carta de presentación si no quiero tener problemas.
>
> Antes de la guerra siempre había estado modestamente orgulloso de ser inglés, pero ahora que he pasado unos meses residiendo en un barracón lleno de ingleses ya no estoy tan seguro… La única concesión que le pido a Alemania es que me dé una barra de pan, pida a los caballeros de los fusiles que hay en la puerta que miren hacia otro lado y me dejen a mí lo demás. A cambio, estoy dispuesto a entregarles la India y una colección firmada de mis libros, y a revelarles el secreto de cocinar patatas en un radiador. La oferta estará vigente hasta el miércoles de la semana próxima.

El primer extracto causó un gran revuelo. También reprocharon a Wodehouse que utilizara (en la entrevista con Flannery) la frase «tanto si Inglaterra gana la guerra como si no la gana», y tampoco ayudó que describiera en otro programa las repulsivas costumbres de algunos prisioneros belgas con los que estaba detenido. Los alemanes lo grabaron y lo emitieron varias veces. Por lo visto apenas censuraron sus charlas, y le permitieron no sólo bromear sobre las incomodidades del cautiverio, sino también observar que «todos los reclusos del campo de Trost creen fervientemente que Gran Bretaña acabará ganando la guerra». No obstante, la impresión general fue que no lo habían maltratado y que no le guardaba rencor a nadie.

Estas emisiones radiofónicas ocasionaron de inmediato un escándalo en Inglaterra. Hubo interpelaciones en el Parlamento, airados editoriales en la prensa y un alud de cartas de escritores, casi todas de repulsa, aunque uno o dos se atrevieron a sugerir que sería mejor esperar para hacer juicios de valor, y varios arguyeron que probablemente Wodehouse no fuese consciente de lo que estaba haciendo. El 15 de julio, la programación local de la BBC incluyó un virulento comentario de «Cassandra», del *Daily Mirror*, en el que acusaba a Wodehouse de haber «vendido a su país». Dicho comentario utilizaba gratuitamente expresiones como «colaboracionista» y «adoración al Führer». La principal acusación fue que Wodehouse había aceptado hacer propaganda proalemana para librarse de su cautiverio.

El comentario de «Cassandra» motivó algunas quejas, pero en conjunto parece haber intensificado el odio popular contra Wodehouse. Como consecuencia de todo ello, muchas bibliotecas ambulantes retiraron los libros de Wodehouse de sus anaqueles. He aquí un típico recorte de prensa:

> Veinticuatro horas después de oír el comentario de Cassandra, el columnista del *Daily Mirror*, el Consejo Municipal de Portadown (Irlanda del Norte) retiró los libros de P. G. Wodehouse de la biblioteca pública. El señor Edward McCann afirmó que las palabras de Cassandra habían sido decisivas a la hora de tomar la decisión. Wodehouse había dejado de tener gracia. (*Daily Mirror*).

Además, la BBC prohibió la emisión de las letras de canciones de Wodehouse, prohibición que duró varios años. A finales de 1944 seguían haciéndose peticiones en el Parlamento para que se juzgara a Wodehouse por traidor.

Hay un refrán que dice: «Calumnia que algo queda», y en el caso de Wodehouse las calumnias perduraron de un modo un tanto peculiar. Ha quedado la impresión de que las charlas de Wodehouse (aunque nadie recuerde lo que se dijo en ellas) demuestran que no sólo era un traidor sino también un simpatizante del fascismo. Por entonces, varias cartas al director llegaron a asegurar que en sus libros podían identificarse «tendencias fascistas», y la acusación se ha repetido desde entonces. Enseguida intentaré analizar el ambiente intelectual de dichos libros, pero es importante subrayar que de lo único que puede acusarse a Wodehouse por los acontecimientos de 1941 es de estupidez. Lo verdaderamente interesante es cómo y

por qué pudo ser tan estúpido. Cuando Flannery conversó con Wodehouse (liberado, pero aún bajo vigilancia) en el hotel Adlon en junio de 1941, enseguida se dio cuenta de que políticamente era un incauto, y mientras preparaban la entrevista tuvo que advertirle de que no realizara ciertos comentarios muy desafortunados, uno de los cuales era ligeramente antirruso. El caso es que se le coló la frase «tanto si Inglaterra gana la guerra como si no la gana». Poco después de la entrevista, Wodehouse le contó que iba a participar en otro programa en la radio nazi, por lo visto sin pensar que sus actos pudieran tener ningún significado particular. Flannery comenta:[19]

> En ese momento era evidente que a Wodehouse lo estaban manipulando. Fue uno de los mayores éxitos publicitarios de los nazis, el primero con un enfoque humano… Plack (el ayudante de Goebbels) había ido a ver a Wodehouse al campo situado cerca de Gleiwitz, comprobó que el autor carecía de intuición política y tuvo una idea. Le propuso a Wodehouse que, a cambio de su liberación del campo de prisioneros, escribiera una serie de emisiones radiofónicas sobre sus vivencias; no habría censura y él mismo haría los programas. Al proponerle eso, Plack demostró conocerlo muy bien. Sabía que Wodehouse se burlaba de los ingleses en todos sus relatos y que pocas veces escribía de otra cosa, que seguía viviendo en la época de la que escribía y que no tenía ni idea de lo que era el nazismo ni de lo que representaba. Wodehouse fue su propio Bertie Wooster.

El cierre del trato entre Wodehouse y Plack parece ser una simple interpretación de Flannery. El acuerdo quizá fuese mucho más vago, y, a juzgar por los propios programas, la intención de Wodehouse al hacerlos fue seguir en contacto con su público y —la pasión dominante en cualquier comediante— hacerlo reír. Es evidente que no se trata de las afirmaciones de un colaboracionista al estilo de Ezra Pound o John Amery ni, probablemente, de una persona capaz de entender la naturaleza del colaboracionismo. Al parecer, Flannery advirtió a Wodehouse de que realizar esos programas no sería muy inteligente, aunque tampoco insistió demasiado, y añade que Wodehouse (pese a que en uno de los programas se refiere a sí mismo como un ciudadano británico) se tenía por norteamericano. Había pensado en pedir la nacionalidad, aunque nunca había rellenado los papeles necesarios. Incluso llegó a decirle a Flannery: «Nosotros no estamos en guerra con Alemania».

Tengo delante una bibliografía de las obras de P. G. Wodehouse. Incluye unos cincuenta libros, pero sin duda está incompleta. Será mejor ser sincero y empezar reconociendo que hay muchos libros de Wodehouse, tal vez una cuarta o una tercera parte del total, que no he leído. De hecho, no es fácil leer toda la obra de un escritor popular que publica en ediciones baratas. No obstante, la he seguido con bastante asiduidad desde 1911, cuando yo tenía nueve años, y estoy familiarizado con su peculiar ambiente intelectual; un ambiente que, por supuesto, no se mantiene inalterable, aunque sufre pocos cambios a partir de 1925. En el pasaje del libro de Flannery que he citado más arriba, hay dos observaciones que llaman inmediatamente la atención de cualquier lector de Wodehouse. Una es que este «seguía viviendo en la época de la que escribía» y la otra, que el Ministerio de Propaganda nazi lo utilizó porque «se burlaba de los ingleses». La segunda afirmación se basa en un error sobre el que volveré enseguida, pero el otro comentario de Flannery es cierto, y explica en

parte el comportamiento de Wodehouse.

La gente olvida a menudo que Wodehouse escribió sus mejores novelas hace mucho tiempo. En cierto sentido nos parece que tipifica la estupidez de los años veinte y treinta, pero, en realidad, las escenas y los personajes por los que es más recordado hicieron su aparición antes de 1925. Psmith apareció por primera vez en 1909, después de que otros personajes anunciaran su llegada en los relatos del colegio. Blandings Castle, Baxter y el conde de Emsworth fueron introducidos en 1915. El ciclo Jeeves-Wooster empezó en 1919, aunque tanto Jeeves como Wooster habían hecho breves apariciones anteriormente, y Ukridge entró en escena en 1924. Si uno repasa la lista de los libros de Wodehouse a partir de 1902, se aprecian tres períodos bien definidos. El primero es el de las historias escolares. Incluye libros como *The Gold Bat*, *The Pothunters*, etcétera, y alcanza su cumbre en *Mike* (1909). *Psmith in the City*, publicado un año después, pertenece a esa categoría, aunque no tenga que ver directamente con la vida en el colegio. La siguiente es la época norteamericana. Por lo visto, Wodehouse vivió en Estados Unidos desde 1913 hasta 1920, y por un tiempo dio indicios de estar americanizándose, tanto en el estilo como en su punto de vista. Algunos relatos de *El hombre con dos pies izquierdos* (1917) parecen influenciados por O. Henry, y otros libros escritos en la época incluyen americanismos (por ejemplo, «combinado» en lugar de «*whisky* con soda») que un inglés no utilizaría normalmente *in propia persona*. En cualquier caso, casi todos los libros de esa época —*Psmith periodista, Una alhaja de niño, The Indiscretions of Archie, Piccadilly Jim* y algunos más— dependen del contraste entre las costumbres inglesas y las estadounidenses. Los personajes ingleses aparecen en un ambiente norteamericano o viceversa; hay algunos relatos puramente ingleses, pero casi ninguno puramente norteamericano. La tercera época podríamos llamarla «la de las mansiones de campo». A principios de los años veinte, Wodehouse debió de ganar mucho dinero, y sus personajes ascendieron de clase social, aunque los relatos de Ukridge constituyen una excepción. A partir de entonces, la típica ambientación es una mansión de campo, un lujoso piso de soltero o un caro club de golf. El atletismo escolar de los primeros libros desaparece, el críquet y el rugby dejan paso al golf, y el elemento de farsa y sátira se vuelve más marcado. Sin duda muchos de los libros, como *Summer Lightning*, son comedias ligeras y no farsas en sentido estricto, pero los intentos de seriedad moral presentes en *Psmith periodista, Una alhaja de niño, El advenimiento de Bill, El hombre con dos pies izquierdos* y varios de los relatos ambientados en el colegio, desaparecen. Mike Jackson se ha convertido en Bertie Wooster. No obstante, la metamorfosis no resulta tan sorprendente, y una de las cosas que más llaman la atención en Wodehouse es su falta de evolución. Libros como *The Gold Bat* y *Tales of St. Austin*, escritos a principios del siglo XX, ya poseen ese ambiente familiar. Que en sus últimos libros se había convertido en una fórmula se nota en el hecho de que continuó escribiendo relatos sobre la vida de los ingleses pese a que estuvo viviendo en Hollywood y Le Touquet durante los dieciséis años previos

a su cautiverio.

Mike, que hoy es difícil de encontrar en versión íntegra, debe de ser uno de los mejores relatos frívolos de colegiales en lengua inglesa. Pero, aunque se trate en gran parte de una farsa, no es una sátira sobre los colegios privados, y *The Gold Bat, The Pothunters*, etcétera, lo son aún menos. Wodehouse se educó en Dulwich, y luego trabajó en un banco y se inició en la escritura de novelas tras dedicarse al periodismo barato. Es evidente que durante muchos años siguió «obsesionado» con su antiguo colegio y que detestó el trabajo nada novelesco y el ambiente de clase media baja en que se encontró inmerso. En los primeros relatos, el *glamour* de la vida en los colegios privados (los partidos entre las residencias, los tutores, los tés junto al fuego, etcétera) está dibujado con trazo grueso, y el código moral de «seguir las reglas de juego» se acepta sin demasiadas reservas. Wrykyn, el colegio privado imaginario de Wodehouse, es más elegante que Dulwich, y uno tiene la impresión de que, entre *The Gold Bat* (1904) y *Mike* (1909), Wrykyn se ha vuelto más caro y se ha alejado de Londres. Desde el punto de vista psicológico, el libro más revelador de la primera época de Wodehouse es *Psmith in the City*. El padre de Mike Jackson ha perdido todo su dinero y este, como el propio Wodehouse, se ve obligado a aceptar un trabajo mal pagado de subordinado en un banco. Psmith tiene un empleo similar, aunque no por necesidades económicas. Tanto este libro como *Psmith periodista* (1915) son atípicos en el sentido de que muestran cierta conciencia política. En esta época Psmith decide declararse socialista —para él y, sin duda, para Wodehouse, eso significa poco más que no hacer distinciones sociales—, y en una ocasión los dos muchachos asisten a un mitin al aire libre en Clapham Common y van a tomar el té con un anciano orador socialista, cuya casa humilde pero pulcra está descrita con bastante precisión. Sin embargo, el rasgo más sorprendente del libro es la incapacidad de Mike para desprenderse del ambiente del colegio. Acepta el trabajo sin fingir el menor entusiasmo, y su deseo principal no es, como sería de esperar, encontrar un trabajo más útil e interesante, sino simplemente jugar al críquet. Cuando tiene que buscar alojamiento, decide instalarse cerca de Dulwich, porque así estará cerca de un colegio y podrá oír el agradable sonido del bate al golpear la pelota. El clímax del libro llega cuando Mike tiene la oportunidad de jugar en un partido del condado y no va a trabajar para poder hacerlo. La clave está en que Wodehouse simpatiza con Mike; de hecho, se identifica con él, pues está claro que Mike guarda con Wodehouse la misma relación que Julien Sorel con Stendhal. No obstante, creó otros muchos héroes esencialmente parecidos; por los libros de esta época y la siguiente pasan toda una serie de jóvenes para los que hacer deporte y «mantenerse en forma» representan una vida laboral suficiente. Wodehouse es casi incapaz de imaginar un trabajo deseable. Lo mejor es tener dinero propio o, si eso es imposible, encontrar una sinecura. El protagonista de *Algo fresco* (1915) escapa del periodismo de tercera convirtiéndose en el entrenador personal de un millonario dispéptico, y lo considera un avance desde el punto de vista no sólo financiero, sino también moral.

En los libros de la tercera época no hay narcisismo ni interludios serios, pero la moraleja implícita y el trasfondo social han cambiado mucho menos de lo que podría parecer a primera vista. Si comparamos a Bertie Wooster con Mike, o incluso con los entrenadores de rugby de los primeros relatos de colegio, vemos que la única diferencia real entre ellos es que Bertie es más rico y más perezoso. Sus ideales serían casi los mismos, pero no logra estar a la altura. Archie Moffam, en *The Indiscretions of Archie* (1921), es un tipo intermedio entre Bertie y los primeros protagonistas; es un idiota, pero también es honrado, amable, atlético y valeroso. De principio a fin, Wodehouse da por sentado el código de comportamiento de colegio privado, con la diferencia de que en su época posterior, más sofisticada, prefiere describir a sus personajes quebrantándolo o siguiéndolo en contra de su voluntad:

—¡Bertie! ¿No irás a dejar tirado a un amigo?
—Sí.
—Pero fuimos juntos al colegio, Bertie.
—Me da igual.
—¡Nuestro antiguo colegio, Bertie, nuestro antiguo colegio!
—¡Demontres! Está bien.

Bertie, un don Quijote comodón, no tiene el menor interés en cargar contra molinos de viento, pero no se le pasa por la cabeza negarse cuando el honor le llama. La mayoría de los personajes que Wodehouse quiere hacer pasar por simpáticos son parásitos y algunos, sencillamente imbéciles, pero muy pocos podrían ser descritos como inmorales. Incluso Ukridge es más un visionario que un sinvergüenza. El más inmoral, o más bien amoral, de los personajes de Wodehouse es Jeeves, que sirve de contrapunto a la altura de miras de Bertie Wooster y tal vez simbolice la extendida creencia inglesa de que la inteligencia y la falta de escrúpulos son casi lo mismo. El hecho de que en ninguno de sus libros haya nada remotamente parecido a una broma de carácter sexual, demuestra hasta qué punto Wodehouse se aferra a la moralidad convencional. Para un escritor satírico es un sacrificio enorme. No sólo no hay chistes verdes, sino que apenas hay situaciones comprometidas; los asuntos de cuernos se evitan casi por completo. La mayoría de los libros, claro está, incluyen un «lío amoroso», pero siempre con un tono de comedia ligera; el amorío, con sus complicaciones y sus escenas idílicas, sigue y sigue, pero, como suele decirse, «no pasa nada». Resulta elocuente que Wodehouse, por naturaleza un escritor satírico, colaborase en más de una ocasión con Ian Hay, un escritor cómico-serio y un exponente (véase *Pip*, etcétera) de la tradición del «inglés de vida decente y ordenada» en sus extremos más absurdos.

En *Algo fresco*, Wodehouse había descubierto las posibilidades cómicas de la aristocracia inglesa y, en consecuencia, siguió toda una serie de barones, condes y demás nobles ridículos, aunque no despreciables. Eso tuvo el extraño efecto de que fuera de Inglaterra se considerara a Wodehouse un agudo satírico de la sociedad inglesa. De ahí la frase de Flannery de que Wodehouse «se burlaba de los ingleses», pues es la impresión que probablemente causase en los lectores alemanes o incluso

estadounidenses. Una vez, tras la emisión de los programas de Berlín, hablé con un joven nacionalista indio que defendía acaloradamente a Wodehouse. Daba por sentado que Wodehouse se había pasado al enemigo, tal como desde su punto de vista había que hacer. Pero lo que más me interesó fue comprobar que consideraba a Wodehouse un escritor antibritánico que había hecho una gran labor al mostrar a la aristocracia británica tal como era en realidad. Se trata de un error que no cometería ningún inglés y un buen ejemplo del modo en que los libros, y sobre todo los libros humorísticos, pierden sus matices cuando los lee un público extranjero. Pues es evidente que Wodehouse no sólo no es antibritánico, sino que ni siquiera se opone a la clase alta. Al contrario, toda su obra está trufada de un esnobismo inocuo y anticuado. Del mismo modo que cualquier católico inteligente puede darse cuenta de que las blasfemias de Baudelaire o James Joyce no causan un verdadero daño a la fe católica, cualquier lector inglés se da cuenta de que, al crear personajes como Hildebrand Spencer Poyns de Burgh John Hanneyside Coombe-Crombie, decimosegundo conde de Dreever, Wodehouse no está atacando la jerarquía social. De hecho, nadie que despreciara de verdad los títulos nobiliarios escribiría tanto sobre ellos. La actitud de Wodehouse acerca del sistema social inglés es la misma que respecto al código moral del colegio privado, una aparente frivolidad que encubre una aceptación irreflexiva del mismo. El conde de Emsworth es gracioso porque un conde debería ser más digno, y la desvalida dependencia de Bertie Wooster respecto de Jeeves es graciosa en parte porque un criado no debería ser superior a su amo. Un lector estadounidense podría confundir a esos personajes, y a otros parecidos, con agresivas caricaturas porque tiende de por sí a la anglofobia y todos se corresponden con sus ideas preconcebidas sobre una aristocracia decadente. Bertie Wooster, con sus polainas y su bastón, es un típico inglés de opereta. Pero cualquier inglés comprende que Wodehouse lo presenta como una figura simpática, y que su verdadero pecado ha sido retratar a las clases altas inglesas de un modo mucho más amable de como son en realidad. En todos sus libros esquiva determinados problemas. Casi sin excepción, sus jóvenes adinerados son sociables y despreocupados, no avariciosos; el tono lo marca Psmith, que conserva su apariencia de clase alta, pero salva las distancias sociales llamando a todo el mundo «compañero».

Sin embargo, hay otro detalle importante acerca de Bertie Wooster: lo anticuado que está. Creado alrededor de 1917, Bertie pertenece en realidad a una época anterior. Es el típico «lechuguino» de antes de 1914, celebrado en canciones como «Gilbert the Filbert» o «Reckless Reggie of the Regent’s Palace». El tipo de vida sobre la que prefiere escribir Wodehouse, la vida del «miembro de club» o del «hombre de ciudad», el joven elegante que se pasa la mañana en Piccadilly con un bastón bajo el brazo y un clavel en el ojal, apenas sobrevivió a los años veinte. Resulta elocuente que Wodehouse publicase en 1936 un libro titulado *Jovencitos con botines*. Porque ¿quién usaba polainas en esa época? Hacía diez años que estaban pasadas de moda. Pero el «lechuguino» tradicional, el «Piccadilly John», debía llevar polainas, al igual

que los chinos de las pantomimas tienen que llevar coleta. Un escritor humorístico no tiene por qué mantenerse al día, y tras dar con un filón o dos, Wodehouse siguió explotándolos con una regularidad que sin duda le resultaba especialmente fácil porque no volvió a poner el pie en Inglaterra en los dieciséis años que precedieron a su cautiverio. Había perfilado su retrato de la sociedad inglesa antes de 1914, y era un cuadro ingenuo, tradicional y en el fondo lleno de admiración. Tampoco llegó a americanizarse del todo. Como he señalado, en los libros de la segunda época aparecen bastantes americanismos, pero Wodehouse siguió siendo lo suficientemente inglés como para que el habla de los estadounidenses le pareciera una novedad divertida y un tanto sorprendente. Le encanta incluir alguna que otra frase en el inglés genuino de Wardour Street («Con un gemido Ukridge me pidió prestados cinco chelines y puso pies en polvorosa»), y expresiones como «a piece of cheese» («pan comido») o «bust him on the noggin» («le atizó un sopapo») cumplen esa función. Pero eso ya se había hecho antes de que él estableciera sus contactos en Estados Unidos, y el uso de frases escogidas es un recurso de los escritores ingleses que se remonta a Fielding. Tal como ha señalado John Hayward,[20] Wodehouse le debe mucho a su conocimiento de la literatura inglesa y, sobre todo, a Shakespeare. Es evidente que sus libros no están dirigidos a un público intelectual, sino a uno con una educación tradicional. Cuando dice, por ejemplo, que alguien soltó un suspiro parecido al que debió de soltar Prometeo cuando el buitre se presentó a almorzar, está dando por sentado que sus lectores conocen en parte la mitología griega. En sus primeros tiempos, es probable que admirase a escritores como Barry Pain, Jerome K. Jerome, W. W. Jacobs, Kipling y F. Anstey, y se ha mantenido más fiel a ellos que a los chispeantes escritores cómicos estadounidenses como Ring Lardner o Damon Runyan. En su entrevista radiofónica con Flannery, Wodehouse se preguntaba si «la Inglaterra y los ingleses de los que escribo sobrevivirán después de la guerra», sin darse cuenta de que en realidad hacía tiempo que ya no existían. «Seguía viviendo en la época de la que escribía», dice Flannery, refiriéndose probablemente a los años veinte. Pero en realidad se trataba de la época eduardiana, y a Bertie Wooster, si de verdad existió, lo mataron en torno a 1915.

Si se acepta mi análisis de la mentalidad de Wodehouse, la idea de que en 1941 ayudó conscientemente a la maquinaria de propaganda nazi se vuelve insostenible e incluso ridícula. Tal vez lo indujeran a emitir los programas con la promesa de liberarlo antes (de todos modos lo habrían liberado a los pocos meses, al cumplir los sesenta años), pero resulta imposible que comprendiera que al hacerlo perjudicaría los intereses británicos. Como he intentado demostrar, su perspectiva moral ha seguido siendo la de un alumno de un colegio privado, y, según el código de los colegios privados, la traición en tiempos de guerra es el pecado más imperdonable. Pero ¿cómo pudo no darse cuenta de que lo que estaba haciendo sería una victoria propagandística para los alemanes y le acarrearía un aluvión de críticas? Para responder a esta pregunta es necesario tener en cuenta dos cosas. La primera, por lo

que podemos juzgar a partir de su obra impresa, es su absoluta falta de conciencia política. Es absurdo hablar de «tendencias fascistas» en sus libros. Ninguna tendencia es posterior a 1918. En toda su obra hay una vaga e incómoda percepción del problema de la distinción de clases, y desperdigadas aquí y allá, en escritos de diversos períodos, hay indoctas aunque amistosas alusiones al socialismo. En *The Heart of a Goof* (1926) hay una historia bastante tonta sobre un novelista ruso, que parece inspirada en la lucha de facciones que estaba teniendo lugar en la URSS. Pero las referencias al sistema soviético son totalmente frívolas y, para los cánones de la época, no demasiado hostiles. Hasta ahí llega la conciencia política de Wodehouse. Que yo sepa, en ninguna parte utiliza siquiera las palabras «fascismo» o «nazismo». En los círculos izquierdistas —de hecho, en cualquier círculo «ilustrado»—, aparecer en una emisora nazi, o tener la menor relación con los nazis, habría resultado escandaloso tanto antes como durante la guerra. Pero esa fue una actitud desarrollada a lo largo de casi un decenio de lucha ideológica contra el fascismo. Es necesario recordar que la mayor parte del pueblo británico asistió impasible a dicha lucha hasta finales de 1940. Abisinia, España, China, Austria, Checoslovaquia y toda una larga serie de crímenes y agresiones habían pasado sin dejar huella en la conciencia de la gente, que a lo sumo las había considerado luchas entre extranjeros que no eran «asunto nuestro». Puede explicarse la ignorancia general alegando que el inglés corriente pensaba que el «fascismo» era algo exclusivamente italiano y se quedaba perplejo cuando se aplicaba esa misma palabra a Alemania. Y no hay nada en los escritos de Wodehouse que dé a entender que estaba mejor informado de la política, o más interesado en ella, que la mayor parte de sus lectores.

Lo segundo que conviene recordar es que a Wodehouse lo capturaron justo cuando la guerra llegaba a su fase crítica. Hoy lo hemos olvidado, pero hasta ese momento los sentimientos acerca de la guerra habían sido notablemente tibios. Apenas había discusión, el gobierno Chamberlain era impopular, eminentes populistas como Lloyd George y Bernard Shaw insinuaban que debíamos firmar cuanto antes la paz aunque fuese a costa de transigir, y los sindicatos y numerosas facciones del Partido Laborista en todo el país aprobaban resoluciones antibelicistas. Luego, por supuesto, las cosas cambiaron. Se rescató a duras penas al ejército en Dunkerque, se produjo la caída de Francia, Gran Bretaña se quedó sola, las bombas llovieron sobre Londres y Goebbels anunció que había que «reducir Gran Bretaña a la degradación y la pobreza». A mediados de 1941, el pueblo británico sabía a lo que se enfrentaba y los ánimos contra el enemigo estaban mucho más exaltados. Sin embargo, Wodehouse había permanecido preso todo el año anterior, y por lo visto sus captores lo habían tratado razonablemente bien. Se había perdido el punto de inflexión de la guerra, y en 1941 reaccionó como si estuviese en 1939. No fue el único. En varias ocasiones, los alemanes emitieron programas de radio con soldados británicos a quienes habían hecho prisioneros, y algunos hicieron comentarios al menos tan carentes de tacto como los de Wodehouse. Incluso un colaboracionista

descarado como John Amery despertó después mucha menos indignación que Wodehouse.

Pero ¿por qué? ¿Por qué unos cuantos comentarios bastante estúpidos pero inofensivos hechos por un novelista de edad avanzada provocaron semejante escándalo? Probablemente haya que buscar la respuesta en los sucios requisitos de la guerra propagandística.

Hay un detalle de los programas radiofónicos de Wodehouse que sin duda es muy significativo: la fecha. A Wodehouse lo liberaron dos o tres días antes de la invasión de la URSS, y en un momento en que los altos cargos del Partido Nazi sabían a todas luces que dicha invasión era inminente. Era de vital importancia mantener a Estados Unidos fuera de la guerra el mayor tiempo posible, y, de hecho, en esa misma época la actitud de Alemania hacia Estados Unidos se volvió más conciliatoria que nunca. Los alemanes difícilmente podían esperar derrotar a Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos al mismo tiempo, pero si lograban eliminar deprisa a Rusia —y presumiblemente contaban con ello—, los norteamericanos tal vez no llegasen a intervenir. La liberación de Wodehouse fue sólo un movimiento menor, pero también un gesto muy eficaz hacia los aislacionistas norteamericanos. Era muy conocido en Estados Unidos, y también era popular —o eso creían los alemanes— entre el público anglófobo como caricaturista del inglés idiota con sus polainas y su monóculo. Ante el micrófono seguro que dañaría de un modo u otro el prestigio británico, y al mismo tiempo su liberación demostraría que los alemanes eran unos buenos tipos que sabían tratar con caballerosidad a sus enemigos. Es probable que esos fuesen sus cálculos, aunque el hecho de que los programas duraran sólo una semana parece indicar que no cumplió del todo sus expectativas.

En el bando británico estaban haciendo cálculos similares pero opuestos. En los dos años siguientes a Dunkerque, la moral británica dependió en gran medida de la sensación de que no sólo se estaba librando una guerra por la democracia, sino también una guerra que la gente corriente tenía que ganar con su propio esfuerzo. Las clases altas habían quedado desacreditadas por la política de apaciguamiento y los desastres de 1940, y parecía estar produciéndose un proceso de equiparación social. El patriotismo y los sentimientos de izquierdas estaban ligados en la imaginación popular, y numerosos periodistas se aseguraron de subrayar ese vínculo. Los programas radiofónicos de Priestley en 1940 y los artículos de «Cassandra» en el *Daily Mirror* son buenos ejemplos de la propaganda demagógica que triunfaba en la época. En ese ambiente, Wodehouse se convirtió en el cabeza de turco ideal. La idea general era que los ricos eran traicioneros, y Wodehouse, como «Cassandra» se encargó de subrayar insistentemente en su programa, era rico. Además, era el típico rico al que se podía atacar con impunidad y sin poner en peligro la estructura de la sociedad. Acusar a Wodehouse no era como denunciar, digamos, a Beaverbrook. Un simple novelista, por cuantiosos que sean sus ingresos, no pertenece a la clase dominante. Aunque sus ingresos ronden las cincuenta mil libras al año, sólo

exteriormente tiene la apariencia de un millonario. Es un advenedizo con suerte que ha ganado una fortuna —por lo general muy poco duradera— como el ganador del Derby de Calcuta. Por tanto, la indiscreción de Wodehouse se convirtió en una buena excusa para la propaganda, una oportunidad de «denunciar» a un parásito adinerado sin llamar la atención sobre los parásitos que de verdad importaban.

En las circunstancias desesperadas de la época era excusable enfadarse por lo que hizo Wodehouse, pero seguir acusándolo tres o cuatro años después —y, lo que es más, dejar que perdure la impresión de que actuó conscientemente— ya no lo es. Pocas cosas han sido moralmente más repugnantes en esta guerra que la actual persecución de traidores y colaboracionistas. En el mejor de los casos, consiste en el castigo de los culpables por los culpables. En Francia se persigue a los soplones de poca monta —los agentes de policía, los gacetilleros, las mujeres que se acostaban con soldados alemanes— mientras los peces gordos escapan sin excepción. En Inglaterra, las diatribas más airadas contra los colaboracionistas las pronuncian conservadores que en 1938 ponían en práctica el apaciguamiento y comunistas que lo defendían en 1940. He intentado demostrar que el desdichado Wodehouse se convirtió en el *corpus vile* de un experimento propagandístico, sólo porque el éxito y el exilio le habían permitido quedarse anclado mentalmente a la era eduardiana, y sugiero que ya va siendo hora de dar el incidente por concluido. Si a Ezra Pound lo detienen las autoridades estadounidenses y lo fusilan, su reputación como poeta perdurará cientos de años; y en el caso de Wodehouse, si lo obligamos a retirarse a Estados Unidos y a renunciar a la nacionalidad británica, acabaremos avergonzándonos de nosotros mismos. Si lo que queremos es castigar a quienes debilitaron la moral nacional en un momento crítico, hay otros culpables más próximos y a los que vale más la pena perseguir.

ANTISEMITISMO EN INGLATERRA

Contemporary Jewish Record, abril de 1945

Hay aproximadamente cuatrocientos mil judíos en Inglaterra, además de algunos miles de refugiados que han ido llegando desde 1934. La población judía está concentrada casi por entero en media docena de grandes ciudades, y la mayor parte trabaja en pequeños comercios dedicados a la venta de alimentos, ropa y muebles. Algunos de los grandes monopolios, como el Imperial Chemical Industries (ICI), uno o dos de los principales diarios y por lo menos una gran cadena de grandes almacenes pertenecen, completamente o en parte, a judíos, pero sería exagerado sostener que en Inglaterra los negocios están controlados por ellos. Al contrario, parece que los judíos no han conseguido adaptarse satisfactoriamente a la tendencia moderna hacia las grandes fusiones y que siguen aferrados a los negocios que dependen de la pequeña escala y de los viejos métodos para salir adelante.

Empiezo por estas evidencias, que cualquier persona informada conoce bien, con el propósito de hacer hincapié en que no existe un «problema» judío real en Inglaterra. Los judíos ni son tantos ni son tan poderosos, y sólo ejercen una influencia notable en eso que suele llamarse «los círculos intelectuales». Sin embargo, hay que admitir que, en general, el antisemitismo está en auge, que ha sido exacerbado por la guerra y que la gente sensible e inteligente no es inmune a él. No adopta formas violentas (los ingleses son casi sin excepción decentes y respetuosos de la ley), pero es lo bastante malévolo como para tenerlo en cuenta y, en circunstancias favorables, podría incluso tener consecuencias políticas. He aquí algunos ejemplos de comentarios antisemitas que he oído durante los últimos dos años.

Un empleado de oficina de mediana edad: «Normalmente voy al trabajo en autobús. A veces, aunque el trayecto es más largo, tomo el metro en la estación de Golders Green. Viajan muchos del “pueblo elegido” en esa línea».

Una estanquera: «No, no tengo cerillas. Debería preguntar a la estanquera de la siguiente calle. Ella siempre tiene cerillas. Es del “pueblo elegido”, ¿sabe?».

Un joven intelectual comunista, o cercano al comunismo: «No, no me gustan los judíos. Nunca lo he ocultado. No los soporto. Pero que quede claro que no soy antisemita».

Una mujer de clase media: «Bueno, nadie puede llamarme antisemita, pero creo que la manera en que se comportan esos judíos es absolutamente asquerosa. La forma en que se cuelan en las colas para ponerse al principio de la fila y esas cosas. Son

egoístas hasta decir basta. Creo que ellos mismos son responsables de muchas de las cosas que les pasan».

Un lechero: «Un judío no trabaja, no de la misma forma en que lo haría un inglés. Son muy listos. Nosotros trabajamos con esto [enseña el bíceps] y ellos lo hacen con esto [se toca la cabeza]».

Un censor jurado de cuentas, inteligente y de izquierdas de una manera indirecta: «Estos malditos judíos son todos proalemanes. Mañana cambiarían de bando si los nazis se alzaran con el poder. Veo a muchos en mi negocio. En el fondo de su corazón admiran a Hitler. Siempre acaban haciéndole la pelota al que los patea».

Una mujer inteligente, en cuanto se le ofrece un libro sobre el antisemitismo y las atrocidades alemanas: «No me lo enseñe, por favor, no me lo enseñe. Lo único que va a conseguir es que odie mucho más a los judíos».

Podría llenar muchas páginas con comentarios similares, pero basta con estos para proseguir con mi reflexión. Son indicativos de dos hechos. Uno, que es muy importante y al que regresaré más adelante, es que a partir de cierto nivel intelectual la gente se avergüenza de ser antisemita y se esfuerza por distinguir entre «antisemitismo» y que «no le gusten los judíos». El otro es que el antisemitismo es irracional. A los judíos se los acusa de ofensas específicas (por ejemplo, su mal comportamiento en las colas) y quien emite ese juicio habla con mucho convencimiento, pero resulta obvio que dichas acusaciones son el resultado de prejuicios hondamente arraigados. Tratar de argumentar con hechos y estadísticas es inútil, y a veces incluso peor que inútil. Hasta el último de los comentarios que he recopilado demuestra que la gente puede seguir siendo antisemita, o antijudía, aunque su postura sea indefendible. Si alguien te desagrada, te desagrada y punto; tus sentimientos no cambian aunque te reciten sus virtudes.

Pero sucede que la guerra ha espoleado el antisemitismo y que, a los ojos de la gente común, se trata de un sentimiento justificado. Para empezar, de los judíos puede decirse, con toda certeza, que se beneficiarán de la victoria de los aliados. Por consiguiente, la teoría de que «esta es una guerra judía» tiene cierta verosimilitud, sobre todo porque rara vez se reconoce el esfuerzo realizado por los judíos en ella. El Imperio británico es una organización enorme y heterogénea sustentada largamente en el común acuerdo, y con frecuencia es necesario halagar a los elementos que son menos de fiar en detrimento de los más leales. Difundir las proezas de los soldados judíos, o incluso admitir la existencia de un nutrido ejército judío en Oriente Próximo, promueven la hostilidad en Sudáfrica, en los países árabes y en otros lugares; es más fácil ignorar estas cuestiones y permitir que el ciudadano corriente piense que los judíos se libran del servicio militar porque son excepcionalmente inteligentes. De nuevo, a los judíos se los encuentra justamente en los oficios que generan impopularidad entre la población civil en tiempos de guerra; por regla

general se dedican a vender comida, ropa, muebles y tabaco, precisamente los productos que escasean de manera cíclica, con el consiguiente sobreprecio. Asimismo, la acusación habitual según la cual los judíos se comportan de manera excepcionalmente cobarde durante los bombardeos adquirió tintes de verosimilitud en los de 1940. El barrio judío de Whitechapel fue una de las primeras zonas en ser bombardeadas, y esto provocó que enjambres de judíos lo abandonaran para refugiarse por todo Londres. Si uno juzgara el asunto sólo a partir de estas anécdotas de guerra, se podría llegar a la conclusión, basada en premisas falsas, de que el antisemitismo es una pulsión casi racional. Y, naturalmente, el antisemita se considera a sí mismo racional. Siempre que toco este tema en un artículo periodístico, recibo numerosas respuestas, e invariablemente algunas de las cartas las envía gente normal y equilibrada —doctores, por ejemplo— y sin motivos aparentes para plantear quejas de índole económica. Esta gente siempre dice (al igual que lo hacía Hitler en *Mein Kampf*) que al principio no albergaba ningún tipo de prejuicio antijudío, pero que se vio impulsada a cambiar de opinión por la mera observación de los hechos. Una de las características del antisemitismo es la capacidad para creer historias que en modo alguno pueden ser ciertas. Un buen ejemplo de esto en el extraño accidente ocurrido en Londres en 1942, cuando una multitud, atemorizada por el estallido de una bomba, corrió hacia la boca de una estación de metro, de resultas de lo cual murieron por aplastamiento más de cien personas. El mismo día se oía por todo Londres que «los judíos habían sido los responsables». Desde luego, uno no puede esgrimir ningún argumento ante la gente que cree estas cosas. Lo único que puede hacerse es investigar por qué se da crédito a historias absurdas sobre este tema en particular y se permanece escéptico frente a otros temas.

Pero déjenme volver ahora al punto que mencioné anteriormente, el de que hay un sentimiento antisemita ampliamente extendido y falta voluntad para admitirlo. Entre la gente culta, el antisemitismo se considera un pecado imperdonable, de una categoría distinta de los otros tipos de prejuicio racial. La gente es capaz de llegar muy lejos para demostrar que no es antisemita. Así, en 1943, en la sinagoga de St. John’s Wood se ofició un servicio en honor de los judíos de Polonia. Las autoridades locales mostraron enseguida su disposición a participar y al servicio asistieron el alcalde del distrito, vestido de gala, representantes de todas las iglesias y enviados de las fuerzas aéreas, del ejército, de las enfermeras y hasta de los Boy Scouts. A simple vista era una conmovedora muestra de solidaridad con el sufrimiento de los judíos, pero, en esencia, se trataba de un esfuerzo consciente por comportarse con decencia por parte de personas en cuyo fuero interno albergaban sentimientos muy diferentes. En ese barrio de Londres hay muchos judíos y el antisemitismo está muy extendido, y, como yo bien sabía, algunos de los hombres que tenía alrededor en la sinagoga comulgaban con esa tendencia. De hecho, el comandante de mi pelotón del ejército, que había tenido el cuidado de advertirnos de que debíamos causar una buena impresión durante el servicio, era un exmiembro de

los Camisas Negras de Mosley. Mientras exista esta ambivalencia de sentimientos, la tolerancia hacia la violencia masiva contra los judíos o, lo que es más importante, una legislación antisemita no serán posibles en Inglaterra. De hecho, en la actualidad tampoco es posible que el antisemitismo se vuelva respetable. Pero esta ventaja es menor de lo que parece.

Uno de los efectos de las persecuciones en Alemania fue el de impedir que el antisemitismo fuera estudiado con seriedad. En Inglaterra se realizó una encuesta, breve e inadecuada, hace un año o dos, y si se ha llevado a cabo otra investigación sobre el tema debe de haber sido de carácter secreto. Al mismo tiempo, toda la gente inteligente ha eliminado conscientemente cualquier cosa que pueda herir la susceptibilidad de los judíos. A partir de 1934 desaparecieron, como por arte de magia, los chistes sobre judíos en las postales, los periódicos y los espectáculos, y quien incluyera un personaje judío poco simpático en una novela o un cuento era tachado al instante de antisemita. También en lo relativo al tema palestino, entre la gente culta, era de rigor aceptar la causa judía y desentenderse de las reclamaciones de los árabes; una decisión que era correcta en sí misma, pero que básicamente se adoptó porque los judíos eran perseguidos y existía la sensación de que no era correcto criticarlos. Así pues, fue gracias a Hitler que se creó una situación en la que la prensa favorecía a los judíos mientras, en el ámbito privado, proliferaba el antisemitismo, incluso —con algunas excepciones— entre la gente sensible y culta. Esto fue particularmente notable en 1940, en la época de la llegada de los refugiados. Por supuesto, toda persona inteligente entendía que era su deber protestar contra el encierro de los infortunados extranjeros que, más que nada, estaban en Inglaterra por ser enemigos de Hitler. Sin embargo, en privado se expresaban sentimientos diferentes. Una minoría de los refugiados se comportaban sin demasiado tacto, y el sentimiento hacia ellos generaba una corriente antisemita subterránea. Una figura muy importante del Partido Laborista —no revelo su nombre porque es una de las personas más respetadas en Inglaterra— me dijo con cierta virulencia: «Nadie invitó a esta gente a venir a este país. Si han elegido hacerlo, tendrán que asumir las consecuencias». Y este hombre, por supuesto, apoyaba todas y cada una de las protestas contra el internamiento de los refugiados. Esta sensación de que el antisemitismo es un pecado y una vergüenza, algo que una persona civilizada no padece, no ayuda a la hora de abordar el tema desde un punto de vista científico, y de hecho mucha gente admitirá que le atemoriza profundizar demasiado en él. Es decir, les atemoriza descubrir que el antisemitismo se está expandiendo, y que también ellos han resultado infectados.

Para poner este asunto en perspectiva, debemos echar la vista varias décadas atrás, a los días en que Hitler era un desempleado desconocido que pintaba acuarelas y del que nadie había oído hablar. Uno podría pensar que, a pesar de que hoy el antisemitismo está bastante extendido en Inglaterra, lo está menos que hace treinta años, y también es verdad que el antisemitismo extremo, de tipo racial o religioso,

nunca ha florecido en este país. Nunca ha habido mucho problema con los matrimonios interraciales ni con los judíos que ocupan un lugar prominente en la vida pública. Pero hace treinta años se aceptaba, más o menos como una ley de la naturaleza, que el judío era una figura cómica y, no obstante su inteligencia, con un «carácter» deficiente. El judío, en teoría, no padecía ninguna incapacidad jurídica, pero en la práctica quedaba excluido de ciertas profesiones. Probablemente no habría sido aceptado como oficial en la armada, por ejemplo, ni en un regimiento de élite del ejército. Un muchacho judío en la escuela privada lo pasaba invariablemente mal. Podía, desde luego, librarse de su condición de judío si era atlético o tenía carisma, pero se trataba de una discapacidad estructural, como ser tartamudo o sufrir cualquier otra minusvalía de nacimiento. Los judíos ricos tendían a ocultarse bajo apellidos aristocráticos ingleses o escoceses, y a la mayoría de las personas les parecía normal que lo hicieran, al igual que, cuando tiene la oportunidad, lo hace un criminal para cambiar de identidad. Hace veinte años, en Rangún, estaba abordando un taxi con un amigo cuando un niño harapiento de tez blanca comenzó a contarnos una historia sobre su llegada desde Colombo en barco y que necesitaba dinero para regresar. Su aspecto era difícil de conciliar con la forma en que se comportaba, así que le pregunté: «Hablas muy bien el inglés, ¿de dónde eres?». Me respondió entusiasmado, en su inglés con acento indio: «Soy judío, señor». Recuerdo que me giré hacia mi amigo y le dije, sólo medio en broma: «Y lo admite sin ningún empacho». Todos los judíos que había conocido hasta entonces estaban avergonzados de serlo y preferían no hablar de sus ancestros, y si el tema se imponía se referían a ellos como «hebreos».

La actitud de la clase trabajadora no era mejor. El judío que había crecido en Whitechapel daba por hecho que sería atacado, o al menos abucheado, si se aventuraba por alguno de los barrios cristianos de alrededor, y los «chistes de judíos» en las publicaciones de humor y en los espectáculos eran frecuentes y ofensivos. Esto también sucedía en el ámbito literario, en el que escritores como Belloc, Chesterton y sus seguidores alcanzaron las más altas cotas de insidia. Los literatos no católicos también pecaban de lo mismo, pero sin tanta malevolencia. Ha habido una perceptible corriente antisemita de Chaucer en adelante, y sin necesidad de levantarme de esta mesa para consultar los libros, me vienen a la memoria pasajes, que hoy habrían sido tachados de prosa antisemita, en obras de Shakespeare, Smollett, Thackeray, Bernard Shaw, H. G. Wells, T. S. Eliot, Aldous Huxley y muchos otros. A bote pronto, los únicos escritores que recuerdo que, antes de la época de Hitler, hicieran un claro esfuerzo por defender a los judíos fueron Dickens y Charles Reade. Y, por poco que el común de los intelectuales estuvieran de acuerdo con las opiniones de Belloc y de Chesterton, nunca llegaron a desaprobarlas. Las interminables diatribas de Chesterton contra los judíos, que introducía en sus narraciones y ensayos con el mínimo pretexto, nunca le acarrearon problemas; de hecho, Chesterton era una de las figuras más respetadas del mundillo literario.

Cualquiera que escribiera hoy en ese tono desataría una tormenta en su contra, eso siempre que encontrase quien le publicara su trabajo.

Si, como sugiero, los prejuicios contra los judíos siempre han estado ampliamente extendidos en Inglaterra, no hay razón para pensar que Hitler los ha atenuado. Lo que ha hecho es acentuar la división entre la persona políticamente consciente que estima que este no es momento para arremeter contra los judíos, y la persona inconsciente cuyo antisemitismo nato se ha intensificado por la tensión nerviosa que la guerra provoca. Uno podría pensar, por tanto, que mucha gente que preferiría morir antes que admitir su pulsión antisemita, tiene hacia esta alguna predisposición. Alguna vez he dicho que creo que el antisemitismo es esencialmente una neurosis, pero que tiene, desde luego, sus racionalizaciones, en las que se cree con sinceridad y que son en parte verdad. El razonamiento que esgrime el hombre común es que el judío es un explotador, y la justificación parcial de esto es que el judío, en Inglaterra, suele ser un pequeño hombre de negocios, con lo cual es una persona cuyos estragos económicos son más visibles y cercanos que los de, por ejemplo, un banco o una compañía de seguros. Más arriba en la escala intelectual, el razonamiento en torno al antisemitismo es que el judío es una persona que promueve la desafección y debilita la moral nacional. Se trata de otra justificación superficial. Durante los últimos veinticinco años, las actividades de eso que llamamos «los intelectuales» han sido, en buena medida, maliciosas. No creo que exagere si digo que, si los intelectuales hubieran hecho su trabajo un poco más a fondo, Inglaterra se habría rendido en 1940. Pero la *intelligentsia* desafecta incluía, inevitablemente, a muchos judíos. Puede decirse, con cierta certeza, que los judíos son enemigos de nuestra cultura autóctona y de nuestra moral nacional. Examinada cuidadosamente, la idea parece una necedad, pero siempre hay algunos individuos relevantes que están dispuestos a sostenerla. Durante los últimos años se ha producido lo que constituye un contraataque contra ese izquierdismo más bien superficial que estuvo de moda en la década anterior, y cuya encarnación más clara fueron las organizaciones al estilo del Club del Libro de Izquierdas. Este contraataque (véanse los libros *El buen gorila*, de Arnold Lunn, o *Izad más banderas*, de Evelyn Waugh) tenía un trasfondo antisemita, y quizá habría sido más evidente si el tema no hubiese sido tan peligroso. También es cierto que durante varios decenios Inglaterra no contó con una *intelligentsia* nacionalista digna de mención. Pero el nacionalismo británico —es decir, el nacionalismo de tipo intelectual— puede revivir, y de hecho va a hacerlo si Inglaterra sale muy debilitada de esta guerra; los jóvenes intelectuales de 1950 quizá serán tan ingenuamente patrióticos como los de 1914. En ese caso, el tipo de antisemitismo que floreció entre los *antidreyfusards* en Francia, y ese que Chesterton y Belloc trataron de importar a este país, podrían tener un punto de apoyo.

No tengo una teoría incontrovertible sobre los orígenes del antisemitismo. Las dos explicaciones habituales que lo atribuyen a causas económicas y a que se trata de un legado de la Edad Media no me satisfacen, aunque debo admitir que si uno las

combina pueden servir al propósito de explicar los hechos. Todo lo que puedo decir sin temor a equivocarme es que el antisemitismo es parte del gran problema del nacionalismo, que todavía no ha sido examinado con seriedad y que el judío es a todas luces un chivo expiatorio, aunque no sepamos aún qué es exactamente lo que expía. Para escribir este ensayo me he basado casi exclusivamente en mi limitada experiencia, y, para otros observadores, mis experiencias quizá sean negativas. El hecho es que casi no hay datos sobre este tema. Por si sirve de algo, a continuación voy a resumir mis opiniones.

En Inglaterra hay más antisemitismo de lo que estamos dispuestos a admitir y la guerra lo ha acentuado, pero si uno piensa en decenios en lugar de años, no es verdad que vaya en aumento.

La situación actual no ha conducido a una persecución abierta, pero sí que conlleva el efecto de insensibilizar a las personas ante el sufrimiento de los judíos en otros países.

Esto, en el fondo, es muy irracional y no conduce a ningún argumento.

La persecución en Alemania ha enmascarado el sentimiento antisemita y ha ensombrecido el tema.

El asunto exige una investigación seria.

Sólo vale la pena extenderse en el último punto. Para estudiar científicamente cualquier tema se requiere distancia, lo cual es difícil cuando están involucrados los intereses y los sentimientos propios. Mucha de la gente que es capaz de ser objetiva sobre, por ejemplo, los erizos de mar o la raíz cuadrada de 2, pierde toda la objetividad cuando piensa en su propia economía. Lo que acaba viciando casi todo lo que se ha escrito sobre el antisemitismo es la presunción del escritor de que él es inmune a eso. «Como sé que el antisemitismo es irracional —argumenta—, deduzco que yo no lo comparto». Así pues, no inicia su investigación en el lugar del que podría extraer algunas evidencias sólidas: su propia cabeza.

Me parece que se puede asegurar sin miedo a equivocarse que esa enfermedad que llamamos de modo poco preciso «nacionalismo» es hoy casi universal. El antisemitismo es sólo una manifestación del nacionalismo, y la enfermedad no afecta a todos de la misma forma. Un judío, por ejemplo, no sería antisemita, pero me parece que algunos judíos sionistas son, sencillamente, antisemitas al revés, de la misma forma que muchos indios o negros muestran, de forma inversa, sus prejuicios contra el color. El caso es que algo, alguna vitamina psicológica, falta en la civilización moderna, y como consecuencia de ello todos estamos más o menos sujetos a la locura de creer que todos los pueblos o naciones son misteriosamente buenos o misteriosamente malvados. Reto a cualquier intelectual moderno a que indague con atención y franqueza en su fuero interno, sin lealtades nacionalistas ni odios de ninguna índole. El hecho es que puede sentir el empuje emocional de estos sentimientos y, sin embargo, estudiarlos desapasionadamente, que es lo que le confiere el estatus de intelectual. Entonces se verá que el punto de partida para

cualquier investigación sobre el antisemitismo no debería ser «¿por qué esta pulsión obviamente irracional atrae a los demás?», sino «¿por qué me siento atraído por el antisemitismo?». Si uno se pregunta esto, cuando menos tiene la posibilidad de descubrir su manera de razonar sobre el tema, y con suerte descubrirá lo que en realidad subyace a esto. El antisemitismo debe ser investigado; no digo que directamente por antisemitas, sino por cualquier tipo de persona que sepa que no es inmune a esta emoción. Cuando Hitler desaparezca podrá llevarse a término una investigación real sobre este tema, y quizá lo mejor sea no empezar por desacreditar al antisemitismo, sino clasificar todas las justificaciones que podamos encontrar en el interior de cualquiera, o dentro de nosotros mismos. Con ello podríamos hallar pistas que nos conduzcan hasta sus raíces psicológicas. Pese a todo, el antisemitismo no va a curarse definitivamente si antes no curamos esa enfermedad más extendida que es el nacionalismo.

LA POESÍA Y EL MICRÓFONO

Escrito en el verano de 1943 (?);

The New Saxon Pampleth, n.º 3, marzo de 1945

Hace alrededor de un año, yo y otros colegas participamos en programas de radio literarios destinados a ser difundidos en la India y, entre otras cosas, emitimos una cantidad respetable de poemas de escritores ingleses contemporáneos o casi contemporáneos, como, por ejemplo, Eliot, Herbert Read, Auden, Spender, Dylan Thomas, Henry Treece, Alex Comfort, Robert Bridges, Edmund Blunden y D. H. Lawrence. Cuando era posible, emitíamos los poemas haciendo que los leyeran sus autores. No viene al caso explicar la razón por la que se crearon estos programas en particular (se trataba de un remoto y modesto movimiento de tenaza en la guerra radiofónica), pero sí debo aclarar que el hecho de emitir para una audiencia de la India determinó, en cierta medida, nuestra técnica. El hecho clave era que nuestras emisiones literarias iban dirigidas a los estudiantes universitarios de aquel país, un público poco nutrido y hostil, inabordable con cualquier cosa que pudiera oler a propaganda británica. De entrada, sabíamos que no podíamos esperar más que unos pocos miles de radioyentes, y eso era una excusa para ser más «intelectuales» de lo que habitualmente se acepta en un programa.

Si difundes en la radio poesía para gente que entiende tu idioma pero no comparte tu bagaje cultural, una cierta cantidad de comentarios y explicaciones son inevitables, y la fórmula que solíamos aplicar era emitir como si se tratara de una revista literaria. Se suponía que el consejo de redacción se sentaba en la oficina a discutir el contenido del siguiente número. Alguien sugería un poema, otro sugería uno distinto, se producía una breve discusión y después llegaba el poema en sí, leído por una voz diferente, a ser posible la del propio autor. Ese poema llevaba de modo natural a otro, y así seguíamos elaborando el programa, normalmente con, al menos, medio minuto de discusión cada dos poemas. Seis voces parecía ser el número perfecto para un programa de media hora. Un programa de este tenor salía inevitablemente un poco desdibujado, pero podía dársele cierta apariencia de unidad regresando continuamente al tema central. Por ejemplo, un número de nuestra revista literaria imaginaria estuvo dedicado a la guerra. Incluía dos poemas de Edmund Blunden, «Septiembre de 1941», de Auden, extractos de un largo poema de G. S. Fraser («Una carta para Anne Ridler»), «Islas de Grecia», de Byron, y extractos de «Rebelión en el desierto», de T. E. Lawrence. Esta media docena de poemas, con las explicaciones

que los precedían y antecedían, cubrían razonablemente bien las posibles actitudes hacia la guerra. Los poemas y el extracto en prosa consumían unos veinte minutos de la emisión y los argumentos, alrededor de ocho.

Esta fórmula puede parecer ridícula, incluso paternalista, pero tiene la ventaja de que su faceta meramente educativa, el aire de libro de texto —inevitable si uno va a emitir poemas serios y a veces difíciles—, se vuelve más ligera cuando el vehículo es una conversación informal. Varios locutores pueden discutir entre ellos lo que en realidad le están comunicando al público, y, de paso, con este enfoque se le da al poema un contexto, que es precisamente lo que le falta a la poesía desde el punto de vista del hombre común. Por supuesto, hay otros métodos. Lo que hacíamos con frecuencia era preparar el poema con música. Se anunciaba que en unos minutos tal poema sería leído, después poníamos música, quizá durante un minuto, luego esta se iba apagando para dejar paso al poema, que aparecía sin título ni ningún tipo de anuncio previo, y a continuación la música sonaba de nuevo durante un par de minutos; en conjunto, todo duraba tal vez cinco minutos. Es necesario elegir la música apropiada porque, huelga decirlo, su verdadero propósito es aislar el poema del resto del programa. Con este método se puede combinar, por ejemplo, un soneto de Shakespeare con un boletín informativo de tres minutos, sin incurrir en ningún momento en una incoherencia.

Estos programas de los que he estado hablando no tenían un gran valor en sí mismos; si los he mencionado es porque están relacionados con ciertas ideas que me inspiraron a mí, y que les inspiraron a otros, sobre la posibilidad de popularizar la poesía a través de la radio. Me quedé muy sorprendido con el hecho de que la emisión de un poema, leído por la persona que lo ha escrito, no sólo produce un efecto en la audiencia —si es que produce alguno—, sino también en el mismo poeta. Debemos recordar que en Inglaterra muy poco se ha hecho con la emisión radiofónica de poesía, y que mucha de la gente que la escribe nunca ha considerado la posibilidad de leerla en voz alta. Sentado frente a un micrófono, especialmente si lo hace con cierta regularidad, el poeta se relaciona de otra forma con su trabajo, una relación que de lo contrario le sería imposible mantener en estos tiempos y en nuestro país. Es muy común que en los tiempos modernos —aunque tal vez habría que decir que en los últimos doscientos años— la poesía haya ido perdiendo sus vínculos con la música y con la lengua hablada. Para existir necesita estar blanco sobre negro, y de un poeta se espera que sepa recitar o declamar sus versos tanto como de un arquitecto que sepa enyesar un techo. La poesía lírica y retórica casi ha dejado de escribirse, y en todos los países donde hay lectores, el hombre de la calle siente hostilidad hacia la poesía. Además, una vez abierta la brecha lo normal es que se ensanche, porque el concepto primigenio de «poesía», algo que está impreso y que sólo una minoría puede entender, promueve la opacidad y el «ingenio». ¿Cuántas personas no piensan, de manera casi instintiva, que un poema que se comprende a la primera no puede ser bueno? Parece improbable poder verificar estas tendencias a menos que se recupere

la costumbre de leer poemas en voz alta, y esto parece imposible si no se tiene en cuenta el vehículo que nos ofrece la radio. Sin embargo, esas ventajas particulares que posee la radio, su poder para seleccionar el público adecuado y para acabar con el pánico escénico y el bochorno, deberíamos considerarlas con más atención.

En un programa de radio la audiencia es una incógnita, pero es la audiencia con la que uno cuenta. Pueden estar escuchando millones de personas, pero cada una lo hace sola, o como miembro de un pequeño grupo, y cada una tiene (o debería tener) la sensación de que le están hablando solamente a ella. Es más, es razonable pensar que tu audiencia se siente identificada contigo, o que cuando menos está interesada, porque quien se aburra puede apagar la radio con el sencillo gesto de girar un botón. No obstante, por muy identificada que se sienta, la audiencia no tiene poder sobre ti. Es justamente en eso en lo que un programa de radio difiere de un discurso o de una conferencia. Cuando se habla en un auditorio, como sabe cualquiera que esté habituado a ello, es casi imposible no adaptar tu tono a la audiencia. Después de unos minutos, resulta siempre obvio a qué responde el público y a qué no, y en la práctica estás casi obligado a hablar para la persona más estúpida de la sala y, también, a congraciarte por medio de ese artificio llamado «personalidad». Si no lo haces, el resultado es siempre una atmósfera de bochorno asfixiante. Ese evento espeluznante que es una «lectura de poesía», lo es porque entre el público siempre habrá alguien que se aburra o que sea francamente hostil, y que no pueda liberarse de ti con el simple gesto de girar un botón. En el fondo es la misma dificultad —por el hecho de que el público que va al teatro no es muy selecto— que hace que sea imposible asistir a una puesta en escena decente de Shakespeare en Inglaterra. En las emisiones de radio estas condiciones no se dan. El poeta tiene la sensación de que se dirige a personas para las que la poesía significa algo, y es un hecho que los poetas que están habituados a las emisiones radiofónicas leen frente al micrófono con un virtuosismo que no surgiría si estuvieran hablando en un auditorio. El elemento de credibilidad que interviene aquí no es demasiado importante. La cuestión es que el poeta ha sido arrastrado a una situación en que la lectura de poemas en voz alta parece algo natural y en modo alguno turbador, un intercambio normal entre un ser humano y otro; y también se ha conseguido que piense en su trabajo más como «sonido» que como simples versos escritos en un trozo de papel. Por tanto, la reconciliación entre la poesía y el hombre común está cerca. Ya existe para el poeta que está en las ondas del éter, sin importar lo que pueda pasar en el otro extremo.

Sin embargo, no podemos dejar de atender lo que pasa en el otro extremo. Ya se ha visto que estoy hablando de la poesía como si fuera un tema vergonzoso, casi indecente, como si la popularización de la poesía fuera una maniobra estratégica, igual que obligarle a tragar un medicamento a un niño o exigir tolerancia para una secta perseguida. Pero, desafortunadamente, ese —o uno muy parecido— es el caso. No cabe duda de que la poesía en nuestra civilización es, de lejos, la más desacreditada de las artes; es la única, de hecho, en que el hombre común se niega a

descubrir cualquier valor. Arnold Bennett no exageraba cuando decía que, en los países anglohablantes, la palabra «poesía» era capaz de dispersar una multitud con mayor eficacia que el chorro de una manguera de bombero. Y, como ya he apuntado, una brecha de estas dimensiones tiende a ensancharse por el mero hecho de su existencia y el hombre corriente va adoptando una actitud cada vez más contraria a la poesía al tiempo que el poeta se va volviendo más arrogante e incomprensible, hasta que el divorcio entre la poesía y la cultura popular es aceptado como una especie de ley natural, aunque sólo de nuestro tiempo y en una zona relativamente pequeña del planeta. Vivimos en una era en que el hombre de la calle es, en los países altamente civilizados, inferior desde el punto de vista estético al hombre primitivo. Este estado de cosas suele ser visto por lo general como una situación que no puede remediarse mediante un acto consciente, sino que más bien se espera que se corrija por sí sola, cuando la sociedad sea más receptiva. Con ligeras variaciones, el marxista, el anarquista y el creyente religioso suscribirán esto, que en líneas generales sin duda es verdad. La fealdad que nos rodea por doquier tiene causas económicas y espirituales, y no puede explicarse diciendo sólo que la tradición se ha torcido en tal o cual punto. Pero tampoco puede concluirse que no es posible progresar en el contexto actual, ni que una mejora estética no es un aspecto necesario de la redención general de la sociedad. Si no fuera posible rescatar a la poesía de su situación actual, como la más odiada de las artes, quizá se podría elevar al mismo nivel de tolerancia que tiene la música. Con todo, para empezar vale la pena preguntarse de qué forma y hasta qué punto es impopular la poesía.

Aparentemente, la poesía no puede ser más impopular, pero, pensándolo bien, se trata de una aseveración que debe ser matizada. Para empezar, todavía existe una importante cantidad de poesía popular (nanas, etcétera) que es universalmente conocida y citada, y que forma parte de la memoria colectiva, y hay también infinidad de canciones y baladas antiguas que nunca han pasado de moda. Además, está la popularidad —o al menos se la tolera— de la «buena mala» poesía, generalmente de tipo sentimental o patriótico. Podría parecer que la poesía «buena mala» posee, precisamente, todas las características que hacen que el hombre común odie la verdadera poesía. Está en verso, rima e incluye sentimientos elevados y un lenguaje inusual, y todo ello en grado sumo, pues es casi un axioma que la poesía mala es más «poética» que la buena. Aun así, aunque no guste del todo, al menos es tolerada. Por ejemplo, justo antes de empezar a escribir esto, estaba escuchando a una pareja de comediantes en la BBC haciendo su programa habitual antes de las noticias de las nueve. Al final, uno de ellos avisó de improviso de que «quería ponerse serio por un momento» y procedió a recitar un disparate patriótico titulado «Un viejo y distinguido caballero inglés», en honor de Su Majestad el Rey. ¿Cuál es la reacción de la audiencia ante esa muestra de la peor poesía heroica? No debe de ser muy violenta, porque de lo contrario ya hubieran llegado bastantes cartas en tono indignado a la BBC pidiendo que se suspendiera esa sección del programa. Se puede

concluir que hay una gran hostilidad del público hacia la poesía, pero cierta tolerancia hacia la versificación. Después de todo, si el metro y la rima fueran desagradables de por sí, ni las canciones ni los poemas humorísticos serían populares. La poesía no gusta porque se asocia con lo ininteligible, con la pedantería intelectual y con una sensación general de ociosidad aristocrática. Nombrarla produce, de entrada, el mismo tipo de mala impresión que la palabra «Dios» o que el alzacuellos de un sacerdote. Es probable que, para popularizar la poesía, sea necesario acabar con una inhibición adquirida. Se trata de incitar a la gente a que escuche, no de recitar mecánicamente el poema. Si se pudiera conseguir que la auténtica poesía calara entre el gran público hasta que la juzgara como algo normal, como esa basura en verso recitada con toda normalidad que acabo de oír, podría superarse parte del prejuicio.

Resulta difícil creer que la poesía volverá a ser popular sin un esfuerzo deliberado del Estado en la educación del gusto de los ciudadanos, que incluya estrategias e incluso triquiñuelas. T. S. Eliot sugirió en una ocasión que la poesía, particularmente la dramática, debía entrar en la conciencia de la gente corriente a través del teatro de revista; y tendría que haber añadido la pantomima, cuyas vastas posibilidades no parecen haber sido suficientemente exploradas. Quizá *Sweeney Agonistes* fue escrita a partir de esta idea, y de hecho podría concebirse como el número de una obra de teatro de revista. Yo he sugerido la radio como el medio más propicio y me he referido a sus ventajas técnicas, particularmente desde el punto de vista del poeta. La razón por la que, de entrada, se desconfía de esta propuesta es que muy poca gente se imagina que la radio pueda servir para la difusión de algo que no sean bobadas. La gente escucha lo que sale hoy por los altavoces del mundo y llega a la conclusión de que para eso, y nada más que para eso, sirve la emisión inalámbrica. De hecho, el mismo término «inalámbrico» remite a dictadores vociferantes o a locutores de voz metálica anunciando que tres de nuestros aviones no han podido regresar, mientras que la poesía difundida en la radio suena como las musas con pantalones de rayas. De todas formas, no debemos confundir las capacidades de un medio con el uso que se le da. La emisión radiofónica es lo que es, pero no por la vulgaridad, la estupidez y la falsedad intrínsecas que comporta todo el aparato del micrófono y el transmisor, sino porque todas las emisiones de radio que tienen lugar hoy en el mundo están bajo el control de los gobiernos o de grandes monopolios, los cuales están activamente interesados en mantener el *statu quo* y, por consiguiente, en impedir que el hombre común se vuelva demasiado inteligente. Algo parecido le sucede al cine, que, como la radio, hizo su aparición durante la fase monopolística del capitalismo y cuyos costes operativos son fantásticamente elevados. En todas las artes la tendencia es similar. Los canales de producción están, cada vez más, bajo el control de burócratas, cuyo objetivo es destruir al artista o, cuando menos, castrarlo. Esta sería una visión desoladora si no fuera porque el totalitarismo, que ahora va al alza y que sin duda continuará en esa dirección en todos los países del mundo, está siendo mitigado por otro proceso que no era fácil de prever ni siquiera unos cinco años atrás.

El caso es que la gran maquinaria burocrática de la que todos formamos parte ha empezado a rechinar a causa de su tamaño y de su constante crecimiento. El Estado moderno tiende a aniquilar la libertad del intelecto y al mismo tiempo, paradójicamente, todos los estados, sobre todo los que viven bajo la presión de la guerra, necesitan cada vez más de su *intelligentsia* para que se encarguen de las tareas propagandísticas. El Estado moderno requiere, por ejemplo, escritores de panfletos, cartelistas, ilustradores, radiodifusores, conferenciantes, productores de cine, actores, compositores de canciones y hasta pintores y escultores, y esto por no mencionar a los psicólogos, sociólogos, bioquímicos, matemáticos y algunos otros. El gobierno británico empezó el actual conflicto bélico con la intención, más o menos declarada, de mantener al margen a la intelectualidad literaria. Sin embargo, después de tres años de guerra casi todos los escritores, aunque su historial político o sus opiniones fueran indeseables, han sido reclutados por algún ministerio o por la BBC, y hasta los que se enrolan en las fuerzas armadas terminan, después de un tiempo, en el departamento de relaciones públicas o en algún otro empleo esencialmente literario. El gobierno ha absorbido a esta gente, a regañadientes, porque se ha visto incapaz de seguir adelante sin ellos. Lo ideal, desde el punto de vista oficial, hubiera sido poner todo el aparato propagandístico en manos de gente «de fiar», como A. P. Herbert o Ian Hay, pero, como no había suficiente, hubo que recurrir a la *intelligentsia* existente, y el tono y, hasta cierto punto, el contenido de la propaganda oficial se han ido modificando. A nadie que esté familiarizado con los panfletos del gobierno, las conferencias educativas, los documentales y las emisiones radiofónicas destinados a los países ocupados que fueron emitidos durante los pasados dos años, se le pasa por la cabeza que nuestros gobernantes fomentarían algo así si pudieran evitarlo. Sin embargo, cuanto más crece la maquinaria gubernamental, más se llena de cabos sueltos y de rincones olvidados. Puede que esto no sea más que un consuelo menor, pero en modo alguno es despreciable. Significa que en los países donde ya hay una fuerte tradición liberal, quizá la tiranía burocrática nunca sea completa. Mandarán los de pantalones de rayas, pero mientras estén obligados a depender de la *intelligentsia*, esta tendrá cierto margen de autonomía. Si el gobierno necesita, por ejemplo, un documental, tiene que valerse de especialistas en las técnicas cinematográficas y debe concederles un mínimo de libertad; por tanto, las películas que, desde el punto de vista burocrático, sean perniciosas, seguirán apareciendo. Y lo mismo pasará con la pintura, la fotografía, la elaboración de guiones, el periodismo, las conferencias y el resto de las artes, y medio artes, que necesita un Estado moderno complejo.

La aplicación de todo esto a la radio es obvia. Los altavoces son ahora mismo los enemigos del escritor creativo, pero esto no será así cuando aumenten el volumen y el alcance de la radiodifusión. Tal como están las cosas, aunque la BBC tenga un modesto interés en la literatura contemporánea, es más difícil mantener cinco minutos la atención de la audiencia en un poema que en doce horas de propaganda encubierta, música enlatada, chistes rancios y discusiones acartonadas. Pero las cosas pueden

cambiar en la dirección que he sugerido, y cuando ese momento llegue será posible realizar experimentos serios con la radio y la poesía, sin preocuparse por las numerosas influencias hostiles que tenemos hoy. No puedo asegurar que esos experimentos obtengan grandes resultados. La radio se ha burocratizado tan rápidamente que la relación entre esta y la literatura nunca ha sido objeto de reflexión. No es cierto que el micrófono sea el instrumento por el cual la poesía llegará a la gente común, como tampoco lo es que se beneficiaría de ser un arte más hablado que escrito. Pero insisto en que dichas posibilidades existen, y que aquellos que se interesan por la literatura deberían considerar con atención este medio tan despreciado, cuyos poderes benéficos quizá hayan sido ensombrecidos por las voces del profesor Joad y del doctor Goebbels.

NOTAS SOBRE EL NACIONALISMO

Polemic: A Magazine of Philosophy, Psychology & Aesthetics, n.º 1 [octubre de] 1945

En algún lugar de su obra, Byron emplea la palabra francesa «longueur» y aprovecha para señalar que, aunque en Inglaterra no tengamos esa palabra, poseemos en abundancia lo que enuncia. Del mismo modo, hoy en día existe un hábito mental tan extendido que afecta a nuestras ideas sobre casi cualquier tema, pero que aún no tiene nombre. Como su equivalente más cercano, he escogido la palabra «nacionalismo»; sin embargo, como se verá, no la empleo en su sentido corriente, quizá porque la emoción de la que hablo no siempre está vinculada a lo que llamamos «nación», es decir, a un pueblo o a una zona geográfica. Puede estar ligada a una iglesia o a una clase social, o funcionar de un modo puramente negativo, contra algo o alguien, sin necesidad de que haya ningún objeto positivo al cual se adhiera.

Cuando digo «nacionalismo» me refiero antes que nada al hábito de pensar que los seres humanos pueden clasificarse como si fueran insectos y que masas enteras integradas por millones o decenas de millones de personas pueden etiquetarse sin problema alguno como «buenas» o «malas».[21] Pero, en segundo lugar —y esto es mucho más importante—, me refiero al hábito de identificarse con una única nación o entidad, situando a esta por encima del bien y del mal, y negando que exista cualquier otro deber que no sea favorecer sus intereses. El nacionalismo no debe confundirse con el patriotismo, aunque ambas palabras se suelen utilizar con tanta vaguedad que cualquier definición es susceptible de ser sometida a discusión. Sin embargo, es preciso distinguir entre ellas, puesto que aluden a dos cosas distintas, incluso opuestas. Por «patriotismo» entiendo la devoción por un lugar determinado y por una determinada forma de vida que uno considera los mejores del mundo, pero que no tiene deseos de imponer a otra gente. El patriotismo es defensivo por naturaleza, tanto militar como culturalmente. El nacionalismo, en cambio, es inseparable del deseo de poder; el propósito constante de todo nacionalista es obtener más poder y más prestigio, no para sí mismo, sino para la nación o entidad que haya escogido para diluir en ella su propia individualidad.

Mientras se aplique en exclusiva a los movimientos nacionalistas más notables y reconocibles de Alemania, Japón y otros países, lo anterior resulta bastante obvio. Ante un fenómeno como el nazismo, que podemos observar desde fuera, casi todos diríamos más o menos las mismas cosas. Pero aquí debo repetir lo que ya he dicho

antes, que sólo empleo la palabra «nacionalismo» a falta de otra mejor. El nacionalismo, en el sentido amplio que le doy al término, incluye movimientos y tendencias como el comunismo, el catolicismo político, el sionismo, el antisemitismo, el trotskismo y el pacifismo. No necesariamente implica lealtad a un gobierno o a un país —y mucho menos a la nación en la que uno haya nacido—, y ni siquiera es estrictamente necesario que las entidades a las que alude existan en realidad. Por nombrar unos cuantos ejemplos obvios, el judaísmo, el islam, la cristiandad, el proletariado y la raza blanca son todos ellos objeto de apasionados sentimientos nacionalistas, pero su existencia puede ser seriamente cuestionada y ninguno posee una definición aceptada universalmente.

Además, vale la pena insistir en que el sentimiento nacionalista puede ser puramente negativo. Hay trotskistas, por ejemplo, que simplemente se han convertido en enemigos de la URSS, sin desarrollar la correspondiente lealtad a cualquier otra entidad. Cuando uno percibe las implicaciones de algo así, la naturaleza de aquello a lo que llamo «nacionalismo» se vuelve mucho más clara: un nacionalista es alguien que piensa únicamente, o principalmente, en términos de prestigio competitivo. Puede ser un nacionalista positivo o negativo —esto es, puede usar su energía mental en ensalzar o denigrar—, pero, en todo caso, su pensamiento gira siempre en torno a victorias y derrotas, triunfos y humillaciones. Ve la historia, en especial la historia contemporánea, como el interminable ascenso y declive de grandes unidades de poder, y cualquier cosa que ocurra le parece una demostración de que su propio bando está en ascenso y de que algún odiado rival ha comenzado a declinar. Con todo, es importante no confundir el nacionalismo con el mero culto al éxito. El nacionalista no sigue el elemental principio de aliarse con el más fuerte. Por el contrario, una vez elegido el bando, se autoconvence de que este es el más fuerte, y es capaz de aferrarse a esa creencia incluso cuando los hechos lo contradicen abrumadoramente. El nacionalismo es sed de poder mitigada con autoengaño. Todo nacionalista es capaz de incurrir en la falsedad más flagrante, pero, al ser consciente de que está al servicio de algo más grande que él mismo, también tiene la certeza inquebrantable de estar en lo cierto.

Una vez aportada esta larga definición, creo que puede admitirse que el hábito mental del que hablo está muy extendido entre la intelectualidad inglesa, mucho más que entre el grueso de la población. Para aquellos que están interesados en la política contemporánea, ciertos tópicos han llegado a estar tan infestados de consideraciones de prestigio que una aproximación genuinamente racional a ellos es casi imposible. De entre los centenares de ejemplos que podrían escogerse, tomemos la siguiente pregunta: ¿cuál de los tres grandes aliados, la URSS, Gran Bretaña o Estados Unidos, ha contribuido más a la derrota de Alemania? En teoría, sería posible dar una respuesta razonada, y quizá incluso concluyente, a esta pregunta. En la práctica, sin embargo, sería imposible efectuar los cálculos necesarios, porque es probable que cualquiera que acepte ocuparse de una cuestión como esa la considere,

inevitablemente, en términos de prestigio competitivo. Así pues, comenzará decidiendo en favor de Rusia, Gran Bretaña o Estados Unidos —según sea el caso—, y sólo después se pondrá a buscar argumentos que apoyen su tesis. Y hay infinidad de cuestiones semejantes para las cuales uno sólo puede obtener una respuesta sincera de alguien a quien todo el asunto le sea indiferente, y cuya opinión, por tanto, carece al fin y al cabo de valor. De ahí, en parte, el recurrente fracaso de las predicciones políticas de hoy. Resulta curioso comprobar que, de todos los «expertos» de las distintas escuelas, no hubo uno solo que fuera capaz de prever un evento tan probable como el pacto germano-soviético de 1939.[22] Y cuando se tuvo noticia de ese acuerdo, se le dieron las explicaciones más radicalmente divergentes y se realizaron predicciones cuya falsedad se reveló casi de inmediato, puesto que jamás se basaban en un estudio de las posibilidades, sino en el mero deseo de hacer parecer mejor o peor, más fuerte o más débil, a la URSS. Los comentaristas políticos o militares, al igual que los astrólogos, son capaces de sobrevivir a cualquier error, porque sus seguidores más devotos no acuden a ellos en busca de una apreciación de los hechos, sino para estimular sus lealtades nacionalistas.[23] Y los juicios estéticos, especialmente los literarios, están a menudo tan corrompidos como los juicios políticos. Sería difícil para un nacionalista indio disfrutar de la lectura de Kipling o para un conservador reconocer mérito alguno en Mayakovski, y existe siempre la tentación de afirmar que cualquier libro de cuya tendencia uno discrepa es también malo desde el punto de vista literario. La gente que tiene un punto de vista fuertemente nacionalista es proclive a esta clase de prestidigitaciones sin ser consciente de su falta de honestidad.

En Inglaterra, si nos atenemos sencillamente al número de sus adeptos, es probable que la forma dominante de nacionalismo sea el viejo jingoísmo británico. Es verdad que está bastante extendido aún, mucho más de lo que la mayoría de los observadores hubieran creído diez años atrás, pero lo que me ocupa en este ensayo son las reacciones de la intelectualidad, entre la que el jingoísmo e incluso el patriotismo de la vieja escuela están prácticamente muertos, aunque al parecer hayan vuelto a estar en boga entre unos pocos. Huelga decir que, entre los intelectuales, la forma dominante de nacionalismo es el comunismo, empleando dicha palabra de manera bastante laxa, para incluir no sólo a los miembros del Partido Comunista, sino también a los «compañeros de viaje» y a los rusófilos en general. Para nuestro propósito, un comunista es aquel que considera a la URSS su patria y que cree su deber justificar la política rusa y favorecer a toda costa los intereses de esa nación. Obviamente, ese tipo de gente abunda hoy en Inglaterra, y su influencia directa e indirecta es muy grande. Pero también florecen otras formas de nacionalismo, y reconocer las similitudes entre corrientes de pensamiento distintas, e incluso aparentemente opuestas, es la mejor forma de situar las cosas en perspectiva.

Hace diez o veinte años, la forma de nacionalismo más afín al comunismo de hoy era el catolicismo político. Su exponente más destacado —aunque, más que un caso

típico, quizá fuera un caso extremo— era G. K. Chesterton. Chesterton fue un escritor de considerable talento que tuvo que suprimir tanto su sensibilidad como su honestidad intelectual en aras de la causa de la propaganda católica. Durante aproximadamente los veinte últimos años de su vida, toda su producción fue en realidad una incesante repetición de las mismas cosas, que, bajo su apariencia ingeniosa, eran tan simples y aburridas «como grande es Diana de Éfeso». Cada libro que escribió, cada párrafo, cada frase, cada incidente de cualquier narración, cada diálogo, tenía que demostrar irrefutablemente la superioridad de los católicos sobre los protestantes o los paganos. Y a Chesterton no le bastó con considerar esta superioridad desde el punto de vista intelectual o espiritual; tuvo que traducirse en términos de prestigio nacional y poderío militar, lo que dio lugar a una absurda idealización de los países latinos, especialmente de Francia. Chesterton no vivió mucho tiempo en este último país, y la imagen que proyecta de él, como tierra de campesinos católicos que cantan sin cesar «La marsellesa» entre vasos llenos de vino tinto, guarda tanta relación con la realidad como *Chu Chin Chow*[*] la tiene con la vida cotidiana de Bagdad. Esto acarreó no sólo una enorme sobrevaloración del poderío militar francés (tanto antes como después del período de 1914 a 1918, Chesterton sostuvo que Francia, por sí misma, era más poderosa que Alemania), sino también una estúpida y grosera glorificación de la guerra actual. Los poemas de guerra de Chesterton, como «Lepanto» o «La balada de Santa Bárbara», hacen que «La carga de la brigada ligera» de Tennyson parezca un tratado pacifista; son quizá las muestras más rotundas de rimbombancia y mal gusto que pueden encontrarse en toda la lengua inglesa. Lo más curioso es que, en el caso de que otro hubiera escrito sobre Inglaterra y su ejército toda esa bazofia romántica que Chesterton solía escribir sobre Francia y el ejército francés, él habría sido el primero en mofarse. En lo tocante a la política nacional, era «inglesista», un auténtico enemigo del jingoísmo y del imperialismo y, en su opinión, un auténtico amigo de la democracia. Pero cuando miraba hacia fuera, hacia el ámbito internacional, podía renunciar a sus principios sin apenas darse cuenta. Así, su creencia casi mística en las virtudes de la democracia no le impidió admirar a Mussolini. Este había destruido el gobierno representativo y la libertad de prensa por los que Chesterton había luchado tanto en Inglaterra, pero Mussolini era italiano y había hecho fuerte a Italia, y eso zanjaba el asunto. Chesterton jamás pronunció una sola palabra sobre el imperialismo y la conquista de otros pueblos cuando los ponían en práctica los italianos o los franceses. Su comprensión de la realidad, su gusto literario y, hasta cierto punto, su sentido moral quedaban trastocados al entrar en juego sus lealtades nacionalistas.

Obviamente, hay similitudes considerables entre el catolicismo político, tal como lo ejemplificaba Chesterton, y el comunismo. Y las hay también entre el nacionalismo escocés, el sionismo, el antisemitismo o el trotskismo. Decir que todas las formas de nacionalismo son iguales, incluso en lo relativo a su atmósfera mental, sería una torpe simplificación, pero hay ciertas reglas aplicables a todos los casos.

Las siguientes son las principales características del pensamiento nacionalista.

La obsesión. En la medida de lo posible, ningún nacionalista piensa, habla o escribe jamás sobre nada que no sea la superioridad de su propia entidad de poder. Para un nacionalista resulta difícil, si no imposible, disimular su lealtad. La menor injuria contra su grupo, o cualquier elogio sobre una organización rival, lo llenan de un desasosiego que sólo puede paliar dando puntual réplica. Si la entidad de su elección es un país real, como Irlanda o la India, en general le atribuirá una superioridad no sólo en lo que a poder militar y virtud política se refiere, sino también en materia de arte, literatura, deporte, estructura lingüística, belleza física de sus habitantes y, quizá, incluso en cuanto a clima, paisaje y cocina. Se mostrará sumamente sensible ante detalles como la correcta disposición de las banderas, el tamaño relativo de los encabezados y el orden en que se nombra a los distintos países. [24] La nomenclatura desempeña un papel importante en el pensamiento nacionalista. Los países que han obtenido su independencia o experimentado una revolución nacionalista suelen cambiar de nombre, y es probable que cualquier país, u otra entidad que concite fuertes sentimientos, tenga muchos nombres distintos, cada uno de ellos con una implicación diferente. Los dos bandos de la Guerra Civil española tenían, entre ambos, nueve o diez denominaciones que expresaban distintos grados de amor y odio. Algunos de estos apelativos (por ejemplo, «nacionales» para quienes apoyaban a Franco y «leales» para quienes apoyaban al gobierno) eran bastante cuestionables, y no había uno sólo con el que las dos facciones rivales estuvieran de acuerdo. Todos los nacionalistas consideran un deber difundir su lengua en detrimento de las lenguas rivales, y, en el caso de los anglohablantes, esa batalla toma una forma aún más sutil, convirtiéndose en una lucha entre dialectos. Los estadounidenses anglófobos rehusarán emplear una frase cualquiera en cuyo origen reconozcan la jerga inglesa, y el conflicto entre latinizantes y germanizantes oculta con frecuencia motivos nacionalistas. Los nacionalistas escoceses insisten en la superioridad de los nacidos en las Tierras Bajas, mientras que algunos socialistas, cuyo nacionalismo suele tomar la forma del odio de clase, despotrican del acento de la BBC e incluso de la *a* abierta. Los ejemplos son numerosos. Los nacionalistas parecen a menudo estar convencidos de la eficacia de la magia simpática, creencia que se manifiesta, quizá, en la extendida costumbre de quemar en efigie a los enemigos políticos o de usar sus fotografías como blancos en las galerías de tiro.

La inestabilidad. La intensidad con que se sostienen las lealtades nacionalistas no impide que sean transferibles. Para empezar, como he apuntado antes, pueden fijarse, y a menudo lo hacen, en un país extranjero. Es habitual descubrir que grandes líderes nacionales, o los fundadores de un movimiento nacionalista, ni siquiera pertenecen al país que han buscado glorificar. A veces son extranjeros, y más a menudo provienen de zonas periféricas donde la nacionalidad es dudosa. Ejemplos de lo anterior son Stalin, Hitler, Napoleón, De Valera, Disraeli, Poincaré o Beaverbrook. El movimiento pangermánico fue, en parte, creación de un inglés, Houston Chamberlain. Durante los

pasados cincuenta o cien años, el nacionalismo transferido ha sido un fenómeno común entre los literatos. Con Lafcadio Hearne, la transferencia tuvo como objeto Japón; con Carlyle y muchos otros de su tiempo, Alemania, y en nuestra época ese objeto suele ser Rusia. Pero un hecho particularmente interesante es que la retransferencia también es posible. Un país u otra entidad al que se haya rendido culto durante años puede volverse súbitamente detestable, y otro objeto de afecto puede ocupar su lugar sin apenas intervalo entre uno y otro. En la primera versión de *Outline of History* («Esquema de la historia»), de H. G. Wells, al igual que en otros de sus ensayos de la misma época, uno descubre elogios tan extravagantes a Estados Unidos como los que los comunistas de hoy dedican a Rusia; y, sin embargo, unos años después esta admiración acrítica se ha convertido en hostilidad. El espectáculo del comunista fanático que se transforma en unas pocas semanas, o incluso días, en un trotskista igualmente fanático es de lo más común. En la Europa continental, los miembros de los movimientos fascistas eran con frecuencia reclutados entre los comunistas, y el proceso contrario podría tener lugar en los próximos años. Lo que permanece constante entre los nacionalistas es su estado mental; el objeto de su apego es cambiante, y puede ser incluso imaginario.

No obstante, para un intelectual la transferencia desempeña una función importante que ya he mencionado brevemente en relación con Chesterton: le permite ser mucho más nacionalista —más vulgar, más necio, más malévolo, más deshonesto — de lo que jamás podría serlo respecto de su país natal o de cualquier otra entidad de la que tenga conocimiento real. Cuando uno observa la servil o jactanciosa basura que gente a todas luces inteligente escribe sobre Stalin, el Ejército Rojo, etcétera, se da cuenta de que algo así solo es posible mediante una suerte de dislocación. En sociedades como la nuestra, es inusual que alguien que pueda ser descrito como un intelectual sienta un apego profundo por su país. La opinión pública —es decir, el sector de la opinión pública del que, como intelectual, está al tanto— no se lo permitiría. La mayoría de la gente que lo rodea es escéptica y desafecta, y es probable que él adopte la misma actitud por imitación o por simple cobardía; en ese caso, habrá abandonado la forma de nacionalismo que tiene más a mano sin aproximarse en absoluto a un punto de vista genuinamente internacional. Aún siente la necesidad de una patria, y es natural que busque una en el extranjero. En cuanto la haya encontrado, puede entregarse con desenfreno a aquellas emociones de las cuales cree haberse emancipado. Dios, el rey, el imperio, la bandera británica…; todos los ídolos destronados pueden reaparecer bajo nombres diferentes, y mientras no se los reconozca como lo que realmente son, se les puede rendir culto sin mala conciencia. El nacionalismo transferido, como el uso de chivos expiatorios, es una forma de ganar la salvación sin alterar la propia conducta.

La indiferencia frente a la realidad. Todos los nacionalistas tienen la capacidad de ignorar las semejanzas entre conjuntos de hechos similares. Un *tory* inglés defenderá la autodeterminación en Europa y se opondrá a esta en la India sin sensación alguna

de incoherencia. Las acciones se consideran buenas o malas no por sus méritos, sino según quién las lleve a cabo, y parece que no haya ultraje —la tortura, la toma de rehenes, los trabajos forzados, las deportaciones en masa, el encarcelamiento sin juicio, la falsificación, el asesinato, el bombardeo de civiles— que no cambie de color moral cuando ha sido cometido por «nuestro» bando. El *Liberal News Chronicle* publicó, como muestra de un espantoso acto de barbarie, unas fotografías de rusos colgados por los alemanes, y uno o dos años después dio a conocer, con aprobación general, unas instantáneas casi iguales, esta vez de alemanes colgados por los rusos.[25] Y lo mismo sucede con los hechos históricos; desde el punto de vista nacionalista, la historia es el pensamiento de la mayoría, y cuestiones como la Inquisición, las torturas del tribunal de la Cámara Estrellada, las hazañas de los piratas ingleses —de *sir* Francis Drake, por ejemplo, que solía ahogar a los prisioneros españoles—, el Reinado del Terror, los héroes del Motín de la India —que volaron por los aires a cientos de hindúes atándolos a las bocas de los cañones y abriendo fuego— o los soldados de Cromwell —que acuchillaban el rostro a las irlandesas—, se vuelven moralmente neutrales e incluso meritorias cuando se piensa que fueron llevadas a cabo por una «buena» causa. Si uno analiza el pasado cuarto de siglo, encuentra que apenas hay un año en que no se dieran a conocer relatos de atrocidades desde alguna parte del mundo, y, aun así, ni una sola de ellas —cometidas en España, Rusia, China, Hungría, México, Amritsar o Esmirna— recibió el debido crédito y fue condenada unánimemente por la intelectualidad. Si estos hechos merecían ser reprobados o, incluso, si había que dar crédito a que habían tenido lugar, se decidió en función de las preferencias políticas.

El nacionalista no sólo no reprueba las atrocidades cometidas por su propio bando, sino que tiene una notable capacidad para no oír siquiera hablar de ellas. Durante casi seis años, los admiradores ingleses de Hitler se las ingeniaron para no darse por enterados de la existencia de Dachau y Buchenwald. Y quienes se aprestan a denunciar los campos de concentración alemanes ignoran, o a duras penas saben, que también los hay en Rusia. Acontecimientos de gran magnitud, como la hambruna que Ucrania padeció en 1933 y que supuso la muerte de millones de personas, han escapado a la atención de la mayoría de los rusófilos ingleses. Muchos ingleses no han oído apenas nada acerca de los campos de exterminio de judíos alemanes y polacos durante la actual guerra; su antisemitismo ha provocado que este enorme crimen escape a sus conciencias. En el pensamiento nacionalista hay acontecimientos que son a la vez verdaderos y falsos, sabidos y desconocidos. Un hecho bien conocido puede resultar tan insoportable que sea dejado de lado y no se le permita formar parte de los procesos lógicos; o, por el contrario, puede formar parte de todos los cálculos y, a pesar de eso, no ser admitido jamás como un hecho, ni siquiera en la propia mente.

Todo nacionalista acaricia la idea de que el pasado puede ser alterado. Pasa la mayor parte del tiempo en un mundo fantástico en el que las cosas suceden como

deberían suceder —en el que, por ejemplo, la Armada Invencible triunfó o la Revolución rusa fue aplastada en 1918—, y, cuando es posible, no duda en transferir fragmentos de su mundo a los libros de historia. Mucha propaganda de nuestra época no es más que mera falsificación. Se suprimen los hechos materiales, se alteran las fechas, las citas se sacan de su contexto y se manipulan para que digan lo contrario de su intención real. Acontecimientos que se cree que no deberían haber tenido lugar no se mencionan, y más tarde se niegan.[26] En 1927, Chiang Kai Shek mandó hervir vivos a cientos de comunistas, y, sin embargo, diez años después se le ha convertido en uno de los héroes de la izquierda. El realineamiento de la política mundial lo ha situado en el campo antifascista y, así, se cree que el asesinato de los comunistas «no cuenta», o quizá que ni siquiera ocurrió. El principal objetivo de la propaganda es, por supuesto, influir en la opinión contemporánea, pero aquellos que reescriben la historia probablemente creen, cuando menos en parte, que pueden introducir datos en el pasado. Cuando uno tiene en cuenta las elaboradas falsificaciones que se han fraguado con el fin de mostrar que Trotski no desempeñó un papel importante en la guerra civil rusa, resulta muy difícil pensar que los responsables simplemente estén mintiendo. Es más probable que crean que su propia versión corresponde a lo que sucedió a los ojos de Dios, y que están justificados para modificar los registros de acuerdo con esa perspectiva.

La indiferencia ante la verdad objetiva es alentada por el hermetismo de una parte del mundo respecto de la otra, lo cual vuelve cada vez más difícil descubrir lo que realmente sucede. A menudo existen dudas sobre grandes eventos. Por ejemplo, es imposible cuantificar en millones, o quizá incluso decenas de millones, el número de muertes provocadas por la actual guerra. Las calamidades que constantemente se dan a conocer —batallas, matanzas, hambrunas, revoluciones— tienden a inspirar en la gente corriente una sensación de irrealidad. No hay manera de verificar los hechos, no se tiene certeza alguna de que hayan acontecido, y uno se topa con interpretaciones totalmente diferentes que provienen de fuentes distintas. ¿Cuáles fueron los aciertos y los errores del levantamiento de Varsovia en agosto de 1944? ¿Es verdad que hay cámaras de gas en Polonia? ¿Quién es el verdadero responsable de la hambruna bengalí? Posiblemente, la verdad podría sacarse a la luz, pero en casi todos los periódicos los hechos se relatan con tanta falsedad que no puede culparse al lector corriente por tragarse las mentiras o por no formarse ninguna opinión. La incertidumbre general sobre lo que realmente está pasando hace que sea más fácil aferrarse a creencias disparatadas. Como nada se prueba nunca suficientemente ni se desmiente, el hecho más inequívoco puede negarse sin pudor. Además, aunque el nacionalista se pasa la vida obsesionado con el poder, la victoria, la derrota o la venganza, a menudo permanece ajeno a lo que sucede en el mundo real. Lo que quiere es sentir que su entidad ha conseguido superar a otra, lo cual se logra más fácilmente denostando al adversario que examinando los hechos para comprobar si estos le dan la razón. Toda controversia nacionalista está al nivel del debate social.

Nunca se llega a ninguna conclusión, puesto que cada participante cree invariablemente que ha derrotado al otro. Algunos nacionalistas no están lejos de la esquizofrenia; viven alegremente entre sueños de poder y conquista que no tienen conexión con el mundo físico.

He examinado tan bien como he podido los hábitos mentales comunes a todas las formas del nacionalismo. A continuación me propongo clasificar esas formas, aunque, obviamente, eso no puede hacerse de manera exhaustiva. El nacionalismo es un tema amplísimo. Innumerables engaños y odios, que se vinculan entre sí de una manera extraordinariamente compleja, atormentan al mundo, y algunos de los más siniestros no han incidido aún en la conciencia europea. En este ensayo me ocupo del nacionalismo tal como aparece entre los intelectuales ingleses. Entre ellos, con mucha más frecuencia que entre los ingleses de a pie, el nacionalismo no está mezclado con el patriotismo, y por tanto puede estudiarse en su estado puro. Más abajo propongo una lista de las variedades de nacionalismo que ahora mismo florecen en el seno de la clase intelectual inglesa, acompañada de comentarios allí donde me parecen indispensables. Es conveniente echar mano de tres epítetos, «positivo», «transferido» y «negativo», aunque algunas variedades de nacionalismo tienen cabida en más de una categoría.

NACIONALISMO POSITIVO

1) *El neotorismo*. Lo representan gente como lord Elton, A. P. Herbert, G. M. Young o el profesor Pickthorne, las publicaciones del Comité de la Reforma Tory y revistas como *The New English Review* y *The Nineteenth Century and After*. La verdadera fuerza motriz del neotorismo, que le otorga su carácter nacionalista y lo diferencia del conservadurismo corriente, es el deseo de no reconocer el declive de la influencia y el poderío británicos. Incluso aquellos que son lo bastante realistas para ver que la posición militar británica no es la que solía ser, tienden a afirmar que las «ideas inglesas» (que no suelen definir) deben dominar el mundo. Todos los neotories son antirrusos, pero con frecuencia aún más antiestadounidenses. Lo significativo es que esta escuela de pensamiento parece ir ganando terreno entre los intelectuales jóvenes, a veces antiguos comunistas que han atravesado el usual proceso de desencanto y se han desilusionado del comunismo. Una figura muy común es la del anglófobo que se vuelve violentamente probritánico. F. A. Voight, Malcolm Muggeridge, Evelyn Waugh o Hugh Kingsmill son algunos de los escritores que ilustran esta tendencia, y un proceso psicológico similar puede observarse en T. S. Eliot, Wyndham Lewis y muchos de sus seguidores.

2) *El nacionalismo celta*. Los nacionalismos galés, irlandés y escocés tienen puntos de divergencia, pero se asemejan en su orientación antiinglesa. Los miembros de estos tres movimientos se han opuesto a la guerra sin por ello dejar de definirse como prorrusos, y los más extremistas se las han ingeniado para ser a la vez prorrusos y pronazis. Sin embargo, el nacionalismo celta no es lo mismo que la anglofobia. Su fuerza motriz es una creencia en la grandeza pretérita y futura del pueblo celta, y tiene una fuerte impronta racial. Se piensa que los celtas son espiritualmente superiores a los sajones —más sencillos, más creativos, menos vulgares, menos esnobs, etcétera—, pero bajo la superficie late la usual ansia de poder. Un síntoma es la quimera de que Irlanda, Escocia o incluso Gales pueden preservar sin ayuda su independencia y de que no deben nada a la protección británica. Entre los escritores, Hugh MacDiarmid y Sean O'Casey son buenos ejemplos de esta escuela de pensamiento, pero no hay escritor irlandés moderno, incluso de la estatura de Yeats o Joyce, que esté completamente libre de trazas nacionalistas.

3) *El sionismo*. Posee las características usuales de los movimientos nacionalistas, pero su variante estadounidense parece ser más violenta y maligna que la británica. Si lo clasifico como nacionalismo directo y no como transferido es porque florece casi exclusivamente entre los propios judíos. En Inglaterra, por razones tan variadas como incongruentes, la intelectualidad es en su mayoría projudía en lo tocante a Palestina, pero no de un modo particularmente intenso. Además, todos los ingleses de buena voluntad son projudíos, en el sentido de que desaprueban la persecución nazi, pero cualquier lealtad nacionalista auténtica en este terreno, o cualquier creencia en la superioridad innata de los judíos, es difícil de encontrar entre gentiles.

NACIONALISMO TRANSFERIDO

1) *El comunismo*.
2) *El catolicismo político*.
3) *El sentimiento racial*. La vieja actitud despectiva hacia los «nativos» se ha debilitado mucho en Inglaterra, y varias teorías seudocientíficas que insisten en la superioridad de la raza blanca han sido abandonadas.[27] Entre la intelectualidad, el sentimiento racial solamente se da en una forma traspuesta, es decir, como una creencia en la superioridad innata de las razas distintas de la blanca. Esto es ahora cada vez más común entre los intelectuales ingleses, probablemente debido al masoquismo y la frustración sexual, más que al contacto con los movimientos nacionalistas negros y orientales. Incluso entre aquellos que no están sentimentalmente involucrados en el asunto racial, el esnobismo y la imitación ejercen una poderosa influencia. Casi cualquier intelectual inglés se escandalizaría ante la afirmación de que la raza blanca es superior a las otras, mientras que afirmar lo contrario sería irrecusable, incluso sin estar de acuerdo con ello. El apego nacionalista a las razas distintas de la blanca suele mezclarse con la creencia de que sus vidas sexuales son superiores, y existe una amplia mitología soterrada sobre la capacidad sexual de los negros.
4) *El sentimiento de clase*. Entre los intelectuales de clase alta o media sólo existe en su forma traspuesta, esto es, como creencia en la superioridad del proletariado. Aquí, de nuevo, la presión de la opinión pública entre los intelectuales es abrumadora. La lealtad nacionalista hacia el proletariado y el más despiadado odio teórico hacia la burguesía pueden a menudo coexistir con el habitual esnobismo en la vida cotidiana.
5) *El pacifismo*. La mayoría de los pacifistas pertenecen a oscuras sectas religiosas o simplemente son personas humanitarias que se oponen al homicidio y que prefieren no profundizar demasiado en las implicaciones de su pensamiento. Sin embargo, hay una minoría de pacifistas intelectuales cuya auténtica —aunque nunca admitida— motivación parece ser el odio a la democracia occidental y la admiración por el totalitarismo. La propaganda pacifista suele reducirse a sostener que un bando es tan malo como el otro, pero si uno analiza con mayor detenimiento los escritos de los intelectuales pacifistas más jóvenes, descubre que bajo ninguna circunstancia expresan una desaprobación imparcial, sino que se dirigen casi enteramente contra Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, por regla general no condenan la violencia como tal, sino sólo la usada en defensa propia por los países occidentales. A los rusos, al contrario que a los británicos, no se los culpa por defenderse por medios bélicos, y de hecho toda la propaganda de este tipo elude mencionar a Rusia o a China. No se exige, de nuevo, que los indios repudien la violencia en su lucha contra los británicos. La literatura pacifista abunda en afirmaciones equívocas que, si acaso, parecen presuponer que los estadistas como Hitler son preferibles a aquellos como Churchill, y que la violencia es quizá excusable si es lo bastante violenta. Tras la caída de Francia, los pacifistas franceses, enfrentados a una disyuntiva que sus colegas ingleses no se vieron obligados a considerar, optaron en su mayoría por los nazis, y en Inglaterra parece haber habido cierto solapamiento entre los afiliados a la organización pacifista Peace Pledge Union y los miembros de los Camisas Negras. Los escritores pacifistas han dedicado elogios a Carlyle, uno de los padres intelectuales del fascismo. En general, resulta difícil no tener la impresión de que el pacifismo, tal como se da entre una parte de la intelectualidad, se inspira secretamente en una admiración por el poder y la crueldad que obtiene los resultados buscados. El error fue vincular esta emoción a Hitler, pero puede ser transferida fácilmente.

NACIONALISMO NEGATIVO

1) *La anglofobia*. Entre la intelectualidad, una postura burlona y ligeramente hostil en relación con Gran Bretaña es más o menos obligatoria, pero muchas veces no es una emoción fingida. Durante la guerra se manifestó en el derrotismo de la clase intelectual, que persistió hasta mucho después de que quedara claro que las potencias del Eje no estaban en condiciones de obtener la victoria. Mucha gente se mostró sin disimulo encantada con la caída de Singapur o cuando los ingleses fueron expulsados de Grecia, y hubo una notable renuencia a dar crédito a las buenas noticias, como, por ejemplo, al desenlace de la batalla de El Alamein o al número de aviones alemanes derribados durante la batalla de Inglaterra. Desde luego, los intelectuales ingleses de izquierdas no deseaban realmente que los alemanes o los japoneses ganaran la guerra, pero muchos de ellos no pudieron evitar disfrutar al ver a su propio país humillado, y hubieran querido que la victoria final se debiera a Rusia o quizá a Estados Unidos, pero no a Gran Bretaña. En política exterior, muchos intelectuales siguen el principio de que cualquier facción apoyada por Inglaterra debe de estar en el bando incorrecto. Como consecuencia de ello, la opinión «ilustrada» es en gran medida un mero reflejo de la política conservadora. La anglofobia siempre puede invertirse; de ahí el frecuente espectáculo de un pacifista durante una guerra que se vuelve belicista en la siguiente.

2) *El antisemitismo*. Hoy en día existen muy pocas evidencias de antisemitismo, porque las persecuciones nazis han vuelto obligatorio para cualquier persona pensante ponerse del lado de los judíos y contra sus opresores. Cualquiera que sea lo bastante culto como para haber oído el término «antisemitismo» afirma automáticamente estar libre de él, y se eliminan cuidadosamente los comentarios antisemitas de toda clase de publicaciones. Pero, en realidad, el antisemitismo parece estar muy extendido, incluso entre los intelectuales, y el acuerdo tácito de silenciarlo probablemente contribuya a exacerbarlo. La gente con opiniones de izquierdas no es inmune a él, y su actitud está muchas veces influida por el hecho de que los trotskistas y anarquistas suelen ser judíos. Con todo, el antisemitismo florece de manera más natural entre la gente de tendencia conservadora, que sospecha que los judíos debilitan la moral nacional y diluyen la cultura local. Los neotories y el catolicismo político son siempre propensos a sucumbir al antisemitismo, al menos de manera intermitente.

3) *El trotskismo*. Esta palabra se emplea de un modo tan laxo que termina por incluir a los anarquistas, a los socialistas democráticos e incluso a los liberales. La utilizo aquí para referirme a los marxistas doctrinarios cuya motivación principal es la hostilidad hacia el régimen estalinista. El trotskismo puede analizarse mejor en oscuros panfletos o en periódicos como el *Socialist Appeal*[*] que en los propios escritos de Trotski, que en modo alguno era hombre de una sola idea. Aunque en algunos lugares —por ejemplo, en Estados Unidos— el trotskismo es capaz de atraer a un gran número de adeptos y de convertirse en un movimiento organizado con su propio pequeño Führer, su inspiración es esencialmente negativa. El trotskismo se opone a Stalin en igual medida que el comunismo está a favor de este, y, como la mayoría de los comunistas, no desea tanto cambiar el mundo externo como sentir que la batalla del prestigio progresa en su favor. En ambos casos existe la misma fijación obsesiva en un solo asunto, la misma incapacidad para formarse una idea genuinamente racional basada en las probabilidades. El hecho de que los trotskistas sean en todas partes una minoría perseguida y de que la acusación que pesa sobre ellos —que colaboran con los fascistas — sea obviamente falsa, crea la impresión de que el trotskismo es intelectual y moralmente superior al comunismo, pero resulta dudoso que exista mucha diferencia entre ambos. De todas maneras, el trotskista típico es un antiguo comunista, y nadie llega al trotskismo sino desde algún movimiento de izquierdas. Ningún comunista, a menos que esté atado a su partido por la costumbre de años, está a salvo de una súbita conversión al trotskismo. El proceso contrario no parece tener lugar con la misma frecuencia, aunque no hay una razón clara de por qué no podría ocurrir.

Podría parecer que, en la clasificación que acabo de proponer, he exagerado, simplificado en exceso, planteado supuestos injustificados y dejado fuera de la descripción la habitual existencia de motivos sinceros. Ha sido inevitable, puesto que mi propósito en este ensayo es aislar e identificar tendencias que existen en las

mentes de todos nosotros y que pervierten nuestro pensamiento, sin que necesariamente ocurran todo el tiempo en estado puro u operen continuamente. Por todo ello, es importante que corrija la descripción demasiado simplificada que me he visto obligado a realizar. Para empezar, nadie tiene el derecho de pensar que todo el mundo está infectado de nacionalismo, y ni siquiera que todos los intelectuales lo están. En segundo lugar, el nacionalismo puede ser intermitente y limitado. Un hombre inteligente puede sucumbir sólo a medias a la tentación de creer en lo que sabe que es absurdo y mantenerlo alejado de su mente durante largos períodos, volviendo a creer en ello sólo en momentos de rabia o de sentimentalismo, o cuando está seguro de que no hay asuntos de importancia involucrados en ello. En tercer lugar, un credo nacionalista puede adoptarse de buena fe por motivos no nacionalistas. Por último, en la misma persona pueden coexistir muchos tipos de nacionalismo, incluso los que se neutralizan entre sí.

A lo largo de este ensayo no he dejado de decir «el nacionalista hace esto» o «el nacionalista hace lo otro», usando, a modo de ilustración, al nacionalista extremo, al fanático que no posee zonas neutrales en el cerebro ni interés alguno en nada que no sea la lucha por el poder. En realidad, este tipo de gente es poco común, y no merece que se emplee tanta pólvora en ella. En la vida real, lord Elton, D. N. Pritt, *lady* Houston, Ezra Pound, lord Vansittart, el padre Coughlin y demás integrantes de su lúgubre tribu merecen ser combatidos, pero apenas es necesario señalar sus deficiencias intelectuales. La monomanía carece de interés, y el hecho de que ningún nacionalista del tipo fanático pueda escribir un libro que valga la pena leer pasados unos años, tiene un efecto desodorante. Sin embargo, una vez que uno ha admitido que el nacionalismo no ha triunfado en todas partes, que todavía existen pueblos cuyos juicios no están a merced de sus deseos, el hecho sigue siendo que los hábitos mentales nacionalistas están muy extendidos, hasta el punto de que muchos problemas profundos y apremiantes —la India, Polonia, Palestina, la Guerra Civil española, los procesos de Moscú, los negros de Estados Unidos, el pacto germano-soviético y demás— no pueden ser discutidos apelando a la racionalidad, o al menos nunca lo son. Los Elton, Pritt y Coughlin, cada uno de ellos semejante a una enorme boca que profiere una y otra vez la misma mentira, son obviamente casos extremos, pero nos engañaríamos si no nos diéramos cuenta de que cualquiera de nosotros puede parecerse a ellos en el momento en que baja la guardia. Permítaseme hacer notar que, con sólo pulsar una tecla —y puede tratarse de una tecla cuya existencia no sospechábamos hasta entonces—, hasta el sujeto más razonable y afable puede transformarse en un fanático despiadado que sólo se desviva por «ganar la partida» a su adversario, sin importar cuántas mentiras tenga que decir o cuántos errores de lógica se vea obligado a disimular. Por ejemplo, cuando Lloyd George, que se oponía a la guerra de los bóeres, anunció en la Cámara de los Comunes que, sumados, los comunicados británicos aseguraban que se había dado muerte a más bóeres que el total de su población, Arthur Balfour se levantó y le espetó: «¡Canalla!».[*] Muy poca

gente está a salvo de deslices de esa naturaleza. El negro desairado por una mujer blanca, el inglés que oye a un estadounidense ignorante criticar a Inglaterra y el apologista católico al que se le recuerda la Armada Invencible reaccionarán de un modo muy parecido. En cuanto pinchamos el nervio del nacionalismo, la razón puede desvanecerse y el pasado alterarse, y pueden negarse hechos sobre los que no cabe la menor duda.

Si uno esconde en algún lugar de la mente una lealtad o un odio nacionalistas, ciertos hechos son inadmisibles, aunque se sepa que son ciertos. A continuación expondré algunos ejemplos, una lista de cinco tipos de nacionalista a la que contrapongo otra de los hechos que a cada uno de ellos les resulta imposible admitir, ni siquiera en su fuero más interno:

El tory inglés. Gran Bretaña saldrá de esta guerra con menos poder y prestigio.

El comunista. De no haber sido auxiliada por Gran Bretaña y Estados Unidos, Rusia habría sido derrotada por Alemania.

El nacionalista irlandés. Irlanda sólo continúa siendo independiente gracias a la ayuda británica.

El trotskista. Las masas rusas aceptan el régimen estalinista.

El pacifista. Quienes «repudian» la violencia sólo pueden hacerlo porque otros emplean la violencia en su nombre.

Todos estos hechos resultan groseramente obvios si no interpelan a las emociones de cada cual; sin embargo, para el tipo de personas mencionadas son intolerables, y por tanto deben ser negados y elaborarse falsas teorías con este fin. Vuelvo al sorprendente fallo de las predicciones militares en la actual guerra. Creo que es justo decir que la intelectualidad se ha equivocado más que la gente corriente en relación con el progreso de la guerra, y que sus opiniones han adoptado más a menudo un sesgo partidista. El intelectual izquierdista medio creía, por ejemplo, que la guerra estaba perdida en 1940, que lo más seguro era que los alemanes invadieran Egipto en 1942, que jamás se lograría expulsar a los japoneses de los territorios que habían conquistado y que los bombardeos angloamericanos no estaban haciendo mella en Alemania. Si podía creer tales cosas era porque su odio hacia la clase dirigente británica le impedía admitir que los planes de Gran Bretaña podían tener éxito. No existe límite para las necedades que uno es capaz de tragarse si se halla bajo la influencia de sentimientos de este tipo. He oído decir confiadamente, por ejemplo, que las tropas estadounidenses habían llegado a Europa no para combatir a los alemanes, sino para aplastar una revolución en Inglaterra. Hay que pertenecer a la clase intelectual para creerse algo así; ninguna persona normal puede ser tan estúpida. Cuando Hitler invadió Rusia, los funcionarios del Ministerio de Información lanzaron, «como marco de referencia», la advertencia de que Rusia caería en seis semanas. Al mismo tiempo, los comunistas consideraron cada fase de la guerra como una victoria de Rusia, incluso cuando los rusos fueron obligados a retroceder hasta el mar Caspio y más de un millón de ellos cayeron prisioneros. No es necesario aportar

más ejemplos. El tema es que, tan pronto como aparecen el miedo, el odio, los celos y el culto al poder, se pierde el sentido de la realidad. Y, como he dicho antes, también el sentido de lo que es correcto e incorrecto. No hay ningún delito, absolutamente ninguno, que no pueda ser justificado cuando lo comete «nuestro» bando. Aun cuando no se niegue que tal delito haya tenido lugar, aunque se sepa que es exactamente el mismo que uno ha condenado en otra ocasión, aun así no se puede reconocer que está mal. La lealtad está de por medio, así que la piedad no procede.

La pregunta por las razones del ascenso y propagación del nacionalismo es demasiado compleja para que la abordemos aquí. Basta decir que, entre los intelectuales ingleses, el nacionalismo es un reflejo deformado de las terribles batallas que tienen lugar ahora mismo en el mundo real, y que sus peores necedades las han hecho posibles la quiebra del patriotismo y de las creencias religiosas. Si uno sigue esa senda, corre el peligro de ser arrastrado a alguna clase de conservadurismo o al quietismo político. Entraría dentro de lo razonable argüir, por ejemplo —e incluso es posible que sea cierto—, que el patriotismo es una forma de inoculación contra el nacionalismo, que la monarquía es un antídoto contra la dictadura y que la religión organizada nos previene frente a la superstición. O, de nuevo, puede argüirse que ningún punto de vista imparcial es posible, que todos los credos y causas implican las mismas mentiras, necedades y conductas bárbaras; y todo esto es muchas veces blandido como razón para mantenerse lejos de toda política. Por mi parte, no acepto esos argumentos, acaso solamente porque en el mundo moderno nadie que pueda ser descrito como un intelectual puede apartarse de la política en el sentido de no preocuparse por ella. Creo que uno debe involucrarse políticamente —usando la palabra «política» en un sentido amplio— y que debe tener preferencias, que uno está obligado a reconocer que ciertas causas son objetivamente mejores que otras, incluso si se las persigue por medios igualmente incorrectos. En cuanto a los amores y odios nacionalistas a los que he hecho referencia, estos forman parte del carácter de cada uno de nosotros, nos guste o no. No puedo responder la pregunta de si podemos librarnos de ellos, pero creo que es posible dar la batalla, y que un esfuerzo moral es esencial. Se trata, en primer lugar, de descubrir quiénes somos realmente y cuáles son nuestros verdaderos sentimientos, y, después, de tomar en cuenta nuestro posible sesgo. Si uno odia y teme a Rusia, si está celoso de la riqueza y el poder de Estados Unidos, si desprecia a los judíos, si tiene un sentimiento de inferioridad respecto de la clase dirigente de Gran Bretaña, no puede librarse de esos sentimientos simplemente reflexionando. Sin embargo, uno puede al menos reconocer que los tiene e impedir que contaminen sus procesos mentales. Los apremios emocionales que son ineludibles, y que incluso son necesarios para la acción política, deben ser capaces de ir codo con codo con la aceptación de la realidad. Pero esto, repito, requiere de un esfuerzo moral, y la literatura inglesa contemporánea, hasta el punto en que aún existe para los asuntos realmente importantes, nos muestra que somos pocos los que estamos preparados para llevar a cabo ese esfuerzo.

NOTAS PERSONALES SOBRE «CIENTI-FICCIÓN»[*]

Leader Magazine, 21 de julio de 1945

Recientemente, un amigo que tengo en Estados Unidos me envió un lote de revistas ilustradas de diez céntimos, del tipo conocido genéricamente como «cómics», y que consisten en su totalidad en tiras de dibujos coloreados. Aunque tienen títulos como *Marvel Comics* o *Famous Funnies*, de hecho están orientadas principalmente a la «cientificción», es decir, los robots metálicos, los hombres invisibles, los monstruos prehistóricos, los rayos mortales, las invasiones de Marte y demás.

Estas cosas, vistas en conjunto, son inquietantes. Obviamente, tratan de estimular fantasías sobre el poder, y en los casos más extremos la temática gira en torno a la magia y el sadismo. Difícilmente puede encontrarse una página donde no haya alguien volando por el aire (una cantidad sorprendente de personajes son capaces de hacerlo), o alguno pegándole un puñetazo a otro en la mandíbula, o una chica en paños menores luchando por su honor (y cuyo secuestrador bien puede ser un robot metálico o un dinosaurio de quince metros de altura con aspecto humano). No es más que un derroche sensacionalista carente de sentido, donde no hay nada que revista el genuino interés científico de las historias de H. G. Wells, con las que este tipo de ficción inició su andadura.

No estoy seguro de quién pueda ser el lector de estas revistas. Evidentemente, están enfocadas a los niños, pero la publicidad y el omnipresente atractivo sexual sugieren que también son leídas por adultos. Lo que resulta extraño, cuando uno hojea esta basura infecta, es el recuerdo de que muchas generaciones de niños ingleses fueron educadas con libros infantiles estadounidenses, que entonces eran los mejores. Encabezando la lista estaban *La cabaña del tío Tom, El tío Remus, Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*; después, más en la línea de libros para niñas, estaban los de Louisa M. Alcott *Mujercitas, Buenas esposas* y *Hombrecitos* (este último de mensaje un poco demasiado altruista) o *Helen's Babies*, de James Habberton; y también —y estos eran definitivamente libros para niñas, en absoluto despreciables— *Rebeca de la granja Sol*, así como los libros de «Katy» de Susan Coolidge. Posteriormente vendrían las historias sobre Pernod, de Both Tarkington, *Animales salvajes que he conocido*, de Ernest Thompson Seton, y otros libros similares, como *Colmillo blanco* y *La llamada de lo salvaje*, de Jack London; y habría que añadir también las historias de Buffalo Bill y los suplementos cómicos de Buster Brown.

A partir de estas historias y de otras similares, los niños ingleses se formaron una idea detallada de la cotidianidad norteamericana. Sabían mucho de marmotas, tuzas y ardillas listadas, de cazar mapaches, conducir una carreta y mantener bien surtida una pila de leña, de perros de la pradera, de chotacabras, de coyotes, de caravanas y de la hipoteca sobre un viejo caserío. La peculiaridad de los libros estadounidenses, especialmente de aquellos escritos alrededor de 1880, era su aire saludable, su atmósfera de elevada espiritualidad, y la civilización sencilla y decente que aparecía en sus páginas. La base de casi todos ellos era la vida hogareña y la Biblia, y aunque hoy en día un libro como *Mujercitas* podría parecer demasiado civilizado y hasta un poco ridículo, sigue manteniéndose en el recuerdo como una lectura placentera.

Es extraño que, en un intervalo tan corto de tiempo, la típica literatura juvenil de Estados Unidos se haya convertido en algo que la mayoría de los padres británicos se lo pensarían dos veces antes de ponerlo en manos de sus hijos.

Cada cual tiene cuando menos una historia que contar sobre las estupideces de la censura en tiempos de guerra. Mi favorita versa sobre un panfleto del Ministerio de la Guerra que por alguna razón llegó a mis manos, titulado *Las armas de la infantería alemana*, en el que se hacía un breve recuento de los fusiles, las ametralladoras, etcétera, que usaba el ejército alemán. En la portada incluía una advertencia: «¡Cuidado!, no debe caer en manos del enemigo».

Ahora que la guerra —o, cuando menos, buena parte de ella— ha finalizado, ¿sería posible dar carpetazo a algunas de las restricciones más tontas, por ejemplo la censura del correo entre países aliados? Las cartas que me llegan de Estados Unidos suelen incluir el sello de que han pasado por la censura, y sé, por el tiempo que tardan en llegar, que a las cartas que yo envío les sucede lo mismo.

A lo largo de la guerra he escrito periódicamente artículos para revistas estadounidenses. Todos, por supuesto, han sido leídos en algún punto del trayecto, y no sólo han sido manipulados de manera quisquillosa, sino que a algunos les han suprimido algún párrafo sin indicarle al destinatario que el artículo ha sido censurado.

La guerra es la guerra, y este tipo de cosas no me importan demasiado, pero sí que me importan los retrasos que provoca la censura en la correspondencia transatlántica. Hasta hace muy poco, una carta de Londres a Nueva York tardaba seis semanas en llegar. Si la hubiera enviado por barco, podría haber llegado antes.

Otro placer de los tiempos de paz que estoy esperando es poder volver a comprar mapas decentes. La legislación promulgada en 1940, en medio de un estado de pánico generalizado, prohibió la venta de mapas cuya escala fuera mayor de 1:63,36, e incluso los efectivos de la Home Guard tuvieron problemas para trazar sus rutas. Probablemente, ahora se levantará la prohibición, pero por lo pronto los mapas, incluso los de escala menor, son difíciles de conseguir. Me pregunto cuándo podré caminar de nuevo hasta la tienda de una gasolinera y comprar un excelente mapa

Ordnance, escala 1:2500, en el que aparece cada establo y casi cada árbol, y en el que puedes fácilmente marcar la posición de una buena zarzamora o de una raíz de eglantina con la exactitud suficiente para encontrarlas el año siguiente.

Sin embargo, no podemos zanjar el tema de la censura sin aclarar que, en Inglaterra, la censura oficial no es la única ni la peor. Es increíble la cantidad de buenas historias que nunca llegan a los periódicos, pero no porque haya una prohibición oficial, sino porque entran en conflicto con la ortodoxia del momento y ello genera un acuerdo tácito entre todas las partes que desemboca en un «mejor no publicarla».

Por ejemplo, me contaron que en el último discurso que dirigió a sus ministros el señor Arciszewsky, el primer ministro del gobierno polaco en el exilio en Londres, comenzó diciendo: «En palabras de un hombre en el que alguna vez confiamos, no tengo nada que ofreceros excepto sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor…», pero para mí que ningún periódico ha tenido los arrestos de mencionarlo.

Al pasar frente a la puerta de la iglesia, me detuve un momento para escuchar el himno que cantaban allí dentro. Las palabras que llegaban a mis oídos (no las que estaban escritas en la partitura, sino las que en ese momento pronunciaban y que transcribí inmediatamente después) sonaban así:

> *Er*bide with me farce — falls the *ye*ventide —
> *Ther* darkness deeperns — Lord with me erbide —
> When *nuther* helpers — fail ern comforts flee —
> Help *pov* the helpless *so er* — bide with me![*]

Me llamó la atención, y no era la primera vez, cómo se pronunciaban las palabras con el acento típico del sur de Inglaterra. Un acento no es intrínsecamente mejor o peor que otro, pero algo anda mal cuando la manera de hablar de una persona induce a la malinterpretación, cuando los sonidos que emite no coinciden con el sonido general de la lengua.

La mayoría de nosotros hablamos de una forma tan descuidada que, cuando pedimos un billete de autobús de tres peniques, con frecuencia nos dan uno de tres peniques y medio, o viceversa. ¿Y cómo transcribiríamos exactamente la palabra que pronuncian dos londinenses al final de una transacción? Pues algo parecido a «nkew», o quizá simplemente «N. Q.» («acias»). U observemos la pronunciación habitual de palabras como «passionate» («apasionado»), «deliberate» («deliberado»), «vegetable» («verdura»), «actual» («real») o «average» («medio»); la transcripción más cercana posible sería, por ejemplo, «pashnit», «delibrit», «vejtbl», «ackchl» y «avridge».

En muchas palabras acabadas en *-ion, -ate, -ial,* etcétera, los sonidos vocales han

desaparecido y han sido sustituidos por sonidos para los que no hay ningún equivalente en nuestro alfabeto. Por ejemplo, ¿cuál es el sonido vocal final de la palabra «elephant» («elefante»)? Sencillamente no hay ninguno, y la pronunciación habitual de nuestros días sería algo así como «elefnt»; o, en cualquier caso, se aproxima más a «ele*phunt*» que a «elephant».

Todo ello sugiere que si aplicamos permanentemente el rigor en la pronunciación, habrá más elementos involucrados además de la fonética y de las reglas a prueba de tontos. El *Diccionario Oxford* puede darnos una descripción muy precisa de la pronunciación de una palabra como «culture» («cultura»), pero todavía la escribe como si incluyera una *t* e ignora el hecho de que la pronunciación actual es «culcher».

Los académicos de la lengua inglesa tendrían que decidir entre reformar nuestra pronunciación o aceptar el inglés hablado como base para reformar el inglés escrito.

LA LIBERTAD DE PRENSA («REBELIÓN EN LA GRANJA»)

Londres, 17 de agosto de 1945; Nueva York, 26 de agosto de 1946

La concepción de la idea central de este libro se remonta a 1937, pero no se puso por escrito hasta finales de 1943. Para cuando estuvo listo era evidente que sería muy difícil publicarlo (pese a la actual carestía de libros, que garantiza que cualquier cosa descriptible como libro «venda»), y al cabo lo rechazaron cuatro editoriales. Sólo una adujo motivos ideológicos, dos llevaban años publicando libros antirrusos y a la última no se le conocía color político alguno. Uno de los editores, de hecho, inicialmente aceptó el libro, pero, tras realizar las gestiones preliminares, decidió consultarlo con el Ministerio de Información, donde, según parece, le advirtieron —o, en cualquier caso, le aconsejaron vivamente— que no lo publicase. He aquí un extracto de su carta:

> Mencioné la reacción que tuvo un importante funcionario del Ministerio de Información en relación con *Rebelión en la granja*. Debo confesar que su opinión me ha hecho reflexionar seriamente… Ahora me doy cuenta de que podría verse como algo que era muy desaconsejable publicar en el momento actual. Si la fábula apuntase en general a dictadores y dictaduras cualesquiera, entonces publicarla no sería un problema, pero lo cierto es que sigue tan de cerca, según veo ahora, la evolución de los soviéticos rusos y de sus dos dictadores que sólo puede aplicarse a Rusia, quedando excluidas el resto de las dictaduras. Y otra cosa: sería menos ofensivo si la casta dominante de la fábula no fuesen cerdos. Creo que no cabe duda de que la elección de los cerdos como casta gobernante ofenderá a mucha gente, sobre todo si es alguien un poco quisquilloso, como sin duda son los rusos.

Cosas como esta no son un buen síntoma. Que un organismo gubernamental tenga cualquier tipo de poder censor (aparte de en materia de seguridad, que en tiempos de guerra nadie cuestiona) sobre libros que no cuenten con el apoyo oficial, es evidente que no es deseable. Pero, hoy en día, el principal peligro para la libertad de pensamiento y expresión no es la injerencia directa del Ministerio de Información o de otra instancia oficial. Si los responsables de las editoriales se afanan porque determinados temas queden inéditos, no es porque tengan miedo de que los persiga la justicia, sino porque temen a la opinión pública. En este país, la cobardía intelectual es el peor enemigo al que tiene que enfrentarse un escritor o un periodista, y no me parece que se haya dedicado a este hecho el debate que se merece.

Cualquier persona imparcial con experiencia en el periodismo admitirá que durante esta guerra la censura oficial no ha sido especialmente molesta. No hemos estado sujetos al tipo de «coordinación» totalitaria que habría sido razonable esperar.

La prensa plantea con fundamento algunas quejas, pero, en conjunto, el gobierno ha obrado bien y ha sido sorprendentemente tolerante con las opiniones minoritarias. Lo siniestro de la censura literaria en Inglaterra es que en buena medida es voluntaria. Para silenciar ideas impopulares y dejar en la oscuridad hechos incómodos, no es precisa ninguna prohibición oficial. Quien haya pasado un tiempo en el extranjero sabrá de ejemplos de noticias impactantes (eventos que por méritos propios ocuparían todas las portadas) retiradas rápidamente de la prensa británica no porque interviniese el gobierno, sino por un acuerdo tácito general según el cual mencionar el hecho en cuestión «no procede». En lo que a la prensa diaria respecta, esto es fácil de entender. La prensa británica está extremadamente centralizada y pertenece, en su mayoría, a hombres ricos con todos los motivos del mundo para no ser sinceros en determinados temas importantes. Pero el mismo tipo de censura velada se da también en libros y revistas, así como en el teatro, el cine y la radio. En un momento dado aparece una ortodoxia, un cuerpo de ideas que nadie discute que toda persona de bien aceptará sin rechistar. Decir esto, eso o lo otro en realidad no está prohibido, pero es «impropio» exactamente como en plena época victoriana era «impropio» hablar de pantalones en presencia de damas. Quienquiera que cuestione la ortodoxia predominante es silenciado con una eficacia más que sorprendente. Casi nunca se permite que una opinión verdaderamente a contracorriente sea expuesta como es debido, ni en la prensa para el gran público ni en las revistas para intelectuales.

En este momento, lo que la ortodoxia predominante exige es una admiración acrítica hacia la Rusia soviética. Todo el mundo lo sabe, y casi todo el mundo lo respeta. Cualquier crítica seria del régimen soviético, dar a conocer cualquier hecho que el gobierno soviético preferiría mantener en secreto, raya en lo impublicable. Y esta confabulación a escala nacional para halagar a nuestro aliado se produce, cosa bastante curiosa, en un contexto de auténtica tolerancia intelectual, pues aunque no se nos permita criticar al gobierno soviético, somos razonablemente libres de criticar al nuestro. Difícilmente va a publicar nadie un ataque contra Stalin, pero hacerlo contra Churchill apenas entraña peligro, al menos en libros y revistas. Y a lo largo de cinco años de guerra, dos o tres de los cuales los pasamos luchando por la supervivencia nacional, han venido publicándose sin trabas incontables libros, panfletos y artículos a favor de una paz negociada; se han publicado, de hecho, sin suscitar mayor reprobación. Mientras el prestigio de la URSS quedara incólume, el principio de libertad de expresión se ha mantenido razonablemente bien. Hay otros temas prohibidos, a algunos de los cuales voy a referirme enseguida, pero la actitud predominante hacia la URSS es de lejos el síntoma más preocupante. Es, por así decir, espontánea; no se debe a las medidas de ningún grupo de presión.

El servilismo con que la mayor parte de la *intelligentsia* inglesa se ha tragado y ha repetido la propaganda rusa de 1941 en adelante sería realmente asombroso si no fuera porque en varias ocasiones anteriores ha obrado de modo parecido. En toda una serie de puntos controvertidos, la visión rusa ha venido aceptándose sin un examen

previo, y difundiéndose tras ello con un total desprecio por la verdad histórica o la honradez intelectual. Por dar un solo ejemplo, la BBC celebró el vigesimoquinto aniversario de la creación del Ejército Rojo sin mencionar a Trotski. El respeto a los hechos era equivalente al de una conmemoración de la batalla de Trafalgar sin mencionar a Nelson, pero ningún miembro de la *intelligentsia* inglesa protestó. En las luchas internas que han tenido lugar en los diversos países ocupados, la prensa británica se ha alineado en casi todos los casos con la facción que apoyaban los rusos y ha desacreditado a la contraria, ocultando a veces para ello pruebas materiales. Particularmente flagrante fue el caso del coronel Mijailovich, líder de los *chetniks* yugoslavos. Los rusos, que tenían a su pupilo yugoslavo en el mariscal Tito, acusaron a Mijailovich de colaborar con los alemanes. La prensa británica no tardó en hacer suya la acusación; se privó a los partidarios de Mijailovich de la ocasión de refutarla, y los hechos que la contradecían sencillamente no fueron publicados. En julio de 1943, los alemanes ofrecieron una recompensa de cien mil coronas de oro por la captura de Tito y otra recompensa equivalente por la captura de Mijailovich. La prensa británica difundió a toda plana la recompensa por Tito, pero sólo un periódico se refirió (en letra pequeña) a la recompensa por Mijailovich, y las acusaciones de estar colaborando con los alemanes siguieron. Ocurrieron cosas muy parecidas en la Guerra Civil española. También entonces, la prensa inglesa de izquierdas desacreditaba sin mayor miramiento a las facciones del bando republicano que los rusos estaban decididos a aplastar y rehusaba publicar cualquier palabra en su defensa, aunque fuese en forma de carta. Actualmente, no sólo se considera reprobable criticar en serio a la URSS, sino que incluso el hecho de que dicha crítica exista llega en ocasiones a ser ocultado. Por ejemplo, poco antes de su muerte Trotski escribió una biografía de Stalin. Podemos suponer que no sería un libro del todo imparcial, pero no cabe duda de que era vendible. Una editorial estadounidense había asumido su publicación y el libro estaba ya impreso —supongo que los ejemplares para la reseña habían sido enviados— cuando la URSS entró en la guerra. El libro se retiró de inmediato. En la prensa británica no ha aparecido sobre esto una palabra, aunque es evidente que la existencia de tal libro, y su retirada, eran noticias dignas de algún párrafo.

Es importante distinguir entre el tipo de censura que la *intelligentsia* literaria inglesa se autoimpone voluntariamente y la censura que pueden imponer en ocasiones grupos de presión. Todos sabemos, por desgracia, que determinados temas no se pueden tratar debido a «intereses creados». El caso más conocido es la estafa de las llamadas «medicinas patentadas». Asimismo, la Iglesia católica tiene una considerable influencia en la prensa y, hasta cierto punto, logra acallar voces críticas con ella. A un escándalo que involucre a un sacerdote católico casi nunca se le da publicidad, mientras que un sacerdote anglicano que se meta en problemas (por ejemplo, el párroco de Stiffkey) sale en titulares. Rara vez ocurre que aparezca algo de orientación anticatólica en los escenarios o en el cine. Cualquier actor sabe que

una obra teatral o una película que ataque o se burle de la Iglesia católica es de esperar que la prensa la boicotee y probablemente sea un fiasco. Pero cosas como estas son inocuas, o al menos comprensibles. Toda gran organización mirará por sus propios intereses lo mejor que pueda, y ante la propaganda abierta no hay nada que objetar. Uno no esperaría que el *Daily Worker* diese publicidad a hechos desfavorables para la URSS más de lo que esperaría que el *Catholic Herald* denunciase al Papa. Pero entonces cualquier persona perspicaz conoce al *Daily Worker* y al *Catholic Herald* por lo que son. Lo que resulta inquietante es que, si se trata de la URSS y su política, uno no pueda esperar una crítica inteligente —o, a menudo, ni siquiera simple franqueza— de escritores y periodistas liberales sobre quienes nadie ejerce una presión directa para que falseen sus opiniones. Stalin es sacrosanto y en ciertos aspectos de su política no se debe profundizar. Esta regla ha venido observándose casi sin excepción desde 1941, pero, en mayor medida de lo que a veces se advierte, entonces ya llevaba diez años aplicándose. Durante todo ese tiempo, la crítica al régimen soviético desde la izquierda apenas lograba hacerse oír. Había una producción enorme de literatura antirrusa, pero casi toda provenía del ámbito conservador y saltaba a la vista que era fraudulenta, estaba desfasada y respondía a intereses espurios. Desde el polo opuesto, había un flujo igual de enorme y casi igual de fraudulento de propaganda prorrusa, y se boicoteaba a quienquiera que intentase tratar de un modo adulto asuntos de la máxima importancia. Uno podía, sí, publicar libros antirrusos, pero entonces podía estar seguro de que la práctica totalidad de la prensa para intelectuales lo ignoraría o lo tergiversaría. Lo mismo en público que en privado, se le advertía de que era «impropio». Lo que dijese quizá fuera cierto, pero era «inoportuno» y «le hacía el juego» a tal o cual interés reaccionario.

Esta actitud solía justificarse con que la situación internacional, y la necesidad urgente de una alianza anglorrusa, la exigían; pero estaba claro que era un argumento *ad hoc*. La *intelligentsia* inglesa, o buena parte de ella, había desarrollado una lealtad nacionalista hacia la URSS, y en su fuero interno sentía que cualquier asomo de duda sobre la sabiduría de Stalin era una especie de blasfemia. Lo que ocurriese en Rusia y lo que ocurriese en otros sitios se juzgaba con raseros distintos. Quienes toda su vida se habían opuesto a la pena de muerte, ahora aplaudían las ejecuciones sin fin en las purgas llevadas a cabo entre 1936 y 1938, y se consideraba correcto por igual sacar a relucir hambrunas cuando sucedían en la India y ocultarlas cuando tenían lugar en Ucrania. Y si esto era así antes de la guerra, la atmósfera intelectual desde luego no está mejor en la actualidad.

Pero volvamos ahora a este libro mío. La reacción que suscitará en la mayor parte de los intelectuales ingleses será bien simple: «No debería haberse publicado». Naturalmente, los críticos que entiendan el arte de la difamación no lo atacarán por razones políticas sino literarias. Dirán que es un libro gris e insustancial, un desperdicio vergonzoso de papel. Y esto bien puede ser verdad, pero es evidente que

no todo se reduce a eso. Uno no dice que un libro «no debería haberse publicado» únicamente porque sea un libro malo. Después de todo, a diario se publican montones de basura y nadie se molesta. La *intelligentsia* inglesa, o la mayor parte de ella, se opondrá a este libro porque denigra a su Líder y (según ellos lo ven) perjudica a la causa del progreso. Si fuera al revés nada tendrían que decir en su contra, aunque sus carencias literarias fueran diez veces más flagrantes de lo que lo son. El éxito de, por ejemplo, el Left Book Club a lo largo de cuatro o cinco años muestra lo dispuestos que están a tolerar tanto la injuria como la escritura chapucera, siempre que afirme lo que quieren oír.

La cuestión que entra aquí en juego es bien simple: ¿tiene derecho a ser oída cualquier opinión, por impopular o incluso estúpida que sea? Planteada así, prácticamente todo intelectual inglés sentirá que debe responder que sí. Pero démosle una forma concreta y preguntemos: «¿Qué tal un ataque contra Stalin? ¿Eso tiene derecho a ser oído?», y la respuesta más frecuente pasará a ser que no. En ese caso se cuestiona la ortodoxia al uso y el principio de libre expresión ya no rige. Ahora bien, cuando uno exige libertad de expresión y de prensa no está exigiendo una libertad absoluta. Mientras las sociedades organizadas se mantengan, debe haber siempre —o, en cualquier caso, habrá siempre— algún tipo de censura. Pero la libertad es, como dijo Rosa Luxemburg, «libertad para el otro». El mismo principio está contenido en las famosas palabras de Voltaire: «Odio lo que dice, pero defenderé con mi vida su derecho a decirlo». Si algo significa la libertad de pensamiento, que sin duda alguna ha sido uno de los rasgos distintivos de la civilización occidental, es que cualquiera tendrá derecho a decir y publicar lo que entienda que es la verdad salvo, eso sí, que con ello cause un perjuicio inequívoco al resto de la comunidad. Hasta hace poco, tanto la democracia capitalista como las versiones occidentales del socialismo partían de esta base. Nuestro gobierno, como ya he señalado, sigue dando ciertas muestras de que la respeta. La gente corriente de la calle —sólo una parte, quizá, ya que las ideas no le interesan lo bastante como para mostrar intolerancia hacia ellas— de alguna forma sigue sosteniendo que «supongo que todo el mundo tiene derecho a pensar lo que quiera». Es solamente —o, al menos, sobre todo— la *intelligentsia* literaria y científica, los mismos que deberían ser guardianes de la libertad, la que está empezando a pasar por encima de ella tanto en la teoría como en la práctica.

Uno de los fenómenos característicos de nuestro tiempo es el liberal renegado. Más allá del habitual aserto marxista de que la «libertad burguesa» es cosa ilusoria, hay ahora una tendencia generalizada a plantear que la democracia sólo puede defenderse con métodos totalitarios. El amante de la democracia, se argumenta, deberá aplastar a los enemigos de esta empleando cualesquiera medios. Pero ¿quiénes son esos enemigos? Da siempre la impresión de que no son sólo quienes la atacan abiertamente y a sabiendas, sino quienes la hacen peligrar «objetivamente» difundiendo doctrinas erróneas. En otras palabras: defender la democracia conlleva destruir cualquier forma de pensamiento independiente. Este argumento se usó, por

ejemplo, para justificar las purgas de Rusia. Ni el rusófilo más fervoroso creería de verdad que todas las víctimas eran culpables de todos los cargos de que se las acusaba; pero, sosteniendo opiniones heréticas, causaban al régimen un perjuicio «objetivo» y, por tanto, era perfectamente justo no sólo ejecutarlos sino también desacreditarlos con falsas acusaciones. El mismo argumento se utilizó para justificar los deliberados embustes de la prensa de izquierdas sobre los trotskistas y otras minorías del bando republicano en la Guerra Civil española. Como también se usó como razón para clamar contra el *habeas corpus* cuando se liberó a Mosley en 1943.

Esta gente no se da cuenta de que, si uno fomenta métodos totalitarios, puede llegar el día en que sean usados contra él y no en su favor. Convirtamos en hábito el encarcelamiento de fascistas sin juicio, y probablemente la cosa no se quede en los fascistas. Poco después de que, tras prohibirse, volviera a autorizarse la publicación del *Daily Worker*, fui a pronunciar una conferencia a una institución docente para trabajadores del sur de Londres. El público lo integraban intelectuales de clase obrera y clase media-baja; el mismo tipo de público que se encontraba uno en las sucursales del Left Book Club. La conferencia había abordado el tema de la libertad de prensa y, al final, varios asistentes se levantaron y me preguntaron, para mi desconcierto, si no pensaba que el levantamiento del veto sobre el *Daily Worker* era un grave error. Al preguntarles por qué, dijeron que era un periódico de lealtad dudosa y que no debería ser tolerado en tiempos de guerra. Me descubrí defendiendo al *Daily Worker*, que más de una vez se ha tomado la molestia de denigrarme. Pero ¿de dónde había sacado esa gente esa visión esencialmente totalitaria? ¡Pues de los propios comunistas, por supuesto! La tolerancia y la dignidad están en Inglaterra firmemente arraigadas, pero no son indestructibles, y mantenerlas vivas requiere, en parte, un esfuerzo consciente. Andar predicando doctrinas totalitarias lleva al debilitamiento de ese instinto en virtud del cual los pueblos libres saben qué es peligroso y qué no lo es. Y ejemplo de ello es el caso de Mosley. En 1940 tenía todo el sentido arrestar a Mosley independientemente de que, en rigor, hubiese cometido o no algún delito. Luchábamos por nuestras vidas y no podíamos permitir que un posible colaboracionista quedase en libertad. Pero seguir teniéndolo encerrado sin juicio en 1943 era una barbaridad. La incapacidad general para entender esto fue un mal síntoma, aunque es verdad que el alboroto contra la liberación de Mosley en parte era ficticio y, en parte, la proyección de otras desazones distintas. Sin embargo, esta propensión actual hacia modos de pensar fascistas, ¿en qué medida se remonta al «antifascismo» de los últimos diez años y a la falta de escrúpulos que este ha traído consigo?

Es importante advertir de que la actual rusomanía no es sino un síntoma del debilitamiento generalizado de la tradición liberal de Occidente. De haberse entrometido el Ministerio de Información vetando abiertamente la publicación de este libro, el grueso de la *intelligentsia* inglesa no habría visto en ello nada preocupante. Resulta que la ortodoxia de hoy es mostrar una lealtad acrítica a la URSS, y si los

presuntos intereses de la URSS entran en juego, están dispuestos a tolerar no sólo la censura sino también el falseamiento de la historia. Veamos un ejemplo. Al morir John Reed, autor de *Diez días que estremecieron al mundo* —un relato testimonial de los primeros tiempos de la Revolución rusa—, los derechos del libro pasaron a manos del Partido Comunista británico, al que, según tengo entendido, Reed los había legado. Unos años después, tras destruir todos los ejemplares que pudieron de la edición original, los comunistas británicos publicaron una versión tergiversada de la que eliminaron las alusiones a Trotski, y omitieron también la introducción escrita por Lenin. De existir aún una auténtica *intelligentsia* en Gran Bretaña, esta manipulación de los hechos habría sido aireada y denunciada en todas las publicaciones literarias del país. En cambio, lo que ocurrió fue que apenas hubo protestas, si es que hubo alguna. Para muchos intelectuales ingleses, aquello fue algo bastante natural. Y esta tolerancia hacia auténticos fraudes va mucho más allá de la mera circunstancia actual de que admirar a Rusia esté de moda. Esta moda concreta es bien probable que no dure. Según tengo entendido, en el momento de publicarse este libro, mi visión del régimen soviético puede que sea la mayoritaria. Pero ¿qué tiene eso de bueno en sí mismo? Cambiar una ortodoxia por otra no necesariamente es un avance. El enemigo es el pensamiento gramófono, esté o no uno de acuerdo con el disco que esté puesto en cada momento.

Conozco muy bien todos los argumentos contra la libertad de pensamiento y expresión, tanto los que aseguran que es imposible que exista como los que aseguran que no debería existir. Mi respuesta es, sencillamente, que no me convencen, y que nuestra civilización lleva cuatrocientos años cimentándose en la idea contraria. Vengo pensando hace no menos de un decenio que el actual régimen de Rusia es, básicamente, algo pernicioso, y reivindico el derecho a decirlo a pesar de que estemos aliados con la URSS en una guerra que quiero ver ganada. Si tuviese que escoger un texto para justificarme, elegiría el verso de Milton que dice:

> *Según las conocidas reglas de la antigua libertad.*

La palabra «antigua» subraya el hecho de que la libertad de pensamiento es una tradición bien arraigada sin la cual nuestra característica cultura occidental difícilmente podría existir. Y salta a la vista que muchos de nuestros intelectuales están apartándose de esa tradición. Han aceptado el principio de que un libro se debe publicar o destruir, ensalzar o condenar, no por sus méritos sino en función de la conveniencia política. Y otros que en realidad no comparten esta opinión, se pliegan a ella por simple cobardía. Valgan como ejemplo todos esos ruidosos pacifistas ingleses incapaces de alzar sus voces contra la devoción general por el militarismo ruso. Según estos pacifistas, toda violencia es perniciosa, y en el transcurso de la guerra no han dejado de instarnos a que nos rindamos o, al menos, a negociar la paz. Pero

¿cuántos ha habido que en algún momento insinuasen que la guerra también es perniciosa si la libra el Ejército Rojo? Parece ser que los rusos tienen derecho a defenderse, mientras que si lo hacemos nosotros es pecado mortal. No cabe explicar esta contradicción sino de un modo: por un deseo cobarde de estar a partir un piñón con el grueso de la *intelligentsia*, cuyo patriotismo apunta a la URSS en vez de a Gran Bretaña. Ya sé que la *intelligentsia* inglesa tiene buenas razones para sus titubeos y dobleces; de hecho, me sé de memoria los argumentos con que se justifican. Pero ya basta, por lo menos, de disparates sobre la defensa de la libertad contra el fascismo. Si algo significa la libertad, es el derecho a decirle a la gente lo que no quiere oír. La gente corriente sigue más o menos suscribiendo esta doctrina y poniéndola en práctica. En nuestro país (y no sucede lo mismo en todos los países; no era así en la Francia republicana y no lo es, ahora, en Estados Unidos) son los liberales quienes temen a la libertad y los intelectuales quienes se la tienen jurada al intelecto; es para llamar la atención sobre este hecho por lo que he escrito este prefacio.

LA VENGANZA ES AMARGA

Tribune, 9 de noviembre de 1945

Siempre que leo expresiones como «juicios por las atrocidades cometidas durante la guerra», «castigo de criminales de guerra» y otras por el estilo, me vuelve a la memoria el recuerdo de algo que vi en un campo de prisioneros de guerra del sur de Alemania este mismo año.

Estaba enseñándonos el campo a mí y a otro corresponsal un pequeño judío vienés al que habían reclutado en la sección del ejército estadounidense encargada de interrogar a los prisioneros. Era un joven despierto, de pelo claro y más bien apuesto de unos veinticinco años, y tanto más al día en temas políticos que la mayoría de los oficiales norteamericanos que daba gusto estar con él. El campo se hallaba en un aeródromo, y después de dar una vuelta por donde tenían encerrados a los prisioneros, nuestro guía nos llevó a un hangar donde estaban «cribando» a algunos que estaban en una categoría distinta del resto.

En un extremo del hangar estaban tumbados en fila, en el suelo de hormigón, alrededor de una docena de hombres. Eran, se nos explicó, oficiales de las SS a los que habían aislado del resto de los prisioneros. Había entre ellos un hombre, vestido con unas ropas de paisano desastradas, que estaba tumbado con el brazo cubriéndole la cara y, según se veía, dormido. Tenía los pies deformados de un modo extraño y horrible. Eran bastante simétricos, pero tenían una insólita forma globular que los asemejaba más a cascos de caballo que a nada humano. A medida que íbamos acercándonos al grupo, el pequeño judío parecía que iba entrando en un estado de agitación.

«¡Ese es el auténtico cerdo!», dijo, y de repente cogió impulso y, con su pesada bota militar, le pegó a aquel hombre postrado una terrible patada en la hinchazón de uno de los pies deformados.

«¡Levanta, cerdo!», gritó cuando empezaba a despertarse, y luego repitió algo parecido en alemán. El hombre se levantó como pudo y adoptó con torpeza la posición de firmes. Con el mismo aire de estar fuera de sí —de hecho, casi bailaba arriba y abajo mientras hablaba—, el judío nos contó la historia del prisionero. Era un «auténtico» nazi; su número de miembro del partido indicaba que llevaba afiliado a él desde el mismísimo comienzo, y había ostentado un rango equivalente al de general en el brazo político de las SS. Podía darse por hecho que había estado a cargo de campos de concentración y había ordenado torturas y ahorcamientos. Representaba, en suma, todo aquello contra lo que llevábamos luchando los últimos cinco años.

Entretanto, yo iba estudiando su aspecto. Más allá del rostro selvático, famélico y

sin afeitar propio de un hombre recién capturado, era un espécimen repugnante. Pero no parecía brutal ni en modo alguno temible; sólo neurótico e intelectual (de perfil bajo). Unas gruesas gafas le deformaban los ojos, pálidos e inquietos. Podría haber sido un clérigo secularizado, un actor echado a perder por la bebida o un médium espiritista. He visto gente muy parecida en las casas de huéspedes baratas de Londres, y también en la sala de lectura del Museo Británico. Estaba a todas luces mentalmente desequilibrado; o, mejor dicho, no estaba claro que estuviese cuerdo, aunque en ese momento lo estaba lo bastante como para tener miedo de recibir otra patada. Y, sin embargo, todo lo que el judío me decía de su historia podía ser cierto, ¡y probablemente lo fuese! Conque el torturador nazi de nuestra imaginación, la figura monstruosa contra la que nos habíamos pasado peleando tantos años, quedaba reducida a este pobre desgraciado a quien era evidente que no le hacía falta ningún castigo, sino algún tipo de tratamiento psicológico.

Después hubo más humillaciones. A otro oficial de las SS, un hombre ancho y fornido, le ordenaron desnudarse hasta la cintura y enseñar el número de grupo sanguíneo que llevaba tatuado en la axila, y a un tercero lo obligaron a explicarnos a nosotros cómo mintió sobre su pertenencia a las SS e intentó hacerse pasar por un soldado raso de la Wehrmacht. Yo me preguntaba si el judío realmente disfrutaba con ese poder recién estrenado que estaba ejerciendo. Llegué a la conclusión de que en realidad no estaba pasándolo bien, y de que sencillamente estaba —como un hombre en un prostíbulo, o un muchacho fumándose su primer puro, o un turista deambulando por una pinacoteca— diciéndose a sí mismo que estaba disfrutando de lo lindo y haciendo lo que había planeado los días en que estaba indefenso.

Es absurdo culpar a ningún judío alemán o austríaco por querer vengarse de los nazis. Sabe Dios qué cuentas pudiese tener que saldar ese hombre concreto —es muy probable que hubiesen asesinado a toda su familia—, y, después de todo, incluso una patada gratuita a un prisionero es una nimiedad en comparación con las barbaridades del régimen de Hitler. Pero si algo me dejó claro esta escena —y muchas otras que presencié en Alemania— fue que toda la idea de venganza y castigo es un ensueño infantil. En rigor, eso que llaman «venganza» no existe. La venganza es un acto que uno quiere cometer cuando está desvalido y porque está desvalido; apenas desaparece el sentimiento de impotencia, se desvanece también el deseo.

En 1940, ¿quién no hubiese saltado de alegría ante la idea de ver a oficiales de las SS pateados y humillados? Pero, cuando pasa a ser posible, es sencillamente patético y repugnante. Dicen que cuando se exhibió el cadáver de Mussolini, una señora mayor sacó un revólver y le disparó cinco veces mientras gritaba: «¡Esto es por mis cinco hijos!». Es la clase de historia que se inventan los periódicos, pero podría ser cierta. Me pregunto cuánta satisfacción sacó esa señora de aquellos disparos con los que no cabe duda de que soñaba años antes de disparar. Poder acercarse a Mussolini lo bastante como para dispararle estaba condicionado a que fuese un cadáver.

En la medida en que el gran público de este país sea responsable del monstruoso

acuerdo de paz que ahora está imponiéndose a Alemania, ello se debe a una incapacidad de prever que castigar a un enemigo no acarrea satisfacción ninguna. Hemos aprobado crímenes como la expulsión de todos los alemanes de Prusia Oriental —crímenes que en algunos casos no podíamos impedir, pero contra los que al menos podríamos haber protestado— porque los alemanes nos habían enfurecido y asustado y, por tanto, estábamos convencidos de que cuando cayesen no sentiríamos lástima por ellos. Insistimos en medidas de esta índole, o dejamos que otros insistan en ellas en nuestro nombre, por un sentimiento indefinido de que, si hemos decidido castigar a Alemania, entonces debemos ir y hacerlo. En realidad, en este país queda poco odio acerbo a Alemania, y tiendo a pensar que en el ejército de ocupación todavía menos. La caza del criminal de guerra y del colaboracionista interesa de verdad únicamente a la minoría de sádicos que de algún sitio tienen que sacar sus «atrocidades». Si le preguntamos al hombre de la calle de qué crímenes se va a acusar en sus juicios a Goering, Ribbentrop y el resto, no sabe decirnos. De alguna forma, castigar a estos monstruos deja de parecer atractivo cuando pasa a ser posible; de hecho, una vez encerrados, casi dejan de ser monstruos.

Lamentablemente, a menudo no somos capaces de descubrir cuáles son realmente nuestros sentimientos sino después de que ocurra algo concreto. Daré otro ejemplo que viví en Alemania. Pocas horas después de que las tropas francesas tomaran Stuttgart, un periodista belga y yo entramos en la ciudad, donde reinaba aún cierto desorden. El belga llevaba toda la guerra retransmitiendo para la filial de la BBC en Europa y, como casi todos los franceses y belgas, tenía hacia los *boches* una actitud mucho más implacable que la que tendrían un inglés o un estadounidense. Habían volado todos los puentes principales de la ciudad, y tuvimos que entrar por uno pequeño peatonal que —saltaba a la vista— los alemanes se habían esforzado en defender. Un soldado alemán muerto yacía boca arriba al pie de los escalones. Tenía el rostro amarillo como la cera. Sobre el pecho alguien le había depositado un ramillete de las lilas que andaban floreciendo por todas partes.

El belga apartó la mirada al pasar. Cuando ya habíamos recorrido la mayor parte del puente, me confesó que era la primera vez que veía un hombre muerto. Imagino que tendría treinta y cinco años, y llevaba cuatro haciendo propaganda de guerra por radio. En los días siguientes, su actitud fue bien distinta de la que había tenido antes. Miraba con disgusto la ciudad arruinada por las bombas y las humillaciones que padecían los alemanes, y en una ocasión llegó a intervenir para impedir un episodio de pillaje especialmente desagradable. Cuando nos marchamos, a los alemanes con los que nos habían alojado les dio lo que sobraba del café que habíamos traído con nosotros. Una semana antes, la idea de dar café a un *boche* probablemente le hubiese escandalizado. Pero sus sentimientos, me dijo, habían sufrido un cambio al ver «ce pauvre mort» junto al puente; le hizo ver de golpe qué significa la guerra. Y, sin embargo, si nos hubiese tocado entrar en la ciudad por otro sitio, puede que nunca hubiera tenido la experiencia de ver siquiera un cadáver entre los, quizá, veinte

millones que la guerra ha producido.

LA BOMBA ATÓMICA Y USTED

Tribune, 19 de octubre de 1945

Teniendo en cuenta las probabilidades de que en cinco años nos haya hecho saltar ya a todos por los aires, la bomba atómica no ha generado el debate que cabría esperar. Los periódicos han publicado numerosos gráficos —de poca ayuda para el hombre común— de protones y neutrones en plena actividad, y se ha insistido mucho en ese aserto inútil de que «habría que poner la bomba bajo control internacional». No obstante, curiosamente, poco se ha dicho —o, al menos, publicado— sobre la cuestión que con más apremio nos concierne a todos, a saber: «¿Hasta qué punto son complicados de fabricar esos artilugios?».

La información de que disponemos sobre el tema nosotros —esto es, el gran público— nos ha llegado de forma más bien indirecta, a raíz de la decisión del presidente Truman de no entregar determinados secretos a la URSS. Hace algunos meses, cuando la bomba era aún sólo un rumor, existía la creencia generalizada de que la división del átomo era simplemente un problema de física y de que, cuando se resolviese, prácticamente cualquiera tendría a su alcance un arma nueva y devastadora. (En cualquier momento, rezaba el rumor, desde un laboratorio un lunático solitario podría hacer saltar en pedazos la civilización como quien tira un petardo).

De haber sido esto cierto, de repente la dirección de la historia habría cambiado por completo. Se habría desvanecido la distinción entre estados grandes y estados pequeños, y se habría debilitado enormemente el poder del Estado sobre el individuo. Sin embargo, de las observaciones del presidente Truman, y de diversos comentarios que se han efectuado sobre ellas, parece inferirse que la bomba es extraordinariamente cara y que su fabricación exige un esfuerzo industrial ingente, de tal magnitud que sólo tres o cuatro países en el mundo pueden permitírselo. Este extremo tiene una importancia capital, porque puede significar que el descubrimiento de la bomba atómica, lejos de cambiar el curso de la historia, sencillamente intensifique las tendencias obvias de los últimos doce años.

Es un lugar común que la historia de la civilización es en buena parte la de las armas. En concreto, se ha señalado una y otra vez la relación entre el descubrimiento de la pólvora y el derrocamiento del feudalismo por parte de la burguesía. Y, aunque no cuestiono que puedan aducirse excepciones, creo que en lo general se confirmará la siguiente regla: que las épocas en que el arma dominante sea cara o difícil de fabricar tenderán a ser épocas de despotismo, mientras que si el arma dominante es barata y sencilla, la gente corriente tendrá una oportunidad. Así, por ejemplo, el

tanque, el navío de guerra y el bombardero son armas intrínsecamente tiránicas, mientras que el fusil, el mosquete, el arco y la granada de mano son armas intrínsecamente democráticas. Un arma complicada vuelve al fuerte más fuerte, mientras que —en la medida en que no encuentre respuesta— un arma sencilla dota de garras al débil.

La gran era de la democracia y la autodeterminación nacional fue la del mosquete y el fusil. Tras la invención de la llave de chispa, y hasta la aparición de la llave de pistón, el mosquete era un arma bien eficaz y, al mismo tiempo, tan sencilla que podía fabricarse prácticamente en cualquier parte. Esta combinación de características hizo posible el triunfo de las revoluciones norteamericana y francesa, y hacía de una insurrección popular una tentativa más seria de lo que podría serlo hoy en día. Tras el mosquete llegó el fusil de retrocarga. Era un artilugio comparativamente complicado, pero aún podían fabricarlo infinidad de países, y era barato, fácil de transportar clandestinamente y económico desde el punto de vista de la munición. Incluso la nación más atrasada podía siempre conseguir fusiles de algún sitio, así que bóeres, búlgaros, abisinios, marroquíes e incluso tibetanos pudieron alzarse en armas para alcanzar la independencia, en ocasiones con éxito. Sin embargo, a partir de ahí, todos los avances en técnica militar han favorecido al Estado en detrimento del individuo y al país industrializado en detrimento del atrasado. Cada vez hay menos focos de poder. Ya en 1939, eran sólo cinco los estados capaces de emprender una guerra a gran escala, y ahora son sólo tres (en última instancia, quizá sólo dos). Esta tendencia viene siendo evidente desde hace años, y hubo observadores que llamaron la atención sobre ella incluso antes de 1914. Lo único que podría invertirla sería el descubrimiento de un arma —o, por decirlo en términos más amplios, de un método de combate— que no requiriese una gran concentración de plantas industriales.

De una serie de síntomas podemos inferir que los rusos todavía no se han hecho con el secreto de la producción de la bomba atómica; la opinión más extendida parece ser, sin embargo, que se habrán hecho con él en pocos años. Así que se nos presenta la perspectiva de dos o tres superestados monstruosos, todos en posesión de un arma capaz de hacer desaparecer en segundos a millones de personas, repartiéndose el mundo. Ha sido precipitada la presunción de que esto pueda comportar guerras mayores y más sangrientas, y quizá hasta el fin de la civilización mecanizada. Pero supongamos, y este es en realidad el escenario más probable, que las grandes naciones que quedan llegan a un acuerdo tácito de no usar nunca la bomba atómica entre ellas. Supongamos que sólo la usan —o amenazan con hacerlo— contra gente que no esté en condiciones de contraatacar. En ese caso habremos vuelto al punto de partida, con la única diferencia de que el poder se acumula aún en menos manos y de que ante los pueblos sometidos y las clases oprimidas se abre un panorama aún más desesperado.

Cuando James Burnham escribió *La revolución de los directores*, muchos

estadounidenses veían probable que los alemanes acabaran obteniendo la victoria en el frente europeo; era, por tanto, natural suponer que Alemania, y no Rusia, dominaría la masa continental euroasiática, mientras que Japón pasaría a ser dueño del este de Asia. Aunque fue un error de cálculo, no afecta al argumento central, pues la imagen geográfica del nuevo mundo de Burnham ha resultado ser correcta. Cada vez de forma más clara, la superficie del planeta va parcelándose en tres grandes imperios, cada uno de ellos encerrado en sí mismo y sin contacto con el mundo exterior, y gobernado, bajo máscaras diversas, por una oligarquía autoproclamada. La disputa sobre el trazado preciso de las fronteras sigue en curso y le queda aún algunos años, y el tercero de los superestados —el Lejano Oriente, dominado por China— es todavía potencial más que real. Pero la deriva general es inequívoca, y cada descubrimiento científico de los últimos años ha ido acelerándola.

Hubo un tiempo en que se nos decía que el avión había «suprimido las fronteras»; en realidad, no ha sido sino al convertirse el avión en un arma seria cuando las fronteras se han vuelto definitivamente impenetrables. En tiempos se pensaba que la radio fomentaría el entendimiento y la cooperación internacionales, pero ha resultado ser un medio de aislar a un país de otro. La bomba atómica puede que complete el proceso desposeyendo a las clases y los pueblos explotados de toda capacidad de revuelta y poniendo, a la vez, a los dueños de la bomba en una situación de igualdad militar. Incapaces de conquistarse unos a otros, es verosímil que sigan repartiéndose el dominio del mundo, y cuesta imaginar la forma de romper el equilibrio más allá de lentos e imprevisibles cambios demográficos.

Durante los últimos cuarenta o cincuenta años, el señor H. G. Wells y otros han venido advirtiéndonos de que el hombre corre el riesgo de destruirse a sí mismo con sus propias armas, dejando el testigo a las hormigas o a alguna otra especie gregaria. Cualquiera que haya visto las ciudades en ruinas de Alemania encontrará la idea por lo menos concebible. Sin embargo, mirando al mundo en su conjunto, desde hace ya muchas décadas la deriva es no hacia la anarquía, sino hacia el restablecimiento de la esclavitud. Puede que nos dirijamos no al colapso general, sino a una era igual de horriblemente estable que los imperios esclavistas de la Antigüedad. La teoría de James Burnham ha sido discutida ampliamente, pero pocos se han parado a sopesar sus implicaciones ideológicas, esto es, el tipo de visión del mundo, el tipo de creencias y la estructura social que es probable que se imponga en un Estado inconquistable y en constante situación de «guerra fría» con sus vecinos.

De haber sido la bomba atómica algo tan barato y sencillo de montar como una bicicleta o un despertador, podría habernos vuelto a hundir, en efecto, en la barbarie, pero también podría haber significado el fin de la soberanía nacional y del Estado policial altamente centralizado. Si, como parece ser el caso, es un objeto insólito y costoso, tan difícil de fabricar como un buque de guerra, es más verosímil que ponga fin a las guerras a gran escala prolongando indefinidamente, a cambio, una «paz que no es paz».

¿QUÉ ES LA CIENCIA?

Tribune, 26 de octubre de 1945

En el *Tribune* de la semana pasada había una interesante carta de J. Stewart Cook, quien sugería que la mejor forma de evitar el peligro de una «jerarquía científica» sería procurar que todos los miembros de la sociedad contaran, hasta donde fuera posible, con una formación científica. Al mismo tiempo, debería sacarse a los científicos de su aislamiento y animarlos a implicarse en mayor medida en la política y la administración.

Tomado como un planteamiento general, creo que casi todos estaríamos de acuerdo con él, pero advierto que, como de costumbre, el señor Cook no define «ciencia», y se limita a insinuar de pasada que significa determinadas ciencias exactas cuyos experimentos pueden realizarse en el contexto de un laboratorio. La educación recibida en la edad adulta tiende, así, «a descuidar los estudios científicos en favor de materias literarias, económicas y sociales»; de lo cual se colige, según parece, que la economía y la sociología no son ramas de la ciencia. Este punto es de gran importancia, pues la palabra «ciencia» se usa hoy en día en al menos dos sentidos, y la tendencia actual a andar saltando de uno al otro hace que toda la cuestión de la educación científica quede enturbiada.

«Ciencia» suele considerarse que significa, o bien *a*) las ciencias exactas, por ejemplo la química, la física, etcétera, o bien *b*) un método intelectual que llega a resultados verificables razonando en modo lógico a partir de hechos observados.

Si le preguntamos a cualquier científico o, de hecho, a casi cualquier persona instruida «¿qué es la ciencia?», lo normal es que obtengamos una respuesta próxima a *b*). En el día a día, sin embargo, tanto en la lengua hablada como en la escrita, cuando la gente dice «ciencia» está queriendo decir *a*). «Ciencia» significa algo que sucede en un laboratorio; ya la sola palabra trae a la imaginación gráficos, tubos de ensayo, balanzas, mecheros Bunsen y microscopios. A un biólogo, a un astrónomo, quizá a un psicólogo o a un matemático se los describe como «hombres de ciencia»; a nadie se le ocurriría aplicar este término a un estadista, a un poeta, a un periodista o incluso a un filósofo. Y quienes nos dicen que se debe educar a los jóvenes científicamente se refieren, casi invariablemente, a que habría que enseñarles más sobre la radiactividad, las estrellas o la fisiología de sus cuerpos, no a que habría que enseñarles a pensar con más rigor.

Esta confusión semántica, que en parte es deliberada, entraña un grave peligro. Implícita en la exigencia de una mayor educación científica va la tesis de que alguien a quien se haya formado científicamente abordará cualquier tema de un modo más

inteligente que alguien que no hubiera tenido dicha formación. Se da por hecho que las opiniones políticas de un científico, sus opiniones sobre asuntos sociológicos, sobre moral, sobre filosofía, quizá incluso sobre disciplinas artísticas, tendrán más valor que las de un lego. En otras palabras: el mundo sería un lugar mejor si lo controlasen los científicos. Pero un «científico», como acabamos de ver, significa en la práctica un especialista en alguna de las ciencias exactas. De lo cual se infiere que, si es químico o físico, uno será más inteligente en temas políticos que si es poeta o jurista. Y, de hecho, son ya millones los que piensan así.

Pero ¿realmente es cierto que es más esperable en un hombre de «ciencia» —en este sentido más estrecho— que en otras personas un enfoque objetivo de los problemas no científicos? Es una opinión sin demasiado fundamento. Examinemos un caso sencillo: la capacidad de resistirse a los cantos de sirena del nacionalismo. Suele decirse en abstracto que «la ciencia es internacional», pero, en la práctica, los científicos de todos los países se alinean con sus respectivos gobiernos con menos escrúpulos que los experimentados por escritores y artistas. La comunidad científica alemana en su conjunto no opuso resistencia a Hitler. Puede que Hitler arruinase las perspectivas a largo plazo de la ciencia alemana, pero seguía habiendo los suficientes hombres dotados que llevasen a cabo las investigaciones necesarias en campos como el de los combustibles sintéticos, los aviones de reacción, los cohetes y la bomba atómica. Sin ellos, la maquinaria de guerra alemana jamás podría haber sido puesta en marcha.

¿Qué ocurrió, en cambio, con la literatura alemana al llegar los nazis al poder? Creo que no se han publicado listas exhaustivas, pero supongo que el número de científicos alemanes —judíos aparte— que se exiliaron voluntariamente o que fueron perseguidos por el régimen fue mucho menor que el de escritores y periodistas. Más siniestro todavía es que entre los científicos alemanes hubiese quienes se tragaran esa monstruosidad de la «ciencia racial». Algunas de las afirmaciones que suscribieron pueden encontrarse en *Espíritu y estructura del fascismo alemán*, del profesor Brady.

Aun así, bajo formas ligeramente distintas, el panorama es el mismo en todas partes. En Inglaterra, buena parte de nuestros científicos de primera línea aceptan la estructura de la sociedad capitalista, como puede verse por la relativa libertad con que se les otorgan las dignidades de *sir*, de barón y hasta de noble. Desde Tennyson, no ha habido escritor inglés que merezca la pena leer —con la excepción, quizá, de *sir* Max Beerbohm— al que no se le haya concedido algún título. Y los científicos ingleses que no se limitan a aceptar el *statu quo* a menudo son comunistas, lo que quiere decir que, por muchos escrúpulos intelectuales que tengan en la que sea su especialidad profesional, no les importa abandonar su espíritu crítico e incluso mentir en determinados temas. El hecho es que la mera instrucción en una o varias ciencias exactas, aun si va acompañada de grandísimas dotes, no es garantía de una actitud humana o crítica. Buena prueba de ello son los físicos de media docena de grandes países, todos trabajando febrilmente —y en secreto— en la bomba atómica.

Es evidente que «educación científica» tendría que significar la implantación de hábitos mentales racionales, críticos, experimentales. Tendría que significar adquirir un método —un método que pueda usarse en cualquier problema al que uno se enfrente—, y no simplemente acumular un montón de datos. Así expresado, el apologista de la educación científica seguramente esté de acuerdo. Pero si insistimos, si le pedimos que especifique, al final siempre acabaremos llegando a que «educación científica» significa más atención a las ciencias exactas; en otras palabras, más datos. La idea de que «ciencia» significa una forma de mirar el mundo y no simplemente un cuerpo doctrinal, en la práctica encuentra una fuerte resistencia. Yo creo que, en parte, esto se debe a un puro corporativismo envidioso. Pues si la ciencia es simplemente un método o una actitud, de modo que cualquiera cuyos procesos mentales sean lo bastante racionales pueda considerarse en cierto sentido que es un científico, ¿qué pasa, entonces, con el prestigio enorme de que actualmente gozan el químico, el físico, etcétera, y con su pretensión de que, de alguna forma, son más sabios que el resto de nosotros?

Hace cien años, Charles Kingsley describió la ciencia como «crear olores asquerosos en un laboratorio». Hace uno o dos años, un joven químico industrial me hizo saber, con aire de suficiencia, que «no alcanzaba a entender para qué sirve la poesía». Así pues, el péndulo oscila de un extremo a otro, pero a mí no me parece que ninguna de ambas actitudes sea preferible a la otra. En este momento la ciencia va al alza, así que oímos reivindicar, con razón, que se dé a las masas instrucción científica; frente a ello no oímos, como tendría que ser, reivindicar que también a los científicos les iría bien un poco de instrucción. Justo antes de escribir esto, he leído en una revista estadounidense que algunos físicos británicos y norteamericanos se negaron desde el principio a investigar sobre la bomba atómica, en vista de lo evidente del uso que se le daría. He aquí un grupo de hombres cuerdos en medio de un mundo de lunáticos. Y, aunque no se publicaban nombres, creo que no me equivocaría al suponer que todos debían de ser personas con algún tipo de formación cultural general, con algún conocimiento de la historia, la literatura o las artes; gente, en resumen, cuyos intereses no eran, en el sentido actual de la palabra, puramente científicos.

LIBROS MALOS BUENOS

Tribune, 2 de noviembre de 1945

No hace mucho, un editor me encargó escribir una introducción para una reimpresión de una novela de Leonard Merrick. Esta editorial, según parece, va a volver a publicar una larga serie de novelas menores —y, en parte, olvidadas— del siglo XX. Es un servicio valioso en estos días de escasez de libros, y casi me da envidia la persona cuyo trabajo vaya a ser andar inspeccionando las cajas de tres peniques a la caza de ejemplares de las lecturas favoritas de su niñez.

Un tipo de libro que parece que apenas hagamos en estos tiempos, pero que florecía abundantísimo a finales del siglo XIX y comienzos del XX, es lo que Chesterton llamaba el «libro malo bueno», es decir, el tipo de libro que no tiene pretensiones literarias, pero que se mantiene legible cuando producciones más serias han sucumbido. Libros de este estilo sin duda eminentes son *Raffles* y las historias de Sherlock Holmes, que han seguido en su sitio cuando innumerables «novelas sociales», «documentos humanos» y «terribles denuncias» de esto o lo otro han caído en un justo olvido. (¿Quién se conserva mejor, Conan Doyle o Meredith?) Casi en la misma categoría incluyo las primeras historias de R. Austin Freeman —*The Singing Bone, El ojo de Osiris* y otras—, el *Max Carrados* de Ernest Bramah y, bajando un poco el listón, la novela de suspense tibetana de Guy Boothby *El doctor Nikola*, una especie de versión de patio de colegio de los *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie* de Huc, a cuyo lado una visita real a Asia central probablemente resultase un deprimente anticlímax.

Pero, aparte de las novelas de suspense, estaban los escritores cómicos menores de la época. Por ejemplo, Pett Ridge —aunque reconozco que sus obras largas ya no se leen igual—, E. Nesbit (*Los buscadores de tesoros*), George Birmingham —que estaba bien siempre que dejase a un lado la política—, el Binstead pornográfico (el «Pitcher» del *Pink 'Un*) y, si podemos incluir libros estadounidenses, las historias de Penrod de Booth Tarkington. Un punto por encima de la mayoría de ellos estaba Barrie Pain. Supongo que algunos de los escritos cómicos de Pain seguirán editándose, pero a quienquiera que se tope con él le recomiendo el que hoy debe de ser un libro muy difícil de encontrar, *The Octave of Claudius*, un brillante ejercicio en lo macabro. Algo después en el tiempo estaba Peter Blundell, que escribió en la vena de W. W. Jacobs sobre las ciudades portuarias del Lejano Oriente y a quien, bastante incomprensiblemente, parece que se ha olvidado, a pesar de haberlo ensalzado en letra impresa H. G. Wells.

Sin embargo, todos los libros de que vengo hablando son literatura claramente

«de evasión». Constituyen zonas gratas del recuerdo, rincones apacibles donde la mente puede ramonear de vez en cuando, pero no pueden pretender tener mayor relación con la vida real. Hay otro tipo de libro malo bueno que tiene un planteamiento más serio y que, a mi juicio, nos revela algo sobre la naturaleza de la novela y los motivos de su actual decadencia. A lo largo de los últimos cincuenta años ha habido toda una serie de escritores —algunos siguen escribiendo— a los que es realmente imposible llamar «buenos» según ningún criterio estrictamente literario, pero que son novelistas natos y da la impresión de que alcanzan la sinceridad, en parte, porque no los inhibe el buen gusto. En esta categoría incluyo al propio Leonard Merrick, a W. L. George, a J. D. Beresford, a Ernest Raymond, a May Sinclair y, en un nivel inferior pero, aun así, esencialmente similar, a A. S. M. Hutchinson.

La mayoría han sido escritores prolíficos, y su producción ha tenido, lógicamente, una calidad variable. De cada uno se me ocurren uno o dos libros extraordinarios. Por ejemplo, de Merrick, la *Cynthia*; de J. D. Beresford, *A Candidate for Truth*; de W. L. George, el *Caliban*; de May Sinclair, *The Combined Maze*, y de Ernest Raymond, *We, the Accused*. En cada uno de estos libros el autor ha sabido identificarse con sus personajes imaginarios, compartir sus sentimientos y mover a la empatía hacia ellos, con un tipo de olvido de sí mismo al que gente más avisada tendría dificultades para llegar. Sacan a la luz el hecho de que el refinamiento intelectual puede ser una desventaja para un narrador, al igual que lo sería para un cómico de teatro de variedades.

Tomemos, por ejemplo, *We, the Accused*, de Ernest Raymond, una historia de asesinato especialmente sórdida y convincente, a buen seguro basada en el caso Crippen. Yo creo que gana muchísimo del hecho de que el autor es consciente sólo en parte de la vulgaridad patética de las personas sobre las que está escribiendo, y por eso no las desprecia. Puede que gane incluso —al igual que *Una tragedia americana*, de Theodore Dreiser— por el modo tosco, recargado, en que está escrito; cada detalle va sumándose al anterior sin casi intento de seleccionar, y entretanto, poco a poco, va ganando cuerpo un sentimiento de crueldad terrible, extenuante. Lo mismo pasa con *A Candidate for Truth*. Aquí no tenemos la misma tosquedad, pero sí la misma capacidad de tomarse en serio los problemas de la gente común. Ocurre igualmente con *Cynthia* y, como mínimo, con la parte primera de *Caliban*. La mayor parte de lo que W. L. George escribió era una basura deplorable, pero en este libro concreto, basado en la trayectoria de Northcliffe, consiguió algunas imágenes inolvidables y precisas de la vida de la clase media-baja londinense. La obra tiene partes probablemente autobiográficas, y una de las ventajas de los escritores malos buenos es su falta de pudor al adentrarse en el género autobiográfico. La exhibición y la autocompasión son la ruina del novelista, pero, si las teme en exceso, su don creativo puede resentirse.

La existencia de la literatura mala buena —el hecho de que uno pueda divertirse, entusiasmarse o incluso conmoverse con libros que su intelecto sencillamente se

niega a tomarse en serio— es un recordatorio de que el arte no es lo mismo que la elucubración. Supongo que cualquier prueba diseñada al efecto mostraría que Carlyle era un hombre más inteligente que Trollope. Sin embargo, Trollope se ha mantenido legible y Carlyle no; tan perspicaz que era, y ni se le pasó por la cabeza escribir en un inglés sencillo y claro. En los novelistas, casi tanto como en los poetas, la conexión entre inteligencia y fuerza creativa es difícil de determinar. Un novelista bueno puede ser un prodigio de autodisciplina como Flaubert, o un despatarre intelectual como Dickens. Talento suficiente para fabricar docenas de escritores medios hay vertido en las supuestas novelas de Wyndham Lewis; por ejemplo, *Tarr* o *Snooty Baronet*. Sin embargo, sería una tarea agotadora leer de principio a fin uno de estos libros. Está ausente de ellos cierta propiedad indefinible, una especie de vitamina literaria, presente incluso en *If Winter Comes*.

El ejemplo máximo de libro «malo bueno» puede que sea *La cabaña del tío Tom*. Es un libro involuntariamente disparatado, lleno de sucesos melodramáticos ridículos, pero es también profundamente conmovedor y esencialmente verdadero; es complicado decir qué rasgo prima sobre el otro. Pero *La cabaña del tío Tom*, a fin de cuentas, está intentando ser serio y tratar del mundo real. ¿Qué pasa con los escritores abiertamente escapistas, los suministradores de intrigas y humor «ligero»? ¿Qué pasa con *Sherlock Holmes, Vice Versa, Drácula, Helen's Babies* o *Las minas del rey Salomón*? Son todos libros directamente absurdos, libros que uno se ríe antes de ellos que no con, y que apenas se tomaban en serio sus propios autores; no obstante, han sobrevivido, y probablemente seguirán haciéndolo. Todo lo que podemos decir es que, si la civilización sigue siendo de tal forma que uno necesite distracción de tanto en tanto, la literatura «ligera» tiene reservado su lugar; también, que existe algo así como un talento bruto, o un don innato, que puede tener más capacidad de pervivencia que la erudición o la fuerza intelectual. Hay canciones de teatro de variedades que son mejores poemas que tres cuartas partes de lo que se incluye en las antologías:

Ven donde el alpiste es más barato,
ven donde en los vasos cabe más,
ven donde el jefe es un tío estupendo.
¡Vente al bar de la esquina![*]

O también:

Dos lindos ojos negros:
¡Madre, qué sorpresa!
Llamaban a uno que no era el que creían,
¡dos lindos ojos negros![*]

Preferiría de lejos haber escrito cualquiera de estos antes que, pongamos por caso, «The Blessed Damozel» o «Love in the Valley». Y, asimismo, apostaría a que *La cabaña del tío Tom* sobrevive a las obras completas de Virginia Woolf o George Moore, si bien no conozco ninguna prueba estrictamente literaria con la que poder esclarecer de qué depende la superioridad.

LA DESTRUCCIÓN DE LA LITERATURA

Polemic, enero de 1946; *The Atlantic Monthly*, marzo de 1947

Hace cosa de un año asistí a una reunión del PEN Club con ocasión del tercer centenario de la *Areopagítica* de Milton, un panfleto, conviene recordarlo, en defensa de la libertad de prensa. La famosa frase de Milton sobre el pecado de «asesinar» un libro estaba impresa en los folletos repartidos con motivo del encuentro.

Había cuatro oradores en la tribuna. Uno pronunció un discurso sobre la libertad de prensa, pero sólo en relación con la India; otro afirmó, dubitativo y en términos muy generales, que la libertad era buena; un tercero atacó las leyes sobre la obscenidad en la literatura, y el cuarto dedicó la mayor parte de su discurso a defender las purgas rusas. Durante el debate posterior, unos cuantos volvieron sobre la cuestión de la obscenidad y las leyes que la prohíben, mientras que los demás se limitaron a alabar la Rusia soviética. La libertad moral —la libertad de abordar sin tapujos cuestiones sexuales en una obra impresa— parecía gozar de la aprobación general, pero nadie aludió a la libertad política. En aquella reunión de varios centenares de personas, de las que probablemente la mitad estaban directamente relacionadas con el oficio de escribir, no hubo una sola que se atreviera a señalar que la libertad de prensa, si es que significa algo, consiste en la libertad de criticar y oponerse. Resulta muy significativo que ninguno de los oradores reprodujera la cita de la obra que supuestamente se estaba conmemorando, y tampoco se aludió a los muchos libros «asesinados» en nuestro país y en Estados Unidos durante la guerra. En conjunto, el encuentro fue una loa de la censura.[28]

No tiene nada de sorprendente. En nuestra época, la libertad intelectual está siendo atacada por dos flancos. Por un lado, están sus enemigos teóricos, los apologistas del totalitarismo, y, por otro, sus enemigos más inmediatos, los monopolios y la burocracia. Cualquier escritor o periodista que quiera conservar su integridad se ve más frustrado por la deriva general de la sociedad que por una persecución activa. Tiene en contra la concentración de la prensa en las manos de unos pocos magnates; la tenaza del monopolio existente en la radio y las películas; las reticencias del público a gastar dinero en libros, lo cual obliga a casi todos los escritores a ganarse la vida con trabajos periodísticos; las injerencias de organismos como el Ministerio de Información y el British Council, que ayudan al escritor a tener un sustento, pero que también le hacen perder el tiempo y le dictan sus opiniones, así como el constante ambiente bélico de los últimos diez años, a cuyos efectos

distorsionadores no ha escapado nadie. Todo en nuestra época conspira para convertir al escritor, y a cualquier otro artista, en un funcionario de bajo rango, que trabaja en los asuntos que le dictan desde arriba y que nunca dice lo que considera la verdad. Al enfrentarse a su sino, no obtiene ayuda de los suyos; es decir, no hay ningún cuerpo de opinión que le garantice que está en lo cierto. En el pasado, al menos durante los siglos del protestantismo, la idea de la rebelión y la de la integridad intelectual estaban vinculadas. Un hereje —político, moral, religioso o estético— era alguien que se negaba a violentar su propia conciencia. Su perspectiva se resumía en las palabras del himno evangelista:

Atrévete a ser un Daniel,
atrévete a estar solo,
atrévete a ser firme en tu propósito,
atrévete a decirlo.[*]

Para poner este himno al día habría que decir «No te atrevas» al principio de cada verso, pues la peculiaridad de nuestra época es que quienes se rebelan contra el orden existente, en cualquier caso los más numerosos y representativos, se rebelan también contra la idea de la integridad individual. «Atreverse a estar solo» es criminal desde el punto de vista ideológico, y peligroso en la práctica. Fuerzas económicas difusas corroen la independencia del escritor y, al mismo tiempo, quienes deberían ser sus defensores se dedican a minarla. Es ese segundo proceso es el que me interesa.

La libertad de expresión y la libertad de prensa suelen ser atacadas con argumentos en los que no vale la pena detenerse. Cualquiera que tenga experiencia en pronunciar conferencias y haya participado en debates los conoce al dedillo. No pretendo rebatir la conocida afirmación de que la libertad es una ilusión, o la de que hay más libertad en los países totalitarios que en los democráticos, sino la mucho más peligrosa y defendible de que la libertad es indeseable y de que la honradez intelectual es una forma de egoísmo antisocial. Aunque suelen subrayarse otros aspectos de la cuestión, la controversia sobre la libertad de expresión y la libertad de prensa es en el fondo una controversia sobre si mentir es deseable o no. Lo que de verdad está en juego es el derecho a informar de los sucesos contemporáneos fielmente, o al menos con tanta fidelidad como lo permitan la ignorancia, el sesgo y el engaño a los que está sometido siempre cualquier observador. Al afirmar esto podría dar la impresión de que la única rama de la literatura a la que concedo importancia es el simple «reportaje», pero más adelante intentaré demostrar que la misma cuestión se plantea, de manera más o menos sutil, en todos los ámbitos literarios, y probablemente en todas las artes. Entretanto, es necesario despejar los aspectos intrascendentes en que suele envolverse a esta controversia.

Los enemigos de la libertad intelectual acostumbran a defender su postura anteponiendo la disciplina al individualismo y dejan en un segundo plano, siempre

que pueden, la cuestión de la verdad y la mentira. Aunque la intensidad de los ataques puede variar, el escritor que se niega a transigir en sus opiniones siempre acaba siendo tildado de egoísta. Es decir, se le acusa, o bien de querer encerrarse en una torre de marfil, o bien de hacer un alarde exhibicionista de su personalidad, o bien de resistirse a la corriente inevitable de la historia en un intento de aferrarse a privilegios injustificados. Los católicos y los comunistas coinciden en dar por sentado que sus oponentes no pueden ser honrados e inteligentes al mismo tiempo. Ambos defienden de manera tácita que «la verdad» ya ha sido revelada y que el hereje, o bien es idiota, o bien conoce «la verdad» y se opone a ella por motivos egoístas. En la literatura comunista, los ataques contra la libertad intelectual suelen enmascararse con oratoria sobre el «individualismo pequeñoburgués», «las ilusiones del liberalismo decimonónico», etcétera, respaldada por descalificaciones como «romántico» y «sentimental» que, al no tener un significado claro, son difíciles de refutar. De ese modo, la controversia se ve apartada del verdadero problema. Es posible aceptar, como hace la mayoría de la gente ilustrada, la tesis comunista de que la libertad pura sólo existirá en una sociedad sin clases y de que se es más libre cuando se trabaja en pro del advenimiento de dicha sociedad. Pero junto con eso se introduce la afirmación de que el Partido Comunista tiene como objetivo el establecimiento de una sociedad sin clases, y de que en la URSS dicho objetivo está en vías de cumplirse. Si permite que lo primero lleve aparejado lo segundo, puede justificarse casi cualquier asalto al sentido común y la decencia. Sin embargo, se ha eludido la cuestión principal. La libertad intelectual es la libertad de informar de lo que uno ha visto, oído y sentido, sin estar obligado a inventar hechos y sentimientos imaginarios. Las habituales diatribas contra el «escapismo», el «individualismo», el «romanticismo» y demás son sólo un truco escolástico, cuyo objetivo es hacer que la perversión de la historia parezca aceptable.

Hace quince años, cuando uno defendía la libertad intelectual tenía que enfrentarse a los conservadores, los católicos y, hasta cierto punto —pues en Inglaterra no tenían gran importancia—, a los fascistas. Hoy es necesario enfrentarse a los comunistas y a los «compañeros de viaje». No debería exagerarse la influencia directa del pequeño Partido Comunista británico, pero el efecto nocivo del *mythos* ruso en la vida intelectual inglesa es indudable. A causa de él se suprimen y se distorsionan hechos conocidos, hasta el punto de que empieza a ser dudoso que pueda escribirse una verdadera historia de nuestro tiempo. Permítaseme dar tan sólo un ejemplo de los centenares que podrían citarse. Cuando se produjo la caída de Alemania, se comprobó que muchos rusos soviéticos —la mayoría, sin duda, por motivos no políticos— habían cambiado de bando y estaban combatiendo para los alemanes. Asimismo, un grupo pequeño pero no despreciable de prisioneros y refugiados rusos se negaron a volver a la URSS, y al menos algunos de ellos fueron repatriados contra su voluntad. La prensa británica apenas se hizo eco de esos hechos, conocidos por numerosos periodistas que estaban allí, mientras que los publicistas

rusófilos de Inglaterra siguieron justificando las purgas y deportaciones de 1936-1938 afirmando que en la URSS «no había colaboracionistas». La bruma de mentiras y desinformación que rodea asuntos como la hambruna de Ucrania, la Guerra Civil española, la política rusa en Polonia y demás, no se debe por entero a una falta consciente de sinceridad, pero cualquier escritor o periodista que comulgue con la URSS —en el sentido en el que los rusos quieran que lo haga— debe tragar con la falsificación deliberada de asuntos de gran importancia. Tengo ante mí lo que debe de ser un raro panfleto, escrito por Maxim Litvinov en 1918, en el que se bosquejan los acontecimientos recientes en la Revolución rusa. No alude a Stalin y, en cambio, pone por las nubes a Trotski, Zinoviev, Kamenev y otros. ¿Cuál sería la postura incluso del comunista más escrupuloso desde el punto de vista intelectual ante semejante panfleto? En el mejor de los casos, adoptar la actitud oscurantista de que se trata de un documento indeseable y de que es mejor eliminarlo. Y si por algún motivo se decidiera publicar una versión tergiversada del panfleto denigrando a Trotski e insertando referencias a Stalin, ningún comunista que siguiera siendo fiel al partido podría quejarse. En los últimos años se han producido falsificaciones tan absurdas como esa. Pero lo verdaderamente significativo no es que se produzcan, sino que, incluso cuando se sabe, no susciten la menor reacción de la *intelligentsia* en su conjunto. El argumento de que decir la verdad sería «inoportuno» o «le haría el juego» a estos o aquellos se supone que es incontestable, y a muy pocas personas les molesta que las mentiras que toleran salgan de los periódicos para pasar a los libros de historia.

La mentira sistemática practicada por los estados totalitarios no es, como se afirma a veces, un recurso transitorio de la misma naturaleza que un movimiento de distracción militar, sino que forma parte integral del totalitarismo, y seguiría haciéndolo aunque los campos de concentración y la policía secreta hubiesen dejado de ser necesarios. Entre los comunistas inteligentes circula la leyenda de que, aunque el gobierno ruso se ve ahora obligado a incurrir en la mentira propagandística, los juicios amañados y demás, está tomando nota en secreto de los hechos para hacerlos públicos en el futuro. Creo que podemos estar seguros de que no será así, porque la mentalidad que implicaría un acto semejante es la de un historiador liberal que cree que el pasado no puede ser alterado y que el correcto conocimiento de la historia tiene valor en sí mismo. Desde el punto de vista totalitario, la historia es algo que se crea y no algo que se estudia. Un Estado totalitario es, de hecho, una teocracia, y para conservar su puesto, la casta gobernante necesita que la consideren infalible. Pero como, en la práctica, nadie lo es, resulta necesario reescribir el pasado para aparentar que nunca se cometió tal o cual error o que tal o cual triunfo imaginario sucedió en realidad. Además, cualquier cambio de política significativo exige un cambio paralelo de doctrina y una reevaluación de las figuras históricas importantes. Cosas así suceden en todas partes, pero sin duda es más fácil que conduzca a falsificaciones descaradas en aquellas sociedades donde sólo se permite una opinión en un momento

dado. El totalitarismo exige, de hecho, la alteración continua del pasado y, a largo plazo, probablemente la falta de fe en la existencia misma de la verdad objetiva. Los amigos del totalitarismo en nuestro país suelen argumentar que, puesto que la verdad objetiva es inasequible, una gran mentira no es peor que una pequeña. Señalan que todos los registros históricos son inexactos y tendenciosos o, por otro lado, que la física moderna ha demostrado que lo que nos parece el mundo real es una mera ilusión, por lo que creer en la evidencia de los sentidos es puro filisteísmo. Una sociedad totalitaria que consiguiera perpetuarse a sí misma probablemente acabaría instaurando un sistema de pensamiento esquizofrénico, en el que las leyes del sentido común sirviesen para la vida diaria y para ciertas ciencias exactas, pero pudieran ser pasadas por alto por el político, el historiador y el sociólogo. Ya hay infinidad de personas que considerarían escandaloso falsificar un libro de texto científico, pero a las que no les parecería mal falsificar un hecho histórico. El totalitarismo ejerce su mayor presión sobre los intelectuales en el punto en que se cruzan la literatura y la política. Las ciencias exactas, de momento, no están amenazadas por nada semejante. Esa diferencia explica en parte el hecho de que en todos los países sea más fácil para los científicos que para los escritores hacer frente común para apoyar a sus respectivos gobiernos.

A fin de conservar la perspectiva sobre el asunto, permítaseme repetir lo que dije al principio de este artículo, que en Inglaterra los enemigos más inmediatos de la verdad y, por tanto, de la libertad de pensamiento, son los magnates de la prensa y la industria cinematográfica y los burócratas, pero que a largo plazo el peor síntoma es el debilitamiento del deseo de libertad entre los propios intelectuales. Podría pensarse que hasta el momento me he estado refiriendo a los efectos de la censura, no sobre la literatura en su conjunto, sino sólo sobre una parcela del periodismo político. Si aceptamos que la Rusia soviética constituye una especie de tema tabú en la prensa británica, si damos por sentado que cuestiones como Polonia, la Guerra Civil española o el pacto germano-soviético están excluidas de un verdadero debate, y que si uno posee información que contradiga la ortodoxia dominante debe callar o distorsionarla, ¿por qué iba a verse afectada la literatura en sentido amplio? ¿Es todo escritor un político y todo libro un «reportaje» sincero? ¿Acaso un escritor no puede seguir siendo mentalmente libre, incluso bajo la dictadura más férrea, y seguir destilando o disimulando sus ideas heterodoxas de modo que las autoridades sean demasiado estúpidas para reconocerlas? Y, aunque el escritor estuviera de acuerdo con la ortodoxia dominante, ¿por qué eso habría de cortarle las alas? ¿No es más probable que la literatura, o cualquier otro arte, florezca en sociedades en las que no hay grandes conflictos de opinión ni distinciones claras entre el artista y su público? ¿Debe uno dar por sentado que todo escritor es un rebelde, o incluso que el escritor como tal es una persona excepcional?

Siempre que alguien intenta defender la libertad intelectual de las pretensiones del totalitarismo, tropieza con estos argumentos formulados de uno u otro modo. Se

basan en un completo equívoco sobre lo que es la literatura, y sobre cómo —o tal vez deberíamos decir por qué— llega a existir. Dan por sentado que un escritor es un simple comediante o un plumífero venal capaz de cambiar de una línea propagandística a otra con la misma facilidad con que un organillero cambia de canción. Pero, después de todo, ¿cómo llegan a escribirse los libros? Por encima de un nivel bastante bajo, la literatura es un intento de influir en las opiniones de nuestros contemporáneos mediante el registro de ciertas vivencias. Y, en lo tocante a la libertad de expresión, no hay muchas diferencias entre un simple periodista y el escritor más «apolítico» e imaginativo. El periodista no es libre —y es consciente de esa falta de libertad— cuando se le obliga a escribir mentiras o a silenciar lo que le parece una noticia de importancia; el escritor imaginativo no es libre cuando tiene que falsificar unos sentimientos subjetivos, que, desde su punto de vista, son hechos. Puede distorsionar y caricaturizar la realidad para que su sentido sea más claro, pero no falsear el decorado de su imaginación; no puede decir con convicción que le gusta lo que le disgusta, o que cree en algo en lo que no cree. Si se le obliga a hacerlo, el único resultado es que se agostan sus facultades creativas. Y tampoco es posible resolver la cuestión eludiendo los asuntos controvertidos. No hay una literatura genuinamente apolítica, y menos en una época como la nuestra, en que los miedos, los odios y las lealtades de cariz político están tan a flor de piel en la conciencia de cualquiera. Incluso un simple tabú puede tener un efecto paralizante sobre la imaginación, pues siempre existe el peligro de que cualquier pensamiento seguido libremente conduzca a la idea prohibida. De ahí se deduce que el ambiente del totalitarismo es mortal para cualquier escritor en prosa, aunque un poeta, al menos un poeta lírico, pueda encontrarlo respirable. En cualquier sociedad totalitaria que perdure más de un par de generaciones, es probable que la literatura en prosa, como la que ha existido los últimos cuatrocientos años, termine por desaparecer.

La literatura ha florecido a veces bajo regímenes despóticos, pero, como se ha señalado a menudo, los despotismos del pasado no eran totalitarios. Sus aparatos represores eran siempre ineficaces, sus clases gobernantes eran corruptas, apáticas o medio liberales, y las doctrinas religiosas se oponían al afán de perfección y la idea de la infalibilidad humana. Aun así, puede afirmarse a grandes rasgos que la literatura en prosa ha alcanzado sus mayores logros en épocas de democracia y pensamiento libre. La novedad del totalitarismo es que sus doctrinas no sólo son incuestionables, sino también inestables. Deben ser aceptadas, so pena de ser condenado, pero al mismo tiempo son susceptibles de ser alteradas en cualquier momento. Considérense, por ejemplo, las diversas actitudes, totalmente incompatibles unas con otras, que un comunista inglés o un «compañero de viaje» han tenido que adoptar ante la guerra entre Alemania y Gran Bretaña. Varios años antes de septiembre de 1939 se esperaba de ellos que se indignaran ante «los horrores del nazismo» y que convirtieran todo lo que escribiesen en una denuncia contra Hitler; después de septiembre de 1939, tuvieron que creer veinte meses que Alemania era la ofendida y no la ofensora, y

eliminar la palabra «nazi» —al menos por escrito— de su vocabulario. Justo después de oír el boletín informativo de las ocho en punto del 22 de junio de 1941, tuvo que volver a creer que el nazismo era el peor de los males que había presenciado el mundo. A un político le resulta fácil mudar así de piel, pero para un escritor la cosa es muy diferente. Si quiere cambiar de lealtades en el momento preciso, debe, o bien mentir sobre sus sentimientos subjetivos, o bien reprimirlos por completo. En cualquiera de los dos casos habrá destruido su dinamo. No sólo dejará de tener ideas, sino que las palabras se marchitarán cuando las utilice. La escritura política de nuestra época consiste casi por entero en frases prefabricadas unidas entre sí como las piezas del mecano de un niño. Es el resultado inevitable de la autocensura. Para escribir en un lenguaje sencillo y vigoroso, es necesario pensar sin temor, y en ese caso es imposible ser ortodoxo en política. Podría no ser así en una «edad de la fe», cuando la ortodoxia llevase mucho tiempo establecida y no se tomara demasiado en serio. En ese caso es posible, o al menos podría serlo, que vastas esferas de la imaginación no se viesen afectadas por las creencias oficiales. Aun así, vale la pena subrayar que la literatura en prosa estuvo a punto de desaparecer en la única edad de la fe que ha conocido Europa. Durante toda la Edad Media apenas hubo literatura en prosa imaginativa y se produjo muy poca escritura histórica, y los líderes intelectuales de la sociedad expresaban sus pensamientos más sesudos en una lengua muerta que apenas había cambiado en los mil años anteriores.

El totalitarismo, no obstante, no promete tanto una edad de la fe como una edad de la esquizofrenia. Una sociedad se vuelve totalitaria cuando su estructura se vuelve flagrantemente artificial, es decir, cuando su clase gobernante ha perdido su función pero consigue aferrarse al poder mediante la fuerza o el engaño. Una sociedad así, por mucho que perdure, nunca puede permitirse ser tolerante o estable desde el punto de vista intelectual. No puede permitir el registro fiel de los hechos, o la sinceridad emocional, que la creación literaria exige. Pero para dejarse corromper por el totalitarismo no hace falta vivir en un país totalitario. El simple predominio de determinadas ideas puede extenderse como un veneno que impida abordar con propósitos literarios un tema tras otro. Siempre que se impone una ortodoxia —o incluso dos, como ocurre a menudo—, la buena literatura deja de existir. Así se puso de manifiesto con la Guerra Civil española. Para muchos intelectuales ingleses la guerra fue una vivencia profundamente conmovedora, pero no algo de lo que pudieran escribir con sinceridad. Sólo se podían decir dos cosas, y ambas eran mentiras flagrantes; el resultado fue que la guerra dio lugar a kilómetros de letra impresa pero casi nada que valiera la pena leer.

No está claro que los efectos del totalitarismo sobre la poesía sean tan mortíferos como en el caso de la prosa. Hay toda una serie de razones que confluyen para permitir que un poeta se sienta más cómodo que un escritor en prosa en una sociedad totalitaria. Para empezar, los burócratas y otros hombres «prácticos» desprecian demasiado al poeta para interesarse por lo que dice. En segundo lugar, lo que dice el

poema —es decir, lo que «significa» su poema traducido en prosa— tiene relativamente poca importancia, incluso para sí mismo. El pensamiento contenido en un poema siempre es sencillo y no es su propósito primordial, al igual que no lo es la anécdota de un cuadro. Un poema es una disposición de sonidos y asociaciones de ideas, al igual que un cuadro es una disposición de pinceladas. En breves fragmentos, de hecho, como en el estribillo de una canción, la poesía puede carecer por completo de significado. Por ello es bastante fácil para un poeta evitar los asuntos peligrosos y no decir herejías; e, incluso al decirlas, lograr que pasen desapercibidas. Pero, por encima de todo, la buena poesía, a diferencia de la buena prosa, no tiene por qué ser una obra individual. Ciertos tipos de poemas, como las baladas o algunas formas poéticas muy artificiales, pueden componerlos grupos de personas. No está claro si las antiguas baladas inglesas y escocesas las crearon personas concretas o la gente en general, pero, en cualquier caso, no son individuales en el sentido de que cambian constantemente al pasar de boca en boca. Ni siquiera hay dos versiones impresas iguales de la misma balada. Muchos pueblos primitivos componen versos de manera comunitaria. Alguien empieza a improvisar, probablemente acompañándose de un instrumento musical, otro introduce un verso o una rima cuando al primer cantor se le acaba la inspiración, y así el proceso continúa hasta crear una canción o balada sin un autor identificable.

En prosa, esa colaboración tan íntima es imposible. La prosa seria tiene que ser creada en soledad, mientras que la emoción de formar parte de un grupo es una ayuda en ciertos tipos de versificación. La poesía —tal vez incluso la buena poesía, aunque no la más elevada— podría sobrevivir bajo un régimen inquisitorial. En una sociedad donde la libertad y el individualismo se hubieran extinguido, seguirían siendo necesarias las canciones patrióticas y las baladas heroicas para celebrar las victorias o para elaborados ejercicios de adulación, y ese es el tipo de poesía que puede escribirse, o componerse en comunidad, sin renunciar necesariamente al valor artístico. La prosa es diferente, porque el escritor en prosa no puede limitar el alcance de su pensamiento sin aniquilar su inventiva. No obstante, la historia de las sociedades totalitarias, o de los grupos de personas que han adoptado la perspectiva totalitaria, sugiere que la pérdida de la libertad es enemiga de todas las formas de la literatura. La literatura alemana prácticamente desapareció durante el régimen de Hitler, y la situación no fue mucho mejor en Italia. La literatura rusa, hasta donde podemos juzgar por las traducciones, ha empeorado notablemente desde los primeros días de la revolución, aunque algunos poemas parecen mejores que la prosa. En los últimos quince años, se han traducido muy pocas de las novelas rusas que valga la pena tomarse en serio. En Europa occidental y en Estados Unidos, una gran parte de la *intelligentsia* literaria ha pasado por el Partido Comunista o ha manifestado sus simpatías por él, pero ese movimiento de izquierdas ha producido muy pocos libros que merezca la pena leer. El catolicismo ortodoxo también parece tener un efecto devastador sobre ciertas formas literarias, en especial la novela. En un período de

trescientos años, ¿cuántos han sido, al mismo tiempo, buenos novelistas y buenos católicos? El hecho es que hay ciertos asuntos que no pueden conmemorarse con palabras, y la tiranía es uno de ellos. Nadie ha escrito nunca un buen libro en defensa de la Inquisición. La poesía tal vez podría sobrevivir en una era totalitaria, y para ciertas artes o medio artes, como la arquitectura, la tiranía podría ser incluso beneficiosa, pero al escritor en prosa no le quedaría otra elección que el silencio o la muerte. La literatura en prosa, tal como la conocemos, es el producto del racionalismo, de los siglos de protestantismo, del individuo autónomo, mientras que la destrucción de la libertad individual paraliza al periodista, al escritor sociológico, al historiador, al novelista, al crítico y al poeta, por ese orden. En el futuro, es posible que surja un nuevo tipo de literatura que no implique sentimientos individuales o una observación sincera, pero en la actualidad resulta inimaginable. Más probable parece que, si desaparece la cultura liberal en la que hemos vivido desde el Renacimiento, el arte literario perezca con ella.

Por supuesto, seguirá utilizándose la imprenta, y es interesante especular sobre qué materia escrita sobreviviría en una sociedad rígidamente totalitaria. Cabe presumir que los periódicos seguirían publicándose hasta que la tecnología televisiva alcanzase un mayor nivel, pero, aparte de los periódicos, es dudoso, incluso ahora, que las grandes masas de los países industrializados sientan la necesidad de cualquier tipo de literatura. En todo caso, son reacias a gastar en literatura más de lo que gastan en cualquier otra diversión. Probablemente, las novelas y los relatos acaben siendo sustituidos por el cine y las producciones radiofónicas. O tal vez sobreviva algún tipo de ficción sensacionalista de mala calidad, redactada por una especie de cadena de producción que reduzca al mínimo la iniciativa humana.

Es probable que el ingenio humano logre escribir libros por medio de máquinas, y, de hecho, ya se está produciendo una especie de mecanización en las películas, la radio, la publicidad, la propaganda y el periodismo de baja estofa. Las películas de Disney, por ejemplo, son resultado de un proceso esencialmente industrial, en que el trabajo lo hacen en parte máquinas y, en parte, equipos de artistas que tienen que renunciar a su estilo personal. Las producciones radiofónicas las escriben por lo general gacetilleros exhaustos a quienes se les indican de antemano el asunto y el estilo que deben utilizar, e, incluso así, lo que escriben es sólo una especie de materia prima que luego trocean los productores y los censores para darle forma. Lo mismo ocurre con los innumerables libros y panfletos encargados por los departamentos gubernamentales. Más mecanizada aún está la producción de relatos breves, seriales y poemas para las revistas baratas. Periódicos como el *Writer* están repletos de anuncios de talleres literarios, que ofrecen argumentos prefabricados a cambio de unos cuantos chelines. Algunos proporcionan, además de la trama, la frase inicial y final de cada capítulo. Otros ofrecen una especie de fórmula algebraica con la que uno mismo puede construir sus propias tramas. Otros incluyen mazos de cartas marcadas con personajes y situaciones, y basta con barajarlas y repartirlas para

obtener de manera automática ingeniosos relatos. Es probable que la literatura en una sociedad totalitaria fuera producida de ese modo, siempre y cuando siguiera siendo necesaria. La imaginación —e incluso la conciencia, hasta el punto en que fuera posible— se eliminaría del proceso de escritura. Los libros los planificarían a grandes rasgos los burócratas, y luego pasarían por tantas manos que, cuando estuviesen terminados, no serían un producto individual, como no lo es un coche Ford al llegar al final de la cadena de montaje. Huelga añadir que cualquier novela producida de ese modo sería pura basura, pero así no pondría en peligro la estructura del Estado. En cuanto a la literatura del pasado, sería necesario eliminarla o al menos reescribirla cuidadosamente.

De momento el totalitarismo no ha triunfado totalmente en ninguna parte. Nuestra propia sociedad sigue siendo, a grandes rasgos, liberal. Para ejercer el derecho a la libertad de expresión, hay que luchar contra presiones económicas y contra poderosos sectores de la opinión pública, pero no contra una fuerza policial secreta, al menos por ahora. Se puede decir o imprimir casi cualquier cosa siempre que uno esté dispuesto a hacerlo de tapadillo. Pero lo más siniestro, como apunté al principio de este artículo, es que los enemigos de la libertad son precisamente aquellos para quienes la libertad debería tener más importancia. A la gente en general eso le trae sin cuidado. No apoya la persecución al hereje ni se molestará en defenderlo. Es a la vez demasiado cuerda y demasiado estúpida para adoptar el punto de vista totalitario. El ataque directo y consciente contra la honradez intelectual procede de los propios intelectuales.

Es posible que la *intelligentsia* rusófila, si no hubiese sucumbido a ese mito particular, lo hubiese hecho ante otro parecido. Pero en cualquier caso el mito ruso está ahí, y su podredumbre hiede. Cuando uno ve a personas bien formadas mostrar indiferencia ante la opresión y la persecución, no sabe qué despreciar más, si su cinismo o su cortedad de miras. Muchos científicos, por ejemplo, son admiradores acríticos de la URSS. Es como si pensaran que la destrucción de la libertad carece de importancia mientras no afecte a su propio trabajo. La URSS es un país muy vasto que se está desarrollando muy deprisa y que necesita trabajadores científicos, así que los trata con mucha generosidad. Mientras se aparten de las cuestiones peligrosas como la psicología, los científicos son personas privilegiadas. A los escritores, en cambio, se los persigue con saña. Es cierto que a prostitutas literarias como Ilya Ehrenburg o Alexei Tolstói se les pagan enormes sumas de dinero, pero se les arrebata lo único que tiene valor para un escritor: la libertad de expresión. Al menos, algunos de los científicos ingleses que hablan con tanto entusiasmo de las oportunidades de las que disfrutan los científicos en Rusia son capaces de entenderlo. Pero su reflexión parece ser esta: «En Rusia se persigue a los escritores. ¿Y qué? Yo no soy escritor». No ven que cualquier ataque contra la libertad intelectual, y contra el concepto de libertad objetiva, amenaza a largo plazo cualquier faceta del pensamiento.

De momento, el Estado totalitario tolera al científico porque lo necesita. Incluso en la Alemania nazi se trataba relativamente bien a los científicos que no eran judíos, y la comunidad científica en su conjunto no opuso ninguna resistencia a Hitler. En esta etapa de la historia, incluso los gobernantes más autocráticos tienen que aceptar la realidad física, en parte porque perduran los hábitos de pensamiento liberales y, en parte, por la necesidad de prepararse para la guerra. Mientras la realidad física no pueda pasarse del todo por alto, mientras dos y dos sean cuatro, a la hora de diseñar, por ejemplo, el prototipo de un aeroplano, el científico tendrá una función y será posible concederle cierta libertad. Su hora llegará después, cuando el Estado totalitario se haya consolidado. Por eso, si quiere salvaguardar la integridad de la ciencia, debería mostrar cierta solidaridad con sus colegas del ámbito literario y no responder con indiferencia cuando se silencia o se empuja al suicidio a los escritores y se falsifican sistemáticamente los periódicos.

Pero, al margen de lo que ocurra en las ciencias físicas, o en la música, la pintura y la arquitectura, lo cierto es que, tal como he intentado demostrar, si perece la libertad de pensamiento la literatura está condenada. Y no sólo es así en cualquier país que tenga una estructura totalitaria, sino que cualquier escritor que adopte esa perspectiva y encuentre excusas para la persecución y la falsificación, se destruirá a sí mismo como literato. No hay escapatoria. Ninguna diatriba contra el «individualismo» y la «torre de marfil», ningún tópico piadoso respecto a que «la verdadera individualidad sólo se alcanza mediante la identificación con la comunidad», podrá soslayar el hecho de que una imaginación comprada es una imaginación corrompida. A menos que de un modo u otro intervenga la espontaneidad, la creación literaria es imposible. Si la inteligencia humana llega a ser totalmente distinta de como es hoy, tal vez aprendamos a separar la creación literaria de la honradez intelectual. De momento, sólo sabemos que la imaginación, como algunos animales salvajes, no puede criarse en cautividad. Cualquier escritor que lo niegue —y casi todas las alabanzas actuales a la Unión Soviética implican dicha negación— está, de hecho, exigiendo su propia destrucción.

APOLOGÍA DE LA CHIMENEA

Evening Standard, 8 de diciembre de 1945

Dentro de no mucho, la época de las casas prefabricadas armadas a toda prisa habrá concluido y Gran Bretaña deberá afrontar a gran escala la tarea de construir casas duraderas.

Entonces habrá que decidir qué tipo de calefacción queremos que tengan nuestras casas, y ya podemos dar por hecho que una minoría pequeña pero ruidosa querrá acabar con el anticuado fuego de carbón.

Esta gente —la misma que admira las sillas fabricadas con tuberías de gas y las mesas de tablero de cristal, y que considera ahorrar esfuerzo un fin en sí mismo— alegará que el fuego de carbón es un despilfarro y que es sucio e ineficaz. Insistirá en que andar arrastrando cubos de carbón por las escaleras es un fastidio y tener que recoger las cenizas por la mañana, un martirio, y añadirá que las nieblas de nuestras ciudades se vuelven más densas por el humo de miles de chimeneas.

Todo lo cual es perfectamente cierto, pero comparativamente irrelevante si pensamos en términos de vida y no simplemente de ahorro de molestias.

No estoy diciendo que el fuego de carbón deba ser la única forma de calefacción, sino, sencillamente, que toda casa o piso debería tener al menos una chimenea en torno a la cual la familia pueda sentarse. En nuestro clima, cualquier cosa que lo mantenga a uno caliente es de agradecer, y lo ideal sería poder instalar todos los sistemas de calefacción en todas las casas.

Para cualquier tipo de despacho, la calefacción central es la mejor solución. No hay que estar pendiente de ella y, como calienta por igual todas las partes de la habitación, permite distribuir los muebles en función de las necesidades del trabajo.

Para los dormitorios, lo mejor es el fuego de gas o eléctrico. Incluso una modesta estufa de gasóleo desprende mucho calor, y tiene la ventaja de ser portátil. Llevarse al baño una estufa de gasóleo una mañana de invierno es bien agradable. Pero para una habitación donde se vaya a hacer vida, lo único que funciona es un fuego de carbón.

La primera gran ventaja de un fuego de carbón es que, precisamente porque sólo calienta un extremo de la habitación, obliga a la gente a juntarse de un modo sociable. Esta noche, mientras escribo, el mismo patrón está reproduciéndose en cientos de miles de hogares británicos.

De un lado de la chimenea se sienta papá, que lee el diario de la tarde. Del otro lado se sienta mamá, enfrascada en sus labores. En la alfombrilla que hay junto al

fuego se sientan los niños, que juegan a serpientes y escaleras. Contra el poyete, asándose, está tumbado el perro. Es un cuadro encantador, un buen decorado para los recuerdos, y la supervivencia de la familia como institución puede que dependa de él más de lo que nos damos cuenta.

Luego está la fascinación, inagotable para el niño, del propio fuego. Un fuego nunca permanece igual dos minutos; uno puede mirar el corazón rojo de las brasas y ver cavernas o caras de salamandras, según la fantasía de cada cual; puede incluso, si sus padres le dejan, entretenerse calentando el atizador al rojo vivo y doblándolo entre las rejas del morillo, o espolvoreando sal sobre las llamas para que se vuelvan verdes.

Un fuego de gas o eléctrico, o incluso una estufa de antracita, resultan bastante aburridos en comparación. Los artilugios más deprimentes de todos son esos fuegos eléctricos falsos que fabrican intentando que parezcan fuegos de carbón. El propio hecho de imitar algo real, ¿no significa reconocer que es superior?

Si, según mantengo, una chimenea propicia la sociabilidad y tiene un encanto estético —algo especialmente importante para los niños pequeños—, bien vale las molestias que conlleva.

Es cierto que es un despilfarro y un engorro, y que genera un trabajo evitable, aunque exactamente lo mismo cabe decir con igual razón de un bebé. La cuestión es que los artilugios domésticos tendrían que juzgarse no sólo por su eficacia, sino también por el gusto y la comodidad que nos proporcionan.

Una aspiradora es buena porque ahorra el trabajo tedioso de barrer y recoger el polvo. Los muebles fabricados con tuberías de gas son malos porque estropean el aspecto acogedor de una habitación sin que pueda decirse que nos hagan sentir más cómodos.

Nuestra civilización está obcecada con la idea de que la forma más rápida de hacer cualquier cosa es necesariamente la mejor. El calentador de cama, tan agradable, que la deja toda caliente como una tostada y lista para entrar en ella de un salto, ha cedido su sitio a la bolsa de agua térmica —pringosa, poco satisfactoria— tan sólo porque el calentador de cama es molesto de subir por las escaleras y debe limpiarse a diario.

Hay gente que, obsesionada con el «funcionalismo», dejaría todas las habitaciones de la casa igual de desnudas, limpias y prácticas que las celdas de una cárcel. No se paran a pensar que una casa está hecha para vivir en ella y que, por tanto, las distintas habitaciones han de tener distintas características: la cocina, utilidad; los cuartos de baño, buena temperatura, y el salón, un ambiente acogedor (algo que en este país exige un fuego de carbón bien generoso unos siete meses al año).

No pretendo negar que el fuego de carbón tiene sus inconvenientes, especialmente en estos días de periódicos enanos. Más de un comunista acérrimo se ha visto obligado, contra todos sus principios, a pasarse a un diario capitalista

sencillamente porque el *Daily Worker* no es lo bastante ancho para encender un fuego.

Luego está el buen rato que un fuego tarda hasta que empieza a tirar por la mañana. Sería una buena idea, cuando se construyan las nuevas casas, dotar a cada chimenea de lo que solía llamarse «sopladero», es decir, una hoja metálica de quita y pon que se puede usar para crear corriente. Funciona de lejos mejor que un fuelle.

Pero incluso el peor fuego, hasta un fuego que te eche todo el humo en la cara y haya que atizar constantemente, será mejor que ninguno.

En prueba de lo cual, imaginemos qué triste sería pasar la Nochebuena, como la familia del héroe supereficiente de Arnold Bennett en su novela *The Card*, ¡sentados en torno a un radiador dorado!

LA POLÍTICA Y LA LENGUA INGLESA

Payments Book, 11 de diciembre de 1945; *Horizon*, abril de 1946

La mayoría de quienes tienen alguna preocupación por el asunto, reconocerán que la lengua inglesa goza de una pésima salud, aunque, en general, se da por sentado que no hay acción consciente que pueda remediarlo. Nuestra civilización está en decadencia, y nuestra lengua, según este argumento, participa inevitablemente del desplome general. De ahí se sigue que cualquier lucha contra el mal uso de la lengua sea un arcaísmo sentimental, como preferir las velas a la luz eléctrica o los carromatos a los aviones. En todo ello subyace la creencia, más o menos consciente, de que la lengua es fruto de un desarrollo constante y natural, no un instrumento con el que damos forma a nuestras intenciones.

Es evidente que la decadencia de una lengua ha de tener, en definitiva, una serie de causas políticas y económicas; no se debe simplemente a la mala influencia de tal o cual escritor. No obstante, un efecto puede tornarse causa y reforzar la causa original, dando lugar al mismo efecto, sólo que de forma intensificada, y así hasta la saciedad. Un hombre puede darse a la bebida porque se considere un fracasado, y fracasar entonces más todavía porque se ha dado a la bebida. Algo parecido está ocurriendo con la lengua inglesa. Se vuelve fea e inexacta porque nuestros pensamientos rayan en la estupidez, pero el desaliño de nuestro lenguaje nos facilita caer en esos pensamientos estúpidos. Lo cierto es que este proceso es reversible. El inglés moderno, en especial su versión escrita, está trufado de hábitos pésimos que se contagian por imitación, y que podrían evitarse siempre y cuando estemos dispuestos a tomarnos las molestias necesarias. Si uno se libra de esos hábitos, podrá pensar con mayor claridad, y esto último es por fuerza un primer paso hacia la regeneración política. Así pues, la lucha contra el mal uso del inglés no es algo frívolo ni una preocupación exclusiva de los escritores profesionales. Volveré luego sobre este punto. Espero que, para entonces, el sentido de lo que acabo de decir haya quedado más claro. Mientras, he aquí cinco ejemplos de la lengua inglesa tal como se escribe hoy.

Son cinco pasajes escogidos no por ser particularmente malos —podría haber citado ejemplos mucho peores sin esforzarme demasiado—, sino porque ilustran varios de los vicios mentales de que ahora adolecemos. Están un poco por debajo de la media, pero son muestras bastante representativas. Los numero para poder hacer referencia a ellos cuando sea necesario:

1) En efecto, no estoy seguro de que no sea cierto afirmar que el Milton que en su día no parecía muy distinto de un Shelley del siglo XVII no se hubiera vuelto, debido a una experiencia cada vez más amarga con cada año que pasaba, más ajeno [*sic*] al fundador de aquella secta jesuita a quien nada le inducía a la tolerancia.

PROFESOR HAROLD LASKI, *Ensayo sobre la libertad de expresión*

2) Sobre todo, no podemos ponernos a jugar al chipichapa con una batería de expresiones autóctonas que receta una egregia colocación de los vocablos, como en inglés básico «put up with» por «tolerate» o «put at a loss» por «bewilder».

PROFESOR LANCELOT HOGBEN, *Interglossa*

3) Por una parte, nos encontramos la libre personalidad; por definición, no es neurótica, pues no contiene conflicto ni sueño. Sus deseos, tal como se dan, son transparentes, pues son precisamente lo que la aprobación institucional mantiene en el primer plano de la conciencia. Otro patrón institucional alteraría su cantidad y su intensidad; en ellos hay poco que sea natural, irreductible o culturalmente peligroso. Por otra parte, el vínculo social en sí mismo no es más que el mutuo reflejo de esas integridades seguras por sí mismas. Recuérdese la definición [que dimos] del amor. ¿No es esta la imagen misma de un académico de poca monta? ¿Qué lugar podrá tener, en esta sala de espejos, ya sea la personalidad, ya sea la fraternidad?

Ensayo sobre psicología publicado en
Politics (revista mensual de Nueva York)

4) Todos los «más notables» de los clubes para caballeros, y todos los furibundos capitanes del fascismo, aunados en un odio común hacia el socialismo, bestialmente horrorizados ante la marea creciente del movimiento revolucionario de las masas, han recurrido a actos de provocación, a un infecto afán incendiario, a las leyendas medievales de los pozos envenenados, para dar carta de naturaleza a su destrucción de las organizaciones proletarias, así como para inflamar en la pequeña burguesía un fervor chovinista, en nombre de la lucha contra la vía revolucionaria para hallar salida a la crisis.

Panfleto comunista

5) Si es preciso infundir en esta vieja nación un espíritu nuevo, hay una reforma espinosa y conflictiva que es preciso abordar, y no es otra que la humanización y galvanización de la BBC. Aquí, toda muestra de timidez será reveladora de un cáncer y de una atrofia del alma. Es posible que el corazón de Gran Bretaña sea sólido y lata con fuerza, por ejemplo, pero el rugido del león británico es a día de hoy como el de Bottom en *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, es decir, tan dulce como el zureo de una paloma. Una Gran Bretaña nueva y viril no puede seguir indefinidamente traduciéndose a los ojos, o más bien a los oídos, del mundo, mediante la afeminada languidez que prima en Langham Place [sede de la BBC], que tiene el descaro de ampararse, o más bien enmascararse, tras el marchamo de «inglés estándar». Cuando resuena *La Voz de Gran Bretaña* a las nueve en punto, ¡mucho mejor y menos ridículo sería oír que no se aspiran las haches [muestra de pronunciación vulgar] antes que soportar los rebuznos remilgados, altisonantes y cohibidos de institutriz mojigata con que maúllan las timoratas e inmaculadas doncellas!

Carta de un lector publicada en *Tribune*

Cada uno de estos pasajes contiene sus propias faltas, pero al margen de la fealdad evitable hay dos cualidades comunes a todos ellos. La primera es el rancio anquilosamiento de la imaginería; la segunda, la falta de precisión. El autor de cada uno, o bien parte de una idea que no consigue expresar, o bien ha dicho, por inadvertencia, algo distinto de lo que pretendía, o bien le es indiferente lo que puedan significar o no sus palabras. Esta mezcolanza de vaguedad y de incompetencia manifiesta es la característica más acusada de la moderna prosa en inglés, y, muy en

especial, de cualquier escrito político. Tan pronto como se plantean determinados temas, lo concreto da paso a lo abstracto y nadie parece capaz de dar con giros lingüísticos que no sean de lo más trillado; la prosa consiste cada vez menos en palabras escogidas en aras de su sentido, y cada vez más en expresiones y frases ensambladas como si fueran las piezas de un gallinero prefabricado. A continuación doy, con notas y ejemplos, una lista de trucos habituales en la construcción de la mala prosa:

Metáforas moribundas. Una metáfora novedosa sirve de ayuda al evocar una imagen visual, mientras que una metáfora técnicamente «muerta» (por ejemplo, «férrea resolución») ha regresado, en efecto, al estatus de palabra corriente, y puede por lo común emplearse sin que se pierda viveza. Pero entre ambas especies hay un enorme basural de metáforas desgastadas, que han perdido todo poder de evocación y que se emplean sólo porque le ahorran al usuario la molestia de inventar una expresión nueva. Ejemplos: «ring the changes on» [literalmente, «repicar los cambios»; «introducir variaciones»], «take up the cudgel for» [*cudgel*: «garrote», «porra»; «romper una lanza en favor de»], «toe the line» [literalmente, «tocar la raya con la punta del pie»; «acatar la disciplina»], «ride roughshod over» [literalmente, «pisotear con suela dura»; «despreciar», «hacer caso omiso», «atropellar»], «stand shoulder to shoulder with» [«caminar hombro con hombro con»], «play into the hands of» [«hacerle el juego a»], «no axe to grind» [literalmente, «sin hacha que afilar»; «no tener interés personal en»], «grist to the mill» [literalmente, «molienda para la muela»; «todo viene bien», «nada cae en saco roto»], «fishing in troubled waters» [«a río revuelto, ganancia de pescadores»], «rift within the lute» [literalmente, «una grieta en el laúd»; «cualquier pequeño defecto»], «on the order of the day» [«al orden del día»], «Achilles' heel» [«talón de Aquiles»], «swan song» [«canto del cisne»], «hotbed» [«hervidero», «caldo de cultivo»]. Muchas se emplean sin ni siquiera conocer su sentido (¿qué es un *rift* [«grieta», «mácula», «desconchón»; la palabra es arcaica], por ejemplo?), y es frecuente la mezcla de metáforas incompatibles, síntoma inequívoco de que al autor no le interesa demasiado lo que está diciendo. Algunas metáforas hoy habituales se han retorcido de tal modo que nada tienen que ver con su significado original, pero sin que quienes las emplean sean conscientes de ese desplazamiento. Por ejemplo, «toe the line» se escribe a veces «tow the line» [«tirar de un cabo», «remolcar»]. Otro ejemplo: «the hammer and the anvil» [«el martillo y el yunque»], que hoy se emplea siempre para indicar que el yunque lleva la peor parte. En la vida real, es el yunque el que siempre rompe el martillo, nunca al revés; cualquier escritor que se pare a pensar en lo que está diciendo se dará cuenta de ello, y evitará la perversión de la expresión original.

Operadores o *complementos falsos*. Ahorran la molestia de escoger los verbos y los sustantivos adecuados y, al mismo tiempo, rellenan la frase con sílabas adicionales

que le dan una apariencia de mayor simetría. Ejemplos característicos: «tornar inoperante», «militar en contra», «trabar contacto con», «estar sujeto a», «dar lugar a», «dar pie a», «tener el efecto de», «desempeñar un papel importante en», «dejarse sentir», «surtir efecto», «mostrar tendencia a», «servir al propósito de», etcétera, etcétera. En vez de emplearse una sola palabra, como «romper», «detener», «estropear», «arreglar», «matar», el verbo se convierte en una frase hecha, compuesta por un sustantivo o un adjetivo adheridos a verbos que sirven prácticamente para cualquier cosa, como «probar», «servir», «formar», «desempeñar», «tornar». Asimismo, la voz pasiva se emplea siempre que es posible, prefiriéndose de largo a la voz activa, y se usan construcciones nominales en vez de las construcciones con gerundio: «mediante el examen de» en lugar de «examinando». La gama de los verbos se reduce más, si cabe, por medio del sufijo *-izar* [*-ize*] y del prefijo *de-*, *des-* [*de-*]; a muchas afirmaciones banales se les da cierto aire de profundidad por medio de la formación «no sin» [«not un-»]. Las conjunciones y preposiciones sencillas dan paso a formaciones tales como «con respecto a», «con relación a», «el hecho de que», «a fuerza de», «a la vista de», «en aras de», «en el supuesto de que». Y los finales de las frases se salvan de un anticlímax mediante el uso de tópicos tan resonantes al estilo de «como es muy de desear», «no puede dejar de tomarse en cuenta», «un desarrollo que es de esperar se produzca en un futuro inmediato», «merecedor de una seria consideración», «llevado a una conclusión satisfactoria», etcétera, etcétera.

Dicción pretenciosa. Palabras como «fenómeno», «elemento», «individuo», «objetivo», «categórico», «efectivo», «virtual», «básico», «primario», «promover», «constituir», «exhibir», «explotar», «instrumentar», «erradicar» o «purgar» se emplean para aliñar afirmaciones más bien insulsas y dar un aire de imparcialidad científica a juicios sesgados. Expresiones como «que hará época», «épico», «histórico», «inolvidable», «triunfante», «secular», «inevitable», «inexorable» o «legítimo» se emplean para dignificar el sórdido proceder de la política internacional, mientras que cualquier texto escrito que aspire a glorificar la guerra adquiere por lo común un tono arcaizante, siendo sus términos más asiduos «reino», «trono», «cuadriga», «mano férrea», «tridente», «espada», «escudo», «rodela», «estandarte», «yugo», «clarín». Las palabras y expresiones extranjeras, como «cul de sac», «ancien régime», «deus ex machina», «mutatis mutandis», «statu quo», «Gleichschaltung» o «Weltanschauung», se emplean para dar un aire culto y elegante al texto escrito. Salvo algunas abreviaturas útiles, como «i. e.», «e. g.» y «etc.», no existe ninguna verdadera necesidad de incorporar palabras extranjeras que hoy son corrientes en inglés. Los malos escritores, y en especial los científicos, políticos y sociólogos, suelen estar convencidos de que las palabras de extracción griega o latina son más grandiosas que las de origen anglosajón, y hay palabras innecesarias,[*] como «expedite» [«acelerar»], «ameliorate» [«mejorar»], «predict» [«predecir»], «extraneous» [«extrínseco», «superfluo»], «deracinated» [«desarraigado»],

«clandestine» [«clandestino»] o «sub-aqueous» [«subacuático»], que de continuo ganan terreno sobre sus opuestos de raíz anglosajona.[29] La jerga particular de los escritos marxistas («hyena» [«hiena»], «hangman» [«verdugo»], «cannibal» [«caníbal»], «petty bourgeois» [«pequeñoburgués»], «these gentry» [«terratenientes»], «lackey» [«lacayo»], «flunkey» [«esbirro»], «mad dog» [«perro rabioso»], «White Guard» [«guardia blanca»], etcétera) consta, sobre todo, de calcos traducidos del ruso, del alemán o del francés. La forma habitual de acuñar un vocablo nuevo es recurrir a la raíz griega o latina con un afijo apropiado y, si es necesario, con la formación verbal *-ize*. A menudo, es más fácil acuñar palabras de este jaez: «deregionalize», «impermissible», «extramarital», «non-fragmentary», etcétera [«desregionalizar», «impermisible», «extramarital», «no-fragmentario»], que encontrar las palabras inglesas que servirían para decir lo mismo. El resultado de todo ello, en general, es un incremento notable de la vaguedad y el desaliño.

Palabras carentes de significado. En determinados tipos de lenguaje escrito, en particular en la crítica de arte y en la crítica literaria, es muy normal topar con largos pasajes que casi por completo carecen de significado.[30] Palabras como «romántico», «plástico», «valores», «humano», «muerto», «sentimental», «natural» o «vitalidad», tal como se emplean en la crítica de arte, carecen estrictamente de significado, en el sentido de que no sólo no remiten a ningún objeto que sea posible descubrir, sino que prácticamente tampoco se espera que el lector lleve a cabo esa tarea de descubrimiento. Cuando un crítico escribe, por ejemplo, que «la cualidad más sobresaliente en la obra de X es su viveza», mientras que otro señala, también por escrito, que «lo que más llama la atención en la obra de X es su particular falta de vida», el lector lo acepta y lo toma por una mera diferencia de parecer. Si entrasen en juego palabras como «blanco» y «negro» en vez de «muerto» y «vivo», que son palabras de jerga, al punto se daría cuenta de que el lenguaje se emplea ahí de un modo indebido. Existe un abuso similar de muchos vocablos políticos. La palabra «fascismo» no tiene ahora significado propio, salvo en la medida en que signifique «algo que no es deseable». Las palabras «democracia», «socialismo», «libertad», «patriótico», «realista» o «justicia» tienen todas ellas varios sentidos diferentes e irreconciliables entre sí. En el caso particular de una palabra como «democracia», no sólo no existe una definición consensuada, sino que cualquier intento por establecerla halla resistencia por todos lados. Se percibe de un modo casi universal que cuando decimos de un país que es democrático lo estamos elogiando; por consiguiente, los defensores de toda clase de regímenes afirman que el suyo es una democracia, y temen verse obligados a dejar de usar la palabra en el caso de que a esta se le diera otro significado. Las palabras de este tipo se emplean a menudo de una manera conscientemente deshonesta. Dicho de otro modo: la persona que las emplea tiene su definición personal, pero permite que su interlocutor crea que quiere decir algo muy distinto. Afirmaciones como «El mariscal Pétain era un verdadero patriota» o «La

prensa soviética es la más libre del mundo», e incluso «La Iglesia católica se opone a toda persecución», se plasman sobre el papel, casi siempre, con intenciones engañosas. Otras palabras que se emplean con un significado variable, casi siempre con mayor o menor falta de honestidad, son «clase», «totalitario», «ciencia», «progresista», «reaccionario», «burgués», «igualdad».

Una vez confeccionado este catálogo de estafas y perversiones, permítaseme dar otro ejemplo del tipo de texto al que conducen. Esta vez ha de ser un ejemplo imaginario. Voy a traducir un pasaje de inglés excelente a un inglés moderno de la peor calaña. He aquí un fragmento conocido de sobra, tomado del Eclesiastés:

Torneme, y vi debajo del sol que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes la gracia, mas que tiempo y ocasión acontecen a todos.[*]

He aquí el mismo fragmento modernizado:

> La consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos obliga la conclusión de que el éxito o el fracaso en las actividades competitivas no exhiben una tendencia clara a corresponderse con la capacidad innata, sino que es preciso tener invariablemente muy en cuenta un elemento no desdeñable de imprevisibilidad.[*]

Se trata de una parodia, pero no es descabellada. El ejemplo 3) antes citado, sin ir más lejos, contiene varias incrustaciones del mismo tipo de inglés. Se notará que no he realizado una traducción completa. El comienzo y el final de la frase se pliegan estrechamente al sentido del original, aunque las ilustraciones concretas del medio —la carrera, la guerra, el pan— se disuelven en esa vaga expresión, «el éxito o el fracaso en las actividades competitivas». Así tenía que ser, porque ningún escritor moderno, del tipo de los que aquí reseño —es decir, nadie capaz de emplear una expresión como «la consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos»—, presentará jamás sus pensamientos de esa manera precisa y detallada. Analicemos más a fondo las dos frases. La primera contiene cuarenta y nueve palabras y sólo sesenta sílabas, y las palabras que emplea son cotidianas, mientras que la segunda contiene treinta y ocho palabras, pero noventa sílabas; diez de los vocablos son de raíz latina y uno es de extracción griega.[*] La primera frase contiene seis imágenes visuales muy claras, y una sola expresión («tiempo y ocasión») que podría considerarse imprecisa. La segunda no contiene una sola expresión que tenga frescura, que deslumbre, y, a pesar de las noventa sílabas, sólo representa una versión abreviada del sentido que se contiene en la primera. Ahora bien, sin ninguna duda es esta segunda clase la que va ganando terreno en el inglés moderno. No quisiera exagerar. Esta clase de texto aún no es universal, y brotes de sencillez seguirán apareciendo aquí y allá, hasta en las páginas peor escritas. Sin embargo, si usted, lector, o yo tuviéramos que escribir unas líneas sobre la incertidumbre de la fortuna

humana, seguramente nos acercaríamos mucho más a mi frase imaginaria que a la frase del Eclesiastés, 9: 11.

Tal como he tratado de demostrar, la moderna lengua escrita en su peor vertiente no consiste en escoger las palabras en aras de su significado ni en inventar imágenes para que el sentido quede más claro. Consiste en pegar unas con otras largas retahílas de palabras que ya están acuñadas como tales, que otros han puesto en orden, y ofrecer un resultado presentable por medio de patrañas y embauques. El atractivo que tiene este tipo de escritura es que resulta muy fácil. Es más fácil —y más veloz, cuando se tiene la costumbre— decir: «A mi juicio, no es una suposición injustificable…», que decir: «Pienso que…». Cuando se utilizan frases hechas a medida, no sólo no es preciso buscar la palabra idónea, sino que tampoco lo es preocuparse por el ritmo de la frase, toda vez que estas frases están por lo común dispuestas de modo que resulten más o menos eufónicas. Cuando uno escribe con prisas —cuando dicta a una taquígrafa, por ejemplo, o cuando redacta un discurso—, es natural caer en ese estilo pretencioso y latinizante. Remoquetes como «una consideración que haríamos bien en tener muy presente» o «una conclusión con la que todos estaremos enseguida de acuerdo» salvan muchas frases de ese descenso de tono a menudo ineludible. Al emplear metáforas rancias, símiles y frases anquilosadas, uno se ahorra mucho esfuerzo mental, aun a costa de que el sentido de lo dicho le resulte vago y difuso no ya al lector, sino también a uno mismo. Ese es el sentido que tienen las metáforas mezcladas e incompatibles. Cuando hay un choque de imágenes —por ejemplo, en «El pulpo fascista ha entonado su canto del cisne, el yugo [opresor] ha sido arrojado al crisol»—, podemos estar seguros de que el escritor no ha percibido una imagen mental clara de los objetos que enumera. Dicho de otro modo, no piensa. Véanse los ejemplos que aduje al principio de este ensayo. El profesor Laski (1) emplea cinco negaciones en cincuenta y tres palabras. Una de ellas es superflua, y convierte todo el pasaje en algo ininteligible o en mera paparrucha; además, incurre en un patinazo verbal al escribir «ajeno» [«alien»] por «afín» [«akin»], acentuando así la ininteligibilidad, por no hablar de varias torpezas gratuitas que incrementan la vaguedad general de la muestra. El profesor Hogben (2) juega al chipichapa con una batería de expresiones capaces de extender recetas, y, si bien desaconseja una expresión tan cotidiana como «put up with», parece reacio a consultar en el diccionario qué significa «egregia». En 3), si uno adopta una actitud poco o nada caritativa, sólo se capta una total ausencia de sentido; es probable que se pudiera entender el sentido que se pretendía comunicar leyendo la totalidad del artículo del que está tomado el ejemplo. En 4), el autor, más o menos, sabe qué pretende decir, pero la acumulación de expresiones revenidas y anquilosadas lo sofoca tal como las hojas del té atascan el desagüe del fregadero. En 5), las palabras y su sentido prácticamente se han despedido para siempre unas del otro. La gente que escribe de este modo, por lo común, trata de comunicar un significado de índole emocional; les desagrada una cosa y desean expresar su solidaridad con otra, pero no

se toman la molestia de descender al detalle de lo que dicen. Un escritor más escrupuloso se preguntará ante cada una de sus frases, al menos, cuatro cosas: ¿qué trato de decir?; ¿con qué palabras puedo expresarlo?; ¿qué imagen o frase hecha lo dirá más claro?, y, por último, ¿tiene esta imagen la frescura suficiente para causar en el lector el efecto deseado? Y aun es probable que se formule otras dos: ¿podría decirlo de manera más sucinta?, y ¿he dicho algo que tenga una fealdad evitable? Nadie tiene la obligación de tomarse tantas molestias, por descontado. Se puede esquivar todo ello abriendo de par en par la mente, sin más, y dejando que entren en tropel todas las expresiones hechas. Ellas serán las que construyan las frases sin esfuerzo. Es más: pensarán por sí solas, ahorrándonos las molestias, al menos hasta cierto punto, y, cada vez que sea necesario, nos prestarán el importante servicio de ocultar parcialmente lo que uno quiere decir, disimulándolo, incluso, para uno mismo. Es aquí donde la especial relación existente entre la política y el envilecimiento del lenguaje resulta obvia.

En nuestra época es una verdad muy extendida que los textos políticos son escritos de mala calidad. En los casos en que eso no sea verdad, por lo común se descubrirá que el escritor es una especie de rebelde, que expresa sus opiniones particulares en vez de plegarse a la «línea del partido». La ortodoxia, sea del color que sea, parece exigir un estilo inerte, puramente imitativo. Los idiolectos políticos que se hallan en panfletos, artículos de opinión, manifiestos, libros blancos o en los discursos de los subsecretarios varían, como es natural, de un partido a otro, pero todos son iguales, por cuanto casi nunca se halla en ellos un giro expresivo realmente fresco, vívido, original. Cuando uno observa a un plumífero cansado que ha subido al estrado de turno y que mecánicamente repite las mismas frases de siempre —«atrocidades bestiales», «mano férrea», «tiranía sangrienta», «pueblos libres del mundo», «caminar hombro con hombro»—, tiene a menudo la curiosa sensación de no estar viendo a un ser humano, sino a una especie de monigote de feria, y esa sensación se refuerza en las ocasiones en que la luz se prende en las lentes del orador y las convierte en dos discos opacos tras los cuales parece que ni siquiera hubiera unos ojos. Y no es producto de la imaginación. Un orador que recurre a tal fraseología ha recorrido un buen trecho del camino para convertirse en una máquina. De su laringe brotan los sonidos apropiados, pero su cerebro no participa en la operación, o no, al menos, tal como sucedería si estuviera eligiendo él mismo sus palabras. Si el discurso que pronuncia es uno que está acostumbrado a repetir una y mil veces, tal vez sea incluso absolutamente inconsciente de lo que dice, como sucede cuando uno pronuncia los responsos en la iglesia. Y ese estado de conciencia reducida, si no indispensable, es cuando menos propicio a la conformidad política.

En nuestro tiempo, el discurso oral y el discurso escrito de la política son, en gran medida, la defensa de lo indefendible. Hechos como la prolongación del dominio colonial británico en la India, las purgas y deportaciones de Rusia o el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón pueden, sin duda, defenderse, pero sólo mediante

argumentos que son demasiado brutales para la mayoría de los seres humanos, y que tampoco casan con los objetivos expresos de los partidos políticos. Por eso, el lenguaje de la política ha de consistir, sobre todo, en eufemismos, en interrogantes, en mera vaguedad neblinosa. Se bombardean aldeas indefensas desde el aire, sus habitantes son expulsados al campo, se ametralla al ganado y se pega fuego a las chozas con balas incendiarias; a esto se le llama «pacificación». Se despoja a millones de campesinos de sus parcelas cultivadas y se les envía a pie por la carretera, provistos tan sólo de lo que puedan llevar encima; a esto se le llama «desplazamiento de habitantes» o «rectificación de las fronteras». Se encarcela a las personas durante años, sin juicio previo, o se les pega un tiro en la nuca, o se las manda a morir de escorbuto en los campos de trabajos forzados del Ártico; a esto se le llama «eliminación de elementos en los que no se puede confiar». Semejante fraseología es imprescindible cuando uno ha de llamar a las cosas de un modo que no evoque una imagen mental de ellas. Pensemos, por ejemplo, en un cómodo profesor inglés que defendiera el totalitarismo ruso. No podrá decir a las claras: «Creo que es bueno matar a nuestros adversarios cuando de ello pueden obtenerse buenos resultados». Probablemente, más bien diría algo así:

> Si bien libremente admito que el régimen soviético exhibe determinados rasgos que la persona humanitaria sentirá inclinación a deplorar, debemos, en mi opinión, estar de acuerdo en que un cierto recorte del derecho a la oposición política constituye una concomitancia inevitable en los períodos de transición, y que los rigores que el pueblo ruso ha sido llamado a sufrir han tenido una amplia justificación en la esfera de los logros concretos.

La grandilocuencia del estilo ya es, de por sí, una especie de eufemismo. Sobre la realidad cae una masa de palabras latinas como si fueran una nieve esponjosa, que desdibuja los perfiles y encubre los detalles. El gran enemigo de una lengua clara es la falta de sinceridad. Cuando se abre una brecha entre los objetivos reales que uno tenga y los objetivos que proclama, uno acude instintivamente, por así decirlo, a las palabras largas y a las expresiones más fatigadas, como una sepia que lanza un chorro de tinta. En nuestro tiempo no existe eso que se ha dado en llamar «mantenerse al margen de la política». Cualquier cuestión es política, y la política misma es un amasijo de mentiras, evasivas, estupideces, delirios, odio y esquizofrenia. Cuando el ambiente general empeora, el lenguaje lo acusa. Es muy de suponer —se trata de una conjetura que no puedo verificar por falta de conocimientos suficientes— que el alemán, el ruso y el italiano se han deteriorado en los últimos diez o quince años de resultas de la dictadura.

Ahora bien, si el pensamiento corrompe la lengua, también la lengua puede corromper el pensamiento. Un mal uso del lenguaje puede extenderse mediante la tradición y la imitación, incluso entre aquellas personas que deberían saber que es algo nefasto. El lenguaje vilipendiado y rebajado que he comentado es, en algunos sentidos, muy conveniente. Expresiones como «una suposición que no es injustificable», «deja mucho que desear», «no serviría a un buen fin» o «una

consideración que haríamos bien en tener muy presente» constituyen una tentación continua, una caja de aspirinas que conviene tener siempre a mano. Si se repasa este ensayo, el lector de seguro hallará que una y otra vez he cometido las mismas faltas contra las cuales protesto. En el correo de esta mañana he recibido un panfleto que versa sobre las actuales condiciones en que vive Alemania. El autor me dice que se ha «sentido impelido» a escribirlo. Lo abro al azar; he aquí casi la primera frase que leo: «[Los aliados] tienen una oportunidad no sólo de lograr una transformación radical de la estructura social y política de Alemania, de tal modo que sea posible evitar una reacción nacionalista en la propia Alemania, sino también de sentar los cimientos de una Europa cooperativa y unificada». Téngase en cuenta que «se siente impelido» a escribir; siente, es de suponer, que tiene algo nuevo que decir al respecto, si bien sus palabras, como los caballos de la caballería en respuesta al toque de corneta, se agrupan automáticamente y forman una escuadrilla familiarmente tediosa. La invasión que sufre la mente por parte de las expresiones prefabricadas («sentar los cimientos», «lograr una transformación radical») sólo se puede impedir si uno se mantiene constantemente en guardia frente a ellas y si tiene en cuenta que cada una de ellas anestesia una porción del cerebro.

Dije con anterioridad que la decadencia del lenguaje probablemente es algo que se puede curar. Quienes lo nieguen aducirán, si es que consiguen idear un argumento, que el lenguaje es tan sólo un reflejo de las condiciones sociales existentes, y que no podemos influir en su desarrollo mediante ninguna intervención directa, mediante ningún ajuste de las palabras y las construcciones verbales. Por lo que atañe al tono general o al espíritu de una lengua, tal vez sea cierto, pero no lo es cuando descendemos a los detalles. Las palabras y expresiones más necias a menudo han desaparecido, y no por medio de un proceso evolutivo, sino gracias a la acción consciente de una minoría. Pongo dos ejemplos recientes, «explorar todas las opciones» y «no dejar piedra sobre piedra», dos giros verbales que han desaparecido gracias a las mofas de unos cuantos periodistas. Hay una larga lista de metáforas muy manidas que podrían suprimirse del mismo modo, siempre y cuando fueran suficientes las personas interesadas en acometer esa tarea. También tendría que ser posible reírse a carcajadas ante la construcción «no sin», hasta el punto de acabar con su existencia,[31] y reducir la cantidad de palabras de raíz griega y latina en cada frase, expulsar del uso corriente los giros extranjeros y los términos científicos que no vienen al caso y, en general, restar a la pretensión todo el brillo que tiene. Pero estas son cuestiones menores. La defensa de la lengua inglesa implica mucho más. Quizá sea preferible empezar por anunciar qué es lo que no implica.

De entrada, no tiene nada que ver con expresiones arcaizantes, con la recuperación de palabras y giros obsoletos, ni con el establecimiento de un «inglés estándar» del que no conviene alejarse nunca (al contrario, importa de manera especial prescindir de todas aquellas palabras y giros cuya utilidad haya caducado). No tiene nada que ver con la corrección gramatical y sintáctica, que no poseen la

menor importancia mientras uno se exprese con claridad. No tiene nada que ver con evitar los americanismos, ni con eso que se llama «un buen estilo en prosa». Por otra parte, no tiene nada que ver con la falsa sencillez, con el intento de escribir un inglés coloquial. Tampoco guarda relación con el hecho de preferir siempre el término anglosajón antes que el latino, aunque sí entraña el uso de las palabras más breves, y del menor número posible de ellas, que sirvan para transmitir lo que se desea decir. Lo que ante todo se necesita es dejar que el sentido escoja la palabra, y no a la inversa. En prosa, lo peor que se puede hacer con las palabras es rendirse a ellas. Cuando uno piensa en un objeto concreto, piensa sin palabras; si aspira a describir lo que ha visualizado, probablemente se ponga a rebuscar hasta dar con las palabras exactas que encajen mejor. Cuando uno piensa en algo abstracto, se siente más inclinado a emplear palabras desde el principio, y a menos que haga un esfuerzo consciente por abstenerse, el idiolecto existente entrará a saco y realizará el trabajo que uno iba a hacer, a expensas de desdibujar lo que se quería decir e incluso de trastocarlo. Probablemente sea mejor aplazar el empleo de las palabras todo lo que sea posible, y esclarecer antes el sentido como mejor se pueda, por medio de imágenes y sensaciones. Después se podrán escoger —no sólo aceptar— las expresiones que mejor transmitan el significado, para proceder luego en sentido inverso y decidir qué impresión van a causar en otra persona las palabras que use. Este último esfuerzo mental suprimirá todas las imágenes revenidas, anquilosadas o mezcladas, todas las frases prefabricadas, todas las repeticiones innecesarias, todas las paparruchas y vaguedades. Cierto es que uno, a veces, puede dudar sobre el efecto de un giro o de un vocablo, por lo cual necesita reglas de las que fiarse cuando falle el instinto. Creo que estas son seis reglas que abarcarán casi todos los casos posibles:

1. No utilizar jamás una metáfora, símil u otra figura del discurso que uno suela ver impresa.
2. No utilizar jamás una palabra larga si se puede emplear una corta.
3. Si es posible suprimir una palabra, hacerlo siempre.
4. No utilizar jamás la voz pasiva donde puede emplearse la voz activa.
5. No utilizar jamás un giro extranjero, un término científico, un vocablo de jerga donde pueda emplearse un equivalente del inglés cotidiano.
6. Saltarse siempre cualquiera de estas reglas antes que decir alguna barbaridad.

Estas normas suenan demasiado elementales, y a buen seguro lo son, pero exigen un profundo cambio de actitud en todo el que se haya acostumbrado a escribir en el estilo que hoy está de moda. Es posible cumplirlas todas y seguir escribiendo un inglés pésimo, pero al menos no será posible escribir el tipo de textos que quise representar con las cinco citas que incluí al principio de este artículo.

No he querido considerar aquí el uso literario de la lengua, sino tan sólo la lengua en calidad de instrumento para expresar, no para ocultar ni para ahogar el pensamiento. Stuart Chase y algunos más han estado a punto de afirmar que todo

término abstracto carece de sentido, utilizando la proclama como pretexto para abogar por una especie de quietismo en el ámbito de la política. Como no se sabe qué es el fascismo, ¿cómo puede uno combatir al fascismo? No es preciso tragarse absurdos como este, aunque sí deberíamos reconocer que el caos político de la actualidad está vinculado con el declive del lenguaje y que uno, probablemente, pueda aportar ciertas mejoras comenzando por el plano verbal. Si uno simplifica su inglés, se verá libre de las peores estupideces de la ortodoxia. No puede uno hablar en todos los idiolectos necesarios, y cuando suelte un comentario estúpido, su estupidez le resultará evidente incluso a quien lo haga. El lenguaje político —y, aunque con variaciones, esto es cierto en el caso de todos los partidos, desde los conservadores hasta los anarquistas— está diseñado para que las mentiras suenen a verdad y los asesinatos parezcan algo respetable; para dar aspecto de solidez a lo que es puro humo. Esto no se puede cambiar de un día para otro, pero al menos puede uno cambiar sus hábitos y de vez en cuando, si se ríe y se mofa alto y claro, incluso mandar algunas expresiones desgastadas e inservibles —«la bota y el yugo», el «talón de Aquiles», el «caldo de cultivo», el «crisol», la «prueba del ácido», el «verdadero infierno» y demás grumos de residuo verbal— al cubo de la basura, que es el sitio que les corresponde.

EL ESPÍRITU DEPORTIVO

Tribune, 14 de diciembre de 1945

Ahora que la breve visita del Dinamo de Moscú ha llegado a su fin, es posible decir públicamente lo que muchas personas perspicaces decían en privado antes de que este equipo de fútbol llegara. A saber: que el deporte causa indefectiblemente animadversión, y que si semejante visita resultase tener algún efecto en las relaciones anglosoviéticas sería, como mucho, volverlas un poco peores que antes.

Ni siquiera los periódicos han sido capaces de ocultar el hecho de que al menos dos de los cuatro partidos desembocaron en sentimientos hostiles. En el encuentro con el Arsenal, me dice alguien que estuvo allí, un jugador británico y otro ruso llegaron a las manos y la multitud abucheó al árbitro. El partido con el Glasgow, me informa otra persona, fue como un combate de boxeo desde el principio. Y luego estuvo la controversia, típica de estos tiempos nacionalistas, sobre la alineación del Arsenal. ¿Era realmente una selección nacional inglesa, como aseguraban los rusos, o tan sólo un equipo de la liga, como afirmaban los británicos? Y el Dinamo, ¿dio por concluida su gira de esa forma abrupta para no tener que jugar con una selección nacional inglesa? Como es habitual, cada uno responde a estas preguntas según sus inclinaciones políticas. Aunque con alguna excepción. Observé con interés, como ejemplo de las pasiones virulentas que el fútbol suscita, que el corresponsal deportivo del *News Chronicle*, de orientación rusófila, adoptó la postura antirrusa y defendió que el Arsenal no era una selección nacional inglesa. No cabe duda de que la controversia seguirá resonando durante años en las notas al pie de los libros de historia. Entretanto, el resultado de la gira del Dinamo —en la medida en que haya tenido alguno— habrá sido la generación de nuevas inquinas en ambos lados.

Y ¿cómo podría ser de otra manera? Siempre me quedo asombrado cuando oigo decir a la gente que el deporte crea sentimientos de afecto entre las naciones, y que si los pueblos del mundo pudiesen enfrentarse en partidos de fútbol o críquet, no se sentirían inclinados a enfrentarse en el campo de batalla. Aun no sabiendo por ejemplos concretos (como los Juegos Olímpicos de 1936) que las competiciones deportivas internacionales acaban en orgías de odio, uno podría deducirlo de principios generales.

Casi todos los deportes practicados hoy en día son competitivos. Se juega para ganar, y los partidos tienen poco sentido si no se hace todo por ganar. En un pueblo, donde uno elige equipo y no cabe hablar de sentimientos patrióticos, es posible jugar sólo por la diversión y el ejercicio físico; pero en cuanto surge el tema del prestigio, en cuanto alguien siente que tanto él como algún grupo más amplio perderán su honra

si pierden, se despiertan los instintos combativos más salvajes. Cualquiera que haya jugado aunque sea un partido de patio de colegio lo sabe. A escala internacional, el deporte es realmente un simulacro de guerra. Pero lo más significativo no es el comportamiento de los jugadores sino la actitud del público y, tras este, la de los países, que enloquecen con esas competiciones absurdas y creen de verdad, aunque les dure sólo un rato, que corriendo, saltando y dando patadas a una pelota se demuestra la valía de una nación.

Incluso un deporte tranquilo como el críquet, que exige más refinamiento que fuerza, puede ser causa de gran animadversión, como vimos en la controversia a propósito del lanzamiento *bodyline* y de las tácticas brutales de la selección australiana que visitó Inglaterra en 1921. El fútbol, un deporte en el que todo el mundo acaba maltrecho y cada país tiene un estilo de juego que los extranjeros encuentran injusto, es mucho peor. Lo peor de todo es el boxeo. Uno de los espectáculos más terribles del mundo es un combate entre un boxeador blanco y otro de color ante un público mixto. Pero el público del boxeo siempre es repugnante, y las mujeres en concreto se comportan de tal modo que creo que el ejército no les permite asistir a sus campeonatos. Lo único que puedo decir es que, hace dos o tres años, en un torneo de boxeo entre miembros de la Home Guard y del ejército regular, me pusieron de guardia en la puerta con órdenes de no dejar entrar a mujeres.

En Inglaterra la obsesión por el deporte ya es bastante enfermiza, pero surgen pasiones aún más feroces en países jóvenes donde tanto su práctica como el nacionalismo son fenómenos recientes. En la India o Birmania, en los partidos de fútbol hacen falta fuertes cordones policiales para impedir que el gentío invada el campo. En Birmania he visto a los hinchas de un equipo abrirse paso entre la policía y agarrar al portero del otro equipo en el momento crítico. El primer partido de fútbol importante que se jugó en España, hará unos quince años, terminó en unos disturbios incontrolables. Siempre que surge un fuerte sentimiento de rivalidad, la idea de jugar según las reglas se desvanece. La gente quiere ver a un equipo en lo más alto y al otro humillado, y se olvida de que una victoria lograda con malas artes o por la intervención de la muchedumbre no significa nada. Aunque no intervenga físicamente, el público intenta influir en el partido animando a su equipo y «picando» a los jugadores contrarios con abucheos e insultos. El deporte de élite no tiene nada que ver con el juego limpio. Su vínculo es con el odio, la envidia, la bravuconada, el desprecio de cualquier norma y un gusto sádico por contemplar la violencia; en otras palabras, es como la guerra pero sin disparos.

En vez de toda esa cháchara sobre la rivalidad limpia y sana en los estadios de fútbol y el gran papel de los juegos olímpicos en el acercamiento de las naciones, es más útil indagar en cómo surgió, y por qué, este culto moderno al deporte. La mayoría de los juegos que hoy practicamos son de origen antiguo, pero no parece que el deporte se tomara muy en serio entre la época romana y el siglo XIX. Incluso en los centros docentes privados más exclusivos de nuestro país, su culto no empezó hasta

finales del siglo pasado. El doctor Arnold, a quien suele considerarse el moderno fundador de estos centros, por lo general consideraba que el deporte era una pura pérdida de tiempo. A partir de ahí fue convirtiéndose, principalmente en Inglaterra y Estados Unidos, en una actividad en la que se invertía muchísimo dinero y que lograba atraer multitudes ingentes y suscitar pasiones salvajes, y la infección se fue extendiendo de país en país. Los que mayor difusión han tenido han sido los deportes de confrontación más violentos, el fútbol y el boxeo. Está bastante claro que todo esto guarda relación con el ascenso del nacionalismo, es decir, con esa lunática costumbre moderna de identificarnos con amplios grupos de poder y verlo todo en términos de competición por el prestigio. Además, los juegos organizados tienden a prosperar en comunidades urbanas, donde la gente lleva unas vidas sedentarias, o al menos bastante restringidas, y apenas encuentra ocasión para la creatividad. En las comunidades rurales, los niños y muchachos queman buena parte de su exceso de energía caminando, nadando, tirándose bolas de nieve, subiéndose a los árboles, montando a caballo y practicando diversos deportes que implican crueldad hacia los animales, por ejemplo la pesca, las peleas de gallos o la caza de ratas. En una gran ciudad, en cambio, uno tiene que plegarse a actividades de grupo si quiere dar salida a su fuerza física o a sus instintos sádicos. Al deporte se lo toma en serio en Londres y Nueva York, como se tomaba en serio en Roma y Bizancio; por el contrario, aunque en la Edad Media se practicaba, y probablemente con gran brutalidad, no se mezclaba con la política ni generaba odios entre grupos.

Alguien que quisiera acrecentar el cúmulo ingente de sentimientos hostiles que hay en el mundo hoy en día, difícilmente encontraría mejor manera que organizar una serie de partidos de fútbol entre judíos y árabes, alemanes y checos, indios y británicos, rusos y polacos e italianos y yugoslavos, a los que asistieran cincuenta mil hinchas por cada bando. No estoy insinuando, por supuesto, que el deporte sea una de las principales causas de la rivalidad entre países; el deporte a gran escala creo que es, sencillamente, una secuela más de las causas que han producido el nacionalismo. Pero enviando un equipo de once hombres con el cartel de campeones nacionales a presentar batalla a un equipo rival, y permitiendo que en ambos lados se perciba que el país que resulte derrotado «perderá prestigio», uno sólo consigue empeorar las cosas.

Espero, pues, que en respuesta a la visita del Dinamo no se nos ocurra enviar un equipo británico a la URSS. Si hubiese que hacerlo, lo mejor sería enviar un equipo de segunda fila al que derrotasen sin paliativos, y que no pudiese pretenderse que representa al conjunto de Gran Bretaña. Bastantes causas reales de problemas tenemos ya, y no necesitamos agravarlas animando a unos muchachos a pegarse patadas en la espinilla entre los rugidos de un público fuera de sí.

EN DEFENSA DE LA COCINA INGLESA

Evening Standard, 15 de diciembre de 1945

Hemos oído hablar bastante en años recientes de lo deseable de atraer turistas extranjeros a este país. Es bien sabido que los dos peores defectos de Inglaterra son, desde el punto de vista de un visitante extranjero, lo lúgubres que son nuestros domingos y lo difícil que resulta encontrar un lugar donde sirvan de beber.

Ambos factores se deben a minorías fanáticas a las que habrá que meter en cintura, incluida la promulgación de una buena batería de leyes. Pero hay un punto en el que la opinión pública podría provocar un rápido cambio a mejor; me refiero a la cocina.

Suele decirse, incluso entre los propios ingleses, que nuestra cocina es la peor del mundo. Se supone que no sólo es un desastre sino también imitativa, y llegué a leer hace bien poco, en un libro de un escritor francés, el siguiente comentario: «La mejor cocina inglesa es, por supuesto, sencillamente la cocina francesa».

Pues bien, eso sencillamente no es verdad. Como cualquiera que haya pasado tiempo en el extranjero sabrá, hay toda una serie de exquisiteces que es prácticamente imposible conseguir fuera de los países anglófonos. No cabe duda de que se podría ampliar la lista, pero estos son algunos de los alimentos que yo, personalmente, he buscado en el extranjero y no he logrado encontrar.

En primer lugar, los arenques ahumados (*kippers*), el pastel de Yorkshire (*Yorkshire pudding*), la cuajada de Devonshire (*Devonshire cream*), los *muffins* y los *crumpets*. Luego, una lista de *puddings* que sería interminable si la diese entera; me limitaré a destacar el pudin de Navidad (*Christmas pudding*), la tarta de melaza (*treacle tart*) y los rellenos de manzana (*apple dumplings*). A continuación, una lista igual de larga de *cakes*; por ejemplo, el de ciruela (*dark plum cake*) que servían en Buszard’s antes de la guerra, las pastas de mantequilla (*shortbread*) y los bollos de azafrán (*saffron buns*). También innumerables tipos de galleta, que si bien, por supuesto, existen en otros sitios, suele reconocerse que son mejores y más crujientes en Inglaterra.

Luego están los diversos modos de preparar las patatas típicos de nuestro país. ¿En qué otro lugar asan las patatas bajo la carne, que es con mucho la mejor forma de prepararlas? ¿O los exquisitos pasteles de patata que sirven en el norte de Inglaterra? Y es muchísimo mejor preparar las patatas nuevas a la manera inglesa —es decir, hervidas con menta y luego servidas con un poco de mantequilla o margarina

fundidas— que freírlas, como hacen en la mayoría de los países.

Asimismo, están las diversas salsas típicas de Inglaterra. Por ejemplo, la salsa de pan (*bread sauce*), la de rábano picante (*horseradish sauce*), la de menta (*mint sauce*) y la de manzana (*apple sauce*), por no mencionar la jalea de grosella roja (*red currant jelly*), que es tan deliciosa con cordero como con liebre, y diversos tipos de salsa agridulce, de las que al parecer tenemos más variedad que la mayoría de los países.

¿Qué más? Fuera de nuestras islas, el embutido de asadura de cordero que llamamos *haggis* no lo he visto sino en lata, como tampoco he visto cigalas (*Dublin prawns*), ni mermelada Oxford, ni otras varias clases de compota como la de calabaza (*marrow jam*) o la jalea de zarzamora (*bramble jelly*), ni salchichas comparables a las nuestras.

Luego están los quesos ingleses. Tampoco hay tantos, pero me atrevo a decir que el stilton es el mejor queso del mundo en su género, y el wensleydale no le va demasiado a la zaga. También las manzanas inglesas son excepcionalmente buenas, sobre todo la Cox’s Orange Pippin.

Y, por último, quisiera decir algo en favor del pan inglés. Cualquier pan es bueno, desde las enormes barras judías sazonadas con semillas de alcaravea hasta el pan de centeno ruso color melaza negra, pero, aun así, si existe algo realmente igual de bueno que la parte suave de la corteza de una barra rústica inglesa (me pregunto cuánto tardaremos en volver a ver barras rústicas), yo no lo conozco.

No cabe duda de que algunas de las cosas que acabo de mencionar podrían conseguirse en la Europa continental, exactamente igual que en Londres es posible conseguir vodka o sopa de nido de ave. Pero son autóctonas de nuestras costas, y hay muchísimos lugares donde literalmente jamás han oído hablar de ellas.

Más al sur de —por decir algo— Bruselas no creo que pueda conseguirse pastel de manteca (*suet pudding*). En francés ni siquiera existe una palabra para el tipo preciso de manteca al que alude la voz inglesa «suet». Asimismo, los franceses jamás usan la menta en la cocina, y no usan las grosellas negras más que como base para elaborar bebidas.

Como puede comprobarse, no tenemos motivo alguno para avergonzarnos de nuestra cocina, ni en cuanto a originalidad ni en cuanto a ingredientes. Y, sin embargo, debemos admitir que hay una grave traba desde el punto de vista del visitante extranjero. Se trata de que es prácticamente imposible encontrar buena comida inglesa fuera de las casas particulares. Un trozo rico, sabroso, de pastel de Yorkshire, por ejemplo, es más fácil de encontrar en el hogar inglés más pobre que en un restaurante, que es donde el visitante necesariamente come la mayoría de las veces.

Es un hecho que es muy difícil encontrar restaurantes típicamente ingleses que, además, sirvan buena comida. Los bares por lo general no sirven nada de comer más allá de patatas fritas y sándwiches insípidos. Los restaurantes y hoteles caros imitan casi todos la cocina francesa y tienen la carta en francés, mientras que para comer

rico y barato la tendencia natural es ir a restaurantes griegos, italianos o chinos.

No es verosímil que consigamos atraer turistas mientras siga percibiéndose a Inglaterra como un país de comida mala y ordenanzas municipales incomprensibles. Ahora mismo no podemos hacer demasiado al respecto, pero antes o después el racionamiento llegará a su fin, y entonces será el momento de que nuestra cocina renazca. No es una ley de la naturaleza que cualquier restaurante de Inglaterra deba ser, o bien extranjero, o bien malo; y el primer paso hacia una mejora será una actitud menos resignada por parte del propio público británico.

PROSCRIBAN ESE UNIFORME

Evening Standard, 22 de diciembre de 1945

Hace unas semanas recibí una invitación para cenar (era algún tipo de acto público) con la indicación «ATUENDO INFORMAL».

En un momento como este, en el que «informal» sería un calificativo muy cortés para el tipo de ropa que nos ha quedado a casi todos, esta indicación podría parecer superflua; pero lo que en realidad estaba queriendo decir era, naturalmente, «No es necesario que lleve esmoquin».

Ya hay, por tanto, gente que necesita que le digan esto; quizá incluso gente que con mucho gusto aprovecharía para volver a ponerse camisas almidonadas. Es fácil suponer que pronto recibiré otra invitación que diga «TRAJE DE GALA OPCIONAL», y luego no pasará mucho tiempo antes de que ese deprimente uniforme blanco y negro vuelva a ser, en los teatros, los bailes y los restaurantes caros, igual de obligatorio que hace siete años.

En este momento nadie se compraría —ningún hombre, me refiero— un traje de gala. Sin cupones de ropa de contrabando, sería imposible. Pero no todos los trajes «de vestir» de antes de la guerra han sido pasto de las polillas o han sido reconvertidos en conjuntos de dos piezas para mujeres, y algunos están empezando a resurgir de la oscuridad.

Ha llegado el momento, por tanto, de decidir de una vez por todas si el traje de gala de hombre ha de resucitarse, y si así fuera, de qué forma.

En principio, la ropa de gala es una institución civilizada. Ponerse algo especial para ir a casa de un amigo, o a cualquier tipo de pasatiempo, le refresca a uno y distingue la noche de la parte laborable del día.

Sin embargo, en su versión de antes de la guerra, la ropa de gala era satisfactoria únicamente desde el punto de vista femenino. Una mujer elige un traje de gala con el propósito de ponerse guapa y, si es posible, diferenciarse del resto de las mujeres. Y puede conseguirlo gastando relativamente poco; de ahí que hace ya muchos años el traje de gala de mujer se extendiera a prácticamente todos los estratos sociales.

Para los hombres, en cambio, la ropa de gala ha sido siempre un fastidio, y hasta sus adeptos la han valorado básicamente por esnobismo.

Para empezar, la ropa de gala de hombre es extraordinariamente cara. Comprarse el conjunto completo —frac, esmoquin, gabán negro, zapatos de charol y demás— habría costado como mínimo cincuenta libras incluso a los precios de antes de la

guerra.

Además, como eran prendas caras y se suponía que debían ser todas iguales, llevaban aparejadas toda clase de convenciones triviales que uno no podía descuidar sino a riesgo de que le hiciesen sentir incómodo. Llevar chaleco blanco con esmoquin o camisa sin almidonar con frac, llevar dos pasadores en la pechera de la camisa cuando el resto llevaba sólo uno, o incluso llevar guarnecida la pernera del pantalón con un galón demasiado grueso o demasiado fino, bastaba para hacer de alguien un paria.

Incluso el correcto anudamiento de una corbata de gala requería años de práctica hasta conseguir dominarlo. Todo era, en conjunto, un ritual esnob que amedrentaba al inexperto y repugnaba a quien tuviese una actitud democrática.

En segundo lugar, la ropa de gala de hombre dista mucho de ser cómoda. Una camisa almidonada es un suplicio, y para bailar cuesta imaginarse algo menos apropiado que envolverse la garganta con un cuello alto y rígido que ya a mitad de la noche es un andrajo empapado.

Se trata, por último, de ropa innecesariamente fea. Es toda ella blanca y negra, una combinación de colores que no le queda bien sino a alguien que sea rubio ceniza o a un negro de piel extraordinariamente oscura. Con todo, hay que reconocer que los esmóquines verdes o púrpuras con que a veces hacían acto de presencia algunos espíritus osados no eran mucho mejores. El cambio de color no lograba acabar con esa fealdad general característica de la mayor parte de la ropa que viste el hombre moderno.

Nuestra ropa es fea, y lleva siéndolo casi cien años, porque es mero ensamblaje de cilindros y no sigue las líneas del cuerpo ni saca partido de la caída de las telas. La ropa menos fea suele ser la que se diseña funcionalmente; por ejemplo, un mono de operario o un uniforme de combate que se adapte razonablemente bien al cuerpo.

¿No podríamos desarrollar, pues, un estilo de ropa de gala que diese gusto ponerse y, al mismo tiempo, no tuviese implicaciones esnobs?

No tiene sentido decir: «Que cada uno se ponga lo que prefiera». Para sentirse cómodo, un hombre debe sentir que no es llamativamente distinto del resto de los hombres. Nuestro traje de gala imaginario tendría que ser verdaderamente nacional, como el uniforme de combate, que es casi el mismo para todos los escalafones desde el general hasta el soldado raso. En segundo lugar, tendría que ser barato, y, en tercer lugar, tendría que ser cómodo, es decir, claramente más cómodo, más apropiado para los actos distendidos, que la ropa de diario.

Por último, tendría que ser decorativo, algo que para nada es incompatible con lo barato, como puede verse en cualquier país de Oriente, donde el campesino más pobre es un objeto más grato de mirar, en lo que a su ropa respecta, que el europeo vestido con los atuendos más caros.

Si es que en algún momento hemos de sustraernos mediante un esfuerzo consciente a la fealdad de la vestimenta masculina moderna, ese momento sin duda es

el actual, cuando las existencias son mínimas. Pero si no somos capaces de diseñar una ropa de gala nueva y agradable, procuremos al menos que la antigua, con su vulgaridad, su precio desproporcionado y el suplicio que comporta el andar buscando pasadores perdidos bajo cómodas, no vuelva más.

1946

SON SÓLO TRASTOS, PERO ¿QUIÉN ES CAPAZ DE RESISTIRSE?

«Saturday Essay», *Evening Standard*, 5 de enero de 1946

Decidir cuál es la tienda de viejo más interesante de Londres es cuestión de gustos, o materia de debate, pero podría llevarles a algunas de primera fila en las zonas más sórdidas de Greenwich; en Islington, cerca de The Angel; en Holloway; en Paddington, y en los alrededores de Edgware Road. Con la excepción de un par cerca de Lord's —e incluso estas se encuentran en un tramo de calle que ha entrado en decadencia—, no he visto jamás una tienda de viejo en la que mereciera la pena detenerse que estuviese situada en lo que se conoce como un barrio «bueno».

No hay que confundir una tienda de viejo con una de antigüedades. Una tienda de antigüedades está limpia, los artículos están expuestos de un modo agradable y tasados por aproximadamente el doble de su valor, y una vez dentro acostumbran a acosarnos para que compremos algo.

Una tienda de viejo tiene el escaparate cubierto por una fina película de polvo, el inventario puede incluir literalmente cualquier cosa que no sea perecedera, y el propietario, que suele estar echando una cabezada en la trastienda, no muestra ansia alguna por conseguir una venta.

Además, sus tesoros más preciados son imposibles de descubrir al primer vistazo; hay que desenterrarlos de entre un batiburrillo de soportes de bambú para tartas, cubreplatos de metal de Britania, relojes de bolsillo, libros manoseadísimos, huevos de avestruz, máquinas de escribir de marcas extintas, anteojos sin cristales, decantadores sin tapón, pájaros disecados, pantallas de chimenea, manojos de llaves, cajas de tuercas y tornillos, conchas del océano Índico, hormas de bota, tarros de jengibre de porcelana china y cuadros de vacas de las Tierras Altas de Escocia.

Algunos de los objetos a los que conviene echarles un ojo en las tiendas de viejo son los broches victorianos y los relicarios de ágata u otras piedras semipreciosas. Puede que cinco de cada seis sean horripilantes, pero hay también algunos muy bonitos. Están engastados en plata, o más a menudo en similor, una aleación preciosa que por algún motivo ya no se fabrica.

Otras cosas que merece la pena buscar son las cajas de rapé hechas de papel maché y con la tapa decorada, las jarras de cerámica lustrada, las pistolas de avancarga fabricadas en torno a 1830 y los barquitos metidos en botellas. Se siguen haciendo, pero los antiguos son los mejores, gracias a las líneas elegantes de las

botellas victorianas y el delicado color verde del cristal.

O, también, cajitas de música, jaeces de latón, polvoreras de cobre, tazas de té en conmemoración del Jubileo (por alguna razón, el Jubileo de 1887 generó souvenires mucho más bonitos que el Jubileo de Diamante diez años más tarde) y pisapapeles de cristal con decoraciones en la base. Otros tienen un fragmento de coral en el interior del cristal, pero son siempre formidablemente caros. O quizá nos topemos con un álbum de recortes lleno de láminas de diseños de moda o de flores secas, o incluso, si tenemos una suerte excepcional, con el hermano mayor del libro de recortes, el biombo de recortes.

Los biombos de recortes, hoy en día dificilísimos de encontrar, son sencillamente biombos normales, de madera o de lienzo, cubiertos de recortes coloridos que se pegaban por toda la superficie de tal modo que formaran una composición más o menos coherente. Los mejores datan de alrededor de 1880, pero si compramos uno en una tienda de viejo sin duda estará incompleto, y el mayor encanto de tener uno de esos biombos reside en añadirle recortes nosotros mismos.

Podemos usar reproducciones a color sacadas de revistas de arte, felicitaciones navideñas, postales, anuncios, cubiertas de libros e incluso los cromos que vienen con los cigarrillos. Siempre hay sitio para un recorte más y, si se coloca con cuidado, cualquier cosa puede quedar congruente.

Así, en apenas una sola esquina de mi biombo de recortes, los jugadores de cartas de Cézanne, con una botella negra en el centro, se solapan con una escena callejera de la Florencia medieval, mientras en el otro lado de la calle vemos a una de las isleñas de los Mares del Sur pintadas por Gauguin sentada a orillas de un lago inglés en el que una dama con un vestido de manga jamón rema en una canoa. Todos parecen encajar perfectamente.

Todas estas cosas son curiosidades, pero en las tiendas de viejo también se encuentran objetos útiles.

En una de Kentish Town, más tarde bombardeada, compré una vez una antigua bayoneta francesa, por seis peniques, que prestó servicio durante cuatro años como atizador. Y, durante los últimos años, las tiendas de viejo han sido los únicos lugares donde podían comprarse herramientas de carpintería —una garlopa, por ejemplo— u otros artículos tan útiles como sacacorchos, llaves de reloj, patines, copas de vino, sartenes de cobre y ruedas sueltas de cochecito de bebé.

En algunas tiendas podemos encontrar llaves que encajan en prácticamente cualquier cerradura, y otras están especializadas en cuadros y son por tanto útiles cuando necesitamos un marco. De hecho, he descubierto que, a menudo, la forma más barata de hacerse con un marco es comprar un cuadro y deshacerse del lienzo.

Pero la atracción de las tiendas de viejo no reside únicamente en las gangas que uno puede encontrar, ni siquiera en el valor estético que —siendo generosos— pueden poseer el 5 por ciento de sus artículos. Su encanto consiste en despertar a la urraca que todos llevamos dentro, ese instinto que impulsa a los niños a atesorar

clavos de cobre, muelles de reloj y las canicas que vienen en las botellas de limonada. Para disfrutar en una tienda de viejo no estamos obligados a comprar nada, ni siquiera a sentir el deseo de hacerlo.

Conozco una tienda en Tottenham Court Road en la que, a lo largo de muchos años, nunca he visto una sola cosa que no fuese horripilante; y otra, no muy lejos de Baker Street, donde casi siempre hay algo tentador. La primera me atrae de un modo casi tan poderoso como la segunda.

Otra, en la zona de Chalk Farm, no vende nada más que baratijas de metal antiguo. Hasta donde me alcanza la memoria, sobre las bandejas han estado siempre las mismas herramientas cascadas y los mismos empalmes de tubería de plomo, y, junto a la puerta, los mismos hornillos de gas se caen a pedazos. Nunca he comprado nada allí, ni siquiera he visto nunca nada que sopesara comprar. Sin embargo, me sería del todo imposible pasar por delante sin cruzar la acera y echar un buen vistazo.

LUGARES DE PLACER

Tribune, 11 de enero de 1946

Hace algunos meses, recorté de una revista de papel cuché unos párrafos escritos por una periodista en los que esta describía el centro de placer del futuro. Recientemente había pasado un tiempo en Honolulu, donde los rigores de la guerra no parecían haber sido muy importantes. Sin embargo, «un piloto de transporte… me dijo que, con toda la inventiva desplegada en esta guerra, era una lástima que nadie hubiera descubierto cómo lograr que un hombre cansado y hambriento de vida se relajara, descansara, jugara al póquer, bebiera e hiciera el amor, todo a la vez y durante todo el día, y saliese satisfecho, como nuevo y listo para volver al trabajo». Esto le hizo acordarse de un emprendedor al que había conocido hacía poco y que andaba proyectando un «lugar de placer que cree que tendrá el éxito futuro que tuvieron los canódromos y los salones de baile en el pasado». El sueño del emprendedor es descrito con cierto detalle.

Su anteproyecto reproduce un espacio que se extiende varias hectáreas, cubierto por una serie de techos deslizantes —puesto que el clima británico es impredecible— y con una zona central ocupada por una inmensa pista de baile hecha de plástico translúcido que puede iluminarse desde abajo. A su alrededor se agrupan otros espacios funcionales, en diferentes niveles. Hay bares y restaurantes en terrazas que dominan el panorama de tejados de la ciudad, y réplicas a pie de calle. Un sinfín de boleras. Dos lagos azules: uno, agitado periódicamente por olas, para los nadadores vigorosos; el otro, un estanque estival y en calma, para los bañistas de recreo. Hay focos sobre los lagos que simulan una luz solar de pleno verano para los días en que los techos no estén abiertos a un sol ardiente en el cielo despejado. Hay hileras de hamacas donde la gente puede tumbarse, con gafas de sol y bañador, y empezar a coger color, o intensificar su bronceado bajo una lámpara de rayos.

La música se filtra a través de cientos de rejillas conectadas a un escenario distribuidor central, donde tocan orquestas sinfónicas o de baile, o puede sintonizarse, amplificarse y difundirse un programa de radio. Fuera, hay dos aparcamientos para mil coches. Uno, gratis. El otro, un autocine al aire libre en el que los coches hacen cola para pasar por taquilla y la película es proyectada en una pantalla gigante frente a una fila de automóviles. Los asistentes uniformados atienden los coches, ofrecen ventilación y agua gratuitas, y venden gasolina y aceite. Las chicas, vestidas con pantalones de satén blanco, toman nota de los pedidos y sirven en bandejas los platos y bebidas del bufet.

Siempre que uno oye expresiones como «lugar de placer», «centro de placer» o

«ciudad de placer», resulta difícil no acordarse de los citadísimos primeros versos del poema «Kubla Khan» de Coleridge:

> *En Xanadú ordenó construir Kubla Khan*
> *una majestuosa cúpula de placer:*
> *allí donde Alfa, el río sagrado, fluye*
> *a través de cavernas insondables para el hombre*
> *hasta llegar a un mar sin sol.*
> *Así fue que dos veces cinco millas de tierra fértil*
> *con muros y torres fueron cercadas:*
> *y había jardines que destellaban con arroyos sinuosos*
> *en los que florecían los árboles de incienso;*
> *y había bosques antiguos como las colinas,*
> *envolviendo los soleados claros de verdor.*[*]

Sin embargo, como podemos ver, Coleridge lo entendió todo al revés. La cosa suena un poco falsa nada más empezar, con todo eso de los ríos «sagrados» y las cavernas «insondables». En manos del emprendedor anteriormente mencionado, el proyecto de Kubla Khan se habría convertido en algo bastante diferente. Las cavernas, con aire acondicionado, una iluminación discreta y el interior rocoso original enterrado bajo capas de plástico deliciosamente colorido, quedarían convertidas en una serie de grutas tetería al estilo moro, caucásico o hawaiano. A Alfa, el río sagrado, le pondrían diques para crear un lago de aguas climatizadas, mientras que el mar sin sol estaría iluminado desde abajo con luces rosas y la gente lo recorrería a bordo de auténticas góndolas venecianas equipadas todas ellas con su propio aparato de radio. Despejarían esos bosques y esos «claros de verdor» a los que se refería Coleridge para dejar paso a las canchas de tenis con cúpulas de cristal, una glorieta de músicos, una pista de patinaje sobre ruedas y tal vez un campo de golf de nueve hoyos. En resumen, sería todo lo que un hombre «hambriento de vida» pudiera desear.

No me cabe duda de que, por todo el mundo, centenares de centros de placer similares al que hemos descrito están ahora mismo siendo proyectados, y quizá incluso en construcción. Es poco probable que se finalicen —los acontecimientos mundiales se encargarán de ello—, pero representan con bastante fidelidad la idea de placer que tiene el hombre civilizado moderno. Algo por el estilo se ha conseguido ya parcialmente en los más espléndidos salones de baile, cines, hoteles, restaurantes y transatlánticos de lujo. En un crucero de placer, o en los complejos de cinco pisos de la cadena de restaurantes Lyons, ya podemos ver algo más que un atisbo de este futuro paraíso. Si lo analizamos, sus características principales son estas:

a) Uno nunca está solo.

b) Uno nunca hace nada por sí mismo.

c) Uno nunca tiene a la vista ninguna clase de vegetación silvestre u objetos naturales.

d) La luz y la temperatura están siempre reguladas de modo artificial.

e) Uno nunca está fuera del alcance de la música.

La música —y, a ser posible, debería ser la misma para todo el mundo— es el ingrediente más importante. Su función es la de impedir la reflexión y las conversaciones y suprimir cualquier sonido natural, como el canto de los pájaros o el silbido del viento, que de otro modo se inmiscuirían. Infinidad de gente usa ya de forma consciente la radio con este propósito. En muchísimos hogares ingleses la radio no se apaga nunca, literalmente, aunque se la manipula de vez en cuando para asegurarse de que sólo salga de ella música ligera. Conozco a gente que deja la radio sonando durante toda la comida y que, al mismo tiempo, sigue hablando justo lo bastante alto como para que las voces y la música se anulen mutuamente. Esto se hace con un claro propósito. La música impide que la conversación se torne seria o incluso coherente, mientras que el parloteo de las voces imposibilita que uno escuche la música con atención y evita así la aparición de esa cosa tan temida: el pensamiento. Y es que:

Las luces no deben apagarse nunca,
La música siempre debe sonar,

…

No sea que veamos dónde estamos,
Perdidos en un bosque encantado,
Niños asustados de la noche
Que nunca han sido buenos ni felices.[*]

Es difícil no tener la sensación de que el objetivo inconsciente de la mayoría de los complejos de placer típicos de hoy en día es un retorno al útero, ya que allí la temperatura también estaba siempre regulada, y uno nunca estaba solo, ni veía la luz del sol, ni tenía que preocuparse por trabajar, o por comer, y sus pensamientos, si había alguno, quedaban ahogados por el latido rítmico y continuo.

Si nos fijamos en la concepción tan diferente que tenía Coleridge de la «cúpula del placer», veremos que giraba, en parte, en torno a jardines y, en parte, en torno a cavernas, ríos, bosques y montañas con «profundas y románticas simas»; en resumen, más o menos a eso que llamamos naturaleza. Pero esa idea de admirar la naturaleza, de sentir una especie de reverencia religiosa al contemplar glaciares, desiertos o cascadas, está ligada al sentimiento de pequeñez y debilidad del hombre frente al poder del universo. En parte, la luna es hermosa porque no podemos alcanzarla, el mar es imponente porque nunca estamos seguros de poder cruzarlo a salvo. Incluso el placer que extraemos de una flor —y esto se aplica incluso al botánico que sabe todo lo que se puede saber de una flor— reside, en parte, en una sensación de misterio. Pero, mientras tanto, el poder del hombre sobre la naturaleza crece de forma

constante. Con la ayuda de la bomba atómica podríamos literalmente mover montañas; podríamos incluso, según dicen, alterar el clima de la Tierra derritiendo los casquetes polares e irrigando el Sáhara. ¿No hay, por tanto, algo de sentimental y oscurantista en el hecho de preferir el canto de los pájaros a la música *swing* o de querer dejar unos cuantos toques silvestres aquí y allá en lugar de cubrir toda la superficie de la Tierra con una red de *Autobahnen* iluminadas por luz solar artificial?

Esta pregunta sólo surge porque, al explorar el universo físico, el hombre no ha hecho intento alguno de explorarse a sí mismo. Gran parte de lo que pasa por ocio no es más que un esfuerzo para destruir la conciencia. Si uno empezara por preguntarse «¿qué es el hombre?», «¿cuáles son sus necesidades?», «¿cuál es la mejor manera que posee de expresarse?», descubriría que tener simplemente el poder de evitar el trabajo y de vivir toda la vida, desde que nace hasta que muere, bajo luces eléctricas y al son de música enlatada no es una razón para ello. El hombre necesita calidez, socialización, ocio, comodidad y seguridad; y también necesita soledad, un trabajo creativo y la capacidad de maravillarse. Si reconociese esto, podría usar los frutos de la ciencia y del industrialismo de un modo ecléctico, aplicando siempre el mismo criterio: «¿Esto me hace sentir más humano o menos humano?». Entonces descubriría que la felicidad máxima no consiste en relajarse, descansar, jugar al póquer, beber y hacer el amor todo a la vez. Y ese horror instintivo que toda persona sensata siente ante la progresiva mecanización de la vida sería considerado no un mero arcaísmo sentimental, sino algo plenamente justificado. Porque el hombre solamente sigue siendo humano si preserva amplias parcelas de sencillez en su vida, mientras que la tendencia de muchas invenciones modernas —en particular el cine, la radio y el avión — es la de debilitar su conciencia, embotar su curiosidad y, en general, hacerlo más parecido a un animal.

UNA BUENA TAZA DE TÉ

«Saturday Essay», *Evening Standard*, 12 de enero de 1946

Si uno busca «té» en el primer libro de cocina que tenga a mano, seguramente verá que ni siquiera aparece. A lo sumo, hallará unas pocas líneas de instrucciones muy esquemáticas que no le darán una idea clara de varios de los puntos más importantes en su preparación.

Es curioso, y no sólo porque el té sea uno de los principales puntales sobre los que descansa la civilización de este país, al igual que lo es en Irlanda, Australia y Nueva Zelanda, sino también porque la mejor manera de prepararlo es motivo de violentas discusiones.

Cuando repaso mi propia receta para preparar una taza de té perfecta, encuentro no menos de once puntos de especial relevancia. Tal vez en dos de ellos habrá un consenso generalizado, pero al menos otros cuatro son sumamente polémicos. He aquí mis nueve reglas, todas las cuales me parecen reglas de oro.

En primer lugar, conviene utilizar té de la India o de Ceilán. El té de China posee virtudes que no se deben despreciar hoy en día —es económico, se puede tomar sin leche—, pero no resulta demasiado estimulante. Después de tomarlo, no se siente uno más sabio, ni más valiente, ni más optimista. Todo el que recurra a esa reconfortante expresión, «una buena taza de té», se refiere siempre al de la India.

En segundo lugar, el té hay que prepararlo en pequeñas cantidades, es decir, en la tetera. El que se sirve en uno de esos recipientes grandes siempre es insípido, mientras que el té del ejército, que se hace en calderos, sabe a restos de grasa y cal. La tetera ha de ser de porcelana o de cerámica. En las teteras de plata y de alpaca se hace un té de calidad inferior, y las teteras de esmalte son aún peores, aunque es curioso que las teteras de peltre, que hoy son muy poco corrientes, no sean del todo malas.

En tercer lugar, hay que calentar la tetera antes de preparar el té. La mejor manera de hacerlo es colocarla sobre el fogón, en vez de recurrir al método habitual de llenarla de agua caliente.

En cuarto lugar, el té debe ser fuerte. Para una tetera con capacidad para un cuarto de galón, algo más de un litro, si se pretende llenarla casi hasta el borde, la cantidad adecuada debería ser de seis cucharadas de té bien colmadas. En época de racionamiento, esta no es una idea que pueda ponerse en práctica a diario, pero sigo defendiendo que una taza de té fuerte es mejor que veinte de té flojo. Todos los

verdaderos amantes del té gustan más del té fuerte, aunque les gusta tomarlo un poco más fuerte cada año que pasa, como bien se reconoce en la ración extra que se les permite adquirir a los pensionistas.

Quinto, el té hay que ponerlo directamente en la tetera. Nada de coladores de metal, ni de filtros de muselina, ni otros artilugios que sirvan para encarcelar el té. En algunos países, las teteras vienen provistas de una especie de cestillos que cuelgan bajo el pico de la tetera para retener toda hoja suelta, pues se supone que ingerirlas es perjudicial. En realidad, es posible tragar hojas de té en cantidades considerables sin que el efecto sea nocivo, y si el té no se suelta en la tetera, la infusión nunca tiene lugar como es debido.

Sexto, hay que arrimar la tetera al hornillo, y no al revés. El agua debe estar a punto de ebullición en el momento del impacto con el té, lo cual significa que conviene mantenerla sobre el fogón mientras se vierte en la tetera. Hay quien añade que sólo conviene utilizar agua recién hervida, pero nunca he visto que esto suponga la menor diferencia.

Séptimo, después de preparar el té conviene revolverlo o, mejor aún, dar un buen meneo a la tetera, dejando después que las hojas se asienten.

Octavo, conviene tomar el té en una taza de desayuno; me refiero a la taza cilíndrica, no a la taza baja y más abierta. La de desayuno tiene mayor capacidad; con el otro tipo de taza, el té siempre se enfría antes de que uno empiece a tomárselo.

Noveno, conviene retirar la nata de la leche antes de servirla en el té. Una leche con demasiada nata siempre tiene un sabor desagradable.

En décimo lugar, primero se sirve el té en la taza. Este es uno de los puntos más controvertidos; muy probablemente, en todas las familias de Gran Bretaña habrá dos escuelas de pensamiento sobre esta cuestión. Los que defienden que es mejor servir primero la leche pueden aportar algunos argumentos de peso, pero yo defiendo que el mío es incontestable. Es decir, al servir el té primero y luego revolverlo a la vez que se sirve la leche, siempre se puede regular con toda exactitud la cantidad apetecida de leche, mientras que es probable que uno se exceda al servirse la leche si lo hace al revés.

En undécimo y último lugar, a menos que uno tome el té al estilo ruso, conviene beberlo sin azúcar. Sé muy bien que en este punto me encuentro en minoría. Sin embargo, ¿cómo puede nadie considerarse un verdadero amante del té si destruye su sabor al añadirle azúcar? No sería menos razonable agregar sal o pimienta. Al igual que la cerveza, el té ha de ser amargo. Quien lo endulza ya no saborea el té, saborea sólo el azúcar. Se podría preparar una bebida muy semejante disolviendo azúcar en agua caliente.

Algunas personas dirán que no les gusta el té en sí mismo, que lo toman sólo para entrar en calor y estimularse, y que precisan del azúcar para quitarle el sabor desagradable. A estos descarriados les diría: pruebe usted a tomar el té sin azúcar durante un par de semanas, por ejemplo, y verá como es muy poco probable que

vuelva a tener deseos de estropear el té endulzándolo.

No son estos los únicos puntos polémicos que surgen en relación con el té, pero son suficientes para mostrar hasta qué punto se ha vuelto sutil la mera preparación de una taza.

También habría que tener en cuenta la misteriosa etiqueta social que rodea al té (por ejemplo, ¿por qué se considera una vulgaridad y una grosería sorberlo directamente del platillo?), y es mucho lo que podría escribirse sobre los usos secundarios de las hojas de té, como adivinar el futuro, predecir la llegada de visitantes, alimentar a los conejos, curar quemaduras o lavar alfombras.

Vale la pena prestar atención a detalles tales como el calentamiento de la tetera y el empleo de agua a punto de ebullición para cerciorarse de que uno le saca a su ración las veinte buenas tazas de té fuerte que dos onzas, gestionadas como es debido, tendrían que dar de sí.

LA POLÍTICA DE LA INANICIÓN

Tribune, 18 de enero de 1946

Hace unos días recibí abundante información del comité Salvemos a Europa, que ha estado intentando, sin demasiado respaldo por parte del gobierno ni ayuda de la prensa, que se incremente el suministro de alimentos que enviamos a Europa desde este país. Se citan una serie de afirmaciones de fuentes autorizadas a las que volveré más adelante y que sirven para mostrar que, mientras que aquí vivimos razonablemente bien y Estados Unidos disfruta de una orgía de sobrealimentación, buena parte de Europa está cayendo en una inanición sin paliativos.

Sin embargo, en el *Observer* del 13 de enero, acabo de leer un artículo firmado por el mariscal en jefe del aire, *sir* Philip Joubert, en el que expresaba la opinión contraria:

> Para alguien que vuelve del extranjero en este séptimo invierno de guerra [escribe *sir* Philip], el aspecto de los británicos resulta trágico. Parecen huraños, carecen de vitalidad y la risa surge con dificultad. Los niños están pálidos y sebosos; gordos, pero no sanos. Salen muy mal parados si los comparamos con los jóvenes de mejillas sonrosadas de Dinamarca, que disponen de toda la carne y todas las grasas que precisan, y de montones de fruta en temporada.

Su tesis principal es que necesitamos más carne, más grasas y más huevos —esto es, más comida de racionamiento— y menos féculas. Las cifras oficiales que muestran que, de hecho, estamos más sanos que antes de la guerra transmiten una falsa impresión, en primer lugar —y este es un argumento irrefutable—, porque en aquel entonces la salud y la nutrición estaban sin duda en unas condiciones pésimas, de modo que la mejora actual no es como para tirar cohetes, y, en segundo lugar, porque la caída de la tasa de mortalidad no equivale más que a «un aumento de la esperanza de existencia», y no deberíamos «confundir la existencia con la vida». A no ser que logremos «vitalidad, energía, vigor», para lo que se requieren carne, grasas, fruta y azúcar de caña, no seremos capaces de hacer el esfuerzo necesario para la tarea de reconstrucción. *Sir* Philip concluye su artículo con las siguientes palabras:

> Y en cuanto a aquellos que reducirían aún en mayor medida nuestras raciones para darles más a los alemanes, habrá muchos que responderían esto a sus peticiones: «Prefiero que gocen de pleno vigor mis hijos, educados en la libertad y la buena voluntad hacia los hombres, a que lo hagan los alemanes, que tal vez inviertan sus fuerzas en declararle una nueva guerra al mundo en otra generación».

Es evidente que está dando por hecho: *a*) que cualquier aumento de las exportaciones supone un recorte de las raciones aquí, y *b*) que se propone un envío de alimentos sólo a Alemania. Y, de hecho, es así como este proyecto ha llegado a oídos del gran público, si bien sus responsables han hecho hincapié desde el principio en

que tan sólo estaban proponiendo una entrega voluntaria de ciertos comestibles, por parte de los sectores de la sociedad que no se verían perjudicados, y que su propuesta no era en beneficio único de Alemania.

Sin embargo, he aquí algunos datos aparecidos en el último boletín del comité Salvemos a Europa. En Budapest, en noviembre, los farmacéuticos estaban echando el cierre por falta de suministros, los hospitales no tenían ventanas, combustible ni anestesia, y se calculaba que había en la ciudad treinta mil niños callejeros, algunos de los cuales se habían organizado en bandas criminales. En diciembre, «observadores independientes» consideraron que, de no llegar pronto provisiones de alimentos frescos, este invierno un millón de personas morirían de inanición en Hungría. En Viena (en noviembre), «el menú de los cirujanos del hospital consistía en café sin endulzar, sopa aguada y pan. Menos de 500 calorías en total», mientras que, por su parte, el secretario de Estado austríaco afirmaba en diciembre que las zonas densamente pobladas del este de Austria estaban bajo la amenaza de «una ilimitada miseria, epidemias, crimen, declive físico y moral». En Checoslovaquia, en noviembre, el ministro de Asuntos Exteriores hizo un llamamiento a Gran Bretaña y Estados Unidos para que enviaran carne y grasas con las que salvar a setecientos mil «niños muy malnutridos, de los cuales el 50 por ciento padecían ya tuberculosis». En Alemania, los niños del Sarre «se mueren lentamente de hambre». En la zona británica, el mariscal de campo Montgomery afirmó que «dependía por entero de las importaciones de trigo si quería mantener las raciones actuales del pueblo alemán, que ascienden a entre 1200 y 1500 calorías». Esto fue en noviembre. Alrededor de esos mismos días, el general Eisenhower, en referencia a la zona francesa, dijo que «la ración normal de 1100 calorías diarias se incumple de manera invariable para el consumidor promedio». Y así sucesivamente. Al mismo tiempo, parece que nuestro consumo medio es de unas 2800 o 2900 calorías al día, y las cifras más recientes de fallecimientos por tuberculosis, así como las de la mortalidad de las mujeres en el parto y las de los niños de hasta cinco años, son las más bajas que se han registrado nunca. Por lo que respecta a Estados Unidos, el consumo de mantequilla se ha incrementado enormemente, y se ha puesto fin al racionamiento de la carne. El secretario de Agricultura calcula que «la suspensión del racionamiento de la carne pondrá a disposición de los civiles un volumen de 75 kilos anuales; el suministro antes de la guerra estaba en torno a los 55 kilos».

Incluso si las cifras mencionadas no logran transmitir la situación, ¿quién no ha visto las fotografías de esos niños esqueléticos en Grecia y en otros lugares, niños a los que a nadie se le ocurriría aplicar esa expresión de *sir* Philip Joubert, «sebosos»? Sin embargo, no cabe duda de que la idea de que deberíamos enviar más comida a Europa ha topado con una resistencia considerable. El comité Salvemos a Europa, si bien ahora persigue objetivos más limitados, empezó con la propuesta de que aquellos que se sintiesen inclinados a hacerlo sacrificaran sus puntos, o parte de sus puntos, y que el gobierno enviara los alimentos sobrantes a las zonas azotadas por la

hambruna. El plan fue rechazado en el ámbito oficial, pero muchas personas del ámbito privado también lo recibieron con mucha frialdad. Gente que se encontraba en posición de darle buena prensa estaba francamente asustada con la idea, y se permitió que el público en general creyera que la propuesta consistía en quitarles comida a las amas de casa británicas para dársela a criminales de guerra alemanes. Ciertamente, la forma en que se ha debatido toda esta cuestión ilustra la curiosa falta de honestidad que contamina hoy en día a todo asunto político.

Hay dos cosas que llevan a la que podríamos llamar la «izquierda oficial», laborista o comunista, a ponerse nerviosa ante cualquier plan que pueda suponer un envío adicional de alimentos a Alemania. Una es el temor a la reacción de la clase obrera. Esta, según dicen, se sentiría agraviada incluso si se alcanzara un pacto voluntario por el cual, en la práctica, la gente de los grupos con mayores ingresos, que compra alimentos no racionados y come de restaurante alguna vez al día, entregara sus excedentes. Esa señora en la cola de la pescadería, temen, plantearía lo siguiente: «Si realmente sobra comida, que nos la den a nosotros. ¿O por qué no se la dan a los mineros?». No estoy seguro de que esta fuera la reacción si se explicase por completo la realidad. Tengo la sospecha de que parte de la gente que argumenta de este modo tiene en mente la sórdida consideración de que, si sacrificamos alimentos en una cantidad realmente significativa, ello supondrá no sólo ceder puntos de racionamiento, sino una restricción de las comidas en restaurantes. En la práctica, cualquiera que sea su intención, nuestro sistema de racionamiento no es en absoluto democrático, y un debate exhaustivo sobre el tema de la exportación de alimentos podría sacar este hecho a relucir. Eso es parte del motivo, creo yo, por el que este asunto no ha sido tratado ampliamente en la prensa.

Pero hay otra consideración, todavía más impronunciable, que también desempeña un papel importante. La comida es un arma política, o se la considera un arma política. Las regiones en las que hay más hambre están, o bien en la zona rusa, o bien en las partes de Europa divididas entre la URSS y los aliados. Mucha gente calcula que si enviamos más alimentos a, digamos, Hungría, la influencia británica o estadounidense en dicho país se incrementará, mientras que si dejamos que los húngaros pasen hambre y que los rusos los alimenten, seguramente la nación mirará más hacia la URSS. Por consiguiente, los rusófilos acérrimos están en contra del envío adicional de provisiones a Europa, mientras que otra gente probablemente esté a favor del envío por el simple hecho de que les parece una forma de debilitar el prestigio de Rusia. Nadie ha sido tan honesto como para reconocer abiertamente tales motivos, pero no hay más que echar un vistazo a las listas de los que han apoyado la campaña de Salvemos a Europa y los que no lo han hecho para hacernos una idea de cómo están las cosas.

Lo descabellado de este tipo de cálculos reside en la suposición de que es posible obtener algún resultado positivo de la inanición. Sea cual sea finalmente el pacto político que se alcance en Europa, no puede más que verse perjudicado si lo preceden

años de hambre, miseria, pillaje e ignorancia. El mariscal del aire Joubert nos recomienda que nos alimentemos nosotros antes que alimentar a los niños alemanes que combatirán contra nosotros en la próxima generación. Esta es la postura «realista». En 1918, los «realistas» también estuvieron a favor de mantener el bloqueo después del armisticio. Lo mantuvimos, y los niños a los que dejamos pasar hambre fueron esos jóvenes que nos bombardearon en 1940. Tal vez nadie podría haber previsto ese desenlace concreto, pero la gente de buena voluntad sí que era capaz de prever, y previó, que las consecuencias de hacer que Alemania pasara hambre gratuitamente y de una paz vengativa serían nefastas. Y lo mismo ocurre con incrementar nuestras raciones, como quizá haríamos igualmente dentro de poco, al tiempo que la hambruna se apodera de Europa. Pero si decidimos seguir por aquí, al menos que el asunto se debata a las claras y que las fotografías de niños famélicos se divulguen en la prensa, para que la gente de este país pueda comprender qué es exactamente lo que está haciendo.

LAS CANCIONES QUE SOLÍAMOS CANTAR

«Saturday Essay», *Evening Standard*, 19 de enero de 1946

Un juego fascinante, al que podemos jugar igual de bien en el baño que viajando en autobús, es clasificar y colocar en el orden correcto todas las canciones populares que seamos capaces de recordar.

Normalmente, podemos datar las favoritas absolutas con un año o dos de margen, y resulta interesante advertir que siguen todas una especie de patrón que se corresponde más o menos con la historia de nuestro tiempo.

La canción más antigua que soy capaz de recordar, y que debe de ser de 1907 o 1908, es «Rhoda had a pagoda» («Rhoda tenía una pagoda»). Era una canción tonta hasta extremos inconcebibles, pero ciertamente popular. Después de eso, y hasta la llegada del ragtime, hay un período difuso de unos cuatro años durante los que me es imposible vincular las canciones preponderantes a una fecha definida.

Entre ellas estaban «Every nice girl loves a sailor» («A todas las chicas guapas les gustan los marineros»), «My little grey home in the West» («Mi casita gris del oeste»), «Oh, stop your tickling, Jock» («¡Deja de hacerme cosquillas, Jock!»), «Jones of the Lancers» («Jones el Lancero») —¿o era una canción victoriana recuperada?— y «Pop goes the weasel» («¡Pop!, allá va la comadreja»). Y creo que también:

> *Oh, lucky Jim!*
> *'Ow I envy 'im!*[*]

Era la favorita de los muñecos de los ventrílocuos, y debe de ser de esa época. Alrededor de 1912 llegaron las canciones de ragtime estadounidenses. Durante más o menos un año, no hubo un solo momento en que no se oyera eso de:

> *Everybody's doing it, doing it, doing it.*
> *Everybody's doing it. Doing what? Turkey Trot*[*]

y otras del mismo nivel intelectual. En términos generales, las canciones del convulso período de sobreabundancia anterior a 1914, la época de las faldas de medio paso y la agitación de las sufragistas, eran excepcionalmente tontas.

En 1913 o 1914 llegó una avalancha de canciones irlandesas. Una de ellas era «Tipperary», que más tarde cantarían en todo el mundo con miles de acentos diferentes porque resultó que los primeros soldados británicos que desembarcaron en Francia la cantaban, al igual que en otra época podrían haber cantado «Daisy, Daisy» o «Roll out the barrel» («La polka del barril de cerveza»). También de 1914 son «Gilbert the filbert, the knut with the "K"» («Gilbert el cabezaloca…») y, creo, «Good-bye, little girl, good-bye» («Adiós, niña, adiós»).

Las canciones de comienzos de la Primera Guerra Mundial eran patrióticas. Además de la canción de reclutamiento «We don't want to lose you» («No queremos perderte»), estaban «Pack up your troubles in your old kit-bag» («Guarda los problemas en tu viejo macuto»), «When we've wound up the watch on the Rhine» («Cuando hayamos terminado con la guardia del Rin») y «Keep the home fires burning» («Mantened encendidas las chimeneas»).

Más tarde, hacia 1917, llegaron canciones más nostálgicas: «If you were the only girl in the world» («Si fueras la única chica del mundo») y varias del musical *Chu Chin Chow*. Las canciones de guerra fueron degenerando con «K-k-k-Katie», «The wild, wild women» («Las mujeres salvajes») y una especie de punto álgido de la estupidez musical:

I don't wanna get well,
I don't wanna get well,
I'm in love, with a bee-yoo-tiful nurse![*]

Después de la guerra, las canciones mejoraron, y en 1920 o 1921 llegaron las animadas «Where do the flies go in winter time?» («¿Adónde van las moscas en invierno?») y «Coal black mammy» («Mi chica negra como el carbón»). A esa época pertenece también «I'm forever blowing bubbles» («Me paso el día haciendo burbujas»).

Creo que las mejores canciones populares de nuestros tiempos son las de mediados de los años veinte. No sabría decir la fecha exacta de «Ma, he's kissing me» («Mamá, me está besando»), «Why did I kiss that girl?» («¿Por qué besé a esa chica?») o «Maggie! Yes, Ma? Come right upstairs!» («¡Maggie! ¿Sí, mamá? ¡Sube ahora mismo!»), pero todas son más o menos de 1925.

No obstante, los tres grandes éxitos del momento fueron «Yes, we have no bananas» («Sí, hoy no tenemos bananas», 1923), «Tain't gonna rain no more» («No lloverá más», 1924) y «Show me the way to go home» («Muéstrame el camino a casa», 1925). Al menos las dos primeras dieron la vuelta al mundo como una epidemia de gripe, y las cantaban hasta las tribus primitivas de los bosques más remotos de Asia y Sudamérica.

Un poco más tarde, y casi tan populares, llegaron «When it's night-time in Italy» («Cuando es de noche en Italia»), «Chick, chick, chick, chick, chicken» y «I'm gonna

take a water-melon to my girl to-night» («Voy a llevarle una sandía a mi chica esta noche»).

«Yes, *sir*, that's my baby» («Sí, señor, esa es mi chica») y «I want to be happy» («Quiero ser feliz») deben de ser, creo, algo anteriores, quizá de 1924. Todas estas canciones eran estadounidenses, y su jovialidad y encantadora bobería hacían de ellas la expresión perfecta de una época en que la guerra quedaba lejos.

Entre estas canciones y 1930 no recuerdo nada salvo «Bye-bye, blackbird» («Adiós, mirlo», 1927).

En 1930 y 1931, coincidiendo más o menos con la Depresión, hubo una tanda de canciones pesarosas y nostálgicas: «Dannie boy», «I'm dancing with tears in my eyes» («Estoy bailando con lágrimas en los ojos»), «The bells are ringing for Sally, but not for Sally and me» («Las campanas doblan por Sally, pero no por Sally y por mí»).

«River stay away from my door» («Río, aléjate de mi puerta») es también de 1930.

Desde entonces no ha vuelto a haber un verdadero exitazo, ninguna canción que todas las naciones cantaran simultáneamente. Diría que en este país las más populares fueron «Wheezy-Anna» («Anna la Silbidos», 1932), «Roll out the barrel» («La polka del barril de cerveza», 1939) y «Hands, knees, boomps-a-Daisy» («Palmas, rodillas, ¡epa!», 1940).

Durante los dos últimos años de la guerra, la favorita indiscutible entre los soldados, tanto británicos y estadounidenses como alemanes, seguramente fuera la sentimental «Lili Marlene». Con la dudosa excepción de «There'll always be an England» («Siempre habrá una Inglaterra»), no ha habido ninguna otra canción de guerra inglesa que haya sido a un tiempo abiertamente patriótica y verdaderamente popular.

Sin embargo, en años recientes aparecieron varias canciones cuyas letras parecían ser un reflejo de la situación política existente. «You can't do that there 'ere» («No puedes hacer eso aquí», 1935) era quizá una respuesta medio consciente a Hitler, y «Wishing will make it so» («Los deseos se cumplirán», 1938) expresaba muy bien el ánimo de gran parte de la población en aquel momento.

1. LA REVUELTA INTELECTUAL

Manchester Evening News, 24 de enero de 1946

Durante los últimos años se ha ido volviendo cada vez más evidente que el viejo capitalismo del *laissez-faire* está acabado.

Allá por el siglo XIX, algunos individuos perspicaces habían comprendido ya este hecho, y más tarde resultó evidente para millones de personas a raíz del desastre de la guerra de 1914-1918, el éxito de la Revolución rusa y el ascenso de los regímenes fascistas, que no eran estrictamente capitalistas y podían resolver problemas ante los cuales las viejas democracias, como Gran Bretaña o Estados Unidos, se mostraban impotentes.

Los acontecimientos de los últimos seis años no han hecho más que recordarnos la lección. Inequívocamente, en todas partes se tiende a economías planificadas, a un alejamiento de esa sociedad individualista en la que los derechos de propiedad son absolutos y ganar dinero es el incentivo principal.

Sin embargo, de manera simultánea a este desarrollo se ha producido una revuelta intelectual que no se debe simplemente a la inquietud de los propietarios al ver amenazados sus privilegios. Si no una mayoría, al menos sí una gran proporción de las mejores mentes de nuestro tiempo están consternadas ante el giro de los acontecimientos y tienen dudas sobre si la mera seguridad económica es un objetivo que valga la pena.

Hay una decepción generalizada con la variante rusa del socialismo y, si hurgamos un poco más, una desconfianza respecto a toda la maquinaria de la civilización y sus metas implícitas. Naturalmente, esta revuelta intelectual adopta casi tantas formas como pensadores individuales hay, pero existen:

1. Los pesimistas: aquellos que niegan que una sociedad planificada pueda conducir a la felicidad o a un auténtico progreso.
2. Los socialistas de izquierdas: aquellos que aceptan el principio de la economía planificada, pero a quienes les preocupa principalmente el hecho de combinarla con la libertad individual.
3. Los reformistas cristianos: aquellos que desean combinar el cambio social revolucionario con la adhesión a la doctrina cristiana.
4. Los pacifistas: aquellos que desean dejar atrás el Estado centralizado y el mero principio de un gobierno coercitivo.

Por descontado, se dan solapamientos entre estas diversas escuelas de pensamiento, y alguna de ellas se solapa también con el conservadurismo

convencional en un extremo o con el socialismo ortodoxo en el otro.

Aun así, a un gran número de pensadores distinguidos y representativos se los puede agrupar certeramente en estas categorías. En el primero de esta serie de cuatro ensayos abordaré a esos que he etiquetado como «pesimistas».

Tal vez la mejor muestra de la postura pesimista, cuando menos en inglés y en los años recientes, es *Unto Cæsar*, de F. A. Voigt, que se publicó alrededor de 1938. Este libro, profusamente documentado, es en esencia un análisis del comunismo y el nazismo, basado en la tesis de que las sociedades que se proponen establecer un «paraíso terrenal» desembocan siempre en la tiranía.

Voigt presupone a lo largo de todo el libro que el comunismo ruso y el fascismo alemán son a efectos prácticos la misma cosa y que tienen prácticamente el mismo objetivo. Se trata sin duda de una simplificación excesiva, y es incapaz de explicar todos los hechos conocidos. En cualquier caso, Voigt defiende de forma contundente que se restrinja el ámbito político y no se espere demasiado de la acción política.

Su argumento básico es bastante simple. Un político que aspire a la perfección, y que crea saber cómo alcanzarla, no se detendrá ante nada para llevar a otros por la misma vía, y sus ideales políticos estarán mezclados inextricablemente con su deseo de permanecer en el poder. La perfección, en la práctica, nunca se alcanza, y el terrorismo empleado para ir en su búsqueda no hace sino generar la necesidad de más terrorismo. En consecuencia, el intento de instaurar la libertad y la igualdad termina siempre en un Estado policial, mientras que unos objetivos más limitados, basados en la comprensión de que la naturaleza humana está llena de maldad, pueden conducir a una sociedad bastante decente.

El escritor estadounidense Peter Drucker, autor de *El fin del hombre económico* y *El futuro del hombre industrial*, sigue aproximadamente el mismo planteamiento. Drucker fue uno de los poquísimos periodistas que predijo el pacto ruso-alemán de 1939. En particular en la segunda de las obras mencionadas, defiende la necesidad de lo que él denomina una «revolución conservadora», lo que supone no un retorno al capitalismo, sino un resurgimiento de la noción de «sociedad mixta», en la que existe un sistema de controles y equilibrios que impiden que cualquier sector de la comunidad se vuelva todopoderoso.

Este, sostiene Drucker, era el verdadero objetivo de los líderes de la revolución estadounidense del siglo XVIII. Otros autores que han propuesto argumentos bastante similares contra el perfeccionismo son Michael Roberts (en su libro sobre T. E. Hulme), Malcolm Muggeridge (*The Thirties*) y Hugh Kingsmill en *The Poisoned Crown*. Este último consiste en cuatro estudios sobre la reina Isabel, Cromwell, Napoleón y Abraham Lincoln; quizá sea un libro algo retorcido, pero contiene algunas observaciones muy perspicaces sobre la dictadura.

El problema de las metas utópicas y de su tendencia a desembocar en la tiranía aparece tratado en varios libros de Bertrand Russell, en particular en *La perspectiva científica*, *Libertad y organización* y *Poder: un nuevo análisis social*. Russell ha

mantenido distintas posturas políticas en diversos períodos de su vida, pero su visión del futuro ha sido casi siempre pesimista, y se inclina por creer que la libertad y la eficiencia son por naturaleza incompatibles.

El Estado planificado y centralizado ha recibido también críticas por no haber sido capaz de alcanzar ni siquiera sus propios objetivos. Quizá la exposición más lograda de este punto de vista sea la del profesor Hayek en *Camino de servidumbre*, que se publicó en 1944 y suscitó un enorme debate, especialmente en Estados Unidos.

Hayek afirma que el centralismo y la planificación minuciosa no sólo destruyen la libertad, sino que son incapaces de proporcionar un nivel de vida tan alto como el del capitalismo del *laissez-faire*. Sostiene que, antes de que Hitler llegara al poder, los socialdemócratas y comunistas del país le habían hecho ya una parte esencial del trabajo al eliminar el deseo de libertad e independencia del común de los alemanes.

Su argumento principal es que una economía centralizada otorga necesariamente un poder enorme a los burócratas de más alto nivel y que la gente que busca el poder para usarlo en beneficio propio gravitará siempre hacia los puestos clave. Una línea similar adopta *Contempt of Freedom*, del profesor de la Universidad de Manchester Michael Polanyi, quien estudió las condiciones de la URSS a lo largo de varios años y sometió la famosa obra de los Webb *Soviet Communism: A New Civilization?* a una crítica exhaustiva. Por su parte, el biólogo James Baker afirmó (en *Science and the Planned State*) que la investigación científica no puede prosperar bajo el gobierno de una burocracia.

Por último, se puede contar entre los «pesimistas» a James Burnham, cuyo libro *La revolución de los directores* causó gran revuelo cuando se publicó hace cinco años. Particularmente en su siguiente obra, *Los maquiavelistas,* Burnham sostiene que ni el socialismo ni la democracia total son metas alcanzables, y que lo máximo a lo que podemos aspirar es a implantar salvaguardas —por ejemplo, sindicatos autónomos y una prensa libre— contra los abusos de poder.

Va mucho más lejos que el resto de los autores que he mencionado, por cuanto niega incluso la posibilidad de un comportamiento político decente y recomienda simplemente que empleemos las artimañas políticas con objetivos limitados y no con metas extravagantes; con todo, en muchos puntos su cosmovisión coincide con la de los demás.

El término «pesimista» encaja con todos estos autores en el sentido de que se niegan a creer en la posibilidad de una utopía terrenal, al tiempo que la mayoría no creen tampoco en «el otro mundo», donde se enmiendan los errores de este. Salvo, quizá, Drucker y Burnham, que desean orientar la tendencia actual más que oponerse a ella, el punto débil de todos ellos es que no promueven ninguna política que tenga posibilidades de contar con un gran predicamento.

La lograda defensa del capitalismo que hace Hayek, por ejemplo, es un vano empeño, dado que prácticamente nadie desea un retorno al capitalismo a la vieja

usanza. Enfrentadas a la tesitura de escoger entre la servidumbre y la precariedad económica, las masas de cualquier país elegirían probablemente una servidumbre total, al menos si se la llamara con otro nombre. En cuanto al resto, la mayoría plantean lo que es en esencia una visión religiosa de la vida sin los consuelos de la religión ortodoxa.

Si uno se viera obligado a otorgar a los autores de esta escuela una etiqueta política, tendría que llamarlos conservadores, aunque en la mayor parte de los casos se trata de un conservadurismo romántico, que se opone a hechos irreversibles. Aun así, esto no impide que estos y otros autores de tendencia similar hayan aportado análisis muy útiles de la locura y la perversidad de la era totalitaria.

2. ¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?

Manchester Evening News, 31 de enero de 1946

Hasta el siglo XX, y sin duda hasta la década de 1930, todo el pensamiento socialista era en cierto modo utópico. El socialismo no había sido puesto a prueba en ningún lugar del mundo, y en la mente de casi todos, incluidos sus enemigos, estaba ligado a la idea de libertad e igualdad.

Sólo había que acabar con la injusticia económica, y todas las demás formas de tiranía se desvanecerían también. Llegaría la era de la fraternidad humana, y la guerra, el crimen, la enfermedad, la pobreza y la explotación laboral serían cosas del pasado. A algunos no les gustaba este objetivo, y había muchos que daban por sentado que nunca se alcanzaría, pero al menos esa era la meta.

Pensadores tan dispares como Karl Marx y William Morris, Anatole France y Jack London, tenían todos una imagen más o menos parecida del futuro socialista, si bien podían discrepar en cuál era el mejor modo de alcanzarlo.

A partir de 1930 comenzó a aparecer una escisión ideológica en el movimiento socialista. Para entonces, el «socialismo» había dejado de ser una simple palabra que evocaba un sueño; un país enorme y poderoso, la Rusia soviética, había adoptado la economía socialista y estaba reconstruyendo rápidamente su vida nacional, y en casi todos los países se veía un giro inconfundible hacia la propiedad pública y la planificación a gran escala. Al mismo tiempo que la palabra «socialismo», en Alemania creció la monstruosidad del nazismo, que se autodenominaba «socialismo» y tenía ciertamente algunas características casi socialistas, pero incorporadas en uno de los regímenes más crueles y cínicos que el mundo haya visto jamás. Claramente, había llegado el momento de redefinir el término «socialismo».

¿Qué es el socialismo? ¿Puede haber socialismo sin libertad, sin igualdad, sin internacionalismo? ¿Seguimos aspirando a la fraternidad humana universal o debemos contentarnos con un nuevo tipo de sociedad de castas en la que renunciemos a nuestros derechos individuales a cambio de seguridad económica?

Entre los libros recientes, puede que el mejor análisis de estas cuestiones se encuentre en la obra de Arthur Koestler *The Yogi and the Commissar*, publicado hace un año.

En opinión de Koestler, lo que hace falta ahora es «una síntesis del santo y el revolucionario». Por decirlo en otras palabras: las revoluciones tienen que producirse, no puede haber progreso moral sin cambios económicos drásticos, y, sin embargo, el

revolucionario desperdicia su trabajo si pierde el contacto con la decencia humana común. De algún modo, debe resolverse el dilema del fin y los medios. Debemos ser capaces de actuar, incluso de emplear la violencia, y aun así no dejarnos corromper por la acción. En términos políticos específicos, esto supone rechazar el comunismo ruso por un lado, y el gradualismo fabiano por otro.

Como la mayoría de los autores de tendencia similar, Koestler es un excomunista y, de modo inevitable, su reacción más intensa es contra la evolución experimentada por la política soviética desde más o menos 1930. Su mejor obra es una novela, *El cero y el infinito,* en la que aborda los juicios por traición de Moscú.

Otros escritores que pueden más o menos ubicarse en la misma categoría son Ignazio Silone, André Malraux y los estadounidenses John Dos Passos y James Farrell.

Podríamos añadir a André Gide, que llegó al comunismo o, de hecho, a la conciencia política ya a edad avanzada, pero que, después de hacerlo, pasó casi de inmediato a las filas de los rebeldes. Y también podría añadirse al trotskista francés Victor Serge, y al italiano Gaetano Salvemini, historiador del fascismo. Salvemini es más un liberal que un socialista, pero se parece a muchos otros por cuanto su énfasis principal es antitotalitario y ha estado profundamente involucrado en las luchas internas de la izquierda.

A pesar del parecido superficial que puede verse en ciertos momentos, no existe una afinidad real entre socialistas disidentes como Koestler o Silone y conservadores progresistas como Voigt o Drucker. El libro de diálogos políticos de Silone, *La escuela de dictadores,* puede parecer a primera vista tan pesimista y tan crítico con los partidos de izquierdas existentes como *Unto Cæsar,* pero la cosmovisión subyacente es muy distinta.

La clave es que un socialista o comunista, como tal —y puede que esto sea aplicable más que a ningún otro a aquel que rompe con su propio partido por una cuestión de doctrina—, es una persona que cree que el «paraíso terrenal» es posible. El socialismo es en última instancia un credo optimista, y no es fácil conciliarlo con la doctrina del pecado original.

Un socialista no está obligado a creer que la sociedad humana pueda llevarse realmente a la perfección, pero casi cualquier socialista cree que podría ser muchísimo mejor de lo que es en la actualidad, y que la mayor parte de las maldades que cometen los hombres provienen de los efectos distorsionadores de la injusticia y la desigualdad. La base del socialismo es el humanismo. Puede coexistir con una creencia religiosa, pero no con la creencia de que el hombre es una criatura limitada que se comportará mal siempre que se le presente la más mínima oportunidad.

La emoción que hay detrás de libros como *El cero y el infinito, Regreso de la URSS*, de Gide, *Assignment in Utopia* u otros de tendencia similar, no es sencillamente la decepción de ver que el paraíso esperado no ha llegado lo bastante rápido, sino también el miedo de que los objetivos originales del movimiento

socialista se estén desdibujando.

No cabe duda de que el pensamiento socialista ortodoxo, tanto reformista como revolucionario, ha perdido parte de la cualidad mesiánica que tenía hace treinta años. Esto es fruto de la creciente complejidad de la vida industrial, de las necesidades cotidianas de la lucha contra el fascismo y del ejemplo de la Rusia soviética. Para sobrevivir, los comunistas rusos se vieron obligados a abandonar, al menos provisionalmente, algunos de los sueños con los que habían iniciado su andadura. Se vio que una igualdad económica estricta era impracticable; que la libertad de expresión, en un país atrasado que acababa de vivir una guerra civil, era demasiado peligrosa; que el internacionalismo quedaba aniquilado por la hostilidad de las potencias capitalistas.

De 1925 en adelante, las políticas rusas, interiores y exteriores, se fueron volviendo más severas y menos idealistas, y ese nuevo espíritu se trasladó al extranjero de la mano de los partidos comunistas del resto de los países. La historia de estos partidos comunistas puede examinarse convenientemente en el libro de Franz Borkenau *The Communist International*.

A pesar del coraje y la devoción, el efecto principal del comunismo en Europa occidental ha sido el de socavar la fe en la democracia y teñir de maquiavelismo al conjunto del movimiento socialista. No son sólo los autores que he mencionado los que se rebelan contra estas tendencias; hay muchos más, grandes y pequeños, que han seguido un proceso similar. Por mencionar sólo a unos pocos: Freda Utley, Max Eastman, Ralph Bates, Stephen Spender, Philip Toynbee o Louis Fischer.

Con la excepción, tal vez, de Max Eastman, no puede decirse que ninguno de estos escritores haya regresado al conservadurismo. Todos son conscientes de la necesidad de sociedades planificadas y de un mayor nivel de desarrollo industrial. Pero quieren que se mantenga viva la antigua concepción del socialismo, que hacía hincapié en la libertad y la igualdad y que tomaba su inspiración de la fe en la fraternidad humana.

La postura que expresan existe en el ala izquierda del movimiento socialista de todos los países, o al menos de los más avanzados, donde se da por sentado un nivel de vida alto. En países más primitivos es más factible que el extremismo político se presente en forma de anarquismo. Entre quienes creen en la posibilidad del progreso humano, se produce una lucha incesante y a tres bandas entre el maquiavelismo, la burocracia y el utopismo.

En estos momentos es difícil que el utopismo se materialice en un movimiento político definido. Las masas quieren seguridad en mucha mayor medida que igualdad, y por lo general no se dan cuenta de que la libertad de prensa y de expresión son de una importancia capital para ellos. Pero el deseo de perfección terrenal tiene una larga historia detrás.

Si examinásemos la genealogía de las ideas que defienden escritores como Koestler o Silone, descubriríamos que se remonta —pasando por soñadores utópicos

como William Morris y demócratas místicos como Walt Whitman, por Rousseau, por los cavadores y niveladores ingleses, por las revueltas campesinas de la Edad Media — hasta los primeros cristianos y las rebeliones de esclavos de la Antigüedad.

Los panfletos de Gerrard Winstanley, el cavador de Wigan, cuyo experimento de comunismo primitivo fue aplastado por Cromwell, tienen en algunos aspectos un extraño parecido con los textos de izquierdas modernos.

El «paraíso terrenal» nunca se ha materializado, pero, como idea, parece que nunca se extingue, a pesar de la facilidad con la que pueden desacreditarla los políticos prácticos de cualquier signo. En su centro reposa la creencia de que la naturaleza humana es de entrada bastante decente, y capaz de un desarrollo ilimitado. Esta creencia ha sido el motor principal del movimiento socialista, incluidas las sectas clandestinas que allanaron el camino para la Revolución rusa, y podría afirmarse que los utópicos, hoy en día una minoría desperdigada, son los auténticos defensores de la tradición socialista.

Freda Utley, *The Dream We Lost*; Max Eastman, *Since Lenin Died* y *Artists in Uniform*; Louis Fischer, *Men and Politics*; Arthur Koestler, *Los gladiadores* y *La escoria de la tierra*; Ignazio Silone, *Fontamara, Vino y pan* y *La semilla bajo la nieve*; André Malraux, *La condición humana* y *La esperanza*; Gaetano Salvemini, *Bajo el hacha del fascismo*; Gerrard Winstanley, *Selections*.

3. LOS REFORMISTAS CRISTIANOS

Manchester Evening News, 7 de febrero de 1946

La fe en una vida después de la muerte y el deseo de una felicidad terrenal no son irreconciliables, pero van en direcciones contrarias. Si existe una vida más allá de la tumba, nuestro propósito principal debe ser el de prepararnos para esa vida, y puede que la disciplina espiritual necesaria se base en el dolor, el sufrimiento, la pobreza y todas esas cosas de las que quieren deshacerse los reformistas sociales.

En cualquier caso, la idea del sometimiento a Dios y la de incrementar el control humano sobre la naturaleza se consideran enfrentadas. En general, por tanto, las iglesias cristianas —y especialmente la católica, la ortodoxa, la anglicana y la luterana, cada una de ellas vinculada a un orden social bien establecido— se han mostrado hostiles a la idea del progreso y se han opuesto a cualquier teoría política que tendiera a debilitar la institución de la propiedad privada.

No obstante, no se puede equiparar la fe cristiana con el conservadurismo. Ya en la Edad Media existían sectas heréticas que predicaban doctrinas políticas revolucionarias, y tras la Reforma se estableció una conexión muy estrecha entre el radicalismo y el protestantismo. Las raíces del movimiento socialista inglés se asientan en parte en el inconformismo anglicano.

En nuestros días, sin embargo, ha habido un desarrollo de mayor alcance con el propósito de conciliar la fe cristiana, ortodoxa y espiritual, con el socialismo revolucionario. Han aparecido partidos socialistas católicos por todo el continente. La Iglesia ortodoxa rusa, o gran parte de ella, ha hecho las paces con el gobierno soviético, y corrientes de pensamiento análogas se han dejado ver en la Iglesia de Inglaterra.

Hay más de una razón para este avance, pero no se habría producido si los cristianos, como individuos, tanto clérigos como seglares, no se hubiesen ido convenciendo cada vez más de la perversidad inherente a la sociedad capitalista. No bastaba, como en el pasado, con predicar que Dios creaba a los ricos y a los pobres y que lo que importaba era la salvación de las almas.

En palabras del pastor Niemöller, las condiciones de pobreza en una gran ciudad eran tan extremas que imposibilitaban la vida cristiana. Quizá las enseñanzas de Cristo mostraban el camino hacia un comunismo puro. Cuando menos, exigían de manera evidente una redistribución radical de la propiedad.

Durante los últimos veinte años, entre los pensadores religiosos más destacados

no ha habido nunca reaccionarios políticos en el sentido convencional; esto es, defensores del capitalismo del *laissez-faire*. Existen muchas gradaciones de opinión entre ellos, pero se pueden identificar tres tendencias principales.

La primera, la de aquellos que, sencillamente, identifican el cristianismo con el comunismo y hacen especial hincapié en las implicaciones políticas y económicas del Evangelio. Algunos, de los cuales el deán de Canterbury es el más conocido, consideran la Rusia soviética el mayor acercamiento a una auténtica sociedad cristiana.

El profesor John Macmurray (*The Clue to History*) va casi tan lejos como el deán de Canterbury y sostiene que el sesgo antirreligioso del régimen soviético no es más que un error que puede y debe ser rectificado. El profesor Macmurray, sin embargo, rechaza la doctrina de la inmortalidad personal, por lo que difícilmente se lo puede considerar un creyente ortodoxo.

Otro autor anglicano que se ha manifestado más o menos en la misma línea, si bien con un énfasis mucho mayor en la santidad del individuo, es Sydney Dark (*I Sit and I Think and I Wonder*), director en su día del *Church Times*. A pesar de algunos esfuerzos recientes en Francia, no ha habido nunca señal alguna de una verdadera reconciliación entre el comunismo ruso y la Iglesia católica. Dentro de la Iglesia de Inglaterra, sin embargo, las simpatías hacia la izquierda parecen ser más fuertes entre los anglocatólicos, que están doctrinariamente más próximos a Roma.

La segunda tendencia es la de aquellos que aceptan el socialismo como el paso siguiente, inevitable e incluso deseable, de la historia humana, pero cuya preocupación principal es cristianizar a la nueva sociedad socialista e impedir que corte sus vínculos espirituales con el pasado. Los dos autores más destacados de esta escuela son el bergsoniano francés Jacques Maritain y el emigrado ruso Nikolái Berdiáyev.

Maritain, cuya obra *Cristianismo y democracia* se publicó en este país el año pasado, es un pensador muy sutil y profundamente respetado en el ámbito católico, y ha prestado un gran servicio a la causa del socialismo al lograr reconciliar la idea del progreso social con la ortodoxia católica estricta. En los años de la guerra aplicó todo el peso de su autoridad intelectual contra el régimen de Pétain, y durante la Guerra Civil española se negó, pese a las presiones recibidas, a aclamar a Franco como el paladín de la cristiandad.

El novelista católico Georges Bernanos (*Diario de un cura rural* y *Los grandes cementerios bajo la luna*) adoptó una postura similar, pero de un modo más vehemente. Como pensador, no obstante, Bernanos tal vez debería colocarse en el tercero de los grupos que estoy considerando. El equivalente inglés más próximo a Maritain es el historiador católico Christopher Dawson. El caso de Berdiáyev es distinto a los otros, ya que comenzó como socialista marxista y sólo más tarde se convirtió en creyente.

Abandonó Rusia en los tiempos de la revolución, pero, a pesar de ser

extremadamente hostil al bolchevismo, ha escrito sobre él con más entendimiento y respeto que la mayoría de sus opositores, y sus observaciones acerca de la conexión entre la fe primitiva de los campesinos rusos y la violencia de la revolución son de gran interés.

Todos los autores de este grupo reconocerían que si la Iglesia ha perdido el apoyo de las masas ha sido en gran parte por tolerar la injusticia social. La expresión política de esta nueva perspectiva es el socialismo cristiano, que ha alcanzado ya proporciones admirables en Francia.

Por último —y, en cierto modo, este es el grupo más interesante—, encontramos a aquellos que reconocen la injusticia de nuestra sociedad actual y están preparados para cambios drásticos, pero que rechazan el socialismo y, por implicación, el industrialismo. Allá por 1911, Hilaire Belloc escribió su profético libro *El estado servil*, en el que predijo ya que la sociedad capitalista pronto degeneraría hasta convertirse en algo parecido a eso que más tarde íbamos a conocer como «fascismo».

La solución de Belloc era la parcelación de las grandes posesiones y el retorno a una propiedad campesina. El amigo de Belloc, G. K. Chesterton, convirtió esta idea en la base de un movimiento político al que llamó «distributismo». Chesterton, católico converso, tenía el bagaje mental de un radical del siglo XIX, y su deseo de una forma de sociedad más sencilla se combinaba con una fe casi mística en la democracia y en las virtudes del hombre común.

Su iniciativa nunca obtuvo un gran predicamento, y tras su muerte algunos de sus discípulos derivaron hacia la Unión Británica de Fascistas, mientras que otros buscaron una solución en la reforma monetaria. No obstante, sus doctrinas reaparecen, inalteradas en esencia, en la noción de sociedad cristiana de T. S. Eliot. La relevancia de Chesterton se debe a que representó de una forma simplificada —de hecho, caricaturizada— ciertas tendencias que se encuentran en todo reformista cristiano.

Las virtudes específicamente cristianas florecen con más frecuencia en las comunidades pequeñas, en las que la vida es sencilla y la familia, una unidad natural. Por consiguiente, la tendencia del pensamiento cristiano, incluso en aquellos que reconocen la necesidad de planificación y de una propiedad centralizada, es siempre la de alejarse de una sociedad altamente compleja y opulenta y volver a la aldea medieval. Hasta un autor como el profesor Macmurray, capaz de aceptar el comunismo ruso casi sin reservas, quiere que la gente viva en lo que denomina un «mundo funcional» en el que la vida no sea demasiado fácil.

El medievalismo, tal como lo presenta Chesterton, o incluso Eliot, no es serio desde el punto de vista político; es sólo un síntoma del malestar que siente cualquier persona sensible ante el espectáculo de la civilización técnica.

Pero los pensadores cristianos más realistas que Chesterton tienen que enfrentarse de todos modos a un problema irresoluto. Afirman, con acierto, que si nuestra civilización no se regenera moralmente es probable que perezca; y puede que tengan

razón al añadir que, al menos en Europa, su código moral debe estar basado en principios cristianos. Pero la religión cristiana incluye, como parte integral, doctrinas que son ya inaceptables para una enorme cantidad de gente.

La creencia en la inmortalidad, por ejemplo, está casi con seguridad en declive. Si la Iglesia se aferra a doctrinas como esa, no podrá atraer a la gran masa de gente, pero si las abandona perderá su *raison d'être* y bien podría desaparecer.

Esto es sólo para decir de nuevo, con otras palabras, que el cristianismo es por naturaleza «del otro mundo», mientras que el socialismo es por naturaleza «de este mundo». Prácticamente cualquier debate religioso, en nuestros días, gira en torno a este problema, pero no se ha encontrado ninguna respuesta satisfactoria.

Mientras tanto, el hecho de que escritores y pensadores de la talla de Maritain, Eliot, Reinhold Niebuhr y Christopher Dawson se hayan visto obligados no sólo a interesarse por la política contemporánea, sino también a tomar partido por lo que se conoce de forma imprecisa como el bando «progresista», sirve para contrarrestar ese optimismo facilón y ese materialismo mal entendido que se cuentan entre los puntos débiles del movimiento de izquierdas.

Deán de Canterbury, *Marxism and the Individual* (panfleto); Jacques Maritain, *Humanismo integral, Ciencia y sabiduría, Los derechos del hombre y la ley natural*; Nikolái Berdiáyev, *El cristianismo y la lucha de clases, El cristianismo y el problema del comunismo*; E. Lampert, *Nicolai Berdyaev and the New Middle Ages*; Christopher Dawson, *Beyond Politics, The Judgment of the Nations*; Reinhold Niebuhr, *Moral Man and Immoral Society*.

4. PACIFISMO Y PROGRESO

Manchester Evening News, 14 de febrero de 1946

«Pacifismo» es una palabra muy ambigua, dado que acostumbra a entenderse como una mera negativa, esto es, el rechazo a realizar el servicio militar o el rechazo a la guerra como instrumento político.

No conlleva por sí misma ninguna implicación política, y tampoco hay un acuerdo generalizado en cuanto a las actividades que un insumiso debe aceptar o rechazar.

La mayoría de los objetores de conciencia sólo se niegan a quitarle la vida a alguien, pero están dispuestos a hacer cualquier tipo de trabajo alternativo, como labores agrícolas, en el que su contribución a los esfuerzos de la guerra es indirecta en lugar de directa.

Por su parte, los insumisos verdaderamente inflexibles, que se niegan a realizar cualquier tipo de servicio nacional y están dispuestos a plantar cara a la persecución por sus creencias, son a menudo personas que no tienen una objeción teórica a la violencia, sino que sencillamente están en contra del gobierno que impulsa la guerra.

De ahí que muchos socialistas se opusieran a la guerra de 1914-1918 y apoyaran la de 1939-1945, y, dadas sus premisas, no hay nada de incoherente en ello.

La teoría del pacifismo, si la entendemos como una renuncia contundente a la violencia, es susceptible a objeciones muy importantes. Es evidente que todo gobierno que se muestre reticente a emplear la fuerza estará a merced de cualquier otro gobierno, o incluso de cualquier individuo, que no tenga tantos escrúpulos; de modo que el rechazo a emplear la fuerza no tiende más que a volver imposible la vida civilizada.

Sin embargo, hay gente a la que se podría describir como pacifista y que es lo bastante inteligente para ver y reconocer esto, y que, aun así, tiene una respuesta. Por descontado, existen diferencias de opinión entre ellos, pero dicha respuesta es algo así:

Sin duda, la civilización descansa ahora sobre la fuerza. Descansa no sólo sobre cañones y bombarderos, sino sobre prisiones, campos de concentración y porras policiales. Y es muy cierto que si la gente pacífica se niega a defenderse a sí misma, el efecto inmediato será el de darles más poder a gángsteres como Hitler y Mussolini. Pero también es cierto que el uso de la fuerza imposibilita un progreso real. La buena sociedad es aquella en la que los seres humanos son iguales y en la que estos

cooperan entre sí de buena gana, y no a causa del miedo o de presiones económicas.

Esto es a lo que aspiran, cada uno a su manera, los socialistas, los comunistas y los anarquistas. Obviamente, no se puede alcanzar de un día para otro, pero aceptar la guerra como instrumento político es un paso atrás en el camino.

La guerra, y la preparación para ella, crean la necesidad de un Estado centralizado moderno, que destruye las libertades y perpetúa las desigualdades. Además, toda guerra genera nuevas guerras. Incluso si no extermina por completo la vida humana —y esta es una eventualidad bastante probable, teniendo en cuenta el potencial destructivo del armamento actual—, no puede darse ningún avance auténtico mientras continúe este proceso.

Probablemente se dará una verdadera degeneración, ya que la tendencia es que cada guerra sea más brutal y degradante que la anterior. En un punto u otro el ciclo debe romperse. Incluso al precio de aceptar la derrota o la dominación extranjera, debemos empezar a actuar de un modo pacífico y negarnos a devolver el mal por mal.

La consecuencia aparente, al principio, será la de darle más poder al mal, pero ese es el precio que tenemos que pagar por la barbarie de los últimos cuatrocientos años. Incluso si es necesario luchar contra la opresión, debemos luchar contra ella por medios no violentos. El primer paso hacia la cordura es romper el ciclo de la violencia.

Entre los autores a los que se podría clasificar como pacifistas, y que seguramente aceptarían lo que he dicho más arriba como una declaración de intenciones acorde a su postura, tenemos a Aldous Huxley, John Middleton Murry, el fallecido Max Plowman, el anarquista, poeta y crítico Herbert Read, y diversos escritores jóvenes como Alex Comfort y D. S. Savage.

Los dos pensadores con los que están hasta cierto punto en deuda todos estos autores son Tolstói y Gandhi. Pero es posible distinguir entre ellos al menos dos escuelas de pensamiento distintas; el punto en cuestión es si se aceptan o no el Estado y la civilización técnica.

En sus primeros escritos pacifistas, como *El fin y los medios*, Huxley hacía especial hincapié en la locura destructiva de la guerra, y llevaba bastante lejos el argumento de que no pueden obtenerse buenos resultados empleando métodos malvados. En los últimos tiempos, parece haber llegado a la conclusión de que la acción política es intrínsecamente maligna y que no es posible, en términos estrictos, salvar a la sociedad; sólo los individuos pueden salvarse, y eso sólo por medio de ejercicios religiosos que las personas comunes difícilmente están en posición de llevar a cabo.

En la práctica, esto se traduce en una pérdida de la esperanza en las instituciones humanas y en la recomendación de desobedecer al Estado, si bien Huxley nunca ha hecho una declaración política definida. Middleton Murray llegó al pacifismo por la vía del socialismo, y su actitud hacia el Estado es algo diferente. No reclama que sea sencillamente abolido, y comprende que la civilización técnica no puede desguazarse

o, al menos, que no es eso lo que va a ocurrir.

En un libro reciente, *Adam and Eve*, apunta una idea interesante, si bien discutible: en caso de que pretendamos seguir con la tecnología, el pleno empleo es un objetivo al que no deberíamos aspirar. Una industria altamente desarrollada, trabajando a tiempo completo, producirá un excedente de bienes inservible, lo que conducirá a una lucha por los mercados y a la competencia armamentística, cuyo fin natural es la guerra.

Lo que debemos perseguir es una sociedad descentralizada, agrícola en lugar de industrial, y valorar más el ocio que la opulencia. Una sociedad como esta, cree Murry, sería por naturaleza pacífica y no atraería ataques sobre ella, ni siquiera de sus vecinos violentos.

Herbert Read, curiosamente, pese a que, como anarquista, considera al Estado algo por completo repudiable, no es hostil a la tecnología. Un gran desarrollo industrial, piensa, sería compatible con una ausencia total de controles centralizados. Algunos de los autores pacifistas más jóvenes, como Comfort y Savage, no ofrecen ningún programa para el conjunto de la sociedad, pero insisten en la necesidad de preservar la propia individualidad frente a la intrusión tanto del Estado como de los partidos políticos.

Resulta evidente que el problema real es si el pacifismo es compatible o no con la lucha por el bienestar material. En términos generales, el pensamiento pacifista tiende a un cierto primitivismo: si queremos tener un nivel de vida alto necesitamos una sociedad industrial compleja, pero eso implica planificación, organización y coerción; en otras palabras, implica el Estado, con sus prisiones, sus fuerzas policiales y sus guerras ineludibles. Los pacifistas más extremos dirían que la mera existencia del Estado es incompatible con una paz auténtica.

Está claro que si uno piensa de este modo, es casi imposible imaginar una regeneración rápida y completa de la sociedad. El ideal pacifista y anarquista sólo puede alcanzarse, si es que se puede, muy poco a poco. De ahí la idea, que ha obsesionado al pensamiento anarquista durante los últimos cien años, de las comunidades agrícolas autosuficientes, en las que una sociedad sin clases ni violencia es factible, como si dijéramos, en pequeñas parcelas.

En épocas diversas han existido comunidades de este tipo en algunos lugares del mundo: en la Rusia y la América del siglo XIX, en Francia y Alemania en los años de entreguerras, y en España durante un breve período de la Guerra Civil.

En Gran Bretaña, además, algunos grupos pequeños de objetores de conciencia han tratado de hacer algo parecido en los últimos años. La idea no consiste simplemente en escapar de la sociedad; se trata más bien de crear oasis espirituales, como los monasterios de la Edad Media, desde los cuales se difunda gradualmente una nueva actitud hacia la vida.

El problema de estas comunidades es que nunca llegan a ser verdaderamente independientes del mundo exterior y que sólo pueden existir siempre y cuando el

Estado, al que consideran su enemigo, decida tolerarlas. En un sentido más amplio, la misma crítica vale para el conjunto del movimiento pacifista.

Este sólo es capaz de sobrevivir cuando hay cierto grado de democracia, y en muchos lugares del mundo jamás ha llegado a existir. No había ningún movimiento pacifista en la Alemania nazi, por ejemplo.

La tendencia del pacifismo, por tanto, es siempre la de debilitar aquellos gobiernos y sistemas sociales que le son más favorables. No cabe duda de que, durante los diez años previos a la guerra, el predominio de ideas pacifistas en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos dio alas a la agresión fascista. E, incluso en lo que respecta a sus sentimientos subjetivos, a menudo los pacifistas ingleses y estadounidenses parecen más hostiles a la democracia capitalista que al totalitarismo. Sin embargo, en un sentido negativo, su crítica ha sido útil.

Han insistido acertadamente en que la sociedad actual, incluso cuando por un casual los cañones no están abriendo fuego, no es pacífica, y han mantenido viva la idea —algo olvidada desde la Revolución rusa— de que la meta del progreso es abolir la autoridad del Estado, no la de reforzarla.

Aldous Huxley, *Eminencia gris, What Are You Going to Do About It?* (panfletos); Max Plowman, *Bridge into the Future* (cartas); Herbert Read, *Arte, poesía y anarquismo*; Alex Comfort, *No Such Liberty*; D. S. Savage, *The Personal Principle*; Leo Tolstói, *¿Qué debemos hacer?*; Wilfred Wellock, *A Mechanistic or a Human Society?* (panfleto); Roy Walker, *The Wisdom of Gandhi* (panfleto).

PERO ¿DE VERDAD SOMOS MÁS MALEDUCADOS? NO

«Saturday Essay», *Evening Standard*, 26 de enero de 1946

La noticia de que el alcalde de Hendon, Middlesex, está remitiendo quince mil quinientas cartas a los niños de su municipio exhortándolos a ser más educados hace resurgir la cuestión de si los modales ingleses se han deteriorado desde la guerra.

El alcalde cree que así es, y atribuye la actual falta de cortesía a una imitación del «adiestramiento de los soldados para ser tipos duros». Se muere de ganas de que los niños cedan el asiento a los mayores en el autobús, ayuden en casa limpiando los zapatos y haciendo recados, y se enrolen en un «Club de la Cortesía» para el que se están preparando ya quince mil insignias.

La primera crítica que podría hacerle alguien es que parece algo injusto echarle la culpa al ejército. Los soldados, sin duda, tienen que entrenarse para ser duros, pero cuando no está combatiendo, el ejército británico es el más educado del mundo.

En los últimos tiempos era imposible viajar por Europa sin que a uno lo recibieran con halagos casi sonrojantes sobre el «correcto» comportamiento de los soldados británicos. Han sido, de hecho, mejores embajadores de su país que otra gente que cobra mucho más por hacer ese trabajo.

Y cuando nos paramos a pensar en el modo en que se comportaban habitualmente los soldados británicos no hace tanto, en la India, por ejemplo, o incluso en lugares tan cercanos como Malta o Gibraltar, es difícil no tener la sensación de que nos volvimos más civilizados, y rápido, en los años anteriores a las guerras.

No creo que haya estado jamás en un país donde un ciego o un forastero pidiendo indicaciones reciban más atención que en Inglaterra, o en cuyas grandes ciudades haya menos barrios inseguros por la noche, o donde la gente sea menos propensa a hacerte bajar de la acera de un empujón o a quitarte el sitio en el tren o el autobús.

Incluso en el actual estado de abarrotamiento de los trenes, uno puede dejar el abrigo en el asiento y encontrar su sitio todavía libre al volver diez minutos después. El resto de los pasajeros respetan su derecho de prioridad, aunque el pasillo esté ya atestado de gente. Y en cuanto a hacer cola, durante los cinco o diez últimos años se ha convertido en lo que los psicólogos llaman un «reflejo condicionado»; si ponemos a una docena de ingleses juntos, se colocan en fila casi instintivamente.

Al final de la otra guerra, cuando la escasez de transporte era casi tan grave como ahora, no se hacía cola en las paradas de autobús. Era un sálvese quien pueda, y aquel

que tuviera menos escrúpulos y los codos más afilados subía a bordo el primero.

No cabe duda de que cierto número de niños, en general afectados por las consecuencias de la evacuación, se han desmandado y convertido en pequeños salvajes, y que la acumulación de incomodidades de la guerra ha creado en todo el mundo una tensión nerviosa que se revela de vez en cuando en forma de arrebatos de furia sin sentido.

Cuando pienso en las muestras de insolencia que he presenciado —o que he cometido— en los años de la guerra, casi siempre me viene a la memoria la misma imagen: un estallido de rabia repentino contra algún perfecto desconocido que no ha incurrido, de hecho, en ninguna ofensa real.

La gente más maleducada de toda son los tenderos, en particular los pescaderos y los estanqueros. Pero la mayoría de ellos están agobiados y sobrecargados de trabajo, y es natural que quieran desquitarse después de años de servidumbre forzosa.

Mi pescadero se comporta como un sátrapa oriental de la vieja escuela. Sólo abre la tienda unas tres o cuatro horas al día, frecuentemente con media hora de retraso, y los pocos arenques que sirve los reparte como si fueran dádivas, salvo que no nos salen gratis.

Muchos de los clientes se dirigen a él como «*sir*». Pero, a fin de cuentas, entre 1919 y 1939 seguramente era él quien llamaba «*sir*» a otros, y ¿quién puede culparlo por sacar el máximo partido de su pequeño momento de poder?

Si pensamos no sólo en los años de la guerra, sino en las dos o tres últimas décadas, no cabe la menor duda de que los modales se han suavizado de modo general y de que se ha producido también una reducción considerable de las diferencias de clase. Muchas cosas han contribuido a ello: el cine, la radio, el desmantelamiento de los barrios de chabolas, la producción en masa de ropa barata y la mejora de la educación primaria.

En un sentido estrictamente estético, sin duda, nuestros modales no han mejorado. Existe una cierta vulgaridad inherente a la civilización industrial, y cuando se trata de cosas como los gestos, los movimientos o el porte al vestir, cualquier europeo, desde un profesor de filosofía hasta un vendedor ambulante, es inferior a un campesino indio o chino.

No obstante, el desarrollo general que ha tenido lugar en nuestra época, cada año con más y más gente viviendo en casas con baño, acostumbrándose a comer en público, aprendiendo a hablar el dialecto de la BBC e imitando en su aspecto a las estrellas de cine, ha permitido avanzar en el grado de refinamiento. Y diría que, junto con la mejora superficial, ha habido también un aumento del civismo y la consideración.

Gran parte de los esfuerzos de la guerra, especialmente la fluida organización de asuntos como el racionamiento o la vigilancia de incendios, habrían sido imposibles sin ello.

Mientras tanto, si da la impresión de que nuestros modales carecen de delicadeza,

no creo que el alcalde de Hendon deba preocuparse.

Esperar veinte minutos el autobús con los zapatos chorreando y luego, al llegar a casa, descubrir que la estufa de gas no funciona, no ayudan mucho a la urbanidad. Más combustible, más transportes, ropas que den más abrigo, calles más iluminadas y una dieta más variada son cosas que demostrarán tener una influencia civilizadora mayor que llevar una insignia del Club de la Cortesía en el ojal.

LOS PEORES CLIMAS SON LOS MEJORES

Evening Standard, 2 de febrero de 1946

Hubo un tiempo en el que solía decir que lo que necesitaba el clima inglés era una intervención sin importancia, comparable a la extirpación de las amígdalas en el ser humano; sólo había que cortar enero y febrero, y no tendríamos nada de qué quejarnos.

Ahora, sin embargo, siento que ya ni siquiera eliminaría esos dos meses, suponiendo que tuviera el poder de hacerlo.

No se trata de una cuestión puramente académica, ya que, si nos creemos a nuestros autores de divulgación científica, estamos muy cerca de ser capaces de controlar el clima. Por medio de la energía atómica, al parecer, podríamos derretir los casquetes polares, irrigar el Sáhara, desviar la Corriente del Golfo, desplazar cadenas montañosas de un lugar a otro y, en pocas palabras, modificar el planeta hasta hacerlo irreconocible.

Y si alguna vez llega el día en el que Gran Bretaña deba elegir qué tipo de clima quiere tener (se hará por plebiscito, supongo, o mediante una encuesta de opinión de Gallup), espero que nos decidamos por lo que se llama un clima «malo» y no por lo que se conoce equivocadamente como un clima «perfecto».

Lo bueno del clima inglés es su variedad. No es sólo que nunca sepamos qué tiempo va a hacer el día siguiente, sino que cada estación del año, y de hecho cada mes, tiene su propia personalidad definida, como un viejo amigo o, en el caso concreto de dos o tres meses, un viejo enemigo.

En muchísimos lugares del mundo esto no es así. En la mayor parte de Oriente sólo tienen tres estaciones, la cálida, la fría y la de las lluvias, y dentro de cada uno de estos períodos los días son todos iguales.

En los climas muy cálidos ni siquiera hay algo que se corresponda a la primavera o al otoño; siempre hay plantas floreciendo, los árboles son perennes y los pájaros ponen nidos durante todo el año. Por debajo del ecuador, incluso la duración del día es prácticamente inalterable, de modo que nunca se disfruta del placer de una larga tarde de verano o de desayunar con luz artificial.

Voy a llevar a cabo el experimento de recorrer los meses del año y ver qué asociaciones evocan en mí de forma automática.

No todas serán agradables, pero creo que se verá que están claramente diferenciadas las unas de las otras. Empezaré con marzo.

Marzo: Alhelíes (especialmente los marrones de antes). Vientos gélidos barriendo las esquinas y lanzándote

arenilla a los ojos. Liebres enfrentándose en combates de boxeo entre el trigo verde.

Abril: El olor de la tierra después de un chaparrón. El placer de oír puntualmente al cuco el día 14 y de ver la primera golondrina; que, de hecho, suele ser un avión zapador.

Mayo: Compota de ruibarbo. El placer de no llevar ropa interior de abrigo.

Junio: Tormentas de verano. El olor del heno. Salir a dar paseos después de cenar. Deslomarse recogiendo patatas.

Julio: Ir a la oficina con la camisa arremangada. El crujido incesante de los huesos de cereza mientras uno camina por las aceras de Londres.

Agosto: Mosquitos. Ciruelas. Bañarse en el mar. Lechos de geranios, dolorosos de mirar. El olor polvoriento de los carros cisterna.

Septiembre: Zarzamoras. Cambian de color las primeras hojas. Mañanas cargadas de rocío. El placer de ver de nuevo un fuego en la chimenea.

Octubre: Días sin una pizca de viento. Olmos amarillentos asomando por encima de la neblina, con todas las hojas muertas y ninguna caída.

Noviembre: Vendavales violentos. El olor de las hogueras de ramas secas.

Diciembre: Búhos ululando. Películas de escarcha en los charcos. Castañas asadas. El sol colgando sobre los tejados como una bola escarlata que podemos mirar sin protegernos los ojos.

Estas son sólo mis asociaciones. Las de otra persona, supongo, serían diferentes, pero probablemente seguirían siendo igual de variadas.

No puedo creer que en California o Nueva Zelanda, pongamos por caso, o en los centros de vacaciones de la Riviera, los meses tengan un sabor tan característico.

Pero ¿qué hay de **enero y febrero**? Febrero, lo admito, es un mes particularmente detestable, y no tiene más virtud que su brevedad. Pero, para ser justos con nuestro clima, debemos tener presente que si no tuviésemos esta época de frío y humedad, el resto del año sería bastante diferente.

El sabor de nuestras frutas y verduras depende del suelo saturado de lluvias y la llegada pausada de la primavera. Con la dudosa excepción de la banana y la piña, ninguna fruta que merezca la pena comer crece en los países cálidos. Incluso la naranja y el limón provienen de tierras bastante templadas, como España o Palestina, y las frutas tropicales características —el mango, la papaya, la chirimoya— son cosas aguadas, insípidas.

Las frutas como las manzanas y las fresas necesitan todas ellas un período de heladas y lluvias abundantes, y nunca alcanzan un sabor óptimo en países con veranos tórridos. Las flores más atractivas también necesitan un invierno frío. En las planicies de la India, por ejemplo, es bastante sencillo plantar zinnias o petunias, pero ni el jardinero más experimentado podría cultivar primaveras, alhelíes o narcisos.

Si queremos conseguir que enero o febrero sean menos desapacibles de lo que son, podríamos empezar por construir nuestras casas de una forma más inteligente.

Por ejemplo, no sería mala idea disponer las tuberías de agua de tal modo que no estallen cada vez que se produce una helada intensa.

Pero esa es otra cuestión. Lo que tendremos que decidir, en caso de que la idea de cambiar el clima se vuelva factible algún día, es si queremos una rutina

perfectamente plana de sol continuo, o bien unos pocos días exquisitos al precio de tener niebla, barro y aguanieve. Cuando Shakespeare escribió, refiriéndose a esta época del año:

> *Cuando el viento sopla con fuerza*
> *Y las toses acallan el sermón del cura,*
> *Y los pájaros reposan melancólicos sobre la nieve,*
> *Y a Mariana se le pone la nariz roja y agrietada*[*]

estaba describiendo un fenómeno bastante desagradable, pero aun así hay un cierto afecto en sus versos, la percepción de que todo tiene su lugar.

Hay un momento para sentarse en una tumbona en el jardín, y hay un momento para los sabañones y para que nos gotee la nariz. Puede que, cinco de cada siete días, nuestro clima nos dé motivos para maldecirlo, pero también hay otros, especialmente en primavera y otoño, en los que hasta las calles de Londres se llenan de una belleza imposible de encontrar en tierras más soleadas.

LIBROS FRENTE A CIGARRILLOS

Tribune, 8 de febrero de 1946

Hace un par de años, un amigo mío, director de un periódico, estaba vigilando incendios con los obreros de una fábrica. Se pusieron a hablar de este periódico, que la mayoría de ellos leían y aprobaban, pero cuando mi amigo les preguntó qué pensaban de la sección de libros, la respuesta que recibió fue: «No pensarás que leemos esas cosas, ¿no? ¡Pero si la mitad del tiempo os lo pasáis hablando de libros que cuestan doce chelines y medio! ¡Los tíos como nosotros no nos podemos gastar ese dinero en un libro!». Eran hombres, me dijo, que no tenían ningún problema en gastarse varias libras en una escapada a Blackpool.

Esta idea de que comprar o incluso leer libros es una afición cara fuera del alcance de la gente común, está tan extendida que merece la pena examinarla detenidamente. Cuánto cuesta exactamente leer, en peniques por hora, es difícil de cuantificar, pero he empezado por hacer inventario de mis libros y calcular el coste total. Tras tomar en cuenta otros gastos diversos, puedo estimar de forma bastante aproximada mi desembolso total de los últimos quince años.

Los libros que he contado y tasado son los que tengo aquí, en mi piso. Dispongo de una cantidad similar almacenada en otro lugar, por lo que debería multiplicar por dos la cifra final para obtener el total. No he incluido cosas sueltas, como pruebas de corrección, volúmenes desastrados, ediciones baratas con tapas de papel, panfletos o revistas, a no ser que estuviesen encuadernadas en forma de libro. Ni tampoco he incluido ese tipo de libros sin valor —antiguos libros de texto y demás— que se acumulan en el fondo de los armarios. Sólo he tenido en cuenta aquellos que he adquirido voluntariamente, o habría adquirido voluntariamente, y que tengo la intención de conservar. En esta categoría, he hallado que tengo 442 libros, adquiridos de la forma siguiente:

Comprados (principalmente de segunda mano)… … … … …	251
Recibidos como regalo o comprados con vales… … … … …	33
Ejemplares para reseñar y ejemplares de cortesía… … … …	143
Prestados y no devueltos… … … … … … … … … … … … … … .	10
En préstamo temporal … … … … … … … … … … … … … … … .	5
TOTAL …	**442**

Vayamos ahora a la forma de tasarlos. Los libros que he comprado los he

catalogado al precio completo, con toda la exactitud con que he podido determinarlo. También he incluido al precio completo los libros que me han regalado, así como los que he tomado prestados temporalmente y los que no he devuelto. Esto se debe a que las entradas y salidas de libros regalados, prestados y robados más o menos se anulan mutuamente. Poseo libros que, en sentido estricto, no me pertenecen; pero mucha otra gente también tiene libros míos, de modo que podemos considerar que los ejemplares por los que no he pagado nada se compensan con los que he pagado pero ya no poseo. Por otro lado, los ejemplares para reseñar y los de cortesía los he tasado a la mitad de su precio. Esto es más o menos lo que habría pagado por ellos de segunda mano, y en su mayoría son libros que, en el caso de haberlos comprado, sólo los habría adquirido en una librería de viejo. En cuanto a los precios, algunas veces he tenido que recurrir a las suposiciones, pero mis cifras no andarán muy desencaminadas. Los costes fueron los siguientes:

	libras	**chelines**	**peniques**
Comprados … … … … … … … … … … …	36	9	0
Regalos… … … … … … … … … … … … …	10	10	6
Ejemplares para reseñar, etc … … … .	25	11	9
Prestados y no devueltos … … … … …	4	16	9
En préstamo … … … … … … … … … …	3	10	6
Estantes … … … … … … … … … … … .	2	0	0
TOTAL … … … … … … … … … … … … .	**8217**	**17**	**6**

Sumándole el lote de libros que tengo en otra parte, parece que poseo, en conjunto, cerca de 900 libros, con un coste total de 165 libras y 15 chelines. Esto es lo que he acumulado en unos quince años; más, en realidad, dado que algunos son de mi niñez, pero pongamos que son quince años. Sale a 11 libras con un chelín al año, pero hay otros costes que habría que añadir para calcular el total de mis gastos de lectura. El más alto sería el destinado a periódicos y revistas, y creo que 8 libras al año sería una cifra razonable. Estas 8 libras corresponderían al precio de dos diarios matutinos, uno vespertino, dos periódicos dominicales, una revista semanal y una o dos mensuales. Esto hace ascender el total hasta las 19 libras con un chelín, pero para hallar la suma total hay que efectuar algún cálculo a ojo. Evidentemente, a menudo gastamos dinero en libros sin que quede luego nada que dé cuenta de ello. Están las suscripciones a la biblioteca, y también esos libros, principalmente de Penguin y otras ediciones baratas, que compramos y luego perdemos o tiramos. Sin embargo, teniendo en cuenta el resto de las cifras, parece que bastaría con sumar 6 libras anuales para incluir los costes de este tipo. De modo que mis gastos totales de lectura a lo largo de los últimos quince años rondarían las 25 libras anuales.

Veinticinco libras al año parecen mucho dinero hasta que empezamos a

compararlo con otro tipo de gastos. Son aproximadamente 9 chelines con 9 peniques semanales, y 9 chelines con 9 peniques equivalen hoy en día a unos 83 cigarrillos (Player's); incluso antes de la guerra, sólo nos habrían llegado para menos de 200 cigarrillos. Con los precios tal y como están ahora, gasto mucho más en tabaco de lo que gasto en libros. Fumo seis onzas a la semana, a media corona la onza, lo que hace un total de casi 40 libras anuales. Incluso antes de la guerra, cuando ese mismo tabaco costaba 8 peniques la onza, me gastaba más de 10 libras al año. Y si añado también una media de una pinta de cerveza al día, a 6 peniques cada una, estas dos cosas juntas me debían de costar cerca de 20 libras anuales. Seguramente, no estaba muy por encima de la media nacional. En 1938, la gente de este país se gastaba casi 10 libras por cabeza al año en alcohol y tabaco; sin embargo, el 20 por ciento de la población eran niños menores de quince años y otro 40 por ciento eran mujeres, de modo que el fumador y bebedor promedio debía de gastarse mucho más que esas 10 libras. En 1944, el gasto anual por cabeza en estos dos productos pasaba de las 23 libras. Si tenemos en cuenta, como antes, la proporción de mujeres y niños, 40 libras sería una cifra per cápita razonable. Con 40 libras al año se podrían comprar más o menos un paquete de Woodbines al día y media pinta de *mild ale* seis veces por semana; no es una asignación extraordinaria. Por descontado, todos los precios se han incrementado, incluido el de los libros; pero, aun así, da la impresión de que el gasto de leer, incluso si pagamos por los libros en lugar de tomarlos prestados y compramos una cantidad bastante alta de periódicos, no asciende a una cifra superior al gasto conjunto de fumar y beber.

Es difícil establecer una relación entre el precio de los libros y el valor que uno extrae de ellos. «Libros» incluye novelas, poesía, libros de texto, obras de referencia, tratados de sociología y muchas cosas más, y la extensión y el precio no se corresponden la una con el otro, en particular si uno acostumbra a comprar libros de segunda mano. Podemos gastarnos 10 chelines en un poema de 500 versos y apenas medio chelín en un diccionario que consultaremos en los ratos muertos a lo largo de un período de veinte años. Hay libros que leemos una y otra vez, libros que pasan a formar parte de nuestro equipaje mental y que cambian por completo nuestra actitud ante la vida, libros que hojeamos pero que nunca llegamos a leer enteros, libros que leemos de una sentada y olvidamos una semana después, y el coste, en términos monetarios, puede ser el mismo en todos los casos. Pero si consideramos la lectura un simple pasatiempo, como ir al cine, entonces es posible hacer un cálculo aproximado de lo que cuesta. Si uno no leyera nada más que novelas y obras «ligeras» y comprara todos los libros que lee, se gastaría —a razón de 8 chelines por libro y cuatro horas dedicadas a leerlo— 2 chelines la hora. Esto es más o menos lo que cuesta sentarse en una de las butacas más caras del cine. Si uno se centrara en libros más serios y comprara todo lo que leyera, los gastos serían más o menos los mismos. Los libros serían más caros, pero llevaría más tiempo leerlos. En ambos casos, uno seguiría poseyendo los libros una vez leídos, y podría venderlos por aproximadamente una

tercera parte del precio de compra. Si comprara sólo libros de segunda mano, los gastos de lectura serían, por supuesto, muy inferiores; medio chelín la hora sería quizá un cálculo ajustado. Por último, si uno no comprase libros sino que se limitara a tomarlos prestados de una biblioteca de pago, la lectura le saldría por medio penique la hora; y si los pidiese en una biblioteca pública, el gasto sería prácticamente nulo.

Lo que he dicho basta para demostrar que leer es uno de los pasatiempos más baratos; por detrás de escuchar la radio, probablemente el más barato que existe. Pero, a todo esto, ¿qué cantidad gasta realmente en libros el público británico? Aunque sin duda existen, no he podido encontrar las cifras, pero lo que sí sé es que antes de la guerra se publicaban en este país unos quince mil libros al año, incluidos reediciones y libros de texto. Si se vendían diez mil ejemplares de cada uno —e incluso contando con los libros de texto, esta es posiblemente una estimación elevada —, cada persona compraba de media, directa o indirectamente, apenas unos tres libros al año. Estos tres libros juntos podrían costar una libra, o incluso menos.

Estas cifras son suposiciones, y me interesaría que alguien me diera las correctas. Pero si mis cálculos son más o menos acertados, no es una marca muy digna para un país con casi un ciento por ciento de alfabetización y donde el hombre común gasta más en cigarrillos de lo que tiene para vivir un campesino indio. Y si nuestro consumo de libros se mantiene tan bajo como hasta ahora, admitamos al menos que se debe a que leer es un pasatiempo menos excitante que ir a las carreras de galgos, al cine o al *pub*, y no a que los libros, ya sean comprados o prestados, resulten demasiado caros.

THE MOON UNDER WATER

«Saturday Essay», *Evening Standard*, 9 de febrero de 1946

Mi taberna preferida, The Moon Under Water, se encuentra a sólo dos minutos de una parada de autobús, pero está en una bocacalle, y los borrachos y pendencieros no parecen capaces de encontrarla ni siquiera los sábados por la noche.

Su clientela, aunque bastante amplia, está compuesta sobre todo por «parroquianos» que ocupan la misma silla todas las noches, y que acuden a la taberna tanto para trabar conversación como para tomarse unas cervezas.

Si a uno le preguntaran por qué prefiere una taberna en particular, lo natural sería citar ante todo la cerveza, pero lo que a mí más me gusta de The Moon Under Water es lo que se suele llamar «el ambiente».

Para empezar, toda la arquitectura y los adornos son definitivamente victorianos. No tiene una sola mesa con el sobre de cristal ni con otras penurias modernas, y tampoco hay falsas vigas vistas, chimeneas de postín ni paneles de plástico imitando el roble. La madera veteada, los espejos ornamentales detrás de la barra, las salamandras de hierro forjado, el techo florido y manchado de amarillo oscuro por el humo del tabaco, la cabeza disecada de un toro sobre la repisa de la chimenea…; todo tiene la cómoda y sólida fealdad del siglo XIX.

En invierno suele arder un buen fuego al menos en dos de las barras, y la disposición victoriana del lugar deja espacio de sobra para no rozarse. Hay una barra abierta al público, una barra en la que se atiende la sala, una barra para las señoras, una barra donde se atiende a los que consumirán fuera —generalmente los que son demasiado vergonzosos para tomarse en público una cerveza a la hora de la cena— y, arriba, un comedor.

Los juegos sólo están permitidos en la barra abierta al público, de manera que en las demás se puede estar sin tener que andar continuamente agachándose para esquivar los dardos.

En The Moon Under Water siempre reina el silencio suficiente para charlar. La taberna no posee ni radio ni piano. Incluso en Nochebuena y en ocasiones semejantes, los cantos suelen ser decorosos.

Las camareras conocen a casi todos los clientes por su nombre de pila, y se toman un interés personal por cada uno de ellos. Son mujeres de mediana edad —dos en concreto llevan el pelo teñido de tonalidades sorprendentes—, y llaman «querido» a todo el personal, sin que importe la edad y el sexo del cliente. («Querido», no

«prenda»; los *pubs* donde las camareras llaman «prenda» al cliente tienen siempre un ambiente desagradable, vulgar).

Al contrario que en muchas tabernas, en The Moon Under Water se venden picadura y cigarrillos, y también aspirinas y sellos. Y nunca ponen pegas a la hora de usar el teléfono.

No se puede cenar en The Moon Under Water, aunque siempre se puede acudir al mostrador de los bocadillos, donde se puede conseguir uno de salchicha de hígado, mejillones (especialidad de la casa), queso, encurtidos y esas galletas grandes con semillas de alcaravea, que parecen existir solamente en las tabernas.

Arriba, seis días a la semana, se puede disfrutar de un buen almuerzo, sólido —por ejemplo, un bocadillo de carne con dos verduras—, por unos tres chelines.

El mayor placer de estos almuerzos es la cerveza negra de barril con la que se pueden acompañar. Dudo que ni siquiera el 10 por ciento de los *pubs* de Londres sirvan cerveza negra de barril, pero The Moon Under Water es uno de ellos. Tienen una cerveza negra suave, cremosa, que sabe de maravilla en una jarra de peltre.

En The Moon Under Water son particularmente cuidadosos con los vasos en que se sirven las bebidas. Por ejemplo, nunca cometen el error de servir una pinta de cerveza en una jarra sin asa. Además de las jarras de cristal y de peltre, tienen algunas de esas agradables jarras de porcelana color fresa que ahora se ven muy rara vez en Londres. Las jarras de porcelana dejaron de verse hace una treintena de años porque a casi todo el mundo le gusta beber en un vaso transparente, pero soy de la opinión de que la cerveza sabe mejor cuando se bebe en una jarra de porcelana.

La gran sorpresa que encierra The Moon Under Water es su jardín. Se atraviesa un estrecho corredor que sale del salón y uno se encuentra en un jardín bastante amplio, bajo unos cuantos plátanos, donde hay unas cuantas mesas verdes y pequeñas, con sillas de hierro colado. En la otra punta de la terraza hay columpios y un tobogán para disfrute de los niños.

Las tardes y noches de verano hay fiestas en familia. Uno se sienta bajo los plátanos a tomar una jarra o una sidra de barril y a oír esa melodía que forman los chillidos de los niños disfrutando del tobogán. Los cochecitos de los más pequeños se aparcan junto a la entrada.

Por muchas que sean las virtudes de The Moon Under Water, creo que la principal es la terraza del jardín, pues permite el disfrute de familias enteras, sin que la madre tenga que quedarse en casa a cuidar del pequeño mientras el padre sale solo.

Y, aunque en teoría sólo se permite su presencia en el jardín, los niños tienden a entrar en el *pub*, e incluso les llevan las bebidas a sus padres. Tengo entendido que esto es contrario a la ley, si bien es una ley que bien vale incumplir, pues ha sido la tontería puritana de excluir a los niños de los *pubs* —y, por tanto, en cierto grado también a las mujeres— la que ha convertido a estas tabernas en meras tiendas donde se expenden bebidas alcohólicas en vez de los lugares de encuentro familiar que deberían ser.

The Moon Under Water es mi ideal de lo que debería ser un *pub*, al menos en la zona de Londres. (Las cualidades que uno espera en el campo son un tanto distintas).

Pero ya va siendo hora de señalar algo que el lector inteligente y escéptico probablemente ya ha intuido. No existe un lugar que se llame The Moon Under Water.

Esto equivale a decir que tal vez exista un *pub* con ese nombre, pero no soy yo quien lo frecuenta. No lo conozco. Y tampoco conozco ningún *pub* que combine todas las cualidades descritas.

Conozco algunos en los que la cerveza es buena, pero donde no se puede comer. Conozco otros donde se puede comer, pero que son ruidosos y siempre están demasiado abarrotados. En cuanto a jardines, de antemano sólo se me ocurren tres tabernas en la zona de Londres que los tengan.

Para ser justos, sí conozco unos cuantos *pubs* que están cerca de ser como The Moon Under Water. He señalado más de diez de las cualidades que debería reunir el *pub* perfecto, y conozco uno que posee ocho. Sin embargo, ni siquiera en ese se sirve cerveza negra de barril, y menos aún en jarras de porcelana.

Y si alguien conoce una taberna donde se sirva cerveza negra de barril, que tenga chimeneas, que sirva comidas a buen precio, que tenga jardín, que cuente con camareras de talante maternal y donde no suene la radio, me encantaría tener noticia de cuál es, aunque su nombre fuera tan prosaico como The Red Lion o The Railway Arms.

EL DECLIVE DEL CRIMEN BRITÁNICO

Tribune, 15 de febrero de 1946

Es la sobremesa de un domingo, preferiblemente antes de la guerra. Tu esposa ya se ha quedado dormida en el sillón y has mandado a los niños a dar un bonito y largo paseo. Apoyas los pies sobre el sofá, te acomodas las gafas sobre la nariz y abres el *News of the World*. El rosbif con pudin Yorkshire, o el asado de cerdo con puré de manzana, seguido por pudin de sebo y rematado, para digerirlo todo mejor, por una taza de té bien cargada, te han puesto justo del humor perfecto. La pipa tira como la seda, el fuego de la chimenea arde bien, los cojines del sofá son mullidos, el aire cálido e inmóvil. En estas circunstancias dichosas, ¿sobre qué te apetece leer?

Naturalmente, sobre crímenes. Pero ¿qué clase de crímenes? Si examinamos los asesinatos que más han deleitado al público británico, esos cuyas líneas generales conoce prácticamente todo el mundo y que han sido convertidos en novelas y desmenuzados una y otra y otra vez en los dominicales, encontramos un parecido bastante notable entre un gran número de ellos. Nuestra gran era del crimen, nuestro período isabelino del crimen, por así decirlo, parece situarse aproximadamente entre 1850 y 1925, y los asesinos que han superado la prueba del tiempo son los siguientes: el doctor Palmer de Rugeley, Jack el Destripador, Neill Cream, la señora Maybrick, el doctor Crippen, Seddon, Joseph Smith, Armstrong, y Bywaters y Thompson. Además, en 1919 hubo otro caso muy célebre que encaja en este patrón, pero prefiero no mencionar el nombre del acusado ya que fue absuelto.

De los nueve casos mencionados, al menos cuatro han dado pie a novelas de éxito y uno se ha convertido en un popular melodrama, y los incontables textos que han generado, en forma de crónicas periodísticas, tratados de criminología y memorias de abogados y policías, permitirían crear una biblioteca considerable. Cuesta creer que algún crimen inglés reciente vaya a ser recordado durante tanto tiempo y con tanto detalle, y no sólo porque la violencia de los acontecimientos externos haya hecho que los asesinatos parezcan irrelevantes, sino porque el tipo de crimen predominante da la impresión de estar cambiando. La principal *cause célèbre* de los años de la guerra fue el llamado «asesinato de Barbilla Partida», sobre el que se ha escrito ahora un popular folleto; la transcripción literal del juicio la publicaron el año pasado los señores Jarrold con una introducción del señor Bechhofer Roberts. Antes de volver a este caso sórdido y desgraciado, que sólo resulta interesante desde el punto de vista sociológico y, tal vez, jurídico, déjenme que trate de definir a qué se refieren los lectores de los dominicales cuando exclaman con fastidio eso de: «Parece que no hay manera de encontrar un buen asesinato hoy en día».

A la hora de considerar los nueve crímenes que he mencionado más arriba, podemos empezar por excluir el caso de Jack el Destripador, que es una categoría en sí mismo. De los otros ocho, seis eran casos de envenenamiento, y ocho de los diez criminales pertenecían a la clase media. De un modo u otro, el sexo era un impulso poderoso en todos los casos salvo en dos, y, en al menos cuatro, la respetabilidad —el deseo de alcanzar una posición segura en la vida, o de no perder la propia posición social debido a algún escándalo, como un divorcio— fue uno de los principales motivos para cometer el crimen. En más de la mitad de los casos, el objetivo consistía en hacerse con una cierta suma de dinero conocida, una herencia o una póliza de seguros, pero la cantidad en cuestión era casi siempre pequeña. En la mayoría de ellos el crimen fue saliendo a la luz poco a poco, como resultado de investigaciones minuciosas que arrancaron con las sospechas de vecinos y parientes, y en prácticamente todos ellos se daba una coincidencia dramática, en la que podía verse claramente el dedo acusador de la Providencia, o uno de esos episodios que ningún novelista osaría inventarse, como el vuelo de Crippen a través del Atlántico con su amante disfrazada de chico, o Joseph Smith tocando como en el *Titanic* «Nearer, my God, to Thee» al armonio mientras una de sus esposas se ahogaba en el cuarto de al lado. El trasfondo de todos estos crímenes, salvo el de Neill Cream, fue básicamente doméstico; de doce víctimas, siete eran la esposa o el marido del asesino.

Con todo esto en mente podemos formarnos una idea de lo que sería, desde el punto de vista de un lector del *News of the World*, un crimen «perfecto». El asesino sería un hombre común de la clase profesional —un dentista o un procurador, por ejemplo—, que lleva una vida profundamente respetable en alguna zona residencial, a poder ser en una casa adosada, lo que permitiría a los vecinos oír ruidos sospechosos a través de la pared. Sería, o bien el presidente de la sede local del Partido Conservador, o bien un destacado inconformista anglicano y un firme defensor del Movimiento por la Templanza. Una pasión culpable por su secretaria o por la esposa de un rival de profesión lo llevaría por el mal camino, y sólo tras largas y terribles luchas contra su conciencia lograría aceptar la idea del asesinato. Una vez decidido, lo planearía todo con la mayor astucia, y no se le escaparía más que un detalle nimio, imprevisible. El medio escogido sería, por descontado, el veneno. En último término, cometería el crimen por parecerle una opción menos deshonrosa, y menos perjudicial para su carrera, que ser descubierto en pleno adulterio. Con este tipo de trasfondo, un crimen puede tener cualidades dramáticas e incluso trágicas que lo conviertan en memorable y que despierten la compasión tanto por la víctima como por el asesino. La mayoría de los crímenes mencionados antes tienen un toque de esta atmósfera, y en tres de los casos, incluido ese al que me refería pero no citaba por el nombre, la historia es parecida a la que he esbozado.

Ahora comparémosla con la del «asesinato de Barbilla Partida». No hay sentimientos profundos en ella. Fue casi una casualidad que las dos personas involucradas cometieran ese crimen en concreto, y se debió sólo a la buena suerte que

no llevaran a término varios más. El escenario no era doméstico, sino la vida anónima de los clubes de baile y los valores falsos del cine estadounidense. Los dos culpables eran una excamarera de dieciocho años llamada Elizabeth Jones y un desertor del ejército norteamericano, que se hacía pasar por oficial, llamado Karl Hulten. Sólo estuvieron juntos seis días, y es dudoso que llegaran a conocer el verdadero nombre del otro antes de ser arrestados. Se conocieron casualmente en una tetería, y esa noche salieron a dar una vuelta en un camión robado del ejército. Jones se presentó como una artista de *striptease*, lo cual no era estrictamente cierto (había actuado una sola vez, sin pena ni gloria), y afirmó que quería hacer algo peligroso, «como ser la chica de un gángster». Hulten, por su parte, se presentó como un gángster de Chicago de primera fila, lo cual tampoco era cierto. En la carretera se encontraron con una chica subida a una bicicleta, y Hulten, para demostrar lo duro que era, la atropelló con el camión, tras lo cual ambos le robaron los pocos chelines que llevaba encima. En otra ocasión, dejaron inconsciente a una chica a la que habían recogido, le robaron el bolso y el abrigo, y la tiraron al río. Y, por último, de modo absolutamente gratuito, asesinaron a un taxista que apenas llevaba ocho libras en el bolsillo. Poco después se fueron cada uno por su lado. A Hulten lo atraparon porque había cometido la estupidez de quedarse con el coche del muerto, y Jones confesó espontáneamente ante la policía. En el juicio ambos se incriminaron mutuamente. Entre crimen y crimen, los dos se comportaron con la mayor de las crueldades: se gastaron las ocho libras del taxista asesinado en las carreras de galgos.

A juzgar por sus cartas, el caso de la chica tiene cierta dosis de interés psicológico, pero este crimen copó los titulares porque proporcionaba una distracción entre las bombas voladoras y las inquietudes por la batalla de Francia. Jones y Hulten cometieron su crimen al son de las V1 y fueron condenados al son de las V2. Hubo también una agitación considerable porque, como se ha vuelto habitual en Inglaterra, el hombre fue condenado a muerte y la chica, encarcelada. Según el señor Raymond, el indulto de Jones suscitó una indignación generalizada y una avalancha de cartas al ministro del Interior, y, en su pueblo natal, «Habría que colgarla» aparecía pintado con tiza en las paredes al lado de dibujos con una figura colgada de una horca. Teniendo en cuenta que sólo se ha ahorcado a diez mujeres en Gran Bretaña en este siglo, y que la práctica ha caído muy en desuso por el rechazo popular, es difícil no tener la impresión de que este clamor por que se colgase a una chica de dieciocho años se debió en parte a los efectos brutalizadores de la guerra. De hecho, toda esta historia sin sentido, con su atmósfera de clubes de baile, salas de cine, perfume barato, nombres falsos y coches robados, pertenece en esencia al período de la guerra.

Quizá sea significativo que el crimen inglés más sonado de los últimos años lo cometiesen un estadounidense y una chica inglesa parcialmente americanizada. Aun así, cuesta creer que este caso sea recordado durante tanto tiempo como los antiguos dramas domésticos de envenenamientos, producto de una sociedad estable en la que la hipocresía omnipresente aseguraba al menos que crímenes tan graves como el

asesinato tuviesen detrás unas emociones poderosas.

LAS PALABRAS Y HENRY MILLER

Tribune, 22 de febrero de 1946

Es una lástima que no haya ningún editor que se arme de valor y reedite *Trópico de Cáncer*. Más o menos un año después, pudo recuperar sus pérdidas publicando un libro titulado *Lo que vi en prisión*, o algo por el estilo, y mientras tanto unos pocos ejemplares del texto prohibido habrían llegado al público antes de que la edición completa ardiera a manos del verdugo, o de quienquiera que se encargue de quemar los libros prohibidos en este país. Así las cosas, *Trópico de Cáncer* debe de ser uno de los libros contemporáneos más difíciles de encontrar —aunque se dice que una edición pirata circulaba por Estados Unidos hace dos o tres años—, y ni siquiera es fácil hacerse con *Primavera negra*. Hay fragmentos de las obras de Henry Miller publicados por todas partes, pero los pasajes que valen un tanto la pena son inaccesibles. A la hora de escribir una crítica uno tiene que confiar en su memoria, y dado que es posible que la persona que lee la crítica no tenga nunca la oportunidad de leer sus libros, todo el proceso es como llevar a un ciego a ver un espectáculo de fuegos artificiales.

La presente selección incluye el relato breve —que quizá sea más una semblanza que un relato— titulado «Max»; el excelente texto autobiográfico «Via Dieppe-Newhaven»; tres capítulos, profusamente censurados, de *Primavera negra*; un guión para una película surrealista, y diversos ensayos críticos y fragmentos. El libro termina con una nota biográfica que probablemente sea verídica en lo principal y que concluye así:

> Quiero que me lea cada vez menos gente; no tengo ningún interés en la vida de las masas, ni en las intenciones de los gobiernos actuales del mundo. Espero y creo que el mundo civilizado quedará arrasado por completo en los próximos cien años, más o menos. Creo que el hombre puede existir, de un modo infinitamente mejor, más amplio, sin la «civilización».

Comparar «Via Dieppe-Newhaven» con, por ejemplo, el fragmento de *Hamlet* —el enorme volumen de cartas que Miller escribió en colaboración con Michael Fraenkel— sirve para hacerse una buena idea de lo que Miller puede y no puede hacer. «Via Dieppe-Newhaven» es una obra veraz e incluso conmovedora. Relata un intento infructuoso de Miller de efectuar una corta visita a Inglaterra en 1935. Los funcionarios de inmigración averiguaron que llevaba muy poco dinero en los bolsillos, así que lo confinaron de inmediato en la celda de un tribunal correccional y lo enviaron de vuelta por el Canal al día siguiente, todo ello con el máximo grado de estupidez y agravio. La única persona que mostró una pizca de decencia a lo largo de todo el asunto fue el sencillo agente de policía que tuvo que custodiar a Miller por la

noche. El libro en el que aparece esta historia fue publicado en 1938, y recuerdo haberlo leído justo después de los Acuerdos de Munich y pensar que, aunque este pacto no era algo de lo que sentirse orgullosos, el episodio de Miller hizo sentirme más avergonzado de mi país. No era que los funcionarios británicos de Newhaven se hubiesen comportado mucho peor de lo que lo hacen ese tipo de personas en cualquier otra parte, pero, de algún modo, era un asunto entristecedor. Un par de burócratas habían tenido a un artista a su merced, y la mezcla de malicia, artería y estupidez con que lo trataron incita a preguntarse qué sentido tiene toda esta cháchara sobre la democracia, la libertad de prensa y todas esas cosas.

«Via Dieppe-Newhaven» está en la misma línea que *Trópico de Cáncer*. Durante cuarenta años o más, Miller había llevado una vida inestable y de mala reputación, y tenía dos dones extraordinarios, los cuales quizá se remontaran a un origen común. Uno era una falta absoluta de pudor y el otro, la capacidad de escribir una prosa atrevida, florida y rítmica que apenas se había visto en inglés en los veinte años anteriores. Por otra parte, era incapaz de imponerse disciplina, no tenía ningún sentido de la responsabilidad ni, tal vez, demasiada imaginación, aunque sí fantasía. Estaba por tanto mejor preparado para ser un escritor autobiográfico, y era de esperar que se le agotara la inspiración cuando el material recogido en su vida pasada se terminara.

Después de *Primavera negra*, era previsible que Miller cayese en la palabrería de un tipo u otro, y, de hecho, gran parte de sus últimas obras no son más que un ejercicio de autobombo; son ruido salido del vacío. Lean si no los dos ensayos incluidos en el libro, «El universo de la muerte» (un análisis crítico de Proust y Joyce) y «Carta abierta a los surrealistas de todo el mundo». En cerca de setenta páginas, es sorprendente lo poco que dice y la ostentosidad con la que lo dice. La expresión «universo de la muerte», llamativa pero, en realidad, prácticamente hueca, tiene un aire muy característico de Miller. Uno de sus trucos consiste en emplear constantemente un lenguaje apocalíptico, salpicar cada página con expresiones como «flujo cosmológico», «atracción lunar» y «espacios interestelares», o con frases como «La órbita por la que viajo me va alejando cada vez más del sol muerto que me trajo al mundo». La segunda frase del ensayo sobre Proust y Joyce es: «Todo lo que ha ocurrido en la literatura desde Dostoievski ha tenido lugar en el otro lado de la muerte». ¡Menuda tontería cuando uno se para a pensarlo! Las palabras clave en este tipo de escritura son «muerte», «vida», «nacimiento», «sol», «luna», «útero», «cósmico» y «catástrofe», y empleándolas con libertad se puede conseguir que la afirmación más banal suene pintoresca y dotar de un aire misterioso y profundo a una perfecta vacuidad. Incluso el título de este libro, *El ojo cosmológico*, no significa nada en realidad, pero suena como si tuviera que significar algo.

Cuando uno les quita de encima todo ese lenguaje ostentoso, las opiniones de Miller son en su mayoría obviedades, y a menudo reaccionarias. Se reducen a una especie de quietismo nihilista. Afirma no tener ningún interés en la política —al

principio del libro anuncia que se ha «convertido en Dios» y que es «absolutamente indiferente al destino del mundo»—, pero en realidad lanza sin cesar proclamas políticas, incluidas generalizaciones raciales inconsistentes sobre el «alma francesa», el «alma alemana», etcétera. Es un pacifista acérrimo y, al mismo tiempo, está anhelante de violencia, siempre y cuando esta se produzca en otra parte; cree que la vida es maravillosa, pero desea y espera que todo salte en pedazos dentro de poco, y habla muchísimo de los «grandes hombres» y de los «aristócratas del espíritu». Se niega a darle ninguna importancia a la diferencia entre el fascismo y el comunismo, porque «la sociedad está hecha de individuos». Esta se ha vuelto una actitud muy habitual hoy en día, y sería respetable si se llevara hasta su conclusión lógica, lo que significaría mantenerse pasivo frente a la guerra, la revolución, el fascismo o cualquier otra cosa. En realidad, los que se pronuncian en la misma línea que Miller se preocupan siempre de permanecer dentro de una sociedad burguesa democrática, aprovechándose de su protección al tiempo que niegan tener ninguna responsabilidad al respecto. Por otro lado, cuando hay que tomar una verdadera decisión, la actitud quietista no parece sobrevivir nunca. En el fondo, la postura de Miller es la de un simple individualista que no reconoce ninguna obligación hacia nadie —o, al menos, ninguna obligación hacia la sociedad en conjunto—, y que no siente siquiera la necesidad de ser coherente en sus opiniones. Gran parte de su obra posterior no es más que una afirmación de este hecho con palabras más altisonantes.

Mientras Miller fue simplemente un paria y un vagabundo que tenía experiencias desagradables con policías, caseras, esposas, acreedores, prostitutas, editores y gente así, su actitud irresponsable no causaba ningún daño; de hecho, como base para un libro como *Trópico de Cáncer*, era la mejor actitud. Lo bueno de *Trópico de Cáncer* era que no tenía ninguna moral. Pero si vas a emitir juicios sobre Dios, el universo, la guerra, la revolución, Hitler, el marxismo y «los judíos», entonces el tipo de honestidad intelectual propio de Miller no basta. Uno debe, o bien mantenerse verdaderamente al margen de la política, o bien reconocer que la política es la ciencia de lo posible. En los últimos escritos de Miller, hay aquí y allá una porción de autobiografía sin pretensiones —«Via Dieppe-Newhaven» es un ejemplo, y hay pasajes comparables incluso en el ilegible *Hamlet*—, y entonces, de nuevo, la antigua magia reaparece. El verdadero don de Miller es su poder para describir el lado oscuro de la vida, pero es probable que necesite infortunios para verse incitado a emplearlo. No obstante, parece que su vida en California estos cinco o seis últimos años no ha sido toda un camino de rosas, así que uno de estos días quizá deje de escribir frases vacías sobre la muerte y el universo y vuelva a eso para lo que está hecho realmente. Pero debe dejar de «ser Dios», porque el único libro bueno que Dios escribió jamás fue el Antiguo Testamento.

Mientras tanto, esta selección proporcionará a los nuevos lectores una impresión no demasiado engañosa de la obra de Miller. Pero ya que se ha descubierto que es posible publicar tres capítulos de *Primavera negra*, con asteriscos aquí y allá, es una

lástima que no se haga lo mismo con *Trópico de Cáncer*, en el que hay fragmentos que no son exageradamente obscenos y que sería fácil hacer presentables con una esporádica línea de puntos en los lugares apropiados.

CLÁSICOS RESEÑADOS: «THE MARTYRDOM OF MAN»

Tribune, 15 de marzo de 1946

Si uno se viese obligado a escribir una historia universal, ¿sería mejor consignar los hechos reales, siempre y cuando uno pudiese averiguarlos, o, sencillamente, inventárselo todo? La respuesta no es tan obvia como parece. El propósito de alguien que escriba la historia de cualquier época prolongada debe ser necesariamente el de imponer una pauta a los acontecimientos, o al menos descubrir una pauta, y puede que una teoría general sólida, o incluso un dominio instintivo de la verosimilitud, sea más útil para ese propósito que una montaña de conocimientos. Una historia construida de modo imaginativo no estaría jamás en lo cierto en relación con un acontecimiento concreto, pero tal vez se acercaría más a la verdad esencial que una mera recopilación de nombres y fechas en la que ni una sola afirmación fuera demostrablemente falsa.

Uno tiene esta poderosa impresión al leer esa obra maestra, extraña y poco apreciada, de Winwood Reade, *The Martyrdom of Man*. Por supuesto, no es que Reade se limitara a inventarse su historia. En cierto modo, de hecho, estaba reafirmando el valor del conocimiento empírico frente a la tradición y la autoridad, dado que su objetivo principal era atacar las creencias religiosas vigentes, y su método para hacerlo fue insistir en los hechos conocidos, incluidos algunos textos del Nuevo Testamento que los creyentes ortodoxos prefieren obviar. Además, estaba dispuesto a incorporar grandes bloques de información pertenecientes a especialistas de diversos campos, y en el prefacio al libro señala algunas de sus fuentes, afirmando llanamente que «apenas hay nada en este libro que pueda reivindicar como mío. He tomado no sólo hechos e ideas, sino también frases e incluso párrafos de otros autores». Y, aun así, el libro es en esencia una obra de la imaginación y no una simple relación de acontecimientos. No empezó, quizá, con una idea preconcebida de la pauta de la historia, pero a través de sus lecturas y sus viajes cree haberla encontrado, y, una vez descubierta, los detalles cobran sentido. El libro es una especie de visión, o de épica, inspirada por la concepción del progreso. El hombre es Prometeo; ha robado el fuego y ha recibido un castigo terrible por ello, pero al final expulsará a los dioses del cielo y dará comienzo el reinado de la razón.

A pesar de su escritura clara y poderosa, *The Martyrdom of Man* no es un libro bien organizado. Está dividido, de un modo algo desmañado, en cuatro partes principales, tituladas «Guerra», «Religión», «Libertad» e «Intelecto», que resumen

supuestamente los estadios principales del desarrollo humano, y la cuarta es en parte una recapitulación de lo que se ha dicho antes. Además, por descontado, tiende a ser sesgado, como debe de serlo probablemente cualquier intento de escribir una historia universal. Para un europeo es casi imposible no pensar en «el mundo» como las orillas del Mediterráneo y del Atlántico, y ni la India ni China ocupan demasiado espacio en el esquema general de Reade. Tampoco lo hacen Inglaterra, Rusia ni Sudamérica. El centro del mundo, tal como lo ve él, lo constituyen Egipto y los países de Oriente Medio, y se luce como nunca al abordar los imperios esclavistas de la Antigüedad y el auge de las religiones semíticas. Veamos este pasaje característico:

> Roma vivió de su posición hasta que la ruina la miró a los ojos. La industria es la única fuente verdadera de riqueza, y en Roma no había industria. Durante el día, la carretera de Ostia iba llena de carros y arrieros, que llevaban a la gran ciudad las sedas y las especias de Oriente, el mármol de Asia Menor, la madera del Atlas, los cereales de África y Egipto; y al salir no transportaban nada más que carretadas de estiércol. Esta era la carga que llevaban a la vuelta.

En la mezcla de cualidades de este pasaje —la ironía, el aire de sólido conocimiento, el hincapié en la importancia de los procesos económicos, todo ello sin perder el poder de expresividad— podemos ver, a mi juicio, la razón de la popularidad de Reade. La gente sentía que, por una vez, la historia le llegaba de manos de alguien que conocía todos los datos y que, sin embargo, no era un académico; no era un parásito de la clase alta y de la Iglesia oficial. Reade no tenía nada que ver con el típico y tedioso «historiador económico». El lado romántico de la historia, rico como un retablo, las velas hinchadas de las galeras fenicias, los escudos de bronce de los soldados romanos, los caballeros, los castillos, los torneos y los nombres célebres —Julio César, Alejandro, Aníbal, Nabucodonosor, Carlomagno— están todos presentes en su obra, pero en cierto modo con un enfoque nuevo, como si Reade nos estuviese diciendo todo el tiempo: «Míralo así, y todo encaja». Un mérito extraordinario del libro es el dominio magistral del tiempo. La historia fluye: grandes épocas quedan resumidas en un párrafo, los egipcios se funden con los persas, los persas con los griegos, los griegos con los romanos, la era de los bárbaros se disuelve en el feudalismo, el feudalismo en el capitalismo, de tal modo que nos parece verlos discurrir como en un panorama, con sus principios esenciales al descubierto y conservando, sin embargo, su colorido y gran parte de su meticulosidad.

En la introducción que ha escrito para la edición de la Thinker’s Library (Watts, 2,5 chelines), el señor J. M. Robertson señala que *The Martyrdom of Man* es destacable

> tanto por el impacto continuo que ha tenido en dos generaciones de lectores como por el continuo éxito alcanzado pese a la hostilidad enconada o desdeñosa de la prensa y la crítica literaria. Sin una palabra de aprobación literaria respetable, sin publicidad alguna por parte de los editores, se ha ido abriendo camino desde el año en que fue publicado, y ha seguido vendiéndose durante más de sesenta años, edición tras edición, hasta nuestros días.

El libro es, por así decirlo, una historia oficiosa. Reade se dirigía a los

emancipados, a gente que no temía la verdad, pero el suyo es en esencia un libro popular, que repudia, prácticamente desde las primeras páginas, los valores de la sociedad burguesa. Cabría suponer que su máximo interés, así como el motivo de la hostilidad de la prensa, residen en su interpretación humanista del cristianismo. En 1872, cuando se publicó el libro, hacía falta valor para adoptar esta postura, pero seguía pareciendo revolucionario aún cuarenta o cincuenta años después. Recuerdo bien el efecto que me produjo al leerlo por primera vez a la edad de diecisiete años. Cuando me topé con la descripción que hacía Reade del típico profeta hebreo y leí las palabras «tan pronto como recibió su misión, dejó de lavarse», sentí en mi interior: «Este hombre es de los míos». Luego seguí adelante y leí su análisis sobre la figura de Jesús. Fue una experiencia curiosamente liberadora. He aquí alguien que no aceptaba a Jesús como el Hijo de Dios ni tampoco, como se estilaba por entonces, como un Gran Maestro Moral, sino que lo presentaba sencillamente como un ser humano falible, igual que los demás; un personaje por lo general noble, pero con graves defectos y, en cualquier caso, uno más en una larga lista de fanáticos judíos muy parecidos. No fue hasta un siglo después de su muerte, afirmaba Reade, cuando diversas leyendas paganas atribuidas a Osiris y Apolo quedaron ligadas a él.

¿Era esta una explicación verídica? No lo sabía entonces, y sigo sin saberlo ahora. Habría que ser un especialista para emitir una opinión. Pero, al menos, el relato de Reade sobre la vida de Jesús podría ser cierto, mientras que la versión que me encasquetaron mis profesores del colegio atentaba contra el sentido común. Reade fue un autor emancipador, porque daba la impresión de que hablaba de hombre a hombre, de que convertía la historia en una pauta inteligible en la que no había necesidad de milagros. Incluso si se equivocaba, era un autor adulto.

Aunque está inspirado en el concepto de progreso y ha influido en el movimiento de izquierdas a lo largo de dos generaciones, no hay que considerar *The Martyrdom of Man* un libro socialista. A Reade lo había influido mucho la teoría darwiniana de la lucha por la supervivencia, y en algunos aspectos su postura es decididamente reaccionaria. Afirma sin rodeos que no cree en el socialismo, está convencido de los efectos valiosos de la competencia comercial, opina que habría que impulsar el imperialismo y parece considerar que los orientales son inferiores por naturaleza, y también acaricia la peligrosa idea de que existen diferentes niveles de verdad y de que en ocasiones es mejor no echar por tierra una creencia falsa si esta es socialmente valiosa. Pese a todo, dice algunas cosas muy proféticas —por ejemplo, que el comunismo, si se instaurara, podría endurecerse y dar lugar a un sistema de castas; un comentario clarividente tratándose de 1871—, y ve con claridad que la igualdad humana no podrá materializarse si no se alcanza un nivel elevado de civilización mecánica. Sus objetivos son del tipo que aceptarían la mayoría de los socialistas, si bien su actitud hacia la sociedad de su tiempo no lo es. Es una especie de aliado irregular del movimiento socialista que combate principalmente en el frente religioso. Muchos miles de lectores de clase obrera habrán discrepado con algunas de sus

conclusiones y, aun así, habrán sentido que tenían a un buen amigo en este estudioso que se había enfrentado a los sacerdotes, y que de ese modo podía presentar el pasado como algo no sólo inteligible, sino también vivo.

DELANTE DE LAS NARICES

Tribune, 22 de marzo de 1946

Muchas declaraciones aparecidas recientemente en la prensa afirman que es casi —si no totalmente— imposible que extraigamos todo el carbón que necesitamos para el consumo y la exportación, debido a la imposibilidad de convencer a una cantidad suficiente de mineros de que se queden en las minas. Unas estimaciones que vi la semana pasada cifraban las «bajas» anuales de mineros en sesenta mil y la entrada anual de nuevos trabajadores en diez mil. Al mismo tiempo, a veces en la misma columna del mismo periódico, se ha afirmado que no sería aconsejable recurrir a los obreros polacos o alemanes porque esto aumentaría los niveles de desempleo en la industria del carbón. Las dos declaraciones no siempre proceden de las mismas fuentes, pero sin duda hay mucha gente capaz de albergar a la vez estas ideas totalmente contradictorias.

Esto no es más que un ejemplo de una forma de pensar que está muy extendida, y que quizá siempre lo haya estado. Bernard Shaw, en el prefacio a *Androcles y el león*, cita otro ejemplo: el primer capítulo del Evangelio de Mateo, que empieza estableciendo que José, padre de Jesús, descendía de Abraham. En el primer versículo se describe a Jesús como «hijo de David, hijo de Abraham», y entonces se recorre la genealogía a lo largo de quince versículos; pero luego, dos más abajo, se explica que, de hecho, Jesús no descendía de Abraham, puesto que no era hijo de José. Esto, afirma Shaw, no supone ningún problema para un creyente, y menciona como caso paralelo la revuelta en el East End londinense de los partidarios del presunto Roger Tichborne, que afirmaban que estaban despojando de sus derechos a un obrero británico.[*]

Desde el punto de vista médico, creo que esta forma de pensamiento se llama esquizofrenia; en todo caso, es el poder de albergar simultáneamente dos creencias que se anulan la una a la otra. Estrechamente vinculado a este poder, está el de ignorar hechos que son obvios e inalterables, y a los que habrá que hacer frente antes o después. Es en particular en nuestro pensamiento político donde prosperan estos vicios. Dejen que me saque unos cuantos casos de muestra de la chistera. No existe ninguna conexión esencial entre ellos; no son más que ejemplos, tomados casi al azar, de cómo las personas obvian hechos evidentes e inequívocos de los que sí son conscientes en otra parcela mental.

Hong Kong: Desde muchos años antes de la guerra, todo aquel que conociera las condiciones del Lejano Oriente sabía que nuestra posición en Hong Kong era

insostenible y que lo perderíamos tan pronto como estallara una guerra importante. Esta idea, sin embargo, era intolerable, y nuestros gobiernos, uno tras otro, siguieron aferrándose a Hong Kong en lugar de devolvérselo a los chinos. Incluso destinaron más soldados al enclave, con la certeza de que los harían prisioneros inútilmente, pocas semanas antes de que empezara el ataque japonés. Luego la guerra llegó, y Hong Kong cayó de inmediato; tal como sabía todo el mundo desde el principio.

El reclutamiento obligatorio: Desde años antes de la guerra, prácticamente toda persona ilustrada estaba a favor de plantarle cara a Alemania y, al mismo tiempo, la mayoría estaban en contra de poseer el armamento suficiente para que esa oposición surtiera efecto. Conozco muy bien los argumentos que se presentan en defensa de esta actitud; algunos están justificados, pero en general no son más que excusas retóricas. Aún en 1939, el Partido Laborista votó en contra del reclutamiento obligatorio, una decisión que seguramente contribuyó a la firma del pacto germano-soviético y que sin duda tuvo un efecto desastroso sobre la moral en Francia. Luego llegó 1940, y estuvimos a punto de perecer por no contar con un ejército numeroso y eficiente, que sólo podríamos haber tenido si hubiésemos implantado el reclutamiento obligatorio al menos tres años antes.

La tasa de natalidad: Hace veinte o veinticinco años, a la contracepción y el progresismo se los consideraba casi sinónimos. Aún a día de hoy, la mayoría de la gente sostiene —y este argumento se expresa de diversas maneras, pero siempre se reduce más o menos a lo mismo— que las familias numerosas son inviables por motivos económicos. Al mismo tiempo, es bien sabido que la tasa de natalidad es más alta en las naciones con un nivel de vida más bajo y, en nuestra propia población, entre los sectores peor remunerados. Se arguye, además, que una población más reducida equivaldría a menos desempleo y a un bienestar mayor para todo el mundo, cuando, por otra parte, está probado que una población menguante y envejecida se enfrenta a problemas económicos calamitosos y tal vez irresolubles. Inevitablemente, las cifras son inciertas, pero es bastante probable que en apenas setenta años nuestra población ascienda a unos once millones de personas, de las cuales más de la mitad serán pensionistas de edad avanzada. Dado que, por motivos complejos, la mayoría de la gente no quiere una familia numerosa, estos datos aterradores pueden habitar en un lugar u otro de sus conciencias, conocidos e ignorados simultáneamente.

La ONU: Con el fin de ser mínimamente eficaz, una organización mundial debe ser capaz de imponerse a los estados grandes igual que a los pequeños. Debe tener poder para inspeccionar y limitar los armamentos, lo que significa que sus funcionarios deben tener acceso al último centímetro cuadrado de cualquier país. También debe tener a su disposición una fuerza armada superior a cualquier otra y que responda sólo ante la propia organización. Los dos o tres estados que realmente cuentan no han tenido jamás la intención de acceder a ninguna de estas condiciones, y han dispuesto la constitución de la ONU de tal modo que sus propias acciones ni

siquiera puedan ser debatidas. En otras palabras: la utilidad de la ONU como instrumento de la paz mundial es nula. Esto era tan obvio antes de que empezara a funcionar como lo es ahora. Y, sin embargo, hace unos meses millones de personas bien informadas estaban convencidas de que iba a ser un éxito.

No sirve de nada ofrecer más ejemplos. La clave es que todos somos capaces de creer cosas que sabemos que no son ciertas, y luego, cuando finalmente se demuestra que estamos equivocados, manipular descaradamente los hechos para demostrar que teníamos razón. Desde el punto de vista intelectual, es posible prolongar este proceso durante un tiempo indefinido; lo único que le pone freno es que, antes o después, las creencias falsas chocan contra la tozuda realidad, normalmente en el campo de batalla.

Cuando uno constata la esquizofrenia imperante de las sociedades democráticas, las mentiras que se cuentan con propósitos electoralistas, el silencio sobre cuestiones importantes, las distorsiones de la prensa, se siente tentado a creer que en los países totalitarios hay menos patrañas, que se afrontan más los hechos. Allí, al menos, las élites gobernantes no dependen del favor popular, y pueden decir la verdad brutalmente y sin adornos. Goering podía decir: «Primero los cañones y luego la mantequilla», mientras que sus homólogos demócratas tenían que envolver el mismo sentimiento en cientos de palabras hipócritas.

Lo cierto, sin embargo, es que la realidad se evita de un modo muy parecido en todas partes, y ello tiene consecuencias muy similares. Al pueblo ruso le enseñaron durante años a pensar que estaba más acomodado que cualquier otro, y los carteles de propaganda mostraban a familias rusas sentadas en torno a comidas abundantes mientras el proletariado de otros países se moría de hambre en los barrios bajos. Al mismo tiempo, los obreros de los países occidentales vivían mucho mejor que los de la URSS; tanto, que evitar el contacto entre los ciudadanos soviéticos y los extranjeros tenía que ser un principio rector de la política. Entonces, como resultado de la guerra, millones de rusos de a pie se adentraron en Europa, y cuando vuelvan a casa, esa elusión de la realidad se pagará inevitablemente en forma de fricciones de diversos tipos. Los alemanes y los japoneses perdieron la guerra en muy buena medida porque sus gobernantes fueron incapaces de ver hechos que resultaban evidentes para un ojo imparcial.

Ver lo que uno tiene delante de las narices precisa una lucha constante. Algo que sirve de ayuda es llevar un diario o, al menos, algún tipo de registro de nuestras opiniones sobre sucesos importantes. De otro modo, cuando alguna creencia particularmente absurda se vaya al traste por los acontecimientos, puede que olvidemos que la sostuvimos alguna vez. Las predicciones políticas acostumbran a ser erróneas, pero incluso cuando hacemos una predicción correcta, puede ser muy instructivo descubrir por qué acertamos. En general, sólo lo logramos cuando nuestros deseos o nuestros miedos coinciden con la realidad. Si aceptamos esto, no podemos, claro está, deshacernos de nuestros sentimientos subjetivos, pero sí

podemos aislarlos hasta cierto punto de nuestras opiniones y realizar predicciones en frío, por las reglas de la aritmética. En su vida privada, la mayoría de la gente es bastante realista; cuando uno elabora su presupuesto semanal, dos y dos suman invariablemente cuatro. La política, por su parte, es una especie de mundo subatómico o no euclidiano en el que es bastante fácil que la parte sea mayor que el todo, o que dos objetos estén en el mismo punto simultáneamente. De ahí las contradicciones y los absurdos que he recogido más arriba, todos ellos atribuibles en último término a la creencia secreta de que nuestras opiniones políticas, a diferencia del presupuesto semanal, no tendrán que someterse a la prueba de la tozuda realidad.

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL SAPO COMÚN

Tribune, 12 de abril de 1946

Antes de la golondrina, antes del narciso y no mucho después de la campanilla de invierno, el sapo común saluda la llegada de la primavera a su estilo, que consiste en emerger de un agujero bajo el suelo, en el que ha estado enterrado desde el otoño anterior, y arrastrarse tan rápido como pueda hasta el charco más próximo. Algo —algún tipo de vibración en la tierra, o quizá simplemente un aumento de unos pocos grados en la temperatura— le ha dicho que es hora de despertarse. Aun así, parece que algunos sapos se quedan dormidos y se saltan un año de vez en cuando; al menos yo he desenterrado alguno más de una vez, vivo y aparentemente bien, en mitad del verano.

En este período, después de su largo ayuno, el sapo tiene un aspecto muy espiritual, como un anglocatólico estricto hacia el final de la Cuaresma. Sus movimientos son lánguidos pero decididos, tiene el cuerpo encogido y, por el contrario, sus ojos son anormalmente grandes. Esto nos permite reparar en algo que no nos sería posible en otro momento: que el sapo tiene los ojos más hermosos que pueda tener una criatura viva. Son como oro o, más exactamente, como esa piedra dorada semipreciosa que vemos a veces en los anillos de sello, y que creo que se llama crisoberilo.

Durante algunos días, después de meterse en el agua, el sapo se concentra en fortalecerse comiendo pequeños insectos. Al cabo de poco ya se ha hinchado hasta volver a su tamaño normal, y entonces entra en una fase de intensa excitación sexual. Lo único que sabe, al menos si es un macho, es que quiere tener algo entre los brazos, y si le ofrecemos un palo, o incluso el dedo, se aferra a él con una fuerza sorprendente y tarda bastante en darse cuenta de que no es una hembra. A menudo nos topamos con masas amorfas de diez o veinte sapos, revolcándose sin parar en el agua, agarrados los unos a los otros sin distinción de sexo. Gradualmente, sin embargo, se van ordenando en parejas, y el macho se sienta como es debido a espaldas de la hembra. Ahora podemos diferenciar a las hembras de los machos, ya que estos son más pequeños y oscuros y se colocan arriba, con los brazos estrechando fuertemente el cuello de la hembra. Después de un día o dos, ponen las huevas en forma de largos cordones que serpentean entre los juncos y que pronto se vuelven invisibles. Al cabo de unas pocas semanas más, el agua bulle de vida con masas de diminutos renacuajos que, rápidamente, crecen, echan patas traseras, luego delanteras

y, a continuación, se deshacen de sus colas; por último, a mediados del verano, la nueva generación de sapos, más pequeños que la uña del pulgar pero perfectos en cada detalle, salen arrastrándose del agua para que empiece de nuevo el ciclo.

Menciono el desove del sapo porque es el fenómeno de la primavera que me atrae más intensamente, y porque el sapo, a diferencia de la alondra y la prímula, no ha recibido demasiada atención por parte de los poetas. Con todo, soy consciente de que a mucha gente no le gustan los reptiles ni los anfibios, y no estoy sugiriendo que para disfrutar de la primavera uno tenga que interesarse por los sapos. Tenemos también el crocus, el zorzal charlo, el cuco, el endrino, etcétera. La clave es que los placeres de la primavera están al alcance de todos, y no cuestan nada. Incluso en la calle más sórdida, la llegada de la primavera se hace notar mediante una señal u otra, ni que sea por un azul más brillante entre las chimeneas o por el verde intenso de un brote de hierba de San Gerardo en un edificio bombardeado. Ciertamente, es extraordinario cómo la naturaleza sigue existiendo de manera extraoficial, por así decirlo, en el mismo corazón de Londres. He visto un halcón sobrevolando la fábrica de gas de Deptford y he oído una actuación de primera categoría a cargo de un mirlo en Euston Road. Debe de haber cientos de miles, si no millones, de pájaros viviendo dentro de este radio de seis kilómetros, y es bastante agradable pensar que ninguno de ellos paga un penique de alquiler.

En cuanto a la primavera, ni siquiera las calles estrechas y lúgubres que rodean al Banco de Inglaterra son del todo capaces de excluirla. Llega colándose por todas partes, como uno de esos gases venenosos modernos que atraviesan todos los filtros. Es habitual referirse a la primavera como «un milagro», y a lo largo de los cinco o seis últimos años esta gastada figura retórica ha cobrado nueva vida. Después del tipo de inviernos que hemos tenido que soportar últimamente, la primavera parece sin duda milagrosa, porque se ha vuelto cada vez más difícil que en efecto vaya a aparecer. Desde 1940, cada febrero me descubro pensando que esta vez el invierno va a ser permanente. Pero Perséfone, como los sapos, se alza siempre de entre los muertos más o menos en el mismo momento. De pronto, hacia finales de marzo, ocurre el milagro, y el barrio ruinoso en el que vivo se transfigura. Abajo, en la plaza, los setos cubiertos de hollín se vuelven de un verde brillante, los castaños se espesan, los narcisos asoman, los alhelíes echan brotes, la guerrera del policía reluce con un agradable tono de azul, el pescadero recibe a los clientes con una sonrisa, e incluso los gorriones tienen un color completamente diferente, ya que al sentir la calidez del aire han tenido el arrojo de darse un baño, el primero desde septiembre.

¿Está mal deleitarse con la primavera y con otros cambios estacionales? O, por decirlo de un modo más preciso, ¿es políticamente censurable, mientras andamos todos asfixiados —o al menos deberíamos estarlo— por los grilletes del sistema capitalista, señalar que, a menudo, la vida merece más la pena gracias al canto de un mirlo, a un olmo amarillo en octubre o a algún otro fenómeno natural que no cuesta dinero y que carece de eso que los directores de los periódicos de izquierdas

denominan «enfoque de clase»? No cabe duda de que mucha gente pensaría que así es. Sé por experiencia que una referencia favorable a la «naturaleza» en uno de mis artículos puede reportarme fácilmente cartas insultantes, y aunque la palabra clave en estas cartas suele ser «sentimental», dos ideas parecen mezclarse en ellas. Una es que cualquier placer que obtengamos del proceso de la vida promueve una especie de quietismo político. La gente, según esta idea, debería estar insatisfecha, y es tarea nuestra multiplicar nuestras aspiraciones y no limitarnos a aumentar nuestro disfrute de las cosas que ya poseemos. La otra idea es que esta es la era de las máquinas, y que detestarlas, o querer aunque sea poner límites a su dominación, es retrógrado, reaccionario y ligeramente ridículo. Esto queda a menudo respaldado con la afirmación de que el amor por la naturaleza es una manía de la gente de ciudad que no tiene ni idea de cómo es en verdad. Los que tienen que vérselas realmente con la tierra, dicen, no la aman, y los pájaros y las flores no les despiertan el más mínimo interés, salvo desde un punto de vista estrictamente utilitario. Para amar el campo, uno debe vivir en la ciudad y limitarse a realizar una excursión de fin de semana en las épocas más cálidas del año.

Esta última idea es manifiestamente falsa. La literatura medieval, por ejemplo, incluidas las baladas populares, está plagada de un entusiasmo casi georgiano por la naturaleza, y el arte de los pueblos agrícolas, como el chino o el japonés, gira siempre en torno a los árboles, los pájaros, las flores, los ríos, las montañas. La otra idea parece errónea de un modo más sutil. Ciertamente, debemos sentirnos insatisfechos, no deberíamos limitarnos a buscar la manera de sacarle el mejor partido a un mal trabajo; pero, aun así, si matamos todo el placer que nos reporta el proceso de la vida, ¿qué tipo de futuro nos estamos preparando a nosotros mismos? Si un hombre no puede disfrutar del regreso de la primavera, ¿por qué debería ser feliz en una utopía que le ahorre trabajo? ¿Qué hará con el ocio que le proporcionarán las máquinas? Siempre he sospechado que, si nuestros problemas políticos y económicos llegan a resolverse realmente algún día, la vida se volverá más simple en lugar de más compleja, y que el tipo de placer que uno experimenta de encontrar la primera prímula superará al que obtiene al comerse un helado al son de un Wurlitzer. Creo que conservando el amor de la infancia por cosas como los árboles, los peces, las mariposas y —volviendo a mi primer ejemplo— los sapos, hacemos que un futuro pacífico y decente sea un poco más probable, y que predicando la doctrina de que no hay que admirar nada salvo el acero y el hormigón, sólo conseguimos garantizar un poco más que a los seres humanos no les quede otra válvula de escape para su excedente de energía excepto el odio y el culto a un líder.

En cualquier caso, la primavera está aquí, incluso en el distrito N1 de Londres, y no nos pueden impedir disfrutarla. Es una reflexión gratificante. Cuántas veces me he quedado plantado, mirando cómo se apareaban los sapos o a un par de liebres boxeando entre el trigo verde, y he pensado en todas las personas importantes que me impedirían disfrutar de ello si pudiesen. Pero afortunadamente no pueden. Siempre y

cuando uno no esté enfermo, hambriento, asustado o enclaustrado en una cárcel o en un centro de vacaciones, la primavera sigue siendo la primavera. Las bombas atómicas se amontonan en las fábricas, la policía patrulla las ciudades, las mentiras brotan a chorro de los megáfonos, pero la Tierra sigue girando alrededor del Sol, y ni los dictadores ni los burócratas, por mucho que desaprueben el proceso, son capaces de detenerlo.

EN DEFENSA DEL PÁRROCO DE BRAY

Tribune, 26 de abril de 1946

Hace algunos años, un amigo mío me llevó a la pequeña iglesia de Berkshire, que estuvo en su día a cargo del célebre párroco de Bray. (En realidad está a unos kilómetros de Bray, pero tal vez en aquella época ambas capellanías eran una sola). En el camposanto hay un magnífico tejo que, según un letrero que hay a sus pies, fue plantado nada más y nada menos que por el mismísimo párroco de Bray en persona. Y en aquel momento me resultó curioso que un hombre así hubiese dejado tras él una reliquia como aquella.

El párroco de Bray, pese a que tenía todo lo necesario para ser un editorialista del *Times*, difícilmente puede ser descrito como un personaje admirable. Aun así, pasado todo este tiempo, lo único que ha quedado de él es una canción cómica y un hermoso árbol, en el que ha posado su mirada una generación tras otra, y que sin duda ha compensado cualquier efecto negativo que el párroco provocase con su colaboracionismo político.

Thibau, el último rey de Birmania, tampoco fue, ni de lejos, un buen hombre. Era un borracho, tenía quinientas esposas —aunque parece que eran más que nada para aparentar— y, cuando llegó al trono, lo primero que ordenó fue decapitar a setenta u ochenta hermanos suyos. Sin embargo, le hizo un gran favor a la posteridad, ya que mandó plantar tamarindos en las calles polvorientas de Mandalay, y esos árboles proyectaron su agradable sombra hasta que las bombas incendiarias de los japoneses los calcinaron en 1942.

Da la impresión de que al poeta, James Shirley, se le fue la mano generalizando cuando dijo aquello de: «Sólo las acciones de los justos / tienen la fragancia de las flores en sus despojos». A veces las acciones de los injustos desempeñan un magnífico papel una vez transcurrido el tiempo apropiado. Cuando vi el tejo del párroco de Bray me recordó a algo, y más tarde me hice con una selección de escritos de John Aubrey y releí un poema bucólico que debió de componer en algún momento de la primera mitad del siglo XVII, y que estaba inspirado en una tal señora Overall.

La señora Overall era la esposa de un deán, y le era tremendamente infiel. En palabras de Aubrey, «apenas era capaz de rechazar a alguno» y tenía «los ojos más adorables nunca vistos, pero una lascivia formidable». El poema (el «zagal» del título fue, al parecer, alguien llamado *sir* John Selby) comienza así:

Tendido yace el zagal,
tan sobrio y reservado,

añorando a su moza,
tan pura y tan bonita.
Con la cabeza recostada
y los brazos en jarra,
todo porque ha perdido
a su cuchi cuchi cu.

…

Dulce era ella, jamás amor más tierno
había apresado al zagal.
Nunca uno tan delicado
podrá disfrutar un hombre.
Pon a un millar en fila,
imposible que haya nunca
alguna que se parezca
a su cuchi cuchi cu.[*]

Al cabo de otros cinco versos, a medida que el poema avanza, el verso «cuchi cuchi cu» va adquiriendo un significado inequívocamente obsceno, pero el poema acaba con una estrofa exquisita:

Pero lejos está ya la moza más hermosa
que pisó jamás el llano.
Por lo que le haya acontecido
no culpemos al zagal.
¿Por qué?, pues ella era su propia enemiga,
y se atrajo su desgracia
mostrándose tan franca
con su cuchi cuchi cu.[*]

La señora Overall no fue un personaje más ejemplar que el párroco de Bray, aunque sí más atractivo. Y, aun así, al final lo único que queda de ella es un poema con el que todavía se complace mucha gente, pese a que por algún motivo nunca se incluye en las antologías. El sufrimiento que supuestamente causó, y la miseria y futilidad en las que debió de desembocar su vida, han quedado convertidos en una especie de fragancia persistente, como el olor de las plantas de tabaco en una tarde de verano.

Pero volvamos a los árboles. Plantar un árbol, en particular uno de larga vida y madera noble, es un regalo que podemos hacerle a la posteridad prácticamente gratis y sin apenas molestias, y si el árbol arraiga perdurará mucho más que los efectos visibles de cualquiera de nuestras otras acciones, buenas o malas. Hace un año o dos escribí unos párrafos en el *Tribune* sobre unas rosas trepadoras de seis peniques que había comprado en Woolworth’s y que planté antes de la guerra. Esto me valió una carta de un lector indignado que afirmaba que las rosas son burguesas, pero yo sigo pensando que aquellos seis peniques estuvieron mejor gastados que si los hubiera

empleado en tabaco o incluso en uno de los excelentes Panfletos de Investigación Fabianos.

Hace poco pasé un día en la casa de campo en la que vivía antes, y reparé con agradable sorpresa —para ser exactos, era el sentimiento de haber hecho algo bueno de forma inconsciente— en el progreso de lo que había plantado casi diez años antes. Creo que merece la pena hacer constar el precio de algunas de aquellas plantas, tan sólo para mostrar lo que puede hacerse con unos chelines si los invertimos en algo que crezca.

En primer lugar, estaban las dos trepadoras de Woolworth's y tres rosales polianta, cada uno a seis peniques. Luego, dos arbustos de rosas que formaban parte de un lote variado que compré en un vivero. Dicho lote incluía seis árboles frutales, tres arbustos de rosas y dos de grosellas, todo ello por diez chelines. Uno de los árboles y uno de los rosales habían muerto, pero el resto estaban todos floreciendo. El total era de cinco árboles frutales, seis rosales y dos arbustos de grosella, todo por doce chelines y medio. Estas plantas no requieren mucho trabajo, y no conllevan ningún otro gasto más allá del coste original. Nunca les puse estiércol, salvo el que recogía a veces en un cubo cuando por algún casual los caballos de la granja se detenían junto a la verja.

Si lo sumamos, en nueve años estos siete rosales deben de haber dado un total de cien o ciento cincuenta meses de floración. Los árboles frutales, que no eran más que pimpollos cuando los planté, justo ahora empiezan a cobrar impulso. La semana pasada, uno de ellos, un ciruelo, era un amasijo de flores, y las manzanas tenían pinta de que iban a salir muy bien. El que en su día era el enclenque de la familia, un manzano Cox's Orange —difícilmente lo habrían incluido en el lote de haber sido una buena planta—, había crecido hasta convertirse en un árbol robusto plagado de yemas frutales. Fue un acto de civismo plantar aquel Cox, ya que estos árboles tardan en dar frutos y yo no esperaba quedarme allí demasiado tiempo. Nunca me dio una sola manzana, pero me da la impresión de que a algún otro le habrá proporcionado un buen montón. Por sus frutos los conoceréis, y la Cox's Orange es un buen fruto por el que ser conocido. Aun así, no lo planté con la intención consciente de hacerle un favor a alguien. Sólo vi que el lote salía barato y clavé aquellos esquejes en el suelo sin demasiada preparación.

Algo de lo que me arrepiento, y que trataré de remediar algún día, es que nunca he plantado un nogal. Nadie lo hace hoy en día; cuando vemos uno, se trata casi invariablemente de un árbol viejo. Si uno planta un nogal, lo hace para sus nietos, ¿y a quién le importan un rábano sus nietos? Tampoco nadie planta membrillos, moreras o nísperos. Pero estos son árboles de jardín que sólo podemos esperar que planten aquellos que poseen un pedazo de tierra. Por otra parte, en cualquier seto o en cualquier rincón de tierra desperdiciada que nos crucemos casualmente, podemos hacer algo por remediar la terrible deforestación, especialmente de robles, fresnos, olmos y hayas, que se ha producido durante los años de la guerra.

Incluso el manzano puede llegar fácilmente a vivir cien años, de modo que el Cox que planté en 1936 quizá siga dando fruto bien entrado el siglo XXI. Un roble o una haya pueden vivir cientos de años y complacer a miles o decenas de miles de personas antes de que los talen y los conviertan finalmente en maderos. No estoy sugiriendo que todo el mundo pueda cumplir con sus obligaciones hacia la sociedad por medio de un plan privado de reforestación. Sin embargo, puede que no fuera mala idea que, cada vez que cometiésemos un acto antisocial, tomásemos nota de ello en nuestro diario y luego, en la estación apropiada, enterráramos una bellota en la tierra.

Y, aunque sólo una de cada veinte llegara a madurar, podríamos causar mucho daño a lo largo de nuestra vida y, no obstante, acabar convertidos, como el párroco de Bray, en unos benefactores públicos.

JAMES BURNHAM Y LA REVOLUCIÓN DE LOS DIRECTORES

Polemic, n.º 3, 1 de mayo de 1946

El libro de John Burnham *La revolución de los directores* generó un revuelo considerable en Estados Unidos y en este país cuando se publicó, y su tesis fundamental ha sido tan debatida que una exposición detallada al respecto apenas es necesaria. Resumida tan brevemente como me es posible, la tesis es esta:

El capitalismo está desapareciendo, pero el socialismo no lo está reemplazando. Lo que surge ahora es un nuevo tipo de sociedad planificada y centralizada que no será ni capitalista ni, en ningún sentido aceptado del término, democrática. Los gobernantes de esta sociedad nueva serán las personas que controlan de forma efectiva los medios de producción; esto es, ejecutivos, técnicos, burócratas y soldados, que Burnham mete en el mismo saco bajo la denominación de «directores». Esta gente eliminará a la antigua clase capitalista, aplastará a la clase obrera y organizará la sociedad de tal modo que todo el poder y los privilegios económicos permanezcan en sus manos. Los derechos de propiedad privada quedarán abolidos, pero no se instaurará la propiedad común. Las nuevas sociedades «gerenciales» no consistirán en un rompecabezas de estados pequeños e independientes, sino en grandes superestados agrupados en torno a los principales centros industriales de Europa, Asia y América. Estos superestados lucharán entre ellos por la posesión de las porciones de la Tierra que aún no han sido conquistadas, pero seguramente serán incapaces de apoderarse por completo los unos de los otros. En el interior, cada sociedad será jerárquica, con una aristocracia con talento en la cima y una masa de semiesclavos en lo más bajo.

En su siguiente libro publicado, *Los maquiavelistas*, Burnham desarrolla y también modifica su planteamiento original. La mayor parte del libro es una exposición de las teorías de Maquiavelo y de sus discípulos modernos —Mosca, Michels y Pareto—, a los que Burnham añade, con dudosa justificación, el autor sindicalista Georges Sorel. Lo que a Burnham le interesa mostrar principalmente es que nunca ha existido una sociedad democrática, y que, por lo que podemos ver, nunca existirá. La sociedad es por naturaleza oligárquica, y el poder de la oligarquía reside siempre en la fuerza y el engaño. Burnham no niega que los «buenos» motivos puedan desempeñar un papel en el ámbito privado, pero sostiene que la política consiste en la lucha por el poder, y nada más. Todos los cambios históricos se reducen en último término al reemplazo de una clase gobernante por otra. Toda la retórica

sobre la democracia, la libertad, la igualdad y la fraternidad, todos los movimientos revolucionarios, todas las visiones utópicas, o «la sociedad sin clases», o «el reino de los cielos en la Tierra», es una paparruchada (no necesariamente consciente) que oculta las ambiciones de alguna clase nueva que se está abriendo paso a codazos hacia el poder. Los puritanos ingleses, los jacobinos o los bolcheviques no eran más que grupos sedientos de poder que se aprovecharon de las esperanzas de las masas con el fin de hacerse con una posición privilegiada. El poder puede a veces obtenerse o mantenerse sin violencia, pero nunca sin engaño, porque es necesario valerse de las masas, y las masas no cooperarían si supieran que lo único que están haciendo es servir a los propósitos de una minoría. En todas las grandes luchas revolucionarias, las masas son engatusadas con sueños difusos de una hermandad humana, y luego, cuando la nueva clase gobernante se instala en el poder, son empujadas de nuevo a la servidumbre. En esto consiste prácticamente toda la historia política, tal como lo ve Burnham.

El segundo libro se distancia del anterior al plantear la idea de que todo este proceso podría tener un carácter algo más moral si los hechos se afrontaran con sinceridad. El subtítulo de *Los maquiavelistas* es «Defensores de la libertad». Maquiavelo y sus seguidores mostraron que, en política, la decencia sencillamente no existe, y con ello, afirma Burnham, hicieron posible que los asuntos políticos se manejaran de un modo más inteligente y menos opresivo. Una clase gobernante consciente de que su verdadero objetivo es permanecer en el poder, sería consciente también de que tiene más posibilidades de lograrlo si sirve al bien común, y podría evitar anquilosarse y quedar convertida en una aristocracia hereditaria. Burnham hace especial hincapié en la teoría de Pareto de la «circulación de las élites»: si quiere permanecer en el poder, una clase gobernante debe incorporar constantemente reclutas aptos procedentes de la base, de modo que los hombres más capaces estén siempre al mando y se pueda evitar así la aparición de una nueva clase de insatisfechos sedientos de poder. Esto tiene visos de producirse, considera Burnham, en una sociedad que conserve las costumbres democráticas; es decir, donde se permita la oposición y donde ciertos órganos, como la prensa o los sindicatos, pueden mantener su autonomía. Aquí, sin duda, Burnham contradice su opinión anterior. En *La revolución de los directores*, escrito en 1940, se da por hecho que la Alemania «gerencial» es más eficiente en todos los aspectos que una democracia capitalista como la de Francia o Gran Bretaña. Pero en el segundo libro, escrito en 1942, Burnham reconoce que los alemanes podrían haber evitado algunos de sus errores estratégicos más graves si hubiesen consentido la libertad de expresión. De todos modos, no abandona su tesis principal, que el capitalismo está condenado y el socialismo es un sueño. Si comprendemos lo que está en juego, tal vez podamos orientar hasta cierto punto el curso de la revolución de los directores, pero esta revolución se está produciendo, nos guste o no. En ambos libros, pero especialmente en el primero, hay un tono de inconfundible deleite en torno a la crueldad y la

perversidad de los procesos examinados. Si bien reitera que se está limitando a exponer los hechos, y no manifestando sus propias preferencias, está claro que Burnham siente fascinación por el espectáculo del poder, y que sus simpatías estuvieron del lado de Alemania mientras dio la impresión de que estaba ganando la guerra. Un ensayo más reciente, titulado «El heredero de Lenin» y publicado en *The Partisan Review* a principios de 1945, da a entender que sus simpatías se han desplazado desde entonces hacia la URSS. «El heredero de Lenin», que suscitó una violenta controversia en la prensa de izquierdas estadounidense, aún no ha sido editado en Inglaterra, y tendré que volver a él más adelante.

Es evidente que, en sentido estricto, la teoría de Burnham no es nueva. Antes de él, muchos autores han augurado el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad, ni capitalista ni socialista, y asentada probablemente en la esclavitud, si bien la mayoría de ellos no han coincidido con Burnham a la hora de dar por sentado que este proceso sea inevitable. Un buen ejemplo es *El estado servil*, de Hilaire Belloc, publicado en 1911. La obra está escrita en un estilo farragoso, y la solución que propone (un retorno a la propiedad agrícola a pequeña escala) no es factible por multitud de razones. Aun así, es cierto que pronostica con una clarividencia extraordinaria el tipo de cosas que han venido sucediendo desde más o menos 1930. Chesterton, con un estilo menos metódico, presagió la desaparición de la democracia y de la propiedad privada, y el surgimiento de una sociedad esclavista que podría calificarse tanto de capitalista como de comunista. Jack London, en *El talón de hierro* (1909), previó algunos de los rasgos esenciales del fascismo, y algunos libros como *The Sleeper Awakes* (1900) de Wells, *Nosotros* (1923) de Zamiatin y *Un mundo feliz* (1930) de Aldous Huxley describen mundos imaginarios en que los problemas específicos del capitalismo han sido resueltos sin que eso haya supuesto ningún paso hacia la libertad, la igualdad o una felicidad auténtica. Más recientemente, autores como Peter Drucker y F. A. Voigt han afirmado que el fascismo y el comunismo son en esencia lo mismo. Y, en efecto, ha resultado siempre obvio que una sociedad planificada y centralizada tiene muchas probabilidades de transformarse en una oligarquía o una dictadura. Los conservadores ortodoxos eran incapaces de reparar en esto, porque les reconfortaba dar por hecho que el socialismo «no funcionaría» y que la desaparición del capitalismo supondría el caos y la anarquía. Y los socialistas ortodoxos tampoco reparaban en ello, porque preferían pensar que pronto se alzarían con el poder y, por tanto, daban por hecho que, cuando el capitalismo desapareciera, el socialismo ocuparía su lugar. Así pues, fueron incapaces de prever el ascenso del fascismo, o de hacer predicciones acertadas al respecto tras su aparición. Más adelante, la necesidad de justificar la dictadura rusa y de buscar explicaciones a las similitudes obvias entre el comunismo y el nazismo, complicó todavía más la cuestión. Pero la idea de que el industrialismo desemboca en el monopolio, y de que este implica tiranía, no es una primicia.

En lo que Burnham se diferencia de la mayoría de los autores es en su intento de

trazar minuciosamente el desarrollo de la «revolución de los directores» a escala mundial, y en su idea de que la deriva hacia el totalitarismo es irrefrenable y no debe ser combatida, si bien puede ser encauzada. En opinión de Burnham, según escribe en 1940, la sociedad de los directores ha alcanzado su máximo desarrollo en la URSS, pero está casi igualmente evolucionada en Alemania y ha hecho ya acto de presencia en Estados Unidos (presenta el New Deal como una variante primitiva). Pero la tendencia es la misma en todo el mundo, o casi. El capitalismo de *laissez-faire* da siempre paso a la planificación y a la injerencia del Estado, y el propietario pierde poder frente al técnico y al burócrata, pero el socialismo —esto es, lo que solía conocerse como «socialismo»— no da muestra alguna de estar surgiendo:

> Algunos apologistas tratan de excusar el fracaso del marxismo diciendo que «nunca tuvo una oportunidad», lo que está muy lejos de ser cierto. El marxismo y los partidos marxistas han tenido muchas oportunidades. En Rusia, un partido marxista se apoderó del poder, pero al poco tiempo abandonó el socialismo, quizá no verbalmente, pero sí en sus actos. Aunque en los últimos meses de la anterior guerra mundial y en los años inmediatos a la misma se produjeran, en la mayoría de las naciones europeas, crisis sociales que abrieron las puertas a los partidos marxistas, estos demostraron, sin excepción, su incapacidad para apoderarse del poder y mantenerse en él. En gran número de países —Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia, Austria, Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda, España y Francia—, los partidos marxistas reformistas ocuparon el gobierno sin conseguir implantar el socialismo, ni dar un paso franco en su dirección… El índice general confirma, una vez más, que en cada prueba histórica trascendental —y ha habido muchas— esos partidos han defraudado el socialismo o lo han abandonado. Este es un hecho que no puede ser borrado ni por su enemigo más acérrimo ni por su partidario más ardiente. Nada prueba ese hecho, como creen algunos, sobre la cualidad moral del ideal socialista, pero constituye una prueba irrefutable de que cualquiera que sea su cualidad moral, el socialismo no se impondrá.[*]

Burnham, por descontado, no niega que los nuevos regímenes «gerenciales» de Rusia y la Alemania nazi puedan ser *llamados* socialistas. A lo que se refiere, únicamente, es a que no *serán* socialistas en ningún sentido del término aceptable ni para Marx, Lenin, Keir Hardie o William Morris ni, ciertamente, para ningún representante socialista anterior a 1930. Hasta hace poco se suponía que el socialismo conllevaba democracia política, igualdad social e internacionalismo. No hay el menor síntoma de que ninguna de estas cosas vaya a instaurarse en algún lugar, y el único país grande en el que se ha producido jamás algo considerado una revolución proletaria —es decir, la URSS—, se ha ido alejando progresivamente del antiguo concepto de una sociedad libre e igualitaria encaminada a la hermandad humana universal. Siguiendo un proceso prácticamente ininterrumpido desde los primeros días de la revolución, se ha ido desmantelando la libertad y las instituciones representativas han quedado aplastadas, al tiempo que se han incrementado las desigualdades, y el nacionalismo y el militarismo se han vuelto más fuertes. Pero, paralelamente, insiste Burnham, no ha habido ninguna tendencia a regresar al capitalismo. Lo que se está produciendo es, simplemente, la expansión de la sociedad «gerencial», que, según Burnham, está progresando en todo el mundo, si bien la manera en que esto sucede varía según el país.

Ahora bien, como interpretación de lo que está ocurriendo, la teoría de Burnham es, como poco, extremadamente verosímil. Los acontecimientos de al menos los

últimos quince años en la Unión Soviética se explican de un modo muchísimo más sencillo mediante esta teoría que a través de cualquier otra. Evidentemente, la URSS no es socialista, y sólo se la puede llamar así si uno le otorga a esa palabra un significado diferente del que tendría en cualquier otro contexto. Por otra parte, las profecías de que el régimen ruso regresaría al capitalismo han quedado siempre invalidadas, y hoy en día parecen más lejos que nunca de cumplirse. Es probable que Burnham exagerase cuando afirmaba que el proceso había llegado igual de lejos en la Alemania nazi, pero parece indudable que la tendencia era la de alejarse del capitalismo a la vieja usanza y dirigirse hacia una economía planificada con una oligarquía adoptiva al mando. En Rusia, primero fueron destruidos los capitalistas y luego se aplastó a los obreros. En Alemania, lo primero fue aplastar a los obreros, pero la eliminación de los capitalistas estaba al menos en marcha, y los cálculos basados en la premisa de que el nazismo era «simplemente capitalismo» quedaron siempre invalidados por los acontecimientos. Burnham parece ir desencaminado cuando afirma que la sociedad «gerencial» está prosperando en Estados Unidos, el único país grande donde el libre capitalismo sigue siendo vigoroso. Ahora bien, si consideramos la tendencia mundial en conjunto, las conclusiones de Burnham son difíciles de rechazar, e incluso en Estados Unidos puede que la fe imperante en el *laissez-faire* sucumba a la próxima crisis económica importante. Se ha argumentado en contra de Burnham que les concede una importancia excesiva a los «directores», en el sentido estricto del término —esto es, jefes de fábrica, planificadores y técnicos —, y que parece dar por sentado que incluso en la Rusia soviética son estas personas, y no los líderes del Partido Comunista, las que detentan realmente el poder. En cualquier caso, este es un error secundario, y queda parcialmente corregido en *Los maquiavelistas*. La verdadera cuestión no es si a esos que nos van a usar de felpudo durante los próximos cincuenta años hay que llamarlos «directores», «burócratas» o «políticos»; la cuestión es si el capitalismo, hoy en día obviamente condenado, va a dar paso a la oligarquía o a una auténtica democracia.

Pero, curiosamente, al examinar las predicciones que Burnham ha fundamentado en su teoría general, vemos que, hasta donde son verificables, han sido invalidadas. Mucha gente lo ha señalado ya. Sin embargo, merece la pena seguir evaluando en detalle las predicciones de Burnham, ya que conforman una especie de patrón que guarda relación con los acontecimientos contemporáneos y que revela, creo yo, un importante punto débil del pensamiento político de nuestros días.

Para empezar, en 1940 Burnham daba más o menos por segura la victoria alemana. De Gran Bretaña decía que estaba «en plena disolución» y exhibiendo «todas las características que han distinguido a las culturas en decadencia en las transiciones históricas pasadas», al tiempo que la conquista e integración de Europa que Alemania alcanzó en 1940 la presentaba como «irreversible». «Inglaterra — escribía Burnham— no puede aspirar a conquistar el continente europeo de ninguna de las maneras, sean cuales sean sus aliados no europeos». Incluso si Alemania se las

arreglaba de algún modo para perder la guerra, iba a ser imposible desmembrarla o reducirla al estatus de la República de Weimar, sino que seguiría siendo con toda seguridad el núcleo de una Europa unificada. Las líneas generales del futuro mapa del mundo, con sus tres grandes superestados, estarían ya establecidas, y «los núcleos de estos tres superestados son, cualesquiera que sean sus nombres en el futuro, las naciones preexistentes de Japón, Alemania y Estados Unidos».

Burnham estaba también convencido de que Alemania no atacaría a la URSS hasta que Gran Bretaña hubiera sido derrotada. En una síntesis de su libro publicada en *The Partisan Review* en mayo-junio de 1941, y escrita, presumiblemente, con posterioridad al propio libro, afirmaba:

> En Alemania, como en el caso de Rusia, la tercera parte del problema gerencial —la lucha por el dominio contra otros sectores de la sociedad gerencial— queda para el futuro. Primero tenía que llegar el golpe de gracia que garantizara el derrocamiento del orden mundial capitalista, lo que suponía por encima de todo la destrucción de los cimientos del Imperio británico (la piedra angular del orden mundial capitalista), tanto de un modo directo como a través de la demolición de la estructura política europea, que era un puntal imprescindible del imperio. Esta es la explicación fundamental del pacto nazi-soviético, que no se entiende sobre otra base. El conflicto futuro entre Alemania y Rusia será propiamente un conflicto gerencial; pero antes de que lleguen las grandes batallas gerenciales de escala mundial, debe asegurarse el fin del orden capitalista. La creencia de que el nazismo es un «capitalismo en decadencia»… impide por completo explicar razonablemente el pacto nazi-soviético. De esta creencia derivó la previsible guerra entre Alemania y Rusia, y no la guerra a muerte entre Alemania y el Imperio británico. La guerra entre Alemania y Rusia es una de las guerras gerenciales del futuro, y no una de las guerras anticapitalistas de ayer y de hoy.

Sin embargo, el ataque contra Rusia llegaría más tarde, y parecía seguro, o casi, que Rusia caería derrotada: «Existen sobradas razones para creer… que Rusia quedará dividida, con la mitad occidental gravitando hacia la base europea y la oriental, hacia la asiática». Esta cita proviene de *La revolución de los directores*. En el artículo citado más arriba, escrito probablemente seis meses después, se expresa de un modo más contundente: «Las debilidades de los rusos indican que Rusia no será capaz de resistir, que se fracturará y caerá hacia este y oeste». Y en una nota adicional que se añadió en la edición inglesa (de Pelican), y que parece estar escrita a finales de 1941, Burnham habla como si ese proceso de «fractura» ya se estuviese produciendo. La guerra, afirma, «forma parte de los medios a través de los cuales la mitad occidental de Rusia está siendo integrada en el superestado europeo».

Si ponemos en orden esta serie de afirmaciones, obtenemos las profecías siguientes:

1. Alemania iba a ganar la guerra con toda probabilidad.
2. Alemania y Japón iban a sobrevivir como grandes estados y se convertirían en los núcleos de poder de sus zonas respectivas.
3. Alemania no atacaría a la URSS hasta que Gran Bretaña hubiese sido derrotada.
4. La URSS iba a sucumbir.

No obstante, Burnham ha hecho otras predicciones al margen de estas. En un breve artículo de la *Partisan Review*, publicado en el verano de 1944, exponía su

opinión de que la URSS se confabularía con Japón con el fin de evitar la derrota total de este último, mientras que los comunistas estadounidenses se pondrían manos a la obra para sabotear el frente oriental de la guerra. Y, por último, en un artículo publicado en la misma revista en el invierno de 1944-1945, afirmaba que Rusia, destinada poco antes a «fracturarse», estaba a punto de conquistar toda Eurasia. Este artículo, que suscitó fuertes controversias entre la *intelligentsia* norteamericana, no ha sido publicado en Inglaterra. Debo dar cierta cuenta de él aquí, ya que su enfoque y su tono emocional son peculiares, y examinándolos podemos acercarnos a las raíces reales de la teoría de Burnham.

El artículo se titula «El heredero de Lenin», y se propone mostrar que Stalin es el único y legítimo guardián de la Revolución rusa y que en modo alguno la ha «traicionado», sino que simplemente ha llevado adelante los principios que estaban implícitos desde el principio. Esta es, de por sí, una opinión más fácil de tragarse que la reivindicación trotskista habitual, que afirma que Stalin no es más que un estafador que ha pervertido la revolución en su propio interés, y que las cosas habrían sido diferentes si Lenin siguiera vivo o si Trotski hubiera continuado en el poder. En realidad, no existen razones de peso para pensar que la deriva general del régimen pudiese haber sido muy distinta. Mucho antes de 1923, las semillas de la sociedad totalitaria eran ya muy evidentes. Lenin, de hecho, fue uno de esos políticos que se granjean una reputación inmerecida al morir prematuramente.[32] De haber seguido vivo, es probable que lo hubiesen expulsado del poder, como a Trotski, o que se hubiera mantenido en él recurriendo a métodos tan bárbaros, o casi, como los de Stalin. El título del ensayo de Burnham, por tanto, expone una tesis razonable, y cabría esperar que la respaldara apelando a los hechos.

Sin embargo, el ensayo apenas entra en el que es, en principio, su tema central. Es evidente que cualquiera que estuviese verdaderamente interesado en mostrar que ha habido una continuidad política entre Lenin y Stalin, empezaría por resumir la política de Lenin y luego pasaría a explicar de qué modo se le parece la de Stalin. Burnham no lo hace. Con la excepción de un par de frases sueltas, no dice nada de la política de Lenin, y su nombre sólo aparece cinco veces en un ensayo de doce páginas; en las primeras siete, al margen del título, no aparece ni una sola. El verdadero objetivo del ensayo es presentar a Stalin como una figura imponente, sobrehumana —una especie de semidiós, de hecho—, y al bolchevismo como una fuerza imparable que está expandiéndose por la Tierra y que no podrá ser detenida hasta que alcance las fronteras más remotas de Eurasia. Asimismo, en los pocos intentos que hace de demostrar su argumento, Burnham se limita a repetir una y otra vez que Stalin es «un gran hombre»; lo que probablemente sea cierto, pero resulta casi por completo irrelevante. Además, aunque es verdad que presenta algunos argumentos sólidos para creer en el genio de Stalin, está claro que en la mente de Burnham la idea de «grandeza» está mezclada de forma inextricable con las de crueldad y deshonestidad. Hay algunos pasajes curiosos que parecen sugerir que

Stalin debe ser admirado a causa del sufrimiento sin límites que ha generado:

> Stalin demuestra ser un «gran hombre» con toda magnificencia. El relato de los banquetes, celebrados en Moscú para los dignatarios de visita, marca el tono simbólico. Con sus enormes menús de esturiones y asados, y aves de corral, y dulces; sus ríos de licor; las decenas de brindis con los que terminan; los policías secretos, silenciosos e inmóviles, detrás de cada invitado; todo ello con el trasfondo invernal de las masas hambrientas por el sitio de Leningrado; los millones de muertos en el frente; los campos de concentración atestados; la muchedumbre de las ciudades, mantenida al límite de la vida con raciones ínfimas; apenas hay rastro de mediocridad anodina o signos de Babbitt.[*] Reconocemos, más bien, las tradiciones de los Zares más espectaculares, de los Grandes Reyes de los medos y los persas, del Kanato de la Horda Dorada, del banquete que ofrecemos a los dioses de la Edad Heroica como tributo con la idea de que la insolencia, la indiferencia y la brutalidad a semejante escala apartan a los hombres del nivel humano… Las técnicas políticas de Stalin exhiben una libertad respecto de las restricciones convencionales que es incompatible con la mediocridad; el hombre mediocre está atado a las costumbres. A menudo es la escala de sus operaciones lo que las hace destacables. Es habitual, por ejemplo, que los hombres activos en la vida práctica maquinen en alguna ocasión una trampa para incriminar a alguien. Pero tenderle una trampa a decenas de miles de personas, porcentajes importantes de estratos completos de la sociedad, incluida la mayoría de los propios camaradas, es algo que está tan fuera de lo común que, a largo plazo, la conclusión a la que llegan las masas es, o bien que el montaje debe de ser cierto —o al menos, que «debe de haber algo de verdad en él»—, o bien que ante un poder tan inmenso no queda más que someterse, que es una «necesidad histórica», como lo llaman los intelectuales… No hay nada de insólito en dejar que unas pocas personas se mueran de hambre por razones de Estado; pero dejar que mueran de hambre, deliberadamente, varios millones, es un tipo de acción que se acostumbra a atribuir sólo a los dioses.

Puede que en este y en otros pasajes similares haya un matiz de ironía, pero es difícil no tener la impresión de que hay también una especie de admiración fascinada. Hacia el final del ensayo, Burnham compara a Stalin con esos héroes semimíticos, como Moisés o Aśoka, que encarnan toda una época, y a los que se pueden atribuir con justicia hazañas que no llevaron a cabo realmente. Cuando escribe sobre la política exterior soviética y sus supuestos objetivos, adopta un tono aún más místico:

> Brotando del núcleo magnético del corazón de Eurasia, el poder soviético, así como la realidad del Uno del neoplatonismo se derrama en una serie descendente de progresión emanadora, fluye hacia fuera, hacia el oeste sobre Europa, hacia el sur sobre Oriente Próximo, hacia el este sobre China, baña ya las orillas del Atlántico, el mar Amarillo y el mar de China, el Mediterráneo y el golfo Pérsico. Del mismo modo que el Uno indiferenciado desciende en su progreso por los estadios de la Mente, el Alma y la Materia, y atraviesa luego su Retorno fatal, de vuelta a sí mismo; así el poder soviético, que emana de un centro íntegramente totalitario, se despliega por Absorción (el Báltico, Besarabia, Bucovina, Polonia Oriental), Dominación (Finlandia, los Balcanes, Mongolia, China del Norte y, mañana, Alemania), Influencia Orientadora (Italia, Francia, Turquía, Irán, China Central y Meridional…), hasta disiparse en el No-Ser, la esfera material exterior, más allá de las fronteras euroasiáticas, de Aplacamiento provisional e Infiltración (Inglaterra, Estados Unidos).

No creo que sea muy aventurado sugerir que la intención de esas mayúsculas innecesarias que inundan el pasaje es la de provocar un efecto hipnótico en el lector. Burnham está intentando construir una imagen de poder aterrador e irresistible, y convertir una maniobra política habitual como la infiltración en una Infiltración contribuye a la pomposidad general. El ensayo debería leerse completo. Aunque no es el tipo de tributo que el rusófilo común consideraría aceptable, y aunque el propio Burnham afirmaría seguramente que está siento estrictamente objetivo, en la práctica está llevando a cabo un acto de homenaje, e incluso de autodegradación. Por otro

lado, este ensayo nos deja otra profecía que añadir a la lista; a saber, que la URSS conquistará toda Eurasia, y probablemente mucho más. Hay que recordar que la teoría fundamental de Burnham contiene, en sí misma, una predicción que aún está pendiente de comprobación: que, pase lo que pase, la sociedad de los directores va a prevalecer.

La profecía anterior de Burnham, la de una victoria alemana en la guerra y la integración de Europa en torno al núcleo alemán, quedó invalidada, no sólo en sus líneas generales, sino en algunos detalles importantes. Burnham insiste todo el tiempo en que la sociedad gerencial no sólo es más eficiente que la democracia capitalista o el socialismo marxista, sino también más aceptable para las masas. Los eslóganes de la democracia y la autodeterminación nacional, afirma, ya no tienen ningún atractivo para ellas; la nueva sociedad gerencial, por su parte, es capaz de avivar el entusiasmo, marcar objetivos bélicos comprensibles, establecer quintas columnas en todas partes e inspirar a los soldados con una moral fanática. Se hace mucho hincapié en el «fanatismo» de los alemanes, en contraposición a la «apatía» o la «indiferencia» de británicos, franceses, etcétera, y el nazismo es representado como una fuerza revolucionaria que está barriendo Europa y propagando su filosofía «por contagio». Las quintas columnas nazis «son imposibles de eliminar», y las naciones democráticas son incapaces de proyectar ningún acuerdo que las masas alemanas o europeas puedan preferir al Nuevo Orden. En cualquier caso, las democracias sólo pueden derrotar a Alemania si «llevan el proceso gerencial más lejos de lo que lo ha llevado ya Alemania».

El germen de verdad que hay en todo esto es que los estados europeos más pequeños, desmoralizados por el caos y el estancamiento de los años anteriores a la guerra, se hundieron mucho más rápido de lo que habría sido necesario, y cabe imaginar que habrían aceptado el Nuevo Orden si los alemanes hubieran mantenido algunas de sus promesas. Pero la experiencia real del dominio alemán desató casi de inmediato una oleada de odio y venganza rara vez visto. A partir de comienzos de 1941, apenas hubo necesidad de un objetivo bélico firme, pues deshacerse de los alemanes era meta suficiente. La cuestión de la moral, y su relación con la solidaridad nacional, es nebulosa, y es posible manipular las evidencias de modo que no prueben prácticamente nada. Pero si nos guiamos por la proporción de prisioneros respecto a otras bajas y el grado de colaboracionismo, los estados totalitarios salen peor parados de la comparación que las democracias. Al parecer, cientos de miles de rusos se han pasado a las filas alemanas durante el curso de la guerra, y una cifra comparable de alemanes e italianos se pasaron a las filas aliadas antes de que esta comenzara, mientras que el número equivalente de desertores estadounidenses o británicos ascendería a unas docenas. Como ejemplo de la incapacidad de las «ideologías capitalistas» para granjearse apoyo, Burnham cita «el completo fracaso del alistamiento voluntario en Inglaterra (así como en todo el Imperio británico) y Estados Unidos». Cabría deducir de esto que los ejércitos de los estados totalitarios

estaban formados por voluntarios, pero, en realidad, ningún Estado totalitario ha llegado a considerar la idea del alistamiento voluntario con ningún propósito, ni tampoco, a lo largo de la historia, se ha formado un gran ejército con tropas voluntarias.[33] No merece la pena enumerar todos los argumentos similares que expone Burnham. La clave es que daba por hecho que los alemanes ganarían la guerra tanto propagandística como militar, y que esa predicción, cuando menos en Europa, no ha quedado confirmada por los acontecimientos.

Está claro que las predicciones de Burnham, cuando eran verificables, no sólo han resultado erróneas, sino que a veces se han contradicho de un modo sensacional. Esto es lo significativo. Las predicciones políticas suelen errar, porque normalmente se basan en el pensamiento ilusorio, pero pueden tener un valor sintomático, en particular cuando cambian abruptamente. A menudo, el factor revelador es la fecha en que fueron hechas. Datando los diversos escritos de Burnham con toda la precisión que permiten las evidencias implícitas, y fijándonos después en los sucesos con los que coincidieron, encontramos las conexiones siguientes.

En *La revolución de los directores*, Burnham profetiza una victoria alemana, el aplazamiento de la guerra ruso-alemana hasta que Gran Bretaña haya sido vencida y, posteriormente, la derrota de Rusia. El libro, o gran parte del mismo, fue escrito en la segunda mitad de 1940, esto es, en un momento en el que los alemanes habían invadido Europa occidental y estaban bombardeando Gran Bretaña, mientras que los rusos estaban colaborando con ellos de un modo bastante estrecho y con lo que en principio parecía un espíritu contemporizador.

En la nota adicional añadida a la edición inglesa del libro, Burnham parece dar por hecho que la URSS está ya derrotada y el proceso de división, a punto de comenzar. Esta edición se publicó en la primavera de 1942 y la nota, presumiblemente, fue escrita a finales de 1942; es decir, cuando los alemanes alcanzaron las afueras de Moscú.

La predicción de que Rusia se confabularía con Japón en contra de Estados Unidos se escribió a principios de 1944, poco después de que se firmara un nuevo tratado ruso-japonés.

La profecía de la conquista mundial de Rusia fue escrita en el invierno de 1944, mientras los rusos avanzaban rápidamente por Europa oriental y los aliados estaban todavía atascados en Italia y el norte de Francia.

Queda claro que, en cada momento, las predicciones de Burnham consisten en una continuación de aquello que está ocurriendo. Pero la tendencia a hacer esto no es simplemente una mala costumbre, como la imprecisión o la exageración, algo que uno pueda corregir con algo de cuidado; al contrario, es una enfermedad mental importante, y sus raíces se asientan, en parte, en la cobardía y, en parte, en el culto al poder, que no es del todo disociable de la cobardía.

Supongamos que en 1940 se hubiese realizado una encuesta Gallup en Inglaterra con la pregunta: «¿Ganará Alemania la guerra?». Habríamos hallado, curiosamente,

que el grupo del «Sí» incluiría un porcentaje bastante más alto de personas inteligentes —personas, digamos, con un coeficiente intelectual superior a 120— que el grupo del «No». Y lo mismo a mediados de 1942. En este caso las cifras no habrían sido tan llamativas, pero si la pregunta hubiese sido: «¿Conquistarán Alejandría los alemanes?» o «¿Serán capaces los japoneses de retener los territorios que han conquistado?», entonces habríamos visto, de nuevo, una marcada tendencia a que la inteligencia se concentrara en el grupo del «Sí». En todos los casos, las personas menos dotadas habrían dado con mayor frecuencia la respuesta correcta.

Si nos guiáramos únicamente por estos ejemplos, podríamos concluir que una gran inteligencia y un criterio militar pésimo van siempre de la mano. Sin embargo, no es tan sencillo. La *intelligentsia* inglesa, en general, era más derrotista que el común de la gente —y algunos siguieron siéndolo cuando era ya obvio que la guerra estaba ganada—, en parte porque era más capaz de visualizar los sombríos años de guerra que quedaban por delante. Su moral era más baja porque su imaginación era más poderosa. La forma más rápida de terminar la guerra era perdiéndola, y si a uno le parece insoportable la perspectiva de una guerra larga, es natural que ponga en duda la posibilidad de la victoria. Pero había algo más. Estaba también la desafección de un gran número de intelectuales, lo que les hacía muy difícil no alinearse con cualquier país que fuese hostil a Gran Bretaña. Y, en el fondo de todo, existía una admiración —si bien sólo era consciente en muy pocos casos— por el poder, la energía y la crueldad del régimen nazi. Sería una tarea muy útil, aunque tediosa, repasar la prensa de izquierdas y enumerar todas las referencias hostiles al nazismo durante los años 1935-1945. Comprobaríamos, no me cabe duda de ello, que alcanzaron su punto álgido en 1937-1938 y en 1944-1945, y que cayeron de forma notoria en los años 1939-1942; esto es, en el período en el que daba la impresión de que Alemania estaba ganando. Encontraríamos, además, a la misma gente abogando por un acuerdo de paz en 1940 y aprobando el desmembramiento de Alemania en 1945. Y si estudiásemos las reacciones de la *intelligentsia* inglesa hacia la URSS, también ahí encontraríamos impulsos genuinamente progresistas mezclados con una admiración por el poder y la crueldad. Sería muy injusto sugerir que el culto al poder es el único motivo tras el sentimiento rusófilo, pero sí es uno de los motivos, y entre los intelectuales, probablemente el más intenso.

El culto al poder enturbia el criterio político porque conduce, de forma casi inevitable, a la creencia de que las tendencias actuales persistirán. Quienquiera que esté ganando en un determinado momento dará siempre la impresión de ser invencible. Si los japoneses conquistan Asia meridional, entonces la retendrán para siempre; si los alemanes conquistan Tobruk, conquistarán irremediablemente El Cairo; si los rusos llegan a Berlín, no pasará mucho tiempo hasta que lleguen a Londres, y así sucesivamente. Esta forma de pensar conduce asimismo a la creencia de que las cosas ocurrirán de un modo más rápido, completo y catastrófico de lo que ocurren en la práctica. El auge y caída de los imperios, la desaparición de culturas y

religiones, son acontecimientos que se espera que ocurran con la inmediatez de un terremoto, y se habla de procesos apenas iniciados como si estuviesen ya terminando. Los escritos de Burnham están llenos de visiones apocalípticas. Las naciones, los gobiernos, las clases y los sistemas sociales se presentan constantemente en expansión, contracción, declive, disolución, derrocamiento, desplome, desmoronamiento, cristalización y, en general, como si exhibieran un comportamiento inestable y melodramático. La lentitud de los cambios históricos, el hecho de que cada época contiene siempre mucho de la anterior, nunca se tiene lo bastante en cuenta. Semejante forma de pensar conduce a profecías equivocadas, ya que, incluso cuando evalúe correctamente la dirección de los acontecimientos, errará al calcular el ritmo de estos. En el espacio de cinco años, Burnham vaticinó la dominación alemana de Rusia y la dominación rusa de Alemania. En ambos casos estaba obedeciendo al mismo instinto, el de agachar la cabeza frente al conquistador del momento, el de considerar irreversible la tendencia vigente. Con esto en mente es posible formular una crítica más amplia de su teoría.

Los errores que he señalado no refutan la teoría de Burnham, pero sí que arrojan algo de luz en sus posibles motivos para sostenerla. En esta conexión no podemos dejar de tener en cuenta el hecho de que Burnham es estadounidense. Toda teoría política tiene un cierto matiz regional, y toda nación y cultura tienen sus prejuicios y sus parcelas de ignorancia característicos. Hay determinados problemas que deben evaluarse, casi inevitablemente, desde una perspectiva diferente en función de la posición geográfica desde la que se analicen. Pues bien, la postura que adopta Burnham, en virtud de la cual clasifica al comunismo y al fascismo como, en gran medida, la misma cosa, al tiempo que los acepta a ambos —o, cuando menos, no cree que deban combatirse violentamente—, es en esencia una postura norteamericana, y sería casi impensable para un inglés o cualquier otro europeo occidental. Los autores ingleses que consideran al comunismo y al fascismo la misma cosa sostienen invariablemente que ambos son males monstruosos que debemos combatir a muerte; y, por otra parte, cualquier inglés que crea que el comunismo y el fascismo son cosas opuestas, siente que debe tomar partido por uno u otro.[34] El motivo de esta diferencia de postura es muy sencillo y, como de costumbre, está vinculado al pensamiento ilusorio. Si el totalitarismo triunfa y los sueños de los geopolíticos se hacen realidad, Gran Bretaña dejará de existir como potencia mundial y toda Europa occidental será absorbida por un único gran Estado. Para un inglés, esta no es una perspectiva que le sea fácil considerar con desapego. O bien no quiere que Gran Bretaña desaparezca, en cuyo caso tenderá a elaborar teorías que prueben lo que desea, o bien, como una minoría de intelectuales, concluye que su país está acabado y transfiere su lealtad a alguna potencia extranjera. Un estadounidense no se enfrenta a esa elección. Pase lo que pase, Estados Unidos sobrevivirá como una gran potencia, y desde el punto de vista norteamericano poco importa que Europa esté dominada por Rusia o por Alemania. La mayoría de los estadounidenses que le dedican alguna

atención a este asunto preferirían ver el mundo dividido en dos o tres estados monstruosos que habrían alcanzado sus fronteras naturales y que podrían negociar cuestiones económicas entre ellos sin el estorbo de las diferencias ideológicas. Un panorama mundial como este encaja con la tendencia estadounidense a admirar el tamaño por sí mismo y a considerar que el éxito constituye una justificación, y encaja también con el sentimiento antibritánico imperante. En la práctica, Gran Bretaña y Estados Unidos se han visto obligados en dos ocasiones a aliarse en contra de Alemania, pero, subjetivamente, la mayoría de los estadounidenses preferirían a Rusia o a Alemania antes que a Gran Bretaña, y, entre Rusia y Alemania, preferirían a aquel que pareciera más fuerte en ese momento.[35] No es de sorprender, por tanto, que la cosmovisión de Burnham esté a menudo notablemente cerca de la de los imperialistas estadounidenses, por un lado, o de la de los aislacionistas, por otro. Es una visión «dura» o «realista» que encaja con la variante norteamericana de pensamiento ilusorio. La admiración casi expresa por los métodos de Hitler que muestra Burnham en el primero de sus libros, y que le resultaría chocante a casi cualquier lector inglés, se basa en último término en el hecho de que el Atlántico es más ancho que el canal de la Mancha.

Como he dicho antes, seguramente Burnham ha acertado más de lo que ha errado en relación con el presente y el pasado inmediato. Durante los últimos cincuenta años, la tendencia general ha sido, sin duda, hacia la oligarquía. La concentración creciente del poder industrial y financiero, la importancia cada vez menor del pequeño capitalista o accionista y el crecimiento de la nueva clase «gerencial» de científicos, técnicos y burócratas; la debilidad del proletariado frente al Estado centralizado; la creciente indefensión de los países pequeños frente a los grandes; la decadencia de las instituciones representativas y la aparición de regímenes de partido único basados en el terrorismo policial, los plebiscitos amañados, etcétera, todos estos fenómenos parecen apuntar en la misma dirección. Burnham percibe esta tendencia y decide que es imparable, al igual que un conejo fascinado por una boa constrictor decidiría que esta es el animal más poderoso del mundo. Al analizarlo con más profundidad, vemos que todas sus ideas reposan en dos axiomas que se daban por sentados en el primer libro y que se volvían parcialmente explícitos en el segundo. Son estos:

a) Que la política es esencialmente la misma en todas las épocas.

b) Que el comportamiento político es distinto de otros tipos de comportamiento.

Empecemos por el segundo punto. En *Los maquiavelistas*, Burnham insiste en que la política no es más que una lucha por el poder. Todo movimiento social importante, toda guerra, toda revolución, todo programa político, por edificante y utópico que sea, encubre en realidad las ambiciones de algún sector decidido a hacerse con el poder. El poder nunca puede ser reprimido por un código ético o

religioso, sino sólo por otro poder. El enfoque más próximo posible al altruismo es la percepción, por parte de un grupo gobernante, de que seguramente permanecerá más tiempo en el poder si se comporta con decencia. Pero, curiosamente, estas generalizaciones sólo se aplican al comportamiento político, no a ningún otro tipo de comportamiento. En la vida cotidiana, tal como lo ve y admite Burnham, ¿no podemos explicar toda acción humana aplicando el principio del *cui bono*? Evidentemente, el ser humano tiene impulsos que no son egoístas, y, por tanto, es un animal capaz de actuar moralmente cuando actúa de forma individual, pero que se vuelve inmoral cuando actúa colectivamente. Sin embargo, incluso esta generalización se aplica sólo a los grupos de las altas esferas. Las masas, al parecer, tienen unas vagas aspiraciones a la libertad y la fraternidad humana, de las que se aprovechan fácilmente personas o minorías sedientas de poder. Así pues, la historia consiste en una sucesión de estafas en las que, primero, se incita a las masas a la revolución con la promesa de la utopía, y luego, cuando se ha logrado que hagan su trabajo, los nuevos amos las esclavizan otra vez.

La actividad política, por consiguiente, es un tipo especial de comportamiento, caracterizado por una falta absoluta de escrúpulos y que se da únicamente entre pequeños grupos de población, en especial entre grupos de insatisfechos que no pueden dar rienda suelta a su talento en el tipo de sociedad vigente. La gran masa de gente —y aquí es donde b) queda vinculado a a)— es siempre apolítica. En la práctica, por tanto, la humanidad está dividida en dos clases, la minoría interesada e hipócrita y la turba sin cerebro, cuyo destino es siempre ser mandada o engatusada, igual que uno conduce al cerdo de vuelta a la pocilga dándole puntapiés en el trasero o repiqueteando con un palo el cubo de la comida, según las necesidades del momento. Y este bonito patrón va a continuar para siempre. Los individuos pueden pasar de una categoría a otra, clases enteras pueden destruir a otras clases y ascender a la posición dominante, pero la división de la humanidad entre gobernantes y gobernados es inalterable. En sus capacidades, así como en sus necesidades y deseos, los hombres no son iguales. Existe una «ley de hierro de la oligarquía», que actuaría incluso si la democracia no fuera imposible por razones mecánicas.

Es curioso que en toda esta reflexión sobre la lucha por el poder, Burnham no se pare nunca a preguntarse por qué la gente va en pos de él. Parece dar por sentado que el ansia de poder, si bien sólo es dominante en relativamente poca gente, es un instinto natural que no necesita ser explicado, como el deseo de comer. También da por sentado que la división de la sociedad en clases sirve al mismo propósito en todas las épocas, algo que equivale prácticamente a ignorar centenares de años de historia. Cuando el maestro de Burnham, Maquiavelo, escribía, las divisiones de clase no sólo eran inevitables sino aconsejables. Mientras los medios de producción siguieron siendo primitivos, la gran mayoría de la gente estaba necesariamente sujeta a trabajos manuales farragosos y agotadores, y unas pocas personas tenían que quedar liberadas de este tipo de trabajos, pues de otro modo la civilización no podría mantenerse a sí

misma, y no digamos ya realizar cualquier progreso. Pero, desde la llegada de la máquina, toda esta pauta ha cambiado. La justificación de las divisiones de clase, si es que hay alguna, ya no es la misma, puesto que no hay ninguna razón mecánica por la que el ser humano común deba seguir siendo un burro de carga. Ciertamente, esto sigue ocurriendo; las diferencias de clase seguramente se están reinstaurando bajo una forma nueva, y la libertad individual va de capa caída. Aun así, dado que estos hechos son ahora evitables desde el punto de vista técnico, deben de tener alguna causa psicológica que Burnham no hace intento alguno de explicar. La pregunta que debería plantearse, y que nunca formula, es: ¿por qué el ansia de poder puro y duro se ha convertido en un impulso humano de primer orden precisamente ahora, cuando el dominio del hombre sobre el hombre está dejando de ser necesario? En cuanto a la afirmación de que la «naturaleza humana» o las «leyes inexorables» de aquello y lo otro hacen imposible el socialismo, no es más que una proyección del pasado sobre el futuro. En la práctica, lo que sostiene Burnham es que, dado que nunca ha existido una sociedad de seres humanos libres e iguales, esta no puede existir. Con el mismo argumento, podríamos haber demostrado la imposibilidad de los aviones en 1900 o de los coches en 1850.

La idea de que la máquina ha modificado las relaciones humanas, y de que, por tanto, Maquiavelo está obsoleto, es muy obvia. Si Burnham no la aborda, esto sólo puede deberse, creo yo, a que su propio instinto hacia el poder lo lleva a apartar de un plumazo cualquier insinuación de que el mundo maquiavélico de fuerza, engaños y tiranía pueda estar llegando a su fin. Es importante tener presente lo que he dicho más arriba, que la teoría de Burnham es sólo una variante —una estadounidense, e interesante debido a su exhaustividad— del culto al poder tan extendido hoy en día entre los intelectuales. Una variante más normal, al menos en Inglaterra, es el comunismo. Si analizamos a la gente que, teniendo cierta idea de cómo es el régimen ruso, es firmemente rusófila, encontramos que, en general, pertenecen a la clase «de los directores» sobre la que escribe Burnham. Es decir, no son «directores» en el sentido estricto del término, sino científicos, técnicos, maestros, periodistas, locutores, burócratas, políticos profesionales…; en general, gente con una posición social media que se siente coartada por un sistema que sigue siendo parcialmente aristocrático, y que anhela hacerse con más poder y más prestigio. Estas personas miran hacia la URSS y ven —o creen ver— en ella un sistema que elimina a la clase alta, mantiene en su sitio a la clase obrera y otorga un poder ilimitado a personas muy similares a ellas mismas. No fue hasta después de que el régimen soviético se volviera inequívocamente totalitario cuando los intelectuales ingleses, en una gran proporción, empezaron a mostrarse interesados en él. Burnham, aunque la *intelligentsia* inglesa rusófila lo repudiaría, está dando voz a su deseo secreto, el de destruir la variante antigua e igualitaria del socialismo y abrir las puertas a una sociedad jerárquica en la que los intelectuales puedan al fin sujetar el látigo entre sus manos. Burnham al menos tiene la decencia de afirmar que el socialismo no llegará;

los demás se limitan a decir que el socialismo está llegando y luego le otorgan al término «socialismo» un nuevo significado que convierte el anterior en papel mojado. Pero su teoría, por mucha apariencia de objetividad que tenga, es la racionalización de un deseo. No hay motivos de peso para pensar que nos esté diciendo nada sobre el futuro, salvo quizá sobre el futuro inmediato. Nos explica simplemente el tipo de mundo en el que la clase «de los directores», o cuando menos sus miembros más conscientes y ambiciosos, querría vivir.

Afortunadamente, los «directores» no son tan invencibles como cree Burnham. Es curioso con cuánta persistencia ignora en su libro *La revolución de los directores* las ventajas, tanto militares como sociales, de las que goza un país democrático. A cada momento, introduce evidencias con calzador para mostrar la fuerza, la vitalidad y la durabilidad del régimen demente de Hitler. Alemania se está expandiendo rápidamente, y «una rápida expansión territorial nunca fue señal de decadencia… sino de renovación». Alemania combate con éxito, y «la capacidad bélica nunca es señal de decadencia, más bien de lo contrario». Además, Alemania «inspira una lealtad fanática a millones de personas, lo que nunca acompaña a la decadencia». Incluso la crueldad y el carácter manipulador del régimen nazi se citan en su favor, pues «es más probable que sea el orden social nuevo, joven y en crecimiento el que recurra a la mentira, el terror y la persecución». Sin embargo, en tan sólo cinco años, este joven, nuevo y pujante orden social se ha hecho añicos y se ha vuelto «decadente», en el sentido que le da Burnham a este término. Y esto ha ocurrido en grandísima medida a causa de la estructura «gerencial» (esto es, no democrática) que admira Burnham. La razón inmediata de la derrota alemana fue la locura inaudita de atacar a la URSS cuando Gran Bretaña seguía en pie y Estados Unidos se estaba preparando para combatir. Errores de este calibre sólo pueden cometerse, o al menos tienen más probabilidades de cometerse, en países donde la opinión pública no tiene ningún poder. Cuando el hombre común puede hacerse oír, es menos factible que se vulneren reglas tan elementales como la de no enfrentarte a todos tus enemigos a la vez.

Pero, en cualquier caso, deberíamos haber sido capaces de ver desde el principio que un movimiento como el nazismo no podría producir ningún resultado positivo o estable. En realidad, mientras los nazis fueron ganando, Burnham no parecía ver nada malo en sus métodos. Tales métodos, afirmó, sólo parecen malvados porque son nuevos:

> Ninguna ley histórica dispone que los buenos modales y la «justicia» deban triunfar. En la historia siempre se plantea la cuestión relativa a los modales *de quién* y la justicia *de quién*. Una clase social en crecimiento y un orden social nuevo deben abrirse paso a través de los viejos códigos morales, del mismo modo que a través de las viejas instituciones económicas y políticas y, como es natural, desde el punto de vista de la vieja, son monstruosos. De triunfar, a su debido tiempo cuidarán de sus modales y de su moralidad.

Esto implica que no hay nada, literalmente, que pueda ser bueno o malo si la clase dominante del momento así lo desea. Ignora el hecho de que ciertas reglas de

conducta deben ser observadas si se quiere que la sociedad humana permanezca unida. Burnham, por tanto, fue incapaz de ver que los crímenes y locuras del régimen nazi conducirían necesariamente al desastre de un modo u otro. Y lo mismo cabe decir de su reciente admiración por el estalinismo. Es demasiado pronto para decir de qué modo exacto se destruirá a sí mismo el régimen ruso. Si tuviera que lanzar una profecía, diría que una continuación de las políticas rusas de los últimos quince años —y la política interior y exterior, claro está, no son más que dos facetas de la misma cosa— sólo puede conducir a una guerra nuclear, lo que haría que la invasión de Hitler pareciera una apacible merienda. Pero, en cualquier caso, el régimen ruso tendrá que democratizarse o sucumbirá. Ese imperio esclavista, enorme, invencible e imperecedero con el que Burnham parece soñar no se instaurará, y si lo hace, no resistirá, porque la esclavitud ya no es una base estable para la sociedad humana.

Uno no puede formular siempre profecías positivas, pero hay momentos en los que debería ser capaz de exponer alguna negativa. Nadie podía prever las consecuencias exactas del Tratado de Versalles, pero millones de personas racionales sí fueron capaces de predecir que serían negativas, e infinidad de gente, aunque no tanta en este caso, es capaz de pronosticar que las consecuencias del acuerdo que Europa se ve obligada a aceptar ahora también serán negativas. Abstenerse de admirar a Hitler o a Stalin tampoco debería requerir un enorme esfuerzo intelectual, pero es en parte un esfuerzo moral. Que un hombre tan dotado como Burnham haya sido capaz de pensar durante un tiempo que el nazismo era algo admirable, algo que podía erigir un orden social viable y duradero, muestra lo perjudicado que queda el sentido de la realidad al cultivar eso que ahora se conoce como «realismo».

CONFESIONES DE UN CRÍTICO LITERARIO

Tribune, 3 de mayo de 1946

En un estudio frío aunque mal ventilado, cubierto de colillas y tazas de té medio vacías, un hombre vestido con un batín apolillado se sienta a una mesa coja, tratando de hacerle sitio a la máquina de escribir entre la montaña de papeles polvorientos que la rodean. No puede arrojarlos a la papelera porque ya está rebosante, y además, es posible que entre las cartas sin responder y las facturas sin pagar haya un cheque de dos guineas que está casi seguro de que se olvidó ingresar en el banco. También hay cartas con direcciones que debería introducir en su agenda. Pero la ha perdido, y la sola idea de ponerse a buscarla, de buscar cualquier cosa, de hecho, lo sacude con agudos impulsos suicidas.

Es un hombre de treinta y cinco años, pero aparenta cincuenta. Está calvo, tiene varices y lleva gafas, o las llevaría si no las perdiera de forma crónica. Si las cosas van como siempre, estará malnutrido, pero si últimamente ha tenido una racha de suerte, estará sufriendo una resaca. Ahora mismo son las once y media de la mañana, y según sus horarios debería haber empezado a trabajar hace un par de horas; pero incluso si hubiese hecho algún intento serio de comenzar, lo habrían frustrado el timbre casi incesante del teléfono, los chillidos del bebé, el ruido de la taladradora fuera en la calle y las pesadas botas de sus acreedores subiendo y bajando la escalera con fuertes pisotones. La interrupción más reciente ha sido la llegada del segundo correo, que le ha traído dos circulares y una reclamación de impuestos impresa en rojo.

Huelga decir que esta persona es un escritor. Podría ser un poeta, un novelista o un guionista de cine o de radio, ya que toda la gente de letras es muy parecida, pero digamos que es un crítico de libros. Medio escondido entre montañas de papeles, hay un voluminoso paquete que contiene cinco volúmenes que su editor le ha enviado con una nota en la que le sugiere que «deberían quedar bien juntos». Llegaron hace cuatro días, pero durante cuarenta y ocho horas una parálisis moral le impidió al crítico abrir el paquete. Ayer, en un momento de resolución, arrancó el cordel y descubrió que los cinco volúmenes eran: *Palestina en la encrucijada, La industria láctea científica, Breve historia de la democracia europea* (este tiene 680 páginas y pesa dos kilos), *Costumbres tribales en el África Oriental portuguesa* y una novela, *Se está mejor acostado*, seguramente incluida por error. Su reseña —de ochocientas palabras, pongamos por caso— tiene que estar «lista» mañana al mediodía.

Tres de los libros tratan de temas de los que está tan desinformado que tendrá que leer al menos cincuenta páginas si no quiere cometer un error tan garrafal que lo

delate, no sólo frente al autor (que, por descontado, lo sabe todo acerca de las costumbres de los críticos), sino incluso frente al común de los lectores. Hacia las cuatro de la tarde les ha quitado ya el envoltorio a los libros, pero sigue padeciendo una incapacidad nerviosa que le impide abrirlos. La perspectiva de tener que leerlos, incluso el olor del papel, le afecta como lo haría la perspectiva de comerse un pudin frío de harina de arroz condimentado con aceite de ricino. Y pese a todo, curiosamente, su artículo llegará a la redacción a tiempo. De algún modo, siempre llega a tiempo. Alrededor de las nueve de la noche se le irán aclarando relativamente las ideas y se quedará sentado hasta la madrugada en el cuarto, cada vez más frío, mientras el humo de los cigarrillos se vuelve cada vez más espeso, hojeando con pericia un libro tras otro y dando carpetazo a cada uno de ellos con el comentario final: «¡Dios, menuda chorrada!». Por la mañana, con los ojos enrojecidos, malhumorado y sin afeitar, se quedará mirando una hoja de papel en blanco durante una hora o dos, hasta que la manecilla acusadora del reloj lo obligará, aterrorizado, a ponerse en marcha. Entonces, de pronto, se lanzará a la tarea. Todas las viejas frases anquilosadas —«un libro que nadie debería perderse», «algo memorable en cada página», «de especial interés los capítulos que abordan…», etcétera, etcétera— se colocarán en sus puestos como limaduras de hierro obedeciendo a un imán, y la crítica quedará lista con la extensión exacta y unos tres minutos antes de la hora señalada. Mientras tanto, otra pila de libros, poco apetecibles y seleccionados de forma incongruente, le habrá llegado ya por correo. Y así sucesivamente. Y, sin embargo, ¡con cuántas esperanzas inició su carrera esta criatura pisoteada y con los nervios destrozados, hace tan sólo unos años!

¿Acaso parece que exagero? Pidámosle a cualquier crítico —uno que reseñe, por ejemplo, un mínimo de cien libros al año— si puede negar con el corazón en la mano que sus hábitos y su carácter sean como los que he descrito. Todo escritor, en cualquier caso, se parece mucho a ese tipo de persona, pero la reseña prolongada e indiscriminada de libros es un trabajo excepcionalmente desagradecido, irritante y agotador. No sólo conlleva elogiar basura —que también, como mostraré seguidamente—, sino inventarse reacciones hacia unos libros ante los que uno no alberga el más mínimo sentimiento espontáneo. El crítico, por consumido que esté, siente un interés profesional por los libros, y de los miles que aparecen cada año, hay probablemente cincuenta o un centenar sobre los que disfrutaría escribiendo. Si es un primera figura de la profesión, puede que consiga hacerse con diez o veinte de ellos, pero lo más seguro es que sean dos o tres. El resto de su trabajo, por muy concienzudo que sea al elogiarlos o condenarlos, es en esencia pura patraña. Está vertiendo su espíritu inmortal por el desagüe, media pinta cada vez.

La gran mayoría de los críticos presentan un informe inadecuado o engañoso del libro del que tratan. Desde la guerra, los editores no han sido tan capaces como antes de mangonear a los redactores de la sección de libros y suscitar un coro de alabanzas para cada obra que publicasen, pero, por otro lado, el nivel de las reseñas ha

disminuido debido a la falta de espacio y a otros inconvenientes. Vistos los resultados, la gente propone a veces que la solución radica en apartar las reseñas de libros de manos de simples plumíferos. Las obras especializadas tendrían que ser abordadas por expertos, mientras que, por otro lado, buena parte de la crítica, en particular la de novelas, bien podrían llevarla a cabo aficionados. Prácticamente cualquier libro es capaz de suscitar fervor, ni que sea un fervoroso rechazo, en un lector o en otro, cuyas ideas al respecto seguramente serán más valiosas que las de un profesional desganado. Pero, por desgracia, como sabe cualquier redactor jefe, ese tipo de cosas son muy difíciles de organizar. En la práctica, los redactores acaban siempre volviendo a su equipo de plumíferos; sus «habituales», como los llama.

Nada de todo esto será remediable mientras se siga dando por sentado que todas las obras merecen ser reseñadas. Es casi imposible mencionar libros a bulto sin exagerar burdamente los méritos de la mayor parte de ellos. Hasta que uno desarrolla una especie de relación profesional con los libros, no descubre lo malos que son la mayoría. En más de nueve de cada diez casos, la única crítica objetivamente honesta sería: «Este libro no vale nada», mientras que la verdadera reacción del crítico probablemente sería: «Este libro no tiene nada que me interese, y no escribiría sobre él si no fuera porque me pagan». Pero el público no pagaría para leer ese tipo de cosas. ¿Por qué debería hacerlo? Lo que quiere es una especie de guía para orientarse entre los libros que le piden que lea, y quiere también algún tipo de valoración. Pero, tan pronto como se mencionan las valoraciones, los criterios se derrumban, porque si uno dice —y prácticamente todos los críticos afirman algo así al menos una vez por semana— que *El rey Lear* es una buena obra y que *Los cuatro hombres justos* es un buen thriller, ¿qué significado exacto tiene la palabra «bueno»?

Siempre he creído que la mejor práctica sería limitarse a ignorar la gran mayoría de los libros y escribir reseñas muy largas —mil palabras sería lo indispensable— sobre aquellos pocos que pareciesen importar. Las notas breves de una línea o dos hablando de las próximas novedades pueden ser útiles, pero la reseña de extensión media habitual, unas seiscientas palabras, no sirve de nada, incluso cuando el crítico tiene un interés genuino en escribirla. Normalmente no quiere hacerlo, y la producción de reseñas breves, una semana tras otra, lo reduce a esa abatida figura envuelta en un batín que he descrito al principio del artículo. No obstante, todas las personas de este mundo tienen a alguien a quien mirar por encima del hombro, y debo decir, por mi experiencia en ambos oficios, que el crítico de libros está en mejor posición que el crítico de cine, que ni siquiera puede hacer su trabajo en casa, sino que tiene que asistir a pases de prensa a las once de la mañana y del que se espera, salvo notables excepciones, que venda su honor a cambio de una copa de jerez del malo.

POR QUÉ ESCRIBO

Grangel [n.º 4, verano de] 1946

Desde muy temprana edad, tal vez ya a los cinco o seis años, supe que de mayor quería ser escritor. Entre los diecisiete y los veinticuatro poco más o menos traté de renunciar a esa idea, aunque con plena conciencia de que atentaba contra mi verdadera naturaleza, y de que tarde o temprano tendría que dedicarme a escribir libros.

Fui el segundo de tres hermanos, pero me separaban cinco años de cada uno, y prácticamente no vi a mi padre antes de cumplir ocho. Por esta razón, y por otras, era bastante solitario, y pronto desarrollé algunas manías desagradables que me volvieron impopular en mis años de colegio. Tenía esa costumbre propia de los niños solitarios consistente en inventarme historias y mantener conversaciones con personajes imaginarios; creo que, desde mis comienzos, mis ambiciones literarias tuvieron que ver con la sensación de hallarme aislado y de estar infravalorado por los demás. Sabía que tenía facilidad de palabra, que tenía la capacidad de afrontar los hechos menos agradables, y sentía que eso creaba una especie de mundo privado en el que hallaba compensación por cada uno de mis fracasos en la vida cotidiana. No obstante, el volumen de escritos serios —entiéndase «con intenciones serias»— que acumulé a lo largo de mi infancia y adolescencia no debe de llegar siquiera a la media docena de páginas. Mi primer poema se lo dicté a mi madre a los cuatro o cinco años. Sólo recuerdo que versaba sobre un tigre, y que el tigre tenía «dientes como sillas»; una frase no del todo mala, aunque sospecho que el poema debía de ser un plagio de «Tigre, tigre», de William Blake. A los once años, cuando estalló la guerra de 1914-1918, escribí un poema de tintes patrióticos que se publicó en el periódico local, así como otro, dos años más tarde, a propósito de la muerte de Kitchener. De vez en cuando, siendo ya un poco mayor, escribí «poemas a la naturaleza» francamente malos, casi siempre inacabados, al estilo georgiano. También en un par de ocasiones traté de escribir sendos relatos que terminaron en otros tantos fracasos. Esa viene a ser toda la obra «seria» que en realidad puse sobre el papel durante todos aquellos años.

Ahora bien, durante todo ese tiempo, en cierto modo me dediqué a otras actividades literarias. Para empezar, los textos de encargo que redacté con facilidad, con rapidez y sin demasiado placer. Además de los deberes de la escuela, escribí versos de ocasión, poemas semicómicos que me salían con toda facilidad, a una velocidad que ahora me parece pasmosa; a los catorce años escribí toda una obra en verso, con metro y rima, mera imitación de Aristófanes, más o menos en una semana;

asimismo, colaboré en la edición de las revistas escolares, tanto impresas como manuscritas. Esas revistillas eran las parodias más patéticas que se puedan imaginar; me tomaba menos molestias con ellas que las que ahora dedicaría al periodismo más insulso y chabacano. Pero junto con todo esto, durante quince años, o más, llevé a cabo un ejercicio literario de índole muy distinta: un «relato» continuo a propósito de mí mismo, una suerte de diario que sólo existía en mi mente. Creo que este es un hábito corriente entre niños y adolescentes. Muy de niño me gustaba imaginar que era, por ejemplo, Robin Hood, y me imaginaba en calidad de héroe de aventuras apasionantes, aunque muy pronto mi «relato» dejó de ser tan narcisista, al menos de una manera tan zafia, y pasó a ser más bien una descripción sin más de lo que hacía y lo que veía. A veces, durante minutos enteros, esta actividad mental no cesaba: «Abrió la puerta y entró en la habitación. Un rayo de luz amarillenta, filtrándose por las cortinas de muselina, caía sesgado sobre la mesa, donde una caja de cerillas entreabierta aguardaba junto al tintero. Con la mano derecha en el bolsillo se acercó a la ventana. En la calle, un gato de color carey perseguía una hoja caída», etcétera, etcétera. Este hábito no cejó hasta que tuve unos veinticinco años, es decir, duró todo lo que mis años de no literato. Aunque tenía que buscar con desvelo, y lo hacía, las palabras más adecuadas, me parecía desarrollar este esfuerzo descriptivo casi en contra de mi voluntad, sujeto a una suerte de compulsión externa a mí. El «relato», supongo, tuvo que haber sido un reflejo fiel del estilo de los distintos escritores a los que admiraba en cada fase. En la medida en que lo recuerdo, tuvo siempre esa misma meticulosidad descriptiva.

Cuando tenía unos dieciséis años, descubrí de pronto la alegría de las palabras sin más —esto es, los sonidos y sus asociaciones de palabras—, los versos de *Paraíso perdido*, de Milton («Así pues, con dificultad y arduo empeño, / él siguió adelante: con dificultad y arduo empeño, él…»),[*] que ya no me parecen tan maravillosos, me producían escalofríos, y el arcaísmo «hee» por «he» [«él»] me procuraba un placer adicional. En cuanto a la necesidad de describir las cosas, ya lo sabía prácticamente todo. Por eso está claro qué tipo de libros deseaba escribir, en la medida en que pueda decirse que ya entonces deseaba eso. Quería escribir largas novelas naturalistas de final triste, llenas de descripciones detalladas y símiles atractivos, colmadas además de episodios grandilocuentes, en que las palabras se usaran en parte por su sonoridad. Y, en realidad, mi primera novela completa, *La marca* (*Burmese Days*), que escribí cuando tenía treinta años pero proyecté mucho antes, es en gran medida esa clase de libro.

Si doy toda esta información de fondo es porque no creo que se puedan evaluar los motivos que animan a un escritor sin conocer algo acerca de sus primeros pasos. Su material narrativo vendrá determinado por la época en que le ha tocado vivir —al menos es así en épocas tumultuosas y revolucionarias, como la nuestra—, aunque, antes de que haya empezado a escribir, habrá adquirido una actitud emocional de la cual nunca podrá librarse por completo. Es su trabajo, sin duda, disciplinar su

temperamento y evitar el quedarse atascado en una etapa de inmadurez, o en un estado de ánimo perverso. Pero si escapa a sus influencias más tempranas, habrá acabado con su propio impulso de escribir. Dejando a un lado la necesidad de ganarse la vida, creo que son cuatro los grandes motivos que hay para escribir, al menos prosa. Existen los cuatro en distintos grados en cada escritor, y en este la proporción varía según el momento en que se halle y el ambiente en que viva. Son los siguientes:

1. *Egoísmo puro y duro*. Deseo de parecer inteligente, de que se hable de uno, de que a uno se le recuerde después de muerto, de resarcirse de los adultos que abusaron de uno en su niñez, etcétera. Es una paparruchada fingir que este no es un motivo, porque además es de los más potentes. Los escritores tienen en común esta característica con los científicos, los artistas, los políticos, los abogados, los soldados, los empresarios de éxito, es decir, con lo más granado del género humano. La gran mayoría de los seres humanos no exhiben un egoísmo muy acentuado. Pasados los treinta, más o menos, renuncian a la ambición personal —en muchos casos, abandonan casi del todo la idea de ser individuos— y viven sobre todo para los demás, o bien quedan aplastados por el tedio y la monotonía. Pero hay, además, una minoría de personas dotadas, voluntariosas, obstinadas incluso, decididas a vivir la vida hasta el final, y a esta categoría pertenecen los escritores. Los escritores serios, debiera decir, son en conjunto más vanidosos y egocéntricos que los periodistas, aunque el dinero les interesa menos.
2. *Entusiasmo estético*. La percepción de la belleza en el mundo exterior o, si se quiere, en las palabras y en su adecuada disposición. El placer ante el impacto de un sonido u otro, ante la firmeza de una buena prosa, ante el ritmo de un buen relato. Deseo de compartir una experiencia que uno considera de gran valor, que entiende que nadie debe perderse. La motivación estética es muy débil en muchos escritores, pero incluso el panfletista o el autor de manuales tendrán sus palabras y expresiones predilectas, las que le atraen por motivos en modo alguno utilitarios. Puede tener también inclinación hacia la tipografía, la anchura de los márgenes, etcétera. Por encima del nivel de una guía ferroviaria, ningún libro es del todo ajeno a las consideraciones estéticas.
3. *Impulso histórico*. Deseo de ver las cosas como son, de hallar cuál es la verdad, de almacenarla para su buen uso en la posteridad.
4. *Propósito político*. Empleo la palabra «político» en el sentido más amplio posible. Es el deseo de propiciar que el mundo avance en una dirección determinada, de alterar la idea que puedan tener los demás sobre el tipo de sociedad a la que conviene aspirar. No hay un solo libro que sea ajeno al sesgo político. La opinión de que el arte nada tiene que ver con la política, ni debe tener que ver con ella, es en sí misma una actitud política.

Bien se ve que estos impulsos diversos han de estar en guerra unos con otros, y cómo han de fluctuar de una persona a otra, de una época a otra. Por naturaleza —entendiendo por «naturaleza» el estado que uno alcanza cuando se hace adulto—, soy una persona en la que los primeros tres motivos pesan mucho más que el último. En una época de paz, podría haberme dedicado a escribir libros recargados o meramente descriptivos, y podría haber seguido siendo ajeno a mis lealtades políticas. Pero tal como están las cosas, me he visto obligado a convertirme en una especie de panfletista. Primero pasé cinco años dedicado a una profesión totalmente inapropiada (la Policía Imperial de la India, en Birmania), y luego experimenté la pobreza y el fracaso. Esto acentuó mi odio natural por la autoridad, y me llevó a tener conciencia plena de la existencia de la clase obrera. Mi trabajo en Birmania me había dado cierta capacidad de comprensión de la naturaleza del imperialismo, pero esas experiencias

no fueron suficientes para dotarme de una orientación política precisa. Llegaron entonces Hitler, la Guerra Civil española, etcétera. A finales de 1935 todavía no había tomado una decisión en firme. Recuerdo las tres últimas estrofas de un poema que escribí por entonces, dando expresión a mi dilema:

Soy la paciencia que no se agota,
el eunuco sin harén;
entre cura y comisario
camino como Eugene Aram;

Y el comisario me lee la suerte
mientras suena la radio,
pero el cura ha prometido un Austin 7,
porque Duggie siempre paga.

Soñé que habitaba en salones de mármol,
y desperté y vi que era cierto.
No nací yo para una época como esta.
¿Sí nació Smith? ¿Y Jones? ¿Y tú?[*]

La guerra de España y otros sucesos de 1936-1937 cambiaron la escala de valores y me permitieron ver las cosas con mayor claridad. Cada renglón que he escrito en serio desde 1936 lo he creado, directa o indirectamente, en contra del totalitarismo y a favor del socialismo democrático, tal como yo lo entiendo. Me parece una soberana estupidez, en una época como la nuestra, pensar siquiera que se puede evitar el escribir sobre tales asuntos. De un modo u otro, en la forma que sea, todos escribimos sobre ellos. Sólo es cuestión de elegir bando y posición. Cuanto más consciente es uno de su sesgo político, mayores posibilidades tiene de actuar políticamente sin sacrificar su estética ni su integridad intelectual.

Mi mayor aspiración durante los últimos años ha sido convertir la escritura política en un arte. Mi punto de partida es siempre un sentimiento de parcialidad, una sensación de injusticia. Cuando me pongo a escribir un libro no me digo: «Voy a hacer una obra de arte». Lo escribo porque existe alguna mentira que aspiro a denunciar, algún hecho sobre el cual quiero llamar la atención, y mi preocupación inicial es hacerme oír. Pero no podría realizar el trabajo de escribir un libro, ni tampoco de un artículo largo para una publicación periódica, si no fuera, además, una experiencia estética. Todo el que se tome la molestia de examinar mi obra se dará cuenta de que, incluso cuando es propaganda pura y dura, contiene muchas cosas que un profesional de la política consideraría irrelevantes. Ni soy capaz ni quiero abandonar del todo la visión del mundo que adquirí en la infancia. Mientras siga con vida, mientras siga siendo capaz de hacer lo que hago, seguiré albergando intensos sentimientos por el estilo, seguiré amando la superficie de la Tierra, seguiré complaciéndome en los objetos sólidos y en las informaciones inútiles. De nada sirve tratar de reprimir esa parte de mí. El trabajo consiste en reconciliar mis gustos y mis

rechazos más arraigados con las actividades esencialmente públicas, no individuales, que esta época nos impone a todos.

No es tarea fácil. Plantea problemas de construcción y de lenguaje; plantea de un modo completamente nuevo el problema de la veracidad. Permítaseme dar un ejemplo del tipo de dificultades más crudas que surgen. Mi libro acerca de la Guerra Civil española, *Homenaje a Cataluña*, es una obra de corte francamente político, por descontado, pero en conjunto está escrito con cierto desapego, y con cierta atención por la forma. Intenté por todos los medios contar toda la verdad sin traicionar mi instinto literario, pero, entre otras cosas, incluye un largo capítulo lleno de citas tomadas de los periódicos y demás, en las que se defiende a los trotskistas que estaban entonces acusados de haber tramado un complot con Franco. Está claro que semejante capítulo, que al cabo de uno o dos años perdería su interés para cualquier lector normal, podía arruinar el libro entero. Un crítico por el que siento un gran respeto me dio una lección en lo tocante a eso. «¿Por qué has metido todo eso? —me dijo—. Has convertido lo que podría ser un buen libro en mero periodismo». Lo que me dijo era verdad, pero yo no supe hacerlo de otro modo. No pude. Me enteré por casualidad de algo que poca gente conocía en Inglaterra, y no por no querer, sino porque no se les permitió, y es que se estaba acusando falsamente a hombres inocentes. Si aquello no me hubiera indignado, jamás habría escrito el libro.

De una forma u otra, este problema siempre aflora de nuevo. El del lenguaje es más sutil, y nos llevaría mucho tiempo comentarlo. Diré tan sólo que en los últimos años he intentado escribir de un modo menos pintoresco y más preciso. Sea como fuere, he descubierto que cuando uno ha perfeccionado un estilo, ya se le ha quedado pequeño. *Rebelión en la granja* fue el primer libro en el que intenté, con conciencia plena de lo que estaba haciendo, fundir la intención política y el propósito artístico. No he escrito una novela desde hace siete años, pero tengo la esperanza de escribir una dentro de poco. Seguro que será un fracaso —todo libro es un fracaso—, pero sé con toda claridad qué clase de libro aspiro a escribir.

Al repasar estas últimas dos páginas veo que puede dar la impresión de que mis motivos al escribir son completamente propios del espíritu público. No quisiera que el lector se quedase con esa sensación. Todos los escritores son vanidosos, egoístas y perezosos. En el fondo de su ser, sus motivaciones siguen siendo un misterio. Escribir un libro es un combate horroroso y agotador, como si fuese un brote prolongado de una dolorosa enfermedad. Nadie emprendería jamás semejante empeño si no le impulsara una suerte de demonio al cual no puede resistirse ni tampoco tratar de entender. Por todo cuanto uno sabe, ese demonio es sencillamente el mismo instinto que hace a un niño llorar para llamar la atención. Y, sin embargo, también es cierto que no se puede escribir nada legible a menos que uno aspire a una anulación constante de la propia personalidad. La buena prosa es como el cristal de una ventana. No sé decir con certeza cuáles de mis motivaciones son las más poderosas, pero sí sé cuáles merecen seguirse sin rechistar. Al repasar mi obra, veo que de

manera invariable, cuando he carecido de un objetivo político, he escrito libros exánimes, y me han traicionado en general los pasajes grandilocuentes, las frases sin sentido, los epítetos y los disparates.

EL PRECIO DE LAS LETRAS

Horizon, septiembre de 1946

Respuestas de George Orwell a un cuestionario sobre «El precio de las letras» publicado en *Horizon* en septiembre de 1946, en el que se preguntó a diversos escritores:

1. ¿Cuánto cree que necesita para vivir un escritor?
2. ¿Cree que un escritor serio puede ganar esta suma mediante la escritura? Y si es así, ¿cómo?
3. Si no es así, ¿cuál cree que es la segunda ocupación más apropiada para él?
4. ¿Cree que la literatura sale perjudicada cuando un escritor destina energía a otras ocupaciones o que se enriquece gracias a ellas?
5. ¿Cree que el Estado o alguna otra institución debería hacer más por los escritores?
6. ¿Está usted satisfecho con la solución a este problema que ha encontrado para usted, y tiene algún consejo específico que darles a los jóvenes que deseen ganarse la vida con la escritura?

1. Con el poder adquisitivo que proporciona en estos momentos el dinero, creo que diez libras semanales, una vez descontados los impuestos, es el mínimo para un hombre casado, y quizá seis libras semanales para un hombre soltero. Los ingresos óptimos para un escritor, diría yo —de nuevo, teniendo en cuenta el poder adquisitivo actual—, son unas mil libras al año. Con eso puede vivir razonablemente bien, libre de deudas y de la necesidad de trabajar como escritor por encargo, pero sin tener la sensación de que ha entrado a formar parte de la clase privilegiada. No creo que nadie pueda esperar con justicia que un escritor dé lo mejor de sí mismo con unos ingresos propios de la clase obrera. Su primera necesidad, tan indispensable para él como lo son las herramientas para un carpintero, es una habitación confortable y bien caldeada en la que tenga la certeza de que no será interrumpido; y, aunque no parezca demasiado, si calculamos lo que significa desde el punto de vista de la organización doméstica, implica unos ingresos bastante altos. El escritor trabaja en casa, y si permite que ocurra, se verá sometido a interrupciones prácticamente constantes. Protegerse de las interrupciones siempre cuesta dinero, directa o indirectamente. Por otro lado, los escritores necesitan libros y periódicos en grandes cantidades, requieren de espacio y muebles para archivar sus papeles, gastan mucho en correspondencia, necesitan la ayuda de un secretario al menos a tiempo parcial, y la mayoría de ellos seguramente extraigan un beneficio de viajar, de vivir en lo que consideren un entorno comprensivo, de comer y beber lo que más les guste, y de poder permitirse sacar a cenar a sus amigos o invitarlos a casa. Todo eso cuesta dinero. Idealmente, me gustaría ver a todo ser humano recibiendo los mismos ingresos, siempre y cuando se tratara de unos ingresos bastante elevados. No obstante, mientras vaya a seguir habiendo diferencias, creo que el lugar del escritor está en la horquilla intermedia, lo que equivale, con los niveles actuales, a unas mil libras anuales.
2. No. Me han dicho que, como mucho, unos pocos centenares de personas se ganan la vida en Gran Bretaña dedicándose en exclusiva a escribir libros, y la mayoría de ellos seguramente sean autores de novelas de detectives, etcétera. En cierto modo, evitar caer en la prostitución es más fácil para gente como Ethel M. Dell que para un escritor serio.
3. Si puede organizarse de tal modo que no absorba todo su tiempo, creo que la segunda ocupación de un escritor debería ser algo al margen de las letras. Supongo que sería mejor si fuese también algo agradable. Puedo imaginarme perfectamente, por ejemplo, a un empleado de banco o a un agente de seguros volviendo

a casa y trabajando en serio por las tardes, mientras que ese esfuerzo es excesivo si uno ya ha dilapidado sus energías en un trabajo parcialmente creativo como el de maestro, locutor o redactor de propaganda para organismos como el British Council.

4. Siempre y cuando no le consuma todo el tiempo y las energías, creo que es beneficioso. A fin de cuentas, uno debe tener algún tipo de contacto con el mundo cotidiano. De otro modo, ¿sobre qué va a escribir?

5. Lo único útil que podría hacer el Estado sería destinar más dinero público a la compra de libros para las bibliotecas. Si vamos a tener algún día un socialismo pleno, entonces no cabe duda de que el escritor debería recibir sustento del Estado, y debería estar entre los grupos mejor pagados. Pero mientras tengamos una economía como la actual, en la que hay un gran número de empresas estatales pero también amplios sectores de capitalismo privado, entonces, cuanto menos trato tenga el escritor con el Estado o con cualquier otro organismo organizado, tanto mejor para él y para su obra. Cualquier tipo de mecenazgo organizado conlleva invariablemente condiciones. Por otro lado, la forma antigua de mecenazgo privado, por la que el autor depende en la práctica de un individuo rico, es obviamente desaconsejable. El mejor valedor, y el menos exigente, es de lejos el gran público. Por desgracia, actualmente el público británico no gasta dinero en libros, aunque lee cada vez más y su gusto medio, diría, ha mejorado muchísimo en los últimos veinte años. Hoy en día, creo, el ciudadano británico promedio gasta en torno a una libra al año en libros, mientras que destina cerca de veinticinco libras anuales al tabaco y el alcohol. Por medio de las contribuciones y los impuestos podría conseguirse que gastara más sin ni siquiera darse cuenta, del mismo modo que durante los años de la guerra gastó más que de costumbre en la radio, gracias a las subvenciones del Tesoro a la BBC. Si pudiéramos inducir al gobierno a que destinara sumas más altas de dinero a la compra de libros, sin reemplazar el comercio editorial y convertirlo en una maquinaria de propaganda en el proceso, creo que la situación del escritor sería más desahogada y que también la literatura podría beneficiarse.

6. Personalmente, estoy satisfecho; es decir, en un sentido financiero, ya que he tenido suerte, al menos en los últimos años. Tuve que luchar encarnizadamente al principio, y si hubiese prestado atención a lo que la gente me decía, nunca me habría convertido en un escritor. Incluso hasta hace muy poco, siempre que he escrito algo que me he tomado en serio, ha habido esfuerzos denodados, a veces por parte de gente bastante influyente, para que no llegara a imprenta. A un escritor joven consciente de que tiene algo, el único consejo que puedo darle es que no acepte consejos. Desde el punto de vista económico, claro está, podría hacerle algunas sugerencias, pero ni siquiera estas sirven de nada a no ser que posea algún tipo de talento. Si uno lo único que quiere es ganarse la vida poniendo palabras en un papel, entonces la BBC, las compañías cinematográficas y cosas por el estilo son razonablemente útiles. Pero si uno quiere, ante todo, ser escritor, entonces, en nuestra sociedad, será un animal tolerado pero no alentado —algo así como un gorrión común—, y le irá mejor si comprende su posición desde el principio.

POLÍTICA FRENTE A LITERATURA: UN ANÁLISIS DE «LOS VIAJES DE GULLIVER»

Polemic, n.º 5, septiembre-octubre de 1946

En *Los viajes de Gulliver* se ataca o se critica a la humanidad desde al menos tres ángulos distintos, y el carácter implícito del propio Gulliver necesariamente cambia un tanto en el proceso. En la primera parte es el típico viajero del siglo XVIII, osado, práctico y poco romántico; su punto de vista familiar y casero se le transmite hábilmente al lector mediante los detalles biográficos del principio, su edad (es un hombre de cuarenta años, con dos hijos, cuando sus aventuras empiezan) y el inventario de los objetos que lleva en los bolsillos, especialmente sus lentes, que aparecen varias veces. En la segunda parte exhibe a grandes rasgos el mismo carácter, pero en los momentos en que la historia lo requiere, tiende a convertirse en un imbécil capaz de jactarse de «nuestro noble país, amante de las artes y las armas, flagelo de Francia», etcétera, etcétera, y, al mismo tiempo, revelar todos los hechos escandalosos habidos y por haber sobre el país que dice amar. En la tercera parte es muy parecido a como era en la primera, aunque, al tratar principalmente con cortesanos y eruditos, da la impresión de haber ascendido en la escala social. En la cuarta parte desarrolla un sentimiento de horror hacia el género humano que no aparece, o sólo lo hace intermitentemente, en los libros anteriores, y se vuelve una especie de anacoreta secular cuyo único deseo es vivir en algún lugar desolado donde pueda dedicarse a meditar sobre la bondad de los houyhnhnms. Sin embargo, estas incoherencias le son impuestas a Swift por el hecho de que Gulliver está ahí principalmente para ofrecer un contraste. Es necesario, por ejemplo, que sea sensato en la primera parte y —por lo menos intermitentemente— estúpido en la segunda, porque en ambos libros el objetivo esencial es el mismo, esto es, que el ser humano parezca ridículo al imaginarlo como una criatura de poco más de quince centímetros. Siempre que Gulliver no está actuando como un siervo, existe cierta continuidad en su carácter, apreciable sobre todo en su ingenio y su capacidad de observación de los detalles físicos. Es el mismo tipo de persona, con el mismo estilo prosístico, cuando se lleva los barcos de guerra de Blefuscu, cuando despanzurra a la rata monstruosa y cuando se hace a la mar en su frágil barquilla construida con pieles de yahoos. Además, resulta difícil no tener la impresión de que en sus momentos de mayor astucia Gulliver no es sino el propio Swift, y hay al menos un incidente en el que el autor irlandés parece estar ventilando sus agravios personales en relación con la

sociedad contemporánea. Se recordará que, cuando el palacio del emperador de Lilliput se incendia, Gulliver lo apaga orinando sobre él. En lugar de ser felicitado por su presencia de espíritu, descubre que ha cometido una ofensa capital por miccionar en los recintos de palacio.

> Y alguien me aseguró en privado que la Emperatriz, aborreciendo infinitamente lo que yo había hecho, se mudó a la parte más retirada del patio, firmemente resuelta a que aquellos edificios no se rehabilitaran nunca para su uso, y en presencia de sus confidentes más cercanos, no pudo evitar jurar venganza.[*]

Según el profesor G. M. Trevelyan (*England under Queen Anne*), parte de la razón de que Swift no obtuviera favores fue que a la reina la escandalizó *El cuento de un tonel*, un panfleto en el que Swift probablemente creyó haber rendido un gran servicio a la Corona inglesa, ya que en él despelleja a los disidentes —y más aún a los católicos— y deja en paz a la Iglesia establecida. En cualquier caso, nadie negará que *Los viajes de Gulliver* es un libro rencoroso y pesimista, y que sobre todo en la primera y la tercera partes cae a menudo en una parcialidad política cerril. La mezquindad y la magnanimidad, el republicanismo y el autoritarismo, el amor a la razón y la falta de curiosidad, todos se hallan ahí entremezclados. El odio al cuerpo humano con el que se asocia particularmente a Swift sólo ocupa un lugar relevante en la cuarta parte, pero de alguna manera esta nueva preocupación apenas sorprende. Uno tiene la sensación de que todas estas aventuras, todos estos cambios de humor, pudieron haberle ocurrido a la misma persona, y la interconexión entre las lealtades políticas de Swift y su desesperanza final es una de las características más interesantes del libro.

Desde el punto de vista político, Swift era una de esas personas incitadas a abrazar una especie de conservadurismo *tory* perverso por las locuras de la facción progresista del momento. La primera parte de *Los viajes de Gulliver*, en apariencia una sátira de la grandeza humana, puede ser vista, al analizarla más profundamente, como un simple ataque a Inglaterra, al dominante partido *whig* y a la guerra con Francia, que, por malas que hayan sido las motivaciones de los aliados en la reciente guerra mundial, sí que salvó a Europa de ser tiranizada por una sola potencia reaccionaria. Swift no era un jacobita ni un *tory* en sentido estricto, y su aspiración explícita en la guerra era que se alcanzara un simple tratado de paz moderado, no la completa derrota de Inglaterra. Sin embargo, hay un atisbo de traición en su actitud, visible al final de la primera parte y que afecta ligeramente a la alegoría. Cuando Gulliver huye de Lilliput (Inglaterra) hacia Blefuscu (Francia), el supuesto de que un ser humano de quince centímetros es despreciable parece ser abandonado. Mientras que la gente de Lilliput se ha portado con Gulliver con una hipocresía y una vileza máximas, la de Blefuscu se comporta con generosidad y honradez, y de hecho esta sección del libro termina en un tono distinto del de la rotunda desilusión de los capítulos anteriores. Evidentemente, la inquina de Swift se dirige, en primer lugar, contra Inglaterra. Es a «tus nativos» (es decir, los paisanos de Gulliver) a quienes el rey de Brobdingnag considera «la más perniciosa raza de pequeñas y odiosas

alimañas que la naturaleza jamás haya tolerado arrastrarse sobre la superficie de la Tierra», y el largo pasaje al final, en el que se denuncian la colonización y la conquista extranjeras, a todas luces tiene por destinatario a Inglaterra, aunque sutilmente se diga lo contrario. Los holandeses, aliados de Inglaterra, y blanco de uno de los más famosos panfletos de Swift, también son atacados de modo más o menos caprichoso en la tercera parte. Hay incluso lo que suena como una nota personal en el pasaje en el que Gulliver constata su satisfacción por que los diferentes países que ha descubierto no puedan ser convertidos en colonias de la Corona británica:

> Los *houyhnhnms*, es cierto, parece que no están tan bien preparados para la guerra, ciencia a la que son completamente ajenos, y especialmente a las armas arrojadizas. No obstante, suponiendo que yo fuera ministro de Estado, nunca aconsejaría lanzar una invasión contra ellos… Imaginad a veinte mil de ellos que penetran en medio de un ejército *europeo*, confunden las filas, vuelcan los carruajes, hacen puré la cara de los guerreros con las terribles coces de los cascos traseros…

Teniendo en cuenta que Swift no hace un uso vano de las palabras, esa frase, «hacen puré la cara de los guerreros», probablemente indique un secreto deseo de ver a los invencibles ejércitos del duque de Marlborough tratados de manera análoga. Hay toques similares en otras partes. Incluso el país mencionado en la tercera parte, donde «la mayoría de la gente eran denunciadores, testigos, delatores, acusadores, querellantes, atestantes, juradores, junto con sus instrumentos serviles y subalternos, todos bajo la bandera, la dirección y la paga de ministros y sus agentes», se llama Langdon, que dista una letra de ser un anagrama de «England». (Como las primeras ediciones del libro contenían errores de imprenta, puede que de hecho fuera un anagrama completo). La repulsa física que sentía Swift por la humanidad es ciertamente real, pero uno tiene la sensación de que su desenmascaramiento de la grandeza humana, sus diatribas contra los lores, los políticos, los favoritos de la corte, etcétera, tienen principalmente una aplicación local y derivan del hecho de que pertenecía al partido con menor éxito. Denuncia la injusticia y la opresión, pero no da muestras de que le guste la democracia. A pesar de sus poderes mucho mayores, su postura implícita es muy similar a la de los innumerables conservadores medio estúpidos medio listillos de nuestros días, a la de gente como *sir* Alan Herbert, el profesor G. M. Young, lord Elton, el Comité *Tory* de Reforma o la larga estirpe de apologistas católicos, de W. H. Mallock en adelante; gente que se especializa en hacer chistes ingeniosos a expensas de cualquier cosa «moderna» y «progresista», y cuyas opiniones son a menudo más extremistas porque saben que no pueden influir en el rumbo real de los acontecimientos. Después de todo, un panfleto como *An Argument to prove that the Abolishing of Christianity*, etcétera, es muy parecido a «Timothy Shy» divirtiéndose a expensas del *Brains Trust*, o al padre Ronald Knox exponiendo los errores de Bertrand Russell. Y la facilidad con que Swift ha sido perdonado —y perdonado a veces por creyentes devotos— por las blasfemias de *El cuento de un tonel* demuestra bastante a las claras la endeblez de los sentimientos religiosos comparados con los políticos.

De todos modos, el carácter reaccionario de Swift no sale a relucir principalmente en sus afirmaciones políticas. Lo importante es su actitud respecto a la ciencia y, más generalmente, respecto a la curiosidad intelectual. La famosa Academia de Lagado, descrita en la tercera parte de *Los viajes de Gulliver*, es sin duda una sátira justificada de la mayoría de los llamados «científicos» de la época de Swift. Significativamente, a los que trabajan en ella se los denomina «proyectistas», es decir, gente no comprometida con la investigación desinteresada, sino en busca de *artilugios* que ahorren mano de obra y rindan beneficios. Pero no hay indicios —de hecho, a lo largo de todo el libro hay múltiples señales de lo contrario— de que Swift considerara la ciencia «pura» como una actividad valiosa. El tipo más serio de científico ya recibió una patada en los pantalones en la segunda parte, en la que los «académicos» bajo el mecenazgo del rey de Brobdingnag tratan de explicar la baja estatura de Gulliver:

> Tras mucho discutir, llegaron a la conclusión unánime de que era un mero *relplum scalcath*, que literalmente quiere decir *lusus naturae* [«broma de la naturaleza»]; decisión exactamente en consonancia con la moderna filosofía europea, cuyos profesionales, desdeñosos de la antigua evasiva de las *causas ocultas*, con la que los seguidores de Aristóteles se empeñan inútilmente en disfrazar su ignorancia, han descubierto esta maravilla que soluciona todas las dificultades, en pro del inefable progreso del humano conocimiento.

Si se tratara de un caso aislado, cabría pensar que Swift sólo es enemigo de la falsa ciencia. Sin embargo, en varios lugares se desvía del argumento principal para proclamar la inutilidad de todo aprendizaje o especulación no dirigidos a un fin práctico:

> La cultura de esta gente [los brobdingnagianos] es muy imperfecta, pues consiste sólo en moral, historia, poesía y matemáticas, en lo cual hay que reconocer que sobresalen. Pero la última de estas se aplica íntegramente a lo que puede ser útil para vivir, al mejoramiento de la agricultura y de todas las artes mecánicas; o sea, que entre nosotros tendría poca aceptación. Y en cuanto a ideas, entes, abstracciones y a trascendentales, nunca pude meterles el más mínimo concepto en la cabeza.

Los houyhnhnms, los seres ideales de Swift, son retrógrados incluso en un sentido mecánico. Desconocen los metales, nunca han oído hablar de barcos, no practican la agricultura propiamente dicha (se nos dice que la avena de la que viven «crece allí espontáneamente») y no parecen haber inventado la rueda.[36] No poseen alfabeto y es evidente que no tienen mucha curiosidad por el mundo físico. No creen que exista otro país habitado aparte del suyo, y aunque entienden los movimientos del Sol y de la Luna y la naturaleza de los eclipses, «esto es el no va más de su astronomía». Por el contrario, los filósofos de la isla voladora de Laputa están tan continuamente absortos en especulaciones matemáticas que, antes de hablar con ellos, uno debe atraer su atención golpeándoles la oreja con una vejiga. Han catalogado diez mil estrellas fijas, han establecido los períodos de noventa y tres cometas, y han descubierto, antes que los astrónomos europeos, que Marte tiene dos lunas, información toda ella que Swift, por supuesto, considera ridícula, inútil y desprovista de interés. Como era de esperar, cree que el lugar del científico, si es que tiene uno,

es el laboratorio, y que el conocimiento científico no guarda relación alguna con las cuestiones políticas:

> Pero lo que me sorprendió más y consideré totalmente inexplicable fue la fuerte inclinación que vi en ellos hacia las noticias y la política, pues están continuamente haciendo preguntas sobre los asuntos públicos, emitiendo sus opiniones sobre cuestiones de Estado, y disputando acaloradamente sobre cada tilde del ideario de un partido. A decir verdad, he observado la misma actitud en la mayor parte de los matemáticos que he conocido en *Europa*, aunque nunca pude descubrir la mínima analogía entre estas dos ciencias; a menos que aquella gente crea que, porque la circunferencia más pequeña tenga tantos grados como la más grande, el gobierno y la administración del mundo hayan de precisar no más talento que el necesario para manejar y hacer girar una esfera.

¿No hay algo familiar en la frase «nunca pude descubrir la mínima analogía entre estas dos ciencias»? Tiene precisamente el tono de los apologistas católicos populares que confiesan su asombro cuando un científico emite una opinión sobre cuestiones como la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. El científico, se nos dice, es un experto en un campo acotado, así que ¿por qué sus opiniones habrían de ser valiosas en otro? De ello se deduce que la teología es una ciencia tan exacta como, por ejemplo, la química, y que el sacerdote es también un experto cuyas conclusiones sobre ciertos temas deben ser aceptadas. Swift, en efecto, afirma lo mismo del político, pero va más allá al no considerar al científico —ni al científico «puro» ni al investigador *ad hoc*— una persona útil en su ámbito. Incluso si no hubiera escrito la tercera parte de *Los viajes de Gulliver*, uno podría inferir del resto del libro que, como Tolstói y Blake, odia la idea misma de estudiar los procesos de la naturaleza. La «razón» que tanto admira en los houyhnhnms no se refiere principalmente al poder de extraer inferencias lógicas de hechos observados. Aunque nunca la define, en la mayoría de los contextos parece significar, o bien el sentido común —es decir, la aceptación de lo obvio y el desprecio de las sutilezas y abstracciones—, o bien la ausencia de pasión y superstición. En general opina que ya sabemos todo lo que necesitamos saber, y que sólo usamos incorrectamente nuestros conocimientos. La medicina, por ejemplo, es una ciencia inútil, puesto que si viviéramos de forma más natural no habría enfermedades. Swift, sin embargo, no es un partidario de la vida sencilla o un admirador del buen salvaje. Está a favor de la civilización y de las artes de la civilización. No sólo es consciente del valor de los buenos modales, de la buena conversación e incluso del aprendizaje de tipo literario e histórico, sino que también percibe que la agricultura, la navegación y la arquitectura deben ser estudiadas y podrían ser mejoradas en beneficio de la humanidad. Pero su ideal implícito es una civilización estática, no curiosa; en definitiva, el mundo de su propia época, un poco más limpio y un poco más cuerdo, sin cambios radicales y sin asomarse a lo incognoscible. Más de lo que uno esperaría de alguien tan liberado de las falacias aceptadas, Swift reverencia al pasado, especialmente a la Antigüedad clásica, y cree que el hombre moderno ha degenerado a ojos vista en los últimos cien años.[37] En la isla de los hechiceros, donde los espíritus de los muertos pueden ser invocados a voluntad:

> Solicité que el Senado de *Roma* apareciera ante mí en una amplia cámara, y una asamblea de representantes actual frente por frente en otra. El primero parecía una asamblea de héroes y semidioses; la otra un hatajo de buhoneros, carteristas, salteadores de caminos y matones.

Aunque Swift usa esta sección de la tercera parte para criticar la veracidad de la historia escrita, su espíritu crítico lo abandona al referirse a los griegos y los romanos. Pone de relieve, por supuesto, la corrupción de la Roma imperial, pero profesa una admiración casi irracional por algunas de las principales figuras del mundo antiguo:

> Se apoderó de mí una profunda sensación de veneración al ver a Bruto, y pude fácilmente advertir en cada trazo de su semblante la virtud más cumplida, el arrojo más sublime y firmeza de ánimo, el amor más sincero hacia su patria y benevolencia hacia el género humano… Tuve el honor de conversar largamente con Bruto y se me informó que su antepasado Junio, Sócrates, Epaminondas, Catón el Joven, *sir* Tomás Moro y él andaban siempre juntos; un *sextumvirato* al que todas las edades del mundo no pueden añadir un séptimo.

Adviértase que, de estas seis personas, sólo una es un cristiano. Este es un punto importante. Si se suman el pesimismo de Swift, su reverencia por el pasado, su falta de curiosidad y su horror ante el cuerpo humano, se llega a una actitud común entre los reaccionarios religiosos; a saber, gente que defiende un orden social injusto aduciendo que este mundo no puede ser mejorado sustancialmente y que sólo el «otro mundo» importa. Sin embargo, Swift no da señales de albergar creencia religiosa alguna, por lo menos en el sentido corriente de la expresión. No parece creer seriamente en la vida después de la muerte, y su idea del bien está ligada al republicanismo, al amor a la libertad, al valor, a la «benevolencia» (en el sentido de «espíritu público»), a la «razón» y a otras cualidades paganas. Esto le recuerda a uno que hay otra vena en Swift, no del todo congruente con su descreimiento del progreso y su odio general a la humanidad.

Para empezar, tiene momentos en que es «constructivo» e incluso «avanzado». Ser incoherente de vez en cuando es casi una señal de vitalidad en los libros utópicos, y Swift a veces inserta una palabra de alabanza en pasajes que deberían ser puramente satíricos. Así, sus ideas sobre la educación de los niños son atribuidas a los lilliputenses, que tienen puntos de vista muy similares sobre este punto a los de los houyhnhnms. Los lilliputenses poseen también varias instituciones sociales y jurídicas (por ejemplo, pensiones de vejez, así como gente recompensada por obedecer la ley y castigada por quebrantarla) que Swift hubiera querido ver prosperar en su propio país. En mitad de este pasaje, Swift recuerda su intención satírica y añade: «Al relatar estas y las siguientes leyes, sólo debe entenderse que me refiero a las instituciones originales, y no a las escandalosas corrupciones en que esta gente ha caído debido a la naturaleza degenerada del hombre», pero, como se supone que Lilliput representa a Inglaterra y las leyes de las que habla no habían sido promulgadas nunca en esta última, queda claro que el impulso de plantear propuestas constructivas fue demasiado para él. Con todo, la máxima contribución de Swift al pensamiento político, en el sentido más limitado de la expresión, es su ataque, sobre todo en la tercera parte, a lo que hoy se llamaría «totalitarismo». Vislumbra con

extraordinaria claridad el «Estado policial» infestado de espías, con sus interminables cacerías de herejes y juicios por traición, destinados a neutralizar el descontento popular convirtiéndolo en una histeria belicista. Además, cabe recordar que Swift está deduciendo aquí el todo a partir de una parte muy pequeña, pues los débiles gobiernos de su época no constituían ejemplos en los que inspirarse. Por ejemplo, está el profesor de la Escuela de Proyectores Políticos que «me mostró una voluminosa disertación [con] instrucciones para descubrir complots y conspiraciones contra el gobierno», y que afirmaba que se pueden descifrar los pensamientos secretos de la gente examinando sus heces:

> Porque los hombres nunca se muestran tan serios, pensativos y concentrados como cuando están proveyéndose, cosa que él averiguó a través de frecuentes experimentos; pues cuando, empleado en tales menesteres, consideraba él, sólo por probar, cuál era la mejor manera de asesinar al Rey, sus heces tomaban un color verde, pero totalmente distintos de cuando pensaba solamente en organizar una insurrección o incendiar la metrópoli.

Se dice que el profesor y su teoría se los sugirió a Swift el —desde nuestro punto de vista— no particularmente sorprendente o repugnante hecho de que en un juicio de Estado reciente habían sido exhibidas ciertas cartas halladas en la letrina de alguien. Unos párrafos después, en ese mismo capítulo de la tercera parte, parece que nos hallemos en medio de las purgas rusas:

> Le conté que en el reino de Tribnia, que los nativos llaman Langden, donde yo había residido por largo tiempo, la mayoría de la gente eran denunciadores, testigos, delatores, acusadores, querellantes, atestantes, juradores… Primero se ponen de acuerdo y establecen qué sospechoso será acusado de conspirar; después se toman positivos cuidados para hacerse con todas sus cartas y demás papeles, y para poner a sus dueños en prisión. Estos papeles se entregan a un grupo de artistas muy diestros en desentrañar misteriosos significados de las palabras, sílabas y letras… Cuando este método falla, disponen de otros dos más eficaces, que los instruidos entre ellos llaman *acrósticos* y *anagramas. Primero*: pueden descifrar significados políticos en todas las iniciales. Así, *N* significará complot; *B*, un regimiento de caballería; *L*, una flota en el mar. O, *segundo*: trasponiendo las letras del abecedario en cualquier papel sospechoso, pueden revelar los más profundos designios de un partido descontento. Así, por ejemplo, si yo dijera en una carta a un amigo: «Pues mi hermano Tomasito ha cogido las almorranas», un hombre diestro en este arte descubriría cómo las mismas letras que forman esa frase pueden desdoblarse en las palabras siguientes: «Resistan más: el complot mío ha arrahigado; un asomo». Y este es el método anagramático.

Otros profesores de la misma escuela inventan lenguajes simplificados, escriben libros valiéndose de máquinas, educan a sus pupilos anotando las lecciones en una galleta y obligándolos a tragársela, o proponen abolir totalmente la individualidad extirpándole una parte del cerebro a un hombre e injertándosela en la cabeza a otro. Hay algo extrañamente familiar en la atmósfera de estos capítulos, porque, mezclada con multitud de disparates, existe la percepción de que una de las metas del totalitarismo no es simplemente asegurarse de que la gente tenga los pensamientos correctos, sino de hecho lograr que sea menos consciente. Así pues, de nuevo, la descripción de Swift del líder que suele ejercer su dominio sobre una tribu de yahoos y del «favorito» que primero realiza los trabajos sucios y luego sirve de chivo expiatorio, encaja notablemente bien en el mundo de nuestros días. Sin embargo, ¿debemos inferir de todo esto que Swift era un enemigo de la tiranía y un defensor de

la inteligencia libre? No, sus puntos de vista, en la medida en que pueden ser discernidos, no son marcadamente liberales. Sin duda odia a los lores, los reyes, los obispos, los generales, las damas de la moda, las órdenes, los títulos y la adulación en general, pero no parece opinar nada mejor de la gente corriente que de sus gobernantes, estar a favor de una mayor igualdad social o ser un entusiasta de las instituciones representativas. Los houyhnhnms están organizados bajo un tipo de sistema de castas que es de carácter racial, y los caballos que hacen el trabajo doméstico son de distinto color que sus amos y no se entremezclan con ellos. El sistema educativo que Swift admira en los lilliputenses da por sentadas las distinciones de clase hereditarias, y los hijos de las clases más pobres no van a la escuela sino que aprenden en casa, porque «al ser su carrera labrar y cultivar la tierra… darles una educación es de poca utilidad para la causa pública». Tampoco parece que estuviera demasiado a favor de la libertad de expresión o de prensa, a pesar de la tolerancia de que gozaron sus propios escritos. Al rey de Brobdingnag le sorprende la cantidad de sectas políticas y religiosas que hay en Inglaterra, y considera que quienes «sostienen opiniones perjudiciales para la gente» (dado el contexto, esto parece referirse simplemente a las opiniones heréticas), aunque no deban ser obligados a cambiarlas, deben serlo a ocultarlas, ya que «así como sería tiranía en cualquier gobierno requerir lo primero, sería debilidad no hacer cumplir lo segundo». Hay un indicio más sutil de la actitud de Swift en la manera en que Gulliver abandona el país de los houyhnhnms. Intermitentemente al menos, Swift era una especie de anarquista, y la cuarta parte de *Los viajes de Gulliver* es una descripción de una sociedad anarquista, no gobernada por la ley en el sentido usual sino por los dictados de la «razón», que todos aceptan voluntariamente. La asamblea general de los houyhnhnms «exhorta» al amo de Gulliver a deshacerse de él, y sus vecinos lo presionan para que cumpla la exigencia. Se esgrimen dos razones para ello. Una es que la presencia de este inusual yahoo podría desestabilizar al resto de la tribu, y la otra es que una relación amistosa entre un houyhnhnm y un yahoo «no es agradable a la razón ni a la naturaleza, o una cosa jamás antes oída entre ellos». El amo de Gulliver se muestra algo reticente a obedecer, pero la «exhortación» (un houyhnhnm, se nos dice, nunca está obligado a obedecer, sino que sólo se le «exhorta» o «aconseja») no puede ser ignorada. Esto ilustra muy bien la tendencia totalitaria implícita en la visión anarquista o pacifista de la sociedad. En una sociedad donde no hay ley y, en teoría, tampoco obligaciones, el único árbitro del comportamiento es la opinión pública. Pero esta, como consecuencia de la enorme necesidad de conformidad que tienen los animales gregarios, es menos tolerante que cualquier sistema jurídico. Cuando los seres humanos se someten a mandatos imperativos, el individuo puede comportarse con cierto grado de excentricidad, mientras que cuando se rigen supuestamente por el «amor» o por la «razón», se hallan bajo una presión constante para actuar y pensar exactamente igual que todos los demás. Los houyhnhnms, se nos dice, opinaban lo mismo en casi todos los temas.

El único asunto que discutieron jamás fue cómo lidiar con los yahoos, y en cuanto al resto no había espacio para la discrepancia entre ellos, ya que la verdad, o bien es evidente por sí misma, o bien resulta imposible de descubrir y no reviste importancia. Su idioma carecía por lo visto de una palabra para «opinión», y en sus conversaciones no había «diferencia de pareceres». Habían, de hecho, alcanzado la fase superior de la organización totalitaria, aquella en que la conformidad es tan generalizada que no hay necesidad de una fuerza policial. Swift aprueba este tipo de cosa porque, entre sus muchos dones, no se incluían ni la curiosidad ni la bondad natural. El desacuerdo siempre le parecía una perversidad pura. La «razón» entre los houyhnhnms, nos dice, «no es un punto problemático, como entre nosotros, donde los hombres pueden argumentar con plausibilidad ambos lados de una pregunta; sino que es percibida con inmediata convicción; como debe serlo toda vez que no se halla mezclada, oscurecida o descolorida por la pasión y por el interés». En otras palabras, ya lo sabemos todo, así que ¿por qué habría de ser tolerada la disidencia? La sociedad totalitaria de los houyhnhnms, en la que no puede haber libertad ni evolución algunas, es un resultado natural de esto.

Es correcto considerar a Swift un rebelde y un iconoclasta, pero salvo en ciertas cuestiones secundarias, como su insistencia en que las mujeres deben recibir la misma educación que los hombres, no puede ser tildado de «izquierdista». Es un anarquista *tory* que desprecia a la autoridad al tiempo que no cree en la libertad, y que conserva el punto de vista aristocrático al tiempo que ve claramente que la aristocracia de su época es degenerada y despreciable. Cuando Swift lanza una de sus características diatribas contra los ricos y poderosos, uno debe, como dije antes, considerar probablemente el hecho de que él mismo pertenecía al partido político de menor éxito y de que estaba personalmente decepcionado. Los «excluidos», por razones obvias, son siempre más radicales que los «integrados».[38] Con todo, lo más esencial en Swift es su incapacidad para creer que la vida —la vida corriente con los pies en la tierra, no una versión racionalizada y desodorizada de la misma— pueda valer la pena ser vivida. Por supuesto, ninguna persona sincera dirá que la felicidad sea ahora mismo el estado normal entre los seres humanos adultos; pero tal vez podría volverse normal, y es en torno a esta cuestión que toda controversia política seria en realidad gira. Swift tiene mucho en común —más, creo yo, de lo que se ha apuntado— con Tolstói, otro descreído de la posibilidad de la felicidad. En ambos se aprecia el mismo punto de vista anarquista ocultando una mentalidad autoritaria, una hostilidad similar hacia la ciencia, la misma impaciencia con los oponentes, la misma incapacidad para percibir la importancia de cualquier asunto que para ellos no sea interesante; y en ambos casos se da una especie de horror ante el proceso de la vida, aunque en el caso de Tolstói llegó a ello más tarde y de diferente manera. La infelicidad sexual de los dos escritores no era de la misma índole, pero tenían esto en común; en ambos, una abominación sincera se mezclaba con una fascinación mórbida. Tolstói era un libertino reformado que acabó predicando el celibato total

mientras seguía practicando lo contrario hasta una edad muy avanzada. Swift era a buen seguro impotente, y sentía un horror exagerado hacia el estiércol humano; también pensaba en él incesantemente, como resulta evidente a lo largo de su obra. Semejantes personas son incapaces incluso de disfrutar de la pequeña cantidad de felicidad que le toca en suerte a la mayoría de los seres humanos, y, por razones obvias, es difícil que admitan que la vida terrenal es susceptible de mejorar mucho. Su falta de curiosidad, y por tanto su intolerancia, brotan de la misma raíz.

El asco, el rencor y el pesimismo de Swift tendrían sentido comparándolos con «otro mundo» del cual el nuestro fuera el preludio. Pero, puesto que no parece creer seriamente en nada por el estilo, se vuelve necesario construir tal paraíso supuestamente existente sobre la faz de la Tierra, pero algo muy diferente de todo lo que conocemos, con todo aquello que él desaprueba —las mentiras, la insensatez, el cambio, el entusiasmo, el placer, el amor y la mugre— eliminado de él. Como su ser ideal, Swift elige al caballo, un animal cuyos excrementos no son ofensivos. Los houyhnhnms son bestias tristes; esto es algo tan generalmente admitido que no vale la pena profundizar en ello. El genio de Swift puede hacerlos creíbles, pero muy pocos lectores debe de haber habido en los que hayan provocado otra emoción que no sea el desagrado. Y no por vanidad herida de ver a los animales preferidos al hombre; porque, de los dos, los houyhnhnms son mucho más parecidos a los seres humanos que los yahoos, y el horror de Gulliver por los yahoos, junto con el reconocimiento de que son el mismo tipo de criatura que él, contiene un absurdo lógico. Este horror lo sobrecoge a primera vista. «Jamás vi —dice— en ninguno de mis viajes un animal tan desagradable ni que me produjera de manera natural una aversión tan intensa». Pero ¿en comparación con qué son asquerosos los yahoos? No con los houyhnhnms, puesto que en ese momento Gulliver no ha visto uno aún. Sólo puede ser en comparación con sí mismo, es decir, con un ser humano. Más tarde, sin embargo, se nos dice que los yahoos son seres humanos, y la sociedad humana se vuelve para Gulliver insoportable porque todos los hombres son yahoos. En ese caso, ¿por qué no sintió asco de la humanidad antes? En efecto, se nos dice que los yahoos son increíblemente diferentes de los hombres y, sin embargo, que son iguales. Swift se ha extralimitado en su furia y está gritando a sus semejantes: «¡Son más sucios de lo que son!». Sin embargo, es imposible sentir mucha simpatía por los yahoos, y no es porque opriman a estos últimos que los houyhnhnms son poco atractivos. Lo son porque la «razón» por la que se rigen es en verdad un deseo de muerte. Están exentos de amor, de amistad, de curiosidad, de miedo, de tristeza y —salvo en sus sentimientos hacia los yahoos, que ocupan aproximadamente el lugar que ocupaban los judíos en la Alemania nazi— de odio y de enojo. «No son empalagosos con sus potros o potras, sino que el cuidado que se toman en educarlos procede enteramente de los dictados de la *razón*». Dan importancia a la «amistad» y a la «benevolencia», pero «no se dispensan sólo a individuos especiales, sino universalmente a toda la raza». También aprecian la charla, pero en sus conversaciones no hay diferencias de

opinión y «nada se trataba sino lo útil y en las más breves y expresivas palabras». Practican un estricto control de la natalidad —cada pareja tiene dos vástagos y después practica la abstinencia sexual—, sus matrimonios los concertan los ancianos, sobre la base de principios eugenésicos, y su lengua no incluye la palabra para «amor» en el sentido sexual. Cuando alguien muere continúan exactamente como antes, sin experimentar ningún pesar. Se advertirá que su objetivo es llegar a ser tan parecidos como se pueda a un cadáver, manteniendo la vida física. Una o dos de sus características, es cierto, no parecen estrictamente «razonables» según la acepción que tiene el término en su idioma. Así, confieren un gran valor no solamente a la resistencia física, sino también al atletismo, y son devotos de la poesía. Pero estas excepciones pueden ser menos arbitrarias de lo que parecen. Swift probablemente recalca la fuerza física de los houyhnhnms para dejar claro que nunca podrían ser conquistados por la odiada raza humana, mientras que un gusto por la poesía puede figurar entre sus cualidades porque esta le parecía a Swift la antítesis de la ciencia, desde su punto de vista la más absurda de todas las actividades. En la tercera parte ni siquiera menciona «la imaginación, la fantasía y la invención» como cualidades deseables de las que los matemáticos laputanos (a pesar de su amor por la música) carecían completamente. Se debe recordar que, aunque Swift era un poeta cómico admirable, el tipo de poesía que probablemente consideraba valiosa era la didáctica. Dice a propósito de su poesía:

> En poesía hay que reconocer que superan a todos los demás mortales, en ella la precisión de sus símiles y la minuciosidad y exactitud de sus descripciones son sin duda inimitables. De unos y otras hay abundancia en sus versos, cuyo contenido es, por lo general, o algún sublime pensamiento sobre la amistad y el altruismo, o el elogio de aquellos que triunfaron en las carreras y otros ejercicios físicos.

Desafortunadamente, ni siquiera el genio de Swift fue capaz de escribir un poema mediante el cual podamos juzgar la lírica de los houyhnhnms. Pero suena como cosa fría (en heroicos pareados, presumiblemente), y que no estuviera seriamente en conflicto con los principios de la «razón».

La felicidad es bastante difícil de describir, y los cuadros de una sociedad justa y bien ordenada pocas veces son atractivos o convincentes. La mayoría de los creadores de utopías «positivas», sin embargo, se ocupan de mostrar lo que la vida sería si se la viviera más plenamente. Swift aboga por un simple rechazo de la vida, algo que justifica aduciendo que la «razón» consiste en atrofiar los instintos. Los houyhnhnms, criaturas sin historia, continúan generación tras generación viviendo prudentemente, manteniendo su población exactamente en el mismo nivel, evitando toda pasión, no sufriendo ninguna enfermedad, encontrándose con la muerte con indiferencia, educando a sus jóvenes en los mismos principios, etcétera. Y todo ello, ¿para qué? Para que el mismo proceso pueda seguir indefinidamente. La idea de que vale la pena vivir la vida aquí y ahora, o de que podría hacerse que valiera la pena vivirla, o de que debe ser sacrificada por un bien futuro, está del todo ausente. El triste mundo de los houyhnhnms fue la mejor utopía que Swift pudo construir, puesto que ni creía en

la existencia de «otro mundo» ni podía extraer ningún placer de ciertas actividades normales. Sin embargo, no se nos presenta como algo deseable en sí, sino como la justificación de otro ataque a la humanidad. El objetivo, como es usual, es humillar al hombre recordándole que es débil y ridículo, y sobre todo que apesta; y el motivo último, probablemente, es cierto tipo de envidia, la envidia del fantasma por los vivos, del hombre que sabe que no puede ser feliz por los otros que —teme— pueden ser un poco más felices que él. La expresión política de tal punto de vista debe ser o reaccionaria o nihilista, porque la persona que lo sostiene querrá impedir que la sociedad evolucione en una dirección que desmienta su pesimismo. Uno puede conseguirlo, o bien volándolo todo por los aires, o bien impidiendo el cambio social. Swift finalmente lo vuela todo por los aires de la única manera posible antes de la bomba atómica —es decir, enloqueció—, pero, como he tratado de mostrar, sus metas políticas eran en general reaccionarias.

A juzgar por lo que he escrito, puede parecer que estoy contra Swift y que mi propósito es refutarlo e incluso empequeñecerlo. En un sentido político y moral, tal como yo entiendo a Swift, estoy en su contra. Sin embargo, curiosamente, es uno de los escritores que admiro con menos reservas, y *Los viajes de Gulliver* en particular es un libro del que al parecer nunca me canso. Lo leí por primera vez a los ocho años —un día antes de cumplir ocho, para ser exactos, puesto que robé y leí furtivamente el ejemplar que me iban a regalar al día siguiente— y, ciertamente, lo he leído no menos de una docena de veces desde entonces. Su fascinación parece inagotable. Si tuviera que confeccionar una lista de seis libros destinados a ser preservados mientras todos los demás son destruidos, ciertamente incluiría *Los viajes de Gulliver* entre ellos. Esto suscita la siguiente pregunta: ¿cuál es la relación entre el acuerdo con las opiniones de un autor y el disfrute de su obra?

Si uno es capaz de desapego intelectual, puede percibir mérito en un escritor con quien esté en profundo desacuerdo, pero el disfrute es otra cuestión. Suponiendo que existen el buen y el mal arte, entonces la bondad o la maldad deben residir en la obra de arte en sí; no independientemente del observador, bien es verdad, pero sí independientemente de su estado de ánimo. En cierto sentido, por tanto, no puede ser cierto que un poema es bueno el lunes y malo el martes. Pero si se juzga el poema según las opiniones que suscita, entonces ciertamente puede ser cierto, porque la opinión, o el disfrute, son condiciones subjetivas, que no pueden ser impuestas. Durante buena parte de su vida, incluso la persona más culta carece de todo sentimiento estético, y la capacidad de tenerlo es fácilmente destruida. Cuando estás asustado, hambriento, o sufres de dolor de muelas o mareo, *El rey Lear* no es mejor desde tu punto de vista que *Peter Pan*. Puedes saber que es mejor en un sentido intelectual, pero eso es sólo un hecho que recuerdas, no sentirás el mérito de *El rey Lear* hasta que estés de nuevo en un estado normal. Y el juicio estético puede ser afectado tan desastrosamente —más desastrosamente, porque la causa es menos fácilmente reconocible— por el desacuerdo político o moral. Si un libro te provoca

enojo, te alarma o te hiere, no lo disfrutarás, tenga el mérito que tenga. Si te parece un libro realmente pernicioso, capaz de influenciar a otras personas de algún modo indeseable, entonces probablemente construirás una teoría estética para mostrar que no posee mérito alguno. La crítica literaria de nuestros días consiste en buena medida en este tipo de vaivén entre dos conjuntos de parámetros. Y, sin embargo, puede darse el proceso opuesto, el disfrute puede avasallar a la desaprobación, incluso a pesar de que uno reconozca que está disfrutando de algo adverso. Swift, cuya cosmovisión es tan peculiarmente inaceptable, pero que no obstante es un escritor extremadamente popular, es un buen ejemplo de esto. ¿Por qué no nos importa que nos llamen yahoos aunque estemos firmemente convencidos de que no lo somos?

No es suficiente con dar la respuesta usual de que por supuesto que Swift se equivocaba —de hecho estaba loco— pero era un «buen escritor». Es verdad que la calidad literaria de un libro es hasta cierto punto separable de su contenido. Algunas personas tienen un don natural para usar palabras, al igual que otras personas tienen de nacimiento «buen ojo» para los juegos. En gran medida es una cuestión de ritmo y de saber instintivamente cuánto énfasis usar. Como un ejemplo a mano, vuelvan al pasaje que cité antes, el que comienza con las palabras «Le conté que en el reino de Tribnia, que los nativos llaman Langden…». Mucha de su fuerza deriva de la oración final: «Y este es el método anagramático». En sentido estricto, esta oración es innecesaria, puesto que ya vimos el anagrama descifrado, pero la repetición burlonamente solemne, en la que uno tiene la impresión de estar oyendo la voz misma de Swift recitando las palabras, pone de relieve la estupidez de las actividades descritas, como el golpe final al clavo. Aun así, ni toda la fuerza y sencillez de la prosa de Swift, ni el esfuerzo imaginativo que fue capaz de crear no uno, sino toda una serie de mundos imposibles más creíbles que la mayoría de los libros de historia, serían capaces de hacernos disfrutar de Swift si su cosmovisión fuera verdaderamente hiriente o escandalosa. Millones de personas, en muchos países, deben de haber disfrutado de *Los viajes de Gulliver* al tiempo que más o menos eran conscientes de sus implicaciones antihumanas, e incluso el niño que acepta las partes primera y segunda como un simple cuento, capta lo absurdo de imaginar seres humanos de quince centímetros. La explicación quizá sea que la cosmovisión de Swift no se siente totalmente falsa; o probablemente sería más exacto decir: no se siente falsa todo el tiempo. Swift es un escritor enfermo. Permanece en un estado de ánimo deprimido que en la mayoría de la gente es sólo intermitente, como si alguien enfermo de ictericia o convaleciente de los efectos de la gripe hubiera tenido la energía suficiente para escribir libros. No obstante, todos conocemos ese estado de ánimo, y algo en nosotros responde a su expresión. Tomen, por ejemplo, uno de sus textos más característicos, «The Lady’s Dressing Room», al que se podría añadir el muy cercano poema «Upon a Beautiful Young Nymph Going to Bed». ¿Cuál de los dos es más cierto, el punto de vista expresado en estos poemas o el punto de vista implícito en la frase de Blake «La desnuda divina forma humana femenina»? Sin

duda Blake está más cerca de la verdad, y sin embargo, ¿quién no siente cierto placer al ver ese fraude, la delicadeza femenina, expuesto por una vez? Swift falsifica su visión del mundo entero negándose a ver otra cosa que mugre, locura y maldad, pero la parte que abstrae del total sí que existe, y es algo que todos conocemos aunque evitamos mencionarlo. Parte de nuestra mente —en toda persona normal, es la parte dominante— cree que el hombre es un animal noble y que la vida vale la pena ser vivida; pero hay también una especie de ser interior que, al menos intermitentemente, queda aterrado por el horror de la existencia. Del modo más extraño, el placer y el asco están ligados. El cuerpo humano es hermoso, pero también repulsivo y ridículo, un hecho que puede ser verificado en cualquier alberca. Los órganos sexuales son objeto de deseo y también de repulsión, hasta el punto de que en muchas lenguas, si no en todas, sus nombres son usados como insultos. La carne es deliciosa, pero la carnicería da náuseas, y de hecho toda nuestra comida procede en última instancia de excrementos y cadáveres, las dos cosas que, entre todas, nos parecen más horribles. Un niño, cuando ha superado la edad infantil pero todavía ve el mundo con ojos frescos, se horroriza casi con tanta frecuencia como se maravilla (siente horror de los mocos y de la saliva, del excremento de perro en el pavimento, del sapo agonizante lleno de gusanos, del olor a sudor de los adultos, de la fealdad de los viejos, con sus cabezas calvas y sus narices bulbosas). Al insistir en la enfermedad, en la mugre y en la deformidad, Swift en realidad no inventa nada; simplemente omite algo. También el comportamiento humano, sobre todo en política, es como lo describe, aunque incluye otros factores más importantes que él se niega a admitir. Hasta donde podemos ver, tanto el horror como el dolor son necesarios para el mantenimiento de la vida en este planeta, y por tanto es posible para los pesimistas como Swift decir: «Si el horror y el dolor deben acompañarnos siempre, ¿cómo puede ser significativamente mejorada la vida?». Su actitud es en efecto la cristiana, pero sin el soborno de un «otro mundo», el cual, sin embargo, probablemente arraigue menos en las mentes de los creyentes que la convicción de que este mundo es un valle de lágrimas y la tumba, un lugar de descanso. Es, estoy seguro, una actitud incorrecta, y una que podría tener efectos nocivos sobre el comportamiento; pero algo en nosotros responde a ella, como lo hace a las lúgubres palabras del funeral y del olor dulzón de los cadáveres en una iglesia rural.

Se suele argumentar, o al menos suele hacerlo gente que admite la importancia del contenido, que un libro no puede ser «bueno» si expresa una visión de la vida a todas luces falsa. Se nos dice que en nuestra época, por ejemplo, cualquier libro que tenga un mérito literario genuino será también más o menos «progresista» en cuanto a su tendencia. Esto ignora el hecho de que a lo largo de la historia ha tenido lugar una lucha similar entre el progreso y la reacción, y que los mejores libros de cualquier época en particular han sido escritos siempre desde distintos puntos de vista, algunos de ellos manifiestamente más falsos que otros. En la medida en que un escritor no deja de ser un propagandista, lo más que se le puede pedir es que crea genuinamente

en lo que dice y que ello no sea una soberana estupidez. Hoy en día, por ejemplo, uno puede imaginar un buen libro escrito por un católico, por un comunista, por un fascista, por un pacifista, por un anarquista, tal vez incluso por un liberal de la vieja escuela o por un conservador corriente, pero no se puede imaginar un buen libro escrito por un espiritualista, por un buchmanita o por un miembro del Ku Klux Klan. Los puntos de vista que un escritor sostiene deben ser compatibles con la cordura, en el sentido médico, y con el poder del pensamiento continuo; más allá de esto, lo que esperamos de él es talento, que probablemente no sea sino otra manera de nombrar a la convicción. Swift no poseía una sabiduría corriente, pero sí una visión terriblemente intensa, capaz de extraer una sola verdad oculta y, después, magnificarla y distorsionarla. La perdurabilidad de *Los viajes de Gulliver* demuestra que, si la fuerza de la creencia la respalda, una cosmovisión que supere apenas la prueba de cordura es suficiente para escribir una gran obra de arte.

CÓMO MUEREN LOS POBRES

Now, n.º 6 [noviembre de 1946]

En 1929 pasé varias semanas en el hospital X, en el *arrondissement* 15.º de París. Los empleados me sometieron al tercer grado habitual en el mostrador de recepción y, de hecho, me retuvieron unos veinte minutos para responder una retahíla de preguntas antes de dejarme entrar. Si alguna vez han tenido que rellenar formularios en un país latino, sabrán el tipo de preguntas a las que me refiero. Desde hacía algunos días era incapaz de pasar de grados Réaumur a Fahrenheit, pero sé que mi temperatura rondaba los 39,5, y cuando terminó la entrevista tenía dificultades para tenerme en pie. Detrás de mí, un corrillo de pacientes resignados, cargados con fardos hechos de coloridos pañuelos, esperaban su turno para ser interrogados.

Después del interrogatorio llegó el baño (al parecer, una rutina obligatoria para todos los recién llegados, igual que en una prisión o un asilo de pobres). Se quedaron con mi ropa y, tras pasar algunos minutos sentado y temblando en medio palmo de agua templada, me dieron un camisón de algodón y una bata corta de franela azul —nada de zapatillas, no tenían ningunas lo bastante grandes para mí— y me llevaron afuera, a la intemperie. Era una noche de febrero y yo padecía neumonía. El pabellón al que íbamos estaba a casi doscientos metros, y parecía que para llegar hasta allí había que cruzar los terrenos del hospital. Alguien tropezó delante de mí con un farol. El sendero de grava bajo mis pies estaba cubierto de escarcha, y el viento azotaba el camisón como un látigo contra mis pantorrillas desnudas. Cuando entramos en el pabellón, me asaltó un extraño sentimiento de familiaridad cuyo origen no logré ubicar hasta más tarde aquella noche. Era una sala alargada, bastante baja y mal iluminada, llena de voces susurrantes y con tres hileras de camas sorprendentemente juntas. Había un olor nauseabundo, fecal y, sin embargo, algo dulzón. Mientras me acostaba, vi en la cama situada casi enfrente de la mía a un hombre menudo, canoso y cargado de espaldas, sentado medio desnudo mientras un doctor y un estudiante le practicaban una extraña intervención. Primero, el doctor sacó de su maletín negro una docena de vasitos, como de vino; luego el estudiante empezó a encender una cerilla dentro de cada vaso para que se agotara el aire y, a continuación, lo colocaba rápidamente en la espalda o el pecho del hombre, donde el vacío levantaba una enorme ampolla amarilla. Sólo después de unos momentos comprendí lo que le estaban haciendo: era algo que se conoce como «las tazas chinas», un tratamiento que se puede encontrar en los viejos manuales médicos, pero que hasta ese momento yo tenía la vaga idea de que era uno de esos tratamientos que les hacen a los caballos.

El aire frío de fuera seguramente había hecho que me bajase la temperatura, y

contemplé este remedio bárbaro con desapego e incluso con cierta dosis de diversión. Al momento siguiente, sin embargo, el doctor y el estudiante cruzaron el pasillo hasta mi cama, me incorporaron y, sin mediar palabra, empezaron a aplicarme el mismo conjunto de vasos, que no habían sido esterilizados en modo alguno. Las pocas y débiles protestas que emití no obtuvieron más respuesta que si yo hubiese sido un animal. Estaba muy impresionado por el modo impersonal en que los dos hombres me habían abordado. Nunca antes había estado en el pabellón público de un hospital, y era mi primera experiencia con doctores que te manipulan sin hablarte o sin reparar en absoluto en ti, en un sentido humano. A mí sólo me pusieron seis vasos, pero después de hacerlo me escarificaron las ampollas y aplicaron los vasos de nuevo. Esta vez, cada vaso extrajo una cucharilla de sangre oscura. Mientras me acostaba de nuevo, humillado, disgustado y asustado por lo que me habían hecho, pensé que al menos ahora me dejarían en paz. Pero no, para nada. Había otro tratamiento a la vista, la cataplasma de mostaza; al parecer otro asunto rutinario, como el baño caliente. Dos enfermeras desaseadas tenían ya lista la cataplasma, y me la ataron en torno al pecho tan ajustada como una camisa de fuerza. Mientras, unos hombres que deambulaban por el pabellón con camisa y pantalones empezaron a reunirse alrededor de mi cama con sonrisas medio comprensivas. Supe más tarde que ver cómo le ponían una cataplasma de mostaza a un paciente era uno de los pasatiempos favoritos del pabellón. Estas cosas suelen ser aplicadas durante un cuarto de hora, y ciertamente tienen su gracia si no eres tú el que las lleva puestas. Durante los primeros cinco minutos el dolor es muy intenso, pero crees que podrás soportarlo. En los siguientes cinco, esta certeza se evapora, pero la cataplasma está abrochada por la espalda y no te la puedes quitar. Esta es la etapa de la que más disfrutan los espectadores. Durante los últimos cinco minutos, me di cuenta de que sobrevenía una especie de adormecimiento. Después de retirarme la cataplasma, me colocaron una almohada impermeable llena de hielo debajo de la cabeza y me dejaron en paz. No dormí, y, que yo recuerde, aquella ha sido la única noche de mi vida —me refiero a la única noche pasada en una cama— en la que no he dormido en absoluto, ni siquiera un minuto.

Durante la primera hora en el hospital X había pasado por toda una sucesión de tratamientos diversos y contradictorios, pero resultó ser algo engañoso, ya que en general uno recibía muy poco tratamiento, tanto bueno como malo, a no ser que estuviese enfermo de un modo interesante e instructivo. A las cinco de la mañana llegaban las enfermeras, despertaban a los pacientes y les tomaban la temperatura, pero no los lavaban. Si estabas lo bastante bien, te aseabas tú mismo, y si no, dependías de la amabilidad de algún paciente que pudiese caminar. También solían ser pacientes los que recogían las sondas y las desagradables bacinillas, que llamaban *la casserole*. A las ocho llegaba el desayuno, conocido, al estilo militar, como *la soupe*. Era sopa, una sopa de verduras, aguada y con pedazos de pan viscoso flotando en ella. Más tarde, el doctor, alto, solemne, con barba negra, hacía la ronda, seguido

de un interno y una cuadrilla de estudiantes pisándole los talones, pero éramos unos sesenta en el pabellón, y era evidente que tenía otros pabellones que atender. Había muchas camas de las que pasaba de largo día tras día, a veces seguido de lamentos suplicantes. Por el contrario, si uno tenía alguna enfermedad con la que los estudiantes quisieran familiarizarse, recibía una atención enorme, o algo parecido. Yo mismo, con un ejemplar excepcionalmente magnífico de estertor bronquial, tenía a veces hasta una docena de estudiantes haciendo cola para auscultarme el pecho. Era una sensación muy extraña; y digo «extraña» por el profundo interés en aprender su oficio, junto con una aparente falta de comprensión de que los pacientes éramos seres humanos. Por raro que parezca, en ocasiones, cuando a un joven estudiante le llegaba el turno de manipularte y daba un paso al frente, temblaba de emoción, como un muchacho que hubiese logrado al fin tocar con las manos alguna pieza cara de maquinaria. Y luego una oreja tras otra —orejas de hombres jóvenes, de chicas, de negros—, presionadas contra tu espalda; turnos de dedos, solemnes pero torpes, percutiendo, y ni uno solo de ellos me dedicó nunca una palabra o me miró directamente a la cara. Como paciente que no pagaba, con el camisón de uniforme, era ante todo un espécimen, algo que no me molestaba, pero a lo que nunca pude acostumbrarme del todo.

Después de varios días me recuperé lo suficiente como para incorporarme y estudiar a los pacientes que me rodeaban. En la sala, con el aire cargado y las estrechas camas tan juntas que podías tocar fácilmente la mano del vecino, había todos los tipos de enfermedad, excepto, supongo, casos gravemente infecciosos. Mi vecino de la derecha era un zapatero menudo y pelirrojo con una pierna más corta que la otra, y solía anunciar la muerte de cualquier otro paciente (lo que ocurrió en varias ocasiones, y mi vecino fue siempre el primero en enterarse) lanzándome un silbido, exclamando «¡número 43!» (o el que fuese) y dejando caer los brazos por encima de su cabeza. Este hombre no estaba muy mal, pero en la mayor parte de las camas que alcanzaba a ver se estaba escenificando alguna tragedia miserable o algo directamente horrible. En la que estaba situada a los pies de la mía yacía, hasta que falleció (no lo vi morir, lo trasladaron a otra cama), un hombrecillo macilento que padecía no se qué enfermedad, una que hacía que todo su cuerpo fuese tan tremendamente sensible que cualquier movimiento de lado a lado, algunas veces incluso el peso de las sábanas, le hacía gritar de dolor. Su peor sufrimiento era al orinar, algo que hacía con las mayores dificultades. Una enfermera le traía la sonda y luego se quedaba mucho rato de pie al lado de la cama, silbando —como hacen los mozos de cuadra con los caballos, según dicen—, hasta que, por fin, con un chillido agónico de «Je pisse!», el hombre conseguía arrancar. En la cama de al lado, el hombre canoso al que había visto cómo le aplicaban las tazas chinas se pasaba el día expulsando mocos sanguinolentos al toser. El vecino de mi izquierda era un hombre joven y alto, de aspecto flácido, al que insertaban periódicamente un tubo por la espalda por el que extraían cantidades sorprendentes de un líquido espumoso proveniente de alguna

parte de su cuerpo. En la cama de más allá, un veterano de la guerra de 1870 se estaba muriendo, un anciano elegante con una blanca barba imperial, alrededor de cuya cama, a todas las horas en que se permitían las visitas, se sentaban cuatro familiares avejentadas, todas vestidas de negro, exactamente como cuervos, conspirando a todas luces por alguna herencia irrisoria. En la cama opuesta a la mía en la hilera más apartada, había un anciano calvo con los bigotes colgando hacia abajo y la cara y el cuerpo muy hinchados. Padecía una enfermedad que le hacía orinar casi sin parar. Había siempre un gran receptáculo de cristal junto a la cama. Un día, su esposa y su hija fueron a visitarlo. Al verlas, la cara abotagada del hombre se iluminó con una sonrisa de sorprendente dulzura, y mientras su hija, una chica hermosa de unos veinte años, se acercaba a la cama, vi cómo él iba sacando lentamente la mano de debajo de las sábanas. Me pareció ver por anticipado el gesto que estaba por venir: la chica arrodillándose junto a la cama, la mano del anciano reposando sobre su cabeza en gesto de bendición antes de morir. Pero no, se limitó a tenderle la sonda, que ella cogió rápidamente y vació en el receptáculo.

A unas doce camas de la mía estaba el número 57 —creo que ese era su número —, un caso de cirrosis hepática. Todo el mundo en el pabellón lo conocía de vista, porque a veces era el protagonista de una lección médica. Dos tardes a la semana, el alto y serio doctor daba clase en el pabellón a un grupo de estudiantes, y en más de una ocasión el viejo número 57 era conducido en una especie de camilla con ruedas hasta el centro del pabellón, donde el doctor le arremangaba el camisón, dilataba con los dedos una enorme protuberancia fofa que el hombre tenía en la barriga —el hígado enfermo, supongo—, y explicaba con solemnidad que se trataba de una enfermedad atribuible al alcoholismo, más habitual en los países consumidores de vino. Como de costumbre, no hablaba con el paciente ni le dedicaba una sonrisa, ni un gesto con la cabeza, ni ningún tipo de saludo. Mientras hablaba, muy serio y erguido, mantenía el cuerpo demacrado bajo ambas manos, y a veces lo hacía girar suavemente adelante y atrás, con la misma actitud que una mujer manejando un rodillo. Tampoco es que al número 57 le molestasen estas cosas. Obviamente, era un viejo paciente del hospital, una pieza de exhibición habitual en las lecciones cuyo hígado estaba asignado desde hacía mucho tiempo a algún frasco de un museo de patologías. Con un profundo interés en lo que se decía sobre él, se quedaba acostado con los ojos descoloridos mirando a la nada, mientras el doctor lo exhibía como a una antigüedad china. Era un hombre de unos sesenta años, asombrosamente encogido. Su rostro, pálido como el papel, se había encogido hasta parecer tan pequeño como el de un muñeco.

Una mañana, mi vecino el zapatero me despertó tirando de mi almohada antes de que llegaran las enfermeras. «¡Número 57!», y dejó caer los brazos por encima de la cabeza. Había luz en el pabellón, la suficiente para ver. Vi al viejo número 57 tendido de lado, hecho un ovillo, con la cara asomando por el borde de la cama, mirando hacia mí. Había muerto en algún momento de la noche, nadie sabía cuándo. Al llegar

las enfermeras, recibieron la noticia de la muerte con indiferencia y prosiguieron con sus quehaceres. Después de mucho rato, una hora o más, otras dos enfermeras entraron marchando hombro con hombro como soldados, con gran estrépito de zuecos, y envolvieron el cadáver con las sábanas, pero no se lo llevaron hasta más tarde. Mientras tanto, con más luz, yo había tenido tiempo de echarle un buen vistazo al número 57. De hecho, me tumbé de lado para mirarlo. Curiosamente, era el primer europeo muerto que veía. Había visto a difuntos antes, pero siempre asiáticos, y normalmente gente que había tenido una muerte violenta. Los ojos del número 57 seguían abiertos, y también su boca, su pequeña cara retorcida en una expresión de agonía. Lo que más me impresionó fue la palidez de su cara. Ya lo era antes, pero ahora era sólo un poco más oscuro que las sábanas. Mientras contemplaba la cara diminuta y retorcida, caí en la cuenta de que aquel desagradable desecho, esperando a que se lo llevaran en carrito y lo arrojaran sobre la plancha de la sala de disección, era un ejemplo de muerte «natural», una de las cosas por las que rogamos en la letanía. Ahí lo tienes, pues, eso es lo que te espera dentro de veinte, treinta o cuarenta años; así es como mueren los afortunados, los que llegan a viejos. Uno quiere vivir, por supuesto; de hecho, uno sólo sigue vivo en virtud del miedo a la muerte, pero sigo pensando, como lo hice entonces, que es mejor morir violentamente y no demasiado viejo. La gente habla de los horrores de la guerra, pero ¿qué arma ha inventado el hombre que se asemeje siquiera en crueldad a algunas de las enfermedades más comunes? La muerte «natural», casi por definición, es algo lento, pestilente y doloroso. E, incluso así, hay una gran diferencia si puedes pasar ese momento en tu propia casa y no en una institución pública. Este pobre diablo que se había apagado como cabo de vela ni siquiera era lo bastante importante como para que hubiese alguien velándolo en su lecho de muerte. No era más que un número, un «sujeto» para los escalpelos de los estudiantes. ¡Y la sórdida falta de intimidad de morir en semejante lugar! En el hospital X las camas estaban pegadas las unas a las otras y no había biombos. Imaginemos, por ejemplo, fallecer como ese hombrecillo que estaba en la cama ubicada a los pies de la mía, el que gritaba cada vez que le rozaban las sábanas. Me atrevería a decir que «Je pisse!» fueron sus últimas palabras. Tal vez los que mueren no se preocupan de estas cosas, esa sería al menos la respuesta usual; en cualquier caso, los moribundos a menudo están más o menos bien de la cabeza hasta un día o así antes del fin.

En los pabellones públicos de un hospital uno ve horrores que al parecer no afectan a la gente que logra morir en su propia casa, como si ciertas enfermedades sólo atacaran a las personas con los niveles de ingresos más bajos. Pero es un hecho que en ningún hospital inglés veríamos algunas de las cosas que presencié en el hospital X. Eso de que las personas muriesen como animales, por ejemplo, sin nadie a su lado, nadie que se interesara por ellas, que la defunción no fuera descubierta hasta la mañana siguiente, es algo que ocurrió más de una vez. Ciertamente, no veríamos eso en Inglaterra, y mucho menos un cadáver expuesto a las miradas del resto de los

pacientes. Recuerdo que una vez, en un hospital rural de Inglaterra, un hombre falleció mientras tomábamos el té, y aunque sólo éramos seis en el pabellón, las enfermeras llevaron las cosas con tanta destreza que el cadáver fue retirado sin que nosotros nos enterásemos hasta que hubo terminado el té. Algo que tal vez no valoramos lo suficiente en Inglaterra es la ventaja de contar con una gran cantidad de enfermeras bien instruidas y con una disciplina férrea. No cabe duda de que las enfermeras inglesas son bastante bobas, adivinan el futuro en las hojas de té, llevan insignias de la Union Jack y colocan fotografías de la reina en la repisa de la chimenea, pero al menos no te dejan sucio y estreñido en una cama sin hacer, por pura gandulería. Las enfermeras del hospital X aún tenían un aire a lo señora Gamp, [*] y años después, en los hospitales militares de la República española, vería enfermeras que a duras penas sabían tomar la temperatura. Y tampoco hallaríamos en Inglaterra la suciedad que había en el hospital X. Más adelante, cuando estuve lo bastante recuperado como para lavarme yo mismo en el baño, descubrí que guardaban allí un contenedor enorme en el que arrojaban los restos de comida y los vendajes sucios, y que los revestimientos de madera de las paredes estaban infestados de grillos.

Cuando recuperé mi ropa y la fuerza en las piernas, salí volando del hospital X, antes de que terminara el período de internamiento prescrito y sin esperar a que me diesen el alta médica. No fue el único hospital del que salí por piernas, pero su penumbra y su desnudez, su olor empalagoso y, por encima de todo, algo que había en su atmósfera mental destacan en mi memoria de un modo excepcional. Me habían llevado allí porque era el hospital que pertenecía a mi *arrondissement*, y no supe hasta después de estar en él que tenía mala reputación. Un año o dos más tarde, la célebre estafadora *madame* Hanaud, que cayó enferma mientras estaba en prisión preventiva, fue llevada al hospital X; transcurridos unos días, logró burlar a los vigilantes, tomó un taxi, volvió a la cárcel y explicó que estaba mucho más cómoda allí. No me cabe duda de que el hospital X era bastante atípico entre los hospitales franceses incluso entonces. Pero los pacientes, casi todos ellos obreros, estaban sorprendentemente resignados. Algunos parecían encontrar las condiciones incluso confortables, ya que al menos dos eran indigentes haciéndose pasar por enfermos que habían descubierto que aquella era una buena manera de sobrevivir al invierno, y las enfermeras hacían la vista gorda porque ayudaban realizando algún que otro trabajillo. Pero la actitud de la mayoría era: pues claro que este sitio es asqueroso, pero ¿qué esperas? No les parecía extraño que nos despertaran a las cinco y nos hicieran esperar tres horas para empezar el día con una sopa aguada, o que la gente muriera sin nadie a su lado, o siquiera que las probabilidades de recibir cuidados médicos dependiesen de llamar la atención del doctor cuando pasaba por allí. Según su tradición, así eran los hospitales. Si estás gravemente enfermo y eres demasiado pobre para ser tratado en casa, entonces tienes que ir a un hospital y, una vez allí, tienes que apechugar con la dureza y la incomodidad, al igual que harías en el

ejército. Con todo, lo que más me interesó fue la creencia persistente en viejas historias que casi han desaparecido de la memoria en Inglaterra; historias, por ejemplo, de doctores que te abrían de un tajo por pura curiosidad o que creían que era gracioso empezar a operarte antes de que estuvieses adecuadamente anestesiado. Circulaban historias macabras acerca de una pequeña sala de operaciones que, según se decía, estaba situada justo al otro lado del baño. Se afirmaba también que de esa sala surgían gritos aterradores. No vi nada que confirmara estas historias y sin duda eran disparates, aunque sí que vi cómo dos estudiantes mataban a un chico de dieciséis años, o casi (parecía estar muriéndose cuando dejé el hospital, pero puede que se recuperara más tarde), a causa de un experimento malicioso que seguramente no habrían probado en un paciente de pago. Aún quedan cerca los tiempos en que se creía que en algunos de los hospitales grandes de Londres se asesinaba a los pacientes para después poder diseccionarlos. No oí esta historia en el hospital X, pero diría que a algunos de los hombres que había allí les habría parecido creíble. Y es que era un hospital en el que, tal vez no los métodos, pero sí algo de la atmósfera del siglo XIX había logrado sobrevivir, y ahí residía su peculiar interés.

Durante los últimos cincuenta años, más o menos, se ha producido un cambio muy grande en la relación entre doctor y paciente. Si leemos cualquier obra literaria anterior al último tramo del siglo XIX, veremos que, popularmente, un hospital se consideraba algo muy parecido a una cárcel; una cárcel anticuada y con pinta de mazmorra, además. El hospital es un lugar de mugre, tortura y muerte, una especie de antesala de la tumba. A nadie que no fuera más o menos un indigente se le ocurriría ir a un lugar como este en busca de tratamiento. Y especialmente a principios del último siglo, cuando la ciencia médica se había vuelto más audaz que antes sin volverse por ello más exitosa, la gente corriente veía con terror y espanto todo lo que tuviese que ver con doctores. La cirugía, en particular, se creía que no era más que una forma especialmente horripilante de sadismo, y la disección, posible sólo con la ayuda de ladrones de cuerpos, se confundía incluso con la nigromancia. A partir del XIX, podemos recopilar una enorme cantidad de literatura aterradora vinculada con los doctores y los hospitales. Pensemos en el pobre Jorge III, ya senil, rogando a gritos misericordia mientras ve como se le acercan sus cirujanos para ¡«sangrarlo hasta que se desmaye»! Pensemos en las conversaciones de Bob Sawyer y Benjamin Allen, los personajes de Dickens, que sin duda tienen poco de parodia, o en los hospitales de campaña de *La debacle* y *Guerra y paz,* ¡o en la descripción espeluznante de una amputación en *Chaqueta blanca,* de Melville! Incluso los nombres otorgados a los doctores en la ficción inglesa decimonónica —Slasher [«acuchillador»], Carver [«trinchador»], Sawyer [«aserrador»], Fillgrave [«llenatumbas»] y demás—, o el apodo genérico de «sawbones» [«sierrahuesos»], resultan tan lúgubres como cómicos. Puede que la tradición antiquirúrgica tenga su mejor muestra en el poema de Tennyson titulado «The Children’s Hospital», que es en esencia un documento anterior al cloroformo, aunque al parecer fue escrito ya en 1880. Además, la postura

que recoge Tennyson en este poema tenía mucha justificación. Cuando pensamos en cómo debía de ser una operación sin anestésicos, cómo sabía todo el mundo que era, es difícil no sospechar de los motivos de las personas que llevaban a cabo este tipo de cosas. Porque esos horrores sangrientos que los estudiantes esperaban con tanto entusiasmo («¡Será un espectáculo magnífico si se encarga Slasher!») eran manifiestamente inútiles; el paciente que no moría a causa del *shock*, solía fallecer de gangrena, un desenlace que se daba por sentado. Incluso hoy en día podemos encontrar doctores con motivaciones cuestionables. Cualquiera que haya estado muy enfermo, o que haya oído hablar a estudiantes de medicina, sabrá a qué me refiero. Pero los anestésicos representaron un punto de inflexión, y los desinfectantes, otro. Ahora, seguramente, no presenciaríamos en ningún lugar del mundo el tipo de escena que describió Axel Munthe en *La historia de San Michele*, en la que un siniestro cirujano, con sombrero de copa y levita, la pechera almidonada salpicada de sangre y pus, trincha a un paciente tras otro con el mismo cuchillo y arroja los miembros amputados a un pila junto a la mesa. Por otro lado, el sistema nacional de sanidad pública ha acabado parcialmente con la idea de que un paciente de clase obrera es un pordiosero que merece poca consideración. Bien entrado este siglo, era habitual que a los pacientes «gratuitos» les extrajesen las muelas sin anestesia en los hospitales grandes. No pagaban, de modo que, ¿por qué tendrían que recibir anestesia?; esa era la actitud. También eso ha cambiado.

Y, sin embargo, toda institución cargará siempre con algún recuerdo persistente de su pasado. El fantasma de Kipling habitará siempre en los barracones, y es difícil entrar en un asilo de pobres sin pensar en *Oliver Twist*. Los hospitales comenzaron siendo una especie de pabellones para que los leprosos y enfermos similares fuesen a morir, y luego se convirtieron en lugares donde los estudiantes de medicina aprendían el oficio con los cuerpos de los pobres. Aún podemos captar un leve rastro de su historia en su arquitectura, característicamente lúgubre. Ni por asomo me quejaría del trato que he recibido en los hospitales ingleses, pero sé que existe un sólido instinto que advierte a la gente de que se mantenga alejada de ellos siempre que sea posible, y en particular de los pabellones públicos. Sea cual sea la situación jurídica, no cabe duda de que uno tiene mucho menos control sobre los tratamientos que recibe y está mucho menos seguro de que no lo utilicen para experimentos frívolos, cuando se trata de «acatar la disciplina o largarse». Y es algo magnífico morir en tu propia cama, aunque es aún mejor morir con las botas puestas. Por notables que sean la amabilidad y la eficiencia, en todos los hospitales la muerte es un pormenor cruel, miserable; algo tal vez demasiado insignificante para ser contado, pero que deja tras de sí recuerdos terriblemente dolorosos, surgidos de la premura, el hacinamiento y la impersonalidad de un lugar donde todos los días las personas mueren rodeadas de extraños.

El terror a los hospitales seguramente siga vivo entre los más pobres, y entre el resto de nosotros no ha desaparecido hasta hace muy poco. Es una parcela oscura aún

próxima a la superficie de nuestra mente. He contado antes que al entrar en el pabellón del hospital X tuve una extraña sensación de familiaridad. Lo que la escena me recordó, claro está, fueron los hospitales apestosos y llenos de dolor del siglo XIX, que nunca había visto pero conocía a través de la tradición. Y algo, quizá el doctor vestido de negro y su sucio maletín, o tal vez solamente el olor empalagoso, me jugó la extraña jugarreta de recordarme el poema de Tennyson, «The Children's Hospital», en el que no había pensado en veinte años. Resultaba que de pequeño me lo había leído en voz alta una enfermera cuya andadura profesional acaso se remontase a los tiempos en que Tennyson escribió el poema. Los horrores y sufrimientos de los hospitales de antes eran para ella un recuerdo vívido. Nos habíamos estremecido juntos con el poema, y luego, aparentemente, yo lo había olvidado. Puede que ni siquiera el título me hubiese recordado nada. Pero en cuanto vislumbré aquella sala penumbrosa y llena de susurros, con las camas tan juntas, la corriente de pensamiento a la que pertenecía se despertó de pronto, y aquella noche me descubrí recordando toda la historia y la atmósfera del poema, con muchos de sus versos completos.

BAJANDO DE BANGOR

Tribune, 22 de noviembre de 1946

La reaparición de *Helen's Babies*, en su día uno de los libros más populares del mundo —sólo dentro del Imperio británico fue pirateado por veinte editoriales distintas, y el autor recibió unos beneficios totales de cuarenta libras por la venta de varios cientos de miles o millones de ejemplares—, le traerá recuerdos a cualquier persona de más de treinta y cinco años que sepa leer. Tampoco es que la nueva edición sea del todo satisfactoria. Es un librito barato con bastantes ilustraciones que no encajan en absoluto, parece que se han eliminado diversas palabras dialectales, y la secuela, *Other People's Children*, a menudo incluida en las ediciones anteriores, no está. Aun así, es agradable ver *Helen's Babies* de nuevo en catálogo. En los últimos años se había convertido casi en una rareza, y es uno de los mejores libros de la pequeña biblioteca de obras estadounidenses con la que creció la gente nacida hacia finales de siglo.

Los libros que uno leyó en la infancia, y tal vez todos los libros malos y los buenos libros malos, crean en nuestra mente una especie de mapamundi falso, una serie de países fabulosos a los que uno puede retirarse de vez en cuando a lo largo del resto de su vida, y que en algunos casos sobreviven incluso a una visita al país real al que se supone que representan. La Pampa; el Amazonas; las islas coralinas del Pacífico; Rusia, tierra de abedules y samovares; Transilvania, con sus boyardos y vampiros; la China de Guy Boothby; el París de Du Marier…; podríamos seguir mucho rato engrosando la lista. Pero otro país imaginario que incorporé de pequeño se llamaba América. Si me detengo en la palabra «América» y, dejando deliberadamente a un lado la realidad existente, evoco mi visión infantil de ella, veo dos imágenes; fotomontajes, claro está, de los que estoy omitiendo buena parte de los detalles.

Una es la de un chico sentado en un aula con las paredes de piedra encalada. Lleva tirantes y parches en la camisa, y si es verano va descalzo. En un rincón del aula hay un cubo de agua potable con un cacito dentro. El chico vive en una granja, también de piedra y también encalada, que está hipotecada. Aspira a llegar a presidente, y es el encargado de mantener bien surtida la pila de leña. En algún lugar al fondo de la imagen, pero dominándola por completo, hay una enorme Biblia negra. La otra imagen es la de un hombre alto y anguloso con un sombrero informe encasquetado hasta los ojos. Está apoyado en una verja de madera, tallando un palo. La mandíbula inferior se mueve lenta pero incesantemente. Cada cierto tiempo, de su boca sale alguna perla de sabiduría, como: «La mujer es la criatura más intratable que

hay aparte de la mula», o «Cuando no sabes qué hacer, no hagas nada»; pero, más a menudo, lo que sale de ella es simplemente un salivazo de tabaco de mascar que brota del espacio vacío que hay en la dentadura delantera. Estas dos imágenes unidas resumían mi primera impresión de América. Y de las dos, la primera —que representaba, supongo, Nueva Inglaterra, mientras que la otra representaba el Sur— fue la que arraigó más en mí.

Los libros de los que provenían estas imágenes incluían, por supuesto, obras que sigue siendo posible tomarse en serio, como *Tom Sawyer* o *La cabaña del tío Tom*, pero el sabor más intensamente americano se encontraba en libros de segunda fila que hoy en día casi han caído en el olvido. Me pregunto, por ejemplo, si alguien sigue leyendo *Rebeca de la granja Sol*, que siguió siendo un favorito del público el tiempo suficiente como para ser llevado al cine con Mary Pickford en el papel protagonista. ¿Y qué decir de los libros «de Katy» de Susan Coolidge (*Katy va a la escuela*, etcétera), que si bien eran obras de chicas y, por tanto, «ñoños», tenían la fascinación del exotismo? *Mujercitas* y *Aquellas mujercitas*, de Louisa May Alcott, siguen, supongo, en catálogo de forma intermitente, y sin duda aún tienen sus devotos. De niño me encantaron las dos, aunque no me gustó tanto la tercera parte de la trilogía, *Hombrecitos*. Aquella escuela modélica en la que el peor castigo que había era pegarle con la palmeta al maestro, de acuerdo con el principio de «esto me duele más a mí que a ti», era difícil de tragar.

Helen's Babies formaba parte en gran medida del mismo mundo que *Mujercitas*, y debió de publicarse por las mismas fechas. Y luego estaban Artemus Ward, Bret Harte y diversos himnos y baladas, así como poemas, que trataban la guerra de Secesión, como «Barbara Frietchie» («Dispare, si es su deber, a esta vieja cabeza canosa, / pero perdone a la bandera de su país») y «Little Gifford of Tennessee». Había otros libros tan poco conocidos que apenas merece la pena mencionarlos, y relatos publicados en revistas de los que no recuerdo nada salvo que daba la sensación de que todas las granjas estaban hipotecadas. También recuerdo *Beautiful Joe*, la réplica estadounidense a *Belleza negra*, de la que quizá se pueda encontrar un ejemplar en la caja de saldos de alguna librería. Todos los libros que he mencionado fueron escritos antes de 1900, pero algo del peculiar sabor americano pervivió hasta este siglo, por ejemplo en las historietas a color de *Buster Brown*, y hasta en las historias sobre Penrod de Booth Tarkington, que debieron de ser escritas alrededor de 1910. Puede que hubiera incluso un toque de ese sabor en los libros de animales de Ernest Thompson Seton (*Animales salvajes en libertad*, etcétera), que ahora han perdido el favor del público, pero que antes de 1914 arrancaron lágrimas en los niños como lo había hecho *Incomprendido* en la generación anterior.

Algo más tarde, mi imagen de la América del XIX adquirió mayor precisión a través de una canción que sigue siendo bastante conocida y que puede encontrarse (creo) en el *Cancionero del alumno escocés*. Como de costumbre, en esta época sin libros no consigo hacerme con un ejemplar, y tengo que citar los fragmentos de

memoria. Comienza así:

Bajando de Bangor,
en un tren del Este,
bronceado tras semanas de cacería
en los bosques de Maine,
los bigotes bastante largos,
y barba y mostacho también,
iba sentado un estudiante
alto y delgado y fetén.[*]

En ese momento, una pareja de avanzada edad y una «doncella aldeana», descrita como «hermosa, menuda», suben al vagón. Hay carbonilla flotando en el aire, y al estudiante le entra un poco en el ojo; la doncella aldeana se la quita, para escándalo de la pareja. Al cabo de un momento, el tren entra en un largo túnel, «negro como la noche de Egipto». Cuando sale de nuevo a la luz del día, la doncella está toda ruborizada, y el motivo de su turbación se revela cuando…

Entonces de pronto apareció
un pequeño pendiente
¡en aquella horrible barba del estudiante![*]

Desconozco de qué año es la canción, pero lo rudimentario del tren (sin luces en el vagón, en el que era un accidente habitual que a alguien le entrara carbonilla en el ojo) sugiere que se remonta bastante atrás en el siglo XIX.

Lo que conecta a esta canción con libros como *Helen's Babies* es, en primer lugar, una especie de dulce inocencia —el clímax, eso que se supone que debe chocarnos ligeramente, es un episodio con el que podría empezar cualquier obra contemporánea picantona—, y, en segundo lugar, un leve coloquialismo lingüístico mezclado con una cierta pretenciosidad cultural. *Helen's Babies* pretende ser un libro humorístico, casi paródico, pero está plagado de expresiones como «de buen gusto» o «propio de una dama», y es divertido principalmente porque sus diminutos desastres se producen con el telón de fondo de un refinamiento consciente. «Hermosa, inteligente, serena, elegantemente vestida, sin el más leve rastro de la coquetería o la languidez de la mujer sofisticada, despertó hasta el extremo todo sentimiento de admiración en mí»; así se presenta a la heroína, que aparece siempre «erguida, saludable, pulcra, serena, con los ojos brillantes, bella, sonriente y cumplidora». Nos deja atisbos hermosos de un mundo ya desaparecido en comentarios como: «Creo que fue usted quien dispuso los arreglos florales en la feria de San Sofonías el invierno pasado, ¿no es así, señor Burton? Fue la decoración más exquisita de la temporada». Pero, a pesar del uso ocasional de formas coloquiales y de arcaísmos (como «alcoba» por «dormitorio»), el

libro no envejece de un modo demasiado acentuado, y muchos de sus admiradores imaginan que fue escrito hacia 1900. En realidad se publicó en 1875, un hecho que podemos deducir de evidencias implícitas, ya que el héroe, que tiene veintiocho años, es un veterano de la guerra de Secesión.

El libro es muy corto y la historia, sencilla. Un joven soltero es persuadido por su hermana para que cuide de su casa y de sus dos hijos, de tres y cinco años, mientras ella y su marido se van quince días de vacaciones. Los niños están a punto de volverlo loco con una sucesión interminable de tropelías tales como caerse en charcas, tragarse veneno, tirar llaves a un pozo, cortarse con cuchillas y cosas por el estilo, pero también propician su compromiso con «una chica encantadora, la cual, desde hace un año, he venido adorando desde la distancia». Todo esto ocurre en una zona residencial a las afueras de Nueva York, en una sociedad que ahora parece asombrosamente sosegada, formal, domesticada y, de acuerdo con las concepciones actuales, poco estadounidense. Cualquier acción está gobernada por la etiqueta: cruzar un vagón lleno de señoras cuando se te ha arrugado el sombrero es una experiencia terrible, saludar a un conocido dentro de la iglesia es grosero, prometerse tras un cortejo de diez días es un grave desliz social. Estamos acostumbrados a tener una idea de la sociedad norteamericana más tosca, intrépida y, en un sentido cultural, más democrática que la nuestra, y de la mano de Mark Twain, Whitman y Bret Harte —por no mencionar los relatos de vaqueros y pieles rojas de los semanarios— uno extrae la imagen de un mundo salvaje y anárquico poblado por excéntricos y forajidos que carecen de tradiciones y de vínculos con lugar alguno. Esa faceta de la América del siglo XIX sin duda existía, pero en los estados más poblados del Este parecía haber sobrevivido una sociedad similar a la de Jane Austen, más de lo que había perdurado en Inglaterra. Y cuesta no tener la sensación de que era una sociedad mejor que la surgida de la repentina industrialización de finales de siglo. Puede que la gente de *Helen's Babies* o *Mujercitas* sea ligeramente ridícula, pero no está corrompida. Poseen algo cuya mejor definición quizá sea integridad, o moral, fundada en parte en una beatería irreflexiva. Es de cajón que todo el mundo vaya a la iglesia los domingos por la mañana y que bendiga la mesa y rece antes de ir a dormir; para entretener a los niños se les cuentan historias de la Biblia, y si piden una canción seguramente sea «Gloria, gloria, aleluya». Tal vez sea también una señal de salud espiritual en la literatura ligera de este período que la muerte se mencione sin tapujos. El pequeño Phil, el hermanito de Budge y de Toddie, ha muerto poco antes de que arranque *Helen's Babies*, y hay varias referencias lacrimógenas a su «diminuto ataúd». Un escritor contemporáneo que emprendiera una historia como esta dejaría los ataúdes fuera.

Los niños ingleses siguen estando americanizados por medio de las películas, pero ya no se afirma de forma generalizada que los libros estadounidenses sean los mejores para ellos. ¿Quién criaría sin recelos a un niño con cómics a todo color en los que siniestros profesores construyen bombas atómicas en laboratorios subterráneos

mientras Superman atraviesa zumbando las nubes, las balas de ametralladora le rebotan en el pecho como si fueran guisantes y rubias platino son violadas, o casi, a manos de robots de acero y dinosaurios de quince metros? Hay una gran diferencia entre Superman y la Biblia y la pila de leña. Los libros infantiles de antes, o los libros que podían leer los niños, no sólo eran inocentes, sino que transmitían una especie de alegría innata, un sentimiento optimista y despreocupado, producto, presumiblemente, de la libertad y la seguridad inauditas de las que gozó los Estados Unidos del siglo XIX. Este es el vínculo que emparenta libros en apariencia tan dispares como *Mujercitas* y *Vida en el Mississippi*. La sociedad descrita en el primero es mansa, estudiosa y hogareña, mientras que el segundo habla de un mundo loco de bandidos, minas de oro, duelos, borrachos y casas de juego, pero en ambos podemos detectar la confianza subyacente en el futuro, una sensación de libertad y oportunidades.

Estados Unidos era en el siglo XIX un país rico y despoblado que estaba al margen de la corriente principal de los acontecimientos mundiales, y en el que las dos pesadillas que acosan a prácticamente todo hombre moderno —la del desempleo y la de la injerencia del Estado— apenas habían tomado forma. Existían las diferencias sociales, más marcadas que hoy en día, y había pobreza (en *Mujercitas*, como recordaremos, la familia está en cierto momento tan apurada que una de las chicas le vende su pelo al barbero), pero no había, al contrario que ahora, una sensación imperante de impotencia. Había sitio para todo el mundo, y si uno trabajaba con ahínco podía estar seguro de ganarse la vida. Es más, podía estar seguro hasta de volverse rico; era una creencia generalizada, y para la mayor parte de la población era incluso cierta. En otras palabras, la civilización de los Estados Unidos del siglo XIX era una civilización capitalista en su mejor momento. Poco después de la guerra de Secesión comenzó el inevitable deterioro. Pero durante algunas décadas al menos, la vida allí fue mucho más divertida que en Europa; pasaban más cosas y había más colorido, más variedad, más oportunidades, y los libros y las canciones de aquella época tenían una especie de frescura, una cualidad infantil. De ahí, creo, la popularidad de *Helen's Babies* y de otras obras de literatura ligera, lo que hacía que fuese normal que los niños ingleses de hace treinta o cuarenta años creciesen con un conocimiento teórico de los mapaches, las marmotas, las ardillas listadas, las tuzas, los árboles de pacana, las sandías y otros rasgos exóticos del paisaje norteamericano.

1947

LEAR, TOLSTÓI Y EL BUFÓN

Polemic, n.º 7, marzo de 1947

Los panfletos de Tolstói son la parte menos conocida de su obra, y su diatriba contra Shakespeare[39] ni siquiera es un texto fácil de conseguir, cuando menos en la traducción al inglés. Por tanto, quizá sea útil que ofrezca un resumen del panfleto antes de tratar de discutirlo.

Tolstói comienza diciendo que a lo largo de toda su vida Shakespeare ha suscitado en él «una repulsión y un tedio irresistibles». Consciente de que el mundo civilizado no comparte su opinión, ha hecho un intento tras otro con las obras de Shakespeare, leyéndolas y releyéndolas en ruso, en inglés y en alemán; pero «invariablemente me causó las mismas sensaciones: repulsión, cansancio y aturdimiento». Ahora, a la edad de setenta y cinco años, ha releído una vez más las obras completas de Shakespeare, incluidas las históricas, y

> he sentido con mayor fuerza aún los mismos sentimientos; esta vez, sin embargo, no ha sido aturdimiento, sino la firme, inequívoca convicción de que la aureola incuestionable de gran genio de la que goza Shakespeare, y que impele a los escritores de nuestro tiempo a imitarlo y a los lectores y espectadores a descubrir en él unos méritos inexistentes —distorsionando así sus facultades de comprensión ética y estética —, es un gran mal, como lo es toda falsedad.

Shakespeare, añade Tolstói, no sólo no es ningún genio, sino ni siquiera un «autor del montón», y para demostrarlo analizará *El rey Lear*, que, como puede demostrar con citas de Hazlitt, Brandes y otros, ha sido alabada hasta la saciedad y puede ser tomada como ejemplo de las mejores obras de Shakespeare.

Tolstói realiza a continuación una especie de exposición de la trama de *El rey Lear*, que encuentra a cada paso estúpida, verbosa, antinatural, ininteligible, ampulosa, vulgar, tediosa y llena de sucesos increíbles, «delirios salvajes», «chistes malos», anacronismos, irrelevancias, obscenidades, convenciones escénicas manidas y otros defectos tanto morales como estéticos. *Lear* es, en cualquier caso, un plagio de una obra anterior y mucho mejor, *El rey Leir*, de un autor desconocido, de la que Shakespeare se apropió para después arruinarla. Vale la pena citar un párrafo para ilustrar la manera en que Tolstói trabaja. La escena segunda del acto III (en la que Lear, Kent y el bufón están juntos en medio de la tormenta) la resume así:

> Lear camina por el brezal y pronuncia palabras dirigidas a expresar su desesperación; desea que los vientos soplen tan fuerte que les partan las mejillas y que la lluvia lo inunde todo, que el rayo queme su cabeza canosa y que el trueno aplane el mundo y destruya todos los gérmenes ¡«que producen al hombre ingrato»! El bufón sigue pronunciando palabras aún más absurdas. Entra Kent y Lear dice que, por alguna razón, durante la tormenta todos los criminales habrán de ser encontrados y encarcelados. Kent, que Lear aún no ha reconocido, se esfuerza por convencerlo de que se refugie en una choza. En este punto el bufón lanza

una profecía en modo alguno relacionada con la situación en la que se encuentran y todos se van.

El veredicto final de Tolstói sobre *Lear* es que ningún observador que no esté hipnotizado, si tal observador existiera, podría leerla hasta el final con una impresión que no fuera la de «aversión y cansancio». Y exactamente lo mismo cabe decir de «todos los otros exaltados dramas de Shakespeare, por no mencionar los absurdos cuentos dramatizados, *Pericles, La duodécima noche, La tempestad, Cimbelino, Troilo y Crésida*».

Tras referirse a *Lear*, Tolstói lanza una acusación más general contra Shakespeare. Opina que posee cierta habilidad técnica atribuible en parte al hecho de que fue actor, pero que, al margen de esto, carece de todo mérito. Es incapaz de perfilar los personajes o de hacer que las palabras y las acciones surjan con naturalidad de las situaciones, su lenguaje es exagerado y ridículo sin excepción, pone constantemente sus propios pensamientos aleatorios en boca de cualquier personaje que tenga a mano, exhibe una «total ausencia de sentimiento estético» y sus palabras «no tienen absolutamente nada en común con el arte y con la poesía». «Shakespeare pudo ser lo que se quiera —concluye Tolstói—, pero no era un artista». Es más, sus opiniones no son ni originales ni interesantes, y su tendencia es «de las más bajas e inmorales». Curiosamente, Tolstói no basa este último juicio en las palabras del propio Shakespeare, sino en afirmaciones de dos críticos, Gervinus y Brandes. Según el primero (o, en cualquier caso, según la lectura que Tolstói hizo de él), «Shakespeare enseñó… que uno *puede ser demasiado bueno*», mientras que, de acuerdo con Brandes, «el principio fundamental de Shakespeare… es que *el fin justifica los medios*». Tolstói añade de su cosecha que Shakespeare era un chovinista de la peor calaña, pero, aparte de esto, considera que Gervinus y Brandes ofrecen una descripción certera y adecuada de la visión que tiene Shakespeare sobre la vida.

Tolstói resume después, en unos cuantos párrafos, la teoría del arte que ha detallado más extensamente en otra parte. Expresada con mayor brevedad aún, constituye una exigencia de dignidad en el contenido, sinceridad y buen oficio. Una gran obra de arte debe versar sobre algún tema que sea «importante para la vida de la humanidad», debe expresar algo que el autor sienta genuinamente y debe usar unos métodos técnicos que produzcan el efecto deseado. Dado que Shakespeare tiene un punto de vista corrompido, es torpe en la ejecución e incapaz de ser sincero incluso por un momento, obviamente se le condena.

Pero surge aquí una pregunta difícil. Si Shakespeare es todo lo que Tolstói ha demostrado que es, ¿cómo llegó a ser tan admirado? Evidentemente, la respuesta sólo puede residir en una especie de hipnosis de masas o «sugestión epidémica». La totalidad del mundo civilizado ha sido de alguna manera engañado y se le ha hecho creer que Shakespeare es un buen escritor, e incluso la demostración más irrefutable de lo contrario no surte ningún efecto, ya que no se trata de una opinión razonada, sino de algo parecido a la fe religiosa. A lo largo de la historia, dice Tolstói, ha habido una serie interminable de estas «sugestiones epidémicas», como, por ejemplo, las

cruzadas, la búsqueda de la piedra filosofal, la locura colectiva por cultivar tulipanes que en una ocasión se apoderó de Holanda, etcétera. Como un ejemplo contemporáneo cita, bastante significativamente, el caso Dreyfus, a raíz del cual el mundo entero entró en un estado de excitación violenta sin que hubiera motivos suficientes para ello. Hay también repentinas y efímeras manías por teorías políticas y filosóficas, o por tal o cual escritor, artista o científico —por ejemplo, por Darwin, quien (en 1903) está «empezando a ser olvidado»—, y en ciertos casos un ídolo popular sin ningún valor puede verse favorecido durante siglos, puesto que «también sucede que tales manías, habiendo surgido como consecuencia de razones especiales que accidentalmente favorecen su aparición, corresponden en tal grado a las visiones de la vida extendidas en la sociedad, y especialmente en círculos literarios, que son mantenidas por un largo tiempo». Las obras de Shakespeare han seguido siendo admiradas durante un largo período porque «correspondían a la mentalidad irreligiosa e inmoral de las clases superiores de su tiempo y del nuestro».

Sobre la manera en que la fama de Shakespeare dio comienzo, Tolstói sostiene que la «impulsaron» unos profesores alemanes hacia finales del siglo XVIII. Su reputación «se originó en Alemania, y de ahí pasó a Inglaterra». Los alemanes decidieron ensalzar a Shakespeare porque, en una época en la que no había ningún drama alemán que valiera la pena mencionar y la literatura clásica francesa empezaba a parecer rígida y artificial, fueron cautivados por el «ingenioso desarrollo escénico» de Shakespeare y hallaron en él una buena expresión de su propia actitud hacia la vida. Goethe afirmó que Shakespeare era un gran poeta, ante lo cual todos los demás críticos repitieron la proclama como loros, y el encaprichamiento general ha perdurado desde entonces. El resultado ha sido una mayor degradación del drama —Tolstói se cuida de incluir sus propias obras al condenar la dramaturgia contemporánea— y una mayor corrupción del punto de vista moral predominante. Se sigue de todo ello que «la falsa glorificación de Shakespeare» es un importante mal que Tolstói se siente obligado a combatir.

He aquí, pues, la esencia del panfleto de Tolstói. La primera impresión que se tiene es que, al describir a Shakespeare como un mal escritor, está afirmando algo manifiestamente falso. Pero este no es el caso. En realidad, no hay ningún tipo de prueba o argumento mediante el cual se pueda demostrar que Shakespeare, o ningún otro autor, es «bueno». Tampoco hay modo alguno de probar que, por ejemplo, Warwick Deeping es «malo». En última instancia, no hay prueba alguna del mérito literario excepto la supervivencia, que en sí misma es sólo un indicio de la opinión de la mayoría. Las teorías estéticas como la de Tolstói apenas son válidas, porque no solamente se basan en asunciones arbitrarias, sino que dependen de términos vagos («sincero», «importante», etcétera) que pueden ser interpretados de la manera en que uno elija. En sentido estricto, es imposible responder al ataque de Tolstói. La pregunta interesante es: ¿por qué lo hizo? Pero debe hacerse notar de pasada que emplea muchos argumentos débiles o falaces. Vale la pena señalar algunos, no porque

invaliden su principal acusación, sino porque son, por así decirlo, una prueba de malicia.

Para empezar, su examen de *El rey Lear* no es «imparcial», como afirma dos veces, sino que, por el contrario, es un prolongado ejercicio de mala interpretación. Es obvio que cuando se resume *El rey Lear* para alguien que no lo ha leído, no se es del todo imparcial si se introduce un discurso importante (el de Lear mientras sostiene en sus brazos a la difunta Cordelia) como sigue: «De nuevo comienzan los horribles desvaríos de Lear, que, como los chistes malos, causan vergüenza ajena». Asimismo, en una larga serie de ejemplos, Tolstói altera o tergiversa ligeramente los pasajes que critica, siempre de tal modo que la trama parezca un poco más complicada e inverosímil o el lenguaje, un poco más exagerado; por ejemplo, se nos dice que Lear «no tiene necesidad o motivo alguno para abdicar», aunque su razón para hacerlo (que está anciano y desea retirarse de los quebraderos de cabeza del Estado) ha sido indicada con toda claridad en la primera escena. Se verá que, incluso en el pasaje que he citado antes, Tolstói ha malinterpretado deliberadamente una frase y ha cambiado ligeramente el sentido de otra, convirtiendo en una estupidez una observación que es bastante razonable en su contexto. Ninguna de estas malas lecturas es muy burda de por sí, pero su efecto acumulativo es el de exagerar la incoherencia psicológica de la obra. De nuevo, Tolstói es incapaz de explicar por qué las obras de Shakespeare se seguían editando y escenificando doscientos años después de su muerte (es decir, antes de que la «sugestión epidémica» empezara), y toda la explicación del ascenso de Shakespeare a la fama no es más que una conjetura trufada de errores obvios. Además, varias de sus acusaciones son contradictorias; por ejemplo, afirma que Shakespeare es un simple diletante que «no se toma en serio», pero que, por otra parte, no deja de poner en todo momento sus propios pensamientos en boca de sus personajes. En general, es imposible pensar que Tolstói actuara de buena fe al verter estas críticas. En cualquier caso, es imposible que diera crédito a su tesis principal; esto es, que estuviera realmente convencido de que, durante un siglo o más, la totalidad del mundo civilizado estuvo engañado por una enorme y patente mentira que sólo él pudo descubrir. Ciertamente, su desagrado por Shakespeare es real, pero las razones del mismo pueden ser distintas, o parcialmente distintas, de las que confiesa; y ahí radica el interés de su panfleto.

En este punto uno debe empezar a hacer conjeturas. Sin embargo, hay una posible pista, o al menos una pregunta que puede indicarnos el camino hacia esa pista: ¿por qué Tolstói, con treinta o más obras donde escoger, eligió *El rey Lear* como el blanco de su invectiva? Ciertamente, *Lear* es tan célebre y ha sido tan aclamada que podría muy bien ser tomada como ejemplo de lo mejor del repertorio de Shakespeare, pero, con vistas a un análisis hostil, Tolstói probablemente escogió la obra que más le desagradaba. ¿No es posible que sintiera una repulsión especial hacia esta obra en particular porque estaba al tanto, consciente o inconscientemente, del parecido entre la historia de Lear y la suya propia? Pero es mejor aproximarse a esta pista desde la

dirección opuesta, es decir, examinando *Lear* mismo y aquellas de sus cualidades que Tolstói no menciona.

Uno de los primeros aspectos que un lector inglés notaría en el panfleto de Tolstói es que apenas se habla de Shakespeare como poeta. Lo trata como un dramaturgo, y en la medida en que su popularidad no es espuria, sostiene que es fruto de trucos del oficio escénico que ofrecen buenas oportunidades a los actores ingeniosos. Ahora bien, por lo que se refiere a los países de habla inglesa, esto no es cierto. Varias de las obras más apreciadas por los amantes de Shakespeare (por ejemplo, *Timón de Atenas*) se escenifican poco o nunca, mientras que algunas de las más representables, como *Sueño de una noche de verano*, son las menos admiradas. Aquellos que tienen predilección por Shakespeare lo aprecian en primer lugar por su uso del lenguaje, la «música verbal» que incluso Bernard Shaw, otro crítico hostil, admite que es «irresistible». Tolstói ignora este hecho, y no parece darse cuenta de que un poema puede revestir un valor especial para quienes hablan la lengua en la que fue escrito. Sin embargo, incluso si uno se pone en el lugar de Tolstói y trata de pensar en Shakespeare como un poeta extranjero, sigue quedando claro que hay algo que el escritor ruso ha omitido. La poesía, al parecer, no solamente es una cuestión de sonido y de asociación, sin valor fuera de su propio grupo lingüístico; de otro modo, ¿cómo es posible que algunos poemas, incluso algunos escritos en lenguas muertas, logren traspasar fronteras? A todas luces, un verso como «Tomorrow is Saint Valentine's Day» («Mañana es el día de San Valentín») no podría traducirse con todas sus connotaciones, pero en la obra principal de Shakespeare hay algo que se puede describir como poesía que puede ser disociado de las palabras. Tolstói tiene razón al afirmar que, como tal, *Lear* no es una obra muy buena. Es demasiado descabellada y tiene demasiados personajes y subtramas. Una hija malvada hubiera sido suficiente, y Edgar es un personaje superfluo; de hecho, probablemente sería una obra mejor si Gloucester y sus hijos fueran eliminados. No obstante, hay algo, una especie de pauta, o tal vez sólo un ambiente, que sobrevive a las complicaciones y a los *longueurs. Lear* puede ser imaginada como un espectáculo de marionetas, como un número de mímica, como un *ballet* o como una serie de cuadros. Parte de su poesía, quizá la parte más esencial, es inherente a la historia y no depende ni de ningún conjunto de palabras en particular, ni de su presentación en carne y hueso.

Cierren los ojos y piensen en *El rey Lear*, a ser posible sin rememorar ningún diálogo. ¿Qué ven? He aquí, al menos, lo que yo veo: un viejo majestuoso con una larga túnica negra, de larga melena y tupida barba blanca, una figura salida de los dibujos de William Blake (pero, curiosamente, también parecido a Tolstói), vagando en medio de una tormenta y maldiciendo a los cielos, en compañía de un bufón y un lunático. La escena cambia y el anciano, aún maldiciendo, sin entender nada todavía, sostiene en sus brazos a una muchacha muerta mientras el bufón se mece en una horca ubicada al fondo. Este es el esquema básico de la obra, e incluso aquí Tolstói quiere eliminar la mayor parte de lo que es esencial. Objeta que la tormenta es

innecesaria, que el bufón es simplemente una molestia tediosa y un pretexto para contar chistes malos, y que la muerte de Cordelia, a su juicio, priva a la obra de su moral. Según Tolstói, la obra anterior, *El rey Leir*, que Shakespeare adaptó,

> termina de manera más natural y más acorde con las exigencias morales del espectador que la de Shakespeare, a saber, con el rey de las Galias conquistando a los esposos de las hijas mayores y con Cordelia restituyendo a Leir a su estatus anterior en lugar de estar muerta.

En otras palabras, la tragedia debería haber sido una comedia, o quizá un melodrama. Es dudoso que el sentimiento de tragedia sea compatible con la creencia en Dios; en cualquier caso, no lo es con el descreimiento en la dignidad humana y con el tipo de «exigencia moral» que se siente estafada cuando la virtud no logra triunfar. Una situación trágica se da precisamente cuando la virtud no triunfa pero, aun así, todavía se percibe que el hombre es más noble que las fuerzas que lo destruyen. Es acaso más significativo que Tolstói no vea justificación alguna para la presencia del bufón. El bufón es parte integral de la obra. Actúa no sólo como una especie de coro, contribuyendo a que la situación central resulte más clara al glosarla de manera más inteligente que el resto de los personajes, sino también como un contrapunto a los arrebatos de Lear. Sus chistes, acertijos y versos, así como sus interminables pullas contra la locura intelectual de Lear, que van desde la simple mofa hasta una suerte de poesía melancólica («All thy other titles thou hast given away; that thou wast born with», «Todos tus otros títulos los has regalado; con ese naciste»), son como un hilo de cordura que recorre la obra, un recordatorio de que en alguna parte, a pesar de las injusticias, crueldades, intrigas, engaños y malentendidos que se representan aquí, la vida sigue adelante como siempre. En la impaciencia que Tolstói demuestra tener con el bufón uno vislumbra las razones más profundas de su diatriba contra Shakespeare. Critica, con cierta justificación, que las obras de Shakespeare sean tan confusas y desaliñadas, las irrelevancias, las tramas increíbles, el lenguaje exagerado, pero lo que en el fondo probablemente más le desagrada es una especie de exuberancia, la tendencia a hallar, no tanto placer, como simplemente cierto interés en el proceso real de la vida. Es un error considerar a Tolstói un moralista que arremete contra un artista. Nunca dijo que el arte, como tal, sea pernicioso o carezca de sentido, ni siquiera que el virtuosismo técnico no sea importante. Pese a todo, en los últimos años de su vida su principal meta fue delimitar el alcance de la conciencia humana. Los intereses personales, los puntos de unión al mundo físico y a la lucha cotidiana, deben reducirse a la mínima expresión. La literatura debe consistir en parábolas desprovistas de los detalles y casi independientes del lenguaje. Las parábolas —y aquí es donde Tolstói difiere del puritano vulgar al uso— deben ser en sí mismas obras de arte, pero el placer y la curiosidad deben ser excluidos de ellas. También la ciencia debe disociarse de la curiosidad. El objetivo de la ciencia, afirma, no es descubrir qué acontece, sino enseñarles a los hombres cómo deben vivir. Y lo mismo cabe decir de la historia y la política. Muchos problemas (por ejemplo, el caso Dreyfus) no vale la pena

resolverlos, y está dispuesto a dejarlos como cabos sueltos. De hecho, toda la teoría acerca de las «locuras» o «sugestiones epidémicas», en la que mezcla acontecimientos como las cruzadas y la fiebre holandesa por cultivar tulipanes, pone de manifiesto su deseo de considerar muchas actividades humanas como meras estampidas inexplicables y sin interés, como si se tratara de hormigas que corretean de aquí para allá. Está claro que Tolstói no podía tener paciencia con un escritor caótico, minucioso y divagador como Shakespeare. Su reacción es la de un viejo irritable que es importunado por un niño ruidoso. «¿Por qué sigues brincando arriba y abajo de esa manera? ¿Por qué no puedes permanecer quieto como yo?». En cierto sentido el anciano está en lo correcto, pero el problema es que el niño experimenta una sensación en los miembros que el viejo ya ha perdido. Y si el viejo sabe de la existencia de esta sensación, el efecto es meramente el de aumentar su irritación; volvería seniles a los niños si pudiera. Tolstói tal vez no sabe qué es exactamente lo que se pierde en Shakespeare, pero es consciente de que algo se pierde, y está decidido a que a los demás se los prive también de ello. Por naturaleza era imperioso y egoísta. Mucho después de alcanzar la madurez, aún golpeaba ocasionalmente a su sirviente en momentos de ira, y posteriormente, de acuerdo con su biógrafo inglés Derrick Leon, sentía «un frecuente deseo, ante la menor provocación, de abofetear las caras de aquellos con quienes no estaba de acuerdo». Uno no se libra por fuerza de ese tipo de temperamento por sufrir una conversión religiosa, y, de hecho, es obvio que la ilusión de haber vuelto a nacer puede dar lugar a que los vicios de nacimiento florezcan más libremente que nunca, aunque quizá de formas más sutiles. Tolstói era capaz de abjurar de la violencia física y de entender lo que implica, pero era incapaz de mostrarse tolerante o humilde, e incluso sin saber nada de sus otros escritos, podría deducirse su tendencia al acoso espiritual solamente con la lectura de este panfleto.

Sin embargo, Tolstói no sólo está tratando de privar a otros de un placer que él no comparte. Hace eso, pero su disputa con Shakespeare va más allá. Es la disputa entre las actitudes religiosa y humanista ante la vida. Aquí vuelve uno al tema central de *El rey Lear*, que Tolstói no menciona pese a exponer la trama con cierto detalle.

Lear es una de las pocas obras de Shakespeare que sin lugar a dudas versan sobre algo. Como Tolstói se queja con justicia, se ha escrito mucha basura acerca de Shakespeare como filósofo, psicólogo, como un «gran pensador moral» y a saber qué más. Pero Shakespeare no era un pensador sistemático, sus reflexiones más serias son pronunciadas irrelevante o indirectamente, y no sabemos hasta qué punto escribió con una «intención» o siquiera qué parte de la obra que se le atribuye la escribió en realidad él. En los sonetos nunca se refiere a las obras como parte de sus logros, aunque sí hace lo que parece ser una alusión medio avergonzada a su carrera como actor. Es perfectamente posible que considerara al menos la mitad de sus obras meras creaciones sin valor y que se preocupara muy poco por la intención o la verosimilitud siempre y cuando pudiera armar algo, usualmente con material plagiado, que pudiera

más o menos sostenerse encima del escenario. Sin embargo, esta no es toda la historia. Para empezar, como Tolstói mismo señala, Shakespeare tiene el hábito de poner reflexiones generales innecesarias en boca de sus personajes. Esto es un error serio en un dramaturgo, pero no se ajusta a la imagen que presenta Tolstói de Shakespeare como un vulgar escritor mercenario sin opiniones propias y que sólo quiere causar el máximo efecto con el menor esfuerzo. Es más, alrededor de una docena de sus obras, escritas en su mayoría después de 1600, sí tienen incuestionablemente un significado e incluso una moraleja. Giran en torno a un tema central que en algunos casos puede ser reducido a una sola palabra. Por ejemplo, *Macbeth* trata de la ambición; *Otelo*, de los celos, y *Timón de Atenas*, del dinero. El tema de *Lear* es la renuncia, y sólo estando ciego a propósito es posible no entender lo que Shakespeare está diciendo.

Lear renuncia a su trono, pero espera que todo el mundo lo siga tratando como un rey. No ve que, si entrega el poder, otras personas se aprovecharán de su debilidad, ni tampoco que las que lo adulan más burdamente, por ejemplo, Regan y Goneril, son exactamente las que se volverán contra él. En el momento en que descubre que ya no consigue que la gente lo obedezca como antes, cae en un estado de furia que Tolstói describe como «extraña y antinatural», pero que de hecho casa a la perfección con el personaje. En su locura y desesperación, atraviesa por dos estados de ánimo que de nuevo son bastante naturales en sus circunstancias, aunque es probable que en uno de ellos esté siendo utilizado por Shakespeare como portavoz de sus opiniones. Uno es el estado de indignación durante el que Lear se arrepiente de haber sido rey y se percata por primera vez de la podredumbre de la justicia formal y de la moralidad vulgar. El otro es un estado de ira impotente en el que inflige venganzas imaginarias sobre los que lo han ofendido. «¡Hacer que mil con lanzas al rojo cayeran sobre ellos!»,[*] y:

> *Delicada estratagema fuera herrar*
> *una tropa de caballos con fieltro, haré la prueba;*
> *y cuando me haya aproximado a estos yernos*
> *entonces ¡matar, matar, matar, matar, matar!*[*]

Sólo al final se da cuenta, como un hombre cuerdo, de que el poder, la venganza y la victoria no valen la pena:

> *¡No, no, no, no! Vamos, vayamos a prisión…*
> *… y nos gastaremos*
> *en una prisión emparedada, manadas y sectas de grandes*
> *que suben y bajan con la luna.*[*]

Sin embargo, cuando realiza este descubrimiento es demasiado tarde, puesto que

su muerte y la de Cordelia ya están decididas. Esa es la historia, y reconociendo cierta torpeza en la narración, es una muy buena historia.

Pero ¿no es también curiosamente similar a la historia del propio Tolstói? Hay un parecido general que difícilmente se puede pasar por alto, ya que el suceso más impresionante de la vida de Tolstói, como en la de Lear, fue una enorme y gratuita renuncia. En la vejez renunció a sus bienes, a su título nobiliario y a sus derechos de autor, e intentó —una tentativa sincera, pero no exitosa— escapar de su posición privilegiada y vivir la vida de un campesino. Con todo, el parecido más profundo radica en el hecho de que Tolstói, como Lear, actuó por motivos erróneos y no obtuvo los resultados que esperaba. Según el escritor ruso, la meta de todo ser humano es la felicidad, y esta sólo puede alcanzarse cumpliendo la voluntad de Dios. Pero cumplir la voluntad de Dios significa desprenderse de todo placer y ambición terrenales y vivir sólo para los otros. En última instancia, por tanto, Tolstói renunció al mundo con la esperanza de que ello le permitiera ser más feliz. Pero si hay alguna certeza sobre sus últimos años, es que no fue feliz. Al contrario, fue empujado al borde de la locura por el comportamiento de la gente que lo rodeaba, que lo perseguía precisamente a causa de su renuncia. Como Lear, Tolstói no era humilde ni un buen juez del carácter. En ocasiones se sentía inclinado a volver a las actitudes de un aristócrata a pesar de su blusa de campesino, e incluso tuvo dos hijos en los que creyó y que finalmente se volvieron contra él (aunque, desde luego, de una manera menos sensacional que Regan y Goneril). Su exagerada repugnancia por la sexualidad era también claramente similar a la de Lear. El comentario de Tolstói según el cual el matrimonio es «esclavitud, saciedad, repulsión» y significa tener que aguantar al lado «la fealdad, la suciedad, el mal olor y las llagas», lo iguala el célebre arrebato de Lear:

> *Hasta la cintura heredan los dioses*
> *debajo, todos los demonios;*
> *infierno, oscuridad, el pozo sulfuroso*
> *quemaduras, escaldaduras, hedor, consunción, etc., etc.*[*]

Además, aunque Tolstói no podía preverlo cuando escribió su ensayo sobre Shakespeare, incluso el modo en que finalizó su vida —la huida repentina y sin planear por los campos, acompañado sólo por una hija fiel, y la muerte en un villorrio extraño— parece tener ciertas reminiscencias fantasmales de *Lear*.

Por supuesto, uno no puede concluir que Tolstói fuese consciente de esta similitud, o que la hubiera admitido si le hubiese sido señalada. Pero su actitud hacia la obra debió de verse influida por su temática. Renunciar al poder, regalar tus tierras, era un tema acerca del cual tenía razones para albergar profundos sentimientos. Probablemente, por lo tanto, debió de sentirse más disgustado y perturbado por la moraleja que Shakespeare extrae de lo que se hubiera sentido en el caso de alguna

otra obra —*Macbeth*, por ejemplo— que no afectara tanto a su vida personal. Pero ¿cuál es exactamente la moraleja de *Lear*? Evidentemente, hay dos en la historia, una explícita y la otra implícita.

Shakespeare empieza por asumir que despojarse del poder es una invitación a ser atacado. Esto no significa que todo el mundo se vaya a volver contra ti (Kent y el bufón permanecen junto a Lear de principio a fin), pero sí que muy probablemente alguien lo hará. Si arrojas tus armas, alguna persona menos escrupulosa las recogerá. Si pones la otra mejilla, recibirás un golpe más fuerte que el que te propinaron la primera vez. Es algo que no siempre sucede, pero es de esperar y no debes quejarte si acontece. El segundo golpe es, por así decirlo, parte del acto de poner la otra mejilla. Así pues, en primer lugar está la moraleja vulgar, de sentido común, que expone el bufón: «No renuncies al poder, no cedas tus tierras». Pero hay una segunda moraleja. Shakespeare nunca la enuncia con tantas palabras, y no importa demasiado si era consciente o no de ella. Está contenida en la historia, que, después de todo, él creó o alteró para sus propósitos. Es esta: «Regala tus tierras si quieres, pero no esperes alcanzar la felicidad haciéndolo. Probablemente no la obtendrás. Si vives para los demás, debes hacer justamente eso, no servirte de ello como una vía indirecta para obtener ventajas para ti mismo».

Por supuesto, a Tolstói no le podía agradar ninguna de estas conclusiones. La primera expresa el egoísmo primario y ramplón del que sin duda trataba de escapar. La otra está en conflicto con su deseo de comerse su pastel y conservarlo, es decir, de destruir su propio egoísmo y, al hacerlo, ganarse la vida eterna. Por supuesto, *Lear* no es un sermón a favor del altruismo, sino que simplemente señala las consecuencias de practicar la abnegación por motivos egoístas. Shakespeare era un hombre de notable mundanidad, y si se le hubiera forzado a elegir un bando en su propia obra, probablemente habría optado por el bufón. Aun así, al menos fue capaz de ver la cuestión en su conjunto y de tratarla dándole forma de tragedia. El vicio es castigado, pero la virtud no es recompensada. La moralidad de las tragedias tardías de Shakespeare no es religiosa en el sentido corriente, y ciertamente no es cristiana. Sólo dos de ellas, *Hamlet* y *Otelo*, transcurren supuestamente en la era cristiana, e incluso en estas, aparte de las bufonadas del fantasma en *Hamlet*, no hay rastro de algún «otro mundo» en el que todo habrá de ser rectificado. Todas estas tragedias comienzan con el supuesto humanista de que la vida, si bien llena de tristeza, vale la pena ser vivida, y de que el hombre es un animal noble, creencia que en su vejez Tolstói no compartía.

Tolstói no era un santo, pero se esforzó mucho por tratar de serlo, y las pautas que aplicaba a la literatura no eran terrenales. Es importante entender que la diferencia entre un santo y un ser humano corriente es de esencia y no de grado. Esto es, uno no debe ser considerado una forma imperfecta del otro. El santo, o al menos el tipo de santo de Tolstói, no trata de mejorar la vida terrena, trata de ponerle fin y sustituirla por algo diferente. Una expresión obvia de esto es la afirmación de que el celibato es

«superior» al matrimonio. Si al menos, afirma en efecto Tolstói, dejáramos de reproducirnos, de pelear, de esforzarnos y de disfrutar, si pudiéramos despojarnos no sólo de nuestros pecados sino de todo lo demás que nos ata a la superficie de la Tierra —incluido el amor, en el sentido usual de darle más importancia a un ser humano que a otro—, entonces el doloroso proceso terminaría y sería reemplazado por el reino de los cielos. Pero un ser humano normal no quiere el reino de los cielos; quiere que la vida en la Tierra continúe, y no sólo porque sea «débil» o «pecador» o ansíe pasar «un buen rato». La mayor parte de la gente obtiene una cantidad suficiente de diversión en su vida, pero, al hacer balance, resulta que la vida es sufrimiento, y sólo los muy jóvenes o los profundamente estúpidos se imaginan que es de otra manera. En última instancia, es la actitud cristiana la que es hedonista e interesada, puesto que la meta es siempre huir de la dolorosa lucha de la vida terrena y hallar la paz eterna en una especie de cielo o Nirvana. La actitud humanista es que la lucha debe continuar y que la muerte es el precio de la vida. «Los hombres deben soportar su ir allá, al igual que su venir aquí. La madurez lo es todo», lo cual es un sentimiento no cristiano. A menudo hay una aparente tregua entre el humanista y el creyente religioso, pero de hecho sus actitudes no pueden reconciliarse; uno debe escoger entre este mundo y el otro, y la inmensa mayoría de los seres humanos, si entendieran el asunto, elegirían este. Optan por eso a seguir trabajando, reproduciéndose y muriendo en lugar de invalidar sus facultades con la esperanza de obtener una nueva existencia en otra parte.

No sabemos mucho de las creencias religiosas de Shakespeare, y a partir de sus textos sería difícil demostrar que tuviera alguna. En cualquier caso, no fue un santo ni quiso serlo; era un ser humano, y en algunos sentidos uno no muy bueno. Está claro, por ejemplo, que buscaba el favor de los ricos y poderosos y que era capaz de adularlos de la forma más servil. También era notablemente cauteloso, por no decir cobarde, en su modo de emitir opiniones impopulares; casi nunca pone una observación subversiva o escéptica en boca de un personaje susceptible de ser identificado con él. En todas sus obras, las figuras que tienen una visión más crítica de la sociedad, la gente que no se deja engañar por falacias aceptadas, son bufones, villanos, lunáticos o personas que fingen locura o están en un estado de violenta histeria. *Lear* es una obra en la que esta tendencia es particularmente marcada. Contiene mucha crítica social enmascarada —un aspecto que Tolstói no ve—, pero toda ella es puesta en boca del bufón, de Edgar cuando finge estar loco o de Lear en sus arranques de enajenación mental. En sus momentos de cordura, Lear apenas hace una observación inteligente. Y, sin embargo, el hecho mismo de que Shakespeare tuviera que usar esos subterfugios muestra la amplitud y el alcance de su pensamiento. Realizaba comentarios sobre casi todo siempre que podía, aunque se pusiera una serie de máscaras para hacerlo. Si uno ha leído una sola vez a Shakespeare con atención, es difícil que pase un día sin citarlo, puesto que no hay muchos temas de importancia que no haya tratado o al menos mencionado en una u

otra parte, a su manera asistemática pero iluminadora. Incluso las irrelevancias que llenan cada una de sus obras —los juegos de palabras y las adivinanzas, las listas de nombres, «crónicas periodísticas» como la conversación de los cargadores en *Enrique IV*, los chistes vulgares, los fragmentos rescatados de baladas olvidadas— son simplemente fruto de una vitalidad excesiva. Shakespeare no era un filósofo ni un científico, pero tenía curiosidad: amaba la superficie de la Tierra y el proceso de la vida; lo cual, hay que repetirlo, no es lo mismo que querer pasárselo bien y seguir vivo el mayor tiempo posible. Por supuesto, no es por la calidad de su pensamiento que Shakespeare ha sobrevivido, e incluso puede ser que no fuera recordado como dramaturgo si no hubiera sido poeta. El vínculo más fuerte que nos une a él es el lenguaje. Hasta qué punto Shakespeare mismo estaba profundamente fascinado por la música de las palabras es algo que probablemente puede deducirse de los parlamentos de Pistol. Lo que Pistol dice carece en buena medida de sentido, pero, si se consideran por separado, son versos retóricos magníficos. Evidentemente, de la cabeza de Shakespeare salían constantemente frases sonoras pero absurdas («Desbórdense inundaciones, aúllen enemigos por comida»,[*] etcétera), y para darles cabida en sus obras debía crear algún personaje medio loco que las pronunciara. La lengua materna de Tolstói no era el inglés, y no puede culpársele por no conmoverse con la poesía de Shakespeare ni, acaso, por negarse a creer que la habilidad de Shakespeare con las palabras era algo extraordinario. Pero también habría rechazado por completo la idea de valorar la poesía por su textura, de valorarla, por así decirlo, como una especie de música. Si de algún modo hubiera sido posible demostrarle a Tolstói que toda su explicación sobre la fama de Shakespeare es errónea, que en el mundo anglófono, al menos, la popularidad de Shakespeare es auténtica, que su simple habilidad para poner una sílaba al lado de otra ha procurado un profundo placer a generación tras generación de anglohablantes, todo eso tampoco hubiera contado como un mérito para Shakespeare. Al contrario, sería simplemente una prueba más de la naturaleza irreligiosa y terrenal de Shakespeare y sus admiradores. Tolstói hubiera dicho que se debe juzgar a la poesía por su significado, y que los sonidos seductores sólo causan que los significados falsos pasen desapercibidos. En todos los ámbitos la cuestión es la misma —este mundo contra el otro—, y ciertamente la musicalidad de las palabras es algo que pertenece a este mundo.

Una suerte de duda ha rodeado siempre a la figura de Tolstói, como en el caso de Gandhi. No era un hipócrita vulgar, como afirmaba cierta gente, y probablemente se habría impuesto sacrificios aún mayores si la gente que lo rodeaba, especialmente su esposa, no hubiera interferido a cada paso. Pero, por otra parte, es peligroso tomar a hombres como Tolstói según la valoración que de ellos hacen sus discípulos. Existe siempre la posibilidad —la probabilidad, de hecho— de que no hayan hecho más que reemplazar una forma de egoísmo por otra. Tolstói renunció a la riqueza, a la fama y al privilegio, abjuró de la violencia en todas sus formas y estaba dispuesto a sufrir por ello, pero no es fácil creer que abjurara del principio de coerción, o al menos del

deseo de coercer a otros. Hay familias en las que el padre le dirá a su hijo: «Te saldrá un moretón si vuelves a hacer eso», mientras que la madre, con los ojos bañados en lágrimas, tomará al niño en sus brazos y murmurará amorosamente: «Cariño, ¿crees que está bien hacerle eso a mamá?». ¿Defendería alguien que el segundo método es menos tiránico que el primero? La distinción que realmente cuenta no es entre violencia y no violencia, sino entre tener o no tener ansias de poder. Hay gente que está convencida de la maldad tanto de los ejércitos como de las fuerzas policiales, pero que, sin embargo, mantiene un punto de vista mucho más intolerante e inquisitorial que la gente normal que considera necesario usar la violencia en ciertas circunstancias. No le dirán a alguien: «Haz esto, lo otro y lo de más allá o irás a prisión», pero, si pueden, irrumpirán en su cerebro y le dictarán sus pensamientos hasta el más mínimo detalle. Credos como el pacifismo y el anarquismo, que a primera vista parecen implicar una completa renuncia al poder, en realidad alientan este hábito mental. Si has abrazado un credo que parece libre de las inmundicias habituales de la política —un credo del cual tú mismo no puedes esperar extraer ninguna ventaja material—, ¿prueba eso que estás en lo correcto? Y cuanto más estés en lo correcto, más natural será que todos los demás sean acosados para pensar igual.

Si hemos de dar crédito a lo que dice en su panfleto, Tolstói nunca fue capaz de ver mérito alguno en Shakespeare y se asombró siempre de que escritores como Turguénev, Fet y otros pensaran de modo distinto. Podemos estar seguros de que en su etapa más mundana la conclusión de Tolstói habría sido: «A ustedes les gusta Shakespeare, y a mí no. Dejémoslo en eso». Más tarde, cuando su percepción de que de todo hay en la viña del Señor lo abandonó, comenzó a ver los escritos de Shakespeare como algo peligroso para él. Cuanto más placer obtuviera la gente de Shakespeare, menos caso le harían a Tolstói. Por tanto, a nadie debía permitírsele disfrutar el autor inglés, como a nadie debe permitírsele beber alcohol o fumar tabaco. Bien es verdad que Tolstói no iba a impedírselo por la fuerza —no exigía que la policía decomisara todos los ejemplares de sus obras completas—, pero sí que iba a ponerlo como un trapo en cuanto pudiera. Trataría de allanar la mente de cada amante de Shakespeare y aniquilar su disfrute por todos los medios que se le ocurrieran, incluidos, como mostré en mi resumen de su panfleto, argumentos que son contradictorios o incluso de dudosa honestidad.

Pero, para ir concluyendo, lo más notable es cuán poco importa todo ello. Como dije antes, no se puede responder al panfleto de Tolstói, al menos en sus puntos principales. No hay argumento mediante el cual uno pueda defender un poema. Se defiende a sí mismo sobreviviendo o es indefendible, y si esta prueba es válida, creo que el veredicto en el caso de Shakespeare debe ser que es inocente. Como todo escritor, Shakespeare será olvidado tarde o temprano, pero es improbable que jamás caiga sobre él una acusación más dura. Tolstói fue tal vez el hombre de letras más admirado de su época, y ciertamente no su panfletista menos hábil. Dirigió todos sus poderes de denuncia contra Shakespeare, como todos los cañones de un navío de

guerra rugiendo simultáneamente. ¿Y con qué resultado? Cuarenta años después, Shakespeare sigue ahí, completamente incólume, y del intento de demolerlo nada queda excepto las páginas amarillentas de un panfleto que casi nadie ha leído, y que sería olvidado si Tolstói no fuera el autor de *Guerra y paz* y de *Ana Karenina*.

PREFACIO PARA LA EDICIÓN UCRANIANA DE «REBELIÓN EN LA GRANJA»

[Marzo de 1947]

Me han pedido que escriba un prefacio para la traducción ucraniana de *Rebelión en la granja*. Me han advertido de que me dirijo a lectores de los que no sé nada, y que ellos, probablemente, tampoco han tenido la oportunidad de conocer nada de mí.

De este prefacio se debería esperar que cuente el origen de *Rebelión en la granja*, pero primero me gustaría decir algo sobre mí mismo y sobre las experiencias que me han llevado a la postura política que tengo.

Nací en la India en 1903. Mi padre era un funcionario de la administración inglesa, y vivía en una familia corriente de clase media donde había soldados, clérigos, funcionarios del gobierno, maestros, abogados, doctores, etcétera. Fui educado en Eaton, el más caro y esnob de los colegios privados ingleses,[40] pero estaba ahí gracias a una beca; de lo contrario, mi padre no hubiera podido enviarme a un colegio de ese tipo.

Poco después de acabar el colegio (todavía no tenía ni veinte años) fui a Birmania y me enrolé en la Policía Imperial de la India. Era una policía armada, muy similar a la Guardia Civil española o a la Garde Mobile francesa. Estuve cinco años de servicio. No era un trabajo para mí y terminé odiando el imperialismo, aunque en Birmania, en esa época, el sentimiento nacionalista no era muy evidente, y las relaciones entre los ingleses y los birmanos no eran particularmente hostiles. En 1927, cuando estaba de permiso en Inglaterra, renuncié al servicio y decidí convertirme en escritor, sin mucho éxito al principio. En 1928-1929 viví en París y escribí cuentos y novelas que nadie quería publicar (y que acabé destruyendo). Los años siguientes los viví, básicamente, con una mano detrás y otra delante, pasando hambre la mayor parte del tiempo. No fue hasta 1934 que logré vivir de lo que escribía, pero mientras tanto viví durante meses entre individuos muy pobres y medio criminales, que residían en las zonas más oscuras de los barrios más deprimidos, o directamente en la calle, pidiendo limosna o robando. Al principio era la falta de dinero lo que me ligaba a ellos, pero más tarde también me sentí vinculado a su forma de vida. Pasé muchos meses (ahora de manera más sistemática) estudiando las condiciones en que vivían los mineros del norte de Inglaterra. Hasta 1930 no llegué a identificarme, en general, como socialista. De hecho, en aquel entonces no tenía una postura política definida. Me volví partidario del socialismo más por el asco que me producía la forma en que se oprimía e ignoraba a los trabajadores de la industria que

por la admiración teórica que pudiera suscitar en mí la planificación social.

Me casé en 1936. Casi esa misma semana estalló la Guerra Civil en España. Mi esposa y yo decidimos que iríamos a España a combatir por la República. En seis meses estábamos listos para partir, en cuanto terminé el libro que estaba escribiendo. En España pasé casi seis meses en el frente de Aragón, hasta que en Huesca un francotirador fascista me pegó un tiro en la garganta. En la primera etapa de la guerra, los extranjeros ignoraban del todo las luchas políticas internas entre los diferentes partidos que apoyaban al gobierno. Por una serie de accidentes no acabé en las Brigadas Internacionales, como la mayoría de los extranjeros, sino en la milicia del POUM, el equivalente a los trotskistas españoles.

Así que a mediados de 1937, cuando los comunistas se hicieron con el control (o con el control parcial) del gobierno español y comenzaron a cazar trotskistas, los dos nos encontramos, de pronto, entre las víctimas. Tuvimos la suerte de poder salir vivos de España, sin que nos arrestaran ni una sola vez. Muchos de nuestros amigos murieron, y otros pasaron mucho tiempo en prisión o, simplemente, desaparecieron.

Aquella cacería de hombres tuvo lugar en España al mismo tiempo que las grandes purgas en la URSS y fue una suerte de complemento de estas últimas. En España, la naturaleza de las acusaciones (esto es, de conspirar con los fascistas) era la misma que en Rusia, y tengo razones para creer, cuando menos en lo tocante a España, que se trataba de acusaciones falsas. Experimentar todo aquello fue una lección objetiva de un valor incalculable: me enseñó la facilidad con que la propaganda totalitaria puede controlar la opinión de gente inteligente en un país democrático.

Mi esposa y yo vimos como se encarcelaba a gente inocente sólo porque se sospechaba de ella que era poco ortodoxa. Sin embargo, cuando regresamos a Inglaterra nos encontramos con numerosos observadores, sensibles y bien informados, que se creían las historias fantasiosas de traición, conspiración y sabotaje de las que la prensa informaba desde los procesos de Moscú.

Así que entendí, de la forma más clara posible, la influencia negativa del mito soviético sobre el movimiento socialista de Occidente.

Y aquí debo hacer una pausa para explicar mi actitud ante el régimen soviético.

Nunca he visitado Rusia y lo que sé del país es por los libros que he leído y por los periódicos. Aunque pudiera hacerlo, no me gustaría intervenir en los asuntos internos de Rusia; no condeno a Stalin y a sus colegas sólo por sus métodos bárbaros y poco democráticos. Es posible que bajo esas condiciones, aun con la mejor de las intenciones, no pudieran haber actuado de otra forma.

Por otra parte, me parecía de suma importancia que la gente de Europa occidental tuviera conocimiento de lo que era en realidad el régimen soviético. A partir de 1930 he visto muy pocas pruebas de que la URSS esté avanzando hacia algo que podamos llamar con certeza «socialismo», sino que, por el contrario, me ha sorprendido su transformación en una sociedad jerárquica, donde los gobernantes no tienen más

razones para dejar el poder que los de cualquier otra sociedad con clase dominante. Además, los trabajadores y la *intelligentsia* de un país como Inglaterra no pueden entender que la URSS de hoy en día es completamente distinta de la de 1917. En parte no quieren entenderlo (es decir, quieren creer que, en algún sitio, existe un país verdaderamente socialista) y, en parte, porque al estar acostumbrados a una libertad relativa y a la moderación en la vida pública, el totalitarismo les resulta algo completamente incomprensible.

Aun así, no está de más recordar que Inglaterra no es del todo democrática. Es un país capitalista, con grandes privilegios de clase y grandes diferencias económicas (incluso ahora, cuando se supone que la guerra nos ha igualado a todos). A pesar de esto, se trata de un país en el que la gente ha vivido sin conflictos importantes durante muchos siglos y donde las leyes son relativamente justas, y las noticias y las estadísticas oficiales son casi siempre creíbles, y, además, es un país donde sostener y difundir una opinión minoritaria no entraña ningún peligro mortal. En el contexto de semejante atmósfera, el hombre de la calle no tiene una comprensión real de temas como los campos de concentración, las deportaciones en masa, los encarcelamientos sin juicio previo, la censura de la prensa, etcétera. Todo lo que esta persona lee sobre un país como la URSS es inmediatamente traducido a términos ingleses, y acepta así, con mucha inocencia, las mentiras de la propaganda totalitaria. Antes de 1939, e incluso hasta más tarde, la mayoría de los ingleses eran incapaces de valorar la verdadera naturaleza del régimen nazi de Alemania, y ahora, con el régimen soviético, son víctimas del mismo tipo de engaño.

Esto ha causado mucho daño al movimiento socialista en Inglaterra, y tiene serias consecuencias para la política exterior inglesa. De hecho, en mi opinión, nada ha contribuido más a la corrupción de la idea original de socialismo que la creencia de que Rusia es un país socialista y de que todo lo que hagan sus dirigentes debe ser disculpado, cuando no imitado.

Así pues, durante los últimos diez años he estado convencido de que la destrucción del mito soviético era esencial si queríamos resucitar el movimiento socialista.

A mi regreso de España, pensé en exponer el mito soviético en una historia que fuera fácil de entender para casi todos y fácil de traducir a cualquier idioma. Sin embargo, los detalles de la historia llegaron después, un día en que (entonces vivía en un pequeño pueblo) vi a un niño pequeño, quizá de diez años, conduciendo una enorme carreta por un camino muy estrecho y golpeando al caballo con la fusta cada vez que este intentaba desviarse. Pensé que si los animales tuvieran conciencia de su fuerza, no podríamos ejercer ningún control sobre ellos, y que el hombre explota a los animales de la misma forma que el rico explota al proletariado.

Entonces me puse a analizar la teoría de Marx desde el punto de vista de los animales. Para ellos estaba muy claro que el concepto de «lucha de clases» entre humanos era una pura ilusión, porque cuando es necesario explotar a los animales,

todos los hombres se unen contra ellos; la verdadera lucha es entre animales y humanos. Con este punto de partida, no fue difícil escribir la historia. No pude hacerlo hasta 1943, porque siempre estaba ocupado con otros trabajos que me quitaban el tiempo, y al final terminé incluyendo algunos eventos, por ejemplo, la Conferencia de Teherán, que tenía lugar mientras yo escribía. Así que la parte más sustancial de la historia estuvo en mi cabeza seis años antes de que pudiera sentarme a escribirla.

No quisiera hacer comentarios sobre el libro; si este no habla por sí mismo, es que ha fallado. Pero quisiera hacer hincapié en dos puntos: en primer lugar, aunque varios episodios han sido tomados de la Revolución rusa, he cambiado la jerarquía y el orden cronológico de los acontecimientos; tenía que hacerlo para mantener la simetría de la historia. El segundo punto se les ha pasado por alto a muchos críticos, probablemente porque yo no he puesto el énfasis suficiente. Muchos lectores han terminado el libro con la impresión de que, al final, se produce una reconciliación completa entre los cerdos y los humanos. Esa no era mi intención, sino que, por el contrario, quería terminarla con una nota discordante, precisamente porque la había escrito inmediatamente después de la Conferencia de Teherán, acerca de la cual todo el mundo pensaba que había servido para establecer una relación excelente entre la URSS y Occidente. Yo personalmente no creía que esa relación fuera a durar mucho, y no estaba equivocado, como después han demostrado los acontecimientos.

No sé qué más podría añadir. Si alguien está interesado en los detalles personales, puedo agregar que estoy viudo y tengo un hijo de casi tres años, que soy escritor de profesión y que desde el principio de la guerra he trabajado más que nada de periodista.

El periódico con el que colaboro con mayor regularidad es el *Tribune*, un semanario político-social que representa, en general, al ala izquierda del Partido Laborista. Los libros que he escrito que más podrían interesarle al lector común (si es que algún lector de esta traducción encuentra algún ejemplar) son *Los días de Birmania* (una historia sobre Birmania), *Homenaje a Cataluña* (escrito a partir de mis experiencias en la Guerra Civil) y *Ensayos críticos* (principalmente ensayos sobre literatura popular contemporánea inglesa, más instructivos desde el punto de vista sociológico que desde el literario).

LA VISIÓN DE BURNHAM SOBRE EL CONFLICTO MUNDIAL CONTEMPORÁNEO

The New Leader (Nueva York), 29 de marzo de 1947

Subsiste una falacia decimonónica que sigue influenciando nuestro pensamiento: la idea de que dos grandes guerras no pueden tener lugar en un período de tiempo demasiado corto. Es verdad que la guerra civil estadounidense y la guerra franco-prusiana ocurrieron casi simultáneamente, pero en continentes distintos y con personas diferentes. De acuerdo con esta idea, parece que sólo se puede reclutar gente cuando todos los que recuerdan lo que fue la última guerra hayan superado la edad de ser llamados a filas. Incluso el lapso transcurrido entre las dos guerras mundiales —veintiún años— fue lo bastante dilatado como para impedir que la mayoría de los soldados rasos participaran en las dos. Así pues, existe la vaga y muy extendida creencia, o esperanza, de que la Tercera Guerra Mundial no podría empezar antes de 1970, momento en el cual seguramente se argumentará que «cualquier cosa podría haber ocurrido».

Como apunta James Burnham,[41] todo eso ha sido alterado por la bomba atómica. Su libro es, en efecto, un producto de las armas atómicas; es una revisión, casi una huida, de la imagen que tenía antes del mundo, a la luz del hecho de que las grandes naciones están ahora en condiciones de aniquilarse las unas a las otras. Desde que las armas han alcanzado semejante nivel de destructividad, ya no puede asumirse el riesgo de que el enemigo dispare primero, porque en cuanto las dos naciones hostiles tengan bombas atómicas, la aniquilación tendrá lugar casi de inmediato. En opinión de Burnham, quedan probablemente diez años —aunque quizá sean cinco— antes de que la Tercera Guerra Mundial, que se ha estado incubando extraoficialmente desde 1944, entre en su fase activa.

No es necesario aclarar, desde luego, entre qué potencias tendría lugar esta guerra. El objetivo principal de Burnham al escribir este libro es instar a Estados Unidos a que tome la iniciativa y establezca ya el equivalente a un imperio mundial, antes de que el comunismo conquiste la totalidad de Eurasia. La continuidad de la civilización, afirma, está amenazada por la existencia de las armas atómicas, y no disfrutaremos de seguridad alguna salvo si es una única nación la que las posee. Lo ideal sería que la energía atómica fuera controlada por una autoridad internacional, pero no tenemos algo así ni parece que vayamos a tenerlo pronto, y mientras tanto los únicos que pueden competir seriamente por el poder mundial son Estados Unidos y la

Unión Soviética. De todas formas, la batalla no es solamente entre la democracia occidental y el comunismo. La definición que hace Burnham del comunismo es crucial en el libro, y merece la pena detenerse a examinarla.

Burnham no acepta la creencia ampliamente extendida de que el comunismo es, simplemente, imperialismo ruso. Hay un genuino movimiento internacional del que la URSS es sólo la base o el núcleo desde el cual se expande, absorbiendo para su sistema un territorio tras otro. Aun cuando el sistema lograra cubrir toda la faz de la Tierra, el verdadero centro del poder y del gobierno continuaría siendo, sin duda, la «madre patria» euroasiática; pero el comunismo mundial no significa tanto una conquista por parte de Rusia como la conquista por parte de una forma particular de organización social. El comunismo no es, en sentido estricto, un movimiento político, sino un movimiento conspirativo de alcance mundial que busca la conquista del poder. Su objetivo es establecer en todas partes un sistema similar al que prevalece en la Rusia soviética; esto es, un sistema colectivista en el plano técnico, pero que concentra todo el poder en unas cuantas manos y que se basa en el trabajo obligatorio y en la eliminación de sus oponentes, reales o imaginarios, por medio del terrorismo. Se puede expandir incluso más allá del radio de acción del Ejército Rojo, porque en todos los países cuenta con unos pocos partidarios fieles, con otros, más numerosos, engañados hasta cierto punto, y con unos terceros que aceptarían más o menos el comunismo si lo percibieran como una mejora y siempre que no se les presentara otra alternativa. En los países donde no son capaces de establecer su dominio, los comunistas actúan como una quinta columna, trabajando a través de organizaciones encubiertas de distintos tipos y aprovechando las aspiraciones de la clase trabajadora y la ignorancia de los liberales bienintencionados, siempre con el objetivo de sembrar la desmoralización con vistas al día en que estalle la guerra. En realidad, todas las actividades comunistas están dirigidas hacia este conflicto bélico. A menos que se obligue al comunismo a replegarse a un estado defensivo, es imposible que pueda evitarse la guerra, porque la inevitabilidad de la batalla final es parte de la mitología leninista y se cree en ella como si se tratara de un artículo de fe.

Tras abordar la naturaleza del comunismo y de la política exterior soviética, Burnham examina la situación estratégica. El «comunismo» —que equivale a decir la URSS junto con sus naciones satélite y sus quintas columnas— tiene enormes ventajas en cuanto a mano de obra, recursos naturales, la inaccesibilidad de la «madre patria» euroasiática, el atractivo casi religioso del mito comunista y sobre todo, quizá, la calidad de su cúpula dirigente. Los comandantes supremos del movimiento comunista son hombres que no tienen más objetivo en la vida que conquistar el poder, y a quienes no les preocupan demasiado ni los escrúpulos ni la opinión pública. Son expertos y fanáticos, mientras que sus oponentes son torpes y un poco aficionados. Por otra parte, el comunismo está atrasado desde el punto de vista tecnológico y posee la desventaja de que su mitología se la cree más fácilmente la gente que no ha visto de cerca la administración rusa. Estados Unidos es

relativamente débil en cuanto a mano de obra y su posición geográfica no es demasiado relevante; sin embargo, industrial y técnicamente está muy por delante de todos sus rivales y tiene aliados potenciales en todo el mundo, sobre todo en Europa. La gran desventaja de Estados Unidos es, por tanto, que carece de una visión definida del mundo; si los norteamericanos comprendieran la fuerza que tienen y el peligro que los acecha, la situación sería enmendable.

Burnham analiza lo que debería hacerse, lo que podría hacerse y lo que probablemente va a hacerse. Descarta el pacifismo como un remedio práctico. En principio, este podría curar las enfermedades del mundo, pero como no es posible convencer a un número significativo de gente de que lo adopte, sólo puede constituir una salvación para unos cuantos individuos, no para la sociedad en su conjunto. Las únicas alternativas reales que se le ofrecen al mundo son ser dominado por el comunismo o por Estados Unidos. Por supuesto, es preferible la última opción, y el país norteamericano debe actuar rápidamente y con un propósito inequívocamente claro. Debe empezar por proponer una unión —no una alianza, sino una fusión completa— con Inglaterra y los Dominios ingleses, y esforzarse por atraer Europa a su órbita; debe extirpar de raíz el comunismo dentro de sus propias fronteras; debe erigirse con toda franqueza en el campeón mundial contra el comunismo y enviar propaganda anónima a los habitantes de los países ocupados por los soviéticos, y sobre todo al pueblo ruso, para dejarles claro que el enemigo no son ellos, sino sus dirigentes; debe adoptar la actitud más firme posible frente a la URSS, siendo consciente en todo momento de que una amenaza o un gesto no respaldado por la fuerza militar es inútil; debe alinearse con las naciones amigas y no obsequiar comida ni maquinaria a sus enemigos, y, sobre todo, Estados Unidos debe tener una política clara. A menos que cuente con un plan definido y comprensible para la organización del mundo, no puede tomar la iniciativa frente al comunismo. Es en relación con este punto donde Burnham se muestra más pesimista. En la actualidad, el pueblo estadounidense no tiene una idea clara de la situación mundial, y la política exterior del país es débil, irregular y contradictoria. Y así debe ser, porque, aparte del sabotaje de los «compañeros de viaje» y de la intrusión de la política nacional, no hay un propósito general. Según Burnham, al bosquejar una política para Estados Unidos sólo apunta a lo que podría hacerse. En cambio, lo que con toda probabilidad se producirá serán más dudas y confusión que, dentro de cinco o diez años, desembocarán en otra guerra en la que Estados Unidos estará en franca desventaja.

Esta es la línea general del argumento de Burnham, aunque yo he modificado ligeramente el orden en que lo presenta. Se verá que lo que reclama, o casi, es una guerra preventiva inmediata contra Rusia. Ciertamente, no quiere que se produzca una guerra, y piensa que puede evitarse si se muestra la firmeza suficiente. Aun así, el punto principal de su plan es que sólo a un país puede permitírsele tener bombas atómicas, y los rusos, con la excepción de los lisiados de guerra, acarician la idea de, tarde o temprano, tenerlas. También se verá que Burnham se dedica a desmontar la

imagen del mundo que había desarrollado anteriormente, y no sólo en el aspecto geográfico. En *La revolución de los directores*, Burnham predecía el ascenso de tres superestados que, al no poder conquistarse mutuamente, dividirían el mundo en tres. Hoy los superestados han quedado reducidos a dos y, gracias a las armas atómicas, ninguno de ellos es invencible. Pero han cambiado más cosas. En *La revolución de los directores* afirmaba que los tres superestados serían bastante parecidos. Los tres tendrían una estructura totalitaria —es decir, serían colectivistas pero no democráticos— y estarían gobernados por una casta de gerentes, científicos y burócratas, que destruirían el capitalismo a la vieja usanza y mantendrían a la clase trabajadora permanentemente controlada. En otras palabras, en todos lados se instalaría algo parecido al «comunismo». En *Los maquiavelistas*, Burnham suavizó hasta cierto punto su teoría, pero siguió insistiendo en que la política no es más que una lucha por el poder y en que el gobierno tiene que estar basado en la fuerza y en el fraude. La democracia es impracticable, y en cualquier caso las masas no la quieren ni harían sacrificios para defenderla. En su nuevo libro, sin embargo, Burnham defiende a capa y espada la democracia a la vieja usanza. Ahora ha decidido que hay un gran pacto en la sociedad occidental que merece la pena conservar. El «gerentismo», con sus trabajos forzados, sus deportaciones, sus matanzas y sus juicios manipulados, no es en realidad el siguiente paso inevitable de la evolución humana, y deberíamos acabar entre todos con él antes de que sea demasiado tarde. Todas las fuerzas disponibles deberían unirse de inmediato bajo la bandera del anticomunismo. En esencia se trata de un programa conservador que promueve la decencia y el amor a la libertad, pero no el sentimiento internacional.

Antes de criticar la tesis de Burnham hay algo que debemos decir, y es que Burnham demuestra tener valentía intelectual y escribe sobre temas reales. Considerarlo un belicista por haber escrito este libro es correcto, pero si al final resulta que el peligro es tan inminente como él cree, es probable que el curso de los acontecimientos se ajuste a sus previsiones; es más, evita caer en la típica actitud hipócrita de «condenar» la política rusa al tiempo que se niega que haya que ir a la guerra bajo cualquier circunstancia. En política internacional, como Burnham sostiene, hay que estar preparados tanto para practicar indefinidamente el apaciguamiento como para, en determinado momento, tomar las armas. Asimismo, observa que el apaciguamiento es una política irreal porque una gran nación que sea consciente de su propia fuerza nunca la lleva hasta sus últimas consecuencias. Lo que acaba sucediendo es que, tarde o temprano, alguien hace algo intolerable y se desencadena una guerra que podría haberse evitado si se hubiera tenido una actitud más firme en el momento oportuno. Decir estas cosas hoy no es precisamente lo que está de moda, y Burnham merece todo nuestro crédito por plantearlas. Sin embargo, esto no quiere decir que tenga razón en su argumento principal. Lo importante es el factor tiempo. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que estalle una crisis? Burnham lo ve todo negro, como es habitual en él, y nos da cinco años, diez a lo sumo. Si esto

fuera verdad, nuestra única esperanza sería el imperio mundial estadounidense. Por otra parte, si tuviéramos veinte años para maniobrar, hay otras, y mejores, posibilidades que no deberíamos abandonar.

A menos que los indicios sean muy engañosos, la URSS se prepara para una guerra contra las democracias occidentales. De hecho, como afirma Burnham con toda razón, la guerra ya está sucediendo, pero de modo inconexo. Cuánto va a tardar en evolucionar en un conflicto a gran escala es una pregunta difícil de responder. El periodista corriente o el observador político no tienen muchos datos sobre los problemas militares, económicos y científicos, pero hay un punto, muy importante para el argumento de Burnham, que puede ser provechoso discutir; a saber, la postura de los partidos comunistas y los compañeros de viaje, y la confianza que los estrategas rusos han puesto en ellos.

Burnham insiste mucho en la táctica comunista de la «infiltración». Los comunistas y sus partidarios, tanto los visibles como los secretos, así como los progresistas que sin saberlo les hacen el juego, están por todas partes. Están en los sindicatos, en las fuerzas armadas, en el Departamento de Estado, en la prensa, en las iglesias, en las organizaciones culturales y en cada liga, asociación o comité con metas aparentemente progresistas, y desde ahí se van expandiendo como un virus. Desde que empezaron a propagar la confusión y la desafección hasta la actualidad, cuando la crisis se aproxima, han ido golpeando con toda su fuerza. Por otra parte, un comunista es psicológicamente muy distinto de un ser humano común y corriente. De acuerdo con Burnham:

> El verdadero comunista… es un «hombre abnegado». No tiene vida aparte de su organización y de su batería de ideas rígidamente sistemáticas. Todo lo que hace, todo cuanto tiene —familia, empleo, dinero, creencias, amigos, aptitudes, vida—, está subordinado a su ideología comunista. No sólo es comunista el día de las elecciones o en las sedes del partido. Es comunista siempre. Come, lee, hace el amor, piensa, va a fiestas, se muda de casa, ríe e insulta siempre como un comunista. Para él el mundo se divide sólo en dos tipos de seres humanos: los comunistas y todos los demás.

Y más adelante:

> El espectáculo de los procesos de Moscú revela lo que ha sido siempre verdad en la moral comunista: que no son sólo las posesiones materiales o la vida del individuo lo que debe subordinarse, sino también su reputación, su conciencia, su honor, su dignidad. Hay que mentir y arrastrarse, engañar, informar y traicionar por el comunismo, e incluso morir. No hay restricciones ni límites.

Hay muchos pasajes similares. Todos parecen encerrar verdades como puños, hasta que uno empieza a comparar sus aseveraciones con los comunistas que conoce. No cabe duda de que la descripción del «verdadero comunista» que hace Burnham se ajusta bien a unos cientos de miles o a algunos millones de fanáticos, gente deshumanizada, generalmente residente en la URSS, que son el núcleo del movimiento. Se ajusta bien a Stalin, Molotov, Zhdanov, etcétera, así como a los agentes exteriores más fieles. Pero si hay un hecho con numerosos testigos en los partidos comunistas de casi todos los países es la elevada movilidad de sus miembros.

La gente ingresa en ellos, cien a la vez en ocasiones, y después los abandona. En países como Estados Unidos o Inglaterra, el Partido Comunista consiste, en esencia, en un círculo interno de miembros de toda la vida completamente sumisos, algunos de los cuales tienen empleos remunerados, en un gran número de trabajadores industriales, fieles al partido, que no necesariamente comprenden el objetivo real, y en una masa cambiante de personas llenas de celo al principio, pero a las que rápidamente se les pasa el entusiasmo. En efecto, se realizan todo tipo de esfuerzos para inducir, en los miembros del Partido Comunista, la mentalidad totalitarista que describe Burnham. En algunos casos el éxito es permanente, y en muchos otros es temporal; aun así, es posible encontrar a gente inteligente que fue comunista durante diez años seguidos antes de renunciar al partido o ser expulsada, y que no ha quedado intelectualmente tullida por dicha experiencia. En principio, los partidos comunistas de todo el mundo son organizaciones de carácter conspirativo que tienen el propósito de espiar y subvertir el orden, pero que no son necesariamente tan eficientes como dice Burnham. No deberíamos pensar que el gobierno soviético controla un gran ejército secreto de guerreros fanáticos en cada país, completamente desprovistos de miedo y escrúpulos y sin otro pensamiento que vivir y morir por los trabajadores de la patria. De hecho, si Stalin dispusiera de semejante poder perderíamos el tiempo tratando de oponerle resistencia.

Además, para un partido político el hecho de navegar bajo una bandera falsa acaba por no ser una ventaja. Siempre existe el peligro de que sus militantes deserten en algún momento de crisis, cuando las acciones del partido van abiertamente en contra del interés general. Permítanme poner un ejemplo cercano. El Partido Comunista británico parece haber renunciado, de momento al menos, a convertirse en una formación de masas, y en cambio se ha concentrado en hacerse con puestos clave, especialmente en los sindicatos. Como no se comportan como un grupo abiertamente faccioso, los comunistas tienen una influencia desproporcionada en relación con el número de sus afiliados. Por tanto, al haberse apoderado de la dirección de sindicatos importantes, un puñado de delegados comunistas pueden modificar el voto de varios millones de delegados en el congreso del Partido Laborista. Sin embargo, eso es un resultado de las maquinaciones antidemocráticas internas de dicho partido, que permite a un delegado hablar en nombre de millones de personas que apenas han oído hablar de él, y que quizá estén en completo desacuerdo. En unas elecciones parlamentarias, en las que cada persona vota por cuenta propia, un candidato comunista casi no suele recibir apoyo. En las elecciones generales de 1945, el Partido Comunista obtuvo solamente cien mil votos en todo el país, a pesar de que en teoría controla varios millones de votos dentro de los sindicatos. Cuando la opinión pública está adormecida, los que manejan los hilos pueden conseguir muchas cosas, pero en momentos de emergencia un partido político debe contar también con una masa de militantes. Un ejemplo palmario de todo esto fue el fracaso del Partido Comunista británico, que, a pesar de mucho intentarlo, no logró detener el esfuerzo

bélico durante el período 1939-1941. Es verdad que los comunistas son en todos lados una fuerza importante, sobre todo en Asia, donde tienen —o pueden presentarse como si tuvieran— algo que ofrecer a la población colonial. Pero no hay motivo para pensar, como parece hacerlo Burnham, que pueden arrastrar a sus seguidores detrás de ellos sin importar la política que hayan elegido adoptar.

Asimismo, está el asunto de los «compañeros de viaje», los «criptocomunistas» y los simpatizantes en diversos grados que promueven los objetivos de los comunistas sin tener ningún vínculo oficial con ellos. Burnham no afirma que toda esa gente sean maleantes o traidores, pero da a entender que cree que están siempre, continuamente, con la misma tensión, aunque la situación del mundo bascule hacia la guerra. No obstante, después de todo el compañero de viaje desilusionado es una figura tan común como el comunista desilusionado. Lo importante en relación con esta gente —y es muy difícil calcularlo a partir de inferencias— es determinar quién es honesto y quién no lo es. Hay, por ejemplo, todo un grupo de parlamentarios británicos (Pritt, Zilliacus, etcétera) a los que comúnmente se apoda «los criptos». No cabe duda de que han causado mucho daño, especialmente al confundir a la opinión pública sobre la naturaleza de los regímenes títere en Europa oriental, pero no debemos apresurarnos a pensar que todos son igual de deshonestos o que todos tienen las mismas opiniones. Probablemente algunos hayan actuado así por pura estupidez. A fin de cuentas, antes ya han pasado cosas así.

También hay que tener en cuenta el sesgo político profascista que los conservadores británicos y los sectores afines a ellos en Estados Unidos mostraron antes de 1939. Cuando uno veía a los parlamentarios conservadores británicos celebrando la noticia de que los barcos ingleses habían sido bombardeados por los aviones italianos al servicio de Franco, se tenía la tentación de pensar que esa gente estaba traicionando a su propio país. Sin embargo, después resultó que, desde un punto de vista subjetivo, eran tan patriotas como cualquiera, sólo que basaban sus opiniones en un silogismo que carece de término medio: como el fascismo se opone al comunismo, entonces está de nuestro lado. Los círculos de izquierdas también cuentan con su silogismo: como el comunismo se opone al capitalismo, entonces es progresista y democrático. Esto es estúpido, pero puede ser aceptado de buena fe por personas que, tarde o temprano, serán capaces de ver más allá. El tema no es si a los «criptos» y a los «compañeros de viaje» les importan más los intereses de la URSS que los de las democracias. Por supuesto que les importan más. La verdadera pregunta es: ¿cuántos de ellos mantendrían la misma línea si la guerra fuera inminente? Y es que una conflagración a gran escala —a menos que fuera librada por unos cuantos especialistas, un Pearl Harbor con bombas atómicas— no es posible hasta que las cosas hayan quedado absolutamente claras.

He traído a colación las quintas columnas comunistas en los países democráticos porque es un aspecto que puede verificarse con mayor facilidad que otros de los temas que Burnham expone en su libro. Por lo que se refiere a la URSS, no nos queda

otra que hacer cábalas. No sabemos cuán poderosos son los rusos, ni cuán diezmados los dejó la guerra, ni hasta qué grado depende su recuperación de la ayuda estadounidense, ni cuánta disidencia interna tienen, ni cuándo podrán conseguir armas atómicas. Todo lo que sabemos con certeza es que hoy ninguno de los grandes países, con la excepción de Estados Unidos, está físicamente preparado para hacer la guerra, y psicológicamente no lo está ni Estados Unidos. En la medida en que existe alguna clase de evidencia, me parece que Burnham emplea argumentos muy exagerados. Después de todo, este es su mayor pecado. Está demasiado comprometido con las visiones apocalípticas, demasiado dispuesto a creer que los confusos procesos de la historia se dan de manera lógica y tajante. Pero supongamos que está equivocado. Supongamos que el barco no se está hundiendo, que sólo está haciendo aguas. Supongamos que el comunismo no es todavía lo bastante poderoso para conquistar el mundo y que el peligro de la guerra puede aplazarse veinte años o más; en tal caso, no tendríamos que aceptar el remedio que propone Burnham o, cuando menos, no tenemos que aceptarlo inmediatamente y sin reparos.

La tesis de Burnham, en caso de que la aceptemos, requiere de ciertas acciones inmediatas. Una cosa que parece exigir es una guerra preventiva en el futuro próximo, ahora que Estados Unidos tiene bombas atómicas y los rusos no. Aun cuando esta inferencia sea injustificada, no quedará duda sobre la naturaleza reaccionaria de otros de los puntos del programa de Burnham. Por ejemplo, en un ensayo escrito en 1946, Burnham considera que, por razones estratégicas, a la India no debe concedérsele la independencia completa; es el tipo de decisión que a veces hay que tomar bajo la presión de los imperativos militares, pero que es indefendible en condiciones normales. Y, de nuevo, Burnham está a favor de suprimir el Partido Comunista estadounidense y de hacerlo a fondo, lo que probablemente signifique usar los métodos que los comunistas emplean contra sus oponentes cuando están en el poder. Ahora bien, hay momentos en que es justificable eliminar un partido político. Si uno está luchando por su vida y existe alguna organización que actúa descaradamente a favor del enemigo y es lo bastante poderosa para causar daño, entonces hay que aplastarla. Pero erradicar al Partido Comunista ahora, o en algún otro momento en que no entrañe un peligro para la supervivencia nacional, podría ser calamitoso. ¡Sólo hay que pensar en la cantidad de gente que lo aprobaría!, señala Burnham, quizá con razón, aduciendo que, en cuanto el imperio estadounidense hubiera quedado establecido, sería posible contar con un tipo de organización mundial más satisfactoria. Los primeros aliados de su programa podrían ser los conservadores, y si de verdad se consolida semejante imperio, la influencia intelectual más poderosa sería, probablemente, la Iglesia católica.

Mientras tanto, existe otra solución en la que al menos podría pensarse y que Burnham desestima: que en algún lugar u otro —no en Noruega o Nueva Zelanda, sino en un área geográfica más extensa— se consiguiera que el socialismo funcionase. Si alguien pudiera presentar en algún sitio el espectáculo de la seguridad

económica sin campos de concentración, el pretexto de la dictadura rusa desaparecería y el comunismo perdería buena parte de su atractivo. Pero la única zona factible sería Europa del Este más África. La idea de formar en ese vasto territorio los Estados Unidos Socialistas no tiene todavía demasiada aceptación, y las dificultades prácticas y económicas que habría que sortear son enormes. De todas formas, se trata de un proyecto factible si la gente realmente lo quisiera, y si pudieran asegurarse diez o veinte años de paz mientras se consolida. Y como la iniciativa tendría que provenir de Inglaterra, lo importante es que esta idea arraigue entre los socialistas británicos. Hoy en día, a pesar de que la idea de una Europa unificada no tiene muchos seguidores, se asocia con Churchill. Llegamos con ello a uno de los puntos principales del programa de Burnham, la fusión de Inglaterra con Estados Unidos.

Burnham opina que la principal dificultad para ello es el orgullo nacional, porque Inglaterra sería el socio débil. De hecho, hoy no queda mucho de ese orgullo, ni lo ha habido durante los últimos años. El sentimiento antiamericano, en general, es más fuerte entre los antiimperialistas y los antimilitaristas. Esto es verdad no sólo entre los comunistas y los «compañeros de viaje», sino también entre la gente de buena voluntad que ve en el lazo con Estados Unidos la posibilidad de que se consolide el capitalismo en Inglaterra. Muchas veces he oído o he tomado parte en conversaciones como esta:

—¡Cómo odio a los yanquis!; a veces me hacen sentir casi prorruso.

—Sí, pero en realidad no son nuestros enemigos. Nos ayudaron en 1940, cuando los rusos vendían petróleo a los alemanes. Solos no aguantaremos mucho tiempo, y al final tendremos que escoger entre ceder ante los rusos o aliarnos con los americanos.

—Me niego a elegir. No son más que un par de mafiosos.

—Sí, pero supón que tienes que elegir. Supongamos que no hay otra opción y que tienes que vivir en un sistema u otro. ¿Qué elegirías, Rusia o Estados Unidos?

—Bueno, claro, si tuviera que elegir no lo dudaría, Estados Unidos.

La fusión con Estados Unidos se percibe ampliamente como una de las soluciones a nuestras dificultades. En realidad, desde 1940 dependemos bastante de los norteamericanos, y nuestra situación económica desesperada nos empuja hacia ellos cada vez con más ímpetu. La unión deseada por Burnham podría producirse casi espontáneamente, sin un acuerdo formal, ni planes, ni muchas ideas detrás. Una ruidosa pero, a mi juicio, muy pequeña minoría desearía que Inglaterra se integrara en el sistema soviético. La mayor parte del pueblo británico nunca aceptaría esto, pero la gente inteligente no ve con entusiasmo la alternativa más probable, es decir, una absorción por parte de Estados Unidos. La mayoría de los ingleses de izquierdas prefieren la política de «llevarse bien con Rusia», teniendo la fuerza suficiente para impedir un ataque y la debilidad suficiente para no levantar sospechas. Debajo de esto subyace la esperanza de que, cuando los rusos se vuelvan más prósperos, se muestren más amistosos. La otra salida para Inglaterra, los Estados Unidos Socialistas de Europa, no tiene todavía mucho magnetismo. Y cuantas más visiones

pesimistas del mundo, como la de Burnham, tengamos, más complicada será la aceptación de estas ideas.

Burnham ofrece un plan que podría funcionar, pero es un remedio para salir del paso que no debería ser aceptado. Al final, los pueblos europeos deberán aceptar la dominación estadounidense como una manera de no caer en la rusa, pero deben darse cuenta, ahora que todavía se está a tiempo, de que existen otras posibilidades. Más o menos de la misma forma, los socialistas ingleses de casi todas las tendencias aceptaron el liderazgo de Churchill durante la guerra. En el caso de que no desearan la derrota de Inglaterra, difícilmente podían evitarlo porque no había nadie más, y Churchill era preferible a Hitler. Pero la situación habría sido diferente si los pueblos europeos hubieran podido comprender la naturaleza del fascismo cinco años antes, en cuyo caso la guerra, si hubiera estallado, habría sido de diferente índole, con líderes distintos y otros objetivos.

Los escritores como Burnham, cuyo concepto clave es el «realismo», tienden a sobredimensionar la irrupción de la fuerza bruta en los asuntos de dimensión humana. No digo que se equivoque todo el tiempo. Tiene razón al insistir en que la gratitud no es un factor de peso en la política internacional, en que incluso la política de sentimientos más elevados se queda en nada si no se encuentra el modo de ponerla realmente en práctica, y en que en los asuntos de las naciones y las sociedades, al contrario de lo que pasa con los individuos, no pueden esperarse más que soluciones temporales e imperfectas. Y probablemente tenga razón cuando argumenta que en la política no puede aplicarse el mismo código moral que uno pone en práctica, o trata de poner en práctica, en la esfera privada. Pero, de alguna forma, la imagen que tiene Burnham del mundo está siempre ligeramente distorsionada. *La revolución de los directores*, por ejemplo, me parecía una buena descripción de lo que está aconteciendo en varias partes del mundo: el crecimiento de sociedades que no son ni capitalistas ni socialistas y cuya organización se asemeja más o menos al sistema de castas. Pero Burnham proseguía con el argumento de que, puesto que eso estaba sucediendo, nada más podía suceder, y de que el nuevo y fuertemente cohesionado Estado totalitario debía ser más fuerte que las caóticas democracias. Entre otras cosas, la conclusión a la que llegaba era que Alemania iba a ganar la guerra, aunque al final acabara desmoronándose en parte a causa de su estructura totalitaria. Un país más democrático, menos eficiente, no hubiera cometido esos errores políticos y de estrategia ni se hubiera granjeado tanto odio alrededor del mundo.

Desde luego, el libro de Burnham va más allá de la simple propuesta de crear un imperio estadounidense, y leído con detalle hay mucho con lo que uno podría estar de acuerdo. Creo que en general tiene razón en su explicación sobre la forma en que opera la propaganda comunista y la dificultad que supone batallar contra esta, y también tiene razón cuando afirma que uno de los problemas más importantes en este momento es encontrar la forma de dirigirse al pueblo ruso sin la injerencia de sus gobernantes. Pese a todo, el tema central de este libro, como de todo lo que Burnham

escribe, es el poder. A Burnham le fascina el poder, tanto si está a favor como si está en contra de él, pero siempre lo considera el eje de todas las cosas. Primero fue Alemania la que conquistó el mundo, luego Rusia y ahora, quizá, Estados Unidos. Cuando se publicó *La revolución de los directores*, podía tenerse la impresión de que Burnham simpatizaba con Alemania y de que le inquietaba que Estados Unidos no invirtiera el dinero suficiente para rescatar a Inglaterra. El muy polémico ensayo «El heredero de Lenin», que es una disertación —más bien una rapsodia— sobre la fuerza, la astucia y la crueldad de Stalin, podría interpretarse como la expresión de su beneplácito, o de su desaprobación. Personalmente yo opto por el beneplácito, aunque de género terrorífico.

Sin embargo, parece que me equivocaba; Burnham no está a favor de Stalin ni del estalinismo, y empieza a encontrarle virtudes a la democracia capitalista, que antes consideraba moribunda. Pero el objeto de su fascinación sigue ahí. Puede que el comunismo esté debilitado, pero es enorme desde cualquier punto de vista; es un monstruo terrible e insaciable contra el que uno lucha, pero al que no puede dejar de admirar. Burnham piensa siempre en términos de monstruos y cataclismos, así que nunca menciona, o lo hace superficialmente, dos posibilidades que tendrían que haber sido discutidas en este libro. Una es que el régimen ruso podría liberalizarse y volverse menos peligroso en la siguiente generación, siempre y cuando la guerra no estalle. Por supuesto, esto no sucedería con el consentimiento de la camarilla que gobierna, pero sería razonable que la lógica de la situación desembocara en eso. La otra posibilidad es que las grandes potencias, simplemente, estén tan atemorizadas por las armas nucleares que ni siquiera se atrevan a usarlas. Pero eso sería demasiado aburrido para Burnham. Todo debe suceder súbitamente y llegar hasta las últimas consecuencias, y la elección debe ser entre todo o nada, entre la gloria o la ruina.

> Podría ser que la sombra de una gran tragedia acabara rápidamente con la breve y brillante historia de Estados Unidos (hay suficiente verdad en el sueño del Nuevo Mundo como para que la acción sea trágica). Estados Unidos es llamado antes de hora. Su fuerza no ha podido madurar con la sabiduría que otorga el sufrimiento. Y la cita es para liderar el mundo, nada menos; es eso o nada. La derrota sería incluso razonable si se tiene en cuenta la grandeza que comportaría la victoria.

Puede que las armas modernas hayan acelerado las cosas hasta el punto de que Burnham pudiera tener razón. Pero si juzgamos las cosas mirando al pasado, incluso a calamidades enormes como la caída del Imperio romano, encontraremos que la historia nunca es tan melodramática.

HACIA LA UNIDAD DE EUROPA

Partisan Review, julio-agosto de 1947

Hoy en día, un socialista se encuentra en la situación de un médico que ha de tratar a un paciente que apenas tiene esperanzas de curación. En calidad de médico, su deber es mantener vivo al paciente y asumir, por tanto, que tiene al menos una posibilidad de recuperarse. En calidad de científico, su deber es hacer frente a la realidad y admitir, por consiguiente, que el paciente probablemente ha de morir sin remedio. Nuestras actividades como socialistas sólo tienen sentido si asumimos que es posible establecer el socialismo, pero si nos detenemos a sopesar qué es lo que probablemente sucederá, hemos de reconocer, entiendo, que las posibilidades no nos son favorables. Si yo fuera un corredor de apuestas y me limitara a calcular las probabilidades, dejando mis deseos al margen del cálculo, estimaría que es harto difícil que la civilización perviva en los próximos siglos. Por lo que alcanzo a ver, existen tres posibilidades:

1. Que los norteamericanos decidan hacer uso de la bomba atómica mientras ellos la tengan y los rusos no. Con esto no se resolvería nada. Se acabaría con el peligro particular que actualmente representa la URSS, pero desembocaría en el surgimiento de nuevos imperios, rivalidades nuevas, más guerras, más bombas atómicas, etcétera. En cualquier caso, esta es la menos probable de las tres, porque una guerra preventiva es un delito que no cometerá fácilmente un país que conserve algún resto de democracia.
2. Que la actual «guerra fría» siga su curso hasta que la URSS y algunos otros países también posean la bomba atómica. Así las cosas, transcurrirá un lapso muy breve de paz aparente antes de que ¡zas!, a por los cohetes, y ¡bum!, a por las bombas, y los centros industriales del mundo queden borrados de la faz de la Tierra, seguramente sin remedio. Incluso en el supuesto de que un Estado, o un grupo de estados, surja de tal guerra en calidad de vencedor técnico, probablemente será incapaz de reconstruir la maquinaria de la civilización. El mundo, así pues, lo habitarán de nuevo unos cuantos millones de seres humanos, unos cuantos cientos de millones a lo sumo, que vivirán mediante una agricultura de subsistencia y que, probablemente, al cabo de dos generaciones no conserven prácticamente ni rastro de la cultura del pasado, salvo el conocimiento de la fundición de los metales. Es posible que este sea un resultado deseable, pero que obviamente nada tiene que ver con el socialismo.
3. Que el miedo que inspiran la bomba atómica y otras armas todavía por inventar llegue a ser tan grande que todos se abstengan de utilizarlas. Esta me parece la peor posibilidad de todas. Traería consigo la división del mundo en dos o tres supraestados inmensos, incapaces de conquistarse unos a otros y resistentes a toda rebelión interna. Con toda probabilidad, su estructura sería jerárquica, con una casta semidivina en la cúspide y una clase abiertamente esclavizada en la base; el aplastamiento de las libertades sería muy superior a todo lo que el mundo ha visto en el curso de su historia. En cada uno de los estados, el ambiente psicológico necesario sería mantenido mediante una incomunicación absoluta con el mundo exterior y una continua guerra de mentiras contra los estados rivales. Las civilizaciones de este jaez podrían mantenerse estáticas durante milenios.

La mayoría de los peligros que acabo de esbozar existían y eran previsibles

mucho antes de que se inventase la bomba atómica. La única manera de evitarlos, al menos que a mí se me ocurra, consiste en presentar de un modo u otro, a gran escala, el espectáculo de una comunidad en la que sus integrantes sean relativamente libres y felices, y en la que el objetivo primordial de la vida no sea la búsqueda del dinero o del poder. Dicho de otro modo, el socialismo democrático ha de ponerse en funcionamiento en alguna región relativamente amplia. Ahora bien, la única región en la que aún es concebible que funcione, dentro de un futuro más o menos inmediato, es Europa occidental. Además de Australia y Nueva Zelanda, la tradición del socialismo democrático sólo puede afirmarse que existe —pese a tener una existencia más bien precaria— en Escandinavia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Suiza, los Países Bajos, Francia, Gran Bretaña, España e Italia. Sólo en estos países sigue habiendo una cantidad notable de personas para las que la palabra «socialismo» tiene algún atractivo, y para las que está unida a la libertad, la igualdad y el internacionalismo. En cualquier otra parte, o carece de un apoyo sólido o significa algo completamente distinto. En Norteamérica, las masas se contentan con el capitalismo, y es imposible predecir el rumbo que puedan tomar cuando este comience a hundirse. En la URSS prevalece una suerte de colectivismo oligárquico que sólo podría desarrollarse hasta dar lugar al socialismo democrático en contra de la voluntad de la minoría dirigente. En Asia, el propio vocablo «socialismo» apenas ha tenido penetración. Los movimientos nacionalistas asiáticos o son de carácter fascista o están pendientes de Moscú, o bien logran combinar ambas actitudes; en la actualidad, todos los movimientos de los pueblos de color están teñidos por un misticismo racial. En la mayor parte de Sudamérica, la situación es esencialmente similar, al igual que en África y en Oriente Medio. El socialismo no existe en ninguna parte, pero es que, incluso como idea, en la actualidad solamente tiene validez en Europa. Por descontado, no podrá decirse con propiedad que el socialismo ha sido establecido hasta que sea mundial, aunque ese proceso ha de comenzar en algún lugar, y no me imagino que pueda ser sino por medio de una federación de los estados de Europa occidental, transformados en repúblicas socialistas sin ninguna clase de ramificación colonial. Por consiguiente, unos Estados Unidos Socialistas de Europa me parecen el único objetivo político al que vale la pena aspirar hoy en día. Semejante federación tendría unos doscientos cincuenta millones de habitantes, incluidos, tal vez, cerca de la mitad de los trabajadores industriales cualificados del mundo entero. No hace ninguna falta que se me diga que las dificultades inherentes a la construcción de semejante entidad son enormes y aterradoras; en breve paso a enumerar sólo algunas. Sin embargo, no deberíamos tener la sensación de que, por su propia naturaleza, sería algo imposible, ni de que los países serían tan diferentes unos de otros que no estarían dispuestos a unirse voluntariamente. Una unión europea occidental es, en sí misma, una concatenación menos improbable que la Unión Soviética o el Imperio británico.

En cuanto a las dificultades: la mayor de todas ellas es la apatía y el

conservadurismo que padece la población en todas partes, su ignorancia del peligro, su incapacidad para imaginar nada realmente nuevo; en general, como ha dicho Bertrand Russell hace poco, es la reticencia de todo el género humano a consentir su propia supervivencia. Pero existen también fuerzas malignas que obran en contra de la unidad europea, así como relaciones económicas de las que depende el nivel de vida de los pueblos de Europa y que no son compatibles con el verdadero socialismo. Enumero a continuación los que me parecen los cuatro obstáculos principales, explicando cada uno de ellos de forma tan sucinta como me es posible:

1. La hostilidad de Rusia. Los rusos, por fuerza, han de ser hostiles a cualquier unión europea que no esté bajo su control. Las razones, tanto las fingidas como las reales, son evidentes. Hay que contar, por tanto, con el peligro de una guerra preventiva, la intimidación sistemática de las naciones más pequeñas y el sabotaje del Partido Comunista en todos los países. Sobre todo, existe el peligro de que las masas europeas sigan creyendo en el mito de Rusia. Mientras perviva esa creencia, la idea de una Europa socialista carecerá del magnetismo suficiente para inspirar el esfuerzo necesario.
2. La hostilidad de Estados Unidos. Si Estados Unidos sigue anclado en el capitalismo y, sobre todo, si necesita un mercado para sus exportaciones, no puede ver con ojos amistosos una Europa socialista. No cabe duda de que su intervención por medio de la fuerza bruta es menos probable que en el caso de la URSS, a pesar de lo cual la presión norteamericana es un factor importante, pues puede ejercerse de manera muy fácil en Gran Bretaña, el único país europeo que está fuera de la órbita rusa. Desde 1940, Gran Bretaña se ha mantenido distante de los dictadores europeos a expensas de convertirse casi en un país dependiente de Estados Unidos. Gran Bretaña sólo podrá liberarse de Norteamérica renunciando a toda intención de ser una potencia extraeuropea. Los Dominios de habla inglesa, las posesiones coloniales —con la posible excepción de África— e incluso el suministro de petróleo a Gran Bretaña son rehenes que están en manos de Estados Unidos. Por tanto, siempre existe el peligro de que los norteamericanos rompan toda coalición europea, arrastrando a Gran Bretaña fuera de ella.
3. El imperialismo. Desde hace mucho, los pueblos de Europa, y en especial el británico, deben su elevado nivel de vida a la explotación directa o indirecta de los pueblos de color. Esta es una relación que nunca se ha aclarado debidamente en la propaganda oficial del socialismo, y el trabajador británico, en vez de recibir el mensaje de que, según la media mundial, vive por encima de sus posibilidades, ha sido aleccionado para pensar que es un esclavo que trabaja en exceso y que está pisoteado por el patrón. Para las masas, el «socialismo» significa —o al menos se relaciona con ello— salarios más altos, jornadas laborales más cortas, viviendas mejores, seguridad social para todos, etcétera. Ahora bien, no es en modo alguno seguro que sea posible permitirse tales ventajas si se prescinde de los beneficios que acarrea la explotación colonial. Por muy igualitario que sea el reparto del producto interior, si este desciende en conjunto, el nivel de vida de la clase trabajadora ha de bajar en consonancia. En el mejor de los casos, es probable que dé paso a un largo e incómodo período de reconstrucción, para el cual la opinión pública no está preparada. Ahora bien, es preciso que al mismo tiempo los países europeos dejen de ser explotadores en el extranjero si aspiran a ser verdaderos socialistas en su territorio. El primer paso de cara a una federación socialista europea consiste, en el caso de los británicos, en renunciar a su presencia colonial en la India. Pero esto entraña algo más: si los Estados Unidos de Europa han de ser autosuficientes y capaces de subsistir frente a Rusia y Norteamérica, deben incluir África y Oriente Medio. Pero eso, a su vez, implica que la situación de las poblaciones indígenas de dichas regiones ha de cambiar mediante el reconocimiento; Marruecos, Nigeria o Abisinia han de dejar de ser colonias, o semicolonias, para convertirse en repúblicas autónomas, en absoluto pie de igualdad con los pueblos de Europa. Esto comporta un cambio inmenso de planteamientos, así como una pugna encarnizada y compleja que probablemente no se pueda zanjar sin derramamiento de sangre. Cuando llegue el momento de las estrecheces, las fuerzas del imperialismo resultarán sumamente poderosas, y el trabajador británico, si ha sido aleccionado para pensar en el socialismo en términos puramente materialistas, quizá decida que es preferible seguir siendo una potencia imperial, incluso a expensas de ser la segundona de Estados Unidos. En distintos grados, todos los pueblos

de Europa, al menos los que han de formar parte de la unión propuesta, se enfrentan a ese mismo dilema.

4. La Iglesia católica. A medida que se vuelve más descarnada la pugna entre los bloques oriental y occidental, existe el peligro de que los socialistas democráticos y los meros reaccionarios se vean impelidos a formar una suerte de Frente Popular, y la Iglesia es el puente más probable entre ambos. Sea como fuere, la Iglesia hará todos los esfuerzos que estén en su mano para captar y esterilizar cualquier movimiento tendente a la unión de Europa. Lo peligroso de la Iglesia es que no es reaccionaria en el sentido habitual del término. No mantiene lazos con el capitalismo de *laissez-faire* ni con el sistema de clases existente, así que no tiene por qué morir con ambos. Es perfectamente capaz de hacer las paces con el socialismo, o al menos de aparentarlo, siempre y cuando quede salvaguardada su propia posición. Pero si se le permite sobrevivir como la poderosa organización que es, conseguirá que el verdadero establecimiento del socialismo sea absolutamente inviable, porque su influencia obra y ha de obrar siempre en contra de la libertad de pensamiento y de expresión, en contra de la igualdad de los hombres, en contra de cualquier forma de sociedad que tienda a la promoción de la felicidad en la Tierra.

Cuando pienso en estas dificultades y en otras, y cuando pienso en el inmenso reajuste mental que será preciso hacer, el surgimiento de unos Estados Unidos Socialistas de Europa se me antoja un acontecimiento sumamente improbable. No quiero decir que el grueso de la población no esté preparada para ello, al menos, de una forma pasiva, sino, más bien, que no veo a una persona o a un grupo de personas que tengan la más mínima probabilidad de acceder al poder y que, al mismo tiempo, tengan la capacidad de imaginación suficiente para ver qué se necesita y para exigir los sacrificios necesarios de sus seguidores. Aun así, en la actualidad tampoco veo que exista ningún otro objetivo esperanzador. En otro tiempo creí que podría ser posible la transformación del Imperio británico en una federación de repúblicas socialistas, pero si alguna vez existió esa posibilidad, es evidente que la perdimos al fracasar en la liberación de la India, y también por nuestra actitud hacia los pueblos de color en general. Podría darse el caso de que Europa esté acabada y de que, a la larga, surja en la India o en China alguna forma de sociedad mejor, pero sigo creyendo que sólo en Europa el socialismo democrático podría ser una realidad a corto plazo, si es que esa posibilidad existe en alguna parte, o al menos a tiempo de impedir el lanzamiento de las bombas atómicas.

Por supuesto que hay razones, si no para el optimismo, al menos sí para aplazar el juicio sobre determinadas cuestiones. Uno de los aspectos que obran a nuestro favor es que es improbable que se desencadene una guerra de grandes proporciones. Podríamos, supongo, vérnoslas con una guerra consistente en el lanzamiento de cohetes, pero no con una que implicase la movilización de decenas de millones de hombres. En la actualidad, cualquier ejército de grandes proporciones se disolvería sin más, cosa que puede ser igualmente cierta para los próximos diez e incluso veinte años. Dentro de ese abanico temporal podrían suceder algunas cosas inesperadas. Por ejemplo, podría surgir por vez primera un poderoso movimiento socialista en Estados Unidos. En Inglaterra, ahora está de moda hablar de Estados Unidos como de un país «capitalista», dando a entender que se trata de algo inalterable, una suerte de característica racial, como el color de los ojos o del cabello. Lo cierto es que no puede ser algo inalterable, ya que el propio capitalismo carece a todas luces de futuro,

y no podemos tener de antemano la certeza de que el próximo cambio que se produzca en Estados Unidos no sea uno a mejor.

Por otra parte, no sabemos qué cambios tendrán lugar en la URSS, si es posible impedir que estalle una guerra durante la próxima generación. En una sociedad de tales características, un cambio radical de planteamientos siempre parece improbable, no sólo porque no puede haber una verdadera oposición, sino porque el régimen, con su control absoluto de la educación, la información, etcétera, tiende deliberadamente a impedir la oscilación pendular que se da entre las generaciones, que, en cambio, parece producirse de forma natural en las sociedades liberales. Ahora bien, los datos de que disponemos indican que la tendencia de una generación a rechazar las ideas de la precedente es una característica humana duradera, que ni siquiera el NKVD podrá erradicar. En tal caso, hacia 1960 podrían ser millones los jóvenes rusos hartos de la dictadura y de los desfiles de adhesión al régimen, ansiosos por disfrutar de más libertades y amistosos en su actitud hacia Occidente.

O, por otra parte, incluso cabe la posibilidad de que, si el mundo se desmiembra en tres supraestados inconquistables entre sí, la tradición liberal siga dotada de la fuerza suficiente, dentro de la zona angloamericana del mundo, para lograr que la vida sea llevadera y hasta ofrecer ciertas esperanzas de progreso. Sin embargo, todo esto es pura especulación. El panorama real, en la medida en que atino a calcular las probabilidades, es muy oscuro, y cualquier reflexión seria tendría que empezar por asumir esa realidad.

EN DEFENSA DEL CAMARADA ZILLIACUS

Agosto-septiembre (?) de 1947; escrito para *Tribune* pero nunca publicado

---

Hace unas semanas el señor K. Zilliacus envió una larga y, como es habitual en él, insultante carta al *Tribune*, en la que acusaba al periódico de no tener una política exterior bien definida y, sin embargo, manifestar una línea antirrusa y una abierta hostilidad hacia Ernest Bevin. Bevin, afirmaba, era mucho más realista que el *Tribune*, porque comprendía que para oponerse a Rusia era necesario confiar en Estados Unidos y «alentar el fascismo», mientras que el *Tribune* se dedicaba a la contemplación y a lanzar frases contradictorias que no llevaban a ningún lado.

Casi nunca estoy de acuerdo con el señor Zilliacus, y por eso me gustaría señalar el placer que me produce estarlo en esta ocasión. Pasando por alto el uso de su particular terminología, creo que su acusación está plenamente justificada. Debemos recordar, por supuesto, que en boca del señor Zilliacus y sus colegas palabras como «democracia», «fascismo» o «totalitarismo» no conservan su significado habitual, sino que suelen significar más bien lo contrario; «fascismo» quiere decir elecciones limpias, «democracia» significa el gobierno de la minoría, y así sucesivamente. Sin embargo, esto no altera el hecho de que Zilliacus esté insistiendo en cuestiones reales, cuestiones sobre las que el *Tribune*, durante varios años, no ha sabido adoptar una postura clara. Zilliacus sabe que los únicos grandes temas en el mundo de hoy son «con Rusia o contra Rusia», «con Estados Unidos o contra Estados Unidos» y «con la democracia o contra la democracia», y aunque tal vez describa sus actividades con palabras que nosotros no utilizaríamos, por lo menos sabemos cuál es su postura.

Pero ¿cuál es la del *Tribune*? Yo sé, o creo saber, cuál es la política exterior que defiende el *Tribune*, pero lo sé porque lo infiero y porque tengo contactos. En cambio, los lectores esporádicos pueden llevarse, y hasta donde sé así sucede, impresiones muy diversas. Si tuviéramos que resumir en una sola palabra la aparente tendencia política del *Tribune*, esta sería «anti-Bevinismo». La primera regla de este «ismo» es que, cuando Ernest Bevin dice o hace algo, hay que buscar la manera de demostrar que está equivocado, aunque se dé el caso de que el *Tribune* lo haya defendido la semana anterior. La segunda es que, aunque la política rusa pueda ser criticable, debemos encontrar siempre circunstancias atenuantes. Y la tercera regla es que cuando sea posible insultar a Estados Unidos, hay que hacerlo. El efecto de enmarcar una postura política en estos principios es que uno ni siquiera puede averiguar la solución que el *Tribune* ofrece a los problemas específicos que más suele

tratar. Por citar algunos ejemplos. ¿Está el *Tribune* a favor de ayudar incondicionalmente a Grecia? ¿Piensa el *Tribune* que Rusia debe quedarse con el estrecho de los Dardanelos? ¿Está el *Tribune* a favor de la inmigración judía a Palestina sin restricciones? ¿Cree el *Tribune* que a Egipto debe permitírsele que se anexione Sudán? Algunas respuestas sé cuáles son, pero creo que sería muy difícil descubrirlas con sólo leerse el periódico.

Parte del problema, a mi juicio, es que tras haber convertido a Bevin en el enemigo público número uno, el *Tribune* ha descubierto que, en el fondo, no está en desacuerdo con él. Claro que mantienen diferencias reales sobre Palestina, España y quizá Grecia, pero, en términos generales, me parece que Bevin y el *Tribune* defienden el mismo tipo de política. Todo el mundo acepta que sólo hay tres tipos de política exterior que Gran Bretaña pueda poner en práctica. Una es hacer lo que el señor Zilliacus querría, es decir, convertirnos en parte del sistema ruso, quizá con un gobierno menos servil que el de Polonia o Checoslovaquia, pero esencialmente similar; otra es ingresar al fin en la órbita de Estados Unidos, y la tercera es formar parte de una federación de repúblicas socialistas europeas de Occidente, incluyendo en ella, si es posible, a África, y también si es posible (aunque esto sería más difícil) a los Dominios británicos. El *Tribune*, según infiero —porque nunca se ha pronunciado con claridad—, se inclina por la tercera opción, como creo que lo haría Bevin, es decir, el gobierno. Pero el *Tribune* no sólo comparte su feudo personal con Bevin, sino que se niega a considerar dos hechos —de momento, bastante impopulares— que deben tenerse en cuenta para discutir con seriedad sobre la federación de Occidente. Uno es que esta unión difícilmente llegará a buen puerto sin el apoyo norteamericano, y el otro es que, por más pacíficas que sean sus intenciones, podría suscitar la hostilidad rusa. Es justo en este punto donde el *Tribune* ha fallado como medio de opinión. El resto de sus errores, deduzco, derivan del temor a alejarse de la opinión de moda sobre el tema de Rusia y Estados Unidos.

Una de las singularidades más notables del *Tribune* es su pretensión de que la política de Bevin sólo es atribuible a él. Según esto, Bevin es una suerte de caballo desbocado que arrastra tras de sí a un gabinete renuente, y nuestra política podría haber sido muy diferente (sobre todo nuestra relación con la URSS) si hubiéramos tenido un ministro de Exteriores con más luces. Ahora resulta obvio que esto no es así. Un ministro que frustra continuamente los planes del gobierno no dura dos años en su puesto. ¿Por qué se intenta culpar a una sola persona? ¿No será porque de otra forma hubiera sido necesario decir algo muy impopular, como que un gobierno laborista, como tal, está casi obligado a llevarse mal con el gobierno de la URSS? Con un gobierno liderado por Pritt y Zilliacus podríamos mantener sin duda excelentes relaciones, de cierto tipo, con Rusia, y con uno liderado por Churchill y Beaverbrook podríamos, probablemente, llegar a cierto grado de entendimiento; no obstante, cualquier gobierno genuinamente representativo del movimiento laborista debe ser visto con hostilidad. Desde el punto de vista de los rusos y los comunistas, la

socialdemocracia es un enemigo mortal, algo que con frecuencia admiten. Incluso temas controvertidos como la formación de la federación de Occidente son irrelevantes en este sentido. Aunque no tuviéramos influencia en Europa ni tratásemos de interferir en sus asuntos, sería del interés del gobierno ruso poner de manifiesto, si ello fuera posible, el error del gobierno laborista británico. La razón es bastante clara. La socialdemocracia, al contrario que el capitalismo, ofrece una alternativa al comunismo, y si en algún otro lugar fuera posible que funcionase a gran escala —si resultara que, después de todo, es posible aplicar el socialismo sin policía secreta, deportaciones masivas y demás—, entonces la excusa para sostener una dictadura se desvanecería. Con un gobierno laborista, las relaciones con Rusia, que ya están mal, tenderían a empeorar. Varios observadores, con las elecciones generales de fondo, señalan esto, pero no recuerdo que el *Tribune* lo haya hecho, ni entonces ni ahora. ¿Será porque era más fácil, más popular, apoyar el tan extendido engaño de que «un gobierno de izquierdas se llevaría mejor con Rusia» y de que el comunismo es bastante parecido al socialismo, y después, cuando las cosas no fueran en esa dirección, mostrarse sorprendidos y buscar un chivo expiatorio?

Me pregunto qué se oculta tras el persistente antiamericanismo del *Tribune*. Del año pasado recuerdo tres referencias amables a Estados Unidos en *Tribune* (una de ellas fue sobre Henry Wallace) y una retahíla de insultos mezquinos. Acabo de recibir una carta de Estados Unidos en la que un grupo de estudiantes universitarios me preguntan si puedo explicarles por qué el *Tribune* considera necesario arremeter contra su país. ¿Qué voy a decirle a esta gente? Pues debo decirles lo que a mi juicio es la verdad (a saber, que el antiamericanismo del *Tribune* no es sincero, sino un intento de amoldarse a las opiniones actualmente en boga). Ser antiamericano hoy es unirse al griterío de la muchedumbre. Desde luego, no es muy numerosa, pero consigue hacerse oír. Aunque probablemente haya algo de rencor por la presencia de las tropas estadounidenses, no creo que la mayoría de la gente de este país sea antiamericana desde el punto de vista político, y desde luego tampoco en el plano cultural. Aun así, los intelectuales político-literarios no suelen tener miedo de la opinión de la mayoría. La opinión que temen es la que prevalece en el seno de su propio grupo. En todo momento existe una ortodoxia, una consigna que debe ser repetida como loros, y en los sectores más activos de la izquierda la ortodoxia del momento es el antiamericanismo. Creo que una de las razones de ello (estoy pensando en algunas observaciones aparecidas en la última compilación de 1143 páginas del señor G. D. H. Cole) es la idea de que, si podemos romper nuestros vínculos con Estados Unidos, podríamos permanecer neutrales en el caso de que estallara una guerra contra Rusia. Pero ¿cómo puede alguien creerse esto después de echar un vistazo al mapa y recordar lo que pasó con los países neutrales durante la última guerra? La verdad, no lo sé. Por otra parte, está la consideración, más bien malévola, de que los estadounidenses en realidad no son nuestros enemigos, de que no tienen previsto arrojarnos bombas o matarnos de hambre y de que, si valiera la

pena, podríamos acogernos a sus libertades. Pero la ortodoxia lo condiciona todo. Hablar bien de Estados Unidos, recordar que nos ayudó en 1940, cuando los rusos suministraban petróleo a los alemanes y preparaban a sus partidos comunistas para sabotear el esfuerzo de guerra, es calificado de «reaccionario». Y sospecho que cuando el *Tribune* se une al coro, lo hace más por miedo a ser etiquetado así que por una convicción genuina.

Si uno se pone a escribir sobre política exterior, sin duda hay una pregunta que debe responder sin ambages: «Si tuviera que escoger entre Rusia y Estados Unidos, ¿cuál de los dos elegiría?». Yo no respondería con la típica sutileza: «Me niego a tomar partido». Al final la elección puede no depender de nosotros. No somos lo suficientemente fuertes para resistir solos, y si fracasara la federación de países de Europa occidental estaríamos obligados, a la larga, a subordinar nuestra política a una gran potencia u otra. Y, a pesar de la retórica actualmente en boga, todos sabemos en el fondo que debemos optar por Estados Unidos. Creo que la gran mayoría de las personas de este país efectuarían esta elección instintivamente. Desde luego, habría una pequeña minoría que elegiría el bando contrario. El señor Zilliacus, por ejemplo, es uno de ellos. Opino que está equivocado, pero al menos tiene una postura clara. Y también sé con toda claridad cuál es la del *Tribune*, pero ¿lo ha dejado alguna vez claro?

Podemos comprobar hasta qué punto estamos sometidos a la tiranía intelectual de las minorías en este país analizando la composición de la prensa. Un observador extranjero que juzgara a Inglaterra sólo por su prensa, llegaría a la conclusión de que el Partido Conservador es de lejos el más fuerte, el Liberal ocuparía el segundo lugar, el Comunista sería el tercero y el Laborista no aparecería por ningún lado. El auténtico partido de las masas no tiene un periódico que sea indiscutiblemente suyo, y entre los semanarios políticos no hay ninguno que lo apoye incondicionalmente. Supongamos que el *Tribune* detallara los principios que están implícitos en algunas de sus opiniones concretas, como en su apoyo al servicio militar obligatorio. ¿Serían estos contrarios a la opinión mayoritaria del Partido Laborista? Lo dudo. Pero sí que irían en contra de la minoría en boga que puede ponerle las cosas difíciles a un periodista de la sección de política. Esa gente cuenta con una técnica muy eficaz para calumniar y ridiculizar, con todo un vocabulario especializado para señalar con el dedo a aquellos que no repiten los eslóganes aceptados y presentarlos como personajes risibles y lunáticos. El señor Zilliacus, por ejemplo, acusa al *Tribune* de ser «rabiosamente antirruso» (o «rabiosamente anticomunista», escribe más adelante). La palabra clave aquí es «rabiosamente». Otros vocablos usados en este contexto son «insensato», «demencial», «odio enfermizo» (la frase del *New Republic*) y «maníaco». El resultado es que si, de vez en cuando, expresas un ligero disgusto por los campos donde se explota a los trabajadores o por cierto candidato a las elecciones, o estás loco o motivado por razones siniestras. Asimismo, cuando a Henry Wallace un entrevistador le pregunta por qué da a la prensa versiones tergiversadas de

sus discursos, él responde: «Así que es usted uno de esos que claman a favor de la guerra contra Rusia». Eso no responde a la pregunta, pero atemoriza a la gente y la deja sumida en el silencio. O está esa otra técnica más suave consistente en hacer creer que una opinión razonada no puede distinguirse de un prejuicio arraigado y absurdo. Si no te gusta el comunismo es que te gusta perseguir a los rojos, que das crédito a las atrocidades bolcheviques, a la nacionalización de las mujeres, al oro de Moscú y demás. De manera similar, cuando el catolicismo estaba tan de moda entre la *intelligentsia* inglesa como lo está hoy el comunismo y alguien se atrevía a decir que la Iglesia católica es una institución siniestra, enemiga de la democracia, de inmediato era acusado de dar crédito a las peores sandeces de los grupos anticatólicos, de mirar debajo de la cama por si los jesuitas se habían escondido ahí, de creerse historias sobre esqueletos de bebés desenterrados en los jardines de los conventos y algunas otras cosas. Pero algunos mantuvieron su opinión contra viento y marea, y creo que hoy puede decirse que la Iglesia católica no está tan bien vista como lo estuvo hace algún tiempo.

Después de todo, ¿qué importa que se rían de uno? En cualquier caso, el gran público no suele captar el chiste, y si manifiestas tus principios con claridad y te aferras a ellos, resulta maravilloso ver como al final la gente acaba dándote la razón. No cabe duda de a quiénes teme el *Tribune*. Tiene miedo de los comunistas y de los compañeros de viaje, y de los compañeros de viaje de los compañeros de viaje. Como consecuencia de ello, tienen cabida un sinfín de evasivas: un párrafo de protesta cuando uno de nuestros amigos es asesinado —silencio, en cambio, cuando ha sido asesinado otro y denuncia de su mala elección—, aprobación entusiasta de aquel otro, y así sucesivamente. El resultado es que en los periódicos estadounidenses más de una vez he visto la frase «el grupo Foot-Zilliacus» (o algo por el estilo). Por supuesto, Foot y Zilliacus no son aliados, pero podrían parecerlo desde fuera. Y, sobre todo, ¿el objetivo de esto es conciliar?, ¿es esto conciliar con el señor Zilliacus, por ejemplo? El *Tribune* lo ha tratado con notable ternura, lo ha admitido para que infeste la sección de cartas al director como la mala hierba, y cuando no hace mucho el *Tribune* reseñó un libro suyo, busqué en vano alguna pista sobre los intereses a los que sirve. En lugar de esto hallé un ligero desacuerdo, una sugerencia que era quizá demasiado cuidadosa, un tanto escorada hacia la súplica, todo esto compensado con un montón de alabanzas y encabezado por un titular amistoso: «El guerrero propagandista». Pero ¿está agradecido el señor Zilliacus? Al contrario, una semana más tarde, sin provocación aparente, les propinó otra buena patada en la espinilla.

Es difícil culparlo, porque sabe muy bien que el *Tribune* ni está de su lado ni le tiene aprecio. Sin embargo, cada vez que quiere aclarar la situación, el *Tribune*, a pesar de las estocadas, se niega. No digo que el señor Zilliacus sea un ejemplo de integridad, pero al menos es sincero. Sabe de qué lado está, y antes que arremeter contra sus amigos, prefiere hacerlo contra sus enemigos. Es verdad, desde luego, que habla de lo que en estos momentos está en boga y no entraña ningún peligro, pero me

imagino que, si cambia la corriente, mantendrá sus opiniones.

GEORGE ORWELL
Barnhill, Isla de Jura, Argyll

1948

MARX Y RUSIA

The Observer, 15 de febrero de 1948

La palabra «comunismo» nunca se ha convertido en un término sin sentido, como sí ha sucedido con la palabra «fascismo» por el abuso que se hace de ella. Sin embargo, existe cierta ambigüedad, lo cual hace que signifique al menos dos cosas distintas que están vagamente conectadas: una teoría política y un movimiento político que no lleva, de manera visible, esta teoría a la práctica. A primera vista, las actividades de la Cominform pueden parecer más importantes que las profecías de Marx, pero, como nos recuerda el señor John Plamenatz en su opúsculo recientemente publicado, la visión original del comunismo no debe olvidarse nunca, porque sigue siendo la dinamo que alimenta de fe a millones de seguidores y, por tanto, de poder para actuar.

Al principio, «comunismo» significaba una sociedad libre y justa basada en el principio de «a cada uno de acuerdo con sus necesidades». Marx concibió esto como parte de un proceso histórico inevitable. La sociedad se había reducido a una pequeña clase de propietarios con una enorme clase de desposeídos, y un día, de manera casi automática, llegaría la oportunidad para los desposeídos. Unas cuantas décadas después de la muerte de Marx estalló la Revolución rusa, y salieron los hombres que habían sido guiados por Marx y que afirmaban ser sus más fieles discípulos. Sin embargo, en realidad su éxito dependió de que tiraran por la borda buena parte de las enseñanzas de su maestro.

Marx predijo que la revolución tendría lugar primero en los países altamente industrializados. Ahora resulta claro que se equivocó, pero acertó en el sentido de que la revolución que él había anunciado no podía ocurrir en un país atrasado como Rusia, donde los trabajadores de la industria eran una minoría. Marx había visualizado un enorme, poderoso y avasallador proletariado que barrería al pequeño grupo de sus oponentes, y a partir de entonces habría un gobierno democrático, a través de representantes elegidos por el pueblo. Lo que en realidad pasó en Rusia fue que una pequeña camarilla de revolucionarios desclasados tomó el poder, afirmando ser los representantes de un pueblo que ni los había elegido ni veía en ellos ninguna solución.

Desde el punto de vista de Lenin, esto era inevitable. Él y su grupo tenían que erigirse con el poder, porque sólo ellos eran los herederos de la doctrina marxista, y era obvio que no podían permanecer en él democráticamente. El significado de «la dictadura del proletariado» tendría que haber sido «la dictadura de un puñado de intelectuales, que gobernaban a través del terrorismo». Se salvó la revolución, pero desde entonces el Partido Comunista ruso tomó una dirección que Lenin

probablemente, si hubiera vivido lo suficiente, no habría aprobado.

Instalados en el poder, los comunistas rusos necesariamente desarrollaron una casta gobernante, u oligarquía, de la que no se entraba a formar parte por nacimiento sino por adopción. Como no podían arriesgarse a que creciera la oposición, no podían permitir las críticas genuinas, y como silenciaban las críticas, cometían con frecuencia errores que hubieran podido evitarse; y entonces, como no podían admitir sus propios errores, tenían que buscar chivos expiatorios, a veces a una escala enorme.

El resultado es que la dictadura, en la medida en que el régimen se volvió más estable, se robusteció, y que probablemente Rusia está más lejos hoy del socialismo igualitario de lo que lo estaba hace treinta años. Pero, como el señor Plamenatz con toda razón nos advierte, nunca, ni por un momento, tendríamos que haber imaginado que el fervor original había decaído. Los comunistas pueden haber pervertido su objetivo, pero no han perdido la mística. La creencia de que únicamente ellos son los salvadores de la humanidad es, más que nunca, incuestionable.

En los años 1935-1939 y 1941-1944 era fácil creer que la URSS había abandonado la idea de la revolución mundial, pero hoy resulta claro que ese no era el caso. La idea nunca se abandonó, sino que simplemente se modificó; «revolución» fue cambiando poco a poco hasta significar «conquista».

Sin duda, en un texto tan corto, el señor Plamenatz se centra en una parte de su tema y dice muy poco sobre el papel y el carácter de los partidos comunistas fuera de la URSS. Tampoco se detiene en la cuestión de si el régimen ruso tendrá la voluntad de liberalizarse o podrá hacerlo aunque no renuncie a su esencia. Esta última cuestión es muy importante, pero como no existen precedentes sólo nos queda adivinar.

Mientras tanto, nos enfrentamos con un movimiento político a escala mundial que amenaza la existencia de la civilización occidental, que no ha perdido nada de su vigor porque, en cierto sentido, se ha corrompido. El señor Plamenatz concluye, desolado, que aunque la URSS no necesariamente se embarque en una agresiva guerra contra Occidente, sus gobernantes consideran inevitable que se produzca una batalla a muerte y nunca llegarán a un acuerdo real con aquellos a quienes consideran sus enemigos naturales. Evidentemente, como dice el comandante Stephen Kinghall en su introducción, si queremos combatir el comunismo debemos comenzar por entenderlo. Pero, más allá de entender sus mentiras, está la dificultad de ser entendido y —un problema que poca gente parece haber considerado con seriedad— encontrar la forma de hacerle ver al pueblo ruso nuestro punto de vista.

LOS ESCRITORES Y EL LEVIATÁN

Politics and Letters, verano de 1948

La posición del escritor en una época de control estatal es un tema que ya se ha discutido con bastante amplitud, aunque la mayor parte de las pruebas que podrían ser relevantes no están disponibles todavía. No quiero expresar aquí una opinión favorable o contraria al mecenazgo estatal de las artes, sino sólo señalar que el tipo de Estado que nos gobierna debe depender parcialmente de la atmósfera intelectual prevaleciente; es decir, y en este contexto, en parte de la actitud de los propios escritores y artistas y, en parte, de su deseo o no de mantener vivo el espíritu del liberalismo. Si dentro de diez años nos encontrásemos arrastrándonos frente a alguien como Zhdanov, será probablemente porque es lo que nos merecíamos. Obviamente, la intelectualidad literaria inglesa ya alberga fuertes tendencias totalitarias, pero en estas páginas no me ocupo de ningún movimiento organizado y consciente como el comunismo, sino tan sólo del efecto que sobre la gente bienintencionada tienen el pensamiento político y la necesidad de tomar partido desde el punto de vista político.

Vivimos en una época política. La guerra, el fascismo, los campos de concentración, las porras de goma, las bombas atómicas, etcétera, son los temas en los que pensamos a diario y, por tanto, aquellos sobre los que en gran medida escribimos, incluso cuando no los mencionamos abiertamente. No podemos evitarlo. Cuando estás en un barco que se hunde, tus pensamientos versan sobre barcos que se hunden. Pero no sólo los temas de los que tratamos están acotados, sino que toda nuestra actitud hacia la literatura está teñida de lealtades que al menos de vez en cuando reconocemos como no literarias. A menudo tengo la sensación de que la crítica literaria es fraudulenta incluso en las mejores épocas, dado que, a falta de alguna pauta aceptada —alguna referencia externa que pueda dar sentido a la afirmación de que tal o cual libro es «bueno» o «malo»—, todo juicio literario consiste en inventar una serie de reglas para justificar una preferencia instintiva. La verdadera reacción de uno hacia un libro, cuando se tiene, es por regla general «me gusta este libro» o «no me gusta este libro», y lo que sigue es una racionalización. Pero «me gusta este libro» no es, a mi juicio, una reacción no literaria; la reacción no literaria es decir: «Este libro es de mi bando y, por tanto, tengo que hallar mérito en él». Por supuesto, cuando uno alaba un libro por motivos políticos puede ser sincero desde el punto de vista emocional, en el sentido de que siente una fuerte aprobación del mismo, pero también sucede con frecuencia que la solidaridad partidista requiere de una simple mentira. Cualquier persona acostumbrada a reseñar libros para publicaciones políticas es bien consciente de ello. En general, si escribes para un

periódico con el que estás de acuerdo, pecas por comisión, y si lo haces para uno con el que discrepas, por omisión. En cualquier caso, innumerables libros controvertidos —libros a favor o en contra de la Rusia soviética, a favor o en contra del sionismo, a favor o en contra de la Iglesia católica— son juzgados antes de ser leídos, y de hecho antes de ser escritos; uno sabe de antemano qué recepción tendrán en qué periódicos. Y aun así, con una falta de sinceridad que a veces no es consciente ni siquiera en una cuarta parte de los casos, se sostiene que se están aplicando pautas literarias genuinas.

Por supuesto, la invasión de la literatura por la política estaba destinada a acontecer. Tenía que ocurrir aun cuando el problema especial del totalitarismo nunca hubiera surgido, porque hemos desarrollado una especie de escrúpulo del que nuestros abuelos carecían, una conciencia sobre la injusticia y la miseria enormes que imperan en el mundo, y un sentimiento de culpabilidad en virtud del cual uno debería hacer algo al respecto, de tal modo que una actitud puramente estética hacia la vida sea totalmente imposible. Nadie podría dedicarse ahora a la literatura tan de lleno como Henry James o Joyce. Pero, desafortunadamente, aceptar la responsabilidad política significa también entregarse a ortodoxias y a «líneas de partido», con toda la ingenuidad y deshonestidad que ello implica. Al contrario que los escritores victorianos, tenemos la desventaja de vivir entre ideologías políticas bien definidas y de saber generalmente de un simple vistazo qué textos son heréticos. Un intelectual literario moderno vive y escribe en un constante temor (no, por cierto, de la opinión pública en el sentido amplio de la palabra, sino de la opinión pública de su propio grupo). Por fortuna, suele haber más de un grupo, pero en todo momento también impera una ortodoxia dominante, y enfrentarse a ella requiere de una piel gruesa y, en ocasiones, significa reducir los ingresos propios a la mitad durante años. Obviamente, durante los últimos quince años, la ortodoxia dominante, especialmente entre los jóvenes, ha sido la «izquierda». Las palabras clave son «progresista», «democrático» y «revolucionario», mientras que los sambenitos que hay que evitar a toda costa que te cuelguen son «burgués», «reaccionario» y «fascista». Casi todo el mundo hoy en día, incluidos la mayoría de los católicos y conservadores, es «progresista», o al menos desea ser considerado así. Nadie, que yo sepa, se describe a sí mismo como «burgués», del mismo modo que nadie que sea lo bastante culto como para haber oído la palabra admite jamás ser antisemita. Todos somos buenos demócratas, antifascistas y antiimperialistas, despreciamos las distinciones de clase, somos inmunes al prejuicio racial, etcétera, etcétera. Tampoco cabe la menor duda de que la ortodoxia «izquierdista» actual es mejor que la ortodoxia conservadora pietista, más bien esnob, que predominaba hace veinte años, cuando el *Criterion* y (en menor medida) el *London Mercury* eran las revistas literarias dominantes, puesto que, al menos, su objetivo implícito es una forma viable de sociedad que un gran número de personas en efecto desean. Aun así, también tiene sus propias falsedades, que, al no poder ser admitidas, hacen que sea imposible la discusión seria de ciertas preguntas.

Toda la ideología de izquierdas, científica y utopista, la desarrolló gente que no

tenía ninguna posibilidad inmediata de alcanzar el poder, y, por consiguiente, era una ideología extremista, que despreciaba a los reyes, los gobiernos, las leyes, las prisiones, las fuerzas policiales, los ejércitos, las banderas, las fronteras, el patriotismo, la religión, la moralidad convencional y, de hecho, el *statu quo* en su totalidad. Hasta hace bastante poco, las fuerzas de la izquierda en todos los países luchaban contra una tiranía que parecía invencible, y era fácil pensar que si esa tiranía en particular —el capitalismo— pudiera ser derrocada, el socialismo la reemplazaría. Asimismo, la izquierda había heredado del liberalismo ciertas creencias claramente cuestionables, como la de que la verdad siempre prevalece y la de que la persecución se derrota a sí misma, o la de que el hombre es bueno por naturaleza y sólo lo corrompe su entorno. Esta ideología perfeccionista ha arraigado en casi todos nosotros, y es en su nombre que protestamos cuando, por ejemplo, un gobierno laborista vota a favor de conceder unos ingresos enormes a las hijas del rey o muestra sus reservas en cuanto a la nacionalización del acero. Pero en nuestras mentes también hemos acumulado toda una serie de contradicciones que no queremos admitir, como resultado de encontronazos sucesivos con la realidad.

El primer gran encontronazo fue la Revolución rusa. Por razones algo complejas, casi toda la izquierda inglesa se ha visto impelida a aceptar el régimen ruso como «socialista» al tiempo que reconoce silenciosamente que su espíritu y sus prácticas están muy alejados de cualquier cosa que se entienda por «socialismo» en este país. De ahí que haya surgido una especie de manera esquizofrénica de pensar, en que palabras como «democracia» pueden tener dos significados irreconciliables y cosas como los campos de concentración y las deportaciones masivas pueden estar bien y mal al mismo tiempo. El siguiente golpe a la ideología de la izquierda fue el surgimiento del fascismo, que sacudió el pacifismo e internacionalismo de la izquierda sin traer consigo un replanteamiento doctrinario preciso. La experiencia de la ocupación alemana enseñó a los pueblos europeos algo que los pueblos colonizados ya sabían, a saber: que las luchas de clase no revisten una importancia absoluta y que sí existe algo llamado «interés nacional». Después de Hitler se volvió difícil sostener que «el enemigo está en tu propio país» y que la independencia nacional no tiene ningún valor. Sin embargo, aunque todos sabemos esto y actuamos en consonancia, aún tenemos la sensación de que decirlo en voz alta sería una especie de traición. Y, por último, la mayor dificultad de todas: el hecho de que la izquierda está ahora en el poder y está obligada a asumir la responsabilidad y a tomar decisiones genuinas.

Los gobiernos de izquierdas casi siempre decepcionan a quienes los apoyan porque, incluso cuando es posible alcanzar la prosperidad que han prometido, siempre es preciso un incómodo período de transición acerca del cual poco se ha dicho de antemano. En estos momentos vemos a nuestro gobierno, sumido en graves apuros económicos, luchando de hecho contra su propia propaganda del pasado. La crisis que ahora padecemos no es una calamidad súbita e inesperada, como un

terremoto, y no la causó la guerra, sino que solamente la aceleró. Hace décadas que podía preverse que algo así sucedería. Desde el siglo XIX nuestros ingresos nacionales, dependientes en parte de los intereses de inversiones extranjeras y de los mercados asegurados y de materias primas baratas en los países coloniales, eran sumamente precarios. Estaba claro que, tarde o temprano, algo iba a fallar y que nos íbamos a ver forzados a equilibrar nuestras exportaciones con nuestras importaciones, y que cuando eso ocurriera el nivel de vida inglés, incluido el de la clase obrera, se iba a deteriorar, al menos temporalmente. Y aun así los partidos de izquierdas, incluso cuando eran vociferantemente antiimperialistas, nunca aclararon estos hechos. De vez en cuando estaban dispuestos a admitir que los trabajadores ingleses se habían beneficiado en cierta medida del saqueo de Asia y de África, pero siempre daban a entender que podríamos renunciar al botín y, de alguna manera, conservar nuestra prosperidad. En muy amplia medida, de hecho, el socialismo conquistó a los obreros diciéndoles que estaban siendo explotados, mientras que, en términos mundiales, la cruda realidad es que eran explotadores. Ahora, todo parece indicar que estamos en el punto en el que el nivel de vida de la clase trabajadora no puede ser mantenido, y mucho menos elevado. Incluso si exprimimos a los ricos hasta la última gota, la mayoría de la gente debe, o bien consumir menos, o bien producir más. O ¿estoy exagerando el desastre en el que nos hallamos inmersos? Podría estarlo, y me alegraría equivocarme. En cualquier caso, lo que quiero dejar claro es que esta cuestión, entre la gente fiel a la ideología izquierdista, no puede ser discutida sin tapujos. La reducción de los salarios y el aumento de las jornadas laborales son medidas consideradas intrínsecamente antisocialistas y que por tanto deben ser descartadas de antemano, al margen de la situación económica que se viva. Sugerir que quizá sean inevitables es arriesgarse a que le cuelguen a uno esos sambenitos que a todos nos aterran. Es mucho más prudente esquivar el tema y fingir que podemos enmendar la situación redistribuyendo la renta nacional existente.

Aceptar una ortodoxia siempre entraña heredar contradicciones sin resolver. Considérese, por ejemplo, el hecho de que toda la gente sensible se escandaliza del industrialismo y de sus productos y, al mismo tiempo, es consciente de que la erradicación de la pobreza y la emancipación de la clase obrera no requieren de menos industrialización, sino de cada vez más. O el hecho de que ciertos trabajos son absolutamente necesarios y, sin embargo, nunca son realizados sin algún tipo de coerción. O el hecho de que es imposible tener una política exterior positiva sin contar con unas fuerzas armadas poderosas. Se podrían aducir muchos otros ejemplos. En cada uno de esos casos hay una conclusión perfectamente clara, pero que sólo se puede sacar si en privado se es desleal a la ideología oficial. La reacción habitual es empujar la pregunta sin respuesta a un rincón de la mente y, acto seguido, seguir repitiendo eslóganes contradictorios. No es necesario buscar mucho en los periódicos y las revistas para descubrir los efectos de este tipo de pensamiento.

Por supuesto, no estoy sugiriendo que la hipocresía mental sea característica de

los socialistas o de los izquierdistas en general, o que sea más común entre ellos, sino tan sólo que la aceptación de cualquier disciplina política parece ser incompatible con la integridad literaria. Esto cabe aplicarlo igualmente a movimientos como el pacifismo y el personalismo, que dicen estar al margen de la lucha política corriente. En efecto, el mero sonido de una palabra acabada en *-ismo* parece apestar a propaganda. Las lealtades de grupo son necesarias y, aun así, son nocivas para la literatura, puesto que la literatura es el fruto de personas concretas. Tan pronto como a dichas lealtades se les permite ejercer cualquier influencia, incluso negativa, sobre la escritura creativa, el resultado es no sólo el falseamiento sino también, frecuentemente, el agotamiento de las facultades inventivas.

Bueno, entonces ¿qué? ¿Debemos concluir que es deber de todo escritor «no meterse en política»? ¡Ciertamente no! En cualquier caso, como ya dije, ninguna persona inteligente puede dejar de involucrarse en política en una época como esta. Sólo sugiero que debemos establecer una división más clara entre nuestras lealtades literarias y nuestras lealtades políticas, y reconocer que la voluntad de hacer ciertas cosas desagradables pero necesarias no acarrea la obligación de comulgar con las creencias que suelen ir aparejadas a estas. Cuando un escritor se involucra en la política, debe hacerlo como ciudadano, como ser humano, pero no como escritor. No creo que por sus dotes artísticas tenga derecho a librarse del trabajo sucio cotidiano de la política. Tanto como cualquier otro, debe estar listo para pronunciar discursos en salas con corrientes de aire, colgar carteles, distribuir panfletos e incluso combatir en ciertas guerras si es necesario. Pero, haga lo que haga por servir a su partido, nunca debe escribir para él. Debe dejar claro que la escritura es una tarea aparte, y debe ser capaz de cooperar al tiempo que, si así lo decide, rechaza de plano la ideología oficial. Nunca debe renunciar a una línea de pensamiento porque pueda llevarlo a cometer una herejía, y no debe importarle mucho que su falta de ortodoxia sea sometida a escrutinio, como probablemente lo será. Hoy en día, quizá sea incluso una mala señal en un escritor el que no se sospeche de él que es reaccionario, al igual que lo era hace veinte años si no se sospechaba que tenía simpatías comunistas.

Pero ¿significa todo esto que un escritor debería negarse no sólo a recibir órdenes y consignas de dirigentes políticos sino también a escribir sobre política? Una vez más, ¡ciertamente no! No hay razón para que no escriba de la manera más crudamente política si así lo desea, sólo que debe hacerlo como individuo, como alguien de fuera, a lo sumo como un guerrillero no bienvenido en los flancos de un ejército regular. Esta actitud es bastante compatible con la utilidad política corriente. Es razonable, por ejemplo, estar dispuesto a pelear en una guerra porque uno piense que debe ser ganada y, al mismo tiempo, negarse a escribir propaganda bélica. A veces, si un escritor es sincero, sus escritos y sus actividades políticas pueden llegar a contradecirse. Hay ocasiones en que ello es simplemente indeseable, pero entonces el remedio no es tergiversar los propios impulsos, sino permanecer callado.

Sugerir que en tiempos de conflicto un escritor creativo debe compartimentar su

vida en dos puede parecer derrotista o frívolo, y aun así no veo qué otra cosa puede hacer en la práctica. Encerrarse en una torre de marfil es imposible y nada recomendable, mientras que ceder en el plano subjetivo, no sólo a la maquinaria de un partido sino a una ideología de grupo, es destruirse a sí mismo como escritor. Sentimos este dilema como algo doloroso, porque percibimos la necesidad de involucrarnos en política a la vez que vemos cuán sucio y degradante es. Además, la mayoría de nosotros aún albergamos la creencia de que toda elección, incluso toda elección política, lo es entre el bien y el mal, y que si algo es necesario, entonces es correcto. Debemos, en mi opinión, deshacernos de esta creencia infantil. En política uno nunca puede hacer nada excepto juzgar cuál de los males es el menor, y hay ciertas situaciones de las que uno sólo puede escapar actuando como un lunático o como un demonio. La guerra, por ejemplo, puede ser necesaria, pero no cabe duda de que no es correcta ni sensata. Incluso unas elecciones generales no son exactamente un espectáculo placentero o edificante. Si debes participar en tales cosas —y creo que en efecto debes, a menos que estés insensibilizado por la vejez, por la estupidez o por la hipocresía—, entonces debes mantener una parte de ti mismo inviolada. Para la mayoría de la gente el problema no se presenta de la misma forma, porque sus vidas están divididas de entrada. Sólo están realmente vivos en sus horas de ocio, y no existe conexión emocional alguna entre su trabajo y sus actividades políticas. Y tampoco se les suele pedir que se degraden como trabajadores en nombre de lealtades políticas. En cambio, al artista, y sobre todo al escritor, se le pide justamente eso (de hecho, es lo único que los políticos le piden). Si se niega, ello no significa que vaya a ser condenado a la inactividad. Una mitad de él, que en cierto modo es todo él, puede actuar tan resueltamente, incluso tan violentamente si es preciso, como cualquier otra persona. Pero sus escritos, en la medida en que tengan algún valor, siempre serán producto de su «yo» más lúcido, que se mantiene al margen, percibe las cosas que se hacen y admite su necesidad, pero que se niega a engañarse en lo tocante a su naturaleza.

LA PRENSA BRITÁNICA DE IZQUIERDAS

Progressive (Madison, Wisconsin), junio de 1948

La peculiaridad más asombrosa de la prensa británica es su concentración extrema; hay relativamente pocos periódicos, y la mayoría pertenecen a un pequeño círculo de personas. Esto se debe, en parte, a que Gran Bretaña es un país pequeño, lo cual permite que a primera hora de la mañana los diarios de Londres estén ya a la venta en una localidad situada tan al norte como Glasgow.

Fuera de la capital existen algunos diarios importantes, como el *Guardian* de Manchester, pero ninguno de ellos tiene una tirada muy grande y, además, todo el país, hasta más allá de la frontera escocesa, está cubierto por ocho diarios londinenses. En lo referente a revistas semanales o mensuales, no se publica nada importante fuera de Londres.

Esta peculiar estructura de la prensa británica ha existido durante los últimos treinta años, así que, de momento, una prensa de izquierdas es posible desde el punto de vista político, pero imposible en términos financieros. Fundar un periódico que pueda competir con los ya existentes requeriría un capital de muchos millones de libras, y en Londres, aparte del minúsculo *Daily Worker*, no se ha lanzado ningún diario matutino o vespertino nuevo desde 1918. Las siguientes cifras, que son inevitablemente aproximadas, les darán alguna idea de cómo están repartidos los lectores en un país donde, recientemente, la mayoría ha votado por los laboristas.

Si consideramos sólo los periódicos con una orientación política definida y dejamos fuera del recuento a la prensa de provincias, la circulación total de la prensa inglesa asciende a más de cien millones de ejemplares. De estos, más o menos veintitrés millones corresponden a diarios que podrían ser calificados «de izquierdas», pero esto incluye al diario liberal *News-Chronicle*, que es ciertamente «progresista», pero que no siempre apoya al gobierno laborista. Si contabilizamos exclusivamente los periódicos que tienen verdadera afinidad con un partido de izquierdas, entonces la cifra asciende a catorce millones, o menos de la séptima parte del total. Hoy en Inglaterra sólo hay seis periódicos de izquierdas. Son estos:

The Daily Herald: Con una tirada de alrededor de dos millones de ejemplares, es el tercero de los diarios británicos. El *Herald* puede ser visto como el periódico oficial del Partido Laborista, pero representa básicamente al sindicato y al ala más conservadora de la formación política. Fue fundado en 1914, y durante los siguientes quince años, con una política y una actitud bastante más radicales que las que

mantiene en la actualidad, fue fracasando, un director tras otro, siempre al borde de la bancarrota. Aunque su tirada alcanzaba los cuatrocientos mil ejemplares, no lograba financiarse porque, en esa época, los anunciantes no querían patrocinar un periódico de izquierdas.

En 1929 el *Herald* fue reorganizado, y el capital se lo repartieron al 50 por ciento entre el sindicato y Odham's, una gran firma publicitaria que poseía varios semanarios dirigidos a las clases populares. Durante el proceso, el *Herald* fue transformado en un periódico popular común y corriente, tanto en el tono como en el diseño, pero se acordó que Odham's no tendría control sobre la línea editorial, de la que se encargaría el Partido Laborista.

El acuerdo ha sido respetado. Aunque a veces tiene buenos corresponsales en el extranjero, el *Herald* es un periódico muy aburrido, muy inferior a varios de los rotativos de la misma línea. Sin embargo, ha logrado mantener una circulación estable de dos millones de ejemplares durante más de doce años, en parte, sin duda, porque ofrece una información sindical muy completa. Su público es casi por entero de clase trabajadora.

Reynold's News: Periódico dominical con una tirada de aproximadamente setecientos mil ejemplares (muy pequeña para un periódico dominical británico; hay uno que alcanza ¡los siete millones!). En la prensa estadounidense se refieren al *Reynold's* como «el periódico de los compañeros de viaje», pero esto no es del todo cierto. Oficialmente es el periódico del Partido Cooperativo, que es el órgano político del cooperativismo, un movimiento que más o menos está integrado en el Partido Laborista. El *Reynold's*, sin embargo, posee una fuerte influencia comunista, que afecta hasta a las reseñas de libros. A veces da la impresión de que hay tres periódicos en uno, el cooperativista, el comunista y el periódico dominical corriente, dedicado a los deportes, la crónica de sucesos y la familia real. A veces el *Reynold's* incluye artículos inteligentes, pero en general es un periódico poco satisfactorio que combina una atmósfera sectaria con lo peor de la prensa sensacionalista.

The New Statesman and Nation: Revista semanal con una tirada de alrededor de ochenta mil ejemplares. El *New Statesman* fue fundado en 1913, y desde entonces ha «incorporado» tres periódicos rivales de una línea similar. Actualmente es, de lejos, el semanario político más influyente de Inglaterra. Al *New Statesman* se lo suele definir también como una publicación de los «compañeros de viaje», y esto, de nuevo, tampoco es estrictamente cierto, aunque en este caso debería decir que lo es en buena medida.

En alguna ocasión, el *New Statesman* se ha opuesto de plano a la línea comunista, por ejemplo, con motivo del pacto germano-soviético, y probablemente volvería a hacerlo si la agresión rusa contra Europa fuera más allá. No obstante, durante un período de más o menos veinte años el *New Statesman* hizo bastante —ciertamente

más que cualquier otra publicación— por difundir una rusofilia acrítica entre la intelectualidad británica, algo destacable porque no tiene ningún vínculo con el Partido Comunista y exhibe un claro distanciamiento respecto de la URSS.

Además de H. Kingsley Martin, el director, varios personajes de izquierdas bien conocidos están, o han estado, relacionados con esta publicación: Leonard Woolf, H. N. Brailsford, John Strachey, Harold Laski, J. B. Priestley, R. H. S. Crossman y otros.

En el aspecto técnico, el *New Statesman* merece reconocimiento. Durante muchos años ha mantenido un alto nivel periodístico y ha conservado, más que una línea política escrupulosamente definida, una actitud distinta. Todos los rojillos cultos de clase media suelen leerlo. Se parece al estadounidense *The New Republic*, pero es, tengo que decirlo, una publicación más adulta.

Tribune: Revista semanal de tirada incierta, pero que debe de andar por los veinte mil ejemplares. El *Tribune* fue fundado un año o dos antes de la guerra, y en esa época era más bien una publicación bastante vociferante que, al precio de tres peniques (cinco centavos de dólar), circulaba básicamente entre la clase trabajadora. Estaba controlada por *sir* Stafford Cripps, que recientemente ha sido llamado a cuentas por el Partido Laborista por crear una formación alternativa, la Liga Socialista. Los comunistas, que estaban entonces en su fase frentepopulista, veían con aprobación al *Tribune* y colaboraban en su distribución.

Después de la firma del pacto germano-soviético y de que estallara la guerra, este apoyo se desvaneció y la circulación del *Tribune*, que nunca había sido muy elevada, cayó a los dos mil ejemplares. En 1941, cuando Cripps se unió al gobierno y se vio obligado a cortar sus lazos con la publicación, fue relevado por Aneurin Bevan, el actual ministro de Sanidad.

Bevan la convirtió en una publicación de seis peniques, más o menos en la línea del *New Statesman*, y durante el resto de la guerra fue probablemente el mejor, y desde luego el más independiente, de los periódicos de izquierdas. De hecho, era la única publicación inglesa que, al tiempo que apoyaba el esfuerzo de guerra y mantenía una actitud responsable ante él, fue radicalmente crítica con el gobierno de Churchill. Fue también la única publicación de izquierdas que intentó contrarrestar la propaganda soviética.

Tras las elecciones generales de 1945, Bevan entró en el gobierno y *Tribune* se convirtió en el órgano de los jóvenes parlamentarios laboristas, de los cuales Michael Foot es probablemente el más conocido. Este grupo (que no debe confundirse con los criptocomunistas) apoya el programa gubernamental en sus aspectos más básicos pero critica su política exterior, especialmente en lo tocante a Grecia y Palestina.

Inevitablemente, el *Tribune* ha perdido parte de su vigor desde que los laboristas formaron gobierno. Sufre la vergüenza ajena que asalta a los rebeldes cuando los suyos ascienden al poder y, además, sus ataques a la política exterior de Bevin han

sido un tanto irreales, ya que en el asunto vital de plantarle cara a Rusia no ha mantenido una línea editorial de oposición al gobierno. Algunos comunistas y compañeros de viaje escriben de vez en cuando en el *Tribune*, pero todos los que tienen algo que ver con la elaboración de su línea política son claramente anticomunistas. A pesar de las apariencias, se trata del apoyo más sólido que tiene el gobierno entre los semanarios. La mayor parte de su público, al que se ganaron sobre todo durante la guerra, es probablemente de clase media, porque estaremos de acuerdo en que la clase obrera inglesa no paga más de tres peniques por una revista semanal.

Forward: Revista semanal, esencialmente para la clase media, publicada en Glasgow. No puede decirse que *Forward* sea una publicación influyente y su tirada es probablemente pequeña, pero es interesante como ejemplo del viejo estilo rebelde, con esa versión maximalista del socialismo que sigue floreciendo a orillas del río Clyde. Está casi siempre en desacuerdo con el gobierno, pero su línea política es extremadamente errática; es prorrusa siempre que es posible, pero, por otra parte, es anticomunista y defiende a ultranza la libertad de expresión. El director de *Forward* es Emrys Hughes, un turbulento parlamentario laborista de segunda fila. Escritores muy conocidos como Bernard Shaw, Bertrand Russell y Sean O'Casey escriben de vez en cuando en sus páginas.

The Daily Worker: De tirada incierta, que probablemente alcance, en ocasiones, los cien mil ejemplares. El *Daily Worker* fue fundado en 1929 y prohibido dos años durante la guerra por su discurso derrotista. En comparación con sus primeros años ha mejorado a ojos vista, y a veces incluye críticas de libros y artículos científicos bastante buenos, pero sigue siendo más un panfleto propagandístico que un periódico. Por otra parte, comparado con la prensa comunista continental, y hasta con la estadounidense, el *Daily Worker* no es un periódico excesivamente insidioso. Va tirando, en parte, gracias a las suscripciones de sus simpatizantes. Los intentos recientes de financiarlo por medio de acciones sólo han tenido un éxito parcial.

Estos seis periódicos que he enumerado son todo lo que Inglaterra posee —es decir, todo lo que tiene algo de importancia— en el espectro de los periódicos de izquierdas. Aparte de esto, no hay más que pasquines oscuros que hablan de los sindicatos o de asuntos rigurosamente locales y algunas revistillas que no pretenden dirigirse al gran público, más uno o dos periódicos dedicados a difundir propaganda soviética y que no tienen mucho que ver con la política inglesa.

Entre las pequeñas revistas sectarias, la que tiene más difusión probablemente sea la comunista *Labour Monthly*. Teniendo en cuenta la escasez de los recursos con que cuentan, los comunistas son mucho más emprendedores que los laboristas. Editan innumerables panfletos y poseen, o controlan, una cadena de librerías en las que, naturalmente, sus obras están en primera fila. Asimismo, durante algunos años antes

y después de la guerra ejercieron una influencia considerable en el liberal *News-Chronicle* (con una tirada de un millón y medio de ejemplares).

No obstante, está claro que la competencia comunista no es lo realmente importante desde el punto de vista del Partido Laborista. El hecho clave es que el gobierno, que sin duda representa a la mayoría del pueblo, es atacado y tergiversado a diario por la abundante y eficaz prensa conservadora, mientras que él cuenta con un solo periódico. Respecto a la BBC, que es una corporación independiente, no es ni amiga ni enemiga. Sus servicios en el extranjero funcionan bajo la supervisión del gobierno, pero dentro de Inglaterra podríamos decir, con toda justicia, que es políticamente neutral.

Durante más de un año, una comisión nombrada por el gobierno ha estado indagando, con mucha cautela y con cierta oposición, sobre el estado de la prensa británica. Cualquier cosa que encuentren no acarreará cambios drásticos, porque la prensa no está en la mira de las nacionalizaciones en el futuro inmediato. Pero es posible que se haga algo para limitar la cantidad de periódicos que pueden tenerse en propiedad. En la actualidad puede suceder —de hecho, pasa en un par de casos— que un solo magnate de la prensa posea, o controle, más de cien publicaciones periódicas de diversos tipos y que a todas les imponga su línea política.

También es probable que un nuevo periódico vespertino londinense sea lanzado junto con el *Daily Herald*. La izquierda, obviamente, necesita mejor publicidad, pero en un país que sigue siendo básicamente capitalista, con un público que se ha acostumbrado durante décadas a leer los mismos periódicos, a la prensa de izquierdas no le resulta fácil crecer a menos que obtenga una cuantiosa subvención.

El tema se ha discutido mucho durante los últimos dos años sin que se haya llegado a una conclusión definitiva. Por una parte, la mayoría de los periodistas británicos no lamentarían que los magnates de la prensa fueran destronados, y, por otra, entre los periodistas de todas las ideologías se ha generado cierta alarma ante la perspectiva de una prensa controlada por el gobierno o por un partido político. El Partido Laborista, con su enorme base de militantes y su constante flujo de fondos, podría perfectamente invertir más dinero en la promoción de periódicos afines. Pero está por ver si un partido político que ha subvencionado a su propia prensa puede tener la imaginación que se requiere para no dirigirla de forma totalitaria.

GEORGE GISSING

Mayo-junio de 1948 (?)

No es fácil hablar con confianza del progreso bajo la amenaza de la bomba atómica, pero aun así, si podemos contar con que no seremos borrados del mapa en diez años, hay muchas razones, y las novelas de George Gissing están entre ellas, para pensar que nuestra época es mejor que la más reciente. Si Gissing siguiera vivo sería más joven que Bernard Shaw, y, sin embargo, el Londres sobre el que escribió parece tan distante como el de Dickens. Es el Londres de la década de 1880, con niebla y luz de gas, una ciudad de puritanos borrachos donde la vestimenta, la arquitectura y los muebles alcanzaron las más altas cotas de fealdad, y donde dormir en un solo cuarto era algo prácticamente normal para una familia de clase obrera de diez miembros. En general, Gissing no escribía sobre las peores miserias de la pobreza, pero uno difícilmente puede leer sus descripciones de la vida de la clase media baja, tan fidedignas al reflejar su monotonía, sin tener la sensación de que hemos mejorado sensiblemente desde aquel sucio mundo de economía despiadada de hace apenas sesenta años.

Toda la obra de Gissing, con la excepción de un par de libros que escribió al final de su vida, contiene pasajes memorables, y cualquiera que se acerque a ella por primera vez tendría que empezar por *In the Year of the Jubilee*. Es una pena que se utilice el papel para reimprimir dos de sus libros menores en lugar de destinarlo a esas obras por las que debería ser recordado, y que son, desde hace años, completamente imposibles de conseguir. *Mujeres sin pareja*, por poner un ejemplo, lleva años descatalogado. Yo tengo un ejemplar, en una de esas ediciones baratas y siniestras, de cubierta roja, que aparecieron antes de la guerra de 1914, y se trata del único ejemplar que he visto o del que he oído hablar. *New Grub Street*, la obra maestra de Gissing, no he podido comprarla nunca. La leí en un ejemplar, con las hojas llenas de lamparones, que saqué en préstamo de una biblioteca, y lo mismo me ha sucedido con *Demos*, *The Nether World* y otros dos. Hasta donde sé, sólo *The Private Papers of Henry Ryecroft*, el libro sobre Dickens, y *A Life's Morning* han sido reeditados recientemente. De todas maneras, las dos que se han reeditado ahora merecen ser leídas, sobre todo *In the Year of the Jubilee*, que es la más sórdida y también la más característica de sus obras.

En su introducción, William Plomer dice que, «en general, las novelas de Gissing tratan sobre dinero y mujeres», y Myfanwy Evans afirma algo parecido en la introducción de *The Whirlpool*. En mi opinión, deberíamos ampliar la definición y decir que las novelas de Gissing son un acto de protesta contra esa forma de

masoquismo que se llama «respetabilidad». Gissing era un hombre libresco y probablemente demasiado civilizado que, pese a estar enamorado de la Antigüedad clásica, se vio atrapado en un país protestante, frío y neblinoso donde era imposible vivir confortablemente si entre el mundo y tú no mediaba un colchón de dinero. Detrás de sus quejas y de su rabia está la percepción de que los horrores de la vida, durante la época victoriana tardía, eran en buena medida innecesarios. La mugre, la estupidez, la fealdad, la represión sexual, el libertinaje furtivo, la vulgaridad, las malas maneras, la censura…; todo ello era innecesario porque el puritanismo ya no estructuraba a la sociedad. La gente, que sin volverse menos eficiente hubiera podido ser razonablemente feliz, escogía llevar una vida miserable e inventarse tabúes estúpidos ante los cuales horrorizarse. El dinero era un fastidio no sólo porque sin él te morías de hambre, sino también porque si no tenías mucho —trescientas libras al año, digamos— la sociedad no te permitía vivir bien, ni siquiera en paz, y las mujeres también eran un fastidio porque creían en los tabúes mucho más que los hombres y seguían siendo esclavas de la respetabilidad aunque la hubieran quebrantado. El dinero y las mujeres eran los dos instrumentos a través de los cuales la sociedad se vengaba de los valientes y de los inteligentes. A Gissing le hubiera gustado contar con un poco más de dinero, pero no estaba interesado en eso que solemos llamar «justicia social». La clase trabajadora no le suscitaba ninguna admiración, y no creía en la democracia. No quería hablar para la multitud, sino para el hombre excepcional, para el hombre sensible rodeado de bárbaros.

En *Mujeres sin pareja* no hay un solo personaje importante cuya vida no haya sido arruinada por tener poco dinero, o por haberlo tenido demasiado tarde, o por la presión de unas convenciones sociales que, aunque eran absurdas, no podían ser puestas en cuestión. Una vieja solterona corona su vida inútil abandonándose a la bebida; una hermosa jovencita se casa con un viejo que tiene edad suficiente para ser su padre; un esforzado maestro de escuela aplaza el matrimonio con su prometida hasta que los dos, ya marchitos, alcancen la mediana edad; un hombre bondadoso por naturaleza es martirizado hasta la muerte por su esposa; un hombre espiritual y excepcionalmente inteligente pierde la oportunidad de casarse y cae en la frivolidad. En todos los casos, la causa del desastre es la obediencia al código social, o el no tener el dinero suficiente para escapar de este. En *A Life's Morning*, un hombre honesto y dotado se enfrenta a la ruina, y a la muerte, porque es imposible caminar por la gran ciudad sin sombrero. Viajando en tren su sombrero sale volando por la ventana, y como no tiene dinero suficiente para comprarse otro, se apropia de uno que pertenece a su jefe y eso desencadena una serie de desastres. Se trata de un interesante ejemplo de cómo un cambio en la vestimenta convierte en ridículo un tabú tan arraigado. Si hoy, por alguna razón, perdemos los pantalones, probablemente robaríamos dinero antes que caminar por la calle en calzoncillos. En los años ochenta la necesidad de llevar sombrero tenía la misma fuerza. De hecho, hasta hace treinta o cuarenta años los hombres sin sombrero eran abucheados en la calle. Después, por

una razón no del todo clara, la cabeza sin sombrero se volvió respetable, y hoy esta tragedia particular escrita por Gissing, completamente verosímil en el contexto de su época, no podría tener lugar.

El más impresionante de los libros de Gissing es *New Grub Street*. Para un escritor profesional se trata de un libro incómodo y desmoralizador, porque aborda, entre otras cosas, el temido síndrome de la página en blanco. La lista de escritores que súbitamente pierden la facultad de escribir no es, sin duda, muy larga, pero es una calamidad que le puede suceder a cualquiera en cualquier momento, como la impotencia sexual. Gissing, desde luego, trenza la historia con sus temas habituales: el dinero, la presión del código social y la estupidez de las mujeres.

Edwin Reardon, un joven novelista que acaba de abandonar su empleo tras el modesto éxito cosechado por su novela, se casa con una jovencita encantadora y aparentemente inteligente, que cuenta con una modesta entrada económica. Aquí, y en otro par de ocasiones, Gissing efectúa lo que hoy parece una curiosa observación al plantear lo difícil que es contraer matrimonio para un hombre culto y sin dinero. Reardon se casa, pero su amigo, que no ha tenido tanta suerte en la vida, vive solo en un ático y subsiste con trabajos de tutor muy mal pagados; se ve obligado a aceptar con resignación el celibato. Si lograra encontrar una esposa, nos dice Gissing, tendría que ser una joven pobre y sin educación. Las mujeres sensibles y refinadas no soportan la pobreza. Y aquí el lector percibe de nuevo las profundas diferencias que existen entre aquella época y la nuestra. Sin duda Gissing tenía razón al plantear, a lo largo de sus libros, que las mujeres inteligentes son animales muy raros, y que si uno quiere casarse con una mujer inteligente y hermosa, el rango de elección estará muy restringido, de acuerdo con una regla aritmética que es bien evidente. Sería como si a uno le permitieran escoger exclusivamente entre los albinos, o entre los albinos zurdos. Pero lo que sucede con la odiosa heroína de Gissing, y con algunos otros de sus personajes femeninos, es que la idea de delicadeza, de refinamiento y hasta de inteligencia que prevalecía entonces era prácticamente inseparable de la idea de mujer de estatus social superior y entorno material caro. El tipo de mujer con la que quisiera casarse un escritor era también el tipo de mujer que se marchitaba si vivía en un ático. Cuando Gissing escribió *New Grub Street*, esto era probablemente verdad, y hoy sería justo, me parece, decir que ya no lo es.

Tan pronto como Reardon se casa, empieza a quedar claro que su esposa es una estúpida esnob, el tipo de mujer para la que el «gusto artístico» no es más que una excusa para competir socialmente. Al casarse con un novelista, calcula que pronto será la esposa de alguien famoso cuya gloria se reflejará en ella. Reardon es un intelectual retraído e ineficaz, el típico héroe de Gissing. Ha quedado atrapado en un mundo caro y pretencioso que no podrá mantener, y el ánimo le flaquea casi al instante. Su esposa, por supuesto, no tiene ni la menor idea de lo que significa la creación literaria. Hay un pasaje terrible —terrible al menos para quien se gana la vida escribiendo— en el que ella calcula el número de páginas que pueden escribirse

en un día y, a partir de este dato, el número de novelas que podría escribir su esposo en un año, pensando que no se trata de una profesión demasiado laboriosa. Mientras tanto, Reardon atraviesa un período de sequía. Día tras día se sienta ante su escritorio y no pasa nada, no se le ocurre nada. Finalmente, atenazado por el pánico, rellena de basura literaria unas cuartillas. Su editor, como el libro anterior había sido un éxito, acepta lleno de dudas lo que le entrega. Después ya no es capaz de escribir nada digno de ser publicado. Está acabado.

Lo más desolador es que su problema quedaría resuelto si pudiera regresar a su antiguo empleo y a su vida de soltero. El experimentado periodista que después se casa con la viuda de Reardon es el tipo de hombre que, si se le deja a su aire, es capaz de escribir un buen libro cada dos años. Pero, claro, no lo dejan a su aire. Ni puede regresar a su antigua profesión, ni puede relajarse y vivir del dinero de su mujer. La opinión pública, debidamente espoleada por su esposa, lo reduce a la impotencia y finalmente lo conduce a la tumba. La mayoría de los personajes del libro no son más afortunados, y los problemas que los atormentan se parecen bastante a los de hoy. Pero, al menos, el desastre central del libro no podría ocurrir ahora, al menos no de la misma forma ni por las mismas razones. Seguramente, la mujer de Reardon sería menos estúpida, y él habría tenido menos escrúpulos y la hubiera abandonado antes que soportar esa vida intolerable. Una mujer de un tipo más o menos similar aparece en *The Whirlpool*, con el nombre de Ana Frothingham. A modo de contrapunto están las tres señoritas Frenches de *In the Year of the Jubilee*, que representan la clase media baja emergente —una clase que, de acuerdo con Gissing, empezaba a contar con un dinero y un poder que no podía utilizar— y que eran sorprendentemente burdas, rudas, malhumoradas y amorales. A simple vista, las mujeres elegantes de Gissing son completamente distintas de las que no lo son, y esto parece que invalida su condena general del sexo femenino. La conexión entre las dos es que ambas están miserablemente limitadas por su aspecto. Incluso las que son inteligentes y espirituales, como Rhoda en *Mujeres sin pareja* (un interesante espécimen embrionario de la «nueva mujer»), no puede pensar en términos generales ni escapar de los códigos establecidos. Parece que, en su fuero interno, Gissing piensa que las mujeres son seres inferiores. Le gustaría que fueran más instruidas, pero, por otra parte, no quiere que tengan libertad, porque seguramente harían un mal uso de ella. Las mejores mujeres de sus libros son las amas de casa, modestas y contenidas.

Sería deseable que las obras completas de Gissing fueran reeditadas en cuanto vuelva a haber suficiente papel. Hay varios de sus libros que no he leído nunca porque no he podido conseguirlos, incluido *Born in Exile*, que me han dicho que es el mejor. Pero me basta con la fuerza de *New Grub Street*, *Demos* y *Mujeres sin pareja* para sostener que Inglaterra ha dado pocos novelistas como él. Esto quizá pueda parecer una afirmación exagerada, hasta que uno se detiene a pensar la definición de novela. La palabra «novela» se utiliza para designar casi cualquier tipo de historia —*El asno de oro*, *Ana Karenina*, *Don Quijote*, *Madame Bovary* o *Las minas del rey*

Salomón, por citar algunas—, pero también tiene un significado más preciso, que se refiere a algo que difícilmente existía antes del siglo XIX y que floreció, sobre todo, en Rusia y en Francia. La novela, en este sentido, es una historia que intenta describir a seres humanos creíbles y que, sin recurrir necesariamente a la técnica del naturalismo, los muestra reaccionando ante acontecimientos cotidianos y no sólo siguiendo el curso de aventuras improbables. Una verdadera novela, a tenor de esta última definición, también incluirá al menos dos personajes, probablemente más, descritos desde el interior y con el mismo nivel de posibilidades; lo cual, en efecto, rige las novelas escritas en primera persona. Si uno acepta esta definición, resulta evidente que la novela no es una forma artística que nos muestre las excelencias de Inglaterra.

Los escritores comúnmente celebrados como «grandes novelistas ingleses» siempre encuentran la forma de no ser novelistas, o de no ser ingleses. Gissing no era un escritor de historias picarescas, o burlescas, o comedias, o de tramas políticas, sino que estaba interesado en seres humanos concretos, con su talento para adentrarse en una multitud de argumentos y escribir, a partir de la colisión de estos, una historia verosímil, y esto lo hacía excepcional entre los escritores ingleses.

No hay, ciertamente, mucho de eso que llamamos belleza, ni demasiado lirismo en las situaciones y los personajes que imaginaba, ni tampoco en la textura de su prosa. Su prosa, de hecho, es con frecuencia desagradable. He aquí un par de ejemplos:

> Pensaba sin ninguna impunidad, acostumbrada a extraviarse en regiones prohibidas, resuelta siempre a conservar la distancia corporal. (*The Whirlpool*)

> La ineptitud de las mujeres inglesas sin educación, en todo lo relativo a sus atuendos, es un hecho en el que no merece la pena detenernos. (*In the Year of the Jubilee*)

En todo caso, nunca cometía errores importantes, siempre resulta claro lo que quería decir, nunca echaba mano del efectismo y sabía cómo mantener el equilibrio entre la narración y los diálogos, y cómo conseguir que el diálogo sonara verosímil y que no contrastara demasiado con la prosa circundante. Un inconveniente más importante que su manera poco elegante de escribir era su reducido abanico de experiencias. Sólo le preocupaba un pequeño estrato de la sociedad y, a pesar del vívido entendimiento que tenía sobre la forma en que las circunstancias afectaban a un personaje, no parecía interesarse mucho en las fuerzas políticas o económicas. Su mirada es ligeramente reaccionaria, porque no tiene más punto de vista que la mala voluntad. Obligado a vivir entre ella, veía a la clase trabajadora como un grupo de salvajes, y argumentaba que sólo estaba siendo intelectualmente honesto; no veía que podían civilizarse si tenían una pequeña oportunidad. Pero, después de todo, lo que uno espera de un novelista no es una profecía, y parte del encanto de Gissing es que es un hombre rigurosamente de su tiempo, aunque su tiempo lo haya tratado muy mal.

Siempre me ha parecido que su escritor contemporáneo inglés más cercano es Mark Rutherford. Analizando exclusivamente sus cualidades literarias, parecen dos escritores muy distintos. Rutherford fue un escritor mucho menos prolífico, era menos novelista aunque tenía mejor prosa, y el tiempo al que pertenecen sus libros es menos reconocible, tenía la mirada de un reformador social y, sobre todo, era un puritano. Sin embargo, entre los dos hay una inquietante semejanza, que probablemente se deba al hecho de que los dos son ajenos a la maldición de los escritores ingleses: el sentido del humor. Los dos tienen un cierto ánimo depresivo, un aire de soledad. Hay, por supuesto, pasajes divertidos en los libros de Gissing, pero no le preocupa mucho hacer reír (sobre todo no se adentra en lo burlesco). Trata a todos sus personajes más o menos con seriedad e intenta comprenderlos. Cualquier novela tiene personajes secundarios grotescos o que son vistos con un espíritu hostil, pero existe el concepto de imparcialidad, y Gissing lo aplica con más tino que la mayoría de los escritores ingleses. Un punto a su favor es que no tiene un propósito moral muy acentuado. Tiene, desde luego, una importante carga de la fealdad, la vacuidad y la crueldad de la sociedad en la que le tocó vivir, pero estaba más preocupado por describirla que por cambiarla. Generalmente no hay en sus libros alguien que pueda señalarse como el villano, y cuando lo hay, nadie lo castiga. En los temas sexuales Gissing es sorprendentemente franco habida cuenta de la época en que le tocó escribir. No es que escribiera pornografía ni que buscara exaltar la promiscuidad sexual, sino que simplemente le interesaba describir los hechos. La ley no escrita de la ficción inglesa, la idea de que el héroe, al igual que la heroína, de una novela, deben llegar vírgenes al matrimonio, no tuvo cabida desde el principio en sus libros. Como la mayoría de los escritores ingleses de la segunda mitad del siglo XIX, Gissing no podía desear un destino que no fuera el de escritor, o el de caballero entregado al ocio. La dicotomía entre el intelectual y el ignorante ya existía, y una persona capaz de escribir una novela seria no podía encontrarse completamente satisfecho con una vida de hombre de negocios, o de soldado, o de político, o de lo que fuera. Gissing, de manera consciente, era la clase de escritor que quería ser. Su ideal, más bien melancólico, era tener unos ingresos moderados y vivir en una pequeña y confortable casa en el campo, de preferencia soltero, donde pudiera sumergirse en sus libros, especialmente en los clásicos griegos y latinos. Quizá este ideal se habría hecho realidad si no hubiera caído en la prisión inmediatamente después de ganar una beca en Oxford; así que pasó su vida haciendo lo que para él parecía ser un trabajo rutinario, y cuando al fin llegó al punto en que podía escribir de manera más desahogada, murió súbitamente, a la edad de cuarenta y cinco años. Su muerte, descrita por H. G. Wells en *Experimento de autobiografía,* fue consecuente con su vida. Las veinte novelas que escribió entre 1880 y 1900 fueron, por así decirlo, paridas durante su lucha para conseguir una vida confortable de la que nunca disfrutó, y de la que no hubiera sabido sacar partido si la hubiera tenido; es difícil creer que su temperamento hubiera podido ajustarse a una vida de investigación

académica. Quizá su querencia lo hubiera llevado, tarde o temprano, a escribir novelas. Debemos estar agradecidos a esa locura de la juventud que lo apartó de una vida confortable de clase media y lo obligó a convertirse en el cronista de la vulgaridad, del fracaso y de la miseria.

AY, QUÉ ALEGRÍAS AQUELLAS

1939 (?)-junio de 1948 (?)

I

Poco después de mi llegada a St. Cyprian (no fue de inmediato, sino al cabo de una semana o dos, cuando ya empezaba a acostumbrarme a la rutina de la vida en el colegio) comencé a mojar la cama. Tenía ocho años, de modo que aquello supuso una regresión a un hábito que debía de haber superado al menos cuatro antes. Hoy en día, según tengo entendido, que un niño moje la cama en tales circunstancias se considera normal. Es una reacción natural en niños alejados de su hogar y llevados a un lugar que les resulta extraño. En aquellos tiempos, en cambio, se consideraba un delito repugnante que el niño cometía a propósito y que se curaba con una buena azotaina. Por mi parte, no hizo falta que nadie me dijera que era un delito punible. Noche tras noche rezaba con un fervor que jamás había alcanzado en mis oraciones nocturnas: «Por favor, Dios mío, no permitas que moje la cama. Por favor, Dios mío, no permitas que moje la cama». Pero de bien poco me servía. Unas noches ocurría. Otras, no. No había la menor voluntad en ello, ni siquiera conciencia. En sentido estricto, no es que uno hiciera una cosa determinada; tan sólo se despertaba por la mañana y se encontraba con las sábanas empapadas.

Tras el segundo o tercer delito, se me advirtió de que a la próxima recibiría una azotaina, aunque ese aviso lo recibí de una manera curiosamente similar a un rodeo. Una tarde, cuando salíamos del comedor después de la merienda, la señora Wilkes, la esposa del director, se encontraba sentada en la cabecera de una de las mesas y conversaba con una señora de la cual yo no sabía nada, salvo que había venido a hacer una visita vespertina al colegio. Era una mujer de aspecto intimidatorio, masculino, que vestía ropas de montar a caballo. A punto estaba yo de salir de la sala cuando la señora Wilkes me llamó para que volviera, como si fuese a presentarme a la visitante.

A la señora Wilkes la llamaban Flip, y yo no la voy a llamar de otro modo, pues rara vez me acuerdo de ella por otro nombre que no sea ese. (Oficialmente, de todos modos, se le llamaba Mum, probable corrupción del «Ma’am» con que llamaban los alumnos de los colegios privados a las esposas de sus directores). Era una mujer corpulenta, de mejillas coloradas, cabello aplastado sobre la cabeza, cejas prominentes y ojos profundos, suspicaces. Aunque las más de las veces rebosaba una falsa alegría y empleaba un argot masculino para dar ánimos («¡Venga, chaval, arriba ese ánimo!»), e incluso nos llamaba por el nombre de pila, de sus ojos nunca desaparecía esa mirada ansiosa y acusadora. Era muy difícil mirarla a la cara sin sentirse culpable, incluso en los momentos en que no tenía uno la culpa de nada en concreto.

—Aquí tenemos a un muchachito —dijo Flip, señalándome ante la señora desconocida— que moja la cama todas las noches. ¿Y sabes qué voy a hacer si te

vuelves a hacer pis en la cama? —añadió, volviéndose hacia mí—. Voy a encargar a los de sexto curso que te den una tunda.

La desconocida puso cara de inmenso asombro.

—Es lo más indicado —dijo. Y entonces se produjo uno de aquellos desatinados, casi demenciales malentendidos que forman parte de las experiencias diarias de la niñez. Los de sexto curso eran un grupo de alumnos de más edad, naturalmente, seleccionados porque tenían «carácter», y con permiso para pegar a los más pequeños. Yo aún no tenía noticia de su existencia, y oí mal la expresión; en vez de «Sixth Form», «los de sexto curso», creí haber oído «Mrs. Form». Di por hecho que se refería a la desconocida; pensé, mejor dicho, que se llamaba «señora Form». Era un nombre poco probable, pero un niño carece de juicio en tales cuestiones. Me imaginé, por tanto, que era ella la que tenía la prerrogativa de darme una buena tunda. No me pareció del todo extraño que ese cometido se le encomendara a una visita ocasional que no tenía ninguna relación con el colegio. Simplemente di por hecho que la «señora Form» era una severa disciplinante que disfrutaba pegando a los demás (sin saber bien por qué, su aspecto externo parecía confirmarlo), y tuve en el acto una visión terrorífica, pues me la imaginé en el momento oportuno vestida con traje de montar y armada con una fusta. A día de hoy aún estoy a punto de desmayarme de vergüenza al recordarme allí de pie, un chiquillo pequeño, carirredondo, con pantalón corto de pana, ante aquellas dos mujeres. No pude articular palabra. Creí que me moriría si era cierto que la «señora Form» iba a darme una azotaina, pero mi principal sensación no fue de miedo, ni tampoco de resentimiento; fue sólo de vergüenza ante el hecho de que una persona más, una mujer, estaba al corriente de mi delito.

Poco después, y he olvidado cómo, supe que no era la «señora Form» la encargada del castigo. No puedo recordar si esa misma noche mojé la cama, pero en todo caso no tardé demasiado en hacerlo. ¡Qué desesperación, qué sensación de cruel injusticia, después de todos mis rezos, después de mi resolución, al despertarme una vez más en aquellas sábanas empapadas! Imposible ocultar lo que había ocurrido. La adusta y estatuaria supervisora, que se llamaba Margaret, llegó al dormitorio con la intención expresa de inspeccionar mi cama. Retiró las mantas, se incorporó y, en ese momento, las temidas palabras parecieron salir de sus labios como un trueno:

—¡PRESÉNTATE en el despacho del director nada más desayunar!

Pongo en mayúsculas ese «preséntate» porque así fue como me lo imaginé. No sé cuántas veces pude oír esa frase durante mis primeros años en St. Cyprian. Muy rara vez no se refería a la azotaina consiguiente. Esas palabras siempre tuvieron una resonancia portentosa en mis oídos, como los tambores en sordina o una sentencia de muerte.

Cuando fui a su despacho, Flip estaba ocupada en algo en la larga mesa reluciente de la antesala. Me miró con sus ojos inquietos al pasar. En el despacho estaba esperando el director, apodado Sambo. Era un hombre robusto, pero de hombros

caídos y de aspecto extrañamente zafio, no demasiado corpulento, de porte desastrado, con una cara rechoncha que recordaba a la de un niño que hubiera crecido más de la cuenta, y que era capaz de dar muestras de buen humor. Evidentemente, sabía por qué estaba yo allí y ya había tomado una fusta con mango de asta que guardaba en un cajón, pero presentarse ante el director y anunciar en su presencia el delito cometido formaba parte del castigo. Cuando hube dicho lo que tenía que decir, me endilgó un breve sermón, pomposo, y me tomó por el cuello de la camisa, me obligó a inclinarme y comenzó a azotarme con la fusta. Tenía la costumbre de seguir con el sermón mientras nos azotaba, y recuerdo con mucha claridad las palabras «e-res un su-cio chi-qui-llo» a la vez que los azotes. La azotaina no me dolió (es posible que, al ser la primera vez, no me diera muy fuerte), y salí de allí sintiéndome mucho mejor. El hecho de que no me hubiera dolido constituía una especie de victoria, y parcialmente paliaba la vergüenza de haberme hecho pis en la cama. Fui tan incauto que salí de allí sonriendo. Había algunos chicos pequeños en el pasillo, ante la puerta de la antesala.

—¿Ha sacado la fusta?

—Pero no me ha dolido —dije con orgullo.

Flip lo había oído todo. En el acto, me soltó un berrido:

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí ahora mismo! ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que no me ha dolido —balbuceé.

—¿Cómo te atreves a decir una cosa así? ¿A ti te parece que eso está bien? ¡Entra y ve a presentarte al director ahora mismo!

Esta vez, Sambo me sacudió de veras. Me azotó durante un buen rato, y me asombró —a los cinco minutos, poco más o menos— verlo terminar partiendo en dos la fusta. El mango de asta salió volando hasta la otra esquina de la sala.

—¡Mira qué me obligas a hacer! —dijo enfurecido, sosteniendo en alto la fusta rota.

Yo había caído en una silla, lloriqueando por lo bajo. Recuerdo que esa fue la única vez en toda mi infancia en que una azotaina me redujo de veras al llanto, y es curioso que ni siquiera en ese momento llorase de dolor. La segunda azotaina no me había dolido mucho más que la primera. Fue como si el miedo y la vergüenza me anestesiaran. Lloraba en parte por creer que eso era lo que se esperaba de mí, en parte por genuino arrepentimiento, pero en parte también por sentir una pena más profunda, que es exclusiva de la infancia y nada fácil de transmitir; una sensación de soledad desoladora, de desamparo, de hallarse uno encerrado en un mundo hostil, aunque sea un mundo en el que el bien y el mal se rigen por normas que me resultaba imposible cumplir.

Sabía que mojar la cama era algo: *a*) perverso, y *b*) que escapaba a mi control. De este segundo hecho tenía personalmente una intensa conciencia, y el primero no lo ponía en duda. Era por consiguiente posible que cometiera un delito, un pecado, sin saber siquiera que lo había cometido, sin deseo de cometerlo, sin ser capaz de

evitarlo. El pecado no era forzosamente algo que uno hiciera, sino también algo que a uno le ocurría. No pretendo afirmar que esta idea se me pasara por la cabeza como una completa novedad en esos momentos, mientras aguantaba la azotaina que me propinó Sambo con la fusta, sino que tuve que haberla entrevisto de algún modo incluso antes de dejar mi casa, pues mi primera infancia tampoco había sido un dechado de felicidad. En cualquier caso, esa fue la gran lección, la lección más duradera de mi primera adolescencia: que me encontraba en un mundo en el que no me era posible ser bueno. Y aquella doble azotaina fue un momento decisivo, al hacerme entender con toda claridad, y por vez primera, la aspereza del entorno en el que me vi arrojado de golpe. La vida era más terrible y yo, más perverso de lo que había imaginado. Fuera como fuese, mientras seguía lloriqueando sentado al borde de la silla en el despacho de Sambo, privado de la presencia de ánimo que era necesaria para levantarme, mientras él me abroncaba, tuve la convicción del pecado, de la insensatez, de la debilidad, todo en una, de un modo como no recuerdo haber sentido antes.

En general, los recuerdos que uno tenga sobre cualquier etapa de su vida se debilitan por fuerza a medida que uno se aleja de ella. Uno aprende de continuo nuevas realidades, y las de antaño han de dejar paso a las nuevas. A los veinte años podría haber escrito la historia de mis años escolares con una exactitud que ahora me resultaría imposible. Pero también puede darse el caso de que los propios recuerdos se intensifiquen tras un largo período, porque uno contempla el pasado con la mirada limpia y, por así decirlo, repara en hechos que previamente habían existido de manera indiferenciada, entre muchísimos más. He aquí dos cosas que en cierto modo recordaba, pero que no me llamaron la atención por su extrañeza, por su interés, hasta hace relativamente poco. Una es que la segunda azotaina me pareció un castigo justo y razonable. Llevarse una buena azotaina y luego aguantar otra mucho más cruel, por haber tenido la insensatez de manifestar que la primera no había dolido, era en el fondo algo muy natural. Los dioses se ponen celosos cuando uno tiene buena suerte y la demuestra en un momento en que debería haberla ocultado. La otra es que acepté que la fusta la había roto yo, que ese había sido otro delito mío. Todavía recuerdo el sentimiento que me invadió al ver el mango roto encima de la alfombra, la sensación de haber cometido una torpeza, una falta, y haber estropeado un objeto sin duda caro. Yo la había roto; eso me dijo Sambo, y yo me lo creí. Esta aceptación de la culpa permaneció inadvertida en mi memoria durante veinte o treinta años.

Y hasta aquí el episodio de mojar la cama, aunque aún queda un comentario por hacer. Y es que nunca más volví a hacerlo; mejor dicho, ocurrió una vez más, y recibí otra azotaina, tras lo cual se resolvió el problema. Es posible que este bárbaro remedio funcione aunque sea alto el precio que haya que pagar; no me cabe duda.

II

St. Cyprian era un colegio caro y esnob que se hallaba en vías de ser más esnob todavía, y más caro, supongo. El colegio privado de enseñanza superior con el que mantenía una estrecha relación era Harrow, aunque en mis tiempos era cada vez mayor el porcentaje de muchachos que proseguían sus estudios en Eton. La mayoría eran de familia adinerada, aunque en general fueran los ricos no pertenecientes a la aristocracia, los que viven en casas ajardinadas en Bournemouth o en Richmond, los que tienen coches y mayordomos pero no una finca en el campo. Había algunos de exótica procedencia: sudamericanos, hijos de los potentados argentinos del mercado de la carne de vacuno, uno o dos rusos e incluso un príncipe de Siam, o alguien de quien se decía que era príncipe.

Sambo tenía dos grandes ambiciones. Una era atraer al colegio a chicos con título nobiliario; la otra, adiestrar a sus alumnos para que obtuvieran becas en los colegios privados, sobre todo en Eton. Al final de mi época logró hacerse con dos chicos con títulos nobiliarios auténticos. Uno de ellos, recuerdo, era una criatura desgraciada que no dejaba de decir tonterías, casi albino, que miraba con unos ojos debilitados y tenía una nariz alargada, de la que siempre parecía pender una gota temblorosa. Sambo siempre trataba a estos chicos por sus títulos cuando hablaba de ellos a un tercero, y durante los primeros días de hecho los llamaba a la cara «lord Fulano y Mengano». Ni que decir tiene que encontró siempre alguna forma de concitar en ellos la atención cada vez que a una visita se le enseñaba el colegio. Recuerdo que una vez el chiquillo de cabello casi blanco se atragantó durante la cena, con lo que de su nariz manó un chorro de mocos que cayeron en el plato de una manera espantosa. Cualquier persona de menos alcurnia se habría ganado el calificativo de «bestia» y «guarro», y habría sido expulsado en el acto del comedor. Sambo y Flip tan sólo se rieron de él, con aire de estar pensando: «Qué chicos estos, hay que ver».

Los muchachos más adinerados recibían sin disimulo toda clase de favores. El colegio aún tenía un deje de «academia privada» de estilo victoriano, con sus «internos de salón», y cuando más adelante tuve conocimiento de ese tipo de cosas al leer a Thackeray, inmediatamente caí en la semejanza. Los ricos recibían leche y galletas a media mañana, y se les daba clase de montar a caballo una o dos veces por semana; Flip los trataba como una madre y los llamaba por su nombre de pila, y, sobre todo, jamás se les pegaba. Aparte de los sudamericanos, cuyos padres estaban por suerte muy lejos, dudo que Sambo llegara nunca a azotar a cualquier muchacho cuyo padre tuviera ingresos por encima de las dos mil libras al año. Sin embargo, a veces se mostraba deseoso de sacrificar parte de los beneficios económicos del colegio en aras del prestigio docente. A veces, mediante un acuerdo especial, aceptaba una matrícula sumamente reducida de algunos muchachos con

probabilidades de obtener una beca, lo cual serviría para dar credibilidad al colegio. Fue así como me encontré yo en St. Cyprian; de lo contrario, mis padres nunca podrían haberse permitido enviarme a un colegio tan caro.

Al principio no entendí que me habían admitido con matrícula reducida. Sólo cuando tenía unos once años, Flip y Sambo comenzaron a echarme en cara esa realidad. Durante los primeros dos o tres años las pasé canutas con la habitual rutina educativa. Poco después, tras comenzar con las clases de griego (con el latín se empezaba a los ocho años y con el griego, a los diez), pasé a la clase para becarios, que impartía, en lenguas clásicas, Sambo en persona. A lo largo de dos o tres años, a los becarios nos metían en la cabeza toda clase de conocimientos eruditos, tan cínicamente como a un ganso se le ceba para la Navidad. ¡Y qué conocimientos! Que el negocio de forjar la carrera académica de un alumno con talento dependa de unos exámenes muy duros a los doce o trece años de edad es, en el mejor de los casos, un feo asunto, pero es que, además, existen escuelas preparatorias a través de las cuales pasan los becarios que aspiran a ingresar en Eton, Winchester, etcétera, donde no todo va en función de las notas. En St. Cyprian todo el proceso era, con franqueza, una mera trampa. Nuestro cometido consistía en aprender exactamente las cosas que al examinador le dieran la impresión de que sabíamos más de lo que en realidad sabíamos, y esto a la mayor velocidad posible, para evitar que la cabeza se nos llenara con ninguna otra cosa. Las asignaturas sin valor en un examen, como la geografía, prácticamente se desatendían del todo, al igual que las matemáticas si uno había optado por una educación «clásica». No se enseñaban ciencias naturales en ninguno de los cursos; era tal el desprecio por las ciencias que se desaconsejaba vivamente el estudio de la historia natural, e incluso los libros que se nos animaba a leer en nuestros ratos libres eran seleccionados teniendo muy en cuenta los exámenes de lengua y literatura inglesas. El latín y el griego, las principales asignaturas para los becarios, eran lo que contaba de veras, pero también se enseñaban de una manera deliberadamente apresurada y superficial. Por ejemplo, nunca leímos entero un libro de autores griegos o latinos, tan sólo pasajes seleccionados por ser los que más probablemente saldrían en el examen para traducir sin diccionario. Durante el año previo al examen, pasábamos la mayor parte del tiempo estudiando las respuestas de los de años anteriores. Sambo tenía montones en su poder, de todos los grandes colegios privados. Con todo, el mayor de los ultrajes era la enseñanza de la historia.

Había en aquellos tiempos una soberana estupidez llamada Premio Harrow de Historia, una competición anual en la que participaban muchos colegios preparatorios. Era tradición que St. Cyprian se alzara con el triunfo todos los años, algo natural puesto que memorizábamos todas las respuestas desde que se convocaba el premio y la cantidad de preguntas posibles era limitada. Eran esas absurdas preguntas que se responden soltando de carrerilla un nombre y una cita. ¿Quién robó a las begums? ¿Quién murió decapitado a bordo de una barca? ¿Quién sorprendió a los conservadores bañándose y se escabulló con sus ropas? Casi toda la enseñanza de

la historia que se nos impartió era de este jaez. La historia era una sucesión de acontecimientos sin relación entre sí, ininteligibles, aunque —de un modo que nunca se nos llegó a explicar— también importantes, en torno a los cuales se adherían frases rimbombantes. Disraeli introdujo la paz en el país con todos los honores. Clive se quedó asombrado ante su moderación. Pitt llegó al Nuevo Mundo para restablecer el equilibro del Viejo Mundo. Y las fechas, y las argucias de la mnemotecnia… (¿Sabía el lector, por ejemplo, que las iniciales de la frase «A black Negress was my aunt: there's her house behind the barn»[*] corresponden a las batallas libradas durante la guerra de las Rosas?) Flip, que daba clase de historia en los cursos superiores, gozaba literalmente con esta clase de triquiñuelas. Recuerdo sin temor a equivocarme auténticas orgías de fechas, en las que los más aplicados daban saltos en el pupitre, deseosos de dar la respuesta correcta, a la vez que carecían del más mínimo interés por los misteriosos acontecimientos a los que daban nombre como si tal cosa.

—¿1587?

—¡La matanza de San Bartolomé!

—¿1707?

—¡La muerte de Aurangzeb!

—¿1713?

—¡El Tratado de Utrecht!

—¿1773?

—¡El motín del té en Boston!

—¿1520?

—Oh, Mum, por favor, Mum…

—¡Pregúnteme a mí! ¡Pregúnteme a mí…!

—¡Bien! ¿1520?

—¡El encuentro del Campo del Paño de Oro!

Y así sucesivamente.

Ahora bien, la historia y otras asignaturas de orden secundario no dejaban de ser divertidas. Era en las lenguas «clásicas» donde se daba la auténtica tensión. Si vuelvo la vista atrás, caigo en la cuenta de que entonces me esforzaba mucho más de lo que lo he hecho después, aunque nunca alcanzaba el grado de esfuerzo que se me exigía. Tomábamos asiento alrededor de la mesa alargada y brillante, de una madera de color muy pálido, y Sambo presidía la reunión amenazante, exhortándonos, a veces de broma y muy de vez en cuando haciendo algún elogio, y azuzándonos sin cesar a mantener el nivel adecuado de concentración, como se mantiene despierto a alguien que tiene sueño a fuerza de clavarle alfileres.

—¡Vamos, perezoso! ¡Vamos, holgazán! ¡Vamos, inútil! Lo único que te pasa es que eres un gandul de tomo y lomo. Comes demasiado, eso es lo que te pasa. Te zampas unas meriendas enormes, y cuando vienes aquí estás medio adormilado. Vamos, rómpete el espinazo si es preciso. Y piensa, muchacho, piensa. ¡Hasta que te sude el cerebro!

Nos daba golpecitos en el cráneo con el lapicero de plata, que en mi memoria era del tamaño de un plátano, y que en cualquier caso era tan pesado que te podía causar un chichón, o bien nos daba tirones de pelo u, ocasionalmente, un puntapié por debajo de la mesa, en toda la espinilla. Algunos días parecía que no dábamos una a derechas, y entonces le daba por decir:

—Vale, muy bien, ya he entendido lo que quieres. Me lo llevas pidiendo a gritos todo el mes. Vamos, perezoso. Vamos a mi despacho, te vas a enterar.

Entonces llegaba la azotaina, y uno volvía a la mesa colorado y dolorido; en los últimos años, Sambo renunció a la fusta y adoptó como instrumento una vara de mimbre que dolía mucho más. Y a trabajar otro buen rato. Esto no sucedía muy a menudo, pero recuerdo que más de una vez me condujo fuera de la sala cuando estábamos en mitad de una frase en latín, me dio una azotaina y tuve que volver como si tal cosa a la frase, en el mismo punto en que la había dejado. Es un error pensar que este tipo de métodos no funcionan. Lo hacen de maravilla si se piensa en su propósito concreto. Desde luego, dudo mucho que la educación de lenguas clásicas pueda tener éxito sin recurrir al castigo corporal. Los propios alumnos creíamos en su eficacia. Había un chico llamado Hardcastle que no era precisamente una lumbrera, aunque tenía una evidente y apremiante necesidad de conseguir una beca. Sambo lo espoleaba hacia esa meta como se espolea a un caballo remiso a galopar. Se presentó al examen para una beca en Uppingham, volvió con la conciencia de haberlo hecho mal y, a los dos días, recibió una dura azotaina por su pereza. «Ojalá me hubiera dado la paliza antes de ir al examen», dijo con tristeza, y es un comentario que me pareció despreciable, pero que comprendí perfectamente.

No todos los aspirantes a becarios recibían el mismo trato. Al que fuera hijo de ricos, y para quien, por tanto, el ahorro en la matrícula no revestía mayor importancia, Sambo lo azuzaba de una manera relativamente más moderada, con bromas, con codazos en las costillas, con un golpe ocasional que le daba con el lapicero, pero sin tirarle del pelo y sin azotarle. Los que peor lo pasaban eran los chicos pobres pero «listos». Nuestro cerebro era una mina de oro en la que él había invertido su dinero, de modo que era preciso estrujarnos hasta sacarnos de dentro los dividendos. Mucho antes de que hubiera entendido yo la naturaleza de mi relación financiera con Sambo, se me había dado a entender que no me encontraba en pie de igualdad con la inmensa mayoría de los alumnos. En realidad, existían tres castas en el colegio. Estaba, por un lado, la minoría de fundamentos aristocráticos o millonarios; por otro, los hijos de padres adinerados de los alrededores de las ciudades, que conformaban la mayoría del alumnado, y, por último, unos cuantos parias como yo, los hijos de los pastores de campo, de los funcionarios destinados en la India, de las viudas que a duras penas llegaban a fin de mes, etcétera. A los más pobres se les desaconsejaba apuntarse a actividades extraescolares, como el tiro al blanco y la carpintería, y se les humillaba con motivo de sus prendas de vestir y algunas mezquinas pertenencias. Por ejemplo, yo nunca pude tener un bate de críquet

que fuese mío, sólo porque «tus padres no podrían permitírselo». Esta es una frase que me persiguió durante toda mi época escolar. En St. Cyprian no se nos permitía conservar el dinero que nos hubiéramos podido traer de casa; había que «entregarlo» el primer día del trimestre, y sólo de vez en cuando se nos permitía gastar una fracción bajo una estricta supervisión. A mí y a otros chicos en idéntica situación se nos prohibía gastar el dinero en juguetes caros, como un avión a escala, aun cuando el dinero necesario para el gasto fuera de nuestra propiedad. Flip sobre todo parecía empeñada de manera muy consciente en inculcar una mentalidad humilde en los chicos más pobres.

—¿A ti te parece que eso es algo que deba comprar un chico como tú? —recuerdo que le dijo a uno. Y lo hizo delante de todo el colegio—. Tú no vas a tener dinero cuando seas mayor, ¿verdad? Tu familia no tiene dinero. Aprende a ser sensato. ¡No pretendas vivir por encima de tus posibilidades!

Luego estaba la paga semanal, que nos gastábamos en dulces y golosinas, que administraba la propia Flip sentada ante una gran mesa. Los millonarios tenían seis peniques a la semana; la suma habitual era de tres peniques. A mí y a otros dos o tres nos daban sólo dos. Mis padres no habían dado instrucciones en este sentido, y el ahorro de un penique a la semana no podía haberles supuesto la menor diferencia. Era una mera señal de estatus. Peor aún era el detalle de las tartas de cumpleaños. Era habitual que, el día de su cumpleaños, cada uno de los alumnos recibiese una tarta con velas, que compartía a la hora de la merienda con todo el colegio. Era algo rutinario, que costeaban los padres. A mí nunca me sirvieron una tarta de cumpleaños, aunque mis padres la habrían pagado sin el menor reparo. Año tras año, sin atreverme nunca a preguntar por qué, esperaba que llegase el día con la ilusión de que esta vez sí hubiera tarta. Una vez llegué a presumir ante mis compañeros de que ese año tendría tarta. Llegó la hora de merendar y no apareció, algo que no me volvió precisamente más popular.

En una época muy temprana me inculcaron que no tendría la menor posibilidad de disfrutar de un futuro decente a menos que obtuviera una beca en un buen colegio privado. O bien obtenía la beca, o bien tendría que irme del colegio a los catorce años y convertirme, según la frase predilecta de Sambo, «en un pobre recadero de oficina que ganará como mucho cuarenta libras al año». En mis circunstancias, era natural que lo creyera a pie juntillas. De hecho, en St. Cyprian todos daban por sentado que, a menos que uno asistiera a un «buen» colegio privado (y sólo hay una quincena de establecimientos que entren en dicha categoría), se habría arruinado la vida. No es fácil transmitirle a un adulto la sensación de presión, de enfrentarse a algo terrible, a un combate único y nefasto en el que se decidiría todo, que se tenía cada vez más a medida que se acercaba la fecha del examen; once, doce, trece años, y luego el fatal momento de los catorce. A lo largo de unos dos años no creo que hubiera un solo día en el que «el examen», como yo lo llamaba, llegara a desaparecer por entero de mis pensamientos. Estaba presente siempre en mis oraciones, y cuando me encontraba

una herradura, me tocaba el trozo más largo del hueso de la suerte al romperlo con otro, me inclinaba siete veces ante la luna llena o lograba pasar por una puerta de los deseos sin rozar las jambas, el deseo que expresaba en mi fuero interno era invariablemente el de aprobar «el examen». Pero, por curioso que parezca, también me atormentaba un impulso casi irresistible de no trabajar. Algunos días, compungido ante las horas de esfuerzo que me quedaban por delante, permanecía de pie, con la estupidez de un animal, ante las dificultades más elementales. Tampoco en vacaciones podía evitar el estudio. Algunos de los aspirantes a becarios recibíamos clases suplementarias de un tal señor Knowles, un hombre muy velludo, y muy amable, que llevaba un traje holgado y vivía en el típico piso de soltero, con una pared repleta de libros y una insufrible peste a tabaco, en algún lugar de la ciudad. Durante las vacaciones, el señor Knowles nos enviaba deberes semanales. No sé por qué, pero yo no era capaz de hacerlos. Con el papel en blanco y el negro diccionario de latín sobre la mesa, con la conciencia de no estar cumpliendo con mi deber, se envenenaban mis ratos de ocio, pero era incapaz de ponerme a ello, y al final de las vacaciones había enviado al señor Knowles a lo sumo cincuenta, cien renglones traducidos. No cabe duda de que parte de la razón era que Sambo y su vara estaban muy lejos de mí. Pero también durante los trimestres escolares pasaba por períodos de pereza, de estulticia, en los cuales me dejaba hundir cada vez más en la desgracia, e incluso alcanzaba una suerte de ánimo frágil, pendenciero, plenamente consciente de mi culpabilidad, al tiempo que era plenamente incapaz de hacer nada bueno, o tal vez era remiso a hacerlo. Entonces Sambo o Flip me mandaban llamar, y ya ni siquiera para azotarme.

Flip me miraba con ojos amenazadores. (Me pregunto de qué color eran esos ojos. Los recuerdo verdes, pero lo cierto es que ningún ser humano tiene los ojos verdes. Tal vez fueran castaño claro). Después arrancaba a hablar con su peculiar estilo, entre amenazador y mimoso, con el que nunca dejaba de superar las reticencias que uno tuviera y daba en el blanco de nuestro mejor natural.

—Yo no creo que sea precisamente decente comportarse de ese modo, ¿no? ¿A ti te parece acertado engañar a tu padre y a tu madre y vivir en la desidia una semana tras otra, un mes tras otro? ¿De veras pretendes tirar por la borda todas las posibilidades que te quedan por delante? Sabes que tus padres no son ricos, ¿lo sabes sí o no? Sabes que no se pueden permitir los mismos lujos que los padres de otros chicos. ¿Cómo te van a mandar a un colegio privado si no te dan una beca, eh? Sé que tu madre está muy orgullosa de ti. ¿Es que vas a decepcionarla?

—Yo, la verdad, no creo que este quiera ir a un colegio privado —decía entonces Sambo, dirigiéndose a Flip como si yo no estuviera delante—. Creo que ha renunciado a esa idea. Lo que quiere es ser un recadero de medio pelo y ganar cuarenta libras al año.

La horrible sensación de las lágrimas —la presión en el pecho, el cosquilleo bajo la nariz— sin duda se apoderaba de mí en ese instante. Flip jugaba entonces su baza

ganadora:

—¿Y a ti te parece que esto es de justicia con nosotros, tu manera de comportarte? ¿Después de todo lo que hemos hecho por ti? Sabes de sobra lo que hemos hecho por ti, ¿verdad? —Sus ojos taladraban los míos en ese momento, y aunque nunca lo dijo a las claras, yo sí lo supe siempre—. Te hemos tenido aquí durante todos estos años; te hemos tenido incluso durante una semana por vacaciones, de modo que el señor Knowles pudiera darte unas clases suplementarias. No queremos que se te expulse, y tú lo sabes, pero no podemos mantener aquí a un alumno para que se limite a comer lo que le damos, y así un trimestre tras otro. A mí no me parece que tu comportamiento sea el de una persona recta. ¿Y a ti?

Nunca tuve a punto una respuesta salvo los patéticos «No, Mum» o «Sí, Mum», según el caso. Es evidente que mi comportamiento no era el de una persona hecha y derecha. Y en un momento determinado, la indeseada lágrima siempre lograba salírseme por el rabillo del ojo, rodarme por la mejilla, salpicar la mesa.

Flip nunca dijo a las claras que yo fuese un alumno que no pagaba la matrícula, sin duda porque ciertas vaguedades, del estilo de «todo lo que hemos hecho por ti», tenían una fuerza emocional mucho más profunda. Sambo, que no aspiraba a disfrutar del afecto de sus alumnos, decía las cosas con mayor brutalidad, aunque tuviera por costumbre emplear un lenguaje más pomposo. «Estás viviendo de mi generosidad» era su comentario preferido en este contexto. Al menos en una ocasión tuve que oír estas palabras entre uno y otro golpe propinado con la vara. Debo decir que estas escenas no eran frecuentes, y que, con una sola excepción, no tuvieron lugar en presencia de otros alumnos del colegio. En público se me recordaba que era pobre y que mis padres no eran capaces de permitirse tal o cual cosa, pero no mi dependencia de su generosidad. Ese era un argumento definitivo e incontestable, al que se recurría a modo de instrumento de tortura sólo cuando mi rendimiento era excepcionalmente bajo.

Para captar con precisión el efecto que esto puede tener en un niño de diez o doce años, conviene tener presente que a esa edad se tiene una idea muy vaga de lo que es la proporción o la probabilidad. Un niño puede ser todo egoísmo y rebeldía, pero carece de la experiencia necesaria para confiar en sus propias apreciaciones. En general, aceptará lo que se le diga, y creerá de la manera más fantástica en el saber y el poder de los adultos que lo rodean. Véase un ejemplo.

He dicho antes que en St. Cyprian no se nos permitía quedarnos con nuestro dinero. Sin embargo, siempre era posible retener uno o dos chelines, que yo a veces utilizaba de manera furtiva para comprar dulces o golosinas que mantenía ocultos entre la hiedra, en la tapia del campo de juegos. Un día en que me enviaron a hacer un recado entré en la tienda de dulces, a casi dos kilómetros del colegio, y compré unas chocolatinas. Nada más salir de la tienda, vi en la acera de enfrente a un hombrecillo de rasgos muy afilados que parecía mirar intensamente mi gorra, con el distintivo del colegio. En ese instante me asaltó un miedo espeluznante. No me pudo

caber ninguna duda de quién era: ¡un espía que había enviado hasta allí el propio Sambo! Me di la vuelta despreocupadamente, y aunque me temblaban las piernas como si tuvieran vida propia, eché a correr con torpeza. Sin embargo, en cuanto llegué a la esquina procuré caminar despacio, ya que correr era una muestra de culpabilidad, y era evidente que habría otros espías apostados aquí y allá por todo el pueblo. Durante todo ese día y el siguiente, aguardé a que llegara la citación a su despacho, que no me llegó nunca. No me pareció del todo anómalo que el director de un colegio privado dispusiera de todo un ejército de informantes, y ni siquiera se me pasó por la cabeza que tendría que pagarles por su trabajo de vigilancia. Di por supuesto que cualquier adulto, dentro o fuera del colegio, colaboraría voluntariamente para impedir que nosotros nos saltásemos las normas. Sambo era todopoderoso; era natural que sus agentes estuvieran por todas partes. Deduzco que este episodio se produjo cuando yo apenas tenía doce años.

Odiaba a Sambo y a Flip, y les odiaba con una cierta desvergüenza, sin el menor remordimiento, aunque nunca se me ocurrió poner en duda sus juicios. Cuando me decían que, o bien obtenía una beca, o bien terminaba como chico de los recados de una oficina a los catorce años de edad, creía de veras que esas eran mis únicas alternativas. Sobre todo, creía a pie juntillas a Sambo y a Flip cuando me decían que ellos eran mis benefactores. Ahora comprendo, cómo no, que desde el punto de vista de Sambo yo poseía un claro valor especulativo. Él había invertido el dinero en mí, de modo que esperaba una compensación que llegaría en forma de prestigio. Si hubiera fracasado, como a veces les sucede a los chicos más prometedores, imagino que se habría librado de mí a la primera de cambio. La verdad del caso es que obtuve becas que a él le beneficiaron cuando llegó el momento, y no cabe duda de que las aprovechó al máximo para rentabilizar su prestigio. Sin embargo, es difícil que un chiquillo se dé cuenta de que un colegio es, ante todo, un negocio. Un niño cree que el colegio existe con el fin de educarlo, y que el director del colegio le impone una disciplina por su propio bien, o porque le gusta abusar. Flip y Sambo habían optado por granjearse mi amistad, y en su manera de entenderla entraban las azotainas, los reproches, las humillaciones, que eran siempre por mi bien y que me iban a ahorrar el taburete del recadero de oficina. Esa era su versión y yo me la creí. Por tanto, estaba claro que mi deuda con ellos era de una inmensa gratitud. Pero yo no me sentía agradecido, no, señor. Muy al contrario, los odiaba a ambos. No era capaz de dominar mis sentimientos subjetivos, y estos sentimientos tampoco podía ocultármelos a mí mismo. Claro que es perverso aborrecer a los benefactores que uno tiene, ¿no? Eso es lo que me habían enseñado, eso es lo que creía. Un niño acepta las pautas de comportamiento que se le ofrecen, incluso cuando las incumple. Desde los ocho o nueve años, tal vez desde antes, la conciencia del pecado nunca se mantuvo muy alejada de mí. Si me las ingeniaba para parecer insensible y desafiante, era sólo por tender un finísimo velo que cubría una masa de vergüenza y desaliento. A lo largo de toda mi primera adolescencia, tuve la profunda convicción de que no servía para

nada, de que estaba perdiendo el tiempo, de que echaba a perder mi escasísimo talento, de que me comportaba con un monstruoso grado de estupidez, con un grado de perversidad e ingratitud tal que todo ello, para colmo, se me antojaba ineludible, porque vivía sujeto a leyes que eran absolutas, como la ley de la gravedad, pero que no estaba en mi mano cumplir.

III

Nadie que rememore sus días de colegial dirá con arreglo a la verdad que fueron totalmente infelices.

Conservo algunos buenos recuerdos de St. Cyprian en medio de infinidad de malos. A veces, en las tardes de verano, hacíamos maravillosas excursiones a través de los cerros hasta llegar a una aldea llamada Birling Gap, o a Beachy Head, donde nos bañábamos en medio de las rocas y volvíamos después con cortes y magulladuras por todo el cuerpo. Y hubo otras tardes y noches de verano más maravillosas aún, cuando, como gran excepción, no teníamos que acostarnos a la hora de costumbre, sino que podíamos deambular a nuestras anchas por los terrenos del colegio disfrutando del largo atardecer, que terminaba con un buen chapuzón a eso de las nueve de la noche. Disfrutábamos con la alegría de despertarnos a primerísima hora en las mañanas de verano para gozar de una hora de lectura sin molestias (Ian Hay, Thackeray, Kipling y H. G. Wells eran los autores preferidos en mi adolescencia), en el dormitorio iluminado por el sol y aún soñolientos. Estaba además el críquet, que a mí no se me daba bien y que hasta los dieciocho años practiqué como una suerte de historia de amor imposible de corresponder. Y estaba el placer de guardar orugas: la sedosa, púrpura y verde oruga de la polilla, el llamado halcón fantasma de los álamos, el halcón de los setos, gordo como un dedo anular, especímenes que se podían adquirir ilícitamente por seis peniques en una tienda del pueblo, y cuando lográbamos zafarnos del profesor que había venido de paseo con nosotros, nos divertíamos una enormidad pescando renacuajos enormes y crías de salamandra de vientres de color naranja en las lagunas de los cerros. Lo de salir de excursión, encontrar algo que revestía un interés fascinante y vernos arrancados de ello por un grito del profesor encargado, como los perros a los que tiran de la correa, es un rasgo importante en la vida colegial, que sirve para reforzar en muchos niños la fortísima convicción de que las cosas que uno más desea son siempre inalcanzables.

Muy de vez en cuando, tal vez una sola vez en todo el verano, era posible huir del ambiente cuartelero del colegio, sobre todo si a Siller, uno de los profesores, se le permitía llevarse a uno o dos alumnos durante una tarde, a cazar mariposas en los prados de los alrededores. Siller era un hombre de cabello cano y cara colorada como una fresa, muy bueno en todo lo relacionado con la historia natural, en hacer maquetas y esculturas de yeso, en operar una linterna mágica y otras cosas por el estilo. Tanto él como el señor Knowles eran los únicos adultos relacionados de alguna manera con el colegio que no me suscitaban miedo ni antipatía. Una vez me llevó a su habitación y en secreto me mostró un revólver plateado con las cachas de nácar —su «seis tiros», lo llamaba—, que guardaba en una caja debajo de la cama. ¡Y qué alegría la de aquellas excursiones ocasionales! El trayecto de cinco o seis kilómetros

en una línea de cercanías, la tarde entera de un lado a otro con largos cazamariposas verdes, la belleza de las enormes libélulas que planeaban sobre la hierba, el siniestro frasco para matar insectos, con su olor enfermizo, y luego la merienda en un salón de té o en un *pub,* con grandes pedazos de tarta de colores apagados. La clave estaba en el viaje en tren, que parecía imponer una mágica distancia entre uno y el colegio.

Flip, como era de esperar, no veía con buenos ojos estas excursiones, aunque nunca llegó al extremo de prohibirlas. «Así que os habéis dedicado a cazar mariposas, ¿eh?», decía con una mueca de burla cuando regresábamos, adoptando una entonación tan infantil como le resultaba posible. Desde su punto de vista, la historia natural («cazar escarabajos», lo habría llamado seguramente) era una puerilidad de la que un muchacho debería reírse tan pronto le fuese posible. Además, era algo un tanto plebeyo, asociado tradicionalmente a los chicos con gafas, a los que no sobresalían en los deportes, y no ayudaba a aprobar los exámenes; pero es que sobre todo olía a ciencia, por lo cual parecía una amenaza para la educación clásica. Hacía falta un considerable esfuerzo moral para aceptar las invitaciones de Siller. ¡Cómo me espantaban aquellas burlas, su manera de decir «mariposas»! Siller, sin embargo, que era profesor del colegio desde los primeros tiempos, se había forjado una cierta independencia; parecía saber cómo manejar a Sambo, y a Flip no le hacía mucho caso. Si sucedía que ambos estaban fuera por cualquier razón, Siller hacía las veces de director en funciones, y en esas ocasiones, en vez de la lección habitual en la capilla, nos leía pasajes de los Evangelios apócrifos.

La mayor parte de los buenos recuerdos de mi infancia, incluso hasta los veinte años de edad, están de un modo u otro relacionados con los animales. En lo que a St. Cyprian se refiere, también tengo la impresión, cuando me paro a recordar, de que todos mis buenos recuerdos corresponden al verano. En invierno andaba uno moqueando continuamente, con los dedos demasiado entumecidos para abotonarse la camisa (me producían una especial tristeza los domingos, cuando nos poníamos el cuello duro del uniforme de Eton), y estaba la pesadilla diaria del fútbol, el frío, el barro, el asqueroso balón grasiento que te venía derecho a la cara, las rodillas doloridas, los pisotones de los mayores. Parte del problema radicaba en que en invierno, más o menos después de los diez años, rara vez gocé de buena salud, al menos durante el curso. Tenía algún defecto en los bronquios y una lesión pulmonar que no me descubrieron hasta muchos años después. De ahí que padeciera no sólo una tos crónica, sino también un moqueo que me atormentaba. No obstante, en aquellos tiempos a cualquier congestión de pecho se la consideraba, o bien un diagnóstico imaginario, o bien directamente un trastorno moral, causado por comer en exceso. «Jadeas como una concertina —me decía Sambo malhumorado cuando se situaba detrás de mi silla—. Lo que pasa es que te atiborras de comida, eso es lo que hay». A mi tos se le llamaba «tos estomacal», lo que la volvía algo repugnante y reprobable. La cura indicada consistía en correr mucho. Si uno lograba hacerlo a gran velocidad durante el rato suficiente, terminaba por «despejársele el pecho».

Es curioso el grado de, no diré auténticas penalidades, pero sí de sordidez y negligencia que se daba por sentado en los colegios de la clase alta durante aquella época. Casi como en los tiempos de Thackeray, parecía natural que un chiquillo de ocho años fuese una criatura sórdida, con la cara sucia de mocos, sabañones en las manos, las uñas mordidas, el pañuelo tan sucio que daba asco y el trasero a menudo amoratado. En parte era la perspectiva de la incomodidad física real lo que daba a la idea de volver al colegio, durante los últimos días de las vacaciones, el peso de una bola de plomo.

Uno de los recuerdos característicos de St. Cyprian es la asombrosa dureza del colchón en esa primera noche del trimestre. Como era un colegio caro, yo había subido un peldaño social al asistir a él, si bien la media de las comodidades era muy inferior a la existente en mi propia casa e incluso a la que habría en una casa de familia próspera de la clase obrera. Por ejemplo, sólo nos dábamos un baño caliente una vez a la semana. La comida no sólo era mala, sino también escasa. Con anterioridad, yo nunca había visto la mantequilla o la mermelada untadas en capas tan finas sobre las rebanadas de pan. De modo que no creo que sean imaginaciones mías el pensar que estábamos malnutridos, y menos cuando recuerdo hasta qué extremos llegábamos con tal de robar algo de alimento. En unas cuantas ocasiones, recuerdo haber bajado la escalera sigilosamente, a las dos o las tres de la madrugada, y recorrer lo que se me antojaban kilómetros de pasillos negros como la boca del lobo, descalzo, parándome a aguzar el oído a cada paso, paralizado de miedo por Sambo, por los fantasmas, por los ladrones, con tal de robar un trozo de pan reseco de la despensa. Los profesores auxiliares comían con nosotros, pero, no sé cómo, disponían de mejores alimentos, y si a uno se le presentaba la menor oportunidad, era normal que diera cuenta de las cortezas de tocino o de la patata frita que quedaban en sus platos cuando se los retiraban.

Como de costumbre, no acertaba yo a entender las sólidas razones comerciales que explicaban esta desnutrición en los alumnos. En líneas generales, aceptaba la postura de Sambo, según la cual el apetito de un chiquillo es una suerte de crecimiento malsano que hay que mantener a raya en la medida de lo posible. Una máxima que a menudo se nos repetía en St. Cyprian era que resulta saludable terminar una comida sintiéndose tan hambriento como cuando se ha empezado a comer. En la generación anterior a la mía, en los comedores escolares era corriente comenzar con una porción de pudin grasiento y sin endulzar que, según se decía con franqueza, «disminuye el apetito de los chicos». Pero esa desnutrición probablemente era menos flagrante en las escuelas preparatorias, donde el alumnado dependía por entero de la dieta oficial, que en los colegios privados, donde se permitía —de hecho, se contaba con ello— que cada cual comprase alimentos adicionales por sus propios medios. En algunos colegios, el alumno carecía literalmente de la alimentación suficiente a menos que se aprovisionase regularmente de huevos, salchichas, sardinas, etcétera, y sus padres debían darle una cantidad de dinero con esta finalidad expresa.

En Eton, por ejemplo, no se daba una comida como es debido después del mediodía. Por la tarde había té y pan con mantequilla, y por la noche, una cena miserable a base de sopa o pescado frito o, la mayoría de las veces, pan con queso y agua para beber. Sambo fue a visitar a su hijo mayor, que estudiaba en Eton, y volvió haciéndose lenguas del lujo en que vivían los muchachos. «¡Les dan pescado frito para cenar! —exclamó, con la cara regordeta y resplandeciente—. ¡No hay otro colegio como ese en todo el mundo!» ¡Pescado frito! ¡La cena habitual de los más pobres de la clase obrera! En los internados más baratos, las cosas eran sin duda mucho peores. Uno de mis primeros recuerdos es el de los internos de una escuela primaria, hijos seguramente de granjeros y tenderos, comiendo bofe hervido.

Todo el que escribe sobre su infancia ha de luchar contra la tendencia a las exageraciones y la autocompasión. No diré que fui un mártir, ni que St. Cyprian fuese una especie de terrible internado Dotheboys. Sin embargo, falsearía mis recuerdos si no dejara por escrito que son sobre todo recuerdos repulsivos. La vida excesivamente constreñida en una comunidad apiñada, malnutrida y pésimamente aseada era en verdad repugnante, al menos como yo la recuerdo. Si cierro los ojos y digo «colegio», es el entorno físico lo primero que me viene a la memoria: el llano campo de deportes con el pabellón de críquet y el cobertizo que servía de galería de tiro al blanco, los dormitorios helados por las permanentes corrientes de aire, los polvorientos pasillos de tarima astillada, el trozo cuadrado de asfalto delante del gimnasio, la capillita de madera de pino sin desbastar al fondo… Y casi en todo momento algún detalle repugnante salta a la vista. Por ejemplo, los cuencos de peltre en los que tomábamos el *porridge* del desayuno. Tenían unos bordes redondeados, bajo los cuales se acumulaba el *porridge* agrio, podrido, que se podía arrancar en largas hilachas. También el *porridge* contenía grumos, pelos e inexplicables bolas negras que cualquiera habría considerado inverosímiles, a no ser que alguien las echara adrede. No era aconsejable ponerse a comer el *porridge* sin inspeccionarlo primero. Y luego estaba el agua fangosa de la bañera colectiva; tenía cuatro o cinco metros de largo, y en teoría todo el colegio tenía que pasar por ella todas las mañanas, aunque dudo mucho que el agua fuera renovada con cierta frecuencia. Las toallas siempre estaban húmedas y olían a queso rancio; en alguna visita ocasional, en invierno, el agua de mar, turbia, de los baños públicos, procedente de la playa, era tan repugnante que vi flotar en ella un excremento humano. Y el olor a sudor de los vestuarios, con los lavabos pringosos y la hilera de retretes hechos trizas, sin cerraduras de ninguna clase en la puerta, de modo que siempre que uno estaba sentado en la taza, sin falta, otro abría de golpe la puerta. No me resulta nada fácil pensar en mis tiempos de colegial sin tener la impresión de que me llega un hedor de tal o cual tipo, siempre frío y apestoso, una especie de combinación de calcetines resudados, toallas sucias, olor a excremento en los pasillos, tenedores con restos de comida, estofado de cuello de cordero, y los portazos de los retretes y los ecos de los orinales en los dormitorios.

Es cierto que no soy gregario por naturaleza y que todo el asunto de los retretes y

de los pañuelos sucios, que forma parte de la vida, me resulta más molesto cuando un número considerable de seres humanos se hacinan en un espacio exiguo. Es igual de malo que en el ejército, aunque sin duda la cárcel debe ser peor. Por otra parte, la adolescencia es una época de repugnancia. Después de aprender a diferenciar, y antes de haberse endurecido —entre los siete y los dieciocho años, más o menos—, uno parece caminar en todo momento por la cuerda floja sobre un pozo negro. No obstante, no creo que exagere la sordidez de la vida colegial cuando recuerdo hasta qué punto se desatendían la salud y la higiene, a pesar de la mucha palabrería en todo lo relacionado con el aire puro, el agua fría y el ejercicio físico. Era corriente que uno pasara varios días estreñido. De hecho, no había un solo aliciente para lo contrario, ya que los únicos laxantes que se toleraban eran el aceite de ricino y otra bebida igual de asqueante, llamada «polvos de regaliz». Se suponía que uno se bañaba en el baño comunitario todas las mañanas, pero algunos chicos se lo ahorraban durante días seguidos, ausentándose sin más cuando sonaba el timbre o bien deslizándose por el borde del baño en medio del gentío, y mojándose luego el pelo con un poco de agua sucia que recogían directamente del suelo. Un chiquillo de ocho o nueve años no pone por fuerza el menor cuidado en su aseo personal a menos que alguien se encargue de vigilarlo. Había uno nuevo llamado Bachelor, un niño mimado, que llegó al colegio poco antes de que yo me fuera. Lo primero que me llamó la atención fue la blancura nacarada de sus dientes. Al final de aquel trimestre, tenía los dientes de una extraordinaria tonalidad verdosa. Durante todo ese tiempo, al parecer, nadie se había tomado la molestia de vigilar que se los cepillara.

No obstante, está claro que las diferencias entre el hogar y el colegio eran muchas más que las meramente físicas. El contacto con el duro colchón la primera noche del trimestre me producía la sensación de un brusco despertar, de «esta es la realidad, a esto te enfrentas». El hogar de cada cual podría distar mucho de ser perfecto, pero al menos era un lugar donde todo se regía por el amor, no por el temor, un lugar donde no tenía uno que estar perpetuamente en guardia, pendiente de las personas de alrededor. A los ocho años se veía uno arrancado de este nido de calor y arrojado de golpe a un mundo donde primaban la fuerza, el fraude y el secreto, como una carpa dorada a la que se arroja a un estanque lleno de pirañas. Daba igual a qué extremo llegasen los abusos, porque no había manera de defenderse; sólo escabulléndose, algo que, salvo en muy contadas circunstancias y muy rígidamente definidas, constituía el pecado más imperdonable de todos. Más impensable aún habría sido escribir a casa y haberle pedido a nuestro padre que nos sacara de allí, ya que tal gesto equivalía a reconocer que uno era un infeliz, que no tenía popularidad entre los demás, algo que un muchacho no hará nunca. Los chiquillos son como los habitantes de Erewhon;[*] creen que la desgracia es deshonrosa, por lo cual es preciso ocultarla a toda costa. Tal vez se considerase incluso permisible quejarse a los padres por la mala comida, por una azotaina injustificada, por algún otro maltrato al que nos sometieran los profesores, no los compañeros. El hecho de que Sambo jamás azotara a los chiquillos

adinerados da a entender que esas quejas fueron formuladas en alguna ocasión. En mis muy peculiares circunstancias jamás podría haberles pedido a mis padres que intercedieran en mi favor. Antes incluso de comprender lo relacionado con mi matrícula reducida, sabía que se hallaban de alguna manera obligados con Sambo, por lo cual no podían protegerme de él. Ya he señalado que a lo largo de mi época de colegial en St. Cyprian nunca llegué a tener un bate de críquet de mi propiedad. Me habían dicho que era debido a que «tus padres no pueden permitírselo». Un día, durante las vacaciones, mediante algún comentario casual, me enteré de que habían desembolsado diez chelines para que yo tuviera uno, a pesar de lo cual el bate de críquet no había aparecido. No protesté ante mis padres, y menos aún se me ocurrió comentar la cuestión con Sambo. ¿Cómo iba yo a hacer una cosa así? Yo dependía de él, y aquellos diez chelines eran una mínima fracción de lo que yo le adeudaba. Ahora caigo en la cuenta, claro está, de que es inmensamente improbable que Sambo se hubiera embolsado el dinero sin más. No cabe duda de que la cuestión se le olvidó por completo. Pero lo que cuenta es que yo diera por hecho que él se lo había quedado y que, además, tenía todo el derecho de hacerlo si así le apetecía.

Lo difícil que es para un niño el tener independencia real en sus actitudes bien se puede comprobar en la nuestra para con Flip. Yo diría que todos los chicos del colegio la odiaban y le tenían miedo. Sin embargo, todos la adulábamos de una manera sumamente abyecta, y la capa más superficial de nuestros sentimientos hacia ella era una suerte de lealtad tamizada por la culpa. Flip, aunque la disciplina del colegio dependiera más de ella que de Sambo, casi nunca fingía dispensar una justicia estricta. Era francamente caprichosa. Una acción que a uno bien podía valerle una azotaina, al día siguiente podía ser objeto de risa, una simple broma de adolescente, e incluso motivo de elogio, por demostrar que uno tenía agallas. Algunos días, todos nos acobardábamos ante esos ojos hundidos, acusadores, y había otros en que ella era como una reina con ganas de flirteo y rodeada por sus pretendientes, los cortesanos, riéndose, bromeando, repartiendo generosidades o promesas de generosidad («Y si ganas el Premio Harrow de Historia, te regalaré una nueva funda para la cámara de fotos»), y alguna vez incluso se llevaba a tres o cuatro de sus alumnos preferidos en su Ford e iba con ellos a un salón de té del pueblo, donde les daba permiso para que se tomasen, pagándolo de su bolsillo, un café y unas pastas. En mi mente, Flip se encontraba indisolublemente ligada a la reina Isabel, cuyas relaciones con Leicester, Essex y Raleigh me resultaron inteligibles desde muy temprana edad. Una palabra que empleábamos siempre al hablar de Flip era «favor». «Cuento con su favor», decía uno, o bien «Ahora no tengo su favor». Con la excepción del puñado de niños adinerados o con títulos nobiliarios, nadie gozaba permanentemente de sus favores, mientras que, por otra parte, incluso los parias podían disfrutar de ellos en algún que otro momento. Así las cosas, si bien mis recuerdos de Flip son sobre todo hostiles, también recuerdo períodos bastante dilatados en los que disfrutaba de sus sonrisas, en los que me llamaba «chavalote» o bien por mi nombre de pila, y me permitía acceder

a su biblioteca particular, donde tomé contacto, por ejemplo, con *La feria de las vanidades*. La máxima prueba de que uno gozaba de sus favores consistía en recibir una invitación para servir la mesa los domingos por la noche, cuando Flip y Sambo tenían invitados a cenar. Al recoger, como es natural, uno tenía la ocasión de terminarse las sobras, aunque también obtenía el servil placer de colocarse a espaldas de los invitados y adelantarse veloz y servicial cuando algo se le pedía. Siempre que uno tenía la ocasión de gorronear de ese modo, lo hacía, y, a la primera sonrisa, el odio que uno sintiera se disolvía en una especie de amor frenético. Yo siempre me sentía profundamente orgulloso cuando lograba hacer reír a Flip. A instancias de ella, llegué a escribir *vers d'occasion*, versos cómicos en celebración de algunos acontecimientos memorables en la vida del colegio.

Me importa mucho dejar bien claro que yo no era un rebelde, salvo cuando las circunstancias me obligaban a ello. Acepté siempre los códigos que me encontré establecidos. Una vez, ya muy al final de mi época de colegial, llegué incluso a chivarme a Siller por un presunto caso de homosexualidad. Yo no sabía muy bien qué era la homosexualidad, pero sabía que era algo que se daba y que era malo, y que ese era uno de esos contextos en los que es lícito y aconsejable chivarse. Siller me dijo que yo era «un buen compañero», lo cual me produjo una vergüenza terrible. Ante Flip uno se sentía tan indefenso como una serpiente ante un encantador de serpientes. Disponía de un vocabulario que apenas variaba, tanto para los elogios como para los insultos, toda una serie de frases hechas, cada una de las cuales incitaba en el acto a la respuesta adecuada. Por ejemplo: «¡Anímate, chaval!», que en uno inspiraba una energía paroxística, o «¡No seas imbécil!» (o bien «Patético, ¿no te parece?»), que a uno le causaba la sensación de ser bobo de nacimiento; y también «Eso no es muy honrado por tu parte, ¿verdad?», que a uno siempre lo dejaba al borde del llanto. Sin embargo, y en todo momento, en el fondo de su corazón uno parecía encontrar un «yo» incorruptible, sabedor de que al margen de lo que hiciera, al margen de que se riese, se burlase, se postrase en un frenesí de gratitud por los pequeños favores, el único sentimiento verdadero era el odio.

IV

Desde muy temprano supe que uno puede hacer cosas malas en contra de su voluntad, y no tardé mucho en descubrir que se pueden hacer cosas malas sin llegar a saber nunca que lo eran o por qué lo eran. Había pecados tan sutiles que no tenían explicación posible, y había otros que eran demasiado terribles y que no podían ni siquiera mencionarse. Por ejemplo, el sexo, que siempre borboteaba bajo la superficie de las cosas, y que de pronto fue pasto de una gran llamarada cuando yo tenía unos doce años.

En algunos colegios preparatorios, la homosexualidad no es un problema, pero creo que en St. Cyprian había pasado a ser considerada de «mal tono» debido a la presencia de los chicos sudamericanos, que tal vez maduraban uno o dos años antes que cualquier muchacho inglés. A aquella edad, a mí eso no me interesaba, de modo que desconocía en realidad qué estaba sucediendo, aunque supongo que no pasaban de ser masturbaciones en grupo. En cualquier caso, un buen día se desató una tempestad sobre nuestras cabezas. Hubo citaciones, interrogatorios, confesiones, azotainas, arrepentimientos y solemnes sermones de los que no entendíamos nada, salvo que algún pecado sin redención posible, calificado de «porquería» o «bestialidad», se había cometido entre nosotros. Uno de los cabecillas, un muchacho llamado Cross, fue azotado, según testigos presenciales, durante nada menos que un cuarto de hora, antes de ser expulsado del colegio. Sus alaridos se oyeron por todo el edificio. Pero es que estábamos todos implicados, o nos considerábamos implicados de un modo u otro. La culpabilidad parecía flotar en el aire como un velo, como el humo. Un imbécil de solemnidad, un profesor ayudante que con el tiempo sería parlamentario, se llevó a los alumnos de más edad a una sala cerrada y les endilgó una charla sobre el Templo del Cuerpo.

—¿No os dais cuenta de que vuestro cuerpo es algo maravilloso? —dijo con gravedad—. Habláis de vuestros coches, de vuestros fenomenales Rolls-Royce, Daimler, etcétera. ¿No comprendéis que ningún motor podrá compararse jamás con la excelsitud de vuestro cuerpo? ¡Y vais y lo echáis a perder, lo destrozáis… de por vida!

Clavó en mí sus ojos cavernosos y añadió con tristeza:

—Y precisamente tú, a quien siempre había considerado una persona decente, aunque a tu manera, tú, según tengo entendido, eres uno de los peores.

Sentí que caía sobre mí la condenación. Así pues, también yo era culpable. También yo había cometido el hecho indecible, fuera el que fuese, que nos destrozaba de por vida en cuerpo y alma, que había de terminar en el suicidio o en el manicomio. Hasta entonces había tenido la esperanza de ser inocente, pero la convicción del pecado que en ese momento se apoderó de mí fue quizá tanto más intensa por no

tener ni la más remota idea de qué era lo que había hecho. No me encontraba yo entre los que habían sido interrogados y azotados, y hasta que terminó toda la trifulca no llegué a saber cuál era el trivial accidente que había relacionado mi nombre con lo acontecido. Ni siquiera entonces entendí nada. Hasta unos dos años más tarde no acerté a comprender del todo a qué hizo referencia aquella charla sobre el Templo del Cuerpo.

En aquel entonces yo atravesaba una fase casi totalmente asexual, algo que es normal, o al menos corriente, en los chicos de esa edad. Por tanto, me encontraba simultáneamente en situación de saber y de no saber eso que antes se llamaba «las realidades de la vida». A los cinco o seis años, como muchos niños, había pasado por una fase de sexualidad. Mis amigos eran los hijos del fontanero, que vivían en la misma calle, y a veces teníamos juegos de una naturaleza vagamente erótica. Uno era «jugar a los médicos», y recuerdo haber sentido un tenue pero inequívoco placer al aplicar una trompeta de juguete, que hacía las veces de estetoscopio, sobre el vientre de una niña. Más o menos en esa época estuve rendidamente enamorado, presa de un amor y de una adoración mucho mayores que los que nunca he sentido por nadie, de una niña llamada Elsie, alumna del mismo colegio de monjas al que yo asistía. A mí me parecía muy crecida, de modo que debía de tener unos quince años. Después de aquello, como sucede muy a menudo, desapareció en mí todo sentimiento sexual durante muchos años. A los doce sabía más que cuando era un niño, pero entendía menos porque ya no conocía el hecho esencial de que hay algo placentero en la actividad sexual. Más o menos entre los siete y los catorce, toda la cuestión me parecía carente de interés, y cuando por la razón que fuera me veía obligado a tenerla en cuenta, más bien me parecía repugnante. Mi conocimiento de los llamados «hechos de la vida» procedía de los animales y estaba, por tanto, distorsionado, por no decir que era, a lo sumo, intermitente. Sabía que los animales copulan y que los seres humanos tienen un cuerpo parecido al de los animales; que los seres humanos también copulan era algo que sólo sabía, por así decirlo, a regañadientes, como cuando algo, tal vez una frase en la Biblia, me obligaba a recordarlo. Al no tener deseos, no sentía la menor curiosidad, y no me importaba que mis preguntas quedaran sin respuesta. De ese modo, sabía en principio cómo gesta la mujer al hijo que tendrá, pero no sabía cómo sale el hijo del cuerpo de la mujer, porque nunca me había interesado esa cuestión. Conocía todas las palabras malsonantes, y en los momentos malos las repetía para mis adentros, pero desconocía qué significaban las peores, además de no tener ganas de saberlo. Eran algo perverso, pero abstracto; una suerte de encantamiento verbal. Al hallarme en tal situación, me resultó fácil permanecer en la ignorancia de cualquier fechoría sexual que se produjera a mi alrededor, así como no dármelas de enterado cuando se armó la de San Quintín. A lo sumo, por medio de las veladas y terribles advertencias de Flip, de Sambo y de todos los demás, comprendí a medias que el delito del que todos éramos culpables estaba relacionado de algún modo con los órganos sexuales. Me había percatado, sin demasiado interés,

de que el pene entra en erección por cuenta propia (y esto comienza a sucederle a un muchacho mucho antes de que tenga deseos sexuales conscientes), y estaba inclinado a creer, o más bien a creer a medias, que ese debía de ser el delito. En cualquier caso, era algo relacionado con el pene; hasta ahí llegaba mi capacidad de comprensión. Muchos otros de los chicos, no me cabe duda, estaban, igual que yo, en el limbo.

Después de la charla sobre el Templo del Cuerpo (tuvo que ser unos días más tarde, pienso retrospectivamente; la trifulca pareció prolongarse durante bastantes jornadas), una docena de alumnos estábamos sentados en torno a la mesa alargada y resplandeciente en la que Sambo daba sus clases para aspirantes a becarios, bajo la atenta mirada de Flip. Un prolongado y desolador gemido llegaba de uno de los dormitorios del piso de arriba. Un chiquillo muy pequeño llamado Duncan, de no más de diez años, al parecer involucrado de alguna forma, estaba recibiendo una azotaina o recuperándose de una reciente. Al oírlo, Flip nos miró uno por uno a la cara. Y se centró en mí.

—Ya ves —dijo.

No podría jurar que dijera «Ya ves lo que has hecho», pero ese fue el sentido de sus palabras. Estábamos todos encogidos de vergüenza. La culpa era nuestra. De algún modo, nosotros habíamos llevado al pobre Duncan por el mal camino; éramos los responsables de su agónico dolor, éramos los causantes de su ruina. Flip se volvió entonces hacia otro de los presentes, llamado Clapham. De esto han pasado treinta años, y no puedo recordar con certeza si sólo citó un versículo de la Biblia o si de hecho sacó una Biblia y le exigió a Clapham que la leyera, pero, sea como fuere, el texto era este: «Quien ofenda a uno de estos pequeños que en mí creyeron, mejor será que se cuelgue del cuello una piedra de molino y que se ahogue en las profundidades del mar».

También eso fue terrible. Duncan era uno de esos pequeños, y nosotros lo habíamos ofendido; era mejor que nos colgásemos del cuello una piedra de molino y que nos ahogásemos en las profundidades del mar.

—¿Lo has pensado con calma alguna vez, Clapham? ¿Has pensado en lo que esto significa? —dijo Flip. Y Clapham rompió a llorar a moco tendido.

Otro chico, Hardcastle, al quien ya he mencionado antes, se vio del mismo modo sobrepasado de vergüenza acusado de tener «ojeras muy marcadas».

—¿Tú te has mirado últimamente en el espejo, Hardcastle? —le preguntó Flip—. ¿No te da vergüenza ir por ahí con una cara como esa? ¿Crees que no sabemos lo que significa que un chico como tú tenga unas ojeras como esas?

De nuevo, la carga de la culpa y del miedo parecía pender sobre mi cabeza. ¿Tenía yo ojeras? Un par de años más tarde caí en la cuenta de que parecían ser un síntoma mediante el cual era posible detectar a los onanistas a la primera de cambio. Ya entonces, sin saberlo, acepté las ojeras como un síntoma inconfundible de depravación, de alguna clase de depravación, la que fuera. Y fueron muchas las veces, antes incluso de comprender el presunto sentido de la alusión, en las que me

miré ansioso en el espejo, en busca del primer indicio de ese temible estigma, la huella en la cara con que el pecador secreto confiesa su culpa.

Esos terrores desaparecieron, o bien pasaron a ser tan sólo intermitentes, sin afectar ya a lo que podría llamar mis creencias oficiales. Seguían teniendo su razón de ser en lo tocante al manicomio y al suicida, pero ya no eran fuente del mismo pavor que al principio. Pocos meses después se dio el caso de que volví a ver a Cross, el cabecilla que había sido víctima de una azotaina y después expulsado. Cross era uno de los parias del colegio, hijo de unos padres de clase media empobrecidos, lo cual sin duda fue parte de la razón de que Sambo lo tratara con tanta dureza. Al trimestre siguiente a su expulsión se matriculó en el Eastbourne College, el pequeño colegio privado que tanto desprecio suscitaba en St. Cyprian, al punto de no ser considerado un «verdadero» colegio privado, ni mucho menos. Allí sólo iban algunos de los alumnos de St. Cyprian, muy pocos, y Sambo siempre se refería a ellos con una suerte de despectiva compasión. Nadie tenía la menor posibilidad de salir bien librado yendo a un colegio como ese; en el peor de los casos, terminaría de oficinista. Para mí, Cross era una persona que a los trece años ya había tirado por la borda toda esperanza de cara a un futuro decente. Física, moral y socialmente estaba acabado. Por si fuera poco, yo daba por hecho que sus padres lo habían enviado al Eastbourne College porque después de su deshonra ningún colegio «bueno» estaría dispuesto a admitirlo.

Durante el curso siguiente, una vez que salimos a dar un paseo, nos cruzamos con él por la calle. Parecía completamente normal. Era de complexión fuerte, un muchacho bien parecido, de cabello negro. Al instante me di cuenta de que tenía mejor aspecto que la última vez en que lo había visto. El tono de su piel, antes muy pálido, parecía más sonrosado, y no pareció avergonzarse en absoluto al vernos a nosotros. Aparentemente, no le daba vergüenza alguna haber sido expulsado ni tampoco el hecho de estudiar en el Eastbourne College. Si algo se podía sacar en claro de la manera en que nos miró cuando nos vio pasar por delante, es que se alegraba, y mucho, de haber huido de St. Cyprian. No obstante, aquel encuentro apenas dejó ninguna huella en mí. No saqué nada en claro de la realidad evidente de que Cross, arruinado en cuerpo y alma, pareciera feliz e incluso gozar de muy buena salud. Seguía creyendo a pie juntillas en la mitología sexual que me habían inculcado Sambo y Flip. Allí estaban, aún, los peligros misteriosos y terribles. Cualquier mañana podían aparecer las ojeras en la cara, de modo que uno supiera que se encontraba irremisiblemente entre los condenados. Pero ya no parecía tener mayor importancia. Esas contradicciones sólo pueden darse en la mentalidad de un niño, precisamente por su propia vitalidad. Acepta —¿cómo no iba a hacerlo?— las estupideces que le cuentan sus mayores, pero su cuerpo juvenil y pujante, y la propia dulzura del mundo físico, le revelan día a día otra historia bien diferente. Otro tanto sucedía con el infierno, en el que hasta los catorce años de edad creí oficialmente. Era casi seguro que existía, y en no pocas ocasiones un sermón sumamente gráfico se

encargaba de recordárnoslo metiéndonos el miedo en el cuerpo. Pero, no sé cómo, aquello no duraba. El fuego que nos aguardaba en el infierno era fuego de verdad, que sin duda dolería tanto como cuando uno se quemaba un dedo, sólo que para toda la eternidad, si bien las más de las veces era posible considerar tal supuesto sin alterarse lo más mínimo.

V

Los diversos códigos vigentes en St. Cyprian —religiosos, morales, sociales, intelectuales— se contradecían unos a otros de manera flagrante al examinar sus implicaciones. El conflicto esencial era el que se daba entre la tradición ascética del siglo XIX y el lujo y el esnobismo que ya primaban en la época anterior a 1914. Por un lado, estaban el cristianismo de la Iglesia baja anglicana, el puritanismo sexual, la insistencia en el trabajo duro, el respeto por la distinción académica y la desaprobación de la autoindulgencia; por otro, el desprecio por lo «cerebral», la adoración de los deportes, el desprecio por los extranjeros y la clase obrera, el temor casi neurótico a la pobreza y, sobre todo, la asunción no sólo de que el dinero y el privilegio son lo que importa, sino también la presunción de que es mejor heredarlos que tener que ganarlos por medio del trabajo. A grandes rasgos, a uno se le pedía que fuera un buen cristiano y que tuviera éxito en la vida social, algo que es imposible. En aquel entonces yo no era capaz de comprender que los diversos ideales que se nos planteaban sencillamente se excluían unos a otros. Sólo acerté a darme cuenta de que todos ellos, o casi, eran inasequibles, al menos en mi caso, ya que dependían no sólo de lo que uno hiciera, sino también de lo que uno fuera.

A muy temprana edad, con diez u once años, llegué a la conclusión —no me lo dijo nadie, pero tampoco me lo inventé; de alguna manera, flotaba en el aire que respirábamos— de que uno no valía para nada a menos que tuviera cien mil libras. Tal vez me quedara con esa cifra en particular de resultas de mi lectura de Thackeray. Los intereses que rindiese esa cantidad serían de cuatro mil libras al año (estaba a favor de un prudente 4 por ciento), y esa me parecía la cantidad mínima de ingresos que uno debía poseer si realmente aspiraba a pertenecer a la capa más alta de la sociedad y codearse con quienes tuvieran casas de campo. Pero estaba claro que nunca podría abrirme paso para llegar a ese paraíso, al cual no pertenecía nadie que no hubiera nacido en él. Sólo era posible amasar dinero, si acaso, mediante una misteriosa operación, llamada «ir a la City», y al salir de ella, habiendo amasado cien mil libras, uno ya sería gordo y viejo. Lo realmente envidiable de los mejor colocados en la escala social era que gozaban de la riqueza siendo aún jóvenes. Para las personas como yo, la ambiciosa clase media, los que aprobaban exámenes, sólo era viable una suerte de éxito desolado y laborioso. Uno estaba destinado a subir por una escalera de becas sucesivas hasta llegar a ser funcionario, en Inglaterra o en la India, o tal vez abogado. Y si en algún momento uno trastabillara o perdiera pie en uno de los peldaños de la escalera, automáticamente pasaba a ser «el recadero de oficina que gana cuarenta libras al año». Y es que, aunque llegase al punto más alto que tuviera a su alcance, no pasaría de ser un subalterno, un don nadie, dependiendo de las

personas que realmente tenían peso específico.

Aun cuando no hubiera aprendido esto por medio de Sambo y de Flip, lo habría sabido gracias a los otros chicos. Volviendo la vista atrás, es asombroso lo íntima e inteligentemente esnobs que éramos todos, lo listos que éramos con los nombres y las direcciones, lo ágiles en la detección de las pequeñas diferencias de acento, de modales, de corte de ropa. Había algunos chicos que parecían resudar dinero por los poros incluso en la desoladora sordidez del trimestre de invierno. Sobre todo al comienzo y al final del trimestre, se hablaba de viajar a Suiza y Escocia a cazar codornices, del «yate de mi tío», de «nuestra casa de campo», de «mi caballo», del «coche de mi padre». Supongo que jamás ha existido, en toda la historia del mundo, una época en que la más elemental y vulgar ostentación del dinero, sin que la redimiera ningún tipo de elegancia aristocrática, llegara a ser tan patente como en aquellos años anteriores a 1914. Era la época en que los millonarios locos, con sus relamidos sombreros de copa y sus chalecos de lavanda, ofrecían fiestas en las que sólo se bebía champán en barcos adornados al estilo rococó que navegaban por el Támesis; la época del diábolo y de las faldas abullonadas, la época del dandi con su sombrero hongo de color gris y el gabán entallado; la época de *La viuda alegre*, las novelas de Saki, *Peter Pan* y *Donde termina el arco iris*; la época en que se hablaba de marcas de chocolate y de cigarros puros, en la que se decía «celestial» o «divino», se pasaban los fines de semana en Brighton y se merendaba a lo grande en el Troc. Toda la década anterior a 1914 parece emanar un olor vulgar a más no poder, una suerte de lujo pueril, un olor a brillantina y a *crème-de-menthe*, a bombones rellenos, un ambiente, para entendernos, en el que se comían eternos helados de fresa en un césped inmaculado mientras sonaba de fondo la canción de los remeros de Eton. Lo más extraordinario era el modo en que todo el mundo daba por hecho que esa riqueza rezumante, abultada, propia de las clases media y alta de Inglaterra, iba a durar para siempre, como si formase parte del orden natural de las cosas. Después de 1918, las cosas nunca volvieron a ser iguales. El esnobismo y los vicios caros volvieron a darse, desde luego, pero de una manera más inhibida, más a la defensiva. Antes de la guerra, la adoración del dinero era algo del todo irreflexivo, que no estaba sujeto a ningún aguijonazo doloroso de la conciencia. La bondad del dinero era algo tan inconfundible como la bondad de la buena salud o de la belleza, y un coche resplandeciente, un título nobiliario o un ejército de criados eran cosas que se mezclaban, en la mentalidad de la gente, con la idea de la verdadera virtud moral.

En St. Cyprian, durante el curso, las escuálidas condiciones de la vida en general imponían una cierta democracia, pero bastaba con hablar de las vacaciones para que se desatara una competición por alardear de los automóviles, las casas de campo, los mayordomos, dando lugar instantáneamente a las distinciones propias de las clases sociales. En el colegio primaba un curioso culto a Escocia, que ponía de relieve la contradicción fundamental de nuestros valores. Flip afirmaba tener raíces escocesas y otorgaba sus favores a los chicos escoceses, a quienes animaba a usar el *kilt* con sus

colores ancestrales antes que el uniforme del colegio, e incluso bautizó a su hijo menor con un nombre en gaélico. Por lo visto, debíamos admirar a los escoceses porque eran «adustos» y «austeros» («severos» era tal vez la palabra clave) e invencibles en el campo de batalla. En el aula mayor del colegio había un grabado de acero que representaba al regimiento escocés de los Greys en la batalla de Waterloo, y todos ellos daban la impresión de estar pasándoselo en grande. Nuestra imagen de Escocia estaba forjada a base de *kilts*, grandes patillas, faldellines, espadas de doble filo, gaitas y demás faramalla, todo ello mezclado de modo que tuviera el efecto revigorizante de un *porridge*, con una buena dosis de protestantismo y otra de un clima gélido. Pero por debajo de todo esto subyacía algo muy distinto. La auténtica razón del culto que se rendía a Escocia era que sólo los más pudientes, los de verdad adinerados, podían pasar allí las vacaciones de verano. Y la presunta creencia en la superioridad de los escoceses era un tapujo para disimular la mala conciencia por la ocupación de Escocia que aún tenían los ingleses, que no en vano expulsaron a los campesinos de las Tierras Altas de sus granjas para dejar espacio a los bosques llenos de ciervos y otras piezas de caza mayor y menor, en compensación por lo cual los convirtieron en criados. A Flip siempre se le iluminaba el rostro de puro esnobismo inocente cuando hablaba de Escocia. A veces incluso daba muestras de un cierto acento escocés. Escocia era un paraíso particular del que pocos iniciados podían hablar, haciendo que los demás se sintieran insignificantes.

—¿Vas a Escocia estas vacas?

—¡Pues claro! Vamos todos los años.

—Mi padre tiene cinco kilómetros de río.

—El mío me va a regalar una escopeta nueva. Hay abundante caza en el sitio al que vamos. ¡Largo de ahí, Smith! ¿Qué estás escuchando? ¡Si tú nunca has puesto un pie en Escocia! Me juego lo que quieras a que no sabes cómo es un urogallo…

A lo cual seguía la imitación del canto del urogallo, del ciervo en la berrea, del acento de los lugartenientes y de los jefes de los clanes, etcétera.

Y a veces se llevaba a término el interrogatorio de los chicos nuevos de dudoso origen social, interrogatorios sorprendentes por su mezquindad si se piensa que los inquisidores eran chicos de doce o trece años.

—¿Cuánto gana tu padre al año? ¿En qué parte de Londres vives? ¿Eso es Knightsbridge o ya es Kensington? ¿Cuántos cuartos de baño hay en tu casa? ¿Cuántos criados tienen tus padres? ¿Tenéis mayordomo? Bueno, ¿y cocinera? ¿Dónde te mandan a hacer la ropa? ¿A cuántos espectáculos fuiste en vacaciones? ¿Cuánto dinero te has traído para el trimestre?

Y así hasta la saciedad.

He llegado a ver a uno de los pequeños, recién llegado al colegio, con apenas ocho años, mintiendo a la desesperada para salir con bien de semejante catequesis:

—¿Tus padres tienen coche?

—Sí.

—¿Qué marca?

—Un Daimler.

—¿De cuántos caballos?

(Pausa, y salto al vacío). —Quince.

—¿Qué clase de faros lleva?

El chiquillo está desconcertado.

—¿Qué clase de luces? ¿Eléctricas o de acetileno?

(Pausa más larga, nuevo salto al vacío). —De acetileno.

—¡Venga ya! Dice que el coche de su padre lleva faros de acetileno. Dejaron de fabricarse hace años. Tiene que ser viejísimo.

—¡Y una mierda! Se lo está inventando todo. No tiene coche. No es más que un jornalero, y su padre también.

Y así sucesivamente.

Según los criterios sociales que prevalecían a mi alrededor, yo no servía para nada ni podría nunca llegar a nada. No obstante, las distintas clases de virtud parecían misteriosamente interrelacionadas, de manera que siempre eran adjudicadas a los mismos. No sólo contaba el dinero, sino también la fuerza, la belleza, el encanto, el porte atlético y algo denominado «agallas» o «carácter», y que era en realidad el poder de imponer la propia voluntad sobre los demás. Yo no poseía ninguna de tales cualidades. En los deportes, por ejemplo, era un desastre. Nadar no se me daba mal del todo y me defendía al críquet, pero esas cuestiones carecían de prestigio, de valor, porque los chicos sólo otorgan importancia a un deporte que exija fuerza y valentía. Lo que contaba era el fútbol, deporte en el que yo era un «paquete». Lo detestaba, y como no encontraba el menor placer ni la menor utilidad en el fútbol, me resultaba dificilísimo demostrar alguna valentía en el campo. A mi entender, no se juega al fútbol por el placer de dar patadas a un balón, sino porque es una especie de pelea. Los amantes del fútbol eran muchachos grandullones, alborotadores, amenazantes, a los que se les daba muy bien el patear y pisotear a los chicos algo menores. Ese era el patrón de la vida en el colegio, un continuo triunfo de los fuertes sobre los débiles. La virtud consistía en ganar: en ser más grande, más fuerte, más guapo, más popular, más elegante, menos escrupuloso que los demás, y en dominar a los otros, abusar de ellos, hacerlos sufrir, darles la sensación de que eran idiotas, aprovecharse de ellos en todos los sentidos. La vida estaba jerarquizada, y todo lo que sucediera era admisible. Los más fuertes merecían el triunfo y, en efecto, triunfaban; los débiles merecían perder y, por supuesto, perdían eternamente.

No puse en tela de juicio los criterios prevalecientes porque, en la medida en que alcanzaba a entenderlo, no existían otros. ¿Cómo podían los ricos, los fuertes, los elegantes, los modernos, los poderosos estar equivocados? El mundo les pertenecía, y las reglas que habían creado tenían que ser las correctas. No obstante, desde muy temprana edad tuve conciencia de que era imposible cualquier conformidad subjetiva. En lo más profundo de mi corazón, el «yo» interior parecía estar en vela, atento a

señalar la diferencia entre una obligación moral y un hecho psicológico. Siempre era así en todas las asignaturas, de este mundo o del más allá. Tomemos por ejemplo la religión. Se daba por hecho que uno amaba a Dios, y yo no lo puse en duda. Hasta los catorce años más o menos creí en Dios, y creí que todo lo que se nos decía de Dios era verdad. Pero era muy consciente de que no lo amaba. Por el contrario, lo odiaba, al igual que odiaba a Jesucristo y a los patriarcas hebreos. Si alguna simpatía me llegaron a inspirar algunos de los personajes del Antiguo Testamento, fueron Caín, Jezabel, Hamán, Agag, Sisara; en el Nuevo Testamento, mis amigos si acaso fueron Ananías, Caifás, Judas y Poncio Pilato. Pero toda la cuestión religiosa me parecía repleta de imposibilidades psicológicas. El devocionario, por ejemplo, nos decía que amásemos a Dios y lo temiésemos, pero ¿cómo iba uno a amar a alguien que le inspiraba miedo? Con nuestros afectos privados sucedía lo mismo. Por lo común estaba claro qué se debía sentir, pero era imposible gobernar a voluntad la emoción adecuada. Obviamente, era mi deber sentir gratitud hacia Flip y Sambo, pero no les estaba agradecido. Igual de claro estaba que uno debía amar a su padre, aunque yo sabía muy bien que simplemente me desagradaba, puesto que apenas lo había visto antes de cumplir los ocho años y me parecía tan sólo un hombre de edad avanzada y voz carrasposa que sólo decía «no». No es que no quisiera uno poseer las cualidades idóneas, sentir las emociones correctas, sino que esto no estaba en su mano. Lo bueno y lo posible nunca parecían coincidir.

Hubo un verso que encontré no estando en St. Cyprian, sino uno o dos años después, y que pareció suscitar una suerte de eco de plomo en mi corazón. Decía así: «Los ejércitos de la ley inalterable». Entendí a la perfección qué significaba ser Lucifer, ser derrotado, justamente derrotado y sin posibilidad de venganza. Los directores de los colegios con sus fustas, los millonarios con sus castillos en Escocia, los atletas de cabello rizado…; esos eran los ejércitos de la ley inalterable. No era fácil, en aquella época, reparar en que de hecho sí que era alterable. Y, de acuerdo con aquella ley, yo estaba condenado. No tenía dinero, era débil, era feo, no era popular, tenía una tos crónica, era cobarde, olía mal. Debería añadir que esta imagen no era ni mucho menos producto de mi imaginación. Yo era un muchacho sin ningún atractivo. St. Cyprian me obligó a serlo, en el supuesto de que no lo fuera con anterioridad. Pero el crédito que dé un niño a sus propios defectos no recibe una gran influencia de las realidades circundantes. Yo creía, por ejemplo, que olía mal, aunque esta convicción se basaba en la mera probabilidad general. Era notorio que las personas desagradables olían mal, por lo cual era de suponer que yo también apestaba. Asimismo, incluso después de haber dejado el colegio para siempre, seguí creyendo que la mía era una fealdad preternatural. Eso era lo que me habían inculcado mis compañeros, y no disponía de otra autoridad a la que remitirme. La convicción de que me era imposible alcanzar el éxito estaba tan enraizada en mi ser que influyó en todos mis actos hasta una edad muy avanzada. Hasta que tuve treinta años planifiqué siempre mi vida sobre la base no sólo de que cualquier empresa de altos vuelos estaba

para mí condenada al fracaso, sino también de que a lo sumo podía contar con que me quedaran muy pocos años por delante.

Ahora bien, este sentimiento de culpa, de fracaso inevitable, estaba contrarrestado por otro hecho, el instinto de supervivencia. Ni siquiera una persona que sea débil, fea, cobarde y maloliente, e incluso injustificable en todos los sentidos, carece del deseo de seguir con vida y de ser feliz a su manera. Yo no podía invertir la escala de valores existente ni lograr un éxito, pero sí que estaba en mi mano la aceptación de mi fracaso, del cual podría sacar el mejor partido. Podía resignarme a ser lo que era y tratar de sobrevivir en esas condiciones.

Sobrevivir, o al menos mantener una cierta independencia, era un acto en esencia delictivo, ya que significaba el incumplimiento de las reglas que uno mismo había dado por buenas. Había un muchacho llamado Cliffy Burton que durante unos meses me oprimió de una manera espantosa. Era un grandullón apuesto, forzudo, áspero, de cara colorada y cabello negro y rizado, que en todo momento andaba retorciéndole a uno el brazo, tirándole a otro de las orejas, azotando a alguien con una fusta (era integrante del sexto curso), o bien realizando actividades prodigiosas en el campo de fútbol. Flip lo tenía en un pedestal (de ahí que por lo común lo llamase por su nombre de pila) y Sambo nos lo ponía como ejemplo de «muchacho con carácter», «capaz de mantener el orden». Le seguía a todas horas un grupo de aduladores que lo llamaban «el Fortachón».

Un día, cuando estábamos quitándonos los abrigos en el vestuario, la tomó conmigo por la razón que fuera. Yo me puse respondón. Entonces me sujetó por la muñeca, me la retorció a la espalda y me forzó el brazo en una postura muy dolorosa. Me acuerdo de su rostro apuesto, burlón, colorado, a menos de un palmo del mío. Era mayor que yo, además de ser infinitamente más fuerte. En cuanto aflojó la presa, una terrible, perversa resolución se formó en mi interior. Decidí salirme con la mía y devolverle el golpe cuando menos se lo esperase. Fue un momento estratégico, pues el profesor que se encargó de la excursión iba a regresar casi de inmediato, y en ese momento ya no podría haber pelea. Dejé pasar tal vez un minuto, o poco más, y me dirigí hacia Burton con el aire más inofensivo que fui capaz de adoptar. Con todo el peso de mi cuerpo, le asesté un puñetazo en toda la cara. Trastabilló para atrás a causa del golpe y sangró un poco por la boca. Su rostro, siempre optimista, por poco ennegreció de rabia. Se dio la vuelta para enjuagarse en uno de los lavabos.

—¡Muy bien! —masculló entre dientes cuando el profesor ya se nos llevaba.

Después de este incidente, durante bastantes días me estuvo siguiendo, desafiándome a una pelea. Aunque yo estaba sencillamente aterrado, me negué con firmeza a entablar combate. Le dije que con ese puñetazo tenía ya su merecido y que, por mi parte, el asunto estaba zanjado. Curiosamente, no se abalanzó sobre mí sin más ni más, y eso que la opinión pública seguramente le habría dado la razón si lo hubiera hecho. Poco a poco el asunto perdió hierro, y no hubo pelea.

Yo me había comportado de una manera errónea al juzgar tanto por mi código

como por el suyo. Estuvo mal soltarle un puñetazo sin previo aviso. Pero negarme después de plano a pelear, a sabiendas de que si luchábamos me daría una buena tunda, eso fue mucho peor; pura muestra de cobardía. Si me hubiera negado porque no veía con buenos ojos las peleas, o porque de veras tuviese la impresión de que el asunto estaba zanjado, no habría estado mal del todo, pero lo cierto es que me negué porque me daba miedo. Mi venganza había quedado vacía de sentido debido a ese hecho. Le había soltado el golpe en un momento de violencia insensata, sin considerar, y encima adrede, el futuro que se me avecinaba, decidido tan sólo a salirme con la mía al menos por una sola vez y sin que me importaran un comino las consecuencias. Había tenido tiempo de sobra para comprender que iba a cometer un error, pero fue uno de esos delitos de los que uno siempre puede obtener una cierta satisfacción. Ahora todo quedó anulado. Hubo una cierta valentía en mi primera reacción, pero la cobardía posterior la había borrado.

El hecho en el que yo apenas había reparado es que, si bien Burton me desafió formalmente, en realidad no llegó a atacarme. En efecto, tras recibir ese único puñetazo jamás volvió a molestarme con sus abusos. Pasaron tal vez veinte años hasta que vi qué sentido tenía ese gesto. En aquel momento no supe ir más allá del dilema moral que se les presenta a los débiles cuando se hallan en un mundo donde gobiernan los fuertes: o rompen las reglas o perecen. No me di cuenta de que en ese caso los débiles tienen el derecho a forjar un conjunto de reglas distinto y regirse de acuerdo con ellas, porque incluso en el supuesto de que semejante idea se me hubiera ocurrido, no había nadie a mi alrededor que me hubiera confirmado en ella. Vivía en un mundo de adolescentes, de animales gregarios que no se cuestionaban nada, que aceptaban la ley del más fuerte y vengaban las humillaciones sufridas infligiéndoselas a otro más insignificante que ellos. Mi situación era la misma que la de infinidad de muchachos, y si era en potencia más rebelde que la mayoría, era sólo porque, según los criterios adolescentes, yo era un espécimen aún más pobre que ellos. Además, nunca me rebelé intelectualmente, sino sólo emocionalmente. No tenía más ayuda que mi estúpido egoísmo, mi incapacidad no ya de despreciarme sino de no tenerme en estima; no tenía más ayuda que mi instinto de supervivencia.

Más o menos al año de propinarle aquel puñetazo a Cliffy Burton en toda la cara, dejé St. Cyprian para siempre. Fue al término de un trimestre de invierno. Con la sensación de salir por fin de las tinieblas a la luz del sol, me puse la corbata de los veteranos cuando nos vestimos para hacer el viaje. Recuerdo bien la sensación de emancipación, como si la corbata fuese a la vez la enseña de la virilidad y un amuleto que me protegiera de la voz de Flip, de la fusta de Sambo. Estaba escapando de la esclavitud. Tampoco era que yo esperase, y menos aún que me propusiera, tener más éxito en un colegio privado que en St. Cyprian. Sin embargo, la sensación era de huida. Sabía que en un colegio privado dispondría de más intimidad, de menos atención, de más ocasiones de perder el tiempo y caer en la autoindulgencia, en la degeneración incluso. Durante muchos años había estado decidido, al principio sin

saberlo y después con plena conciencia de ello, a que cuando consiguiera mi beca aflojaría el ritmo y dejaría de estudiar como un poseso. Esta resolución, por cierto, la puse en práctica tan completamente entre los trece y los veintidós o veintitrés años que apenas di un palo al agua.

Flip me estrechó la mano al despedirse y me llamó por mi nombre de pila para celebrar la ocasión. Pero noté una actitud condescendiente, casi burlona, tanto en su cara como en su tono de voz. El tono con que se despidió de mí fue casi el mismo que utilizaba para decir «maripositas». A pesar de haber obtenido dos becas, yo seguía siendo un fracasado, porque el éxito se medía no por lo que uno hiciera, sino por lo que fuera. Yo no era «un buen muchacho», no podía aportar credibilidad al colegio. No poseía el carácter ni el valor, la salud, la fuerza o el dinero, ni tampoco los buenos modales, la simple capacidad de parecer un caballero.

«Adiós —parecía estar pensando Flip a tenor de su sonrisa—, ya no vale la pena que nos peleemos. No has sacado un gran partido de tus años en St. Cyprian, ¿verdad que no? Y no creo que te vaya estupendamente bien en un colegio privado. La verdad es que cometimos un error, perdimos el tiempo y el dinero al invertirlos en ti. Esta clase de educación no tiene mucho que darle a un muchacho con tu formación familiar, con tu aspecto patético. Ah, no vayas a pensar que no te entendemos. Al contrario. Conocemos muy bien esas ideas que tienes en el fondo de tu patética cabecita, sabemos que descrees de todo lo que te hemos enseñado, y sabemos que no estás ni de lejos agradecido por todo lo que hemos hecho por ti. Sin embargo, no tiene ningún sentido sacarlo ahora a relucir. Ya no somos responsables de ti, ya no te veremos nunca más. Reconozcamos que eres uno de nuestros fracasos y despidámonos sin malestar ni rencor. Adiós».

Todo eso, al menos, fue lo que leí yo en su rostro. Sin embargo, qué felicidad me embargaba aquella mañana de invierno a medida que el tren me alejaba de allí, con mi corbata nueva y resplandeciente, de seda (verde oscuro, azul claro y negra, si no recuerdo mal). El mundo se abría ante mí, o lo hacía al menos un poco, como esos celajes grises en los que aparece una rendija de azul. Un colegio privado sería más divertido que St. Cyprian, aunque en el fondo me fuera un medio igual de ajeno. En un mundo en el que las necesidades primordiales eran el dinero, los parientes con título nobiliario, el atletismo, la ropa confeccionada por los mejores sastres, el cabello bien peinado o una sonrisa encantadora, yo no servía de nada. Todo lo que había ganado era un poco de espacio para respirar; un poco de tranquilidad, un poco de indulgencia conmigo mismo, un respiro de tanto estudiar. Después, la ruina. No acertaba a imaginar qué tipo de ruina; tal vez las colonias, tal vez el taburete del recadero de oficina, tal vez una muerte prematura. Pero antes de que llegara la debacle dispondría de un año o dos en los que podría haraganear y beneficiarme de mis pecados, como el doctor Faustus. Creía firmemente en lo funesto de mi destino, a pesar de lo cual mi felicidad era extrema. Es la ventaja de tener trece años; no sólo se puede vivir el instante, sino que además se puede hacer con conciencia plena,

previendo el futuro sin que a uno le importe un comino. Al siguiente trimestre estaría en Wellington. También había conseguido una beca para Eton, aunque era improbable que quedase una vacante y mi intención era ir a Wellington primero. En Eton disponía uno de una habitación propia, una habitación en la que incluso se podía tener chimenea. En Wellington, uno tenía su propio cubículo y podía prepararse un tazón de cacao con leche por las noches. Esa intimidad tan propia de los adultos… Me emocionaba sólo de pensarlo. Y dispondría de bibliotecas en las que perder el tiempo, y en las tardes de verano podría librarme de los deportes y pasear a solas por la campiña, sin profesores que me vigilasen, sin nadie que me indicara el camino que seguir. Entretanto quedaban las vacaciones. Estaba la carabina de calibre 22 que había comprado en las vacaciones anteriores (Crackshot, se llamaba el modelo, y costaba veintidós chelines con seis peniques), y las Navidades a la semana siguiente. Estaban los placeres propios de comer hasta hartarse. Pensaba en unos bollos de crema especialmente voluptuosos que se podían comprar por dos peniques en una pastelería de nuestro pueblo. (Estábamos en 1916, y aún no había comenzado el racionamiento). El detalle mismo de haber calculado ligeramente mal tanto la duración como el coste de mi viaje, lo cual me dejó un chelín de más —lo suficiente para una taza de café y un pastel en alguna cantina a mitad de camino—, bastó para colmarme de alborozo. Tenía tiempo de sobra para disfrutar un poco de la felicidad antes de que el futuro se cerrase sobre mí y me engullera. Pero sabía que el futuro era sombrío. El fracaso, el fracaso, el fracaso…; el fracaso a mis espaldas, el fracaso ante mí. Esa fue, de lejos, la más honda de las convicciones que me llevé conmigo.

VI

De todo esto hace treinta años o más. La pregunta es la siguiente: hoy en día, ¿pasa un niño en el colegio por las mismas experiencias?

La única respuesta sincera, creo yo, es decir que no lo sabemos con certeza. Es evidente, cómo no, que la actitud a día de hoy ante la educación es mucho más humana y sensata que en el pasado. En la actualidad, el esnobismo que formaba parte integral de mi educación es poco menos que inconcebible, porque la sociedad que lo nutría ha muerto. Recuerdo una conversación que seguramente tuvo lugar más o menos un año antes de que yo abandonara St. Cyprian. Un muchacho de origen ruso, grandullón y rubio, un año mayor que yo, me estaba interrogando.

—¿Qué renta anual tiene tu padre?

Le dije la cantidad que me parecía más ajustada a la realidad, aunque añadiendo unos centenares de libras para que sonara mejor. El muchacho ruso, de costumbres muy atildadas, sacó un lápiz y una libreta e hizo un cálculo.

—Mi padre dispone de unas doscientas veces más que eso —anunció con un deje entre divertido y despectivo.

Esto fue en 1915. Me pregunto qué fue de semejante fortunón dos años más tarde. Y más aún me pregunto: ¿se dan este tipo de conversaciones a día de hoy en los colegios preparatorios?

Está claro que ha tenido lugar un gran cambio de planteamientos, un aumento en general de la «ilustración», incluso entre las personas más normales de la clase media, los que menos se paran a pensar en nada. Las creencias religiosas, por ejemplo, han desaparecido en gran medida, llevándose por el desagüe muchas otras estupideces por el estilo. Imagino que son muy pocas las personas que hoy en día le dirían a un niño que si se masturba terminará por dar con sus huesos en el manicomio. También las palizas y azotainas han caído en el descrédito más absoluto, y son muchos los colegios en los que no se sigue esta práctica. La malnutrición de los niños ya no se considera algo normal y corriente, y menos aún algo casi meritorio. Nadie se propondría a día de hoy mantener a sus alumnos con el mínimo gasto posible en alimentos, ni tampoco les diría que es saludable levantarse de la mesa sintiéndose igual de hambrientos que al sentarse a ella. El estatus de los niños en general ha mejorado, en parte porque son algo menos numerosos. Y la difusión de un cierto conocimiento psicológico ha impedido tanto a padres como a profesores prodigarse en sus aberraciones en nombre de la disciplina. He aquí un caso, que no conozco de primera mano, pero sí por alguien de quien respondo completamente y que es bastante reciente. Una niña pequeña, hija de un pastor, siguió mojando la cama a una edad en la que hacía tiempo que tendría que haber superado ese hábito. Para castigarla por tan terrible fechoría, su padre la llevó a una concurrida fiesta en el

jardín y la presentó a todos los invitados diciendo que era la niña que seguía mojando la cama. Para subrayar la perversidad de la niña, previamente le pintó la cara de negro. No pretendo dar a entender que Flip ni Sambo hicieran jamás algo semejante, aunque sí dudo mucho que esta actitud les sorprendiera. A fin de cuentas, las cosas cambian. A pesar de lo cual…

El problema no es precisar si a los niños se los obliga a llevar el cuello duro de Eton los domingos, ni si se les dice que los niños vienen de debajo de las coles. Esa actitud se halla, es de ver, a punto de ser inviable. El auténtico problema radica en si es normal que un niño que estudia en un colegio pase años enteros de su vida en medio de terrores irracionales, presa de malentendidos lunáticos. Y aquí uno se topa con la mayor de las dificultades, entender qué es lo que un niño en verdad siente y piensa. Uno con aspecto de ser razonablemente feliz quizá sufra en realidad una serie de espantos que no puede ni quiere revelar a nadie. Vive en una suerte de mundo ajeno, submarino, en el que sólo podemos penetrar por medio de la memoria o la adivinación. Nuestra clave principal radica en que también nosotros fuimos niños una vez, y en que muchas personas parecen olvidar casi por completo el ambiente en que transcurrió su propia infancia. Pensemos por un instante en los tormentos innecesarios que las personas le infligen a un niño obligándolo a volver al colegio con una ropa que no es del corte exigido, ¡y más si se niegan a entender que esas cosas importan! Con cosas de este estilo, un niño a veces manifiesta una protesta, pero las más de las veces su actitud es de simple ocultación. No exponer los sentimientos que uno tiene ante un adulto parece ser algo instintivo desde los siete u ocho años. El afecto mismo que sentimos por un niño, el deseo de protegerlo, de cuidarlo, es fuente de no pocos malentendidos. Es posible querer a un niño, tal vez más incluso que a un adulto, pero es un desatino dar por sentado que ese afecto es correspondido. Cuando rememoro mi propia infancia, una vez terminada la etapa de la niñez propiamente dicha, no creo que nunca haya estado enamorado de ninguna persona madura con la excepción de mi madre, y ni siquiera en ella confiaba del todo, al menos si se tiene en cuenta que la timidez me llevaba a ocultarle la mayor parte de mis sentimientos verdaderos. El amor, esa emoción espontánea e incondicional que es el amor, era algo que sólo alcanzaba a sentir por personas más jóvenes que yo. Hacia las personas mayores, y recuerdo que para un niño alguien «mayor» es quien tiene más de treinta años, era capaz de sentir un respeto reverencial, o admiración, o compunción, a pesar de lo cual sentía que nos separaba una barrera infranqueable debido al velo del temor y la timidez, mezclado con el desagrado físico que me inspiraban. Somos demasiado propensos a olvidar el encogimiento físico del niño ante el adulto. El tamaño de los adultos, sus cuerpos desgarbados y rígidos, su piel áspera y arrugada, sus párpados grandes y distendidos, sus dientes amarillos, su olor a ropa enmohecida, a cerveza, a sudor, a tabaco, que desprenden a vaharadas con cada movimiento… Parte de la razón que explica la fealdad de los adultos a ojos de los niños estriba en que el niño por lo común mira desde abajo, y pocos rostros dan su

mejor perfil cuando son vistos desde ese ángulo. Además, al contar pocos años de vida y no tener ninguna huella, el niño tiene unas exigencias altísimas en materia de suavidad de la piel, blancura de los dientes, etcétera. Pero la mayor de las barreras es la confusión del niño con respecto a la edad. Un niño a duras penas logra imaginar la vida más allá de los treinta años, y al calcular la edad de las personas suele incurrir en fantásticos errores. Suele pensar que una persona de veinticinco años tiene cuarenta, que una de cuarenta tiene sesenta y cinco, y así sucesivamente. De ese modo, cuando me enamoré de Elsie la tomé por una adulta. Me la volví a encontrar más adelante, cuando yo tenía trece y ella, unos veintitrés. Me pareció una mujer de mediana edad, que ya había dejado atrás sus mejores tiempos. Y el niño piensa que envejecer es una calamidad casi obscena, que por alguna razón misteriosa a él nunca le sobrevendrá. Todos los que sobrepasan los treinta años viven en un medio grotesco en el que no cabe la alegría, enredados siempre en asuntos que no tienen la menor importancia, todavía vivos, aunque sin tener nada por lo que valga la pena vivir, al menos a ojos del niño. Sólo la vida del niño es verdadera vida. El director del colegio que se imagina que sus alumnos lo adoran, que confían en él, es de hecho el hazmerreír de todos ellos en cuanto se da la vuelta. Un adulto que no parezca peligroso casi siempre resulta ridículo.

Baso todas estas consideraciones en lo que alcanzo a recordar de mi infancia. Aunque sea traicionera, la memoria se me antoja el medio principal que tenemos para descubrir cómo funciona la mentalidad de un niño. Sólo si resucitamos nuestros recuerdos podremos comprender cuán increíblemente distorsionada está la visión del mundo que tiene un niño. Pondré un ejemplo. ¿Qué aspecto tendría St. Cyprian si ahora lo visitara, es decir, si pudiera regresar, con mi edad actual, y verlo tal como era en 1915? ¿Qué pensaría de Sambo y de Flip, aquellos monstruos terribles y todopoderosos? Los vería como un par de personas estúpidas, superficiales, ineficaces, ansiosas por subir una escala social que cualquiera con dos dedos de frente sabía que estaba a punto de desplomarse. No me darían más miedo que el que me pueda dar un ratoncillo. Además, en aquellos tiempos me parecían extraordinariamente viejos, si bien —aunque no puedo estar seguro— supongo que eran algo más jóvenes de lo que yo lo soy ahora. ¿Y qué pensaría de Cliffy Burton, de sus músculos de herrero, de su cara colorada y burlona? Seguramente no pasaría de ser un chico pendenciero, apenas distinguible de otros tantos chicos de ese tipo. Los dos conjuntos de realidades pueden seguir uno junto al otro en mi mente, porque ambos son mis recuerdos. En cambio, me sería muy difícil ver las cosas con los ojos de cualquier otro chico si no fuera mediante un esfuerzo de la imaginación que bien podría desencaminarme del todo. El niño y el adulto viven en mundos diferentes. De ser así, no podemos tener la certeza de que el colegio, o al menos un internado, no siga siendo para muchos niños una experiencia tan terrible como la que era entonces. Dejemos a un lado a Dios, el latín, la fusta, las distinciones de clase y los tabúes sexuales, y el miedo, el odio, el esnobismo y los malentendidos seguirán casi con

toda seguridad estando presentes. Bien se ve que mi mayor problema era entonces una absoluta falta del sentido de la proporción o la probabilidad. Esto me condujo a aceptar los ultrajes, a creer en los absurdos, a sufrir tormentos por cosas que de hecho no tenían la menor importancia. No basta con decir que era un tontuelo, que tendría que haber espabilado a tiempo. Recuerde cada cual su propia infancia y piense en las bobadas en las que creía a pie juntillas, en las trivialidades que le causaban tanto sufrimiento. Por supuesto, mi caso tuvo sus variaciones individuales, aunque en esencia fuera el mismo de infinidad de niños. La debilidad del niño es que arranca con una hoja en blanco. Ni entiende ni cuestiona la sociedad en la que vive, y debido a su credulidad otras personas pueden escribir sobre esa hoja e inocularle la sensación de inferioridad, el temor a la ofensa, a vulnerar leyes misteriosas y terribles. Podría darse el caso de que todo lo que a mí me sucedió en St. Cyprian pudiera ocurrirme en el colegio más «ilustrado», aunque tal vez de una manera más sutil. De una cosa, sin embargo, estoy muy seguro, y es que los internados son peores que los colegios de día. Un niño tiene mejores condiciones de vida si tiene cerca el refugio que es su hogar. Y entiendo que los defectos característicos de las clases media y alta británicas pueden deberse en parte a la práctica generalizada, hasta hace poco, de enviar a los niños lejos de casa, a edades muy tempranas, a los nueve, a los ocho e incluso a los siete años.

Nunca he vuelto a St. Cyprian. Las reuniones de antiguos alumnos me dejan más que frío, aunque a algunos los recuerde en términos amistosos. Nunca he vuelto a Eton, donde fui relativamente feliz, si bien una vez pasé por allí, en 1933, y vi con cierto interés que nada parecía haber cambiado en modo alguno, salvo que en las tiendas se vendían aparatos de radio. En cuanto a St. Cyprian, durante años aborrecí tan profundamente incluso el nombre que no era capaz de tomar distancia y comprender el sentido de las cosas que me sucedieron estando allí. En cierto modo, sólo en este último decenio he sido capaz de repasar en serio mis tiempos de colegial, por vívida que sea la memoria que siempre me ha rondado. Hoy en día, creo, apenas me causaría impresión ver de nuevo el lugar, si es que todavía existe. (Recuerdo haber oído el rumor, hace años, de que había desaparecido en un incendio). Si tuviera que pasar por Eastbourne no daría un rodeo para evitar el colegio, y si pasara por delante de él es posible que me detuviera un momento junto al murete de ladrillo, ante la pendiente que bajaba de él, y que mirase el campo de deportes y el feo edificio, con el cuadrado de asfalto frente a la entrada. Y si entrase y volviera a notar el olor a tinta y a cal del aula magna, el olor a resina de la capilla, el olor estancado de la bañera común, el frío hedor de los lavabos, creo que sólo sentiría lo que se siente invariablemente cuando se vuelve a visitar un escenario de la niñez: cuánto ha empequeñecido todo, qué terrible es el deterioro de uno mismo. Pero es evidente que, durante muchos años, difícilmente podría haber soportado el verlo de nuevo. Salvo en caso de absoluta necesidad, nunca hubiera puesto el pie en Eastbourne. Llegué a tener ciertos prejuicios contra Sussex, por ser el condado en el que se encontraba St.

Cyprian, y de adulto he estado una sola vez en él, en una breve visita. Ahora, sin embargo, el lugar ha dejado de tener ninguna presencia en mí. Su magia ya no funciona, y ni siquiera me queda animosidad suficiente para desear que Flip y Sambo hayan muerto, o que sea cierta la historia de que el colegio fue pasto de las llamas.

1949

REFLEXIONES SOBRE GANDHI

Partisan Review, enero de 1949

Siempre se debería dictaminar que los santos son culpables hasta que se demuestre su inocencia, pero las pruebas que han de aplicárseles no son, por supuesto, las mismas en todos los casos. En el de Gandhi, las preguntas que uno se siente inclinado a plantear son: ¿hasta qué punto actuaba por vanidad —por la conciencia de sí mismo como un humilde anciano desnudo sentado en un tapete de oración que sacudía los cimientos de los imperios por pura fuerza espiritual— y hasta qué punto comprometió sus principios al entrar en política, que por su naturaleza es inseparable de la coerción y del fraude? Para dar una respuesta concluyente habría que estudiar con sumo detalle los escritos y hechos de Gandhi, puesto que su vida entera fue una especie de peregrinación en la que cada acto era significativo. Sin embargo, esta autobiografía parcial,[*] que termina en los años veinte, constituye una prueba de peso en su favor, tanto más porque cubre lo que él mismo habría llamado la «parte empedernida» de su vida y nos recuerda que, oculta tras la figura del santo o casi santo, había una persona muy astuta y capaz que hubiera podido tener, de así haberlo elegido, una brillante carrera como abogado, como administrador o incluso como hombre de negocios.

Más o menos en la época en que la autobiografía salió a la luz, recuerdo haber leído los capítulos iniciales en las mal impresas páginas de un periódico indio. Causaron una buena impresión en mí, algo que en aquel entonces el mismo Gandhi no producía. Las cosas que uno asociaba con él —la ropa hecha en casa, las «fuerzas del alma» y el vegetarianismo— no eran atractivas, y su programa medievalista era a todas luces inviable en un país atrasado, hambriento y superpoblado. Era también evidente que los ingleses lo usaban, o creían usarlo. En sentido estricto, como nacionalista era un enemigo, pero, puesto que en toda crisis se esforzaba por impedir la violencia —lo cual, desde el punto de vista británico, significaba impedir cualquier tipo de acción eficaz—, se le podía considerar «nuestro hombre». En privado, esto a veces se admitía cínicamente. La actitud de los indios millonarios era similar. Gandhi los exhortaba a arrepentirse, y naturalmente estos lo preferían a los socialistas y comunistas, que, de haber tenido la oportunidad, sin duda les habrían arrebatado su dinero. Hasta qué punto semejantes cálculos son fiables a largo plazo es algo dudoso —como el propio Gandhi decía, «al final los embusteros sólo se engañan a sí mismos»—, pero, en cualquier caso, la delicadeza con que siempre se le trató se debió en parte a que se le consideraba útil. Los conservadores británicos sólo se enfurecían realmente con él cuando, como por ejemplo en 1942, dirigía su no

violencia hacia un conquistador distinto.

Aun así, yo podía ver incluso entonces que los funcionarios británicos que hablaban de él con una mezcla de regocijo y desaprobación también lo admiraban genuinamente, a su modo. Nadie sugirió nunca que fuese corrupto o ambicioso de algún modo vulgar, o que nada de lo que hiciera estuviera motivado por el miedo o por la malicia. Al juzgar a un hombre como Gandhi, uno parece poner el listón muy alto casi instintivamente, de modo que algunas de sus virtudes han pasado casi desapercibidas. Por ejemplo, está claro, incluso por lo que explica en la autobiografía, que su valor físico natural era bastante extraordinario; la forma en que murió fue una demostración *a posteriori* de esto, puesto que un hombre público que valorara en alguna medida su pellejo habría estado mejor protegido. Asimismo, parecía estar bastante desprovisto de esa suspicacia maníaca que, como bien dice E. M. Forster en *Pasaje a la India*, es el vicio indio por excelencia, como la hipocresía es el británico. Aunque sin duda era lo bastante sagaz como para detectar la falta de honestidad, al parecer creía, siempre que le era posible, que el resto de las personas actuaban de buena fe y tenían una naturaleza superior a través de la cual era posible acercarse a ellas. Y a pesar de provenir de una familia pobre de la clase media, de haber tenido unos inicios más bien desfavorables y de haber tenido probablemente un aspecto físico poco impresionante, no era envidioso ni albergaba sentimientos de inferioridad. Parece ser que la discriminación racial, cuando por primera vez la conoció en su peor forma en Sudáfrica, más bien le sorprendió. Incluso cuando estaba librando lo que en efecto era una guerra de color, no pensaba en la gente en función de su raza o su estatus. El gobernador de una provincia, un millonario algodonero, un culi dravidiano hambriento o un soldado raso inglés eran todos igualmente seres humanos, a los que uno se debía acercar de la misma manera. Cabe destacar que incluso en las peores circunstancias posibles en Sudáfrica, cuando se estaba volviendo impopular como el paladín de la comunidad india, no le faltaban amigos europeos.

Escrita en capítulos cortos para su publicación por entregas en los periódicos, la autobiografía no es una obra maestra literaria, pero lo más impresionante es la cantidad de anécdotas triviales que contiene. Vale la pena recordar que Gandhi comenzó con las ambiciones corrientes de un joven estudiante indio y que sólo adoptó sus opiniones extremistas de modo paulatino y, en algunos casos, más bien a pesar suyo. Hubo una época —es interesante saberlo— en que usaba sombrero de copa, asistía a clases de baile, estudiaba francés y latín, subió a la torre Eiffel e incluso trató de aprender a tocar el violín, todo ello con la idea de asimilar la cultura europea tan a fondo como le fuera posible. No era uno de esos santos caracterizados por una piedad fenomenal desde la infancia, ni de los que se retiran del mundanal ruido tras una etapa de libertinajes sensacionales. Confiesa plenamente sus errores de su juventud, pero en realidad no hay mucho que revelar. Como frontispicio del libro hay una foto de las posesiones de Gandhi en el momento de su fallecimiento. El lote completo se podría adquirir por unas cinco libras, y sus pecados, al menos los

carnales, tendrían un aspecto semejante puestos en una sola pila. Unos cuantos cigarros, unos cuantos bocados de carne, unas cuantas *annas* robadas a la sirvienta en la infancia, dos visitas a un burdel (en ambas se fue sin haber «hecho nada»), un desliz con su casera en Plymouth del que se escapó por los pelos y un estallido de ira; eso es más o menos todo. Casi desde la infancia demostró una profunda rectitud, una actitud más ética que religiosa, pero, hasta que cumplió los treinta años, no tuvo un objetivo claro en la vida. Su primer contacto con algo que pueda calificarse de vida pública tuvo lugar a través del vegetarianismo. Por debajo de todas sus cualidades menos comunes, uno percibe todo el tiempo a los meticulosos comerciantes de clase media que fueron sus antepasados. Se tiene la sensación de que, incluso tras renunciar a la ambición personal, debió de ser un abogado activo y lleno de recursos, un organizador político práctico, preocupado por minimizar los gastos, un hábil orquestador de comités y un proselitista infatigable. Su carácter era extraordinariamente variado, pero no había casi nada en él que pueda ser señalado como malo, y creo que incluso sus peores enemigos admitirían que era un hombre interesante e inusual que enriquecía el mundo simplemente por el hecho de estar vivo. En cambio, nunca he estado del todo seguro de si era también adorable ni de si sus enseñanzas pueden tener algún valor para aquellos que no aceptan las creencias religiosas en que se fundan.

En los últimos años se ha puesto de moda hablar de Gandhi como si hubiera sido no sólo un simpatizante del movimiento izquierdista occidental, sino parte integral de este. Los anarquistas y los pacifistas, en particular, se lo han apropiado, observando tan sólo que se oponía al centralismo y a la violencia de Estado, e ignorando la otra tendencia trascendentalista y antihumana de sus doctrinas. Pero, a mi juicio, uno debería caer en la cuenta de que las enseñanzas de Gandhi no cuadran con la creencia de que el hombre es la medida de todas las cosas y de que nuestra tarea es hacer que la vida en este planeta, que es el único que tenemos, valga la pena ser vivida. Tienen sentido sólo si se acepta que Dios existe y que el mundo de los objetos sólidos es una ilusión de la que se debe escapar. Vale la pena tener en cuenta las privaciones que Gandhi se imponía a sí mismo, y que, si bien no insistía en que cada uno de sus seguidores las observara con todo detalle, consideraba indispensables si uno quería servir a Dios o a la humanidad. En primer lugar, no comer carne ni, a ser posible, ningún alimento de origen animal. (El propio Gandhi tuvo que recurrir a la leche para no poner en peligro su salud, pero al parecer lo consideró un paso atrás). Nada de alcohol o tabaco y nada de condimentos ni especias, ni siquiera vegetales, ya que la comida debe ser ingerida no por sí misma, sino para conservar las fuerzas. En segundo lugar, nada de relaciones sexuales. En el caso de que se mantengan, debe ser con el único propósito de engendrar hijos y presumiblemente en intervalos largos. Gandhi mismo, cuando tenía alrededor de treinta y cinco años, hizo voto de *brahmacharya*, que significa no sólo una castidad completa, sino también la eliminación del deseo sexual. Esta condición, por lo visto, es difícil de obtener sin

una dieta especial y sin ayunos frecuentes. Uno de los peligros de la leche es que suele despertar el deseo sexual. Y, finalmente —y este es el punto clave—, para el que va en pos de la bondad no debe haber amistades cercanas ni amores exclusivos.

Las amistades cercanas, afirma Gandhi, son peligrosas porque «los amigos ejercen una influencia mutua» y, a través de la lealtad a un amigo, uno puede ser llevado a errar. Esto es incuestionablemente cierto. Más aún, si uno ha de amar a Dios, o a la humanidad en su conjunto, no puede mostrar predilección por ninguna persona en concreto. Esto también es cierto, y marca el punto en que las actitudes religiosa y humanista dejan de ser reconciliables. Para un ser humano corriente, el amor no significa nada si no conlleva amar a cierta gente más que a otra. La autobiografía no deja claro si Gandhi era desconsiderado con su esposa y sus hijos, pero sí que en tres ocasiones estuvo dispuesto a dejar que alguno de ellos muriera antes que administrarle el alimento de origen animal que había prescrito el doctor. Bien es verdad que la defunción presagiada nunca tuvo lugar y que Gandhi —con, es de suponerse, gran presión moral en el otro sentido— siempre le dio al paciente la oportunidad de mantenerse vivo al precio de cometer un pecado; aun así, si la decisión hubiera sido exclusivamente suya, habría prohibido la ingesta de alimentos animales, al margen del riesgo. Debe haber, sostiene, un límite en lo que estemos dispuestos a hacer para conservar la vida, y el límite está bastante más acá que el caldo de pollo. Esta actitud quizá es noble, pero, en el sentido en el que, según creo, la mayoría de la gente le daría a la palabra, es inhumana. La esencia de ser humano es que uno no busca la perfección, que uno a veces está dispuesto a cometer pecados por lealtad, que uno no lleva el ascetismo hasta el punto en el que vuelve imposible la convivencia amistosa, y que uno está preparado para ser finalmente derrotado y despedazado por la vida, lo cual es el precio inevitable de depositar su amor en otros seres humanos. Sin lugar a dudas, el tabaco, el alcohol, etcétera, son vicios que un santo debe evitar, pero también la santidad es algo que los seres humanos deben rehuir. Esto es algo que cae por su propio peso, pero que uno debe cuidarse de mencionar. En esta época dominada por los yoguis, se asume demasiado pronto que el «desapego» no sólo es mejor que la aceptación plena de la vida terrena, sino que el hombre corriente lo rechaza solamente porque es demasiado difícil; en otras palabras, que el hombre común es un santo en potencia que no ha logrado alcanzar esa condición. Es dudoso que esto sea cierto. Mucha gente no tiene intención alguna de ser santa, y es probable que algunos que han logrado la santidad o aspiran a ella no se hayan sentido nunca tentados de ser seres humanos. Si uno pudiera rastrear esto hasta sus raíces psicológicas, hallaría, creo, que el principal motivo para el «desapego» es un deseo de escapar del dolor de vivir y, sobre todo, del amor, que, de índole sexual o no, acarrea muchas complicaciones. Pese a todo, no es necesario dirimir aquí si el ideal humanista es «más elevado» que el trascendentalista. La cuestión es que son incompatibles. Se debe escoger entre Dios y el hombre, y todos los «radicales» y «progresistas», desde los liberales más moderados hasta los anarquistas más

extremos, han escogido al último.

En cualquier caso, el pacifismo de Gandhi puede desvincularse hasta cierto punto de sus otras enseñanzas. Su motivación era religiosa, pero también lo consideraba una técnica definida, un método, capaz de producir los resultados políticos deseados. La actitud de Gandhi no era la de la mayoría de los pacifistas occidentales. La *Satyagraha*, desarrollada originalmente en Sudáfrica, era una suerte de guerra no violenta, una manera de vencer al enemigo sin herirlo y sin sentir ni suscitar odio. Implicaba actos como la desobediencia civil, las huelgas, tumbarse en el suelo frente a trenes, soportar cargas de la policía sin correr ni defenderse y cosas por el estilo. Gandhi se oponía a traducir el término «Satyagraha» como «resistencia pasiva»; en gujarati, por lo visto, significa «firmeza en la verdad». En sus primeros años Gandhi sirvió como camillero del bando inglés en la guerra de los bóeres, y se disponía a hacer lo mismo en la Primera Guerra Mundial. Incluso después de haber abjurado totalmente de la violencia, fue lo bastante sincero consigo mismo como para percatarse de que en los conflictos bélicos suele ser necesario tomar partido. Gandhi no adoptó —ciertamente no podía, ya que toda su vida política se centraba en la lucha por la independencia nacional— la actitud estéril e hipócrita de fingir que en todas las guerras ambos bandos son lo mismo y que tanto da quién gane. Tampoco se especializó, como hacen la mayoría de los pacifistas occidentales, en eludir preguntas incómodas. En relación con la última contienda, una que todos los pacifistas tenían la clara obligación de contestar era: «¿Qué decís de los judíos? ¿Estáis dispuestos a verlos exterminados? Si no es así, ¿cómo os proponéis salvarlos sin recurrir a la guerra?». Debo decir que nunca he oído de ningún pacifista occidental una respuesta sincera a esta pregunta, aunque he oído muchas evasivas, principalmente del tipo «y tú también». Pero resulta que a Gandhi se le planteó una pregunta similar en 1938 y que su respuesta está registrada en *Gandhi and Stalin*, del señor Louis Fischer. Según el señor Fischer, el punto de vista de Gandhi era que los judíos alemanes debían cometer un suicidio colectivo, lo cual «hubiera despertado al mundo y a Alemania ante la violencia de Hitler». Después de la guerra se justificó: afirmó que los judíos habían acabado siendo asesinados de todos modos y que al menos podrían haber intentado no morir completamente en vano. Da la impresión de que esta actitud sorprendió incluso a un admirador tan incondicional como el señor Fischer, pero Gandhi estaba simplemente siendo sincero. Si no estás dispuesto a quitarle la vida a alguien, con frecuencia debes estarlo a que se pierdan vidas de alguna otra manera. Cuando en 1942 pidió adoptar una actitud de resistencia no violenta ante la invasión japonesa, estaba listo para admitir que eso podría costar varios millones de muertes.

Al mismo tiempo, hay motivos para creer que Gandhi, que después de todo nació en 1869, no entendía la naturaleza del totalitarismo y lo veía todo en función de su propia lucha contra el gobierno británico. El punto clave aquí no es tanto que los británicos lo trataran pacientemente como que siempre fue capaz de obtener publicidad. Como se puede ver por la frase citada arriba, creía en «despertar al

mundo», lo cual sólo es posible si este tiene una oportunidad de oír lo que estás haciendo. Es difícil ver cómo podrían aplicarse los métodos de Gandhi en un país donde los opositores al régimen desaparecen en mitad de la noche y nunca se vuelve a saber de ellos. Sin una prensa libre ni derecho de reunión, es imposible no sólo apelar a la opinión exterior, sino también hacer que surja un movimiento de masas o incluso hacerle saber tus intenciones al adversario. ¿Hay un Gandhi en Rusia en este momento? Y si lo hay, ¿qué está logrando? Las masas rusas sólo podrían practicar la desobediencia civil si la misma idea se les ocurriera a todos a la vez, e incluso en ese caso, a juzgar por lo ocurrido durante la hambruna ucraniana, no hubiera surtido ningún efecto. Aun así, concedamos que la resistencia no violenta puede ser eficaz contra el propio gobierno o contra una potencia ocupante; incluso en ese caso, ¿cómo la pone uno en práctica a escala internacional? Las diferentes declaraciones contradictorias de Gandhi sobre la última guerra parecen mostrar que era consciente de esta dificultad. Aplicado a la política exterior, el pacifismo deja de ser tal, o bien se transforma en apaciguamiento. Además, el supuesto, que de tanto le sirvió a Gandhi para tratar con las personas, de que uno puede acercarse a todas ellas y de que responderán a un gesto generoso, debe ser puesto seriamente en duda. No es algo necesariamente cierto, por ejemplo, cuando se trata con lunáticos. Entonces, la pregunta se convierte en: ¿quién está cuerdo? ¿Lo estaba Hitler? ¿Acaso no es posible que toda una cultura esté mentalmente enferma a los ojos de otra? Y en la medida en que se puedan juzgar los sentimientos de naciones enteras, ¿hay algún vínculo claro entre un acto generoso y una respuesta amistosa? ¿Es la gratitud un factor en la política internacional?

Estas y otras preguntas similares necesitan ser discutidas, y necesitan serlo urgentemente, en los pocos años que nos quedan antes de que alguien apriete el botón y los cohetes comiencen a volar. Es dudoso que la civilización pueda soportar otra gran guerra, y no cabe descartar que el camino para evitarla sea el de la no violencia. A Gandhi hay que reconocerle la virtud de que habría estado dispuesto a considerar con sinceridad preguntas como las que he planteado arriba, y, en efecto, es probable que discutiera la mayoría de ellas en alguno u otro punto de sus innumerables artículos periodísticos. La impresión que da es que había muchos aspectos que no lograba entender, pero no que hubiera algo que temiera decir o pensar. Nunca he sido capaz de sentir demasiada simpatía por Gandhi, pero no estoy seguro de que, como pensador político, se equivocara en lo sustancial, ni creo que su vida fuera un fracaso. Es curioso que, al ser asesinado, muchos de sus admiradores más fervientes señalaron con tristeza que había vivido justo lo suficiente para ver en ruinas el trabajo de su vida, puesto que la India estaba inmersa en una guerra civil, que siempre se había previsto que sería uno de los efectos colaterales de la transferencia del poder. Pero no fue a suavizar la rivalidad entre hindúes y musulmanes a lo que Gandhi consagró su vida. Su principal objetivo político, la finalización pacífica de la dominación inglesa, se había alcanzado después de todo. Como siempre, los hechos relevantes se

entrecruzan. Por una parte, los británicos abandonaron la India sin pelear, un acontecimiento que muy pocos observadores hubieran presagiado ni siquiera un año antes de que sucediera. Por otra, esto lo hizo un gobierno laborista, y es seguro que uno conservador, especialmente uno dirigido por Churchill, habría actuado de otro modo. No obstante, si para 1945 en Gran Bretaña se había propagado considerablemente la opinión favorable a la independencia de la India, ¿en qué medida se debió esto a la influencia personal de Gandhi? Y si, como puede suceder, la India y Gran Bretaña finalmente acaban por mantener una relación decente y amistosa, ¿será esto en parte porque Gandhi, al librar su lucha con obstinación pero sin odio, desinfectó el ambiente político? Que se piense siquiera en plantear esas preguntas indica su gran estatura. Uno puede sentir, como yo, una especie de disgusto estético por Gandhi y rechazar las pretensiones de santidad hechas en su nombre (algo que él nunca pretendió, por cierto), se puede incluso rechazar la santidad como un ideal y, por tanto, pensar que los objetivos básicos de Gandhi eran antihumanos y reaccionarios. Pero, analizado simplemente como un político y comparado con las otras figuras políticas importantes de nuestro tiempo, ¡qué olor tan limpio consiguió dejar tras de sí!

EVELYN WAUGH

Artículo inacabado; abril (?) de 1949. Mecanografiado con notas a mano

---

En los últimos decenios, en países como Gran Bretaña o Estados Unidos, la *intelligentsia* literaria ha crecido tanto que se ha convertido en un mundo en sí mismo. Un notable resultado de ello es que las opiniones que más teme expresar un escritor ya no son las que desaprueba la sociedad en general. Lo que hoy se considera vagamente heterodoxia se ha convertido en gran parte en ortodoxia. En nuestros días es absurdo fingir, por ejemplo, que sea osado y original proclamarse anarquista, ateo, pacifista, etcétera. Lo atrevido, o al menos lo que no está de moda, es creer en Dios o aprobar el sistema capitalista. En 1895, cuando encarcelaron a Oscar Wilde, habría hecho falta mucha valentía moral para defender la homosexualidad. Hoy no requeriría ninguna; una acción equivalente sería, tal vez, defender el antisemitismo. Pero eso nos recuerda que no se puede juzgar el valor de una opinión sólo por la valentía que hace falta para defenderla. Todavía existen la verdad y la falsedad, es posible defender una creencia verdadera por motivos equivocados y, aunque tal vez no se haya producido ningún avance en la inteligencia humana, las ideas predominantes en una época a veces son claramente menos estúpidas que las de otras.

En nuestro tiempo, el novelista inglés que ha desafiado de manera más evidente a sus contemporáneos es Evelyn Waugh. La perspectiva de la vida de Waugh es, diría yo, falsa y hasta cierto punto perversa, pero al menos hay que reconocer que la adoptó en un momento en que no le resultaba beneficiosa, y que su reputación literaria ha sufrido las consecuencias. Por supuesto, es cierto que ha gozado de un éxito popular inmenso (algo que no parece guardar la menor relación, positiva o negativa, con la aclamación de los críticos), y también que se lo ha subestimado en parte porque es un escritor «frívolo» con un don para algo muy cercano a la farsa vulgar. Pero su mayor ofensa a los ojos de sus colegas ha sido siempre su tendencia política reaccionaria, que ya era patente incluso en libros tan frívolos como *Decadencia y caída* y *Cuerpos viles*. Desde el punto de vista cronológico, Waugh pertenece a la generación de Auden y Spender, aunque es unos cinco años mayor que la mayoría de los miembros del grupo. Esa generación fue, casi en bloque, de «izquierdas», al estilo del Frente Popular, y con inclinaciones comunistas. Por supuesto, había algunos escritores de la misma edad que no acababan de encajar en ese esquema; por ejemplo, William Empson, William Plomer, V. S. Pritchett y Graham Greene. Pero los tres primeros sencillamente carecían de orientación política

y nunca se opusieron a la ortodoxia del Frente Popular, mientras que Graham Greene —aunque casi nadie reparó en ello, sin duda porque todo el mundo da por sentado que un católico debe ser conservador— era de «izquierdas» en un sentido tan vago como discreto. En toda esa generación, la única voz ruidosamente discordante era la de Waugh. Incluso su primer libro, la vida de Rossetti, publicado en 1927, exhibe una especie de conservadurismo desafiante, expresado, como era natural en esa fecha, más en términos estéticos que políticos.

Waugh es el más reciente, y tal vez el último, de una larga estirpe de escritores ingleses cuya verdadera fuerza impulsora es una fe novelesca en la aristocracia. Si hojeamos *Decadencia y caída*, *Cuerpos viles* y gran parte de los pasajes de casi todos sus otros libros, nos dan la impresión de ser sólo una bufonada jocosa, en parte inspirada en Norman Douglas y tal vez un poco en Saki, y teñida de ese esnobismo ingenuo que hace que la gente espere veinticuatro horas de pie en la acera para ver pasar la comitiva de una boda real. No obstante, si uno indaga bajo la superficie, ve que, aunque el enfoque sea el de una farsa, el asunto que trata es mucho más serio. Lo que intenta Waugh es servirse del mundo inculto y agitado de nuestros días como contrapunto de su idea de un modo de vida bueno y estable. La aparente inmoralidad de esos libros (las bromas giran no sólo en torno al adulterio, sino también en torno a la prostitución, la homosexualidad, el suicidio, la locura y el canibalismo) es sólo un regreso a la antigua tradición del humor inglés, según la cual cualquier cosa puede ser divertida, siempre que no haya ocurrido nunca o sucediese hace mucho tiempo. En *Decadencia y caída*, por ejemplo, el episodio más gracioso es aquel en que le sierran la cabeza al cura. Si nos pidiesen que lo creyésemos sería repugnante, pero como es imposible resulta aceptable, al igual que, digamos, los acontecimientos de «El cuento del molinero», que no tendrían nada de graciosos si ocurriesen en la vida real. Los libros de Waugh, sin duda, deben parte de su popularidad a su apariencia pícara, pero ninguno (salvo tal vez, hasta cierto punto, *Decadencia y caída*) pretende ser moralmente subversivo. En realidad son sermones disfrazados de farsa, y mantienen esa apariencia porque no entran a hacer comentarios. En *Decadencia y caída*, *Cuerpos viles*, *Noticia bomba* y, en menor grado, *Un puñado de polvo*, el personaje principal es una figura pasiva que se limita a dejar que le ocurran cosas y apenas parece distinguir entre el bien y el mal, o ni siquiera entre el dolor y el placer, mientras que en *Merienda de negros* y *Los seres queridos* ya no es tan pasivo, pero sus motivos quedan sin explicar. El perfil general de esos libros se parece al de *Cándido*, y a grandes rasgos la moraleja también viene a ser la misma: «Mira, el mundo es así. ¿De verdad vale la pena comportarse de un modo tan absurdo?». Aunque, claro, la idea que tiene Waugh de lo que es una conducta razonable es muy diferente de la de Voltaire.

En todos los libros de Waugh hasta *Retorno a Brideshead*, que tal vez señale un punto de inflexión, la idea de la cordura y la integridad moral se asocia a la idea de la vida en el campo —de la gente de clase alta— tal como era hace dos generaciones.

Ya en *Cuerpos viles* encontramos una soflama bastante intrascendente a favor de la antigua pequeña aristocracia, la gente que aún tiene, o tenía, un sentido del deber y un código de comportamiento, en comparación con la turba de periodistas, financieros, políticos y *playboys* de los que trata el libro:

> … una gran concurrencia de gente pía y honorable (para quienes la recepción en Anchorage House era el único acontecimiento del año), las mujeres iban bien vestidas con tejidos alegres y duraderos, los maridos engalanados con medallas; gente que había representado a su país en lugares lejanos y había enviado a sus hijos a morir por él en la guerra, gente de vida moderada y decente, no demasiado cultivada, nada afectada, despreocupada, sin ambiciones, independiente en sus juicios y con claras excentricidades, gente amable que cuidaba de los animales y de los pobres que lo merecían, valiente e irracional, una hermosa falange de una clase desaparecida, que se acercaba, igual que esperaba acercarse a su Creador el día del Juicio, con cordialidad sincera y decorosa a estrechar la mano de *lady* Anchorage en lo alto de la escalera…

Puede que lo de «los animales y los pobres que lo merecían» lo diga con ironía, pero la nota de afecto y aprecio, totalmente discordante con el resto del libro, es inconfundible. En *Un puñado de polvo*, la cuestión se expone de forma aún más explícita. Por un lado, la vida alocada y rutilante de Londres; por otro, la casa de campo, la herencia que debe conservarse, los campos y los bosques que no debe permitirse que caigan en decadencia. Como ha señalado antes otro escritor en *Partisan Review*, siempre que la acción de los libros de Waugh transcurre en Inglaterra, hay una casa, una casa antigua, que desempeña un papel de calado. La casa, en pleno proceso de saqueo, ya aparece en *Decadencia y caída*. En *Un puñado de polvo*, la clave de la historia es una casa más bien ridícula, por más que a su dueño le parezca preciosa. En *Retorno a Brideshead* adquiere una forma más majestuosa. Pero, probablemente, la que más se acerca al ideal personal de Waugh es la que aparece en *Noticia bomba* y en *Cuerpos viles*. Todo el mundo conoce, al menos por tradición, el tipo de casa descrita en dichos libros: la casona de campo de tamaño medio que en sus días de gloria daba trabajo a unos diez criados y que hoy, si no ha sido abandonada, se ha convertido en un hotel, un colegio o un manicomio. Ahí está, tanto si Waugh alude con detalle a él como si no, el escenario conocido: los «céspedes húmedos y frecuentados por los pájaros»; el huerto con su tapia y sus perales; el vestíbulo desordenado con sus gabardinas, sus botas de agua, sus salabardos y sus mazos de cróquet; el olor a escayola del pasillo que conduce a la armería; el mapa de la finca en la pared de la biblioteca; la vitrina llena de pájaros disecados al final de la escalera. Para Waugh eso es magia, o lo era, y sería una pérdida de tiempo intentar exorcizarla de su imaginación limitándonos a señalar que

[El texto mecanografiado se interrumpe en este punto.]

UN PREMIO PARA EZRA POUND

Partisan Review, mayo de 1949

El 14 de febrero de 1949 se le concedió a Ezra Pound del Premio Bollingen de Poesía. Pound (1885-1972) había apoyado a Mussolini en los años treinta. Durante la Segunda Guerra Mundial había vivido en Italia, y a partir de 1941 había participado en programas radiofónicos en apoyo de los gobiernos fascistas. Las fuerzas estadounidenses lo detuvieron en 1945, pero en el juicio por traición lo declararon loco y estuvo encerrado en el hospital Saint Elizabeth de Washington D. C. hasta 1958. En su número de abril de 1949, la *Partisan Review* publicó un «Comentario» de William Barrett. Empezaba así:

> La concesión de un premio es un acto público que suele estar rodeado de muchas dificultades. Tratándose de un premio literario, no sólo se enfrenta uno a las dificultades propias del juicio estético, sino a las complicaciones derivadas del hecho de que los jueces, por la naturaleza pública del premio, actúan no sólo como críticos, sino también como ciudadanos.
>
> La Fundación Bollingen ha anunciado recientemente la concesión del Premio Bollingen de Poesía, el primero de una serie anual, a Ezra Pound por *Los cantos pisanos*, por tratarse del mejor libro de poesía publicado en 1948. Los jueces fueron los miembros de la Asociación de las Letras Estadounidenses de la Biblioteca del Congreso, entre quienes se cuentan T. S. Eliot, W. H. Auden, Allen Tate, Robert Penn Warren, Katherine Anne Porter y Robert Lowell. En el comunicado público que acompaña al premio, los jueces afirman que eran conscientes de que la elección de Pound despertaría objeciones, su breve comunicado implica que han considerado con cuidado dichas objeciones, y termina con una especie de afirmación de un principio general: «Permitir que otras consideraciones aparte de los logros poéticos influyeran en nuestra decisión, destruiría el significado del premio y, en principio, negaría la validez de la percepción objetiva del valor sobre la que se apoya cualquier sociedad civilizada».
>
> Los sentimientos que subyacen a dicha declaración nos parecen admirables. Nuestro único interés aquí es insistir en la aplicación de dicho principio…

Se pidió a varios escritores, entre ellos George Orwell, que debatieran sobre las cuestiones relacionadas con el premio. Fueron publicadas en el número de mayo de la *Partisan Review*. He aquí la respuesta de Orwell:

> Creo que la Fundación Bollingen ha hecho muy bien al conceder el premio a Pound si creía que sus poemas eran los mejores del año, pero también creo que deberíamos tener muy presente la carrera de Pound y no pensar que porque haya ganado un premio literario sus ideas se han vuelto respetables.
>
> A causa de la aversión general a la propaganda bélica de los aliados, hubo, antes incluso de que concluyera la guerra, una tendencia a afirmar que Pound no era «verdaderamente» fascista y antisemita, que se opuso a la guerra por razones pacifistas y que, en cualquier caso, sus actividades políticas pertenecen sólo a los años de la guerra. Hace un tiempo leí en un periódico estadounidense que los programas de Pound en la radio de Roma tuvieron lugar después de que «se alterara su equilibrio mental», y más tarde (creo que en el mismo periódico) leí que el gobierno italiano lo había chantajeado para que participara en dichos programas mediante amenazas a sus parientes. Son puras falsedades. Pound era un ferviente seguidor de Mussolini desde los años veinte, y nunca lo ocultó. Colaboró en la revista de Mosley, la *British Union Quarterly*, y aceptó del gobierno de Roma una plaza de profesor antes de que empezara la guerra. Hay que admitir que su entusiasmo era sobre todo por la variante italiana del fascismo. No parecía ser muy pronazi ni antirruso, y el

verdadero motivo de fondo era su odio a Gran Bretaña, Estados Unidos y «los judíos». Sus programas eran repugnantes. Recuerdo al menos uno en el que aprobaba la matanza de los judíos de Europa oriental y «advertía» a los judíos norteamericanos de que pronto llegaría su hora. Esos programas —que no he llegado a oír, sino que leí en el informe de la BBC— no daban la impresión de ser obra de un loco. Me han contado que Pound fingía un marcado acento estadounidense, sin duda con la intención de seducir a los aislacionistas y avivar los sentimientos antibritánicos.

Nada de todo esto es razón para no concederle a Pound el Premio Bollingen. Hay ocasiones en las que algo así podría haber sido indeseable —por ejemplo, cuando estaban gaseando a los judíos en camionetas—, pero no creo que esta sea una de ellas. No obstante, ya que los jueces han adoptado la postura del «arte por el arte», es decir, la de afirmar que la integridad estética y la simple decencia son cosas distintas, preocupémonos al menos de separarlas y no excusemos la carrera política de Pound basándonos en que es un buen escritor. Es posible que lo sea (aunque debo admitir que siempre me ha parecido uno totalmente espurio), pero las opiniones que ha intentado propagar en sus obras son malvadas, y creo que los jueces deberían haberlo dicho con más firmeza al concederle el premio.

Cronología

FECHA	VIDA DEL AUTOR	CONTEXTO LITERARIO	ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS
1903	Nacimiento de Eric Arthur Blair en Motihari, Bengala, hijo de Richard Walmsley Blair, empleado del Departamento de Opio del gobierno de la India, e Ida Mabel Limouzin, hija de un comerciante francés de teca y originaria de Moulmein, Birmania.	Moore: *Principia Ethica*. Wells: *Mankind in the Making*. Shaw: *Hombre y superhombre*. Butler: *El destino de la carne*. Conrad: *Tifón*. London: *La llamada de lo salvaje; Gente del abismo*.	Emmeline Pankhurst funda la Unión Política y Social de la Mujer. *Entente cordiale* entre Francia y Gran Bretaña. Joseph Chamberlain emprende su campaña por la reforma arancelaria. Los hermanos Wright realizan el primer vuelo propulsado.
1904	Regresa a Inglaterra con su hermana Marjorie, cinco años mayor que él, y su madre.	Henry James: *La copa dorada*. Shaw: *La otra isla de John Bull*.	Guerra ruso-japonesa (hasta 1905). Alfred Harmsworth funda el *Daily Mirror*.
1908		Forster: *Una habitación con vistas*. W. H. Davies: *The Autobiography of a Super-Tramp*.	H. H. Asquith se convierte en primer ministro de Gran Bretaña (hasta 1916). Se produce el primer Ford Modelo T, del que se venderán quince millones de unidades.
1911	Es enviado a la escuela St. Cyprian (su relato de aquellos años, «Ay, qué alegrías aquellas», fue	Lawrence: *El pavo real blanco*. Mansfield: *En*	Jorge V anuncia el traslado de la capital de la India de Calcuta a Nueva Delhi. En Inglaterra se producen

	considerado hasta 1968 demasiado difamatorio como para publicarse en Gran Bretaña). Coincide con Cyril Connolly tanto en St. Cyprian como en Eton.	*una pensión alemana*. Wharton: *Ethan Frome*. Pound: *Canzoni*. Wells: *El país de los ciegos y otros relatos*.	huelgas de estibadores, mineros, transportistas y trabajadores ferroviarios. Revueltas sufragistas. La *Parliament Act* restringe el poder de la Cámara de los Lores; se instaura la retribución para los parlamentarios. Amundsen se convierte en el primer hombre en alcanzar el Polo Sur.
1913		Proust: *Por la parte de Swann*.	Woodrow Wilson elegido presidente de Estados Unidos. Primera película de Charlie Chaplin.
1914	Aparece su primer poema patriótico en un periódico local de Henley.	Joyce: *Dublineses*. Tressell: *The Ragged Trousered Philanthropists*. Chesterton: *La sagacidad del padre Brown*. Lawrence: *El oficial prusiano*.	Ley para el Autogobierno de Irlanda. Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo; comienza la Primera Guerra Mundial. Tiene lugar el primer ataque con dirigibles. Se finaliza el canal de Panamá. Marconi transmite mensajes telefónicos inalámbricos entre barcos italianos separados por ochenta kilómetros
1915		Madox Ford: *El buen soldado*. Lawrence: *El arco iris*.	Batalla de Ypres. Bloqueo de Gran Bretaña. Teoría general de la relatividad de Einstein.
1916		Joyce: *Retrato del artista adolescente*.	Batallas de Verdún y del Somme. Los aliados evacúan Galípoli. Batalla de Jutlandia. Lloyd George

			se convierte en el primer ministro británico. Entra en servicio el primer tanque. Nace en Zurich el movimiento dadaísta. Alzamiento de Pascua en Dublín. Batalla de Passchendaele. Declaración Balfour a favor de un hogar nacional judío en Palestina. Se funda el Ministerio de Trabajo. Estados Unidos declara la guerra a Alemania y envía fuerzas expedicionarias a Europa. Revolución rusa en marzo. Nicolás II abdica. Revolución de Octubre: los bolcheviques se alzan con el poder
1917	Ingresa en Eton como « King's Scholar» (becario del rey), pero no logra un gran éxito académico.	T. S. Eliot: *Prufrock*. Yeats: *Los cisnes salvajes de Coole*. Kipling: *Una diversidad de criaturas*. Freud: *Introducción al psicoanálisis*. Jung: *Sobre la psicología de lo inconsciente*.	
1919		John Reed: *Diez días que estremecieron al mundo*. Shaw: *La casa*	Tratado de Versalles entre los aliados y Alemania. Lady Astor se convierte en la primera parlamentaria británica. La República

		de las penas.	alemana adopta la Constitución de Weimar. Guerra civil en Rusia (hasta 1921). La intervención aliada contra los bolcheviques fracasa. Se funda la Sociedad de Naciones. Maynard Keynes: *Las consecuencias económicas de la paz*.
1921	Deja Eton.	Huxley: *Los escándalos de los Crome*. Strachey: *La reina Victoria*. Lawrence: *Mujeres enamoradas*. Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*.	El Tratado Anglo-irlandés pone fin a la rebelión. Irlanda del Sur recibe el estatus de Dominio. En Italia los fascistas logran por primera vez representación parlamentaria. Se constituyen el Comisariado Soviético para Asuntos Internos y la Policía Secreta. Hambruna en Rusia. Las reparaciones alemanas se fijan en seis mil millones de libras. Abre en Londres la primera clínica para el control de la natalidad.
1922	Se alista en la Policía Imperial India hasta 1927, como oficial de subdivisión en Birmania. Ocupa diversos puestos. El aburrimiento lo lleva pronto a detestar su trabajo y, al mismo tiempo, lo que denomina la «opresión imperialista».	Joyce: *Ulises*. Woolf: *La habitación de Jacob*. Wells: *Breve historia del mundo*. T. S. Eliot: *La tierra baldía*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte*.	Dimisión de Lloyd George; fin del gobierno británico de coalición. Guerra civil irlandesa. Mussolini encabeza la marcha fascista sobre Roma y se convierte en primer ministro de Italia. Hiperinflación en Alemania. La British Broadcasting Corporation (BBC), un monopolio

		Sinclair Lewis: *Babbitt*. Mansfield: *La fiesta en el jardín*.	privado que opera bajo Carta Real, realiza las primeras emisiones radiofónicas del mundo
1924		Madox Ford: *El final del desfile* (hasta 1928). Forster: *Pasaje a la India*.	Primer gobierno laborista encabezado por Ramsay Macdonald. Fallece Lenin.
1925		Kafka: *El proceso*.	La Ley de Pensiones británica concede pensiones a la tercera edad, las viudas y los huérfanos. Se reconstituye en Alemania el Partido Nazi.
1926		Kafka: *El castillo*.	Huelga general en Gran Bretaña (1-12 de mayo).
1927	Dimite de su puesto en la Policía Imperial India y regresa a Inglaterra. En Londres, pasa algún tiempo viviendo con vagabundos.	Hemingway: *Hombres sin mujeres*. Woolf: *Al faro*.	Se promulga la Ley de Disputas Sindicales: las huelgas generales se declaran ilegales y se reprime la actividad sindical (revocada en 1945). Trotski es expulsado del Partido Comunista ruso. Lindbergh realiza el primer vuelo transatlántico en solitario. *El cantor de jazz* se convierte en la primera película sonora
1928	Viaja a París, donde espera poder dedicarse a escribir; acepta una serie de trabajos mal pagados y vive en un estado de	Lawrence: *El amante de lady Chatterley*. Woolf: *Orlando*.	La *Fifth Reform Act* (o Ley de Sufragio Femenino) otorga el voto a las mujeres británicas en los mismos términos que a los

	«pobreza bastante aguda».	Waugh: *Decadencia y caída*. Brecht: *La ópera de cuatro cuartos*. Bulgákov empieza *El maestro y Margarita* (hasta 1940).	hombres. Fleming descubre la penicilina. Primeros dibujos animados de Mickey Mouse.
1929	Vuelve a Inglaterra en Navidad.	Faulkner: *El ruido y la furia*. Hemingway: *Adiós a las armas*. Graves: *Adiós a todo eso*. Woolf: *Un cuarto propio*.	*Crack* de Wall Street. Comienza la depresión mundial. Segundo gobierno laborista encabezado por Ramsay Macdonald. La primera mujer en formar parte del gabinete de ministros británico, Margaret Bondfield, recibe la cartera de Trabajo. La BBC empieza a producir programas de televisión experimentales. Stalin expulsa a Trotski de la URSS. Se otorga a la India el estatus de Dominio. El término «apartheid» se emplea por primera vez en Kroonstad, Sudáfrica
1930	La revista *The Adelphi* acepta su trabajo y se convierte en colaborador habitual hasta 1935.	Shaw: *El carro de las manzanas*. Auden: *Poemas*. Bulgákov: *Vida del señor Molière* (hasta 1936).	Liquidación de los *kulaks* rusos; colectivización forzosa. La Ley de Vivienda británica aborda el desmantelamiento de los barrios de chabolas

1931			Crisis financiera en Gran Bretaña; formación de la coalición del Gobierno Nacional. Se abandona el patrón oro.
1932	Escribe «A Scullion's Diary», que es rechazado por, entre otros, T. S. Eliot. Con desgana, empieza a trabajar como profesor en un colegio privado.	T. S. Eliot: *Sweeney Agonista*. Hemingway: *Muerte en la tarde*. Huxley: *Un mundo feliz.* Waugh: *Fechoría negra*. Faulkner: *Luz de agosto*.	El desempleo alcanza en Gran Bretaña los 2 947 000 parados. Ley de Impuestos sobre las Importaciones (Neville Chamberlain): se reintroduce el proteccionismo a gran escala y se abandona el libre comercio. Los desempleados se unen en la Gran Marcha del Hambre de Londres. Oswald Mosley funda la Unión Británica de Fascistas. El nazi es el partido con más escaños del Reichstag alemán. Roosevelt sale elegido presidente en Estados Unidos.
1933	Victor Gollancz, editor de izquierdas, le publica su primer libro bajo el pseudónimo de George Orwell, *Sin blanca en París y Londres*, una crítica sobre la realidad de la pobreza. A pesar de las reseñas positivas, se vende mal.	Malraux: *La condición humana*. García Lorca: *Bodas de sangre*. Spender: *Poemas*. Mann: *José y sus hermanos* (hasta 1943). Greenwood: *Love on the*	Se deroga la Ley Seca en Estados Unidos. Fundación de la Falange (el partido fascista español). En Alemania, Hitler ocupa el cargo de canciller y se ilegalizan los partidos democráticos y católicos. Incendio del Reichstag en Berlín; se acusa a los comunistas. Empiezan a funcionar los campos de concentración alemanes.

		Dole. Wells: *The Shape of Things to Come*.	
1934	Publicación de su primera novela, *Los días de Birmania*, en Harper Bros. (Nueva York) y más tarde en Victor Gollancz. Trabaja en una librería de Hampstead. Se involucra en el Partido Laborista Independiente (ILP).	Coward: *Vidas privadas; Esquema de vida*. Huxley: *Más allá del golfo de México*. Priestley: *English Journey*. Fitzgerald: *Suave es la noche*. H. Miller: *Trópico de Cáncer*.	Caso Stavisky: el suicidio de un turbio financiero implica a políticos franceses. Francia, con el respaldo de Gran Bretaña e Italia, se opone al rearme alemán. Stalin emprende las purgas en el Partido Comunista soviético.
1935	Publica su segunda novela, *La hija del clérigo*. Comienza a escribir de manera regular la columna «Recent Novel» en el *New English Weekly*. Conoce a Eileen O'Shaughnessy.	Graham Greene: *Inglaterra me ha hecho así*. Auden (con Isherwood): *The Dog Beneath the Skin*. Isherwood: *Mr. Norris cambia de tren*.	Dimisión de Ramsay Macdonald; lo sucede Stanley Baldwin, primer ministro por tercera vez. Las Leyes de Nuremberg despojan a los judíos de sus derechos como ciudadanos. Persecución de los judíos. La Ley de Relaciones Laborales estadounidense otorga a los trabajadores el derecho a organizarse libremente, mientras que la Ley de Seguridad Social implanta subsidios de desempleo y pensiones a la tercera edad. Se funda el British Council. Sidney y Beatrice

			Webb: *Soviet Communism: A New Civilization?* («El comunismo soviético: ¿una nueva civilización?»).
1936	En enero, el Left Book Club —una iniciativa editorial fundada por Gollancz, John Strachey y Harold Laski— le encarga a Orwell que escriba un libro sobre el desempleo y la vida proletaria en Lancashire. Pasa dos meses en Wigan, Barnsley y Sheffield, viviendo con gente corriente. Publica *Que no muera la aspidistra*. Se casa con Eileen O'Shaughnessy. Abandona Londres rumbo a España y se detiene en París para visitar a Henry Miller. En Barcelona se une a un grupo independiente marxista no estalinista, el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista).	T. S. Eliot: *Collected Poems*. Rattigan: *French Without Tears*. Dylan Thomas: *Veinticinco poemas*. Bernanos: *Diario de un cura rural*. García Lorca: *La casa de Bernarda Alba*. Hemingway: *Las verdes colinas de África*. Steinbeck: *En lucha incierta*. Faulkner: *Absalom, Absalom*. Auden: *Mira, extranjero*. García Lorca es ejecutado.	Muerte de Jorge V; lo sucede Eduardo VIII. Crisis constitucional (diciembre): Eduardo VIII abdica y sube al trono Jorge VI. En Francia, el Frente Popular forma gobierno con Léon Blum a la cabeza. Churchill exige un rearme británico. Estallido de la Guerra Civil española (julio): la rebelión de la Falange, liderada por el general Franco, cuenta con el apoyo de Alemania e Italia. El gobierno republicano se traslada de Madrid a Valencia. En Alemania comienza la construcción del muro occidental, la Línea Sigfrido. Maynard Keynes: *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.
1937	Se publica *El camino de Wigan Pier*, que disgusta a su padrino, Gollancz. En el prólogo, este previene a los lectores respecto de la provocativa segunda	Steinbeck: *De ratones y hombres*. Cronin: *La ciudadela*. Hemingway: *Tener y no*	Matrimonio del duque de Windsor (previamente, Eduardo VIII) con la señora Simpson, una divorciada estadounidense. El gobierno británico anuncia su política de

	mitad de la novela, en la que Orwell se presenta como «un abogado del diablo en la causa contra el socialismo». Un francotirador fascista hiere a Orwell en la garganta. Regresa a Londres vía París. Pasa a ser colaborador habitual de *Time and Tide* hasta 1943.	*tener*. Auden y MacNeice: *Cartas de Islandia*.	rearme. Dimisión de Baldwin; Neville Chamberlain es el nuevo primer ministro. Cae el gobierno de Blum en Francia; desplome del Frente Popular. Guernica, en España, es bombardeada por aviones alemanes. Se crea el eje Roma-Berlín. Primeras elecciones bajo la nueva Constitución rusa; lista única de candidatos. Primer largometraje de dibujos animados de Disney: *Blancanieves y los siete enanitos*. Picasso pinta el *Guernica*. Se completa el Golden Gate en San Francisco.
1938	Sufre una hemorragia tuberculosa en el pulmón (en marzo). Permanece en el hospital hasta agosto. *Homenaje a Cataluña*, que marca su ruptura decisiva con el estalinismo, es rechazada por Gollancz y se publica en Secker and Warburg. La izquierda inglesa, moderna y sentimental, infunde nuevo aliento en Orwell. Viaja a Marruecos con Eileen para pasar allí su convalecencia.	Elizabeth Bowen: *La muerte del corazón*. Graham Greene: *Brighton Rock*. Sartre: *La náusea*. Stefan Zweig: *La piedad peligrosa*. Waugh: *Noticia bomba*. Emlyn Williams: *Adiós, señorita Ruth*. Bernanos: *Los grandes*	Chamberlain firma los Acuerdos de Munich. Se estima que una tercera parte de las familias británicas viven por debajo del umbral de la pobreza. Irlanda se declara independiente, pero continúa siendo miembro de la Commonwealth. *Manifesto* italiano: afirmación de la ideología racista fascista. Se toman las primeras medidas contra los judíos en Italia. *Anschluss* alemán: Hitler se anexiona Austria. Empieza a publicarse el semanario ilustrado británico *Picture Post*.

		grandes cementerios bajo la luna (polémica contra Franco).	Británicos y otros
1939	Regresa a Inglaterra mientras la República española se rinde ante Franco. *Subir a por aire* ve la luz en junio de la mano de Gollancz, que accede a publicar la ficción de Orwell pero no sus libros documentales. Muere su padre. La alianza entre Hitler y Stalin lo hace abandonar de golpe su pacifismo, con el argumento de que uno debe defender «lo malo frente a lo peor». Intenta alistarse, pero lo rechazan por motivos médicos.	Auden e Isherwood: *Viaje a una guerra*. T. S. Eliot: *Reunión de familia*. Joyce: *Finnegans Wake*. Mann: *Carlota en Weimar*. H. Miller: *Trópico de Capricornio*. Isherwood: *Adiós a Berlín*. Spender: *The Still Centre*. Steinbeck: *Las uvas de la ira*. Cary: *Mister Johnson*.	Los alemanes ocupan Checoslovaquia. Pacto germano-soviético. La invasión alemana de Polonia y la ocupación de Danzig dan comienzo a la Segunda Guerra Mundial; Gran Bretaña y Francia le declaran la guerra a Alemania; Varsovia se rinde. Otto Hahn y Fritz Straßmann descubren la fisión nuclear en uranio. En Gran Bretaña se usan las barreras de globos cautivos como protección frente a los ataques aéreos. Se instaura un Ministerio de Información británico por el tiempo que dure la guerra. Los nacionales de Franco capturan Barcelona. Rendición de Madrid. Fin de la Guerra Civil española.
1940	Publicación de *Dentro de la ballena*, su primera colección de ensayos. Pasa a ser reseñista habitual en el semanario socialista *Tribune*.	Graham Greene: *El poder y la gloria*. Hemingway: *Por quién doblan las campanas*. Yeats: *Last Poems*. Dylan Thomas:	Dimisión de Chamberlain; gobierno de coalición encabezado por Winston Churchill (hasta 1945). Evacuación de Dunkerque. Batalla de Inglaterra. Se forma la Home Guard, un cuerpo de voluntarios para la defensa local. Se introduce el racionamiento. El presidente Roosevelt

		Dylan Thomas: *Retrato del artista cachorro*.	El presidente Roosevelt sale elegido en Estados Unidos por tercera vez. Los alemanes ocupan París; el mariscal Pétain se convierte en el primer ministro francés; se firma en Compiègnes el armisticio franco-alemán. El gobierno de la Francia libre se traslada a Vichy. Trotski es asesinado en México.
1941	Publica *El león y el unicornio*. V. S. Pritchett compara a Orwell con Defoe y Cobbett por su «lúcido estilo coloquial» y por su «patriotismo subversivo e inconformista». Escribe el prólogo a *The Case for African Freedom*, de Joyce Cary.	Cary: *A House of Children*. Cronin: *Las llaves del reino*. Fitzgerald: *El último magnate*. Brecht: *Madre coraje y sus hijos*. Coward: *Un espíritu burlón*.	Los británicos recuperan Adís Abeba, bajo ocupación italiana. Batalla de Creta. Los alemanes invaden Rusia. Sitio de Leningrado. Pacto de neutralidad ruso-japonesa. Ataque aéreo de los japoneses sobre la flota estadounidense en Pearl Harbor. *Ciudadano Kane*, de Orson Welles.
1942	Trabaja para la sección india de la BBC junto con, entre otros, T. S. Eliot y William Empson. Publicación de «Recuerdos de la guerra de España».	T. S. Eliot finaliza los *Cuatro cuartetos*. Camus: *El extranjero*.	Desembarco de los aliados en las regiones del norte de África bajo control francés. Los alemanes capturan Sebastopol; comienza la batalla de Stalingrado. Los alemanes entran en la Francia libre. Se construye en la Universidad de Chicago el primer reactor nuclear del mundo
1943	Fallece su madre. Se convierte en el director literario del *Tribune* (hasta 1945). Deja su	Saint-Exupéry: *El principito*.	El gobierno italiano se rinde a los aliados. Conferencia de Casablanca: Churchill y

	(hasta 1945). Deja su puesto en la BBC.		Casablanca. Churchill y Roosevelt acuerdan los términos de «rendición incondicional» para Alemania.
1944	En febrero finaliza *Rebelión en la granja*, una sátira del estalinismo. Puesto que Gran Bretaña mantiene ahora una alianza con Stalin, ningún editor está dispuesto a publicarlo. Adopta a un niño (en junio).	Anouilh: *Antígona*. Sartre: *A puerta cerrada*. Tennessee Williams: *El zoo de cristal*. Shaw: *Everybody's Political What's What?*	Desembarco aliado en Normandía: Día D (6 de junio). Liberación de París y Bruselas. Se instaura en Francia el sufragio femenino. Francia recupera la región de Lorena, de la que se había apoderado Alemania en 1940. El atentado con bomba urdido contra Hitler fracasa. Roosevelt es elegido presidente de Estados Unidos por cuarta vez.
1945	Se convierte en corresponsal de guerra en París y Colonia para *The Observer*. En París conoce a Hemingway, también corresponsal de guerra. Muerte de Eileen. En agosto, Secker and Warburg publica finalmente *Rebelión en la granja*, con la que Orwell se hace famoso de la noche a la mañana.	Camus: *Calígula*. R. Wright: *Chico negro*. Connolly: *La sepultura sin sosiego*. Carlo Levi: *Cristo se paró en Éboli*. Hesse: *El juego de los abalorios*. Waugh: *Retorno a Brideshead*. Henry Green: *Amor*.	Conferencia de Yalta. Mussolini muere fusilado por los partisanos. Los aliados invaden Alemania; suicidio de Hitler; rendición incondicional de Alemania (8 de mayo). Se lanzan sendas bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en Japón. Fin de la Segunda Guerra Mundial. Elecciones generales en Gran Bretaña: gobierno laborista de Clement Attlee (hasta 1951). Fallece Roosevelt. Fin de la Tercera República francesa. Inauguración de las sesiones del tribunal de crímenes de guerra de Nuremberg. Se funda la

			Nuremberg. Se funda la Organización de las Naciones Unidas (ONU).
1946	Publicación de la colección de ensayos *Critical Essays*. Deja Londres para viajar a la isla de Jura, en las Hébridas Interiores (Escocia), con su hijo y una niñera. Comienza a trabajar en *1984*. Su salud se deteriora.	Henry Green: *Back*. Rattigan: *El chico de los Winslow*.	Discurso de Churchill sobre el «Telón de acero». Ejecución de William Joyce («Lord Haw Haw») por sus retransmisiones de propaganda antibritánica. Se adopta por referéndum la Cuarta República francesa. Rusia anuncia su cuarto plan quinquenal. Se funda la Unesco. Inauguración del aeropuerto de Londres (Heathrow en la actualidad).
1947	Pasa siete meses en un hospital próximo a Glasgow.	Camus: *La peste*. Sartre: *Los caminos de la libertad* (hasta 1950). Tennessee Williams: *Un tranvía llamado deseo*. Mann: *Doctor Faustus*. Se publica el *Diario de Ana Frank*. Primo Levi: *Si esto es un hombre*.	Ley de la Independencia de la India: el país se divide en dos dominios, India (hindú) y Pakistán (musulmán). Fracaso de la Conferencia de Londres, en la que participaron los ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro potencias, para llegar a un acuerdo sobre Alemania. Se instaura en Polonia un gobierno comunista. Plan Marshall: ayuda estadounidense para la reconstrucción de Europa tras la guerra. Christian Dior abre su salón de París y revoluciona de inmediato la moda femenina con su «New Look».
1948	Regresa a Jura en julio.	Graham	Asesinato de Gandhi, líder

1948	Regresa a Jura en julio. Incapaz de encontrar a alguien que mecanografíe *1984*, se encarga él mismo de hacerlo. Su salud continúa empeorando.	Graham Greene: *El revés de la trama*. Mailer: *Los desnudos y los muertos*. Paton: *Llanto por la tierra amada*. Pound: *Los cantos pisanos*.	Asesinato de Gandhi, líder del movimiento independentista indio. Independencia de Birmania. El gobierno de Sudáfrica adopta el *apartheid* como política oficial. Juegos Olímpicos de Londres. La URSS bloquea el sector occidental de Berlín, que es abastecido por medio de un puente aéreo. Golpe comunista en Checoslovaquia. Los judíos sionistas declaran el Estado independiente de Israel.
1949	Ingresa en un sanatorio de Gloucestershire en enero. *1984* se publica en junio en Secker and Warburg. Es un éxito instantáneo. En septiembre lo ingresan en el University College Hospital. Se casa con Sonia Brownell (octubre).	A. Miller: *Muerte de un viajante*. Simone de Beauvoir: *El segundo sexo*. Pasternak: se publican en Inglaterra sus *Obras escogidas*.	Se reconoce el abandono de la República de Irlanda de la Commonwealth. Se instaura la República Federal en Alemania occidental; su primer canciller es Konrad Adenauer; la capital se instala en Bonn. Devaluación de la libra esterlina. Se registran las primeras detonaciones atómicas rusas. Proclamada en China la República Popular, gobernada por Mao Zedong.
1950	Publicación de *Matar a un elefante*. Sufre la última hemorragia el 21 de enero y fallece de inmediato. Respetando	Graham Greene: *El tercer hombre*. Hemingway: *Al otro lado del*	Elecciones generales en Gran Bretaña: vuelve el gobierno laborista, sin mayoría absoluta. Las fuerzas norcoreanas

	sus deseos, es enterrado en un cementerio rural de Berkshire.	*río y entre los árboles*. Spender: *Un mundo dentro del mundo*.	invaden Corea del Sur. Se pone en marcha el Comité McCarthy de investigación de actividades antiamericanas. La India se autoproclama una república independiente.

Lista de ensayos y traductores

Manuel Cuesta: «Apuntes sobre la marcha», «La libertad de prensa (*Rebelión en la granja*)», «La venganza es amarga», «La bomba atómica y usted», «¿Qué es la ciencia?», «Libros malos buenos», «Apología de la chimenea», «El espíritu deportivo», «En defensa de la cocina inglesa», «Proscriban ese uniforme».

Osmodiar Lampio: «Política frente a literatura: un análisis de *Los viajes de Gulliver*», «Lear, Tolstói y el Bufón», «Los escritores y el Leviatán», «Reflexiones sobre Gandhi» [publicados previamente en *Ensayos escogidos*, Sexto Piso, México D.F., 2003].

Miguel Martínez-Lage: «Matar a un elefante», «Recuerdos de un librero», «En defensa de la novela», «Marrakech», «La política y la lengua inglesa», «Hacia la unidad de Europa» [publicados previamente en *Matar a un elefante y otros escritos*, Turner, Madrid/México D.F., 2006]. «Semanarios juveniles», «En el vientre de la ballena», «El león y el unicornio: el socialismo y el genio de Inglaterra», «El arte de Donald McGill», «Rudyard Kipling», «Raffles y Miss Blandish», «Una buena taza de té», «The Moon Under Water», «Por qué escribo», «Ay, qué alegrías aquellas» [publicados previamente en *El león y el unicornio*, Turner, Madrid/México D.F., 2006; Debolsillo, Barcelona, 2010].

Juan Antonio Montiel: «El albergue», «Un ahorcamiento», «En el trullo», «Casas de posada», «Recuerdos de la guerra de España», «Notas sobre el nacionalismo».

Inga Pellisa: «Un periódico de un cuarto de penique», «Rudyard Kipling», «Descubriendo el pastel español», «Respuesta sin publicar a "Los escritores toman partido sobre la guerra española"», «Por qué me uní al Partido Laborista Independiente», «Palabras nuevas», «Al director de *Time and Tide*», «Mi país, a derechas o a izquierdas», «Los límites del arte y la propaganda», «Tolstói y Shakespeare», «El significado de un poema», «Literatura y totalitarismo», «Estimado Doktor Goebbels: ¡Sus amigos británicos comen bien!», «Wells, Hitler y el Estado mundial», «Falta de dinero: una semblanza de George Gissing», «La literatura y la izquierda», «¿Pueden ser felices los socialistas?», «El pueblo inglés», «El privilegio del fuero. Algunos apuntes sobre Salvador Dalí», «¿Son demasiado caros los

libros?», «Propaganda y lenguaje popular», «Tobias Smollett, el mejor novelista de Escocia», «Divertido, pero no vulgar», «Ostras y cerveza negra», «Son sólo trastos, pero ¿quién es capaz de resistirse?», «Lugares de placer», «La política de la inanición», «Las canciones que solíamos cantar», «1. La revuelta intelectual», «2. ¿Qué es el socialismo?», «3. Los reformistas cristianos», «4. Pacifismo y progreso», «Pero ¿de verdad somos más maleducados? No», «Los peores climas son los mejores», «Libros frente a cigarrillos», «El declive del crimen británico», «Las palabras y Henry Miller», «Clásicos reseñados: *The Martyrdom of Man*», «Delante de las narices», «Algunas reflexiones en torno al sapo común», «En defensa del párroco de Bray», «James Burnham y la revolución de los directores», «Confesiones de un crítico literario», «El precio de las letras», «Cómo mueren los pobres», «Bajando de Bangor».

Jordi Soler: «Notas sobre las milicias españolas», «Reflexiones políticas sobre la crisis», «La democracia en el ejército británico», «Dinero y armas», «El redescubrimiento de Europa», «T. S. Eliot», «Entrevista imaginaria: George Orwell y Jonathan Swift», «Antisemitismo en Inglaterra», «La poesía y el micrófono», «Notas personales sobre "cientificción"», «Prefacio para la edición ucraniana de *Rebelión en la granja*», «La visión de Burnham sobre el conflicto mundial contemporáneo», «En defensa del camarada Zilliacus», «Marx y Rusia», «La prensa británica de izquierdas», «George Gissin».

Miguel Temprano García: «Charles Dickens», «Arthur Koestler», «En defensa de P. G. Wodehouse», «La destrucción de la literatura», «Evelyn Waugh», «Un premio para Ezra Pound».



GEORGE ORWELL, seudónimo de Eric Arthur Blair (Motihari, Raj Británico, 25 de junio de 1903 – Londres, Reino Unido, 21 de enero de 1950), fue un escritor y periodista británico, cuya obra lleva la marca de las experiencias personales vividas por el autor en tres etapas de su vida: su posición en contra del imperialismo británico que lo llevó al compromiso como representante de las fuerzas del orden colonial en Birmania durante su juventud; a favor de la justicia social, después de haber observado y sufrido las condiciones de vida de las clases sociales de los trabajadores de Londres y París; en contra de los totalitarismos nazi y stalinista tras su participación en la Guerra Civil Española.

Orwell es uno de los ensayistas en lengua inglesa más destacados del siglo XX, y más conocido por dos novelas críticas con el totalitarismo: *Rebelión en la granja* y *1984* (la cual escribió y publicó en sus últimos años de vida). Testigo de su época, Orwell es, en los años treinta y cuarenta, cronista, crítico de literatura y novelista. De su producción variada, las dos obras que tuvieron un éxito más duradero fueron dos textos publicados después de la Segunda Guerra Mundial: *Rebelión en la granja* y, sobre todo *1984*, novela en la que crea el concepto de «Gran Hermano» que desde entonces pasó al lenguaje común de la crítica de las técnicas modernas de vigilancia.

Notas

[1] Dickens convirtió a la señorita Mowcher en una especie de heroína porque la verdadera mujer a quien había caricaturizado leyó los primeros capítulos y se ofendió mucho. La intención inicial de Dickens era que desempeñara el papel de malvada. Pero cualquier acto por parte de un personaje semejante habría parecido una incongruencia. *(N. del A.)*. <<

[2] En una carta dirigida al menor de sus hijos (en 1868): «Recordarás que en casa nunca se te ha atosigado con la observancia o los simples formalismos religiosos. Siempre he procurado no cansar a mis hijos con esas cosas antes de que tuviesen edad de formarse sus propias opiniones al respecto. Precisamente por eso te será más fácil entender que intente convencerte ahora de la verdad y la belleza de la religión cristiana, tal como la enseñó el propio Jesucristo, y de la imposibilidad de equivocarse mucho si la respetas de corazón y con humildad… No abandones nunca la sana costumbre de rezar tus oraciones por la noche y por la mañana. Yo nunca he dejado de hacerlo, y sé el consuelo que procura». (*N. del A.*). <<

[3] Esto no es del todo correcto. Quienes han escrito esos relatos son, efectivamente, «Frank Richards» y «Martin Clifford», ¡que son la misma persona! Véanse los artículos publicados en *Horizon*, en mayo de 1940, y en *Summer Pie*, en el verano de 1944. *(N. del A.)*. <<

[4] Existen varios semanarios semejantes para chicas. *Schoolgirl* es el que acompaña a *Magnet*. Los relatos son de «Hilda Richards» y los personajes hasta cierto punto son intercambiables. Bessie Bunter, la hermana de Billy Bunter, aparece en el *Schoolgirl*. *(N. del A.)*. <<

[5] Este ensayo fue escrito meses antes de que estallara la guerra. Hasta finales de septiembre de 1939 no apareció mención de la guerra en ninguno de los dos semanarios. *(N. del A.)*. <<

[6] Publicado en 1932. *(N. del A.)*. <<

[7] «The mind, that Ocean where each kind / Doth straight its own resemblance find; / Yet it creates, transcending these, / Far other worlds, and other seas…». [«La mente, ese océano en el que cada especie de inmediato a su igual encuentra. Y aun así crea, trascendiéndolos, muchos otros mundos y otros mares…».] (Extraído de Andew Marvell, «The Garden», vv. 43-46). *(N. del A.)*. <<

[8] La idea es que los demonios se nos echarán encima por mostrarnos demasiado seguros de nosotros mismos. Los niños creen que si pica un pez y dicen «Ya lo tengo» antes de que esté en tierra se escapará; que si se ponen las espinilleras antes de que les toque el turno de batear los eliminarán al primer lanzamiento, etcétera. Estas creencias a menudo sobreviven en los adultos. Los adultos suelen ser en proporción menos supersticiosos que los niños, ya que tienen más poder sobre su entorno. En aprietos en que nadie tiene poder (por ejemplo, la guerra o el juego) todo el mundo es supersticioso. (*N. del A.*). <<

[9] Una vez comencé una lista de escritores a los que los críticos llamaban «sentimentales». Al final incluía prácticamente a todos los escritores ingleses. La palabra es, de hecho, un símbolo de odio carente de significado, como esos trípodes de bronce que en las obras de Homero se les daban a los invitados en señal de amistad. (*N. del A.*). <<

[10] Por ejemplo: «No quiero alistarme en el maldito ejército, / no quiero ir a la guerra; / no quiero andar por ahí, / prefiero quedarme en casa / y vivir de las ganancias de una fulana». Ahora bien, no fue ése el espíritu con que empuñaron las armas. (*N. del A.*). <<

[11] Es verdad que les ayudaron monetariamente hasta cierto punto. Con todo, las cantidades que recaudaron las diversas iniciativas de ayuda a España no serían equivalentes ni siquiera al cinco por ciento de los ingresos de la apuestas futbolísticas en ese mismo período. (*N. del A.*). <<

[12] Escrito antes del estallido de la guerra en Grecia. (*N. del A.*). <<

[13] Es interesante reseñar que el señor Kennedy, embajador de Estados Unidos en Londres, comentó a su regreso a Nueva York en octubre de 1940 que, como resultado de la guerra, «la democracia ha muerto». Al decir «democracia», claro está, se refería al capitalismo privado. (*N. del A.*). <<

[14] En la primera página de un libro reciente, titulado Adán y Eva, John Middleton Murry cita unos versos de sobra conocidos: «Hay sesenta y nueve formas / de forjar las leyes de la tribu / y todas y cada una son acertadas». Los atribuye a Thackeray. Esto es probablemente lo que se conoce como «error freudiano». Una persona civilizada prefiere no citar a Kipling, es decir, prefiere no tener la sensación de que ha sido Kipling quien expresa este pensamiento que tan bien le viene. (*N. del A.*). <<

[15] *Raffles, Ladrón nocturno* y *Mr. Justice Raffles*, de E. W. Hornung. El tercero es decididamente un fiasco, y sólo el primero tiene la auténtica atmósfera Raffles. Hornung escribió numerosos relatos policíacos, en los que tendía normalmente a colocarse en el bando del criminal. Publicó también, en una línea muy similar a la de *Raffles*, el logrado *Stingaree*. (*N. del A.*). <<

[16] 1945. En realidad, Raffles asesina a un hombre, y es responsable, de forma más o menos consciente, de la muerte de otros dos. Pero todos ellos son extranjeros y se han comportado de un modo muy censurable. También, en una ocasión, contempla la posibilidad de asesinar a un chantajista. No obstante, en las novelas policíacas existe la convención, bastante asentada, de que asesinar a un chantajista «no cuenta». (*N. del A.*). <<

[17] Es posible hacer otra lectura del episodio final. Puede que signifique simplemente que Miss Blandish está embarazada. Pero la interpretación que he dado más arriba parece más acorde con la brutalidad general del libro. (*N. del A.*). <<

[18] Se dice que llegaron al país como lastre de un barco, lo que explicaba su bajo precio y su aspecto espachurrado. Desde la guerra, los barcos llevan de lastre cosas más útiles, probablemente grava. (*N. del A.*). <<

[19] Harry W. Flannery, *Assignment to Berlin*, Michael Joseph, 1942. (*N. del A.*). <<

[20] John Hayward, P. G. Wodehouse, en: The *Saturday Book*, 1942. Creo que es el único «ensayo crítico extenso» que existe sobre Wodehouse. (*N. del A.*). <<

[21] Es habitual pensar en las naciones, o incluso entidades más difusas como la Iglesia católica o el proletariado, como si fuesen individuos, y a menudo se alude a ellas en femenino. En cualquier periódico pueden encontrarse afirmaciones tan patentemente absurdas como que «Alemania es traicionera por naturaleza», y cualquiera se atreve a realizar generalizaciones temerarias sobre el carácter nacional («El español es un aristócrata nato» o «Todos los ingleses son hipócritas»). De vez en cuando se reconoce que estas generalizaciones son infundadas, pero el hábito de repetirlas persiste, y personas que afirman tener un punto de vista internacional, como Tolstói o Bernard Shaw, incurren con frecuencia en ellas. (*N. del A.*). <<

[22] Unos cuantos escritores de tendencia conservadora, como Peter Drucker, predijeron un acuerdo entre Alemania y Rusia, pero esperaban que fuera una alianza como tal, o una fusión permanente. Ningún escritor marxista o izquierdista, o de cualquier otra corriente política, se acercó siquiera a predecir el pacto. (*N. del A.*). <<

[23] Los analistas militares de la prensa popular pueden identificarse en su mayoría como prorrusos o antirrusos, reaccionarios o antirreaccionarios. Errores tales como creer inexpugnable la Línea Maginot o predecir que Rusia conquistaría Alemania en tres meses no han dañado su reputación porque han procurado decir justo aquello que su público particular quería oír. Los dos críticos militares preferidos por la *intelligentsia* el capitán Liddell Hart y el general de división Fuller; el primero mantiene que la defensa es mejor que el ataque y el segundo, que el ataque es mejor que la defensa. Esta contradicción no ha impedido que ambos sean considerados autoridades por parte del mismo público. La razón secreta de su fama en los círculos de izquierdas es que los dos están en desacuerdo con el Ministerio de la Guerra.(*N. del A.*). <<

[24] Algunos norteamericanos han expresado su insatisfacción por el uso de «anglo-americano» como forma de combinación de estas dos palabras. Proponen que se sustituya por «americo-británico».(*N. del A.*). <<

[25] El *News Chronicle* invitaba a sus lectores a ver el noticiero cinematográfico en el que podía observarse la ejecución completa, con primeros planos. El *Star* publicó, al parecer con la aprobación general, fotografías de colaboracionistas semidesnudas acosadas por el turba de París. Las fotografías tenían un parecido notable con las instantáneas nazis de judíos siendo acosados por la turba de Berlín. (*N. del A.*). <<

[26] Un ejemplo es el pacto germano-soviético, que se busca borrar de la memoria pública tan pronto como sea posible. Un corresponsal ruso me informa de que se ha omitido cualquier mención al pacto en los anuarios rusos, que recogen los acontecimientos políticos recientes. (*N. del A.*). <<

[27] Un buen ejemplo es la superstición referida a la insolación. Hasta hace poco, se creía que las personas de raza blanca eran mucho más propensas a la insolación que las personas de color, y que un blanco no podía caminar bajo el sol tropical sin llevar un salacot. No había prueba alguna que respaldara esta teoría, pero sirvió al propósito de acentuar la diferencia entre los «nativos» y los europeos. Durante la actual guerra, la teoría se ha ido abandonando en silencio, y ejércitos enteros han maniobrado en los trópicos sin llevar salacot. Parece que, mientras persistió esta superstición, los médicos ingleses en la India creyeron en ella con la misma firmeza que los profanos. (*N. del A.*). <<

[28] Es de justicia admitir que las celebraciones del PEN Club duraron una semana o más y que no siempre tuvieron ese tono. A mí me tocó un mal día. Pero un estudio de los discursos (impresos bajo el título *La libertad de expresión*) demuestra que casi nadie en nuestro tiempo es capaz de hablar de un modo tan rotundo a favor de la libertad intelectual como Milton hace trescientos años; y eso que él escribía en plena guerra civil. (*N. del A.*). <<

[29] Interesante ilustración de esta tendencia es el modo en que los nombres de las flores que en inglés corriente se empleaban hasta hace muy poco van quedando obsoletos al favorecerse los nombres griegos: la *snapdragon* [«boca de dragón»] pasa a ser *antirrhinum*, la *forget-me-not* [«nomeolvides»] pasa a ser *myosotis*, etcétera. Cuesta mucho trabajo entender que exista alguna razón práctica que explique este cambio de moda; probablemente se deba a un alejamiento instintivo de la palabra más doméstica, a la vaga sensación de que la palabra de raíz griega es más científica. (*N. del A.*). <<

[30] Ejemplo: «El catolicismo perceptivo y de imagen que muestra Comfort, extrañamente whitmaniano en el espectro que abarca, casi justo lo contrario en cuanto a compulsión estética, prosigue evocando esa insinuación temblorosa, ambiental, acumulativa, que remite a una intemporalidad cruel, inexorablemente serena… Wrey Gardiner da en el blanco al apuntar a dianas muy sencillas con toda precisión. Sólo que no son tan sencillas, y a través de esa tristeza satisfecha corre bastante más que la amargura superficial de la resignación». (*Poetry Quarterly*) (*N. del A.*). <<

[31] Es posible vacunarse contra la expresión «not un-» [«no sin»] memorizando esta frase: «A not unblack dog was chasing a not unsmall rabbit across a not ungreen field». [«Un perro no sin ser negro perseguía a un conejo no sin ser pequeño a través de un campo no sin ser verde».] (*N. del A.*). <<

[32] Cuesta encontrar a un político que haya vivido hasta los ochenta años y siga siendo considerado un dirigente de éxito. Lo que conocemos como un «gran» hombre de Estado suele ser alguien que ha muerto antes de que sus políticas tuvieran tiempo de surtir efecto. Si Cromwell hubiese vivido unos años más, seguramente habría perdido el poder, en cuyo caso sería considerado un fracasado hoy en día. Y si Pétain hubiese muerto en 1930, Francia lo habría venerado como a un héroe y un patriota. Napoleón señaló en una ocasión que, de haber sido alcanzado por una bala de cañón cuando cargó contra Moscú, habría pasado a la historia como la figura más importante que hubiera existido jamás. (*N. del A.*). <<

[33] Gran Bretaña consiguió un millón de voluntarios en los inicios de la guerra de 1914-1918. Esto debe de ser un récord mundial, pero la presión ejercida fue tal que es discutible que aquel alistamiento deba ser descrito como voluntario. Incluso las guerras más «ideológicas» se han librado en enorme medida con hombres presionados. En la guerra civil inglesa, las guerras napoleónicas, la guerra de Secesión, la Guerra Civil española, etcétera, ambos bandos recurrieron al alistamiento obligatorio o a las patrullas de reclutamiento. (*N. del A.*). <<

[34] La única excepción que soy capaz de encontrar es la de Bernard Shaw, el cual, al menos durante algunos años, afirmó que el comunismo y el fascismo eran prácticamente la misma cosa y estaba a favor de ambos. Pero Shaw, a fin de cuentas, no es inglés, y es probable que no sienta que su destino está ligado al de Gran Bretaña. (*N. del A.*). <<

[35] Aún en el otoño de 1945, una encuesta Gallup realizada entre los soldados estadounidenses en Alemania desveló que el 51 por ciento creían que «Hitler había hecho mucho bien antes de 1939». Esto fue después de cinco años de propaganda antihitleriana. El veredicto citado no es rotundamente favorable a Alemania, pero cuesta creer que el 51 por ciento de las tropas estadounidenses le otorgaran a Gran Bretaña un veredicto igualmente favorable. (*N. del A.*). <<

[36] Se describe a los houyhnhnms como seres demasiado viejos para caminar, que se trasladaban «en un cómodo trineo tirado por yahoos». Cabe suponer que no llevaban ruedas. (*N. del A.*). <<

[37] La decadencia física que Swift dice haber observado quizá fuese una realidad en esa época. La atribuye a la sífilis, que era una enfermedad nueva en Europa, y tal vez resultara más virulenta que ahora. Los licores destilados también eran una novedad en el siglo XVII, y al principio debieron de provocar un gran incremento del alcoholismo. (*N. del A.*). <<

[38] Al final del libro, como especímenes representativos de la locura y el vicio humanos, Swift menciona «a un abogado, a un ratero, a un coronel, a un bufón, a un lord, a un apostador, a un político, a un lenón, a un médico, a un testigo, a un sobornador, a un procurador, a un traidor y a gente por el estilo». Uno ve aquí la irresponsable violencia de los impotentes. La lista incluye tanto a los que rompen el código convencional como a los que lo respetan. Por ejemplo, si uno condena automáticamente a un coronel, como tal, ¿con qué bases condena a un traidor? O, de nuevo, si se quiere acabar con los carteristas debe haber leyes, lo cual implica que debe haber abogados. No obstante, todo el pasaje final, en el que el odio es tan auténtico y la razón dada para este, tan inadecuada, es de alguna manera poco convincente. Se tiene la sensación de que es obra de la animosidad personal. (*N. del A.*). <<

[39] *Shakespeare and the Drama*. Escrito alrededor de 1903 como introducción para otro panfleto, *Shakespeare and the Working Classes*, de Ernest Crosby. (*N. del A.*). <<

[40] Este tipo de colegios privados de élite, las *public schools*, eran colegios residenciales y costosos de secundaria, dispersos en lugares alejados. Hasta hace poco no admitían prácticamente a nadie salvo a los hijos de las ricas hijos en una *public school* era el sueño de los banqueros *nouveaux riches* del siglo XIX. En estos colegios se hace mucho hincapié en el deporte, que conforma, por así decirlo, una perspectiva señorial, firme y caballeresca. De entre estos colegios, Eton es particularmente famoso. Se dice que Wellington afirmó que la victoria de Waterloo se decidió en los campos de juego de Eton. No hace tanto que una mayoría aplastante de la gente que de un modo u otro gobernaba Inglaterra salía de estos colegios. (*N. del A.*). <<

[41] La lucha por el imperio mundial, de James Burnham. (*N. del A.*). <<

[*] «I’ve lost Britain, I’ve lost Gaul, / I’ve lost Rome, and worst of fall, / I’ve lost Lalage!». <<

[*] Gerald Gould, por entonces influyente reseñador en el *Observer*. (*N. de la T.*). <<

[*] Se trata de una novelista imaginaria a la que Orwell ya recurrió en términos semejantes en *Keep the Aspidistra Flying* (1936) [¡*Venciste, Rosemary*!], la tercera novela de Orwell; en ella, en una biblioteca se da el siguiente diálogo entre un usuario y el bibliotecario:

«—¿Algo moderno? ¿Algo de Barbara Bedworthy, por ejemplo? ¿Ha leído usted *Casi una virgen*?

»—Oh, no. Es demasiado profunda. No soporto los libros profundos. Pero busco algo… pues ya sabe usted, algo moderno de veras. Problemas sexuales, divorcios y todo eso. Ya sabe usted». (*N. de la T.*). <<

[*] El coronel Blimp, protagonista de una tira cómica que se publicó en los años treinta y cuarenta, personificaba las actitudes reaccionarias y antidemocráticas de cierto sector de la población británica de su época. (*N. de la T.*). <<

[*] Respectivamente, «Vete a donde pican las gallinas», «Qué caramba», «Mamón del tres al cuarto». (*N. del T.*). <<

[*] Los tres primeros: «broma», «pistonudo», «atolondrado», respectivamente; el cuarto ejemplo es una coloquialización ortográficamente incorrecta del término «business», «negocio» o «asunto»; «frabjous» es una acuñación de Lewis Carroll a partir de «fair» y «joyous», en la línea del conocido «supercalifragilístico». En cuanto a «don’t» por «doesn’t», se trata de un mero error gramatical.(*N. del T.*). <<

[*] «Gonna get my gas-mask, join the A.R.P., / ‘Cos I’m wise to all those bombs you drop on me. / Gonna dig myself a trench / Inside the garden fence; / Gonna seal my windows up with tin / So that the tear gas can’t get in; / Gonna park my cannon right putside the kerb / With a note to Adolf Hitler: ‘Don’t disturb!’ / And if I never fall in Nazi hands / That’s soon enough for me / Gonna get my gas-mask, join the A.R.P.». <<

[*] «With rue my heart is laden / For golden friends I had, / For many a rose-lipt maiden / And many a lightfoot lad. / By brooks too broad for leaping / The lightfoot boys are laid; / The rose-lipt girls are sleeping / In fields where roses fade». <<

[*] «The sun burns on the half-mown hill, / By now the blood is dried; / And Maurice amongst the hay lays still / And my knife is in his side». <<

[*] «They hang us now in Shrewsbury jail: / The whistles blow forlorn, / And trains all night groan on the rail / To men that die at morn». <<

[*] «The diamond drops adorning / Thy low mound on the lea, / Those are the tears of morning, / That wees, but not for thee». <<

[*] «We are nothing. / We have fallen / Into the dark and shall be destroyed. / Think though, that in this darkness / We hold the secret hub of an idea / Whose living sunlit wheel revolves in future years outside». (Stephen Spender, *Proceso a un juez*.). <<

[*] «Tomorrow for the young, the poets exploding like bombs, / The walks by the lake, the weeks of perfect communion; / Tomorrow the bicycle races / Through the suburbs on summer evenings. But today the struggle. // Today the deliberate increase in the chances of death, / The conscious acceptance of guilt in the necessary murder; / Today the expending of powers / On the flat ephemeral pamphlet and the boring meeting». <<

[*] Job, XIII: 15. (*N. del T.*). <<

[*] Las «chuletas» de Henry George Bohn (1796-1884) eran traducciones extremadamente baratas de clásicos greco-latinos. No estaban reconocidas por las universidades, ya que la traslación del texto era tan literal que resultaba prácticamente incomprensible, pero los estudiantes las usaban ilícitamente de todas formas. (*N. del T.*). <<

[*] «The mortal moon hath her eclipse endured, / And the sad augurs mock their own presage». <<

[*] Lenguaje artificial creado por el monje Johann Martin Schleyer en 1879. Muchos de sus hablantes se pasaron poco después al esperanto, que surgió en 1888. (*N. de la T.*). <<

[*] «History to the defeated / May say Alas! but cannot help or pardon». Son los versos finales de *Spain*, poema de Auden (1937), que con posterioridad este no quiso recoger en sus obras completas. (*N. del T.*). <<

[*] «Come the four corners of the world in arms / And we shall shock them: naught shall make us rue / If England to herself do rest but true». <<

[*] «Felix Randal the farrier, O is he dead then? my duty all ended, / Who have watched his mould of man, big-boned and hardy-handsome / Pining, pining, till time when reason rambled in it and some / Fatal four disorders, fleshed there, all contended? // Sickness broke him. Impatient he cursed at first, but mended / Being anointed and all; though a heavenlier heart began some / Months earlier, since I had our sweet reprieve and ransom / Tendered to him. Ah well, God rest him all road ever he offended! // This seeing the sick endears them to us, us too it endears. / My tongue had taught thee comfort, touch had quenched thy tears, / Thy tears that touched my heart, child, Felix, poor Felix Randal; // How far from then forethought of, all thy more boisterous years, / When thou at the random grim forge, powerful amidst peers, / Didst fettle for the great grey drayhorse his bright and battering sandal!». Traducción de José Ángel Valente, en: *Cuaderno de versiones*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2002. (*N. del T.*). <<

[*] «If, drunk with sight of power, we loose / Wild tongues that have not Thee in awe, / Such boastings as theGentiles use, / Or lesser breedswithout the Law—/ LordGod of hosts, be with us yet, / Lest we forget-lest we forget! // For heathen heart that puts her trust / In reeking tube and iron shard, / All valiant dust that builds on dust, / And guarding, calls not Thee to guard, / For frantic boast and foolish word—/ Thy mercy on Thy People, Lord!». <<

[*] «So it’s knock out your pipes and follow me! / And it’s finish up your swipes and follow me! / Oh, hark to the big drum calling. / Follow me — follow me home!». <<

[*] «Cheer for the Sergeant’s wedding — / Give them one cheer more! / Grey gun-horses in the lando / And a rogue is married to a whore!». <<

[*] «I ’eard the knives be’ind me, but I dursn’t face my man, / Nor I don’t know where I went to, ’cause I didn’t stop to see, / Till I ’eard a beggar squealin’ out for quarter as ’e ran, / An’ I thought I knew the voice an’ — it was me!». <<

[*] «An’ now the hugly bullets come peckin’ through the dust, / An’ no one wants to face ’em, but every beggar must; So, like a man in irons, which isn’t glad to go, / They moves ’em off by companies uncommon stiff an’ slow». <<

[*] «Forward the Light Brigade! / Was there a man dismayed? / No! Though the soldier knew / Someone had blundered». <<

[*] «For the wind is in the palm trees, and the temple bells they say, / “Come you back, you British soldier, come you back to Mandalay!». <<

[*] «White hands cling to the tightened rein, / Slipping the spur from the booted heel; / Tenderest voices cry “Turn again!” / Red lips tarnish the scabbarded steel: / High hopes faint on a warm hearth-stone, / He travels the fastest who travels alone». <<

[*] «And right action is freedom / From past and future also. / For most of us, this is the aim / Never here to be realised; / Who are only undefeated / Because we have gone on trying; / We, content at the last / If our temporal reversion nourish / (Not too far from the yew-tree) / The life of significant soil». Traducción de José Antonio Pacheco, en: T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*, Fondo de Cultura Económica, México D.C., 1989, (*N del T.*). <<

[*] «Daffodil bulbs instead of balls / Stared from the sockets of the eyes! / He knew that thought clings round dead limbs / Tightening its lusts and luxuries. //… // He knew the anguish of the marrow / The argue of the skeleton; / No contact possible to flesh / Allayed the fever of the bone». Traducción de José María Valverde, en: *Poesías reunidas*, 1909-1962, Alianza, Madrid, 1978. (*N del T.*). <<

[*] «I have seen them riding seaward on the waves / Combing the white hair of the waves blown back / When the wind bloes the water white and black. // We have lingered in the chambers of the sea / By sea-girls wreathed with seaweed red and brown / Till human voices wake us, and we drown». Traducción de Felipe Benítez Reyes, en: T. S. Eliot, *Prufrock y otras observaciones*, PreTextos, Madrid, Buenos Aires, Valencia, 2000. (*N. del T.*). <<

[*] «… every attempt / Is a wholly new start, and a different kind of failure / Because one has only learnt to get the better of words / For the thing one no longer has to say, or the way in which / One is no longer disposed to say it. And so each venture / Is a new beginning, a raid on the inarticulate / With shabby equipment always deteriorating / In the general mess of imprecision of feeling, / Undisciplined squads of emotion». Traducción de José Emilio Pacheco, en: T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*, Fondo de Cultura Económica, México D.C., 1989. (*N. del T.*). <<

[*] «The rest / is prayer, observance, discipline, thought and action». Traducción de José Emilio Pacheco, en: T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*, op. cit. (*N. del T.*). <<

[*] «… the intolerable wrestle / With words and meanings. The poetry does not matter». Traducción de José Emilio Pacheco, en: T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*, op. cit. (*N. del T.*). <<

[*] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[*] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[*] Cita del poema «Apparent Failure» de Robert Browning. (*N. del T.*). <<

[*] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[*] George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Miguel Temprano García, trad., Debate, Barcelona, 2011. (*N. del T.*). <<

[*] «The Italian soldier shook my hand / Beside the guard-room table; / The strong hand and the subtle hand / Whose palms are only able // To meet within the sounds of guns, / But oh! what peace I knew then / In gazing on his battered face / Purer than any woman's! // For the flyblown words that make me spew / Still in his ears were holy, / And he was born knowing that I had learned / Out of books and slowly. // The treacherous guns had told their tale / And we both had bought it, / But my gold brick was made of gold – / Oh! who ever would have thought it? // Good luck go with you, Italian soldier! / But luck is not for the brave; / What would the world give back to you? / Always less than you gave. // Between the shadow and the ghost, / Between the white and the red, / Between the bullet and the lie, / Where would hide your head? // For where is Manuel Gonzalez,/And where is Pedro Aguilar, / And where is Ramon Fenellosa? / The earthworms know where they are. // Your name and your deeds were forgotten / Before your bones were dry, / And the lie that slew you is buried / Under a deeper lie; // But the thing that I saw in your face / No power can disinherit: / No bomb that ever burst / Shatters the crystal spirit». <<

[*] Almacenes de Londres en los que se vendían los diseños de William Morris, fundador del movimiento Arts and Crafts. (*N. de la T.*). <<

[*] «The walls are of chalcedony, / Thy bulwarks diamonds square, / Thy gates are of right orient pearl / Exceeding rich and rare!». <<

[*] «Holy, holy, holy, all the saints adore Thee, / Casting down their golden crowns about the glassy sea, / Cherubim and seraphim falling down before Thee, / That wast, and art, and evermore shalt be!». <<

[*] «Do nothing but eat and make good cheer, / And thank Heaven for the merry year / When flesh is cheap and females dear, / And lusty lads roam here and there, / So merrily, / And ever among so merrily!». <<

[*] Pronunciación aproximada para un inglés de «parlez-vous». La expresión servía para rematar casi todos los versos de una canción irreverente muy popular durante la Primera Guerra Mundial, «Mademoiselle from Armentières». (*N. de la T.*). <<

[*] «For you can’t do that there ‘ere, / No, you can’t do that there ‘ere; / Anywhere else you can do that there, / But you can’t do that there ‘ere!». <<

[*] Los pares de palabras serían: «cuchillo» y «apuñalar», «escuela» y «enseñar», «fuego» y «quemar». (*N. de la T.*). <<

[*] En castellano, el verbo base en inglés y sus opciones con preposición se traducen por verbos diferentes: «obtener» (*get*), pero «salir» (*get out of*) y «levantarse» (*get up*); «dar» (*give*), pero «distribuir» o «anunciar» (*give out*); «tomar» (take), pero «asumir» o «hacerse cargo» (*take over*). (*N. de la T.*). <<

[*] Podrían traducirse, respectivamente, por: «blanco azucena», «azul cielo», «negro carbón», «duro como el acero». (*N. de la T.*). <<

[*] “Es imprescindible que vayas”, también en subjuntivo en castellano.(*N. de la T.*). <<

[*] «in due course, take the earliest opportunity, warm appreciation, deepest regret, explore every avenue, ring the changes, take up the cudgels, legitimate assumption, the answer is in the affirmative». <<

[*] Literalmente, «caída» y «otoño». (*N. de la T.*). <<

[*] En 1938 llegó el primer ejemplar al Zoo de Londres, lo que generó una auténtica «fiebre del panda» entre la población. (*N. de la T.*). <<

[*] «Poor little Willy is crying so sore, / A sad little boy is he, / For he’s broken his little sister’s neck / And he’ll have no jam for tea». <<

[*] «A trooper of the forces— / I, who kept my own six horses!». <<

[*] «Johnnie was a rummy and only two jumps ahead of the nut-factory». <<

[*] La ABCA era una organización destinada a educar, informar y elevar la moral del personal militar mediante charlas y debates en los que se discutían los asuntos de actualidad en torno a la guerra. (*N. de la T.*). <<

[*] «Once, a happy child, I carolled, / On green lawns the whole day through, / Not unpleasingly apparelled / In a tightish suit of blue…». <<

[*] «OAfrica, mysterious land, / Surrounded by a lot of sand, / And full of grass and trees… / Far land of Ophir, mined for gold / By lordly Solomon of old, / Who, saling northward to Perim, / Took all the gold away with him / And left a lot of holes, etc.». <<

[*] «But the very day that they were mated / Maud’s brother Bob was intoxicated.». <<

[*] «Your Callipyge's injured behind, / Bloudie Jack, / Your de Medici's injured before, / And your Anadyomene's injured in so many / Places, I think there's a score, / If not more, / Of her fingers and toes on the floor». Estos versos hacen referencia a diferentes representaciones de Venus (o Afrodita): la Calipigia, literalmente de «bellas nalgas»; la de Médici, que aparece cubriéndose los senos, y la Anadiómena, la Venus saliendo del mar. (*N. de la T.*). <<

[*] Referencia a unos versos de las *Odas* de Horacio: «cabalga, ciñéndole, a la grupa / de su corcel veloz, la negra cuita». Traducción de Bonifacio Chamorro, en: *Odas. Epodos*, Espasa Calpe, Madrid, 1980. (*N. de la T.*). <<

[*] «Thou, who when fears attack, / Bidst them avaunt, and Black / Care, at the horseman’s back / Perching, unseatest; / Sweet when the morn is grey, / Sweet when they’ve cleared away / Lunch, and at close of day / Possibly sweetest!». <<

[*] Se trata de una versión, en forma de comedia musical, del cuento «Alí Babá y los cuarenta ladrones», escrita por Oscar Asche y con música de Frederic Norton. Se estrenó en 1916 y gozó de enorme popularidad. *(N. del T.)*. <<

[*] Fundado por Ted Grant (1913-2006), era el órgano de la Workers' International League (Liga Obrera Internacional). *(N. del T.)*. <<

[*] A la sazón, Balfour era líder de los *tories* en la Cámara de los Comunes. Posteriormente, sería primer ministro de Gran Bretaña (entre 1902 y 1905), primer lord del Almirantazgo y ministro de Asuntos Exteriores. Mientras ocupaba esta última cartera, en 1917, firmó la Declaración Balfour, por la que Gran Bretaña se manifestaba partidaria de la creación de un asentamiento judío en el Mandato Británico de Palestina. (N. del T.) *(N. del T.)*. <<

[*] «Scientifiction»: contracción de las palabras «scientific» y «fiction» («ficción científica»), que se utilizaba en esa época. Con el tiempo fue sustituida por el más habitual «ciencia ficción». (N. del T.) *(N. del T.)*. <<

[*] «*Er*dona mi falta… la noche *caae* / *Seahon dala* oscuridad… Señor conmigo permane*eee* / Cuando el consuelo de *losotro*… no logra confortarn*oo* / Auxilial*os* desesperado*S*eñor… Permane*eee* conmigo». <<

[*] «Come where the booze is cheaper, / Come where the pots hold more, / Come where the boss is a bit of a sport,/ Come to the pub next door!». <<

[*] «Two lovely black eyes – / Oh, what a surprise! / Only for calling another man wrong, / Two lovely black eyes!». <<

[*] «Dare to be a Daniel, / Dare to stand alone; / Dare to have a purpose firm, / Dare to make it known». <<

[*] Innecesarias desde el contrastado punto de vista del anglosajón purista, ya que de todas ellas existen equivalentes usuales que provienen del acervo anglosajón. (*N. del T.*). <<

[*] «I returned, and saw under the sun, that the race is not to the swift, nor the battle to the strong, neither yet bread to the wise, nor yet riches to men of understanding, not yet favour to men of skill; but time and chance happenneth to them all». <<

[*] «Objective consideration of contemporary phenomena compels the conclusion that success or failure in competitive activities exhibits no tendency to be commensurate with innate capacity, but that a considerable element of the unpredictable must invariably be taken into account». <<

[*] Los cómputos hacen referencia a las frases originales en inglés. De sobra es sabida la abundancia de palabras monosílabas y bisílabas en el mejor inglés de raigambre anglosajona. (*N. del T.*). <<

[*] «In Xanadu did Kubla Khan / A Stately pleasure-dome decree: / Where Alph, the sacred river, ran / Through caverns measureless to man / Down to a sunless sea. / So twice five miles of fertile ground / With walls and towers were girdled round: / And there were gardens bright with sinuous rills / Where blossomed many an incensebearing tree; / And here were forests ancient as the hills, / Enfolding sunny spots of greenery». <<

[*] «The lights must never go out. / The music must always play, / Lest we should see where we are, / Lost in a haunted wood, / Children afraid of the dark / Who have never been happy or good». Traducción de Eduardo Iriarte, en: W. H. Auden, *Canción de cuna y otros poemas*, Barcelona, Lumen, 2006. (*N. de la T.*). <<

[*] «Ay, qué suerte la de Jim / Cómo lo envidio». <<

[*] «Todo el mundo anda haciéndolo / ¿Haciendo qué? / Haciendo el Turkey Trot». <<

[*] «No quiero curarme, / No quiero curarme, / Estoy enamorado de una preciosa enfermera». <<

[*] «When all aloud the wind doth blow / And coughing drowns the parson’s saw. / And birds sit brooding in the snow / And Marian’s nose looks red and raw». <<

[*] Roger Tichborne era un *baronet* que había desaparecido en un naufragio en 1854. Años después, un carnicero australiano se presentó asegurando ser Tichborne y reclamando su título y su herencia, una cruzada en la que contó con gran apoyo popular, pues se lo consideraba un obrero al que la familia Tichborne, al negarse a reconocerlo, le estaba arrebatando sus derechos. (*N. de la T.*). <<

[*] «Downe lay the Shepherd Swaine / So sober and demure / Wishing for his wench againe / So bonny and so pure / With his head on hillock lowe / And his arms akimboe / And all was for the losse of his / Hye nonny nonny noe… // Sweet she was, as kind a love / As ever fetter'd Swaine; / Never such a daynty one / Shall man enjoy again. / Sett a thousand on a rowe / I forbid that any showe / Ever the like of her / Hye nonny nonny noe». <<

[*] «But gone she is the prettiest lasse / That ever trod on plaine. / What ever hath betide of her / Blame not the Shepherd Swaine. / For why? She was her owne Foe. / And gave herself the overthrowe / By being so franke of her / Hye nonny nonny noe». <<

[*] Este fragmento, así como los demás que aparecen en el ensayo, están tomados de la traducción de Atanasio Sánchez para la edición de 1967 en la Editorial Sudamericana. (*N. de la T.*). <<

[*] Protagonista de la novela del mismo título escrita por Sinclair Lewis y publicada en 1922. Su nombre ha pasado a designar al arquetipo del norteamericano materialista y políticamente correcto que encarnaba. (*N. de la T.*). <<

[*] «So hee with difficulty and labour hard / Moved on: with difficulty and labour hee…». <<

[*] «I am the worm who never turned, / The eunuch without a harem; / Between the priest and the commissar / I walk like Eugene Aram; // And the commissar is telling my fortune / While the radio plays, / But the priest has promised an Austin Seven, / For Duggie always pays. // I dreamt I dwelt in marble halls, // And woke to find it true; / I wasn't born for an age like this; / Was Smith? Was Jones? Were you?». El poema, «A happy vicar I might have been», apareció en *Adelphi* (diciembre de 1936). <<

[*] Esta y las siguientes citas de la obra de Jonathan Swift pertenecen a la traducción de Pollux Hernúñez, en: *Los viajes de Gulliver*, Pilar Elena, ed., Cátedra, Madrid, 1992. Citas extraídas de las pp. 245, 589, 444, 309, 353, 392, 452, 561-563, 444, 255, 493 y 554. (*N. del T.*). <<

[*] Sarah Gamp, una enfermera alcohólica que aparece en *Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit*, de Charles Dickens. (*N. de la T.*). <<

[*] «Riding down from Bangor / On an Eastern train, / Bronzed with weeks of hunting / In the Woods of Maine — / Quite extensive whiskers, / Beard, moustache as well — / Sat a student fellow, / Tall and slim and swell». <<

[*] «There suddenly appeared / A tiny little ear-ring / In that horrid Student’s beard!». <<

[*] «To have a thousand with red burning spits Come hissing in upon ’em!». <<

[*] «It were a delicate stratagem to shoe / A troop of horse with felt: I’ll put’t in proof; / And when I have stol’n upon these sons-in-law, / Then kill, kill, kill, kill, kill!». <<

[*] «No, no, no, no! Come, let’s away to prison… /… and we’ll wear out… / In a wall’d prison, packs and sects of great ones / That ebb and flow by the moon». <<

[*] «But to the girdle do the gods inherit, / Beneath is all the fiends’; / There’s hell, there’s darkness, there’s sulphurous pit, / Burning, scalding, stench, consumption…». <<

[*] «Let floods o’erswell, and fiends for food howl on». <<

[*] «Una negra negra era mi tía. Ahí está su casa, tras el granero». (*N. del T.*). <<

[*] Anagrama de *nowhere* («ninguna parte»); Erewhon era una comunidad imaginaria descrita por Samuel Butler en su novela titulada con ese mismo nombre. (*N. del T.*). <<

[*] M. K. Gandhi, *Autobiografía: la historia de mis experiencias con la verdad*, trad. del gujarati por Mahadev Desai, Arkamp Books, Madrid, 2008. (*N. del T.*). <<